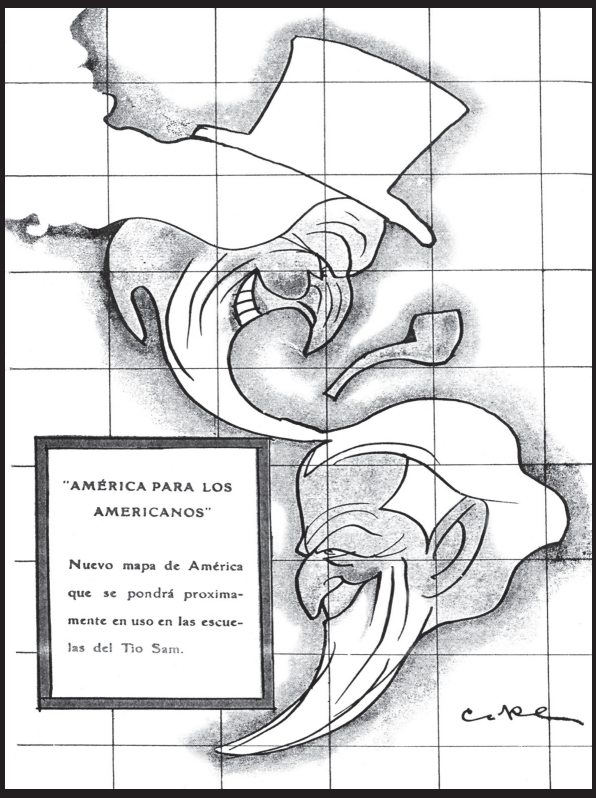
COLECCIÓN SOCIEDAD Y CULTURA

# ENCUENTROS CON EL YANQUI:
## Norteamericanización y cambio sociocultural en Chile 1898-1990

**Stefan Rinke**




dibam | DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

CENTRO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA

# Encuentros con el yanqui:
# norteamericanización y cambio sociocultural en Chile
# 1898-1990

*Colección*
*Sociedad y Cultura*

© Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. 2013
Inscripción Nº 236.170

ISBN 978-956-244-282-4 *(titulo)*
ISBN 978-956-244-071-4 *(colección)*

Directora de Bibliotecas, Archivos y Museos y Representante Legal
*Sra. Magdalena Krebs Kaulen*

Director del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana y Director Responsable
*Sr. Rafael Sagredo Baeza*

Editor
*Sr. Marcelo Rojas Vásquez*

Diseño de Portada
*Sra. Claudia Tapia Roi*

Corrección de Textos
*Srta. Paulina Bozo Prieto*

Ilustración Portada
*América para los americanos*
*Topaze*, Nº 16, Santiago, 25 de noviembre de 1931

Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos
Av. Libertador Bernardo O'Higgins Nº 651
Teléfono: 23605283
Santiago, Chile

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE

# ENCUENTROS CON EL YANQUI: Norteamericanización y cambio sociocultural en Chile 1898-1990

Stefan Rinke

Traducción de Mónica Perl y Marisol Palma

dibam DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS ARCHIVOS Y MUSEOS

PEI•SUR Programa de Estudios Iberoamericanos Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

CENTRO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA

# ÍNDICE


Dedicatoria 11
Siglas y abreviaturas 13

Introducción

*Reconstrucción de la norteamericanización* 17

Condiciones generales
economía, política, imágenes y canales

*¿La "norteamericanización del mundo"? Expansión estadounidense y escenario de crisis* 41
El "peligro yanqui" y la "crisis" chilena previa a 1918 42
Elementos económicos: comercio e inversiones 47
Elementos políticos: Estados Unidos como árbitro hegemónico 58
*"Viajes interplanetarios". Canales de encuentro* 63
Chilenos en Estados Unidos: motivaciones, expectativas y experiencias 63
Partida a la modernidad: la logística del viaje 68
La invasión yanqui: visitantes del norte 71
Novedades desde el país del futuro: Estados Unidos en los medios 76
*El gigante contradictorio: las imágenes de Estados Unidos, 1910-1932* 84
El país de lo superlativo: poder, riqueza y arrogancia 85
El secreto del éxito: la mentalidad yanqui 90
Producción, consumo, racionalización 95
Críticas a la democracia y problemas sociales 99

## Planos de encuentro: enclaves, imperialismo y cultura


*El yanqui en el interior: dólares, negocios y enclaves mineros* 107
El poder de atracción de lo foráneo: dólares yanquis y consumo 108
Milagros de la técnica: enclaves mineros 117
El lado oscuro de los enclaves: explotación y competencia 127
Críticas a la democracia y problemas sociales 000
*¿Quién le teme al Tío Sam? Imágenes del imperialismo estadounidense* 139
La penetración yanqui: imperialismo económico 140
Frustración y rabia: percepciones de tutelaje 146
De Monroe a Sandino: crítica al intervencionismo 151
*"¡Estamos en Yanquilandia!": cambio urbano y cultura de masas* 161
El auge de la "ciudad monstruo": Nueva York en Santiago 162
¿Yanquis sin cultura? Arte y entretenimiento en la "era del jazz" 171
Una nueva cultura física: juventud y deporte en una nación joven 179
*"Un formidable medio de propaganda": Hollywood en Chile* 186
Culto a las estrellas y negocio: la fascinación por Hollywood 187
¿Arte o trivialidad? El debate sobre el cine y dominio yanqui 194
El desafío de Hollywood y el cine chileno 201


## Política de modernización y nacionalismo


*Partida hacia un "nuevo Chile": Estado, expertos y políticas de modernización* 211
La limpieza de los establos de Augías: el doctor Long y la reforma de la salud 212
¿"Un país de alcohólicos"? La prohibición chilena 221
Educación para "bárbaros": debates en torno a la reforma educacional 227
El "Mesías" yanqui: la Misión Kemmerer 232

*Desde los conflictos hasta la confrontación: nacionalismo y crisis financiera mundial* 238
El nacionalismo económico bajo Carlos Ibáñez 240
El proteccionismo radical, 1931-1932 247
"El mayor error cometido alguna vez por nuestro país": la COSACH 253
La edificación del antinorteamericanismo 259

## Transformación en las bases y en las percepciones

*Chile durante el "siglo americano"* 269
Vecindad americana y conciencia de crisis, 1933-1969 271
Elementos económicos: comercio e inversiones 277
Elementos políticos: aliado y adversario 290
*¿Se acortan las distancias? Los contactos se vuelven más intensos* 301
Viajes a Estados Unidos: cuando viajar se convirtió en algo normal 302
Invasores o colaboradores: los yanquis en Chile 310
Una presciencia mediatizada: los medios y Estados Unidos 317
David contra Goliat: intentos iniciales para una cosmética de imagen 324
*Superpotencia y decadencia: imágenes críticas de Estados Unidos* 331
Triunfalismo y desconcierto: problemas con el poder 331
Las raíces del mal: una mentalidad en transformación 336
La sociedad enferma de Estados Unidos 342

## Nuevas formas de encuentro: consumo, imperialismo y sociedad de masas

*Bienvenidos a la era del consumo: inversiones, mercancías y publicidad* 355
Capital extranjero y yuppies chilenos 356
La "revolución del consumo" 363
El "caballo de Troya" del régimen 374
*Desequilibrio esencial: el nuevo discurso acerca del imperialismo* 381
Monopolios y cómplices: la penetración económica 382
Conspiraciones antichilenas: política y antiimperialismo 391

La solidaridad entre los "subamericanos": crítica al intervencionismo 402
*Amenaza y fecundación: cultura de masas y nación* 408
Conceptos de cultura: entre esencialismo y heterogeneidad 409
La lucha contra el imperialismo cultural bajo la UP 418
Entre tradición y mercado: cultura de masas bajo Augusto Pinochet 426
*La revolución visual: cine televisión, entre comercio y cultura* 436
El auge de la televisión y el papel de Estados Unidos 437
Las influencias estadounidenses y sus críticos 442
El desarrollo de la producción televisiva y cinematográfica chilena 452

NACIONALISMO Y POLÍTICA DE MODERNIZACIÓN NEOLIBERAL

*Caminos hacia la "grandeza nacional": nacionalismos en la economía y en la sociedad* 461
Nacionalismos y sus variantes de derecha y de izquierda 462
Nacionalismo económico y antinorteamericanismo: la UP 468
"Nacionalismo auténtico" y "vendepatria": el régimen militar 479
*El "credo" de la modernización: neoliberalismo en lo económico y en lo social* 489
Tecnocracia y antipolítica: ideas neoliberales y dictadura 490
Construcción y crisis del "milagro económico" 496
¿Modernización de la sociedad? Reforma social y educacional 507

CONSIDERACIONES FINALES

*La norteamericanización: entre apropiación y distanciamiento* 517

*Fuentes y bibliografía* 537

*"No pueden ponerse dos cosas en contacto sin producir una reacción, una protesta, una lucha. Colocad un cuerpo caliente al lado de un cuerpo frío: lucharán entre sí hasta que lleguen a un acuerdo. Si son del mismo tamaño, el cuerpo más caliente le habrá dado parte de su calor al cuerpo más frío, hasta que ambos se hayan reducido a la misma temperatura"*[1].

[1] Tancredo Pinochet, *El diálogo de las dos Américas*, tomo 1, p. 4.

# SIGLAS Y ABREVIATURAS

| | |
|---|---|
| AFP | Administradoras de Fondos de Pensiones |
| AFP | American & Foreign Power Company |
| AHILA | Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos |
| *AHR* | *American Historical Review* |
| AID | US-Agency for International Development |
| AMRE | Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile |
| AP | Associated Press |
| *BMSNM* | *Boletín Minero de la Sociedad Nacional de Minería* |
| *BSFF* | *Boletín de la Sociedad de Fomento Fabril* |
| CCC | Consejo de Calificación Cinematográfica |
| CED | Centro de Estudios del Desarrollo |
| CEDLA | Comisión Económica para América Latina |
| CENECA | Centro de Indagación y Expresión Cultural y Artística |
| CEP | Centro de Estudios Públicos |
| CEPAL | Comisión Económica para América Latina y el Caribe |
| CESEC | Centro de Estudios Sociales y Económicos |
| CESOC | Centro de Estudios Sociales |
| CIA | Central Intelligence Agency |
| CIEPLAN | Corporación de Investigaciones Económicas para América Latina |
| CODELCO | Corporación Nacional del Cobre |
| COPEC | Compañía de Petróleos de Chile |
| COPROCO | Confederación de la Producción y del Comercio |
| CORFO | Corporación de Fomento |
| COSACH | Compañía de Salitre de Chile |

| | |
|---|---|
| COSANA | Compañía de Salitre Nacional |
| COVENSA | Compañía de Venta del Salitre |
| CONICYT | Comisión Nacional de Investigación Científica |
| ECOM | Empresa Nacional de Computación e Informática |
| DESAL | Centro para el Desarrollo Económico y Social de América Latina |
| ed. | editor *a veces* editorial o edición |
| eds. | editores |
| EE.UU. | Estados Unidos |
| ENDESA | Empresa Nacional de Electricidad |
| ENTEL | Empresa Nacional de Telecomunicaciones |
| ENU | Escuela Nacional Unificada |
| ESSO | Eastern Seaboard Standard Oil |
| Eximbank | Export-Import Bank |
| DINA | Dirección de Inteligencia Nacional |
| *DT* | *El Despertar de los Trabajadores* |
| FBI | Federal Bureau of Investigation |
| FECH | Federación de Estudiantes de Chile |
| FLACSO | Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales |
| FMI | Fondo Monetario Internacional |
| *FO* | *La Federación Obrera* |
| FOCH | Federación Obrera de Chile |
| GATT | General Agreement on Tariffs and Trade |
| *GG* | *Geschichte und Gesellschaft* |
| *HZ* | *Historiche Zeitschrift* |
| *Ibid.* | allí, en ese mismo lugar |
| IBM | International Business Machines |
| ICARE | Instituto Chileno de Administración Racional de Empresas |
| ITC | International Trade Comisión |
| INTEC | Instituto Tecnológico de Chile |
| IRA | Individual Retirement Account |
| ISAPRES | Instituciones de Salud Previsional |
| ITT | International Telephone and Telegraph Company |
| IWW | Industrial Workers of the World |
| *JbLA* | Jahrbuch für Geschicte Lateinamerikas |
| KKK | Ku-Klux-Klan |

| | |
|---|---|
| LAN | Línea Aérea Nacional |
| LC | Library of Congress |
| MBA | Master of Business Adminstration |
| MID | Military Intelligence Division |
| MIR | Movimiento de Izquierda Revolucionaria |
| MIT | Massachusetts Institute of Technology |
| MRE | Ministerio de Relaciones Exteriores |
| Nº *a veces* Nr | número |
| NA | United States National Archives, Washington D.C. |
| NASA | Agencia del Espacio y Aeronáutica norteamericana |
| *ND* | *Nueva Democracia* |
| ODEPLAN | Oficina de Planificación Nacional |
| OEA | Organización de los Estados Americanos |
| OIT | Organización Internacional del Trabajo |
| ONGs | organizaciones no gubernamentales |
| ONU | Organización de las Naciones Unidas |
| OPIC | Overseas Private Investment Corporation |
| p. | página |
| PANAGRA | Pan American Grace Airways |
| PDC | Partido Demócrata Crisitiano |
| PN | Partido Nacionalista |
| pp. | páginas |
| PROCHILE | Instituto de Promoción de Exportaciones |
| PS | Partido Socialista |
| RCA | Radio Corporation of America |
| RG 59 | Record Group 59: General Records of the Department of State |
| RG 151 | Record Group 151: General Records of the Bureau of Foreign and Domestic Commerce, Department of Commerce |
| RG 165 | Record Group 165 |
| *SC* | *Sucesos* |
| SDI | Strategic Defense Initiative |
| SERNATUR | Servicio Nacional de Turismo |
| SIDA | Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida |

| | |
|---|---|
| | Sociedad Interamericana de Prensa |
| SIP | Sociedad de Fomento Fabril |
| SOFOFA | Sociedad Nacional de Procesamiento |
| SONDA | de Dato |
| s.p. | sin páginas |
| ss. | siguientes |
| SWIFT | Society for Worldwide Interbank Financial Telecommunicatinos |
| TV | televisión |
| TVN | Televisión Nacional |
| UDI | Unión Demócrata Independiente |
| UNCTAD | United Nations Conferecne on Trade and Development |
| UNESCO | United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization |
| UP | Unidad Popular |
| UPI | United Press International |
| U.S. | United States |
| USIA | US Information Agency |
| US$ | dólares estadounidenses |
| vol. | volumen |
| vols. | volúmenes |
| WCD | War College Division |
| YMCA | Young Men's Christian Association |
| YWCA | Young Women's Christian Association |

# INTRODUCCIÓN

## Reconstrucción de la norteamericanización

Cuando, en las primeras décadas del siglo XX, las inversiones estadounidenses en América Latina alcanzaron nuevos valores récord, el jazz hacía furor en las capitales del subcontinente, Hollywood conquistaba los corazones de los espectadores de cine y el legendario estadounidense Jack Dempsey dejaba, tras pocos minutos, noqueado al campeón argentino Luis Ángel Firpo y ganaba el campeonato mundial de peso pesado ante la decepción de miles de chilenos reunidos, en lugares públicos, para escuchar la primera transmisión radiofónica de un torneo deportivo internacional en el país, y surgió por primera vez en América Latina un debate público más amplio en relación con las posibles implicaciones para la propia realidad, de los múltiples encuentros con las influencias estadounidenses, para las cuales se impuso en aquellos años el término de 'norteamericanización'. Estos debates cobraron especial intensidad en Chile, el país más austral del cono sur americano y, por tanto, también el más alejado de Estados Unidos. Hacia fines del siglo XX, en el año 1997, el ex dictador chileno, Augusto Pinochet Ugarte, presidió en calidad de Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas chilenas la parada militar realizada el 19 de septiembre, Día de la Independencia Nacional, y dejó que para esta ocasión un "huaso", un *cowboy* chileno, le alcanzase el tradicional "cacho de chicha". Mientras bebía, la televisión nacional chilena proyectó en las pantallas, como por casualidad, un comercial de Coca-Cola, de tamaño excesivamente grande, cuyo color rojo contrastaba con la blancura de la cordillera de los Andes en el fondo, logrando un impactante efecto visual. En el momento de ocurrir esta significativa mezcla simbólica de mundos, el dinámico proceso de la norteamericanización ya había alcanzado dimensiones insospechadas, convirtiéndose en algo obvio e indiscutible, mezclándose con otros procesos de difusión. Estaba presente en todas las esferas de la vida, de tal manera que ya no era percibida ni problematizada como algo *sui generis*, sino que se encontraba solapada y desplazada por el nuevo concepto de la globalización.

¿Pero qué significaba la norteamericanización para un país como Chile en el siglo XX? Esta pregunta da cuenta de un fenómeno cuya relevancia social es inversamente proporcional al estado de su investigación. A continuación, se analizará este importante desarrollo histórico como parte de los complejos procesos de transnacionalización y globalización, por primera vez, tomando como modelo un país latinoamericano.

La norteamericanización, término conocido en Europa más bien como americanización, constituye uno de esos procesos globales considerados comúnmente como determinantes para el "breve" siglo XX[2]. En su forma convencional, el concepto fue definido como expansión del poder económico y tecnológico estadounidense, así como del *American Way of Life*. Este heterogéneo proceso fue comprendido con frecuencia, especialmente desde fines de la Segunda Guerra Mundial, como parte o como sinónimo de modernización y occidentalización, en el sentido de un proceso unidireccional de mímesis y asimilación[3]. El surgimiento de sociedades y culturas de masas; la imitación del progreso tecnológico, del sistema político y, sobre todo, del bienestar y de los estándares de consumo estadounidenses, aparecieron como elementos constituyentes del cambio social denominado norteamericanización[4]. Las reacciones frente a estos procesos de cambio, fueron en su mayor parte ambivalentes e incluyeron, desde entusiasmadas aceptaciones, hasta decididos rechazos.

Este modelo convencional fue determinado por dicotomías a partir de las cuales, implícita o explícitamente, se dividía el mundo. A un lado se encontraba Estados Unidos en calidad de (dependiendo de las preferencias ideológicas) introductores (modernizadores/imperialistas) de la norteamericanización y al otro lado se hallaban los beneficiarios tradicionales/dependientes. Estos últimos eran en ambos casos objetos subalternos que, progresivamente, se adecuaban o, eventualmente, se subordinaban al sistema impuesto por el poder mundial, siendo a través de ello modernizados/dominados. Los parámetros centrales de este pensamiento fueron la división del "sistema mundial" en centros y periferias, y la idea, ligada a ello, de que las últimas sólo pueden ser comprendidas a partir de las influencias ejercidas por el centro. Es más, el concepto de la penetración de las sociedades periféricas y su correspondiente culpa, ha sido asociado a las así llamadas elites colaboradoras, así como también a la idea de bipolaridad que se orienta a partir del eje norte-sur[5].

[2] Debido al potencial económico y la rapidez del desarrollo industrial de Estados Unidos, la noción de "americanización" se había extendido en Gran Bretaña ya desde el decenio 1830. Véase Richard H. Pells, *Not Like Us: How Europeans Have Loved, Hated and Transformed American Culture since World War II*, p. 7. Aquí se prefiere la noción de norteamericanización, ya que representa el término coloquial de esta época.

[3] Anselm Doering-Manteuffel, *Wie westlich sind die Deutschen? Amerikanisierung und Westernisierung im 20. Jahrhundert*; Phillip Gassert, "Amerikanismus, Antiamerikanismus, Amerikanisierung: Neue Literatur zur Sozial-, Wirtschafts- und Kulturgeschichte des amerikanischen Einflusses in Deutschland und Europa", pp. 531-561.

[4] Los elementos se encuentran en la clásica obra de Henry R. Luce, *The American Century*. Para un ejemplo más reciente relativo a la aplicación de esta perspectiva, véase Gerald K. Haines, *The Americanization of Brazil: A Study of U.S. Cold War Diplomacy in the Third World, 1945-1954*.

[5] Sobre la crítica del concepto convencional de la "americanización" véase William Roseberry, "Americanization in the Americas", pp. 80-91. Los trabajos nombrados forman base para Gilbert Joseph, "Close Encounters: Toward a New Cultural History of U.S. - Latin American Relations", pp. 4-13; Emily S. Rosenberg, "Turning to Culture", pp. 497-502. Fernando Coronil, "Beyond Occidentalism: Toward Nonimperial Geohistorical Categories", pp. 52-87.

Dentro de este sistema ideológico la cultura representaba un papel secundario. Este hecho continuó sin sufrir cambios sustanciales cuando, a partir de la década de 1960, dicho modelo dicotómico fue utilizado, junto con los ya existentes análisis clásicos de procesos económicos y políticos imperialistas, para investigar con mayor profundidad las condiciones de producción y los procesos culturales dentro del marco de la autodeterminación. No fue casual que un chileno, Ariel Dorfman, representase un papel fundamental en la difusión del concepto crítico de "imperialismo cultural", considerado especialmente efectivo debido a que se expandía subversivamente, creando los cimientos ideológicos que sostenían al imperialismo material, del cual provenía y al cual, a su vez, quedaba subordinado[6]. La falta de interés por el número de los receptores o víctimas fue común en los enfoques dicotómicos basándose en la idea fundamental de la existencia de un modelo unidireccional de difusión o dominio.

Aportes más recientes relativos a la historia de América Latina e inspirados en enfoques poscolonialistas, mostraron, sin embargo, que las divisiones entre moderno-tradicional e imperialista-dependiente no son sostenibles, especialmente en el ámbito cultural[7]. Las influencias estadounidenses no fueron simplemente adoptadas (en mayor o menor grado forzosamente) por la así llamada periferia, sino que fueron interiorizadas y apropiadas, transformándose las mismas durante este proceso[8]. Una imagen parecida tuvo en mente el pedagogo, publicista y viajero chileno, Tancredo Pinochet, cuando en el año 1918, en su ensayo *El diálogo de las dos Américas*, eligió como imagen del encuentro entre las dos Américas, la de dos cuerpos con temperaturas diferentes, los cuales de acuerdo con las leyes físicas, se igualan entre sí, y cuyo extracto hemos citado en el encabezamiento de este libro. No obstante, los resultados

[6] Para una crítica del imperialismo cultural véase Ariel Dorfman y Armand Mattelart, *Para leer al Pato Donald*. Véase también Carlos Monsiváis, "Penetración cultural y nacionalismo", pp. 75-89. En relación con el contexto véase John Tomlinson, *Cultural Imperialism: A Critical Introduction*; Patrick Wolfe, "History and Imperialism: A Century of Theory, from Marx to Postcolonialism", pp. 388-420.

[7] William Roseberry, "Social Fields and Cultural Encounters", p. 517; Seth Fein, "Everyday Forms of Transnational Collaboration: U.S. Film Propaganda in Cold War Mexico", pp. 404-405; John King *et al.* (ed.), *Mediating Two Worlds: Cinematic Encounters in the Americas*; Helmbrecht Breinig, "Vorbemerkungen", pp. 7-11; Daniel Nugent (ed.), *Rural Revolt in Mexico: U.S. Intervention and the Domain of Subaltern Politics*; Ransford W. Palmer (ed.), *U.S.-Caribbean Relations: Their Impact on Peoples and Culture*; Roxanne Lynn Doty, *Imperial Encounters: The Politics of Representation in North-South Relations*.

[8] En relación con los resultados recientes de la Antropología Cultural en este contexto véase, Rob Kroes, *If You've Seen One, You've Seen the Mall: Europeans and American Mass Culture*, p. 164; Ulf Hannerz, *Cultural Complexity*, ocupa el término 'creolización'; Marie Louise Pratt, *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*, utiliza el término 'transculturación', desarrollado originalmente por el antropólogo cubano Fernando Ortiz (Diana Iznaga, *Transculturación en Fernando Ortiz*). Véase el parecido concepto de 'hibridización' en Nestor García Canclini, *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*, quien intenta superar, a partir de este término, la dicotomía entre lo tradicional/moderno en la cultura latinoamericana.

de este encuentro no son clones, sino nuevos símbolos culturales: heterogéneos, híbridos, impredecibles y, muchas veces, también contradictorios[9]. Setenta años más tarde, el sociólogo cultural chileno, José Joaquín Brunner, describió el nacimiento de la heterogeneidad cultural como fruto de encuentros:

> "...las verdaderas síntesis culturales modernas..., se producen primero en el norte y luego descienden, proceso durante el cual son 'recibidas' y apropiadas..., según códigos locales de recepción. Así ha ocurrido con la sociología, con el arte pop, con la música rock, con el cine, con la informática, con los modelos de la universidad, con el neoliberalismo, con los últimos medicamentos, las armas y, en largo plazo, con nuestra propia incorporación en la modernidad"[10].

El análisis de José J. Brunner deja claro que las ideas e investigaciones sobre hegemonía y relaciones de poder asimétricas, no han perdido su importancia ni su poder interpretativo[11]. Todavía siguen vigentes y es importante reconocer de dónde surgen los símbolos culturales, y en qué contextos de desigualdad pueden ser asimilados. Sin embargo, junto a ello es importante tener en cuenta el carácter constructivo de las constelaciones de poder y jerarquías, que se basan, al menos parcialmente, en un consenso[12]. Dicho consenso no siempre se alcanza, a partir de medios violentos, durante los procesos de negociación desarrollados en un espacio cultural que es compartido entre poderosos y subordinados. El enfoque del poscolonialismo obligó a realizar investigaciones que se dedicaron, originariamente, al estudio de las mezclas culturales y a las negociaciones de poder y autoridad en contextos de dominio colonial formal, así como a reformular las nociones de poder y autoridad, disciplina y subordinación, entendiéndolas, no como categorías estáticas, sino en permanente estado de negociación y de transformación, representando en este proceso un papel central la resistencia ofrecida por parte de grupos subalternos en situaciones de contacto cotidiano. El poder sigue constituyendo, entonces, una categoría central, pero, al mismo tiempo, los sistemas de poder son reconocidos como algo complejo, constituyéndose el enriquecimiento cognitivo a partir de una mirada allende de los antiguos límites de los conflictos nacionales para concentrarse más bien en las relaciones regionales y locales[13].

[9] Los "símbolos" se entienden aquí como "todo tipo de objetos, actos, acontecimientos, cualidades o relaciones que son expresión de una idea, siendo la misma el 'significado' del símbolo", Clifford Geertz, *Dichte Beschreibung: Beiträge zum Verstehen kultureller Systeme*, p. 49.

[10] José Joaquín Brunner, *Un espejo trizado: Ensayos sobre cultura y políticas culturales*, pp. 235-236.

[11] En relación con el factor "poder" en el proceso del encuentro véase Steve J. Stern, "The Decentered Center and the Expansionist Periphery: The Paradoxes of Foreign-Local Encounter", p. 47.

[12] William Rowe & Vivian Schelling, *Memory and Modernity: Popular Culture in Latin America*, pp. 9-10.

[13] Como introducción al poscolonialismo, véase Robert J.C. Young, *Postcolonialism: An Historical Introduction*, pp. 1-11 y 57-69. El concepto de lo "poscolonial" ha sido criticado de diversas

Gracias al nuevo enfoque, se sitúan en el centro del análisis histórico del siglo XX nuevos actores, tales como *managers*, periodistas, reformadores sociales e intelectuales, a la vez que obreros cuyos actos y percepciones estaban determinados por contextos transnacionales. Estas transacciones que se desarrollan más allá de fronteras estatales y nacionales, pueden tener consecuencias directas o indirectas en el ámbito de la política pública[14].

En efecto, la norteamericanización es uno de aquellos procesos transnacionales cuyas dimensiones históricas permanecen aún en gran parte desconocidas. La investigación de estos contextos transnacionales abre por una parte, necesariamente, la mirada del historiador hacia el flujo migratorio, que constituye, junto a las corrientes económicas, financieras y mediáticas, un elemento decisivo en los procesos de globalización[15]. Por otra parte, y en relación con esto, se vuelve central el viajar y traspasar fronteras, ya que generan interacciones y transferencias que, a su vez, cuestionan definiciones esenciales de nación y cultura. La idea de transgresión de fronteras, tanto si se tratase de un procedimiento real como de una operación mental de abandono de construcciones identitarias fuertemente ancladas, junto a los múltiples y diversos encuentros con lo extraño, toman un lugar central en la teoría del poscolonialismo[16]. Ésta contiene, a parte de la dimensión espacial, una de tipo temporal. Los viajes de investigación que tenían como objeto de estudio a los así llamados "pueblos primitivos sin cultura", como, por ejemplo, las exploraciones de etnólogos estadounidenses en el seno de sociedades indígenas de América Central y del Sur, fueron también percibidas desde el siglo XIX, como viajes temporales hacia el pasado, a través de las etapas tempranas del desarrollo

---

maneras por historiadores latinoamericanistas, ya que implica entender la fase colonial como algo finalizado y superado. Entretanto, se ha impuesto como denominación de planteamientos teóricos, que está por la descentralización de la historia, el interés en procesos transnacionales y la crítica al paradigma del progreso. En relación con esta crítica, véase Gilbert Joseph *et al.* (eds.), *Close Encounters of Empire: Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations*, p. 31; Mark Thurner, "Historicizing 'the Postcolonial' from Nineteenth Century Peru", pp. 1-18; J. Jorge Klor de Alva, "The Postcolonization of the (Latin) American Experience: A Reconsideration of 'Colonialism', 'Postcolonialism', and 'Mestizaje'", p. 270.

[14] Para el concepto de las relaciones transnacionales, véase Stefan Rinke, *„Der letzte freie Kontinent": Deutsche Lateinamerikapolitik im Zeichen transnationaler Beziehungen, 1918-1933*, pp. 30-37; Stefan Rinke: „Deutsche Lateinamerikapolitik, 1918-1933: Modernisierungsansätze im Zeichen transnationaler Beziehungen", pp. 359-360. Recientemente, el concepto ha sido redescubierto por la historiografía alemana. Una vez más se asocia con ello el llamado al cese de la "hegemonía del paradigma germanocéntrico", Sebastian Conrad, "Doppelte Marginalisierung", p. 145. Para debates más recientes en torno a la categoría de lo transnacional, véase Sebastian Conrad und Shalini Randeria, "Einleitung: Geteilte Geschichten - Europa in einer postkolonialen Welt", pp. 9-49; Jürgen Osterhammel, "Transnationale Gesellschaftsgeschichte: Erweiterung oder Alternative", pp. 472-474 y Albert Wirz, "Für eine transnationale Gesellschaftsgeschichte", pp. 489-498.

[15] Nestor García Canclini, *La globalización imaginada*, p. 63; Arjun Appadurai, *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*, p. 4.

[16] Homi Bhaba, *The Location of Culture*, p. 38.

de la humanidad. La comprensión del presente y del futuro se derivaba de la existencia de un pasado de la "periferia". Ello permitió crear conceptos y nociones de superioridad y progreso así como legitimar el dominio[17].

Sin embargo, en este proceso cognitivo, frecuentemente se pasa por alto el hecho de que se trata de procesos recíprocos. Ello quiere decir, que lo que era, para los estadounidenses y europeos, viajes hacia el pasado, constituían, por ejemplo, para los latinoamericanos viajes hacia el futuro, que no tenían que estar necesariamente relacionados con un viaje real hacia el Norte (primero a Europa y luego a Estados Unidos), sino que podían ocurrir como procesos de encuentro con lo *otro* en zonas de contacto tanto reales como simbólicas. En el contexto de este trabajo no interesa el análisis crítico de la "mirada imperial" hacia lo otro "periférico", sino al revés, el análisis de las percepciones del así llamado "centro" por parte de los actores supuestamente periféricos. De esta manera, estos actores son reconocidos como agentes transnacionales y al mismo tiempo como sujetos históricos, ya que ejercen su influencia en zonas de contacto donde se redefinen, asimilan y desechan imágenes, estereotipos y prejuicios sobre "lo otro" o "el extranjero". Así, el antropólogo James Clifford precisa:

> "Cultural action, the making and remaking of identities, takes place in the contact zones, along the policed and transgressive intercultural frontiers of nations, peoples, locales"[18].

Muchas veces esto no sucede voluntariamente, sino que es el producto de tensiones generadas por el choque producido entre las innovaciones acarreadas por el proceso global de modernización con las tradiciones y costumbres locales como, por ejemplo, sucede entre las filosofías empresariales extranjeras y los valores morales locales[19].

Asimismo, es necesario ampliar la noción poscolonial de las zonas de contacto para incluir, también, las zonas de contacto simbólico, que se desarrollaron sobre todo a partir del advenimiento de las tecnologías de comunicación modernas y las industrias culturales a lo largo del siglo XX. Estas zonas no se

[17] Sebastian Conrad haciendo referencia al antropólogo Johannes Fabian, ha llamado la atención sobre esta relación en, Conrad, „Doppelte...", *op. cit.*, p. 153.

[18] James Clifford, *Routes: Travel and Translation in the Late Twentieth Century*, p. 7. Sobre los viajes a Europa realizados por latinoamericanos durante el siglo XIX, véase Andrea Pagni, *Post/Koloniale Reisen: Reiseberichte zwischen Frankreich und Argentinien im 19. Jahrhundert.*

[19] Como ha mostrado Claudio Lomnitz *Deep Mexico, Silent Mexico: An Anthropology of Nationalism*, pp. 125-144, para el caso mexicano, pueden estas tensiones originadas en las zonas de contacto poner en cuestión, justamente en América Latina, dogmas claves, tales como, la idea del crecimiento de la modernidad en el terreno de tradiciones locales, además de poner de manifiesto las contradicciones de la meta de la modernización y el rechazo que provocaba el proceso de modernización. Para el concepto de "zona de contacto", véase Pratt, *op. cit.*, pp. 6-7.

dejan delimitar con precisión en el espacio, sino que están deterritorializadas. En los procesos de encuentro que ocurren en ellas, se construye y cambia permanentemente lo "propio". Lo mismo ocurre con la identidad, la cultura y los consiguientes conceptos centrales de nación, etnicidad y género, lo cual, a su vez, puede conducir a una reterritorialización, entendida como la reconstrucción de ciertas tradiciones, valores o identidades, por ejemplo: la nacional. Durante el siglo XX estas construcciones fueron permanentemente aceleradas, debido a la precipitación y al volumen creciente de los movimientos de factores específicos en el marco global. Es por ello que una historia cultural moderna del siglo pasado, que es lo que se pretende lograr con este trabajo, no se puede realizar sin la revisión del nivel transnacional, aunque su punto de partida sea un contexto específico de carácter nacional.

En este trabajo se entiende consecuentemente la *norteamericanización*, como un proceso complejo de encuentro de los chilenos con lo material y lo simbólico, con reales e imaginarios con Estados Unidos. Estos encuentros tienen lugar en contextos históricos específicos, los cuales están marcados por constelaciones de desigual distribución de poder. La norteamericanización no es, entonces, un proceso de homogeneización cultural en el cual el "receptor" se convierte en una parte americanizada y subalterna de una cultura dominante. Un análisis crítico de la norteamericanización debe tomar en cuenta sobre todo las percepciones y experiencias de los mencionados actores, quienes se encontraban con los estadounidenses, como realidad y representación, en diversas situaciones cotidianas en: los diarios, las reuniones de negocios, las mesas de congresos, el lugar de trabajo, caricaturas, películas, etc. Como ya he mencionado, aquí se trata, en primera línea, de la formulación de un interrogante de tipo histórico-cultural, entendiendo por cultura –junto a Clifford Geertz, quien se basa en Max Weber– un "tejido de significados autoproducidos" y que están presentes en la conciencia humana, siendo sometidos a permanentes cambios en el marco de dinámicos procesos de construcción simbólica[20]. Las interpretaciones se dan tanto en el ámbito individual como colectivo, y producen significados e identidades. Esta interpretación de cultura se aleja de definiciones elitistas, como las de "alta cultura" o "cultura popular", que en varios momentos dominaron el discurso cultural reclamando la autenticidad[21]. De acuerdo con el entendimiento básico que se pone aquí en juego, el criterio de autenticidad está tan obsoleto como la idea de cultura, entendida como un resultado fijo y definitivo. Las acciones culturales son, más

[20] Geertz, *Dichte... op. cit.*, p. 9. En relación con la capacidad de interpretación de la conciencia humana, véase también Jörn Rüsen, "Was heißt: Sinn der Geschichte?", p. 27.

[21] Cuando en lo sucesivo en este trabajo se utilicen de todos modos los términos "cultura de elite", "cultura popular" o "cultura de masas", no debe entenderse en sentido de retroceso hacia una comprensión parcial y jerárquica de la cultura, sino como recurrencia a conceptos contemporáneos, que en forma particular, deben ser analizados críticamente.

bien, productos de procesos interactivos durante los cuales, los límites entre los sistemas que interactúan entre sí se constituyen y cambian en la dinámica de los encuentros[22].

Tras estas aclaraciones, es posible argumentar que los procesos de encuentro que aquí se investigan, así como las experiencias con la otredad, son partes constitutivas de cualquier concepto de cultura. En lo que sigue, las relaciones cambiantes, entre encuentro y construcción de diferencia cultural, serán el foco de interés central. La apropiación de la "otra América" está intrincadamente tejida de numerosas experiencias "propias", que se reflejan en determinadas percepciones. La construcción de alteridad cobra aquí una doble función de establecer límites frente a lo extraño, proveniente del exterior, así como frente a los transgresores provenientes del interior, entre los cuales se contaban, desde jóvenes fanáticos del jazz en el Chile del decenio 1920, hasta los opositores de la política modernizadora neoliberal en las décadas 1970 y 1980. De especial relevancia resulta aquí, por ejemplo, saber cómo y quiénes interpretan, reconstruyen y usan de manera selectiva el dinero o los conocimientos científicos y los símbolos culturales percibidos como estadounidenses. Este acto de apropiación se da en contextos muy diferentes que podían abarcar, desde manifestaciones eufóricas hasta feroces rechazos, desde el "americanismo" hasta el "antiamericanismo". Sin embargo, el carácter de aquellos contextos no debe ser comprendido como una reacción a la norteamericanización, sino como una parte integral de la misma. Mucho menos, ambos fenómenos constituyen polos completamente opuestos y de fácil distinción entre ellos. Más bien, y con gran frecuencia, se entrelazan en constelaciones imprevistas y poco claras, generadas por motivaciones y contextos históricos precisos. Como veremos, de tal manera interactúan, por ejemplo, el imperialismo informal estadounidense y el nacionalismo chileno. Ambos se transforman al encontrarse. Los límites pierden su nitidez y el resultado son constructos identitarios heterogéneos y en estado de permanente cambio, que constituyen elementos centrales de una cultura. En este mismo sentido hablaremos, de aquí en adelante, de norteamericanización.

Investigar la historia de la norteamericanización en un país latinoamericano, no significa analizar en primera línea la historia de las relaciones con Estados Unidos, aun cuando este elemento sea una importante estructura para el complejo global[23]. En lo que sigue, interesarán dichos procesos,

[22] James Clifford, *The Predicament of Culture: Twentieth Century Ethnography, Literature, and Art*, pp. 338-339. Similarmente García Canclini, *La globalización..., op. cit.*, p. 62 y Appadurai, *op. cit.*, pp. 12-13. Sobre los aportes latinoamericanos, véase la recopilación de Hermann Herlinghaus y Monika Walter (eds.), *Posmodernidad en la periferia: Enfoques latinoamericanos de la nueva teoría cultural.*

[23] La restricción hacia el ángulo de las relaciones internacionales ha puesto el énfasis central de la perspectiva, en el lado "emisor" de Estados Unidos, desde el punto de vista historiográfico. Para una visión de conjunto, véase Stefan Rinke, "Encountering the New History of Inter-American Relations", pp. 2-22.

principalmente, desde el punto de vista de la historia de Chile, la cual, a su vez, forma parte de la discusión acerca del proyecto de la modernidad. La norteamericanización muchas veces ha sido definida como parte del proceso más largo de la modernización. Este último concepto sigue estando vigente, aunque la definición convencional basada en el paradigma progresista y que, implícitamente, traza una clara delimitación entre un estadio tradicional y uno moderno, y la consecuente transformación de los primeros en los últimos a partir del desarrollo de criterios específicos, ha sido criticado recientemente. Desde la perspectiva del modelo convencional, cualquier desviación de la imagen ideal de lo moderno –y esto era Estados Unidos desde, a más tardar, la Segunda Guerra Mundial– significaba necesariamente un déficit. Con ello, la noción actual de modernización acentúa, más bien, las discontinuidades y quiebres, así como la diversidad de lo "moderno"[24]. En América Latina cristalizó justamente la idea de una "periferia moderna" diferente y discrepante de normas prefijadas[25].

Las paradojas y contradicciones del proyecto de lo moderno en América Latina se dejan ver con toda claridad, especialmente cuando el objeto del análisis lo componen los desarrollos socioculturales y su relación con los procesos de encuentro relativos a la norteamericanización. El concepto de cultura de masas adquiere aquí especial relevancia y genera la creación de una "parte de los procesos de democratización de lo moderno"[26]. A partir del siglo XX, y especialmente durante la década de 1920, con la emergencia de los nuevos medios tecnológicos, como el cine y la radio, fue determinante la discusión relacionada con la formación y valoración de la cultura popular como una "cultura de tercera" comparada frente a las culturas de elites y del pueblo, siendo largamente debatido si, en este caso, era siquiera posible hablar de cultura. Las discusiones circulaban en torno a las preguntas relacionadas con las condiciones de producción de la cultura de masas y en especial, en torno a su apreciación como una cultura genuina surgida "desde abajo" o,

[24] Para una crítica fundamental, véase la perspectiva del historiador Hans-Ulrich Wehler, *Modernisierungstheorie und Geschichte*; Thomas Mergel, „Geht es weiterhin voran? Die Modernisierungstheorie auf dem Weg zu einer Theorie der Moderne", pp. 203-232. Véase también Peter Wehling, *Die Moderne als Sozialmythos: Zur Kritik sozialwissenschaftlicher Modernisierungstheorien*, pp. 107-133.

[25] Beatrice Sarlo, *Una modernidad periférica: Buenos Aires, 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988. Relacionado con esto véase Claudio E. Benzecry, „Beatrice Sarlo and Theories of Popular Culture", pp. 80-81; Brunner, *Un espejo..., op. cit.*, p. 30; Stefan Rinke, *Cultura de masas, reforma y nacionalismo en Chile, 1910-1931*, pp. 21-23; Vivian Schelling, "Latin America and Other Models of Modernity", pp. 249-262. En todo caso, todavía existen opiniones que ven la modernización en América Latina como algo necesario y sobre todo como un proceso de adaptación cultural a Estados Unidos, ya que en caso contrario, podría suscitarse justamente una "lucha entre culturas" entre Norte y Sudamérica. Véase Lawrence E. Harrison, *The Pan-American Dream: Do Latin America's Cultural Values Discourage True Partnership with the United States and Canada.*

[26] Kaspar Maase, *Grenzenloses Vergnügen: Der Aufstieg der Massenkultur, 1850-1970*, p. 16.

como últimamente, creadas por las culturas industriales, de acuerdo con su carácter comercial y a su papel ideológico. De acuerdo con esto, se caracteriza al público como a una masa de consumidores pasivos, que debido a la urbanización se han enajenado de sus comunidades sociales y han perdido su cultura auténtica[27].

Estas discusiones provenientes de Europa, son importantes para el contexto de la norteamericanización, ya que Estados Unidos era valorado como la cuna de la cultura de masas, gracias a su perfección industrial, que parecía amenazar los estándares estéticos y valores de las culturas nacionales, desestabilizando las demandas de los monopolios, las nociones de jerarquía, primero de la "cultura de elite" y luego de la "cultura del pueblo". La recepción y apropiación de esta crítica a partir del decenio 1970, desvió en América Latina, así como en otros lugares, la mirada hacia la dinámica de la cultura de masas[28]. De la misma manera en que el ascenso transnacional de la cultura de masas y su transmisión medial en América Latina, sobre la base de los procesos entrelazados entre sí de la industrialización, urbanización y democratización, se valoran como motores de la modernización y de la diversidad cultural, asimismo, deben ser cotizados como elementos constitutivos de colectivos nacionales hermenéuticos/interpretativos. En numerosos países latinoamericanos estos factores proveyeron, durante el siglo XX, los primeros fundamentos para la aparición de lo público, así como de la sociedad de masas. Lamentablemente, en muchos faltan aún las bases para conocer mejor estos desarrollos y, sobre todo, faltan investigaciones con dimensión histórica que, a su vez, den prioridad a la revisión de los procesos de la norteamericanización[29].

Como ya hemos constatado, la apreciación y problematización de la norteamericanización disminuyó en importancia considerable, especialmente después de los cambios histórico-mundiales que representaron los acontecimientos de 1989-1990 y que aumentaron, más bien, el interés por la nueva globalización. Como ya se dijo a lo largo de este texto, ésta se entiende como un amplio proceso que tiene lugar durante la segunda mitad del siglo XX, y que no sigue una lógica de desarrollo definida, sino que da lugar a la aparición de redes y relaciones de intercambio a través de las cuales las fronteras nacionales,

[27] Para una introducción en la teoría véase Dominic Strinati, *An Introduction to Theories of Popular Culture*, pp. 3-12.

28 Jesús Martín-Barbero, *De los medios a las mediaciones: Comunicación, cultura y hegemonía*, capítulo 8, mostró de manera contundente, cómo la "cultura nativa auténtica" se pierde de vista durante el proceso de búsqueda de la misma.

[29] En relación con los vacíos de investigación de la dimensión histórica han contribuido desde la perspectiva de los estudios culturales, García Canclini, *La globalización..., op. cit.*, pp. 75-77 y desde las ciencias de la comunicación Patricio Bernedo, "Historiografía de las comunicaciones en Chile", pp. 79-98. Asimismo, Fredric Jameson, "Preface", p. xi. Axel Schildt ha demostrado que estos vacíos historiográficos no sólo existen para Latinomérica en „Das Jahrhundert der Massenmedien: Ansichten zu einer künftigen Geschichte der Öffentlichkeit", pp. 177-206.

estados y territorios, pierden peso. Sobre todo, tiene el efecto de homogenizar y fragmentar especialmente en su dimensión cultural[30]. En la discusión teórica latinoamericana, se indicó que desde la perspectiva de las elites locales, que buscan la cooperación económica con Estados Unidos en tratados de libre comercio, siguiendo los modelos neoliberales económicos que lucen ostentosamente con los símbolos de consumo, propios de la *American Way of Life*, no existen casi diferencias entre ambos conceptos. De acuerdo con esto, la norteamericanización sería sinónimo de globalización. Ello parece ser dudoso, y no sólo debido a los diferentes significados que tiene la norteamericanización para los distintos grupos étnicos y clases sociales de la región sino, también, porque desde hace ya bastante tiempo se está produciendo, paralelamente, la latinoamericanización en Estados Unidos[31].

Lo anterior implica que la norteamericanización es un concepto más antiguo que el de la globalización, pero al mismo tiempo de menor amplitud. Constituye, a su vez, una parte del proceso de globalización que, a diferencia de esta última, se territorrializa, ya que descansa, por una parte, en la creciente formación de redes y lazos, así como de flujos de capital y productos y, por otra, en la percepción individual o colectiva de lo estadounidense. El presente trabajo demostrará esta tesis a partir del ejemplo concreto de Chile.

Sobre la base del fundamento de las mencionadas definiciones y delimitaciones, se investigará aquí la norteamericanización en Chile durante el siglo XX, tomando como objetos centrales de análisis, dos períodos decisivos, a saber: las décadas comprendidas entre 1900 y 1930, así como el lapso entre 1970 y 1990. Esta elección, de lugar y tiempo, requiere ser fundamentada: en los últimos años aparecieron numerosos estudios relativos a los procesos de norteamericanización en los países industrializados de Europa Occidental y en el Japón de posguerra[32]. Muchos de estos trabajos parten, implícitamen-

[30] Hans-Joachim König und Stefan Rinke, „Multikulturalität und Multiethnizität: Chancenoder Hemmnisse für lateinamerikanische Gesellschaften im neuen Globalisierungsprozess?“, pp. 231-233; Véase Martin Albrow, *Abschied vom Nationalstaat: Staat und Gesellschaft im globalen Zeitalter*, pp. 226; David Held, *Global Transformations: Politics, Economics, and Culture*, pp. 27-28; Urich Beck, *Was ist Globalisierung? Irrtümer des Globalismus - Antworten der Globalisierung*, pp. 28-29. Para problemas de perspectivas históricas de la globalización véase Anthony Hopkins, “The History of Globalization - and the Globalization of History?”, pp. 11-46; Charles Maier, “Consigning the Twentieth Century to History: Alternative Narratives for the Modern Era”, pp. 807-831; Jürgen Osterhammel, „Internationale Geschichte, Globalisierung und die Pluralität der Kulturen“, pp. 387-390; Jürgen Osterhammel und Niels P. Petersson, *Geschichte der Globalisierung*.

[31] García Canclini, *La gobalización..., op. cit*., pp. 12-14. José Joaquín Brunner, *Globalización cultural y posmodernidad*, pp. 151-164. Renato Ortiz, *Mundalização e cultura*, pp. 7-10. Lo común de las interpretaciones es la posibilidad de establecer relaciones –aunque de distinta intensidad– con un gran número de sociedades en el mundo entero y estar presente, por lo menos en una fantasía creada por los medios, en muchos lugares simultáneamente.

[32] Por ejemplo, Olivier Zunz, *Why the American Century*; Konrad Jarausch y Hannes Siegrist (eds.) *Amerikanisierung und Sowjetisierung in Deutschland, 1945-1970*; George Mc Kay (ed.), *Yankee*

te, de la dimensión global de dichos procesos o problematizan los miedos existentes frente a la homogenización global. La situación en el campo de investigación relativa a la pregunta, acerca de cómo se dieron estos desarrollos en los países menos industrializados pertenecientes a regiones no europeas, que corresponden a la mayor parte del globo, y los que se dieron especialmente en América Latina, es poco satisfactorio, pese a las nuevas corrientes poscoloniales. Frecuentemente, estos trabajos se focalizan en el imperialismo y su correspondiente crítica, lo cual se debe no sólo al fácil acceso a fuentes estadounidense de gran valor informativo[33]. Chile fue elegido como caso de estudio, ya que, en primer lugar y de acuerdo con el entendimiento convencional, el país había sufrido un menor grado de norteamericanización debido a su distanciamiento geográfico y a sus estrechas relaciones con Europa, pero reconociéndose, por otra parte, que las influencias provenientes de Estados Unidos se intensificaron a partir de la mitad del decenio 1970, como revelan los sobresalientes índices del crecimiento económico chileno de este período –razón por la cual se le atribuye el papel de "jaguar" neoliberal– que dan cuenta de la formación de una sociedad de consumo[34]. Sin embargo, estos desarrollos actuales tienen raíces más profundas, que van desde los albores del siglo XX y que culminan bajo el régimen de Carlos Ibáñez del Campo (1927-1931). La elección de Chile no pretende insinuar que este país podría ser representativo para toda Latinoamérica. Los procesos de encuentro varían de un caso a otro. De cualquier modo, el estudio del caso chileno puede servir de ejemplo para trabajos comparativos en esta área.

Para el suceso chileno aún no se han realizado estudios relevantes sobre la norteamericanización. Ello se debe, no en último caso, al hecho de que la producción historiográfica relativa a Chile ignoró ampliamente la influencia cultural estadounidense, mientras que sí le dedicó gran atención a las relaciones políticas y económicas existentes entre ambos países, generadas durante procesos de desarrollo más actuales, entre 1960 y 1990, desde que Chile obtuvo el papel de representar el caso modelo de la Alianza para el Progreso, lo cual conllevó desde una intrincada participación de la CIA en la lucha contra el gobierno de la UP, hasta la relación ambivalente del régimen de

---

*Go Home (And Take me with U): Americanization and Popular Culture*; Alf Lüdtke *et al.* (eds.), *Amerikanisierung: Traum und Alptraum im Deutschland des 20. Jahrhunderts.*

[33] Helen Delpar, *The Enormous Vogue of Things Mexican*; Thomas F. O'Brien, *The Revolutionary Mission: American Enterprise in Latin America, 1900-1945.* Para un prometedor enfoque véase Ursula Prutsch, "Machtlegitimierung durch kulturelle Inszenierung am Beispiel Brasilien - interamerikanische Perspektiven. Getúlio Vargas, Estado Novo (1937-1945) und die Rolle der USA in Lateinamerika unter Franklin D. Roosevelt", pp. 41-61.

[34] Tomás Moulian, *Chile actual: anatomía de un mito*, pp. 81-123. Stefan Rinke, "Transición y cultura política en el Chile de los noventa o ¿cómo vivir con el pasado sin convertirse en estatua de sal?", pp. 81-100.

Augusto Pinochet con Estados Unidos[35]. Este distanciamiento con respecto al nivel cultural, se alimenta indudablemente de una idea muy enraizada en la visión de sí mismas de las clases altas chilenas, según la cual, el país está fundamentalmente influenciado por Europa. Ya desde el siglo XIX, las mismas clases tradicionalmente se autodenominaban "los ingleses de Sudamérica", mientras que al ejército chileno también se le conocía desde la década de 1890 bajo el apodo de "los prusianos de Sudamérica"[36]. De ninguna manera se debe cuestionar aquí la importancia de las influencias europeas, sin embargo, éstas perdieron su protagonismo alrededor de 1910. Por ello, resulta sorprendente que, por ejemplo, en estudios acerca de la obra de un grupo de intelectuales chilenos que denunció la "crisis del centenario", al cual también pertenecía Tancredo Pinochet, no se prestara atención al influjo estadounidense, a pesar de haber sido significativo en las visiones del futuro esbozadas por estos autores, que influenciaron a toda una generación de reformadores sociales en las décadas de 1920 y 1930[37].

El siglo XX, que apodado como "el siglo (norte)americano" por el periodista estadounidense Henry Luce, que servirá aquí de marco cronológico. Ya fueron aclaradas las valiosas posibilidades que aportan las investigaciones de los procesos de la norteamericanización sucedidos a lo largo del siglo XX en la apertura y adquisición de nuevos conocimientos históricos[38]. Al mismo tiempo, la reciente historiografía contemporánea ha mostrado que las investigaciones relativas a procesos comunicativos y mediáticos, que comúnmente se vinculan con los repetidos términos de globalización y norteamericanización, son de enorme importancia para entender el siglo XX[39]. A partir de una perspectiva latinoamericana de la norteamericanización, parece tener sentido dividir

[35] Hernán Ramírez Necochea, *Historia del imperialismo en Chile*; William F. Sater, *Chile and the United States: Empires en Conflict*; Heraldo Muñoz y Carlos Portales, *Elusive Friendship: A Survey of United States-Chilean Relations*; Paul E. Sigmund, *The United States and Democracy in Chile.* Un ejemplo temprano de una postura contraria: Frederick B. Pike, *Chile and the United States, 1880-1962: The Emergence of Chile's Social Crisis and the Challenge to United States Diplomacy.*

[36] Dentro de las representaciones modernas de la historia chilena, el libro de historia más difundido dentro de Chile de Sergio Villalobos *et al*., *Historia de Chile*, destaca las influencias europeas, por ejemplo, al igual que Gonzalo Vial Correa en su obra inconclusa de varios tomos, *Historia de Chile, 1891-1973*; Gabriel Salazar y Julio Pinto, *Historia contemporánea de Chile*; Julio Heise González, *Historia de Chile: El período parlamentario, 1861-1925.* Lo mismo para las presentaciones panorámicas inglesas: Brian Loveman, *Chile: The Legacy of Hispanic Capitalism*; Simon Collier & William Sater, *A History of Chile 1808- 1994*; Stefan Rinke, *Kleine Geschichte Chiles.*

[37] Cristián Gazmuri Riveros, *Testimonios de una crisis: Chile: 1900-1925*; Cristián Gazmuri Riveros (ed.), *El Chile del centenario: los ensayistas de la crisis*; Patrick Barr-Melej, *Reforming Chile: Cultural Politics, Nationalism and the Rise of the Midde Class,*.

[38] Zunz, *op. cit.*; Thomas F. O'Brien, *The Century of U.S. Capitalism in Latin America.* Thomas F. O'Brien se interesa en las consecuencias económicas y sociales que tiene la influencia estadounidense.

[39] Para una amplia bibliografía sobre el tema véase Schildt, *op. cit.*

el siglo en varias fases: una transnacional, que comenzaría con la Guerra hispano-norteamericana, en 1898, que alcanzaría su apogeo en el decenio 1920 y se transformaría, a su vez, durante la crisis económica mundial, y otra correspondiente al estadio inicial de la nueva globalización, que comenzaría en la década 1970 y se extendería hasta el final de la dictadura de Augusto Pinochet, en 1990.

En el período transnacional temprano se hicieron por primera vez visibles los fenómenos que marcaron la norteamericanización y que fueron parte del desarrollo histórico del país. Desde comienzos del siglo XX es posible documentar en Chile, por una parte, un debate público sobre el crecimiento económico de Estados Unidos y, por otra, sobre la amenaza imperialista que éste implicaba. Aquí cobró especial importancia la "larga" década de 1920, siendo, sin embargo, relegado a un segundo plano el sentido histórico-cultural, por una historiografía parcial, que ha minusvalorado el papel clave representado por dicha dimensión en la historia del país, por centrarse fundamentalmente en cuestiones políticas y socioeconómicas. En efecto, durante estos años se formaron en el trasfondo de una profunda crisis social y política, causada por la creciente alfabetización y urbanización, así como por el surgimiento de una clase media educada, los fundamentos de la cultura de masas y, junto a ello, "la incorporación de la modernidad en la cultura chilena"[40].

La intensificación de la norteamericanización fue crucial para muchos chilenos, cada vez más interesados en las crecientes intervenciones y en la presencia imperial del gran vecino en Latinoamérica, que se hacía cada vez más evidente. Al mismo tiempo, se veía como algo sorprendente el explosivo crecimiento de las inversiones estadounidenses en Chile. Estas empresas empezaron a controlar cada vez más la producción de bienes, la explotación de cobre y salitre, así como la comercialización de los productos. En las regiones más alejadas del país se formaron verdaderos enclaves de actividad económica estadounidense. Ello fue acompañado por la importación de nuevos productos de la industria cultural, que fueron considerados como revolucionarios para los parámetros de entonces. El interés y el debate público sobre estos desarrollos se intensificaron constantemente a partir de 1898, alcanzando su clímax después de la Primera Guerra Mundial, de la cual salió favorecido Estados

[40] José Joaquín Brunner *et al.*, *Chile: transformaciones culturales y modernidad,* p. 23. Para una perspectiva histórica véase Rinke, *Cultura..., op. cit.;* Simon Collier y William Sater, "Una época clave en Chile (1918-1931): Lo que dice la historia y no dice todavía", pp. 39-52. En trabajos anteriores este período fue visto, más bien, como "décadas perdidas", previas al resurgimiento del tardío decenio 1930. Gabriel Salazar y Julio Pinto intentan, últimamente, una cuidadosa reinterpretación: "Si hemos afirmado que 1920 no fue 'el año de la revolución' para Chile, ello no significa que los cambios de allí en adelante no se hayan intensificado y profundizado", Gabriel Salazar y Julio Pinto, *Historia contemporánea de Chile*, tomo 2: Actores, identidad y movimiento, p. 43. Asimismo, véase Barr-Melej, *op. cit.*, cuyo importante trabajo sobre la aparición de la clase media se concentra todavía demasiado fuertemente en el Frente Popular.

Unidos. ¿Qué significó esto para las interacciones chilenas con este país, y para las percepciones en Chile? ¿Cómo intentó, en especial, el régimen autoritario de Carlos Ibáñez, que se hizo cargo del proyecto de modernización, integrar estos procesos en su proyecto? ¿Qué consecuencias tuvo esto para el nacionalismo chileno, que ya era fuerte y floreciente, antes de la llegada de Carlos Ibáñez? ¿En qué medida cambiaron las condiciones de contexto durante la crisis económica mundial?

Durante esta fase transnacional, los procesos de entrelazamiento siguieron estando ligados a territorios nacionales, lo cual se concretizó en que, la norteamericanización en Chile se podía reducir, entonces, al encuentro con Estados Unidos. Esto fue percibido con frecuencia como una transferencia unidireccional del Norte al Sur. Desde fines del decenio 1970 el fenómeno adquirió una calidad nueva que, igualmente, vino acompañada de una crisis política y social. En la investigación, dentro del campo de las Ciencias Sociales relacionada con Chile, esta crisis es considerada como del "estado de compromiso", que se basaba en un consenso entre las elites tradicionales y las nuevas clases sociales emergentes. Al igual que en la fase temprana, a partir de la década de 1970 emergieron nuevas condiciones socioeconómicas. Desde una perspectiva histórico-cultural, también se trató aquí de una fase de auge[41]. Durante el gobierno de la UP (1970-1973), Estados Unidos se convirtió en un antimodelo para una política nacionalista. El proceso de encuentro fue marcado por confrontaciones. Después del golpe militar del 11 de septiembre de 1973, el curso de la política oficial cambió radicalmente y de manera especial, con la introducción de proyectos de reformas neoliberales, pese al nuevo potencial de conflicto que éstas implicaban. Los militares fundamentaron su gobierno autoritario en el impulso de una profunda modernización, para lo cual impusieron, al igual que en 1925, una nueva Constitución en el año 1980. Las consecuencias de esta transformación para la sociedad chilena fueron, sin duda, considerablemente más intensas que las de la primera fase. Chile se convirtió una vez más, bajo una dictadura militar, en un país receptor de

[41] Ernesto Ottone, *Hegemonía y crisis de hegemonía en Chile contemporáneo, 1970-1983*. Para la noción de profundas rupturas véase, Nicola Miller, *In the Shadow of the State: Intellectuals and the Quest for National Identity in Twentieth-Century Spanish America*, p. 6. Hasta ahora los historiadores, más bien, han evitado estas fases, debido al alto grado de ideologización, y a las condiciones problemáticas de las fuentes, Patricio Meller, *Un siglo de economía política chilena, 1890-1990*, pp. 13-15; Carlos Ruiz, "Tendencias ideológicas de la historiografía chilena del siglo XX", pp. 121-134. *Chile, das sozialistische Experiment*; Carlos Huneeus, *Der Zusammenbruch der Demokratie in Chile: Eine vergleichende Analyse*; Detlef Nolte, *Zwischen Rebellion und Integration: Gewerkschaften in der chilenischen Politik*; Reinhard Friedmann, *Chile unter Pinochet: Das autoritäre Experiment, 1973-1990*; Peter Imbusch, *Unternehmer und Politik in Chile: Eine Studie zum politischen Verhalten der Unternehmer und ihrer Verbände*; Bernhard Thibaut, *Präsidentialismus und Demokratie in Lateinamerika: Argentinien, Chile und Uruguay im historischen Vergleich*; Peter Thiery, *Transformation in Chile: Institutioneller Wandel, Entwicklung und Demokratie, 1973-1996*.

inversiones y modelos estadounidenses[42]. ¿Cómo desembocó el proceso de la norteamericanización en la nueva globalización y cómo se desarrolló bajo las nuevas condiciones? ¿En qué grado cambió la percepción del origen estadounidense de los entrelazamientos frente a la creciente desterritorialización, en el marco de las interdependencias mundiales y redes globales?

Para entender el proceso de la norteamericanización en Chile, se debe investigar, cómo cambiaron las ideas y percepciones de Estados Unidos y quiénes llevaron a cabo dichos cambios. La perspectiva macrosocial en la investigación de "narraciones sobre los otros" debe ser complementada –como lo propone Néstor García Canclini para otro contexto– con la descripción sociocultural y el análisis de las observaciones del intercambio cotidiano que se condensan en símbolos[43]. En ambas fases, los encuentros trajeron consigo la transferencia de nociones e imágenes, que actualmente está siendo investigada a la luz de la historia de la transferencia cultural[44]. Así, la definición europea de la noción de "americanismo", se difundió en América Latina a través del escritor uruguayo José Enrique Rodó hacia fines del siglo XIX. Sin embargo, esta transferencia no significó que los latinoamericanos adaptasen el contenido y sentido europeo del concepto. Esto era, de partida, imposible, pues ellos mismos eran americanos. Pero, a pesar de todo, era evidente que el "americanismo" del cual hablaba José E. Rodó representaba para ellos algo extraño. Los significados de los textos e ideas, variaban de acuerdo con las expectativas, costumbres, emociones y contextos de los receptores. Tanto el "americanismo" como el "antiamericanismo", experimentaron en el contexto latinoamericano diferentes cambios de contenido. Un término geográfico como 'América', que a primera vista parece ser neutral, contiene determinados modos de ver la realidad que valen la pena reconocer[45]. Esto también atañía a debates acalorados en torno a términos como norteamericanización y yanqui, que eran utilizados en múltiples combinaciones. De esta manera, se convirtieron en símbolos lingüísticos que influenciaron la percepción de procesos sociales que facilitaron la comprensión de una realidad cuyos cambios se

[42] Para un desarrollo paralelo en el sector financiero véase Barbara Stalling, *Banker to the Third World: U.S. Portfolio Investment in Latin America, 1900-1986*, p. 9.

[43] García Canclini, *La globalización..., op. cit*., p. 33.

[44] Sobre el enfoque de la transferencia cultural, especialmente desarrollado en el espacio franco-alemán, véase Michel Espagne*, Les transfers culturels franco-allemands*; Michel Werner und Bénédicte Zimmermann, „Vergleich, Transfer, Verflechtung: Der Ansatz der ‚histoire croisée' und die Herausforderung des Transnationalen", pp. 607-637. Para críticas del enfoque desde la perspectiva de la historia comparada véase Mathias Middell, „Kulturtransfer und Historische Komparatistik-Thesen zu inrem Verhältnis", pp. 7-41; Johannes Paulmann, „Internationaler Vergleich und interkultureller Transfer: Zwei Forschungsansätze zur Geschichte des 18. bis 20. Jahrhunderts", pp. 674-678.

[45] En relación con lo mismo véase Lester D. Langley, *The Americas in the Age of Revolution,* 1750-1850, pp. XV-XVI.

producían a gran velocidad. Como símbolos, por un lado, eran susceptibles de ser utilizados con fines ideológicos, perdiéndose en nitidez conceptual y, por el otro, fueron politizados, siendo utilizados, por ejemplo, en luchas de poder. No obstante, y al mismo tiempo, también se les atribuyó el carácter de elementos interdiscursivos, que unían diferentes discursos entre sí. Esto se deja ver en el ejemplo del término 'yanqui', que unió el discurso económico y cultural, y que deberá, en lo siguiente de este libro, ser utilizado como una expresión neutral del "otro americano extranjero" desde la perspectiva chilena. Así describía el intelectual venezolano Mariano Picón-Salas, radicado en Chile, las resonancias de dicho término:

> "En la palabra 'yanqui' plasmábamos nosotros por una parte nuestra sumisión económica, y por otra un desprecio que pretendía ser intelectual"[46].

La tensión existente entre el reconocimiento de inferioridad económica y, al mismo tiempo, los sentimientos de superioridad cultural, marcarían los encuentros chilenos con Estados Unidos a lo largo de todo el siglo XX. La capacidad de cambio de los conceptos se demuestra en el hecho de que el término 'yanqui' fue dejado atrás, en el curso de tiempo, por el de 'gringo', ya que éste también permitía denominar a otros extranjeros. ¿Qué significa este cambio?, ¿cuáles otros conceptos claves relativos al proceso de la norteamericanización pueden ser descifrados?, ¿en qué medida permiten estos conceptos reconocer el uso y el significado de estructuras del pensamiento colectivo en el contexto chileno?, ¿en qué contextos y por quiénes fueron utilizados estos conceptos?

Otra categoría de símbolos que constituyen los elementos básicos del proceso de la norteamericanización, y que son aquí un objeto de estudio central, son las imágenes de Estados Unidos, que debido a su capacidad de impresión directa y su difusión, fueron de especial importancia, también entre los grupos no alfabetizados de la población[47]. A grandes rasgos, estas imágenes se pueden dividir en dos tipos que se influencian mutuamente. Las primeras incluyen ideas y constructos imaginarios, que se componen a partir de estereotipos basados en determinadas percepciones. Las segundas son las imágenes existentes de acceso público y difundidas por medios de comunicación masiva. Las ideas se basan, de manera parecida a los conceptos, en una gran cantidad de posturas, sentimientos y prejuicios, que tenían tanto individuos como grupos con respecto a Estados Unidos y que se almacenaban en la memoria cultural[48]; son al mismo

[46] Mariano Picón-Salas, "El americanismo de Waldo Frank", p. 801.

[47] Sobre las discusiones teóricas en relación con las artes visuales históricas véase Manfred Treml, „Schreckensbilder: Überlegungen zur historischen Bildkunde", pp. 179-281; Bernd Roeck, "Visual Turn? Kulturgeschichte und die Bilder", pp. 294-315.

[48] David E. Barclay & Elisabeth Glaser-Schmidt, "Introduction", p. 117; Knud Krakau, „Einführende Überlegungen zur Entstehung und Wirkung von Bildern, die sich Nationen von

tiempo instrumentos o filtros que intermedian entre el sujeto que percibe y el objeto que se percibe. Los estereotipos a partir de los cuales se componen las imágenes funcionan como anteojos que no solamente determinan qué es lo que se ve sino, también, la manera cómo debe ser visto y evaluado. Las imágenes le permiten transformar, a un individuo o a un grupo, la inmensa y potencialmente infinita cantidad de información, en unidades comprensibles. Ello sucede en la medida en que la compleja realidad se reduce a un tamaño abarcable. Lo que desde el punto de vista del sujeto perceptor parece extraño e inexplicable, se vuelve tangible, se adecua y aliena a través de comparaciones, analogías y contrastes surgidos de las experiencias, expectativas, valores, intereses y conocimientos del sujeto. Ciertamente, las experiencias están subordinadas a gran cantidad de influencias sociales y culturales, las cuales influyen, a su vez, en las percepciones mismas, provocando así la constitución de una imagen[49].

Para definirse a sí mismos y crear identidades, los individuos y grupos necesitan de imágenes de otros extraños, que se diferencien de las imágenes de sí mismos. En el nivel del Estado nacional, estas imágenes son símbolos estructurales para la constitución de comunidades interpretativas. Grupos de pertenencia nacional se forman a partir de la delimitación de otras naciones y sociedades[50]. La imagen de lo "otro" es un producto de la imagen de uno mismo, el cual, a su vez, cambia a través del encuentro con el "otro" extraño. En el proceso de encuentro, el "uno" mismo entra en una relación con el "otro". Ambos niveles de percepción establecen una dinámica de interacción permanente. La imagen de lo "otro" se construye, en gran parte, a partir de la imagen de un mismo, teniendo también peso los factores condicionales ya mencionados. La experiencia de la alteridad, que resulta de esta interacción, es un desafío para el examen y transformación de uno mismo, lo cual muchas veces puede ser visto como una amenaza o una oportunidad. Las imágenes de otros extraños, en especial las de otras naciones, permiten llegar a conclusiones, más bien, relativas al propio mundo que al ajeno, ya que reflejan patrones de sentidos, nociones y símbolos del encuentro con lo nacional propio. La concordancia de estas imágenes con la realidad es irrelevante, pues, si bien las

---

sich und anderen machen", pp. 9-18; Gottfried Niedhart, „Selektive Wahrnehmung und politisches Handeln: Internationale Beziehungen im Perzeptionsparadigma", pp. 141-157; Gottfried Niedhart, „Perzeption und Image als Gegenstand der Geschichte der internationaen Beziehungen: Eine Problemskizze", pp. 39-52; Werner Ruf, *Bilder in der internationalen Politik*.

[49] Hans-Joachim König und Stefan Rinke, „Einleitung", pp. 10-12.

[50] Clifford Geertz, *The Interpretation of Cultures*, pp. 213-220. El poder de las imágenes ha sido hasta ahora poco investigado en la literatura científica sobre el fenómeno del nacionalismo y la construcción de identidades nacionales. El prometedor enfoque en relación con el significado de la visualización de delimitaciones nacionales a partir de mapas geográficos en Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, pp. 170-178, no ha seguido desarrollándose.

imágenes se nutren de elementos de la realidad objetiva, no la reproducen[51]. Así, los estereotipos nacionales –tanto los propios como los de los otros, que son aquí comprendidos como partes de las imágenes– tienden, por ejemplo, a ignorar o transformar determinadas informaciones, amoldándolas a esquemas mentales preexistentes. Las imágenes se componen de muchas facetas y, de acuerdo con la constelación histórica, algunas se destacan, pero otras quedan relegadas a un segundo plano. En caso extremo, el mimo estereotipo puede convertirse en elemento para idealizar o demonizar. Las imágenes se orientan en función de determinadas acciones, y las acciones influencian, a su vez, las imágenes, sin por ello transformar, cada vez, sus estructuras básicas, las cuales cambian muy lentamente. No obstante, lo que se da es un proceso dinámico, en el cuál ambos niveles se constituyen mutuamente[52].

Los orígenes de las imágenes chilenas de Estados Unidos constituyen un buen ejemplo de ello. Estas imágenes se formaron a lo largo de mucho tiempo y encuentran su origen finalmente en los mitos europeos de un "Nuevo Mundo", un paraíso perdido para ser redescubierto, pero también un mundo de peligros y descontrolada barbarie, que marcaron el debate en torno a América desde su descubrimiento y conquista[53]. Los mitos de América, y los estereotipos derivados de éstos, fueron trasladados desde Europa hacia América, donde fueron asimilados y adaptados por las elites criollas en nuevos contextos. Desde fines del siglo XVIII la exitosa historia económica y política del joven Estados Unidos, atrajo el interés de observadores extranjeros, quienes informaron sobre un país joven, con infinitas riquezas y elevados ideales, así como sobre el grosero materialismo, violencia y delincuencia existente. A lo largo del siglo XIX, "América" se convirtió para muchos idiomas europeos en sinónimo de los Estados Unidos del Norte. Por otro lado, América del Sur fue marginalizada, hasta que, en la década de 1860, a partir del panlatinismo francés, se introdujera la expresión "Latinoamérica" para los territorios al sur del Río Grande. Los "otros" americanos en el sur adoptaron muchas de aquellas percepciones europeas; intentaron integrar partes del modelo estadounidense en sus esfuerzos por construir Estados independientes. Al mismo tiempo, reconocían los peligros que provenían del expansionismo del País del Norte. Los sentimientos de inferioridad y desconfianza se profundizaron y condujeron a algunos hacia la convicción de la existencia de contradicciones insuperables, a medida que se iban diferenciando más entre sí las vías de desarrollo de las

[51] Gustav Siebenmann, „Methodisches zur Bildforschung", pp. 1-17.

[52] Krakau, *op. cit.*, p. 10. Sobre la importancia de estereotipos nacionales véase Michael Jeismann, „Was bedeuten nationale Stereotypen für nationale Identität und politisches Handeln?", pp. 84-93. Sobre la idea de constitución mútua véase Siegfried J. Schmidt, „Diskurs und Literatursystem: Konstruktivische Alternativen zu diskurstheoretischen Alternativen", p. 140.

[53] Véase Hans-Joachim König, *Die Entdeckung und Eroberung Amerikas, 1492-1550.*

dos Américas[54]. Sin embargo, las percepciones de los "otros americanos" en el contexto de los procesos de encuentro, siguieron ofreciendo nuevos puntos de orientación para gran parte de la sociedad chilena. Ideas tradicionales de jerarquías sociales y definiciones de cultura, fueron cuestionadas en el curso de este proceso.

La segunda categoría de imágenes, las representaciones visuales, se limitaron en América Latina hasta fines del siglo XIX, todavía a una pequeña parte de la clase alta. Esto cambió, desde luego, con el ascenso de las nuevas tecnologías de comunicación, y las posibilidades de comercialización de noticias e imágenes a comienzos del siglo XX. El motor de este desarrollo fueron las crecientes acciones de los medios transnacionales, que al mismo tiempo protagonizaron la norteamericanización. Las imágenes adquirieron una importancia crucial en la constitución de la modernidad en América Latina, otorgándole a las grandes masas urbanas, excluidas de la cultura escrita, la posibilidad de integrarse a la modernidad a partir de una producción creciente de imágenes visuales transferidas por los medios de telecomunicación[55]. La historia de los encuentros con el yanqui simbólico también se puede leer como la historia del ascenso de nuevos modos de representación visual en Chile y sobre todo de fenómenos culturales relacionados con la visualización en los medios masivos modernos. Desde el cambio estructural sufrido por los medios impresos a partir de la introducción de la prensa ilustrada a comienzos del siglo XX, pasando por los albores del cine hasta la llegada de la televisión y, finalmente, de los medios electrónicos en la década de 1980, la historia de la difusión de imágenes –móviles e inmóviles– de Estados Unidos, constituye un aspecto clave para entender la norteamericanización. Con todo, no interesan aquí las obras de arte, sino, sobre todo, las imágenes triviales de carácter cotidiano que, o provienen del campo amplio de la publicidad o representan en forma de caricatura instantáneas tomadas de contextos políticos o culturales[56]. Las caricaturas podían ser expresión de poder cultural en oposición al dominio político y económico aplastante, influenciando al mismo tiempo las percepciones y discusiones de

[54] Stefan Rinke, „Das Andere Amerika: Alteritätskonstruktionen zwischen den Amerikas im 19. Jahrhundert", pp. 205-240; John T. Reid, *Spanish American Images of the United States, 1790-1960*, pp. 3-113; Carlos M. Rama, *La imagen de los Estados Unidos en la América Latina: de Simón Bolívar a Salvador Allende*, pp. 12-19.

[55] Para una discusión de esto basada en Jesús Martín-Barbero véase Carlos Rincón, „Die neuen Kulturtheorien: Vor-Geschichten und Bestandsaufnahmen", pp. 28-29. Las investigaciones sociológicas e históricas sobre América Latina orientada a la interpretación de textos, han ignorado, hasta entonces, prácticamente por completo este campo. Para el contexto chileno da cuenta de ello el historiador Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción del Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, pp. 245-246.

[56] Para ello véase también el concepto de "cultura visual" en Nicholas Mirzoeff, "What is Visual Culture?", p. 9. Para un caso de estudio que sirve de ejemplo para mostrar la relación existente entre imágenes y la "norteamericanización", véase Emily S. Rosenberg, "Consuming Women: Images of Nordamericanization in the 'American Century'", pp. 481-485.

todas las clases sociales[57]. Las imágenes comerciales, que muchas veces son productos transnacionales, utilizadas en diferentes contextos, estandarizadas y difundidas en cifras millonarias (como, por ejemplo, la lata de Coca-Cola, mencionada en el ejemplo al comienzo), se vivencian en situaciones cotidianas. Ello ocurre no solamente en contextos visuales formalizados, como en el cine o frente al televisor, sino, también, en situaciones imprevistas y casuales, en la calle, durante las compras, etc., cuando las percepciones de las "imágenes externas" se posicionan con especial fuerza en la memoria, especialmente al concordar con determinados estereotipos "internos".

Más allá del ámbito de las discusiones textuales, el yanqui simbólico se convirtió en un constructo trasmitido, y susceptible de ser concebido, mediante imágenes. En el transcurso de la nueva globalización, la compleja realidad fue atiborrada y colmada de imágenes de circulación mundial. Las identidades nacionales fueron ahuecándose rápidamente, siendo reemplazadas por nuevos sentimientos de pertenencia desterritorializados[58]. ¿Cuáles eran las imágenes de Estados Unidos que existían en Chile, de qué estaban compuestas y cómo se fueron transformando desde comienzos del siglo XX hasta 1990?, ¿cuáles prejuicios y posturas en relación con el yanqui y a la propia identidad quedan reflejadas en ellas?, ¿de adónde provenían las informaciones, opiniones e ideas del yanqui que componían estas imágenes?, ¿pueden detectarse metas políticas e ideológicas presentes en ambos tipos de imágenes en la selección de elementos?, ¿cómo fueron utilizadas las imágenes y políticamente instrumentalizadas?

Ya en la fase temprana de la norteamericanización, las imágenes comenzaron a desprenderse de sus contextos de circulación habitual, dentro de las clases sociales instruidas, y se hicieron alcanzables para la gran masa de población. Una de las principales preguntas de este trabajo tiene como objetivo esclarecer el funcionamiento de la circulación de aquellas imágenes. Desde comienzos del siglo XX, hasta la nueva globalización, los grupos pertenecientes a distintas clases sociales se relacionaron con intensidades diferentes, durante el proceso de la norteamericanización, no tratándose de ninguna manera de un proceso de entrelazamiento de todos con todos. ¿Quiénes eran los individuos, grupos e instituciones que mediaban entre las dos partes del continente doble y cómo influenciaron este proceso?, ¿qué estratos sociales tomaron especialmente parte en él y cuáles constelaciones les fueron favorables? Imágenes de Estados Unidos eran expresión y base para discursos identitarios en Chile. ¿En qué medida se convirtió este país –o, para ser exacto: la imagen que los chilenos se hacían de él– en un modelo positivo o negativo para la sociedad chilena?, ¿de qué elementos se componían los símbolos colectivos, con los

[57] Para una prometedora aproximación véase Stephen D. Morris, "Exploring Mexican Images of the United States", pp. 114-115.

[58] Sobre la aparición de "comunidades de sentimientos" transnacionales y globales a partir de estímulos visuales véase Appadurai, *op. cit.*, p. 8.

que la así llamada "chilenidad" delimitaba lo típico chileno de lo yanqui?, ¿cómo funcionaban estos mecanismos demarcadores?, ¿de qué manera se reflejaban en los debates sobre reformas modernizadoras del Estado y de la sociedad?, ¿qué conexiones existían entre las imágenes de Estados Unidos y el nacionalismo chileno y cuáles conflictos resultaban de esta relación?, ¿qué papel representaban los símbolos de la norteamericanización en las nociones de identidad nacional y desarrollo?

Desde un punto de vista metodológico, los problemas en el análisis de símbolos y procesos de encuentro se presentan, cuando se considera el aspecto de la recepción. El número de participantes en los procesos de percepción, más aún en el aquí prospectado largo período histórico, queda en principio indefinido. La posibilidad de reconstruir *la* imagen o *las* imágenes de Estados Unidos en un momento y lugar concretamente definidos no se puede dar tampoco porque, reitero, las imágenes se basan en la variedad de múltiples perspectivas. Lo que "los chilenos" –noción que es utilizada por razones estilísticas en este trabajo– hasta "los yanquis" pensaban y cómo percibían, no se puede esclarecer completamente. Sin embargo, ello no puede ser la meta, ya que la historiografía vive del intento de aproximarse a realidades pasadas. Ello debe ocurrir aquí a partir de una lectura intensa de fuentes y la ampliación del repertorio convencional de las fuentes escritas hacia el material visual: desde avisos comerciales hasta revistas tipo historieta. Las fuentes visuales son consideradas también, porque en la fase temprana del período que aquí se investiga, existía en Chile un alto porcentaje de analfabetos y porque en el período posterior, las representaciones visuales encontraron un círculo de receptores considerablemente mayor[59]. Para la fase transnacional se contó con archivos de Chile y Estados Unidos, que hasta ahora han sido poco o, casi nada, trabajados. Para la fase histórica posterior se pudo compensar de manera parcial la falta de acceso directo a las fuentes no publicadas gracias a numerosas ediciones de fuentes y memorias. Junto a ello, la prensa chilena fue utilizada como principal proveedora de información, siendo consideradas también –pese al alto grado de centralización– numerosas publicaciones de provincia, junto a diarios y revistas de la capital[60]. A pesar de que la prensa como fuente histórica no puede mostrar *lo* que se pensaba en un período determinado, sí puede mostrar de manera fragmentaria, *sobre qué* y con qué intensidad se discutía, o –más bien, bajo las condiciones de una dictadura– no se discutía[61]. Estos aspectos se vuelven visibles, especialmente, a

[59] En 1920 el porcentaje de analfabetismo alcanzaba todavía un 50%, en 1930 estaba cerca del 44%. Amanda Labarca, *Historia de la enseñanza en Chile*, p. 276.

[60] Sobre el grado de centralización de los medios chilenos: Michael Monteón, *Chile and the Great Depression: The Politics of Underdevelopment, 1927-1948*, pp. 10-11.

[61] De ello se desprende, desde el punto de vista metodológico, la necesidad de documentar la mayor cantidad de veces posibles los temas relevantes a partir de una "descripción densa". Esta necesidad será aquí tomada en cuenta en las notas a pie de página, incluyéndose, por razones de espacio, solamente las fuentes de mayor poder informativo. Sobre la problemática de la

través del análisis de prensa, ya que ésta pone a disposición, junto a sus aportes escritos, un amplio archivo de imágenes[62].

Como resultado de las reflexiones anteriores se obtiene un esquema estructural que incluye una división del trabajo en dos partes temporales, abarcando, la primera, el período que corre entre los años 1898 y 1932 y concediéndole especial énfasis a los años que siguieron a la Primera Guerra Mundial. Ésta es la fase transnacional de la norteamericanización, en la cual se desarrollaron, sobre la base de una profunda crisis social y bajo la inclusión de una dictadura militar, las decisivas estructuras básicas, que luego fueron profundizadas y transformadas durante el segundo lapso que corre entre 1970 y 1990, otra vez bajo condiciones de crisis y de un régimen autoritario. Este período más tardío será analizado en la segunda parte de este libro. La elección de ambos períodos cronológicos, como focos de investigación, permite una observación comparativa entre el comienzo y el final del siglo XX desde una perspectiva diacrónica. La estructuración interna de las dos partes principales, sigue un esquema, que se deriva del entendimiento de cultura como facultad interpretativa de la conciencia humana. Las operaciones mentales de percepción y explicación significativa, así como la aplicación de las percepciones interpretativas en el sentido de constituir una orientación en las acciones, son en este contexto de gran importancia[63]. Estas operaciones mentales conforman un marco para la estructuración de los capítulos y subcapítulos de las dos partes principales, sin por ello pretender una separación estricta entre las mencionadas operaciones, ya que, efectivamente, se hallan numerosas intersecciones entre ellas. Por ello, aspectos específicos, deben ser iluminados desde diferentes puntos de vista.

Los dos cortes temporales, las amplias conexiones y análisis de contenido propuestos, son instrumentos para el registro de los dinámicos procesos de encuentro de la norteamericanización y de sus representantes a lo largo del siglo XX, que posibilitan una apreciación conclusiva de estos desarrollos transnacionales y de sus ambivalencias en el contexto de la historia de la globalización.

---

prensa véase Dagmar Kusche, *Nationale Identität und Massenmedien in Kolumbien, 1900-1930: Zum Beitrag der Presse im Prozess nationaler Identitätsbildung*, pp. 38-44, quien se apoya en la definición de "opinión pública" desarrollada por Niklas Luhmann, como ayuda seleccionar y estructurar temas públicos relevantes.

[62] Las informaciones recogidas durante dos estadías de investigación en Chile, en numerosas entrevistas con testigos de época, también fueron consideradas en este estudio. Los entrevistados no fueron escogidos de acuerdo con el criterio de pertenencia a las elites sociales, cuyas percepciones de la "norteamericanización" se dejan leer en su mayor parte en publicaciones, sino que se privilegió a chilenos provenientes de las clases sociales media y baja. En relación con la importancia de la prensa como mediadora de imágenes, véase Claudio Durán, *El Mercurio: Ideología y propaganda, 1954-1994; ensayos de interpretación bi-lógica y psico-histórica,* tomo 1: Propaganda de agitación en el período agosto 1972- marzo 1973.

[63] Rüsen, *op. cit*., pp. 28-29, desarrolló interesantes reflexiones relativas a operaciones mentales, que resultaron ser sugerentes para este contexto, aunque no fueron adoptadas por completo.

# CONDICIONES GENERALES
# ECONOMÍA, POLÍTICA, IMÁGENES Y CANALES

*"La concepción utilitaria, como idea del destino humano,*
*y la igualdad en lo mediocre, como norma de la producción social,*
*componen, íntimamente relacionadas, la fórmula de lo que ha solido llamarse,*
*en Europa, el espíritu de americanismo [sic]. ...los Estados Unidos*
*pueden ser considerados la encarnación del verbo utilitario.*
*Y el Evangelio de este verbo se difunde por todas partes*
*a favor de los milagros materiales del triunfo.*
*...La poderosa federación va realizando entre nosotros*
*una suerte de conquista moral"*[64].

## ¿La "norteamericanización del mundo"?
## Expansión estadounidense y escenarios de crisis

Durante las tres primeras décadas del siglo xx, la estructura de la sociedad chilena sufrió cambios que le afectarían durante mucho tiempo. Los factores claves aquí, fueron el crecimiento demográfico, los inicios de la industrialización, la urbanización y sus consecuentes procesos de migración, el surgimiento de movimientos obreros, el incremento de las funciones del Estado y la formación de un nuevo tipo de clase media urbana. En el ámbito económico, el país atravesaba la etapa final del modelo de desarrollo de exportación, que se orientaba fundamentalmente hacia la extracción y exportación de salitre, actividades que estaban bajo el control de inversionistas británicos y alemanes. Con el auge de la producción de abono sintético durante la Primera Guerra Mundial fue imposible detener el ocaso del sector salitrero, lo cual sumió al Estado chileno en una profunda crisis, pues perdió su principal fuente de ingresos: las ganancias obtenidas del impuesto sobre el salitre. Durante la década 1920, la extracción del cobre, que estaba bajo el control de empresas estdounidense, reemplazó a la del salitre como producto de exportación principal del país. Sin embargo, la situación económica se mantuvo inestable y las tensiones sociales aumentaron manifestándose en protestas callejeras. El desarrollo socioeconómico generó reprobaciones políticas.

Tras la Guerra Civil de 1891, el país había vuelto a la llamada "República Parlamentaria", es decir, a un sistema político en el que predominaba un poder legislativo fuerte dominado por una oligarquía. Al agudizarse los síntomas de crisis después de la guerra, fue elegido presidente Arturo Alessandri Palma, en

[64] José Enrique Rodó, *Ariel*, 2000, pp. 195-196.

1920, a quien se consideraba un reformador. Sin embargo, no logró revertir el bloqueo político y parlamentario de reformas, razón por la cual los militares intervinieron directamente en la política en septiembre de 1924. Tras una etapa de transición –durante la cual se sucedieron numerosos gobiernos entre 1924 y 1927 y se aprobó una Constitución nueva en 1925, que reforzaba significativamente el poder del Presidente– el coronel Carlos Ibáñez, que desde hace dos años ejercía el poder en la sombra, se hizo elegir formalmente Presidente en 1927. Su gobierno autoritario duraría hasta 1931, año en el que fue derrocado como consecuencia de la crisis financiera mundial[65].

Tal como se señaló en la introducción, durante esta etapa se intensificaron los encuentros chilenos con el "yanqui". Estos encuentros, así como las imágenes de la "otra América", fueron concebidos dentro de contextos histórico-filosóficos, económicos y políticos, interrelacionados y sujetos, a permanente cambio. El funcionamiento de estas imágenes, así como los significados adscritos a ellas fueron influenciados por esos mismos contextos, y a veces provocados por ellos. Los encuentros afectaron y modificaron tanto los contextos políticos y económicos como las imágenes. Hacia 1898 se acuñó la expresión "peligro yanqui". ¿Qué se escondía tras esta expresión? ¿Qué tipos de desarrollo alimentaron este concepto en el ámbito político-económico? En adelante se pondrá de manifiesto, primero, la relación existente entre el "peligro" proveniente del norte y el ambiente de crisis reinante entre los intelectuales chilenos desde 1898 hasta 1918. Luego, se analizarán las relaciones económicas y políticas establecidas entre Chile y Estados Unidos, a partir del cambio de siglo hasta la crisis económica, ya que el "coloso del norte" no sólo existía en las mentes sino que dejaba constancia de su presencia a través de su política de expansión e intervención masiva iniciada a principios del siglo XX, aun en el rincón más alejado de Latinoamérica.

### *El "peligro yanqui" y la "crisis" chilena previa a 1918*

Desde fines del siglo XIX Estados Unidos cobró fama internacional de transformarse en una potencia mundial, debido al despliegue de su poderío, tanto en el ámbito económico como político. A comienzos del siglo XX esta percepción alcanzó una nueva dimensión y se expresó en publicaciones ampliamente difundidas, tales como el libro *The Americanisation of the World: The Trend of the Twentieth Century* del periodista británico William T. Stead, editado en 1902. A propósito del debate contemporáneo respecto al auge y caída de las grandes potencias,

[65] Para la historia de Chile durante ese período, véase: Heise, *op. cit.*, tomo 2; Villalobos, *Historia..., op. cit.*, tomo 4; Salazar y Pinto, *op. cit.*, tomo 2; Rinke, *Cultura..., op. cit.* y Collier & Sater, *A History..., op. cit.* Sobre la industrialización, véase también Henry W. Kirsch, *Industrial Development in a Traditional Society: The Conflict between Entrepreneurship and Modernization in Chile* y Luis Ortega, "El proceso de industrialización en Chile, 1850-1930", pp. 213-245.

William T. Stead calificó a Estados Unidos como "el fenómeno político, social y económico más importante de nuestros días"[66]. Pero lo que este autor celebraba con entusiasmo era menos popular en extensas regiones de Latinoamérica. El intelectual venezolano Rufino Blanco Fombona expresó así en su crítica a William T. Stead, la esperanza de que Latinoamérica no se convirtiese en víctima del expansionismo estadounidense[67]. Rufino Blanco F. escribía, al igual que William T. Stead, bajo la impresión de la guerra ocurrida entre Estados Unidos y España entre 1898 y 1899, la cual era apreciada como el punto de inflexión simbólico hacia una nueva era, puesto que había sido una potencia del Nuevo Mundo la que derrotó a la otrora potencia dominadora de la vieja Europa. "América" fue casi "re" descubierta, adquiriendo una dimensión amenazante, por lo que la expresión "peligro yanqui" corrió muy pronto en boca de todos[68].

En efecto, la guerra por Cuba fue el punto culminante de un decenio de crecimiento dinámico de los intereses económicos y estratégicos de Estados Unidos, guiado por el lema de un nuevo panamericanismo, existente en el espacio que ellos llamaron "hemisferio occidental". La intervención en el conflicto hispano-cubano marcó el comienzo de una nueva fase en la política estadounidense, respecto de Latinoamérica y, en concreto, acarreó consigo el cese definitivo del dominio colonial español en las Américas, la anexión de *facto* de Puerto Rico y la limitación de la soberanía cubana a través de la así llamada enmienda Platt. A partir de 1898, Washington desarrolló, sobre todo en Centroamérica y el Caribe, una política intervencionista basada en intromisión militar y presión informal[69]. Esta expansión se legitimaba ideológicamente a partir de la idea de inferioridad, tanto de América Latina como de sus habitantes. En Estados Unidos, donde la mayoría era presa de un espíritu de época imperialista y racista, los partidarios del expansionismo contemplaban su país como la instancia civilizadora, destinada por la Providencia, a redimir a sus vecinos en el sur. En todo caso el imperialismo estadounidense se diferenciaba del europeo por su renuncia a la conquista colonial, adquiriendo con ello el sello particular de *city upon a hill*[70].

[66] William T. Stead, *The Americanization of the World: Or, the Trend of the Twentieth Century*, p. 5.

[67] Rufino Blanco Fombona, "La americanización del mundo [1902]", pp. 435-448.

[68] Respecto del significado de la guerra, véase Sylvia L. Hilton & Steve J.S. Ickringgill (eds.), *European Perceptions of the Spanish-American War of 1898*. Sobre la génesis del término "peligro americano" en Europa, véase Ragnhild Fiebig-von Hase, *Lateinamerika als Konfliktherd der deutsch-amerikanischen Beziehungen, 1890-1903: Vom Beginn der Panamerikapolitik bis zur Venezuelakrise von 1902/03*, pp. 320-361, indicar tomo. El argentino Manuel Ugarte utilizó en América Latina la expresión "peligro yanqui" ya en 1901, como título de un ensayo ampliamente leído. Manuel Ugarte, *La nación latinoamericana*, p. XVIII.

[69] Louis A. Pérez Jr., *The War of 1898: The United States and Cuba in History and Historiography*, p. 121; Walther L. Bernecker (ed.), *1898: Su significado para Centroamérica y el Caribe: ¿Cesura, cambio o continuidad?* y Hans-Joachim König, "El intervencionismo norteamericano en Iberoamérica", tomo III, pp. 405-478.

[70] Rinke, „Das andere...", *op. cit.*, p. 230. Respecto de la idea del "imperialism upon a hill", véase Stefan Rinke, "Pan-Americanism Turned Upside Down"; pp. 65-71.

Los ya conocidos estereotipos estadounidenses provocaban en América Latina reacciones extraordinariamente fuertes. Junto a las doctrinas Calvo y Drago (1896 y 1902), de gran importancia para el Derecho Internacional –que sirvieron de fundamento para que diplomáticos latinoamericanos, apelando a la soberanía de Estados afectados, rechazasen los derechos de intervención de potencias extranjeras– Estados Unidos se convirtió en blanco de críticas en numerosos tratados de intelectuales latinoamericanos. Autores como el cubano José Martí o el nicaragüense Rubén Darío se dirigían no sólo en contra del imperialismo y de construcciones que representaban una supuesta superioridad de la "raza" anglosajona sino, también, contra la civilización estadounidense en sí misma –catalogada de materialista– a la cual debía contraponérsele una genuina identidad latinoamericana. En su influyente ensayo *Ariel* (1900), el uruguayo José Enrique Rodó defendió con especial énfasis la idea de una antítesis entre Norte y Sudamérica. Tradujo la definición crítica de la noción de "americanismo", en boga en Europa, presentando a Estados Unidos como la personificación del utilitarismo extremo. Por el contrario, Latinoamérica representaba idealismo, ética, ciencia y arte. A pesar de que José E. Rodó reconocía los logros alcanzados por el vecino del norte en el ámbito del desarrollo, su análisis condenaba explícitamente el afán de imitación carente de espíritu de crítica –la "nordomanía"– de numerosos representantes de las clases media y alta latinoamericanas, a la vez que exhortaba a construir las bases espirituales de la aún inconclusa unidad latinoamericana. El *Ariel* de José E. Rodó imprimió, como ninguna otra obra, el espíritu de época de fines de siglo en América Latina[71].

Los efectos de la obra de José E. Rodó se dejaron sentir también en Chile, donde las imágenes relativas a Estados Unidos oscilaban, ya desde el siglo XIX, entre la admiración y el temor[72]. Sin embargo, en el marco de los movimientos de crítica social y cultural de la primera década del siglo XX, la tesis de José E. Rodó adquirió nuevos significados. Durante esta época de transición se discutieron, intensa y públicamente, el pasado, el presente y el futuro del país. Algunos vislumbraban un porvenir grandioso y señalaban las "grandes similitudes" existentes entre Chile y Estados Unidos[73]. Sin embargo, la gran

[71] Frauke Gewecke, „Ariel versus Caliban? Lateinamerikanische Identitätssuche zwischen regressiver Utopie und emanzipatorischer Rebellion", pp. 43-68; Joseph Jurt, „Literatur und Identitätsfindung in Lateinamerika: José Enrique Rodó, *Ariel*", pp. 68-95; Ottmar Ette, "Rodó, Prospero und die Statue Ariels: Das literarische Projekt einer hispanoamerikanischen Moderne", pp. 217-220. Para comprender el contexto, véase también Martin S. Stabb, *In Quest of Identity: Patterns in the Spanish American Essay of Ideas, 1890-1960*, pp. 36-44 y Nikolaus Werz, *Das neuere politische und sozialwissenschaftliche Denken in Lateinamerika*, pp. 232-234.

[72] La imagen chilena de Estados Unidos fue construida, entre otros, por el héroe de la independencia José Miguel Carrera, los pensadores Benjamín Vicuña Mackenna y Francisco Bilbao, además de José Martí a través de sus numerosas colaboraciones aparecidas en la prensa chilena. Véase Rama, *op. cit*., p. 20; Jorge Benítez (ed.), *José Martí y Chile* y José Miguel Carrera, *Diario de viaje a Estados Unidos de América.*

[73] "Esposición de Buffalo", en *El Ferrocarril,* Santiago, 27 de noviembre de 1900, p. 1.

mayoría de los "pensadores" no podía compartir este optimismo. Éstos enfatizaban y criticaban mucho más los profundos problemas sociales y económicos del país, es decir, la cuestión social, el injusto sistema monetario y político, que sólo beneficiaba a las clases altas, así como la aparente venta de riquezas nacionales a extranjeros[74]. Por otra parte, los mismos siguieron de forma atenta y critica la política intervencionista estadounidense. En este contexto encontró el movimiento conservador del hispanismo numerosos seguidores en Chile. Diversos autores de sectores católicos reconstituyeron a la vencida Madre Patria española como símbolo de ideales culturales y enaltecieron la historia del dominio colonial hispano. Los valores españoles fueron contrapuestos al materialismo[75]. De acuerdo con estas voces, Chile formaba parte de una América hispana, diametral e irreconciliablemente opuesta a la América anglosajona. En efecto, *Ariel* había dejado el terreno fértil para el surgimiento de este tipo de antítesis, y no fue casual que el Congreso chileno lo convidase en 1910, a inaugurar con una conferencia la celebración del Centenario de la independencia[76].

En contraste con la recepción de la obra de José E. Rodó –marcadamente simplista, ya que la reducía tan sólo a sus aspectos antiestadounidenses–, el análisis en torno a Estados Unidos, contenido en los escritos de numerosos intelectuales liberales de clase media, preocupados por encontrar una solución a la crisis chilena, cobró claramente rasgos fructíferos. Así, en un texto de Enrique Mac-Iver, ampliamente difundido a partir del año 1900, éste se preguntaba a sí mismo y a sus lectores: "¿progresamos?". El autor concluía que, en comparación con el desarrollo de otros Estados, sud y norteamericanos, el desarrollo en Chile se había estancado debido a la decadencia y corrupción de la clase dirigente[77]. Pocos años más tarde, Nicolás Palacios expondría la misma opinión en su *bestseller, La raza chilena.* Al igual que Enrique Mac-Iver, encontraba las causas de la crisis en la elite decadente, que adoptaba ciegamente modelos de desarrollo extranjeros, quedándole tan sólo sentimientos de desprecio para su propio pueblo. Al mismo tiempo, acentuaba los aspectos positivos resultantes de la mezcla "racial" de la población chilena –sobre la base

[74] Julio Valdés Cange (Alejandro Venegas), *Sinceridad: Chile íntimo en 1910.* Desde una perspectiva socialista, escribió Luis Emilio Recabarren, "El balance del siglo: ricos y pobres a través de un siglo de vida republicana", pp. 299-306. Sobre la discusión en torno a la cuestión social, véase Patricio Valdivieso, *Ein Weg zur Sozialreform in Lateinamerika: Die Rezeption der katholischen Soziallehre Europas in Chile, 1880-1920*, pp. 227-304.

[75] Para un panorama general, véase Pike, *Chile...*, *op. cit.*, pp. 137-139 y 164-167.

[76] El discurso fue publicado por José Enrique Rodó en, "El centenario de Chile", pp. 552-553.

[77] Enrique Mac-Iver, *Discurso sobre la crisis moral de la república.* Véase también José A. Alfonso, "Algunas consideraciones sobre la decadencia chilena", pp. 345-363 y Florentino Abarca, *La decadencia de Chile: causas principales y secundarias.* Sobre éstos y otros autores chilenos, véase Gazmuri, *Testimonios..., op. cit.;* Gazmuri, *El Chile..., op. cit.;* Bernardo Subercaseaux, *Fin de siglo: la época de Balmaceda*, pp. 84-85 y 242-253; Sandra McGee Deutsch, *Las Derechas: The Extreme Right in Argentina, Brazil, and Chile, 1890-1939*, pp. 11-17.

de conquistadores "masculinos", de origen "godo", y a distinguidas mujeres araucanas–, así como de la selección darwinista y de las duras condiciones de vida impuestas a la sociedad fronteriza chilena. Nicolás Palacios pertenecía así a un grupo de intelectuales latinoamericanos, que argumentaba en la línea del positivismo, y a partir de principios de la biología y del darwinismo social[78].

En afinidad con su visión de mundo racista, Nicolás Palacios atribuía el éxito alcanzado por Estados Unidos a la superioridad racial de su población. Según él, se impuso allí, pese a la variada mezcla de inmigrantes, una "raza teutónica" pura. Es por ello que, en su opinión, los "yanquis" se distinguían por su espíritu de lucha, ya fuera en el deporte, en la economía o en la política. Este espíritu no existía en la "raza" latina[79]. Según el punto de vista de Nicolás Palacios, este país era una nación de individualistas y de trabajadores aplicados en la que los talentosos alcanzaban el éxito (a pesar de que, lamentablemente, a menudo muriesen jóvenes en sus lugares de trabajo). Nicolás Palacios alababa el poder de organización y los adelantos tecnológicos de Estados Unidos y admiraba sus *trusts*. Incluso veía en la doctrina Monroe algo positivo, ya que le otorgó a la "civilización superior", mediante el rechazo hacia lo europeo, el espacio libre necesario, para el desarrollo del propio país[80].

Autores más jóvenes como Tancredo Pinochet y Francisco Encina, aprovecharon el año de la celebración, llena de simbolismos del Centenario de la Independencia, para llamar la atención sobre la crisis chilena, comparando, a menudo, la situación del país con la de Estados Unidos. El historiador Francisco Encina sometió a Chile a una crítica radical en su escrito *Nuestra inferioridad económica*. De manera similar a Nicolás Palacios, atribuyó el "verdadero estado patológico" de la sociedad, a los déficit de la "raza" chilena y del sistema educacional[81]. Muy por el contrario, según Francisco Encina, el caso de los estadounidenses mostraba que habían conseguido el engrandecimiento económico a través de disciplina, exactitud y moral:

> "La flor y nata de nuestra raza, lo que más vale en carácter, en inteligencia y en moralidad, al contrario de lo que ocurre en Estados Unidos, se alejó de la actividad productora, y se dirigió hacia las profesiones parásitas"[82].

La instrusión de capitales europeos y estadounidenses fue identificada por éste como otro factor más causante de la miseria chilena. Reconocía que en el

[78] Nicolás Palacios, *Raza chilena. Libro escrito por un chileno y para los chilenos*. Respecto de los otros autores, véase Stabb, *op. cit*., pp. 12-32; Reid, *op. cit*., pp. 118-119; Cristián Gazmuri, "Notas sobre la influencia del racismo en la obra de Nicolás Palacios, Francisco A. Encina y Alberto Cabero", pp. 225-247.

[79] Nicolás Palacios, *op. cit*., pp. 430-432.

[80] *Op. cit.*, pp. 496-522; cita p. 519.

[81] Francisco Encina, *Nuestra inferioridad económica, sus causas y sus consequencias*, p. 15.

[82] Encina, *op. cit.*, 194.

contacto económico internacional, el socio más desarrollado, siempre sacaría provecho de su posición ventajosa respecto del más débil.

Al igual que Francisco Encina, el ensayista, pedagogo y periodista Tancredo Pinochet Le-Brun contribuyó al discurso nacionalista de su época. Planteaba que el dilema chileno se debía a la carencia de una moral de trabajo de las clases dirigentes y a la venta de recursos económicos a extranjeros. Prevenía del panamericanismo. Sin embargo, no quería culpar a Estados Unidos de la crisis existente en su propio país: "Nada tenemos que censurarles a los yanquis en su conducta"[83]. En vez de ello, recomendaba a los chilenos seguir el ejemplo estadounidense y encontrarse consigo mismos, para promover el desarrollo por medio de una política económica nacionalista y proteccionista. Otro aspecto ejemplar que veía en la civilización estadounidense, era su extraordinario sistema de educación orientado hacia el aprendizaje práctico. Los chilenos también debían preparar a su juventud para la lucha por la supervivencia económica, en vez de atosigarla con conocimientos inútiles. Y en todo caso, tampoco les correspondía a sus propios compatriotas –que no habían leído más que "dos tomos de filosofía rancia i un par de epopeyas mal traducidas"[84]–, asumir una actitud peyorativa frente al yanqui, supuestamente inculto. De acuerdo con Tancredo Pinochet, deberían enviarse "ejércitos de chilenos" a Estados Unidos para aprender de su civilización[85].

Durante las dos décadas previas a la Primera Guerra Mundial se popularizaron los puntos de vista de Tancredo Pinochet, Francisco Encina y muchos otros, a través de nuevas revistas ilustradas de gran difusión, tales como *Zig-Zag* o *Sucesos*. En este período se difundieron lenta, pero seguramente, las percepciones chilenas de naturaleza ambivalente respecto de Estados Unidos. Estos últimos se convirtieron en símbolo de lo "otro", representando tanto la amenaza material de lo "propio", débilmente definido como el modelo para la reforma de la sociedad chilena. El País del Norte fue ubicado en ambos casos en el polo opuesto: por una parte, los yanquis eran aquello que los chilenos jamás llegarían a ser, pero que debían ambicionar y, por otra, eran aquello en lo que los chilenos jamás debían llegar a convertirse. En ningún caso fue cuestionado el hecho de que aquella nación simbolizara el país del futuro, y que personificase la modernidad.

*Elementos económicos: comercio e inversiones*

Como demuestran las discusiones de la época, el interés en torno a la expansión económica de Estados Unidos en Chile había crecido de forma continua desde el cambio de siglo, lo cual estaba relacionado con que el nivel de compromiso

[83] Tancredo Pinochet Le-Brun, *La conquista de Chile en el siglo xx*, p. 58.
[84] *Op. cit.*, p. 172.
[85] *Op. cit.*, p. 212.

económico de los estadounidenses en este país había comenzado a cambiar radicalmente. Hasta el año 1900, las relaciones comerciales entre ambos países habían sido escasas comparadas con las que Chile mantenía con las potencias europeas. En 1898 operaban sólo dos empresas estadounidenses relevantes en el país. Una de ellas fue la empresa comercial y naviera W.R. Grace & Co., que mantenía filiales en Valparaíso y Santiago desde la década de 1880, y que inauguró en 1893 la primera ruta de barcos a vapor que transitaban permanentemente entre los puertos chilenos y el neoyorquino. Junto a Grace & Co., George Chace, había adquirido minas de plata y de cobre en Iquique[86].

A comienzos del siglo XX, la situación cambió de manera decisiva. Tanto los esfuerzos chilenos, puestos en el desarrollo de: el ferrocarril, de los puertos, de las instalaciones energéticas y de los establecimientos educacionales como el progreso en la construcción del canal de Panamá, despertaron en Estados Unidos el interés por Chile. Así lo informaba en 1911 el cónsul en Valparaíso: "Now is the time for American interests to do some effective work. Now is the time to pave the way for the opening of the Panama Canal"[87]. La economía reaccionó positivamente a esta invitación. De hecho, bajo el liderazgo de las dos casas comerciales (Grace y Wessel, Duval & Co.), establecidas entre 1900 y 1914, creció considerablemente el volumen comercial entre Chile y Estados Unidos, lo cual ocurrió mucho más rápidamente en comparación con otros socios comerciales. Este país se convirtió en el mercado más grande para el principal producto de exportación chileno: el salitre. El valor de las importaciones desde el norte aumentó también de manera continua alcanzando, en 1910, el tercer lugar después de Gran Bretaña y Alemania. Se trataba principalmente de productos de hierro y acero, tales como maquinaria y un creciente número de automóviles[88].

El incremento del intercambio comercial debe atribuirse, ante todo, al aumento de las inversiones directas en Chile. Mientras que en 1900 alcanzaron sólo los cinco millones de dólares, hacia 1914 se habían multiplicado. Ya en 1904, Singer, el fabricante de máquinas de coser, había abierto en Chile un centro de distribución y de producción para las mismas. Sin embargo, la mayor parte de los capitales fueron invertidos en el sector minero. Chile se convirtió en la región más importante para las actividades estadounidenses a cargo de empresas mineras[89]. Ya antes de la Primera Guerra Mundial, se

[86] Pike, *Chile...*, *op. cit.*, p. 160; Lawrence A. Clayton, *Grace: W.R. Grace and Co., the Formative Years, 1850-1930*, pp. 196-198.

[87] Consulado y Secretaría de Estado norteamericano, Valparaíso, 7 de marzo de 1911, en 625.111, RG 59, NA.

[88] Ramírez Necochea, *op. cit.*, pp. 214-215; Michael Monteón, *Chile in the Nitrate Era: The Evolution of Economic Dependence, 1880-1930*, p. 108; Clayton, *op. cit.*, pp. 260-261.

[89] Mira Wilkins, *The Maturing of Multinational Business: American Business Abroad from 1914 to 1970*, p. 4. Estos datos y otros relativas a inversiones extranjeras en Chile se basan en estimaciones generales. Para la problemática de los datos véase Eduardo Cavieres, "Inversionistas e inversiones extranjeras en Chile, 1860-1930", p. 219.

dedicaron, sobre todo, la American Smelting and Refining Co., la Bethlehem Chile Iron Mines Co. y la United States Steel Co., a la explotación del mineral de hierro chileno. La inversión más grande del período fue realizada por la compañía Bethlehem en 1913 con la compra de la mina El Tofo ubicada en las cercanías de Coquimbo[90].

Los principales productos de la minería chilena eran dos: salitre y cobre. Debido a su relevancia como fuente de ingresos para el Estado, el salitre se convirtió desde la década de 1880, en el producto de exportación determinante para el país. Ya desde temprano la W.R. Grace & Co. había participado activamente en la comercialización del salitre. Hacia el cambio de siglo, la empresa comenzó a producirlo. El gigante de la industria química E.I. Du Pont de Nemours & Co., también se embarcó en el negocio entre los años 1909 y 1912. La inversión total de Estados Unidos en el sector salitrero alcanzó, poco antes del estallido de la guerra, los doce millones de dólares, equivalentes al 2,5-3% del total de las inversiones. Hasta ese momento, la economía salitrera chilena seguía siendo dominada, de forma evidentemente, por el capital europeo, en especial el británico[91].

En contraste con la, aún modesta, participación del capital estadounidense en el salitre, es decir, el sector cuprífero atrajo, antes del año 1914, a grandes inversionistas. Antes del ciclo del salitre, la economía chilena había estado orientada únicamente hacia la exportación de cobre, que constituía el 43% de la producción mundial hacia 1870. Una combinación de factores, tales como la caída de los precios internacionales, el surgimiento de una competencia en Estados Unidos mismo, el agotamiento de los yacimientos más ricos y la carencia de innovaciones tecnológicas provocaron la caída de la producción de cobre. Sin embargo, el cobre chileno siguió siendo atractivo para inversionistas extranjeros debido a la existencia de mano de obra barata y a la relativa estabilidad, tanto del sistema político como de los estímulos estatales para la inversión[92].

La participación del capital estadounidense en la industria del cobre chileno comenzó en 1904, después de que William C. Braden comprase la mina de El Teniente, en las cercanías de la capital del país. Cuatro años más tarde, la empresa de William C. Braden fue traspasada a la compañía Guggenheim Exploration. Los hermanos Guggenheim compraron en 1910 los ricos yacimientos de cobre ubicados en Chuquicamata en el desierto de Atacama y fundaron la compañía Chile Copper. En 1913 la compañía Anaconda Copper fundó en esa misma región su filial chilena, la Andes Copper Mining Co., gracias a

[90] Loveman, *op. cit.*, p. 213; Ramírez Necochea, *op. cit.*, pp. 214-216; Juan Ricardo Couyoumdjian, *Chile y Gran Bretaña durante la primera guerra mundial y la postguerra, 1914-1921*, p. 44.

[91] Stefan Rinke, „Die chilenische Salpeterwirtschaft zwischen ausländischem Kapital, wirtschaftlichen Eliten und Staat, 1880-1930“, p. 214; Clayton, *op. cit.*, pp. 261-263.

[92] Thomas F. O'Brien, "'Rich beyond the Dreams of Avarice': The Guggenheims in Chile", pp. 129-130; Cleona Lewis, *America's Stake in International Investments*, pp. 238-240.

la compra de la mina de Potrerillos. Estas tres empresas formaron en Chile la así llamada "gran minería". Los gigantes estadounidenses de la minería, Guggenheim y Anaconda, invertían sumas enormes en la construcción de su propia infraestructura –centrales eléctricas, carreteras, ferrocarriles y puertos–, e introducían tecnologías y procedimientos avanzados. Así surgieron verdaderas ciudades mineras como, por ejemplo, la de Sewell en El Teniente, que contaba con casas, propiedad de la empresa, para los trabajadores. Estas innovaciones demandaban grandes inversiones iniciales que no se amortizaban inmediatamente como ganancias. Así, la producción en El Teniente comenzó sólo en 1912, es decir, ocho años después de su compra. Chuquicamata comenzó a funcionar en 1915, mientras que Andes Copper logró concluir las instalaciones de Potrerillos recién en 1927[93].

El estallido de la Primera Guerra Mundial y la consiguiente apertura –dos semanas más tarde– del canal de Panamá, crearon condiciones favorables para los intereses económicos estadounidenses en Latinoamérica. Por otra parte, la competencia europea se vio sensiblemente afectada por la guerra económica. Chile perdió el acceso al mercado alemán, que absorbía un tercio de las exportaciones de salitre hasta 1914, lo cual condujo al país a una profunda crisis entre 1914 y 1915. Sin embargo, la demanda de salitre y cobre creció nuevamente a partir de 1915 –especialmente desde Estados Unidos–, ya que eran materias primas bélicas importantes[94].

Con el apoyo del gobierno de Thomas Woodrow Wilson, los estadounidenses aprovecharon la oportunidad única que les ofreció la guerra en Europa para sus intereses económicos. Estados Unidos era el único país neutral que contaba con los recursos y contactos necesarios para reemplazar a los europeos en Latinoamérica[95]. En el campo del comercio exterior chileno, este país aventajó al imperio alemán, ya en 1915, como comprador principal de salitre. Un año más tarde se habían convertido en el mayor socio comercial chileno, sobrepasando a Gran Bretaña[96]. Las firmas estadounidenses que operaban en

[93] María Rosaria Stabili, "Relaciones de producción capitalista: los empresarios norteamericanos en la minería del cobre de Chile, 1905-1918", pp. 43-57; Thomas F. O'Brien, "'Rich beyond...", *op. cit.*, pp. 130-131; Thomas Miller Klubock, *Contested Communities: Class, Gender, and Politics in Chile's El Teniente Copper Mine, 1904-1951*, pp. 26-27; Joanne Fox Przeworski, *The Decline of the Copper Industry in Chile and the Entrance of North American Capital, 1870-1916*, pp. 258-287; Mira Wilkins, *The Emergence of Multinational Business: American Business Abroad from the Colonial Era to 1914*, pp. 178-183.

[94] Bill Albert, *South America and the First World War*, p. 95.

[95] Sobre el apoyo político, véase Emily S. Rosenberg, *Spreading the American Dream: American Economic and Cultural Expansion, 1890-1945*, pp. 66-75; Mark T. Gilderhus, *Pan American Visions: Woodrow Wilson in the Western Hemisphere, 1913-1921*; Robert N. Seidel, *Progressive Pan Americanism: Development and United States Policy toward South America, 1906-1931*, pp. 11-139; Burton I. Kaufman, "United States Trade with Latin America: The Wilson Years", pp. 342-363. En total, el volumen comercial entre Estados Unidos y América Latina se incrementó sobre 130%: William Charles Wells, "Latin American Trade: A Comparative Survey", p. 792.

[96] Albert, *op. cit.*, p. 104.

Chile, también obtenían beneficios de la guerra. De hecho, fue así como Grace pudo comprar una empresa británica productora de salitre. Pero, especialmente para la "gran minería", ocurría el conflicto europeo en el momento adecuado. Los índices de crecimiento anual explotaron a la par que los precios del cobre y la participación de las empresas en la producción de cobre chileno aumentó irrefrenablemente[97].

La creciente importancia de Estados Unidos en la vida económica chilena fue reforzada, más aún, por otras actividades empresariales. En 1917, con el National City Bank of New York se inauguraba el primer banco estadounidense con filial en Valparaíso y un año más tarde, en Santiago[98]. Además, sin ser claramente determinadas, pasarían a manos de inversores del País del Norte grandes participaciones europeas en préstamos del Estado chileno[99]. Por si esto fuera poco, en 1915, la ciudad de Valparaíso consiguió un préstamo en Estados Unidos destinado para el mejoramiento de su puerto. De hecho, éste fue el primer préstamo a largo plazo que este país otorgó en Latinoamérica[100]. Así, a fines de 1917, las inversiones habían aumentado a ciento noventa y tres millones de dólares, de los cuales se destinaron: el 90% al cobre; el 5% a seguros, casas comerciales y lugares de producción; el 2% al hierro; el 1,5% al salitre y el 0,5% a la banca. Aun después del ingreso de Estados Unidos a la guerra, siguieron desarrollándose estas inversiones de capital con dinamismo[101].

En términos económicos, fue el vencedor de la Primera Guerra Mundial en Latinoamérica, pues, efectivamente, había desplazado a los europeos en las áreas centrales. Representaban el nuevo centro financiero del mundo, puesto que podían abastecer los mercados, con su nueva y poderosa flota, y fueron capaces también de montar un amplio sistema bancario internacional, apoyando sus actividades comerciales en el exterior. Mediante la creación de un servicio internacional de radio y telegrafía, Estados Unidos terminó aplastando el dominio europeo también en este campo. Así, mientras los europeos padecían las consecuencias de la destrucción de la guerra, la producción industrial y la inversión de capitales estadounidenses crecían. Chile sentiría directamente las consecuencias de la nueva supremacía en la economía mundial[102].

Pocos meses después de que terminase la guerra, Washington se preocupó de asegurar, también en tiempos de paz, el terreno que había ganado gracias a los intereses económicos privados alcanzados en Chile. Por ejemplo, los

[97] Albert, *op. cit.*, p. 102 y Przeworski, *op. cit.*, p. 286.

[98] "Las grandes instituciones bancarias: The National City Bank of New York", en *La Nación*, Santiago, 16 de marzo de 1919, p. 17. Respecto de los bancos estadounidenses en general, véase Gilderhus, *op. cit.*, pp. 27-29.

[99] Carl P. Parrini, *Heir to Empire: United States Economic Diplomacy, 1916-1923*, p. 41.

[100] Frederic M. Halsey & G. Butler Sherwell, *Investments in Latin America*, p. IX.

[101] Monteón, *Chile in the Nitrate..., op. cit.*, p. 119. Sobre los problemas relativos a los inversionistas estadounidenses en Chile durante el año 1918, véase Couyoumdjian, *Chile..., op. cit.*, pp. 137-150.

[102] Sobre la dimensión global, véase Rosenberg, *Spreading..., op. cit.*, pp. 122-137.

esfuerzos comunes realizados por el gobierno y las potencias económicas del país para lograr la expansión de rutas navieras, parecían ser, en última instancia, necesarios, debido al renovado interés demostrado por empresas británicas en el mercado chileno[103]. Por otra parte, el comercio bilateral había disminuido ostensiblemente debido a la caída general del comercio exterior chileno en 1919 y al retorno de la competencia europea. Sin embargo, en 1925, un observador muy bien informado entregaba una señal tranquilizadora: "The United States still retains first place in Chile"[104]. La afirmación era correcta, ya que entre 1919 y 1929 Estados Unidos manejó un 33,8% del total del comercio exterior chileno, promedio que superaba largamente los intereses europeos individuales. Las empresas estadounidenses conquistaban una creciente participación en la venta de productos modernos tales como petróleo, químicos, metales, artículos eléctricos, teléfonos, automóviles y maquinarias de todo tipo. Simultáneamente, absorbían la mayor parte de las exportaciones chilenas de la producción minera. Asimismo, durante el decenio 1920 comenzaron las exportaciones de fruta y verdura hacia Estados Unidos –que más tarde tendrían gran importancia– en buques frigoríficos de la línea naviera Grace[105].

Las inversiones en Chile también se desarrollaron explosivamente durante la década de 1920. Ya en octubre de 1918, el magnate de la banca Frank A. Vanderlip, presidente del National City Bank, había predicho el *boom* en una destacada revista económica[106]. Chile se convirtió, de hecho, en el centro de operaciones de las inversiones estadounidenses en Sudamérica y en uno de los principales beneficiarios de préstamos de capital en toda Latinoamérica.

[103] Respecto de los esfuerzos británicos, véase correspondencia de la embajada estadounidense con el secretario de Estado, Santiago, 4 de noviembre de 1918, en 825.6374/430, RG 59, NA y Gilderhus, *op. cit*., pp. 121-122. Junto a Julius Klein viajó a Chile, en agosto de 1919, un funcionario del directorio del departamento estadounidense de comercio, véase "Estados Unidos y los países Latino-Americanos", en *La Nación*, Santiago, 6 de agosto de 1919, 1. Respecto de las conexiones navieras, véase William McAdoo, The American Chamber of Commerce, "Noticias comerciales", Valparaíso, agosto 1919, 2515-0-2, en MID, RG 165, NA y Embajada de Chile a MRE, Washington, 5 de octubre de 1917, en AMRE, tomo 613.

[104] Julius Klein, "Economic Rivalries in Latin America", p. 239. Véase, también, Couyoumdjian, *Chile..., op. cit*., pp. 169-172 y 227-232; Stefan Rinke, "Las relaciones germano-chilenas, 1918-1933", pp. 232-235 y 257-260.

[105] Para datos estadísticos, véase Deutsche Überseeische Bank, *50 Jahre Deutsche Überseeische Bank. 1886-1936*. Para el análisis de las relaciones comerciales véase correspondencia de la embajada de Estados Unidos con el secretario de Estado, Santiago, 4 de octubre de 1929, 625.111/4, en RG 59, NA; W.E. Embry, "El comercio chileno con los Estados Unidos", p. 6. Chile-American Association, *Chile y los Estados Unidos*, pp. 43-54. Respecto de la comercialización de petróleo, véase Mira Wilkins, "Multinational Oil Companies in South America in the 1920s", pp. 416-418.

[106] Frank A. Vanderlip, "Problemas de la paz", pp. 101-102. Véase también Elmer H. Youngman, "Investments in Latin America", pp. 234-237. Respecto del desarrollo general de las inversiones estadounidenses en América Latina durante este período, véase Cleona Lewis, *op. cit*., pp. 575-607. Hasta 1929 Chile ocupaba el tercer lugar, detrás de Cuba y México. William Manger, "Foreign Investments in the American Republics", pp. 1064-1077.

Se estima que hasta 1926 Estados Unidos había invertido –directa o indirectamente– en Chile un total de trescientos sesenta millones de dólares. De acuerdo con un cálculo de la época, esto equivalía a noventa y cinco dólares por persona. Un año más tarde, esta suma había sobrepasado los quinientos veintiséis millones. Esto significa que las inversiones en dólares alcanzaron un 44,1% del total del capital extranjero en Chile. Las inversiones inglesas quedaron desplazadas en el segundo lugar con un 29,4% promedio. Se estima que hasta 1929, la suma total de las inversiones estadounidenses alcanzó aproximadamente los mil millones de dólares[107].

Las empresas mineras siguieron siendo el objeto principal de inversiones en Chile. El incremento de la suma total se debía fundamentalmente a la expansión de ese sector y al crecimiento de los préstamos. En 1927, el capital estadounidense en la minería del cobre y del salitre, representaba más de un tercio del total de las inversiones extranjeras en Chile[108]. El cobre continuó siendo determinante. En 1929, los consorcios poseían el 96% de la minería del cobre chileno y su participación en la producción mundial seguía aumentando. De cualquier manera, dentro del sector se gestaban cambios importantes. A raíz del desarrollo breve, pero negativo de los precios, los Guggenheim decidieron, en 1923, vender la enorme mina de Chuquicamata a su competencia, la compañía Anaconda Copper. De esta manera, Anaconda –representada en Chile por sus dos empresas filiales, esto es, Chile Exploration y Andes Copper– se convirtió en líder del mercado. Los Guggenheim permanecieron dentro del negocio, pues conservaron la compañía Braden Copper con su mina El Teniente y la American Smelting & Refining Co. como empresa distribuidora[109].

La venta de Chuquicamata no significó que el interés de los Guggenheim en Chile hubiese disminuido. Por el contrario, dedicaron las ganancias a invertir en la producción de salitre. Después de que, en 1924, se desarrollara un procedimiento nuevo e innovador, los hermanos compraron terrenos calicheros y construyeron la oficina María Elena. Un año más tarde adquirieron la compañía Anglo-Chilean Nitrate and Railway, junto con sus extensas posesiones

[107] "El aumento de capitales americanos en Chile", en *El Mercurio*, Santiago, 24 de septiembre de 1926, p. 3; "El capital norteamericano invertido en Chile", en *BMSNM,* Nº 38, Santiago, 1926, p. 4; "Inversiones extranjeras en América", en *El Mercurio*, Santiago, 21 de noviembre de 1931, p. 3; Halsey y Sherwell, *op. cit.*, pp. 5-8; Chile-American Association, *Chile y los..., op. cit.*, p. 55. Chile-American Association, *Chile in 1930: A Survey of Economic and Fiscal Conditions and Prospects*, pp. 18-19; Joseph S. Tulchin, *The Aftermath of War: World War I and US Policy Toward Latin America*, p. 174.

[108] Agregado militar estadounidense, "G-2 Report, Chile: Foreign Investment", Santiago, 7 de marzo de 1927, 2655-0-39/6, en RG 165, MID, NA.

[109] Embajada norteamericana al secretario de Estado, Santiago, 4 de octubre de 1929, 625.111/4, en RG 59, NA; Halsey y Sherwell, *op. cit.*, p. 6; Chile-American Association *Chile in..., op. cit.*, pp. 23-24; y Klubock, *op. cit.*, pp. 29-30. Sobre la venta de Chuquicamata, véase Thomas F. O'Brien, "'Rich...", *op. cit.*, p. 142; Wilkins, *The Maturing..., op. cit.*, pp. 104-105. Respecto del desarrollo de la economía del cobre después de la guerra, véase Couyoumdjian, *Chile..., op. cit.*, pp. 169-170.

salitreras, estaciones de producción, ferrocarriles y puertos. Adicionalmente, compraron en 1929 la principal sociedad salitrera conocida hasta entonces, la compañía inglesa Lautaro Nitrate[110]. Así, en el transcurso de cinco años, los Guggenheim habían revolucionado el sector salitrero. El capital proveniente de Estados Unidos era aquí también dominante. Hasta 1929, se habían elevado las inversiones en el salitre a ciento cuarenta millones de dólares[111].

Junto a la actividad minera, los préstamos de capital conformaban el sector de inversiones estadounidenses en Chile de crecimiento más dinámico. Antes de la guerra, los empréstitos habían circulado principalmente desde Gran Bretaña. Esto cambió vertiginosamente durante la década de 1920. Chile se convirtió, durante este período, en el receptor de préstamos de más rápido crecimiento en toda Latinoamérica, alcanzando rápidamente el tercer lugar en la valoración total[112]. El dinero se necesitaba para renovar el ferrocarril, para compensar las pérdidas de los ingresos públicos provocadas a raíz de la crisis del salitre y para financiar nuevos proyectos de infraestructura. Los créditos provenientes de Nueva York se obtenían aquí bajo condiciones comparativamente más convenientes, ya que Chile era considerado el equivalente de un sistema político estable con promisorias perspectivas de futuro. Nueva York desplazó así en pocos años a Londres como principal fuente de préstamos de capital. En un acto cargado de simbolismo, el National City Bank fue nombrado asesor financiero oficial del gobierno chileno[113].

En el sector comercial, W.R. Grace & Co. diversificó sus inversiones durante este período manteniendo, junto a una red de representantes a lo largo de todo el país, compañías navieras, así como partes de fábricas textiles y azucareras. Grace ingresó, además, en el campo de las tecnologías modernas, gracias a inversiones en la compañía Radio Chilena en Santiago, y a través de la fundación de la PANAGRA. El valor total de sus inversiones en Chile ascendió, en 1929, a ocho millones de dólares americanos[114].

[110] Thomas F. O'Brien, "'Rich...", *op. cit.*, pp. 146-149; Cleona Lewis, *op. cit.*, pp. 259-261. El tercer punto de apoyo de los intereses mineros continuó siendo la explotación de los yacimientos de mineral de hierro de Bethlehem Steel Co. en El Tofo. En 1929 fueron invertidos ahí trece mil millones de dólares.

[111] Embajada norteamericana al secretario de Estado, Santiago, 4 de octubre de 1929, 625.111/4, en RG 59, NA. Esta acta se basaba sobre informaciones estrictamente confidenciales relativas a las empresas.

[112] Oscar Ilabarca León, *Breve estudio sobre los fundamentos económico-sociales de nuestros empréstitos externos*, p. 70.

[113] Halsey & Sherwell, *op. cit.*, pp. 6 and 13-15; Sin autor, *Chile y los..., op. cit.*, p. 55; William O. Scroggs, "The American Investment in Latin America", pp. 502-504; Cleona Lewis, *op. cit.*, p. 624. Respecto de la distribución porcentual del capital estadounidense en América Latina entre 1900 y 1930, véase Stallings, *op. cit.*, p. 125.

[114] Embajada norteamericana al secretario de Estado, Santiago, 4 de octubre de 1929, 625.111/4, en RG 59, NA; Clayton, *op. cit.*, pp. 302-350; "Comunicación aérea entre las Américas", en *El Mercurio*, Santiago, 24 de junio de 1929, p. 3.

*Cuadro Nº 1*
INVERSIONES ESTADOUNIDENSES EN CHILE, 1929
(en dólares estadounidenses)

| | |
|---|---|
| *Comercio, distribución, transporte, producción* | |
| Ford Motor Co. | $ 1.000.000 |
| Singer Sewing Machine Co. | 750.000 |
| United Shoe Machinery Co. | 1.000.000 |
| W.R. Grace & Co. | 8.000.000 |
| Pan American Grace Airways | 150.000 |
| Wessel, Duval & Co. | 1.556.000 |
| E.I. duPont de Nemours | 1.720.000 |
| United States Steel Products Co. | 2.500.000 |
| Westinghouse Electric Co. | 150.000 |
| *Minería* | |
| Anaconda Copper Co. | 214.050.000 |
| Braden Copper Co. | 168.950.000 |
| American Smelting & Refining Co. | 1.500.000 |
| Anglo Chilean Nitrate Co. | 56.000.000 |
| Lautaro Nitrate Corporation | 85.500.000 |
| Bethlehem Steel Corporation | 13.000.000 |
| South American Metals Co. | 250.000 |
| *Servicios públicos (telegrafía, electricidad, telefonía)* | |
| All America Cables, Incorporated | 1.000.000 |
| International Telephone & Telegraph Co. | 11.000.000 |
| American & Foreign Power | 190.000.000 |
| *Construcción* | |
| Warren Brothers | 680.000 |
| J.G. White Engineering Co. | 250.000 |
| *Seguros* | |
| Insurance Companies (Great American and Home) | 500.000 |
| Credit Installment Insurance | 1.000.000 |
| *Bancos y préstamos* | |
| Grace National Bank | 15.000.000 |
| National City Bank (sólo banca) | 3.100.000 |
| National City Bank (préstamos) | 111.052.500 |
| Kissell Kinnicutt - préstamos | 68.164.000 |
| Kuhn Loeb & Co. - préstamos | 48.286.500 |
| Guaranty Trust Co. - préstamos | 480.000 |
| *Otros* | |
| Empresas y capitales menores | 5.000.000 |
| *Total* | 1.011.589.000 |

FUENTE: Embajada norteamericana a la secretaría de Estado, Santiago, 4 de octubre de 1929, 625.111/4, en RG 59, NA.

Mientras Grace trabajaba básicamente con representantes o vendía a minoristas chilenos, se inauguraron en Chile las primeras plantas de producción de empresas estadounidenses, como inversiones directas en el país. A pesar de la pérdida de valor que experimentó el peso entre 1918 y 1929, esta participación directa trajo buenas ganancias. De esta forma y gracias al *boom* en la construcción, financiado con préstamos, pudieron aprovecharse de los beneficios varias empresas ferroviarias y constructoras. En 1930, Curtiss Wright montó una fábrica de aviones por encargo del gobierno chileno. General Motors instaló treinta y siete sucursales en Chile e, incluso, Ford construyó en Santiago una planta de ensamblaje. Dentro de márgenes más pequeños, también llegaron al país por esos años los productores de neumáticos Firestone y Goodyear. Du Pont fundó una fábrica de explosivos. Inversionistas como este último, trabajaban cada vez más con compañías filiales chilenas. Aparte de éstas, existían en 1931, otras once empresas estadounidenses operando en plantas de producción en Chile[115].

Tal como muestra el cuadro anterior, las empresas también estaban activas en el sector de los servicios públicos. La All America Cables Company –filial de la ITT desde 1926– controlaba los cables terrestres y submarinos, mientras que la RCA dominaba en el sector de la radiodifusión. En 1928, la Electric Bond and Share Co. –sucursal de General Electric– compró, a través de su propia filial AFP, cinco compañías de electricidad inglesas por una suma total de ciento noventa millones de dólares, convirtiéndose en propietaria de centrales eléctricas y de tranvías en las mayores ciudades del país. Paralelamente ITT adquirió la compañía de teléfonos, que había sido fundada con capitales británicos y que operaba en casi todas las ciudades chilenas, estableciendo inmediatamente conexiones internacionales. A comienzos de 1930 se abrió la radiotelefonía directa entre Chile, España y Estados Unidos. Así, el encargado de asuntos exteriores estadounidense en Santiago, podía declarar satisfecho: "...the two most important Chilean public utilities are now owned by Americans"[116]. La toma de posesión se había concretado a lo largo de pocos meses.

A comienzos del decenio 1930, finalizó de golpe la expansión de capitales invertidos por éstos en Chile, lo cual fue consecuencia directa de la crisis económica mundial. El tipo de cambio del peso cayó alcanzando el valor de

[115] Embajada norteamericana a la secretaría de Estado, Santiago, 4 de octubre de 1929, en 625.111/4, RG 59, NA. Véase también Roger J. Burbach, *The Chilean Industrial Bourgeoisie and Foreign Capital, 1920-1970*, pp. 21-22. Sobre plantas de producción, véase Dudley M. Phelps, *Migration of Industry to South America*, p. 112.

[116] Correspondencia de la embajada norteamericana al secretario de Estado, Santiago, 27 de enero de 1930, en 825.75 ITT/2, RG 59, NA. Respecto del sector energético, véase correspondencia embajada norteamericana al secretario de Estado, Santiago, 4 de octubre de 1929, 625.111/4, en RG 59, NA; Thomas F. O'Brien, *The Revolutionary..., op. cit.*, p. 185. Wilkins, *The Maturing..., op. cit.*, pp. 131 and 133. Sobre la telefonía: "Las Américas unidas por la palabra hablada", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 4 de abril de 1930, p. 3; Carlos Donoso Rojas, "De la Cía. Chilena de Teléfonos Edison a la Cía. de Teléfonos de Chile", pp. 101-139.

US$0,079 en 1932. El colapso de los precios en el mercado internacional, se intentó compensar en el sector salitrero, que era determinante para la economía nacional, por medio de la reorganización de la producción. En 1931, los Guggenheim asumieron la dirección de la fundación de la COSACH, que agrupaba a todos los productores. Los Guggenheim controlaban esta empresa que habían creado junto al gobierno de Carlos Ibáñez. Su fundación representó, en definitiva, un punto de inflexión, pues fracasó deplorablemente debido a errores en los cálculos financieros y al constante deterioro de la situación general en el mercado mundial. Finalmente, la empresa fue liquidada en enero de 1933[117].

Unos meses después de la creación de la COSACH, en junio de 1931, fue derrocado Carlos Ibáñez. Poco antes había entrado en vigor una moratoria de pago de deudas, que tendría vigencia hasta 1935. Los inversionistas estadounidenses fueron los principales perjudicados. Por otra parte, el valor y el volumen del comercio exterior chileno se desplomaron por la caída de los precios del cobre y salitre, en el mercado mundial, y por la aplicación de medidas proteccionistas especialmente en Estados Unidos. Los proyectos de obras públicas fueron postergados y el gobierno implementó el control sobre las divisas, para impedir la salida de ganancias de capital hacia el extranjero. Así, las firmas estadounidenses que siguieron permaneciendo en Chile, se vieron obligadas a solicitar divisas para sus propias importaciones. Por medio de una nueva legislación monetaria, se pretendía convertir todas las cuentas en dólares al devaluado peso chileno. Como reacción a estas medidas, algunas empresas, como Singer, cerraron sus negocios en Chile, proceso durante el cual debieron comprobar que ya no les era permitido exportar sus propias existencias. Por esto, y pese a las condiciones adversas, un gran número de firmas se mantuvieron en el país y reinvirtieron sus ganancias, llegando, en 1936, a aumentar levemente el total de las inversiones estadounidenses. Sin embargo, miradas en su conjunto, tanto la crisis como las medidas de emergencia aquí implementadas, impidieron nuevas inversiones directas e indirectas desde Estados Unidos y repercutieron de manera negativa en el comercio[118].

El balance de la expansión económica estadounidense en Chile entre 1900 y 1930 fue, de todos modos, impresionante. El país se convirtió en uno de los centros más importantes de actividades estadounidenses en Latinoamérica. Hacia 1930, las empresas habían desplazado casi por completo a sus competidores europeos. En sectores cruciales de la economía chilena, como en la minería del cobre y los servicios públicos, había alcanzado, el capital proveniente de

[117] Rinke, „Die chilenische...“, *op. cit.*, pp. 223-224; Thomas F. O'Brien, "'Rich...", *op. cit.*, pp. 149-154.

[118] Embajada norteamericana al secretario de Estado, Santiago, 28 de diciembre de 1932, 711.25/75, en RG 59, NA. Este informe resume adecuadamente los problemas en torno a los intereses económicos estadounidenses entre 1931 y 1932. Sobre el desarrollo de las inversiones hasta 1936, véase United Nations, Department of Economic and Social Affairs, Economic Commission for Latin America, *External Financing in Latin America*, p. 32.

Estados Unidos, un estatus casi monopólico. Chile había cambiado radicalmente debido a este flujo de capitales. Grandes proyectos de infraestructura habían comenzado a modificar, al menos en parte, el rostro del país. En todas partes se podían encontrar productos modernos y tecnológicamente muy desarrollados provenientes del País del Norte, tales como: automóviles, máquinas de coser y de escribir. Las empresas estadounidenses construyeron fábricas y centros de explotación minera, e instalaron servicios de correo aéreo, de radio y de navegación. A través de esto, se redujo considerablemente, al menos en un sentido figurado, la distancia entre Chile y Estados Unidos. Los tiempos de bonanza, empero, concluyeron debido a la crisis económica mundial. Los inversores padecieron bajo las moratorias y el control de las divisas. Aún así, muchas inversiones directas, mantuvieron una presencia fuerte en Chile, ya fuere mediante la reinversión de ganancias o aprovechando simplemente la oportunidad que se les ofrecía para eludir impuestos y derechos arancelarios protectores en un mundo que se volvía de forma progresiva proteccionista.

*Elementos políticos:*
*Estados Unidos como árbitro hegemónico*

Estrechamente vinculadas al desarrollo de las relaciones comerciales, se intensificaron también las relaciones políticas entre Chile y Estados Unidos a comienzos del siglo XX[119]. Antes del estallido de la guerra, las tensiones entre ambos países aumentaron paulatinamente. Desde la década de 1890 se hizo visible la creciente supremacía estadounidense también en la parte meridional de América Latina, mientras que el papel de Chile como potencia regional del cono Sur ya no parecía ser tan evidente. Una serie de incidentes diplomáticos menores dejaban ver una nueva repartición de poder, pues evidenciaban que el gobierno chileno debió ceder reiteradamente a las presiones de Washington. En los conflictos limítrofes entre Chile y sus vecinos Argentina, Bolivia y Perú, se dejaba sentir, cada vez con mayor fuerza, la presencia de Estados Unidos. Así, el representante en Buenos Aires fue el mediador entre Chile y Argentina durante los pactos de 1902. Los conflictos fronterizos con Bolivia y Perú causaban, sin embargo, aún mayores problemas. En 1904 se llegó a un arreglo con Bolivia, pero no así con Perú, con el cual las relaciones seguían siendo tensas. El plebiscito previsto en el tratado de Ancón (1894), que seguía vigente, para determinar el destino de las provincias fronterizas de Tacna y Arica –que en ese momento eran chilenas– aún estaba pendiente[120].

[119] Las relaciones políticas de Chile con Estados Unidos han sido frecuente objeto de investigaciones científicas, de manera que me limitaré en lo que sigue a entregar una visión de conjunto resumida.

[120] Pike, *Chile...*, *op. cit*., pp. 47-85 y 123-126; Sater, *Chile..., op. cit*., pp. 51-73; Lars Schoultz, *Beneath the United States: A History of U.S. Policy Toward Latin America*, pp. 91-106; Emilio Meneses, *El factor naval en las relaciones entre Chile y los Estados Unidos, 1881-1951*, pp. 55-94; Arthur P. Whi-

De manera general, estas controversias determinaron la política exterior chilena y, particularmente, también las relaciones con Estados Unidos, pues Chile se negaba rotundamente a adherirse al principio de obligatoriedad de una jurisdicción arbitral en caso de disputas internacionales. Debido a esto, la postura de Santiago, durante las Conferencias Panamericanas de Ciudad de México (1901-1902) y de Rio de Janeiro (1906), fluctuaba entre la cautela y la oposición abierta. Dado que Estados Unidos también rechazaban la jurisdicción arbitral, surgió una comunidad de intereses, caracterizada, entre otras cosas, por el rechazo común a la doctrina Drago, que prohibía la intervención extranjera, y a la doctrina Calvo, que legislaba los daños causados durante las revoluciones. Sin embargo, este pacto de conveniencia en el ámbito diplomático, no lograba ocultar que en Chile el expansionismo también era percibido cada vez más críticamente[121]. La revolución mexicana puso de relieve esta contradicción, ya que el gobierno chileno condenó la intervención realizada en abril de 1914 en Veracruz e intentó mediar –junto a Argentina y Brasil– a través del llamado bloque ABC, provocando la oposición de Washington[122].

Mientras el ABC aún negociaba, estalló en Europa la Primera Guerra Mundial, creándose nuevas condiciones para las relaciones chileno-estadounidense. A pesar de que, efectivamente, todos los Estados americanos declararon inmediatamente su neutralidad, Washington quiso aprovechar este favorable momento para convertirse en la potencia política rectora de las Américas, tal como ya ocurría en el ámbito económico. A fines de 1914, el gobierno de Thomas Woodrow Wilson propuso un nuevo tratado panamericano, que establecía como principios básicos la seguridad colectiva y la obligatoriedad de una jurisdicción arbitral. A pesar de la existencia del ABC, la posición chilena respecto a la cuestión arbitral no cambió y menos aún con la propuesta de Thomas Woodrow Wilson, que contemplaba, incluso, el derecho de intervención como medio de garantizar la democracia y la integridad territorial. Chile rechazó dichas pretensiones y trabajó activamente en el contexto panamericano con el fin de evitar su implementación. Santiago sólo estuvo dispuesto a aceptar la celebración de un convenio de arbitraje de tipo bilateral, que fue firmado en 1914[123]. De todos

---

taker, *The United States and the Southern Cone: Argentina, Chile, and Uruguay*, pp. 136-138; Muñoz & Portales, *op. cit*., pp. 8-10; Cristián Guerrero Yoacham, "Chile y Estados Unidos: Relaciones y problemas, 1812-1916", pp. 65-82.

[121] Pike, *Chile...*, *op. cit*., pp. 127-147. La crítica hacia Estados Unidos se hizo clara durante una visita del ex presidente Theodore Roosevelt a Santiago: "Mr. Roosevelt en Santiago", en *El Mercurio*, Santiago, 25 de noviembre de 1913, p. 17; "El viaje de Mr. Roosevelt", en *El Mercurio*, Santiago, 29 de noviembre de 1913, p. 3; Legación norteamericana a Secretary of State, Santiago, 27 de diciembre de 1913, en 032, R 671, RG 59, NA.

[122] Sobre las negociaciones del ABC, véase Beatriz Rosario Solveira, *La Argentina, el ABC y el conflicto entre México y Estados Unidos, 1913-1916*; Pike, *Chile...*, *op. cit.,* pp. 147-150.

[123] Para la perspectiva estadounidense, véase Gilderhus, *op. cit*., pp. 47-70 y 74-77; para la parte chilena, véase Pike, *Chile...*, *op. cit*., pp. 150-154.

modos, no fue posible evitar tensiones entre ambos Estados. Esto quedó claro cuando Estados Unidos ingresó en la guerra en 1917, ya que, a pesar de su presión, Chile se mantuvo neutral hasta el final de la misma. La guerra económica desplegada por los aliados fue una fuente potencial de múltiples conflictos[124].

El desenlace de la guerra fortaleció a Estados Unidos en América Latina también en términos políticos. Washington se esforzaba, desde su posición fuerte, en conseguir que Chile, como potencia regional, se alinease con este país impidiendo, por ejemplo, contactos demasiado estrechos entre los gobiernos chileno y británico[125]. Por su parte, la elite diplomática en Santiago, se esforzaba –sobre todo por consideraciones económicas– en borrar de la memoria la posición antagónica mantenida durante la guerra y en mejorar las relaciones con Estados Unidos. Desde una perspectiva política esto también fue necesario, ya que las tensiones con Perú crecieron nuevamente a partir de fines de 1918. En julio de 1920 ambos países llegaron a movilizar tropas hacia las zonas fronterizas en disputa. También Bolivia volvió a plantear su pretensión de adquirir la provincia de Arica y, junto con Perú, pretendió imponer esta reivindicación en la Conferencia de Paz de París. Ante tal amenazante situación, el Ministerio de Relaciones Exteriores chileno reaccionó con una ofensiva diplomática en Estados Unidos. En 1919 se inauguraba una oficina de información en Nueva York y se enviaba una comisión de personalidades de alto rango en misión de buena voluntad[126].

Cuando en 1920 el reformista Arturo Alessandri Palma asumió la presidencia de Chile, crecieron las esperanzas de llegar a una solución pacífica ante el problema. Estaba dispuesto a renunciar a la tradicional postura chilena, que rechazaba la mediación extranjera para pedir mediación estadounidense ante su disputa con Perú. Los diálogos chileno-peruanos coordinados por el Department of State, condujeron a la Conferencia de Washington, celebrada entre los meses de mayo y junio de 1922, cuyo resultado fue un protocolo según el cual ambas partes aceptaban someterse al laudo arbitral del presidente estadounidense, relativo a la cuestión de las zonas fronterizas en disputa. El fallo del presidente John Calvin Coolidge se verificó en marzo de 1925 y estipuló un plebiscito bajo supervisión de Estados Unidos[127].

El trabajo de la comisión en Arica entre 1925 y 1926, bajo la dirección del general John J. Pershing, tropezó con dificultades. El ambiente xenófobo fue alimentado por la prensa y por diversas organizaciones nativas, tanto del lado

[124] Juan Ricardo Couyoumdjian, "En torno a la neutralidad de Chile durante la primera guerra mundial", pp. 120-127 y 155; Monteón, *Chile in the Nitrate..., op. cit.*, pp. 121-127; Jean Pierre Blancpain, *Les Allemands au Chili, 1816-1945*, pp. 853-861.

[125] Meneses, *El factor..., op. cit.*, pp. 145-154.

[126] Pike, *Chile...*, *op. cit.*, pp. 157-159; Gilderhus, *op. cit.*, pp. 139-142; Juan Ricardo Couyoumdjian, "En torno al protocolo de Washington", pp. 101-104.

[127] Couyoumdjian, "En torno al Protocolo....", *op. cit.*, pp. 106-114; Joe F. Wilson, *The United States, Chile and Peru in the Tacna and Arica Plebiscite*, pp. 18-44; Pike, *Chile...*, *op. cit.*, pp. 214-219.

chileno como del peruano. Los peruanos residentes en la región sufrían permanentemente abusos. Las fuerzas policiales chilenas destinadas en la zona, para custodiar la inscripción de los votantes, toleraban los actos de violencia. Los integrantes estadounidenses de la comisión criticaban la táctica obstruccionista y el fraude evidente que cometían las autoridades chilenas. Al mismo tiempo, la prensa chilena reprochaba su partidismo a estos delegados. A fines de 1925 se había deteriorado de tal manera el estado de salud de John J. Pershing que debió ser reemplazado por el general William Lassiter, comandante en jefe de la zona del canal de Panamá. Sin embargo, esto no cambió en nada la compleja situación, decidiendo, por ello, el gobierno estadounidense, cancelar los preparativos en mayo de 1926. William Lassiter responsabilizó a Chile del fracaso, y los chilenos reaccionaron criticando de manera vehemente a Estados Unidos[128].

Con el advenimiento al poder del coronel Carlos Ibáñez del Campo en 1927 se dio un nuevo estado de cosas. En las negociaciones personales entre Carlos Ibáñez y el dictador peruano Augusto Leguía, la opinión pública representó un papel subordinado. En 1928 se retomaron los contactos entre Chile y Perú, para resolver el asunto definitivamente. Un año más tarde, el régimen de Carlos Ibáñez acordó, en un tratado secreto, la devolución de la provincia de Tacna a Perú, obteniendo a cambio la adjudicación definitiva de Arica. Para justificar ante la opinión pública la actuación de ambas partes respecto a este asunto, que ya se había convertido en artículo de fe nacional, se pensó en involucrar nuevamente a Estados Unidos. Se solicitó a Washington aparecer ante la opinión pública como mediador e iniciador del acuerdo. El gobierno estadounidense aceptó esta propuesta, pues le permitía restaurar, en parte, el prestigio que había perdido durante los preparativos del plebiscito. Carlos Ibáñez, por su parte, podía explicar así la entrega de un sector del territorio nacional, aduciendo una supuesta presión diplomática proveniente de la capital del País del Norte[129].

La disposición chilena para una solución de la cuestión de Tacna y Arica, puede atribuirse, en parte, a desarrollos de la política panamericana. Bajo el liderazgo del mundialmente renombrado jurista internacional y asesor presidencial Alejandro Álvarez, la diplomacia chilena desarrolló el concepto del derecho internacional americano, que debía basarse sobre los principios de la absoluta igualdad de derechos y de la no intervención. El concepto colisionaba con la pretensión estadounidense de hegemonía en las Américas, que se expresó en la interpretación coetánea de la doctrina Monroe. La política exterior chilena quería ejercer presión sobre Washington a través de la Sociedad de Naciones y de la creación de un frente común sudamericano. Sin embargo, ninguno de los dos objetivos se cumplió. Aun así, se vislumbró, durante la Conferencia Panamericana, que tuvo lugar en La Habana en 1928, un cierto

[128] Wilson, *op. cit.*, pp. 45-238.
[129] Wilson, *op. cit.*, pp. 245-251; Sater, *op. cit.*, pp. 100-101.

éxito de la política chilena, pues la crítica latinoamericana respecto de la falta de disposición de Estados Unidos, a renunciar a su derecho de intervención unilateral se acrecentó a tal nivel, que ya no era posible seguir ignorándola. Chile participó en esta conferencia como mediador, esperando así poder hacer prevalecer los principios del Derecho Internacional Americano. Los cambios en la política hacia Latinoamérica, después de la Conferencia de La Habana, también deben atribuirse en parte a la postura chilena[130].

Tras haberse solucionado la cuestión de Tacna y Arica, las relaciones oficiales entre Chile y Estados Unidos se desarrollaron positivamente hasta el final del régimen de Carlos Ibáñez. Sin embargo, después de su caída, resurgieron con nuevo brío los antiguos antagonismos. Las medidas económicas coercitivas del gobierno chileno de transición, produjeron desacuerdos entre 1931 y 1932. La fugaz república socialista, de 1932, no fue reconocida por Estados Unidos. Washington debió poner en marcha todos sus medios para impedir la nacionalización del salitre y del cobre. Después de las elecciones de octubre de ese año, se estabilizó la situación, aunque las relaciones entre ambos países siguieron quedando expuestas a fuertes perjuicios aún durante la segunda presidencia de Arturo Alessandri Palma[131].

A principios del siglo XX existían en Chile múltiples imágenes y estereotipos de Estados Unidos, que ganaron una nueva dimensión debido tanto a la propia crisis del país como a la intensificación de los encuentros con el yanqui. Estas imágenes eran ambivalentes y estaban compuestas, por un lado, por el estereotipo del "peligro yanqui" y, por otro, por la idea de un "país del futuro" y de la modernidad. Ambos planos confluían en la concepción de una norteamericanización unilateral del mundo. En afinidad con ello e influyendo sobre este discurso, se modificaron de manera duradera las relaciones económicas y políticas entre Chile y Estados Unidos en el lapso que va de 1898 a 1932. En ambos casos queda patente una intensificación de los contactos, quedando, empero en evidencia la formación de una asimetría que le confería a Estados Unidos una supremacía cada vez más notoria. Los dólares trajeron nuevas carreteras, hospitales y puestos de trabajo. La mediación de Estados Unidos en el plano internacional ayudó a zanjar de forma pacífica conflictos latentes con los vecinos. De acuerdo con la opinión de los contemporáneos, esta *pénétration pacifique* fue la quintaesencia de la norteamericanización. A ojos de muchos chilenos, el precio a pagar, en cambio, fue alto, pues tuvieron que contemplar cómo Estados Unidos se convertía en árbitro hegemónico y cómo la relevancia de Chile en cuanto potencia regional disminuía. Al mismo tiempo, el aumento explosivo de las inversiones suscitó una sensación de dependencia. Resultado

[130] Pike, *Chile...*, *op. cit.*, pp. 220-231.

[131] Joaquín Fermandois, *Abismo y cimiento: Gustavo Ross y las relaciones entre Chile y Estados Unidos 1932-1938*, pp. 73-76; Meneses, *op. cit.*, pp. 176-177; Paul Drake, *Socialism and Populism in Chile, 1932-52*, p. 81.

de esto fueron crecientes conflictos y un cuestionamiento crítico sobre aquello que la norteamericanización pudiera tener de positivo y de negativo para Chile. Cómo se veía eso en particular y cuáles fueron los planos de encuentros con el yanqui que se originaron, es aquello de lo que nos ocuparemos a continuación.

## "Viajes interplanetarios". Canales de encuentro

*"Para mí, las visitas que los yankees hacen en este mundo tienen cierto carácter interplanetario. Ellos viven en otro planeta que, indudablemente... está cincuenta años más adelantado que esta pobre tierra de los mortales que no somos compatriotas de Washington..."*[132].

A partir del cambio de siglo, creció de manera constante el número de chilenos que viajaron y conocieron Estados Unidos, estableciendo allí relaciones personales. Por otra parte, para aquella mayoría de personas que no podían darse el lujo de realizar un viaje de esa envergadura, existió, en cambio, la posibilidad cada vez más frecuente de conocer yanquis "auténticos", pues éstos viajaban regularmente al interior de Chile o venían por motivos laborales al país quedándose períodos más largos. A pesar de que los viajes que se realizaban entre el sur y el norte –cuyas motivaciones y circunstancias existentes, previas a la crisis financiera mundial, se analizan en este capítulo– despertaban sentimientos de profunda extrañeza, los mismos se convirtieron en importantes canales de encuentro. Tras su regreso aquellos viajeros solían difundir sus impresiones a través de la publicación de libros y artículos, que eran altamente valorados en los medios de comunicación y que despertaban el interés del público, tal como lo muestran las numerosas cartas de lectores. El objetivo aquí planteado es analizar las referencias al viaje en aquellas publicaciones y, asimismo, la experiencia de aquellos viajeros que por motivos profesionales permanecieron por largo tiempo en el otro país, sus organizaciones y aquellos medios que transmitieron sus relatos sobre esos viajes, que a menudo daban la impresión de ser "interplanetarios".

### *Chilenos en Estados Unidos: motivaciones, expectativas y experiencias*

Ya durante el siglo XIX hubo chilenos que recorrieron Estados Unidos. Siguiendo el ejemplo del líder revolucionario José Miguel Carrera, fueron enviadas desde Chile numerosas misiones oficiales para estar al tanto del desarrollo tecnológico, o para participar en exposiciones universales. Sin embargo, y hasta

[132] "Turistas norteamericanos", en *Zig-Zag*, Santiago, 23 de mayo de 1925.

el año 1900, el tradicional viaje de formación, para los chilenos de clase alta, tenía como destino Europa, especialmente París, considerada como centro de la cultura, la moda, el estilo y del *savoir-vivre,* en definitiva, como esencia de la modernidad[133]. Durante este período, los viajes hacia el vecino del Norte seguían, más bien, una etapa subordinada del *grand tour* a Europa. Pero ya antes del estallido de la Primera Guerra Mundial, Estados Unidos cobró fuerza como destino final para los viajeros chilenos. Periodistas y escritores como Tancredo Pinochet, Carlos Silva Cruz y Ricardo Salas Edwards, o las feministas Amanda Labarca y Graciela Mandujano, recorrieron ese país o estudiaron allí por algún tiempo. También hubo hombres de negocios menos conocidos a quienes el Norte los atraía con creciente frecuencia[134].

Recién después de la Primera Guerra Mundial, Estados Unidos desplegó una gran fuerza de atracción. La mayor parte de los chilenos que viajaban hacia allá, lo hacían como turistas. Otros fueron enviados por el gobierno para estudiar la técnica, la industria, el ejército y especialmente el sistema educacional. Entre 1918 y 1920 hubo una ola regular de misiones de este tipo, en las que participaron personalidades que serían muy relevantes para los encuentros chilenos con el yanqui, como el filósofo y pedagogo Enrique Molina, fundador de la Universidad de Concepción, y el editor de *El Mercurio de Valparaíso*, Julio Pérez Canto[135]. La misión de mayor importancia fue liderada, a principios de 1919, por Eliodoro Yáñez, dirigente del Partido Liberal, senador y director del diario *La Nación*. Su mandato oficial tenía relación con el estudio de las condiciones económicas de la posguerra y con el mejoramiento de las relaciones con los aliados[136]. El viaje incluía la visita a Europa, despertando gran interés en Chile, ya que por esta vía se esperaba obtener préstamos y atraer inversiones que permitieran superar la crisis de la posguerra[137]. Las diversas delegaciones

[133] Sergio Villalobos, *Origen y ascenso de la burguesía chilena*, pp. 71-83; Karen Racine, "Nature and Mother: Foreign Residence and the Evolution of Andrés Bello's American Identity, London, 1810-1829", pp. 3-20; Cristián Gazmuri, *El "48" chileno: Igualitarios, reformistas, radicales, masones y bomberos*, pp. 26-27. Véase también la aguda crítica de un contemporáneo: Pinochet Le-Brun, *La conquista..., op. cit*., pp. 94-97.

[134] Pinochet Le-Brun, *La conquista..., op. cit*., pp. 94-95; Tancredo Pinochet Le-Brun, *Viaje de esfuerzo*. Este autor fue criticado por "yanqui": Roberto Meza Fuentes, "Don Tancredo Pinochet Le-Brun", p. 2; Ricardo Salas Edwards, "Dos grandes transformaciones de la vida americana", p. 3; Amanda Labarca, *En tierras extrañas*. Véase también Sandra M. Boschetto-Sandoval, "(En) Gendering Cultural Formations: The Crossings of Amanda Labarca between Chile and the United States", pp. 117-119.

[135] Julio Pérez Canto, *Los Estados Unidos y la América Latina: Organización comercial y financiera*; MRE a la embajada en Washington, Santiago, 6 de febrero de 1919, AMRE, tomo 745; "La comisión militar chilena... ", en *La Unión*, Valparaíso, 17 de marzo de 1921, p. 1.

[136] MRE a la embajada en Washington, Santiago, 12 de marzo de 1919), en AMRE, tomo 745.

[137] "La embajada especial que va al extranjero", en *Zig-Zag*, Santiago, 15 de marzo de 1919; Eliodoro Yáñez, *En viaje: apuntes para ayuda-memoria*, pp. 293-299; Yáñez, "Informe sobre la labor desarrollada", Nueva York, 12 de junio de 1919, en AMRE, tomo 743.

oficiales que viajaron posteriormente a Estados Unidos –invitadas con frecuencia por el gobierno o por instituciones panamericanas– se impusieron metas cada vez más específicas. El abanico de participantes abarcaba a senadores como José Pedro Alessandri, profesores invitados como Arturo Torres Rioseco y a especialistas en transporte como Santiago Marín Vicuña; también incluía a feministas como Amanda Labarca, escritoras como la poetisa Gabriela Mistral, o cineastas como Carlos F. Borcosque y Jorge Délano, alias Coke. Bajo el régimen de Carlos Ibáñez se intensificó aún más esta actividad viajera[138].

Especial significado se le atribuyó al intercambio estudiantil. Los casos de Tancredo Pinochet, Amanda Labarca y del periodista Carlos Silva Cruz ilustran ejemplos tempranos, del intercambio estudiantil hacia Estados Unidos previo a 1914. Durante y después de la Primera Guerra Mundial aumentó el número de estudiantes, pues Estados Unidos ofrecía buenas condiciones para absolver estudios y también porque el industrial Simón Guggenheim, radicado en Chile, otorgó numerosas becas. Desplazó lentamente a Europa como principal destino de estudios a realizar en el extranjero. Durante la posguerra, la prensa chilena celebraba de manera permanente las sensacionales y exitosas historias de estudiantes chilenos que estudiaban, a la par que trabajaban, para sustentarse en el norte[139]. En estas representaciones Estados Unidos era glorificado y presentado como "escuela para hombres"[140]. Este tipo de narrativas condujeron a crear expectativas demasiado altas entre algunos de los estudiantes, convirtiéndose muchos casos en problema. Tancredo Pinochet, quien en gran medida había contribuido a crear esta percepción errónea, debió frenar la euforia. El intercambio estudiantil fue tema de discusión en el Congreso Nacional. Las condiciones mejoraron a partir de la creación de la Sociedad Pro-Estudiantes Chilenos en el Extranjero –que actuó como oficina de informaciones seria– y cuando el Institute of International Education aumentó el número de tutores hispanohablantes para atender a estudiantes que iban a Estados Unidos[141].

[138] Respecto de los especialistas en tránsito, véase Carlos Silva Cruz, "Prólogo", p. 21. Relativo a los diputados, consúltese "Chile en Estados Unidos", en *Zig-Zag,* Santiago, 2 de diciembre de 1922. Sobre las feministas, léase "Dos señoras chilenas en Washington", en *Zig-Zag,* Santiago, 6 de junio de 1925; Mario Céspedes, "Presentación", p. 7. En relación con los profesores invitados, consúltese "Intelectuales chilenos en Norte América", en *El Industrial,* Antofagasta, 4 de julio de 1930, p. 8. Para los cineastas, Carlos Ossa Coo, *Historia del cine chileno,* pp. 27 y 32-34; "Impresiones de la vida Norte-americana", en *Norte y Sur,* año 4, Nº 41, Santiago, 1930, p. 7.

[139] Como ejemplos de estas historias, véase Lorenzo de la Maza, "Dos años en la Universidad de Michigan", pp. 103-104; "Un joven chileno en Estados Unidos", en *El Mercurio*, Santiago, 31 de marzo de 1919, p. 14.

[140] "Estados Unidos: Escuela de hombres", en *Pacífico Magazine,* año 18, Nº 2, Santiago, 1921, pp. 81-85. Asimismo, véase "Jóvenes a EE.UU.", en *La Opinión,* Santiago, 14 de agosto de 1915, p. 1.

[141] Tancredo Pinochet, "¿Quiere Ud. venir a los Estados Unidos?", p. 6; Tancredo Pinochet, *Oportunidades en los Estados Unidos para el joven chileno*; Chile, Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones ordinarias*, 2 de julio de 1928, p. 605; Alberto Mackenna, "Uno que ha triunfado en Estados Unidos", p. 9. Véase también la serie de artículos "Como viven nuestros estudiantes en EE.UU.",

Estados Unidos se convirtió a lo largo de la década de 1920, para los chilenos provenientes de todas las clases sociales, en una especie de tierra prometida que ofrecía oportunidades ilimitadas. El odontólogo y cantante Jorge Quinteros, deslumbrado por su propio éxito alcanzado en Nueva York, relataba a los periodistas sobre las supuestas carreras soñadas y la fuerte cohesión existente entre sus compatriotas que trabajaban en Estados Unidos[142]. Los nuevos medios de comunicación masiva, tales como el cine y la radio, así como ciertas disciplinas deportivas profesionales, especialmente el boxeo, fueron fuentes de atracción para chilenos que ambicionaban fama y riqueza. Los trabajadores eran seducidos por la promesa de sueldos elevados, mientras que los jóvenes hombres de negocio se encandilaban con la historia de John Davison Rockefeller. No fue casualidad que *La Nación* publicara una serie de artículos sobre testimonios de chilenos durante la fiebre del oro californiana, ya que para muchos observadores ésta y la situación de la década de 1920 parecían comparables[143].

El siempre bien informado corresponsal extranjero Ernesto Montenegro, calculaba en 1928, que en Estados Unidos se encontraban cerca de dos mil chilenos –legales e ilegales– pertenecientes a todo el espectro social. En el caso de los menos adinerados, se trataba frecuentemente de marinos que habían desertado para escapar de algún procesamiento judicial, o del servicio militar obligatorio. Otros tenían parientes o amigos allá. Aquéllos que encontraban trabajo, intentaban conseguir la ciudadanía de este país, lo cual se hizo cada vez más difícil a lo largo del decenio 1920. No siempre se cumplían las esperanzas de una vida mejor en el extranjero. Debido a las deficiencias idiomáticas, la búsqueda de trabajo constituía muy frecuentemente un problema. Así, cuando en 1930 se pusieron en evidencia las consecuencias fatales de la crisis financiera mundial, la situación se volvió insostenible para muchos. Los cónsules de los países latinoamericanos se reunieron durante el mismo año para organizar la repatriación de alrededor de diez mil desempleados[144].

---

en *Las Ultimas Noticias,* Santiago, 15, 16 de enero de 1919, p. 1; "Chilenos en EE.UU.", en *El Mercurio,* Santiago 6, 9. y 20 de mayo de 1920. Respecto de los problemas, consúltese Bruce W. Dickson, "Los alumnos extranjeros en las universidades Norteamericanas", p. 33; "Chilenos en EE.UU.", en *El Mercurio,* Santiago, 25 de febrero de 1922, p. 3. Sobre los líderes, véase Institute of International Education, *Guía del estudiante extranjero en los Estados Unidos;* Institute of International Education, *Colegiaturas y becas para costear estudios en los Estados Unidos a que pueden optar los estudiantes latinoamericanos.*

[142] Jorge Quinteros, "Como luchan y triunfan...", p. 1; Antonio Acevedo Hernández, "En la tierra del Dollar". La impresión de cohesión entre los chilenos en Estados Unidos fue entregada a través de diversos artículos, véase también "Jira campestre chilena en Nueva Jersey", en *El Norte Americano,* New York, agosto 1917, p. 18.

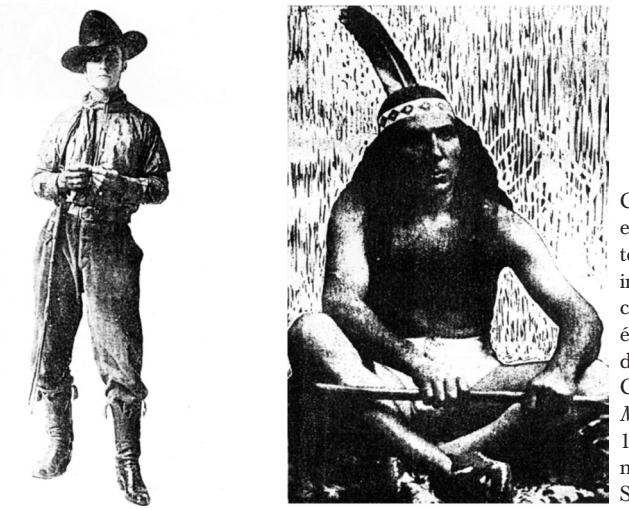
[143] Federico Vergara Vicuña, "Los chilenos en el oro de California", p. 3. Véase, además, "Chilenos que triunfan en EE.UU. ", en *Sucesos,* Santiago, 12 de julio de 1930.

[144] Relacionado con esto, revisar la serie de artículos de Ernesto Montenegro, "Chilenos en EE.UU.", en *El Mercurio,* Santiago, 9 de mayo de 1920, 5 de marzo y 4 de septiembre de 1921;

Tanto turistas impresionados por las novedades del Norte, así como emigrantes en busca de mejor vida, cobijaban una noción romántica de Estados Unidos que se expresaba también en representaciones gráficas. Tal como muestra la ilustración en la página siguiente, hacia el norte se iba para ver *cowboys* e indios, pero también para convertirse en *cowboy,* aunque a menudo, en realidad, se terminaba, más bien, convertido en indio. Ambas fotografías fueron extraídas de revistas ilustradas de gran circulación, en las que fueron publicadas y acompañadas de relatos sobre éxitos y fracasos. Para aquellos chilenos pertenecientes a la mayoría analfabeta, o para quienes no podían darse el lujo de leer este tipo de publicaciones, estos símbolos debieron haber sido comprensibles.

La experiencia que entregaba Estados Unidos variaba en esos dos extremos. De acuerdo con la opinión de muchos contemporáneos esto podía ayudar efectivamente a derribar mitos, pues el viaje hacia el país de los yanquis era, en definitiva, también un viaje hacia una mejor comprensión de sí mismo. Ernesto Montenegro lo formuló así:

> "Estados Unidos no es ni un país ideal ni tampoco el infierno del forastero. Como cualquier otro país, refleja la impresión subjetiva del viajero; es un espejo de lo que el visitante lleva dentro"[145].



Cowboy e Indios de Chile en Estados Unidos. El contenido simbólico de estas imágenes era universalmente comprensible. Mostraban el éxito o el fracaso del "viaje de esfuerzo". FUENTES: "Un Cow-Boy chileno", en *Pacífico Magazine,* Santiago, febrero 1919, p. 203; "Dos mil chilenos en EE.UU.", en *Zig-Zag,* Santiago, 2 de junio de 1928.

"Chilenos en EE.UU.", en *Zig-Zag,* Santiago, 10 de diciembre de 1927); "Dos mil chilenos en Estados Unidos", en *Zig-Zag,* Santiago, 2 de junio de 1928; "Una visita a los chilenos de la cárcel de Sing Sing", en *Zig-Zag,* Santiago, 4 de febrero de 1928; "Chilenos en Norteamérica", en *El Mercurio, Santiago,* 4 de enero de 1931, p. 9.

[145] "Chilenos en Estados Unidos", en *El Mercurio*, Santiago, 1 de agosto de 1920), p. 5. Véase también: "No hay nada que contar desde EE.UU.", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 27 de septiembre de 1930, p. 4; Pinochet Le-Brun, *El diálogo..., op, cit.,* p. 3.

Tras su retorno, los jóvenes universitarios –que conformaban la mayor porción numérica de los viajeros– quisieron aplicar los conocimientos adquiridos en el extranjero para realizar una reforma en Chile, pero sin caer en la imitación ciega y procurando no repetir los mismo errores de los estadounidenses[146]. Sin embargo, como veremos, esto no siempre fue posible.

### *Partida a la modernidad: la logística del viaje*

El mayor atractivo que ejercía Europa entre los viajeros chilenos, durante el siglo XIX, puede atribuirse, al menos en parte, a que sus puertos eran de más fácil y rápido acceso que los estadounidenses. A partir de 1900, y especialmente después de la apertura del canal de Panamá en 1914, la situación cambió, a pesar de que durante el transcurso de la Primera Guerra Mundial los viajes se realizaran con ciertas dificultades. Así, por ejemplo, tuvo que abordar Enrique Molina, para llegar hasta Nueva Orleáns el año 1918, primero un vapor chileno hasta Panamá, y una vez allí un barco de la United Fruit Co.[147]. La situación mejoró de modo notorio después de la guerra y una vez recuperada la capacidad de transporte necesario. En 1919, Grace Line estableció un servicio quincenal de transporte de pasajeros y de carga entre Nueva York y Valparaíso, que tenía como ruta obligada el canal de Panamá[148]. A partir de 1928, los viajes se aceleraron considerablemente gracias a la introducción de una nueva generación de naves, que acortaron los viajes de veinte a dieciséis días. Durante estos años también se hizo posible abordar los vuelos semanales que se realizaban entre Santiago y Buenos Aires a cargo de la Compañía New York, Rio and Buenos Aires, para aprovechar la mayor frecuencia de conexiones marítimas existente en la costa atlántica. En octubre de 1929, PANAGRA, filial de Grace, abrió un servicio postal semanal entre Buenos Aires y Nueva York, vía Santiago y a lo largo de la costa oeste, con capacidad de transporte para doce pasajeros demorando diez días entre ambos destinos[149].

Sin embargo, los barcos de pasajeros continuaban siendo el principal medio de transporte. Las embarcaciones acortaban cada vez más la duración de los viajes y ofrecían mejores niveles de confort para quienes se lo podían permitir. Ya en 1918, Enrique Molina pasaba el día muy bien acompañado de gente cultivada, a bordo de un vapor chileno de la Compañía Sudamericana de Vapores, en el que había a disposición diversos juegos y abundantes comidas.

[146] Pinochet Le-Brun, *La conquista..., op. cit.*, p. 95, criticó fuertemente el ciego furor por la imitación.

[147] Enrique Molina, *Por las dos Américas: notas y reflexiones*, pp. 39-45. Véase también Jorge Vásquez, "Un viaje", pp. 181-185.

[148] Clayton, *op. cit.*, pp. 273 and 331.

[149] Clayton, *op. cit*, pp. 347-349; Chile-American Association, *Chile in..., op. cit.*, pp. 11-12 and 14.

Tal y como lo describiera el escritor Javier Vial Solar, diez años más tarde, la oferta sería considerablemente mayor. En aquel momento, los vapores de Grace ofrecían a los pasajeros de primera clase todas las comodidades propias de un hotel de lujo (véase ilustración en la página siguiente)[150].

La travesía no estaba libre de contrariedades. La mayoría de los relatos coinciden en lo cansador y tedioso que resultaba el largo viaje, pues antes de que se les permitiese pisar la "tierra prometida", los visitantes debían pasar, irremediablemente, por el afamado control de pasaportes. Para los chilenos de clase alta, acostumbrados a un trato respetuoso, el tono brusco de los funcionarios del departamento de Inmigración resultaba, con frecuencia, chocante[151]. Pero el malestar era superado rápidamente, una vez instalados en los hoteles de lujo, que impresionaban con sus gigantescas salas de recepción. Estos hoteles brindaban las instalaciones técnicas más modernas, tales como calefacción central, ascensores y servicios telefónicos, así cómo excelentes restaurantes, en síntesis ofreciendo "una comodidad... que parece imposible a quién no la experimente"[152]. La ilustración siguiente muestra un anuncio del hotel McAlpin publicado en la prensa chilena de la década de 1920 y que ofrecía servicios especiales para clientes de habla hispana.

Efectivamente, los huéspedes debían ser ricos, pues los costos del viaje y de la estadía en Estados Unidos eran demasiado altos en comparación con los de Europa. En 1925 se quejaba una turista de haber gastado en Washington al día US$7 por una pieza y US$2,5 por las comidas. Debido a los altos costos, incluso chilenos adinerados acortaban de vez en cuando sus viajes. Pero aquéllos que, en cambio, permanecían un tiempo más largo en el país, aprendían a adaptarse. Después de algunos años de residencia en el País del Norte, Tancredo Pinochet contaba que en una ciudad como Nueva York era posible sobrevivir con US$5 a la semana, siempre y cuando uno se restringiese a lo estrictamente necesario[153].

Tal como documentan los relatos de viaje de esa época, los turistas chilenos visitaban fundamentalmente centros industriales, universitarios y las grandes ciudades. Especial interés tenía el triángulo conformado por Nueva York, Washington y Chicago, aunque por motivos económicos, muchos se dirigiesen a la costa este, sin llegar más allá de Nueva York. Por eso, el espacio rural de carácter hispano en el sur y el suroeste fue mucho menos conocido. El descubrimiento de Florida como destino, quedó reservado a la generación siguien-

[150] Molina, *Por las dos..., op. cit.*, p. 24; Javier Vial Solar, *Tapices nuevos*, pp. 13-36.

[151] Molina, *Por las dos..., op. cit.*, p. 51; José María Raposo, "En los Estados Unidos de Norteamérica", p. 4.

[152] Vial Solar, *op. cit.,* p. 204. Véase también Ricardo Salas Edwards, "De Santiago a EE.UU.", p. 3; Julio Camba, "El hotel americano", pp. 110-111; Molina, *Por las..., op. cit.*, p. 54. Los hoteles chilenos no podían seguir este ritmo: "El más grande hotel del mundo", en *La Opinión*, Santiago, 20 de junio de 1915, p. 1.

[153] Pinochet Le-Brun, "¿Quiere Ud....", *op. cit.*

te[154]. Los tiempos de estadía también se redujeron por motivos económicos. Los turistas solían quedarse, por regla general, algunas semanas, mientras que los integrantes de misiones oficiales muchas veces lo hacían hasta uno o dos meses. Sólo pocos viajeros permanecían –como en el caso de Enrique Molina– medio año o más tiempo. Los estudiantes de intercambio, por su parte, necesitaban por lo general dos años para terminar los estudios y graduarse. La excepción la constituían los periodistas, que ejercían como corresponsales chilenos, viviendo con frecuencia allá durante varios años, como lo muestra la experiencia de Ernesto Montenegro.

Valparaíso - Nueva York

La GRACE LINE es la unica línea de vapores que se ha especializado en la transportación de pasaieros de primera clase. Su objeto ha sido siempre el de dar a sus huéspedes lo mejor de lo mejor y ofrecerles un verdadero confort a bordo de sus vapores.

Un dia a bordo de un vapor "SANTA" es verdaderamente muy corto, pero lleno de vida y alegria. Puede Ud. empezar el dia haciéndose servir el desayuno en su camarote a cualquier hora durante la mañana. Dar un paseo por las cubiertas, si lo desea,—leer las últimas noticias de todas las partes del mundo, pues nuestros aparatos radiotelegráficos son tan poderosos, que, en condiciones atmosféricas normales, que están en comunicación con Nueva York desde cualquier punto de nuestro servicio.—Buillon y galletas, o helados en los climas tropicales, a las 11 A. M.—Juegos sobre cubierta. Lectura, etc.—Almuerzo a la 1 P. M. en el espacioso comedor o en el "Veranda Café" si Ud. lo prefiere.—Una pequeña siesta. —Partidas de bridge.Té y pasteles.—Una exquisita comida a las 7 P. M.—Después de la comida, bailes acompañado de las piezas musicales más en boga en los EE. UU. En seguida cena en el Salón de fumar.

Esto es sólo una indicación del placer y confort de que se goza cuando se viaja en un vapor "SANTA".

TENEMOS UN SOLO SERVICIO
TENEMOS UNA SOLA CLASE
AMBOS SON DE PRIMERA CLASE

GRACE LINE

Grace Line

No hay servicio tan bueno como el del vapor: "SANTA LUISA", que saldrá el 13 de Mayo, a la 1 P. M. con excepción del vapor "SANTA TERESA", que saldrá el 27 de Mayo, a la 1 P. M.

W.R.GRACE & Co. Agentes Generales, Sotomayor 5, Teléfono 2083

GRACE LINE THE PACIFIC MAIL STEAMSHIP Co.: (San Francisco, China, Japón, San Francisco, Nueva York).—THE NOSA LINE: (Nueva Orleans y puertos sudamericanos del Pacífico).—THE NORTH PACIFIC LINE: (San Francisco, Valparaíso — TOYO KISEN KAISHA: (Valparaíso, Japón).—CUNARD ANCHOR LINE: (Nueva York, Hamburgo, Francia y puertos del Mediterráneo).

La gran guerra mundial ha desarrollado nuevas relaciones entre América del Norte y América del Sur. El aumento de intercambios comerciales entre las varias repúblicas ha contribuído en gran parte a cimentar los lazos de amistad entre los dos continentes.

El McAlpin dándose cuenta de la importancia de la clientela latino-americana y deseoso de fomentar los viajes a los Estados Unidos, envió en 1916, dos representantes a la América del Sur, quienes exhibieron una película de los paseos y edificos de Nueva York y una vista completa del Hotel McAlpin con su asombrosa organización e incomparables comodidades. Hoy en dia este Hotel ha llegado a ser el punto de reunión de la mas alta sociedad sudamericana en Nueva York.

La gerencia apreciando el valor de tan distinguida clientela, ha instalado muchos servicios para la comodidad de los visitantes sudamericanos, habiendo reservado para ellos el piso noveno del Hotel dotado de mozos, camareros y otros sirvientes que hablan castellano asi como cocineros que preparan platos españoles. Tambien hay un club de un ambiente distinguido para extrangeros.

Estas novedades han sido apreciadas, justamente, por nuestros amigos de la América del Sur y le place a la dirección invitar cordialmente a cuantos latino-americanos visiten Nueva York, para que gocen en el Hotel McAlpin de la vida de la metrópolis y los recuerdos de la patria.

HOTEL McALPIN
Broadway at Thirty-Fourth St. New York E.U.A.
L. M. BOOMER - - - Managing Director
*Cables: "Hotalpin"*

Insertos de Grace y del hotel McAlpin. El viajero acomodado de América Latina podía disfrutar lujo y confort. FUENTES: *La Unión,* Santiago, 3 de mayo de 1925, p. 4; *Zig-Zag*, Santiago, 18 de enero de 1919.

[154] Molina, *Por las..., op. cit.*; Vial Solar, *op. cit.*; Ernesto Montenegro, "Desde EE.UU", p. 15; Ernesto Montenegro, *Puritanía: Fantasías y crónicas norteamericanas*; Félix Nieto del Río, "Impresiones de EE.UU.", p. 7; Enrique Gil, "De Nueva York al Pacífico", pp. 3 y 5. Félix Nieto del Río y Enrique Gil –mexicano y argentino, respectivamente–, eran corresponsales del *Diario Ilustrado.* Ambos publicaban desde Estados Unidos periódicamente relatos de viaje.

Para los viajes dentro de Estados Unidos los chilenos utilizaban casi siempre los trenes. Esto también permitía hacer comparaciones con su país natal. Las observaciones de Enrique Molina pueden ser representativas de esto. Así, si bien advirtiese que los conductores afro-americanos eran menos respetuosos que los chilenos, se mostró bien impresionado por la puntualidad y comodidad de los trenes que sobrepasaban los niveles europeos. También llamó su atención la ausencia de la segunda y tercera clase[155]. La circulación en automóviles se popularizó paralelamente, a lo largo del decenio 1920. De hecho, la delegación chilena que asistió al Congreso Panamericano de Carreteras de 1924, recorrió el país en automóvil. Sus integrantes quedaron sorprendidos por el buen estado de los caminos, incluso en sectores apartados[156].

Desde entonces hubo voces críticas que veían en ello la destrucción de la naturaleza y la pérdida del placer por descubrir, causado por los interminables viajes en monótonas autopistas[157]. La novedosa experiencia de la rapidez durante los viajes tampoco produjo admiración libre de crítica. Si bien los adelantos técnicos hacían más plausible la visión de que en el futuro en un mismo día sería posible desayunar en Nueva York, almorzar en Chicago y comer en Hollywood, lo cierto es que el viajero quedaba degradado a ser simplemente una parte de una maquinaria, sin el tiempo necesario para reflexionar sobre las nuevas impresiones. Más aún, Javier Vial Solar tuvo la sensación de que ese viaje moderno le había llevado a una separación del cuerpo y del alma, ya que mientras su cuerpo era trasladado de un lugar a otro a una velocidad récord, su espíritu aún estaba ocupado con la elaboración de impresiones previas. El resultado fue un nuevo tipo de cansancio del cual se podía reponer, en todo caso, fácilmente, reposando en los cómodos sillones del McAlpin[158].

*La invasión yanqui: visitantes del norte*

La cantidad de chilenos que pudieron ir durante este período a Estados Unidos fue muy reducida en términos generales. Pero lo que sí hubo, fueron múltiples posibilidades de encuentros con estadounidenses en el país. Ya durante el siglo XIX habían llegado ocasionalmente diplomáticos, viajeros, misiones científicas y empresarios, tales como William Wheelwhright y Henry Meiggs. Cuando William Wheelwhright invitó a David Trumbull a venir a Chile, traería con eso a un activo misionero protestante que fundaría varias escuelas. Los metodistas, por su parte, actuaron en el país a partir de 1889. No obstante, el número era aún reducido en comparación con el de británicos y alemanes, por ejemplo. A partir del año 1900 cambiaría esta situación drásticamente debido al fuerte

[155] Molina, *Por las..., op. cit.*, pp. 56-57.

[156] Silva Cruz, *op. cit.*, p. 10.

[157] Ernesto Montenegro, "Una visita...", *op. cit.*

[158] "Desayuno en Nueva York, almuerzo en Chicago, y comida en Hollywood", en *La Nación*, Santiago, 21 de septiembre de 1930, p. 3; Vial Solar, *op. cit.*, p. 206.

incremento de los intereses económicos de Estados Unidos en la región, lo cual se hizo evidente, por la presencia de muchos estadounidenses que, por motivos laborales, se quedaban a vivir aquí por períodos prolongados. De la mano del misionero Willis C. Hoover, comenzó a propagarse en Valparaíso, a partir de 1909, el movimiento cristiano pentecostal que se había escindido del metodismo extendiéndose rápidamente y logrando una fuerte adhesión entre las clases sociales más bajas. Aunque el movimiento adquirió muy pronto un carácter puramente chileno, siguió siendo apoyado por donaciones provenientes de Estados Unidos[159]. Las actividades de los *scouts*, tanto los de la YMCA como los de la YWCA, comenzaron en Chile a partir de 1911. Pese al gran contingente de integrantes chilenos, ambas instituciones siguieron siendo consideradas como estadounidenses o, al menos, "anglosajonas". Por su parte, la Cámara Norteamericana de Comercio desarrolló a partir de 1917 múltiples actividades, a lo que se le sumó después de la guerra, la creación de la American Society of Chile. Destacados hombres de negocios fundaron la Chile-American Association, una institución influyente que cultivó las buenas relaciones con núcleos de poder en Santiago, Washington y Nueva York. Finalmente, en 1923, surgió por iniciativa del director de Singer-Chile en Santiago, el primer Rotary Club, que pese a su rápida transformación como lugar predilecto de encuentro entre la elite chilena y los empresarios estadounidenses, no lograba desprenderse de su halo de institución norteamericana[160].

En el extremo opuesto del espectro social, también hubo instituciones originadas en el País del Norte que aportaron impulsos importantes. En 1918 se creó, entre los trabajadores portuarios de Valparaíso, el primer grupo local de los IWW. La organización, que se mantuvo independiente de la central ubicada en Chicago, se desarrolló con fuerza y hacia 1919 fundó un una base nacional en Santiago. Pocos años más tarde, contaba con agrupaciones locales en diecinueve ciudades chilenas. En comparación con los sindicatos chilenos clásicos, era más eficiente, ya que también incorporaba a trabajadores sin estudios formales que practicaban diversos oficios y actividades. Entre 1920 y 1921, el sindicato central alcanzó el clímax de su poder por medio de la organización de las históricas huelgas de Valparaíso y de las manifestaciones masivas que conmemoraron el cuarto cumpleaños de la Revolución Rusa[161].

[159] Irven Paul, *Un reformador yanqui en Chile: vida y obra de David Trumbull*; Willis C. Hoover, *History of the Pentecostal Revival in Chile*; Alice Rasmussen Schick y Dean Helland Tabbert, *La iglesia pentecostal ayer y hoy.* Véase también Jean Pierre Bastian, *Protestantismo y modernidad latinoamericana.*

[160] "The American Society of Chile", en *Zig-Zag*, Santiago, 4 de enero de 1919; American Society of Chile, *Americans in Chile*; "La institución de los Boys Scouts en Chile", en *Zig-Zag*, Santiago, 26 de febrero de 1910; "Boy-Scouts", en *Zig-Zag*, Santiago, 15 de agosto de 1914. Respecto de YMCA, véase "Y.M.C.A.", en *Pacífico Magazine,* Nº 17, Santiago, 1/1921, pp. 486-488; "La Asociación Cristiana de Jóvenes", en *La Patria*, Santiago, 25 de abril de 1927. Sobre el Rotary-Club, US-Botschaft an Secretary of State, Santiago, 8 de mayo de 1928, en 825.43 Rotary/1, RG 59, NA.

[161] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 22 de noviembre de 1921, en 825.00/211, RG 59, NA.

Pese a la cooperación que mantuvo la IWW hasta ese momento con la FOCH, condujeron las discrepancias ideológicas hacia la escisión del movimiento obrero. A medida que el gobierno de Arturo Alessandri Palma aplicaba medidas cada vez más duras contra la IWW, decreció irrefrenablemente la relevancia de la organización en Chile a partir de 1922, debido al ascenso experimentado por la izquierda comunista, la cual fue reprimida y prohibida en 1927 por el régimen de Carlos Ibáñez[162].

Junto a los estadounidenses que se establecían en Chile por un tiempo más largo, creció la cantidad de visitantes que venían por períodos breves. Si bien en esa época todavía no se realizaban visitas oficiales entre ambos países, concitaron la estadía privada del ex presidente Theodore Roosevelt en 1913 y el viaje del presidente electo Herbert Hoover en 1929, que fueron de gran interés público[163]. De todos modos y para la gran masa de chilenos, era más significativa la ola de turistas provenientes del Norte, quienes venían al rincón más remoto de América, aprovechando las facilidades que ofrecían las nuevas combinaciones navieras. Venían atraídos por los relatos sobre Latinoamérica que era presentada como una región de paisajes, hombres y culturas exóticas[164]. Ya en 1910 había compañías navieras que ofrecían cruceros que recorrían la costa oeste latinoamericana. Por lo general, los pasajeros descendían a tierra organizados en grupos grandes, llamando así especialmente la atención en comparación con viajeros individuales de otras nacionalidades. Después de arribar a Valparaíso –generalmente durante los meses de verano–, solían visitar la capital y dependiendo de la duración de la estadía, también pasaban por Viña del Mar, Las Salinas a veces los lagos del sur[165]. Las apreciaciones relativas

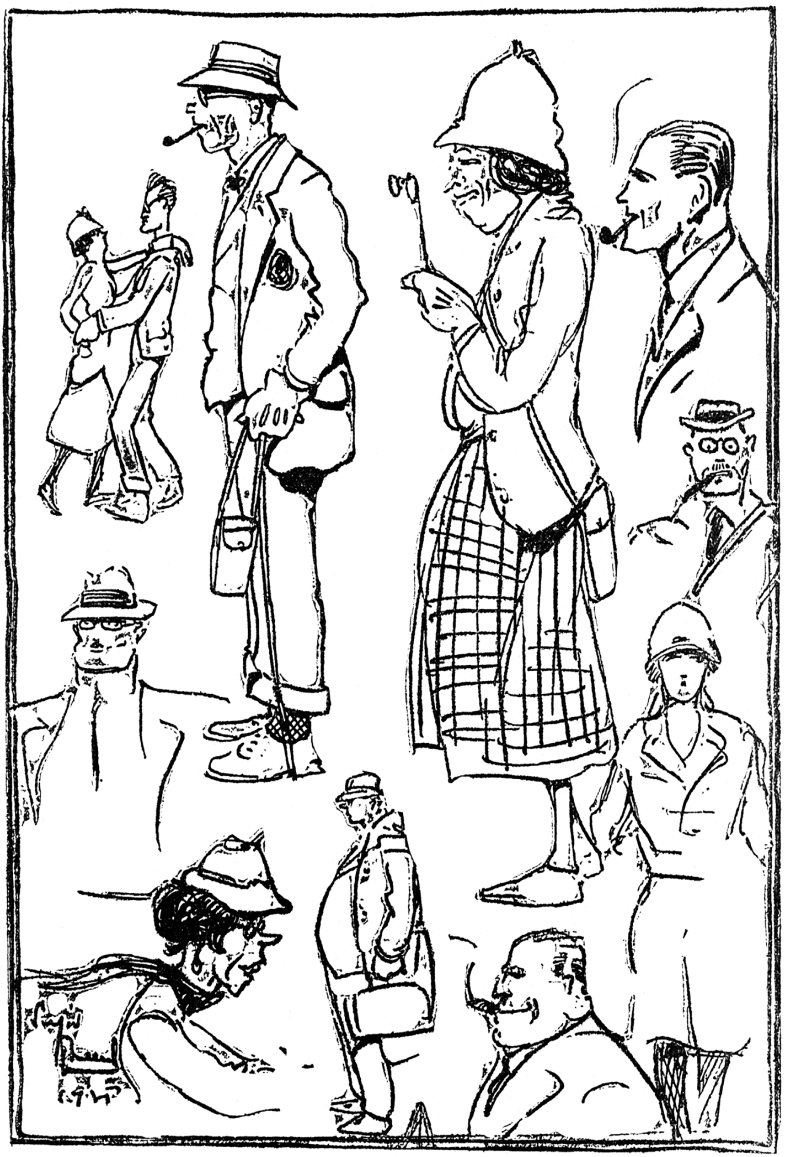
[162] Respecto de las IWW en Chile, véase Peter DeShazo, *Urban Workers and Labor Unions in Chile, 1902-1927*, pp. 154-155, 180-183 and 190-203; Jorge Rojas Flores, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos*, pp. 95-97; Agregado militar norteamericano al War Department, Santiago, 25 de septiembre de 1922, 1005-8-2-29, en MID, RG 165, NA. En 1921 viajaron representantes gubernamentales chilenos a Estados Unidos para informarse sobre las IWW: "Lo que es la I.W.W. en EE.UU.", en *Las Ultimas Noticias*, Santiago, 29 de septiembre de 1921, p. 1.

[163] "Mr. Roosevelt en Santiago", en *El Mercurio*, Santiago, 25 de noviembre de 1913, p. 17; "El viaje de Mr. Roosevelt", en *El Mercurio*, Santiago, 29 de noviembre de 1913, p. 3; Fernando Benítez, "Hoover", pp. 233-234.

[164] No fue casualidad que en Chile comenzasen a circular muchos artículos sobre la historia de los estadounidenses, publicados en 1927 por *El Mercurio* ("Los norteamericanos en tierra chilena"). Sobre el desarrollo de los viajes a América Latina, véase J. Valerie Fifer, *United States Perceptions of Latin America, 1850-1930: A 'New West' South of Capricorn?*, p. 5; Delpar, *op. cit.*. Aunque aquí no interesa el contexto relativo a la experiencia estadounidense de los viajes, sobre esto véase Fredrick B. Pike, *The United States and Latin America: Myths and Stereotypes of Civilization and Nature.*

[165] "Los turistas norteamericanos", en *Zig-Zag*, Santiago, 5 de marzo de 1910; "Los turistas norteamericanos en Santiago", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 22 de febrero de 1921, p. 4; "Turistas norteamericanas en Valparaíso", en *La Unión* Valparaíso, 28 de marzo de 1921, p. 1; "Lo que pasa", en *Corre Vuela* Santiago, 15 de marzo de 1922; "La delegación norteamericana", en *La Nación,* Santiago, 19 de agosto de 1922, p. 11; "La visita de los estudiantes americanos", en *El Diario Ilustrado,* Santiago, 17 de julio de 1927, p. 11.

# *LOS TURISTAS YANKEES EN VIÑA*

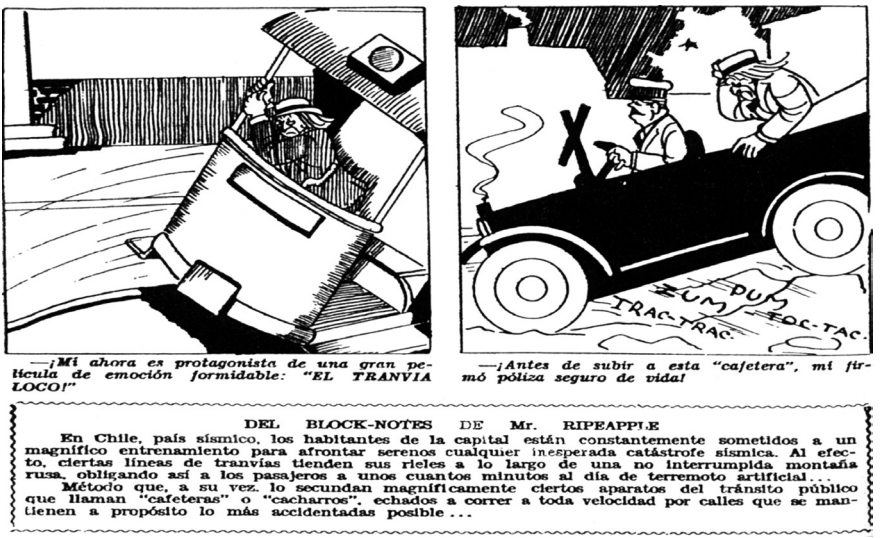


Nuestro dibujante Sergio Huneeus, que nos envía desde Viña estos apuntes, nos dice: "...lo miraban todo con una curiosidad insaciable y se disputaban un verdadero campeonato de indumentaria exótica...."

Caricaturas de turistas estadounidenses en Chile. Fuente: "Los turistas yankees en Viña", en *Las Ultimas Noticias,* Santiago, 23 de febrero de 1925, p. 1.

al país, expresadas por aquellos turistas yanquis, eran de gran interés para los chilenos. Varios periódicos publicaban entrevistas realizadas a algunos de los visitantes que disfrutaban de la vida gracias al valor de cambio que les favorecía. En ellas se expresaban con galantes cumplidos hacia sus anfitriones a modo de agradecimiento por la hospitalidad recibida[166]. No obstante, la aparición de grandes grupos turísticos de *dreadnoughts* humanos, que recorrían ostensible y rápidamente el país, utilizando siempre las mismas rutas, provocaron notas irónicas de parte de algunos comentaristas chilenos[167]. La ilustración anterior muestra una caricatura típica de la época, en la que se ve cómo iba naciendo el estereotipo del turista yanqui superficial, feo y ajeno, en permanente búsqueda de souvenirs "exóticos y auténticos".

Por su parte, la revista *Zig-Zag* apostando al humor crítico, representó las vivencias de los "gringos" en tiras cómicas en las que el protagonista llamado Mr. Ripeapple debía superar permanentemente las aventuras de la vida cotidiana en un Chile no siempre tan perfecto. Aquí se muestra un viaje por ásperas calles en tranvía y en taxi (véase ilustración). La radio también adoptó esta temática hacia fines de la década de 1920, cuando la emisora del *Diario Ilustrado* transmitió la serie Sevillano y Yankee, que relataba con humor las andanzas de un español y de un estadounidense en Chile[168].




Aventuras de un gringo en Chile. FUENTE: "Las aventuras de Mr. Ripeapple", en *Zig-Zag*, Santiago, 12 de enero de 1929.

[166] "Mr. James Bowron...", en *Las Ultimas Noticias,* Santiago, 29 de febrero de 1924, p. 10; "Cómo nos juzga...", en *Zig-Zag*, Santiago, 3 de septiembre de 1921.

[167] "Los que se fueron", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 13 de febrero de 1921, p. 1.

[168] "Sevillano y Yankee siguen su relato", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 4 de noviembre de 1931, p. 7.

Junto a estas controversias humorísticas con los visitantes del norte, hubo también observaciones cínicas y sarcásticas respecto de la así llamada "invasión yanqui". Una comentarista escribió en *Zig-Zag* sobre el miedo que le causó el arribo de los yanquis. En su opinión, el típico turista estadounidense no se daba el tiempo necesario para digerir nuevas impresiones, sino que sacaba conclusiones apresuradas y basadas sobre sus propias concepciones del mundo, por lo que llegaba en general a juicios negativos respecto de lo nuevo. Según ella, los yanquis alardeaban de su bienestar y a menudo llegaban con una conciencia misionera pedante que intimidaba[169]. Aun así, cada encuentro de este tipo despertaba la curiosidad chilena por aquellos huéspedes "interplanetarios", provenientes de Estados Unidos, lo cual fue alimentado profusamente durante esos años con una amplia cobertura en los medios.

### *Novedades desde el país del futuro: Estados Unidos en los medios*

Los viajeros chilenos analizados hasta el momento tenían otro punto en común: o publicaban las impresiones ganadas en Estados Unidos y las fotografías que habían tomado o, bien, pertenecían a grupos sociales e instituciones sobre los cuales se informaba. El tipo de publicaciones alcanzaba desde pequeñas entrevistas o viñetas literarias, hasta ensayos enciclopédicos. La experiencia concreta les servía de legitimación, debido a la autenticidad que se le atribuía a los relatos de viaje a diferencia de los de ficción, como lo comentó el crítico cultural chileno Emilio Vaïsse (Omer Emeth) haciendo alusión a la valoración de contenidos realistas[170].

Antes de la guerra fueron escasas las publicaciones de relatos largos de viaje. Sin embargo, hubo dos excepciones notables: las obras de Tancredo Pinochet y de Amanda Labarca. *Viaje de esfuerzo* (1914), escrito por Tancredo Pinochet, despertó especial atención. El título del libro –que remitía al concepto de *strenuous life,* acuñado por Theodore Roosevelt–, se convirtió en sinónimo de las dificultades que debían afrontar los jóvenes chilenos para estudiar allá y "convertirse en hombres". La publicación de este libro le dio al autor una posición de prestigio importante, no menos polémica. Muchos jóvenes le pedían información, para organizar mejor sus planes de emigración y de viaje[171]. Sin embargo, años más tarde, cuando se elevó el número de chilenos que fracasaban en Estados Unidos, su libro fue calificado frecuentemente como fuente de peligrosas ilusiones sobre posibilidades ilimitadas[172].

[169] "Curiosidades americanas", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 20 de marzo de 1921, p. 5; "Viajeros norteamericanos", en *La Nación*, Santiago, 22 de julio de 1930, p. 3.

[170] Omer Emeth, "Crónica literaria", 16 de mayo de 1929, p. 3.

[171] Pinochet-Lebrun, "¿Quiere Ud...., *op. cit.*

[172] Armando Zegri, "Un chileno...", p. 15.

Después de la guerra crecieron vertiginosamente la cantidad de estudios relativos a Estados Unidos y los relatos de viaje, lo que refleja el aumento del público lector chileno interesado en estos temas. Junto con las obras ya citadas como las de Enrique Molina, Javier Vial Solar, Ernesto Montenegro y Tancredo Pinochet –quien produjo varias más– publicó el humorista César Cascabel, alias Raúl Simón, una colección de viñetas satíricas que serían muy citadas. A ello se sumaron investigaciones como las del editor Julio Pérez Canto, agudos ataques literarios en contra del imperialismo como los libros de Víctor de Valdivia –seudónimo de un ex diplomático que se había volcado a la escritura– y la exitosa tesis académica de 1930 del joven abogado Augusto Santelices con la cual se hizo famoso de un día para otro[173]. También circulaban textos de conocidos autores europeos tales como: el italiano Arnaldo Cipolla, el español Luis Araquistáin, el francés André Siegfried y los alemanes Charlotte Lütkens y Moritz Julius Bonn[174].

Para la difusión de noticias y opiniones sobre Estados Unidos, fueron mucho más importantes los periódicos, las revistas y la radio, a partir de 1923[175]. Desde las primeras décadas del siglo XX, se hizo cada vez más patente, también en Chile, la importancia de la prensa como multiplicador masivo. Aquí se había generado una gran oferta de órganos de prensa, concentrados en gran parte en la capital[176]. Entre los periódicos dominaba *El Mercurio* –con sus sedes en Valparaíso, Santiago y Antofagasta–, que publicaba, además, vespertinos, como *Las Últimas Noticias. El Mercurio* era considerado imparcial y liberal, lo que quedó ciertamente demostrado con la ponderada cobertura que le dedicó Estados Unidos. En 1916 nacía un competidor serio, *La Nación*, diario que pertenecía al dirigente del Partido Liberal, Eliodoro Yánez y que tenía una cobertura más proamericana. Después de haber sido incautado durante el gobierno de Carlos Ibáñez, mantuvo la misma tendencia bajo la dirección de Carlos Dávila, futuro embajador chileno en Washington. Ambos diarios eran difundidos por todo el abanico social. En tercer lugar de importancia en Santiago, se ubicó *El Diario Ilustrado,* órgano conservador vinculado

[173] César Cascabel, *Broadway*; Víctor de Valdivia, *El imperio Ibero-Americano: Nuestra colonización, nuestro engrandecimiento, nuestra participación en la cultura mundial*; Pérez Canto, *op. cit.*; Augusto Santelices, *Esquema de una situación económica-social de Ibero-América.*

[174] Arnaldo Cipolla, *Norte América y los Norteamericanos*; Luis Araquistaín, *El peligro yanqui*; André Siegfried, *Les Etats Unis d'aujourd'hui*; Charlotte Lütkens, *El estado y la sociedad en Norteamérica*; Moritz Julius Bonn, *Prosperity.* Estos libros fueron reseñados y citados en las publicaciones chilenas más destacadas. Véase Omer Emeth, "Crónica literaria", 5 de septiembre de 1929, p. 3.

[175] Por supuesto debe incluirse también el cine.

[176] Como consecuencia de la ofensiva comercial estadounidense en América Latina, el US-Department of Commerce elaboró algunos estudios que poseen alto valor informativo: "Advertising Media in Chile", August 1927, N° 470, Advertising/Chile, en RG 151, NA; Military Attaché al War Department, "Principal Newspapers and Periodicals", Santiago, 26 de abril de 1927, 2657-0-81, en MID, RG 165, NA.

a la iglesia católica. Éste, al igual que los numerosos periódicos socialistas y comunistas –entre ellos *El Despertar de los Trabajadores*–, era considerado como antiestadounidense, lo que valía también para el diario conservador *La Unión* de Valparaíso. Otros medios de la provincia, tales como *El Industrial* de Antofagasta y *El Sur* de Concepción, mantuvieron, en cambio, una posición más moderada respecto de Estados Unidos[177].

Durante el decenio 1920 alcanzaron especial importancia las revistas ilustradas, en las que se publicaban artículos e imágenes de divulgación de Estados Unidos. Magazines como *Atenea* y *Revista Chilena* se dirigían a un público culto; por el contrario, las revistas semanales *Sucesos* y *Zig-Zag*, de comienzos del siglo XX, tenían como objetivo una audiencia más heterogénea. Esto valía, asimismo, para otras revistas menos exitosas y de vida más corta como *Corre Vuela, Chile Magazine, Pacífico Magazine* y *La Información.* También existían revistas especiales –principalmente aquéllas que se dedicaban al cine y al deporte, tales como: *Hollywood*, *La Semana Cinematográfica*, *Ecrán*, *Los Sports*, *Caminos y Turismo* o *Viña del Mar*– que publicaban variada información sobre Estados Unidos. Con la revista *Topaze*, editada por Jorge Délano, apareció a partir de 1931 una revista de caricaturas decididamente antiestadounidense.

Si bien la calidad fotográfica de las imágenes en las revistas ilustradas generalmente no era ideal, la atractiva oferta visual de este medio le llevó a una posición de creciente presencia en el mercado periodístico. Era común que los editores chilenos intentasen seguir el ejemplo del periodismo estadounidense, elaborando publicaciones baratas y rápidas de leer, focalizadas en la ilustración y no en el texto. Agustín Edwards Mac-Clure, dueño de *El Mercurio,* viajó hacia comienzos de siglo varias veces a Estados Unidos para aprender allí las técnicas modernas utilizadas por las revistas ilustradas, fundando sobre la base de esta experiencia, la famosa revista *Zig-Zag*[178]. Las caricaturas e historietas antes mencionadas, tenían también un espacio adjudicado dentro de estas

[177] En relación con la prensa, véase embajada norteamericana a Secretary of State, Santiago, 16 de diciembre de 1920, en 825.00/184, RG 59, NA; Armando Donoso, "Periodismo", pp. 148-155; además de Carlos Ossandón y Eduardo Santa Cruz, *Entre las alas y el plomo: la gestación de la prensa moderna en Chile*, pp. 29-79. Por otra parte, se crearon dos periódicos en lengua inglesa: el británico *South Pacific Mail* y el americano? *American World* (comprado a principios de la década 1920 por el *Mail*). Hubo también publicaciones realizadas en Estados Unidos y traducidas al español, tales como *Cine-Mundial* o publicaciones panamericanas, entre las cuales figuran: *Inter-America* y *La Nueva Democracia*. Cabe mencionar órganos regionales como, por ejemplo, *El Norte Americano.* Este último fue publicado durante la guerra por Tancredo Pinochet y poseía un carácter propagandístico demasiado evidente, debido a lo cual incluyó también artículos críticos, lo que gatilló sospechas de parte de las autoridades estadounidenses a cargo de la censura. Véase Department Intelligence Officer al Director of Military Intelligence, Chicago, 22 de noviembre de 1918, 6370-755, en WCD, RG 165, NA.

[178] Raúl Silva Castro, *Prensa y periodismo en Chile, 1812-1956*, p. 353. Reflexiones en torno al nuevo fotoperiodismo, véase "¡Hay que obtener una instantánea!", en *Zig-Zag*, Santiago, 4 de junio de 1932, pp. 49-51 y 66-67.

revistas. La serie de historietas Bringing up Father se hizo famosa en Chile durante el decenio 1920 con la portada de *Don Fausto*[179]. De esta manera se intentaba conquistar lectores, entre la nueva clase media y la clase trabajadora. Con el acento puesto en lo visual se pretendía alcanzar también, al menos potencialmente, a los analfabetos, que en esa época todavía correspondían a casi la mitad de la población chilena.

De acuerdo con esta tendencia, los diarios chilenos modernizaron considerablemente su apariencia durante las primeras décadas del siglo XX, apoyándose en modelos norteamericanos y europeos. *El Mercurio* de Santiago, fundado en junio de 1900 por Agustín Edwards, se sirvió de novedosas estrategias de *marketing* –como lo fueron, por ejemplo, las suscripciones gratuitas–, incorporó un plantel editorial con periodistas profesionales y adaptó para Chile, las innovaciones tecnológicas en boga en Estados Unidos[180]. Su rival más incisivo, como precursor de la modernización periodística, fue el *Diario Ilustrado*, periódico conservador fundado en 1902, que introdujo la impresión de fotografías, caricaturas, dibujos y portadas de dudoso valor informativo, en el más puro estilo de la prensa amarilla sensacionalista. El periódico se mantenía principalmente sobre la base de la venta de avisos de gran formato, que a menudo eran financiados por empresas estadounidenses. *La Nación, Las Últimas Noticias* y *Sucesos* siguieron más tarde este ejemplo; en cambio, *El Mercurio, Zig-Zag* y *El Sur* mantuvieron un diseño más bien conservador[181].

Los ingresos de la prensa chilena basados en avisos publicitarios aumentaron de forma substancial durante esos años, dependiendo de los montos alcanzados, por el tamaño del tiraje. Por eso fue cada vez más importante ganarse las simpatías del público y adecuar para ellos la cobertura noticiosa. La prensa sensacionalista estadounidense se convirtió en el modelo a ser imitado[182]. Los relatos que circulaban acerca de periodistas exitosos, cuyos artículos eran leídos a diario por más de diez millones de personas, o sobre el zar de la prensa, William Randolph Hearst, que tenía el poder de influir sobre decisiones en torno a la guerra y la paz, impresionaron al público en Chile. Visitar, por ejemplo, las salas de redacción del *New York Times*, tenía para los periodistas chilenos la dimensión de un "viaje interplanetario" hacia un mundo diferente y moderno[183].

[179] Manuel Alcides Jofré, *La historieta en Chile en la última década*, p. 19.

[180] Patricio Bernedo, "Inicios de la modernización de la prensa chilena: Agustín Edwards, Mac Clure y *El Mercurio* de Santiago en 1900", pp. 213-214.

[181] "El aviso", en *La Unión,* Valparaíso, 11 de enero de 1928, p. 3; "Hugo Silva", en *La Nación,* Santiago, 27 de agosto de 1927, p. 3.

[182] "Periodismo Yanqui", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 8 de febrero de 1925, p. 1; Araquistaín, *op. cit*., pp. 117-126; Gabriela Mistral, "Información...", p. 5.

[183] "El más notable repórter...", en *El Mercurio*, Santiago, 6 de marzo de 1925, p. 3; "Hizo la guerra de Cuba... William R. Hearst", en *Las Ultimas Noticias,* Santiago, 8 de agosto de 1925, p. 8; "Los periodistas debemos unirnos...", en *El Mercurio*, Santiago, 26 de julio de 1928, p. 1.

En efecto, la experiencia no sólo era positiva, ya que muchos chilenos quedaban espantados por la fuerte tendencia existente, a difundir información sensacionalista, así como por la estandarización y mercantilización de la prensa en Estados Unidos, la que apelaba aparentemente sólo a los instintos más bajos de un público poco educado. Contemplando esta evolución, parecía imposible la diversidad de expresión[184]. Los periodistas chilenos que fueron testimonio de estas tendencias, generalmente opinaban que en casa la situación era mejor, pues la prensa aquí aún tenía como misión guiar y formar al público. La interrogante que surgía entonces era: ¿cómo seguir manteniendo este elevado estándar, pese a las necesidades financieras que hacían forzoza una orientación sensacionalista? La estrategia desarrollada por *El Mercurio*, fue publicar noticias e imágenes sensacionalistas en la portada, haciendo, sin embargo, comentarios irónicos aludiendo a determinados estereotipos de lo yanqui[185]. Pese a todo, el distanciamiento no siempre se lograba, por lo que hubo voces críticas, como las de Tancredo Pinochet y Ernesto Montenegro, quienes se quejaron de la creciente norteamericanización que invadía también a la prensa chilena que hacía circular historias sensacionalistas de "riqueza y fama" en el "paraíso norteamericano"[186].

Pese a todo, incluso los críticos del nuevo estilo periodístico tenían que admitir que también ellos dependían, cada vez con más fuerza, de las agencias noticiosas norteamericanas. Siguiendo la tendencia latinoamericana, aumentaron en Chile entre 1914 y 1932, considerablemente, las noticias provenientes de Estados Unidos[187]. Si hasta 1914 el mercado de las noticias había sido dominado por la agencia francesa Havas, la preeminencia fue disputada más tarde entre la UP y la AP. En 1921 *El Mercurio, La Nación* y *El Diario Ilustrado* se afiliaron a la AP, que ofrecía a través de los cables de la All America Cable Co. un servicio telegráfico diario que permitía transmitir entre trescientas y dos mil palabras con noticias sobre una diversidad de aspectos de la vida en el País del Norte. Cinco años más tarde, la AP fue desplazada por la UP, un proveedor más barato, que alcanzó una posición casi monopólica dentro del mercado de las noticias[188].

[184] "Curiosidad e incultura", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 14 de marzo de 1931, p. 4; José María Raposo, "En los EE.UU.", p. 4; Santelices, *op. cit.*, p. 125. Véase también el alegre cuento de Montenegro *Puritanía, op. cit.*, pp. 22-47, sobre el ficticio secuestro de John D. Rockefeller y el subsecuente ajetreo periodístico. Sobre la competencia en Estados Unidos, véase Félix Nieto del Río, "La muerte de 'The New York Herald'", p .2.

[185] Por ejemplo, "En Norte América el choque de un automóvil con un tren era un plácido ensueño", en *El Mercurio*, Santiago, 9 de enero de 1925, p. 1.

[186] "Chilenos en Norteamérica", en *El Mercurio*, Santiago, 4 de enero de 1931, p. 9. Véase también Pinochet Le-Brun, *El diálogo..., op. cit.*, tomo 1, p. 18; Ernesto Montenegro, "Dos mil chilenos en Estado Unidos".

[187] Klein, *op. cit.*, p. 243.

[188] "El intercambio informativo", en *La Nación*, Santiago, 17 de noviembre de 1920, p 11; agregado comercial a Secretary of Commerce, Santiago, 7 de julio de 1921, Nr. 417.1, Anti-American Propaganda/Latin America, en RG 151, NA.

En Chile se comentaba negativamente la relación de dependencia que vinculaba al sector informativo con las empresas estadounidenses. La postura aparentemente parcial de la UP relativa a la existencia de gobiernos autoritarios era criticada, como asimismo el tipo de cobertura, ya que se reclamaba que sus contenidos apelaban a los bajos instintos favoreciendo la pérdida de valores. El hecho de que la UP también controlase las pocas noticias que circulaban en la prensa mundial sobre Chile se convirtió en un tema álgido, volviéndose cada vez más apremiante la petición de que Chile tuviese una agencia de noticias independiente[189]. Los corresponsales en el extranjero de los grandes periódicos chilenos constituyeron un cierto contrapeso. En 1915 *El Mercurio* abrió una oficina de prensa en Nueva York a cargo de Ernesto Montenegro y de Carlos Silva Vildósola, futuro director del diario[190]. Durante el decenio 1920 *La Nación, El Diario Ilustrado* y *El Sur*, también contrataron corresponsales propios en Estados Unidos, entre ellos a José María Raposo, Hugo Silva, Armando Zegri y Félix Nieto del Río[191].

Durante el mismo período surgió la radio, al igual que los periódicos, como nuevo medio de comunicación. Hacia 1931 había ya unos quince mil aparatos en funcionamiento en Chile, tal como lo informó el cónsul general de Estados Unidos. Con el establecimiento del primer servicio radiofónico entre ambos países, se hizo posible la transmisión casi instantánea de noticias. Las empresas estadounidenses ocuparon en esta área también la cabecera. Por su parte, las nuevas radioemisoras chilenas –habitualmente filiales de los grandes periódicos– se interesaron no sólo por las noticias y la música que se difundían desde el norte sino, también, por las técnicas de producción y de publicidad que allí se utilizaban. La radiodifusión chilena se financió desde el principio, gracias a los ingresos recaudados por concepto de publicidad y al igual que el modelo que reproducían, le dio mayor prioridad a la entretención que a los programas culturales. El porcentaje de música, noticias y programas de origen estadounidense programados, muestran que la influencia del norte fue aún más notoria en este moderno medio de comunicación que en los periódicos. Por ello, no fue sorprendente que la radio *La Nación* emitiese un curso de inglés, como respuesta a la alta demanda generada por parte de los auditores[192].

[189] Diego Duble Urrutía, "El monopolio de las informaciones telegráficas en Chile", p. 14; Valdivia, *op. cit*., pp. 153 y 271-279.

[190] "Chile y Ernesto Montenegro", en *Zig-Zag,* Santiago, 31 de julio de 1926); Florencio Hernández, "Estados Unidos: la tierra de las probabilidades".

[191] La embajada chilena observaba las actividades de los corresponsales: Embajada de Chile al MRE, Washington, 29 de enero de 1921, en AMRE, tomo 860.

[192] Cónsul General de Estados Unidos a Secretary of State, "Foreign utilization of radio", Santiago, 7 de agosto de 1931, en 825.76/14, RG 59, NA; María Cristina Lasagni, *La radio en Chile: historia, modelos, perspectivas*, pp. 5-10. En relación con el curso de inglés, véase Informe del Agregado Naval, Santiago, 5 de febrero de 1931, en 825.76/12, RG 59, NA. También era seguido con interés el rapidísimo incremento de la enseñanza del español en las escuelas públicas de

Junto con el interés por Estados Unidos, aumentó también el interés por conocer la imagen que sus habitantes tenían de los chilenos. La creciente relevancia económica y política que adquiría el País del Norte en todo el mundo y en Chile, llevó a más chilenos a preguntarse qué sabían, y qué pensaban, los yanquis sobre ellos. Para el Ministerio de Relaciones Exteriores chileno esta cuestión se convirtió en un tema vital una vez finalizada la Primera Guerra Mundial, ya que se tenía en cuenta el conflicto limítrofe existente en torno a Tacna y Arica, y porque había consenso en cuanto a la conveniencia de mejorar la imagen del país, que estaba marcada por la neutralidad que había mantenido durante el conflicto bélico, para atraer, así, inversionistas. Por esto, a mediados de 1918 comenzó una campaña de propaganda en la que la embajada y los corresponsales extranjeros chilenos trabajaron en estrecha relación de cooperación. La publicidad sobre Chile debía concentrarse, por una parte, en su prometedor futuro económico y, paralelamente, en el desarrollo histórico de la relación del país con Estados Unidos. De este modo se buscaba desactivar estereotipos negativos y simple desconocimiento[193].

La campaña sufrió, desde el principio, por escasez de dinero, siendo muy criticada por su ineficacia y debió ser suspendida temporalmente entre 1920 y 1921 debido a la crisis financiera. El resultado fue, la decisión de editar a partir de 1926, en Nueva York, bajo la dirección de Ernesto Montenegro, las lujosas revistas *Chile: A Monthly Survey of Chilean Affairs* y *Chile Pan Am: The Latin American News Magazine*. El propósito de dichas publicaciones fue, en primer lugar, dar a conocer a potenciales y ricos inversionistas estadounidenses las bellezas y posibilidades de desarrollo que tenía el país. La Chile-American Association colaboró en este tipo de promoción con publicaciones propias. Finalmente, cuando el gobierno de Carlos Ibáñez estableció la Oficina de Turismo, creó el ente necesario para dar las pautas de acción futura y coordinar la promoción de Chile, llegando a filmar las primeras películas publicitarias sobre el país[194].

Aquí se seguía, con interés y satisfacción, la positiva cobertura que recibía el país en Estados Unidos. Un artículo aparecido en el *Scribner's Magazine*

---

Estados Unidos: "La lengua castellana en los EE.UU.", en *Pacífico Magazine,* 18 de febrero de 19201, Santiago, 1921, pp. 29-30; "El mejor conocimiento de América del Sur", en *El Industrial,* Antofagasta, 14 de febrero de 1925, p. 6; "El idioma español en los Estados Unidos", en *La Nación*, Santiago, 5 de febrero de 1930, p. 3.

[193] Eliodoro Yáñez, "Informe", en AMRE, tomo 743; Pike, *Chile..., op. cit*., pp. 158-159. Sobre la campaña, véase la colección de artículos de Félix Nieto del Río en correspondencia de la embajada de Chile en EE.UU., 1919-1920, Sección Diplomática, en MRE, AN, siglo XX; Ernesto Montenegro, "¿La gran propaganda?", p. 3.

[194] "Periodistas chilenos en Nueva York", en *El Mercurio*, Santiago 25 de marzo de 1920, p. 5; Carlos Aldunate, Sección de Propaganda e Información, en MRE, "Circular informativo N° 29", Santiago, 18 de diciembre de 1922, en AMRE, tomo 749. Sobre la crítica y las revistas, véase Augusto Errázuriz, "Cómo se debe dar a conocer Chile", p. 7; en *El Mercurio*, Santiago, 20 de agosto de 1920, p. 12; "Chile en Estados Unidos", en *La Nación*, Santiago, 23 de febrero de 1926, p. 5. Respecto de la Oficina de Turismo, Woodworth Clum, "Meet Mr. Ibáñez".

y escrito por una estadounidense bajo el título "Los yanquis de la América del Sur", fue traducido y publicado en *El Mercurio.* Sin embargo, los puntos culminantes fueron una serie de artículos publicados sobre la "Suiza de la América" aparecida en el *National Geographic Magazine* y la producción de una película promocional realizada por la Visugraphic Pictures Company[195]. Los observadores críticos tenían claro, en todo caso, que estas referencias positivas sobre Chile representaban sólo una gota dentro del caudal de noticias que circulaban en Estados Unidos y que por ello eran apenas perceptibles. Es más, hacían ver que la escasa cobertura para América Latina estaba marcada con un énfasis unilateral, en los trastornos políticos y las catástrofes naturales. Frecuentemente las noticias eran erróneas y estaban plagadas de estereotipos. Así, el estadounidense medio, a lo más asociaba a Chile con un condimentado guiso mexicano o con una tribu indígena salvaje[196].

Después de todos los esfuerzos realizados a través de propaganda, viajes y artículos en medios de comunicación, debió ser muy desilusionante haber alcanzado un nivel de conocimiento tan degradado. Los diversos canales de encuentro entre chilenos y yanquis, que se habían desarrollado entre 1900 y 1930, no habían logrado efecto en las capas más amplias de la población. De cualquier manera, las estructuras creadas en ese tiempo, constituyeron las bases para el desarrollo posterior. El viaje en busca del gran vecino del norte fue el descubrimiento de un nuevo y extraño mundo del futuro, fue un "viaje interplanetario" hacia un mundo con otra escala de medición del tiempo y con otra velocidad. El "otro" estadounidense fue aceptado como modelo de modernidad, si bien no siempre fue querido. Pero la experiencia de viajar desde la periferia hacia el centro, quedó grabada entre los chilenos de todos modos. En especial, los jóvenes universitarios –que conformaron la mayor parte de los viajeros– quedaron fascinados por la industria, la tecnología, las grandes ciudades y las modernas universidades. Precisamente esos jóvenes chilenos seguían al ideal del *selfmademan,* que llevaba una vida sacrificada. En definitiva, celebrar triunfos en Estados Unidos significaba un triunfo personal y a la vez un triunfo de Chile. Sin embargo, no era fácil alcanzar esos logros y hubo muchos fracasos. Los diarios, las revistas, las radioemisoras y los libros de viajes que relataban profusamente sobre este país, muchas veces pintaron un cuadro falso o al menos exageradamente positivo, sin dar cuenta de los problemas que se le presentaban allí a los recién llegados. Frecuentemente las informaciones sensacionalistas reemplazaban el análisis profundo. En este

[195] Alice Day MacLaren, "Los Yanquis de la América del Sur", p. 7; "La 'Suiza de la América'", en *La Unión*, Valparaíso, 30 de diciembre de 1927, p. 3. Sobre la película, véase "Las bellezas de Chile", en *El Mercurio*, Santiago, 26 de marzo de 1928, p. 3.

[196] "Chile con carne", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 27 de julio de 1930, p. 9; "A los ojos norteamericanos somos salvajes", en *La Unión,* Valparaíso, 2 de septiembre de 1926, p.3; Paul Vérité, "Mal conocidos", p. 3.

sentido, al igual que respecto de las agencias de noticias y de diseño, los medios de comunicación chilenos siguieron aquello que percibían como modelo estadounidense.

Las nuevas y populares formas de cobertura tales como caricaturas, historietas y programas radiales, reflejaban que el interés de la nueva clase media, aunque también el de las clases populares urbanas, había crecido enormemente. Mostraban que también aquéllos que no podían participar del placer de viajar a Estados Unidos eran influenciados progresivamente por el encuentro con el yanqui en el propio país. Los problemas que suscitaban los encuentros entre culturas y mentalidades diferentes, eran tematizados ya sea en representaciones, algo cínicas, o algo inofensivas, pero en todo caso humorísticas, del "gringo", y en ese proceso también se presentaba satíricamente la realidad de la vida y de la mentalidad propias. En cada caso se trataba de una experiencia de extremos difícil de clasificar. El viaje entre dos mundos aparentemente separados por una distancia planetaria, reforzaba la percepción de las diferencias y contradicciones. Estas contradicciones pueden atribuirse esencialmente a un arsenal de estereotipos e imágenes chilenas acerca de Estados Unidos, las que se analizarán en detalle en el próximo capítulo.

## El gigante contradictorio: las imágenes de Estados Unidos, 1910-1932

*"Hay que rendirse ante la superior vida de los norteamericanos.*
*Alguna misteriosa deidad los protege y los unge, al nacer,*
*con algún sagrado ungüento que los convierte en seres superiores*
*haciendo de su raza una élite intermedia entre los dioses y los hombres...*
*Así, las cosas que ocurren en Norte-América no ocurren*
*en el resto del mundo habitado por míseros mortales"*[197].

Las imágenes de Estados Unidos creadas en Chile sobre la base de relatos de viajeros, a la experiencia de la "invasión yanqui" en el país y a los extensos reportajes que aparecían en la prensa, contenían una gran cantidad de impresiones y valoraciones a menudo contradictorias. Dichas imágenes constituían, como ya se planteó en la introducción, la base a la vez que la médula integral del encuentro con el yanqui. Debido a la composición y efectos de estas imágenes, el caleidoscopio parece ser la comparación más adecuada, ya que en ellas se visualizan un sinnúmero de fragmentos multicolores y polimorfos de experiencias, conocimientos superficiales, estereotipos y prejuicios que se mezclan de manera más o menos casual en categorías siempre nuevas. Algunos fragmentos son más grandes que otros y algunos colores se presentan con

[197] "En Norte América el choque de un automóvil con un tren era un plácido ensueño", *El Mercurio*, Santiago, 9 de enero de 1925, p. 1.

mayor frecuencia que otros, lo cual se puede hacer equivaler con la existencia de aquellas imágenes fundamentales que determinaban las percepciones de Estados Unidos, su civilización y las características de sus habitantes.

Durante las primeras décadas del siglo XX, Estados Unidos fue esencialmente admirado y odiado en Chile debido a su éxito económico, el que fue asociado después de la Primera Guerra Mundial con el poderío político. Ya se presentaron algunas de aquellas imágenes que condujeron a la génesis de la idea sobre el "peligro norteamericano". Este capítulo se centra en el período de entreguerra, que se extiende hasta la crisis financiera mundial, pues en Chile creció, durante esa década y media, el debate en torno a los yanquis. Las imágenes disponibles desde hacía tiempo se refinaron y se ampliaron con nuevas nociones. Lo que más ocupó a los chilenos que participaron en este proceso, fue la búsqueda de la receta estadounidense del éxito. A continuación se describirán aquellas particularidades que llamaban especialmente la atención en Chile y se verá cómo se intentó catalogarlas. No interesa aquí la discusión relativa a la correspondencia de esas imágenes con la realidad, ya que el centro del análisis radica en las imágenes en sí mismas, las cuales emergerán una y otra vez a lo largo de este trabajo en diferentes contextos.

## *El país de lo superlativo: poder, riqueza y arrogancia*

Aquellos chilenos que volvieron a viajar a Estados Unidos después de la guerra, tuvieron oportunidad de apreciar llamativas diferencias. Si aquel país había desempeñado hasta ese momento un papel precursor mostrando por donde iba el camino hacia el futuro, ahora aparecía como el futuro en sí mismo. Según la opinión de muchos comentaristas chilenos, Estados Unidos alcanzó después de la Primera Guerra Mundial no sólo la absoluta supremacía económica en el mundo sino, también, la política y moral, lo que se fue ampliando y desarrollando durante las décadas siguientes[198]. A este joven país, poderoso y triunfante, sólo se le podían aplicar, al parecer, superlativos (véase ilustración en página siguiente).

Esta noción puede ser reconocida con claridad en los números especiales dedicados al aniversario de la independencia americana que se publicaban regularmente en la prensa chilena. Las ediciones extraordinarias en honor a países vecinos eran habituales, pero para el 4 de julio la cantidad de publicaciones se elevaba notablemente[199]. Dichas ediciones especiales eran auspiciadas

[198] Salas Edwards, "Dos grandes...", *op. cit.*, p. 3; Raúl Silva Castro, "Los EE.UU. de hoy", p. 3. Acerca de la idea de la nueva era, véase "El progreso yanqui", *El Sur*, Concepción, 4 de julio de 1922, p. 1; Guillermo M. Bañados, *Chile y los problemas de la post-bellum*, pp. 16-17.

[199] En 1925, el presidente Arturo Alessandri Palma declaró en un acto sin precedentes feriado el 4 de julio.

en general, mediante la publicación de avisos de gran formato financiados por empresas estadounidenses que operaban en Chile. Por ello era común que la cobertura relativa a Estados Unidos fuese positiva. De cualquier manera, los comentaristas conseguían hacer, de vez en cuando, de modo marginal observaciones irónicas y críticas veladas. Estas imágenes y estereotipos que se repetían año tras año, entregan información sobre el acervo de percepciones que eran mayoritariamente aceptadas[200].

Estados Unidos como país triunfador: poco después de la Primera Guerra Mundial se convirtió en un tema nuevo y popular en los medios de comunicación chilenos. FUENTE: *Zig-Zag*, Santiago, 5 de julio de 1919.

La cobertura de los números especiales sobre el 4 de julio seguía un esquema bastante generalizado. Normalmente comenzaba con una vista panorámica de la historia de Estados Unidos, sus gestas heroicas revolucionarias y los ideales de libertad, igualdad, derecho y orden plasmados en su Constitución, considerados como la base del bienestar estadounidense. En cada aniversario se volvía a llamar la atención sobre el rapidísimo engrandecimiento que había alcanzado este país desde sus inicios modestos, hasta llegar a adquirir la categoría de una potencia mundial, y sobre el papel que representaba ese país como modelo para las Américas y el resto del mundo. Se afirmaba que Europa sería superada en todos los ámbitos, ya que sus habitantes habían dado muestras de ser varoniles, enérgicos y patriotas; en resumen se trataba de una "raza de titanes"[201]. Desde la perspectiva de los comentaristas más optimistas, el país de los yanquis reflejaba aquello que América Latina podría llegar a ser alguna vez. Estados Unidos representaba entonces un nuevo tipo de civilización y la síntesis de una nueva época en la historia de la humanidad:

[200] De aquí en adelante se explicitarán sólo aquellos comentarios que sean citados en forma textual. Las crónicas se ubicaban en general en las páginas 1 o 3 de los números especiales.

[201] "El día de los EE.UU.", *El Sur*, Concepción, 4 de julio de 1925, p. 3.

"Nada han querido pedir prestado los norteamericanos a la tradición o a la historia, a otras razas o a otros países; todo lo han creado, imaginado, edificado. Por eso es que Yanquilandia representa hoy día la verdadera síntesis del siglo; y por eso, en su fabulosa industria, su gigantesco comercio, su vida acelerada y febril, su moral sana y deportiva, su extraordinario progreso material..."[202].

La "fabulosa industria" y el "gigantesco comercio" destacados por el comentarista, formaban parte de aquella dimensión de Estados Unidos que dejó en Chile la impresión más fuerte. Paralelamente al ascenso de las inversiones estadounidenses en el país, creció también la fascinación de los chilenos por las enormes dimensiones y por el potencial de crecimiento de la economía del Norte, base del nuevo "imperio mundial del oro y de la industria"[203]. La imagen de la riqueza aparentemente ilimitada de Estados Unidos fue difundida por numerosas representaciones gráficas, en las que la figura del "Tío Sam" ocupaba una posición central. La siguiente ilustración muestra un típico ejemplo: hasta los legendarios millonarios Midas y Creso quedaron fascinados con el tío Sam, quien atesoró "la acumulación de riquezas más grande" que "la historia de la humanidad" alguna vez había visto.

La legendaria riqueza del tío Sam. De acuerdo con los comentaristas, la riqueza de Estados Unidos alcanzó dimensiones claramente mitológicas durante EL DECENIO 1920. FUENTE: "La fabulosa riqueza del tío Sam", en *El Diario Ilustrado,* Santiago, 23 de marzo de 1925, p. 1.

[202] "4 de julio", *La Nación*, Santiago, 4 de julio de 1931, p. 3.
[203] "Aniversario de los EE.UU.", *La Nación*, Santiago, 4 de julio de 1920, p. 3.

La admiración por la economía estadounidense tenía muchas dimensiones. Por una parte, diversos comentaristas acentuaban el poder de los nuevos "banqueros del universo"[204]. Observadores bien dispuestos, como el embajador Carlos Dávila, interpretaban este desarrollo como algo positivo para el progreso del mundo. Por otra parte, se solían mencionar las cifras de productividad tanto de la industria como de la agricultura, las que ascendían con dinamismo. Aquellos relatos reiteraban que en Estados Unidos la prosperidad no se restringía a una pequeña clase alta, como sucedía en Chile, pues allá el hombre común podía obtener beneficios y permitirse comprar bienes de consumo, tales como: radios, teléfonos y automóviles.

Igualmente fascinantes resultaban ser los múltiples reportajes que se publicaban sobre la vida de magnates de finanzas –pasando por John D. Rockefeller hasta Henry Ford–, artículos que desplazaron completamente la cobertura dedicada a temas relacionados con la vida en las cortes reales europeas, típicos de la preguerra. Ambos capitalistas eran, así lo aprenderían los lectores chilenos, la encarnación del éxito duramente trabajado dentro del mundo moderno de los negocios, éxito que se medía por la riqueza alcanzada[205]. Montenegro dejó exclamar por ello a un personaje de un cuento:

> "...no hay en el mundo más que un culto verdadero, el del éxito. Y como para el promedio de la inteligencia humana eso tiene una sola expresión concreta –la de la riqueza– el archimillonario Rockefeller resume para algo más de media humanidad todas las inquietudes, todas las ambiciones de nuestra época"[206].

La declaración permite concluir que para muchos chilenos la riqueza yanqui no era necesariamente algo benéfico. La veneración cuasi religiosa que supuestamente gozaban los archimillonarios en Estados Unidos se comentaba con dejos irónicos y el papel que representaban aquéllos que se beneficiaban de la guerra, siempre involucrados en nuevos escándalos, se observaba críticamente[207]. El despliegue pretencioso de riqueza y éxito era presentado como

[204] "Los EE.UU.: Banqueros del Universo", *El Diario Ilustrado,* Santiago, 19 de marzo de 1920, p. 1.

[205] "Un Embajador dinámico, don Carlos Dávila", *Norte y Sur*, año 4, Nº 41, Santiago, 1930, p. 13; "El comercio y la industria norteamericanos..., *La Nación*, Santiago 10 de diciembre de 1928), p. 3; "En EE.UU., los hogares modestos gozan de todo confort", *El Industrial,* Antofagasta, 4 de julio de 1930, p. 1; Julio Camba, "Los viejos y los nuevos ricos", p. 3. Sobre John D. Rockefeller véase, por ejemplo, "El hombre más rico del mundo", *La Nación*, Santiago, 10 de julio de 1926, p. 1. Sobre Ford: "Mr. Ford gana en un año lo que Chile gasta en seis meses", *La Unión* Valparaíso, 6 de julio de 1930, p. 3. Véase también Molina, *Por las dos..., op. cit*., p. 170; Ernesto Montenegro, "Carnegie y la época de los millardarios", p. 1.

[206] Ernesto Montenegro, *Puritanía..., op. cit*., p. 13.

[207] Tancredo Pinochet Le-Brun, "Los contratos de Ford", p. 8; Emil Ludwig, "Los triunfadores de Yanquilandia", p. 5; "En el país de lo fantástico", *El Diario Ilustrado*, Santiago, 17 de octubre de 1929, p. 1.

ejemplo de la, en apariencia, típica arrogancia estadounidense. Aquí volvía a recrearse el antiguo concepto de Estados Unidos como el de un país joven y por ello inmaduro[208]. En opinión de ciertas voces críticas, los yanquis padecían de una sobrevaloración de sí mismos, la que, junto al afán de imponer su idea del bien y del mal, era intolerable[209]. Un observador amargado declaraba con franqueza en 1923:

> "Admito que los Estados Unidos son el país más rico del mundo. Admito que son el país más progresista... Lo que no admito es que el yanqui, tomado en conjunto, no acepte que haya algo bueno fuera de los Estados Unidos. El yanqui piensa que su país es lo único que vale en el mundo"[210].

Este tipo de observaciones culminaban con el viejo estereotipo, ampliamente extendido del materialismo estadounidense, alimentado por libros europeos que circulaban en Chile[211]. En relación con esto se instaló la idea de que todas las relaciones sociales en Estados Unidos estaban determinadas por el dólar, lo que podía apreciarse del lenguaje. Así, diversos observadores, tales como Tancredo Pinochet y Augusto Santelices, citaban la expresión *a man is worth a million dollars* como evidencia de que la *way of life* estadounidense se orientaba única y exclusivamente a ganar dinero y que, por este afán de riqueza, en Estados Unidos no valían los límites morales. Siguiendo la tradición de José E. Rodó, muchos chilenos que criticaba a Estados Unidos se definían a sí mismos como parte de una civilización europea llamada a ser la antítesis del materialismo de los yanquis[212]. La vigencia de este estereotipo no se restringía en ningún caso sólo a las capas sociales más altas. En la imaginación popular quedó fijada la imagen del yanqui materialista a través de caricaturas del *Uncle Sam,* como la que se muestra a continuación en la siguiente ilustración. Aquí se le ve como una criatura que infundía miedo, ya que al mismo tiempo que sostenía en la mano su corazón de dólar, preguntaba amenazadoramente: "¿Hay alguien que se atreva a dudar de que tengo un corazón de oro?".

[208] Durante su primer viaje a Estados Unidos en septiembre de 1901 constató Agustín Edwards con frustración que "me he formado la más triste idea de este país, que para su edad, está muy adelantado, pero que tiene todas las mañas de los muchachos de quince años con libertad". Citado en Bernedo, "Inicios...", *op. cit*., p. 212.

[209] "Lo más grande del mundo", *El Mercurio*, Santiago, 30 de septiembre de 1928, p. 3; "El afán de batir records", *La Unión*, Valparaíso, 14 de agosto de 1930, p. 3; "El recordman de la muerte", *El Industrial,* Antofagasta, 21 de enero de 1928, p. 1; Molina, *Por las dos..., op. cit*., pp. 77-78.

[210] Carlos Quincy, "El resto del mundo ante los yanquis", p. 3.

[211] "Divagaciones de un billete de dólar", *La Nación*, Santiago, 13 de marzo de 1920, p. 3.

[212] Pinochet Le-Brun, *El diálogo..., op. cit*., tomo 1, pp. 12-18; Augusto Santelices, "El Yanqui", *Las Ultimas Noticias*, Santiago, 3 de enero de 1930, p. 7; Ernesto Montenegro, "Plenitud", p. 18; Santelices, *op. cit*., pp. 116-118; Cascabel, *Broadway, op. cit*., p. 22. En relación con la dimensión internacional, véase Stefan Rinke, ",Amerikanismus' und ,Peligro yanqui:' Aspekte des USA-Bildes in Chile und Deutschland, 1919-1929", p. 222.

En cualquier caso, fuera que admirasen o aborreciesen a los yanquis, los chilenos de la entreguerra estaban impresionados por Estados Unidos. (Norte-)"América" era una historia de éxito incomparable, cuyos componentes económicos no sólo causaban asombro en Chile. La riqueza, aparentemente ilimitada de los estadounidenses, reflejaba éxito. Los chilenos podían leer en sus propios diarios al menos una vez por semana y casi siempre en las portadas, las últimas noticias sobre los estadounidenses multimillonarios, o podían hacerse una imagen de ellos a partir de las caricaturas o de las múltiples representaciones que aparecían en los medios. Así se propagó de manera generalizada la idea de que los estadounidenses millonarios dominaban el mundo.

### *El secreto del éxito: la mentalidad yanqui*

Todos los chilenos que se ocupaban de Estados Unidos en los años previos a la crisis financiera mundial, aspiraban inconscientemente a que su país también llegase algún día a ser tan rico como el gran vecino del norte. Por ello buscaban explicaciones sobre el origen del éxito yanqui. Los factores más sobresalientes fueron las ventajas geográficas, la existencia de un gigantesco mercado interno y la inmigración de "buenos" elementos que habían contribuido a crear una "raza bella y fuerte como los germanos en los dramas de Wagner"[213]. En opinión de algunos columnistas, por ello Estados Unidos estaba condenado desde el comienzo al éxito[214].

El corazón de oro del Tío Sam. El materialismo de los yanquis era percibido como una amenaza. FUENTE: "Sentimentalismo", en *Sucesos,* Santiago, 27 de enero de 1927.

[213] "Gabriela Mistral en EE.UU.", *El Mercurio*, Santiago, 6 de junio de 1924, p. 3. Debido a ello, no padecía Estados Unidos de los problemas que tenían otras naciones jóvenes como, por ejemplo, Chile que aún debía conseguir la asimilación de los inmigrantes. Véase "Alemanes y americanos", *La Opinión*, Santiago, 1 de junio de 1915, p. 1.

[214] Estos elementos se encuentran ya en Palacios, *op. cit.*, p. 430. Más adelante fueron reiterados con frecuencia y también hechos más precisos: Molina, *Por las dos..., op. cit.*, pp. 161-167; Pinochet Le-Brun, *La conquista..., op. cit.*, pp. 30-37; "4 de julio", en *El Mercurio*, Santiago, 4 de julio de 1926, p. 9; Emilio Tagle Rodríguez, "Causas del desarrollo de la producción en los EE.UU.", p. 9; "¿Quién posee el mundo?", en *BMSNM,* vol. 32, Santiago, 1920, pp. 133-140; "¿Por qué los EE.UU. son más ricos que Europa?", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 14 de noviembre de 1926, p. 7.

Sin embargo, esas explicaciones parecían menos plausibles en la medida en que el país seguía creciendo. La historia moderna del éxito requería de respuestas más complejas, pero éstas se limitaron a denotar el carácter del pueblo estadounidense, su sistema industrial y su espíritu de innovación. A continuación se examinará con mayor precisión la imagen que se tenía de esta nación.

Según la perspectiva de un observador bien informado como Ernesto Montenegro, el "culto al éxito" era la base del progreso nortino[215]. Ingenieros e inventores eran representativos de ello, pues podían construir verdaderos milagros tecnológicos, tales como el canal de Panamá o los puentes de Nueva York y de San Francisco, los que llenaban de asombro a los viajeros chilenos. Los yanquis parecían ser los auténticos "herederos de Prometeo", que combinaban innovación con fines prácticos para la gran masa de la gente[216]. Según Ernesto Montenegro, el gran mérito democrático de los estadounidenses radicaba en el desarrollo de adelantos tecnológicos –entre los cuales resultó ser emblemático el famoso caso de Thomas A. Edison– como: la electricidad, autos, teléfonos, cámaras fotográficas y películas cinematográficas, que eran asequibles para (casi) todo el mundo, aun cuando a veces la "técnico-manía" arrojase extraños resultados[217]. Otros reconocían en el talento de organización y la capacidad de gestión de los estadounidenses, de los cuales parecían disponer especialmente los hombres de negocios, las competencias claves para alcanzar el éxito. Conscientes de que en Estados Unidos también existían algunas deficiencias, se afirmaba que de cualquier modo los ejecutivos solucionaban los problemas rápida y pragmáticamente, concentrándose en cuestiones esenciales. Los ejemplos positivos de Owen D. Young o Herbert Hoover mostraban que también eran aptos para realizar tareas de liderazgo político[218].

En realidad, los chilenos –que estaban ocupados de sus propios problemas sociales– estaban fascinados con el despreocupado pragmatismo estadounidense, que estaba presente no sólo en la filosofía de William James o de John Dewey. Ante la aparente nueva moda del uso del overol en Estados Unidos después de la Primera Guerra Mundial, el *Diario Ilustrado* declaraba:

> "Problemas complejos, que en otros países serían de una solución difícil, en la patria de Edison tienen el más satisfactorio arreglo, sin necesidad, muchas veces, de conmover a la opinión pública con conferencias callejeras, ni con reuniones extraordinarias del gabinete ministerial"[219].

[215] Ernesto Montenegro, "El culto del éxito", p. 19.

[216] "América para los Americanos!, en *Sucesos*, Santiago, 5 de diciembre de 1929. Véase también "El esfuerzo yanqui en el Canal de Panamá", en *Zig-Zag*, Santiago, 25 de septiembre de 1920.

[217] "Tomás Alva Edison", *La Nación*, Santiago, 4 de julio de 1931, p. 5; Pinochet Le-Brun, *El diálogo.., op. cit.*, tomo 1, p. 29. Se pueden ver comentarios irónicos en Juan Manuel Polar, "Don Quijote in Yankeeland", p. 367; "Tecnico-manía", *El Diario Ilustrado*, Santiago, 21 de febrero de 1929, p. 1.

[218] Fernando Benítez, *op. cit.*, pp. 233-234; "Mr. Young y el problema de la superproducción", *La Unión*, Valparaíso, 19 de agosto de 1930, p. 3.

[219] "Contra el encarecimiento de la ropa", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 11 de abril de 1920, p. 1. Véase también, "El overall en los EE.UU.", en *El Mercurio*, Santiago 13 de mayo de 1920, p. 23.

Claro que el periódico omitía el carácter político del movimiento estudiantil, que utilizó el overol como símbolo de protesta contra el alza de precio de los textiles. Esta información complementaria debió haber interferido con las nociones de pragmatismo y de protección de la paz social, en dónde se podían encontrar las típicas estrategias norteamericanas para la solución de conflictos. Los líderes de opinión liberal y conservadora en cambio, pensaban que dichas estrategias también eran necesarias para trazar el camino chileno hacia las reformas sociales. Así, la educación estadounidense, que se orientaba aparentemente de acuerdo con principios utilitarios y prácticos, y que producía individuos "con instinto de empresa", era presentada casi siempre de modo positivo[220].

Esta fama fue lo suficientemente efectiva como para atraer a numerosos jóvenes chilenos hacia el "país de las oportunidades ilimitadas". Aquéllos que informaban sobre el "viaje del esfuerzo" hacia Estados Unidos, concordaban en admitir que para subsistir allí se requería de una voluntad de trabajo casi infinita. El trabajo parecía representar allá un valor en sí mismo constituyéndose en un elemento central de la mentalidad yanqui. Nicolás Palacios ya había reflexionado sobre aquel rasgo que supeditaba la vida en función del trabajo. En ello veía una diferencia fundamental al comparar a su propia "raza chilena" a la cual consideraba degenerada y floja. Su recomendación en cuanto a imitar a los yanquis encontró gran acogida en los años veinte, justo cuando los norteamericanos hacían pensar en progreso y modernidad, algo que los chilenos sólo podían aspirar a alcanzar[221]. Los relatos provenientes de Estados Unidos, adjudicaban la fórmula del éxito al trabajo, el que supuestamente constituía una vía abierta para quienes estuviesen dispuestos a entregarse a él con todas sus fuerzas. Esta ética del trabajo marcaba, en opinión de los comentaristas, todos los planos de la vida social en Estados Unidos. Tal parecía ser que los yanquis nunca se conformaban con el *status quo* y que se empeñaban permanentemente en el perfeccionamiento individual, el progreso y los récords mensurables. Numerosos relatos de viaje acentuaban que los estadounidenses buscaban el éxito sin la obstinación europea, sino que con una jovialidad extrovertida y una tendencia hacia el exceso[222]. Por ello la admiración del activismo estadounidense iba acompañada con frecuencia de la burla. En 1919 escribía así un corresponsal de *Zig-Zag*:

[220] "El instinto de empresa, fuerza constructora del mundo", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 15 de julio de 1928, p. 5.

[221] Palacios, *op. cit.*, pp. 497-498 y 504.

[222] "En la tierra del Dollar", en *Zig-Zag*, Santiago, 21 de enero de 1928; "El que lavaba los platos", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 10 de diciembre de 1928, p. 11. Se encuentran interesantes descripciones chilenas "del yanqui" en: Amanda Labarca, "Desde los EE.UU.", p. 1; "Con el corresponsal de *La Nación"*, en *El Mercurio*, Santiago, 13 de marzo de 1920, p. 5; "Desde EE.UU.", en *El Mercurio*, Santiago, 31 de agosto de 1920, p. 15; "El tiempo de los 'Records'", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 16 de diciembre de 1930, p. 4.

"Conozco un niñito que fué encontrado en una acequia, de seis semanas de edad apenas, que al mes ya vendía diarios en las calles, a los siete meses cantaba en un café concierto, a los tres años inventaba un nuevo resorte de automóvil, a los cinco años escribía una tabla de logaritmos, perfectamente barnizada, a los ocho años fundaba una casa de cambios, a los doce tenía sesenta millones, a los quince edificaba una Universidad, a los veinte mataba dos búfalos al día, a los veinticinco se casaba con una bailarina siamesa con derecho a tomar la otra, a los veintiseis se divorciaba de ambas, a los veintisiete descubría un cometa no catalogado y acaba ahora de perderlo todo en una especulación de petróleo. Pero, como no tiene aún veintinueve años, ...es seguro que ganará otros sesenta millones"[223].

Este afán a veces grotesco de los yanquis por el trabajo y los negocios se debía, a ojos de los comentaristas, al puritanismo, según el cual el éxito material simbolizaba una forma de vida agradable para Dios[224]. La religiosidad de los estadounidenses resultaba ser enigmática para la mayoría de los observadores chilenos, debido al gran número de sectas existentes. Aun así, espíritus liberales como el de Enrique Molina se expresaban positivamente en relación con la tolerancia religiosa que era muy diferente de la situación chilena[225]. De hecho, fue justamente el profundo vínculo de los yanquis con una fe –aun cuando resultase extraña–, el que permitió concluir al otrora estudiante de intercambio Carlos Cruz Silva, al igual que a otros comentaristas, que los estadounidenses eran idealistas. Ciertamente Carlos Cruz hacía notar que para el latinoamericano marcado por la lectura de José E. Rodó esta percepción era difícil de aceptar. Sin embargo, en su opinión, la gran cantidad de iglesias, instituciones educacionales y de caridad, hablaban por sí mismas. Mientras los calibanes –presuntos materialistas– revelaban un acentuado sentido de responsabilidad social, los autocomplacientes arieles carecían del mismo y, muy en particular, las clases sociales acomodadas que se sentían especialmente interpeladas por el credo idealista de José E. Rodó, siempre y cuando éste quedase restringido a la esfera estética[226].

La religiosidad y el idealismo estadounidense no eran tan sólo valorados positivamente en Chile. Las críticas se basaban muchas veces en el predominio del protestantismo, su consecuente rigidez moral y la frecuente postura anti-

[223] "En el país del esfuerzo", en *Zig-Zag*, Santiago, 26 de julio de 1919. Véase también "La actividad", en *Zig-Zag*, Santiago, 5 de marzo de 1910; Ernesto Montenegro, "Plenitud", *op. cit.*, p. 18.

[224] Carlos G. Dávila, *North American Imperialism*, p. 17.

[225] Enrique Molina, "Caracteres de los Norte-Americanos", pp. 7-8.

[226] Carlos Silva Cruz, "El país del idealismo", p. 3. Véase también Dávila, *North..., op. cit.*, p. 17; Pinochet Le-Brun, *El diálogo..., op. cit.*, tomo 1, pp. 21-23; "El alma caritativa de los EE.UU.", en *El Mercurio*, Santiago, 4 de julio de 1925, p. 3; "Como entienden el patriotismo los millonarios yanquis", en *Zig-Zag*, Santiago, 22 de febrero de 1930); "La munificencia norteamericana", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 13 de abril de 1930, p. 9.

católica de los yanquis[227]. Algunos chilenos conservadores veían, hacia fines de la década de 1920 en el protestantismo de raigambre estadounidense, una amenaza que se propagaba en el país. Ya desde 1910 despertó preocupación el movimiento pentecostal de Valparaíso. En 1925 se celebró en Uruguay un congreso protestante panamericano. Pocos años más tarde, misioneros metodistas de Estados Unidos atacaron abiertamente a la Iglesia Católica en América Latina, con panfletos en los que se volvía a recurrir al viejo estereotipo del latino pobre que debía ser salvado de su miseria e ignorancia mediante la iluminación protestante. Por su parte, el *lobby* católico en Chile hacía hincapié en los prejuicios antilatinoamericanos de los yanquis, como una forma de combatir misiones y organizaciones tales como, por ejemplo, la YMCA. Obispos como Gilberto Fuenzalida, de Concepción, advertían abiertamente sobre el "peligro protestante" proveniente del norte. Sin embargo, las prédicas no pudieron cambiar el hecho de que cada vez más chilenos pertenecientes a las clases sociales inferiores se apartasen desilusionados de la iglesia Católica[228].

La "invasión protestante" también aparecía como algo peligroso, debido al rechazo que les producía a los chilenos el fanatismo religioso existente en Estados Unidos. El proceso judicial llevado a cabo en 1925 en contra del profesor de Biología John T. Scopes, quien había divulgado en Tenessee la doctrina de la evolución de Darwin, despertó verdadero revuelo internacional. La prensa chilena utilizó el caso como pretexto para fustigar en contra de la doble moral y estrechez mental del puritanismo estadounidense[229]. Pese al papel ridículo representado por Estados Unidos durante este proceso, los críticos chilenos no pudieron negar que los aspectos más oscuros del puritanismo parecían fortalecer a ese país:

> "Esto es el que nosotros, latinos, no podemos entender nunca. Al fanatismo puritano, a su poderosa fé en sí mismo, debe ese pueblo su prosperidad enorme. ...Ya se sabe que en materia de negocios, hay que quitarse el sombrero ante ellos. En esta parte tienen razón: son el pueblo elegido... para ganar dinero"[230].

[227] "El doctor Grant y el dogma", *El Mercurio*, Santiago, 25 de marzo de 1923, p. 53; Alfredo L. Palacios, "El alma de Norte-América", pp. 13-16.

[228] Esteban Fallert, *El verdadero cristianismo: dónde está y dónde no está, ó sea los evangélicos desenmascarados*; "Los banqueros evangélicos de Wall Street", en *El Sur*, Concepción, 30 de junio de 1927, p. 3; Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 15 de noviembre de 1929, en 825.404/6, RG 59, NA; "Los misioneros protestantes en Sud-América", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 5 de noviembre de 1929, p. 3; José Luis Acevedo Caro, *Vanguardia protestante: grave peligro para los países latino-americanos*. Sobre la prédica del Obispo: Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 27 de enero de 1931, anexo: Gilberto Fuenzalida, "The Protestant Invasion in Latin America and especially in Chile", en 825.404/8, RG 59, NA.

[229] "Sensacional proceso contra un maestro", *Las Ultimas Noticias*, Santiago, 7 de julio de 1925, p. 5; Santelices, *op. cit*., pp. 107 y 121-122; Cascabel, *Broadway*, *op. cit*., pp. 135-139.

[230] Juan Arias, "El espíritu latino ante el espíritu sajón". Véase también Santelices, *op. cit*., pp. 110-114.

Tal como lo verifican los muy diversos testimonios, no hubo una valoración unidimensional respecto de la mentalidad estadounidense. Las imágenes y estereotipos decían más sobre los intereses y trasfondos de los propios comentaristas que sobre los estadounidenses, acerca de los cuales pretendían hablar. Si se pudiese reconocer algún denominador común entre las diferentes percepciones, éste sería en torno a la creencia de que la mentalidad estadounidense había creado la sociedad más rica del mundo gracias a su talento organizacional e inventivo y a su ética del trabajo. Pero, ¿cómo se había puesto en práctica este proyecto?

*Producción, consumo, racionalización*

La última pregunta nos conduce directamente a un segundo contexto, estrechamente entrelazado con el recién descrito: la creación del sistema industrial en Estados Unidos. Como se ha dicho, los comentaristas chilenos enfatizaban una y otra vez la magnitud de este sistema que les parecía ser la expresión culminante del capitalismo. En opinión de muchos observadores esto no sólo fue la consecuencia sino que también, la explicación del engrandecimiento experimentado por Estados Unidos. Por ello buscaban desentrañar el secreto de dicho éxito a través del análisis de los métodos de producción y de consumo. Así encontraron nuevamente tanto aspectos positivos sobre los cuales escribir como también muchos puntos criticables que parecían ser opuestos al estilo de vida chileno.

Al analizar la economía estadounidense, economistas chilenos como Daniel Martner reiteraron la importancia que tuvo el enorme volumen del comercio interno existente, que favoreció el nacimiento de consorcios, y que desde la década de 1890 propició la expansión de éstos hacia los mercados internacionales, especialmente en América Latina[231]. No se limitaron a esta explicación sino que fueron más allá, reconociendo como factor decisivo para este crecimiento, la superioridad desplegada en la administración de empresas en Estados Unidos. El término clave, tanto en Chile como en Europa, fue el de la "racionalización", que se valorizó como la panacea que explicaba el modo en que los estadounidenses enfrentaban los problemas de la posguerra, esto es, la cesantía y sobreproducción. Pero el concepto en sí seguía siendo algo vago. Era como si en Estados Unidos –que despertaba curiosidad y admiración en relación con las cadenas de producción y métodos de Taylor– la racionalización hubiese permitido alcanzar la armonía social mediante el bienestar de todos. Para lograr esto también en Chile, en opinión de muchos críticos, era necesario llevar adelante una transformación de conciencia: los chilenos debían aprender a aceptar, así como lo hicieron los yanquis, la importancia civilizadora de la máquina[232].

[231] Daniel Martner, "Política comercial en Estados Unidos de Norteamérica", p. 5.

[232] "Organización industrial moderna", en *BSFF,* vol. 38, Santiago, 1921, p. 183-184; Santiago Macchiavello Varas, *Política económica nacional: Antecedentes y directivas*, tomo 2, pp. 101-102; "La

Los estadounidenses estandarizaron exitosamente productos y procesos para utilizar de modo más efectivo las maquinarias, desde la Primera Guerra Mundial. Hacia fines de la década de 1920 se recreó en Chile el debate en torno a la estandarización, aunque esta última era una realidad aún muy lejana a la chilena dado que la industrialización estaba aún en pañales[233]. Esto muestra la atracción que los chilenos sentían por ese aspecto de Estados Unidos. Daniel Martner y su colega Santiago Macchiavello Varas estudiaron en este contexto, con ahínco, el así llamado taylorismo y su meta de integrar de manera óptima el elemento humano dentro del sistema de producción mecánica. Los economistas estaban fascinados con esta idea y a la vez convencidos de que el sistema de Taylor también favorecería a los trabajadores por medio del aumento, a largo plazo, de los estándares de vida y por el incremento del valor de su rendimiento. Las relaciones aparentemente armónicas entre trabajadores y empleadores en Estados Unidos así lo demostraban[234]. De acuerdo con la opinión de los observadores chilenos, la máxima expresión de la racionalización moderna la representó Henry Ford a través de su "sistema" conocido como el fordismo. Los medios de comunicación en Chile, en afinidad con la tendencia internacional, también glorificaron a Henry Ford como figura símbolo de "Norteamérica". El empresario fue presentado como un personaje casi sobrenatural que había sido capaz de construir sólo la gigante Ford Motors Company, maravilla de la técnica y organización modernas, a la vez que paraíso de los trabajadores. La idea de un "socialismo blanco" desarrollado supuestamente por Henry Ford que se basaba simultáneamente en el aumento de la capacidad de compra de los trabajadores y en la optimización de la productividad, era comentada con entusiasmo en Chile, porque prometía reconciliar capital y trabajo[235].

El auge del consumo masivo fascinó igualmente a quienes observaban a Estados Unidos desde Chile. El solo hecho de que los trabajadores de Henry Ford ganasen el dinero suficiente como para poder comprar autos propios y otros bienes de consumo modernos como radios, lo que era un verdadero lujo en Chile, resultaba ser muy sorprendente. El consumo les prometía la nivelación de las contradicciones sociales y el ascenso social hacia una clase

---

cadena norteamericana", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 23 de diciembre de 1930, p. 21; "El alma civilizadora de las máquinas", en *La Nación*, Santiago, 13 de julio de 1923, p. 1.

[233] Véase "Hacia la normalización industrial en los EE.UU.", en *El Mercurio*, Santiago, 4 de julio de 1923, p. 5; "La standardización en los negocios modernos", en *El Mercurio*, Santiago, 19 de abril de 1929, p. 3; "Racionalización de la industria molinera", en *El Mercurio*, Santiago, 16 de enero de 1931, p. 3.

[234] Daniel Martner, *Economía política*, pp. 56-61; Macchiavello Varas, *Política..., op. cit.*, tomo 2, pp. 100-101; Gregorio Guerra, "Frederic Winslow Taylor", p. 3.

[235] Miguel de Zárraga, "Henry Ford", p. 1; Otto Kahn, "El principio humanitario", pp. 238-240; "Mahatma Ghandi y Ford", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 23 de febrero de 1926, p. 3; Rafael H. Elizalde, "La grandeza actual y la superioridad futura", pp. 1-22; "Cómo trabaja Ford", *La Unión*, Valparaíso, 13 de enero de 1928, p. 3; "¿Ford o Lenin?", en *Hoy*, Nº 4, Santiago, 8 de abril de 1932, p. 35.

media en constante expansión. En realidad, todo el sistema se fundaba en la capacidad de y la disposición hacia el consumo de los yanquis, estimulado por medio de novedosas campañas de *marketing*, centros comerciales, cadenas de distribución, pagos a plazo y publicidad[236]. Sin embargo, el consumo también tenía un lado oscuro. Los viajeros constataban, escandalizados, que en Estados Unidos los productos no siempre eran aquello que prometía la publicidad y que ésta promovía a menudo productos completamente superfluos. Los avisos publicitarios manipulaban información y, de acuerdo con la opinión de muchos observadores chilenos, reducían al consumidor simplemente hacia un sector de la gran masa carente de voluntad[237].

Aquellos chilenos que pudieron formarse un juicio propio, a partir de su experiencia directa, reconocían las desventajas implicadas en la estandarización, la cual abarcaba amplias esferas de la vida en Estados Unidos. Enrique Molina describió, por ejemplo, en detalle el funcionamiento de las máquinas proveedoras de víveres y todos los pasos a seguir en un restaurante de autoservicio, lo que constituía un sistema novedoso para él. Describía cómo las personas iban a buscar comida preparada, que era transportada en una huincha mecánica, para luego comer rápidamente –frecuentemente de pie–, regresando a sus trabajos sin haber gastado tiempo en conversar o en tomar un café. Esta estandarización de las necesidades humanas resultaba ser casi incomprensible, aun para un chileno progresista como Enrique Molina[238]. El ejemplo del restaurante de comida rápida encajaba bien en la imagen que se tenía de Estados Unidos, representante de una sociedad enfocada en lograr los mayores índices de producción. Esto sólo era posible debido a la vertiginosa velocidad con la cual se desarrollaba ese país, la que parecía ser un emblema del naciente siglo XX. A los chilenos les costaba trabajo mantener este ritmo. Así le sucedió a Javier Vial Solar, quien cansado luego de un paseo por Manhattan apuntó:

> "Esta rapidez con que todo se produce ...me causa una verdadera desazón, como si se me sometiera a una gimnasia apurada a que no estoy acostumbrado"[239].

A algunos chilenos les parecía que en Estados Unidos todos los aspectos de la vida estaban sometidos al compás de la producción y del consumo. Pe-

[236] "Lo que es hoy la industria del Automóvil en EE.UU.", en *La Nación*, Santiago, 20 de octubre de 1929, p. 41; "Mr. Ford obedece a la voz de su amo", en *La Unión*, Valparaíso, 26 de enero de 1928, p. 3.

[237] Pinochet Le-Brun, *Diálogo..., op. cit.*, tomo 1, p. 28; Vial Solar, *op. cit.*, pp. 213-217; Tagle Rodríguez, "Causas...", *op. cit.*, p. 9.

[238] Molina, *Por las..., op. cit.*, p. 82. Véase también Vial Solar, *op. cit.*, pp. 211-213; Cascabel, *Broadway, op. cit.*, pp. 75-77 y 123-125; "Los vendedores automáticos en Nueva York", en *Zig-Zag*, Santiago, 8 de febrero de 1930; "Curiosos concursos", en *Zig-Zag*, Santiago, 25 de octubre de 1930).

[239] Vial Solar, *op. cit.*, p. 208.

riodistas como Miguel de Zárraga declaraban atónitos que Estados Unidos no existían fuera del comercio[240]. Juicios como éstos se basaban en estereotipos tradicionales, pero también en las observaciones que hicieron los comentaristas críticos durante las décadas 1920 y 1930. Les llamaba la atención la mala calidad de los productos masivos estandarizados que frecuentemente eran de mal gusto. Muy pronto quedó en evidencia, que el rápido deterioro de los productos era parte del sistema, ya que así la demanda no decaía. La consigna de los productores estadounidenses parecía ser cantidad y no calidad. Sin embargo, estos fabricantes crecían cada vez más convertiéndose en consorcios poderosos y amenazantes, dominados por unos pocos individuos extremadamente ricos que eran capaces de controlar, incluso, gobiernos[241].

Chilenos que criticaban a Estados Unidos acentuaban, cada vez más, que en el mundo donde el progreso técnico y el aumento de la producción se ubicaban por encima de todo, el individuo estaba condenado a sucumbir en la decadencia. En este contexto, los trabajadores de la Ford Motor Company aparecían como el ejemplo opuesto de las apreciaciones optimistas anteriormente descritas, esto es, como partes de un engranaje maquinal deshumanizador que amenazaba la vida. Desde esta perspectiva, la "taylorización" no era más que un sistema pérfido capaz de controlar cada movimiento y de exigir a los trabajadores un ritmo de trabajo antinatural[242]. De acuerdo con esos críticos, el consumo era un verdadero sedante que hacía perder a los trabajadores estadounidenses, finalmente, la conciencia de clase. Arrullados por las comodidades de un confort barato, se dejaban esclavizar por la maquinaria despojándose de sus emociones más vitales. Este desarrollo les parecía ser aún más inquietante, ya que el mismo amenazaba con llegar a América Latina[243]. Así, bosquejaron un panorama parecido al infierno que se asemejaba a lo representado en películas mudas –muy exitosas en Chile– como *Modern Times* de Charles Chaplin o *Metropolis* de Fritz Lang:

> "Máquinas cuyas siluetas recuerdan monstruos antediluvianos con largos cuellos y cabezas provistas de mandíbulas enormes, muerden los cables, se agitan, cambian de dirección. Otras bestias fabulosas se bajan, cortan las piezas con ruido de esqueletos que chocan... En esa perspectiva inter-

[240] Miguel de Zárraga, "Desde Nueva York", p. 1.

[241] "El imperialismo del petróleo y la paz mundial", en *La Nación*, Santiago, 5 de febrero de 1928, p. 3; Carlos Keller, "El capitalismo primitivo", pp. 199-201; Molina, *Por las..., op. cit.*, p. 169.

[242] Cardenio González, "Como ha aumentado su producción industrial EE.UU.", p. 22; "Los avisos yanquis", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 17 de diciembre de 1919, p. 1; "La cadena norteamericana", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 23 de diciembre de 1930, p. 21; Pinochet LeBerun, *Diálogo..., op. cit.*, tomo 1, pp. 12-13.

[243] "Nerón en Nueva York", en *El Sur*, Concepción, 24 de agosto de 1922, p. 3; Walter R. Douglas, "Los esclavos de la máquina en Nueva York", p. 5; "Standard", en *La Nación*, Santiago, 28 de febrero de 1930), p. 3; Santelices, *op. cit.*, pp. 121-122.

minable de talleres el hombre desaparece. Manos magnéticas se pasean sobre la superficie de las láminas de metal para verificar su espesor. El obrero no es allí ni siquiera el siervo de la máquina"[244].

De cualquier manera, el sistema de producción y de consumo estadounidense pareció ser un elemento central para el éxito alcanzado por el gran vecino del norte, independientemente del hecho de que la racionalización se apreciase como amenaza o como promesa para los espectadores chilenos. Éste era el ejemplo que irradiaba hacia el resto del mundo y que determinaba los discursos coetáneos de progreso y desarrollo. Como telón de fondo se encontraban las imágenes de Estados Unidos y su predominio en el razonamiento económico, la subordinación de todas las otras áreas de la vida y la lógica de los sistemas de producción industriales.

### *Críticas a la democracia y problemas sociales*

Aspectos económicos relacionados con la fascinación que provocaban el bienestar y la racionalización, la preocupación por la estandarización, la manía por el trabajo o la vanidad puritana, dominaban el conjunto de imágenes relativas a la civilización estadounidense antes de la crisis financiera mundial. El viejo ideal de Estados Unidos como modelo democrático seguía siendo ciertamente atractivo para los chilenos. Ello estuvo estrechamente relacionado con los problemas de su propio sistema político después de la Primera Guerra Mundial. Por eso les interesaba directamente el carácter del Estado estadounidense. Las percepciones reflejaron así nuevamente una ambivalencia fundamental, a la hora de ocuparse del país de los yanquis.

Un componente central en las imágenes acerca de Estados Unidos fue la idea de libertad que parecía estar disponible allí como en ningún otro país del mundo. La estatua de la libertad de Nueva York fue reproducida de variadas formas y con creciente frecuencia en los medios de prensa escrita[245]. La expresión más definida de la libertad estadounidense se encontraba, de acuerdo con los comentaristas, en el sistema democrático de Estados Unidos. El perfecto funcionamiento del sistema fue alabado en todos los tonos, tanto en la prensa chilena como en el parlamento, a pesar de las dudas que se tenían respecto de las posibilidades de transmisión del mismo a Chile[246]. Las

[244] Claudio Blanchard, "El diabólico maquinismo de los EE.UU.", p. 42.

[245] Para ver una típica representación de este tipo, "La libertad iluminando al mundo", en *El Norte Americano*, New York, August 1916, p. 1.

[246] "Crónicas Internacionales", en *El Mercurio*, Santiago, 7 de noviembre de 1920, p. 5; Molina, "Caracteres...", *op. cit.*, pp. 5-8; "Chile en EE.UU.", en *Zig-Zag*, Santiago, 2 de diciembre de 1922; "Aniversario patrio de EE.UU.", en Chile, Congreso, Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones ordinarias*, Santiago, 4 de julio de 1923, pp. 539-540.

elecciones públicas y transparentes provocaban especial impresión, ya que se diferenciaban positivamente de las mismas prácticas habituales en Chile. Después de ser aprobada la Constitución de 1925, varios chilenos hicieron notar con orgullo los paralelos existentes con la carta fundamental estadounidense. Estas observaciones tuvieron desde luego más bien un carácter superficial, ya que en esa época el sistema político chileno era aún fuertemente oligárquico[247]. En Estados Unidos, por el contrario, parecía ser que se había puesto en práctica el ideal de la igualdad, encontrándose a disposición allí las mismas oportunidades para todos sus habitantes, tal como lo demostraban las historias exitosas de algunos chilenos que se habían aventurado en ese país. En Chile se impusieron también la idea de la existencia del "país de las oportunidades ilimitadas" y el mito del *selfmademan*[248].

Las expresiones positivas relativas al sistema de gobierno de Estados Unidos no generaron consenso. A lo largo del decenio 1920 aumentó la autocrítica en esta nación respecto del parlamentarismo y las miserias sociales. Estas críticas llegaban a Chile a través de las agencias de noticias influenciando la producción de imágenes. Se propagó así la idea de que en Estados Unidos regía una plutocracia y de que allí los procesos democráticos eran sencillamente simulados[249]. Fuerzas políticas radicales, como las de los comunistas y los nacionalistas, asumieron agradecidas este razonamiento, fundamentando así su desprecio por la democracia liberal y propagando, los primeros, su propio concepto de una sociedad sin clases, y los segundos, el de una sociedad dirigida por una elite nacionalista y autocrática. Un sistema de gobierno (el democrático) que privilegió, en opinión de algunos críticos, a la "masa de los que nada valen", debía estar condenado al fracaso[250]. Desde la perspectiva de muchos observadores chilenos, en el País del Norte estaba encaminado hacia allí. A principios de la década de 1920 circularon cada vez más recurrentemente

[247] "Las convenciones presidenciales", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 27 de marzo de 1920, p. 3; "La elección presidencial en EE.UU.", en *La Nación*, Santiago, 4 de noviembre de 1920, p. 3; "Las elecciones presidenciales en los EE.UU.", en *Hoy* , Nº 6, Santiago, 4 de noviembre de 1932, pp. 21-26; Molina, *Por las dos..., op. cit*., p. 88; Alberto Edwards Vives, *La fronda aristocrática en Chile*, p. 230. La Chile-American Association divulgó una versión de la constitución estadounidense traducida al español: *Constitution of the United States of America and Amendments With Historical Introduction in English and Spanish.* Respecto de las influencias en la constitución chilena, véase José Guillermo Guerra, *La constitución de 1925*, pp. 45-46.

[248] Pinochet Le-Brun, "Quiere Ud...", *op. cit*., p. 6; "Espíritu democrático en las grandes empresas", en *El Mercurio,* Santiago, 7 de julio de 1929, p. 12.

[249] "La plutocracia yankee", en *Las Ultimas Noticias*, Santiago, 7 de noviembre de 1929, p. 7; Cascabel, *Broadway*, *op. cit*., p. 93; Araquistaín, *op. cit*., p. 74; "El espíritu latino ante el espíritu sajón", en *Sucesos*, Santiago, 27 de junio de 1929.

[250] Cascabel, *op. cit*., pp. 145-146. Véase también Santelices, *op. cit*., pp. 125-127; Pinochet Le-Brun, *El diálogo..., op. cit*., tomo 1, pp. 34-44. Asimismo, véase el curso básico sobre el concepto de democracia que este mismo autor publicó entre abril y agosto de 1920 en *La Nueva Democracia.* Respecto de la visión comunista: "Democracias ad portas", en *FO* , Santiago, 3 de abril de 1924, p. 1.

noticias sobre escándalos y casos de corrupción, lo que parecía confirmar la postura de la elite chilena, dispuesta a impedir una mayor democratización de su propia sociedad[251]. Sólo a veces algunos comentaristas más perspicaces hicieron notar que, al fin y al cabo, en Estados Unidos dichos escándalos eran esclarecidos y condenados, mientras que en Chile los culpables, que eran al menos tanto o más numerosos, generalmente quedaban impunes[252].

En los medios chilenos de prensa escrita hubo una tendencia creciente a mostrar al País del Norte como a una sociedad marcada por la presencia de clases sociales altas corruptas y por la abundancia de crímenes violentos en los sectores bajos. Noticias sensacionalistas –adornadas en general con incisivas ilustraciones– sobre Al Capone y la guerras de pandillas en Chicago, o sobre la existencia de sectas misteriosas y la ejecución horribles crímenes capitales, aparecían con regularidad en las portadas de periódicos serios como, por ejemplo, *La Nación*[253]. Al echar un vistazo a los índices de delincuencia, sólo se podía describir a Estados Unidos en términos superlativos o, al menos, así les parecía a los observadores chilenos, pues en este ámbito también poseían los récords mundiales. Algunos intentaban explicar este estado de cosas presentándolo como algo patológico. ¿Padecían los yanquis de un problema mental atribuible a su burdo materialismo? ¿Querían convertirse cada uno de ellos en ricos a costa de cualquier precio? ¿O acaso eran los delitos tan horrorosos porque allá los gángsters eran genios de la organización?[254].

No se encontraban respuestas claras a estas preguntas. En todo caso un hecho importante que constataron los observadores chilenos, fue el aumento de las desigualdades sociales en el país de la riqueza. *Las Últimas Noticias* titulaba en 1929 que "Los ricos Yankees son cada vez más ricos", mientras que para los fracasados y los pobres no había lugar en un país que endiosaba el éxito[255]. Hasta la tan elogiada armonía existente entre capital y trabajo resultó ser algo frágil, al hacerse un análisis más preciso. La situación insegura de los trabaja-

[251] "Uno de los más grandes escándalos", en *La Nación*, Santiago, 11 de septiembre de 1926, p. 3; "¡Culpable!", en *La Nación*, Santiago, 26 de octubre de 1929, p. 3; "Centenares de millones...", en *El Mercurio*, Santiago, 26 de septiembre de 1930, p. 1.

[252] "Los grandes delincuentes allá y aquí", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 20 de febrero de 1924, p. 3.

[253] "Como se roba en Norte América", en *La Nación*, Santiago, 24 de julio de 1919, p. 1; "El crimen de Chicago", en *Las Ultimas Noticias,* Santiago, 1 de agosto de 1924, p. 1; "Cinco años de contrabando", en *El Mercurio*, Santiago, 17 de junio de 1927, p. 5; "El tratado de Chicago", en *Sucesos*, Santiago 19 de julio de 1930.

[254] J. Mason, "Crimen y utilitarismo en los EE.UU.", pp. 3c-4c; Julio Camba, "Los crímenes de Chicago", pp. 30-31.

[255] "Los ricos Yankees son cada vez más ricos", en *Las Ultimas Noticias* , Santiago, 26 de enero de 1929, p. 5. Véase también "Carestía de la vida en Nueva Cork", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 18 de junio de 1920, p. 3; "Esplendores y miserias de Nueva York", en *La Nación*, Santiago, 25 de julio de 1923, p. 3; Amanda Labarca, "Aspectos de nuestra civilización", p. 4; Ernesto Montenegro, "Los cien mil hijos pródigos del Tío Sam", p. 3; Pinochet Le-Brun, *El diálogo..., op. cit*., tomo 1, p. 37.

dores, la creciente cesantía y los conflictos existentes en Estados Unidos, eran seguidos con gran interés en Chile y comentados en función de las diversas orientaciones ideológicas. Comentaristas conservadores afirmaban que allá los trabajadores habrían gozado de libertad excesiva y que por eso habrían planteado exigencias desmedidas. Los comunistas, en cambio, declararon su solidaridad con ellos llamando a derrumbar el bastión del capitalismo[256]. Los debates fueron intensos, pues las actividades de las agrupaciones socialistas revolucionarias procedentes de Estados Unidos, tales como la IWW, aumentaron también en Chile. Sin embargo, la mayoría de los medios chilenos coincidieron en afirmar, que las "ideas malsanas venidas del extranjero" de ese tipo debían ser combatidas con toda dureza para que no envenenasen al pueblo chileno "sano y sincero, amante de su Dios y de la tierra en que vió la luz"[257].

Manifestación de las IWW en apoyo a Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti. El juicio contra ambos anarquistas escandalizó a los trabajadores chilenos políticamente activos y reforzó su postura antestadounidense. FUENTE: Gonzalo Vial Correa, *Historia de Chile, 1891-1973: Arturo Alessandri y los golpes militares, 1920-1925*, p. VI.

Al igual cómo sucedía con la valoración de las IWW, la división de la sociedad chilena se podía palpar en su apreciación en relación con el juicio llevado a cabo en contra de los anarquistas Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, proceso que provocó revuelo internacional. Mientras que las elites conserva-

[256] Para la perspectiva conservadora, véase "EE.UU. y el sindicalismo", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 18 de enero de 1922, p. 1; Pinochet Le-Brun, *El diálogo..., op. cit.*, tomo 1, pp. 38-39. Sobre la comunista, "Desde EE.UU.", en *DT,* Iquique, 14 de enero de 1921, p. 2; "La carnicería humana", en *FO* , Santiago, 1 de octubre de 1921, p. 4.

[257] "La I.W.W. - sus avances en EE.UU.", en *Zig-Zag*, Santiago, 23 de octubre de 1920.

doras apoyaban la sentencia de muerte como una medida disuasiva en contra de los excesos anarquistas, el movimiento obrero chileno los glorificó como mártires. Sindicatos y prensa de izquierda llamaron repetidas veces a lo largo del decenio 1920 a una huelga general y a la creación de un frente común en pro de la liberación de ambos condenados que esperaban la ejecución (véase ilustración en página anterior)[258].

Asociado a esto aumentó la propaganda antiestadounidense. Durante la dictadura de Carlos Ibáñez, que reprimió sangrientamente al movimiento obrero, la embajada de Estados Unidos debió ser resguardada en forma especial, pues hubo frecuentes amenazas de muerte por parte de anarquistas (véase ilustración en página siguiente). Varios años después de la ejecución, hubo viajeros estadounidenses que constataron cómo en la memoria colectiva de una parte de los chilenos, Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, aún eran considerados como mártires[259]. Pero sus ejecuciones no sólo causaban escozor dentro de la extrema izquierda. Otras voces hacían notar que la sentencia había sido dictada tan expeditamente debido a que se trataba de inmigrantes provenientes del sur de Europa. Parecía ser que los yanquis buscaban chivos expiatorios para sus crecientes tasas de criminalidad que no lograban combatir con eficacia. La crítica a la restrictiva política de inmigración de Estados Unidos se relacionó con esto[260]. Antisemitismo y xenofobia fueron otros puntos negros que marcaron las imágenes del País del norte.

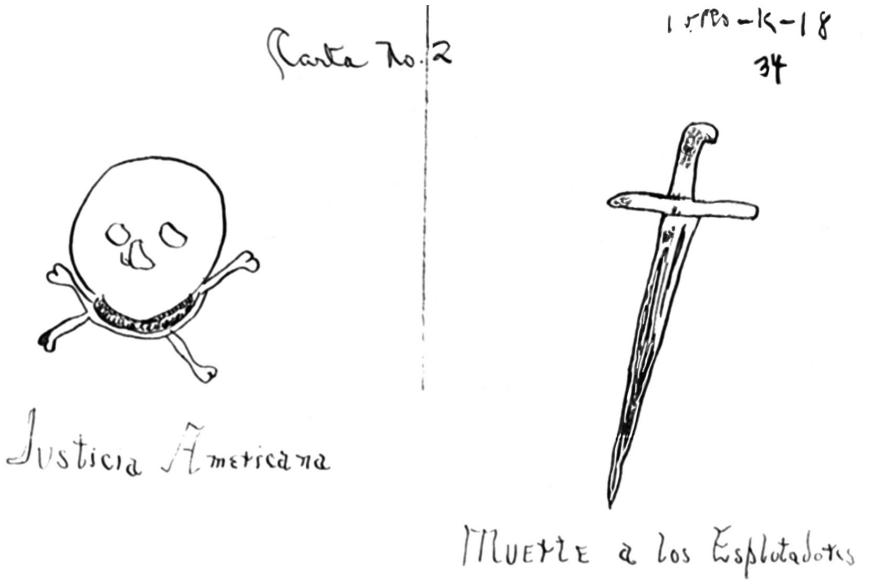
A todo esto se sumaba el racismo. Viajeros como Amanda Labarca y Tancredo Pinochet informaron sobre el "imperialismo interno", es decir, sobre la cruel discriminación en contra de los afroamericanos[261]. Ni con mucho compartían todos los chilenos la consternación de ambos autores. En Chile

[258] "La silla eléctrica los espera", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 10 de agosto de 1927, p. 1. Para la propaganda comunista: "Sacco y Vanzetti, dos obreros condenados a muerte", en *Justicia*, Santiago, 4 de julio de 1926, p. 1; "Salvemos a Sacco y Vanzetti", en *Justicia*, Santiago, 9 de julio de 1926, p. 1; "Salvemos a Sacco y Vanzetti", en *DT*, Iquique, 23 de junio de 1926, p. 1.

[259] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 22 de noviembre de 1921, en 825.00/211, RG 59, NA; "Actitud de los obreros chilenos ante las próximas ejecuciones de Sacco y Vanzetti", Chile, Congreso, Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones ordinarias*, Santiago, 7 de septiembre de 1927, p. 1946; Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 10 de septiembre de 1927, en 825.00/531, RG 59, NA. Respecto de la memoria, véase Laurence Duggan, Institute of International Education, Santiago, 18 de agosto de 1929, en 825.00/556, RG 59, NA; "Sacco y Vanzetti", en *Justicia*, Santiago, 22 de agosto de 1931, p. 3.

[260] "La opinión nacional en los EE.UU.", en *El Mercurio*, Santiago, 14 de mayo de 1929, p. 3; "Algunas fases del problema inmigratorio en los EE.UU.", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 19 de noviembre de 1923, p. 7; "La ley de residencia en los EE.UU.", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 15 de noviembre de 1931, p. 8; "Al ciento por ciento", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 28 de diciembre de 1928, p. 3.

[261] Pinochet Le-Brun, *El diálogo..., op. cit.*, tomo 2, pp. 36-44; Amanda Labarca, "Commentary on the U.S.", pp. 314-315. Véase también Pedro Henríquez Ureña, "La cultura y los peligros de la especialidad", p. 430; "El barrio de los negros", en *Las Ultimas Noticias*, Santiago, 16 de junio de 1932, p. 5.




"Justicia para Sacco y Vanzetti". Una de las tantas cartas con amenzas enviadas a la dirección de Estados Unidos. FUENTE: Agregado militar norteamericano al War Department, Santiago, 10 de noviembre de 1921, en 10110-16-18/35, MID, RG 165, NA.

también había tomado fuerza la idea de la existencia de una superioridad racial –basada en la lectura de textos como *Raza chilena* de Nicolás Palacios–, que se dirigía especialmente en contra de Bolivia y Perú, países considerados como "negroides" e "indios". Por eso aparecían en las publicaciones chilenas muchas representaciones gráficas que caricaturizaron la posición de los afroamericanos en Estados Unidos. Algunos comentarios adoptaron los estereotipos racistas habituales en esta nación y hablaron de la degeneración innata que sufría ese grupo de la población[262].

A lo largo de la década de 1920 esta actitud fue modificándose paulatinamente. Contribuyeron para ello, sobre todo, películas conmovedoras como *Uncle Tom's Cabin* de Harry Pollard (1928) y las frecuentes crónicas, a menudo acompañadas de fotografías, que informaban sobre los linchamientos que ocurrían en Estados Unidos[263]. El KKK atrajo el interés de los chilenos centrándose su cobertura casi siempre en aspectos sensacionalistas. Algunos comentaristas se mostraban comprensivos hacia la organización racista, que ante la inmovilidad estatal tomaba, aparentemente, la iniciativa solucionando los problemas existentes. Esta iniciativa les parecía igualmente deseable para Chile en vista del empate político existente y la creciente corrupción que se perfilaba a mediados de la década de 1920[264]. Sin embargo, algunas crónicas más precisas, advertían que el KKK atacaba también brutalmente a católicos y a todos los hombres de color, incluidos los latinos. Algunos viajeros chilenos constataron escandalizados, que ellos mismos no sólo eran discriminados por ese clan extremista sino que, también, por la sociedad estadounidense en general[265]. La retórica de democracia, libertad e igualdad repetida regularmente en los números especiales dedicados al 4 de julio en la prensa chilena, debió parecer así hipócrita ante esta realidad.

A pesar de que las imágenes de Estados Unidos no eran homogéneas, y a menudo eran contradictorias, es cierto que las unía una propensión hacia lo superlativo. Fama, grandeza y progreso contrastaron con caras más ocultas y

[262] "La contienda de negros y blancos en EE.UU.", en *Zig-Zag*, Santiago, 9 de agosto de 1919; "Los negros en los EE.UU.", en *Sucesos*, Santiago, 22 de enero de 1920.

[263] "La cabaña del Tío Tom", en *Zig-Zag*, Santiago, 12 de mayo de 1928; "Los linchamientos en EE.UU.", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 30 de noviembre de 1919, p. 1; "El problema negro en los EE.UU.", en *El Mercurio*, Santiago, 19 de mayo de 1929, p. 13; "La ley de Lynch", en *Sucesos*, Santiago, 28 de agosto de 1930; Santelices, *op. cit*., p. 127.

[264] "El Ku-Klux-Klan en EE.UU.", en *La Nación*, Santiago, 26 de julio de 1923, p. 3; "Lo que es la misteriosa Ku-Klux-Klan", en *Las Ultimas Noticias*, Santiago, 25 de septiembre 1925, p. M15. Crónicas sobre el KKK pueden verse en: "Los caballeros de Ku-Klux-Klan", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 24 de febrero de 1921, p. 1; "Los crímenes del Ku-Klux-Klan", en *La Nación*, Santiago, 14 de febrero de 1923, p. 1; "¿Qué es el Ku-Klux-Klan?", en *Zig-Zag*, Santiago, 24 de marzo de 1923; "Sobre el Ku-Klux-Klan", en *Atenea*, Nº 1, Concepción, 1924, pp. 423-432; "El Ku-Klux-Klan", en *El Industrial,* Antofagasta, 3 de marzo de 1928, p. 1.

[265] "Ku-Klux-Klan o los caballeros del invisible", *El Sur*, Concepción, 29 de agosto de 1924, p. 1; Norberto Toledo, "Estudiantes chilenos en EE.UU.", p. 3.

feas. Este caleidoscopio permitió entonces la combinación de múltiples fragmentos en constelaciones que se renovaban permanentemente en las mentes de aquéllos que se interesaban por Estados Unidos. La desmesurada riqueza y el bienestar fueron percibidos como elementos que parecieron convertirse en símbolos de una nueva época de la historia de la humanidad. Era una época inaugurada por los yanquis, rebosantes de fuerza, cuyo afán por el trabajo adquiría dimensiones religiosas. En esta historia de éxito se unían talento de organización y placer por la innovación, desembocando en una productividad inaudita que fue la base para la sociedad de masas y de consumo. La racionalización prometía una forma de vida más libre, aunque simultáneamente reducía al hombre a la condición del engranaje de una máquina. Los yanquis, así les parecía a muchos chilenos, aceptaron esta nueva forma de esclavitud para satisfacer sus deseos materiales. La esclavitud por su parte, seguía constituyendo en la modernidad un problema real en el país de la abundancia, donde trabajadores, inmigrantes y afroamericanos eran marginados y asesinados.

El aumento de la información sobre la sociedad estadounidense a lo largo del decenio 1920, no contribuyó hacia una mejor comprensión del gran vecino del norte, pues casi siempre se le asociaba directamente a estereotipos todavía subsistentes, tales como el materialismo o la manía por el trabajo. Ya sea que se tratara de la situación de los trabajadores o de las protestas sociales en Estados Unidos, los trasfondos o motivaciones interesaban sólo marginalmente, pues el foco estaba puesto en la posible aplicabilidad a la situación propia. El aumento de la cantidad de información incrementó los tonos oscuros en el conjunto multicolor que formó las imágenes de este país. Cómo, cuándo y quién movía el caleidoscopio de esas imágenes, y en cuáles situaciones del encuentro era modificado, es lo que nos ocupará a continuación.

# PLANOS DE ENCUENTRO: ENCLAVES, IMPERIALISMO Y CULTURA

*"Los conquistadores modernos debían venir*
*no ya como tres siglos antes, con las mechas*
*de las arcabuces encendidas, sino con la carta de crédito,*
*el prospecto de la fábrica y la oferta de facilidades*
*amplísimas para vender a buen precio*
*el máximum de sus productos y llevarse*
*en cambio la mayor suma posible*
*de esa riqueza..."*[266].

## El yanqui en el interior: dólares, negocios y enclaves mineros

Las imágenes relativas a Estados Unidos y la civilización de los yanquis fueron piezas fundamentales en el contexto de los encuentros chilenos con ese país y en los procesos de norteamericanización. Si bien las imágenes reflejaban determinadas actitudes respecto de los yanquis, también las marcaban e igualmente influenciaban el comportamiento de grupos e individuos. A continuación, se analizarán estos procesos de entrelazamiento, comenzando con el estudio del plano más gravitante del encuentro, es decir, el de las inversiones de las empresas estadounidenses en Chile y los papeles específicos que aquí representaron. Mientras que en los capítulos anteriores se describieron los fundamentos del poderío económico y político estadounidense en Chile, a la vez que las reacciones provocadas por la "invasión" de turistas, el foco de este capítulo está puesto en la controversia suscitada en torno de las actividades realizadas por los yanquis en el país. Entre los años 1904 y 1932 muchos chilenos, provenientes de los más diversos niveles sociales, se vieron afectados de una u otra manera por dichas actividades. Algunos sacaban provecho de las inversiones estadounidenses, ya sea porque encontraban allí puestos de trabajo, o porque éstas les permitían disfrutar de novedosos bienes de consumo. Por otro lado, también observaban con preocupación y escepticismo la creación de un enclave empresarial casi autónomo al interior de su país.

[266] "Penetración económica y comprensión intelectual", en *La Nación*, Santiago, 28 de marzo de 1920, p. 9.

*El poder de atracción de lo foráneo: dólares yanquis y consumo*

Desde que Chile se convirtió a lo largo del siglo XIX en parte integrante del sistema financiero mundial, las clases gobernantes internalizaron el papel asignado al país como proveedor, desde la periferia, de materias primas y como consumidor de productos elaborados en el centro. A largo plazo se esperaba atraer hacia Chile a inversionistas extranjeros que introdujesen tecnologías modernas para la explotación de las riquezas mineras y contribuir así activamente al desarrollo del país. Éste fue el modelo de desarrollo económico dominante hasta el estallido de la crisis financiera mundial. Las elites chilenas habían constatado desde luego, que después de la Primera Guerra Mundial la situación de la economía internacional había cambiado fuertemente: Estados Unidos había desplazado a Europa y se había incrementado el interés por las materias primas chilenas como cobre, petróleo y carbón. Las elites económicas procuraban por ello comercializar las riquezas del país en las condiciones más favorables posibles. Sin embargo, seguían convencidas de que su destino era fomentar una estrecha colaboración con los inversionistas extranjeros[267].

Las clases altas chilenas habían sacado tradicionalmente provecho de la cooperación establecida con el capital extranjero. A partir de 1904 celebraron el arribo de los inversionistas estadounidenses que llegaban al país. Cuando la Guggenheim Exploration Company comenzó cuatro años más tarde a participar en la minería del cobre, comentó *El Mercurio,* con efusión, que tanto el capital como la energía de Estados Unidos eran muy bienvenidos y que estas inversiones ayudarían al afianzamiento de la amistad entre ambos países[268]. Durante las décadas siguientes recurrirían los partidarios de la cooperación en Chile una y otra vez a los mismos argumentos, afirmando que Chile no sería capaz de explotar por sí mismo sus riquezas minerales, debido a su crónica carencia de capital y que de hacerlo requeriría, en todo caso, de ayuda extranjera. Estas voces no querían reconocer la existencia de una dependencia externa, ya que argumentaban que gran parte de las ganancias obtenidas se quedaban en el país, lo que constituía la única vía, a través de la cual Chile podría madurar y convertirse, a largo plazo, en exportador de bienes capitales[269].

A pesar del notable aumento alcanzado por las inversiones estadounidenses antes de la guerra, las mismas siguieron siendo pequeñas si se las compara con las británicas, alemanas y francesas. En vista de la rica oferta de capital, no se veía en Chile hasta ese momento motivo alguno por el cual desarrollar una política de fomento para la inversión. Sin embargo, la situación cambió

[267] "La afluencia del capital extranjero a Chile", en *El Mercurio*, Santiago, 13 de diciembre de 1922, p. 5; "El interés yanqui por nuestro carbón", *El Sur*, Concepción, 31 de enero de 1923.

[268] "Inversiones norteamericanas", *El Mercurio*, Santiago, 10 de diciembre de 1908, p. 3.

[269] Dávila, *op. cit*., p. 10; "Chile-EE.UU.", en *El Mercurio*, Santiago, 30 de septiembre 1921, p. 3; "Lo que hace el oro de los EE.UU.", *El Mercurio*, Santiago, 28 de abril de 1929, p. 9.

durante los últimos años del conflicto bélico. La larga ausencia de Europa como fuente de capitales durante la guerra y el hecho de que en 1919 Estados Unidos se convirtiese, por primera vez, en acreedor de préstamos contratados por Chile, llevó a pensar a las elites políticas chilenas en la necesidad de recurrir a inversionistas de este país. Esto se llevó a cabo sobre la base de la divulgación de la idea de que Chile ofrecía las ventajas de tener uno de estos "mercados casi vírgenes de la América del Sur", que estaba a la espera del "empuje de los hombres del Norte", que además enviaba misiones a Estados Unidos como las del senador Eliodoro Yáñez[270]. Las premisas parecieron ser favorables ya que los inversionistas manifestaron tener, efectivamente, interés por Chile[271].

Los representantes chilenos que eran enviados, negociaban directamente con las autoridades financieras estadounidenses. En los encuentros con ejecutivos del National City Bank o del Guaranty Trust la discusión giraba principalmente en torno a la obtención de préstamos en dólares. El cambio de gobierno de 1920 fue percibido como un hecho positivo, pues junto a Arturo Alessandri Palma –candidato de las clases media y baja, considerado inicialmente como un reformador– llegaba al poder un grupo menos estrechamente ligado al capital europeo[272]. De todos modos las negociaciones se complicaron debido al peso que tuvieron las advertencias realizadas por el cónsul general en Chile, en relación con la crisis financiera de la posguerra causada por el desplome del mercado del salitre. Los banqueros estadounidenses estaban atentos al desarrollo de los problemas políticos internos del gobierno de Arturo Alessandri Palma, quien lograba imponerse apenas ante la oposición de la oligarquía tradicional en el Parlamento. Es por ello que exigían garantías especiales, ya que a fin de cuentas, Chile no era el único país que solicitaba préstamos en Estados Unidos[273]. El cierre exitoso de las negociaciones no desató una alegría muy generalizada en Chile. La oposición política aprovechó el momento para reprochar al gobierno de haber privilegiado a los yanquis y de haberles entregado el país. El enorme incremento de la deuda externa no era ciertamente una referencia infundada[274].

La orientación unilateral hacia el mercado de capitales, continuó tras el derrocamiento de Arturo Alessandri Palma profundizándose aún más durante

[270] "El aniversario de los EE.UU.", en *Zig-Zag*, Santiago, 3 de julio de 1920. Sobre las actividades de promoción, véase, además, Félix Nieto del Río, "Opportunities for American Capital in Chile", pp. 19-23.

[271] Eliodoro Yáñez, "Informe", en AMRE, tomo 743.

[272] "El empréstito ferroviario", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 15 de enero de 1921, p. 7; "La situación del crédito chileno en los EE.UU.", en *El Mercurio*, Santiago 6 de noviembre de 1921, p. 21.

[273] U.S. Consulate General, "Financial Situation of the Chilean Government", Valparaíso, 9 de diciembre de 1920, en 825.51/119, RG 59, NA; Embajada de Chile al MRE, Washington, 25 de enero de 1920, en AMRE, tomo 798.

[274] "Conversión de empréstitos", en *La Nación*, Santiago, 17 de septiembre de 1923, p. 3; "Los doce empréstitos de 1921-22", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 26 de marzo de 1923, p. 3.

la dictadura del coronel Carlos Ibáñez, por la fama que tenía de ser un profundo reformista y a la vez pro-estadounidense, lo que facilitó la obtención de nuevos empréstitos. En raras ocasiones se dejaron oír críticas en relación con las condiciones de estos créditos que eran, frecuentemente, muy duras. El explosivo incremento de las inversiones estadounidenses en Chile parecía ser un logro de la política de Carlos Ibáñez. Antes de su ascenso oficial al poder, el Ministerio de Relaciones Exteriores chileno anunció con orgullo:

> "Chile es en la actualidad una de las naciones americanas que brinda mayores incentivos a la inversión de capital, ofreciendo amplísimas garantías a las empresas que incorporan esfuerzos y valores al país"[275].

Los acreedores estadounidenses estaban, al igual que la embajada de su país, impresionados por los logros, "claramente espectaculares", alcanzados por el régimen de Carlos Ibáñez[276]. Por lo demás, cuando el National City Bank, que mantenía una filial en Chile, fue elegido como asesor oficial del gobierno chileno, ya no fue necesario realizar esfuerzos especiales para acceder a los préstamos. Por el contrario, los valores chilenos fueron muy solicitados en Estados Unidos[277].

Los encuentros generados a raíz de las negociaciones en torno de los préstamos, se restringieron a pequeñas elites políticas y económicas que actuaban de acuerdo con comportamientos comerciales habituales en el ámbito internacional. En cambio, las numerosas inversiones hechas durante ese período en Chile permitieron el contacto directo entre amplios grupos de la población. Las empresas eran consideradas en Chile como una presencia concreta de Estados Unidos en el país. Por eso generaban la oportunidad de producir encuentros directos con el yanqui. La prensa chilena elogiaba la calidad, tamaño, efectividad y los altos estándares tecnológicos inherentes a sus compañías, así como también a sus ofertas en los diversos rubros de los diversos servicios y productos. Los estadounidenses actuaron rápidamente en diversos sectores que, hasta hace poco, habían sido controlados por proveedores nacionales ya fuera de la mano de modernas empresas constructoras o de la producción masiva de zapatos, por ejemplo. Introdujeron, o al menos así parecía, la modernidad en Chile representada por productos novedosos e

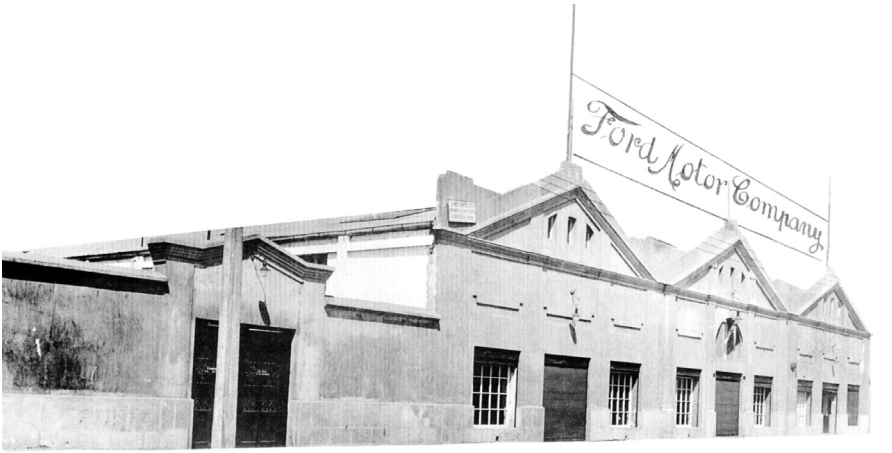
[275] Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, *Los capitales en Chile*, p. 4. Véase también "Los capitales Norte-Americanos en Chile", en *La Unión*, Valparaíso, 24 de septiembre de 1926, p. 3. Observaciones críticas se encuentran, entre otros, en Emilio Tagle Rodríguez, "El capital norteamericano y el capital inglés", p. 9; "El endeudamiento externo", en *El Mercurio*, Santiago, 8 de diciembre de 1927, p. 3.

[276] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 3 e marzo de 1928), en 825.51/ National City Bank Loan/4, RG 59, NA.

[277] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 18 de mayo de 1927 y 10 de junio de 1927, en 825.00/516 y 825.51/254, RG 59, NA.

innovadores: mientras Westinghouse electrificaba el país, la Chili Telephone Co. –filial de ITT– reorganizaba las redes telefónicas[278].

Los numerosos ejecutivos de las filiales estadounidenses, que desde entonces llegaron por períodos más o menos largos a Chile, personificaban el éxito de los yanquis. Los periodistas mostraban especial interés en esos hombres de negocios e ingenieros, ya que se diferenciaban de los turistas, presentándolos a la opinión pública enfáticamente en entrevistas y reportajes, como a expertos que poseían conocimientos técnicos y capacidades de organización. Los ejecutivos estadounidenses eran expuestos como personas incansables, capaces de solventar una gran carga de trabajo y con muy poco tiempo disponible. Les guardaban simpatía a esas personalidades que describían como rectas y honestas y que les impresionaban por su espíritu abierto. Alguno que otro comentarista se dejaba llevar, también, de vez en cuando por estas impresiones, caricaturizando tanto la mirada ajetreada como el modo conciso de hablar de aquellos hombres de negocio[279].




La Ford Motor Co. en Santiago. Ford abrió en 1924 en Chile una planta industrial moderna. FUENTE: RG 151, FC Box 20, NA.

Muchos de esos ejecutivos eran representantes de una nueva modalidad de inversiones: las empresas filiales en el extranjero. En estos sitios los consorcios estadounidenses armaban productos finales a partir de piezas prefabricadas y materias primas. De esta manera podían evitarse los ascendentes derechos de importación y reducirse los costos de transporte. La mano de obra de

[278] "El teléfono automático en Chile", en *La Nación*, Santiago, 10 de febrero de 1928, p. 5; "The Foundation Co.", en *La Nación*, Santiago, 4 de julio de 1929, p. 11.

[279] "El genio americano", en *Pacífico Magazine,* Nº 4, Santiago, abril de 1913, pp. 689-697; "Lo que dice Mister Hamilton", en *La Nación*, Santiago, 10 de septiembre de 1926, p. 3; "Mr. E.A. Cappelen Smith habla", en *El Mercurio,* Santiago, 2 de marzo de 1928), p. 5.

esas plantas en Chile era reclutada en su mayor parte en el país. Las filiales cooperaban con los proveedores chilenos ganando el reconocimiento de ser consideradas casi como empresas nacionales[280]. La apertura de Ford en Santiago provocó interés en la opinión pública (véase ilustración página anterior). A pesar de que esta planta era sustancialmente más pequeña que las filiales existentes en Argentina y Brasil, fue considerada como ejemplo de progreso tecnológico, pues traía los más modernos métodos de producción al país. Durante el decenio 1920 no amainó el vivo interés de Ford por el desarrollo, que a los pocos años ya empleaba en el país a más de cinco mil empleados y operarios, mayoritariamente chilenos. El gerente general, Jorge Matray, era chileno, lo que representaba ciertamente una excepción en las prácticas corrientes de Ford. Después de haberse capacitado en Detroit, Jorge Matray dirigió la empresa con cierta independencia respecto de la central, logrando reinvertir parte de las ganancias. Sus colaboradores disfrutaban de beneficios sociales comparativamente buenos y de una semana laboral de cinco o cinco días y medio, lo cual era excepcional para los parámetros chilenos. La compañía pagaba un sueldo mínimo de treinta y dos pesos, es decir, más del doble de otros salarios chilenos comparables. Desde la perspectiva de la empresa, aun así era un muy buen negocio, pues a fines de la década de 1920 equivalía a alrededor de US$3,9, cifra notoriamente más baja que los sueldos mínimos que recibían los trabajadores en Detroit. Hacia 1930 se mostró el desarrollo del negocio tan favorablemente, que Ford ya controlaba el 70% del mercado chileno. El mismo año en un acto presenciado por el presidente Carlos Ibáñez, se echó a andar el auto número 10.000 fabricado en Chile[281].

En general, los productos estadounidenses no eran fabricados en Chile, sino que eran importados. El intercambio comercial con Estados Unidos fue desde la Primera Guerra Mundial cada vez más importante. Mientras los chilenos comercializaban principalmente salitre hacia este país, desde el norte llegaba una creciente gama de bienes manufacturados[282]. Si bien la clase alta tradicional –que tenía una fuerte capacidad de consumo– prefería antes de la guerra casi exclusivamente los artículos europeos, durante y después de la misma prevalecieron en

[280] "Fábricas extranjeras en el país", en *El Mercurio*, Santiago, 3 de febrero de 1931, p. 3.

[281] "La Ford Motor C. y su sucursal en Chile", en *La Nación*, Santiago, 27 de febrero de 1927, p. 9; "En la Ford Motor Co.", en *Zig-Zag*, Santiago, 19 de enero de 1928; "Ford en Valparaíso", en *La Unión*, Valparaíso, 7 de diciembre de 1929, p. 3; "La Ford Motor", en *La Unión*, Valparsíso, 23 de octubre de 1929, p. 1. Sobre la política de negocios de Ford en el extranjero, véase Mira Wilkins & Frank Ernest Hill, *American Business Abroad: Ford on Six Continents*, pp. 147-149 y 200-202. Sobre la celebración del auto número 10.000, véase Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 10 de octubre de 1930, en 825.00/General Conditions/21, RG 59, NA.

[282] Sobre los así llamados "tied loans", véase Department of State, Memorandum, 9 de mayo de 1921, en 825.51/142, RG 59, NA; también "El mejor medio", en *Zig-Zag*, Santiago, 4 de diciembre de 1915 y "El desarrollo de las relaciones comerciales entre Chile y los EE.UU.", en *El Mercurio*, Santiago, 4 de julio de 1929, p. 3.

el mercado chileno los productos estadounidenses, a pesar de que la competencia europea volvió a perfilarse muy pronto. En tiendas modernas como Gath y Chaves podía encontrarse un gran surtido de los mismos. Para aquéllos que no apetecían salir de compras existía la posibilidad de encargarlas directamente, desde el catálogo de la casa Montgomery Ward[283]. Los industriales lideraban las preferencias especialmente con productos modernos. De esta manera, aumentó fuertemente la demanda de electrodomésticos tales como: tostadoras, cafeteras, cocinas eléctricas, aspiradoras, ventiladores, sistemas de aire acondicionado y refrigeradores. En los hogares de clase media y alta que estaban conectados al tendido eléctrico, era posible encontrar cada vez más radios y gramófonos. El consumo de estos bienes era visto como signo de bienestar y modernidad[284].

Los bienes de consumo provenientes de Estados Unidos no sólo marcaron los hogares y conductas de ocio sino que modificaron profundamente el mundo del trabajo. Por una parte, las mujeres jóvenes encontraron nuevos puestos de trabajo gracias a la máquina de escribir Underwood. En el campo, en cambio, los tractores Fordson reemplazaron a los animales de tiro. Hacia fines de la década de 1920 también fueron introducidos modernos aviones de este país. El automóvil fue, empero durante esos años lejos el producto estadounidense moderno más importante de todos. Tras la Primera Guerra Mundial, Estados Unidos se convirtió en el principal productor de automóviles del mundo y sus modelos eran considerados, tecnológica y estéticamente, como insuperables[285]. Debido a la crisis financiera se desarrolló el mercado automotor inicialmente de forma lenta. La inauguración de la filial de Ford y el programa de construcción de carreteras –echado a andar por el gobierno de Carlos Ibáñez gracias al otorgamiento de préstamos en dólares– fueron factores que aumentaron fuertemente la demanda, generando durante la segunda mitad de la década de 1920 un gran incremento en el número de vehículos. Estados Unidos mantuvo hasta 1933 primacía absoluta en la producción de coches alcanzando un 90% del total. Un comentarista chileno calificó a los yanquis como "reyes del automovilismo"[286].

[283] Consulado de Estados Unidos a Secretary of State, Antofagasta, 18 de diciembre de 1918, en 625.1112/1, RG 59, NA; Julio Pérez Canto, "Nuestros problemas económicos ante el advenimiento de la paz", pp. 1-3; Emilio Tagle Rodríguez, "El comercio norteamericano y el comercio inglés en Chile", p. 9. Gath y Chaves, inaugurada en 1910, era la tienda más moderna de Santiago: "La apertura de la Casa Gath y Chaves", en *Zig-Zag*, Santiago, 10 de septiembre de 1910. Respecto del consumo antes de la guerra: Benjamin Orlove & Arnold J. Bauer, "Chile in the Belle Epoque: Primitive Producers, Civilized Consumers", pp. 113-149.

[284] Consulado general de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 29 de noviembre de 1933, en 825.50/32, RG 59, NA.

[285] "La prosperidad", *El Mercurio*, Santiago, 17 de noviembre de 1929, p. 11; Wilkins & Hill, *op. cit*., pp. 91-92 and 205.

[286] "La moda de la voiturette", en *La Unión*, Valparaíso, 5 de septiembre de 1926, p. 8. Para las cifras, véase Seidel, *Progressive..., op cit*., p. 300.

Para apreciar tanto los automóviles como otros productos modernos, los chilenos debieron desarrollar un sentido por la nueva estética del consumo, que ya poseían ciertamente los yanquis. La fascinación de los estadounidenses en un comienzo por los productos nuevos y su euforia por las compras, eran comentadas, casi siempre, irónicamente. Aquellos relatos en los que se contaba que en Estados Unidos los trabajadores más sencillos podían darse el lujo de tener un auto propio, también destellaban un dejo de admiración y de envidia[287]. La estimulación del consumo –así opinaba Henry Ford en una entrevista dada a *La Nación* a raíz del Segundo Congreso Panamericano de Carreteras desarrollado en Rio de Janeiro en 1929–, generaba en los trabajadores el sentido del ahorro, laboriosidad y disciplina[288]. El pago a plazo –esa nueva estrategia de comercialización introducida por las empresas estadounidenses–, también facilitó en Chile la adquisición de productos fuertemente apetecidos. Tal como relataban los medios de comunicación, los comportamientos se iban modificando a través del consumo. Así, escribían sobre personas que eran capaces de reconocer la marca de un auto tan sólo por el ruido de su motor o comentaban que los niños escuchaban en la radio sus cuentos de las buenas noches, en vez de que se los contaran las criadas como antaño[289].

En el Chile de entreguerras fueron, por supuesto, las clases media y alta las que se apropiaron de conductas de ese tipo y de la consiguiente mentalidad consumista, ya que eran las que disponían de los recursos financieros necesarios. La gran masa de la población, es decir, tanto los trabajadores industriales y agrícolas como los jornaleros, quedó inicialmente excluida de esta nueva sociedad de consumo en formación. Para la mayoría de los chilenos el pago en cuotas era algo prohibitivo. Aunque no pudiesen darse el lujo de adquirir los nuevos productos de consumo, los chilenos más empobrecidos que vivían en las ciudades –un creciente porcentaje de la población–, tenían al menos la posibilidad de participar indirectamente del consumo y de desarrollar sus propios sueños consumistas, pues eran enfrentados, progresivamente, con publicidad en espacios abiertos.

Hacia fines de la década de 1920 la publicidad ya no sólo era visible de día, también de noche, gracias a la campaña de electrificación de la Cía. Chilena de Electricidad, adquirida por capitales estadounidenses. El interés de la empresa estaba dirigido a elevar la demanda de electricidad mediante la publicidad de artefactos eléctricos modernos. Con el eslogan "Santiago se moderniza, no se quede Ud. atrás" apelaba justamente al deseo de modernización de los chilenos. En el centro de la capital fueron instalados novedosos avisos luminosos y vitrinas con iluminación eléctrica[290]. No fue casualidad

[287] Cascabel, *Broadway*, *op. cit*., pp. 61-65 y 151-152; "Automovilismo", en *Chile Magazine,* Nº 118, Santiago, noviembre 1922, p. 148; Molina, *Por las dos..., op. cit*., p. 68.

[288] "Entrevistas con Henry Ford", en *La Nación*, Santiago, 27 de octubre de 1929, p. 41.

[289] "La nueva mentalidad", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 22 de septiembre de 1930, p. 4.

[290] *Luces de modernidad..., op. cit*., p. 135.

que estos aparatos, al igual que la electricidad, fuesen ofrecidos por empresas estadounidenses que a su vez fueron pioneras en el empleo de los más novedosos métodos publicitarios. La fotografía del archivo de la Cía. Chilena de Electricidad demuestra que este cambio no podría haber pasado inadvertido. En la escena se ve la calle Ahumada –principal vía comercial de la ciudad– en agosto de 1929, congestionada de automóviles estadounidenses y atiborrada de publicidad de productos de este país que abarcaban desde películas de Hollywood hasta máquinas de coser Singer.

Sin embargo, en esa época los principales soportes publicitarios siguieron siendo los medios impresos, especialmente periódicos y revistas ilustradas. Estas últimas fueron las que introdujeron nuevas posibilidades de representación

Montaje de un novedoso aviso luminoso para planchas eléctricas en el "Palacio de la Luz" en el corazón de Santiago (1929). FUENTE: *Luces de modernidad*, p. 27.

fotográfica. Claro que si se comparan con los estándares estadounidenses de entonces, la mayoría de los avisos que publicaba la prensa chilena parecían ser, a primera vista, anticuados. Pese a ello transmitieron progresivamente, a lo largo del decenio 1920, mensajes de estilos de vida modernos, representando nuevas modalidades de pasar el tiempo libre al retratar, por ejemplo, a jóvenes que estaban a la moda, ya sea disfrutando en una piscina o andando en auto. El ejemplo escogido en la siguiente ilustración prueba que las mujeres eran un grupo objetivo especialmente importante.

En el mercado chileno, empresas estadounidenses como Studebaker presentaban tanto productos como estilos de vida modernos. FUENTE: *Zig-Zag*, Santiago, 18 de septiembre de 1920.

La industria automotriz en Chile lideraba la utilización de métodos publicitarios modernos. Ford desarrolló durante la década de 1920 una red de talleres y concesionarios que abarcaban a todo Chile. Representantes comerciales distribuían automóviles también en provincias. La compañía desarrolló en las ciudades campañas publicitarias completamente novedosas. En 1924 se organizó un desfile de autos por las calles de Santiago y Valparaíso, en el que podían participar todos aquéllos que conduciesen algún automóvil Ford. Además, existía la "Semana Ford", con ofertas especiales ajustadas específicamente al gusto de la clientela chilena. El lanzamiento del nuevo modelo Ford A, en enero de 1928, fue en este contexto un punto culminante. Al estilo de un suceso mundial, se mantuvo en secreto la fecha de distribución. Numerosos anuncios en periódicos, portadas con adelantos informativos sobre el nuevo auto y afiches, tenían el objetivo de aumentar la tensión. Por eso no fue sorprendente que el nuevo modelo fuese también en Chile un gran éxito. Con motivo del ensamblaje del Ford A número 10.000 en Chile, se organizó un desfile del auto que recorrió ciudades desde Arica hasta Puerto Montt[291].

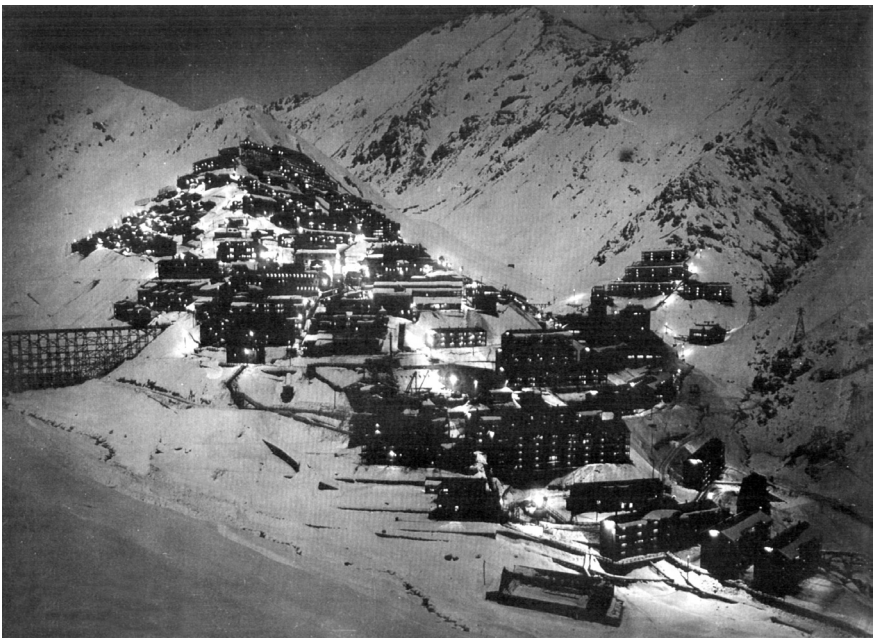
Hacia fines de la década de 1920 la producción, el comercio y el consumo estuvieron sujetos a la fuerte influencia estadounidense, producto del éxito obtenido por los esfuerzos chilenos en la consecución de inversiones en dólares. Con los préstamos pudieron llevarse a cabo múltiples proyectos de modernización, ya fuera en la construcción de carreteras o en el agro. Para el hombre de la calle eran claramente más perceptibles las numerosas inversiones directas de raíz estadounidense, que desplazaron de manera progresiva a la competencia europea. Los yanquis ofrecieron frecuentemente los productos más grandes, mejores y eficientes que estaban rodeados, sobre todo, de un aura de modernidad. El mejor ejemplo de esto fueron los automóviles Ford que dominaron el paisaje en las calles de Chile. Tanto Ford como otros productores introdujeron nuevos métodos publicitarios, que pusieron en marcha un cambio de mentalidad en la población chilena, lo cual conduciría, a largo plazo, hacia el desarrollo de la sociedad de consumo.

### *Milagros de la técnica: enclaves mineros*

Las transformaciones de la sociedad chilena que implicaban el fenómeno del consumo al estilo estadounidense, fueron más visibles en las ciudades, especialmente en Santiago y Valparaíso. Sin embargo, no se restringieron a

[291] "El gran desfile Ford", *La Unión*, Valparaíso, 24 de julio de 1924, p. 3. Sobre el Ford A, véase Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 10 de octubre de 1930, en 825.00/General Conditions/21, RG 59, NA; "El nuevo automóvil Ford", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 8 de enero de 1928, p. 5; "Primeras fotografías...", en *La Unión*, Valparaíso, 14 de enero de 1928, p. 1; "El Ford modelo 'A' número 10,000", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 18 de septiembre de 1930, p. 11. Respecto de los métodos publicitarios de Ford, véase también Wilkins & Hill, *op. cit*., p. 146.

esas zonas. En el campo, tanto los automóviles como los tractores y aviones fueron precursores de una modernidad con la que la mayoría de la población chilena –incluidos los inquilinos y jornaleros– sólo podía soñar. Sin embargo, parte de la clase obrera también vivenció contactos directos con los yanquis de profundos efectos. A partir de la Primera Guerra Mundial muchos trabajadores, que antes habían estado enganchados en centros agrícolas del sur y del valle central, encontraron empleo en los enclaves mineros que se formaron lentamente tanto en el desierto de Atacama como en otros lugares de difícil acceso. A través del contacto diario con sus empleadores podían y tenían que tener sus propias experiencias en relación con una ética del trabajo y conceptos morales de los yanquis. Por otros diversos motivos, dichos enclaves atrajeron la atención de las elites chilenas.



Sewell de noche. La romántica belleza salvaje de El Teniente, cerca de Rancagua, se convirtió en un tema popular entre periodistas y fotógrafos. FUENTE: RG 151, FC, Box 20, NA.

Las empresas mineras estadounidenses en Chile fueron, sin lugar a dudas, ejemplos palpables de enclaves económicos. Durante la Primera Guerra Mundial se beneficiaron enormemente por el aumento de la demanda provocado por el conflicto bélico, y fue en ese período cuando desarrollarían sus futuras características. En el inicio explotaban Guggenheim Exploration y Anaconda Copper sólo cobre –más tarde ingresarían también a la producción de salitre– y exportaban fundamentalmente materias primas a Estados Unidos. El Estado chileno permitió que las filiales de los consorcios de este país se desarrollasen

sin mayores intervenciones, pudiendo convertirse prácticamente en Estados dentro del Estado. Sus contactos con las autoridades locales y regionales se redujeron principalmente al auxilio de militares o policías que eran llamados para reprimir disturbios causados por trabajadores. Casi no había disposiciones legales que limitasen su actividad. Por otra parte, los impuestos y tributos que pagaban eran bajos. Los ejecutivos, ingenieros, modernas maquinarias y demás equipamiento llegaban directa, y casi exclusivamente, desde Estados Unidos hasta El Teniente, cerca de Rancagua, y a Chuquicamata en el norte; más tarde cumplieron la misma función los yacimientos de salitre de Coya Norte y la nueva mina de cobre en Potrerillos.

Los observadores chilenos, pertenecientes a las clases media y alta, fueron bienvenidos en esos centros mineros. Posteriormente describían con frecuencia, en relatos de viaje populares, la experiencia de entrar en un entorno extraño, en cierto modo en un país desconocido que parecía una edición en miniatura de Estados Unidos, una especie de planeta distinto. Esto llevó muchas veces a descripciones románticas. En la prensa se podía leer y ver (véase ilustración en página anterior) cómo los estadounidenses habían creado en medio del desierto de Chile y de sus cadenas montañosas un mundo propio, un reino industrial moderno que mostraba impresionantes logros técnicos. Casi como en los cuentos, habían logrado fundir "la belleza de la naturaleza salvaje y la belleza de la civilización del siglo XX" auspiciando la creación de una nueva "raza" de hombres, "una especie de cow-boy primitivo y moderno", cuya única meta en la vida era producir[292].

Los observadores chilenos estaban ciertamente impresionados frente a los logros alcanzados por los yanquis. Aquellos puestos de avanzada reflejaban el estereotipo que se tenía de Estados Unidos de lo superlativo, impactando tanto por su tamaño como por su modernidad. Las empresas mineras estadounidenses fueron identificadas, rápidamente, con el apelativo, casi reverencial, de la "gran minería", arrojando su sombra sobre el resto de la minería chilena. De hecho, se trataba de empresas con uso intensivo de capital, que introducían las maquinarias más modernas en un desierto apenas desarrollado y que no retrocedían ante inversiones gigantescas, pues parecían disponer de recursos financieros ilimitados. Para algunos analistas chilenos, el capitalismo moderno recién habría llegado de *facto* a Chile de la mano de esa "gran minería"[293]. Más aún, habían sido las compañías cupríferas estadounidenses las que infundieron nuevas esperanzas a la economía chilena durante el remezón provocado durante

[292] R. Valenzuela, "Chuquicamata planta", pp. 408 y 412. Impresiones similares se encuentran en Jorge Boonen Rivera, "Chuquicamata", pp. 471-482; Alejandro Fuenzalida Grandón, "El trabajo y la vida en el mineral El Teniente [parte 1]", pp. 342-343.

[293] Carlos Keller R., *La eterna crisis chilena*, p. 202; Macchiavello Varas, *Política..., op. cit.*, tomo 1, p. 227; Consulado de Estados Unidos a Secretary of State, Antofagasta, 16 de febrero de 1925, en 825.6352/6, RG 59, NA.

la crisis de posguerra, pues gracias a sus actividades se convirtió Chile rápidamente en el segundo productor de cobre en el ámbito mundial. Si bien el país sacaba poco provecho de ello, los chilenos sentían orgullo por ese logro. Así lo expresaron los comentaristas, por ejemplo, con motivo de la inauguración de Chuquicamata en mayo de 1915. El desarrollo positivo de los enclaves durante los años siguientes y la creación de verdaderas ciudades en las que miles de trabajadores se ganaban la vida y recibían beneficios sociales, comparativamente buenos, alimentaban esperanzas de un futuro mejor para Chile[294].

Los enclaves mineros representaron verdaderos milagros de productividad para sus admiradores, aunque si se miraban más de cerca se revelaba que sacaban gran provecho de los bajos costos laborales y de producción existentes en el país. En comparación con los productores nacionales, las empresas estadounidenses tenían enormes ventajas competitivas, ya que poseían conexiones internacionales, elemento clave en la transacción tanto del cobre como del salitre en el mercado internacional, cuyos compradores se asentaban en los centros industrializados. La penetración de los yanquis en la minería del cobre suscitó un proceso de concentración en esa rama de la economía, como lo hacían notar los analistas. Mientras se descubrían cada vez más yacimientos cupríferos y las cifras globales de producción daban un salto, disminuyó paralelamente el número de productores desde veintitrés en 1913, a seis en 1927. Cuando los Guggenheim entraron en el negocio del salitre chileno en 1924, comenzó un proceso de contracción más radical aún, que fue celebrado unánimemente debido a la profunda crisis por la que atravesaba ese sector económico y por la importancia que éste tenía. Los Guggenheim absorbieron a los principales competidores del cobre y junto con sus plantas salitreras, trenes e instalaciones portuarias, controlaron en muy pocos años el 50% de la producción[295].

Mediante las actividades de estas empresas se profundizó otra imagen del yanqui como el pragmatismo estadounidense o su riqueza inventiva. Los ingenieros de este país lograron, gracias al poder económico de sus empresas, encontrar soluciones efectivas para aquellos problemas técnicos en que habían fracasados los chilenos desde hacía mucho tiempo. El ingeniero jefe de los Guggenheim, Elías Antón Cappelen-Smith, representaba para numerosos chi-

[294] Sobre la inauguración de Chuquicamata, véase "Una empresa norteamericana", en *El Mercurio*, Santiago, 19 de mayo de 1915, p. 5; "La Nacionalización de nuestra industria minera", en *Las Ultimas Noticias*, Santiago, 31 de mayo de 1915, p. 4. Respecto del optimismo chileno: "Chuquicamata y el 'roto' chileno", en *La Unión*, Valparaíso, 3 de septiembre de 1917, p. 7; Santiago Marín Vicuña, "La industria del cobre i el mineral de Portrerillos", pp. 11-36.

[295] Mauricio Hochschild, "Chile y la producción mundial de cobre", en *El Mercurio*, Santiago, 13 de mayo de 1928, p. 11. Sobre el salitre: "Los capitales americanos...", en *Las Ultimas Noticias*, Santiago, 8 de octubre de 1923, p. 8; "Los Guggenheim...", en *BMSNM,* Nº 38, Santiago, 1926, pp. 185-190; Macchiavello Varas, *Política..., op. cit*., tomo 1, p. 307. Respecto del ascenso de los Guggenheim, véase especialmente Thomas F. O'Brien, "'Rich...", *op. cit*., pp. 131, 141 y 146; Seidel, *Progressive..., op. cit*., pp. 328-340.

lenos la personificación de esa riqueza imaginativa. El desarrollo, en primera instancia, de nuevos procedimientos revolucionarían la minería del cobre. En el área del salitre conseguiría más tarde los mismos resultados, convirtiendo a la ultramoderna oficina María Elena en un establecimiento excepcional de prestigio internacional. Los nuevos métodos permitieron bajar los costos de producción y también explotar yacimientos de cobre y salitre de baja ley. Eran, asimismo, impresionantes los logros de los ingenieros civiles que desarrollaron el mineral de El Teniente en medio de la alta montaña agreste y que realizaron verdaderas obras maestras ferroviarias, tanto cerca de Rancagua como en Potrerillos[296].

Las nuevas máquinas provenientes de Estados Unidos revolucionaron la minería chilena. FUENTE: RG 151, FC, Box 20, NA.

La utilización de las maquinarias más modernas también impresionaban e influenciaban las nociones que la gran masa tenía en relación con el yanqui. Las empresas estadounidenses importaban la tecnología más avanzada, que abarcaba desde máquinas de escribir, pasando por teléfonos, hasta aviones. El cónsul en Antofagasta realizó en 1927 una serie de fotografías (véase ilustración) que reflejaba la colisión de dos mundos en los distritos salitreros. En ella se muestra cómo el trabajo tradicional pesado era reemplazado por máquinas. Mientras que los empresarios chilenos utilizaban en sus establecimientos como

[296] Fuenzalida Grandón, "El trabajo...[parte 1]", *op. cit.*, pp. 280-281.

medio de fuerza clave la energía humana y mular, los yanquis recurrían en los suyos a tractores de oruga y excavadoras especiales. En Chuquicamata, la mayor mina a tajo abierto del mundo –que operaba día y noche–, la utilización de maquinaria gigantesca que había sido empleada en parte para la construcción del canal de Panamá era aún más impresionante. En la planta se realizaban permanentemente nuevas mejoras como lo ilustra para el año 1926, por ejemplo, el reemplazo de las locomotoras a vapor por las eléctricas[297]. Los visitantes chilenos se mostraron profundamente impresionados por estos logros, explicándolos a partir del carácter nacional de los yanquis: "creemos sinceramente que tamaña y riesgosa empresa no ha podido ser acometida por otra raza que la invicta en este terreno, que la americana"[298].

No sólo la maquinaria sino, también, los asentamientos y los beneficios sociales causaban impresión a los comentaristas chilenos. Estos factores sociales tuvieron relevancia para todo Chile, dado el creciente número de empleados existentes en la "gran minería". La gran mayoría de las personas que vivían en las ciudades mineras eran chilenas. Sólo un pequeño porcentaje correspondiente a ejecutivos, ingenieros y capataces que eran estadounidenses o europeos, vivían allí temporalmente[299]. Muchos chilenos de clase media y alta, aunque ciertamente no todos, opinaban que los yanquis hacían grandes esfuerzos para satisfacer a los trabajadores, quienes debían considerarse afortunados por haber encontrado entre ellos un puesto de trabajo. Frente a las condiciones de trabajo habituales en Chile y teniendo como telón de fondo el acalorado debate de la cuestión social que estaba aún vigente, esas voces concordaban en opinar que a los trabajadores chilenos les iba mucho mejor en dichos enclaves, que a sus colegas en cualquier otro lugar de Chile[300].

El principal argumento para este punto de vista se basaba en los elevados salarios que pagaban las empresas mineras a sus trabajadores. Pese a que en términos internacionales los sueldos eran bajos y representaban por ello un estímulo a la inversión, los mismos estaban considerablemente por sobre el nivel salarial chileno. Cuando los trabajadores cumplían un tiempo prolongado de servicio, las compañías pagaban gratificaciones especiales[301]. Pagando en

[297] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 4 de octubre de 1929, en 625.111/4, RG 59, NA; Thomas F. O'Brien, "'Rich...", *op. cit*., p. 131; "Las compañías americanas", en *BMSNM*, Nº 38, Santiago, 1926, pp. 360-361; Eulogio Gutiérrez, *Chuquicamata: tierras rojas*, pp. 73-75.

[298] Carlos G. Ávalos, "La introducción de capitales americanos en Chile", p. 761. Véase también Carlos H. Fritzsche, "Los métodos americanos modernos", pp. 612-618.

[299] Chile-America Association, *Chile y..., op. cit*., pp. 22-23; Marín Vicuña, "La industria...", *op. cit*., pp. 28-29.

[300] "Los EE.UU. como país acreedor", en *El Industrial*, Antofagasta, 7 de mayo de 1924, p. 6.

[301] Para comparaciones en el ámbito internacional, véase Thomas F. O'Brien, "'Rich...", *op. cit*., p. 135. Sobre el nivel salarial chileno: Klubock, *op. cit*., pp. 30, 57-58 and 82. Sobre Chuquicamata y El Teniente, véase Boonen, *op. cit*., p. 474; Fuenzalida Grandón, "El trabajo...[parte 1]", *op. cit*., pp. 280 y 292-293.

efectivo y no, como era habitual en muchos establecimientos mineros chilenos, con fichas utilizables exclusivamente en los almacenes de las mismas compañías. En los enclaves de la "gran minería" regía la libertad de comercio y había numerosas tiendas que ofrecían un gran surtido de productos y servicios. En opinión del inspector general del Ejército, el general Jorge Boonen Rivera, la competencia garantizaba que existieran precios bajos. Pero como las mercaderías eran mayoritariamente importadas directamente desde Estados Unidos y se publicitaban en los periódicos de propiedad de las empresas, los trabajadores y sus familias participaban directamente de la nueva cultura de consumo[302]. Aunque fuese inicialmente a una escala muy reducida, la posibilidad de ascenso social hacia un nivel de bienestar equivalente al de la clase media chilena, resultó ser un fuerte estímulo para muchos trabajadores chilenos a quedarse de forma permanente en las ciudades de los enclaves situadas en medio del desierto.

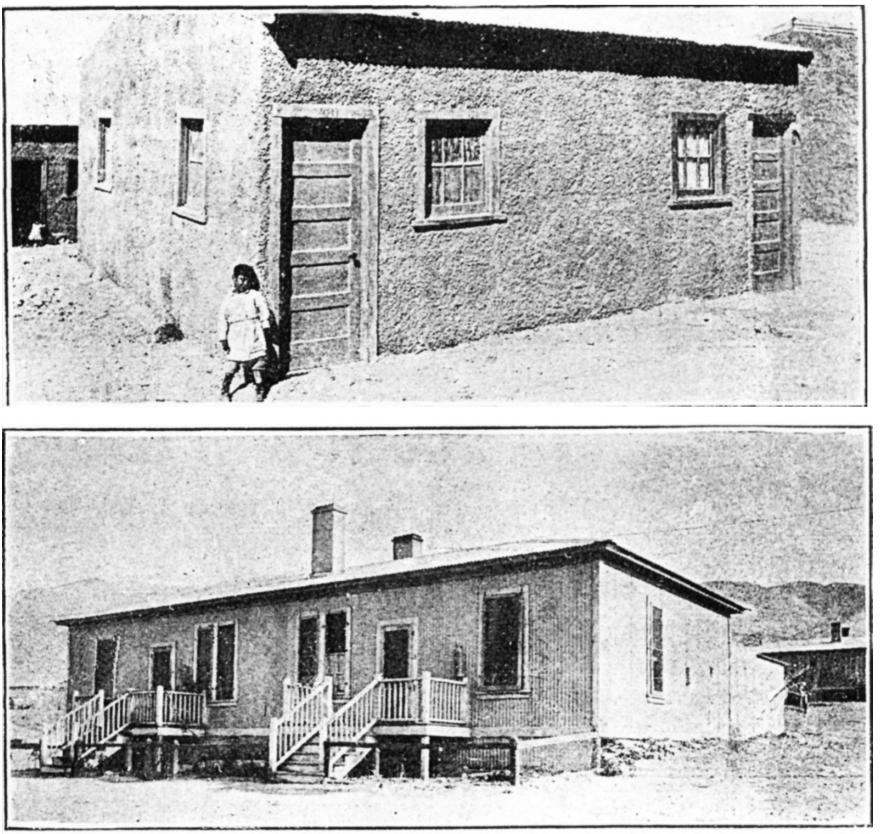
Los simpatizantes de la "gran minería" también evaluaban como ventajosa la calidad de las viviendas de los trabajadores que estaban muy por encima de la media nacional. Entre 1910 y 1930, los rudimentarios campamentos mineros evolucionaron hacia pequeñas y modernas ciudades que contaban con todos los servicios imaginables. Los yanquis construyeron desde un comienzo barracas para los mineros y más tarde casas. En contraste, los trabajadores de muchas minas chilenas debían vivir todavía en carpas. El tipo de alojamiento dependía de su estatus social y estado civil. En general, había tres o cuatro categorías de residencias dentro de los enclaves: la primera clase estaba reservada a los administradores e ingenieros, tanto estadounidenses como europeos, la segunda correspondía a los capataces, la tercera a trabajadores casados y la cuarta estaba destinada a los solteros (véase ilustración en página siguiente). Otros aspectos elogiados eran la calidad y los elevados estándares higiénicos de las viviendas, que contrastaban de manera especialmente fuerte con las condiciones habituales existentes en Chile[303].

Los partidarios de aplicar el modelo de progreso estadounidense en el país también afirmaban que las condiciones laborales en los enclaves eran sustancialmente mejores que las que existían en empresas chilenas semejantes. Si bien era innegable que el trabajo en las minas era duro, los comentaristas recalcaban que las labores más pesadas eran realizadas por máquinas. Por otra parte, llamaba la atención que frente a la opción de elegir, los trabajadores de El Teniente optasen siempre por el salario a destajo, pues así obtenían mejores

[302] Boonen, *op. cit.*, p. 477. Respecto de las importaciones, véase Macchiavello Varas, *Política..., op. cit.*, tomo 1, p. 185. Sobre los precios, Fuenzalida Grandón, "El trabajo...[parte 1]", *op. cit.*, pp. 316-320 y 328-329.

[303] Consulado de Estados Unidos a Secretary of State, Antofagasta, 16 de febrero de 1925, en 825.6352/6, RG 59, NA. Véase también Tancredo Pinochet, "Una empresa norteamericana en Chile", pp. 17-19; Marín Vicuña, "La industria..., *op. cit.*, pp. 28-29; Fuenzalida Grandón, "El trabajo...[parte 1]", *op. cit.*, pp. 341-350.

salarios. Al mismo tiempo se destacaba la existencia de altos estándares de seguridad, que los empleadores habían introducido para impedir accidentes. En caso de necesidad existían, de todos modos, hospitales en los enclaves, que gozaban de gran prestigio gracias a su moderno equipamiento ya que contaban con trabajadores bien instruidos. Según muchos observadores, la higiene constituía en los lugares de trabajo, otra característica a elogiar: si hasta había, bastantes baños que contaban con agua caliente. Y, aunque regía la semana de seis días, los trabajadores gozaban de un generoso régimen de vacaciones. Jorge Boonen llegó a afirmar que los yanquis ya habrían materializado las visiones ideales de muchos reformistas sociales chilenos[304].



Las viviendas en las ciudades de los enclaves eran consideradas ejemplares, pero a través de una estricta segregación reflejaban también las jerarquías sociales. FUENTE: Boonen, *op. cit.*, pp. 474-475.

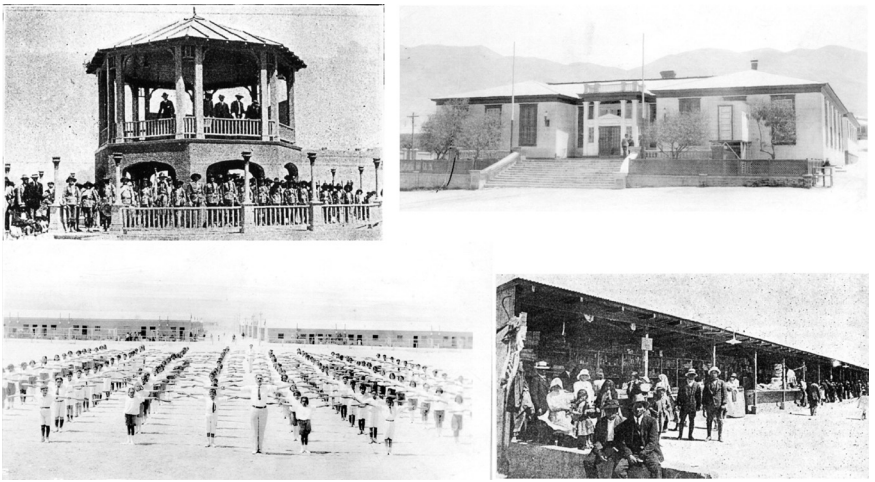
[304] Boonen, *op. cit.*, p. 473; Fuenzalida Grandón, "El trabajo...[parte 1]", *op. cit.*, pp. 292-293. Sobre los estándares de seguridad véase Fuenzalida Grandón, "El trabajo...[parte 1]", *op. cit.* pp. 306-314 y 335-336. Sobre el sistema hospitalario: Consulado de Estados Unidos a Secretary of State, Antofagasta, 16 de febrero de 1925, en 825.6352/6, RG 59, NA.

Las gerencias de los enclaves inventaron gran cantidad de gratificaciones extraordinarias que iban más allá de los meros beneficios económicos, a modo de lograr así retener de forma duradera a los obreros chilenos –que por tradición son extremadamente móviles– y consolidar un núcleo de trabajadores confiables y bien preparados. De esta forma desarrollaron una política empresarial paternalista que tendió a fomentar el matrimonio, la familia y el avecindamiento permanente. Todos los enclaves contaban con una amplia oferta escolar, con plazas de juegos y campos deportivos anexos. Los adultos podían tomar cursos vespertinos, lo que ayudó a combatir efectivamente el problema del analfabetismo. La aprobación de los cursos abría las puertas para la movilidad social dentro de la empresa. Los ejecutivos pudieron comprobar muy pronto que sus empleados chilenos eran adecuados para reemplazar a los estadounidenses y europeos que recibían remuneraciones más altas. Mujeres y niñas recibían instrucción en temas de administración doméstica como una manera de prepararlas para los roles de madre y dueñas de casa. En los colegios de los enclaves se daba gran importancia a la educación patriota y también a la celebración fastuosa de los feriados nacionales de ambos países. De esta manera, los trabajadores aprendían que eran ciudadanos de una nación orgullosa y amiga de Estados Unidos. Las fotografías de la década de 1920, tomadas por un funcionario del consulado estadounidense, muestran las avanzadas instalaciones de Chuquicamata. En especial las imágenes de una clase de gimnasia, de una escena en el mercado y de un grupo de jóvenes exploradores en la pérgola –en todas ellas lucen chilenos, ya sea jóvenes o mayores bien vestidos y en correcta formación–, dejan entrever el interés de las gerencias por transmitir a sus empleados chilenos y a los descendientes de éstos, sus propios ideales de orden, laboriosidad y sentido de responsabilidad[305].

Por otra parte, las ciudades en los enclaves contaban con un gran número de clubes sociales y otras ofertas de esparcimiento. Los ejecutivos extranjeros y sus familias podían disfrutar en Chuquicamata del lujoso Chilex Club. Los trabajadores podían ver en el cine las películas hollywoodenses más nuevas que estaban aún estrictamente censuradas. También contaban con bibliotecas y salas de lectura. Los clubes deportivos con sus ofertas de boxeo y de fútbol gozaban a su vez de gran popularidad. Por su parte, niños y jóvenes podían unirse a los grupos de exploradores. En todas las ciudades de los enclaves había también naturalmente iglesias católicas. Las veladas de baile ofrecían la posibilidad de diversión en un ambiente de control social[306]. El cónsul estadounidense pudo informar por ello en 1925 desde Chuquicamata:

[305] Klubock, *op. cit.*, pp. 68 y 70-72. Respecto de la apreciación contemporánea de las escuelas, véase Fuenzalida Grandón, "El trabajo...[parte 1]", *op. cit.*, pp. 316-320; Boonen, *op. cit.*, p. 476. Sobre el éxito de los cursos vespertinos: "Chuquicamata y el 'roto' chileno", en *La Unión*, Valparaíso, 3 de septiembre de 1917, p. 7. Sobre las festividades patrióticas: "The Chile Exploration Co.", en *Zig-Zag*, Santiago, 1 de enero de 1916; "El 18 en el mineral de El Teniente", en *Zig-Zag*, Santiago, 20 de octubre de 1923.

[306] Pinochet Le-Brun, "Una empresa..., *op. cit.*", p. 18; "Brigada boy scout", en *Zig-Zag*, Santiago, 21 de noviembre de 1925; "En el mineral El Teniente", *La Unión*, Valparaíso, 27 de mayo de 1917, p. 11.



La vida en los enclaves era un mundo en sí mismo. Escuelas, mercados y oferta musical transmitían ideales de clase media y hábitos de consumo. Fuente: Boonen, *op. cit.*, p. 479 y Box 20, en RG 151-FC, NA.

> "A plaza has been constructed in the New Camp with a large kiosko [véase la siguiente ilustración] in the center for music, and bands give programs several times a week in the afternoons and evenings for large crowds that gather and dance. The company feels that healthy amusement is thereby provided where young men and women among the Chileans can mingle and become acquainted in a wholesome way, thereby promoting marriages and normal relationships among the workmen in place of the rather loose ones too commonly found in Chilean mining camps"[307].

El informe permite concluir que las intenciones de las empresas estadounidenses por entregar una oferta para el tiempo libre no eran sólo altruistas. Lo que buscaban era proporcionar a los trabajadores una compensación por la monótona vida en el desierto, de manera que se sintieran en casa para que pudiesen formar una familia y permanecer allí. A las gerencias les interesaba poder ofrecer a los mineros "buenas" alternativas como contraste con las diversiones habituales –juegos de azar, prostitución y especialmente abuso de alcohol– a las que calificaban de "malas". Dado que esta problemática no se solucionaba tan sólo con ofertas alternativas, se fueron dictando reglamentos cada vez más restrictivos –las así llamadas leyes secas–, hasta el punto de prohibir completamente tanto el consumo como la venta de alcohol dentro de los enclaves. Estas medidas se convirtieron para los reformistas sociales chilenos

[307] Consulado de Estados Unidos a Secretary of State, Antofagasta, 16 de febrero de 1925, en 825.6352/6, RG 59, NA.

que luchaban por imponer esa misma prohibición en el ámbito nacional, en ejemplo a imitar[308].

Cuando chilenos de tendencia reformadora hacían comentarios sobre los enclaves, enfatizaban que allí imperaban la absoluta neutralidad y la tolerancia en el ámbito religioso y político. A continuación, el comentario continuaba llamando la atención respecto de los logros alcanzados por los gerentes en cuanto a la erradicación efectiva del peligro del comunismo y –dependiendo del punto de vista del comentarista– de los sindicatos. Para enfrentar los eventuales problemas que pudiesen surgir entre trabajadores y empleadores siempre se encontraba una solución típicamente estadounidense: la aplicación del pragmatismo. Los enclaves fueron así glorificados como modelos de paz social[309]. Tanto para la mayoría de los autores provenientes de las nuevas capas medias y altas, como para su público objetivo, marcado por un perfil social similar, estas temáticas resultaban particularmente interesantes, pues el "peligro rojo" los surtía de inquietudes. A estas voces les parecía que los agitadores comunistas no tenían éxito dentro de los enclaves, ya que los trabajadores –los "rotos", sobre quienes tenían un concepto bajo– eran felices y estaban satisfechos. Y les parecía que los enclaves con sus máquinas modernas, sus métodos de producción y su sistema social ejemplar, eran un éxito rotundo y un modelo que podía ser un faro para todo Chile.

### *El lado oscuro de los enclaves: explotación y competencia*

Cuando chilenos de alto rango –tales como Jorge Boonen, el Presidente designado, Arturo Alessandri Palma, o comisiones de parlamentarios– visitaban los enclaves, eran recibidos como huéspedes de honor y presentados ante trabajadores escogidos que alababan la vida allí grandilocuentemente. Luego de una opulenta cena en un ambiente comparable con los más finos salones de París o de Londres, los invitados solían preguntarse: "¿estamos en verdad en el desierto de Atacama?"[310]. Sus informes solían quedar marcados por una disposición benévola y exenta de crítica hacia las empresas, lo que permite más bien sacar algunas conclusiones respecto de sus actitudes hacia los yanquis, que sobre las condiciones de vida reales existentes en los enclaves.

Las gerencias se esmeraban por aparecer favorablemente en la prensa, ya que reconocían sagazmente, la importancia que tenía una imagen positiva en la

[308] Boonen, *op. cit.*, p. 477; Marín Vicuña, "La industria...", *op. cit.*, pp. 28-29; Fuenzalida Grandón, "El trabajo...[parte 1]", *op. cit.*, pp. 322-324. Para el problema de la prohibición, véase capítulo: Política de modernización y nacionalismo, acápite ¿un país de alcohólicos....

[309] Fuenzalida Grandón, "El trabajo...[parte 1]", *op. cit.*, pp. 336-337; Boonen, *op. cit.*, pp. 481-482.

[310] Boonen, *op. cit.*, p. 481. Apreciaciones similares aparecen en "En El Teniente", en *Sucesos*, Santiago, 9 de junio de 1921; Pascual Venturino, "[Reseña de] Fuenzalida *El trabajo y la vida*", pp. 563-564; "En el mineral El Teniente", en *El Mercurio*, Santiago, 8 de noviembre de 1920, p. 17.

opinión pública chilena. Por esto publicaban artículos y comentarios positivos mediante sobornos en los principales periódicos. Desde luego había voces que criticaban vehementemente a los comentaristas de la elite por su evidente ceguera ante la problemática vida en los enclaves. Las historias contadas por estos críticos eran a menudo exactamente el opuesto de lo que hemos escuchado hasta ahora. Las narraciones provenían de personas de origen social diverso: ex mineros, como Eulogio Gutiérrez y Marcial Figueroa, que habían acumulado experiencias de primera mano; estudiosos nacionalistas, como Ricardo A. Latcham, que odiaban a los extranjeros debido a su explotación de las riquezas mineras chilenas; políticos de izquierda, como el diputado por Talcahuano del Partido Democrático, Manuel J. Navarrete, que encendía acalorados debates en el Congreso[311].

En los relatos carentes de críticas sobre la vida en los enclaves, los comentaristas más indulgentes debían admitir que los asentamientos se encontraban en un escenario poco acogedor[312]. La monotonía y desolación de la vida en la "gran minería" se convirtieron, muy pronto, en tema de premiadas piezas literarias que utilizaban a la "pampa muerta" como telón de fondo para narrar románticas historias de amor o hacer descripciones naturalistas del ambiente, en las que las condiciones de vida en los enclaves estadounidenses se iluminaban desde una perspectiva de crítica social y nacionalista[313]. No resulta extraño entonces que a las empresas no les resultase fácil reclutar trabajadores. A menudo se servían de métodos bastante dudosos, especialmente en la zona rural del sur de Chile, donde era posible encontrar un peonaje reconocidamente dócil y acostumbrado al trabajo duro. Las condiciones de trabajo en las minas eran con frecuencia chocantes para los recién llegados. Las tareas diarias eran para la mayoría sustancialmente mayores que las acostumbradas hasta entonces. El implacable ritmo de trabajo exigido en esos modernos establecimientos se sentían como una pesada carga. Los trabajadores estaban sometidos a vínculos laborales precarios, dado que en épocas de crisis las empresas recurrían regularmente a los despidos masivos, lo que derivaba en

[311] Eulogio Gutiérrez y Marcial Figueroa publicaron varios libros sobre su experiencia en Chuquicamata. Éstos tuvieron gran difusión a pesar de que las empresas se esforzaron por evitarlo mediante la compra de ediciones completas, que luego hicieron quemar. Marcial Figueroa, *Chuquicamata: la tumba del chileno*; Eulogio Gutiérrez, *op. cit.*; Eulogio Gutiérrez y Marcial Figueroa, *Chuquicamata: sus grandezas y sus dolores*; Ricardo A. Latcham, *Chuquicamata: Estado Yankee*. Ricardo Latcham, quien vivió seis meses en Chuquicamata, atacó agudamente a los comentaristas acríticos (*op. cit.*, pp. 29-31). Véase también "Un libro sensacional sobre Chuquicamata", en *Zig-Zag* , Santiago, 1 de enero de 1927. Como un ejemplo sobre los debates en torno a las condiciones de vida en los enclaves, véase "Obreros de El Teniente", Chile, Congreso, Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones extraordinarias*, Santiago, 11 de noviembre de 1921, pp. 343-345.

[312] Boonen, *op. cit.*, p. 472.

[313] Laura Jorquera [Aura], *Tierras rojas: recuerdos del mineral de Chuquicamata*, pp. 79-82; Andrés Garafulic, *Carnalavaca: Novela de las tierras rojas*; Latcham, *Chuquicamata..., op. cit.*, pp. 18-25; Alberto Durán B., *El estado libre de El Teniente y la vida obrera de las minas*, p. 8.

graves conflictos sociales que con frecuencia adquirieron dimensiones regionales y, a veces, nacionales[314].

Los jornaleros e inquilinos chilenos, al igual que los trabajadores urbanos, estaban plenamente acostumbrados a malos tratos por parte de sus empleadores. Muchos de ellos, sin embargo, consideraron sus experiencias en los enclaves como una carga aún más pesada, pues sentían un trato discriminatorio, segregacionista y abiertamente racista. En todos los establecimientos el personal estaba compuesto en su mayor parte de chilenos, junto con un porcentaje más o menos notorio de otras nacionalidades y grupos étnicos. Chuquicamata se parecía así, por ejemplo, según Eulogio Gutiérrez a "un crisol de razas"[315]. Las funciones de supervisión y las jefaturas se restringían en todas las empresas mineras a ciudadanos estadounidenses y a algunos europeos, quienes en el aislamiento en que se hallaban no sólo controlaban el trabajo de los empleados sino que, también, su tiempo libre. Los críticos coincidían en que las empresas, a pesar de toda su retórica de reforma social, trataban a los trabajadores chilenos como a "perros" o "indios", bombardeándolos con palabrotas y comportándose como si perteneciesen a una casta superior[316].

Los relatos muestran que la discriminación tenía muchas dimensiones, pero que era más tangible en el trato dispar que se establecía entre yanquis y chilenos en relación con los sueldos y salarios. Los críticos mostraban una y otra vez que aquellos chilenos que habían logrado ascender, ya sea a empleado, ingeniero o químico, asumiendo con ello puestos comparables a los de los estadounidenses, sólo recibían en el mejor de lo casos la mitad de los sueldos de sus colegas del norte. Mientras los yanquis obtenían el sueldo en moneda dura (dólares), los chilenos lo hacían en un peso depreciado, cuyo bajo valor era perceptible en las tiendas de los establecimientos, donde los estadounidenses podían escoger las mejores mercancías a precios comparativamente menores. En estas tiendas los chilenos eran tratados como potenciales ladrones y debían soportar controles degradantes. Por otra parte, les estaba estrictamente prohibido el consumo de alcohol, mientras que para los empleados estadounidenses había disposiciones excepcionales. Y justamente en esta cuestión eran los chilenos especialmente sensibles[317]. La segregación entre los barrios de yanquis y chilenos también era llamativa. Tal como muestra la ilustración de la p. 125, existían grandes diferencias cualitativas entre las viviendas de la

[314] Sobre El Teniente: Klubock, *op. cit.* pp. 36-38; "En el feudo de El Teniente", en *Claridad* Nº 3, Santiago, 20 de noviembre de 1920, p. 8. Sobre Chuquicamata: Eulogio Gutiérrez, *op. cit.*, pp. 174-177; Marcial Figueroa, *op. cit.*, pp. 240-246.

[315] Eulogio Gutiérrez, *op. cit.*, pp. 133-135.

[316] Alá de Río, "Lo de Chuquicamata", p. 1; "Accidentes del trabajo en el mineral de Chuquicamata", Chile, Congreso, Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones ordinarias*, Santiago, 18 de agosto de 1926, p. 2309; Durán B., *op. cit.*, pp. 19-22.

[317] Macchiavello Varas, *Política..., op. cit.*, tomo 1, p. 213; Latcham, *Chuquicamata..., op. cit.*, pp. 46-47 y 60-72; Eulgio Gutiérrez, *op. cit.*, pp. 135-138 y 150-153.

primera y de la tercera clase. Por cierto que las empresas se jactaban de sus buenos alojamientos y servicios sociales, pero las mejores instalaciones estaban reservadas exclusivamente para los ciudadanos estadounidenses y para algunos europeos. Los chilenos podían entrar allí sólo con un permiso especial e, incluso, los niños eran expulsados de los parques de juegos vedados[318]. Aquellas humillaciones basadas en la nacionalidad y origen étnico herían el orgullo de los trabajadores chilenos, a pesar de que estaban acostumbrados a palpar los límites de las estrictas jerarquías sociales. Los jefes ponían poco empeño en mejorar su propio español, reforzándose cotidianamente las vivencias de desigualdad a causa de los malentendidos[319].

Aunque las experiencias negativas que tenían origen en el racismo y la segregación se restringiesen esencialmente a los trabajadores que vivían en los enclaves, los chilenos acomodados también encontraban de vez en cuando motivos para quejarse de los estadounidenses que trabajaban en la minería. Los empleados de El Teniente, por ejemplo, pasaban sus vacaciones y fines de semana libres, de preferencia en un concurrido hotel ubicado cerca de las termas de Cauquenes. Su comportamiento desconsiderado era percibido como impropio y sorprendía a los huéspedes chilenos, quienes generalmente pertenecían a la clase alta. Carlos Silva Vildósola, editor de *El Mercurio*, se vio obligado a denunciar públicamente esta situación y a llamar la atención sobre el evidente menosprecio hacia Chile que mostraban algunos yanquis[320].

Los mineros, sin embargo, lidiaban con problemas más serios. De hecho, tras un examen más minucioso, las tan celebradas viviendas resultaban ser deficientes. Hasta 1920, los trabajadores de Sewell –ciudad-enclave de El Teniente–, vivían en campamentos compuestos de barracas venidos abajo y sobrepoblados. Gracias a los cambios de turnos, en una misma cama podían dormir hasta tres trabajadores. Una comisión parlamentaria designada para investigar la minería del cobre comprobó que la mayoría de las habitaciones y salas no disponían siquiera de suficiente ventilación y no cumplían con las exigencias mínimas estipuladas en la ley de habitaciones obreras de 1906[321]. Más tarde quedó de manifiesto que en la mayoría de los asentamientos se exhibían modelos habitacionales ideales para las visitas, mientras que los habitantes de las viviendas regulares eran atacados por numerosas enfermedades. Las más

[318] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 31 de julio de 1925, en 825.504/43, RG 59, NA. Sobre el problema del alcohol, véase Eulogio Gutiérrez, *op. cit*., p. 155.

[319] Alejandro Fuenzalida G. llamó la atención sobre los problemas idiomáticos, "El trabajo... [parte 1]", *op. cit*., p. 331.

[320] "Los Americanos de El Teniente", en *El Mercurio*, Santiago, 17 de diciembre de 1928, p. 3. La embajada tomó esto muy en serio. Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 22 de octubre de 1928, en 711.25/56, RG 59, NA.

[321] Durán B., *op. cit*., pp. 43-45; "Situación de los obreros... de El Teniente", Chile, Congreso, Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones extraordinarias*, Santiago, 11 de diciembre de 1919, pp. 948-950; Eulogio Gutiérrez, *op. cit*., pp. 188-195; Marcial Figueroa, *op. cit*., pp. 181-186.

extendidas eran las respiratorias causadas por gases venenosos y residuales. La silicosis no era infrecuente. Aunque los servicios médicos de las empresas gozaran de excelente prestigio, se comprobó que en sus hospitales no se trataba la silicosis, la sífilis, ni otras enfermedades muy frecuentes entre los mineros, porque no se las consideraba enfermedades laborales. Lo frecuente era que una enfermedad –incluso si evidentemente tenía su origen en el trabajo en las minas– desembocase en el despido del trabajador afectado[322].

El número de accidentes sufridos en las minas a raíz de las peligrosas condiciones laborales era alto, lo que mantenía muy ocupado al personal de los hospitales. Lamentablemente, El Teniente era famoso por la gran cantidad de accidentes que allí ocurrían. El Congreso debatió en reiteradas ocasiones sobre este tema entre 1919 y 1920. Según los críticos, durante 1920 se produjeron allí alrededor de veintisiete accidentes graves por mes[323]. Lo que sucedía en Chuquicamata, que estaba más alejado del centro, no siempre era informado inmediatamente a la prensa. A menudo era la prensa obrera de tendencia comunista la que daba a conocer los accidentes, gracias a los informantes que tenía entre los mineros. La gran explosión del 20 de junio de 1926 fue encubierta por la Chile Exploration Company, pero luego revelada por el *Despertar de los Trabajadores*. Eulogio Gutiérrez publicó una estadística para los años corridos entre 1917 y 1922, según la cual once mil trescientos noventa y uno trabajadores fueron víctimas de accidentes laborales, de los cuales setenta fueron mortales y el resto causantes de invalidez permanente[324]. Frente a estas cifras asombrosas el diputado del Partido Liberal Democrático, Benigno Acuña Robert, concluyó:

> "se dice generalmente que el capital extranjero se lleva la riqueza minera de Chile y deja sólo el hoyo vacío en la tierra; pero eso no es efectivo: lo efectivo es que ese hoyo lo dejan lleno de cadáveres de chilenos"[325].

Las consecuencias de los accidentes laborales no se restringían a las víctimas directas. Frecuentemente tenían efectos catastróficos en el ambiente, pues producían contaminación de ríos y aguas. Y, aunque no ocurriesen grandes accidentes, la contaminación del ambiente era una constante. En reiteradas

[322] Sobre El Teniente: Klubock, *op. cit*., p. 33; Durán B., *op. cit*., p. 7; Fuenzalida Grandón, "El trabajo...[parte 1]", *op. cit*., p. 337; "Situación de los obreros", en *Boletín de sesiones*, Santiago, 11 de diciembre de 1919, pp. 948-950. Sobre Chuquicamata: Eulogio Gutiérrez, *op. cit*., pp. 161-163; Marcial Figueroa, *op. cit*., pp. 14, 92-94 y 263-267; Latcham, *Chuquicamata*..., *op. cit*., pp. 161-167.

[323] Klubock, *op. cit*., p. 33; Durán B., *op. cit*., pp. 59-64; "Situación de los obreros", en *Boletín de sesiones*, Santiago, 11 de diciembre de 1919, pp. 948-950; Santiago Macchiavello Varas, *El problema de la industria del cobre en Chile y sus proyecciones económicas y sociales*, pp. 188-190.

[324] "La macabra catástrofe de Chuquicamata", en *DT*, Iquique, 10 de julio de 1926, p. 8; Eulogio Gutiérrez, *op. cit*., pp. 223-225. Véase también Latcham, *Chuquicamata*..., *op. cit*., pp. 108-112.

[325] "Explosión de dinamita en el mineral de Chuquicamata", Chile, Congreso, Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones ordinarias*, Santiago, 7 de septiembre de 1927, p. 2315.

ocasiones el poderoso lobby agrícola se quejó a través de sus diputados de las autoridades en El Teniente, que autorizaban a contaminar permanentemente el río Cachapoal, que era vital para el riego de los campos. Luego de una serie de accidentes en El Teniente, ocurridos entre 1914 y 1916, en septiembre de este último año se promulgó una ley que condenaba la contaminación de las aguas con desechos industriales. Sin embargo, las sociedades estadounidenses no siempre se atuvieron a esta exigencia. Las dimensiones que alcanzaba la contaminación que producían esas empresas era, en vista de su tamaño, generalmente mayor que la generada en incidentes similares por responsabilidad de firmas chilenas. A pesar de que el gobierno les aseguraba a los hacendados y pequeños agricultores que ejercería presión sobre las empresas por este asunto, el Congreso chileno debió discutir frecuentemente casos parecidos ocurridos en El Teniente, Chuquicamata y Coya Norte[326].

El progreso económico que la "gran minería" traía consigo, a ojos de una parte de la elite reformista chilena, tuvo un alto precio para la sociedad chilena. Desde una microperspectiva, esto tocaba también a los tan elogiados planes sociales de las empresas estadounidenses. Indudablemente éstos contenían elementos de progreso que sobrepasaban con creces los estándares chilenos, pero también es cierto que incluían reglamentaciones extensas que abarcaban todos los aspectos de la vida dentro de las ciudades en los enclaves. Para los trabajadores era difícil soportar la prohibición del alcohol y de los juegos de azar[327]. Paralelamente a estas proscripciones, las compañías desarrollaron una política de fomento para la familia que seguía ideales de la clase media estadounidense. El alcoholismo, la promiscuidad, las condiciones habitacionales insalubres y la carencia de familias nucleares intactas, parecían ser el meollo de los problemas sociales en Chile y de la inestabilidad de los trabajadores en los centros mineros. De ahí que, por ejemplo, en El Teniente sólo los trabajadores casados fuesen ubicados en las mejores viviendas, contando con protecciones superiores en casos de despidos. Contactos sexuales no autorizados dentro de los asentamientos significaban despido inmediato. La Braden Copper Company ofreció a sus trabajadores realizar matrimonios liberados del pago de derechos en la oficina del registro civil de Sewell. Pese a estos incentivos, los trabajadores modificaron sus costumbres lentamente y con cierta resistencia como, por ejemplo, mediante la falsificación de certificados de matrimonio[328].

[326] "Derrumbe del tranque de Barahona", Chile, Congreso, Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones ordinarias*, Santiago, 19 de diciembre de 1928, pp. 4272-4277 y 4648-4649; Eulogio Gutiérrez, *op. cit.*, pp. 159-161; Alejandro Fuenzalida Grandón, "El trabajo i la vida en el mineral El Teniente [parte 2]", p. 374. El influyente diario *El Mercurio,* cuyo propietario, Agustín Edwards, tenía un asiento en el directorio de la filial de Guggenheim en Chile, defendía a los yanquis.

[327] Klubock, *op. cit.*, p 53. La poderosa Asociación de Productores de Salitre criticó esta prohibición: "Sesión de la comisión consultiva", Santiago, 28 de octubre de 1925, Asociación de Productores de Salitre, tomo 2, en AN.

[328] Klubock, *op cit.*, pp. 61-62; Fuenzalida Grandón, "El trabajo... [parte 1]", *op. cit.,* pp. 327-328.

Las gerencias de las empresas rechazaban generalmente las críticas aludiendo al régimen de propiedad privada. Se argumentaba que era legítimo instaurar un régimen de reglamentos internos, en vista de que en definitiva todas las instalaciones, incluidas las viviendas, eran propiedad de la empresa. Con esta misma lógica justificaban también las severas medidas utilizadas para imponer las reglas. En Chuquicamata y en El Teniente los enclaves eran vigilados por cuerpos policiales controlados por la empresa. No sólo se movilizaron guardias sino que, también, espías. Este personal de vigilancia era habitualmente chileno y se convertía en blanco de odio y burlas. Las compañías estadounidenses tampoco se contenían frente a la vulneración de los derechos civiles de sus trabajadores: se abría correspondencia, se censuraban publicaciones, se tomaban huellas digitales, se creaban listas negras con los sindicalistas y, ante la mínima sospecha, se registraban las viviendas[329].

Este proceder ilegal de las empresas estadounidenses no sólo era tolerado por las autoridades chilenas sino apoyado. Los ejecutivos de las compañías cuidaban las buenas relaciones con los carabineros locales y con los militares. En el caso de El Teniente, Thomas Millar Klubock ha descrito cómo algunos funcionarios locales generaban fuentes de ingresos adicionales, a cambio de la entrega de reportes confidenciales sobre determinados trabajadores a la empresa. Tras su jubilación, aquéllos se posicionaban en lucrativos puestos en la policía privada de la empresa. Por otra parte, la Braden Copper sobornaba a jueces y funcionarios públicos de Rancagua[330]. En Chuquicamata vivían el juez local y una unidad de carabineros, dentro de la ciudad del enclave en casas de la compañía y recibían subvenciones económicas de la dirección empresarial. Hubo críticos que pusieron en duda la independencia de sus decisiones y los políticos de oposición llamaban la atención en el Congreso en cuanto a la falta de valor que tenían las leyes chilenas en los enclaves[331].

La oposición de intereses entre empleadores estadounidenses y trabajadores chilenos se hacía sentir frecuentemente en huelgas. Las mismas terminaban muchas veces con derramamientos de sangre, generando debates en todo el país. Ya desde temprano se produjeron disturbios entre los trabajadores en los enclaves. Ya en 1911 habían amenazado los trabajadores de El Teniente con hacer volar la mina en caso de no cumplirse sus demandas de pago en efectivo, aumento salarial y derecho a renuncia. En los grandes conflictos laborales de 1916, 1919 y 1930 los trabajadores redefinieron sus reivindica-

[329] Sobre el sistema de espionaje, véase S. Ocampos, "Chuquicamata", p. 2; "Otro bandido yanqui", en *Justicia*, Santiago, 24 de marzo de 1932, p. 2; "Chuquicamata", en *FO*, Santiago, 29 de marzo de 1932, p. 4; "Quien quiera conservar su piel no vaya a Chuquicamata", en *FO*, Santiago, 27 de marzo de 1922, p. 1. Sobre la vulneración de los derechos civiles, véase Durán B., *op. cit.*, pp. 19-37; Eulogio Gutiérrez, *op. cit.*, p. 200; Marcial Figueroa, *op. cit.*, pp. 192-194.

[330] Klubock, *op. cit*, pp. 53-56 y 62-63. En Chuquicamata la situación era similar: Eulogio Gutiérrez, *op. cit.*, pp. 168-174; Marcial Figueroa, *op. cit.*, pp. 199-202.

[331] Eulogio Gutiérrez, *op. cit.*, pp. 170 y 177-180; "Situación de los obreros", *Boletín de sesiones*, Santiago, 11 de diciembre de 1919, p. 950.

ciones y lucharon por la jornada laboral de ocho horas, mejores condiciones de trabajo, reajuste inflacionario y el pago de horas extras de trabajo. Querían conseguir la legalización de sindicatos libres. Sus colegas en Chuquicamata hicieron también peticiones similares. Después de que en 1925 por fin entró en vigor la nueva legislación social chilena, los mineros, apoyados por los trabajadores portuarios de Antofagasta, organizaron una huelga de gran envergadura. Durante ese conflicto laboral fueron boicoteadas todas las firmas estadounidenses que operaban en el norte[332]. Las empresas rechazaron por principio las demandas de los huelguistas y estuvieron dispuestas a aceptar sólo concesiones muy pequeñas. Como en ocasiones anteriores, el conflicto terminó con derramamiento de sangre, contando las empresas con el apoyo de carabineros chilenos y de tropas regulares[333].

Los gerentes estadounidenses identificaron en la organización sindical de los trabajadores la raíz de todos los males, que combatieron con todos los medios posibles de despido. Tras las huelgas seguían despidos masivos, para los cuales bastaba como causal la mera sospecha de adscripción a tendencias sindicalistas. Tras la huelga de El Teniente en 1919, fue despedido todo el personal y a muchos empleados se les denegó la posibilidad de retirar sus pertenencias desde las viviendas. Sólo los trabajadores dóciles fueron recontratados[334]. En opinión de las empresas estadounidenses, la mayor amenaza provenía de la FOCH, inicialmente socialista y más tarde comunista. En El Teniente, la Braden Copper prohibió dicha organización sindical y en su lugar estableció en 1919 una representación interna de trabajadores de la empresa. Dos años más tarde, sin embargo, ésta quiso afiliarse a la FOCH, lo que fue impedido por la policía de la empresa. Presionado por la nueva legislación social, Braden Copper debió aceptar finalmente en 1925 la creación de un sindicato libre, lo que resultó ser poco problemático ya que el régimen de Carlos Ibáñez controló duramente a los trabajadores y reprimió eficazmente a las corrientes rebeldes, tanto anarquistas como comunistas[335].

[332] Sobre las huelgas en El Teniente, véase Klubock, *op. cit*., pp. 50-52 y 79-80; "En el mineral El Teniente", en *Las Ultimas Noticias*, Santiago, 5 y 6 de noviembre de 1919, p. 15; "Strikes in the Northern Provinces", 27 de enero de 1920, en 2655-0-3, MID, RG 165, NA; Albert, *op. cit*., p. 282. Sobre Chuquicamata: Latcham, *Chuquicamata...*, *op. cit*., pp. 83-106; "¿Qué pasa en Antofagasta?", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 6 de mayo de 1925, p. 3; Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 11 de mayo de 1925, en 825.0132, RG 59, NA; Charles M. Pepper (Chile-American Association) a State Departament, "Anti-American Agitation in Chile", New York, 11 de mayo de 1925, en 825.5045/47, RG 59, NA.

[333] Sobre el uso de la violencia, véase Pinochet Le-Brun, *El diálogo..., op. cit*., tomo 2, pp. 6-7; "El movimiento de Chuquicamata", en *Justicia*, Santiago, 7 de mayo de 1925, p. 1; "Los Yanquis en Chuquicamata", en *Sucesos*, Santiago, 13 de enero de 1927.

[334] "Situación de los obreros", en *Boletín de sesiones*, Santiago, 11 de diciembre de 1919, p. 950; "La bestia yanqui", en *Justicia*, Santiago, 23 de diciembre de 1926, p. 1; Latcham, *Chuquicamata...*, *op. cit*., pp. 84-85.

[335] Klubock, *op. cit*., pp. 50-52 y 76-79; "En el mineral El Teniente", en *Justicia* , Santiago,14 de noviembre de 1924, p. 1; "La tiranía yanqui", en *FO*, Santiago, 9 de noviembre de 1921, p.

La creación de sindicatos sobre la base de huelgas y luchas eran manifestaciones extremas del conflicto existente entre los empleadores yanquis y sus trabajadores chilenos. Pero aparte de éstas, hubo otras maneras, más sutiles, de protesta que se manifestaron en la vida diaria. Lo más frecuente era que los trabajadores expresasen su disgusto hacia sus empleadores, abandonando sus puestos de trabajo. La inestabilidad de los trabajadores fue un problema no resuelto dentro de las empresas hasta la década de 1930. Observadores contemporáneos especulaban acerca de las causas de este comportamiento. En opinión de Carlos Fuenzalida Grandón, quien simpatizaba con los yanquis, era el gusto del "roto" chileno por la aventura lo que daba origen a esa conducta inadecuada. Fue recién durante el decenio de 1920 cuando se generó mayor comprensión sobre las duras y peligrosas condiciones en que vivían los trabajadores y las numerosas regulaciones de la vida cotidiana a las que estaban sometidos[336]. Otras expresiones de protesta fueron el absentismo laboral, la ingesta clandestina de alcohol, el abuso de drogas, de los juegos de azar –especialmente en días de pago– y la prostitución, que era practicada fuera de los asentamientos. Durante esa época y apenas se presentaba una oportunidad, por ejemplo, en proyectos de construcción de obras viales o en industrias urbanas, los mineros casi siempre sin dudarlo renunciaban a su vida en los enclaves. Algo similar sucedía con la mayor parte de las mujeres solteras establecidas dentro o cerca de las ciudades de los enclaves, pues apenas tenían suficientes ahorros y se trasladaban, igualmente, a otros lugares para trabajar ya fuera de sirvientas, comerciantes o prostitutas. Pese a los elevados salarios y a las buenas prestaciones sociales, la vida en los enclaves era difícil de sobrellevar[337].

No todos los trabajadores podían abandonar los enclaves cuando les placiera. Los lazos con su lugar de trabajo eran especialmente fuertes, cuando se encontraban en la posición de mantener una familia. En este sentido daban resultados las estrategias implementadas por las empresas. Había muchos trabajadores que por otra parte, se sentían orgullosos de trabajar en uno de los lugares de producción más modernos del país y de recibir elevados salarios. Pero éstos calzaban rara vez con el concepto de trabajador ideal que tenían en mente los ejecutivos de las empresas. Tanto en El Teniente como en Chuquicamata se puede comprobar sobre la base de documentos, cómo los trabajadores desarrollaron creaciones culturales propias a través del baile, canto y conductas en las que representaban un papel importante valores tales como la solidari-

4. La situación en Chuquicamata era similar: Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 11 de mayo de 1925, en 825.0132, RG 59, NA. Según la Secretaría de Estado de Estados Unidos en Washington las reacciones de las empresas resultaban frecuentemente demasiado brutales: Secretary of State a Santiago, Washington, 31 July 1925, in 825.504/43, RG 59, NA.

[336] Fuenzalida Grandón, "El trabajo... [parte 1]", *op. cit.,* pp. 324-326. Una apreciación más crítica se encuentra en Macchiavello Varas, *El problema..., op. cit*., p. 202.

[337] Sobre El Teniente: Klubock, *op. cit*., pp. 39-42 y 46. Sobre Chquicamata: Latcham, *Chuquicamata...*, *op. cit*., p. 131.

dad y la resistencia informal contra los empleadores extranjeros. Thomas M. Klubock mencionó las leyendas que surgían en torno a los contrabandistas de alcohol, quienes impresionaban a los mineros por su osadía y espíritu rebelde. Desviarse de la norma podía expresarse de múltiples formas: burlarse de los capataces, tomar alcohol en exceso o visitar burdeles. Esto demuestra que, en definitiva, los planes de los ejecutivos de las empresas para transformar a sus trabajadores según el molde de los ideales de clase media estadounidense, habían fracasado[338]. Aun así, aquéllos que trabajaban o habían trabajado para los yanquis quedaron profundamente marcados por esa experiencia.

Si bien los trabajadores eran los actores principales de los encuentros con los estadounidenses en los enclaves y no recibían respaldo alguno por parte del Estado, hubo también muchos empleadores influyentes que se quejaban a causa de las empresas mineras. Sus argumentos eran muy diferentes a los que esgrimían los mineros. En opinión de la mayoría de los empresarios mineros chilenos, los beneficios sociales que entregaban los estadounidenses iban demasiado lejos y constituían una amenaza, ya que provocaban en los trabajadores el despertar de expectativas excesivas. En vista de sus propios intereses, hacían notar que medidas tales como la racionalización técnica en la producción del salitre, acarrearían consigo necesariamente cesantía y disturbios sociales[339]. Sus opiniones traslucían el temor justificado frente a su incapacidad de seguir el ritmo impuesto por los gigantes del norte. Y en efecto, cuando comenzaron las inversiones estadounidenses en el sector cuprífero, quedaban muy pocos productores chilenos activos, a diferencia de lo sucedido en la situación inicial del sector salitrero: aquí se habían repartido las empresas inglesas y chilenas tradicionalmente la producción entre ellas.

Los temores del lobby salitrero frente a los yanquis tenían fundamentalmente dos causas: en primer lugar, la competencia en el mercado mundial de los nitratos y en segundo término, el ingreso de los Guggenheim en la producción salitrera chilena que dio mucho que pensar. Hacia fines de la Primera Guerra Mundial quedó de manifiesto una situación paradójica. Mientras Estados Unidos desplazaba a Alemania como principal mercado del salitre chileno, el gobierno estadounidense realizaba grandes esfuerzos para producir un sustituto en su propio país: el salitre sintético. A partir de 1916 se construyeron para ello fábricas cerca de Muscle Shoals, con una capacidad de producción que habría superado con creces la producción total de salitre en Chile. Tres años más tar-

[338] Latcham, *Chuquicamata...*, *op. cit.*, pp. 34-35 y 150; Klubock, *op. cit.*, pp. 155-187. Sobre el problema del alcoholismo: Fuenzalida Grandón, "El trabajo... [parte 1]", *op. cit.,* pp. 320-322; Augusto Millán, "Contra el gran enemigo", pp. 233-238. La mitificación de los contrabandistas recuerda al tema de Joaquín Murieta, el legendario bandido chileno en California, ampliamente desarrollado en la literatura chilena.

[339] "La racionalización de la industria produce ...desocupación", en *La Nación*, Santiago, 27 de septiembre de 1930, p. 3.

de, el proyecto fue interrumpido, debido al derrumbe que sufrió la demanda una vez terminada la guerra. Al mismo tiempo el mercado internacional fue inundado por la industria de abonos europea que presionó sobre el precio, desencadenando una profunda crisis en la economía chilena[340].

La discusión en torno a la posibilidad de producir nitrato en Estados Unidos fue entonces reanudada. Si hacia 1900 prevalecía el convencimiento en relación con la superioridad del salitre por sobre todos los abonos sintéticos, esta esperanza fue destruida completamente después de la guerra. La misma DuPont, que tenía actividades en Chile, producía en Estados Unidos abono sintético. Cuando el "mago" Henry Ford dio a conocer en 1921 su plan de ingresar en la producción, se desató en Chile el pánico[341]. Los defensores de los intereses salitreros chilenos intentaron convencer a la opinión pública estadounidense sobre la inutilidad de esos planes, a través de una campaña publicitaria. Hacia fines de la década, los temores chilenos demostraron haber sido justificados, pues Henry Ford fundó junto con la Standard Oil of New Jersey y la IG Farben de Alemania, la American IG Chemical Corporation, introduciendo la producción del nitrato sintético[342].

Los promotores que organizaron la producción de abono sintético en Estados Unidos argumentaban que era necesario independizarse del poder de los carteles extranjeros, tales como la Asociación de Productores de Salitre en Chile. En efecto, esta asociación dominada por productores británicos, se empeñó, desde el fin de la guerra, en regular tanto los precios como las cuotas de producción con el fin de seguir siendo competitivos frente a los productores de nitrato sintético europeos[343]. La asociación tenía conflictos con los yanquis desde hacía tiempo, pues cuando Grace y DuPont se embarcaron en 1900 en

[340] Sobre el mercado véase "Resumen de la exposición", Santiago, 26 de mayo de 1925, tomo 54, Circulares del Directorio, Asociación de Productores de Salitre, AN; "El consumo de salitre en los EE.UU.", en *La Unión*, Valparaíso, 28 de junio de 1926, p. 1; "Los EE.UU.", en *La Unión*, Valparaíso, 18 de febrero de 1928, p. 7; Embajada de Chile a MRE, Washington, 11 de octubre de 1927, en AMRE, tomo 1092. Respecto de Europa, véase Rinke, "Las relaciones...", *op. cit.*, pp. 263-265 y 289-295.

[341] "El salitre yankee", en *El Mercurio*, Santiago, 25 de diciembre de 1902, p. 5; "Comisión consultiva", Santiago, 6 de enero de 1925, tomo 1, Comisión consultiva, Asociación de Productores de Salitre, AN. Respecto de los planes de Henry Ford, véase "Mr. Ford i la provisión de nitratos", en *BMSNM*, vol. 33, Santiago, 1921, pp. 392-395; "El proyecto de Henry Ford", en *Las Ultimas Noticias*, Santiago, 23 de febrero de 1922, p. 2. Véase también Embajada de Chile a MRE, Washington, 24 de febrero de 1923, en AMRE, tomo 956; "Nuestro salitre y los EE.UU.", en *La Nación*, Santiago, 16 de abril de 1924, p. 3; Sesión ordinaria del directorio, 22 de enero y 5 de marzo de 1925, tomo 17, Actas del Directorio, Asociación de Productores de Salitre, AN; "Muscle Shoals", en *El Mercurio*, Santiago, 19 de julio de 1932, p. 3.

[342] Sobre la campaña chilena, véase "Comisión consultiva", Santiago, 24 de mayo de 1928 y 24 de enero de 1929, tomo 5, Comisión consultiva, Asociación de Productores de Salitre, AN.

[343] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 6 de marzo de 1923, en 825.6374/626, RG 59, NA. Sobre la postura de Estados Unidos, véase Tulchin, *The Aftermath...*, *op. cit.*, pp. 48-49.

la producción de salitre chileno, ambas empresas se negaron a ingresar a la asociación debido al Sherman Antitrust Act de 1890[344].

Cuando, durante la década 1920, salió a la luz pública que los Guggenheim querían ingresar a la producción de salitre a gran escala, la Asociación de Productores se esforzó tras bambalinas por impedir la venta de terrenos calicheros a los yanquis y objetó ante la justicia sus concesiones mineras. Tal como era de esperar, la filial chilena de los Guggenheim, la Anglo-Chilean Nitrate Corporation, también se negó a ingresar a la asociación hasta que la economía salitrera no fuese completamente reorganizada a fines de la década de 1920. El que los Guggenheim pudiesen triunfar frente a la poderosa oposición, se debió sobre todo a los cambios de gobierno y a la dependencia chilena en cuanto a los préstamos estadounidenses. Sin lugar a dudas resultaron ser justificados los temores de los productores tradicionales, pues los procedimientos de los Guggenheim fueron superiores, dejando rezagados a los pequeños productores. Éstos no podían aplicar en sus establecimientos las innovaciones del nuevo método de Cappelen Smith, debido a los altos costos de implementación[345]. La asociación de productores temía que los yanquis rompiesen el equilibrio del mercado laboral –positivo para los productores chilenos– por los salarios que pagaban, comparativamente altos. El gobierno chileno, que había entregado la concesión correspondiente, pronto se opuso a los Guggenheim, ya que los mismos criticaron el impuesto a la exportación del salitre. En esta cuestión, la posición de los Guggenheim coincidió con la de los demás productores, a pesar de que las divergencias de intereses ya no se pudieron ocultar después del comienzo de la crisis económica mundial[346].

Los enclaves mineros eran en Chile el reflejo directo de aquello que, a los ojos de los observadores chilenos, representaba Estados Unidos en el plano macro. Los enclaves mineros significaron, tanto para los trabajadores como para los empresarios mineros chilenos, una experiencia ambivalente. Los elevados salarios, la modernidad y las gigantescas dimensiones de las instalaciones de producción, contrastaban con la explotación y una competencia amenazante. De manera frecuente se desataron disturbios laborales y huelgas, frente a lo

[344] Consulado de Estados Unidos a Secretary of State, Valparaíso, 12 de diciembre de 1920, en 825.6374/572, RG 59, NA.

[345] Sobre el combate a los Guggenheim, véase Sesión ordinaria del directorio, Santiago, 24 de enero de 1924), tomo 17, Actas del Directorio, Asociación de Productores de Salitre, AN; Sesión de la Comisión consultiva, Santiago 13 de noviembre y 1 de diciembre de 1925, tomo 2, Asociación de Productores de Salitre, AN. Respecto de los costos de los métodos de producción: "El invento Guggenheim", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 30 de mayo de 1925, p. 3; Sesión ordinaria del directorio, Santiago, 3 de marzo de 1924, tomo 18, Actas del Directorio, Asociación de Productores de Salitre, AN.

[346] Sesión de la Comisión consultiva, Santiago, 2 de octubre de 1924, tomo 1, Asociación de Productores de Salitre, AN. Sobre la crítica, véase "El problema salitrero...", en *El Mercurio*, Santiago, 7 de enero de 1927, p. 9.

cual reaccionaron las empresas mineras desacatando la legislación chilena. Desde el punto de vista de los productores de salitre chilenos, se confirmaron sus preocupaciones más profundas, pues el ingreso de los Guggenheim en este sector anunció el fin de su forma de producción. Para los chilenos que vivían en las ciudades, la dura realidad en los enclaves sólo fue percibida a través del filtro de los medios de comunicación, cuya cobertura, sin embargo, era a menudo contradictoria. Apenas la situación de los enclaves les inquietaba un poco, su atención era desviada rápidamente ante la posibilidad de participar del "sueño estadounidense" del consumo. Este desarrollo se encontraba recién en su etapa inicial quedando aún excluidos de él grandes sectores de la población. No obstante los productos estadounidenses se constituyeron en una sociedad que era, en gran parte, aún tradicional, ante el estado avanzado de la modernidad. Dependiendo de la perspectiva del observador, los desacostumbrados productos y empresas implicaban o una promesa de desarrollo futuro del propio país, o más bien una amenaza al carácter nacional. En los próximos capítulos veremos cómo ambas interpretaciones entraron en conflicto, lo que a su vez llevó a nuevas formas de encuentros. Las objeciones frente al ingreso de capital estadounidense, basadas sobre una percepción crítica en cuanto al desarrollo como hemos descrito aquí, convirténdose en elementos recurrentes en los ataques contra del imperialismo, los que aumentaron en intensidad hasta entrado el decenio 1930.

## ¿Quién le teme al tío Sam?
### imágenes del imperialismo estadounidense

*"¡Es con voz de la Biblia, o verso de Walt Whitman,*
*que habría de llegar hasta tí, abusador!*
*¡Primitivo y moderno, sencillo y complicado*
*con un algo de ganster y cuatro de algo peor!*
*Eres los Estados Unidos, eres el actual invasor*
*de América ingenua que tiene muchas minas*
*que aún reza a Jesuscristo y aún se compra un Ford"*[347].

A partir del cambio de siglo, los chilenos experimentaron en grado creciente encuentros de primera mano tanto con la cultura empresarial como con los productos. Tal y como se ha mostrado hasta aquí, la fascinación por la modernidad, reflejada en estos productos, estaba muy extendida. Para algunos chilenos, dicho deslumbramiento era expresión del "norteamericanismo", es decir, del intento por imitar lo mejor posible el "American way of life". Pero

[347] Rubén Wico (verde) Darío, "A Sam (el tío ése...)", . Este poema es una parodia autocrítica a la oda "A Roosevelt" de 1903. En la década de 1930, todo chileno ilustrado conocía la oda de Rubén Darío, una obra clave de la temprana corriente antiimperialista latinoamericana.

al mismo tiempo subsistía una fuerte contracorriente que criticaba el estilo de vida estadounidense, pues veían en él una modalidad encubierta de intervencionismo. En este capítulo se analiza cómo este reproche fue complementado con el estereotipo tradicional del imperialismo, extensamente difundido entre las elites chilenas a partir de la guerra sostenida entre España y Estados Unidos en 1898. A lo largo de la década de 1920, el círculo de quienes condenaban la política exterior estadounidense se amplió y el juicio negativo sobre él como usurpador se convirtió en el elemento central de la concepción popular del estadounidense. De esta manera, las críticas sobre el proceder de los estadounidenses en los enclaves mineros convergieron con experiencias frustrantes en el marco de las relaciones bilaterales y con la preocupación por la superioridad estadounidense que se hacía sentir tanto en América Latina como en el resto del mundo.

## *La penetración yanqui: imperialismo económico*

La crítica hacia la política estadounidense se basó desde fines de siglo XIX crecientemente en la experiencia y percepción de una "pénétration pacifique" de los yanquis por medio del capital. Diversos observadores constataban que el plano económico de esta confrontación con el así llamado "imperialismo del dólar", estaba estrechamente unido a la preeminencia política de Estados Unidos. La penetración del dólar complementaba al imperialismo político al profundizar, a través del mismo, múltiples dependencias. En opinión de numerosos chilenos, la expansión de la zona de dominio del dólar no significaba más que una conquista paulatina de todos los recursos que el mundo podía ofrecer[348]. La "conquista estadounidense del dólar" parecía haber desarrollado una dinámica propia e imparable. Muchos críticos coincidían en que justamente en ella residía la quintaesencia de la norteamericanización[349].

El imperialismo económico de Estados Unidos provocaba en los chilenos la atemorizante percepción de estar siendo absorbidos simplemente por los estadounidenses, lo que parecía tomar cuerpo en su política comercial. Ya en 1909 Tancredo Pinochet había advertido en *La conquista de Chile* que el proteccionismo representaba una clave para el éxito estadounidense. Esta tesis fue formulada un poco más tarde en términos más negativos. El bienestar de Estados Unidos, así se decía con frecuencia, finalmente se basaba en la explotación de otros Estados por medio de la imposición de estándares, prácticas comerciales discutibles y un proteccionismo brutal. El alza gradual de los derechos de internación provocó indignación en Chile. A muchos chilenos

[348] Santelices, *op. cit.*, pp. 150-151.

[349] "La conquista del Dollar", en *El Mercurio*, Santiago, 21 de abril de 1926, p. 5; Santiago Marín Vicuña, "Norteamericanización de la América del Sur", p. 10.

les parecía como si los estadounidenses quisiesen proteger sus riquezas sobre la base de la creación de una muralla china. Las caricaturas expresaban esta idea en imágenes. En julio de 1929, el embajador de Estados Unidos comentó una de esas viñetas con las siguientes palabras:

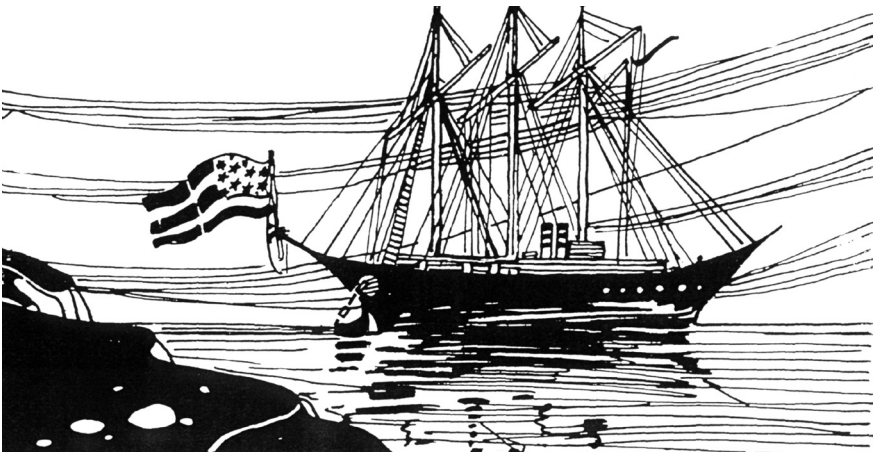
> "It is not to be taken as evidence of an aggressive attitude, but such front page criticism impresses thousands of people - people who would never have read an article on tariffs"[350].

En verdad, el amplio interés público que suscitaba este tema no estaba vinculado a la cuestión de los impuestos en sí mismos, sino a la percepción de que Estados Unidos cometía, a través de ellos, una injusticia, lo que implicaba una amenaza. Esta percepción se instrumentalizó fácilmente. En efecto el año 1926 intentó impedir, un grupo de conocidos políticos, la adjudicación de nuevos préstamos a bancos estadounidenses. Para ello alertaron contra el expansionismo de los yanquis apelando al sentimiento nacional. Algunos integrantes de este grupo, tales como Agustín Edwards Ross y Conrado Ríos Gallardo, agregaron sus exigencias la necesidad de adjudicar los préstamos internacionales nuevamente a Inglaterra, lo que era comprensible en vista de sus intereses personales y relaciones comerciales preestablecidas. Sin embargo, a la mayoría de los chilenos Europa

El potencial financiero de Estados Unidos se percibía como la última esperanza frente a la crisis que se cernía sobre Chile. FUENTE: "Única esperanza", en *Corre Vuela*, Santiago, 18 de octubre de 1922.

[350] Culbertson a Henry Stimson, Santiago, 23 de julio de 1929, Culbertson Papers, LC. Véase Pinochet Le-Brun, *La conquista..., op cit*., p. 53; "La lucha", en *La Nación*, Santiago, 13 de enero de 1919, p. 3; G. Paratore, "Los amos del mundo", p. 3; "Una muralla china", en *La Nación*, Santiago, 13 de julio de 1929, p. 3; "La semana internacional", *La Unión*, Valparaíso, 6 de julio de 1930, p. 3.

ya no les parecía equivalente a Estados Unidos[351]. El caricaturista responsable de la ilustración de la página anterior retrató, certeramente, la situación del país, al dibujar a Chile como un país obligado a buscar al tío Sam ,como última medida de salvación, para conseguir un préstamo de ciento cinco millones de dólares.



En el recuento se estipuló el año 1916 como el momento del inicio de la expansión estadounidense en Chile. FUENTE: "El año", en *Zig-Zag*, Santiago, 30 de diciembre de 1916.

Según el punto de vista de muchos comentaristas, los enclaves mineros eran la expresión material más nítida del imperialismo estadounidense en Chile. Ya antes de la guerra autores tan conocidos como Tancredo Pinochet y el novelista Baldomero Lillo, deploraron enfáticamente la explotación llevada a cabo por los extranjeros, tanto de las materias primas como de los trabajadores chilenos[352]. Durante la Primera Guerra Mundial las críticas se dirigieron en contra de Estados Unidos. La pregunta candente que se hacía era si acaso Chile se convertiría a largo plazo en el ámbito de alguna de las pequeñas repúblicas centroamericanas que debían lidiar con el intervencionismo directo de este país. El punto culminante se alcanzó con la adjudicación de la concesión para explotar el mineral de Chuquicamata, por lo que el gobierno fue pública y duramente criticado en mayo de 1915. A raíz de ello la revista ilustrada *Zig-Zag* insertó en la primera página de su recuento realizado para el año 1916, una imagen cuya fuerza sugestiva resultó ser emblemática durante varias décadas: los yanquis viajando satisfechos de vuelta a casa, tras haber concluido el trabajo

[351] Conrado Ríos Gallardo, "Pensemos en Londres y olvidemos a Nueva York", p. 3; Agustín Ross, "El nuevo empréstito", p. 3; Valdivia, *op. cit.*, p. 249.

[352] Pinochet Le-Brun, *La conquista..., op. cit.*, pp. 120-121; Baldomero Lillo, "El obrero chileno en la pampa salitrera", p. 403.

anual y haber inaugurado un gran número de nuevas empresas, llevándose tanta cantidad de materias primas desde el norte chileno como les era posible de transportar (véase ilustración página anterior)[353].

Después de la Primera Guerra Mundial hubo cada vez más adherentes que percibían la expansión de los enclaves, como una amenaza para la soberanía nacional. El Departamento de Estado reconoció en un importante memorándum de 1930, las implicancias problemáticas que representaban las actividades de los consorcios en países como Chile:

> "Irrespective of the policy at Washington and the personality of statesmen, the operations of such enterprises ...create independent political interests in the territories subject to their economic operations which supplement and often determine official policy both at Washington and in the various Latin American capitals"[354].

Desde el punto de vista chileno estos "intereses políticos independientes" constituían una fuerte amenaza, lo que tampoco fue subvalorado por las elites de Santiago, tradicionalmente cooperadoras con los capitales extranjeros. El Ministerio de Relaciones Exteriores chileno comprendió, dos años antes que el Departamento de Estado, el riesgo que implicaba el intervencionismo extranjero en los enclaves:

> "Otra forma de intervención más moderna es la que resulta de la explotación de materias primas y recursos naturales. Las grandes potencias industriales miran a la América Latina como 'países de reserva' bajo aquellos dos aspectos; y de ello se deriva una lucha de intereses que convierte a ciertos países en objeto de una peligrosa política de rivalidades"[355].

El informe de la cancillería reflejaba opiniones ampliamente conocidas y aceptadas. De hecho, autores como Augusto Santelices, Ricardo A. Latcham, Eulogio Gutiérrez y Marcial Figueroa no sólo eran exitosos porque describían las malas condiciones de vida de los trabajadores sino porque, atacaban el imperialismo yanqui en los enclaves. Este concepto ingresó también a la literatura a través de la novela *Carnalavaca* de Andrés Garafulic. Este libro fue elogiado como "la gran novela del norte" porque atacaba la supuesta traición de las elites chilenas, que habían vendido las riquezas nacionales a los yanquis[356]. La imagen del yanqui codicioso no sólo encontró difusión en todo

[353] Nicolás Palacios, *op. cit*., pp. 466-469; "La Nacionalización...", en *Las Ultimas Noticias*, Santiago, 31 de mayo de 1915, p. 4.

[354] "Memorandum", Washington, 12 de enero de 1930, en 710.11/1518, RG 59, NA.

[355] MRE a la Embajada de Chile en Washington, "Instrucciones", Santiago, 30 de enero de 1928, en AMRE, 1137.

[356] Ricardo A. Latcham, "Reseña de *Carnalavaca*", pp. 195-197.

Chile a través de la literatura sino, también, en coplas coloquiales y en versos de cantores itinerantes[357].

Esta opinión se validó aún más cuando los estadounidenses pusieron supuestamente bajo su control a regiones completas y las desnacionalizaron. Durante una estadía en Iquique, Enrique Molina comprobó que toda la vida comercial de la ciudad estaba en manos de extranjeros. Este tipo de percepciones se convirtieron en la base de teorías de conspiración, según las cuales los yanquis deseaban dominar estratégicamente, en largo plazo, la producción de todas las materias primas del país. Los simpatizantes de esta teoría confirmaron sus sospechas después de que los estadounidenses acaparasen no sólo la economía del cobre sino que, también, la del salitre. Esto significaba, tal como apuntaban los críticos, la liquidación del futuro de Chile en manos de "extranjeros, que ni siquiera nos conocen"[358]. Que estos extranjeros construyesen un Estado dentro del Estado, cual modernos conquistadores y que instalasen allí sus propias reglas, por encima de las leyes chilenas, no podían aprobarlo ni siquiera los chilenos que simpatizaban con los estadounidenses[359].

Los críticos más recalcitrantes del imperialismo formaban parte de los conservadores tradicionales, los nacionalistas de derecha o los radicales de izquierda. Autores y caricaturistas de estas corrientes de pensamiento que publicaban sus colaboraciones en periódicos y revistas como *El Sur, La Unión, El Diario Ilustrado, Justicia* o *El Despertar de los Trabajadores,* utilizaban frecuentemente un lenguaje repleto de metáforas y símbolos cargando así de emoción las acusaciones contra los yanquis. Desde el punto de vista de estos críticos radicales, los estadounidenses eran bandidos despreciados en Chile y por los chilenos. Norteamericanización significaba, para ellos, tan sólo el sometimiento del país bajo el yugo de los yanquis, quienes se servían para ello de todos los medios posibles, ya fueran formales o informales. El obispo Gilberto Fuenzalida calificó a los misioneros protestantes como la vanguardia de la penetración capitalista en Chile por parte de los Estados Unidos[360].

[357] Vial Correa, *op. cit*., pp. 179-182.

[358] Guillermo Viviani Contreras*, Sociología chilena: Estudio de sociología general aplicada a nuestro país*, tomo 1: Expositivo: nuestro problema social, p. 98. Véase también, Molina, *Por las..., op. cit*., p. 10. Respecto del salitre: "Desnacionalización salitrera" y "Capital aventurero", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 9 de marzo de 1925, p. 3.

[359] Río, *op. cit*., p. 1; "Contribución...", en Chile, Congreso, Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones extraordinarias*, Santiago, 28 de diciembre de 1927, p. 1007; Durán B., *op. cit*., pp. 11-18; Viviani Contreras, *op. cit*., tomo 1, p. 99.

[360] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 27 de enero de 1931, anexo: Gilberto Fuenzalida, "The Protestant Invasion in Latin America and especially in Chile", en 825.404/8, RG 59, NA. Sobre las voces de la derecha, véase Santelices, *op. cit*., p. 156; Latcham, *Chuquicamata..., op. cit*., pp. 8 y 11; "La esplotación del cobre chileno", en *El Sur*, Concepción, 22 de abril de 1920, p. 3. Sobre la izquierda comunista: "Dos palabras sobre el imperialismo", en *Justicia*, Santiago, 22 de agosto de 1925, p. 1; "¿Quién domina...?", en *Justicia*, Santiago, 31 de mayo de 1926, p. 1; "La pantera americana", en *DT*, Iquique, 12 de marzo de 1925, p. 3.

Los comunistas llegaron a conclusiones similares; sin embargo, en contraposición a la derecha, las utilizaban para exigir un cambio revolucionario del orden social. En su "Manifiesto al proletariado sudamericano" de 1922, *La Federación Obrera,* periódico del movimiento obrero comunista, enfatizó el ascenso de Estados Unidos al "centro del mundo del imperialismo capitalista". El manifiesto llamaba a los trabajadores de América Latina, tanto de las ciudades como del campo, a la solidaridad hemisférica en contra del imperialismo[361]. Se lamentaba de la falta de patriotismo de parte de las elites, que habían vendido a Chile a los intereses extranjeros y que luego se quejaban de problemas que habían sido creados por ellos mismos[362].

Los nacionalistas, por su parte, podían adherirse sin problema a estas críticas, pero posicionados desde una trinchera ideológica completamente diferente. Desde su perspectiva, también había sido la oligarquía tradicional la culpable de los problemas existentes, ya que ellos habían vendido al país. Según ellos, ciertos integrantes de esa oligarquía –supuestamente personajes corruptos como Agustín Edwards McClure– habían invertido su dinero en el extranjero y estaban estrechamente vinculados con los yanquis. Responsabilizaban a toda una red compuesta de jueces, abogados, políticos, policías y periodistas venales de la penetración extranjera en Chile[363]. Así como en el irónico poema citado al inicio de este apartado –que se apoyaba directamente sobre la conocidísima "Oda a Roosevelt" de Rubén Darío–, en aquellos análisis también se expresaba una autocrítica. El autor anónimo de la revista de sátira política *Topaze* hacía responsables, conjuntamente, a los ingenuos chilenos y latinoamericanos de haber permitido la invasión imperialista. El escritor nacionalista Joaquín Edwards Bello resumió esta posición: "La invasión norteamericana en nuestra América es facilitada por nuestros vicios, por nuestra cobardía y nuestra inmensa venalidad"[364].

Los "tentáculos del imperialismo estadounidense" eran frecuentemente atacados por quienes tenían interés en criticar el sistema político y la distribución del poder. La acusación de colaboración con el capital yanqui se convirtió en un poderoso argumento político en la lucha diaria. Los partidos extremistas y los movimientos, tanto de izquierda como de derecha, pero también nacionalistas, conservadores y liberales de izquierda moderados, podían utilizarla para criticar al gobierno y a las capas dirigentes de la economía, y también

[361] "Manifiesto al proletariado Sud-Americano", en *FO*, Santiago, 6 de enero de 1922, p. 4.

[362] "Origen de la fortuna...", en *FO*, Santiago, 14 de julio de 1922, p. 1; "Haciendo el amor a los dólares", en *DT*, Iquique, 31 de marzo de 1926, p. 2; Carlos Contreras, "¡Chile ha sido vendido!", en *Justicia*, Santiago, 17 de agosto de 1926, p. 1.

[363] Latcham, *Chuquicamata..., op. cit.*, pp. 18 y 40-46; Ernesto Montenegro, *Puritanía.., op. cit.*, pp. 36-37. Sobre Agustín Edwards, véase Eulogio Gutiérrez, *op. cit.*, p. 87.

[364] "Joaquín Edwards Bello habla en la casa de los norteamericanos", en *La Nación,* , Santiago, 27 de septiembre de 1923, p. 3. Véase también Joaquín Edwards Bello, *El nacionalismo continental: crónicas chilenas*, pp. 39-40; Ángel C. Espejo, "La riqueza fabulosa de Chile".

para desacreditar a opositores políticos. En este sentido, el concepto de la "penetración" económica de los yanquis no sólo era temido sino que, también, apreciado. Así, la dramatización del "peligro yanqui" de ninguna manera se mantuvo restringida al aspecto económico.

### *Frustración y rabia: percepciones de tutelaje*

En uno de los artículos de la colección de ensayos *El nacionalismo continental* publicada por Joaquín Edwards Bello, éste afirmó lacónicamente: "El dólar precede a la política. Así avanza el Norte..."[365]. Cuando los chilenos analizaban sus relaciones políticas con el gran vecino del norte, esta tesis parecía confirmarse. Acá interesan las percepciones que habían en torno a la relación entre Chile y Estados Unidos, ya que eran base y parte integrante de los reproches al imperialismo.

A partir de 1898 las relaciones con Washington causaron reiterados disgustos en el público chileno interesado en política. La cooperación entre ambos países en sus sucesivas fases respondía a consideraciones esencialmente oportunistas. Ésta fue ensombrecida por el intervencionismo, por las pretensiones de primacía de Estados Unidos en los países del centro y sur de América y por la oferta de mediación en las negociaciones de Chile con sus vecinos, que fueron percibidas como una intromisión. La desconfianza y el temor frente al "peligro yanqui" crecieron también en el ámbito político. Destacados diplomáticos y políticos hablaban del "descarado y abierto imperialismo" de los yanquis[366]. Durante la Primera Guerra Mundial se originaron adicionales conflictos potenciales y siguieron aumentando las posiciones políticas en contra de Estados Unidos. Esto, a pesar de que *El Mercurio* –cuyo propietario, Agustín Edwards, mantenía estrechas relaciones con Inglaterra–, realizaba una campaña a favor de la causa de los aliados. En opinión de críticos conservadores, la posición neutral de Chile era una respuesta consecuente frente a las pretensiones de Estados Unidos[367].

Luego del fin de la guerra muchos críticos, como el recién elegido presidente Arturo Alessandri Palma, cambiaron rápidamente de opinión. Así se llegó, por parte del gobierno chileno, a la ya descrita campaña de buena voluntad, atribuible al interés por conseguir préstamos en dólares y por lograr una mediación positiva en el conflicto de Tacna y Arica[368]. Otra causa que explica este cambio de disposición fue la difundida opinión de que Estados

[365] Edwards Bello, *op. cit.*, p. 43.

[366] Embajada de Chile al MRE, 19 de enero de 1914, en AMRE, tomo 480.

[367] Galvarino Gallardo Nieto, *Neutralidad de Chile ante la guerra europea*, p. XL; Embajada de Chile al MRE, Washington, 5 de octubre de 1917, en AMRE, tomo 613.

[368] Pike, *Chile..., op. cit.*, pp. 158-159.

Unidos se había convertido para siempre en potencia hegemónica[369]. La imagen de un país juvenil y fuerte, que dictaba el destino del mundo, cobró relevancia política en Chile, pues contribuyó a difundir la convicción de que la cooperación con el vecino del norte era inevitable. Ernesto Montenegro resumió este estado de ánimo:

> "...la palabra del Presidente americano resuena por el mundo con la vibración de una voz cósmica... Y el mundo le oye ansioso, inquieto o jubilante..."[370].

Los chilenos querían ser parte de aquéllos que tenían motivos para estar jubilosos.

Tras la guerra hubo varios intentos por mejorar las relaciones entre Chile y Estados Unidos. Una escuadra de buques de guerra estadounidenses visitó en 1921 los puertos chilenos y fue recibida efusivamente. Esta visita se interpretó como la demostración de una nueva calidad en las relaciones entre ambos países[371]. En el plano oficial, tanto Arturo Alessandri Palma como Carlos Ibáñez se esforzaron por mantener una buena relación con Washington. Debido a esto, Arturo Alessandri Palma gozó de la fama de ser un verdadero amigo de Estados Unidos, por lo que más tarde –ya bajo el gobierno de Carlos Ibáñez–, los funcionarios del State Department calificaron las relaciones con Chile como ejemplares. Alcanzaron su punto culminante cuando el embajador Carlos Dávila pronunció en Estados Unidos un discurso, publicado luego con el título *North-American Imperialism,* que llamó la atención por su contenido proestadounidense[372].

Detrás de esta fachada se ocultaba un fuerte potencial de conflictos. Los actores de la política exterior chilena, una y otra vez, se sentían heridos en su orgullo por las actitudes de Estados Unidos[373]. La más pequeña irritación

[369] "Los EE.UU...", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 26 de noviembre de 1919, p. 3; "Crónicas internacionales", en *El Mercurio*, Santiago, 7 de noviembre de 1920, p. 3; "Los EE.UU. considerados como potencia militar", en *La Unión*, Valparaíso, 11 de noviembre de 1927, p. 1; Macchiavello Varas, *Política..., op. cit*., tomo 2, p. 255.

[370] Ernesto Montenegro, *Puritanía..., op. cit*., p. 241.

[371] "EE.UU. y Chile", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 1 de febrero de 1921, p. 3; "Ecos de la escuadra yankee", en *Zig-Zag* , Santiago, 12 de febrero de 1921; Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 2 de febrero de 1921, en 825.00/188, RG 59, NA.

[372] Sobre Arturo Alessandri Palma: embajador de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 24 de septiemvbre de 1924, en 825.00/310, RG 59, NA. La embajada norteamericana otorgó asilo a Arturo Alessandri Palma cuando debió huir del país. Respecto de Carlos Dávila: agregado militar norteamericano al War Departament, Santiago, 14 de julio de 1930, en 711.25/65, RG 59, NA; "¿En qué consiste el imperialismo yanqui?", en *Sucesos*, Santiago, 7 de agosto de 1930. El discurso fue distribuido en todas las representaciones diplomáticas estadounidenses de América Latina: Departament of State, circular, Washington, 4 de noviembre de 1930, en 711.25/66A, RG 59, NA.

[373] "El comentario semanal", en *Zig-Zag* , Santiago, 27 de marzo de 1920.

podía gatillar la acusación de imperialismo. Esto sucedió también cuando las relaciones entre Washington y Santiago se resintieron considerablemente durante el conflicto territorial por Tacna y Arica, sostenido entre Chile y Perú/Bolivia. Desde un comienzo los medios chilenos siguieron con gran atención las disputas. Inicialmente se esperaba que, tal como había ocurrido hasta la fecha, Estados Unidos compartiese la postura de rechazo de los chilenos a la mediación forzosa en caso de ocurrir conflictos internacionales. En este sentido, la no suscripción del tratado de paz de Versalles por parte de Estados Unidos fue evaluada como un signo positivo. Por eso, cuando las presiones peruanas hicieron imposible obviar la mediación, los chilenos propusieron a Estados Unidos como árbitro[374].

La mediación de este país estuvo marcada desde un comienzo por una mala estrella. Para las elites y para otras capas de la sociedad chilena el problema era un asunto de prestigio, pues no se podía renunciar sin luchar a las conquistas de la Guerra del Pacífico. Voces habitualmente moderadas se mostraron sensibles en la cuestión de Tacna y Arica. No fue sorprendente que los sentimientos antiestadounidenses aflorasen reiteradamente en la primera fase del proceso de mediación, entre 1919 y 1925. Esto se hizo visible ya en marzo de 1920, con motivo de una gestión realizada por Washington que conminaba a los tres adversarios –Chile, Perú y Bolivia–, a abstenerse de recriminaciones mutuas. Lo que escandalizó fue no tanto el tono imperativo proveniente de Washington, sino la percepción de que se considerase a Chile a una misma altura que a sus vecinos, a quienes los chilenos juzgaban como incivilizados y "racialmente" inferiores[375]. Pese a todo, a la mayor parte de los comentaristas les parecía indispensable contar con la cooperación de los yanquis, especialmente si se tenía en cuenta la conferencia de 1922 en Washington[376].

Por esta razón hubo posteriormente preocupación por poner buena cara al mal tiempo. Así, por ejemplo, el presidente de la comisión mediadora, el general John J.P. Pershing, fue recibido cordialmente[377]. El cálculo pareció haber dado resultados cuando el presidente Calvin Coolidge fijó en marzo de 1925 un plebiscito, lo que coincidía con las aspiraciones del Ministerio de Relaciones Exteriores chileno. En vista de ello, *El Mercurio* elogió efusivamente la mediación de los yanquis como verdaderamente imparcial y provista de una visión de largo plazo. Como acto simbólico de agradecimiento, el día nacional de Estados Unidos, el 4 de julio, fue declarado también festivo en Chile, con

[374] "Desde EE.UU.", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 23 de noviembre de 1919, p. 7; "Los intereses vitales", en *El Mercurio*, Santiago, 3 de diciembre de 1919, p. 3; Eliodoro Yáñez, "Informe", en AMRE, tomo 743. Sobre la propaganda peruana, véase Embajada de Chile al MRE, 1 de febrero de 1919,en AMRE, tomo 743.

[375] "La última salida de tono de la cancillería de Washington", en *El Sur*, Concepción, 31 de marzo de 1920, p. 1.

[376] Galvarino Gallardo Nieto, "¿También reirá el presidente Harding?", p. 3.

[377] "Pershing", en *La Nación*, Santiago, 7 de enero de 1925, p. 3.

lo cual las celebraciones oficiales se prolongaron por dos días[378]. Sin embargo, el entusiasmo resultó de nuevo prematuro y se convirtió en odio al surgir problemas durante la preparación del plebiscito. A los yanquis se les echó en cara tener preferencia unilateral por la parte peruana y menosprecio por los legítimos intereses chilenos. El otrora diplomático Conrado Ríos Gallardo solicitó abortar las negociaciones para resguardar la dignidad nacional[379].

Durante esta fase, la prensa evocó el recuerdo de antiguas tensiones habidas con Estados Unidos. Así, el papel de ese país en el término de la Guerra del Pacífico se presentó como ejemplo palpable de su menosprecio hacia Chile. John J.P. Pershing y su sucesor William L. Lassiter eran descritos como portadores de esta tradición. Agustín Ross, comentarista del influyente diario *La Unión,* alertaba, una y otra vez, a sus lectores sobre la falta de formalidad de parte de los estadounidenses[380]. Cuando William Lassiter hizo interrumpir los preparativos para el plebiscito y responsabilizó de ello a los chilenos, se desató una tormenta de indignación. Fue común echarle en cara a los mediadores estadounidenses que eran unos incompetentes. El presidente Arturo Alessandri Palma llegó a declarar que Estados Unidos era una nación de gigantes gobernada por pigmeos[381].

Los sentimientos antiestadounidenses en ningún caso se restringieron a las opiniones de las capas políticas dirigentes, afirmaciones que eran reproducidas en la prensa. Numerosos chilenos, provenientes de todas las clases sociales, firmaron peticiones en las que se ofrecían para defender el territorio nacional con su propia sangre y en las que rechazaban, vehementemente, la cesión de la más mínima parte de la zona en disputa[382]. William Lassiter y sus hombres fueron amenazados e insultados en la zona del plebiscito. En la prensa local del norte la agitación era especialmente fomentada. Recurriendo a viejos estereotipos se mostró nuevamente a Estados Unidos como un país inmoral, en el que el materialismo, los divorcios y los delitos estaban a la orden del día.

[378] "El fallo arbitral sobre Tacna y Arica", en *El Mercurio*, Santiago, 10 de marzo de 1925, p. 3. Sobre las celebraciones del 4 de julio: embajada de Estados Unidis a Secretary of State, Santiago, 10 de julio de 1925, en 825.407/2, RG 59, NA.

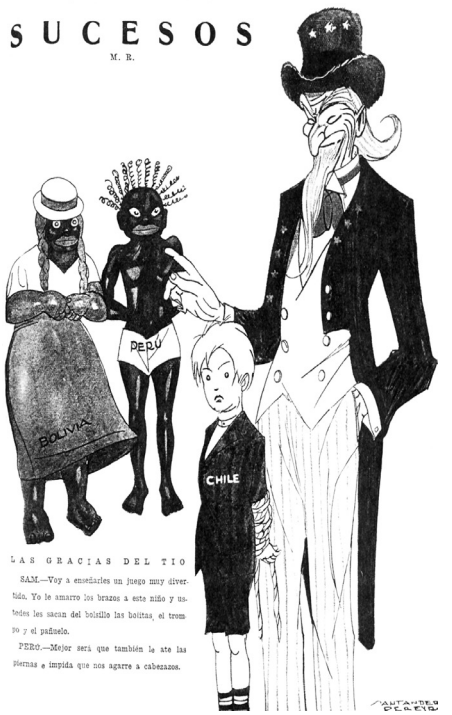
[379] Conrado Ríos Gallardo, "La dignidad nacional impide ir más adelante", p. 3; "La imparcialidad del general Pershing", en *El Mercurio*, Santiago, 3 de diciembre de 1925, p. 3; "En el litigo del norte", en *Las Ultimas Noticias*, Santiago, 30 de noviembre de 1925, p. 3; "El fracaso de la negociación plebiscitaria", en *Las Ultimas Noticias*, Santiago, 4 de julio de 1926, p. 29.

[380] "La intervención norteamericana en la liquidación de la guerra", en *Zig-Zag*, Santiago, 31 de julio de 1926; "La historia se repite", en *El Mercurio*, Santiago, 13 de junio de 1926, p. 9. Sobre Agustín Ross, véase: Agregado militar de Estados Unidos, "The Tacna-Arica Question as a Vehicle for Anti-American Propaganda", Santiago, 29 de diciembre de 1922, en 2657-8-37/41, MID, RG 165, NA.

[381] "Sobre el discurso del general Lassiter", en *El Mercurio*, Santiago, 17 de junio de 1926, p. 3; "El discurso del general Lassiter", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 18 de junio de 1926, p. 3; Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 31 de marzo de 1927, en 710.11/997, RG 59, NA. Sobre Arturo Alessandri Palma, véase Pike, *Chile..., op. cit*., p. 398.

[382] Pike, *Chile..., op. cit*., p. 219. Sobre la popularización del antiestadounidense, véase Hans-Joachim König, "Inter-American Relations in Historical Perspectiva", pp. 534-535.

El rumor de que Estados Unidos quería anexarse, él mismo, esas provincias se difundió rápidamente[383].




Desde el punto de vista chileno, entre 1926 y 1927 saltaba a la vista la parcialidad de Estados Unidos. En esta caricatura también queda muy clara la representación racista que se hacía de peruanos y bolivianos, mostrados como "negros" bárbaros y cobardes, diferenciados negativamente del pequeño y débil, pero valiente, civilizado y "blanco" chileno. FUENTE: "Las gracias del Tío", en *Sucesos*, Santiago, 13 de octubre de 1927.

Las actitudes críticas contemporáneas en contra de ese país quedaron reflejadas en innumerables caricaturas, que se podían ver en las portadas de revistas tan populares como *Corre Vuela, Sucesos* o *Zig-Zag*. Con un buen olfato para detectar el estado emocional de los chilenos, los dibujantes mostraban, una y otra vez, a un tío Sam que o, bien, robaba él mismo las provincias, o se dejaba enganchar por el astuto peruano, pasando a llevar a los pobres y honestos chilenos (véase ilustración)[384]. El denominador común de estas caricaturas era, junto con una rotunda desvalorización racista de Perú y Bolivia, la representación del tío Sam como una figura imperialista, codiciosa y fea. Imágenes como éstas no sólo impregnaron al público lector sino, también, a los chilenos de las más diversas clases sociales. Así, las emociones negativas hacia los yanquis, evocadas durante la campaña en torno a la cuestión de Tacna y Arica, no pudieron simplemente volver a archivarse. Ello tampoco fue posible cuando la parte chilena decidió transigir y sentarse nuevamente a la mesa de negociaciones. Cuando finalmente

383 "El general Lassiter fué ayer objeto de una silbatina", en *El Mercurio*, Santiago, 18 de junio de 1926, p. 1; Teniente Griswold a coronel Parker, Tacna, 6 de marzo de 1926, en 305A, Information Reports, Tacna Arica Arbitration, RG 76, NA. Sobre la prensa local: "La verdad sobre nuestros jueces", en *La Aurora*, Santiago, 15 de junio de 1926, p. 1; "Los actores del plebiscito", en *La Aurora*, Santiago, 16 de junio de 1926, p. 1. Respecto de los rumores, véase "El capital norteamericano...", en *El Industrial,* Antofagasta, 19 de agosto de 1927, p. 1; "Bolivia...", en *El Mercurio*, Santiago, 23 de marzo de 1926, p. 3.

384 "Las andanzas del tío", en *Las Ultimas Noticias*, Santiago, 28 de junio de 1926, S. 1; "...Y tragar saliva", en *Corre Vuela*, Nº 14, Santiago, 3 de noviembre de 1925; "En la buena y en la mala", *Sucesos*, Santiago, 24 de junio de 1926.

se encontró una solución diplomática, el dictador Carlos Ibáñez cosechó los elogios, mientras que para la opinión pública chilena los estadounidenses continuaron siendo los chivos expiatorios[385].

La coyuntura en la que se producían los lemas antiestadounidenses dependía esencialmente de la situación política interna de Chile. Como ésta tuvo fases muy inestables entre 1900 y 1930, la posición de Estados Unidos y su tarea de mediación no fue algo envidiable. Estados Unidos había escogido esa función, pues quería demostrar su fuerza de liderazgo dentro del hemisferio occidental. Ya desde lel decenio 1920 se vio, sin embargo, que la inestabilidad política en Chile podía traerle consecuencias negativas. El temor frente al yanqui imperialista podía ser movilizado con facilidad para distraer la atención de la problemática situación de la política interna chilena y para alcanzar logros en la política exterior. Los sentimientos de la propia impotencia e inferioridad representaron ciertamente también en el Chile de esa época un papel importante en la creación de posiciones antiestadounidenses. Debido a la ampliación de la base de participación política y a la utilización de representaciones gráficas, estas emociones se convirtieron en un fenómeno muy extendido.

### *De Monroe a Sandino: crítica al intervencionismo*

La mediación de Estados Unidos en la cuestión de Tacna y Arica se fundaba sobre su propia pretensión de liderazgo dentro del hemisferio occidental, aspiración legitimada por la doctrina Monroe y sus diversos agregados posteriores. Desde la perspectiva de los chilenos críticos a Estados Unidos, éste deseaba atraer hacia su causa a toda América Latina bajo el lema del nuevo panamericanismo que prometía la cooperación entre las Américas, pero que beneficiaba unilateralmente sus propios intereses económicos[386]. Ya se mostró la importancia que tuvo la política estadounidense respecto de América Latina para las relaciones entre Washington y Santiago (desde 1900 hasta 1930). Ya antes de la Primera Guerra Mundial esta política suscitó fuertes críticas, las que aumentaron de manera continua hasta el estallido de la crisis financiera mundial.

Cuando el ex presidente Theodore Roosevelt visitó Chile en 1913, las discusiones en torno al panamericanismo y a la doctrina Monroe ya tenían una tradición en Chile. Nicolás Palacios calificaba la doctrina como esencialmente defensiva y pensaba que, por ello, calzaba con los intereses de Chile. Los críticos

[385] Sobre la evaluación en el ámbito oficial: Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 9 de junio de 1927, en 825.00/515, RG 59, NA; Embajada de Chile al MRE, 1 de agosto de 1927, en AMRE, tomo 1092; Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 4 de septiembre de 1929, en 825.00/472, RG 59, NA.

[386] Sobre el nuevo panamericanismo: Schoultz, *Beneath.., op. cit.* Sobre la doctrina Monroe: Dexter Perkins, *A History of the Monroe Doctrine.*

coincidían, en cambio, mayoritariamente en que se trataba de una declaración unilateral. Desde la guerra entre España y Estados Unidos cada vez más chilenos habían llegado a la conclusión de que la doctrina, al igual que la retórica idealista del panamericanismo, eran un instrumento de la expansión económica estadounidense. Los agregados que se le hicieron durante el siglo XX produjeron especial rechazo, pues los chilenos se percibían a sí mismos como habitantes de un país con cultura y al menos en pie de igualdad con el de los yanquis, si no por sobre estos. No fue otra cosa la que expresó abiertamente el escritor y diplomático Marcial Martínez en su discurso de bienvenida a Theodore Roosevelt en la Universidad de Chile, irritando con sus palabras al invitado[387].

Poco tiempo después pareció que la retórica de Woodrow Wilson prometía imprimirle un nuevo espíritu a las relaciones interamericanas. Sin embargo, ya durante la guerra la política que mantuvo Estados Unidos hacia México mostró, según el punto de vista de los observadores chilenos, que esa esperanza era ilusoria. Con disgusto se dieron por enterados de que la interpretación unilateral de la doctrina, al arbitrio de Washington, no se había modificado en absoluto después de la guerra, cuando los Estados latinoamericanos se habían convertido en miembros de la Liga de las Naciones[388]. Así, un comentarista de *La Nación* constató con frustración en 1929 que la doctrina Monroe podía ser simultáneamente una declaración pacifista, un pretexto para la intervención militar y una promesa de protección frente a agresiones extranjeras[389].

Mientras el año 1923 sesionaba en Santiago la V Conferencia Interamericana, existía una esperanza de que se produciría un cambio en vista de la debilidad de Europa. En el año del centenario de la doctrina Monroe en América Latina se deseaba una señal generosa de parte de la política exterior estadounidense. Los discursos del Secretario de Estado, Charles E. Hughes en Santiago, en realidad despertaron desilusión y una abierta crítica, pues no sólo significaban una negativa a las reformas sino un paso atrás hacia la era de la diplomacia del *big-stick*. Los comentaristas chilenos atacaron con más claridad que nunca antes, el carácter unilateral de la doctrina así como el derecho autoasignado de "proteger" a las repúblicas latinoamericanas[390].

[387] Marcial Martínez, *Obras completas*, vol. 2, p. 288. Véase también Nicolás Palacios, *op. cit*., p. 507; Alberto del Solar, "La Doctrina de Monroe y la América Latina [reedición de 1898]", p. 3; Alejandro Alvarez, *The Monroe Doctrine: Its Importance in the International Life of the States of the World*. Sobre la crítica al panamericanismo: Pinochet Le-Brun, *La conquista..., op. cit*., p. 55; Julio Pérez Canto, "El segundo congreso",, p. 295.

[388] Acerca de México: "Hexámetros a Wilson", en *Zig-Zag*, Santiago, 23 de diciembre de 1916. Sobre la Liga de las Naciones: William Temple [Ernesto Barros Jarpa], "La doctrina Monroe", p. 3; "EE.UU. y la doctrina Monroe ante la Sociedad de las Naciones", *La Unión*, Valparaíso, 27 de noviembre de 1920, p. 1.

[389] "Th. Roosevelt y la Doctrina Monroe", en *La Nación*, Santiago, 3 de noviembre de 1920, p. 3.

[390] "La Doctrina Monroe"", en *La Nación*, Santiago, 1 de septiembre de 1923, p. 3; Charles E. Hughes, "Observaciones acerca de la doctrina de Monroe", pp. 109-134; "Centenario de la

Un análisis de los comentarios chilenos sobre la doctrina Monroe, durante la década siguiente a la guerra, muestra que reflejaban esencialmente dos corrientes. En el campo de los moderados, quienes reconocían la doctrina Monroe en virtud del destino común de América, había expertos como Alejandro Álvarez, que eran de la opinión de que sólo por consideraciones comerciales era imposible un completo aislamiento respecto de Estados Unidos. No obstante, era necesario reducir la doctrina a su sentido defensivo original y encontrar una nueva base de cooperación[391]. El sector de los radicales, entre quienes figuraba, por ejemplo, Tancredo Pinochet, rechazaba por principio la validez de la doctrina Monroe en vista del fin del peligro europeo. Sin esta amenaza, la doctrina era un riesgo para la soberanía de América Latina. Augusto Santelices dudaba de que ella, alguna vez, hubiese tenido alguna dimensión no imperialista. Según su parecer desde un comienzo había sido sólo un pretexto para las agresiones contra los países del sur[392]. Los críticos coincidían en opinar que desde la independencia la consigna "América para los americanos" había adquirido un nuevo significado y que reflejaba la transformación semántica del concepto "América", el cual ya sólo se utilizaba para la porción norte del continente doble. Así, el *go West* se había convertido en *go South*[393]. Coke recogió este sentido en una caricatura, ya clásica, de 1931 (véase ilustración en página siguiente). Cuantas más veces interviniese Estados Unidos en forma desconsiderada, mayor difusión alcanzarían las voces críticas. Las numerosas agresiones habían mostrado que las ideas de Woodrow Wilson sobre el derecho a la autodeterminación de los pueblos eran pura retórica. Durante la década de 1920 pareció que el cinismo de los yanquis crecía aún más, pues mientras llamaban en el marco panamericano a la hermandad, en la práctica ocupaban con sus tropas gran parte de Centroamérica. Por ello, a muchos observadores les pareció que el panamericanismo era un lema vacío, que despertaba falsas esperanzas[394].

---

doctrina Monroe", en *El Mercurio*, Santiago, 2 de diciembre de 1923, p. 3; "El centenario de la doctrina Monroe", en *La Nación*, Santiago, 2 de diciembre de 1923, p. 3. Para caricaturas en este contexto, véase "El pan como una flor", en *Kakaraka*, Santiago, 28 de marzo de 1923, p. 1; "Impresiones del rodeo pan-americano", en *Kakaraka*, Santiago, 18 de abril de 1923, p. 19.

[391] "La Doctrina Monroe: Su significado primitivo", *La Nación*, Santiago, 4 de abril de 1920, p. 9; Enrique Molina, "La doctrina de Monroe y el panamericanismo", pp. 168-172; Agustín Edwards, "La política exterior de los EE.UU.", pp. 6-7 y 32; "El panamericanismo y la Doctrina Monroe", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 29 de abril de 1930, p. 3. Sobre Alvarez: Pike, *Chile..., op. cit*., pp. 220-224.

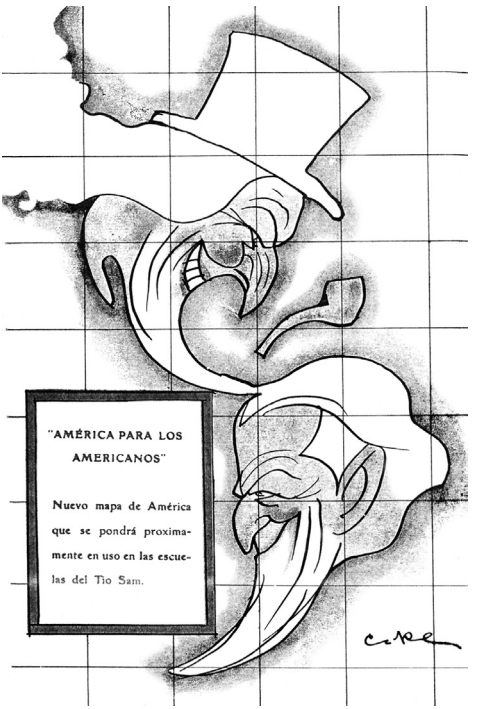
[392] Santelices, *op. cit*., pp. 142-150; Rafael Escobar Lara, "The Monroe Doctrine and the League of Nations", pp. 283-294; "Actualidad internacional", en *Claridad*, Santiago, 16 de octubre de 1920, p. 10; Pinochet Le-Brun, *La conquista..., op. cit*., pp. 14-15; del mismo autor, *El diálogo..., op. cit*., tomo 2, p. 14 y tomo 4, p. 51; Valdivia, *op. cit*., p. 211. Sobre Arturo Alessandri Palma: Pike, *Chile..., op. cit*., p. 220.

[393] Valdivia, *op. cit*., p. 14.

[394] *Op. cit*.., p. 249.

Los comunistas chilenos dieron un paso más allá y fustigaron el panamericanismo como parte de la estrategia para corromper a las capas altas latinoamericanas. Los nacionalistas adhirieron a este punto de vista y criticaron a las capas gobernantes, las que tradicionalmente habían aceptado la penetración de Estados Unidos en América Latina y la doctrina Monroe. Esto fue interpretado como signo de la debilidad y corruptibilidad de las clases altas latinoamericanas[395]. Únicamente un frente común latinoamericano en contra de los usurpadores podría poner remedio a esa situación. Los nacionalistas insistían por lo mismo, que era recomendable alejarse del bello y espiritual esteticismo de un José Enrique Rodó o un Rubén Darío, para dedicarse en todo caso a las cuestiones de la política real en el marco de las relaciones interamericanas. Hacía falta construir los "Estados Unidos de Sudamérica" de acuerdo con el exitoso modelo del norte[396].

Los críticos nacionalistas formaban parte de una nueva elite intelectual, cuyos integrantes eran comparativamente más jóvenes y la mayoría provenía de la nueva clase media urbana. Esta agrupación no se reducía a Chile, sino que constituía una república transnacional de sabios, cuyo denominador común era un antiimperialismo más




"América para los Americanos". Según Coke, éste era el nuevo mapa de América, el que ya encontraría un uso en las escuelas del tío Sam. FUENTE: "América para los Americanos", en *Topaze*, Nº16, Santiago, 25 de noviembre de 1931.

[395] Sobre los comunistas: "Denunciando al imperialismo americano", en *DT*, Iquique, 14 de julio de 1926, p. 1. Sobre la crítica a las clases altas: Manuel García Hernández, "La voz de América"; Luis D. Cruz Ocampo, "Nó más doctrina de Monroe", pp. 433-435.

[396] Sobre la crítica a José E. Rodó y Rubén Darío: Manuel A. Seoane, "Naturaleza económica del imperialismo norteamericano", p. 294. Respecto de la demanda por la unidad latinoamericana: Eliodoro Yáñez, *La sociedad de las naciones latino-americanas*; Enrique Molina, *Por los valores espirituales*, pp. 164-166; Emilio Rodríguez Mendoza, *Los Estados desunidos de Sudamérica*, pp. 9-17; Manuel Ugarte, "Manifiesto a la juventud latino-americana", pp. 317-324; Galvarino Gallardo Nieto, "Estados Unidos y América Latina"; del mismo autor, *Panamericanismo*, pp. 131-139. Para el contexto, véase Pablo Lacoste, "Las propuestas de integración económica sudamericana: De Diego Portales a Alfredo Palacios", pp. 103-129.

o menos pronunciado. Joaquín Edwards Bello calificó este movimiento de "nacionalismo continental", e invocó la herencia común española y profetizó –de acuerdo con las ideas de Oswald Spengler– un futuro positivo para América Latina[397]. La poetisa Gabriela Mistral –quien conocía Estados Unidos personalmente– constituía una voz moderada dentro de este coro. Llamó al gobierno estadounidense a modificar su actitud fundamentalmente imperialista antes de que fuese demasiado tarde y se difundiese un antinorteamericanismo en América Latina de forma global[398]. Llamados similares realizados por sus colegas literarios fueron seguidos atentamente por los medios chilenos. Las prominentes revistas culturales *Revista Chilena* y *Atenea* reseñaron numerosas obras de conocidos autores latinoamericanos y españoles que criticaron a los estadounidenses. El 4 de julio de 1927, la Universidad de Chile, junto con otras universidades, inauguró un ciclo de conferencias cuyo foco temático fue el imperialismo en América Latina a través del cual quería llamar a la juventud latinoamericana a solidarizar contra el gigante del norte[399].

Esas medidas extraordinarias tomadas por parte de los intelectuales, se debían al renovado estado de gravedad alcanzado por los acontecimientos en Centroamérica. Si la oligarquía chilena mostraba en principio comprensión hacia Estados Unidos porque procuraba el establecimiento del orden en las inestables y "racialmente inferiores" repúblicas centroamericanas, los nacionalistas y otros críticos discrepaban de esta posición. En opinión de estos últimos, en Centroamérica y en el Caribe aquella nación mostraba su verdadera cara y ambicionaba el dominio colonial.[400] La intervención en Nicaragua de 1927/28 pareció corroborar esas voces. Cuando en enero de 1928 los estadounidenses intervinieron a gran escala militar la región, hubo consenso en Chile de rechazar el acto. El diario *La Nación,* que había sido recientemente comprado por el gobierno, se sumó a los comentarios antiimperialistas. Desde el punto de vista chileno, Estados Unidos violaba con estos actos el derecho internacional y despreciaba la soberanía de Nicaragua. Parecía confirmarse la tesis según la cual se afirmaba que el panamericanismo había sido siempre, más bien, un velo deshilachado expuesto al intervensionismo. Nicaragua, y en esto existía

[397] Edwards Bello, *op. cit*., p. 39. Véase también Mariano Picón Salas, *Hispano-América, posición crítica*, p. 27; Enrique Molina, "Ensayo sobre los sud-americanos", pp. 120-128. Asimismo, Rinke, *Cultura..., op. cit*., pp. 119-137; Jussi Pakkasvirta, *¿Un continente, una nación? Intelectuales latinoamericanos, comunidad política y las revistas culturales en Costa Rica y en el Perú, 1919-1930.*

[398] Gabriela Mistral, "EE.UU. y nosotros", en *ND*, New York, mayo de 1927, p. 14.

[399] En Chile, el ensayo de Manuel Ugarte, *El destino de un continente* encontró muchos lectores. Véase del mismo Manuel Ugarte, "La sombra de Sandino", pp. 467-469. Sobre el ciclo de conferencias se puede leer en "Simultáneamente ...", en *Las Ultimas Noticias*, Santiago, 3 de junio de 1927, p. 10. Entre los críticos españoles se contaban Araquistaín, *op. cit*., p. 180-187; Alberto Ghiraldo, *Yanquílandia bárbara: la lucha contra el imperialismo.*

[400] Molina, *Por las dos..., op. cit*., p. 49; "Mexico frente a los EE.UU.", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 24 de agosto de 1919, p. 1; Samuel Díaz Ossa, "El predominio de EE.UU.", p. 3.

El altruismo del tío Sam hacia la cándida adolescente Nicaragua parecía dudoso. Otras jovencitas como Bolivia podían cantarle una canción sobre el significado real de la "protección" de Estados Unidos. FUENTE: "El altruista", en *Sucesos*, Santiago, 13 de enero de 1927.

acuerdo, podía representar un presagio del destino que, tarde o temprano, caería sobre el resto de los países de Sudamérica[401].

La izquierda y la derecha nacionalista comenzaron rápidamente a glorificar a Sandino como héroe romántico y "orgullo de la raza latina"[402]. La opinión pública demandaba tanto la solidaridad de Chile con Nicaragua como una

[401] "Nicaragua", en *El Mercurio*, Santiago, 6 de enero de 1928, p. 3; "Nicaragua y la América Latina", en *La Nación*, Santiago, 12 de enero de 1928, p. 3; "Un nuevo peligro para la libertad sudamericana", *El Mercurio*, Santiago, 20 de enero de 1928, p. 3.

[402] "Sandino", en *Las Ultimas Noticias*, Santiago, 11 de enero de 1928, p. 3.

protesta oficial. Los comunistas chilenos ingresaron a la Liga Antiimperialista de las Américas, con sede en México y financiada por el *Komintern*. Personajes nacionalistas como Gabriela Mistral pedían formar una legión hispanoamericana pro Nicaragua[403]. Fueron nuevamente las caricaturas de la época, las que representaron más claramente el disgusto con el País del Norte. El tío Sam volvió a aparecer frecuentemente como una figura provista de un "gran garrote". También encontró amplia difusión el concepto de la violación de la joven Nicaragua por parte del astuto tío Sam[404].

Los críticos chilenos, sin embargo, consideraban que Nicaragua sólo representaba la punta del iceberg del imperialismo. Establecían comparaciones entre el antiguo imperialismo romano y el nuevo imperialismo yanqui. Parecía como si Estados Unidos quisiese erigir un imperio[405]. Cuando se reunió la VI Conferencia Interamericana en La Habana, unos meses después de la invasión a Nicaragua, la crítica internacional alcanzó su punto culminante. En ese momento, la retórica de la solidaridad panamericana le pareció hueca a la mayoría de los chilenos que se interesaban en política. Ambas cámaras del Congreso Nacional atacaron fuertemente el imperialismo y redactaron declaraciones de solidaridad para las repúblicas hermanas latinoamericanas amenazadas por Estados Unidos. La idea de un frente antiimperialista latinoamericano tomó forma en ese momento[406].

La viabilidad de esta idea era, sin embargo, más que dudosa, pues la delegación estadounidense en La Habana trabajó hábilmente en el bloqueo de un frente antiestadounidense. Sacaba provecho de que algunas delegaciones latinoamericanas, ante la posibilidad de un abierto enfrentamiento retrocederían por consideraciones diplomáticas. Para el caso chileno la aún inconclusa cuestión de Tacna y Arica constituía un freno. En La Habana se produjeron, pese a todo y por primera vez, debates intensos y controvertidos respecto de asuntos tales como el derecho de intervención, la mediación forzosa en caso de ocurrir conflictos internacionales y en relación con el conflicto en Nicaragua. El secretario de Estado Charles Evans Hughes logró impedir un escándalo en el último momento. Así, el comentarista de *La Unión* estaba en lo cierto cuando al comienzo de la conferencia profetizó que los diplomáticos nuevamente no llegarían a resolución alguna y que "en el país de Sandino" seguirían explo-

[403] "La semana internacional", en *La Unión*, Valparaíso, 9 de enero de 1928, p. 3; Gabriela Mistral, "Sandino", pp. 53-56; "Contra el imperialismo yanqui", en *Justicia*, Santiago, 17 de enero de 1927, p. 1.

[404] "Satisfecho", en *Corre Vuela*, Santiago, 25 de enero de 1927; "El cuento del Tío", *Sucesos*, Santiago, 19 de enero de 1928; "El evangelio del Tío Sam", en *Zig-Zag*, Santiago, 3 de marzo de 1928.

[405] "Imperialismo romano e imperialismo americano", en *Atenea*, Nº 1, Concepción, 1924, pp. 415-418; Rinke, „Amerikanismus'...", *op. cit*., pp. 217-218.

[406] "Chile en la conferencia de La Habana...", Chile, Congreso, Cámara de senadores, *Boletín de sesiones extraordinarias*, Santiago, 11 de enero de 1928, pp. 683-688; "Intervención de EE.UU." Chile, Congreso, Cámara de diputados, *Boletín de sesiones extraordinarias*, Santiago, 16 de enero de 1928, pp. 1472-1486.

tando las "bombas de los aviones"[407]. Mientras que la capa dirigente chilena, incluyendo al dictador Carlos Ibáñez, estaba satisfecha con el resultado de la conferencia, la excitada opinión pública estaba extremadamente decepcionada y criticaba la posición ambivalente de las elites latinoamericanas.

La Habana se convirtió en un punto de inflexión de la política estadounidense hacia América Latina. En Estados Unidos, diplomáticos y grupos económicos de poder reconocieron que la crítica antiimperialista había alcanzado niveles peligrosos en la región. A esto se agregaba la crítica antiimperialista interna, que tuvo relevancia gracias a intelectuales como Samuel Guy Inman o Leo Rowe, alcanzando gran repercusión también en Chile[408]. Los críticos encontraron tribuna en revistas en español editadas en Nueva York, como *La Nueva Democracia* e *Inter-America*. Esto acarreó grandes disgustos en el terreno de la diplomacia estadounidense, pues como consecuencia se palpó un aumento del antiimperialismo. Hacia fines de la década de 1920 la crítica se hizo tan vehemente, que pareció ineludible la realización de un cambio en la política hacia América Latina[409].

La visita a Chile del presidente Herbert Hoover a fines de 1928 fue interpretada como un primer paso en esa dirección. En términos oficiales, la relevancia de la presencia de Herbert Hoover fue destacada mediante el ceremonial. Por otra parte, la prensa se abstuvo temporalmente de realizar comentarios antiestadounidenses. Herbert Hoover fue considerado, desde el fin de la guerra, como el prototipo del ejecutivo yanqui, que gozaba en Chile de gran prestigio, siendo recibido como un digno representante de su país. El régimen de Carlos Ibáñez aprovechó la ocasión para referirse a sus propios logros económicos, los que en último término se debían a su estrecha colaboración con Estados Unidos. La llegada del Presidente fue signo de esperanza para el público interesado en política, en cuanto a que se abriría una nueva fase en el ámbito de las relaciones interamericanas[410]. A pesar de toda la simpatía que se le tenía a Herbert

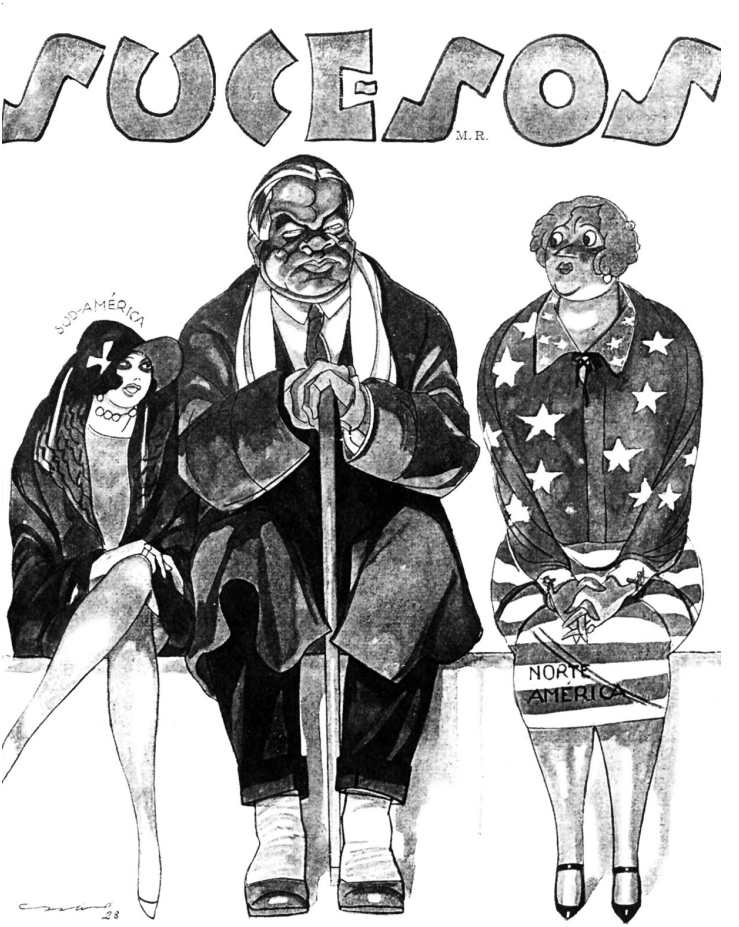
[407] "La semana internacional", en *La Unión*, Valparaíso, 28 de enero de 1928, p. 3. Véase también: "En La Habana", en *La Unión*, Valparaíso, 17 de enero de 1928, p. 3; "El discurso de Mr. Hughes", *El Mercurio*, Santiago, 24 de enero de 1928, p. 3. Respecto de la posición de la diplomacia chilena, véase Embajada de Chile al MRE, Washington, 4 de marzo de 1928, en AMRE, tomo 1136.

[408] Luis D. Cruz Ocampo, Reseña a Inman, *Hacia la solidaridad americana*, pp. 124-135; "El panamericanismo y la doctrina Monroe", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 29 de abril de 1920, p. 3.

[409] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 22 de agosto de 1930, en 710.11/1472, RG 59, NA. Sobre el contexto, véase Sarah Ellen Sharbach, *Stereotypes of Latin America, Press Images and and U.S. Foreign Policy, 1920-1933*, pp. 47-80; James William Park, *Latin American Underdevelopment: A History of Perspectives in the United States, 1870-1965*, pp. 100-131.

[410] "Bienvenida a Hoover", en *El Mercurio*, Santiago, 10 de diciembre de 1928, p. 3; "Bienvenida", en *La Nación*, Santiago, 10 de diciembre de 1928, p. 3; "Welcome Hoover", en *Zig-Zag* , Santiago, 8 de diciembre de 1928; "Hoover", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 10 de diciembre de 1928, p. 15; "Hoover y los principios del 89", en *La Nación*, Santiago, 13 de diciembre de 1928, p. 5; "La jira de Mr. Hoover", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 26 de diembre de 1928, p. 3. Sobre el ceremonial véase agregado militar norteamericano a War Department, Santiago, 18

Hoover, en Chile seguía existiendo un fuerte escepticismo. Los caricaturistas volvieron a elegir la figura de una joven y atractiva mujer como símbolo de América Latina, hacia la cual Herbert Hoover se sentía fuertemente atraído (véase ilustración). Las intenciones del "buey viejo", al que según el dicho le gustaba el "pasto tierno", quedaban al descubierto y se mostraban ambivalentes.




A BUEY VIEJO...

*MR. HOOVER. — Yo quiero mucho a mi mujer; pero la chiquilla me gusta como rediablo.*

El presidente Hoover y la joven América Latina. El presidente Hoover apenas podía escapar al atractivo de la joven dama América Latina. FUENTE: "A buey viejo", en *Sucesos*, Santiago, 20 de diciembre de 1928.

---

de diciembre de 1928, en 2657-0-121, MID, RG 165, NA. Respecto de las consecuencias de la visita, consúltese Culbertson an Hoover, Santiago, 8 de enero de 1929, Bound Correspondence 1929, Culbertson Papers, LC.

La profunda transformación en la política estadounidense que se dejaba ver en el memorándum de Joshua Reuben Clark de 1930 en relación con la doctrina Monroe pasó en gran parte inadvertida en Chile, justamente a raíz de ese recelo. Cuando un año más tarde el nuevo secretario de Estado, Henry Stimson, anunció una interpretación renovada de la doctrina, ésta tampoco llamó la atención de la prensa chilena. Recién al vislumbrarse el alcance que implicaban los cambios, fue aplaudida la así llamada doctrina Stimson. Según *El Mercurio,* el memorándum de Henry Stimson era la mejor medida que se había tomado hasta entonces, para sacar a las relaciones interamericanas de la crisis en que se encontraban atascadas y para recomponer el prestigio de Estados Unidos en América Latina. En opinión del comentarista, sólo faltaba la renuncia total y explícita al derecho de intervención y establecer un nuevo enfoque de la política que pusiera un mayor peso en proyectos de desarrollo[411]. Cuando se celebró el día 14 de abril de 1931 por primera vez en Chile, el Día Panamericano, los optimistas opinaban sobre la posibilidad de iniciarse una nueva era de relaciones amistosas entre el norte y el sur de América[412]. Era una esperanza ilusoria, pues tanto las quejas por el imperialismo como la crisis financiera mundial y sus consecuencias negativas, habían perjudicado demasiado la relación existente entre ambas naciones.

En vista del dominio incuestionable de ese país, en el así llamado "hemisferio occidental", no era sorprendente que los chilenos tuviesen una reacción especialmente sensible frente a las medidas de la política exterior estadounidense. Los yanquis hirieron, en más de una ocasión, el orgullo del pueblo chileno cuando, tal como parecía, acaparaban crecientemente la economía chilena, tutelaban el gobierno y aparecían sin consideraciones en la escena latinoamericana. Frente a la nueva ola de intervencionismo en América Latina, existían, ciertamente, motivos para preocuparse. Hasta 1930 las declaraciones en relación con la doctrina Monroe recordaban a los tiempos de la diplomacia del *big-stick*. Esta mezcla de señales contribuyó a que se fijase la imagen del codicioso tío Sam, que tenía como meta anexar América Latina completamente a y someterla a la esclavitud. Esta imagen alcanzó gran popularidad sobre todo por medio de caricaturas y diversas representaciones visuales. Sin embargo, hasta entonces aún no había alcanzado un impacto concreto en la política interna controlada por Carlos Ibáñez. Esta situación cambió durante la década de 1930, cuando se manifestó claramente el potencial explosivo de las imágenes antiestadounidenses en el contexto de una crisis política y económica.

[411] Sobre la doctrina Stimson, véase "Las recientes declaraciones de Mr. Stimson", en *El Mercurio*, Santiago, 10 de febrero de 1931, p. 3; "La política americana de los EE.UU.", en *El Mercurio*, Santiago, 21 de abril de 1931, p. 3; "Los EE.UU. en Nicaragua", en *El Mercurio*, Santiago, 8 de enero de 1931, p. 3; "Nueva política americana", en *El Mercurio*, Santiago, 3 de mayo de 1931, p. 9. Sobre nombre Clark: Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 11 de marzo de 1930, en 710.11/1412, RG 59, NA.

[412] "El día panamericano", *El Mercurio*, Santiago, 5 de abril de 1931, p. 3.

## "¡Estamos en Yanquilandia!": cambio urbano y cultura de masas

*"Estados Unidos, para mucha gente, es un gran ring*
*donde se machacan mandíbulas y se ganan millones,*
*un gran cabaret en Broadway,*
*o un estudio peliculesco en Los Ángeles.*
*Estados Unidos es una tierra de artificio,*
*que produce una intensa fascinación"*[413]

El imperialismo económico y político de los yanquis en Latinoamérica agitó los ánimos de los chilenos durante la primera década del siglo XX, tropezando con su rechazo y una álgida oposición. A partir de 1910, los contemporáneos observaron el creciente surgimiento del aparentemente peligroso o, según la perspectiva del observador, promisorios tipos de encuentros con Estados Unidos. El estilo de vida, el *american way of life*, como símbolo de modernidad y cambio social, desplazó el centro de los intereses tanto de sus críticos como de sus partidarios. Éste parecía reducirse a una forma específicamente estadounidense de cultura, que provocó en este período fascinación y consternación en todas partes[414]. Las formas de expresión cultural de los yanquis, en especial las que eran accesibles a través de medios visuales, representaron al parecer una prueba de la validez de los estereotipos de la civilización estadounidense. Socavaron y cambiaron las bases de la propia sociedad y cultura chilenas. Algunos observadores acogieron gratamente los aspectos de la modernización que brindaban un nuevo modelo cultural, que prometían libertad y cambio social. Los impresionantes avances de los yanquis causaron admiración, lo que se reflejó en los principios que impulsaron la nueva configuración urbana de la capital chilena. Otras voces recalcaron el lado amenazante que suponían ser la decadencia y la degeneración, rasgos que fueron asociados con la cultura estadounidense. Estos encuentros mostraban la necesidad de una nueva comprensión en torno a las nociones de cultura "superior" y "popular" en el mundo del arte y del esparcimiento. En este período se buscaba redefinir la concepción de cultura de los chilenos, en vista de los cambios sufridos por las formas de expresión cultural convertidas, vertiginosamente, en bienes transables y reproducibles. Esto rigió especialmente para aquellos que al parecer procedían de Estados Unidos y en los que participaba la amplia mayoría de la población. Los torneos deportivos modernos son un buen ejemplo porque suplieron formas tradicionales de entretenimiento y de uso del tiempo libre. La cultura popular estadounidense pareció estar omnipresente no sólo en el escenario nacional sino que, también, en el ámbito de lo global. Se dirigió a las masas en el mismo momento en que se desvanecía gradualmente el monopolio

[413] Hernández, *op. cit.*

[414] El término 'cultura' en adelante se usa según la noción de cultura que le otorgaron los contemporáneos de este período; es decir, especialmente como esfera reservada para la clase alta y relacionada con la "esencia" de la nación.

de la cultura practicado por las elites sociales, provocando una transformación profunda, que generó un intenso debate que refleja el inicio de una reforma cultural de la sociedad chilena.

### *El auge de la "ciudad monstruo": Nueva York en Santiago*

Como lo muestran los diversos relatos de viajeros en la primera década del siglo XX, la experiencia visual de la gran ciudad de Nueva York dejó en la mayoría de los visitantes chilenos a Estados Unidos una impresión duradera. Imágenes de Nueva York fueron difundidas en estos años no sólo a través de los viajeros sino, también, en espacios públicos, carteles, ilustraciones y en la publicidad. ¿Cómo se convirtió Nueva York de pronto en una ciudad tan interesante para el espectador chileno, quien tradicionalmente veía en París o Londres los modelos urbanos a adaptar en su propia realidad? A continuación, se analizará el significado simbólico que tuvieron los encuentros iniciales con la urbanidad estadounidense, puesto que el espacio urbano fue el centro de las nuevas formas de expresión cultural.

Lo que llamó especialmente la atención de los viajeros chilenos y comentaristas fue la grandiosidad singular de una metrópoli que se había desarrollado como una "ciudad monstruo", dejando atrás a las principales ciudades europeas[415]. En efecto, entre 1900 y 1930 Nueva York creció enormemente sobrepasando a Londres, constituyéndose como la metrópolis más grande de aquel tiempo. Se convirtió en la ciudad de los superlativos, en el país de los superlativos, que ofreció a los chilenos una nueva experiencia en relación con una modernidad no conocida. Llegar a Nueva York fue para muchos como "pisar otro mundo"[416], pero este otro mundo comenzaba a ser conocido para la mayoría de los chilenos, a través del poder de imágenes que podían ser visualizadas en Chile y que representaron para muchos la única experiencia de aproximación a la realidad de Nueva York, si se considera que viajar fuera del país constituía más bien una rara excepción. En 1928 un comentarista de un periódico afirmó atinadamente en este sentido, que cualquier persona ya sabía cómo se veía la ciudad, pues las fotografías y el cine habían difundido su imagen por todas partes[417]. El horizonte de Manhattan se convirtió en emblema de la gran ciudad y al mismo tiempo en símbolo del país[418].

[415] Nueva York, la urbe gigante", en *Zig-Zag*, Santiago, 13 de diciembre de 1930.

[416] "El tercer centenario de Nueva York", en *Zig-Zag*, Santiago, 30 de enero de 1915. Vicente Blasco Ibáñez, "La ciudad que venció a la noche", p. 13. Véase también "Las catedrales del comercio", *La Nación*, Santiago, 24 de julio de 1922, p. 1. Santiago Cruz Guzmán, "Impresiones de un viajero chileno en Nueva York", p. 3. Para el desarrollo de Nueva York véase Kenneth T. Jackson, "The Capital of Capitalism: the New York Metropolitan Region, 1890-1940", p. 320.

[417] Walter R. Douglass, "Son los rascacielos de Nueva York...",p. 5.

[418] "Veinticinco años de arquitectura Yanqui", en *Pacífico Magazine*, Santiago, diciembre 1916, pp. 493-500. Fernando Pontes, "La transformación de Nueva York", en *Pacífico Magazine*, Santiago, enero, 1917. Vial Solar, *op. cit.*, p. 264.

Después de la Primera Guerra Mundial los chilenos fueron bombardeados directamente a través de los medios de comunicación, con una impresionante cantidad de imágenes de la ciudad de Nueva York. La difusión diaria de noticias sensacionalistas y triviales, era una prueba del interés inquebrantable de los lectores chilenos que valoraban no tanto a la ciudad en su calidad de organismo vivo, sino que la vertiginosa linealidad de sus altos edificios. La palabra 'rascacielos' adquirió una connotación mágica en este período y su imagen sirvió como símbolo de "Yanquilandia". A principios del siglo XX los edificios construidos con estructuras de acero –introducidos en Chicago hacia fines del siglo XIX-, ya habían transformado la cara de Nueva York y estimulado la imaginación de los artistas chilenos. Fueron especialmente los caricaturistas quienes emplearon los rascacielos como imágenes sugestivas, reforzando así los imaginarios estereotipados de la fuerza de voluntad, energía, velocidad y productividad[419].

La creatividad de los yanquis parecía no conocer límites y esto mismo llevó, a los comentaristas chilenos, a preguntarse por las razones que impulsaban el constante afán por liderar nuevos récords de altura y tamaño de los edificios. Nueva York llegó a adquirir proporciones míticas y compitió con la Babel antigua por la corona de la presunción humana. La idea de la arrogancia babilónica se encontraba en todo caso en muchas representaciones visuales de la época, como lo muestra la fotografía con el enfático título: "Las torres de Babel del siglo XX"[420].

Mientras que la mayoría de los comentaristas coincidían en afirmar que Nueva York se había convertido en un milagro mundial, no había consenso alguno en cuanto a la apreciación de la ciudad como espacio de belleza estéticamente estimulante. En el debate sobre estas cuestiones quedó reflejada la discusión sobre la apreciación del arte moderno, pues los rascacielos fueron considerados como la mayor expresión de la arquitectura moderna. Los que abogaban por los nuevos estilos provenían, casi siempre, de una vanguardia intelectual que celebró los edificios de Nueva York no sólo como a representantes de una clara ruptura con el pasado sino, también, como una nueva forma de estética de la civilización, una "forma nueva de belleza"[421]. Los mismos adularon la elegancia de la simetría, los rasgos rectangulares y los ritmos impresionantes producidos por el conjunto urbano. Dinamismo, aceleración y cambio se aparearon en esta ciudad como en ninguna otra parte, con las cualidades yanquis de la eficiencia, pulcritud y orden. Desde esta perspectiva

[419] Así lo muestra la obra de Juan Oliver, quien en 1920 vivió en Nueva York y publicó regularmente en *El Mercurio*. Sus caricaturas se publicaron bajo el titulo "Oliver en Nueva York". Véase, por ejemplo, *El Mercurio*, Santiago, 12 de julio de 1923, p. 24. Véase también "Los rascacielos de Nueva York", en *Zig-Zag*, Santiago, 31 de enero de 1923; "Cómo se construye en Nueva York", en *La Nación*, Santiago, 25 de abril de 1924, p. 1.; Tancredo Pinochet Le-Brun, "Un nuevo rascacielo el más alto del mundo"; "El límite de altura para los 'rascacielos'", *El Mercurio*, 5 de febrero 1928, p. 7.

[420] Sobre proporciones míticas véase también "El sueño de Salomón en pleno siglo XX", en *Hoy,* Santiago, 20 de noviembre de 1931, p. 67.

[421] "El rascacielo", *El Mercurio*, Santiago, 4 de julio de 1928, p. 3.

Nueva York fue fuente de inspiración para el desarrollo más prometedor y novedoso del arte[422].

"Las torres de Babel del siglo XX". Los rascacielos estadounidenses fueron un símbolo de lo moderno y cautivaron el interés de los medios de comunicación chilenos. FUENTE: "Las torres de Babel del siglo XX", en *Zig-Zag* , Santiago, 3 de julio de 1926.

[422] Molina, *Por las dos..., op. cit.*, p. 209; "Nueva York...", en *Zig-Zag,* Santiago, 7 de noviembre de 1925; "¿Es hermosa New York?", en *Zig-Zag,* Santiago, 25 de junio de 1927; "Estética de las modernas construcciones", en *Zig-Zag,* Santiago, 7 de marzo de 1931. Gina Lombroso, "El secreto de Nueva York", p. 1.

A pesar de que en todas partes se veían representaciones gráficas del horizonte de Manhattan, las apreciaciones positivas fueron en todo caso excepcionales. Sin dejar de lado la fascinación, la mayoría de los comentaristas calificaron los rascacielos, en los diarios y revistas ilustradas, de manera más bien negativa. Según la opinión de los críticos, los edificios eran expresión de la ambición incomprensible de los yanquis por los récords, que otorgaban una imagen de "la frialdad" de esa sociedad que transformó a Nueva York en la encarnación de la insensibilidad y brutalidad, una visión pesadillesca del futuro[423]. Algunos declararon que los rascacielos eran edificios explotados comercialmente y que, por ello, no cabía criticarlos desde la perspectiva de las atracciones estéticas. El edificio de la Woolworth fue descrito en Chile como un "monumento en fierro, piedra y concreto del genio comercial de los Estados Unidos"[424]. De acuerdo con los comentaristas de la época el edificio respondía únicamente a la lógica del mercado, en tanto era el más alto de toda una zona, por lo que enviaba una señal de consumo a todos los pasantes. Edificios como éste no eran más que carteles publicitarios sobredimensionados, cuyo único fin era atraer a clientes. En Chile se consideraba que estos edificios se habían constituido en templos de la nueva religión de consumo secular[425]. Luis Moore F. expresó esta antipatía en su poema crítico titulado "Rascacielo":

> "Rascacielo, expresión amenazadora de un pueblo armado de guantes de box inflados de dólares, que abofetea el Universo.
>
> Rascacielo, panteón donde el capitalismo enterró definitivamente las ideas sociales y las banderas escarlatas de la reivindicación proletaria.
>
> Rascacielo, Olimpo de los millonarios de la Quinta Avenida y de las rameras de 'Hollywood'.
>
> ¡Rascacielo!"[426].

Como hicieron notar los comentaristas, Manhattan expresó un nuevo estilo de vida cuya vertiginosidad perturbó a los observadores chilenos. También el público lector advirtió, a través de los relatos de viajeros chilenos, que la vida en esta "ciudad monstruo" se tornaba agresiva. Un hombre sensible como Javier Vial Solar se sintió algo desvalido ante el espectáculo de masas de personas poblando las calles de Nueva York y despreció la vida de hormigas que llevaban los habitantes de esta metrópoli, quienes se movían en

[423] "El arte y los rascacielos", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 18 de febrero de 1929, p. 3. Véase también Pinochet Le-Brun, *El diálogo..., op. cit.*, tomo 1, pp. 14 y 26; Mont-Calm, "Rascacielos"; "El peligro de los rascacielos", en *El Mercurio*, Santiago, 22 de marzo de 1927, p. 1; "Nueva York es una ciudad fea", en *Las Ultimas Noticias* , Santiago, 25 de marzo de 1931, p. 19.

[424] "El edificio más alto del mundo", en *La Nación*, Santiago, 6 de febrero de 1927, p. 5.

[425] "Las catedrales del comercio", en *La Nación*, Santiago, 24 de julio de 1922, p. 1; "La selva de acero", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 15 de mayo de 1930, p. 16; Araquistaín, *op. cit.*, pp. 25-26.

[426] Luis Moore F., "Rascacielo", p. 7.

interminables filas a través de los desfiladeros de la gran ciudad. El individuo quedaba aislado y según la opinión de Javier Vial, no tenía valor propio en la sociedad de masas, desaparecía[427].

La soledad del individuo fue sólo uno de los aspectos negativos asociados a Nueva York. El ruido, la contaminación del aire, la carencia de luz solar, las nuevas enfermedades de la civilización y el caos del tráfico, eran prueba de lo insalubre que resultaba la vida en la ciudad. Adicionalmente, los distintos problemas sociales y la creciente tasa de delitos, le dieron el carácter de una ciudad peligrosa[428]. A raíz de estas observaciones, la principal crítica que se le hacía en comparación con las ciudades europeas –que aún seguían siendo consideradas como la pauta a seguir–, era su falta de tradición y, por consiguiente, su falta de cultura[429].

La falta de un crecimiento orgánico y la "artificialidad" fueron interpretadas, tanto positiva como negativamente, como características intrínsecas de la modernidad. Representó la ciudad donde el futuro había llegado por adelantado y la arquitectura futurista fue considerada como la más pura expresión de este futuro situado en el presente. Pero por otra parte, también mostraba lo que podía llegar a ser normal para las futuras generaciones de todo el mundo: los enormes edificios, la total mecanización de la vida, la subordinación bajo el ritmo de la industria y el dominio de los monopolios, así como del dominio de una mentalidad empresarial[430].

Guardando las proporciones, los chilenos pudieron experimentar este futuro en su propio pellejo, sin tener que viajar especialmente para eso a Estados Unidos. La transformación urbana también se percibió en Chile con los nuevos edificios construidos en el mismo estilo de los rascacielos que cambiaron la cara de la capital. Las obras habían sido inicialmente atribuidas a la iniciativa de los inversionistas privados, pero luego de la llegada de Carlos Ibáñez al poder –lo que implicó una adquisición creciente de créditos estadounidenses–

[427] Vial Solar, *op. cit.*, pp. 209-210. Impresiones similares en Ernesto Montenegro, *Puritanía..., op. cit.*, p. 9; Molina, *Por las dos..., op. cit.*, pp. 209-210; Luís Araquistaín, *op. cit.*, p. 24; "La soledad en Nueva York", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 8 de enero de 1930, p. 5.

[428] "Noches de Nueva York", en *La Nación,* Santiago, 25 de noviembre de 1921, p. 1; "La congestión del tráfico", en *La Nación,* Santiago, 31 de enero de 1928, p. 1; "Gabriela Mistral en EE.UU.", en *El Mercurio*, Santiago, 6 de junio de 1924, p. 3; Juan Oliver, "Las cuatro estaciones en Nueva York", p. 1. Para el tema de las enfermedades véase "Una dama que baila sin querer", en *La Nación*, Santiago, 27 de agosto de 1922, p. 3; "La extraña personalidad", en *La Nación*, Santiago, 1 de febrero de 1923, p. 1. Sobre problemas sociales: "La seguridad en los rascacielos", en *La Nación*, Santiago, 29 de julio de 1925, p. 1; Labarca Huberston, "Aspectos...", *op. cit.*, p. 4; Walter R. Douglass, "Las pavorosas tragedias de la pobreza entre el oro de Nueva York", p. 4.

[429] "Algunos aspectos del mundo neoyorkino", en *Norte y Sur* , año 4, Nº 41, Santiago, 1930, p. 14; "Nueva York, la ciudad gigante", en *Sucesos*, Santiago, 28 de mayo de 1931.

[430] "La súper Nueva York", en *Zig-Zag*, Santiago, 10 de enero de 1920; "Nueva York dentro de cien años", en *El Mercurio*, Santiago, 25 de agosto de 1922, p. 24; "La ciudad futura", en *Las Ültimas Noticias*, Santiago, 18 de diciembre de 1923, p. 3; "La vida en el futuro", en *La Nación*, Santiago, 29 de junio de 1926, p. 3.

se financió un programa de construcción pública en el centro de la ciudad, que mostró rasgos monumentales[431]. Ya en 1926 era visible el cambio en todas partes. El periodista chileno Carlos Varas (alias Mont-Calm) quien había

El primer "rascacielos" de Santiago. El edificio Ariztía fue celebrado y temido como embajador de lo moderno. FUENTE: Archivo Nacional de EE.UU., Washington, Box 20, RG 151-FC.

[431] Rinke, *Cultura..., op. cit.*, p. 33-40. Armando de Ramón, *Santiago de Chile (1541-1991): historia de una sociedad urbana*, pp. 210-237. Carlos Ibáñez reclutó el famoso arquitecto austriaco Karl Brunner para su proyecto ambicioso: Karl Brunner, *Santiago de Chile: su estado actual y su futura formación.*

regresado a Chile después de haber vivido diez años en el extranjero, tuvo la impresión de que su ciudad natal había cambiado radicalmente. Al igual que como muchos de sus compatriotas estaba impresionado por el progreso acarreado por la modernización que se apreciaba en los nuevos edificios y el alumbrado eléctrico[432].

La construcción del edifico Ariztía se inscribió en la memoria como el "primer rascacielos" y fue identificado con el verdadero "Gulliver en la tierra de Liliput", pues los déficits acarreados por la modernización se hacían visibles en todas partes. Los nuevos edificios contrastaron aún más con los barrios pobres decadentes en los que vivía mucha gente como en la "edad de piedra"[433]. Esto motivó a muchos capitalinos a expresar valoraciones cargadas de escepticismo, como en el caso de Alberto Sotomayor quien se refirió a la construcción de este edificio en la revista *Sucesos*:

> "En el centro de Santiago se alza el rascacielos Ariztía. Es una gran jaula de cemento y alambres, de fondo gris claro y puertas negras. Sobre sus doce o catorce pisos, se yergue una linterna que en los días solemnes gira su haz luminoso sobre la ciudad. Es ese edificio una estrofa en que se canta el industrialismo yanqui. La calle en que se levanta se llama Nueva York. Tiene al frente la Bolsa. ¡Estamos en Yanquilandia!"[434].

El cambio evidente que sufrió Santiago y que estaba diariamente a la vista, desató una gran discusión sobre las implicancias de la nueva urbanidad y la influencia estadounidense, cuestión a la que se le dio gran importancia. Estados Unidos con su gran metrópoli neoyorquina, funcionó implícita o explícitamente como guías de planos durante la reforma urbana chilena[435]. ¿Habían llegado realmente a "Yanquilandia" los chilenos? Los partidarios de las nuevas tendencias modernas no dudaron en tomar como referente a la metrópoli yanqui, dejando fuera otros posibles modelos urbanos. Ellos adularon el nuevo estilo de construcción, lo que permite entender la sensación de triunfo que parecían tener por vivir en Santiago y sentirse "como en Nueva York"[436]. Santiago se convirtió en una ciudad moderna donde lo moderno se lograba imitando necesariamente el estilo yanqui (véase ilustración en página siguiente). Con

[432] Mont-Calm, "¿Progresamos?". Otros ejemplos en: "Los progresos de Santiago", en *Hollywood*, Nº 3, Santiago, noviembre 1926, p. 9. Gonzalo Cáceres, "Modernización, transformación y cultura urbana: Santiago de Chile bajo la experiencia autoritaria", p. 189; Patricio Bernedo, "Prosperidad económica bajo Carlos Ibáñez del Campo 1927-1929", pp. 98-101.

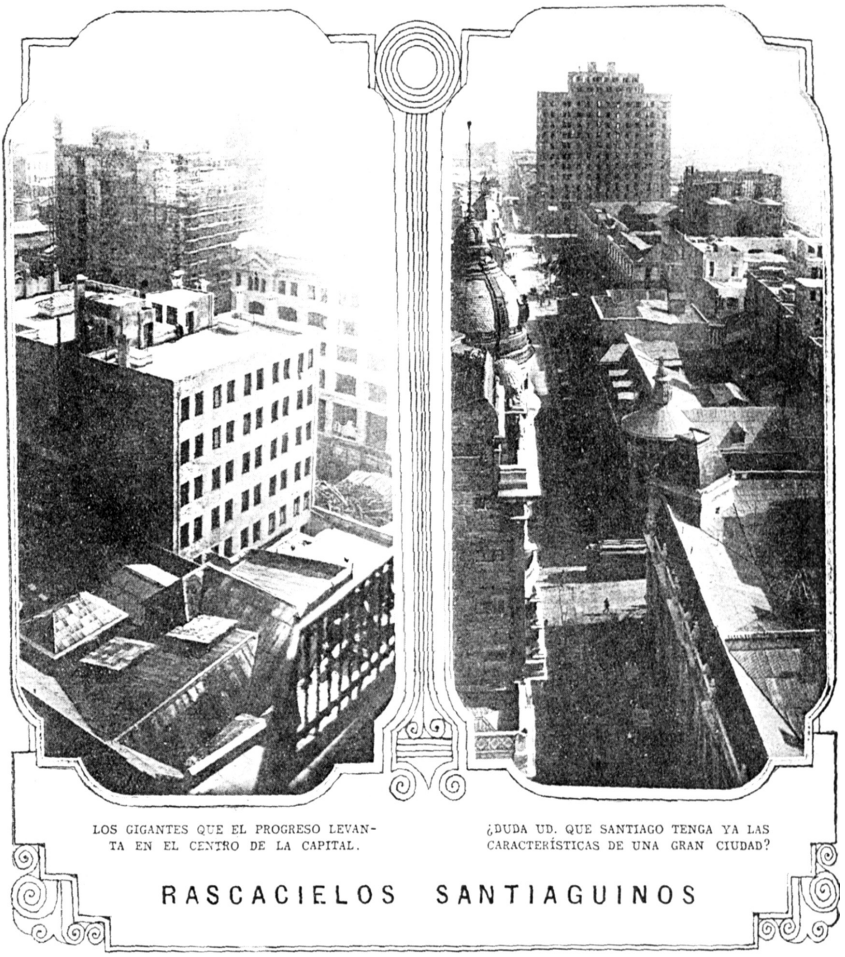
[433] "Santiago nuevo," en *La Nación*, Santiago, 1 de noviembre de 1921, p. 12.

[434] Alberto Sotomayor, "La vida que pasa".

[435] "La ciudad futura, su plan y directores", en *La Nación*, Santiago, 13 de diciembre de 1932, p. 3. Humberto Eliash Díaz y Manuel Moreno Guerrero, *Arquitectura y modernidad en Chile, 1925-1965: una realidad múltiple*, p. 74; Jonás Figueroa Salas, "Las ciudades lineales chilenas, pp. 651-662.

[436] "Santiago, cazadora de nubes", en *Zig-Zag*, Santiago, 29 de octubre de 1932.

motivo de los planes de construcción conocidos durante el régimen de Carlos Ibáñez, un comentarista de la revista *Zig-Zag* afirmó eufóricamente en 1930: "Es el triunfo del tiempo nuevo, el avance de Norte América hacia el extremo de la América del Sur". Se creyó así, que si acaso se llegaba al nivel de Nueva York, se verían positivas las expectativas para el futuro de la ciudad[437].




La modernización de Santiago. Las fotografías en forma de *collage* de los rascacielos de Santiago al estilo yanqui debían convencer a los chilenos del progreso de su capital. FUENTE: "Rascacielos Santiaguinos", en *Zig-Zag*, Santiago, 19 de julio de 1930.

[437] "Rascacielos Santiaguinos", en *Zig-Zag*, Santiago, 19 de julio de 1930. Véase también "Rascacielos", en *Corre Vuela* N° , Santiago, 16 de junio de 1920. Sobre las influencias estadounidenses véase Manuel Cuadra, *Architektur in Lateinamerika: Die Andenstaaten im 19. und 20. Jahrhundert*, pp. 156-157. Eliash y Moreno, *op. cit.*, p. 74.

Los comentarios entusiastas no quedaron exentos de objeciones. La resistencia contra los nuevos proyectos se basó en consideraciones de tipo pragmático y objeciones ideológicas. Con Estados Unidos en la mira, los críticos previnieron al público contra los problemas que traía consigo este caso ejemplar de ciudad moderna, incitando a barrios enteros que se organizaron para protestar en contra de los cambios planificados en lugares conocidos como el "barrio cívico"[438]. Los urbanistas chilenos fueron criticados por su imitación ciega y por la sobrevaloración que le asignaron a sus construcciones, ya que lo que en Chile se conocía orgullosamente con el rótulo de "rascacielos", representaba en Estados Unidos, en el mejor de los casos, un "edificio mediano". Los críticos señalaron que las consecuencias negativas derivadas del modo de construcción de los rascacielos, eran conocidas para los mismos yanquis. De hecho Carlos Varas tocó un punto muy sensible al preguntar, si acaso las nuevas formas de construcción podrían resistir los efectos de un terremoto, cuestión que cobró vigencia después de los efectos causados por la catástrofe de 1928 ocurrida en Concepción, donde se desestabilizaron los edificios de construcción más modesta[439].

Arquitectos y otros intelectuales como Alfredo Vargas Stoller y José Manuel Sánchez no podían apreciar ningún valor artístico ni estético en ese "cúmulo de betón". Alfredo Vargas destacaba que los rascacielos fueron posibles en Nueva York, gracias a la escasez de espacios existentes para construir, una realidad que contrastó completamente con la de la capital chilena, concluyendo que los costosos proyectos de construcción constituían una aventura innecesaria. José M. Sánchez advirtió por su parte, sobre la imitación esclavizante de lo estadounidense y defendió la idea de buscar lo propio en la "raza latina", que necesitaba ver siempre el sol para sobrevivir, llamando a los chilenos a redescubrir su propio y autóctono modo de arquitectura[440].

Críticos como Alfredo Vargas y José M. Sánchez también adoraban la arquitectura de Estados Unidos, pero rechazaban la imitación a ciegas. De todos modos, los encuentros visuales con los rascacielos yanquis, dejaron huellas inconfundibles en el paisaje urbano de Chile. Críticos y partidarios argumentaron en sus debates sobre el carácter ejemplar que tenía la arquitectura estadounidense y el valor que se le asignaba en Chile a la arquitectura, considerada como representativa de ésta, como fueron los rascacielos que lograron una presencia mediática importante. Las disputas fueron parte de una lucha, a favor o en contra, del nuevo estilo de construcción y en torno a

[438] "Notas...", en *Zig-Zag*, Santiago, 4 de mayo de 1929; "El Comité de Urbanismo", en *La Nación*, Santiago, 21 de julio de 1929, p. 11.

[439] Mont-Calm, "Rascacielos", *op. cit.*

[440] Alfredo Vargas Stoller, "Rascacielos"; José Manuel Sánchez, "No construyamos rascacielos", p. 13. Véase también "Rascacielos y otras hipérboles", en *El Mercurio*, Santiago, 16 de julio de 1930, p. 3. Francis de Miomandre, "El crepúsculo", pp. 298-301.

las características que debía adquirir la modernización en Chile. De cualquier manera en este período se creyó unánimemente que la modernización de una ciudad sólo tenía lugar, si se transformaba de acuerdo con lo que se percibía como estilo estadounidense. Fue así como modernización se convirtió en sinónimo de ir al paso de los yanquis.

### *¿Yanquis sin cultura? Arte y entretenimiento en la "era del jazz"*

En la discusión de la planificación urbana los chilenos debatieron sobre el significado del modelo estadounidense para decidirse en favor o en contra, lo que no fue posible en el contexto de la difusión de la cultura popular. El nuevo estilo de vida urbano desarrollado durante las décadas que siguieron a la Primera Guerra Mundial, encontró su expresión más visible en los inéditos estilos de baile y música. Ambas expresiones fueron importadas directamente desde Estados Unidos y recibidas con entusiasmo por el emergente público de masas chileno. No fue relevante la opinión de críticos que acogieron o rechazaron estos nuevos estilos, porque se popularizaron de igual modo y quienes mostraron mayor oposición se consolaron con la llegada a Chile de nuevos y diversos valores en la literatura de la llamada "cultura superior" que plasmaban positivamente las relaciones culturales entre ambos países. Los críticos confrontaron, de todos modos, una pregunta básica que surgió en relación con la introducción de productos culturales, cuestionando si acaso éstos podían ser considerados en definitiva como portadores de verdadera cultura.

Las cambiantes manifestaciones del arte y entretenimiento también fueron focos de debates. La velocidad, la intranquilidad y los sonidos de la nueva ciudad "monstruosa" e iluminada provocaron nuevas impresiones, que parecían reflejarse en las nuevas formas de diversión. "Todo está en movimiento", exclamó un crítico en *La Nación,* pues en lugar de valses elegantes tenía que soportar "Shimmy epiléptico" y en vez de sonidos de guitarra agradables sólo escuchaba "el afanoso teclear de los Underwood"[441]. Un colega de tendencia conservadora deploraba, poco después, en *El Diario Ilustrado* el hecho de que: "Mientras Santiago se embellece y se ilumina, los espíritus se obscurecen, y se vive en completa despreocupación e indisciplina"[442]. ¿Pero tenían realmente razones para quejarse estos críticos?

El ascenso de la clase media urbana y el papel creciente e importante de las mujeres en los espacios públicos, constituían motivos de preocupación para los críticos más conservadores. Las características extrañas inherentes a las nuevas formas de expresión cultural, parecieron, en cambio, ser dignas de crítica para los comentaristas, que provenían en su mayor parte de la clase

[441] "Santiago nuevo", en *La Nación*, Santiago, 1 de noviembre de 1921, p. 12.
[442] "Santiago de hoy", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 5 de febrero de 1928, p. 1.

media. Frente a los cambios sociales que ocurrían en el país, los chilenos buscaron orientación en Estados Unidos, ya que aquí el futuro parecía ya haber empezado. Lo que ellos creyeron ver ahí, o lo que a ellos les fue presentado, les causó espanto inicialmente. En el norte parecía dominar un estilo de vida excéntrico y extravagante que para algunos era emocionante y aventurero, pero que para la mayoría era frívolo y obsceno. La vida nocturna resultaba ser de especial interés para los críticos y los medios, que abundaban en comentarios e ilustraciones sobre este aspecto de la cultura (o no cultura) estadounidense. Los viajeros afirmaban que Nueva York había sobrepasado a París respecto a esta idea, a pesar de que en esos años esta última fuese considerada como una ciudad pionera. Detrás de los numerosos comentarios moralizadores que se dirigieron contra los sonidos fuertes, la impertinencia y la desinhibición sexual de la sociedad estadounidense, se escondió a menudo una fascinación por la vida de los bohemios en el Greenwich Village, los clubes nocturnos de Manhattan o las orgías ilegales de alcohol en el país de la prohibición. Estas diversas percepciones se podían leer en una gran cantidad de publicaciones relacionadas con el tema[443].

La desinhibición que ofrecía Nueva York chocó a muchos observadores para quienes el punto culminante de la ambigüedad parecía encontrarse en los llamados *Girl-Revues* (revistas de chicas) de los *Hoffmann-Girls* o los *Ziegfeld-Follies*, los cuales circularon exitosamente por el mundo después de la guerra, preocupando a todos por su apariencia física. Este novedoso fenómeno generó intensos debates entre los comentaristas fascinados con la mezcla que se daba entre deporte, exhibicionismo y entrenamiento militar, y con la presentación de las "chicas" en una nueva forma de arte. A partir de los estereotipos que se crearon y publicaron en las revistas, se reconoció la típica tendencia de los yanquis a la estandarización y mecanización. Tal como se afirmó en comentarios, en las entrevistas aparecían las jóvenes en términos individuales como mujeres atractivas, pero en su conjunto aparecían degradadas por constituir una masa fría y sin rostro que era, comercializada. ¿Pero por qué eran tan exitosas? Se podría concluir que simbolizan el agotamiento del público de masas, que no tenía exigencia alguna en cuanto a las formas de entretención. Las "chicas" se transformaron en símbolo del nuevo espíritu de la época, que reemplazaba calidad por cantidad[444].

[443] Molina, *Por las dos..., op. cit.*, pp. 107-111; "Cascabel en Nueva York", en *La Nación*, Santiago, 24 de abril de 1924, p. 1; "El Cabaret en un barco", en *El Industrial,* , Santiago, 8 de octubre de 1924, p. 6; "Nueva York de noche", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 10 de septiembre de 1925, p. 15; "El delirio de Nueva York", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 11 de junio de 1925; "Greenwich, la villa bohemia", en *El Mercurio*, Santiago, 19 de junio de 1927, p. 4; "Nueva York, mundo de excentricidades", en *El Mercurio*, Santiago, 19 de octubre de 1929, p. 1; Antonio Heras, "Impresiones frívolas de EE.UU.", p. 15.

[444] "El reclutamiento de bellezas", en *La Nación*, Santiago, 24 de enero de 1924, p. 1; "Girls", en *La Nación*, Santiago, 11 de marzo de 1925, p. 1; "La última revista del Ziegfeld follies", en *La*

La comercialización de las figuras de cuerpos humanos alcanzó un punto álgido con los espectáculos de la bailarina Josephine Baker. En opinión de sus admiradores, impresionó con su gracia exótica y salvaje al presentar una nueva forma de baile comunicativa y fuertemente marcada por el lenguaje corporal. Otros vieron en ella sólo un "juguete moderno" y una expresión máxima de lo primitivo. Para estos últimos era un producto de la moda y, por ende, una buena representación de lo que era la civilización yanqui y lo moderno[445]. Frente a la gran influencia que ejerció Josephine Baker sobre las masas, amenazando sustituir tradiciones culturales, Daniel de la Vega, crítico cultural de *El Mercurio* dio rienda suelta a su pesimismo:

> "Josefina Baker no es otra cosa que el estandarte de nuestra decadencia estética. ¿Cómo protestar contra ella si casi todo el público de hoy la lleva dentro? Ese respeto idolátrico por el esfuerzo físico, esos versos monstruosos de los poetas jóvenes, esa exagerada importancia que se le concede a los gustos de la masa, son millones de bailarinas negras que bailan en nuestras conversaciones, que nos llevan al teatro, que nos eligen las lecturas y se imponen en todas nuestras determinaciones"[446].

Si bien es cierto que las bailarinas produjeron efectos aparentemente amenazantes, tontos o sorprendentes, las mismas permanecieron ajenas a la realidad chilena. Las nuevas formas de expresión de la cultura popular en las áreas de la música y el baile en cambio, fueron vivazmente saludadas en Chile tocando directamente a los chilenos. *Jazz, Shimmy*, *Charleston* y *Black Bottom* se transformaron en "símbolos de la época" y su atractivo pareció ser irresistible. Profesores de baile de Estados Unidos encontraron empleo en Chile y enseñaron a un público entusiasmado en aprender los nuevos pasos a seguir, que eran publicados en fotografías en la prensa. El concurso de *Shimmy* fue la diversión preferida en el tiempo libre y en las Fiestas Patrias, donde se bailaban los nuevos ritmos. En Santiago se inauguraron nuevos salones de baile, los así llamados *dancings*, donde el público, en su mayoría joven, disfrutaba de la creciente y "salvaje" vida nocturna. En 1928 el entusiasmo había alcanzado tales proporciones, que las autoridades municipales de Santiago tuvieron que proceder con firmeza contra el inquietante ruido nocturno[447], pese a lo cual

---

*Nación*, Santiago, 18 de marzo de 1928, suplemento, p. 11; "Hoffmann-Girls", en *Zig-Zag*, Santiago, 12 de diciembre de 1925; "Las girls de hoy día", en *Zig-Zag*, Santiago, 2 de enero de 1926.

[445] Daniel de la Vega, "Josefina y la propaganda", p. 3; "Josefina Baker", en *La Nación*, Santiago, 17 de octubre de 1929, p. 3; "Popularidad", *El Industrial* , Antofagasta, 19 de octubre de 1929, p. 1.

[446] Daniel de la Vega, "El arte negro", p. 3.

[447] "Marcha Two Step", en *Familia,* Nº 1, Santiago, mayo de 1910, p. 29; "Santiago de hoy", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 5 de febrero de 1928, p. 1. Véase también "La filosofía del Fox Trot", en *Zig-Zag,* Santiago, 2 de octubre de 1920. Para el contexto: Juan Pablo González, "Vertientes de la música popular chilena", p. 38. Sobre el ruido: "Ruidos nocturnos", en *El Industrial*,

los nuevos bailes siguieron causando furor. No deja de ser llamativo que estos bailes tuvieran tan buena acogida, especialmente porque fueron considerados bailes "estadounidense". Es que comportarse de un "modo estadounidense" significaba, para muchos jóvenes chilenos, una ruptura con las convenciones y, por ende, una experiencia liberadora[448].

El baile adquirió durante este período una nueva dimensión, generando una reacción agitada de parte de comentaristas conservadores, quienes acusaban a los jóvenes de tratar sin respeto a las damas cuando bailaban con ellas "la danza de los negros y gauchos"[449]. Era en particular el estrecho contacto corporal el que causaba escozor y se tornaba, cada vez, más intenso con los novedosos trajes ajustados que llamaron la atención de los comentaristas. La caricatura en *Corre Vuela* (véase ilustración) apuntaba irónicamente a las inquietudes que generaban los nuevos bailes[450].

Los comentarios de los críticos permiten apreciar que las preocupaciones retratadas por los caricaturistas se tomaron muy en serio la opinión pública chilena. Los movimientos de los nuevos bailes se percibieron como grotescos, indiscretos e irritantes. Algunos se quejaban de que los jóvenes inspirados en Josephine Baker, se transformaban en parte de una nueva era primitiva al no moverse rítmica y elegantemente. No resulta extraño entonces, que el nuevo estilo de baile fuese considerado inmoral y peligroso para la juventud chilena, como un tipo de arte "negro" engendrado por los afroamericanos que parecía iniciar una ofensiva frontal contra la cultura occidental, de la cual se sentían parte los críticos culturales chilenos[451].

Como remedio se propuso prohibir el moderno baile estadounidense, siguiendo el ejemplo de Italia y de la Unión Soviética, de fomentar conscientemente la cultura del baile nacional. La reflexión sobre la cultura popular, entendida como construcción consciente de las tradiciones y como presunta expresión auténtica de la "chilenidad", ganó cada vez más sentido en el marco de la retórica nacionalista del régimen de Carlos Ibáñez. Los bailes popula-

---

Antofagasta, 25 de enero de 1928, p. 1. *La Nación* ofreció a los lectores en 1925 un curso de baile a través de fotografías con la estrella del cine Bessie Love: "El 'Charleston'", en *La Nación*, Santiago, 9 de diciembre de 1925, p. 1.

[448] "La filosofía del Fox Trot", en *Zig-Zag*, Santiago, 2 de octubre de 1920; "Y aquella noche...", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 18 de febrero de 1925, p. 19; "El desnudo...", en *La Nación*, Santiago, 18 de octubre de 1929, p. 3.

[449] F. de Gys, "En un baile a la moda", p. 3. Véase también "Las tristezas del Dancing", en *Zig-Zag*, Santiago, 5 de noviembre de 1927.

[450] Sobre la exotización del voyeurismo a través del despliegue de la desnudez femenina en el vestido en supuestamente reales condiciones estadounidenses véase Stefan Rinke, "Voyeuristic Exoticism or the Multiple Uses of the Image of U.S. Women in Chile", pp. 159-179.

[451] "El mundo danza", en *Chile Magazine* , Nº 7, Santiago, diciembre, 1921, p. 172; "¿Son inmorales los bailes modernos?", en *Zig-Zag*, Santiago, 16 de junio de 1923; Miguel Zamacois, "La locura negra", en *Zig-Zag*, Santiago, 9 de enero de 1926; "El espíritu del siglo", en *Zig-Zag*, Santiago, 7 de mayo de 1927; Daniel de la Vega, "La agonía del Shimmy y del Jazz", p. 3; Vial Solar, *op. cit*., p. 21.

res, y en especial la "típica cueca" chilena, así como el folklore, ocuparon una posición central, constituyendo la base del movimiento "criollista" que propagaba una representación romántica de la vida rural, considerada como una expresión colectiva de los sentimientos y valores de todos los chilenos. Las así llamadas "cuecas sanas, regocijadas e inocentes", fueron una respuesta directa a la amenaza de la "invasión de cierta música equívocamente lasciva, exceso... de dudosas canciones de música negroide"[452]. Este debate se reflejó

"Los resultados del Shimmy". La libertad importada de las nuevas modas de Estados Unidos en relación con ambos sexos, generó conflictos con los valores tradicionales chilenos. FUENTE: "Los resultados del Shimmy", en *Corre Vuela*, Nº 724, Santiago, 26 de octubre de 1921.

[452] Juan Pelambre, "Bienvenidas la cueca y la canción chilena", p. 3. Véase también: "La cueca, baile de moda", en *Zig-Zag*, Santiago, 6 de septiembre de 1924; "Nacionalismo y danzas", en *La Unión*, Valparaíso, 7 de enero de 1928, p. 3; Joaquín Edwards Bello, "La cueca", p. 5. Para el contexto: Antonio Acevedo Hernández, *La cueca: orígenes, historia y antología.*

en la esfera estatal en el primer proyecto que se planificó con una política cultural nacionalista y que apoyó financieramente a teatros y cines chilenos, pero que no pudo ser totalmente implementado debido al estallido de la crisis económica mundial[453].

Durante la fase culminante del régimen de Carlos Ibáñez se fomentó el producto estilizado de una cultura original chilena, una especie de chilenidad cultural que resultó ser poco exitosa y artificial. En efecto, pues la vida rural sufrió cambios estructurales a causa de la modernización, siendo idealizada a través de la tecnificación y la migración hacia las ciudades. Por otra parte, las medidas modernizadoras del mismo régimen fortalecieron estos procesos de des-ruralización, independientemente de las opiniones de los críticos culturales que lo percibían como parte de una norteamericanización unidireccional de la cultura de masas. Artistas chilenos como Julio Leiton Gamboa habían desarrollado en la década de 1920, versiones del *Foxtrot* y del *Shimmy* con títulos modernos como "Rascacielos" o "Rodolfo Valentino". En 1929 Oscar Verdugo y Roberto Retes ganaron, con su *Foxtrot* "Araucano", el primer premio en un concurso de música chilena, el cual se realizaba por primera vez en Chile bajo la organización y auspicios de RCA Víctor. De este modo queda en evidencia que las empresas estadounidenses tuvieron éxito durante el proceso de "criollización" a través de una cultura de masas, que era en sí misma híbrida[454].

La expresión más llamativa de la influencia musical estadounidense en el extranjero fue durante este período el jazz, estilo en el cual se basaron los nuevos bailes que cuestionaron las representaciones tradicionales de la música. Según la opinión de algunos observadores se trataba de un "arte negro", representativo de la vanguardia de lo moderno, a pesar de su inevitable apariencia primitiva[455]. Según sus partidarios el jazz reflejaba, como ningún otro estilo, la mentalidad del nuevo hombre y el anhelo de una música "ligera" y bailable. Los críticos que, por el contrario, pertenecían mayoritariamente a las filas del Partido Conservador y de la Iglesia Católica, le negaban cualquier clase de cualidad artística y lo definieron como "ruido" y "orgía de vibratos sin melodías", agregando que la música estadounidense era "la culminación del crimen musical"[456]. En su opinión los rasgos del jazz eran identificables con la decadencia del nuevo tiempo. Pese a la cruzada opositora del jazz, se

[453] "La nacionalización del arte", en *Zig-Zag*, Santiago, 28 de mayo de 1927; Sady Zañartu, "Vida teatral"; "Una ley de la República", en *La Nación*, Santiago, 31 de julio de 1930, p. 3.

[454] Juan Pablo González, "Vertientes...", *op. cit.*, p. 39.

[455] Arthur Hoerce, "El Jazz-Band y la música de hoy", pp. 85-89. Los críticos destacaron que, aunque los yanquis recibieron el jazz eufóricamente, los afroamericanos siguieron siendo discriminados en su propio país. "El problema negro en los EE.UU.", en *El Mercurio*, Santiago, 7 de abril de 1929, p. 13; "Los negros, reyes del Jazz", en *Zig-Zag*, Santiago, 14 de junio de 1930.

[456] "El principio de autoridad en los EE.UU.", *El Industrial*, Antofagasta, 14 de julio de 1923, p. 4. Véase también "Futurismo", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 16 de abril de 1927, p. 3; "Jazz Band", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 28 de abril de 1927, p. 3; Santelices, *op. cit.*, p. 133.

desarrolló en Chile rápidamente una escena, gracias a músicos como Pablo Garrido y José Böhr y a bandas como *The Memphis Syncopators*, que comenzaron a realizar sus propias grabaciones, quedando en evidencia la incapacidad de los críticos de evitar que la música del norte se estableciese rápido y sin mayores dificultades en Chile[457]. El efecto de la norteamericanización cultural y mundial se fortaleció gracias al entusiasmo de los jóvenes por el jazz, lo que cambió el comportamiento de muchos de ellos y los transformó, según la opinión de los observadores, en "chiquillos jazz". Los trajes y modales informales caracterizaron a los "chiquillos jazz", que fueron estigmatizados como "típicamente yanquis". Los críticos opinaban que este comportamiento juvenil, presuntamente revolucionario, implicaba una expresión de menosprecio por la propia cultura chilena[458].

Los opositores de la cultura de masas moderna no limitaron sus ataques sólo a las nuevas y omnipresentes formas de música y baile, sino que las ampliaron dirigiendo juicios peyorativos a la cultura estadounidense que a menudo fue calificada de "no cultura". Apelaron a estereotipos conocidos para denigrar estas formas de cultura y entretenimiento como algo inmoral[459]. El autor Waldo Frank, conocido en Latinoamérica por ser crítico de su propia patria, fue citado regularmente por las voces antiestadounidenses que querían destacar la superficialidad de Estados Unidos, la falta de tradiciones orgánicas y de entendimiento cultural. Su expansión global amenazaba, según esta opinión, con llevarse al mundo entero al abismo en la "tumba de la cultura"[460].

La comercialización de la cultura impulsó, especialmente, rechazo y desacuerdo. Esta situación era desde la mirada de los pesimistas culturales, expresión del ascenso de una masa ignorante incapaz de disfrutar de un deleite estético, pero que al mismo tiempo seguía a ciegas las nuevas modas dispuestos a aceptar la estandarización del gusto. En este contexto sólo podía crecer la idiotez, representando, por ende, Estados Unidos la potencia mundial de las nuevas masas atontadas[461]. Esta corriente de opinión más radical se confirmaba en cada reseña, a propósito de las novelas satíricas del escritor Sinclair Lewis que tenía fama en Chile. Creó en 1922 con el personaje de *Babbitt*, al prototipo ficticio del pequeño burgués materialista, autocomplaciente y carente de cultu-

[457] "La época del Jazz", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 15 de julio de 1927, p. 3; "Las ojeras del Jazz", en *Zig-Zag*, Santiago, 4 de junio de 1932; Alfredo Casella, "La lección del Jazz", p. 55. Véase también "Jazz Band...", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 6 de agosto de 1929, p. 8; Juan Pablo González, "Vertientes...", *op. cit.*, pp. 42-43.

[458] "El chiquillo 'Jazz'", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 18 de abril de 1930, p. 5; "Jazz-Band", en *El Mercurio*, Santiago, 11 de noviembre de 1923, p. 5.

[459] César Cascabel, "Literatura americana", p. 19.

[460] Santelices, *op. cit.*, p. 117. También Araquistaín, *op. cit.*, p. 197.

[461] Pinochet Le-Brun, *El diálogo..., op. cit.*, tomo 1, p. 15; "El arte negro", en *El Industrial*, Antofagasta, 19 de octubre de 1929, p. 3; "El teatro norteamericano", en *El Mercurio*, Santiago, 6 de noviembre de 1927, p. 5, "Un norteamericano medio", en *Zig-Zag*, Santiago, 15 de febrero de 1930.

ra. La traducción al español aparecida en 1930 permitió divulgar la novela hacia un vasto público chileno y posicionó a Sinclair Lewis junto a Upton Sinclair y Waldo Frank como las excepciones positivas de la producción cultural estadounidense. Las novelas de estos autores fueron leídas, con frecuencia, como documentos que parecían confirmar los estereotipos negativos. La formación de la clase media en Chile permitió, al igual que en la narrativa de *Babbitt*, la aparición del hombre de la cultura de masas[462]. Sinclair Lewis fue el primer estadounidense que obtuvo el galardón del premio Nobel en 1930, lo cual no se interpretó en Chile como una honra al panorama cultural de Estados Unidos, sino como una validación de la crítica contra el "americanismo".

El caso de la novela de Sinclair Lewis, *Dodsworth,* publicada en 1929 es interesante, ya que muestra el empeño desesperado de un estadounidense por conquistar, para sí mismo, e imitar a la cultura europea. Casi todos los críticos chilenos comentaron en relación con este libro, sobre el impulso de la imitación, que es considerada como algo típico de la civilización estadounidense. Desde la perspectiva chilena resultaba especialmente problemático que en la novela los estadounidenses, enfermos por la frialdad que encontraban en su propio mundo, se aprovechasen de España, la antigua madre patria, buscando compensar sobre la base de la imitación de las corridas de toros y a la fama de ser los herederos de Miguel de Cervantes. Esta anécdota que a primera vista parece cómica, fue calificada en Chile, desde todo punto de vista, como una amenaza. Así lo declaró acusadoramente Daniel de la Vega:

> "...la expansión norteamericana es implacable. Nos impone su comercio, nos llena de Fords las calles, nos hace admirar sus películas moralizadoras, y ahora entra triunfante a la zona de nuestras reliquias y de nuestros sueños"[463].

Este tipo de rechazo y preocupaciones marcaron el plano cultural de la norteamericanización en el decenio 1920, pese a los enfoques existentes durante este período, orientados hacia la nueva configuración de las relaciones culturales entre ambas naciones. La cultura de masas contribuyó a la popularidad de Estados Unidos en Chile impactando en áreas como el intercambio estudiantil, lo que según observadores como Ernesto Montenegro aportó a la reducción de los prejuicios contra los yanquis. En efecto, pues casi todos los

[462] "La novela del día", en *El Mercurio*, Santiago, 23 de septiembre de 1921, p. 1; Ricardo A. Latcham, "Reseña de *Babbitt*", pp. 505-509; Domingo Melfi, "Sinclair Lewis", p. 11; Juan P. Ramos, "'Babbitt'", p. 2. Sobre la recepción véase Magnani Tedeschi, "Sinclair Lewis y la vida norteamericana", p. 19; Waldo Frank visitó Chile en 1929 y fue celebrado como "Profeta del nuevo mundo": Manuel Rojas, "Reseña: Waldo Frank, *Primer Mensaje a la América Latina*", p. 356.

[463] Daniel de la Vega, "Las conquistas de Norteamérica", p. 3. Véase también Juan J. Pérez Domenech, "Toledo y la mujer yanqui", p. 4; Edith Levy, "El matador yanqui"; Armando Zegri, "El primer torero gringo", p. 14.

viajeros chilenos escribieron sobre la impresionante variedad cultural estadounidense. A diferencia de aquellos chilenos cuyos imaginarios de Estados Unidos se alimentaban de la prensa contemporánea, los viajeros aprendieron a diferenciar y percibir que en este país del materialismo sin límites, también había espacio paralelo para una gran cultura[464].

En un memorable discurso dado en 1930 por el embajador chileno en Washington Carlos G. Dávila señaló que Estados Unidos tenía la capacidad para construir una nueva cultura. Según el embajador, este país dominaría algún día el mundo, como alguna vez lo había hecho Roma o Atenas[465]. Esta nueva cultura de los yanquis era el resultado de una mezcla híbrida procedente de diversas fuentes. Según la opinión de Carlos Dávila, la propagación mundial de esta cultura y de la modernización que traía consigo eran una promesa, pero para muchos otros representaban una amenaza. El margen de amplitud de las interpretaciones relativas a los efectos causados por la cultura estadounidense, en el primer tercio del siglo XX, se mantuvo considerablemente holgado. Las reacciones de aquéllos que lograron ser escuchados fueron por lo general extremas y se balanceaban entre el entusiasmo y el rechazo. Aunque la mayor parte de la opinión pública en Chile se oponía, durante este período, a las diversas formas de expresión de la industria cultural moderna, los bailes y el estilo musical de Estados Unidos ganaron rápidamente simpatizantes. La cultura de masas calificada como producto de este país dominó pronto las actividades del tiempo libre de la emergente clase media urbana y en especial de la juventud.

### *Una nueva cultura física: juventud y deporte en una nación joven*

La juventud fue en efecto la llave para el éxito de la cultura de masas en Chile. La percepción de los niños y jóvenes chilenos como grupos sociales marcados por necesidades especiales, fue un fenómeno nuevo a principios del siglo XX. En el marco de las discusiones, sobre la cuestión social, los niños y jóvenes procedentes de las clases menos favorecidas fueron considerados como un grupo especial con problemas, razón por la cual se convirtieron en el centro de atención. El "chiquillo jazz" de las clases medias fue percibido, por su comportamiento extravagante, como una amenaza. La juventud ganó

[464] Ernesto Montenegro, *Puritanía...*, *op. cit.*, pp. 51-63; Molina, *Por las dos...*, *op. cit.*, pp. 117-121. Omer Emeth, "¿Quien es el más 'yankee' en los autores norte-americanos?", p. 1; "Arte en los EE.UU.", en *Zig-Zag*, Santiago, 3 de enero de 1920; "El arte norteamericano", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 5 de julio de 1929, p. 9. Sobre el papel de Ernesto Montenegro como intermediario véase Isaac Goldberg, "As Latin America Sees Us", pp. 465-466. Ernesto Montenegro, *El hombre que corrompió a Hadleyburgo y otros cuentos norteamericanos.*

[465] "Los EE.UU. están fabricando una cultura", en *La Unión*, Valparaíso, 7 de julio de 1930, p. 1; "La conferencia del embajador señor Dávila", en *El Industrial*, Antofagasta, 12 de julio de 1930, p. 3.

un significado simbólico que representó un papel central, especialmente, en los imaginarios de los nacionalistas. Por otra parte, es interesante destacar que Estados Unidos, que constituyó el norte de las discusiones, mantenía el estereotipo de ser un "país joven", sin tradición y sin historia, cuya juventud era parte de la receta del éxito. Para ser exitoso se quería ser joven como Estados Unidos, no por el deseo de una "yanquización", sino por el de una configuración de una juventud patriótica. El deporte apareció entonces como el medio apropiado para alcanzar ambas metas.

Para el movimiento reformista chileno de las primeras décadas del siglo XX, niños y jóvenes eran un elemento importante en los esfuerzos por lograr un Chile nuevo y joven. Por lo mismo el scoutismo, que fue desarrollado bajo la dirección de Alcibíades Vicencio a partir de 1909, se expandió rápidamente después de una visita de Robert Braden-Powell. Ya en 1930 existían en la provincia de Santiago más de tres mil exploradores, tanto masculinos como femeninos. El scoutismo promovió valores como honor, patriotismo, obediencia, disciplina y trató de fortalecer la responsabilidad social de los niños. Los aspectos ecológicos fueron tomados en cuenta por primera vez, como lo demostró la "fiesta del árbol", que se celebraba anualmente. Con ella se buscaba fortalecer la conciencia ecológica de los niños, complementándola con ejercicios corporales que representaban un papel protagónico dentro de las actividades de los exploradores y exploradoras[466]. Esto también valió para la YMCA y la YWCA, organizaciones que fueron consideradas en Chile como "anglosajonas". Mientras que los exploradores (scouts) se establecieron sin problemas alcanzando prestigio, la YMCA permaneció como blanco de la crítica dado su presunto carácter subversivo, protestante y extraño[467].

Las organizaciones juveniles extranjeras llegaron a conquistar gradualmente un lugar en la sociedad chilena gracias a su amplia gama de deportes, lo que gatilló un nuevo entusiasmo por el deporte en Chile, que condujo a la fundación de varias asociaciones deportivas en este período. El significado que se le atribuyó al deporte, en el marco del discurso de la modernización, después de la celebración del centenario chileno fue aumentando constantemente hasta 1930, lo que se tornaría tangible con la aparición de vocablos de uso cotidiano provenientes del área deportiva como 'sportsmen', 'manager' y 'match', en el español hablado en Chile. Un buen ejemplo es el comentario del economista Carlos Keller quien, como dijo en una revista, quería acabar con todos los problemas de su país con un *knock out*[468]. El deporte fue magnificado en su importancia por quienes apelaban a argumentaciones biológicas y racistas relacionadas con la higiene social e individual. El deporte podía contribuir al

[466] Roxane, "El scoutismo en Chile".

[467] "Y.M.C.A.", en *Pacífico Magazine*, Nº 1, Santiago, 1921, pp. 486-488.

[468] Keller R., *La eterna..., op. cit.*, p. 5; "...los sportsmen", en *Corre Vuela*, Nº 869, Santiago, 26 de agosto de 1924.

mejoramiento de la "raza" chilena, tal como se defendía en revistas ilustradas como *Los Sports* o *Chile Magazine*, por lo cual se estableció como componente integral del proyecto de desarrollo nacional. Esta argumentación tuvo una dimensión política, ya que buscaba detener, por esta vía, la creciente cifra de "intelectuales anímicos" y "trabajadores rebeldes" reemplazándolos por atletas disciplinados y bien entrenados. Los reformistas, provenientes de las clases medias creían que el deporte podía llevar a la democratización necesaria de la sociedad chilena porque éste había abierto espacios de participación, tanto para ricos como para pobres[469]. Los concursos deportivos modernos contribuyeron adicionalmente a la estabilización de la conciencia de una identidad nacional. Los viajeros chilenos percibieron, una y otra vez, que su patria pequeña y lejana era conocida en Estados Unidos sólo por las glorias de sus deportistas, lo que en tiempos de crisis nacional ofrecía a los chilenos un rayo de esperanza amparado en el deporte[470]. En opinión de los entusiastas, el deporte era una componente natural del "espíritu nacional"[471].

Estados Unidos era considerado como un ejemplo en el campo del desarrollo deportivo, lo cual fue destacado por Nicolás Palacios en su ensayo sobre "la raza chilena" de 1904, que refería sobre el significado ejemplar del deporte y el afán por los récords en la sociedad. También destacó que allá el deporte era practicado por todas las clases sociales, y que era considerado como la base del optimismo y de la energía de los yanquis[472]. Aspectos tales como la promoción estatal del deporte fueron comentados recurrentemente, al igual que los éxitos en los concursos internacionales deportivos, lo que despertó un interés especial, sobre todo a propósito de los juegos olímpicos[473]. Por otra parte, los estadounidenses parecían estar adelantados a su tiempo también en el deporte, lo que fue ejemplificado con las victorias de Charles Lindbergh en la aviación[474].

[469] "Degeneración y sports al aire libre", en *Sport y Variedades*, Nº 1, Santiago, 1 de septiembre de 1907; "Los Scouts de Chile", en *La Opinión*, Santiago, 21 de septiembre de 1915, p. 1; "El elogio del deporte", en *Chile Magazine*, Nº 765, Santiago, agosto 1922, p. 12; Alfredo W. Betteley, "La cultura física y los deportes", pp. 39-40; "El sport es un medio", Alfredo W. Betteley, "La cultura física y los deportes",en *Chile Magazine*, Nº 772, Santiago, octubre 1922, p. 95; "Hacia la verdadera democracia: La obra del deporte", en *Los Sports* Nº 79, Santiago, 4 de noviembre de 1924; "El gobierno y la educación física", en *Los Sports* Nº 112, Santiago, 7 de agosto de 1925; Julio Camba, "Sobre el 'football'", p. 3.

[470] "En la tierra del dólar se conoce a Chile", en *El Mercurio*, Santiago, 29 de julio 1928, p. 5; Carlos Borcosque, "Siguiendo a la bandera de Chile", p. 3.

[471] "Chile, país deportivo", en *Los Sports*, Nº 53 , Santiago, 23 de mayo de 1924.

[472] Nicolás Palacios, *op. cit.*, p. 432.

[473] Molina, *Por las dos..., op. cit.*, p. 8; José Risopatrón Lira, "Los juegos olímpicos", p. 348; "Baseball", *El Mercurio*, Santiago, 21 de diciembre de 1920; "El desarrollo del Basket-Ball en Chile", en *Los Sports*, Nº 92, Santiago, 27 de febrero de 1925; "Estados Unidos...", en *Los Sports*, Nº 337, Santiago, 2 de agosto de 1929.

[474] "La edad del aire", en *La Nación*, Santiago, 12 de julio de 1919, p. 1; "La historia de los récords", en *Chile Magazine*, Nº 706, Santiago, julio 1921, p. 18-19; "Charles A. Lindbergh", en *La Nación*, Santiago, 4 de julio de 1931, p. 5.

Tanto la aviación como el béisbol y otros deportes practicados en Estados Unidos eran muy ajenos a la realidad chilena. Con el boxeo, sin embargo, no ocurría lo mismo, ya que este deporte se había convertido, en su variante moderna, en un espectáculo de masas de ascendente popularidad desde la última década del siglo XIX. El entusiasmo por el boxeo fue seguido en Chile intensamente gracias a la creciente internacionalización del flujo de noticias que eran transmitidas por las agencias estadounidenses. Éstas permitían a los chilenos no sólo informarse en breve tiempo sobre las victorias y fracasos de las estrellas del boxeo estadounidense y sus "luchas titánicas" sino, también, consultar anuncios misceláneos y chismes sobre los ídolos, como fue el campeón de los pesos pesados Jack Dempsey, quien personificó, para muchos chilenos, un símbolo de Estados Unidos por antonomasia por su fuerza corporal[475].

Otros aspectos como la profesionalización, masificación y comercialización del boxeo, también, llamaron la atención. El mundo de los entrenadores, los premios en dinero, las campañas publicitarias y las noticias sensacionalistas fueron interpretadas como expresiones típicas del materialismo y como un símbolo de los tiempos modernos. Los críticos de la cultura observaron este desarrollo con el acostumbrado rechazo porque desde su punto de vista la profesionalización implicaba la "decadencia del espíritu del deporte". Según la opinión de los críticos, este desarrollo negativo en Chile no debía, en lo posible, repetirse[476].

Junto al desarrollo del deporte profesional se generó lentamente un entusiasmo en el público chileno, lo que gatilló que a partir de 1900 el avance del boxeo fuese incontenible en Chile, especialmente después del regreso de Juan Budinich desde Estados Unidos, adonde había viajado para formarse como boxeador. El boxeo se desarrolló, junto al fútbol, como un "deporte nacional" y se difundió en las clases bajas, fortaleciendo presuntamente la "salud moral"[477]. Los boxeadores chilenos participaron, activa y exitosamente, en campeonatos junto a otros deportistas latinoamericanos, llegando a obtener muchos títulos. ¿Pero fueron acaso capaces de enfrentarse con éxito a boxeadores estadounidenses? Los entusiastas del deporte en Chile se hicieron esta pregunta después de que el comentarista de *Los Sports*, Antonio Acevedo Hernández, anunciara que los yanquis eran gigantes invencibles. Su opinión despertó crítica como lo expresara el entrenador de boxeo Louis Bouey, quien afirmó que los combatientes chilenos se podían medir con los estadounidenses[478]. De hecho algunas estrellas nacionales como

[475] "El formidable Johnson", en *Sucesos*, Santiago, 23 de enero de 1919; "El verdadero valor de Dempsey", en *Pacífico Magazine*, Nº 9, Santiago, 5 de noviembre de 1920, pp. 63-67; "El match Dempsey-Sharkey", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 23 de ulio de 1927, p. 3.

[476] "El estilo en los sports", en *Chile Magazine*, año 2, Nº 12, Santiago, diciembre 1921, p. 178; "Hacia la verdadera democracia", *Los Sports*, Nº 84, Santiago, 4 de noviembre de 1924; "En EE.UU....", en *El Mercurio*, Santiago, 6 de marzo de 1927, p. 5; "Desde los EE.UU.", en *Los Sports*, Nº 393, Santiago, 7 de marzo de 1930.

[477] Rinke, *Cultura..., op. cit.*, pp. 52-59.

[478] Antonio Acevedo Hernández, "Goodrich"; Louis Bouey, "El manager de 'El Tani' y el campeón del mundo".

Luis Vicentini y Quintín Romero triunfaron en Estados Unidos. Estos logros del boxeo chileno representaron una prueba definitiva del nivel similar, en cuanto a calidad y habilidad, alcanzado por los boxeadores chilenos en comparación con los del gran vecino. Con motivo de la calificación de Luis Vicentini para la pelea por un título, la revista *Los Sports* comentó con total admiración:

> "Luis Vicentini, el simpático atleta y actor de cine, que hace poco tiempo partió a la gran República de todas las probabilidades, que es el enorme crisol en que se prueban todas las aptitudes modernas, ha ganado su pelea definitiva; una pelea que es la llave de oro para aspirar a las más altas conquistas del deporte, que allá se traducen en dólares y fama"[479].

Aunque los entusiastas del deporte concediesen a deportistas extraordinarios como Luis Vicentini el derecho a los dólares y la fama lograda en un país considerado como "la prueba de fuego en la que las habilidades modernas debían probarse", los boxeadores chilenos fueron presentados normalmente como inocentes y no como deportistas corrompidos por el profesionalismo. Esto fue evidente en el caso del protegido de Louis Bouey, Estanilao Loayza Aguilar, procedente de Iquique, quien fuera campeón de los pesos livianos y a quien los medios chilenos y de Estados Unidos apodaron como "El Tani". La pelea de "El Tani" fue considerada como un gran evento nacional y como la gran esperanza de todos los entusiastas del boxeo chileno:

> "Cada golpe que nuestro hombre aplique a su adversario significará una esperanza y un alivio. Cada golpe que reciba el Tani repercutirá con redoblado dolor en el alma de los chilenos"[480].

Lamentablemente el público chileno tuvo que padecer mucho dolor porque El Tani perdió la pelea decisiva contra su adversario Jimmy Goodrich[481].

Las peleas de los latinoamericanos contra yanquis fueron siempre especiales. Ya la pelea entre Jack Dempsey y el francés Georges Carpentier fue caracterizada como un conflicto interracial entre los anglosajones y los latinos. Un comentarista de *El Diario Ilustrado* recurrió a estereotipos acreditados, al interpretar el resultado que terminó con el triunfo de Jack Dempsey, como "el triunfo de la materia sobre el espíritu y de la brutalidad sobre lo intelectual"[482].

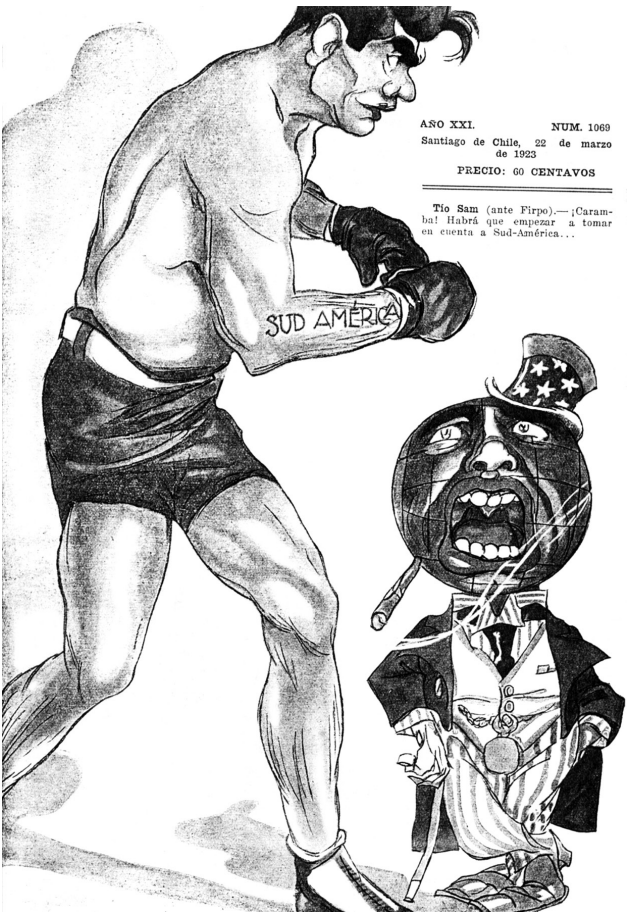
[479] "¡Vicentini, adelante!", en *Los Sports*, Nº 50, Santiago, 9 de mayo de 1924.

[480] "El Tani", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 13 de julio de 1925, p. 3.

[481] "La pelea de anoche en Nueva York", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 14 de julio de 1925, p. 9. No obstante El Tani fue considerado como un ídolo en Estados Unidos hasta 1929: "Lo que pasa", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 24 de junio de 1926;"Tani for ever", en *El Industrial*, Antofagasta, 4 de octubre de 1929, p. 10.

[482] "Al margen de un match de box", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 3 de julio de 1921, p. 5. Semejante a Ernesto Montenegro, *Puritanía..., op. cit.*, p. 272; "La formidable lucha", en *Chile Magazine*, Nº 1, Santiago, julio 1921, p. 8.

Dos años más tarde ya había una estrella latinoamericana nueva. Se trató de Luis Ángel Firpo formado inicialmente en Chile. Sus primeros triunfos en Estados Unidos dejaban ver una luz de esperanza en que podría vencer al poderoso Jack Dempsey[483]. Tal como lo muestra la ilustración en la página siguiente: Luis A. Firpo en representación de Latinoamérica lucha contra el Tío Sam que fue un contrincante gigante.




Luis A. Firpo, la gran esperanza de América Latina. ¿Debieron los yanquis tomar finalmente en serio a Latinoamérica? En 1923 se depositaron muchas esperanzas en el boxeador Luis A. Firpo. FUENTE: *Sucesos*, Santiago, 22 de marzo de 1923.

[483] "Firpo", en *Sucesos*, Santiago, 22 de marzo de 1923; "La gran pelea de anoche", en *El Industrial*, Antofagasta, 13 de junio de 1923, p. 3; "El momento más interesante del pugilismo mundial", en *La Nación*, Santiago, 12 de julio de 1923, p. 19. Joaquín Edwards Bello, "El triunfo de Firpo", p. 5.

Cuando el 14 de septiembre de 1923 se enfrentó Luis A. Firpo contra Jack Dempsey, en Nueva York, por el título mundial de peso completo en la así llamada "pelea del siglo", el público chileno acompañó lleno de esperanzas este acontecimiento. Fue una noche memorable, ya que con motivo de la pelea las emisoras de la radio La Nación realizaron la primera grabación, en directo, conocida en la historia de Chile. Más de dos mil chilenos se reunieron frente del edificio de redacción completamente orgullosos del progreso técnico y de su héroe Luis A. Firpo.

Cuando Jack Dempsey derrotó al argentino en el segundo asalto, antes de los cinco minutos de combate, la decepción del público fue enorme[484]. La "raza latinoamericana" había fracasado una vez más contra los yanquis. De todos modos no se perdió la esperanza de alcanzar en el futuro, a través de un duro entrenamiento, el mismo estándar que los estadounidenses. Según la opinión de la mayoría de los observadores, el deporte cumplía funciones importantes en la educación nacionalista de los niños y jóvenes, esforzándose por distinguir rigurosamente entre los "buenos" deportes de aficionados y los "malos" deportes profesionales propios del espectáculo estadounidense. La evaluación crítica implícita en esta diferenciación parece algo paradójica, pues muchos de los nuevos tipos de deportes para aficionados tuvieron sus raíces en Estados Unidos y resultaron ser atractivos para las masas precisamente por su carácter profesional. Desde la perspectiva de los deportistas chilenos y del público de masas entusiasmado por el deporte, esta diferenciación fue irrelevante, pues no se quería, ni se podía, escapar a la fascinación ante las "luchas de titanes".

En el marco de la discusión chilena sobre la cultura yanqui, en especial sobre sus ciudades monumentales, bailes, músicas y deportes, chocaron fuertemente las opiniones entre sus simpatizantes y opositores. Lo que algunos elogiaban como promesa de libertad era visto, por los otros, como una amenaza que conduciría a la decadencia y a la pérdida de las tradiciones. Casi todos los observadores estuvieron de acuerdo en afirmar que la cultura de los yanquis era artificial y comercial, y que no aportaba autenticidad ni tradiciones. En todo caso los partidarios de la nueva cultura popular pasaron esto por alto, pues esta mezcla nueva y sin tradición se dejaba entrever en el propio contexto chileno. Los críticos, por otra parte, debieron aceptar que la sociedad chilena había cambiado considerablemente durante las primeras décadas del siglo XX, lo que se vio reflejado en sus nuevas formas de expresión cultural fuertemente influidas por Estados Unidos. Los nuevos edificios fueron construidos según el estilo moderno de los rascacielos estadounidenses y la influencia de Nueva York llegó a tal punto que una calle de Santiago adoptó su nombre. Los clubes de jazz, *dancings* y emisoras que fueron albergados en los nuevos edificios, ofrecieron al público de masas entusiasta, los nuevos ritmos y noticias relacionados con

[484] "El campeonato mundial de box", en *La Nación*, Santiago, 14 de septiembre de 1923, p. 1; "¿Por qué fue derrotado Firpo?", en *Sucesos*, Santiago, 20 de septiembre de 1923.

los eventos deportivos del norte. Aunque la gente que bailaba y escuchaba era chilena, algunos observadores tuvieron la impresión de estar en Yanquilandia, pues los edificios, la música y los bailes fueron sólo manifestaciones externas del cambio fundamental, manifestado en las orientaciones culturales de una parte del pueblo urbano chileno, que tuvo cada vez mayor importancia en el transcurso del siglo XX. La cultura de masas fue un elemento nuevo en Chile que tuvo profundas consecuencias sociales, ya que expandió las bases sociales que participaron de los símbolos culturales. El ascenso incontenible de la cultura de masas en el transcurso del siglo XX determinaría marcadamente el proceso de encuentro de la norteamericanización para las siguientes décadas.

## "Un formidable medio de propaganda": Hollywood en Chile

*"It is probably no exaggeration to say that nine-tenths of the moving pictures shown in Chile are of American origin... Most Chileans of the lower classes undoubtedly form their opinion of conditions in the United States from the sensational and melodramatic scenes they usually see on the screen"*[485].

Hacia fines del siglo XIX comenzó la marcha triunfal de las imágenes en movimiento de los hermanos Lumière. Así, en 1896, pocos meses después de su primera presentación en Europa, llegó el cinematógrafo a Chile[486]. Pasarían quince años antes de que el cine superara su fase experimental y se desarrollase en este apartado país latinoamericano como un moderno medio de comunicación de masas capaz de causar sensación. Hacia mediados de 1910 el mismo se convirtió, rápidamente, en el principal medio de esparcimiento para un creciente porcentaje de la población chilena. Clase social, género y nivel educacional eran irrelevantes, tanto para acceder como para comprender el cine. Era una distracción barata y disponible para casi todos los chilenos. Por ello, más que en torno a cualquier otro medio, el complejo alrededor del cine reflejó los debates sobre la nueva cultura de masas y su mercantilización, así como también sobre los cambios sociales, las modificaciones en las relaciones entre hombres y mujeres y el ascenso de la cultura de consumo. Si hubo entre 1900 y 1930 un ámbito considerado genuinamente moderno, éste fue el del cine: las imágenes en movimiento de las películas mudas fueron vistas como símbolos del nuevo siglo. El hecho de que estas imágenes llegasen crecientemente desde el "país del futuro", Estados Unidos, no podía sorprender. Pero, ¿cómo fueron percibidos e interpretados los productos de Hollywood, la fábrica

[485] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 7 de marzo de 1927, en 829.912, RG 59, NA.

[486] Stefan Rinke, "Historia y nación en el cine chileno del siglo veinte", vol. 2, pp. 3-24.

de sueños estadounidense?, ¿qué debates se tejieron en torno a ellos?, ¿a qué conclusiones se llegaron en su relación con la realidad chilena? y ¿cuál fue el papel que representó el cine dentro del proceso de la norteamericanización?

## *Culto a las estrellas y negocio: la fascinación por Hollywood*

Entre 1915 y 1930 alcanzó Hollywood en Chile, lisa y llanamente, el estatus de sinónimo del cine. Fueron dos los factores que concurrieron para permitir el acelerado ascenso de la industria cinematográfica estadounidense en este país latinoamericano: por una parte, los mensajes de belleza, riqueza, lujo y despreocupación unidos al culto a las estrellas de Hollywood; por otra, el poder comercial de productores y distribuidores que se procuraron en Chile una posición casi monopólica.

El número de chilenos amantes del cine, creciente desde 1900, dependió desde un principio de producciones extranjeras. Si en el inicio llegaron breves escenas de los hermanos Lumiére y otras atracciones de feria, hasta 1914 el pequeño mercado local fue dominado por cintas más ambiciosas que, muy luego, comenzaron a arribar desde Europa. Las películas estadounidenses eran consideradas demasiado caras y anticuadas[487]. La Primera Guerra Mundial modificó profundamente la situación. Mientras más duraba la guerra y se volvían, como consecuencia, más escasas las importaciones de películas europeas, estas últimas fueron reemplazadas cada vez más con mayor frecuencia por producciones estadounidenses. La exportación de esas películas tuvo un incremento explosivo hacia 1915, aunque en un principio se envió películas de mala calidad[488]. Recién cuando los productores de Hollywood reconocieron el potencial que representaba América Latina, los mismos modificaron su estrategia y comenzaron a cultivar, sistemáticamente, los mercados del sur. Entre 1917 y 1918 las principales productoras –Fox Pictures, Famous Players-Lasky Corporation, la futura Paramount y Goldwyn– reencauzaron su política de distribución hacia el movimiento de películas de alta calidad. En este proceso, la industria cinematográfica recibió el apoyo de empresas de ese país que operaban en Chile, como Ford, General Electric y Remington, pues tenían grandes esperanzas en los efectos publicitarios de las películas en torno al *American way of life* y como consecuencia, en las ventas de los productos de consumo[489].

Tras el fin de la guerra se fortaleció la posición de Hollywood en el mercado chileno y en el de otros Estados latinoamericanos. Para los observadores chilenos no fue un misterio que la industria cinematográfica estadounidense

[487] "Los progresos del cine", en *Zig-Zag*, Santiago, 7 de noviembre de 1914.

[488] Kristin Thompson, *Exporting Entertainment: America in the World Film Market, 1907-1934*, pp. 49-50.

[489] Gaizka S. de Usabel, *The High Noon of American Films in Latin America*, pp. 8-10; John King, *Magical Reels: A History of Cinema in Latin America*, pp. 1-19.

produjese en el ámbito mundial cerca del 85% de las películas y que su papel dentro de la economía de Estados Unidos fuese cada vez más relevante[490]. Las exportaciones aportaban del 20% al 30% del negocio; América Latina fue por eso, como segundo mercado comprador externo, nada despreciable. Hasta la crisis financiera mundial, entre el 80% y el 90% de las cintas proyectadas anualmente, en esta región, provenían de Hollywood. En Chile el porcentaje sobrepasó este promedio durante ciertos períodos. Según datos entregados por el Ministerio de Economía, la participación de los filmes provenientes de Hollywood alcanzó en el mercado chileno el 90% en 1930 y en 1932 el 98%[491].

Las películas de Hollywood se proyectaban en salas de cine ubicadas principalmente en las ciudades de Valparaíso y Santiago, cuyo número aumentaba de manera constante. Sin embargo, y con el tiempo, las salas se multiplicaron también en las provincias y llegaron hasta los enclaves mineros. Si bien en un inicio se trató por lo general de galpones primitivos o de carpas con sencillas bancas de madera, sitios ubicados especialmente en los barrios obreros, a medida que aumentó la popularidad del cine, ocurrió lo mismos con la calidad de las salas. Durante la década de 1920 cambió el "paisaje cinematográfico" en Chile: junto a los sencillos locales que siguieron existiendo, surgieron cadenas de cines de lujo que adoptaron el modelo estadounidense y que ofrecieron todo tipo de comodidades. Con doscientas doce salas en 1932, el país ocupaba el sexto lugar en Latinoamérica[492].

Ahora bien, si durante esta fase las salas de cine fueron propiedad de empresarios chilenos, el sector de la distribución pasó paulatinamente a manos de extranjeros. Además del argentino Max Glücksmann, quien distribuía hacía tiempo las películas de Hollywood en el país, un grupo de inversionistas estadounidenses ingresó al negocio en 1920 con el nombre de Chilean Cinema Corporation. Esta compañía ganó una participación importante en el mercado[493]. La situación cambió durante la segunda mitad de la década de 1920, cuando empresas como la Paramount y más tarde también la Metro-Goldwyn-Meyer, abrieron filiales en Chile[494]. La industria cinematográfica estadounidense desplegó una activa labor promocional tanto en las nuevas y numerosas –aunque por lo general efímeras– revistas de cine, como en las páginas de espectáculos de los periódicos chilenos. Frente a la gran demanda de noticias de Hollywood la prensa reaccionó enviando corresponsales a California, como fue el caso del conocido periodista Carlos Varas, alias Mont-Calm, o Carlos F. Borcosque.

[490] "La exportación de películas yanquis", *El Industrial*, Antofagasta, 11 de octubre de 1929, p. 10; "La película yankee cubre el mundo", *La Nación*, Santiago, 21 de septiembre de 1930, p. 4.

[491] Thompson, *op. cit*., pp. 139-140.

[492] Eliana Jara Donoso, *Cine mudo chileno*, p. 23. Sobre el modelo que representó Estados Unidos, véase "Motion Pictures in Chile", in *Inter-America* , vol. 6, Nº 4, New York, 24 april 1922, p. 236; "Crítica cinematográfica", en *Zig-Zag,* Santiago, 25 de junio de 1927.

[493] "La nota del día", en *El Sur*, Concepción, 29 de agosto de 1920, p. 13.

[494] Rinke, *Cultura..., op. cit*., pp. 59-64.

Aquella demanda podía atribuirse al hecho de que en ese período el público cinéfilo sufrió fuertes cambios. Si antes de la guerra el cinematógrafo era considerado una entretención primitiva y plebeya para el vulgo –por el cual las clases altas, que seguían a la "alta cultura" europea, sólo sentían desprecio–, la situación varió después de 1915 cuando la calidad de las películas comenzó a mejorar progresivamente. La construcción de nuevas salas de lujo durante la década de 1920, fue prueba de la asistencia habitual al cine por parte de la oligarquía chilena. Junto al placer que producía ver las películas, el prestigio social que aportaba la visita al cine fue un atractivo adicional que iba en aumento, pues pasar por "moderno" e ir con los tiempos era importante. El posible encuentro con las clases bajas, desagradable para muchos integrantes de las clases altas, dejó de ser una preocupación, cuando la segregación social quedó preservada por la enorme diferencia en los precios de las entradas y mediante el emplazamiento de cines en barrios totalmente separados. Las diferentes clases sociales sólo se topaban en las nuevas y abundantes salas ubicadas en el centro de las ciudades, teatros que con precios comparativamente moderados se orientaron a captar público entre la nueva clase media urbana[495].

Cuando en 1926 el comentarista de *Las Últimas Noticias* escribió que el cine no puede faltar mañana en ningún hogar, no sólo acertó con una declaración notablemente visionaria sino que condensó el proceso de la amplia propagación de los cines en Chile, tanto en términos sociales como regionales[496]. Esto podía atribuirse a la fascinación que producía este nuevo medio, alimentada desde las fuentes mismas de Hollywood. Ya fueran mineros en Chuquicamata u oligarcas en Santiago, todos reían con Chaplin. La revista de cine *Hollywood*, un nombre sugestivo, constató acertadamente:

> "Un rotito nuestro puede ignorar quién es Mr. Coolidge, o Primo de Rivera o aún Mussolini; pero a Chaplin, a Pola Negri, a Tom Mix o a Mary Pickford no los ignora nadie; son figuras mundiales sin nacionalidad; su única patria es el cine"[497]

Estas estrellas transnacionales dejaron en Chile una profunda impresión. Así, tal como en muchos otros planos de la norteamericanización, valía la siguiente divisa: "mientras más americano más popular". En las encuestas de la revista *La Semana Cinematográfica* votaban a principios del decenio 1920, para elegir a sus astros favoritos, cerca de mil lectores. Exceptuando a Antonio Moreno y al chileno Pedro Sienna, siempre aparecían en los primeros lugares estrellas estadounidenses como Wallace Reid, George Walsh, Mollie King, Pearl White y las hermanas Talmadge[498].

[495] Rinke, *Cultura..., op. cit.*, pp. 65-72.
[496] "El cine", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 22 de junio de 1926, p. 3.
[497] Mimí Hübner Richardson, "Hay que ser popular",p. 27.
[498] Véanse los números semanales de *SC* entre 1920-1922.

Esta preferencia por las estrellas hollywoodenses estaba basada sobre modelos de percepción estrechamente relacionados con el proceso de norteamericanización. De esta manera, relatos de viaje enviados desde Estados Unidos e informaciones de prensa acentuaban, una y otra vez, la gran importancia que tenía el cine en este país. Los comparativamente gigantescos cine-palacios, lujosamente equipados y abiertos día y noche, impresionaron a observadores muy viajados[499]. Sin embargo, el factor más determinante fue el culto a las estrellas, llevado al extremo en Estados Unidos. Esta estrategia comercial, nueva en ese país y estrechamente unida al ascenso del matrimonio de los actores Mary Pickford y Douglas Fairbanks, se impuso también en Chile a partir de 1918. Los ya mencionados concursos de popularidad son una prueba de ello. Comentaristas chilenos advirtieron que los productores construían a los astros mediante campañas de publicidad dirigidas a acentuar la glamorosidad de la vida de los actores, que al mismo tiempo se presentaba enigmática. Dado que a través de las películas estas estrellas estaban disponibles universalmente, los conceptos tradicionales de popularidad y de notoriedad pública cambiaron de manera radical. La fama se basó, desde entonces, sobre el atractivo físico y su comercialización[500].

La maquinaria yanqui, del culto a las estrellas, parecía corroborar estereotipos como el de la riqueza inventiva y el de la mentalidad hecha para los negocios. Así, los costos de producción y la monumentalidad de cintas como *Los diez mandamientos* (1923) fueron interpretados como típicamente estadounidenses[501]. En particular el director de esa película, Cecil B. DeMille, fue considerado la personificación del yanqui ejecutivo productivo, sólo que en vez de automóviles, "fabricaba" estrellas. Esos astros, cuyas caras adornaban crecientemente y, en rápida sucesión, las portadas de las revistas chilenas, eran en general jóvenes, bellos y atléticos, como, por ejemplo, los héroes de *westerns* Eddie Polo y Tom Mix. También el mito del *selfmademan* parece haber sido un aporte para el culto de Rodolfo Valentino[502].

La belleza y agilidad física no alcanzaron a otorgar ni el aura necesaria a las estrellas, ni la apariencia de seriedad al cine mismo. Los chilenos entusiastas del cine se empeñaron en acentuar las cualidades artísticas del nuevo

[499] "El bien y el mal...", en *El Mercurio*, Santiago, 4 de agosto de 1929, p. 11; "Una visita", en *Zig-Zag,* Santiago, 17 de marzo de 1928.

[500] "Richard Dix", en *Viña del Mar*, Nº , Viña del Mar, abril de 1929, p. 12; "La popularidad", en *Zig-Zag,* Santiago, 27 de diciembre de 1930; "El cine necesita 'astros'", en *La NaciónI, Santiago,* 18 de enero de 1931, p. 5. Sobre el ascenso del culto a las estrellas en Estados Unidos, véase Lary May, *Screening out the Past: The Birth of Mass Culture and the Motion Picture Industry*, pp. 96-100.

[501] "La vida en el cine", en *Pacífico Magazine*, Nº 24, Santiago, enero de 1915, pp. 79-80; "Prodigios...", en *El Mercurio*, Santiago, 2 de junio de 1923, p. 5; Mont-Calm, "El costo de las películas cinematográficas", en *Zig-Zag.*

[502] "Figuras de la pantalla", en *La Nación*, Santiago, 16 de julio de 1920, p. 9; Armando Zegri, "Rudolph Valentino", p. 4; "Los grandes amantes del cinematógrafo", en *Zig-Zag,* Santiago, 7 de julio de 1928.

medio, inspirados en las campañas publicitarias estadounidenses. Estrellas como Richard Dix, Clive Brook o Milton Shills eran alabadas por su talento excepcional como actores. En contraste con Rodolfo Valentino se les reconoció el rango de actores serios con una gran calidad artística que también se reflejó en el cine. Comentaristas que aprobaban el cine por principio, se esforzaron en destacar ciertos rasgos del carácter de las estrellas que pudiesen ser evaluados positivamente, también, de acuerdo con las concepciones chilenas. Así, por ejemplo, la periodista y activista por los derechos femeninos, Elvira Santa Cruz Ossa, alias Roxane, describió a la superestrella Duoglas Fairbanks como a un hombre culto, viajado, lector y poseedor de muy buen gusto (véase ilustración)[503].

Los contactos con estrellas de Hollywood se convirtieron en índice de calidad periodística. Mostraban la creciente necesidad por recibir noticias provenientes de Hollywood. FUENTE: Roxane, "Un rato de charla con Douglas Fairbanks", en *Zig-Zag,* Santiago, 20 de mayo de 1931.

La fabulosa riqueza de los astros fue otro elemento central en el culto a las estrellas. En las portadas de los periódicos serios es posible encontrar frecuentemente anécdotas sobre la lujosa vida proveniente de la costa oeste. La vida diaria de los actores fue tema de creciente interés. No se trataba sólo del cotilleo popular, sino de enterarse sobre detalles de sus estilos de vida como, por ejemplo, los artefactos de cocina o automóviles que usaban, o de cómo organizaban su tiempo libre y los periódicos que leían[504]. Y esto fue relevante, ya que el culto a las estrellas se asoció a un doble mensaje de consumo, cuya difusión tenía gran interés tanto para la nueva prensa cinematográfica como para los productores y distribuidores de productos estadounidenses. Por consiguiente, el cine se desarrolló también en el lejano Chile como un notable vehículo de publicidad.

El culto a las estrellas generó en Chile, a través de películas y fotografías, modas. Hollywood se convirtió en-

[503] Roxane, "Un rato de charla con Douglas Fairbanks".

[504] "Colleen Moore en su vida de hogar", en *Zig-Zag,* Santiago, 20 de abril de 1929; "Marlena Dietrich en Hollywood", en *Zig-Zag,* Santiago, 1 de noviembre de 1930. Para el contexto, véase May, *op. cit*., p. 190.

tonces en el precursor de un cambio en torno a los ideales de belleza, especialmente los femeninos, influenciando como consecuencia los comportamientos femeninos y las nociones sobre roles en las relaciones entre géneros. Las estrellas femeninas podían y debían vestirse de manera extravagante. Las imágenes de la ilustración muestran ejemplos de estrellas al estilo *flapper* –conscientes de sí mismas, provocativas y modernas– y otras en traje de baño. Estas últimas eran poco frecuentes en el Chile de esa época y, sobre todo, en las publicaciones serias. Sin embargo, la progresiva frecuencia con que aparecían ilustraciones de este tipo con comentarios provocativos ("¡Viva la poca ropa!"), indica que el público lector chileno les había tomado cierto gusto, llegando a "exotizar" el erotismo a través del prisma de las estrellas de Hollywood. De hecho, a los ojos de algunos chilenos, Hollywood reemplazaba a París no sólo como centro de la moda sino, también, del pecado[505]. La avalancha de imágenes que llegaban desde Hollywood, no producían tan sólo fascinación sino que ayudaron a crear una nueva visión del mundo que impactó profundamente, y en especial, a la generación joven.

Por otra parte, el culto a las estrellas de Hollywood jugaba con los contrastes. Extrovertidos astros como Douglas Fairbanks o Mary Pickford eran vistos con misteriosas divas como Greta Garbo, el discreto *gentleman* Clive Brook junto al impertinente Tom Mix, y la cándida Lilian Gish con la amenazadora Lya de Putti[506]. Sea quien fuese el favorito de los espectadores chilenos, la decisión debía ser tomada rápidamente, pues el culto a las estrellas vivía de su propia dinámica y producía permanentemente nombres y rostros nuevos, mientras otros pasaban rápidamente al olvido[507]. Fueron precisamente esas rápidas variaciones y la inestabilidad, propias de la devoción a los astros, las que dieron espacio a apreciaciones críticas que sostenían que en el mundo de las apariencias de Hollywood sólo regían las leyes del mercado, ante las cuales los actores debían inclinarse en el ámbito de su vida privada. De ese mundo no se podían esperar sentimientos sinceros ni honestidad. Belleza y monumentalidad eran entonces, sólo envases sin contenido. Y esto lo pudieron corroborar quienes visitaron los estudios de Hollywood[508]. Los observadores chilenos consideraban, también, que muchos de los astros, como Pearl White, Jackie Coogan o Rodolfo Valentino, eran notoriamente frívolos y arrogantes. Tanto sus filmes como el desenfrenado rumbo de sus vidas, marcado presuntamente por el abuso de drogas y otros excesos, fueron una afrenta a los

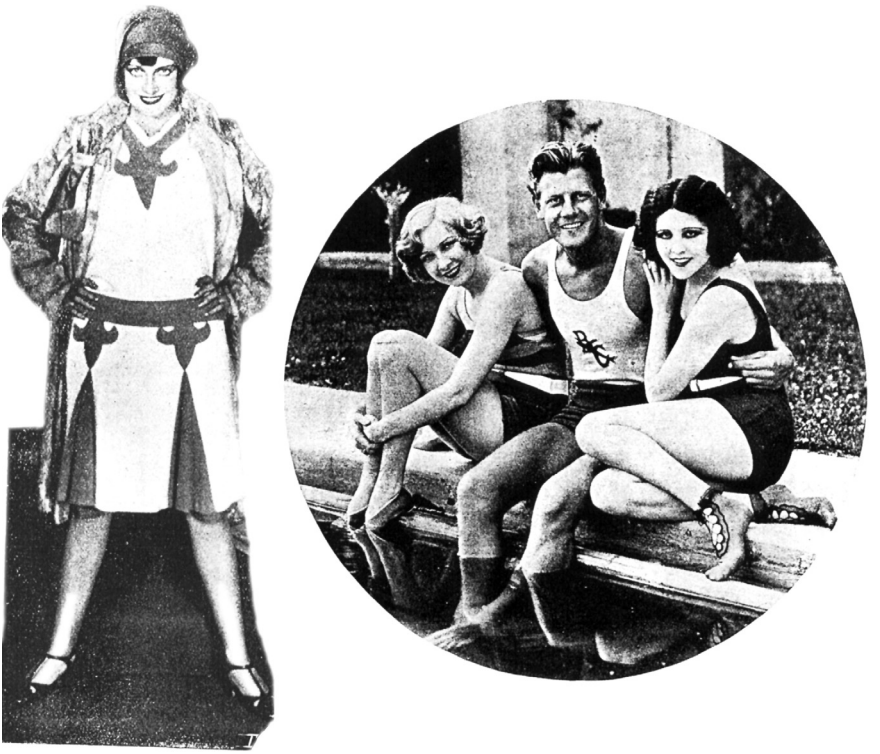
[505] Rinke, „Voyeuristic...", *op. cit.* Véase también "El desnudo en la pantalla americana", en *Zig-Zag,* Santiago, 7 de enero de 1928; "Las alegres chicas de Hollywood", en *Zig-Zag,* Santiago, 23 de junio de 1928; "La moda masculina...", en *Zig-Zag,* Santiago, 2 de marzo de 1929.

[506] "El lirio de Hollywood", en *Zig-Zag,* Santiago, 29 de septiembre de 1928; "Clive Brook, el artista", en *Zig-Zag,* Santiago, 30 de mayo de 1931.

[507] "El cine y los artistas, la gloria y el olvido", en *Zig-Zag,* Santiago, 13 de diciembre de 1930.

[508] "De Hollywood", *Las Últimas Noticias,* Santiago, 28 de julio de 1928, p. 3; "Cosas de cinelandia", en *Zig-Zag,* Santiago, 8 de junio de 1928.

conceptos morales chilenos. Como consecuencia fueron percibidos como una amenaza. En particular la copiosa información que mostraba el enorme índice de divorcios en Hollywood, provocó horror a los críticos conservadores, que utilizaron dicha información reiteradmante en la lucha contra una ley de divorcio en Chile[509].



Moda y liberalidad de las estrellas de Hollywood. La avalancha de imágenes provenientes de Hollywood proporcionó nuevos modelos de feminidad, moda y culto del cuerpo. FUENTES: izquierda: Lucy L. de Borcosque, "La moda en Hollywood"; derecha: Carlos F. Borcosque, "¡Viva la poca ropa!".

La preocupación de los críticos se justificaba, dado que Hollywood ejercía directamente su fuerza de atracción entre los jóvenes chilenos. Todo el tiempo se escuchaban rumores de chilenos y chilenas jóvenes, que en su afán por convertirse en estrellas iban hasta allí a probar su suerte. La juventud del país parecía hechizada por una verdadera "cinemanía"[510]. Por lo mismo, los corres-

[509] Rinke, „Voyeuristic...", *op. cit.*

[510] "La cinemanía", en *La Nación*, Santiago, 21 de noviembre de 1920, p. 5; "La aficionada al cine", en *La Nación*, Santiago, 29 de enero de 1922, p. 1.

ponsales no se cansaban de advertir que pese a que muchos actores jóvenes se encumbraban al estrellato, la gran mayoría fracasaba y sobrevivía en la pobreza. Los especialistas aseguraban que la vida de las estrellas no era algo envidiable, pues eran perseguidas permanentemente por la insaciable prensa amarilla[511].

El culto estadounidense a los astros, basado sobre una maquinaria comercial que controlaba tanto la producción como la distribución de las películas y que en forma sistemática se desarrolló en el mercado a través de intencionadas campañas publicitarias, se enraizó, entre 1915 y 1930 profundamente en el mundo de las representaciones chileno. La posición casi monopólica de Hollywood era la expresión más clara del nivel de poder que había alcanzado la nueva industria cultural en Chile. Esta industria construyó los fundamentos de la cultura de masas hechizando a muchos, pero en especial a los jóvenes. El cine se convirtió así en uno de los principales tópicos que agitaron en ese período la discusión pública en Chile en torno a la cultura nacional.

### *¿Arte o trivialidad? El debate sobre el cine y dominio yanqui*

A partir de 1915 retrocedió la importancia de las películas europeas en Chile. Las producciones provenientes del viejo continente representaron un papel subordinado. ¿Pero en qué se basaba el atractivo hollywoodense en el mercado chileno, más allá del culto a las estrellas? ¿Por qué lograron desplazar los estadounidenses a la competencia en el dominio de las preferencias de las masas con películas, que se consideraban como ser esencialmente de mejor calidad? Ya desde entonces se planteaban los chilenos estas preguntas[512]. Las mismas constituyeron la raíz de un acalorado debate en torno al valor estético del cine y a la importancia de Hollywood como agente del expansionismo en Chile.

La industria cinematográfica estadounidense estaba inmejorablemente preparada, tanto como para satisfacer los deseos de un público que por primera vez era global, como para influir sobre los gustos y preferencias del mismo. Los observadores chilenos reconocieron, con precisión, que el cine de los yanquis obedecía exclusivamente a las reglas del mercado y que utilizaba, intencionalmente, su poder financiero y de distribución, para maximizar sus ganancias. Los yanquis eran invencibles en estos aspectos, y esto se sabía de sobra en Chile. Los estadounidenses avanzaban por esta vía, tanto en Chile como en otros mercados de exportación, con los mismos métodos de planificación que

[511] "Lo que cuesta ser estrella cinematográfica", *El Diario Ilustrado*, Santiago, 11 de julio de 1920, p. 1; "La incomodidad de ser estrella de cinematógrafo", en *Zig-Zag*, Santiago, 28 de febrero de 1925; "La invasión de Hollywood", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 4 de abril de 1927, p. 3; "Para llegar a ser estrella no bastan el talento y la belleza", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 16 de junio de 1928, p. 25.

[512] "¿Porqué triunfa el cine norteamericano?", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 3 de diciembre de 1928, p. 9.

en sus mercados domésticos. Las películas que entusiasmaban en esa época a los chilenos, eran las mismas que se convertían en éxitos de taquilla en Estados Unidos. Las garantías principales para el éxito eran estrellas famosas y tramas llenas de tensión que incluían, tanto arriesgadas intervenciones especiales de los actores como costosas ambientaciones o refinamientos técnicos, explotando al máximo las posibilidades de causar efectos espectaculares. Gracias a la presencia de dichos elementos, el éxito en la convocatoria de público alcanzado en Chile por los *westerns* con William Duncan y Edith Johnson, los filmes históricos como *Cleopatra* o *Ben Hur,* o las nuevas películas de dibujos animados como *Mickey Mouse* de Walt Disney, superó las expectativas (véase ilustración)[513].

La fascinación de los *Western* y otros típicos géneros cinematográficos se consagraron también entre el público chileno. FUENTE: "La lucha por las millones", en *Zig-Zag,* Santiago, 3 de abril de 1920.

[513] "El cine y la cultura humana", en *El Mercurio*, Santiago, 13 de septiembre de 1929, p. 3; "Douglas Fairbanks...", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 11 de marzo de 1925, p. 15; "Walt Disney, el padre de Mickey", en *Zig-Zag,* Santiago, 12 de septiembre de 1931, pp. 93-94.

La base del éxito de estas películas radicaba en renunciar a pretensiones artísticas y ofrecer a cambio, historias estereotipadas con finales felices o, como apuntaba un comentarista, la vida "pero de la vida corregida al gusto de las almas sensibles..."[514]. En vista del peso que tenía esta corriente del *mainstream* fílmico, parecía quedar obsoleta la pregunta acerca del valor estético del nuevo medio, o acaso, ¿sí podía ser el cine arte? El que los intelectuales chilenos debatiesen intensamente en torno a estas preguntas muestra cuán fuertemente estaban integrados al debate internacional sobre el cine de aquella época. Los chilenos que defendían el cine estaban, entonces, en buena compañía cuando acentuaban el carácter democrático de esta nueva forma de esparcimiento. El hecho de que el cine ofreciese un entretenimiento asequible a todas las clases sociales, fue calificado como algo revolucionario. Era, pues, un aporte que disminuía la tensión de la cuestión social. También permitía, mediante un idioma transnacional, superar las fronteras nacionales. El director de *El Mercurio,* Carlos Silva Vildósola, constató en 1927 que: "El cine es igualitario, es barato, es fácil. Es el arte de nuestro tiempo. Es la propiedad del pueblo"[515].

Para la mayoría, que participaba en este intenso debate, llamaba la atención la actualidad que tenía el cine. Parecía ser que representaba una estética nueva y moderna, la cual, si bien se basaba sobre apariencias y artificios, se prestaba, como ninguna otra manifestación artística, para ser considerada como "el arte de hoy para gente de hoy"[516]. Fueron precisamente las dificultades para caracterizar de forma realista el ambiente y las personas –impuestas por los límites propios de la representación cinematográfica de esa época–, lo que se celebraba como una dimensión propia de esa nueva forma auténtica de arte. Según Carlos Silva V., quien se sumó a esta opinión, el cine era la forma de arte más adecuada para los estadounidenses, pues, como el "nuevo mundo" no disponía de las tradiciones culturales de Europa, debía crear un nuevo medio para alcanzar la expresión de su autenticidad[517].

Cuando Carlos Silva V. y otros críticos favorables al cine, citaban los ejemplos del nuevo arte cinematográfico, en general citaban producciones europeas que se restringían, en Chile, a un pequeño público de elite. Los críticos culturales rara vez tomaron, seriamente, en cuenta las producciones estadounidenses[518]. Sólo Charles Chaplin –considerado también en Chile como "genio del siglo"– fue una excepción, aun cuando al optar por la comedia gro-

[514] "La moral cinematográfica", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 27 de noviembre de 1925, p. 3.

[515] Carlos Silva Vildósola, "Cine, arte e industria", p. 15.

[516] Raúl Silva Castro, "El cine, arte de hoy y para gente de hoy", p. 4. Véase también "Las ilusiones del biógrafo", en *Zig-Zag*, Santiago, 23 de mayo de 1925.

[517] Silva Vildósola, *op. cit*., p. 15. Visiones similares en: "La estética del film", en *Hoy*, Nº 34, Santiago, 7 de julio de 1932, pp. 50-51; Antonio Espina, "El cinematógrafo", p. 3; Carlos Keller R., "El cine...", pp. 225-227.

[518] Como ejemplo, véase Ernesto Montenegro, "La influencia alemana en la película norteamericana", pp. 20-22.

tesca había elegido como género un formato de entretención cinematográfica originariamente estadounidense[519]. Su fino humor lo elevó muy por encima de las producciones corrientes de Hollywood. Él mismo no parecía corresponder al patrón estandarizado de la fábrica de sueños. Por ello, aun los críticos declarados de Hollywood lograban simpatizar con él, pues lo consideraban "no-estadounidense". Sus escapadas extramatrimoniales le eran perdonadas y cuando, a raíz de ellas, fue criticado en Estados Unidos, un comentarista chileno escribió indignado: "Chaplin no es norteamericano. Chaplin no ha sido hecho para Norte América"[520].

A pesar de reacciones de rechazo de este tipo, el nuevo medio fue considerado por la mayoría de los seguidores del cine, claramente como una forma de arte que representaba como ninguna otra el *American way of life* y con ello también el espíritu de la época. En el mundo moderno, determinado por el utilitarismo capitalista, en último término el arte también sólo era posible como negocio. Y el cine era un negocio al gran estilo yanqui. En realidad, los admiradores chilenos del cine opinaban que los sentimientos y el arte elevado, también, podían representar un papel importante en Hollywood[521]. Sin embargo, esto sólo cabía para una pequeña selección de películas valiosas y éstas no interesaban a la gran masa del público. Por ende, se convertían en fracasos comerciales. La pregunta sobre cómo transformar el cine con pretensiones artísticas en algo financieramente exitoso, quedaba abierta, ya que los críticos chilenos no encontraban respuesta[522]. Igualmente controvertida se mantuvo la cuestión en torno a cuáles eran los criterios para valorar los filmes: ¿qué era valioso y qué era *kitsch*? A los críticos culturales chilenos les resultó difícil desarrollar estándares de calidad en relación con el nuevo medio. En un principio, aquéllos que habitualmente escribían en la prensa, tales como Omer Emeth, reclamaron como dominio propio el comentario de las películas y evaluaron las producciones cinematográficas según las reglas que aplicaban a la literatura y al teatro, sin embargo, los amantes del cine exigían reglas propias para que se tomase en consideración la independencia propia de la nueva estética del cine[523].

La crítica cultural chilena, sin embargo, no estaba dispuesta a ceder a estas pretensiones. En general, le denegaba al cine valor cultural, pues consideraba que era una reproducción de la vida real, mecánica y mala, en la que no aparecía la imaginación creativa[524]. Dentro de esta argumentación representaban un papel central el carácter de negocio de Hollywood y el sensacionalismo

[519] Pedro Verdún, "El cine cómico", pp. 30-31.

[520] Fernando García Ordini, "El 'affaire Chaplin' mirado desde Europa", p. 78.

[521] "Los astros sonríen", en *Zig-Zag,* Santiago, 22 de octubre de 1927.

[522] "La debacle de América", en *Pacífico Magazine*, Nº 41, Santiago, mayo de 1916, pp. 525-537; "El cine, ¿es un arte puro?", en *Zig-Zag,* Santiago, 17 de diciembre de 1927.

[523] "El cine...", en *Hollywood,* Nº 7, Santiago, mayo de 1927, p. 22; "La crítica del biógrafo", en *Zig-Zag,* Santiago, 25 de julio de 1925.

[524] "El cinematógrafo", en *Pacífico Magazine*, año 17, Nº 1, Santiago, 1921.

de la fábrica de sueños. Según esto, el cine era sólo un esparcimiento barato para las masas incultas[525]. Este juicio fundamental lo compartían no tan sólo los críticos culturales sino, también, sociólogos como Alberto Cabero, quienes veían en la trivialidad de Hollywood directamente una amenaza para el pueblo chileno, ya que favorecía el atontamiento. Según Alberto Cabero, debido a diferencias "raciales" con los yanquis, los chilenos no podían entender el humor grotesco ni tampoco el puritanismo moralizante que se vislumbraba en muchas producciones hollywoodenses. Opinaba que sólo las películas francesas lograban satisfacer, apenas, ciertos estándares de calidad[526]. Carlos Keller, quien guardaba simpatía por el cine, lamentaba la exclusiva orientación de Hollywood hacia los deseos de la masa, que ciertamente no dejaban espacios para riesgos artísticos. Marcado por el pesimismo cultural de su época, opinaba que esto era signo de la modernidad en la que el individuo ya no era capaz de concentrarse más allá de un tiempo limitado. Las películas reforzaban esta tendencia, pues ofrecían en un espectáculo estandarizado episodios cortos de aventuras, crímenes y erotismo sin profundidad[527].

Estos vivos debates se intensificaron a partir de mayo de 1928, cuando la Fox invitó a periodistas extranjeros a Hollywood para la presentación de la nueva tecnología del cine sonoro[528]. Pasaron más de dos años antes de que pudiese ser exhibida, por primera vez, una película sonora en Santiago, *Broadway Melody* con Anita Page, Bessie Love y Charles King. El entusiasmo del público por las películas sonoras se hizo evidente durante los siguientes años, ya que a pesar de las difíciles condiciones que impuso la crisis financiera mundial, muchas salas de cine chilenas adquirieron los equipos necesarios que vendía la Western Electric[529]. Según una estimación de la embajada de Estados Unidos, que informaba periódicamente sobre los desarrollos del cine, las películas sonoras en inglés –en esa época sólo llegaban cintas en ese idioma– se impusieron sin problemas en Chile. De acuerdo con los diplomáticos, los chilenos ya estaban acostumbrados al inglés, pues lo conocían del mundo de los negocios y lo aprendían en las escuelas, a diferencia de lo que ocurría en países vecinos, como Argentina y Uruguay, donde era rechazado. Las compañías cinematográficas habían provisto los filmes con buenos subtítulos para evitar dificultades en la comprensión. Por su parte, las distribuidoras supieron introducir hábilmente la música de las películas en la radio como herramienta de promoción[530].

[525] "La muerte de las estrellas", en *Zig-Zag,* Santiago, 11 de febrero de 1928.

[526] Alberto Cabero, *Chile y los chilenos*, p. 24.

[527] Keller, "El cine...", *op. cit*., p. 225. Véase también Paul Fejos, "La alternativa...", p. 52.

[528] "Una fiesta internacional en los estudios de William Fox", en *Zig-Zag,* Santiago, 21 de julio de 1928; "Existe una verdadera revolución...", en *El Mercurio*, 14 de julio de 1929, p. 7.

[529] Usabel, *op. cit*., p. 81; Jacqueline Mouesca, "La llegada del cine sonoro a Chile", pp. 145-147.

[530] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 18 de julio de 1930, en 825.4061 Motion Pictures/29, RG 59, NA.

La estimación de la embajada, sin embargo, era demasiado optimista. El público chileno, así lo muestra una mirada a las cartas de lectores de esa época, no estuvo siempre entusiasmado con la nueva tecnología. Había voces críticas que hacían notar que el inglés dificultaba completamente la comprensión de las películas, pues, por la necesaria concentración en los subtítulos, casi no se podía seguir la trama[531]. La crítica, que se hacía oír fuertemente en toda América Latina, fue tan masiva, que Hollywood comenzó a producir versiones alternativas de sus cintas en español. Sin embargo, también fueron rechazadas, porque en ellas sólo se podían utilizar actores hispanoparlantes desconocidos. El público, en cambio, quería ver a sus estrellas. Según la opinión de muchos críticos, si bien los diálogos eran en español, los mismos habían sido escritos por estadounidenses para un público estadounidense y solían ser sólo traducciones mediocres. Por otra parte, se privilegiaba a actores españoles cuyo acento era difícil de entender en América Latina. El crítico de cine de *La Nación* llegó a la conclusión de que los yanquis querían despachar, una vez más, a los "indígenas" de América Latina con cuentas de cristal baratas para apoderarse de sus tesoros. Llamó así al boicot de las películas sonoras[532].

Después de que Hollywood resolvió hacia 1931, en gran medida, estos problemas mediante nuevas tecnologías de sincronización y subtítulos, quedaron muchas preguntas abiertas. Así, la estética de las películas sonoras fue aún más controvertida que la de las películas mudas. Muy pocos amantes del cine creían que pudiesen alcanzar, a largo plazo, el nivel del teatro[533]. La gran mayoría de los críticos, entre quienes se contaba a muchos de los partidarios del cine clásico de Hollywood, rechazaron vehementemente la revolución del sonido y opinaron que éste haría perder al cine sus cualidades específicas de estímulos visuales y expresividad. Sólo podían imaginar las películas como una forma de arte mudo. Todo lo demás debía suponer la pérdida de cualquier tipo de valor estético. El crítico de cine del *Diario Ilustrado,* Lautaro García, opinaba que un solo filme mudo de Charles Chaplin decía más que todas las películas sonoras juntas[534].

Ya fueran mudas o sonoras, tanto los partidarios como los detractores del cine de Hollywood, reconocían que las producciones yanquis influían uni-

[531] "El cine sonoro o el inglés a la fuerza", en *Sucesos*, Santiago, 2 de octubre de 1930.

[532] "Hollywood y el mercado extranjero", *La Nación*, Santiago, 14 de diciembre de 1930, p. 5. Sobre la discusión en torno a las películas en español: "Películas en español", *El Industrial*, Antofagasta, 10 de octubre de 1929, p. 5; Carlos Borcosque, "Los sudamericanos y las 'zetas'", p. 4; "El cine necesita 'astros'", en *La Nación*, Santiago, 18 de enero de 1931, p. 5; Mouesca, "La llegada...", *op. cit.*, p. 148.

[533] "Porqué ha triunfado el cine sonoro", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 20 de julio de 1930, p. 9.

[534] Lautaro García, "La muda elocuencia de Chaplin", p. 4. Véase también F. Ortúzar Vial, "El cine debe ser mudo", pp. 470-475; "La estética del film", en *Hoy*, Nº 34, Santiago, 7 de julio de 1932, pp. 50-51.

versalmente con sus mensajes sobre el público. Según Lautaro García, el cine era "un propagandista de la cultura yanqui"[535]. Para aquéllos que acogían con satisfacción el estilo de vida estadounidense, el cine era otro actor más en la lucha contra las convenciones culturales tradicionales. Según este punto de vista, el cine podía aportar, por ejemplo, a derribar prejuicios contra Estados Unidos, ya que mostraba personas normales en situaciones de vida comprensibles. Sencillos trabajadores y campesinos podrían ampliar su perspectiva a través de las películas de la lejana Yanquilandia[536].

Esta visión optimista, sin embargo, siguió siendo una excepción. Los críticos culturales se mostraban mayoritariamente preocupados por la vasta influencia que ejercía el cine de Hollywood, tanto en Chile como en cualquier otro lugar, y que parecía superar a la penetración de los empresarios yanquis. Especialmente graves les parecían los mensajes consumistas del cine, pues creaban aspiraciones difíciles de satisfacer en el contexto chileno. Por consiguiente, debían dar origen a insatisfacciones[537]. Más allá de eso muchos críticos creían reconocer en el cine de Hollywood un arma directa y muy peligrosa del capital estadounidense en la lucha por conquistar los mercados mundiales. "Estamos yanquinizados", exclamó asustado un comentarista de *El Mercurio* en 1929, y muchos chilenos estuvieron de acuerdo con él[538]. Gracias al cine, los yanquis podrían imponer, aparentemente, sin resistencia su plan de dominio mundial, pues el orbe miraba alucinado la pantalla cinematográfica y se entusiasmaba ingenuamente con las imágenes provenientes de Hollywood, sin reconocer los peligros que escondían:

> "...los yanquis están norteamericanizando el mundo gracias al cinematógrafo. No son la literatura y el arte, no son la ciencia, ni la sociabilidad de los Estados Unidos, los encargados de transportar al resto del mundo el estilo de la vida norteamericana; por esta vez, caso bastante raro en la historia, el espíritu o el ademán de un país ha escogido como vehículo una cosa tan modesta o secundaria como parece ser el 'cine', y como ayuda de fuerza, el cine ha aceptado la colaboración de la música y el baile del jazz. Otras veces en la Historia [sic], el estilo de la vida de un pueblo se imponía a las gentes por intermedio de una cultura elevada, de unas costumbres refinadas, o por el prestigio de las armas triunfantes; los Estados Unidos pueden vanagloriarse de esa originalidad con que imponen su estilo nada más que exportando películas y orquestas de negros"[539].

[535] Lautaro García, *op. cit.*

[536] "Cine sonoro", en *El Mercurio*, Santiago, 19 de junio de 1929, p. 3.

[537] "Norte América y el cine", en *El Mercurio*, Santiago, 5 de junio de 1929, p. 5; "Por que triunfa el cine norteamericano", en *El Industrial,* Antofagasta, 11 de noviembre de 1929, p. 5; "Todos contra Hollywood", en *Zig-Zag,* Santiago, 27 de abril de 1929.

[538] "El cine y la cultura humana", en *El Mercurio*, Santiago, 13 de septiembre de 1929, p. 3.

[539] Comentario del español José M. Salaverría, "Perspectivas cinematográficas", p. 3.

Esta norteamericanización fue percibida como una seria amenaza por gran parte de los críticos culturales chilenos. En especial la Iglesia Católica se esforzó por contener la difusión de los filmes estadounidenses, pues veía que éstos podían traer consecuencias negativas para la moral del público. El esparcimiento, así argumentaba en 1927 la *Revista Católica,* debía ser "moralmente sano", lo que ya no estaba garantizado en Chile con la invasión de Hollywood[540]. En realidad, en ese momento los católicos chilenos estaban convencidos de que era posible sacar provecho del nuevo medio, el que antes habían rechazado vehementemente, tal como lo demostraba la realización de películas religiosas de la Catholic Association of Arts of the United States[541]. Sólo hacía falta prohibir los excesos de la corriente dominante del cine, en la cual la violencia y sexualidad se veían en un grado francamente chocante, para los críticos moderados. La introducción de estrictos reglamentos de censura muestra que estos argumentos encontraron eco en numerosos partidarios[542].

En muchos aspectos, la estructura del debate chileno en torno al cine se asemejaba a discusiones de la misma especie sostenidas en otros países durante el período de entreguerras. El efecto avasallador de Hollywood no fue un fenómeno circunscrito a las fronteras nacionales. Gracias al intercambio informativo internacional, los críticos chilenos conocían perfectamente los argumentos esgrimidos por sus correligionarios en Alemania, Francia o Inglaterra. Las elites culturales en la antigua Europa estaban preocupadas ante la masiva presencia de películas yanquis. Desde esta perspectiva, la situación de Chile parecía aún más precaria. Frente a la pregunta relativa a qué explicaba en definitiva el éxito de los estadounidenses, ni los críticos europeos ni tampoco los chilenos podían encontrar respuestas satisfactorias, pues no estaban dispuestos a ocuparse seriamente de los deseos y necesidades del público promedio que asistía al cine. Lo que los críticos pasaban por alto, pero que los amantes del cine no se cansaban de acentuar, era el hecho de que en ningún caso el cine sólo tenía impactos negativos sobre el público sino que, también, actuaba de modo culturalmente fecundo. Esto se manifestó, sobre todo, en el surgimiento de una producción cinematográfica chilena, de la que nos ocuparemos a continuación.

### *El desafío de Hollywood y el cine chileno*

Las discusiones en torno a la norteamericanización a través del cine reflejan que, a partir de 1915, se había difundido en la sociedad chilena una clara

[540] "'Lumen-Film:' Empresa nacional", en *Revista Católica*, Nº 623, Santiago, 24 de septiembre de 1927, p. 417.

[541] "Lo bueno y lo malo", en *El Sur*, Concepción, 5 de septiembre de 1920, p. 13; "Una película sublime", en *Zig-Zag,* Santiago, 13 de diciembre de 1919; "Dios como testigo", *El Sur*, Concepción, 8 de abril de 1920, p. 5.

[542] "La moral en cinelandia", en *Zig-Zag,* Santiago, 16 de mayo de 1924; "Cinemanía", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 5 de enero de 1931, p. 4.

comprensión en cuanto a la relevancia de Hollywood. Con el inicio de una producción cinematográfica chilena aumentaron todavía más las suspicacias en relación con el predominio de los estadounidenses. Por diferentes motivos, tanto simpatizantes como detractores de Hollywood deseaban que, algún día, el cine chileno alcanzase el modelo estadounidense y que lo superase. Pero, ¿cómo se desarrolló el cine chileno bajo condiciones de un control, casi monopólico, del mercado cinematográfico por parte de Hollywood? ¿Qué formas de expresión pudo crear en diálogo con el gran modelo yanqui?

Luego de las primeras filmaciones de documentales realizadas en Chile en 1910 a raíz de la celebración del Centenario, hubo recién en 1916 intentos de filmar largometrajes. En éstos se lucieron el inmigrante italiano Salvador Giambastiani y una serie de conocidos actores de teatro chilenos como Pedro Sienna, Nicanor de la Sotta y Antonio Acevedo Hernández. Posteriormente nacieron numerosas empresas productoras en diferentes partes del país. Sin embargo, tras realizar una o dos películas se disolvían. Frente a la posición de dominio del mercado de Hollywood, hacer películas en Chile era una tarea arriesgada, la que exigía un mecenazgo privado puesto que el Estado no desarrollaba políticas de estímulo del cine. Aun así, entre 1910 y 1934 se realizaron setenta y ocho filmes, cifra que estaba muy por encima del promedio latinoamericano y que ubicó a Chile como pionero del cine mudo en América Latina[543].

En términos de contenido, las cintas seguían dos modelos: uno era el de los símbolos nacionales, extraídos del discurso nacionalista de la chilenidad y del "criollismo", y el otro el de Hollywood. En la mayor parte de estas películas se veían paisajes y personajes chilenos estereotipados, que bailaban cueca y se veían envueltos en románticas tramas con *happy end*. Las películas históricas fueron subcategorías importantes que portaban inequívocos mensajes patrióticos los dramas sociales que, generalmente, mostraban, con variaciones, la historia del campesino ingenuo que se perdía en la jungla de la ciudad moderna[544]. A pesar de estas tramas, en apariencia típicamente chilenas, la influencia de Hollywood era innegable. Se hizo entonces proverbial el juicio del público chileno, tantas veces oído, en relación con una producción nacional bien lograda: "Es tan bueno que no parece chileno"[545]. En vista de esta premisa, no era sorprendente que los directores nacionales se apoyaran estrechamente en los modelos estadounidenses. Los guiones y las técnicas de

[543] Jara, *op. cit*., pp 24-27; Alicia Vega (ed.), *Re-visión del cine chileno*, pp. 51-72 y 221-233. A excepción de la obra maestra *El húsar de la muerte* (1925), ninguna de esas películas sobrevivió. Para hacer comparaciones con América Latina, véase Usabel, *op. cit*., p. 6; E. Bradford Burns *Latin American Cinema: Film and History*, p. 20, sostiene que el cine se desarrolló más lentamente en Chile que en Argentina, Brasil y México. Esto no es efectivo para el cine mudo. "Cinematografía nacional", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 7 de julio de 1931, p. 4.

[544] Stefan Rinke, „Bildräume: Geschichte und Nation im chilenischen Kino des 20. Jahrhunderts", pp. 72-73; David E. Vásquez, "El cine como registro de una sociedad que cambia", p. 119; Ossa, *op. cit*., p. 30; Guy Hennebelle et Alfonso Gumucio Dagron, *Les cinémas de l'Amérique Latine*, p. 193.

[545] Jara, *op. cit*., p. 28

filmación de esa época lo dejan en evidencia. El largometraje *El hombre de acero* (1917, producción colectiva con la actuación de Pedro Sienna), contaba la historia de un joven técnico que inauguraba en Santiago un taller de automóviles propio. El premio a su modernidad fue casarse con una mujer joven y rica, y la obtención de un puesto de trabajo en los ferrocarriles del Estado. La cinta histórica *Manuel Rodríguez* (1920, Arturo Mario) –que con sus setenta minutos de duración superó largamente a las películas realizadas hasta entonces–, siguió al modelo estadounidense tanto como le fue posible. El director Pedro J. Malbrán dio un paso más allá en *Cuando Chaplin enloqueció de amor* (1920), cinta en la que introdujo a Carlos Valsasnini, un doble del cómico estadounidense. La comedia *Don Quipanza y Sancho Jote* (1921, Carlos Cariola), por su parte, seguía el estilo del director estadounidense Mack Sennett: mujeres ligeras de ropa y hombres malvados volvían locos a los policías en escenas de tipo *slapstick*. Por otra parte, el documental propagandístico *El empuje de una raza* (1922), que realizara Pedro Sienna por encargo del gobierno de Arturo Alessandri Palma, no pudo sustraerse a las referencias de Estados Unidos. En éste se mostraban a un periodista estadounidense las bellezas de Chile. El filme formaba parte de la ofensiva chilena dirigida a recomponer las estrechas relaciones con Estados Unidos después de la Primera Guerra Mundial[546].

Los primeros largometrajes de Carlos Borcosque, *Hombres de esta tierra* (1923) y *Traición* (1923), impulsaron todavía más la imitación de Hollywood. Estas películas de aventuras con sensacionales escenas de persecuciones y una simplificada representación del bien y del mal, se apoyaban estrictamente en las cintas que venían del norte. Tal como en los ejemplos californianos, Carlos Borcosque introdujo como protagonista a una estrella del deporte nacional, el boxeador Luis Vicentini (véase ilustración en la página siguiente).

Para reforzar la impresión de modernidad, Carlos Borcosque rodó escenas de acción sobre los techos de los nuevos "rascacielos" chilenos. Algunos críticos de cine supieron valorar esta tendencia. Así, tras ver la película *Traición* el comentarista de *Sucesos* elogió entusiasmado:

> "...fué la primera que tuvo buena fotografía, buenos escenarios y que estuvo francamente hecha a la americana... A Borcosque se le debe la verdadera orientación del cine. El fué el primero que entendió que debía hacérsela a la americana"[547].

Otros cineastas siguieron el ejemplo de Carlos Borcosque. En *Vida y milagros de Don Fausto* (1924), Carlos Espejo tomó los conocidos personajes del caricaturista George Mc Manus, situándolos en un contexto chileno. Tampoco el popular género del *Western* se quedó corto. *El Leopardo* (1926) de Alfredo

[546] Sobre los contenidos de estas películas y de las que se mencionan más adelante, véase Jara, *op. cit.*

[547] "Cinematografía nacional", en *Sucesos*, Santiago, 7 de enero de 1926.

Llorente narraba las aventuras de huasos chilenos mediante el uso de todos los recursos de las películas de *cowboys*; mientras que Enrique Campos, en *Justicia del desierto* (1926), utilizó elementos del *Western,* pero en el contexto de los enclaves mineros.

El cine chileno y el modelo de Hollywood. En *Hombres de esta tierra* –similar a lo que ocurría en las películas de Hollywood– el conocido deportista chileno Luis Vicentini (derecha) fue convertido en estrella de cine. FUENTE: Jara, *op. cit*., p. 67.

A pesar de todos los esfuerzos por imitar el modelo y de algunos resultados positivos dignos de consideración, ningún productor chileno logró establecerse. El mercado nacional era demasiado reducido y la competencia de Hollywood excesivamente superior. En vista de esta situación, numerosos cineastas emigraron a California, ya fuera para aprender o para probar suerte. Seguían una tendencia que se había establecido hacía algunos años en América Latina y que llevó al ascenso de estrellas de "raza latina" como, por ejemplo, al español Antonio Moreno, al italiano Rodolfo Valentino, más tarde al mexicano Ramón Novarro –famoso con la película *Ben Hur*– y Dolores del Río, a quienes las revistas ilustradas chilenas presentaban con mucho orgullo. Estos actores aprovecharon la ola de hispanismo, presente también en otros ámbitos culturales. El punto culminante se vivió en 1928, cuando la Fox organizó, en varios países latinoamericanos, un concurso de belleza para reclutar a una nueva generación de actores[548].

[548] "La crítica del biógrafo", en *Zig-Zag,* Santiago, 19 de mayo de 1923; "Los latinos traídos por Fox a Hollywood", en *Zig-Zag,* Santiago, 15 de diciembre de 1928; "Los latinos triunfan en Hollywood", en *Viña del Mar*, Nº 12, Viña del Mar, enero de 1929, p. 12.

Los chilenos entusiastas del cine lograron participar poco de esta tendencia. En 1927, por ejemplo, el conocido poeta Vicente Huidobro, quien vivía hacía un año en Nueva York y mantenía contacto tanto con Charles Chaplin como con Douglas Fairbanks, ganó un premio por el mejor guión potencial. Actores como José Bohr, Tito Davison, Lucio Villegas y Vera Zouroff obtuvieron discretos éxitos en Hollywood. Si bien no consiguieron triunfar grandiosamente, sí alcanzaron a mantenerse. Para los chilenos hubo un breve *boom* cuando Hollywood experimentó con diversos idiomas durante la fase de transición entre el cine mudo y el sonoro[549]. El chileno más conocido en Hollywood fue Carlos Borcosque. Este periodista, nacido en 1894 en Valparaíso, reunía, como piloto aficionado, deportista entusiasta y director de cine, varias actividades que parecían predestinarlo al estilo de vida hollywoodense. Luego de que fracasara en 1927 definitivamente su intento por crear en Chile un pequeño Hollywood, emigró con su familia a California, donde obtuvo un puesto en los estudios de Metro-Goldwyn-Mayer y de Universal Picture Corporation como director de cine. Mantuvo el contacto con su patria gracias a sus actividades como editor de la exitosa revista cinematográfica *Écran* y como vicecónsul chileno[550].

El joven caricaturista Jorge Délano, alias Coke, que formaba parte de la misma generación que Carlos Borcosque, también partió a Hollywood y entre 1914 y 1925 había participado en varias producciones había fundado una empresa propia, la Coke Film Cía. No perdía la esperanza de lograr interesar a inversionistas estadounidenses para levantar una industria cinematográfica chilena. En cambio, sí logró convencer al gobierno de Carlos Ibáñez de la viabilidad de su proyecto, obteniendo en 1929 una beca de viaje[551]. Sin embargo, y debido, en parte, a la crisis financiera mundial su proyecto no prosperó. Aun así, tras su regreso filmó la primera película sonora chilena: *Norte y Sur*. Esta cinta fue en muchos aspectos un símbolo de las complejas relaciones existentes entre chilenos y estadounidenses. Cuenta la historia de un triángulo amoroso desarrollado entre las dos naciones. En la misma, una joven y bella chilena vive con un ingeniero de minas estadounidense que la había encandilado con su riqueza. Pero entonces, un joven chileno colega del yanqui se enamora de esa belleza y decide luchar por ella. La trama se tiñe de aventura y se mueve en escenarios que van y vienen entre Chile y Estados Unidos. Finalmente, la joven

[549] Daniel Olave, *Chile v/s Hollywood*, pp. 82-86 y 112-116. Sobre Vicente Huidobro véase también "Del Olimpo a Hollywood", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 21 de agosto de 1927, p. 11. Sobre Vera Zouroff, "Laurel y Hardy", en *Zig-Zag,* Santiago, 25 de julio de 1931; Vera Zouroff, "Crónicas de Hollywood", p. 13.

[550] "Carlos Francisco Borcosque", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 4 de agosto de 1927, p. 21; Olave, *op. cit*., p. 116; Ruth Vasey, *Diplomatic Representations: Mediations Between Hollywood and Its Global Audiences, 1922-1939*, p. 104; Jacqueline Mouesca, "La revista Ecrán: notas para su historia" *Mapocho*, pp. 211-231.

[551] "Coke en Hollywood", en *La Nación*, Santiago, 6 de julio de 1930, p. 4; "Lo que vió en Hollywood...", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 23 de marzo de 1931, p. 15.

opta por Chile y su amante chileno, pues reconoce que sólo puede encontrar la verdadera felicidad en su patria y entre personas de su misma "raza"[552]. Sin embargo, mientras la joven chilena, de *Norte y Sur,* lograba deshacerse de su amante yanqui y emanciparse, el cine chileno permanecía bajo las sombras de Hollywood. A causa de la crisis financiera, *Norte y Sur* sería por muchos años la última producción cinematográfica chilena.

Esto resultaba aún más decepcionante, si se considera que los críticos nacionalistas reclamaban, desde hacía tiempo, la creación de una industria cinematográfica chilena, sobre todo para lograr desplazar la influencia estadounidense. Estos críticos no sólo estaban preocupados por la invasión hollywoodense sino que estaban indignados por la caracterización estereotipada, que hacían las producciones estadounidenses de esa época, de los latinoamericanos. Especialmente en su fase preliminar, iniciada en 1915, el cine de Hollywood representó en general a los latinos como rufianes degenerados y astutos. Mientras que los españoles eran rebajados casi siempre a la categoría de Don Juanes indolentes, los mexicanos aparecían como prototipos del bandido. Las mujeres latinoamericanas, en la mayoría de los casos, eran estereotipadas como "Ramonas" de ojos y pelo negros, sometidas a los apuestos hombres yanquis[553]. Según Gabriela Mistral, estos estereotipos, presentes en las películas estadounidenses, contribuyeron a profundizar la incomprensión y hasta el odio existente entre las dos Américas. Este problema fue tematizado en el ámbito diplomático. El embajador chileno en Washington, Miguel Cruchaga Tocornal, se quejó públicamente del "hollywoodismo" durante un banquete de la industria cinematográfica. Recién hacia fines del decenio 1920 fueron tomadas realmente en serio estas críticas en Hollywood[554]. Los productores prometieron hacer mejoras y se preocuparon de que los contenidos ofensivos fuesen censurados[555].

A pesar de los cambios realizados en las películas, los chilenos nacionalistas persistieron en su demanda por un cine nacional. Alberto Edwards, por ejemplo, aplaudía ya en 1921 los esfuerzos que hacían los pioneros del cine chileno y opinaba que el país poseía todas las condiciones para seguir la senda de Hollywood. Según él, Chile también ofrecía bellos paisajes, una civilización grandiosa y ciudades impresionantes. A pesar de que la ascendencia indígena de las clases bajas representaba para él un defecto, en las ciudades se encontraban entre los habitantes "racialmente puros" verdaderas bellezas que

[552] Julio López Navarro, *Películas chilenas*, pp. 27-30. Véase también Mouesca, "La llegada...", *op. cit*., pp. 153-154; Jorge Délano, *Yo soy tú*, p. 272; Ossa, *op. cit*., pp. 34-35.

[553] "Yes, we have no Ramonas", en *La Nación*, Santiago, 23 de julio de 1930, p. 3.

[554] Gabriela Mistral, "La película enemiga", p. 5; Mimí Hübner Richardson, "El vínculo de la imaginación", p. 15; "El 'Hollywoodismo'", en *Zig-Zag*, Santiago, 7 de abril de 1928; "El cine y la América del Sur", en *El Mercurio*, Santiago, 26 de febrero de 1931, p. 5.

[555] Allen L. Woll, "Hollywood's Good Neighbor Policy: The Latin Image in American Films, 1939-1946", p. 278; Vasey, *op. cit*., p. 72.

descendían directamente de los europeos. Por ello opinaba que los actores de cine debían ser reclutados en la elite social. De esta manera podrían superarse los problemas que suponía la difícil comprensión del "español chileno". Sólo así podrían convertirse las producciones cinematográficas chilenas en éxitos de exportación[556].

Tal como ya se ha expuesto, esta apreciación era demasiado optimista. El mismo Alberto Edwards pertenecía al grupo de críticos que se quejaban permanentemente de la escasa calidad de las producciones nacionales. Filmes como *El húsar de la muerte* (1925) de Pedro Sienna o *La calle del ensueño* (1929) de Jorge Délano –que obtuvo ese mismo año en Sevilla el premio a la mejor película del ámbito de habla hispana–, consituían excepciones poco recurrentes[557]. La crítica cinematográfica nacional juzgaba a la gran mayoría de las producciones chilenas de triviales y de dudosa calidad moral. El Consejo de Censura prohibió la exhibición de *Vergüenza* (1928), de Juan Pérez Berrocal, que trataba sobre prostitución y enfermedades venéreas. La crítica consideró *Almas perdidas* (1923) de Antonio Acevedo Hernández, como especialmente mala[558]. En opinión de la crítica nacionalista, el afán de imitación de los productores chilenos era la principal causa para la escasa calidad de las cintas. En una reseña sobre *Don Quipanza* escrita por Carlos Cariola, el comentarista de *Corre Vuela* criticó la tendencia general de copiar a Hollywood, sin contar para ello con los suficientes recursos personales ni financieros. Otros críticos como Carlos Varas, por ejemplo, adhirieron a esta argumentación y opinaron que las películas chilenas sólo llegarían a ser buenas cuando se refirieran, aún más que hasta entonces, a las características típicamente chilenas. Es decir, el cine chileno debía tener una orientación puramente nacional[559].

Con todo y frente a la superioridad de la gigantesca industria cinematográfica de Hollywood, la que disponía de los mejores actores y de la más generosa infraestructura, el cine chileno contaba con serias desventajas[560]. Los nacionalistas pedían por lo mismo, que se adoptasen medidas estatales de fomento que estuviesen bien focalizadas. Entre los países ejemplares, en cuanto a su independencia respecto del cine estadounidense, mencionaban a la Unión Soviética, Alemania, Francia y algunos Estados latinoamericanos tales como Argentina y México, que introdujeron en 1931 medidas proteccionistas[561]. En

[556] Alberto Edwards, "Los problemas del cine", pp. 143-152. Véase también Silva Vildósola, "Cine...", *op. cit.*, p. 15.

[557] Jara, *op. cit.*, p. 153.

[558] "La crítica del biógrafo", en *Zig-Zag,* Santiago, 2 de junio de 1923; "La cinematografía...", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 14 de abril de 1926, p. 3.

[559] Mont-Calm, "La cinematografía nacional". Sobre el comentario en *Corre Vuela,* véase Jara, *op cit.*, p. 60.

[560] "Cinematografía nacional", en *Sucesos*, Santiago, 25 de marzo de 1926.

[561] Sobre los europeos: "Todos contra Hollywood", en *Zig-Zag,* Santiago, 27 de abril de 1929; "El cine y la cultura humana", en *El Mercurio*, Santiago, 13 de septiembre de 1929, p. 3.

el contexto del ambiente nacionalista que se expandió después de la toma de poder del dictador Carlos Ibáñez, aumentaron –entre 1926 y 1927– las voces en Chile que pedían medidas similares. Se discutió sobre la necesidad de aumentar los impuestos de importación para películas extranjeras, la asignación de un terreno, a precio conveniente, para construir un centro nacional de producción cinematográfica y sobre la creación de estímulos para la inversión en el cine, dirigidos a inversionistas chilenos[562]. Hasta entonces, los críticos de cine no habían estado dispuestos a bajar sus elevadas expectativas de calidad, por lo que uno de ellos –al mismo tiempo que deliberaba en torno a la situación de la industria cinematográfica nacional en la revista *Sucesos*–, los conminó a ser más indulgentes, pues los "actores de nuestra raza" también eran adecuados para el cine: "Ojalá que algún día comprendiéramos que es mejor ver una cinta mala nuestra que una mediocre yankee"[563].

Según la crítica nacionalista, la incorporación de la tecnología del sonido era una innovación ambivalente. Por una parte, el predominio del inglés en las películas sonoras parecía ser un serio peligro para el idioma nacional. Algunos comentaristas se preguntaban, si acaso los chilenos incorporarían vocablos ingleses a su vocabulario como consecuencia del consumo de esas películas[564]. Por otra parte, el sonido ofrecía una oportunidad para lograr la independencia cinematográfica respecto de Hollywood. Tanto las actividades que desarrolló Jorge Délano en California con la beca presidencial que obtuvo, estaban relacionadas con estas reflexiones. La idea era aprovechar los problemas de los yanquis durante la fase de transición para construir una industria cinematográfica en español. Él mismo profetizó un gran futuro a esta rama de la industria, capaz de ofrecer miles de nuevos puestos de trabajo. Luego de años de consumo pasivo de películas extranjeras, llegaba la hora de reaccionar[565]. La crítica cinematográfica elogió la cinta de Jorge Délano, *Norte y Sur,* entre otras cosas porque demostraba que sin contar con la mecánica progresista de Hollwood se podían realizar buenas películas en América Latina[566]. Sin embargo, Jorge Délano y sus seguidores debieron desilusionarse nuevamente,

---

Respecto de México y Argentina: Howard T. Lewis, *The Motion Picture Industry*, pp. 398 y 427-428; Thompson, *op. cit*., pp. 139-140.

[562] "El cine, industria nacional", en *Hollywood*, Nº 1, Santiago, noviembre de 1926, p. 5; "Protección a la industria cinematográfica nacional", en *El Industrial,* Antofagasta, 6 de junio de 1927, p. 6; "Editorial", en *Hollywood*, Nº 9, Santiago, agosto de 1927, p. 36; "¿Es posible la industria cinematográfica?", en *El Mercurio*, Santiago, 23 de octubre de 1929, p. 3; Valdivia, *op. cit*., pp. 279-282; Eugenio Orrego Vicuña, *Del nacionalismo en el teatro chileno*, pp. 10-11.

[563] "Cinematografía nacional", en *Sucesos*, Santiago, 7 de enero de 1926. Véase también, "Hollywood y el mercado extranjero", en *La Nación*, Samntiago, 14 de diciembre de 1930, p. 5.

[564] Mouesca, "La llegada..., *op. cit*., p. 150.

[565] Jorge Délano, "La defensa de los empresarios y la cinematografía nacional", p. 3. Véase también "El cine y la raza", en *El Mercurio*, Santiago, 9 de junio de 1929, p. 2.

[566] López, *op. cit*., p. 29.

ya que en medio de la crisis financiera mundial, el Hollywood chileno era una ilusión. La contracción persistente de la producción cinematográfica chilena durante los años siguientes fue también, en parte, producto del diálogo intenso con Hollywood.

La sociedad chilena experimentó durante la etapa del cine mudo, aproximadamente entre 1916 y 1934, un profundo cambio cultural. Los mundos imaginarios de Hollywood fueron uno de los elementos, si no centrales, de los encuentros con el yanqui. El cine creó, para los chilenos de todas las provincias del país y de todas las clases sociales, un acceso fácil y duradero para entrar en un contacto simbólico con el gran vecino del norte. El culto a las estrellas incorporó nuevos parámetros en los hábitos de consumo y, al mismo tiempo, presentó al público chileno imágenes que –desde el punto de vista de muchos críticos– eran moralmente inaceptables, pero que a pesar de todo no dejaban de influir sobre los espectadores. En relación con estas influencias, se modificaron hábitos frente a la desnudez y al erotismo, así como también frente a los roles tradicionales entre los géneros. Al igual que en los debates sostenidos en torno a otras expresiones de la cultura de masas, los prejuicios existentes respecto del cine yanqui fueron con frecuencia diametralmente opuestos. Pero ya fuese que lo aplaudieran o no, los intelectuales debían confrontar el desafío estético del nuevo medio, pues coincidían en que sus efectos eran evidentes en el estilo de vida de los chilenos. La "yanquización", a través de los largometrajes provenientes de Estados Unidos, era considerada como un hecho axiomático. ¿Qué significados tuvo esto en la vida cotidiana de los chilenos? En el intenso debate de esa época se buscaron sin éxito respuestas inequívocas. De todos modos quedó de manifiesto que, si bien el cine podía actuar de forma fecunda, la supremacía de Hollywood podía ser, a la vez, un fuerte obstáculo para los esfuerzos en la creación de una industria cinematográfica nacional. Los cineastas chilenos se sumaron, por lo mismo, al coro de voces que exigían implementar medidas de protección nacionalistas y que se hacía escuchar, cada vez, más fuerte, en la medida que los efectos de la crisis financiera mundial destruían cantidades de sueños de bienestar, ilusiones que Hollywood había ayudado a crear.

# POLÍTICA
# DE MODERNIZACIÓN Y NACIONALISMO

*"Vitalizar las letras, el arte, la educación, la política:*
*he ahí el modernismo, o, para hablar sin dar lugar a confusiones,*
*he ahí lo moderno. En la actualidad, la nación norteamericana*
*es el prototipo de lo moderno por la pasión que tiene de vitalizarlo todo"*[567].

## Partida hacia un "nuevo Chile":
## Estado, expertos y políticas de modernización

La construcción de modernos edificios y la expansión del tráfico vehicular modificaron la cara de Chile. Por la radio se escuchaba tanto jazz como eventos deportivos y en los cines se proyectaban imágenes de bienestar y opulencia que instauraron nuevas dimensiones de anhelo y nuevas posibilidades para la interpretación de la realidad. Aunque aislados territorialmente, los enclaves mineros estadounidenses –que permanentemente elevaban su productividad disponiendo de la maquinaria más moderna y de un avanzado sistema social– siempre estaban presentes en diversas imágenes. Dicho sea de paso, en este período también fueron cuestionados los tradicionales modos de relación entre hombres y mujeres, y temas como el divorcio, además del voto y el trabajo femenino, fueron discutidos por primera vez públicamente[568]. En vista de estos desarrollos, muchos chilenos podían concluir que también ellos habían alcanzado la modernidad, cuyo símbolo veían en Estados Unidos. Varios de estos desarrollos se basaban sobre la creciente institucionalización del Estado chileno, que había evolucionado hacia un Estado intervencionista moderno. Especialmente bajo el gobierno de Carlos Ibáñez se produjo una concentración y centralización del poder del Estado, que absorbió las funciones de la política socioeconómica. Esto último, gracias a la política de distribución de recursos, que convirtió paulatinamente al propio Estado en productor y financista de bienes, servicios e infraestructura. Así, éste intervino directamente en el acontecer del mercado, despidiendo al modelo liberal que imponía una estricta división entre economía y sociedad. En este proceso representó un

[567] Francisco Aguilera, "Miscelánea...", p. 41.

[568] A estos temas se refieren extensamente Asunción Lavrin, *Women, Feminism, and Social Change in Argentina, Chile, and Uruguay, 1890-1940*; Rinke, *Cultura..., op. cit*., pp. 81-118; Corinne A. Pernet, "Chilean Feminists, the International Women's Movement, and Suffrage, 1915-1950", pp. 663-688.

papel central la idea de la creación de un "nuevo Chile", sustentada durante la era de Carlos Ibáñez en una ideología estatal autoritaria y llevada a cabo por tecnócratas[569]. Se esperaba que un Estado fuerte se convirtiese en motor de reformas sociales y que reforzara su intervención sobre toda la nación, a modo de permitir su integración.

A partir de esta nueva comprensión del Estado, sin duda surgieron numerosos problemas. En este capítulo serán abordados en su relación con el tema central de este estudio, es decir, con la norteamericanización. El punto de partida del análisis es la constatación de que el discurso de modernización fue legitimado siguiendo el ejemplo que daba Estados Unidos. Un análisis de las discusiones y de los principios reformistas de aquella época muestra que la pregunta crucial no era si Chile podría seguir el ejemplo, sino cómo lo haría. En el marco de los debates que hubo en torno a la reforma de los sectores de la salud, finanzas y educación, por ejemplo, Estados Unidos fue el referente inspirador; más aún, la experiencia de este país debía servir para encontrar la solución para los problemas de Chile. Cómo fueron los encuentros que de ahí resultaron, y qué significaron para el desarrollo en Chile, constituyen el tema de este capítulo.

### *La limpieza de los establos de Augías: el doctor Long y la reforma de la salud*

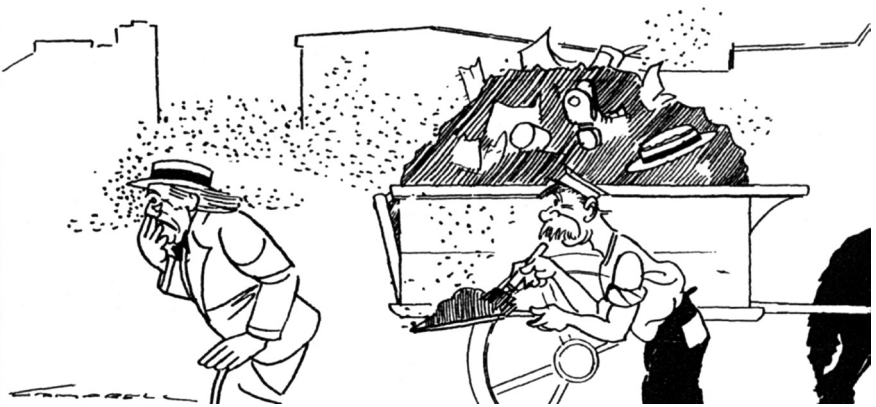
A partir de 1880 se desarrolló en Chile un intenso debate desencadenado por el endémico mal de la pobreza de las clases bajas y su estado general. Los esfuerzos internacionales por lograr reformas sociales y especialmente los europeos, aportaron importantes impulsos. El problema conocido como la cuestión social, fue limitado por décadas a discusiones académicas[570]. Recién, con la implementación de las leyes laborales de 1924-25 y de 1931, se llegó a la toma de medidas políticas concretas. El discurso de reforma social, sin embargo, tenía otras dimensiones profusamente estudiadas. En vista de los espantosos índices de mortalidad general –hacia 1920 bordeaban los treinta y siete casos, por cada mil, con una mortalidad infantil que alcanzó entre 1905 y 1935, entre doscientos cincuenta y trescientos nacidos vivos por cada mil– que sólo podían calificarse de catastróficos, los problemas de higiene pública y

[569] Eduardo Cavieres y Jaime Vito, "Chile 1860-1930, Liberalismo y financiamiento del estado: Un problema secular", pp. 91-103. Véase también Marcos Kaplan, *Estado y sociedad en América Latina*; Norbert Lechner (ed.), *Estado y política en América Latina*; Patricio Silva, "State, Public Technocracy and Politics in Chile, 1927-1941", pp. 281-297; Arij Ouweneel, "The Germination of Politics Within the Directorio of the Institute of Chilean Engineers, 1910-1927", pp. 357-390.

[570] Valdivieso, *op. cit.*; James O. Morris, *Elites, Intellectuals, and Consensus: A Study of the Social Question and the Industrial Relations System in Chile*; Silvia Borzutzky, *Vital Connections: Politics, Social Security, and Inequality in Chile*, pp. 45-70; Elizabeth Q. Hutchison, *Working Women of Santiago: Gender and Social Transformation in Urban Chile, 1887-1927*, pp. 250-377.

reforma a la salud se volcaron en el centro del interés[571]. ¿Qué papel representó Estados Unidos como modelo y proveedor de ideas?

Los gobiernos chilenos enviaron a partir de 1910 varias delegaciones para estudiar el sistema de salud en este país, ya que en materias de legislación así como en el área de las instalaciones sanitarias, fueron considerados como modelos a imitar Los informes que redactaron, reflejan la profunda admiración que los viajeros sintieron por el progreso de los yanquis en este sector. En opinión de muchos observadores las ciudades no sólo constituían centros industriales y de producción sino que eran ejemplos de orden, limpieza e higiene. La ciudad de Gary en Indiana, un centro de la industria pesada tristemente célebre, lograba impresionarlos por tales aspectos. Comparar dicha realidad con la del país propio era un ejercicio demoledor. Parecía como si frente a los turistas americanos hubiese que avergonzarse por las espeluznantes condiciones del sistema sanitario chileno[572]. Las caricaturas de "Mr. Ripeapple" trataron esa situación con una mirada irónica (véase ilustración).



"Mr. Ripeapple" y la higiene en Chile. El gringo bonachón intenta encontrar algún sentido al escandaloso estado del sistema de salud chileno e interpreta la antihigiénica recolección de basura como si se tratase de un original anzuelo para cazar moscas. FUENTE: "Mister Ripeapple", en *Zig-Zag*, Santiago, 26 de enero de 1929.

En vista del desarrollo propio que experimentaron los enclaves mineros estadounidenses, pareciera ser algo obvio constatar que quienes abogaron por la reforma del sistema público de salud, estuvieron al mismo tiempo

[571] Sobre los índices de mortalidad, véase Lavrin, *op. cit*., pp. 100-101.

[572] "Los baños públicas en los EE.UU.", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 18 de enero de 1919, p. 1; "El servicio de sanidad pública en los EE.UU.", en *La Nación*, Santiago, 19 de noviembre de 1921, p. 3; Alfredo Demaría, *La higiene pública en EE.UU.*; "La higiene en las ciudades industriales", en *La Nación,* Santiago, 4 de octubre de 1927, p. 1. Sobre la situación en Chile, véase el inventario *Pro-raza: Recopilación ordenada por el Ministro de Guerra*, pp. 29-31. Respecto de los efectos sobre los turistas: "A los ojos norteamericanos somos salvajes", en *La Unión*, Valparaíso, 2 de septiembre de 1926, p. 3.

interesados en el progreso de las cupríferas. A pesar de las críticas existentes por el trato selectivo dado a los trabajadores dentro de los establecimientos de salud de las ciudades mineras, las disposiciones sanitarias establecidas por empresas tales como Braden Copper Company, fueron consideradas por lo general como ejemplares, tanto dentro como fuera de Chile. La imitación de esas disposiciones aparecía como una solución simple a la hora de enfrentar los problemas chilenos. Con frecuencia se escuchaba que de ese modo, también, se conseguirían dominar los "vicios" de la clase obrera, es decir, la prostitución, el alcoholismo y las tendencias a las ideas políticas radicales[573].

En vista del descontrolado crecimiento de las ciudades que agravó el apremiante problema de los estándares de higiene, parecía urgente una orientación de acuerdo con los modelos estadounidenses si no se quería que Chile cayese, a la larga, muy por debajo del estado de civilización occidental. No se podía pretender llegar a ser en algún momento parte de la cumbre de esa civilización, si se seguían tolerando los altos índices de mortalidad infantil y si no se conseguían dominar las enfermedades epidémicas. Por esto, el nuevo movimiento higienista, surgido hacia el cambio de siglo, y que en 1917 alcanzó su punto culminante con la fundación de la Liga Chilena de Higiene Pública, quiso reformar desde sus bases el sistema de salud, instruir a la población e insistir en la creación de condiciones higiénicas, tanto en los lugares de trabajo como en los hogares. Cuando en 1918 se promulgó finalmente el primer código sanitario, tras un debate parlamentario que parecía eterno, ya habían transcurrido casi dos décadas de discusiones[574].

No era posible solucionar problemas tan vastos únicamente con una nueva legislación. Por eso, y tras el fin de la Primera Guerra Mundial, el gobierno de Chile mandó una comisión de expertos para visitar el Rockefeller Institute for Medical Research y conocer los enfoques más modernos existentes en torno al sistema público de salud. En diciembre de 1920 envió al futuro ministro de Salud, José S. Salas, a la Conferencia Panamericana sobre Enfermedades Venéreas[575]. Las numerosas visitas de delegaciones de médicos estadounidenses que recorrieron América Latina con recursos de la Rockefeller Foundation fueron igualmente relevantes. Las actividades que desarrollaron fueron preparadas por el presidente de la Fundación, George E. Vincent, con motivo de su visita a Chile en 1923. Durante su estadía no sólo presentó aquellas actividades sino que ofreció el apoyo de su institución para asesorar la reforma del sistema de salud chileno. Misiones financiadas por la Fundación Rockefeller visitaron hospitales chilenos y de otros establecimientos de salud y redactaron

[573] Klubock, *op. cit.*, pp. 74-75.

[574] Jorge Jiménez de la Jara y Thomas Bossert, "Las reformas del sector Salud en Chile: lecciones de cuatro períodos de reforma", pp. 29-45; Lavrin, *op. cit.*, p. 98; Karen Remmer, *Party Competition in Argentina and Chile: Political Recruitment and Public Policy, 1890-1930*, p. 181.

[575] *Pro-raza..., op. cit.*, pp. 19-22.

informes tanto sobre el estado del sistema sanitario chileno como respecto de la situación social y económica del país[576]. Esos informes eran considerados especialmente serios, pues habían sido financiados y ejecutados por una prestigiosa institución. Sus conclusiones reforzaron la impresión sobre la urgente necesidad que había de realizar reformas profundas.

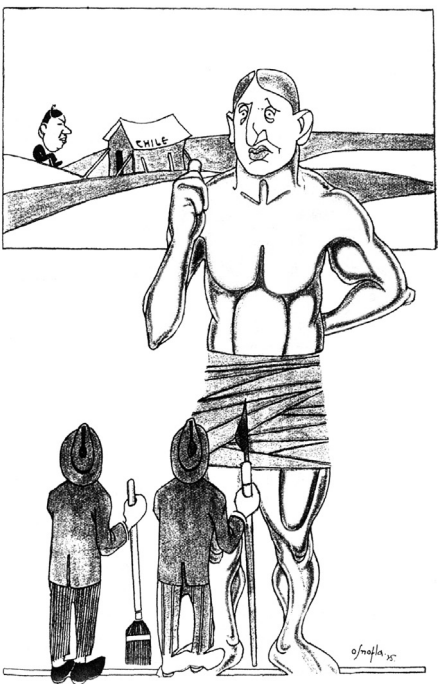
Durante la década de 1920 la discusión en torno a la reforma había sido vitalizada, especialmente, gracias a los aportes de integrantes del movimiento que abogaba por los derechos femeninos. Así, por ejemplo, la médica Cora Mayers acentuaba que sobre todo las mujeres y los niños debían gozar de una especial protección estatal mediante disposiciones higiénicas adecuadas. Cora Mayers, quien se comprometió activamente con plantear las medidas para la educación del pueblo, fue más tarde directora del departamento de Educación Sanitaria de la Dirección General de Sanidad. Siguiendo estrechamente el modelo de la League of Little Mothers, fundó en Chile la Liga de Madrecitas de Chile. En ésta se pretendía formar a jovencitas, de todos los niveles sociales, como ayudantes de sus propias madres en puericultura, con el fin de prepararlas en su propio papel de futuras madres y familiarizarlas simultáneamente con las reglas básicas de la higiene. La preocupación por la maternidad y por los niños era un reflejo de las discusiones sobre el mejoramiento de la "raza" conformes al discurso eugénico de esa época. La "ley de la raza" fue expresión de estas discusiones. Promulgada en 1925, prescribía medidas para contrarrestar las enfermedades venéreas y revertir las condiciones de higiene catastróficas existentes en los conventillos de los barrios pobres de las ciudades[577].

Pese a los progresos alcanzados por la legislación social, los problemas higiénicos seguían siendo tan graves, que el gobierno decidió contratar asesores extranjeros para solucionar de manera definitiva los problemas sanitarios. Si hacia fines del siglo XIX los asesores, que eran responsables de llevar a cabo las reformas del sistema educacional y del ejército fueron reclutados en Europa –en realidad en Alemania–, para la reforma a la salud la mirada fue puesta en Estados Unidos. Lucas Sierra, director general de Sanidad, conocía perfectamente ese país y consideraba como un modelo ideal el estado de cosas que allí regían. En medio de la profunda crisis política interna chilena de 1925, logró imponer la contratación de John D. Long. Este oficial de sanidad era miembro destacado del  Servicio de Salud Pública y vicedirector de la Organización Panamericana de la Salud. El prestigio de John D. Long como reformador

[576] "La misión sanitaria norteamericana", en *La Nación,* Santiago, 10 de marzo de 1919, p. 8; "Una misión médica", en *Zig-Zag*, Santiago, 15 de marzo de 1919; "La fundación Rockefeller y la salubridad chilena", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 15 de marzo de 1923, p. 3. Sobre el contexto: Marcos Cueto, "Visions of Science and Development: The Rockefeller Foundation's Latin American Surveys of the 1920s", p. 1.

[577] Lavrin, *op. cit*., pp. 112-114 y 163-170; Cáceres, *op. cit*., pp. 178 y 182-186. Véase también Nancy Leys Stepan, *"The Hour of Eugenics": Race, Gender, and Nation in Latin America.*

destacado de la salud y como asesor de diversos gobiernos se basaba, entre otros aspectos, en los éxitos que había obtenido en Filipinas. Allí descendieron los índices de mortalidad de manera notoria gracias a sus reformas. Cuando John Long arribó a Chile el 9 de julio de 1925, su amigo Lucas Sierra lo recibió de modo efusivo, calificándolo como yanqui práctico por antonomasia. Durante su discurso de bienvenida Lucas Sierra aconsejó a los chilenos –a quienes calificó de "fatalistas"–, a seguir la consigna de John Long: "Always look ahead and make progress"[578]. En vista de la compleja situación política interior, la opinión pública chilena comentó la llegada de John Long con cierto sarcasmo. Una caricatura aparecida en *Sucesos* (véase ilustración) representó la misión del yanqui como uno de los trabajos de Hércules. En esta imagen John Long aparece junto al asesor financiero Edwin W. Kemmerer –cuya asesoría en Chile se analizará en detalle más adelante–, mientras se imagina a sí mismo como héroe mitológico. Hércules señala hacia una desvencijada choza ubicada al fondo, delante de la cual aparece sentado el presidente Arturo Alessandri Palma, frustrado por el estancamiento de la situación política. Suspirando dice: "¡Esos si que son trabajos! Y yo que creía que los míos eran insuperables".




La reforma en Chile como un trabajo de Hércules. En vista del estancamiento de las reformas en Chile, Hércules se sacó el sombrero frente a los ambiciosos planes de los expertos yanquis. FUENTE: "Para rato", en *Sucesos*, Santiago, 21 de mayo de 1925.

A pesar de los grandes obstáculos, John Long comenzó su trabajo de asesor técnico del servicio sanitario chileno con optimismo. Durante las primeras semanas tomó contacto con figuras claves, incluyendo al Presidente de la República y al arzobispo de Santiago. Realizó un minucioso estudio sobre las disposiciones e instituciones vigentes en el sistema público de salud nacional. Sobre la base de este análisis decidió elaborar una legislación sanitaria completamente nueva, que debía reemplazar las normas vigentes y someter todo el sistema sanitario al control de un directorio general para

[578] Lucas Sierra, "El señor Long y la higiene pública", p. 3. Véase también "El técnico sanitario doctor Long", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 10 de julio de 1925, p. 16.

la salud pública. El proyecto de ley de John Long contemplaba, entre otros aspectos, la prohibición tanto de la prostitución como de la utilización de aguas servidas para regadío y la ratificación del *Código Sanitario Panamericano.* También solicitó, en vista de la compleja situación en que vivían las clases bajas, que se procurasen habitaciones limpias, una mejor alimentación y salarios adecuados para los trabajadores chilenos[579]. La opinión pública chilena observó con admiración, cómo John Long elaboró su propuesta legislativa en un tiempo récord, como era de esperar de un yanqui enérgico. El 4 de septiembre, a menos de dos meses de su llegada, presentó su proyecto al ministro de Salud. La situación de partida era propicia, pues ese mismo mes había entrado en vigencia la nueva Constitución, que por primera vez obligaba de manera explícita al Estado a proteger la salud de los ciudadanos. La ley fue ratificada el 20 de octubre, después de que Pedro L. Ferrer asumiese como nuevo ministro. Los trabajos organizativos concluyeron en diciembre y, posteriormente, fue contratado nuevo personal. Inmediatamente después, John Long partió a un largo viaje por el país para dar a conocer las nuevas disposiciones sanitarias por medio de conferencias[580].

Entre 1925 y 1927 se concretaron varios de los objetivos prácticos de la reforma. En primer lugar, se inició el combate contra los enjambres de parásitos que inundaban los mercados de abasto. John Long los atribuía al estiércol que se amontonaba libremente en los numerosos establos que todavía existían en las grandes ciudades, incluida Santiago (según un catastro de John Long, en 1925 había más de cuatro mil en la capital). La existencia de establos de vacas se entroncaba en la tradición chilena de vender leche recién ordeñada, o como se conocía más popularmente, "leche al pié de la vaca". Esta costumbre tenía su raíz en una sana desconfianza de los clientes, quienes temían que, de otro modo, la leche les llegaría diluida con agua. Los esfuerzos de John Long por extirpar esta práctica no fueron completamente exitosos. Pero al menos consiguió prohibir el amontonamiento de estiércol dentro del radio urbano[581]. Junto a Leonardo Lira, ingeniero jefe de las plantas chilenas de agua potable, emprendió un estudio del abastecimiento de agua del país, llegando a resultados demoledores. Sólo una pequeña fracción de las instalaciones públicas se ajustaba a las más mínimas exigencias de calidad. En 1927, gracias a las plantas de purificación que se instalaron, 1,25 de los cuatro millones de chilenos pudieron utilizar agua potable y se fundó la Escuela de Enfermeras Sanitarias, dirigida por la estadounidense Sara E. Adams. Más

[579] US-Treasury Department a Secretary of State, Washington, 19 de mayo de 1927, anexo: Long a Surgeon General, Balboa Heights, Canal Zone, 4 de mayo de 1927, en 825.124/23, RG 59, NA.

[580] *Ibid.*

[581] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 11 de febrero de 1926, en 825.124/19, RG 59, NA.

problemático resultó, empero prohibir la prostitución. En opinión de John Long, los numerosos burdeles, tanto ilegales como aquéllos que se toleraban, eran semilleros de enfermedades venéreas[582].

En su informe oficial final escrito en 1927, resumió los resultados de su trabajo. Ahora había disponibilidad de leche pasteurizada en todo el territorio de Chile. También había mejorado notoriamente la introducción de estándares de calidad para alimentos y medicamentos. Asimismo, evaluó como algo exitoso el que aumentasen las ventas de insecticidas y de refrigeradores. En términos generales se pudo apreciar que los chilenos comenzaban a gastar bastante más dinero que antes en productos de higiene personal y que estaban desarrollando una nueva conciencia en relación con la salud. En opinión de John Long era posible llegar a esta conclusión, en vista del creciente número de tratamientos que se realizaban en hospitales, de la mayor participación para la toma de medidas profilácticas y del aumento de quejas frente a condiciones antihigiénicas. Dado que las enfermedades venéreas se iban replegando y que el tráfico de estupefacientes se perseguía enérgicamente, John Long llegó a la conclusión de que "Chile está en el mejor camino de eliminar su fama de ser el centro del contrabando y del comercio ilegal con drogas"[583]. Como principal prueba del éxito de su misión, señalaba el dramático retroceso de los índices de mortalidad –especialmente la infantil–, durante el segundo semestre de 1925[584].

A pesar del balance aparentemente espléndido, por diversos motivos se escuchaban críticas al trabajo de John Long. Por una parte, las cifras de mortalidad volvieron a incrementarse de manera evidente en 1926 y, por la otra, dado que muchas de las medidas que propuso significaron bruscos cambios en los hábitos y costumbres de los chilenos, las mismas fueron adoptadas con resistencia. Numerosos comentaristas criticaron especialmente la censura de los burdeles, puesto que concebían la prostitución como un elemento necesario de la vida, para muchos que no se atrevían a expresar públicamente sobre este tema, esta radical proscripción les pareció exagerada y fuera de lugar en el contexto chileno[585]. Las caricaturas de esa época reflejaban el rechazo a los drásticos planes de reforma de John Long. Con ironía comentaban la intención

[582] US-Treasury Department a Secretary of State, Washington, 19 de mayo de 1927, anexo: Long a Surgeon General, Balboa Heights, Canal Zone, 4 de mayo de 1927, en 825.124/23, RG 59, NA. Véase también, "El doctor Long y las enfermeras sanitarias", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 3 de julio de 1926, p. 1. En 1916, sólo en Santiago había alrededor de quinientos burdeles legales y unos diez mil tolerados: Collier & Sater, *A History..., op. cit.*, p. 177.

[583] US-Treasury Department a Secretary of State, Washington, 19 de mayo de 1927, anexo: Long a Surgeon General, Balboa Heights, Canal Zone, 4 de mayo de 1927, en 825.124/23, RG 59, NA.

[584] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 11 de febrero de 1926, en 825.124/19, RG 59, NA.

[585] "A propósito...", en *Las Últimas Noticias,* Santiago, 26 de marzo de 1926, p. 3; "El código sanitario", en *El Industrial*, Antofagasta, 14 de julio de 1926, p. 1.

del yanqui ("el fantasma de la noche alegre") de querer "alargarnos la vida contra nuestra voluntad" (véase ilustración).

Ya en 1926 tanto John Long como su amigo chileno Lucas Sierra se tuvieron que defender de la crítica pública hecha a su trabajo. Destacaban que la población chilena aún necesitaba tiempo para entender las reformas y aceptarlas. Pedían un incremento financiero en este sector para ponerlas efectivamente en práctica[586]. El trabajo divulgatorio de John Long y sus programas de educación estaban orientados a la implementación eficaz de estas metas. Él legitimó la opción de erradicar la prostitución, sobre la base de la convicción de que era la única vía efectiva para combatir las enfermedades venéreas, las cuales no sólo afectaban a los adultos sino que en forma creciente también a los recién nacidos. Como la esperanza de vida promedio en el Chile de la década de 1920 alcanzaba sólo los treinta años, John Long creyó necesario adoptar medidas drásticas. Acentuaba que la mayoría de los pasos dados en pos de la reforma repercutirían positivamente sobre las clases bajas, cuyas condiciones de vida, según el parecer general, eran miserables[587].

A muchos chilenos les parecía que reformas propuestas por el experto en salud, doctor John Long, iban demasiado lejos. FUENTE: "El fantasma de la noche alegre", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 16 de enero de 1926, p. 1.

Desde el punto de vista del reformista estadounidense, esta argumentación era concluyente; en cambio, desde la mirada de muchos chilenos, era demasiado radical e inflexible y, por ende, ajena a lo chileno. Las resistencias fueron palpables, por primera vez, cuando el Ministerio de Hacienda ajustó los pagos de los funcionarios del nuevo Servicio de Salud, a raíz de la crisis presupuestaria[588]. Hasta marzo de 1926, el conflicto derivado de esta situación se había agudizado tanto, que John Long amenazó con marcharse en forma anticipada. El *Diario Ilustrado* comentó sarcásticamente que John Long necesitaba una epidemia (idealmente provocada por bacilos importa-

[586] "Mr. Long...", en *Las Últimas Noticias,* Santiago, 7 de enero de 1926, p. 9; "La conferencia...", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 17 de noviembre de 1926, pp. 1 y 4.

[587] "El Dr. Long continúa exponiéndonos el programa", en *Las Últimas Noticias,* Santiago, 8 de enero de 1926, p. 11.

[588] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 11 de febrero de 1926, en 825.124/19, RG 59, NA.

dos desde Estados Unidos) para impulsar al gobierno a pagar[589]. El ministro de Salud chileno, hombre de confianza de John Long, logró convencerlo de seguir supervisando la implementación del así llamado "código Long". Por otra parte, sus partidarios que pertenecían al movimiento higienista chileno, como Cora Mayers, iniciaron un intensivo trabajo público y de presión para el cual utilizaron principalmente el argumento de la mortalidad infantil. En julio, cuando la comisión de salud del Senado autorizó los dineros faltantes, la crisis quedó zanjada momentáneamente. Luego la Cámara Alta aprobó con los votos tanto de liberales como de radicales –y el rechazo de conservadores y comunistas–, un préstamo de siete y medio millones de pesos para invertir en el sistema de salud pública[590]. Como consecuencia John Long permaneció en Chile hasta marzo de 1927 y supervisó la aplicación de su reforma. En su informe final describió sus logros con entusiastas palabras:

> "In all my public health experience I have never encountered an entire population that was so keenly interested in public health as were the people of Chile. All the counsels and recommendations were eagerly seized upon..."[591].

Los periódicos chilenos más prominentes lo despidieron cortésmente y alabaron sus grandes méritos. Los comentaristas acentuaban que había hecho un aporte determinante para un cambio de mentalidad en el país, pues Chile habría desarrollado ahora una conciencia de salud pública y de higiene[592].

Pero, apenas John Long había salido del país, las críticas a sus reformas subieron crecientemente de tono. Aquéllos que desde un principio se habían manifestado escépticos respecto de la "importación del yanqui", sintieron que había llegado su minuto[593]. El "código Long" fue criticado como excesivamente complicado y caro. De manera reiterada los conservadores llamaban la atención sobre el hecho de que excedía las posibilidades financieras de Chile. Poco después de la partida del reformista, el gobierno recortó drásticamente el presupuesto del sistema de salud pública. En 1927, en su primer informe público al país, Carlos Ibáñez se refirió a la legislación sanitaria y criticó la

[589] "Notas", en *El Diario Ilustrado,* Santiago, 23 de julio de 1926, p. 3.

[590] Véase Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 4 de septiembre de 1926, en 825.00/472, RG 59, NA. Sobre la campaña a favor de John Long, véase Leonardo Guzmán, "El doctor Long no debe irse", p. 3; Cora Mayers G., "La aplicación del Código Long", p. 17, aquí destaca que en Chile, de cien embarazos, once eran abortados y seis terminaban en abortos espontáneos. De los niños que lograban nacer, treinta y tres morían durante el primer año de vida.

[591] US-Treasury Department a Secretary of State, Washington, 19 de mayo de 1927, anexo: Long a Surgeon General, Balboa Heights, Canal Zone, 4 de mayo de 1927, en 825.124/23, RG 59, NA.

[592] "El Dr. Long", en *La Nación,* Santiago, 28 de febrero de 1927, p. 3.

[593] "La importación del Yanqui", en *El Diario Ilustrado,* Santiago, 25 de octubre de 1924, p. 3.

reforma calificándola como un fracaso, puesto que no habría tomado en cuenta las peculiaridades chilenas. El "código Long" dejó de ser implementado. En 1931 fue redactada una nueva legislación que puso bajo el control estatal todas las instalaciones de salud y reorganizó el Servicio Sanitario[594].

En *El Industrial,* un diario de provincia, un comentarista aplaudió la revisión de la legislación sanitaria que:

> "quizo transplantar a Santiago el honorable Dr. Long de Washington, en la creencia de que somos muy yanquis y llenos de recursos, mientras que en realidad somos muy indios y muy pobres"[595].

Esta autopercepción, que aludía a una diferencia determinante respecto de los estadounidenses, equivalente a la contraposición entre *cowboys* e "indios", fue clave en el fracaso del médico John Long en Chile. Las reformas eran indudablemente necesarias en vista de la catastrófica situación del país, pero la radicalidad de su aplicación hirió el orgullo nacional de los chilenos. Más aún, el propósito de realizar esa reforma, en nombre de la modernidad, detonó en la opinión pública chilena la reflexión sobre el uso de costumbres tan queridos que iban desde tomar leche al pie de la vaca hasta frecuentar burdeles, hábitos que contradecían los conceptos yanquis de disciplina social. Parecía que John Long había querido reemplazar el estilo de vida chileno por el *american way of life.* Sin embargo, la mayoría de los chilenos no lo quería aceptar. Pese a todo, resulta relevante el hecho de que la actuación de John Long dejase profundas huellas en el sistema público de salud de Chile y que se hubiese convertido sobre la base de las posteriores reformas del sector. Esta contradicción aparente muestra la complejidad inherente al proceso de norteamericanización.

### *¿"Un país de alcohólicos"? La prohibición chilena*

Durante la época de entreguerras Estados Unidos fue considerada como una nación líder en el ámbito de la salud pública, sobre todo porque parecía haber resuelto, eficaz y definitivamente, el problema del alcoholismo. Con la enmienda 18 a su Constitución –la así llamada ley Volstead–, se prohibió desde enero de 1920 tanto la fabricación como la venta de bebidas alcohólicas. La medida fue levantada trece años más tarde, pues no logró imponerse y más encima favoreció al crimen organizado. ¿Pero hasta qué punto fueron relevantes estos hechos para la sociedad chilena? ¿Y por qué se convirtió la prohibición en un tema importante dentro del discurso de modernización y reforma en Chile?

[594] "Sobre el Código Long", en *El Diario Ilustrado,* Santiago, 6 de febrero de 1927, p. 11; Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 19 de marzo de 1927, en 825.00/506, RG 59, NA.

[595] "El Dr. Long en derrota", en *El Industrial,* Antofagasta, 31 de mayo de 1927, p. 1.

Cuando la ley Volstead atrajo el interés mundial, las discusiones en torno al alcoholismo no fueron algo nuevo en Chile. Ya a partir de 1870, tanto políticos progresistas como representantes de la Iglesia Católica, habían identificado en el alcoholismo la principal causa del empobrecimiento de las clases bajas chilenas. Las estadísticas sobre el abuso del alcohol en Chile eran vergonzosas. Reformistas que, como Tancredo Pinochet, pertenecían a la "Liga contra el Alcoholismo" tenían que reconocer que el catedrático Edward A. Ross no estaba tan equivocado cuando después de una breve visita calificó sin tapujos a Chile, como un "país de alcohólicos"[596]. El problema del alcoholismo, opinaban las voces progresistas, estaba en la esencia de la cuestión social y en su destruccuón de la "raza" chilena. Esta opinión tuvo, ya antes de la Primera Guerra Mundial, tantos adherentes, que permitió, por ejemplo, llevar adelante la prohibición de servir alcohol a menores de edad y a ebrios –regla que los domingos se aplicaba a todos–, y fijar un impuesto prohibitivo a las bebidas alcohólicas de alta graduación. Debido a las fuertes protestas de la población, estas disposiciones nunca fueron aplicadas en forma estricta. En 1921, el cónsul general en Chile informó a Washington que, a pesar de las restricciones legales en días de pago, los trabajadores chilenos seguían con su tendencia al consumo excesivo de alcohol y recurrían regularmente al "san Lunes"[597].

En Estados Unidos ya se había iniciado, al mismo tiempo, un intenso debate en torno a las repercusiones de la prohibición. El informe del cónsul general fue un resultado de esto. De hecho, los reformistas chilenos habían seguido acuciosamente las discusiones. Hacia 1919 dominaban en la prensa chilena aquellos periódicos que aplaudían la enmienda constitucional. Según un comentario de *El Diario Ilustrado,* una voz central dentro del coro de los defensores de la prohibición, la ley Volstead estaba bien pensada y era muy prometedora. La trasformación de los viñedos californianos en plantaciones de frutas era algo ejemplar y, por tanto, una solución similar parecía ser factible en Chile, ya que se creía que la disponibilidad de vino barato existente, constituía la principal causa del alcoholismo[598].

[596] Tancredo Pinochet Le-Brun, "El problema del alcoholismo en Chile", pp. 25-26; Renato Valdés, "La plaga alcohólica", p. 3. Sobre el consumo de alcohol en Chile, véase Consulado General de Estados Unidos a Secretary of State, Valparaíso, 4 de enero de 1921, en 825.114 Liquors/4, RG 59, NA.

[597] Véase Collier & Sater, *A History..., op. cit*., pp. 176-177. Sobre los efectos negativos del alcoholismo sobre la "raza" chilena, véase Pinochet Le-Brun, *La conquista..., op. cit*., pp. 198-201; Valdivieso, *op. cit.,* pp. 326-331; Luis-Alberto Romero, *¿Qué hacer con los pobres? Elite y sectores populares en Santiago de Chile, 1840-1895.*

[598] "El ejemplo de los EE.UU.", en *El Diario Ilustrado,* Santiago, 22 de enero de 1919, p. 3; "El movimiento político social", en *El Diario Ilustrado,* Santiago, 10 de marzo de 1919, p. 1; "El prohibicionismo en los EE.UU.", en *El Diario Ilustrado,* Santiago, 6 de diciembre de 1919, p. 1. Véase también, "La prohibición de las bebidas alcohólicas en los EE.UU.", en *La Nación,* Santiago, 21 de enero de 1919, p. 3.

Ese mismo año también se elevaron voces críticas. Las noticias sensacionalistas comentaban con sarcasmo acerca de las orgías alcohólicas que se realizaban para "despedirse" del alcohol. Pocos meses más tarde llegaron los primeros informes sobre el floreciente contrabando de bebidas alcohólicas y muy pronto se leyó que tras aplicar allí la ley Volstead persistía, sino el mismo, un nivel más alto de consumo de alcohol. Viajeros como Javier Vial Solar relataban que era muy fácil conseguir bebidas alcohólicas en Nueva York. Más adelante se leyeron en diarios y revistas como *La Nación, Sucesos* y *Zig-Zag,* relatos sobre los fracasos de la prohibición, el auge de los contrabandistas, el progresivo abuso de drogas y los crecientes índices de criminalidad. Informaban que la mayoría de los yanquis rechazaban la prohibición, y que algunos sindicatos médicos y gremios se habían manifestado contrarios a ella. Según muchos críticos chilenos, la prohibición era una demostración más de la hipocresía de los yanquis[599]. En 1922 *El Diario Ilustrado* reconoció que en Estados Unidos era imposible imponerla por motivos prácticos. A fines del decenio 1920 se llegó así en Chile a la convicción general de que sería mejor abolir la ley Volstead[600].

El intenso debate sobre un problema que, en definitiva, se refería a asuntos internos de Estados Unidos, muestra que los procesos que se desarrollaban en ese país adquirían importancia, ya que constituían modelos que se aplicarían a la propia realidad. Los chilenos se preguntaban si era aconsejable seguir su ejemplo y dictar igualmente una estricta prohibición del alcohol. En septiembre de 1920 viajó una delegación de alto rango para participar en el Congreso Internacional contra el Alcoholismo celebrado en Washington. Formaron parte de ella los periodistas Tancredo Pinochet, Ernesto Montenegro y Félix Nieto del Río. Si bien la opinión en torno de la prohibición no era unánime dentro de la comisión, sus integrantes se ocuparon seriamente del tema y estudiaron de manera especial la posibilidad de reorientar las áreas destinadas al cultivo de viñedos[601]. Entretanto, los debates se hicieron más intensos. En octubre de 1920, las regiones carboníferas, donde el alcoholismo estaba muy extendido, fueron declaradas zonas secas. Esto significaba que en esas zonas estaban prohibidos el consumo, la producción y la venta de alcohol. Los gremios que

[599] Vial Solar, *op. cit*., pp. 227-247; "Monumental orgía", en *La Nación,* Santiago, 24 de agosto de 1919, p. 3; "Cómo se burla la ley", en *Sucesos,* Santiago, 1 de abril de 1920; "Cómo burlan el 'estado seco'", en *Zig-Zag,* Santiago, 4 de junio de 1921; "En Nueva York abunda el licor", en *Las Últimas Noticias,* Santiago, 4 de abril de 1923, p. 3; "El alcoholismo yankee", en *Las Últimas Noticias,* Santiago, 4 de enero de 1928, p. 5; Ernesto Montenegro, "Un nuevo professional, el bootlegger", p. 3; "Aspirina cocktail", en *El Industrial,* Antofagasta, 3 de febrero de 1928, p. 1; "La ley seca", en *Las Últimas Noticias,* Santiago, 14 de enero de 1930, p. 3.

[600] "Las derrotas del prohibicionismo en la vida práctica", en *El Diario Ilustrado,* Santiago, 15 de abril de 1922, p. 1.

[601] Agregado Militar a War Department, "Mission to the Anti-Alcoholic Congreso", Santiago, 16 de septiembre de 1920, en 2257-0-68, MID, RG 165, NA.

hacía tiempo se habían involucrado en la lucha contra el alcohol, celebraron la decisión. El recién designado presidente Arturo Alessandri Palma prometió medidas que irían, incluso, más allá. Pretendía solucionar el "problema nacional" de alcoholismo, pero sin dañar los intereses de los productores de vino[602].

Arturo Alessandri Palma y sus partidarios estaban convencidos de que, si bien el alcoholismo era un problema grave, en ningún caso era un elemento "natural" del carácter nacional chileno, como muchos afirmaban. Tancredo Pinochet también argumentaba en esta dirección. En su opinión, el abuso del alcohol no era una característica "racial" del roto chileno y para demostrarlo, mencionó la localidad de Puchoco ubicada en la región cercana al mineral de Schwager. Allí, los trabajadores se embriagaban regularmente en sus días libres, ya que, para lucrar, la misma empresa los abastecía de alcohol barato. Tampoco entregaban alguna oferta de recreación para los esforzados mineros. Muy por el contrario fue el caso mencionado del enclave estadounidense El Teniente, donde no existía alcohol para comprar, y donde se suponía que los trabajadores eran felices. Según Tancredo Pinochet, era la oferta la que había creado la demanda en Chile y no al revés[603].

Los enclaves yanquis eran recurrentemente traídos a colación y eran idealizados para reforzar así la necesidad de realizar las reformas sociales. Así Chuquicamata y El Teniente eran, para los reformistas, ejemplos concretos de las promisorias oportunidades que ofrecía la prohibición. Al parecer, en los enclaves mineros salía a la luz aquello que había dentro de los trabajadores chilenos. Si sólo se les pudiese llevar al libre desarrollo de sus potencialidades, pensaban los reformistas, no se merecerían el desprecio que tradicionalmente les manifestaban las clases altas chilenas. Vicente Huidobro era uno de los que representaban esta forma de pensar. Aconsejaba seguir el ejemplo e imponer la prohibición para "sanar al pueblo" y para "mantener la raza fuerte", con el fin de salir victoriosos en futuras guerras contra Perú o Bolivia[604]. Esta temática también fue recogida por el cine mudo. En la película *Diablo Fuerte* de Carlos Borcosque (1925), Luis Vicentini interpretó el papel de un boxeador desdichado y consumido por el alcohol. Redimido en la zona seca de los enclaves mineros, asumió luego una heroica lucha contra el contrabando de alcohol[605].

[602] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 29 de octubre de 1920, en 825.00/179, RG 59, NA. Sobre las declaraciones de Arturo Alessandri P., véase "La acción gubernativa en la campaña anti-alcohólica", en *Las Últimas Noticias,* Santiago, 6 de marzo de 1921, p. 3; "Proyecto de ley", en Chile, Congreso, Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones extraordinarias*, Santiago, 28 de octubre de 1921, pp. 343-345, "Mensaje del presidente", en Chile, Congreso, Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones extraordinarias*, Santiago, 16 de noviembre de 1921, pp. 367-373.

[603] Pinochet Le-Brun, "El problema...", *op. cit.*, pp. 25-26.

[604] Vicente Huidobro, "Las zonas secas y la raza", p. 9. Respecto de la idealización de los enclaves: "'Zonas secas'", en *La Nación,* Santiago, 19 de mayo de 1925, p. 3; "El alimento", en *La Nación,* Santiago de 20 de diciembre de 1928, p. 3.

[605] Jara, *op. cit*., p. 105.

A causa del estancamiento legislativo que se produjo tras asumir Arturo Alessandri P. su cargo, la aplicación de otras medidas concretas debió esperar. Luego del golpe militar de septiembre de 1924 hubo consecuencias que, en parte, fueron reacción a disturbios protagonizados por los trabajadores. Así, en las regiones salitreras nortinas de Tarapacá y Antofagasta la producción de alcohol fue prohibida por decreto[606]. Durante el régimen de Carlos Ibáñez, la lucha contra el alcoholismo continuó siendo un tema importante dentro de la agenda de los reformistas leales al gobierno. Una variante a la opinión expresada por Vicente Huidobro, planteaba que era necesario impedir la degeneración que producía el alcohol a la "raza" y a la clase trabajadora para que no se profundizara aún más la miseria económica. Hacia fines de la década de 1920 fueron implementadas diversas disposiciones que debían restringir todavía más la venta y consumo de alcohol, y el Senado siguió discutiendo sobre la demanda de una prohibición completa[607].

Sin embargo, y a pesar del apoyo retórico del dictador, una prohibición del alcohol según el modelo estadounidense era políticamente irrealizable en Chile, ya que los influyentes productores de vino la rechazaban de plano. Los argumentos de éstos pesaban más que la voluntad de reforma. Como integrantes de la tradicional oligarquía terrateniente, muchos de los pequeños viticultores eran parlamentarios o contaban, al menos, con estrechos contactos políticos basados, frecuentemente, en el de parentesco. El cónsul general constató acertadamente en 1921, como observador externo, que, aunque el movimiento prohibicionista fuese viento en popa, seguían siendo los poderosos productores de vino quienes controlaban la situación[608]. Estos apoyaban, secretamente, las masivas protestas en contra de la prohibición del alcohol que se realizaban en las zonas secas. Por otra parte, mientras los signos de crisis económica se hacían más evidentes hacia fines de la década de 1920, más convincente parecía ser el argumento que defendía la producción vitivinícola, ya que significaba una fuente de trabajo para miles de personas, ameritando por ello el apoyo especial del gobierno[609].

Los viñateros y los grupos de presión que los representaban utilizaban, al igual que sus adversarios, el ejemplo estadounidense como argumento para fortalecer su posición. Acentuaban precisamente aquellos aspectos negativos

[606] Cónsul General de Estados Unidos a Secretary of State, Valparaíso, 14 de octubre de 1925, en 825.114 Liquors/7, RG 59, NA.

[607] "El alcoholismo y sus consecuencias", en Chile, Congreso, Cámara de Senadores, *Boletín de sesiones ordinarias*, Santiago, 10 de septiembre de 1929, pp. 987-993.

[608] Cónsul General de Estados Unidos a Secretary of State, Valparaíso, 4 de enero de 1921, en 825.114 Liquors/4, RG 59, NA.

[609] Rafael A. Correa, "Chile y el fracaso de la ley seca en EE.UU.", p. 5. Rafael Correa era la principal voz pública de los viñateros. "Chile y el pretendido fracaso...", en *Las Últimas Noticias,* Santiago, 15 de julio de 1921, p. 3. Sobre las protestas: Pinochet Le-Brun, "El problema...", *op. cit*., p. 25.

que eran claramente reconocibles de la prohibición. En agosto de 1929, un comentarista de *El Industrial* calculó que allí la prohibición había provocado grandes costos. Esta opinión valía lo mismo para las proscripciones legales establecidas en Chile, las que en la región de Antofagasta, por ejemplo, habían llevado a una grave caída de las ganancias de las casas comerciales. El periódico estimaba que un país como Chile, que ni siquiera disponía de suficiente agua potable como alternativa al vino, no podía darse el lujo de tal prohibición[610].

Los argumentos más fuertes esgrimidos por los viticultores –similares a los usados por los opositores que proscribían la prostitución–, se basaban en estereotipos negativos sobre Estados Unidos. Los detractores de la prohibición destacaban la diferencia existente en cuanto a las condiciones que regían en el país de los yanquis, e insistían constantemente en el carácter extraño que imponía a la idiosincrasia nacional una medida de este tipo, la que sí se ajustaba completamente al puritanismo de los yanquis. Desacreditaban a los partidarios chilenos contra el alcohol calificándolos de sectarios extremistas al servicio de un estilo de vida extranjero[611]. El consumo de alcohol, argumentaban los enemigos de la medida, constituía una parte esencial de la forma de vida de los chilenos. Si se llegaba a excesos, los mismos debían atribuirse en primer lugar a una predisposición de las clases bajas y no a la responsabilidad de los productores de vino. Por ello, la lucha contra el alcohol era, según los grupos de presión a favor del vino, una lucha contra molinos de viento[612].

Los debates chilenos en torno a la prohibición general del alcohol muestran que el proceso de norteamericanización dio un nuevo impulso a las reformas de la política interior. Los problemas de abuso del alcohol eran conocidos hacía mucho tiempo, pero fue necesario el estímulo de Estados Unidos, ese modelo de modernidad, para encaminar medidas concretas también en Chile. Pero, por otro lado, los yanquis también fueron un poderoso referente para los opositores a la prohibición del alcohol, los que podían hallarse mayoritariamente en las clases más bajas y en los representantes de los viñateros. El rechazo a la extranjerización era un fuerte argumento en la lucha por ganarse a la opinión pública. Según esta premisa, un "país de alcohólicos" era preferible a un país de chilenos "yanquizados".

[610] "El alcoholismo y sus consecuencias", en Chile, Congreso, Cámara de Senadores, *Boletín de sesiones ordinarias*, Santiago, 10 de septiembre de 1929, pp. 987-993.

[611] Juan Arias, "La guerra entre secos y húmedos". El diputado Heriberto Arnechino enfatizó en 1930, en un discurso en el Parlamento, que especialmente las sectas protestantes se preparaban con fuerza para cuando llegara la prohibición del alcohol. En su opinión, esto era loable; sin embargo, diputados conservadores utilizaron este mismo argumento para oponerse a la prohibición: "El problema del alcoholismo", en Chile, Congreso, Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones ordinarias*, Santiago, 17 de junio de 1930, pp. 298-300.

[612] "La convención antialcohólica", en *El Mercurio*, Santiago, 9 de noviembre de 1920, p. 5; "Algo sobre alcoholismo", en *El Sur*, Concepción, 12 de agosto de 1925, p. 3; Armando Zegri, "Beber o no beber", p. 6.

*Educación para "bárbaros": debates en torno a la reforma educacional*

No era casualidad que activistas como Cora Mayers, Gabriela Mistral, Lucas Sierra, Tancredo Pinochet, Vicente Huidobro o Félix Nieto del Río interviniesen en los debates sobre la reforma del sistema público de salud y sobre el problema del alcoholismo. Todos pertenecían a la primera oleada de jóvenes chilenos que viajaron a Estados Unidos, que fueron allí estudiantes de intercambio y que accedían lentamente a posiciones de influencia social. Impresionados por el panorama académico, los egresados chilenos presionaban por una reforma del sistema educacional en su país, pues estaban convencidos de que la excelencia del país visitado había posibilitado, en gran medida, el éxito de Estados Unidos. Mediante el acceso a la educación debía mejorar, decisivamente, la situación de la masa marginada de la población; con esto, se aceleraría la integración nacional.

Tras el asentamiento de empresarios estadounidenses e ingleses en la costa del Pacífico de América Latina, nacieron ya en el siglo XIX los primeros colegios anglófonos en Chile. Al MacKay-School en Valparaíso le siguieron algo más tarde en la capital el colegio Santiago College y otros. Pese a la fuerte influencia que ejercieron los expertos alemanes en la reforma del sistema educacional chileno a fines del siglo XIX, dichos colegios perduraron y ganaron creciente peso hacia el cambio de siglo. La Asociación de Educación Nacional, fundada por Carlos Fernández Peña en 1904, estaba explícitamente dirigida en contra de la orientación alemana predominante. Un elemento central de esta nueva asociación fue la demanda por una nueva pedagogía democrática, aspecto del cual se derivaba también su interés por el sistema educacional de Estados Unidos. Cuando Tancredo Pinochet recomendaba en 1909 este sistema educacional como nuevo referente, representaba con su opinión a esa joven generación de profesores de tendencia reformista[613]. Mediante la asignación de becas para estudiar pedagogía en la Columbia University –donde enseñaban William James y John Dewey– a promisorios jóvenes egresados del Santiago College, como Amanda Labarca, y a profesores jóvenes, como Guillermo Labarca Hubertson, Darío E. Salas, Luis Tirapegui y Luis Flores Fernández, se buscaba obtener una influencia más amplia. Las pedagogas Ines Brown y Caroline Burson fueron contratadas para organizar las así llamadas escuelas reformadas. Otros pasos importantes durante el proceso de reforma, fueron la fundación de organizaciones gremiales de profesores de tendencia reformista, como la Sociedad Nacional de Profesores (1912) y la Federación de Profesores (1917)[614].

[613] Pinochet Le-Brun, *La conquista..., op. cit.*, pp. 201-207.

[614] Amanda Labarca, "Influencias norteamericanas en la educación chilena", pp. 78-79. Sobre la influencia alemana: Barr-Melej, *op. cit.*, pp. 146-153. Respecto de la crítica a ésta, véase Carl Solberg, *Immigration and Nationalism, Argentina and Chile, 1890-1914*, p. 80.

Este desarrollo se dio en medio de un intenso debate público, dentro del cual el modelo estadounidense representó un papel de creciente importancia. El sistema educacional ya se había convertido durante la guerra en un tema en boga. Tal como se ha mostrado, Tancredo Pinochet –que había sido estudiante de intercambio– y muchos de sus compañeros se encargaron de causar impacto con sensacionales noticias sobre la vida de los estudiantes en Estados Unidos. La prensa elogiaba crecientemente las ventajas del sistema escolar y educacional de los yanquis[615]. Tras el fin de la guerra, cuando por consideraciones financieras la política chilena se esforzó por producir un nuevo acercamiento con este país, también pareció oportuna una orientación más fuerte hacia la pedagogía estadounidense por motivos diplomáticos. Éste fue el contexto en el que reformistas como Amanda Labarca, Enrique Molina, Juan Ignacio Gálvez y Gabriela Mandujano realizaron, a partir de 1918, viajes con el fin de informarse sobre el sistema educacional. El gobierno de Arturo Alessandri P. envió un creciente número de misiones de pedagogos a este país. Sus informes fueron la base de la reforma educacional en Chile[616].

Gabriela Mistral fue profesora y, al igual que otros, conoció muy bien Estados Unidos. En 1925 publicó un importante artículo que apareció tanto en *La Nueva Democracia* como en otras revistas internacionales. En él criticaba al imperialismo y paralelamente acentuaba su admiración por el sistema educacional, solicitando al gobierno en Washington enviar profesores a América Latina en vez de industriales, banqueros y soldados[617]. En efecto y sobre la base de los contactos establecidos por las misiones, surgieron a lo largo de la década de 1920 variados intercambios académicos en el campo de la pedagogía. Expertos en educación, llegaron en forma regular a Chile para presentar su modelo. Con recursos aportados por la Guggenheim Foundation y por el Carnegie Endowment for International Peace, estudiantes, profesores y académicos chilenos pudieron conocer el sistema en vivo y en directo. Organizaciones empresariales como la SOFOFA discutieron entonces ampliamente sobre el tema[618]. Si en 1920 Amanda Labarca todavía tenía dudas sobre el nivel de

[615] "Camp Fire Girls de Concepción", en *La Opinión*, Santiago, 8 de septiembre de 1915, p. 1; "El sistema universitario en EE.UU.", en *Pacífico Magazine*, Nº 1, Santiago, 1917, pp. 285-293; Eliodoro Yáñez, "Prólogo", p. xxiii.

[616] Enrique Molina, *De California a Harvard: estudio sobre las universidades norteamericanas y algunos problemas nuestros*, p. 7; Eliecer Mejías Concha, "La reciente obra de don Enrique Molina", p. 2; Amanda Labarca, *La escuela secundaria en los EE.UU.*; "La enseñanza en EE.UU.", en *La Nación,* Santiago, 7 de noviembre de 1920, p. 25. Sobre Amanada Labarca, véase, además, Catharine M. Paul, *Amanda Labarca H.: Educator to the Women of Chile*, pp. 17-25.

[617] Gabriela Mistral, "Si Estados Unidos", p. 4.

[618] Committee on Hispanic American Relations, "U.S. Exchange Professorships", Berkeley, 16 october 1919, in 842, tome 154, RG 84, NA; "Intercambio de profesores", en *El Mercurio*, Santiago, 8 de enero de 1920, p .3; "Estados Unidos y Sud América", en *La Unión*, Valparaíso, 13 de enero de 1928, p. 3; David S. Barrows, "Las universidades norte-americanas", pp. 329-350. Sobre la SOFOFA: Heloise Brainerd, "Educación vocacional en los EE.UU.", pp. 783-790. Sobre las fundaciones: "La

conocimiento chileno respecto del sistema educacional estadounidense, a fines de esa década fue evidente que ese conocimiento había mejorado gracias a la intensiva cobertura periodística y las experiencias personales de un creciente número de jóvenes chilenos[619]. Pero, ¿qué convertía al paisaje educacional yanqui en algo tan fascinante?

Los viajeros observaron que en Estados Unidos la educación representaba el "espíritu" del pueblo. Sus escuelas y universidades se distinguían, en opinión de los comentaristas, por poseer un carácter libre y patriótico. Escépticos como Javier Vial Solar y fuertes críticos del imperialismo como Augusto Santelices, reconocían que los colegios estadounidenses –donde se concentraban contenidos prácticos de enseñanza, educación física y responsabilidad social–, eran muy superiores a los chilenos, orientados exclusivamente a la teoría y memorización. Mientras que en Chile la enseñanza lúdica, que acentuaba las relaciones de cooperación entre profesores y estudiantes, eran ignoradas, en Estados Unidos eran conocidas y parecían dar muy buenos resultados. Por eso, reformistas como Enrique Molina estaban entusiasmados con el sistema educacional. Según él, las escuelas y universidades eran centros de patriotismo y pureza moral, con los más elevados estándares académicos, y de fundamento del consenso democrático. Amanda Labarca, que compartía la opinión de Enrique Molina, opinaba que gracias al papel central representado por las mujeres dentro del sistema de educación estadounidense, se convirtieron en un elemento indispensable del desarrollo de la nación[620].

El elogio al sistema educacional estadounidense reflejaba la voluntad de reforma que existía en Chile. Como efecto de la Primera Guerra Mundial, la posición de los pedagogos alemanes se había debilitado. Cuando Darío Salas fue ascendido a director general de Educación Primaria, parecían estar listas las condiciones para un cambio radical. En enero de 1922 *El Mercurio* publicó una serie de artículos, en los que se discutía en detalle la conexión existente entre las debilidades del sistema educacional chileno y la pasividad económica de la población. Muchos adhirieron a esta tesis. En un aporte programático para la revista *Atenea* el pedagogo Samuel Zenteno Anaya exigió, tres años más tarde, una reforma estructural y el abandono definitivo del modelo

---

Fundación Guggenheim", en *El Industrial,* Antofagasta, 3 de septiembre de 1930, p. 3; "Centro de Relaciones Internacionales", en *El Diario Ilustrado,* Santiago, 22 de agosto de 1930, p. 5.

[619] Amanda Labarca, "Conceptos erróneos y dañinos, I y II", p. 3; "La educación en los EE.UU.", en *El Mercurio*, Santiago, 20 de septiembre de 1927, p. 3. A partir de 1928, la *Revista de Educación* informó regularmente sobre la enseñanza estadounidense.

[620] Como ejemplos, véase "Gabriela Mistral en EE.UU.", en *El Mercurio*, Santiago, 6 de junio de 1924, p. 3; "El estudiante suramericano", en *La Nación*, Santiago, 3 de febrero de 1926, p. 3; "La vida real", en *La Unión*, Valparaíso, 25 de febrero de 1928, p. 3; Carlos Silva Cruz, "El alma universitaria en los EE.UU.", p. 15; Carlos F. Borcosque, "Los colegios norteamericanos", p. 1; Vial Solar, *op. cit*., pp. 258-260; Santelices, *op. cit*., p. 118; Molina, *De California..., op. cit*., *passim*; Labarca Hubertson, *Actividades femeninas en los Estados Unidos*, *passim.*

pedagógico alemán, "cargado a lo intelectual", que habría llevado a tomar caminos equivocados en este ámbito. Según Samuel Zenteno, los enfoques modernos de la pedagogía y sicología eran los más adecuados para corregir los desarrollos fallidos que se habían producido en Chile. Instó de manera específica, a implantar una sana mezcla entre utilitarismo e idealismo, a fortalecer el prestigio social de los profesores y a incrementar la profesionalización de la formación docente, elementos que, en su opinión, habían fortalecido al sistema educacional de Estados Unidos[621].

Las ideas de Samuel Zenteno y de muchos pedagogos en la misma línea de pensamiento, influyeron sobre determinados aspectos de la reforma de la educación chilena realizada después de finalizar la Primera Guerra Mundial. Esto se hizo evidente a partir del intenso debate sobre la implementación de la enseñanza primaria obligatoria, rechazada por la oligarquía conservadora y apoyada por los nacionalistas y la izquierda política. En sus argumentaciones, los partidarios se referían constantemente a Estados Unidos, donde dicha medida constituía el fundamento de un sistema educacional innegablemente exitoso. En agosto de 1920 lograron imponerse[622]. Los conservadores admitieron que en las escuelas del País del Norte se entregaba una educación patriótica y religiosa ejemplar. En julio de 1920 aprobaron por esta razón, la introducción de la ceremonia del izamiento de la bandera en los patios de las escuelas chilenas de acuerdo con el modelo estadounidense. También exigieron un refuerzo de las clases de religión, tal como en Estados Unidos, ese país considerado como "tanto de moda"[623].

Pese al reconocimiento de las fortalezas, y de la superioridad del sistema educacional yanqui, los reformistas chilenos no perdían de vista las profundas diferencias que presentaba el contexto chileno. Fieles a su convicción nacionalista, querían construir un sistema de educación auténticamente chileno. El Congreso Pedagógico de 1926, que entregó criterios orientadores, rechazó por principio la imitación ciega de modelos foráneos. Con realismo partía del supuesto que, al contrario de la enseñanza escolar y superior igualitaria en Chile perdurarían en el futuro grandes diferencias cualitativas entre el sector educacional privado y el público, y que, por motivos económicos, los

[621] F. Landa Z., "Nuestro sistema educacional"; Samuel Zenteno Anaya, "El espíritu de la educación norte-americana", pp. 23-35. Sobre Darío Salas y Luis Alfredo Tirapegui, véase también Amanda Labarca, *Historia..., op. cit*., pp. 179-252.

[622] Maximiliano Salas Marchán, "La reforma de la enseñanza", pp. 13-16; Guillermo Subercaseaux, *Los ideales nacionalistas ante el doctrinarismo de nuestros partidos políticos históricos*, pp. 26-27; Willy Herrera Valdés, "Alejandro Venegas y su visión crítica de la educación chilena en las primeras décadas del siglo xx", pp. 35-56. En general para los debates, aunque sin considerar el papel de Estados Unidos, véase Barr-Melej, *op. cit*., pp. 154-160.

[623] "Allá y aquí", en *El Diario Ilustrado,* Santiago, 13 de julio de 1924, p. 9; "Ciencia y religión en los EE.UU.", en *El Diario Ilustrado,* Santiago, 23 de octubre de 1927, p. 11. Sobre la ceremonia de izamiento de la bandera, véase Barr-Melej, *op. cit*., p. 188.

estándares de Estados Unidos nunca podrían ser completamente alcanzados[624]. En los espacios chilenos donde era posible tener una experiencia directa de ciertos aspectos de la educación estadounidense –es decir, en las escuelas de los enclaves mineros– las limitantes afloraban claramente. En opinión de los ejecutivos, éstas parecían insalvables a causa de las diferencias "raciales" existentes entre los "anglosajones" y los "latinos". De esta manera comentaba el periódico de *El Teniente*:

> "Como el anglo-sajón tiene, por sus caracteres hereditarios que fortalecen su educación, la disciplina interna, puede guiarse por sí mismo y no necesita la dirección del Estado. El latino, que tiene, por su herencia y educación, muy poca disciplina interna, necesita una disciplina externa. Esta se la impone el Estado..."[625].

La profunda crisis social y política chilena, agudizada en 1924, parecía ratificar la opinión sobre la necesidad de una disciplina impuesta por el Estado. Los partidarios de una solución política autoritaria veían en las carencias del sistema educacional una importante causal en los desarrollos fallidos. Tal como había sucedido con la reforma del sistema de salud, el régimen de Carlos Ibáñez se esforzó por apartarse de los gobiernos anteriores, también en este campo. Conforme a la retórica nacionalista de este régimen, su preocupación central fue la búsqueda de un sistema educacional "auténticamente chileno", que reforzara el patriotismo de los estudiantes[626]. En ese proceso, obviamente, no se desechó completamente al modelo estadounidense. Así al menos se leía en una revista oficiosa de 1930:

> "Los Estados Unidos nos señalan con su ejemplo el camino que debemos seguir: trabajo intenso, amor a la verdad, tolerancia religiosa y libertad dentro del orden"[627].

En opinión de Luis Galdames, cofundador del Partido Nacional y cabeza principal de la reforma educacional bajo el gobierno de Carlos Ibáñez, en ese modelo había aspectos específicos que debían ser seleccionados y adaptados al contexto chileno. Pensaba que los chilenos eran, todavía, en parte "bárbaros", pero que podían ser "civilizados" mediante una formación patriótica y práctica[628]. Debido al poder dictatorial del régimen, Luis Galdames y sus

[624] "Dos ex-tipógrafos", en *El Sur*, Concepción, 10 de julio de 1920, p. 3; Molina, *De California..., op. cit.*, pp. 228-239.

[625] "Estudios sociales", en *El Teniente*, Sewell, 9 de diciembre de 1922, p. 2.

[626] Amanda Labarca, *Historia..., op. cit.*, pp. 233-234; Barr-Melej, *op. cit.*, p. 186

[627] "Estados Unidos y Chile", en *Norte y Sur*, año 4, Nº 41, Santiago 1930, p. 5.

[628] Luis Galdames, "Algunos aspectos de la educación en Norte América", pp. 368-369. Véase también Guillermo Viviani C., "Los postulados del nacionalismo", p. 1; Diego Dublé Urrutia,

colaboradores pudieron imponer profundas medidas de reestructuración al sistema educacional chileno[629].

Tanto los fines y métodos de la reforma educacional chilena, realizada bajo Carlos Ibáñez entre 1927 y 1931, como la influencia que tuvo de *facto* el modelo estadounidense, prácticamente no se diferenciaron de los planteamientos de sus antecesores. Ya desde 1904 en el contexto de los debates sobre la reforma educacional, Estados Unidos fue considerado como un modelo ejemplar porque los principios básicos de su enseñanza parecían ser diametralmente opuestos a los del modelo alemán que estaba vigente aún entonces. Los reformistas nacionalistas que mantenían este debate y que provenían, mayoritariamente, de las nuevas clases medias urbanas, en realidad no tenían la intención de sustituir un modelo extranjero por otro. Por el contrario, deseaban una educación para la "chilenidad" que sólo podría realizarse, según su parecer, en un sistema de educación estatal adaptado a las especificidades chilenas. Pero como el nuevo sistema debía ser moderno, ya que debía conducir a Chile por el camino que, en el largo plazo, le permitiera salir de la crisis, era ineludible analizar el sistema yanqui.

### *El "Mesías" yanqui: la Misión Kemmerer*

Las posibilidades de implementar una política de reformas y modernización estaban determinadas por la situación económica y financiera de Chile. Todas las propuestas de reforma suponían una ampliación del campo de intervención del Estado, y exigían crear nuevos y costosos aparatos administrativos. El desarrollo de la economía chilena, durante el primer tercio del siglo XX, empero apenas daba margen para tales propósitos, pues durante este período fue duramente estremecida por las dificultades propias de la economía salitrera y por la devaluación monetaria, lo que trajo aparejado consigo, crecientes índices inflacionarios. Luego de la Primera Guerra Mundial los problemas se agudizaron como consecuencia de la expansión de la producción de abonos sintéticos en Europa. El mejoramiento que experimentó la minería del cobre, controlada por extranjeros, significó una compensación, pero fue insuficiente para subsanar el descenso de los ingresos fiscales producido por la merma en la recaudación de impuestos de exportación del salitre. Hacia mediados del decenio 1920, los problemas financieros del gobierno chileno crecieron y derivaron en una fuerte crisis, de modo tal que se hizo urgente una cura radical de las finanzas públicas.

Dado que entre 1900 y 1930, en el marco de la diplomacia del dólar, numerosos asesores estadounidenses apoyaron, en forma regular, a gobiernos

---

"El nacionalismo y la reforma", p. 19; "Reforma educacional", en *El Mercurio*, Santiago, 30 de octubre de 1927, p. 13.

[629] Barr-Melej, *op. cit.*, pp. 192-197.

en todo el mundo, y especialmente en América Latina, no fue asombroso que también en Santiago se buscase un experto en finanzas yanqui[630]. Después de la guerra, el gobierno chileno se esforzó con ahínco por atraer préstamos e inversionistas al país. A través de la contratación de un consejero financiero proveniente de Estados Unidos, se buscaba complementar estos esfuerzos creando entre los inversionistas, confianza en la estabilidad del país. El cónsul general de Estados Unidos en Chile no dejaba lugar a dudas de que esto era algo absolutamente necesario. Había comprendido que durante mucho tiempo las clases altas chilenas habían lucrado, a costa de la comunidad, considerablemente, especulando con la inestabilidad y que, por ende, no les convenía una reforma. Pero en ese momento la estrechez de las finanzas chilenas era tan evidente, que la necesidad de actuar era indiscutible. Por ello, el cónsul general recomendó a los banqueros en Nueva York ejercer presión sobre sus socios comerciales chilenos para que éstos solicitasen al gobierno chileno la contratación de un experto en finanzas[631]. Cuando en 1924 se consultó a Washington acerca de la posibilidad de contratación de una persona para este efecto, hubo en principio señales de consentimiento de parte del gobierno que, sin embargo, no quiso representar un papel oficial en este asunto. El carácter privado de la misión fue necesario, puesto que ninguno de los dos gobiernos deseaba exponerse al reproche de imperialismo informal[632]. El gobierno chileno consiguió, en 1925, contratar a Edwin Walter Kemmerer, el más renombrado y prestigioso consejero financiero, conocido como "doctor dinero". Como ningún otro, era considerado como la personificación del "experto" moderno, un término que, en el espíritu de la época, expresaba el aura de la más absoluta superioridad[633].

Su actividad en Chile ha sido profusamente estudiada, por lo que aquí será sólo brevemente descrita[634]. No obstante, sí resulta novedoso examinarla en el contexto del discurso de norteamericanizante generado en torno a la presencia de este experto yanqui en el país en 1925. En un detallado estudio, Paul W. Drake ha demostrado que los grupos de interés más importantes –desde agricultores a exportadores, industriales y, especialmente, comerciantes y

[630] Sobre el contexto global, véase Emily S. Rosenberg, *Financial Missionaries to the World: The Politics and Culture of Dollar Diplomacy, 1900-1930.*

[631] Dana G. Munro, Consulado general de Estados Unidos, "Financial Situation of the Chilean Government", Valparaíso, 9. de diciembre de 1920, en 825.51/119, RG 59, NA. Sobre los motivos del gobierno chileno, véase Paul W. Drake, *The Money Doctor in the Andes: The Kemmerer Mission, 1923-1933*, p. 2.

[632] Robert N. Seidel, "American Reformers Abroad: The Kemmerer Missions in South America, 1923-1931", p. 533.

[633] Para el grado de conocimiento de Edwin W. Kemmerer, véase "Instituciones norteamericanas", en *El Mercurio*, Santiago, 28 de septiembre de 1921, p. 5. Sobre su trayectoria: Seidel, "American...", *op. cit.*, pp. 521-522.

[634] Además de Seidel, "American...", *op. cit.*; Rosenberg, *Financial..., op. cit.* y Drake, *The Money..., op. cit.* véase Lisa Glaser-Schmidt, „Währungsreform und Zahlungseinstellung in Chile, 1925-1931: Das Scheitern von Edwin Walter Kemmerers Finanzreform", pp. 425-446.

organizaciones de trabajadores–, aplaudieron su contratación, pues esperaban que estabilizara la moneda y pusiese fin al déficit estatal crónico para evitar el incremento de nuevas deudas. Desde el punto de vista del capital, hacía falta traer nuevos inversionistas a Chile. En relación con los trabajadores era fundamental detener el alza del costo de la vida que iba aparejado al estancamiento en que se habían quedado los salarios. Los militares compartieron esa posición, pues también sufrían con la galopante inflación y reconocían la incapacidad de acción del Estado como una amenaza para la seguridad nacional. Cuando llegaron al poder en 1924-25, la legitimación del golpe de Estado dependió en gran medida de la solución del problema financiero[635].

El arribo de Edwin W. Kemmerer a Chile se pareció al de una marcha triunfal. No sólo lo saludó una multitud de personas en la Estación Mapocho sino que hubo una serie de otras manifestaciones que expresaban la voluntad general de conseguir una estabilización de las finanzas. Mientras que *Zig-Zag* nombró a Edwin W. Kemmerer el "mago de las ciencias económicas financieras", *El Sur* lo declaró como el "Mesías"[636]. Fue recibido como un salvador neutral y objetivo, capaz de actuar con independencia de los grupos de interés y en pos del bien de todos[637]. El caricaturista de *Zig-Zag* vio en él un puño de acero que debía poner fin a la corrupción y al despilfarro del sector público (véase ilustración en página siguiente).

Comenzó a trabajar sin demora. Consultó a los principales grupos de interés chilenos, con lo cual transmitió la idea de que estaba incluyendo tanto las opiniones como las experiencias de sus colegas chilenos, aunque en realidad sólo consideró aquellas sugerencias que se ajustaban a su propio concepto. Se mantuvo alejado de la embajada y también de la prensa para no dañar su imagen de técnico experto absolutamente neutral y profesional. Rechazó asistir a una función de teatro organizada en su honor, para poder concentrarse totalmente en su trabajo. Pasos como éste contribuyeron a su transfiguración a los ojos de la opinión pública chilena. *La Nación,* por ejemplo, planteó con sarcasmo que en Chile sería un espectáculo revolucionario ver a un funcionario que trabajase doce horas diarias y que se mantuviese en buena forma practicando deporte. Edwin W. Kemmerer les debió parecer a muchos chilenos la personificación del hombre moderno[638].

[635] Drake, *The Money..., op. cit*., pp. 83-88.

[636] "Mr. W.E. Kemmerer", en *Zig-Zag,* Santiago, 11 de junio de 1925; "Mr. Kemmerer", en *El Sur*, Concepción, 9 de jullio de 1925, p. 3; Rosenberg, *Financial..., op. cit*., p. 161; "Mr. Kemmerer...", en *El Industrial,* Antofagasta, 30 de junio de 1925, p. 6; "Mr. Kemmerer en la intimidad", en *Las Últimas Noticias,* Santiago, 9 de julio de 1925, p. 9.

[637] "Ante la llegada de la misión Kemmerer", en *El Sur*, Concepción, 3 de julio de 1925, p. 3; "La vida que pasa", en *Sucesos*, Santiago, 9 de julio de 1925; Rosenberg, *Financial..., op. cit*., p. 194.

[638] "Mr. Kemmerer", en *La Nación,* Santiago, 10 de julio de 1925, p. 3; "El primer día de trabajo de Mr. Kemmerer", en *El Sur*, Concepción, 7 de julio de 1925, p. 3; "Las finanzas y los deportes", en *Los Sports*, Santiago, 24 de julio de 1925.

La llegada del "Mesías" Kemmerer. Se pusieron grandes esperanzas en el experto Edwin W. Kemmerer. FUENTE: "La venida de Mr. Kemmerer", en *Zig-Zag*, Santiago, 11 de junio de 1925.

Tal como su colega, el doctor John Long, Edwin W. Kemmerer realizó su tarea en un tiempo récord. Su plan contemplaba reformas fundamentales en el sistema tributario y en el de la banca. De esta manera, se creó un banco central con amplios poderes, cuestión que antes de 1925 había generado un debate sumamente controvertido. Una nueva ley monetaria determinó el retorno de Chile al patrón oro. Por su parte, la reforma a la Ley General de Bancos, contempló un perfeccionamiento del control de los bancos privados y la creación de instituciones de crédito especiales para el agro y otros sectores. El "Plan Kemmerer" exigía la introducción de impuestos nuevos, como los sobre la renta y territoriales, entre otros. Ferrocarriles del Estado debía ser mo-

dernizado, ya que al igual que la administración aduanera, debía reorganizarse para obtener un mayor grado de eficiencia. A diferencia de John Long, Edwin W. Kemmerer no se quedó en Chile para supervisar la implementación de sus medidas. Para este fin fueron contratados Walter M. van Dusen y Thomas Lill, dos expertos menos conocidos que Edwin W. Kemmerer[639].

En un informe sobre la Misión Kemmerer, Charles M. Pepper, director de la Chile-America Association (una agrupación de industriales radicada en Nueva York), observó que todas las propuestas de reforma que había hecho se basaban en ideas chilenas, por lo que no incorporaba conceptos extraños a la idiosincrasia nacional. *El Diario Ilustrado* acentuaba que hacía tiempo economistas como Alberto Edwards y Guillermo Subercaseaux luchaban por la introducción tanto del patrón oro como de un banco central[640]. A pesar de, o justamente debido a esto, las opiniones respecto del proyecto de reforma estuvieron divididas. El gremio de la industria se mostró satisfecho, pues con esas propuestas se ponía fin a la preferencia de lo tradicional en materias económicas y se reorientaba en pos de los intereses de los agricultores. En efecto, a partir de 1925 se incrementó el crecimiento industrial fuertemente. La clase media urbana también se contaba entre los beneficiados indirectos del proyecto de reforma, pues éste creó nuevos puestos en la administración pública y estabilizó la moneda mejorando de forma notoria su situación social. Esto último también corría para los trabajadores, ya que el aumento real de los sueldos los compensó, en parte, frente a la pérdida de derechos políticos fundamentales bajo el gobierno de Carlos Ibáñez. Los bancos privados se quejaron por las nuevas normas de fiscalización, mientras que los agricultores criticaron el, a su juicio, descuido imperdonable de sus intereses. Nacionalistas como Guillermo Subercaseaux, presidente de la SOFOFA –agrupación que se acogió completamente a las reformas– advirtieron sobre el riesgo de la extranjerización que implicaba las cláusulas de excepción en Chile para, por ejemplo, los bancos extranjeros. El gobierno, sin embargo, reprimió el debate público. Así, las reformas recomendadas por Edwin W. Kemmerer adquirieron fuerza de ley sin demora. En 1927, cuando volvió a Chile en una breve visita, las autoridades alabaron su desempeño en todos los tonos[641].

[639] "Resultado de la labor de la misión Kemmerer, 1-3", en *El Sur*, Concepción, 19-21 de julio de 1927, p. 3; "Después de tres meses de intensa labor", en *La Nación,* Santiago, 6 de octubre de 1925, p. 5; Edwin W. Kemmerer, "Chile returns to the Gold Standard", pp. 269-270; Drake, *The Money..., op. cit*., pp. 92-110; Seidel, "American...", *op. cit*., p. 534.

[640] Charles M. Pepper (Chile-America Association), "Chilean Financial Reforms", New York, 16 november 1925, in 825.51A/20, RG 59, NA; "Preteridos", en *El Diario Ilustrado,* Santiago, 2 de agosto de 1927, p. 3.

[641] Guillermo Subercaseaux, "La misión Kemmerer", p. 3; "Kemmerer y Jefferson", en *El Mercurio*, Santiago, 15 de julio de 1927, p. 5; "La obra de Mr. Kemmerer", en *El Industrial,* Antofagasta, 20 de julio de 1927, p. 1; "Resultados de la labor de la misión Kemmerer", en *El Sur*, Concepción, 23 de julio de 1927, p. 3; Drake, *The Money..., op. cit*., pp. 113-114.

El éxito económico del régimen de Carlos Ibáñez, durante la segunda mitad de la década de 1920, pareció "certificar" a Edwin W. Kemmerer. La industria y el comercio prosperaron durante ese período gracias a las inversiones públicas financiadas con préstamos extranjeros. La Misión Kemmerer había establecido, con ello, un estándar para la realización de reformas exitosas, al cual los chilenos volvieron a remitirse muy pronto, cuando recurrieron nuevamente a propuestas estadounidenses para reorganizar la economía del salitre. Los logros, sin embargo, no estaban basados sobre fundamentos económicos sólidos. Ya en septiembre de 1925, Edwin W. Kemmerer comprobó molesto que el gobierno chileno había diluido aspectos importantes de sus propuestas. En el apogeo del *boom* de 1927, el experto acentuó la absoluta necesidad de mantener la estabilidad monetaria mediante la venta de reservas de oro y advertía sobre la expansión del endeudamiento extranjero[642].

En ese momento, el régimen de Carlos Ibáñez ya había comenzado a socavar el camino de austeridad trazado por Edwin W. Kemmerer, introduciendo un presupuesto aparte para préstamos extranjeros y obras públicas. La estabilidad aparente de la economía chilena facilitaba la tarea de captar préstamos en dólares. La dependencia hacia el capital extranjero, hacia sus repuestos, materiales y modelos de acción, alcanzó en esos años una dimensión hasta entonces desconocida. Chile vivía su propia versión de los "dorados años veinte". Los desembolsos destinados a empleados fiscales –que incluían el exorbitante pago a Edwin W. Kemmerer y sus colaboradores–, a pensiones y a programas de infraestructura –que generaron empleos como una manera de apaciguar a los fuertemente amordazados trabajadores– contribuyeron al enorme crecimiento del endeudamiento externo[643]. Cuando detonó la crisis financiera mundial y la deuda resultó ser una pesada carga, las reformas financieras fueron rápidamente desacreditadas como una nefasta maniobra para fortalecer la dependencia hacia los yanquis. La imagen de Edwin W. Kemmerer se transformó: de "Mesías" pasó a ser un "traidor".

La poderosa fuerza de atracción que ejerció el modelo estadounidense y la experiencia que mostraron los expertos yanquis, fueron un elemento nuevo e innovador en la vida social y política del país durante el primer tercio del siglo XX. En esas décadas, los debates chilenos en torno a las reformas reflejaban el ascenso de una nueva clase media urbana y la profunda transformación social asentada en fenómenos como el crecimiento poblacional, la industrialización, la urbanización y la movilización política. En la reforma del sistema público de salud, en el debate sobre la lucha contra el alcoholismo, en las discusiones en torno a la reforma educacional y, finalmente, en la reorganización del

[642] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 14 de septiembre de 1925, en 825.00/444, RG 59, NA; Drake, *The Money..., op. cit.*, p. 114.

[643] Glaser-Schmidt, *op. cit.*, pp. 427-432. Sobre los costos de la Misión Kemmerer, véase Rosenberg, *Financial..., op. cit.*, p. 225.

sistema financiero, se convirtió Estados Unidos para los chilenos, en un referente determinante. Los expertos procedentes de "Yanquilandia" ayudaron al Estado chileno a fortalecer su intervención sobre la sociedad y a impulsar las políticas de modernización. Parecía ser que entonces, la modernización sólo se podía identificar con la norteamericanización, la que, en afinidad con las concepciones de época, sólo podía ser vista como camino de una sola vía. A pesar de la existencia de influyentes voces convencidas de la necesidad de un camino específicamente chileno hacia las reformas, y aun cuando las medidas reformadoras que se aplicaron nunca pudieron ser copia exacta de este modelo que estaba presente, permanentemente, en el pensamiento de quienes formaban la opinión y de quienes debían aplicar esas medidas. Esto valía en los casos en que el presunto "exotismo" de las reformas realizadas, según el modelo norteamericano, era utilizado como argumento en contra de la influencia de los yanquis, o también simplemente para la defensa del estatus de propiedad. La norteamericanización se muestra también en este contexto como un proceso de encuentro que resulta ser básicamente abierto.

## Desde los conflictos hasta la confrontación: nacionalismo y crisis financiera mundial

*"Ahora, nuestra situación con respecto a... los yanquis es de provincia, moral y materialmente, provincia a la cual se le aprovechan sus riquezas, la fortaleza proverbial de sus hombres, pero que ocupa siempre a una voluntad extraña. Esto es inevitable y lógico pero no por eso menos doloroso y deprimente para espíritus apegados a la tierra"*[644].

En el curso de este estudio ha quedado claro que, en forma paralela a los encuentros –y frecuentemente también como reacción a ellos– se desarrolló, ya sea por la influencia del capital, los expertos, la cultura o los estilos de vida de Estados Unidos, un animado discurso sobre el nacionalismo. Cuando se profundizó la sensación de estar en medio de un estado de crisis debido a la conmoción política, social y económica de los años 1919/20, 1924/25 y 1931/32, y en la medida que los encuentros con el yanqui en esos años se hicieron más sólidos, se desarrolló un debate permanente respecto de las ventajas y carencias de Chile en comparación con la realidad estadounidense. Cuando la crítica a los yanquis se hizo más fuerte, se reforzó el llamado a diferenciar el auténtico estilo de vida apropiado para los chilenos respecto del estadounidense, el cual fue interpretado en este contexto frecuentemente como un agente invasivo que avanzaba sigilosamente. La búsqueda de "lo chileno" y de "la chilenidad"

[644] Renato Monestier, "Pasado y porvenir", p. 597.

desembocó en la construcción de un conjunto misceláneo compuesto de características geográficas, "raciales" e históricas supuestamente típicas. Estados Unidos se convirtió durante este proceso, en punto de referencia en un sentido doble. Por un lado, como el "otro" absoluto –en apariencia diametralmente diferente de lo propio y visto, en parte, como algo superior– y por el otro, como el "otro" inferior. Esta dicotomía permitía en verdad reconocer y construir, lo propio. Por otro lado, es ejemplo de un patriotismo que efectivamente fue practicado, y de una sociedad portadora de una fuerte conciencia nacional que se dirigió desde el Estado[645].

Entre 1900 a 1932, el nacionalismo chileno no correspondía a la variante reaccionaria-fascista ni tampoco a la de extremo izquierda-comunista. Era más bien un nacionalismo reformista consagrado a la modernización de Chile y sustentado, principalmente, por una creciente clase media progresista. Si bien el PN, fundado en 1916, tuvo una corta existencia, los partidos tradicionales recogieron agradecidos su retórica nacionalista. Sobre todo el Partido Radical se convirtió en receptáculo del nacionalismo reformista. El proyecto de reforma nacionalista de Arturo Alessandri Palma fracasó en 1924 debido a la fosilización del sistema político y a la inercia de la oligarquía tradicional[646]. El golpe de Estado liderado por jóvenes oficiales, provenientes de la clase media, mostró el quiebre con el parlamentarismo, el cual alcanzó su punto culminante con la dictadura de Carlos Ibáñez de 1927, inicialmente bien acogida por amplios sectores de la población. Junto a sus simpatizantes, tanto civiles como militares, instrumentalizaron el discurso nacionalista para estabilizar su poder. Así, en ese período el nacionalismo desarrollista fue declarado doctrina de Estado.

¿Cómo repercutió esta evolución sobre el proceso de norteamericanización? ¿En qué medida nacionalismo y norteamericanización se complementaban? En este capítulo se estudia cómo aquellas voces que apoyaban la idea de utilizar selectivamente el modelo estadounidense para materializar el proceso de modernización fueron desplazadas a un plano cada vez más secundario, mientras que aquéllas que enfatizaban la diferencia y antagonismo con el "otro estadounidense", y que exigían colocar un límite simbólico y material respecto de ese otro, adquirieron una posición central. El potencial de conflictos se presentó, ante todo, en el plano económico, pues éste era considerado especialmente sensible a causa de la profunda influencia que ejercían los yanquis desde el cambio de siglo. Tras el comienzo de la crisis financiera mundial, tanto el nacionalismo económico como el que provenía del discurso antiestadounidense, adquirieron una relevancia abrumadora.

[645] Un clásico es Cabero, *op. cit.* Una detallada discusión respecto de la construcción de la "chilenidad" aparece en Rinke, *Cultura..., op. cit.*, pp. 119-139.

[646] Sobre el nacionalismo en América Latina, véase especialmente Hans-Joachim König, "Nacionalismo y nación en la historia de Iberoamérica", pp. 7-47. Respecto de Chile, véase también Barr-Melej, *op. cit.*, pp. 51-77.

## *El nacionalismo económico bajo Carlos Ibáñez*

A pesar de su retórica fuertemente nacionalista, el régimen de Carlos Ibáñez no siguió un rumbo de confrontación con la influencia extranjera más relevante en Chile, es decir, Estados Unidos. Por el contrario, se esforzó por obtener préstamos y empleó a expertos provenientes de este país en los principales proyectos de reforma. De hecho, los representantes diplomáticos de Washington evaluaban su gobierno –con razón– como especialmente filo-norteamericano. Asimismo, consideraban que las relaciones entre ambos países eran ejemplares. Aun así, pronto se desarrolló un potencial de conflictos originado en uno de los elementos medulares del discurso nacionalista, esto es, la demanda por emancipar la economía chilena del control extranjero. Bajo Carlos Ibáñez, los debates en torno a la protección y fomento, tanto de la industria como de las riquezas minerales y de la clase obrera nacionales, no quedaron en un plano teórico, sino que encontraron su implementación en una nueva política proteccionista que debía satisfacer las demandas de la clientela nacionalista del régimen.

A partir del cambio de siglo, los intelectuales nacionalistas chilenos habían advertido, una y otra vez, sobre las negativas y duraderas consecuencias que traía consigo la dependencia del capital, cuya actividad en Chile parecía haber crecido de manera imparable desde 1904. Se agregaba a esto la dolorosa constatación que hizo el país, durante la Primera Guerra Mundial, de que ocupaba una posición subordinada dentro del sistema económico mundial liberal como proveedor de materias primas y consumidor de productos elaborados provenientes de los Estados industrializados. Después de la guerra, el acelerado y descontrolado endeudamiento externo –como paso hacia un nuevo vasallaje, del cual debía ser responsabilizada, ante todo, a la oligarquía tradicional– fue especialmente criticado[647]. De este diagnóstico del estado de situación se derivaba, por ejemplo, la exigencia central que Tancredo Pinochet publicó en *La Opinión,* periódico cercano al PN: "la riqueza de un país debe de estar en manos de nacionales"[648]. Esto significaba nada menos que el fin de la "venta de la nación", la nacionalización de las riquezas mineras y la protección de la industria chilena, que la SOFOFA venía solicitando hacía tiempo[649].

[647] "A donde va el fierro chileno", en *La Opinión*, Santiago, 13 de agosto de 1915, p. 1; Nicanor Allende Navarro, "La exportación de las primeras materias", en *La Nación*, Santiago, 18 de marzo de 1928, p. 3; Valdivia, *op. cit*., pp. 159-160 y 163; Philip J. Houseman, *Chilean Nationalism, 1920-1951*, pp. 92-96.

[648] "La riqueza de un país", *La Opinión*, Santiago, 20 de abril de 1915, p. 3. Véase también otro cofundador del PN: Guillermo Subercaseaux, *Historia de las doctrinas económicas en América y en especial en Chile*, p. 109.

[649] Santiago Marín Vicuña, "La nacionalización de la minería", pp. 577-579; Keller R., *La eterna..., op. cit*., p. 219; Macchiavello Varas, *Política..., op. cit*., tomo 1, pp. 184-185 y 309-310; Guillermo Subercaseaux, "Defendemos la economía nacional", pp. 675-676.

Irónicamente, se citaba a Estados Unidos como modelo de este pensamiento económico, pues su grandioso éxito era atribuido a su credo nacionalista[650].

Con el golpe militar de septiembre de 1924, la realización de las demandas nacionalistas pareció cercana. Una de las primeras medidas de los golpistas fue la imposición de la nueva legislación laboral que había sido presentada por Arturo Alessandri Palma al Congreso y discutida larga e infructuosamente. Ésta concordaba con los intereses nacionalistas, en la medida que, entre otras cosas, reducía el poder de las empresas en los enclaves mineros[651]. Desde el punto de vista de los estadounidenses, en cambio, las nuevas leyes representaban una amenaza. La embajada informó con preocupación, en julio de 1925, que todas las empresas estaban afectadas por las mejoras en la protección del empleo, la fijación de una cuota mínima de empleados y trabajadores chilenos dentro de las empresas extranjeras y la obligatoriedad tanto del pago de cotizaciones en las cajas previsionales y de ahorro como de repartición forzosa de una parte de las ganancias netas entre los trabajadores. Asimismo, fueron elevados los impuestos a la renta y los derechos de internación, y promulgadas medidas proteccionistas para la marina mercante chilena[652]. A juicio de algunos observadores, la nueva legislación chilena se originaba en una "filosofía socialista", por lo que fue calificada como una "amenaza de todos los intereses empresariales, pero por sobre todo de los extranjeros"[653].

Si estas medidas ya eran dolorosas, la verdad es que luego de que Carlos Ibáñez asumió en forma definitiva el poder, el potencial de conflictos siguió aumentando. Ya en 1927 se hablaba de aplicar aranceles especiales a las mercancías que se importaran a bordo de naves extranjeras y un año más tarde se ordenó nacionalizar el petróleo que fuese descubierto en territorio nacional[654]. La pregunta en torno a la tributación de los extranjeros adquirió interés central. Desde 1920 se debatía intensamente en el Congreso en torno al aumento de los bajísimos impuestos que pagaban las empresas extranjeras en el país, en parte menores que las tasas que regían para las compañías chilenas. Sus defensores afirmaban que, con esta medida, la nación podría participar finalmente de las enormes ganancias de la Gran Minería. Luego del golpe militar de 1924/25 fue aplicado, por primera vez, un impuesto a la renta del 6%[655]. Cuando se

[650] Keller R., *La eterna..., op. cit.*, pp. 105 y 163; Macchiavello Varas, *Política..., op. cit.*, tomo 1, pp. 100-104; Molina, *Por las dos..., op. cit.*, p. 165, Bañados, *op. cit.*, p. 28.

[651] Una buena discusión sobre la legislación se encuentra en Diana Veneros, "Evolución de la legislación laboral en Chile hasta 1924", pp. 22-62; Nohlen, *op. cit.,* pp. 101-140.

[652] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 10 de julio de 1925, en 825.044/4, RG 59, NA; Embajada de Chile al MRE, Washington, 8 de octubre de 1927, en AMRE, 1092; Remmer, *op. cit.*, pp. 146-152; Houseman, *Chilean..., op. cit.*, pp. 104 y 119-121.

[653] Phelps, *op. cit.*, pp. 224-225.

[654] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 10 de septiembre de 1927, en 825.00/531, RG 59, NA; Thomas F. O'Brien, *The Revolutionary..., op. cit.*, p. 184; Monteón, *Chile in..., op. cit.*, p. 167.

[655] "Deficiencia de los impuestos a los capitales extranjeros", Chile, Congreso, Cámara de Senadores, *Boletín de sesiones extraordinarias*, Santiago, 3 de agosto de 1921, pp. 850-852; Macchia-

decretó elevar este impuesto en 1927, las empresas más afectadas reclamaron por lo que consideraban una medida discriminatoria. El magnate de la minería, William Braden, vino personalmente a Chile para discutir el tema con Carlos Ibáñez y con su ministro de Hacienda, Pablo Ramírez, y para amenazar con los negativos efectos que, una medida de ese tipo, tendría sobre la posición de Chile en el mercado de capitales de Nueva York. Sin embargo, esta estrategia fue contraproducente, pues el gobierno no estaba dispuesto a ceder en esta cuestión, emocionalmente cargada por su propia retórica nacionalista. Pablo Ramírez encontró gran aprobación cuando, con argumentos nacionalistas, defendió públicamente la legislación. William Braden partió sin lograr su objetivo. Y, aunque su filial chilena debió pagar los impuestos, los préstamos en dólares siguieron llegando a Chile[656].

En general, el gobierno de Carlos Ibáñez no logró imponer libremente su proyecto nacionalista. Esto se mostró, por ejemplo, en la aeronáutica, un área altamente tecnológica y especialmente sensible por sus implicaciones militares. En octubre de 1930, la Curtiss Wright Corporation obtuvo la concesión para construir una fábrica de aviones en Chile, la cual contemplaba que el 70% de los empleados fuesen chilenos. Curtiss Wright debía formar en su matriz en Estados Unidos a una cierta cantidad de ingenieros en aeronáutica y de pilotos chilenos para que, más adelante, impulsasen la industria aeronáutica en el país[657]. Es decir, la aeronáutica debía permanecer en manos chilenas. Por ello, nacionalistas como el pionero comodoro Arturo Merino Benítez exigían la mantención del monopolio estatal del tráfico aéreo. Así, los esfuerzos de PANAGRA por lograr una concesión de sobrevuelo y aterrizaje que conectase a Chile a su planeado servicio aéreo latinoamericano llegaron a un punto muerto. Si bien hasta el final del régimen de Carlos Ibáñez no se encontró una solución formal a este problema, se hizo evidente que los chilenos deberían acoger la oferta de la aerolínea estadounidense para lograr ser incorporados al nuevo tráfico aéreo mundial. De esta forma, consideraciones pragmáticas les colocaban límites a las demandas nacionalista extremas[658].

Otros factores que obstaculizaron la consecución del proyecto nacionalista fueron la presión diplomática estadounidense y la influencia de sus aliados chilenos. Un ejemplo de esto fue el debate que se dio en 1927 en torno a la

---

vello Varas, *El problema..., op. cit*., p. 116; "El trust del cobre", en *La Nación*, Santiago, 16 y 27 de noviembre de 1926, p. 3; Klubock, *op. cit*., p. 30. En los debates parlamentarios hubo frecuentes expresiones antisemitas en contra del "judío americano Guggenheim": Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 13 de octubre de 1928, en 825.5123/27, RG 59, NA.

[656] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 13 de octubre de 1928, en 825.5123/27, RG 59, NA.

[657] "Aviación en EE.UU.", en *El Mercurio*, Santiago, 6 de abril de 1930, p. 5; Phelps, *op. cit*., p. 85.

[658] Arturo Merino Benítez, "La concesión a la Pan American Grace Airways", p. 9; Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 21 de diciembre de 1928, 22 de marzo y 28 de abril de 1930, en 825.796/32, /58 y /61, RG 59, NA.

implantación de medidas proteccionistas para la minería del carbón chilena. Un arancel prohibitivo a la internación de combustibles pretendía forzar a la Gran Minería a utilizar del carbón chileno. Los yanquis iniciaron un *lobby* en contra de esta medida, respaldado por su embajada, y convencieron al embajador Carlos Dávila de actuar a su favor. En 1928 lograron que el proyecto fuese aplazado[659]. El embajador de Estados Unidos también consiguió importantes modificaciones respecto de la ley que decretó convertir todas las compañías de seguros que operaban en el país en sociedades, regidas por el derecho chileno[660]. Más trascendentales aún fueron las intervenciones de la diplomacia en el caso de Singer. Hacía tiempo la empresa era blanco de críticas nacionalistas por la presunta usura que practicaba a través de sus planes de pago a plazo. De hecho, desde 1927 había en Chile más de quinientas causas en contra de Singer. Los demandantes eran en general clientes pobres, a quienes se les había quitado sus máquinas de coser a causa del atraso del pago de una cuota. El gobierno chileno aprobó en noviembre de 1927 una ley que prohibía el pago a plazo. Sin embargo, la presión de la embajada y de las empresas interesadas –junto a Singer se encontraban los fabricantes de automóviles Ford y Lincoln– tuvo como resultado que la ley fuese derogada en 1929[661].

A pesar de los éxitos que conseguía la diplomacia estadounidense al oponerse a las leyes proteccionistas, dada la especial sensibilidad chilena, la ingerencia oficial en estos asuntos fue una excepción. El caso Braden había mostrado que una actuación demasiado arrogante podía ser contraproducente. Debido a la fuerza del discurso nacionalista, a las empresas les pareció más seguro confiar en sus lobbistas, abogados y representantes chilenos, quienes tenían llegada directa al gobierno[662]. Mediante el decreto ley Nº 4791, de enero de 1930, se obligó a todas las empresas extranjeras convertirse en sociedades chilenas. Sin embargo, se trató simplemente de una medida cosmética, pues con ella sólo aumentó el número de integrantes chilenos dentro de los directorios de las, a partir de entonces, filiales chilenas de los consorcios extranjeros. Algunas empresas, como las compañías de seguros, simplemente compraron sus competidoras chilenas y siguieron operando bajo el nombre de éstas[663]. En

[659] Embajada de Chile a MRE, Washington, 8 de octubre de 1927, en AMRE, 1092; "Intereses norteamericanos en Chile", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 1 de diciembre de 1927), p. 3; Monteón, *Chile in..., op. cit*., p. 169; Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 13 de octubre y 10 de noviembre de 1928, en 825.5123/27 y 825.6362/50, RG 59, NA.

[660] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 29 de noviembre de 1927 y 4 de octubre de 1929, en 825.506/22 y 625.111/4, RG 59, NA.

[661] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 29 de noviembre de 1927, 825.5161/3, RG 59, NA.

[662] Embajador Culbertson a Senador William Borah, Santiago, 14 de enero de 1929, Box 60, William S. Culbertson Papers, LC. Respecto del contexto de la posición de la diplomacia frente al nacionalismo económico: Michael L. Krenn, *United States Policy toward Economic Nationalism in Latin America, 1917-1929*, pp. 37-50.

[663] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 4 de octubre de 1929, en 625.111/4, RG 59, NA.

ambos casos, la ambicionada "chilenización" fue sólo superficial. El embajador de Estados Unidos declaró acertadamente en 1931: "...when a foreign company organizes itself as a Chilean entity... a sugar coating is applied to the bitter pill of foreign exploitation"[664].

La opinión pública chilena nacionalista en ningún caso se dejaba engañar por esta capa azucarada. A su juicio, especialmente la Gran Minería y los fabricantes de automóviles como Ford seguían siendo básicamente empresas yanquis explotadoras. Los consorcios estadounidenses intentaban mejorar su mala imagen por medio de una campaña publicitaria de gran estilo. A través de grandes avisos publicados en la prensa escrita promovían la idea de que sus actividades iban en interés del país, puesto que traían capital, creaban empleos y reinvertían aquí gran parte de sus ganancias. Ford se esforzó por aparecer como una empresa completamente chilena y mostraba, con fines publicitarios, que el componente chileno de sus empleados y la utilización de piezas fabricadas en Chile estaban muy por sobre la media de las empresas extranjeras[665]. La ilustración de la página siguiente muestra un típico anuncio, en el que Anaconda señala los positivos efectos de sus actividades en Chile: junto al crecimiento del bienestar nacional, la empresa acentuaba su contribución al aumento de prestaciones sociales, tales como construcción de hospitales, colegios y casas habitación. Con esto se presentaba a sí misma como una leal colaboradora de Chile en la explotación del cobre.

Entidades gubernamentales estadounidenses aplaudían medidas de este tipo, pues buscaban bajar la presión nacionalista[666]. A su juicio, la mejor estrategia para impedir reacciones antiestadounidenses era una conducta empresarial honesta y justa hacia a los clientes chilenos. La empresa telefónica ITT –que en enero de 1930 obtuvo su concesión con la obligación de ocupar empleados chilenos en el 80% de sus puestos de trabajo, reinvertir al menos el 90% de sus ganancias netas y ceder al gobierno el derecho de propuesta de tres integrantes del directorio– fue considerada ejemplar[667].

Gracias a la campaña de imagen y a los valores récord que alcanzaron los préstamos en dólares, las empresas pudieron respirar tranquilamente en

[664] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 13 de mayo de 1931, en 825.00/General Conditions/26.

[665] "Los puntos capitales...", en *El Mercurio*, Santiago, 18 de febrero de 1927, p. 3. Sobre los avisos de Ford, véase *El Mercurio*, Santiago, 1 de marzo de 1928, p. 15; "Las actividades de la Ford Motor Co.", en *BSFF*, Nº 48, Santiago, 1931, pp. 486-487. Véase también "Operaciones en Chile de la Anaconda Copper Mining Company", en *La Nación*, Santiago, 4 de julio de 1929), p. 7; y "Chuquicamata", en *Zig-Zag*, Santiago, 8 de octubre de 1927. Junto a la campaña de prensa, las empresas hicieron donaciones destinadas a proyectos académicos, aeronáutica civil y Carabineros. Véase, por ejemplo, Fuenzalida Grandón, "El trabajo... [parte 1]", *op. cit.*, p. 318.

[666] Department of Commerce, Division of Latin American Affairs, a Standard Oil Co., Washington, 19 de septiembre de 1929, en 417/1, Trade Promotion, RG 151, NA.

[667] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 27 de enero y 30 de julio de 1930, en 825.75 ITT/2 y /3, RG 59, NA.

# COBRE CHILENO

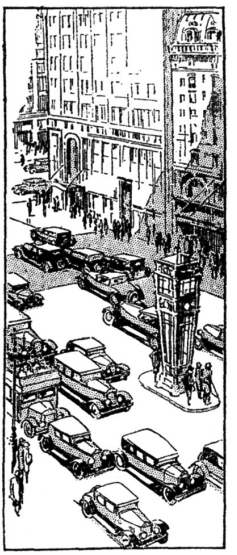
## *en todos los caminos del mundo*

EN la fabricación de todo automóvil entran de 14 a 272 kilos de cobre. El total representado por los millones de automóviles que recorren las carreteras de todo el mundo es estupendo.

Y gran parte de este cobre viene de Chile. Se extrae y se produce cobre por la industria del país en las instalaciones de la Chile Exploration Company y la Andes Copper Mining Company, que son divisiones de la Anaconda Copper Mining Company.

Chile se beneficia grandemente con esa producción de cobre; la prosperidad nacional se mantiene a un alto nivel y muchos millares de sus ciudadanos disfrutan de empleo permanente en las minas y demás faenas.

Hay mas todavía: La empresa Anaconda ayuda a proveer hospitales, escuelas, habitaciones y toda clase de comodidades modernas para sus empleados. En una palabra, coopera con la nación chilena por todos los medios posibles para proporcionar al país el beneficio máximo de sus grandes depósitos de cobre.



*Los sistemas de arranque, ignición y alumbrado para automóviles, radiadores, cojinetes y tubería, todos requieren cobre.*

MINAS E INSTALACIONES EN CHILE

CHILE EXPLORATION COMPANY
Chuquicamata, Chile

ANDES COPPER MINING COMPANY
Potrerillos, Chile

ANACONDA COPPER MINING COMPANY

ANACONDA
De la Mina al Consumidor
Marca Registrada

Antofagasta Valparaiso Santiago Tocopilla Barquito

Consorcios como Anaconda Copper Mining Co. se esforzaban por cambiar su mala imagen ante la opinión pública chilena. Fuente: "Cobre chileno", en *El Mercurio*, Santiago, 13 de mayo de 1928, p. 14.

1929. Claro que por un corto tiempo. Algunas de las leyes nacionalistas más peligrosas para sus intereses habían sido suspendidas o diluidas; los resultados comerciales de firmas como Singer fueron excelentes y el Congreso aprobó en 1930 una nueva concesión para American & Foreign Power Co. El contrato adjudicaba a la empresa un monopolio por noventa años para el suministro de energía eléctrica en Santiago y Valparaíso, y de la explotación de los tranvías

eléctricos de la capital. Disposiciones especiales liberaron a la AFP del pago de prácticamente todos los impuestos. El Estado chileno se obligaba a comprar la propiedad de la empresa al término del plazo de la concesión[668].

Lo que a la empresa debió parecerle inicialmente una ganga, rápidamente demostró sus efectos adversos. La publicación de los términos de la concesión detonó una ola de indignación en la opinión pública chilena. El presidente Carlos Ibáñez rechazó ratificarla y, en una carta al director, publicada en *La Unión,* calificó el contrato como "indigno de una nación civilizada"[669]. El 10 de febrero, el oficialista diario *La Nación* expuso la versión oficial del dictador[670]. La crítica se centraba principalmente en la duración del monopolio, pues Chile quedaba entregado por generaciones al arbitrio de la empresa estadounidense. También parecían irritantes la disposición que estipulaba la adquisición de las instalaciones luego del término del contrato y las exenciones tributarias. Como una forma de avivar el descontento, se echó mano de viejos prejuicios, tales como el del yanqui hábil para los negocios y usurero[671].

Pero, ¿cómo pudo una concesión de este tipo ser aprobada por el obediente Congreso? Según la fraseología oficial, éste era un claro caso de corrupción. Carlos Ibáñez aprovechó la ocasión para mostrarse frente a la opinión pública nacionalista como un hombre fuerte, que exigía, sin piedad, rendir cuentas a los responsables. Sin embargo, la embajada de Estados Unidos pudo comprobar extraoficialmente que el municipio de Valparaíso había coordinado la oposición a la concesión para lograr imponer así la construcción de una central de electricidad municipal. Carlos Ibáñez había accedido a esto para deshacerse así de algunos críticos en el Congreso, ahora culpabilizados del asunto. Es decir, se habían puesto en marcha sentimientos nacionalistas como una vía para imponer intereses particulares. La AFP se vio cazada en una red de intrigas dentro de la cual había entrado no sin una cuota de culpa. El embajador constató retrospectivamente:

> "...the American company drove a hard bargain and time may reveal that the repudiation of this bargain by Ibáñez, not only served to protect the Chilean public, but avoided complications which would have affected adversely our business and possibly our political position in Chile"[672].

[668] Embajada de Chile a Secretary of State, Santiago, 4 de octubre de 1929, en 625.111/4, RG 59, NA.

[669] Agregado militar de Estados Unidos, Report Nº 391, Santiago, 10 de febrero de 1930, en 2347-O-35, MID, RG 165, NA.

[670] "El contrato de servicios eléctricos", en *La Nación*, Santiago, 10 de febrero de 1930, p. 3.

[671] Alfredo Irarrázaval Zañartu, "Política norteamericana", p. 3; Departament of State, Division of Latin-American Affairs, Memorandum, Washington, 19 de septiembre de 1930, en 825.6463-Electric Bond & Share Co./21, RG 59, NA.

[672] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 26 de mayo de 1930, en 825.6463-Electric Bond & Share Co./28, RG 59, NA.

Luego de negociaciones entre la gerencia de la empresa, representantes de la embajada y el gobierno de Chile, en mayo de 1931 se llegó a un arreglo según el cual se mantenía la posición monopólica de la empresa eléctrica. Los beneficios de este acuerdo no convencieron, sin embargo, a la opinión pública chilena nacionalista. Un año más tarde, la concesión de la AFP se convirtió en un argumento importante durante el levantamiento en contra de Carlos Ibáñez. Tampoco la empresa mantendría por mucho tiempo su alegría por la concesión[673].

Los crecientes conflictos que se produjeron entre los años 1927 y 1930 entre el gobierno chileno y las empresas mostraron la fuerza del discurso nacionalista, del cual el régimen de Carlos Ibáñez se entendía como órgano ejecutivo, presentándose y promoviéndose como tal ante la opinión pública. Esta pretensión autoimpuesta era ciertamente elevada y llevó al dictador a toparse con sus propios límites. Para no poner en peligro su meta de crear un "Chile nuevo", seguiría necesitando generosos préstamos en dólares y el *know how* proveniente de Yanquilandia. Por ello, había que hacer concesiones a los estadounidenses y de diluir o postergar importantes proyectos de ley. Aun así, cada vez que se producían casos como el de la visita de William Braden o el de la concesión a la AFP, se apeló a sentimientos nacionalistas para imponer intereses particulares. Las expectativas generadas por este modo de operar se hicieron imposibles de contener en medio de la crisis económica.

### *El proteccionismo radical, 1931-1932*

Cuando en los años 1931/32 se hicieron perceptibles en Chile los efectos de la crisis financiera mundial y la buena estrella de Carlos Ibáñez fue menguando lentamente, la negociación con el mundo yanqui se transformó en una dimensión central. Si bien había sido denunciada como parte del debate sobre el imperialismo, en ese momento adquirió una cualidad nueva. En medio de las caóticas condiciones de la política interna chilena de los años 1931/32, la norteamericanización fue entendida como el origen de la catástrofe, por lo que debía ser combatida con todos los medios.

Dado que el destino del país estaba estrechamente unido al desarrollo de la economía mundial, y principalmente al de Estados Unidos, en Chile fueron comentados tempranamente los primeros anuncios de la catástrofe. Gracias a las agencias internacionales, las noticias sobre la caída de las bolsas llegaron con velocidad a Santiago y permitieron a algunos comentaristas hablar de una tragedia, mientras que otros aplaudían con algo de autocomplacencia, el des-

[673] Departament of State, Division of Latin-American Affairs, Memorandum, Washington, 19 de septiembre de 1930, en 825.6463-Electric Bond & Share Co./21, RG 59, NA; Thomas F. O'Brien, *The Revolutionary..., op. cit.*, p. 185.

plome de la "moderna torre de Babel"[674]. Recién después de que se manifestó con claridad toda la violencia del colapso económico, y cuando se constató que el Tío Sam podía sufrir "sed y hambre", comenzó una reflexión seria sobre las causas y efectos de la crisis[675]. Una vez que éstos se hicieron visibles también en Chile y que el país fue considerado en las estadísticas de la Liga de las Naciones como el más afectado por la crisis, numerosos comentaristas buscaron la culpa de ello en la desmesurada soberbia económica de Estados Unidos. Esta reflexión parecía oportuna no sólo para explicar la crisis sino, también, para desviar el descontento respecto de la figura del dictador Carlos Ibáñez, cuya legitimidad política descansaba sobre su capacidad de realizar grandilocuentes promesas de modernización. Mientras más profunda se hacía la crisis, Estados Unidos perdía más claramente su carácter de modelo económico ante la opinión pública[676].

En comparación con lo que se vivía en muchos otros países, durante 1930 la situación en Chile era aún relativamente buena, ya que todavía podía vivir de los préstamos internacionales obtenidos en años anteriores. Pero ya a principios del siguiente año, los indicadores económicos cayeron rápidamente a niveles de crisis. Las exportaciones se desplomaron, la producción agrícola retrocedió y las inversiones públicas debieron ser suspendidas. A cambio, aumentaron en forma imparable los índices de inflación y de cesantía. En un acto simbólico, en enero de 1931, Carlos Ibáñez recibió poderes dictatoriales extraordinarios para terminar con la crisis. En mayo impuso nuevos impuestos y redujo los sueldos de los empleados fiscales, incluyendo los de los militares. Pese a estas medidas, fue necesario suspender, oficialmente, el pago de la deuda externa a partir de julio. Con todo no fue posible detener la agudización de la crisis, ni tampoco disipar el descontento de la población. Manifestaciones de todas las clases sociales hicieron caer el régimen a fines de julio de 1931. Carlos Ibáñez debió partir al exilio[677]. Sin embargo, la alegría por el fin de la dictadura duró poco, pues, tal como constató la embajada de Estados Unidos en un informe de noviembre de 1931 con el sugerente título "Chile's Capacity to Pay", había pocas esperanzas de recuperación, dado el desplome de los mercados mundiales del cobre y del salitre[678].

[674] "La semana internacional", en *La Unión*, Santiago, 4 de noviembre de 1929, p. 3. Véase también "La Bolsa cruje", en *La Nación*, Santiago, 26 de octubre de 1929, p. 3; "La tragedia de Nueva York", en *El Mercurio*, Santiago, 30 de octubre de 1929, p. 3.

[675] Paul Morand, "El Tío Sam tiene sed y hambre", pp. 126-137.

[676] "La repercusión en Chile", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 30 de octubre de 1929, p. 1; "El movimiento bursátil", en *La Unión*, Valparaíso, 31 de octubre de 1929, p. 3.

[677] Eduardo Ortiz, *La Gran Depresión y su impacto en Chile, 1929-1933*; Monteón, *Chile and..., op. cit.*, pp. 42-79; Gabriel Palma, "From an Export-led to an Import-substituting Economy: Chile 1914-1939", pp. 50-80.

[678] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 27 de noviembre de 1931, 825.51/473, RG 59, NA.

En Chile, esta situación sin salida provocó, entre otras cosas, el aumento del pesimismo cultural y la xenofobia. El economista Carlos Keller comentó acertadamente: "La crisis económica ha permitido que surja entre nosotros una animadversión contra los extranjeros, cierto espíritu boxer"[679]. Este "espíritu boxer" se reflejó ante todo en un proteccionismo radical, que en ningún caso era una vía exclusivamente chilena, pero que provocó nuevas controversias con los yanquis. La meta de la nueva política económica, en eso estaban de acuerdo todos los observadores, era cortar el cordón umbilical con los estadounidenses, lograr la autarquía, para que no pudiese repetirse una crisis de esa magnitud. Un primer paso en esta dirección fue la campaña publicitaria que se realizó en el ámbito nacional para estimular la compra de productos chilenos. Irónicamente, en ella participó la Cía. Chilena de Electricidad, filial chilena de la controvertida AFP (véase ilustración en página siguiente). También fue intensamente debatida la idea de crear una unión aduanera latinoamericana, como respuesta a la dictación de la ley Smoot-Hawley en Estados Unidos, que imponía exorbitantes barreras arancelarias. El proteccionismo estadounidense fue interpretado como un egoísmo inmoral y despertó fuertes reacciones no sólo en Chile[680].

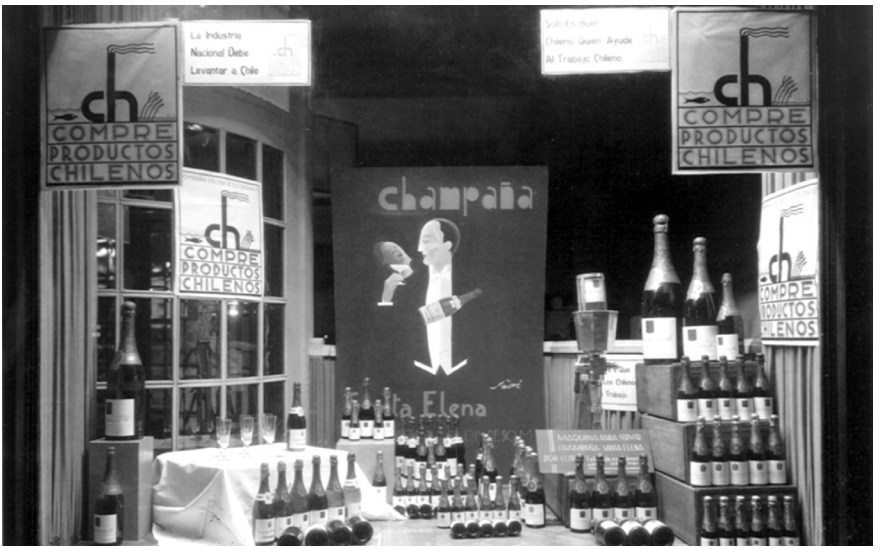
Tanto el proyecto de unión aduanera, dirigido en contra de Estados Unidos, como la campaña nacional a favor del consumo de productos chilenos fracasaron por el caos político que detonó la crisis en varios países de la región. Chile no fue una excepción. Cuando el embajador de Estados Unidos comentó sarcásticamente en septiembre de 1932 que la "inestabilidad se había estabilizado en Chile", el país, en efecto, había vivido una serie de golpes de Estado y de contragolpes realizados por los militares[681]. Entre julio y diciembre de 1931 se sucedieron cuatro gobiernos de transición, antes de que Juan Esteban Montero Rodríguez fuese elegido como Presidente. Su gobierno resistió sólo unos pocos meses la presión de la crisis, hasta que el 4 de junio de 1932 fue derrocado. El mismo día se estableció la breve República Socialista, gobernada por civiles y militares. El último de estos gobiernos "socialistas" fue liderado

[679] Carlos Keller R., *Un país al garete: contribución a la seismología social de Chile*, p. 82.

[680] Keller R., *La eterna..., op. cit*., p. 163; "Nacionalismo", en *El Obrero*, La Serena, 27 de diciembre de 1930; "Compremos productos chilenos", en *El Obrero*, La Serena, 27 de junio de 1931; "En Chile...", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 13 de abril de 1932, p. 7. Sobre el proyecto de unión aduanera: "Nacionalismos", en *El Mercurio*, Santiago, 14 de noviembre de 1930, p. 3; "El proyecto Planet", en *Zig-Zag*, Santiago, 20 de junio de 1931, pp. 49-51; Manuel Collarte, "Unión aduanera sudamericana", p. 5; "La unión aduanera", en *El Industrial*, Antofagasta, 4 de mayo de 1932, p. 3; "Unión aduanera", en *La Unión*, Valparaíso, 12 de junio de 1932, p. 3. Sobre la crítica al proteccionismo: "EE.UU. y América Latina", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 16 de abril de 1932, p. 3; "Impuesto al cobre en EE.UU.", Chile, Congreso, Cámara de Senadores, *Boletín de sesiones ordinarias*, Santiago, 24 de mayo de 1932, pp. 34-36.

[681] Embajador de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 21 de septiembre de 1932, en 825.00 Revolutions/208, RG 59, NA.

por el otrora embajador Carlos Dávila. La República Socialista concluyó en septiembre de ese año, cuando fuerzas militares opositoras lo derrocaron[682].




Publicidad nacional de la Cía. Chilena de Electricidad. Empresas de todo tipo, incluso la controvertida filial de AFP, participaron de la campaña a favor del consumo de productos chilenos durante la crisis. Fuente: *Luces de modernidad*, p. 167.

En vista de esta caótica situación, cundió una sensación de desamparo. Desde luego, esto no significó un repliegue hacia la pasividad. Por el contrario, a pesar de las dislocaciones políticas o, más bien, debido a ellas, fueron encaminadas innumerables disposiciones y leyes nacionalistas que debían reforzar la economía chilena a costa de los intereses extranjeros, las que provocaron nuevos conflictos. Políticos chilenos, de todo el espectro partidario, pensaban que los yanquis, quienes durante mucho tiempo sustrajeron enormes ganancias de Chile, debían aguantar los malos tiempos junto a los chilenos. Un informe del embajador, de noviembre de 1932, entrega una buena sinopsis sobre los variados problemas a los que se enfrentaban en ese momento las empresas, a raíz de la crisis financiera mundial. A esto se agregaban el problema de la deuda externa impaga, el gravamen a las empresas cupríferas y a los servicios públicos, las tarifas de electricidad y telefonía, el monopolio del petróleo, la controversia en torno al precio de los combustibles, la aplicación de la legislación laboral y el creciente antinorteamericanismo[683]. ¿Cómo se llegó a la situación que describe esta larga lista?

[682] Una buena sinopsis, en Collier & Sater, *A History..., op cit*., pp. 221-226.

[683] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 28 de diciembre de 1932, en 711.25/75, RG 59, NA.

El punto más relevante era, sin duda, el de la deuda externa. El gobierno chileno defendió la suspensión de los pagos como una medida de emergencia indispensable, explicación que fue aceptada por el departamento de Estado en Washington. Los inversionistas, en cambio, se resistieron a tolerar la situación y crearon una comunidad de intereses en Santiago. Por otra parte, los principales acreedores –los bancos privados National City Bank, Grace, Guaranty Trust Co., Irving Trust y Kuhn, Loeb & Co.– procuraron obtener un trato preferencial. A pesar de todos sus esfuerzos, encontraban que la situación seguía siendo insatisfactoria, puesto que el gobierno chileno necesitaba cada peso disponible para financiar las importaciones más necesarias y los subsidios al desempleo[684].

Para los inversionistas directos la situación se configuró de un modo aún más problemático. El control de las divisas, reforzado en abril de 1932 con la instalación de una comisión de control independiente, impidió la transferencia de ganancias. Casi no había disponibilidad de divisas para la importación, por ejemplo, de piezas de repuesto. También en estos casos fracasaron los intentos por obtener un régimen especial. Por el contrario, a juicio de la embajada comisión discriminaba conscientemente a las empresas estadounidenses[685]. De la reforma a las leyes de protección a los trabajadores que Carlos Ibáñez impuso como respuesta a la presión popular, se derivaron problemas adicionales. Las nuevas disposiciones contemplaban la mediación estatal obligatoria en casos de conflicto y de la creación de sindicatos controlados. Con ello se estableció una base legal para la organización de los trabajadores. Así, por ejemplo, en los enclaves ya no era posible que los yanquis reprimiesen sin problemas las huelgas mediante despidos o con la ayuda de obsecuentes carabineros. Desde entonces, en caso de conflictos los empleadores debieron someterse a los nuevos tribunales del trabajo. Según la embajada de Estados Unidos, éstos accedían a las demandas de los "pobres trabajadores" en contra de los "imperialistas yanquis" por sobre la media. Empleados despedidos de firmas estadounidenses se organizaron en comunidades de intereses y reclamaron indemnizaciones. Recibieron el apoyo extraoficial del Ministerio del Trabajo. Para la empresa Singer, estas demandas inclinaron la balanza a favor de su decisión de abandonar definitivamente el país. Combinado esto con la caída del volumen de ventas, a causa de la crisis, y con las medidas proteccionistas que, por un lado, beneficiaban unilateralmente a la competencia chilena y, por otro, buscaban directamente la eliminación de las empresas extranjeras,

[684] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 13 de enero de 1932, en 825.51/489, RG 59, NA; Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 16 de noviembre de 1932, en 825.00 General Conditions/53, RG 59, NA. Sobre la política estadounidense: Seidel, *Progressive..., op. cit.*, pp. 612-613.

[685] Embajada de Chile a MRE, Washington, 23 de febrero de 1932, en AMRE, NN 2; Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 28 de diciembre de 1932, en 711.25/75, RG 59, NA.

se comprende que a muchas gerencias la situación les pareciera insostenible. Sobrevinieron quiebras y disoluciones de empresas[686].

El débil gobierno de Juan E. Montero procuró, entre 1931 y 1932, estabilizar su base de poder mediante medidas populistas en contra de los consorcios. Según los intereses estadounidenses, luego de Juan E. Montero la situación sería aún peor. El "Programa de acción económica inmediata" emprendido por la República Socialista en junio de 1932, debió parecer una declaración de guerra. Contemplaba la penalización de las empresas extranjeras que parasen sus negocios en época de crisis, exigía la confiscación de las cuentas bancarias y la revisión de todos los contratos y concesiones a extranjeros vigentes[687]. Si bien los efímeros gobiernos socialistas que se sucedieron, en definitiva, no hicieron efectivas estas medidas extremas, dictaron más de seiscientos decretos leyes que hicieron temblar a las empresas estadounidenses. Así, se impuso la conversión forzosa de los créditos externos en divisas, al devaluado peso. Se creó un instituto para el comercio exterior, en el cual debían participar, obligatoriamente, todos los exportadores e importadores. Aparte de esto, el Presidente recibió poderes extraordinarios para expropiar propiedades agrícolas e instalaciones industriales. Esto último representó una seria amenaza, por ejemplo, para las empresas petroleras estadounidenses, muy controvertidas a causa de los crecientes precios de los combustibles. Finalmente, las empresas sufrían, debido a las numerosas huelgas que se encendieron, una y otra vez, durante los críticos meses entre junio y septiembre[688].

Los comerciantes estadounidenses reaccionaron con nerviosismo ante la agudización del escenario que, en su opinión, era atribuible a la infiltración comunista[689]. En este caso, sin duda se alegraron por el apoyo irrestricto que les daba la embajada, la que consideraba esas resoluciones como violaciones al Derecho Internacional y a la, aún vigente, Constitución de 1925. Luego de ser nombrado presidente provisional el 8 de julio, Carlos Dávila revocó el decreto

[686] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 27 de julio y 28 de diciembre de 1932, en 825.504/88 y 711.25/75, RG 59, NA; Chile-American Association, Monthly Bulletin, agosto de 1932, en 825.00/762, RG 59, NA. Sobre los problemas de Ford-Chile durante la crisis, véase Wilkins & Hill, *op. cit*., pp. 243-244. Las medidas proteccionistas hicieron peligrar, por ejemplo, las empresas petroleras: Wilkins, "Multinational...", *op. cit*., pp. 442-443.

[687] Houseman, *Chilean..., op. cit*., pp. 147-149.

[688] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 7 de septiembre y 28 de diciembre de 1932, en 825.504/92 y 711.25/75, RG 59, NA.

[689] Committee on Inter-American Relations a Secretary of State, New York, 16 June 1932, in 825.00 Revolutions/119. Debido al temor por el ascenso del comunismo en Chile, el departamento de Estado encargó al consulado en 1932 un estudio sobre el tema. El informe concluía de manera realista con la constatación de que en 1917 el peligro comunista había sido exagerado por la elite conservadora como un fantasma para impedir transformaciones sociales. Cónsul general de Estados Unidos, "Communist Activities in Chile", Santiago, 15 de agosto de 1932, en 825.00B/35, RG 59, NA. Véase también, Departament of State, Division of Eastern European Affairs, "The Moscow-Directed Communist Movement in Chile", Washington, 27 June 1932, in 825.00B/41, RG 59, NA.

de la conversión forzosa y favoreció a Singer con una compensación por las cuotas impagas. Desde luego, estas medidas socavaron su débil posición en la opinión pública chilena. Tampoco contribuyeron al anhelado reconocimiento diplomático por parte de Estados Unidos. Recién después del derrocamiento de Carlos Dávila, en septiembre, y del reconocimiento oficial que garantizaba la propiedad privada, Washington volvió a reconocer un gobierno chileno. Cuando Arturo Alessandri Palma fue, nuevamente, elegido Presidente en 1932, la esperanza de que la situación para las empresas estadounidenses se distendiese todavía era reducida, pues el Jefe de Estado designado hablaba abiertamente de la posibilidad de una conversión forzosa de toda la deuda externa chilena. Durante la campaña llamó la atención por sus declaraciones antiestadounidenses[690].

El proteccionismo radical que se expresó en elevación de impuestos, leyes laborales, control de divisas y moratoria, dificultó la vida a las empresas entre los años 1931 y 1932. En parte se las hizo casi imposible. En vista de la caótica situación política interna, los débiles y fugaces gobiernos descansaban sobre medidas populistas. Dentro del crispado clima de crisis ser populista, y con ello políticamente exitoso, equivalía crecientemente a tomar partido contra las empresas estadounidenses que operaban en Chile.

### *"El mayor error cometido alguna vez por nuestro país": la COSACH*

Los problemas de las empresas estadounidenses quedaron en la sombra ante la escandalosa historia de la COSACH. En cierto modo, ésta –desde los preparativos iniciados en 1930 para crear una empresa que asociara al Estado y a particulares con el fin de rescatar el golpeado sector salitrero, hasta su disolución en 1933– se volvió un símbolo de la nueva cualidad de los encuentros chilenos con el yanqui. Por una parte, era el intento de imitar a los estadounidenses asociándose con ellos. Por otra, se convirtió en el mayor fracaso de los intentos de cooperación entre ambas partes.

Desde la década de 1920 aumentaba el ambiente de crisis en la economía del salitre a raíz de la creciente producción de abonos sintéticos. En vista de la dependencia chilena de las exportaciones salitreras y del hecho de que cerca de medio millón de chilenos vivía, directa o indirectamente, de este sector, la preocupación estaba plenamente justificada[691]. Recién en 1924 apareció un rayo

[690] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 28 de diciembre de 1932, en 711.25/75, RG 59, NA; "Los americanos cantan gloria", en *El Despertar del Proletariado*, Iquique, 9 de junio de 1932, p. 1. Sobre Carlos Dávila: Drake, *The Money..., op. cit.*, p. 120; Monteón, *Chile and..., op. cit.*, pp. 83-89; Chile-American Association, Monthly Bulletin, agosto de 1932, en 825.00/762, RG 59, NA. Sobre Arturo Alessandri P.: Fermandois, *Abismo..., op. cit.*, pp. 35-41.

[691] Macchiavello Varas, *Política..., op. cit.*, tomo 1, p. 303; Guillermo Viviani, "¿Cual es la verdadera causa?", p. 3.

de esperanza, cuando los Guggenheim revolucionaron la producción de salitre con sus modernos procedimientos. Pero luego de una corta fase de recuperación, el problema de la sobreproducción en el ámbito mundial mostró toda su dimensión en 1930. Por esto, el gobierno de Carlos Ibáñez promulgó una ley que reorganizaba de plano ese sector de la economía. Respondía así a una antigua demanda de los productores. Eliminaba los impuestos de exportación, de los que el Estado chileno había vivido por más de cincuenta años, y establecía la cooperación entre el Estado y los privados. La empresa salitrera que de ahí surgiría debía convertirse en la gran "medida para la racionalización", capaz de combatir la amenazante crisis financiera mundial[692]. Oficialmente la COSACH fue creada en marzo de 1931.

Tal como era de esperar, la posición dominante por parte de los privados fue asumida por el consorcio Guggenheim. Era el impulsor de la eliminación del impuesto de exportación y de la concentración de la economía del salitre. Ambas cosas habían sido encaminadas mediante la nueva ley. Los Guggenheim obtuvieron la mayoría de los asientos en el directorio. Para ello, la empresa pagó ochenta millones de dólares y se comprometió a entregar, a partir de 1933, el 50% de las ganancias de COSACH al Estado chileno[693]. Carlos Keller, en ese momento empleado del Instituto Nacional de Estadísticas, resumió en un libro, de 1931, la posición oficial en torno a la fundación de la COSACH. Acentuaba que la nueva empresa era el mayor consorcio de América Latina y que, a través de ella, por primera vez, un Estado intervenía los destinos económicos de un país en la región. Argumentaba que la cooperación con los Guggenheim era indispensable, ya que éstos disponían de los recursos financieros y del conocimiento necesarios. Según Carlos Keller, la COSACH era la base fundamental para la construcción de la industria química en Chile[694].

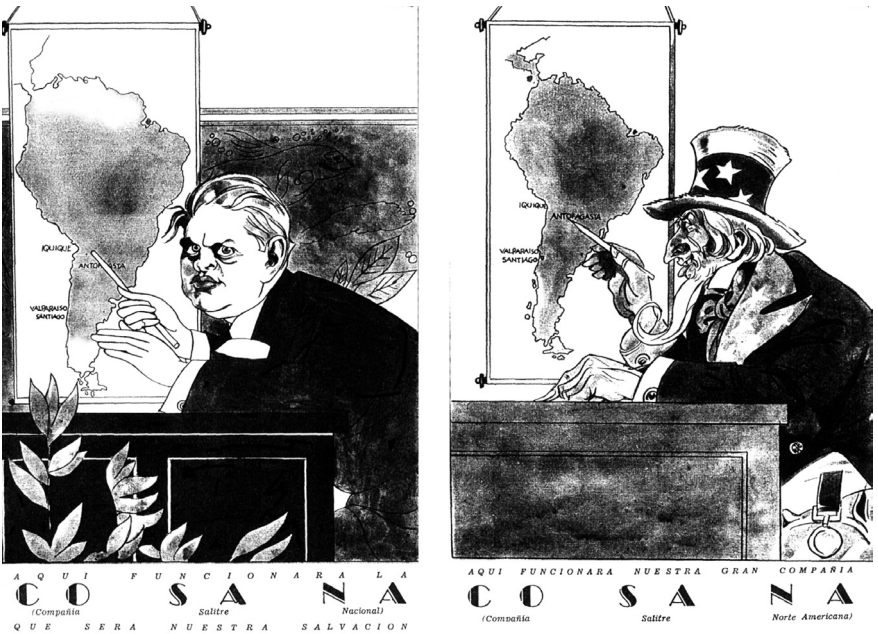
El número de quienes compartían el optimismo de Carlos Keller fue reducido desde la fundación de la COSACH y las negociaciones previas entre el gobierno y los Guggenheim fueron evaluadas con escepticismo por la opinión pública chilena. Aurelio Núñez Morgado, senador por el Partido Liberal, se ganó la fama de ser el crítico más agudo de los yanquis. Su principal crítica iba hacia la amenaza que significaba el consorcio estadounidense para los productores chilenos más pequeños (y más ineficientes). Para contener la crítica nacionalista, Carlos Ibáñez decidió continuar las negociaciones a puertas cerradas. Desde luego, cuando el resultado se hizo público, provocó encendidas

[692] United State-Departament of State, Division of Latin American Affairs, Memorandum, Washington, 1 de enero de 1931, en 825.6374/908, RG 59, NA. Sobre el término 'nacionalización', véase "Compañía Salitrera", Chile, Congreso, Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones ordinarias*, Santiago, 3 de junio de 1930, p. 164.

[693] "Cooperación de los industriales norteamericanos", en *La Nación*, Santiago, 30 de diciembre de 1928, p. 9; Seidel, *Progressive..., op. cit.*, pp. 389-390; Thomas F. O'Brien, *The Revolutionary..., op. cit.*, pp. 191-192; Monteón, *Chile in..., op. cit.*, pp. 170-173.

[694] Keller R., *La eterna..., op. cit.*, pp. 215-217.

reacciones en la –generalmente– dócil prensa[695]. La caricatura de mayo de 1931 aparecida en *Zig Zag* (véase ilustración) refleja la preocupación de que el Tío Sam pudiese convertir a la COSANA –nombre previsto inicialmente para la COSACH– en una "Compañía de Salitre de Norte América". La profecía que el embajador escribió en diciembre de 1930 ("COSACH significa más problemas para nosotros"), no era una exageración[696].




El salitre chileno y el Tío Sam. A pesar del aparato de represión del gobierno, la prensa chilena criticó los planes de creación de la COSACH. Fuente: "COSA NA", en *Zig-Zag*, Santiago, 17 de mayo de 1930.

Preocupaciones de este tipo estaban muy difundidas y motivaron a los críticos a exigir que la economía chilena del salitre quedase cien por ciento en manos nacionales. Cuando entre junio y julio el Congreso debatió el proyecto, el senador Aurelio Núñez previno sobre la posibilidad de una intervención militar estadounidense como la realizada en Nicaragua. El diputado radical Selim Carrasco Toledo expresó la opinión de numerosos colegas cuando se indignó por el hecho de que el Estado chileno debía pagar una elevada suma de dinero por patentes a una empresa que gozaba de la protección de la

[695] "Discusión general", en Chile, Congreso, Cámara de Senadores, *Boletín de sesiones extraordinarias*, Santiago, 11 de noviembre de 1929, pp. 229-240; Seidel, *Progressive..., op. cit.*, p. 393.

[696] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 19 de diciembre de 1930, en 825.6374/901, RG 59, NA.

legislación chilena[697]. Francisco Huneeus adhirió a la crítica en el conservador periódico *El Diario Ilustrado*, al igual que muchos eximios políticos exiliados por el régimen de Carlos Ibáñez, tales como Arturo Alessandri Palma. A raíz de esta discusión, Carlos Ibáñez acentuó su defensiva, recrudeciendo la censura y deportando a sus más intensos críticos, entre ellos Francisco Huneeus[698]. Simultáneamente comenzó una campaña de prensa en apoyo de la COSACH. De esta forma, el oficialista diario *La Nación,* preguntó en julio de 1930, a connotadas personalidades: "¿Sirve la COSACH al interés nacional?". En su mayoría los consultados respondieron afirmativamente –por razones evidentes–, aunque muchos hicieron ver que su creación sólo se justificaba por una situación de extrema necesidad[699].

A pesar de que el gobierno logró poner sordina a la crítica pública, quedó claro que la suerte política del dictador dependería del éxito de la COSACH. Sin embargo, la base de la empresa era todo menos que estable. Los productores más pequeños, que debían aportar sus instalaciones a la empresa, se hicieron indemnizar con sumas fantásticas. La anhelada recuperación del mercado del salitre, esperada para 1931, no se produjo. Asimismo, en Nueva York, los Guggenheim no consiguieron un préstamo para la COSACH. Cuando en julio de ese mismo año se desmembró el cártel internacional de los abonos, el dilema económico de la COSACH parecía insalvable. Las consecuencias sociales, de la creación de este consorcio, fueron extremadamente problemáticas. A raíz de las medidas de racionalización, diez mil trabajadores perdieron sus puestos de trabajo dentro de la economía del salitre. En total debieron emigrar cerca de ciento veinte mil personas desde las pampas salitreras del norte hacia la zona central del país. No sólo la afluencia generó problemas, también fue difícil soportar la pérdida de un importante mercado para los productos agrícolas chilenos y para los comerciantes minoristas. Ciudades como Iquique y Antofagasta se pauperizaron[700]. En vista de estas inclemencias, la población chilena no estaba dispuesta a aceptar las explicaciones económicas a los problemas. Carlos Ibáñez, que había apostado todo a la COSACH, lo había perdido todo.

Luego de la caída de Carlos Ibáñez y de la revocación de la censura, se desató una tormenta de indignación hacia la COSACH. Los legisladores crí-

[697] "Compañía de Salitre de Chile", en Chile, Congreso, Cámara de Senadores, *Boletín de sesiones ordinarias*, Santiago, 8-10 de julio de 1930, pp. 449-637; "Compañía de Salitre de Chile", en Chile, Congreso, Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones ordinarias*, Santiago, 23 de junio de 1930, pp. 438-444.

[698] Francisco Huneeus Gana, "La Compañía Chilena de Salitre y los intereses Guggenheim", p. 3. Sobre Arturo Alessandri P.: Monteón, *Chile in..., op. cit.*, p. 172. Sobre la reacción, véanse las memorias de Selim Carrasco luego de la caída de Carlos Ibáñez: "Compañía de Salitre de Chile", en Chile, Congreso, Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones ordinarias*, Santiago, 17 de agosto de 1931, p. 1441.

[699] "¿Sirve la COSACH el interés nacional?", en *La Nación*, Santiago, 2 y 11 de julio de 1930, p. 3; véase también, Macchiavello Varas, *Política..., op. cit.*, tomo 1, p. 292.

[700] Thomas F. O'Brien, *The Revolutionary..., op. cit.*, pp. 193-195.

ticos y los exiliados se sintieron apoyados y triunfantes. El refundado Partido Comunista acentuaba que, desde la clandestinidad, había sido el primero en protestar en contra de la empresa. Las debilidades de la COSACH fueron reveladas despiadadamente. Por cierto, la empresa fue considerada como la causa de la pérdida de los otrora seguros ingresos fiscales, de la ruina de la marina mercante chilena y de la enorme cesantía en el país[701]. A los ojos de los críticos, indudablemente Carlos Ibáñez era el principal responsable de la creación de la COSACH, aunque los yanquis también fueron duramente atacados, pues la opinión general decía que habían hecho todo para estafar a Chile[702]. Por ello, ocho días después del derrocamiento del dictador ya había sido designada una comisión investigadora, que en noviembre hizo público un dramático informe. La comisión reveló un pantano de corrupción en torno a la creación de la COSACH, en el cual estaban involucrados ministros como Pablo Ramírez, abogados estadounidenses y los ejecutivos de los Guggenheim. Carlos Ibáñez, quien había escapado al exilio, fue acusado de alta traición mientras la ira de la opinión pública chilena se dirigía en contra de sus colaboradores[703].

En vista de este estado de cosas no era sorprendente que la disolución de la COSACH se convirtiese en el tema político más importante de ese tiempo. Durante las campañas electorales de 1931/32 fue el asunto central. Especialmente Arturo Alessandri Palma supo sacar provecho de él[704]. También Juan E. Montero, que pudo imponerse sobre Arturo Alessandri Palma en el otoño de 1931, debió plegarse al sentimiento general. En realidad, era más fácil anunciar que llevar a cabo la disolución de la empresa. Por una parte, los bancos acreedores presionaron al gobierno de Juan E. Montero. Por otra, la COSACH representaba en ese momento el remanente de la otrora orgullosa economía salitrera chilena, así y todo daba trabajo a unos cuantos miles de personas y entregaba –si bien pocos– ingresos al Estado. En vista de la situación del mercado mundial, los pequeños productores chilenos estaban felices de haberse deshecho de sus empresas a precios favorables y en ningún caso querían recibirlas de vuelta[705]. A raíz de esta constelación de hechos, Juan E.

[701] "Compañía de Salitre de Chile", en Chile, Congreso, Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones ordinarias*, Santiago, 17 de agosto de 1931, pp. 1448-1449; Francisco Huneeus, "La COSACH y el interés nacional", p. 4. Sobre los comunistas: "El negociado de la COSACH", en *El Despertar del Pueblo*, Santiago, 25 de noviembre de 1931, p. 2.

[702] "La negociación de la COSACH ha sido mal concebida", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 4 de septiembre de 1931, p. 3; John Berkwood Hobsbawm, "La organización de la COSACH", p. 4.

[703] "La COSACH constituye el más grave atentado contra los intereses nacionales", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 8 de noviembre de 1931, pp. 1-2.

[704] Sobre los comunistas: "La COSACH y el régimen capitalista", en *El Despertar del Pueblo*, Santiago, 4 de noviembre de 1931, p. 2; y Francisco Rivas Vicuña, *Nacionalismo social: ecuaciones del sistema*, pp. 26-27. Sobre las campañas electorales: Houseman, *Chilean.., op. cit*., p. 135. La afirmación de Michael Monteón de que la COSACH no desempeñó un papel relevante en las elecciones, *Chile and..., op. cit*., p. 143, es engañosa.

[705] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 13 de noviembre de 1931, en 825.6374/946, RG 59, NA.

Montero vaciló. La opinión pública interpretó esto como condescendencia hacia los yanquis y lo condenó. Es esto lo que muestra una caricatura de Coke de diciembre de 1931, en la que los saludos navideños del Tío Sam a Juan E. Montero –"Merry Christmas and happy Cosach" en la traducción de Juan Verdejo, la figura que simbolizaba al pueblo chileno– no eran más que la amenaza de romperle la cabeza al Presidente en caso de que se atreviese a tocar la COSACH (véase ilustración).

Como tantas otras veces, Coke captó el estado de ánimo del pueblo chileno cuando expresó la impresión de que sólo el Tío Sam impedía la disolución de la COSACH. FUENTE: Coke, "¡Merry Christmas and happy Cosach!", en *Topaze*, Santiago, 23 de diciembre de 1931.

Mientras más se agudizaba la crisis en Chile, tanto más aumentaba la presión sobre el gobierno de Juan E. Montero. El 11 de enero de 1932 trabajadores y empleados llamaron a un paro general. Su demanda principal era la disolución de la COSACH y la nacionalización del salitre[706]. Dado que Juan E. Montero no cedió a estas exigencias, el descontento creció. Los golpistas de enero de 1932 legitimaron su proceder con la promesa de "liquidar sin demora" la COSACH. Nuevamente quedó todo en promesas vacías, pues, ante la falta de alternativas reales, el gobierno de Carlos Dávila también optó por mantener la empresa, lo que fue utilizado, otra vez, como argumento para el golpe de

[706] Thomas F. O'Brien, *The Revolutionary..., op. cit.*, p. 196.

septiembre[707]. Durante la campaña electoral presidencial de octubre de 1932, muy similar a la del año anterior, Arturo Alessandri Palma pudo imponerse por fin afirmando que la COSACH había sido "el mayor error cometido alguna vez por nuestro país"[708]. Al contrario de Juan E. Montero y de los "socialistas", Arturo Alessandri Palma, el político realista, cumplió su promesa. Mediante su primer decreto ley, la COSACH fue disuelta oficialmente en enero de 1933. Con esto, Arturo Alessandri Palma adquirió, a los ojos de muchos chilenos, la reputación de ser un político verdaderamente nacionalista[709].

La breve historia de la COSACH y la larga historia de su disolución muestran que, entre 1931 y 1933, se había profundizado el ya diagnosticado cambio en los encuentros con el yanqui. Para ganar las elecciones en esos años, era necesario expresarse con decisión en contra de ellos y, para mantenerse en el poder, había que demostrar mano firme contra los intereses económicos de los estadounidenses. El caso COSACH no sólo fue un clásico ejemplo de construcción de chivos expiatorios en épocas de crisis. Caldeó los ánimos, pues en definitiva evidenció ante la opinión pública los abyectos y corruptos métodos comerciales de los estadounidenses y la dimensión que podía alcanzar la presión diplomática de Washington. Con ello, el *affaire* COSACH contribuyó al afianzamiento de un antinorteamericanismo popular.

*La edificación del antinorteamericanismo*

Luego de la disolución de la COSACH, la crítica pública a los yanquis no se calmó. Ya se mostró cómo el antiimperialismo, casi siempre dirigido en contra de Estados Unidos, movilizó las emociones de la opinión pública a lo largo del decenio 1920 con motivo del ajusticiamiento de Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, de la intervención en Nicaragua y de las dramáticas revelaciones respecto de los enclaves estadounidenses en Chile. Extremistas de izquierda y de derecha utilizaron el antiimperialismo para sus fines de propaganda. Éste se convirtió en un elemento importante dentro del discurso nacionalista de la época. Las demandas por nacionalizar las riquezas mineras y por proteger la industria chilena eran también un ataque a los imperialistas extranjeros, en particular a los yanquis. Sin embargo, el imperialismo había sido endulzado, hasta entonces, por los préstamos en dólares. Por lo demás, un dictador nacionalista como Carlos Ibáñez no habría subsistido sin la cooperación de los yanquis.

[707] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 26 de enero y 9 de marzo de 1932, en 825.6374/962 y /968, RG 59, NA; Chile-American Association, Monthly Bulletin, julio y agosto de 1932, en 825.00/751 y /762, RG 59, NA; "Tres son los puntos...", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 11 de septiembre de 1932, p. 3.

[708] Citado en Houseman, *Chilean..., op. cit.*, p. 158.

[709] Fermandois, *Abismo..., op. cit.*, pp. 152-159; Monteón, *Chile and..., op. cit.,* pp. 144-145. La disolución de la COSACH, sin embargo, era en realidad un acuerdo mediante el cual el Estado mantenía el monopolio de la venta, y los privados asumían nuevamente la producción.

Cuando la crisis financiera mundial restó lo deslumbrante al modelo y agotó la fuente de dinero, el antiimperialismo se convirtió en antinorteamericanismo, sentimiento que marcó el siglo XX.

El embajador William S. Culbertson, en un largo informe fechado en octubre de 1929, advirtió con frustración a Washington:

> "We must consider, not the minority in Chile which thinks, but rather the great majority which feels. Imbedded in the emotions of this people is a deep-seated fear of the United States which harrasses our business men and complicates our diplomacy".

Según él, la raíz de este miedo estaba en la necedad de los chilenos:

> "The Chilean mind is like the country, narrow, crowded in between the vast Pacific and the almost impassable Cordillera. ...The average Chilean, we must recognize, still doubts whether real men live beyond the eternal snows of their mountains".

Esta equivocada comprensión del pueblo chileno hablaba más de los prejuicios y de la arrogancia del embajador que de las causas del problema. Sin embargo, en la descripción de las preocupaciones de los chilenos, William S. Culbertson no estaba tan errado. Las revoluciones, tras la caída de Carlos Ibáñez, muestran que había sido moderado[710].

Luego de que la censura fue levantada, las más diversas agrupaciones políticas e intereses particulares se valieron del popular tema del antinorteamericanismo. La organización estudiantil FECH publicó, el día de la caída de Carlos Ibáñez, el primer número del folletín *La Hora*, en el que, a los ataques al ex dictador se sumaban embestidas en contra de los "imperialistas yanquis". Otros órganos de prensa siguieron su ejemplo. La revista de sátira política *Topaze*, editada por Coke, luego de aparecer por primera vez en agosto de 1931, se convirtió en la más célebre y longeva. Revistas de este tipo sobrevivían a pesar de sus escasos ingresos por publicidad, aunque sin comprenderlo, reflejaban la frustración de la población chilena[711].

No sólo a causa de la COSACH sino, también, por la concesión a la AFP y la deuda externa, la ira popular se dirigió contra los estadounidenses[712]. To-

[710] Embajador de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 4 de octubre de 1929, en 625.111/4, RG 59, NA.

[711] Sobre *La Hora,* véase agregado militar de Estados Unidos a War Departament, Santiago, 30 de julio de 1931, en 825.911/23, RG 59, NA. Sobre *Topaze*: Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 1 de junio de 1932, en 825.00 General Conditions/42, RG 59, NA; Ralph H. Ackerman, agregado comercial de Estados Unidos, informe Nr. 75, 28 de diciembre de 1931, en Reports of Commercial Attachés, RG 151, NA.

[712] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 14 de agosto de 1931, en 825.00/681, RG 59, NA.

davía bajo Carlos Ibáñez, un joven nacionalista, por ejemplo, se lamentaba de que los préstamos "esclavizarían" a las siguientes generaciones de chilenos y de que, en definitiva, sólo los yanquis sacaban provecho de ellos, pues los productos comprados con ese dinero, las obras públicas ejecutadas por empresas estadounidenses y las nuevas líneas ferroviarias estaban destinadas a satisfacer las necesidades de la Gran Minería[713]. Tras el derrocamiento del dictador, fueron los comunistas los que en primer lugar exigieron expropiar a los yanquis y anular la deuda externa. Argumentaban que no se habría tratado de un gobierno constitucional y que los bancos ya habrían recibido elevados ingresos. La, opinaba que los chilenos no podían cargar solos con el peso de la deuda y que los acreedores debían estar dispuestos a reducirla[714]. Las demandas fueron aún más enfáticas después de que se conoció en Chile la investigación de la comisión del Senado estadounidense, sobre préstamos

América Latina y la deuda yanqui. Los caricaturistas miraban con cierta alegría, por el mal ajeno, las pérdidas que sufría el Tío Sam a causa de las moratorias. FUENTE: "Y va de pitanzas", en *Sucesos*, Santiago, 11 de febrero de 1932.

[713] Santelices, *op. cit*., pp. 153-161.

[714] "El gobierno de Ibáñez vendió el país", en *El Sol*, Santiago, 10 de agosto de 1931, pp. 1-2; "Manifiesto de la FOCh al proletariado chileno", en *Justicia*, Santiago, 15 de agosto de 1931, p. 1; Javier Gandarillas M., "La inversión de capitales extranjeros...", pp. 855-857.

internacionales, presidida por el senador Hiram Johnson. Las revelaciones de la Comisión Johnson confirmaron la impresión de que las prácticas de los banqueros eran completamente corruptas[715].

La crítica era presentada a las grandes audiencias de diferentes maneras. Por ejemplo, el *Teatro Septiembre* proyectaba en pantalla, antes de cada función, la siguiente consigna: "Nosotros no pagaremos los 4.500 millones que exigen los usureros yanquis del exdictador". En un volante volvía a asegurar a los espectadores que, "Nosotros no pagaremos la deuda yanqui"[716]. Por su parte, los caricaturistas adoptaron entusiastas el tema y denunciaron la explotación.

La Caperucita roja sudamericana y el lobo. El autorretrato de América Latina como una cándida joven frente al codicioso Tío Sam fue habitual en las caricaturas de Coke. FUENTE: "Caperucita roja", en *Topaze*, Santiago, 23 de marzo de 1932.

[715] Embajada de Chile a Secretary of State, Washington, 13 de enero de 1932, en 825.51/486, RG 59, NA. Sobre la reacción en Chile: "¿Diplomacia?", en *La Unión*, Valparaíso, 24 de enero de 1932, p. 3; "Empréstitos externos", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 26 de enero de 1932, p. 4; "Carta a Mr. Johnson", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 12 de febrero de 1932, p. 4; "Las declaraciones del senador Johnson", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 17 de marzo de 1932, p. 4; "Empréstitos latinoamericanos", en *El Mercurio*, Santiago, 25 de mayo de 1932, p. 3.

[716] Culbertson a Secretary of State, Santiago, 28 de agosto de 1931, Box 101, Culbertson Papers, LC; "La voracidad de los piratas...", en *El Despertar del Proletariado*, Iquique, 8 de diciembre de 1932, p. 1.

El caricaturista de *Sucesos*, por ejemplo, representó a América del Sur como un hombre que fumaba en su pipa los préstamos del Tío Sam después de que éste había disfrutado satisfecho de la pipa del imperialismo. Las caricaturas expresaban la alegría, por el mal ajeno, que sentía la opinión pública chilena frente a la impotencia del otrora superpoderoso vecino del Norte, y que ahora no tenía medios para oponerse a la moratoria declarada por los gobiernos latinoamericanos. La debilidad de América Latina se había convertido en fuerza.

La compensación simbólica de la propia debilidad mediante caricaturas era más atractiva cuanto más claro se veía que la dependencia hacia las empresas estadounidenses era una carga pesada, y ya no, como en el decenio 1920, una promesa. Carlos Keller, por ejemplo, comentaba, tras el derrocamiento de su patrón: "El interés de la nación consiste en producir salitre y cobre norteamericano, es decir, productos que se elaboren dentro del territorio nacional"[717]. Esta declaración de principios fue recogida por escritores satíricos y caricaturistas en diversas formas. Coke, en una caricatura de marzo de 1932, representó a Sudamérica como una cándida Caperucita roja que le ofrecía de buena fe sus riquezas al malvado Tío Sam, disfrazado de abuela. Ella no era capaz de algo más que preguntar: "abuelita, ¿por qué tienes dientes tan largos?" (véase ilustración en pagina anterior).

En la mayoría de los casos, la dependencia llevó a reflexiones en las que los chilenos se reían de sí mismos. Una sátira publicada en *Topaze* contaba acerca de un joven nacionalista cuyo plan de hacer un boicot personal contra Estados Unidos fracasó desde el inicio, porque en las mañanas debía usar el tranvía, propiedad de los yanquis, para ir al trabajo y cuando quería colocar sus pensamientos sobre el papel, debía usar una máquina de escribir Underwood. En *El Chopazo*, la ficticia "Crisis Explotation Co.", en alusión a la Chile Exploration Co., ofrecía al presidente Montero sus servicios para tomar el poder del gobierno[718]. Nuevamente fue Coke quien supo impregnar mejor que nadie el espíritu de la época en sus caricaturas. En alusión al cartel publicitario de la campaña a favor de la compra de productos chilenos (véase ilustración de la página 264), la caricatura de enero de 1932 tocó el sentimiento de la no deseada subordinación de los chilenos a los intereses estadounidenses. Éstos profitaban, incluso, de esa campaña nacionalista, ya que controlaban servicios públicos claves, tales como los tranvías y el suministro de telefonía, electricidad y combustibles (véase ilustración en página siguiente).

Según la mayoría de los chilenos, los yanquis no sólo eran en la práctica los dueños de Chile sino que había sido su comportamiento comercial el que había profundizado aún más la crisis. Las continuas alzas de los precios de las empresas de utilidad pública y de las compañías petroleras, controladas por

[717] Keller R., *Un país..., op. cit.*, p. 52.

[718] "Una jornada nacionalista", en *Topaze*, Santiago, 4 de noviembre de 1931; "Una gran compañía", en *El Chopazo*, Santiago, 17 de diciembre de 1931. Véase también, "Hay que extranjerizarse para salvar al país", en *El Chopazo*, Santiago, 26 de noviembre de 1931.

"Cómpreme productos chilenos". Variando el cartel publicitario nacionalista Coke expresó el sentimiento de angustia de que los yanquis controlasen Chile. FUENTE: Coke, "Cómpreme productos chilenos", en *Topaze*, Santiago, 6 de enero de 1932.

capitales estadounidenses, eran fuertemente resistidas. Debilitados ya por la crisis y la inflación, las alzas de los precios afectaban a los chilenos de todas las clases sociales. La controvertida AFP fue acusada de usura por las tarifas de electricidad, y la West India Oil Company responsabilizada por el aumento del precio en los pasajes del transporte público, como consecuencia del alza del costo de los combustibles[719].

[719] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 28 de diciembre de 1932, en 711.25/75, RG 59, NA; Thomas F. O'Brien, *The Revolutionary..., op. cit.*, pp. 198-199. Cuando la

Muchos clientes chilenos debieron separarse de los entrañablemente apreciados bienes de consumo que habían adquirido durante la época del *boom* de las compras a plazo. Muchos se habían endeudado más allá de sus posibilidades financieras. La cifra de particulares que se declararon en bancarrota alcanzó, en esos años, niveles hasta entonces desconocidos. Fue habitual que los vendedores estadounidenses y los agentes de la justicia fuesen responsabilizados de la miseria de los deudores. El cobro de las deudas impagas, por parte de empresas como Singer, fue extremadamente impopular e hizo que se desvaneciera la poca simpatía que aún quedaba por los yanquis. La tesis de que ellos "hacen pasar hambre a la clase trabajadora chilena", ganó credibilidad[720].

Los innumerables chilenos despedidos por decisión de algún ejecutivo yanqui eran los más directamente afectados por los métodos empresariales. Las empresas tenían, en general buenas razones para desligarse de ellos, exonerarlos, ya que los negocios iban mal. Claro que los trabajadores chilenos del salitre y de la minería del cobre que iban camino al sur para colocarse en la misma fila de cesantes de Singer, Sullivan Machinery o de Curtis Manufacturing, no eran receptivos a esos argumentos. Especialmente reprochable pareció la amenaza de las empresas de realizar despidos, como una forma de combatir determinadas medidas nacionalistas. También fue intensamente criticado que suprimiesen ciertas prestaciones sociales. La reavivada prensa comunista incluyó, en forma regular, reportajes sensacionalistas sobre la explotación de los trabajadores chilenos dentro de los enclaves. Pero gracias a la legislación laboral de 1931, los trabajadores chilenos ya no estaban completamente indefensos. Con frecuencia los antiguos empleados se organizaban y entablaban demandas ante los tribunales del trabajo para pedir indemnizaciones[721].

Algunos de los ataques contra los yanquis eran evidentemente infundados o exagerados. Pero, en el exacerbado clima antiestadounidense, nadie preguntaba por su veracidad. Por primera vez se llegó a acciones vandálicas en contra de empresas estadounidenses: vidrios de tranvías quebrados, comerciantes yanquis atropellados y agredidos en plena calle. Según la embajada, que observaba atentamente esta evolución, la policía chilena se mostraba poco dispuesta a actuar frente a los disturbios. Durante la República Socialista se agudizó aún más la situación. Las perspectivas de que ésta mejorase bajo el mandato del recién electo presidente Arturo Alessandri Palma eran bajas, en vista de sus

---

West India Oil anunció en abril de 1932 una nueva alza de los precios, el gobierno la amenazó con retirar la protección policial ante eventuales disturbios: Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 5 de abril y 28 de diciembre de 1932, en 825.6363/113 y 711.25/75, RG 59, NA.

[720] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 28 de diciembre de 1932, en 711.25/75, RG 59, NA; Consulado general de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 28 de noviembre de 1933, en 825.50/32, RG 59, NA.

[721] "Los yanquis de la COSACH...", en *El Despertar del Pueblo*, Santiago, 4 de noviembre de 1931, p. 8; "¿Qué sucedería sí se cerraran las salas de espectáculos?", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 8 de julio de 1932, p. 1.

conocidas y populistas expresiones antiestadounidenses[722]. El resumen que en marzo de 1932 hizo el embajador sobre el Chile de esos años acertó con bastante precisión:

> "Our patience with the present situation in Chile has been rewarded by an attitude of resentment and hostility toward American business and Americans. The tendency to blame everything on American interests has become exaggerated and I see daily evidences of even responsible people seeking to place on Americans the burden of public resentment against all foreign interests. The loss of prestige by Chile in the United States has not lessened but rather aggravated the anti-American feeling. Even the Government has attempted to make political capital out of the difficulties of the foreign oil companies"[723].

Los encuentros con los estadounidenses mostraron, durante 1931 y 1932, su aspecto más desagradable. El antinorteamericanismo popular no sólo constituía el elemento central de los discursos políticos sino que condujo directamente a excesos xenofóbicos contra instalaciones y personas estadounidenses. Esta evolución se basaba sobre el antiimperialismo de la década de 1920. En realidad, este último –a excepción de los acontecimientos ocurridos en los enclaves– subsistió, a nivel de ideas, como un constructo poco tangible. En cambio, el nuevo antinorteamericanismo se nutría de experiencias directas, de la desilusión y de la ira de un sinnúmero de chilenos de todos los estratos sociales. Frente a los aparentemente insolubles problemas desatados por la crisis financiera mundial, la autocrítica implícita, por ejemplo, en las caricaturas de Coke, sólo era posible en la medida que estuviera dirigida a deplorar la ingenuidad de los chilenos, gracias a la cual los yanquis habían podido alcanzar su hegemonía.

Cuando en Chile fueron ampliamente perceptibles los efectos de la crisis financiera mundial, cuando miles de chilenos cayeron en la miseria y cuando el país fue estremecido por dislocaciones políticas y estados similares a una guerra civil, se desplomó la fe en el sistema capitalista liberal, del cual Estados Unidos había sido el principal guardián, símbolo y modelo, para la mayoría de los críticos del norteamericanismo. La vulnerabilidad de Estados Unidos reveló el grado de dependencia en el que había caído Chile desde principios del siglo XX. Ahora, a la mayoría de los chilenos le parecía que su país había entrado en un remolino que lo llevaba a la perdición y que provenía de Yanquilandia. Comprender que el otrora glorioso modelo tenía una segunda cara, y que el

[722] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 20 de junio y 28 de diciembre de 1932 , en 825.504/85 y 711.25/75, RG 59, NA; Houseman, *Chilean..., op. cit*., pp. 147-149.

[723] Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 22 de marzo de 1932, en 711.25/73, RG 59, NA.

sueño de la riqueza ilimitada había ocultado los riesgos del capitalismo de mercado, provocó un desencanto muy profundo. La fractura radical de la efímera etapa de bienestar y la conmoción que produjo la catastrófica situación de la economía chilena fueron difíciles de digerir. En el curso de la crisis financiera mundial los yanquis, simbólicos y reales, adquirieron el carácter de chivo expiatorio para los desarrollos fallidos de Chile. Si el antiimperialismo había podido expandirse bajo el signo del discurso nacionalista de Carlos Ibáñez, su variante, el antinorteamericanismo, se convirtió rápidamente para los chilenos de todas las clases sociales en el más importante signo de corrección política. Éstos se reunían en las calles para protestar en contra de la explotación. Estados Unidos pasó, de ser el ensalzado y criticado modelo de modernidad, a convertirse en contra-modelo ampliamente rechazado, cuya senda no había que seguir si lo que se quería era asegurar el futuro de Chile. Antes de la crisis, norteamericanización equivalía también a una oportunidad. Después, parecía sólo una amenaza. Éste desarrollo dejó tras de sí profundas heridas emocionales en la memoria colectiva y produjo consecuencias de largo alcance para el proceso de los encuentros con el yanqui, el que continuó siendo ambivalente.

# TRANSFORMACIÓN EN LAS BASES Y EN LAS PERCEPCIONES

*"Sabía... que los Estados Unidos me brindarían*
*la novedad de lo visto por vez primera,*
*pero sabía también que en ningún caso aquello*
*constituiría una gran sorpresa;*
*menos todavía, un choque..."*[724].

## Chile durante el "siglo americano"

La evolución que se produjo entre el cambio de siglo y la crisis económica mundial, a principios de la década de 1930 modificaron de manera determinante las bases de los encuentros chilenos con el yanqui. Experiencias tales como la percepción de Estados Unidos como modelo y ejemplo –más tarde como contramodelo–, la promesa y fracaso de la vía estadounidense hacia la modernidad, la ampliación de las zonas de contacto y la propagación del antinorteamericanismo, condujeron en Chile a reacciones claras en todos los ámbitos de la política. Éstas seguirían marcando la segunda mitad del siglo. Tanto las condiciones como los contextos socioeconómicos y políticos se modificaron en forma permanente entre 1932 y 1989.

A partir de la década de 1940, el crecimiento demográfico se aceleró de manera considerable. La población chilena llegó a once millones trescientos mil en 1982, es decir, había más que duplicado la que existía en 1930, cuando alcanzaba 4 millones ochocientos mil habitantes. Desde fines del decenio 1930, los chilenos vivían mayoritariamente en ciudades en permanente crecimiento. Así, en 1980 el grado de urbanización ya había alcanzado el 80%. En paralelo a estos desarrollos, la clase media creció porcentualmente y el grado de alfabetización de la población aumentó. Esto se vio reflejado en profundos cambios de las estructuras laborales. Hacia 1980, sólo el 21% de los empleados trabajaba en la agricultura, y el 25% lo hacía en la industria. En cambio, el sector terciario absorbía el 54% de los puestos de trabajo. La transformación también se notaba en el terreno político, pues el electorado se amplió decisivamente mediante la implantación del voto femenino en 1949 y la disminución, en 1970, de la edad de votación a dieciocho años. El país fue gobernado hasta 1973 sobre la base de mayorías cambiantes en el Congreso. Entre los años 1932 y 1938, Arturo Alessandri Palma condujo nuevamente

[724] Benjamín Subercaseaux, *Retorno de U.S.A.*, pp. 230-231.

los destinos del país, claro que esta vez bajo un signo más conservador; sin embargo, desde entonces y hasta 1952 se sucedieron diversos presidentes que representaban la coalición de centro-izquierda del Frente Popular. Durante esos veinte años el intervencionismo estatal se consolidó decididamente. Los dos siguientes períodos presidenciales, bajo el reelecto Carlos Ibáñez (1938-1952) y Jorge Alessandri (1958-1964) –hijo del ex Presidente–, fueron otra vez de signo conservador. En ambos, a causa de los crecientes problemas sociales, volvió a aumentar el clamor por reformas, clamor expuesto principalmente por la izquierda socialista. El gobierno democratacristiano de Eduardo Frei Montalva (1964-1970), estrenado bajo el lema de la "revolución en libertad", quiso satisfacer estas exigencias. No obstante, sus reformas, en especial en el sector agrícola, fueron consideradas desmedidas por la oposición conservadora y tímidas por la izquierda. Esta última, aglutinada en la UP, logró imponerse apenas en las elecciones de 1970. Los proyectos de reforma de Salvador Allende, algunos de ellos bastante radicales, fracasaron por diversos motivos. La polarización política interna se agudizó, al punto que durante un largo tiempo el golpe militar de septiembre de 1973 puso fin a la democracia. Dentro de la Junta de Gobierno cristalizó rápidamente la dictadura del comandante en jefe del Ejército, Augusto Pinochet, quien adoptó, a fines de 1974, el título de Presidente y gobernó dictatorialmente hasta 1989, a pesar de que en 1980 había sido aprobada la nueva Constitución, que preveía el retorno gradual a la democracia[725].

El cambio social era parte y expresión de los factores que determinarían el proceso de norteamericanización. Para analizar con más detalle cómo se dio éste durante las décadas 1970 y 1980, se hace necesario contemplar sus bases. Si la idea de norteamericanización nació a principios del siglo XX a partir del debate que mantenían las elites intelectuales y que las relaciones, tanto económicas como políticas, entre Estados Unidos y Chile se intensificaron entre 1898 y 1933, este capítulo trata de esquematizar brevemente, desde el punto de vista de las ideas, el contexto histórico en que se dieron, por una parte, la discusión chilena respecto de Estados Unidos y, por otra, la crisis social del país entre los años 1933 y 1969. A continuación se analizará la evolución de la expansión económica estadounidense en Chile y de las relaciones políticas entre ambos países en el período enmarcado por la crisis económica mundial y 1989. Estos factores fueron transformándose en consonancia con el contexto histórico. Sin embargo, su complejidad se mantuvo y conformó la base de los encuentros chilenos con el yanqui durante las dos décadas transcurridas entre 1970 y 1989, que constituyen el centro de la segunda parte de este trabajo.

[725] Robert N. Gwynne, "Globalization, Neoliberalism and Economic Change in South America and Mexico", p. 89; Sater & Collier, *A History..., op. cit.*, pp. 235-381; Nohlen, *op. cit.*, pp. 113-320. Sobre las transformaciones en el sistema político, véase Thibaut, *op. cit.*, pp. 136-162; Carlos Huneeus, *op. cit.*, p. 28.

Con la crisis económica mundial, la idea de la "norteamericanización del mundo" experimentó una fuerte conmoción. Aun así, una década después de que aquélla alcanzara su punto más hondo, el periodista Henry R. Luce pudo acuñar la expresión "siglo americano", que, aunque aludía sólo a Estados Unidos se difundió con gran rapidez[726]. ¿Cuál fue la reflexión en América Latina, y especialmente en Chile, sobre la provocación que contenía este término? ¿Qué respuestas hubo a las pretensiones del vecino del Norte y a la percepción de que la crisis social y económica en la región se agudizaba?

Fue hacia fines de la Segunda Guerra Mundial cuando los latinoamericanos tomaron conciencia de que la expresión de Henry Luce podía adquirir un sentido profético. De forma similar a como lo hiciera la generación del cambio de siglo, las clases dirigentes latinoamericanas comprobaron nuevamente que el triunfo en una guerra había afianzado la supremacía de Estados Unidos, especialmente en el así llamado "hemisferio occidental". Al contrario de las percepciones de la primera década del siglo XX de los Rodós, Blanco Fombonas, Encinas y Pinochets, esta confirmación ya no era novedosa. La intensificación del proceso de encuentro, analizada en la primera parte, hizo que Estados Unidos perdiera la fascinación propia de lo nuevo. "América" había sido descubierta en forma definitiva. Así, para un viajero como el ensayista chileno Benjamín Subercaseaux, en 1942 el país del Norte ya no tenía nada verdaderamente sorprendente que ofrecer. Por la cobertura informativa de los medios de comunicación y los múltiples contactos con los yanquis, parecía posible saber de antemano qué se encontraría allá[727].

A raíz de la percepción de una lenta apropiación del mundo por parte del *American way of life*, pronosticada por Henry Luce como el signo determinante del "siglo americano", ocuparse de este fenómeno dejó de ser dominio exclusivo de las elites intelectuales influenciadas por José E. Rodó. Con el gradual incremento de la clase media, la creciente urbanización e industrialización, el aumento tanto de la participación política como del populismo en los Estados latinoamericanos, grupos sociales cada vez más amplios participaron en el discurso de la norteamericanización. Sin embargo, esto no llevó necesariamente a la disipación de los estereotipos, sino más bien, tal como hacía ver Benjamín Subercaseaux, a una profundización de la brecha entre posiciones extremas que concebían a Estados Unidos ya sea como el "paraíso en la tierra" o como un amenazante "pulpo imperialista"[728].

[726] Luce, *op. cit.*. Para la discusión desde una perspectiva histórica en torno al concepto "siglo americano", véase Zunz, *op. cit.*.

[727] Véase la cita de Benjamín Subercaseaux que encabeza este capítulo.

[728] Benjamín Subercaseaux, *Retorno..., op. cit.*, p. 230.

A propósito de aquel tiempo, el periodista venezolano Carlos Rangel afirmó retrospectivamente que el prejuicio asentado por José E. Rodó respecto de la superioridad espiritual de América Latina seguía existiendo y que llegaría a representar un papel importante en la crítica al imperialismo que luego dominó el ambiente[729]. Tanto la superación de la crisis económica mundial durante la década de 1930 como el creciente nacionalismo que se vislumbraba en las estrategias de desarrollo y de industrialización dirigidas hacia adentro, dieron pie a expectativas optimistas sobre el futuro en América Latina. En este contexto repercutió la idea de América Latina como tierra del futuro, desarrollada sobre la base del pesimismo cultural europeo del decenio 1920. Según esa idea, habiendo alcanzado el subcontinente la mayoría de edad, estaba destinado a llevar a buen puerto el proyecto europeo de modernidad[730]. La Segunda Guerra Mundial, que había tenido a Europa como escenario, los logros culturales latinoamericanos que ponía de manifiesto, entre otros, el Premio Nobel concedido a la chilena Gabriela Mistral, otorgaron fuerza persuasiva a este optimismo[731].

Por otra parte, parecía haberse producido un cambio fundamental en la política estadounidense hacia América Latina. Tanto la "política de la buena vecindad" proclamada por Franklin D. Roosevelt en 1933 como la consiguiente posición respecto de las intervenciones militares en América Latina, hicieron crecer las esperanzas de que se imperaría una nueva condición, cualitativamente mejor, en las relaciones interamericanas. Surgió un movimiento panamericanista fomentado por el Norte, mediante acciones de propaganda, en vista de los peligrosos desarrollos que se daban en Europa a fines de la década 1930 y durante la de 1940. La idea de un entendimiento entre los pueblos del norte y del sur de América ganó simpatizantes a causa de la conformación de la coalición bélica y del frente común en contra de las potencias del Eje. Muchos intelectuales latinoamericanos aspiraron a que, sobre esa base, ambas regiones se mostrasen capaces de aprender y que confiriesen contenido real al mito de América como un nuevo y mejor mundo[732].

Ciertamente, durante la guerra hubo voces de alerta que llamaban la atención sobre el hecho de la escasa disposición estadounidense para ayudar a América Latina a superar su enorme déficit de desarrollo y que, con preocupación, tomaban nota del hecho de que Estados Unidos aumentaba su poder. Por otra parte, a partir de fines de 1941, el aislacionismo, que era la base del

[729] Carlos Rangel Guevara, *Del buen salvaje al buen revolucionario*, p. 121.

[730] Werz, *op. cit.*, pp. 233-237. Nikolaus Werz menciona en este contexto los escritos paradigmáticos de los mexicanos José Vasconcelos (*La raza cósmica*, 1925) y Octavio Paz (*El laberinto de la soledad*, 1950).

[731] "Hispanoamérica en la cultura universal", en *Atenea*, Nº 262, Concepción, noviembre de 1947, pp. 309-312.

[732] Reid, *op. cit.*, p. 127.

movimiento panamericanista, ya no existía[733]. Observadores atentos informaban en 1942/43 que América Latina podría perder su privilegiada posición de la época de la buena vecindad, a raíz del desarrollo de la guerra[734]. Carlos Dávila, todavía un viajero entre ambas Américas, expresó en su libro de 1949 su preocupación de que Estados Unidos se olvidase de América Latina y de que pudiese volver a cometer el error de concentrarse exclusivamente en Europa. Instó a Estados Unidos a completar la unidad americana para fundar un auténtico "siglo americano"[735]. Sin embargo, los esfuerzos de Carlos Dávila llegaron demasiado tarde. La nueva orientación de la política exterior y de la ayuda económica, dirigidas exclusivamente hacia Europa, estuvo acompañada de un alejamiento respecto de América Latina[736].

Este alejamiento –que contribuyó al fin del efímero florecimiento de regímenes democráticos en la región– provocó desilusión entre los intelectuales latinoamericanos. Por ello, no era sorprendente que estos círculos mantuviesen, desde principios de la Guerra Fría, una distancia crítica hacia Estados Unidos. En vez de optar ya sea por el camino capitalista o por el del comunismo, muchos de ellos buscaron una tercera opción entre ambos extremos[737]. Con la creación de la CEPAL, organismo de la ONU, esa línea de pensamiento encontró en 1948 amparo institucional. La CEPAL mantuvo la convicción de las posibilidades de desarrollo dentro del capitalismo y promovió una política de industrialización dirigida estatalmente, la cooperación con el capital extranjero y la realización de reformas estructurales, tales como la reforma agraria. Pero por otra parte elaboró, sobre la base del modelo de centro y periferia, una crítica al sistema económico mundial vigente y a sus teorías. Concluyó que este sistema contenía desigualdades y que perjudicaba estructuralmente a la periferia. Estos rasgos críticos del *cepalismo*, como, asimismo, las medidas de proteccionismo y dirigismo estatal, fueron rechazados en Estados Unidos, país que se había juramentado con el modelo económico liberal[738].

Los rasgos del *cepalismo* que planteaban una crítica al sistema derivaron en la teoría de la dependencia, que era de corte más radical. A diferencia de

[733] David Rock, "War and Postwar Intersections: Latin America and the United States", pp. 26-27; Boris Yopo H., *El Partido Radical y Estados Unidos, 1933-1946*.

[734] Al respecto, véanse tres viajeros chilenos: Benjamín Subercaseaux, *Retorno..., op. cit*., p. 15; Arturo Aldunate Phillips, *Estados Unidos, gran aventura del hombre*, p. 243; Walterio Meyer Rusca, *Con ojos abiertos sobre las tres Américas: Diario de viaje*. "Mesa rodante: Imperialismo y buena vecindad", en *Cuadernos Americanos*, vol. 6, Nº 5, México, 1947, pp. 64-88.

[735] Carlos G. Dávila, *We of the Americas*, pp. 2-6.

[736] Walther L. Bernecker, „Lateinamerika zwischen Demokratisierungsversuchen und Autoritarismusvarianten: Zum Beginn der ‚Dritte-Welt-Rhetorik'", pp. 446-447.

[737] Stabb, *op. cit*., p. 142.

[738] CEPAL, *El pensamiento de la CEPAL*. Como resumen, véase United Nations, Economic Commission for Latin America, *Development Problems in Latin America*, pp. 443-444; Cristóbal Kay, *Latin American Theories of Development and Underdevelopment*, pp. 2-7; Jorge Larraín, *Theories of Development*, pp. 102-110.

lo planteado por la CEPAL, los teóricos de la dependencia habían perdido la fe en las posibilidades de desarrollo dentro del sistema capitalista mundial y denunciaban públicamente la dependencia de América Latina[739]. Las teorías elaboradas por las Ciencias Sociales eran sólo una expresión de la nueva sensibilidad latinoamericana en relación con las potencias externas. Este factor se convirtió en condición fundamental para la reformulación de la posición que ocupaba América Latina. Ya no se veía a sí misma formando incondicionalmente parte de Occidente; reformadores críticos la habían redefinido como parte integrante del "tercer mundo"[740]. Ni la "década del desarrollo" iniciada con tanto optimismo por la ONU (1955-1965) ni la Alianza para el Progreso –la nueva política estadounidense respecto de América Latina elaborada, tras el éxito de la Revolución Cubana de 1959, para detener el ascenso del comunismo en las Américas mediante ayuda para el desarrollo– pudieron cambiar en algo aquella apreciación[741].

En este clima, la propaganda antiestadounidense realizada por los movimientos comunistas latinoamericanos –activa hacía tiempo y sólo depuesta temporalmente durante la alianza entre la Unión Soviética y Estados Unidos a raíz de la guerra– cayó en terreno fértil. Esos movimientos habían crecido rápidamente desde la crisis económica mundial y a partir del fin de la guerra comenzaron a echar mano, otra vez, en forma agresiva, de los viejos clichés antiimperialistas y anticapitalistas, unidos a los elogios a la Unión Soviética. Encontraron importantes multiplicadores entre los intelectuales latinoamericanos, quienes tuvieron repercusión masiva especialmente tras la Revolución Cubana, en la década de 1960. En el clima reformista de esa década, la crítica al imperialismo y al apoyo que Washington daba a las dictaduras latinoamericanas fue utilizada por diversos grupos como elemento para movilizar a las masas. Entre esos grupos no sólo había comunistas sino diversas asociaciones que iban desde regímenes populistas de diferentes colores políticos hasta grupos cristianos de base, influenciados por la teología de la liberación[742].

Chile no quedó al margen de este proceso en América Latina. Ya durante los años de la guerra habían causado furor diversos intentos de construcción de identidad influidos por el pensamiento geopolítico de la época, entre otros, los de Benjamín Subercaseaux y Luis Durand. Por su parte, Jaime Eyzaguirre difundió el tradicionalismo hispanista-católico en escritos que asignaban a Estados Unidos el papel de ejemplo contrario, pues percibía la democratización y el avance del protestantismo dentro de Chile como una amenaza. Por

[739] Un análisis más preciso sobre la teoría de la dependencia en el contexto chileno aparece en el acapite: Nacionalismo económico y antinorteamericanismo: la UP.

[740] Sobre este tema véase Rangel, *op. cit*., p. 160.

[741] Robert H. Swansborough, *The Embattled Colossus: Economic Nationalism and United States Investors in Latin America*, p. 96.

[742] Reid, *op. cit*., p. 129; Rama, *op. cit*., p. 39.

otra parte, justamente fueron autores conservadores quienes formularon la necesidad de mantenerse estrictamente a distancia del comunismo, pues éste también tenía en Chile gran repercusión[743]. Dentro del catolicismo político chileno hubo también fuerzas de tendencia reformista que fundaron el Partido Demócrata Cristiano y que buscaron una tercera vía nacionalista que estuviese entre el capitalismo y el comunismo de tendencia soviética. Al ponderar ambos modelos, estas corrientes solían preferir la primera variante como mal menor[744].

El motivo fundamental de las discusiones era, tal como en el Centenario, la percepción de una profunda crisis social. Esta impresión se asentaba especialmente en el hecho de que, a pesar de los múltiples esfuerzos desplegados desde la década 1920 para lograr la modernización económica y social del país, grandes sectores de la población seguían marginados y vivían aún en una profunda pobreza. En 1950, la Universidad de Chile realizó un balance del desarrollo del país durante la primera mitad del siglo XX. Diversos autores analizaron los problemas que el país vivía en esos momentos, desde perspectivas a veces radicalmente diferentes. Mientras algunos, como Francisco Walker Linares, evaluaban los pasados cincuenta años como positivos y miraban con optimismo el futuro a pesar de todos los problemas, otros, especialmente Julio César Jobet, llamaban por su nombre a la "increíble miseria"[745]. Él mencionaba como signos de crisis a la injusta distribución de los ingresos y de la tierra, el analfabetismo, el alcoholismo, la escasez de viviendas y la pauperización de la población urbana. Cuando Jorge Ahumada publicó el libro *En vez de la miseria* (1958), el cual tuvo una amplia repercusión, ya se había forjado en Chile el consenso respecto de que se vivía una crisis y sobre la necesidad de superarla mediante el desarrollo[746].

Si los signos de crisis, intensamente discutidos, recordaban a los debates de principios de siglo, otro tanto sucedía con la búsqueda que hacían los críticos sociales por encontrar las causas del estancamiento chileno, las que recogieron argumentos del reservorio de premisas consolidado desde 1900. Ciertamente existían diferencias considerables, pues la nueva crítica social ya no era aquella ensayística tradicional más bien intuitiva y generalizadora de la primera mitad del siglo, sino que se trataba principalmente de discursos elaborados por las nuevas ciencias sociales. Estas adquirieron, en Chile, especial relevancia luego de que la CEPAL se asentó en Santiago, pues le siguieron otros importantes institutos de investigación y las nuevas carreras universitarias del área de las

[743] Benjamín Subercaseaux, *Chile o una loca geografía*; Luis Durand, *Presencia de Chile: ensayos*; Jaime Eyzaguirre, *Fisonomía histórica de Chile*. Sobre Jaime Eyzaguirre y el conservadurismo en Chile, véanse los aportes en Renato Cristi y Carlos Ruiz, *El pensamiento conservador en Chile*.

[744] En un formato punzante, Héctor Rodríguez de la Sotta, *O capitalismo o comunismo: o vivir como en Estados Unidos o vivir como en Rusia*. Véase también Pike, *Chile..., op. cit.*, pp. 257-268.

[745] Julio César Jobet, "Movimiento social obrero", p. 51; Francisco Walker Linares, "Evolución social", pp. 35-50.

[746] Jorge Ahumada, *En vez de la miseria*.

Ciencias Sociales registraron una viva concurrencia[747]. En comparación con la etapa temprana, los puntos esenciales se habían desplazado. Así, el factor "racial" casi no figuraba en las discusiones posteriores a la Segunda Guerra Mundial, en cambio, la idea de "penetración imperialista" mediante el capital estadounidense y sus colaboradores chilenos, se volvía central[748].

En un comienzo, y tal como sucedió en otros lugares de América Latina, los comunistas marcaron el compás. Atrajeron numerosos adherentes en las poblaciones obreras mediante, por ejemplo, las lecturas de Pablo Neruda, miembro del partido. El avance que mostraron fue observado en Estados Unidos con gran preocupación desde fines de la década de 1940[749]. Ya en 1945 era clara la orientación antiestadounidense de los comunistas chilenos. En el decenio 1950 hablaban públicamente del "fascismo" de los "caníbales yanquis", supuestamente peores que Adolf Hitler. Los comunistas permanecieron fieles a esta orientación hasta fines de la década de 1960, claro que con algunas variaciones[750]. También la nueva historiografía crítica hizo del antiimperialismo un tema central. El chileno Aníbal Pinto, teórico de la dependencia, adhirió sin solución de continuidad a estas corrientes, cuando en 1959 presentó a Chile, con tono pesimista, como un "caso de desarrollo frustrado"[751]. Tal como el *cepalismo*, la teoría de la dependencia fue desarrollada esencialmente en Chile, aunque no exclusivamente por científicos chilenos. En combinación con el naciente movimiento cristiano reformista inspirado en la teología de la liberación, contribuyó al aumento del clima anticapitalista y antiestadounidense, incluso entre políticos mesurados. Sondeos de la USIA mostraban que, en la década de 1960, ese ambiente en ningún caso se restringía a los académicos, sino que tenía repercusión masiva[752].

Para los discursos chilenos acerca de su identidad elaborados entre los años 1933 y 1969, la idea de desarrollo se había convertido en un tema central[753]. Un obstáculo para conseguirlo era la dependencia respecto del extranjero. Eliminarla parecía también en Chile una condición básica para entrar a un

[747] Jorge Larraín, *Identidad chilena*, p. 111.

[748] Jobet, *op. cit*., p. 105; Horacio Serrano Palma, *¿Por qué somos pobres?*

[749] Cole S. Blasier, "Chile: A Communist Battleground", pp. 353-374. Sobre Pablo Neruda, véase especialmente sus pasajes estalinistas dentro del ciclo "Que despierte el leñador", en Pablo Neruda, *Canto general*, pp. 453-456. Véase también Miller, *op. cit*., pp. 80-81.

[750] Alfredo Riquelme, *Visión y discurso sobre Estados Unidos en el Partido Comunista chileno, 1945-1973*, pp. 10-24.

[751] Aníbal Pinto Santa Cruz, *Chile: un caso de desarrollo frustrado*. Sobre historiografía véase, por ejemplo, Ramírez Necochea, *op. cit.*

[752] Swansborough, *op. cit*., pp. 43-44. Sobre Eduardo Frei M. véase, por ejemplo, Pike, *Chile..., op. cit*., p. 261. Para la toma de posición programática de un economista chileno, véase Osvaldo Sunkel, "National Development Policy and External Dependence in Latin America", pp. 23-48. Sobre la teología de la liberación: Enrique Dussel, *De Medellín a Puebla: Una década de sangre y esperanza, 1968-1979.*

[753] Larraín, *op. cit*., p. 123, habló acertadamente de una "identidad desarrollista".

auténtico camino de desarrollo. La toma de posición frente a la potencia extranjera más importante para Chile era un asunto central en este empeño. Esto también había sido válido para la fase temprana de la norteamericanización (1898-1932), sin embargo, ahora habían cambiado parámetros relevantes. Con el auge de las nuevas ciencias sociales, el factor "clase" desplazó al de "raza". En el centro de los encuentros con el yanqui ya no estaba la antítesis de José E. Rodó entre idealismo y materialismo, sino la contraposición entre pobre y rico. Sin embargo, las dicotomías seguían estando presentes.

*Elementos económicos: comercio e inversiones*

La hegemonía económica constituyó, durante la segunda mitad del siglo XX, una base fundamental de los debates en torno a Estados Unidos. También influyó, de manera determinante, sobre la imagen de esa nación. En Chile, la expansión del comercio y del capital estadounidense –que tras alcanzar su punto más alto en 1931 fue interrumpida por la crisis económica mundial– se desarrolló en forma dinámica a partir del decenio 1940. Con todo, las condiciones de esas actividades habían cambiado a raíz de la considerable caída de la competencia europea y del surgimiento de un mundo bipolar. Chile perdió su estatus como principal polo de crecimiento de los intereses económicos norteamericanos en América Latina, del que había disfrutado durante el *boom* de inversiones en el país. Aun así, tras la Segunda Guerra Mundial y hasta 1970, el país siguió estando entre los cinco o seis socios comerciales más importantes de Estados Unidos en la región.

El *shock* producido por la crisis económica mundial había calado hondo y perjudicó, fuertemente, el intercambio comercial entre ambos países durante una década. En términos de política comercial, el gobierno chileno siguió nuevos derroteros y celebró acuerdos de compensación con Alemania y Francia, los que fueron fuertemente criticados por Washington[754]. También el asunto de la moratoria y de las deudas impagas dañó las relaciones económicas. La Foreign Bondholder Protective Association, fundada en 1933 e integrada principalmente por representantes de intereses estadounidenses, se esforzó por renegociar la deuda externa chilena; sin embargo, el gobierno de Arturo Alessandri P. mostró poca cooperación. Su ministro de Economía, Gustavo Ross, aprovechó el momento favorable para recomprar los bonos de la deuda chilena de manera de reducir sustancialmente su total[755].

Asimismo, las inversiones directas también sufrieron una modificación en sus condiciones de contexto por la influencia de la crisis económica mundial.

[754] Monteón, *Chile and..., op. cit.*, pp. 135-138. No obstante, los intereses cupríferos y salitreros estadounidenses celebraron estos acuerdos, pues les abrían los mercados europeos.

[755] Fermandois, *Abismo..., op. cit.*, pp. 159-175; Michael J. Francis, *The Limits of Hegemony: United States Relations with Argentina and Chile During World War II*, p. 11.

Hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial, no se realizaron nuevas inversiones. La participación estadounidense en el cobre siguió siendo dominante y, según el punto de vista chileno, determinante para la economía nacional. Hasta la nacionalización del cobre en 1971, la producción anual de las dos grandes empresas estadounidenses se movía en niveles que fluctuaban entre el 7% y 20% del producto interno bruto. La recaudación arancelaria por el cobre financiaba entre 10% y 40% del total de los gastos fiscales y aportaba entre 30% y 80% del ingreso de divisas al país. Así, los ciclos de la economía del cobre repercutían directamente sobre el desarrollo de Chile[756]. Durante la segunda mitad de la década de 1930 el mercado del cobre se recuperó rápidamente debido a la demanda europea por armamento. Entre 1934 y 1939, los niveles de producción, precios y ganancias se acercaron a aquéllos previos a la crisis económica mundial. La tributación que hacían las empresas cupríferas norteamericanas mostró muy luego que podía compensar los decrecientes ingresos fiscales derivados del impuesto al salitre[757].

La economía del salitre, fuertemente afectada por la crisis, representó un problema particular. Ya hemos mostrado cómo el Estado asumió el monopolio de su distribución y venta mediante la creación de la COVENSA y cómo disolvió la COSACH. Sin embargo, la producción se mantuvo primordialmente en manos privadas, principalmente en las de los Guggenheim. También siguieron existiendo tensiones en la relación entre privados y el Estado chileno, pues los intereses extranjeros debieron asumir el mayor costo de la quiebra de la COSACH. Así y todo, el mercado del salitre mejoró hasta fines de la década 1930. Los precios se estabilizaron, si bien en un nivel bajo, y el número de empleados volvió a aumentar lentamente, aunque sin alcanzar los niveles de la década de 1920[758].

Las demás inversiones directas estadounidenses en Chile lograron sobrevivir la fase de grandes dificultades económicas, la cual se intensificó por el clima antiestadounidense y por presiones del Estado chileno. Inversionistas tan antiguos como Grace debieron lidiar con el nacionalismo económico. En relación con el sector petrolero, el nuevo gobierno tomó las riendas en 1934 y fundó la empresa monopólica COPEC. Sólo para la distribución se autorizó la presencia de empresas extranjeras, entre las cuales estaba Standard Oil[759]. La Compañía Chilena de Electricidad, que como se recordará era estadounidense, bajo la dictadura de Carlos Ibáñez fue foco de las críticas nacionalistas. Posteriormente continuó su controversia con el gobierno, de modo que la amenaza de nacionalización fue cada vez más real[760].

[756] Theodore Moran, *Multinational Corporations and the Politics of Dependence: Copper in Chile*, pp. 5-6.

[757] Fermandois, *Abismo..., op. cit.*, p. 172.

[758] Monteón, *Chile and..., op. cit.*, pp. 144-146.

[759] *Op. cit.*, pp. 147-151; Mariano Puga Vega, *El petróleo chileno*, pp. 74-98.

[760] Fermandois, *Abismo..., op. cit.*, pp. 159-162.

Con la llegada del Frente Popular al gobierno liderado por el Partido Radical en 1938 y con el estallido de la guerra en Europa un año más tarde, se modificó, otra vez, el contexto para las actividades estadounidenses en Chile. Nuevamente se cerraron los mercados europeos y Estados Unidos quedó como única fuente posible para obtener capital para inversiones[761]. Si bien en Estados Unidos en ese momento aún persistían altas barreras arancelarias para las importaciones de cobre, esto cambiaría de manera radical tras su ingreso a la guerra. Por cierto, la demanda condicionada por el conflicto bélico favoreció la posición negociadora de Chile, pero el país no pudo aprovecharla de forma completa. El precio del cobre quedó congelado entre 1941 y 1945 a un nivel favorable si se le compara con el valor que alcanzó durante la década 1930. Claro que éste había sido bastante más bajo que el que se había logrado durante la Primera Guerra Mundial o en el decenio 1920, y tampoco correspondía a las condiciones reales del mercado. De esta manera, Chile subvencionó indirectamente los esfuerzos bélicos de los Aliados[762].

Con la fundación de la CORFO, en 1939 el Estado asumió un papel activo en la política de industrialización para la sustitución de importaciones. Para financiarla, uno de los recursos utilizados fue la elevación de los impuestos de las empresas cupríferas. Por otra parte, el gobierno de Pedro Aguirre Cerda se esforzó por obtener créditos del nuevo Eximbank. Desde luego que los intereses del gobierno y de los inversionistas se contraponían en forma considerable, de modo que los créditos fluyeron escasamente. Esto se debió, también, a que la antigua cuestión de la deuda pendiente seguía en pie, y a que el Eximbank había sido concebido como una herramienta de fomento del comercio exterior estadounidense[763]. Se originaron conflictos en el sector del petróleo. Por su parte, CORFO modificó el mercado eléctrico, pues a fines de la guerra fundó una empresa de energía estatal, la ENDESA. A pesar de todo, el balance final para las inversiones directas en Chile durante ese período no fue del todo negativo. Por el contrario, el número de empresas estadounidense en Chile creció de cincuenta y seis a noventa y seis entre 1940 y 1943. Aprovechando el auge de la radio de aquellos años, RCA e ITT abrieron fábricas de radios y la Columbia Broadcasting Co. transmitió a Chile programas de onda corta. Con la Coca-Cola llegó al país, en 1943, uno de los principales símbolos del *american way of life*[764].

[761] Andrew Barnard, "Chilean Communists, Radical Presidents and Chilean Relations with the United States, 1940-1947", p. 349.

[762] "Precios del cobre", en *El Mercurio*, Santiago, 11 de septiembre de 1977, p. 37; Joaquín Fermandois, "La larga marcha a la nacionalización: El cobre en Chile, 1945-1971", p. 290; Sigmund, *The United..., op. cit.*, p. 12.

[763] Robert A. Humphreys, *Latin America and the Second World War*, vol. 1: 1939-1942, p. 162;. Monteón, *Chile and..., op. cit.*, pp. 260 and 267; Meller, *op. cit.*, p. 40. Sobre CORFO, véase Markos Mamalakis & Clark Reynolds, *Essays on the Chilean Economy*, p. 19.

[764] Monteón, *Chile and..., op. cit.*, pp. 262-268.

Tal como había sucedido en 1918/19, el fin de la guerra en 1945 trajo consigo una fuerte merma en la demanda por cobre. Claro que en 1950 la guerra de Corea la compensó, a pesar de que el gobierno chileno debió enfrentar, otra vez, el acuerdo estadounidense sobre precios. En forma simultánea, con su ingreso al tratado sobre aranceles aduaneros y comercio GATT, Chile abandonó nuevamente en forma paulatina el bilateralismo en su política de comercio exterior[765]. Durante la década de 1950, el cobre reemplazó de manera definitiva al salitre como producto crucial de exportación. De ahí en adelante el nitrato representó un papel marginal en la economía del país. Como siempre, gran parte de la exportación de cobre iba a este país. En 1970, las importaciones chilenas desde ese país representaban el 37% del total y cerca del 14% de las exportaciones tenían como destino a Estados Unidos. En general, eran bancos estadounidenses los que otorgaban los créditos comerciales de corto plazo. En realidad, entre 1950 y 1970 el comercio exterior chileno se diversificó considerablemente a raíz de la recuperación europea, y desde 1960 los Estados continentales de Europa dejaron rezagado a Estados Unidos como principal mercado comprador de Chile[766].

Cuando el presidente Dwight D. Eisenhower visitó Santiago en 1960, en su discurso ante el Senado chileno solicitó una mayor participación de las inversiones por parte de la economía estadounidense en Chile[767]. Su solicitud no dejó de tener eco en el decenio siguiente. De hecho, dentro de la nueva política hacia América Latina del gobierno de John F. Kennedy, la Alianza para el Progreso de Chile desempeñó un papel especial como punto de destino de los esfuerzos por conseguir la realización de reformas sociales mediante ayuda económica y financiera, para así atajar el comunismo en América Latina. De la mano con esto iba el fomento de las inversiones directas. Aunque la tasa de crecimiento del valor contable de las empresas en Chile, entre 1960 y 1970, se mantuvo claramente por debajo del promedio latinoamericano, hubo importantes empresas farmacéuticas, productores de acero y de hierro, fabricantes de alimentos, de bancos y proveedores de servicios financieros que se establecieron en el país, en especial bajo la presidencia del demócratacristiano Eduardo Frei Montalva (1964-1970)[768]. Tal como en toda la región, en adelante las nuevas inversiones en Chile se trasladaron cada vez más desde los servicios públicos a la producción. En general, así como en el caso Ford y

[765] Meller, *op. cit.*, p. 41 y Merwin L. Bohan & Morton Pomeranz, *Investment in Chile: Basic Information for U.S. Businessmen*, p. 240.

[766] Fernando Fajnzylber, "The External Sector and the Policies of the Unidad Popular Government", p. 170; Poul Jensen, *The Garotte: The United States and Chile, 1970-1973*, pp. 372-373; Miles D. Wolpin, *Cuban Foreign Policy and Chilean Politics*, p. 65.

[767] Chile, Congreso Nacional, Senado, *El Presidente Eisenhower en el Congreso de Chile.*

[768] Una lista de las empresas aparece en U.S. Congress, House, Committee on Foreign Affairs, *United States and Chile During the Allende Years, 1970-1973: Hearings Before the Subcommittee on Inter-American Affairs*, pp. 490-491. Véase también Wolpin, *op. cit.*, p. 64; Jensen, *op. cit.*, p. 185.

General Motors, el alza de los derechos de aduana y la competencia europea fueron los factores que motivaron esas decisiones. También la otrora casa comercial Grace hizo inversiones en diversas empresas industriales tras su salida definitiva del sector salitrero en 1946[769].

A fines del decenio 1960, según cálculos de la comisión investigadora del Congreso de Estados Unidos, el tamaño de las inversiones directas en Chile alcanzó US$ 846.000.000. Estaban desglosadas de la siguiente manera: 53,4% correspondía al sector minero, 7,7% a fábricas, 4,8% a comercio y 34% a otro tipo de negocios. Estas cifras colocaban a Chile en el sexto lugar como destino para las inversiones directas en América Latina detrás de Venezuela, Brasil, México, Argentina y Panamá[770]. El detallado estudio de 1966 reveló que, en el caso de los consorcios activos en Chile –especialmente en el de ITT, AFP, Kennecott y Anaconda–, se trataba de aquellas empresas industriales que por lejos tenían los mayores patrimonios de Chile. Como aspecto restrictivo debe agregarse que, tal como en el sector del comercio, la participación del capital estadounidense –que alcanzaba el 36,6% dentro del total del capital extranjero invertido en Chile– era en términos relativos más bien regresiva, mientras que los porcentajes de países como Japón (26,2%) e Inglaterra (18,5%) iban en aumento. Al mismo tiempo, al comparar con la época previa a la guerra, la relevancia del capital extranjero en Chile había disminuido por el crecimiento de la industria nacional. Por lo demás, los inversionistas estadounidenses redujeron desde 1969 su participación en Chile como consecuencia del triunfo electoral de la izquierda[771].

El sector cuprífero, es decir, fundamentalmente Kennecott y Anaconda junto a sus cuatro filiales chilenas controladas por el First National City Bank, continuó como la principal área de inversiones directas en Chile. Éstas obtenían el 80% de los ingresos de exportación del cobre chileno. En todo caso, la política de estos consorcios, caracterizada por la integración vertical lograda, entre otros, con la adquisición de yacimientos de cobre en Africa y Estados Unidos, no se ajustaba a las expectativas chilenas. En particular, no se materializaron ni las esperadas nuevas inversiones ni el aumento de producción. Por ello, y también para financiar su ambicioso programa de desarrollo, el gobierno de Eduardo Frei M. creó el concepto de la chilenización del cobre,

[769] Thomas F. O'Brien, *The Century... op. cit.*, pp. 121 and 125. Sobre la industria automovilística: Rhys O. Jenkins, *Transnational Corporations and the Latin American Automobile Industry*, pp. 40 and 57-59. En realidad, debido al insuficiente tamaño del mercado, en Chile los consorcios se restringieron a empresas de montaje. Acerca de Grace: Bohan & Pomeranz, *op. cit.*, p. 13.

[770] U.S. Congress. House. Committee on Foreign Affairs, *op. cit.*, p. 492. En comparación con 1958, el nivel de las inversiones había crecido en alrededor de ciento diez millones de dólares: Bohan & Pomeranz, *op. cit.*, p. 12.

[771] Maurice Zeitlin & Richard E. Ratcliff, "The Concentration of National and Foreign Capital in Chile, 1966", pp. 304-305. Albert L. Michaels, "The Alliance for Progress and Chile's 'Revolution in Liberty', 1964-1970", p. 87.

es decir, la compra paulatina de la Gran Minería, tema que será analizado en detalle más adelante[772].

En el ámbito del capital de crédito se originaron cambios esenciales a raíz de la creación de organizaciones de financiamiento nacionales y multinacionales tales como el FMI, el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo[773]. Con frecuencia las subvenciones y préstamos fueron otorgados para lograr las metas políticas estadounidenses; en un principio sirvieron principalmente para integrar con fuerza a Chile dentro de la alianza occidental durante la Guerra Fría. Los préstamos permitieron a los gobiernos chilenos continuar con sus programas de industrialización. Por cierto, en el largo plazo creció el déficit estatal en forma inquietante a raíz de ello[774]. La situación de partida había sido positiva. De hecho, la carga por antiguas deudas todavía pendientes se redujo en forma drástica entre 1945 y 1952. Más adelante, entre los años 1954 y 1969, Chile volvió a representar el 3,5% de las inversiones estadounidenses directas, ocupando así el sexto lugar en la región[775]. Los aportes a Chile por ayuda para el desarrollo fueron institucionalizados en 1949 por la AID. Con la ayuda de los aportes de la AID fueron financiados diversos programas tales como formación de policías, educación de adultos y las reformas de la administración y de la salud. Desde 1955 Chile recibió aportes del programa Food for Peace del gobierno estadounidense[776]. Durante la década de 1960, los aportes aumentaron claramente bajo el signo de la Alianza para el Progreso. En total, los gobiernos chilenos recibieron entre 1946 y 1970 sobre mil quinientos millones de dólares en ayuda de Estados Unidos para el desarrollo, de los cuales más de la mitad llegaron durante el gobierno de Eduardo Frei M.[777].

La generosa política de ayuda para el desarrollo hacia Chile terminó a fines de 1970 cuando la coalición de la UP liderada por el socialista Salvador Allende llegó al poder, pues asumía un gobierno que, desde la perspectiva de Estados Unidos, hacía temer la entrada del país a la órbita comunista. Las relaciones económicas entre ambas naciones se deterioraron dramáticamente durante los apenas tres años en que la UP estuvo en el poder. Esto contribuyó de manera considerable a la desestabilización del gobierno de Salvador Allende, de modo que se habló de un "bloqueo invisible" por parte de los estadounidenses. El desarrollo del intercambio comercial documenta esto. A pesar de que, desde 1960, la participación porcentual de Estados Unidos en el comercio exterior

[772] Moran, *op. cit.*, pp. 45-49 and 132-138; Edy Kaufman, *Crisis in Allende's Chile: New Perspectives*, p. 20.

[773] Thomas F. O'Brien, *The Century..., op. cit.*, p. 140.

[774] Jon V. Kofas, "The Politics of Foreign Debt: The IMF, the World Bank, and U.S. Foreign Policy in Chile, 1946-1952", p. 159.

[775] Stallings, *op. cit.*, p. 125.

[776] Wolpin, *op. cit.*, p. 68; Jensen, *op. cit.*, pp. 174-183.

[777] Muñoz & Portales, *op. cit.*, p. 24; Alexis Guardia, "Structural Transformations in Chile's Economy and in its System of External Economic Relations", p. 46.

de Chile ya era regresiva, seguían importándose desde allí grandes cantidades de bienes de importancia estratégica. Entre éstos se contaban, por ejemplo, repuestos de maquinaria, materias primas y combustibles indispensables para la industria chilena. En opinión de un funcionario de la sección de comercio exterior del gobierno de Salvador Allende, la escasez de estos bienes contribuyó fuertemente a los cuellos de botella que paralizaron la economía chilena entre 1972 y 1973[778]. La participación estadounidense en las importaciones chilenas cayó de un 37% a un 16,3% aproximadamente, entre 1970 y 1973. También las exportaciones de Chile hacia ese país fueron decrecientes. Los intentos por compensar los flujos comerciales desviándolos hacia los estados del bloque del Este, finalmente fracasaron[779].

Los cambios que se produjeron en el ámbito de las inversiones estadounidense directas, estrechamente vinculados con la disminución del comercio, fueron igualmente dramáticos. Apenas elegido Salvador Allende, a fines de 1970, se produjo una espectacular fuga de capitales. Tenía cierta razón de ser, pues la estatización tanto del sector industrial, bancario como financiero, y especialmente el rechazo al capital extranjero, eran intenciones declaradas de la UP. Bajo la dirección de Chile, el Pacto Andino promulgó en julio de 1971, un reglamento de inversiones que debía reducir fuertemente la actividad del capital extranjero en la región[780]. El gobierno de Salvador Allende puso ese mismo mes un hito con la que se convirtió indudablemente en la más espectacular de sus medidas –más adelante analizada en detalle–, esto es, la nacionalización del cobre. De un golpe se perdió la que era, por lejos, la mayor de las inversiones estadounidenses en Chile, con un valor contable de cerca de 664 millones de dólares[781].

Pero las demás empresas también fueron afectadas por diversas medidas de estatización. En diciembre de 1970 se inició la nacionalización del sistema bancario mediante la compra de las filiales chilenas del First Nacional City Bank y del Bank of America[782]. Anglo Lautaro Nitrate Co., Bethlehem Steel Co., Du Pont y RCA, empresas que operaban en Chile desde la década de 1920, fueron compradas, al igual que, por ejemplo, las filiales de Coca-Cola, General Motors, Ralston Purina, creadas en las décadas de 1940 y 1950. El gobierno confiscó diferentes proporciones de otras empresas. Entre éstas se contaban varias distribuidoras cinematográficas (Allied Artists, Columbia Pictures, Gulf and Western, MGM, Twentieth Century Fox, United Artists,

[778] Fajnzylber, *op. cit*., p. 139. Véase también Arturo Valenzuela, *The Breakdown of Democratic Regimes: Chile*, p. 56.

[779] Joaquín Fermandois H., *Chile y el mundo 1970-1973: La política exterior del gobierno de la Unidad Popular y el sistema internacional*, p. 433; Jensen, *op. cit*., pp. 375-377; Guardia, *op. cit*., p. 94.

[780] Jensen, *op. cit*., pp. 469-470.

[781] Sobre el valor de las inversiones: U.S. Congress. House. Committee on Foreign Affairs, *op. cit.*, p. 451.

[782] Alfonso Inostroza, "Nationalization of the Banking System in Chile", pp. 278-280.

Universal International Film, Warner Brothers), el fabricante de automóviles Ford, la telefónica ITT, algunas empresas productoras de vidrio, plásticos y cemento, de procesamiento de cobre, de industrias químicas y petroquímicas. Según la comisión investigadora del Congreso estadounidense de 1975, sólo quedaron setenta y cinco millones de dólares, compuestos principalmente por participaciones residuales en empresas tales como: la siderúrgica Continental Copper & Steel, la petroquímica Dow Chemical, el fabricante de neumáticos Firestone Tire & Rubber, el elaborador de cobre General Cable, el consorcio de electricidad General Electric, el fabricante de automóviles General Motors, la empresa de telecomunicaciones ITT (un hotel y producción eléctrica) y un consorcio químico[783].

Naturalmente la fractura de las relaciones económicas chileno-estadounidenses también se reflejó en el ámbito de las inversiones indirectas. El gobierno de Richard Nixon reaccionó frente a las medidas de nacionalización con una reducción radical de los aportes de ayuda para el desarrollo realizadas por instituciones estadounidenses, es decir, AID, Eximbank y Food for Peace. Por lo demás, tanto en el Banco Mundial como en el FMI y en el Banco Interamericano de Desarrollo, había poca disposición a otorgar créditos a Chile a raíz de la política económica de la UP, calificada de desastrosa, de manera que también esta fuente de recursos se redujo en forma drástica. En total, la suma de ayuda para el desarrollo recibida por Chile cayó cerca de un 90% entre 1969 y 1973. Al mismo tiempo, los bancos afectados por la nacionalización restringieron los créditos comerciales de corto plazo; también fue reforzada la presión para la pronta cancelación de los créditos vencidos[784].

Según un balance realizado por el FMI, en 1970 la deuda externa chilena total, contraída especialmente entre 1966 y 1970, ascendía a más de dos mil millones de dólares. De esta suma, más del 60% estaba radicado en Estados Unidos[785]. Dado que habían fracasado los esfuerzos de la UP por compensar la caída de los aportes mediante la toma de créditos tanto en Europa Occidental como en los países comunistas, lo que profundizó la crisis económica, el país declaró la suspensión del pago de la deuda externa[786]. Desde febrero hasta abril

[783] U.S. Congress. House. Committee on Foreign Affairs, *op. cit.,* pp. 70-71, 116-117 and 492. Sobre la expropiación de ITT, véase también Gregorio Selser, *Una empresa multinacional: la ITT en los Estados Unidos y en Chile.*

[784] Edy Kaufman, *Crisis..., op. cit*., p. 12; Arturo Valenzuela, *op. cit*., p. 56. Sobre la reducción de la ayuda para el desarrollo, véase U.S. Congress, Senate, *Covert Action in Chile, 1963-1973, Staff Report, Dec. 18, 1975*, p. 4. Los aportes en el marco de la Alianza para el Progreso disminuyeron a fines del decenio 1960 en toda América Latina, pero debido al elevado nivel inicial de éstos en el caso de Chile, éste fue el país más fuertemente afectado por esa contracción. Véase Jensen, *op. cit*., p. 110; Fermandois, *Chile y el mundo..., op. cit*., pp. 306-313.

[785] Guardia, *op. cit*., pp. 53-54.

[786] Alfonso Inostroza, *op. cit*., pp. 278-280. Sobre los esfuerzos por obtener créditos en el bloque del Este, véase también al otrora asesor económico de Salvador Allende, Guardia, *op.*

de 1972 se desarrollaron negociaciones con los acreedores internacionales. En ellas Salvador Allende no consiguió separar la cuestión de la liquidación de la deuda externa general de la demanda por compensar las empresas nacionalizadas. Aun así, se llegó a un acuerdo transitorio que preveía el aplazamiento del 70% de la deuda externa. Sin embargo, las negociaciones con Estados Unidos debieron proseguir debido a que sobre el asunto de la compensación no se lograba un acuerdo. Así, la cuestión de la deuda externa siguió sobre el tapete hasta el violento fin de la UP[787].

Luego del golpe de Estado de 1973, superar la profunda crisis económica se convirtió en uno de los principales objetivos de la dictadura militar bajo Augusto Pinochet. El régimen de Augusto Pinochet acometió esta tarea cortando radicalmente con los conceptos económicos de la UP. Puso en práctica un modelo económico neoliberal ortodoxo, que será analizado en detalle más adelante. Estrechamente unido a esto estaba el intento de volver a convertir al país en un destino interesante para los intereses económicos internacionales. Estados Unidos representó en esto, desde un principio, un papel central. Hasta alrededor de 1984, la importancia de ese país en las relaciones económicas internacionales creció de forma ininterrumpida[788].

En el comercio, la nueva política se reflejó en la apertura de los mercados chilenos a los productos extranjeros –entre otras medidas, mediante la drástica reducción de los aranceles– y en el esfuerzo por diversificar las exportaciones[789]. Estados Unidos se convirtió entre 1973 y 1989 nuevamente en el principal socio comercial de Chile, a pesar de que en la década de 1980 los Estados de la Comunidad Europea, en conjunto, absorbían la mayor proporción de las exportaciones chilenas. Ésa era una de las causas de por qué recién en 1983 la balanza comercial de Chile con Estados Unidos fue positiva. Ya desde 1975 los

---

*cit*., pp. 82-86. Sater, *op. cit*., pp. 184-185, defendió la interpretación que plantea que el gobierno chileno había dispuesto de suficiente dinero proveniente de países latinoamericanos, europeos y del bloque del Este. Con esto fundamentaba su tesis según la cual el "bloqueo invisible" había contribuido sólo marginalmente al fracaso del gobierno de Salvador Allende. En realidad William Sater esconde aspectos importantes como las negociaciones con los acreedores internacionales. Muchos elementos hablan de que una combinación de ambos factores –presión internacional (esto es, principalmente estadounidense) y crisis doméstica– provocó la miseria económica que permitió el golpe de Estado de 1973.

[787] Sigmund, *The United..., op. cit*., pp. 67-69; Jensen, *op. cit*., pp. 396-405. *El Mercurio* llamaba la atención, en febrero de 1972, sobre la profunda relevancia que tenía la cuestión de la deuda externa: "Allende pronostica 'Guerra económica'", en *El Mercurio,* edición internacional, 7-13 de febrero de 1972, p. 1. Véase también "Difíciles negociaciones....", en *La Segunda*, Santiago, 20 de diciembre de 1972, p. 7; "Negociaciones con EE.UU.", en *La Prensa*, Santiago, 1 de abril de 1973, p. 3.

[788] Heraldo Muñoz, *Las relaciones exteriores del gobierno militar chileno*, pp. 201-203.

[789] Ricardo Ffrench-Davis, "Import Liberalization: The Chilean Experience, 1973-1982", p. 52. Véase también Kalki Glauser, "Comercio exterior y cambio estructural, Chile, 1968-1986", pp. 144-179.

exportadores chilenos profitaron de la implantación de aranceles preferenciales para los países en desarrollo establecidos por el gobierno de Gerald Ford. El valor de las exportaciones hacia Estados Unidos, estancado entre 1974 y 1978, recién durante el decenio 1980 se elevó de manera considerable[790]. La diversificación general de las exportaciones chilenas como consecuencia de la liberalización del comercio se evidenció en que junto al cobre, que siguió siendo el principal producto de exportación del país, la fruta chilena, en especial la uva, logró conquistar una creciente participación dentro del mercado estadounidense[791]. En un comienzo, las importaciones estaban compuestas principalmente por bienes tradicionalmente adquiridos desde Estados Unidos como trigo, maquinarias y combustibles. A partir del boom económico chileno, entre 1978 y 1981, creció fuertemente el volumen de las importaciones y éstas se diversificaron por el gran incremento de los bienes de consumo[792].

En atención a las inversiones extranjeras en Chile, el gobierno adoptó una política compuesta de tres elementos principales. Los extranjeros debían ser tratados, por principio, del mismo modo que los inversionistas locales. Ni en el volumen ni en la gama de inversiones debía haber una limitación a la participación extranjera y la intervención estatal debía restringirse al mínimo[793]. Fundamental para la aplicación de esta política fue el decreto 600 de 1974. Este atraía potenciales inversionistas, entre otros, mediante aranceles e impuestos bajos y también a través de generosas condiciones para el retorno de sus ganancias. Cuando Chile se retiró del Pacto Andino en enero de 1977, quedó libre el camino hacia una mayor liberalización[794]. Junto a las medidas gubernamentales, una serie de factores, tales como las ventajas comparativas en, por ejemplo, la fruticultura, la minería y los sectores forestal y pesquero, un bien desarrollado mercado financiero y el prestigio de milagro económico ganado a lo largo del tiempo, volvieron a hacer de Chile un destino atractivo para los inversionistas extranjeros[795].

Esto se reflejó en el crecimiento generalizado de las inversiones directas en Chile. Roberto Behrens, colaborador de CEPAL, presentó en 1992 unos cálculos fundamentales sobre la participación de cada nación en las inversiones.

[790] Respecto de las cifras, véase Banco Central de Chile, *Indicadores económicos y sociales, 1960-1988*, pp. 368-374.

[791] "Comercio con EE.UU.", en *El Mercurio*, Santiago, 15 de enero de 1979, p. A3; "Chile en el mundo", en *El Mercurio*, Santiago, 23 de enero de 1987, p. B14. Sobre la reestructuración del comercio hortofrutícola entre 1970 y 1990, véase Walter Goldfrank, "Fresh Demand: The Consumption of Chilean Produce in the United Status", pp. 267-268.

[792] "Tío Sam", en *Ercilla*, Nº 2173, Santiago, marzo de 1977, pp. 21-25; "Chile-EE.UU.", en *Estrategia,* Nº 440, Santiago, julio 1987, p. 21.

[793] Eugenio Lahera, "Las empresas transnacionales en la economía chilena", p. 107.

[794] Ricardo Zabala, "Inversión extranjera directa en Chile", pp. 226-232; Paul E. Sigmund, *Multinationals in Latin America: The Politics of Nationalization*, pp. 172-173. En todo caso, los inversionistas extranjeros debían esperar la aprobación de sus proyectos por parte de un comité gubernamental.

[795] Roberto Behrens, *Inversión extranjera y empresas transnacionales en la economía de Chile, 1974-1989: el papel del capital extranjero y la estrategia nacional de desarrollo*, pp. 96-105.

Advierte acerca de los problemas para definir el origen nacional del capital, en vista de la creciente actuación de consorcios transnacionales, y que el criterio finalmente asumido fue el de basar dicha definición en la sede social legal de la matriz. De ahí que se presentara una gran dispersión en las empresas activas en Chile durante los decenios 1970 y 1980, las que provenían, en parte, de Arabia Saudita, Nueva Zelanda o Bermudas. Simultáneamente, la estadística muestra también que se mantenía el claro dominio del capital de inversiones estadounidenses. Los casi dos mil quinientos millones de dólares invertidos por empresas de Estados Unidos en Chile, entre 1974 y 1989, correspondían al 49% del total de las inversiones extranjeras. A gran distancia le seguían Australia, con 5,8%, y las Islas Caimán, con 5,5%, en el segundo y tercer lugar, respectivamente[796].

Ya entre los años 1974 y 1978 regresaron a Chile numerosas empresas como: Goodyear, Shell, Firestone, Citibank, Coca-Cola, IBM y Exxon[797]. Ni siquiera la crisis económica de 1982/83 modificó esta tendencia. Por el contrario, los inversionistas aprovecharon la oportunidad de comprar empresas chilenas en quiebra que, en parte, habían pasado a ser propiedad del Estado. Durante la segunda mitad de la década de 1980, las inversiones en Chile crecieron nuevamente a una velocidad mayor que en los demás países latinoamericanos. Los principales sectores en que se concentró el capital estadounidense siguieron siendo la minería, la banca, los servicios financieros y algunas áreas industriales[798]. En el sector minero la nacionalización del cobre no fue revocada. Aun así, inversionistas extranjeros obtuvieron nuevamente concesiones, de modo que, a partir de 1974, ese sector recibió, otra vez, la mayor parte del capital extranjero. En este proceso, los consorcios asumieron el liderazgo. En 1978, Exxon invirtió más de seiscientos cincuenta millones de dólares en la Compañía Minera La Disputada. La suma total autorizada ascendió a más de mil millones de dólares. Luego de la crisis económica de 1982/83, se produjeron, crecientemente, fusiones multinacionales como, por ejemplo, la cooperación estadounidense-japonesa para la explotación de metanol. Paralelamente, los inversionistas buscaron cada vez con más fuerza la asociación con influyentes consorcios chilenos, los que, por su parte, mantenían estrechas relaciones personales con el régimen militar[799].

[796] Behrens, *op. cit*., pp. 87-91. Sobre la clasificación según sectores, véase James W. Wilkie (ed.), *Statistical Abstracts of Latin America*, vol. 30, part 2, p. 950; Rolf Lüders, "The Chilean Economy and US-Chilean Relations", pp. 38-39. Sobre la colaboración transnacional, véase Gustavo Marín y Patricio Rozas, *Los grupos transnacionales y la crisis*, pp. 89-136. La participación de Japón, comparada con la del decenio 1960, era fuertemente decreciente: Zabala, *op. cit*., p. 249.

[797] "Las 50 mayores inversiones extranjeras", en *Qué Pasa*, Nº 496, Santiago, 1980, p. 34.

[798] Marín y Rozas, *Los grupos..., op. cit*., pp. 180-189; Meller, *op. cit*., pp. 267-275. Una comparación con los otros países latinoamericanos puede verse en "Aumento de inversión de EE.UU.", en *El Mercurio*, Santiago, 4 de septiembre de 1987, p. A3.

[799] "Privatización e inversión extranjera en la minería chilena", en *Mensaje*, Nº 368, Santiago, mayo de 1988, pp. 148-154. Un listado de inversionistas puede verse en Patricio Rozas y Gustavo Marín, *1988: el mapa de extrema riqueza 10 años después*, pp. 79-280.

Esta "transnacionalización" del capital extranjero puede verse claramente en el caso de la industria automovilística, uno de los principales sectores entre los que absorbieron las inversiones extranjeras directas en Chile. Según Rhys Jenkins, a partir de principios del decenio 1970, los tres principales bloques de productores –Estados Unidos, Europa y Japón– fueron uniéndose progresivamente, dando lugar a una industria mundial. En el mercado chileno podían actuar libres de la injerencia del Estado. Tanto las limitaciones, respecto de cantidad y de modelos en la producción de automóviles, como las disposiciones que fijaban una cuota mínima de piezas hechas en Chile, vigentes todavía durante la UP, fueron suprimidas. Junto a algunos productores europeos y la cooperación establecida durante la UP entre CORFO y Citröen, General Motors fue autorizada para producir automóviles. Sin embargo, dada la fuerte reducción de los aranceles de internación, la importación de automóviles desde Japón aumentó vertiginosamente y los nuevos productores quedaron muy pronto fuera de competencia[800].

A fines de 1975 y principios de 1976 el First National City Bank –rebautizado como Citibank en febrero de 1976– se convirtió en el primer banco extranjero en volver a operar en Chile. Numerosos bancos siguieron su ejemplo desde 1978. En 1982, de los cuarenta y un bancos que operaban en el país, dieciocho tenían sus matrices en el extranjero, siete en Estados Unidos. La mayoría se concentró en el negocio de las grandes empresas, actuaba como banca de inversiones y participaba del negocio de las tarjetas de crédito. Favorecidos por la crisis, inversionistas estadounidenses como Bankers Trust y el American International Group pudieron adquirir, en condiciones favorables, empresas de servicios financieros en quiebra, absorbiendo porcentajes importantes del nuevo sistema de pensiones privado[801]. Profitaban así de la crisis por la deuda a la que ellos mismos habían contribuido mediante el generoso otorgamiento de créditos internacionales durante la década de 1970.

Según una relación elaborada por la revista *Ercilla,* en 1975 la deuda externa chilena llegó a tres mil ochocientos millones de dólares. De éstos, Estados Unidos era acreedor de mil setecientos cincuenta millones (cerca del 46%), de los cuales seiscientos cincuenta y seis millones correspondían a instituciones gubernamentales como AID y Eximbank, ciento cincuenta y un millones a créditos comerciales, nueve millones a préstamos del sector público, cuatrocientos diecisiete millones a pagos de indemnizaciones compensatorias, cuatrocientos noventa y un millones al acuerdo de Conversión de Deuda de

[800] Jenkins, *op. cit*., pp. 5, 187 and 209. Sobre la relevancia del sector automovilístico, véase Marín y Rozas, *Los grupos..., op. cit*., p. 61; Jenkins, *op. cit*., p. 196.

[801] Marín y Rozas, *Los grupos..., op. cit*., pp. 137-179; de los mismos autores, *1988..., op. cit*., pp. 201-235; "Crece la banca extranjera", en *Qué Pasa*, Nº 587, Santiago, 8 de julio de 1982, pp. 30-31; Phillip L. Zweig, *Wriston: Walter Wriston, Citibank, and the Rise and Fall of American Financial Supremacy*, p. 431.

París de 1972 y veintiséis millones a créditos bancarios privados[802]. Hasta 1977 la deuda total ya había crecido a cinco mil seiscientos millones de dólares, y en los siguientes cuatro años creció explosivamente a quince mil seiscientos millones. En 1985 alcanzó veintiún mil millones de dólares, de los cuales dieciséis mil habían sido contraídos con Estados Unidos[803].

¿Cómo se llegó a este crecimiento explosivo de la deuda externa? El sector de la ayuda para el desarrollo entrega sólo en parte una explicación a esta pregunta. Por cierto, luego del derrocamiento de la UP, crecieron notoriamente los créditos otorgados a Chile; sin embargo, desde 1976 fueron suspendidos por el Congreso estadounidense por razones políticas, ya que el gobierno de Jimmy Carter utilizó el otorgamiento de créditos como un instrumento de su política de derechos humanos. Pero, como en 1970 una gran parte de la ayuda para el desarrollo proveniente de Estados Unidos había sido traspasada a instituciones multilaterales, de manera de desarticular un potencial de conflictos en las relaciones bilaterales, siguieron otorgando créditos a Chile desde el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo. Entre 1976 y 1986 llegaron, de esa manera, cuarenta y seis créditos por un total de cerca de tres mil cien millones de dólares. A estos créditos se sumaba el pago de indemnizaciones compensatorias a las empresas estadounidenses expropiadas durante la UP[804]. Sin embargo, la banca privada tuvo la mayor participación en el vertiginoso desarrollo de la deuda externa de Chile. La deuda externa privada chilena creció enormemente entre 1978 y 1981, sobre todo mediante créditos bancarios que, con frecuencia, eran otorgados por filiales chilenas de bancos como el Chase Manhattan Bank o el Citibank, a pesar del boicot oficial del gobierno estadounidense. El consorcio Citibank tuvo muy luego una elevada participación de la deuda externa chilena total[805]. En el caso de muchos de estos créditos se trataba de préstamos caros a corto plazo. El volumen que alcanzaron los pagos de intereses adquirió nuevas dimensiones[806].

Estos pagos de intereses fueron un elemento importante del conjunto de factores que gatillaron la crisis económica de 1982[807]. En noviembre de ese año comenzó la crisis de la banca. En enero del siguiente año, el gobierno tomó el control de cinco bancos privados y ordenó la liquidación de otros tres. En

[802] "Deuda de Chile con EE.UU.", en *Ercilla*, Nº 2173, Santiago, 23 de marzo de 1977, p. 24.

[803] Meller, *op. cit*., p. 207; Muñoz, *op. cit*., pp. 201-203; Pamela Constable & Arturo Valenzuela, *A Nation of Enemies: Chile under Pinochet*, p. 194.

[804] Muñoz & Portales, *op. cit.,* pp. 24-25; Lars Schoultz, *Human Rights and United States Policy toward Latin America*, pp. 172 y 185; Constable & Valenzuela, *op. cit*., p. 172. Sobre los pagos de compensaciones, véase Zabala, *op. cit*., p. 240.

[805] "David Rockefeller", en *Estrategia*, año 3 , Nº 94, Santiago, 1980, p. 7. Sobre la contradicción entre la política estadounidense oficial y los bancos, véase Stallings, *op. cit*., p. 100.

[806] Patricio Silva, "Technocrats and Politics in Chile: From the Chicago boys to the CIEPLAN Monks", p. 396.

[807] Sigmund, *The United..., op. cit*., p. 140.

forma paralela se iniciaron las negociaciones con los acreedores internacionales. Bajo la condición de garantizar el total de la deuda externa privada, se llegó a diversos acuerdos de congelamiento de pagos, tanto con el FMI como con la banca privada, y al intento de reestructurar los pagos pendientes por parte de Chile. Los bancos, como el caso del Citibank, fueron indemnizados, en parte, con participaciones en empresas industriales chilenas, tras lo cual volvió a aumentar con fuerza la inversión directa extranjera. En octubre de 1985, el Banco Mundial otorgó, por primera vez, con este fin, un crédito mayor (SAL 1), al cual le siguió otro en noviembre del año siguiente (SAL 2), antes de que se anunciase en diciembre de 1986 el restablecimiento del sistema financiero chileno. La liquidación de las antiguas cuentas impagas, no obstante, tardó bastante más[808].

Haciendo un balance, puede constatarse que las relaciones económicas entre Estados Unidos y Chile tras la Segunda Guerra Mundial, especialmente entre 1970 y 1989, estuvieron marcadas por mayores fracturas que las de la fase que transcurrió de 1900 a 1930. Aun así, inversionistas estadounidenses siguieron manteniendo posiciones claves en la vida económica chilena. También su papel como principales fuentes de inversiones directas e indirectas, y de fondos de ayuda para el progreso, permaneció incuestionado. Por supuesto, en el sector comercial también se hicieron sentir la transnacionalización del capital y el aumento de la competencia tanto asiática como europea. Por consideraciones políticas, entre 1970 y 1973 se intentó expulsar completamente el capital estadounidense de Chile, pero a partir de 1974 esta política fue totalmente revertida. Durante el régimen de Augusto Pinochet se vivió un renacimiento que ni siquiera la crisis por las deudas adquiridas entre 1982-1983 pudo frenar. De esta manera, desde el punto de vista de muchos chilenos, Estados Unidos siguió siendo sinónimo de poder económico e influencia extranjera dentro de su país.

*Elementos políticos: aliado y adversario*

Tal como muestra la visión general de las relaciones económicas entre Chile y Estados Unidos, a partir de la crisis económica mundial el plano económico fue prácticamente inseparable del político. Mientras Estados Unidos y la Unión Soviética asumieron, a más tardar desde 1945, el indiscutido papel de potencias rectoras mundiales, la importancia de Chile quedó limitada al ámbito regional. Ciertamente las relaciones políticas chileno-estadounidenses adquirieron durante las décadas de 1970 y 1980 nuevas dimensiones, las que excedían en mucho la medida normal que solían tener las relaciones entre

[808] Behrens, *op. cit.*, pp. 137-140; Zweig, *op. cit.*, p. 864. Sobre los mecanismos de conversión, véase Zabala, *op. cit.*, pp. 260-262; Juan Andrés Fontaine, "Los mecanismos de conversión de deuda en Chile", pp. 137-157.

una superpotencia y un país del, así llamado, tercer mundo. A continuación se describen brevemente las bases de esas relaciones contenidas entre el período de la crisis económica mundial hasta el fin del régimen de Augusto Pinochet.

Las fuertes complicaciones en las relaciones bilaterales habían sido difíciles de superar durante el decenio 1930. A pesar de la simpatía que la segunda administración de Arturo Alessandri Palma –de corte conservador– tuvo hacia Estados Unidos, seguían en primer plano problemas no resueltos tales como: el trato a los inversionistas estadounidenses, cuestiones comerciales y especialmente el asunto de la moratoria. Mediante duras negociaciones se lograron, en 1939, ciertos acercamientos en temas como el problema de la deuda. Sin embargo, las dificultades en el comercio exterior siguieron siendo determinantes bajo los gobiernos del Frente Popular, los que, como se ha mostrado, se esforzaron intensamente por conseguir créditos para financiar sus ambiciosos programas de industrialización. Simultáneamente, el nuevo gobierno de Franklin D. Roosevelt manifestaba, por medio de su política latinoamericana de la "buena vecindad", su interés por integrar a Chile dentro del campo de los estados que, junto a Estados Unidos, estaban en contra del fascismo y nacionalsocialismo europeos, y a favor del libre comercio mundial[809].

Con el ingreso de Estados Unidos a la guerra pareció mejorar la posición negociadora de Chile como productor de cobre. En realidad, tanto las limitaciones al precio de ese mineral como la imposición de medidas que iban en contra de los intereses de las potencias del Eje, logradas en conjunto por la diplomacia y los consorcios estadounidenses, mostraron que Chile seguía siendo la parte más débil en esa sociedad[810]. Por ello, los gobiernos chilenos se mostraron poco dispuestos a dar un apoyo, más allá de la retórica, a los esfuerzos bélicos de Estados Unidos. Chile eludió por mucho tiempo romper las relaciones diplomáticas con las potencias del Eje. La crítica que se hacía a esta táctica de demora contribuyó a las desavenencias. Muy tarde, en febrero de 1945, Chile declaró la guerra a Japón para poder formar parte de los países fundadores de las Naciones Unidas[811].

Tras el fin de la guerra, Estados Unidos se esforzó nuevamente por ganar a Chile para su campo. Para ello podía usar como medio de presión el otorgamiento de créditos, medio que ya había utilizado con éxito en 1947 cuando indujo al presidente Gabriel González Videla a excluir al Partido Comunista de la coalición de gobierno. Chile firmó ese mismo año el Pacto de Rio, un pacto de defensa mutua de los estados americanos en caso de amenaza externa

[809] Fermandois, *Abismo..., op. cit.*, pp. 67-70 y 152-197; Sater, *op. cit.*, pp. 105-111; Francis, *op. cit.*, pp. 11-13.

[810] Sater, *op. cit.*, p. 112; Francis, *op. cit.*, p. 37. Véase también Mario Barros Van Buren, *La diplomacia chilena durante la Segunda Guerra Mundial.*

[811] Humphreys, *op. cit.*, vol. 1, pp. 65, 81 and 161-178, vol. 2, pp. 107-117; Joaquín Fermandois H., "Guerra y hegemonía 1939-1943: Un aspecto de las relaciones chileno-norteamericanas", pp. 23-43; Barros van Buren, *op. cit.*

e interna, y el año 1948 se convirtió en miembro de la recién fundada OEA[812]. La fuerte integración de Chile en el sistema interamericano de la posguerra, se manifestó, entre otras cosas, en el grado de usufructo que el país hizo durante el decenio 1950 de la ayuda militar estadounidense, incluidos el envío de misiones militares y la formación de oficiales chilenos en instituciones del País del Norte. Simultáneamente, la CIA estableció una red de operaciones en Chile[813].

El imperativo de que Chile debía ser el ejemplo de la Alianza para el Progreso y, con ello, la imagen contraria a Cuba, no sólo se reflejó en las relaciones económicas hacia Estados Unidos sino, también, en las políticas. Ya durante el gobierno de Jorge Alessandri (1958-1964) fue notoria la presión –asociada a los aportes de la Alianza para el Progreso– ejercida por Estados Unidos para que Chile realizara reformas sociales, presión que ocasionó el rechazo de las capas dirigentes, que veían amenazado su propio patrimonio. Por su parte, la izquierda opositora obviamente rechazaba la Alianza para el Progreso por su orientación antirrevolucionaria[814]. Precisamente en el problema de Cuba quedó de manifiesto que Jorge Alessandri, que era conservador, no estaba dispuesto a seguir en todos los casos las imposiciones de Estados Unidos. Así, Chile se abstuvo en la votación para decidir la exclusión de Cuba de la OEA, aunque no por motivos ideológicos, sino porque adhería al principio de no intervención en los asuntos internos de otros países[815].

Durante la campaña electoral de 1964, el Partido Demócrata Cristiano, liderado por Eduardo Frei Montalva, también criticó la política latinoamericana de Estados Unidos, aunque lo hizo de forma más bien moderada si se le compara con el discurso de la izquierda socialista. Aun así, tras su triunfo en las elecciones, se convirtió en figura central dentro de la Alianza para el Progreso, pues con su "revolución en libertad" prometía exactamente la combinación de reformas sociales y orientación anticomunista que avizoraba la política norteamericana. De esta forma, recibió subvenciones para su campaña, mientras que su contendor, Salvador Allende, era difamado en una concertada campaña de prensa[816].

Durante el mandato de Eduardo Frei M. se produjeron múltiples problemas en las relaciones bilaterales. Podían atribuirse a que el gobierno se esforzaba por deshacerse de la imagen de vasallo de Estados Unidos que se le había col-

[812] Barnard, *op. cit*., pp. 369-370; Kofas, *op. cit*., p. 158; Sater, *op. cit*., pp. 121-124.

[813] Armando Uribe, *The Black Book of American Intervention in Chile*, pp. 7-13; Fermandois, *Chile y el mundo..., op. cit*., p. 91; Muñoz & Portales, *op. cit*., p. 27; Wolpin, *op. cit*., pp. 89-92; Germán Marín, *Una historia fantástica y calculada: La CIA en el país de los chilenos*, pp. 19-87.

[814] Sigmund, *The United..., op. cit*., pp. 15-18; Joaquín Fermandois, "Chile y la 'Cuestión Cubana', 1959-1964", pp. 113-220; Muñoz & Portales, *op. cit*., pp. 29-32.

[815] Sater, *op. cit*., pp. 134-135; Fermandois, "Chile y la 'Cuestión...", *op. cit*., pp. 166-168.

[816] Sigmund, *The United..., op. cit*., pp. 20-25. Véase también la valoración del embajador en Chile (1967-1971) Edward M. Korry, "Los Estados Unidos en Chile y Chile en los Estados Unidos: una retrospectiva política y económica (1963-1975)",pp. 17-74.

gado como consecuencia de la reñida campaña electoral y de la contratación de créditos. Esto explica la actitud de rechazo de Santiago ante la cuestión de legitimar la intervención militar estadounidense en República Dominicana, en 1965. Los aportes que realizaba la Alianza para el Progreso a Chile originaron problemas, pues el desarrollo económico chileno había dejado de responder a las expectativas, y los acreedores presionaron para que el país siguiese un estricto camino de austeridad con reducción de los beneficios sociales. En 1967 Eduardo Frei M. se quejó públicamente de que la Alianza había perdido el rumbo, pues, en su opinión, había subordinado la meta del cambio de las estructuras sociales hasta hacerla irreconocible, en favor de la meta del combate al comunismo. Hacia el final de su mandato se agudizó esta postura crítica, la que halló elocuente expresión en el Consenso de Viña del Mar, alcanzado en 1969 en la comisión de la Naciones Unidas CECLA, entre otros[817]. A estas alturas, la administración de Richard Nixon ya había puesto fin a al Alianza para el Progreso y, en Chile, comenzaba una nueva campaña presidencial.

La UP, triunfadora en las elecciones de 1970, planeaba profundos cambios a la política exterior de Chile para asegurar la concreción de su radical programa de reformas internas. El programa básico de gobierno del conglomerado de partidos, redactado en septiembre de 1970, decía que la UP fortalecería la independencia internacional de Chile, desarrollaría las relaciones con los países socialistas, boicotearía a la OEA como instrumento del imperialismo y revisaría todos los tratados vigentes con Estados Unidos, los que serían modificados en caso de ser necesario. A pesar de esta variante especialmente radical del antiimperialismo, el nuevo gobierno no se separó totalmente de su predecesor. Más bien, se estructuró sobre el nuevo papel de Chile como motor de integración regional y como impulsor de la limitación de la influencia extranjera, papel que había asumido el gobierno de Eduardo Frei Montalva en la década de 1960 ya sea, por ejemplo, dentro del Pacto Andino o del Consenso de Viña del Mar[818]. La retórica abiertamente antiestadounidense de quienes tenían cargos de responsabilidad dentro de la UP colaboró para despertar en los políticos más influyentes de Estados Unidos –como Henry Kissinger y el presidente Richard Nixon– el temor que un Chile comunista representaba para el "hemisferio occidental"[819].

Lo irreconciliable de las posturas de Estados Unidos y de la UP se había tornado evidente desde 1964. La distancia se agudizó durante la campaña electoral de 1970, cuando la CIA y algunas empresas privadas de aportaron más

[817] Eduardo Frei, "The Alliance that lost its Way", pp. 438-448. Véase también Sater, *op. cit.*, pp. 147-158; Michaels, *op. cit.*, pp. 90-91.

[818] "Programa básico de gobierno de la unidad popular", tomo 2, p. 960; Carlos Fortín, "Principled Pragmatism in the Face of External Pressure: The Foreign Policy of the Allende Government", p. 218; Jensen, *op. cit.*, p. 280. Sobre el programa de política exterior de la UP, véase Salvador Allende, "The Chilean Road to Socialism", pp. 19-20.

[819] Henry Kissinger, *White House Years*, p. 656; Edy Kaufman, *Crisis..., op. cit.*, p. 5.

de un millón de dólares para garantizar el triunfo electoral del ex presidente Jorge Alessandri, el candidato de la derecha[820]. Tras el fracaso de este intento, Estados Unidos desarrolló estrategias en pos de evitar que Salvador Allende asumiera el mando, que se formalizaron en los así llamados Track I y II. El primero contemplaba impedir la ratificación de Salvador Allende por parte del Congreso mediante la conformación de un pacto entre Jorge Alessandri y la Democracia Cristiana. En virtud del estrecho resultado electoral esto era teóricamente posible, sin embargo, contradecía el espíritu de la Constitución. Fue rechazado, entre otros, por el Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, general René Schneider. A mediados de septiembre de 1970, Richard Nixon ordenó a la CIA que se dedicara a fondo a elaborar un plan para "salvar" a Chile, sin importar los costos[821]. A partir de estos lineamientos, la CIA desarrolló el Track II, una estrategia que buscaba fomentar los elementos golpistas dentro del Ejército chileno. Cuando el general René Schneider fue asesinado en octubre de 1970, en medio de un intento del general Roberto Viaux por forzar un golpe de Estado, creció también entre las fuerzas moderadas en Chile la disposición a seguir la vía constitucional. Salvador Allende asumió su cargo en noviembre. El gobierno estadounidense, que miraba expectante y con aparente frialdad los acontecimientos, modificó entonces su estrategia y se dedicó al ya descrito "bloqueo invisible" para desestabilizar la economía chilena, con el fin de hacer tambalear el gobierno de Salvador Allende en el largo plazo[822]. Para ello Washington cooperó, a través de la CIA, con parte de sus empresas que operaban en Chile como, por ejemplo, ITT[823].

Muy poco después de que Salvador Allende asumiera su cargo salieron a la luz las tensiones entre ambos países a raíz de las medidas chilenas para la nacionalización del cobre y por los conflictos a causa de las indemnizaciones compensatorias a las empresas estadounidenses. Cuando el FMI y el Banco

[820] Jensen, *op. cit*., p. 215. Dentro del gobierno hubo diferentes posturas respecto del caso de Chile. Véase Fermandois, *Chile y el mundo..., op. cit*., p. 285.

[821] CIA, Notes on Meeting with the President on Chile, 15 september de 1970.

[822] National Security Council, National Security Division, Memorandum 93, Policy Towards Chile, 9 november 1970. Departament of State, Memorandum for Henry Kissinger on Chile, 4 december 1970, queda claro cómo el gobierno modificó gradualmente su posición. Sobre la postura oficial del gobierno, véase "Política exterior independiente", en *El Mercurio,* edición internacional, 2-8 de noviembre de 1970, p. 3; "Comunismo en el gobierno chileno", en *El Mercurio*, Santiago, 27 de junio de 1971, p. 33.

[823] Respecto de los hechos básicos del Track I y II no hay dudas, gracias al trabajo esclarecedor que el Congreso realizó en el decenio 1970. Por supuesto su interpretación sigue siendo controvertida. Por ejemplo, respecto del grado de cooperación entre Roberto Viaux y la CIA o de la responsabilidad por la fuga de capitales extranjeros de fines de 1970: Sater, *op. cit*., pp. 160-164. Sigmund, *The United..., op. cit*., pp. 37-43 and 48-57. Jensen, *op. cit*., pp. 231-280; Fermandois, *Chile y el mundo..., op. cit*., pp. 94-95 y 286-296. Muñoz & Portales, *op. cit*., pp. 37-44. Edy Kaufman, *Crisis..., op cit*., pp. 8, 17-24 and 122. Gregorio Selser, *Salvador Allende y Estados Unidos: la CIA y el golpe militar de 1973,* pp. 61-79. Robert Sobel, *ITT: The Management of Opportunity*, pp. 306-308.

Mundial se involucraron en este problema bilateral, éste adquirió dimensiones multilaterales. Rehuía un quiebre abierto con Chile, pues temía que Salvador Allende pudiese rechazar la responsabilidad sobre la deuda externa chilena. Por consiguiente, Washington persistió en la estrategia de las acciones secretas –que iban desde una campaña de prensa en contra del gobierno de Salvador Allende pasando por el apoyo financiero a la oposición y a elementos conspirativos dentro del Ejército chileno, hasta la infiltración de miembros del servicio secreto dentro de, por ejemplo, la administración pública para sabotearla– o ejerciendo medidas de presión, ya sea mediante la suspensión de la ayuda para el desarrollo o dificultando el otorgamiento de créditos[824]. En parte como producto de una planificación previa o como reacción a la política de obstrucción estadounidense, la UP buscó acercamientos con otros países en América Latina, Europa occidental y especialmente en el bloque del Este[825]. Fundamental importancia tuvieron las relaciones con Cuba, restablecidas ya en noviembre de 1970. A fines de 1971 Fidel Castro visitó Chile por casi un mes, y un año más tarde Salvador Allende correspondió a esta visita. Chile se esforzó por atenuar la sanción de la OEA en contra de la isla y estableció estrechas relaciones económicas, militares y políticas con Cuba[826].

Cuando en abril de 1972 aparecieron los reportajes del periodista de investigación Jack Anderson acerca de las maquinaciones de la CIA y de la ITT, se agudizó aún más el enfrentamiento con Estados Unidos[827]. Salvador Allende utilizó el foro que le ofreció la conferencia sobre el desarrollo UNCTAD III, inaugurada pocos días más tarde en Santiago, para invocar la cohesión del tercer mundo frente al poder de los consorcios transnacionales. En diciembre de 1972 denunció la intervención de la ITT en Chile, en el discurso que dio ante la asamblea general de las Naciones Unidas[828]. Con este telón de fondo prosiguieron las acciones del gobierno estadounidense en pos de desestabilizar el gobierno chileno. En ese contexto adquirieron mayor importancia los contactos con el Ejército chileno. Desde la década de 1950, la intensa cooperación a través de la instrucción había llevado, entre otras cosas, a que los oficiales chilenos internalizaran la doctrina de la defensa contra la infiltración comunista.

[824] Sigmund, *The United..., op. cit.*, p. 66; U.S. Congress, Senate, *op.cit.*, p. 11; Edy Kaufman, *Crisis..., op. cit.*, p. 96. De esa forma *El Mercurio,* principal medio de oposición y que se encontraba en medio de un abierto conflicto con el gobierno, obtuvo el apoyo de la USIA y de la CIA.

[825] Según el ex ministro de Relaciones Exteriores, Clodomiro Almeyda, "The Foreign Policy of the Unidad Popular Government", p. 118, esta política fue una reacción al bloqueo. Véase también Edy Kaufman, "La política exterior de la Unidad Popular chilena", pp. 253-254.

[826] La mejor descripción aparece en Fermandois, *Chile y el mundo..., op. cit.*, pp. 161-246.

[827] "La ITT...", en *El Siglo*, Santiago, 2 de abril de 1972, impreso en Miguel González y Arturo Fontaine (eds.), *Los mil días de Allende*, tomo 1, p. 332. Véase también Jensen, *op. cit.*, pp. 11-99; Uribe, *op. cit.*

[828] Sater, *op. cit.*, pp. 165-166; Paul E. Sigmund, *The Overthrow of Allende and the Politics of Chile, 1964-1976*, p. 192.

El número de oficiales instruidos en Panamá aumentó de forma continua entre 1968 y 1974. Sobre esta base, entre 1970 y 1973, el gobierno estadounidense elevó notoriamente la ayuda militar a Chile[829]. Continúa siendo un tema controvertido resolver hasta qué punto agencias del gobierno participaron directamente en la planificación y en los preparativos del golpe de Estado de septiembre de 1973 contra Salvador Allende, a pesar de que recientemente fueron desclasificados y publicados importantes documentos. El estado actual de las investigaciones sugiere que estos esfuerzos para desestabilizar al gobierno de Salvador Allende fueron un elemento importante, si bien no determinante ni menos, aún, exclusivo, para provocar el golpe de Estado[830].

Sea cual fuere la importancia del aporte estadounidense para la caída de Salvador Allende, el hecho es que la postura de Washington hacia la Junta Militar fue, desde un comienzo, positiva. La brutal persecución a opositores políticos puesta en marcha por la junta militar durante los meses siguientes al golpe de Estado fue tolerada por el gobierno de Richard Nixon, si no celebrada o hasta apoyada[831]. Ciertamente tras el golpe hubo voces en Estados Unidos que, tal como sucedió durante la UP, criticaron con énfasis la política estadounidense hacia Chile. Además de la oposición parlamentaria liderada por el senador Edward M. Kennedy, se trataba principalmente de académicos y de organizaciones no gubernamentales dedicadas al área de la ayuda para el progreso. A pesar de que hasta fines de 1973 estos grupos no consiguieron imponer en el Congreso su exigencia de detener el otorgamiento de créditos al régimen militar, siguieron siendo, hasta 1989, un sector de gran relevancia para el desarrollo de las relaciones entre Chile y Estados Unidos. Chile se convirtió en un tema importante en las discusiones de política interna. La cuestión en torno a los derechos humanos adquirió, cada vez, más protagonismo para la política exterior estadounidense[832].

[829] Pablo Corlazzoli, *Los regímenes militares en América Latina: Estructuración e ideología. Los casos de Brasil, Chile y Uruguay*, pp. 25-27; Edy Kaufman, *Crisis..., op. cit*., pp. 117-119. Las cifras exactas aparecen en. U.S. Congress, Senate, *op. cit*., p. 4.

[830] Lois H. Oppenheim, *Politics in Chile: Democracy, Authoritarianism, and the Search for Development*, p 103; Constable & Valenzuela, *op. cit*., p. 51. A mediados del decenio 1970 se desarrolló una controversia entre cuentistas políticos respecto del papel de Estados Unidos en el golpe. Las posiciones extremas fueron defendidas, por un lado, por James Petras & Morris Morley, *The United States and Chile: Imperialism and the Overthrow of the Allende Government*, p. 6, y por el otro, por, Paul Sigmund, *The Overthrow..., op. cit.* y Robert J. Alexander, *The Tragedy of Chile*, p. 218. Véase, además, Paul E. Sigmund, "U.S. Policy Towards Chile", pp. 121-127; James Petras & Morris Morley, "On the U.S. and the Overthrow of Allende", pp. 205-221; Paul E. Sigmund, "Response to Petras and Morley", pp. 222-224.

[831] Sigmund, *The United..., op. cit*., pp. 86-87, ve sólo una participación marginal de la CIA. Los documentos recientemente desclasificados muestran que el gobierno estadounidense estaba bien informado sobre los acontecimientos en Chile. Así, por ejemplo, se ve en el reporte del agregado naval Patrick Ryan: Department of Defense, U.S. Milgroup, Situation Report # 2, 1 October 1973.

[832] Respecto de las votaciones sobre los créditos, véase "El Congreso de EE.UU.", en *El Mercurio*, edición internacional, 10-16 de diciembre de 1973, p. 3. En Chile, las actividades de

El régimen de Augusto Pinochet se esforzó por cuidar las relaciones con Estados Unidos mediante una campaña de prensa, a través de la indemnización compensatoria de las empresas nacionalizadas y estableciendo una complaciente política hacia los inversionistas. Desde un comienzo estos empeños fueron exitosos; así, Chile volvió a recibir el generoso apoyo financiero de Washington.Los gobiernos de Richard Nixon y de Gerald Ford impidieron investigaciones sobre la situación de los derechos humanos en Chile, como también resoluciones de las Naciones Unidas en contra del país[833]. Sin embargo, hacia 1975 comenzó a cambiar el ambiente en Estados Unidos a favor de los opositores a Augusto Pinochet, debido a las revelaciones del Congreso sobre las actividades de la CIA en Chile durante la UP. Cuando en junio de 1976 se realizó una asamblea de la OEA en Santiago, en la que participó el secretario de Estado Henry Kissinger, la prensa oficiosa lo celebró como el fin del aislamiento internacional del país. Sin embargo, tanto el informe de la comisión de derechos humanos de la OEA como los comentarios críticos de Henry Kissinger empañaron el regocijo del gobierno. A fines de ese mes, el Congreso aprobó una ley que prohibía la venta de armamento a Chile hasta que el gobierno de Augusto Pinochet pudiese comprobar que había mejorado claramente la situación de los derechos humanos[834]. Las relaciones alcanzaron uno de sus puntos más bajos en septiembre de 1976 cuando la policía secreta, DINA, hizo asesinar en el barrio de las embajadas de Washington, al ex ministro de Relaciones Exteriores de la UP, Orlando Letelier. El Congreso reaccionó inmediatamente con una prohibición dirigida en contra de Augusto Pinochet, pues impedía los aportes de ayuda para el desarrollo a regímenes que incurrieran continuamente en violaciones a los derechos humanos[835].

Las indignadas reacciones de la prensa chilena afín al régimen militar fueron ignoradas en Estados Unidos[836]. Con el triunfo de Jimmy Carter en las elecciones de noviembre de 1976, la situación se agudizó aún más. Luego de que se comprobó la responsabilidad de la DINA, los tribunales chilenos denegaron la extradición de Manuel Contreras, el jefe de la policía secreta. El gobierno de Jimmy Carter reaccionó a esta afrenta con el retiro temporal

---

Edward Kennedy fueron observadas con atención: "Kennedy y la ayuda a Chile", en *El Mercurio*, Santiago, 26 de julio de 1974, p. 3; "Kennedy en la campaña antichilena", en *El Mercurio*, Santiago, 16 de septiembre de 1974, p. 21. Sobre el trasfondo en Estados Unidos, véase Schoultz, *Human..., op. cit*., pp. 12-13; Sigmund, *The United..., op. cit*., pp. 87-104.

[833] Muñoz & Portales, *op. cit*., p. 50; Sater, *op. cit*., pp. 190-192; Schoultz, *Human..., op. cit*, p. 129.

[834] Constable & Valenzuela, *op. cit*., pp. 98-99. La CIA redujo en 1975 sus actividades en Chile, especialmente el apoyo a la policía secreta chilena, DINA. Sobre la asamblea de la OEA: "OEA: Intimidades de la asamblea", en *Vea*, Nº 1926, Santiago, junio de 1976, pp. 6-7; Sigmund, *The United..., op. cit*., pp. 103-105. Sobre las reacciones en Chile hacia las medidas en contra de Augusto Pinochet, véase Luis Hiriart, "La palabra que falta", p. 5; "La enmienda Kennedy", en *La Tercera*, Santiago, 12 de marzo de 1976, p. 4.

[835] Constable & Valenzuela, *op. cit*., pp. 103-107.

[836] "Investigación del caso Letelier", en *El Mercurio*, Santiago, 21 de octubre de 1976, p. 3.

de su embajador en Santiago. En diciembre de 1977, apoyó una resolución de las Naciones Unidas que condenaba las violaciones a los derechos humanos en Chile, y que exigía autorizar el ingreso de una comisión investigadora[837]. El juicio por el caso Letelier provocó conflictos entre ambos gobiernos hasta el término del mandato de Jimmy Carter[838].

Para el gobierno chileno, la presión que ejercía Jimmy Carter era fastidiosa. Con todo, Augusto Pinochet se mostraba poco impresionado, ya que las buenas relaciones con la banca privada estadounidense compensaron la suspensión de la ayuda para el desarrollo, y también porque en Europa era posible conseguir armamentos sin problemas[839]. Tal como hacía ver *El Mercurio,* ya en 1978 se configuró en Estados Unidos un giro conservador cuando el Congreso demandó una cooperación más estrecha con los regímenes "autoritarios" de América Latina para luchar contra los estados comunistas "totalitarios" de la región. La guerra civil en Nicaragua y la amenaza sandinista otorgaron un peso adicional a estas demandas[840]. El régimen de Augusto Pinochet y la prensa afín pusieron grandes esperanzas en la elección del republicano Ronald Reagan, quien durante la campaña electoral había anunciado que realizaría modificaciones en la política hacia América Latina y que mejoraría las relaciones hacia regímenes autoritarios afines[841]. En contraposición a la abierta presión ejercida por la administración de Jimmy Carter, Ronald Reagan apostó por

[837] Muñoz & Portales, *op. cit.,* p. 53. Augusto Pinochet reaccionó a la resolución de las Naciones Unidas llamando a un plebiscito o consulta nacional, en el que ganó la opción Sí, que buscaba legitimar el régimen militar. El gobierno estadounidense lo criticó y afirmó que había sido fraudulento. Sobre el punto de vista del gobierno chileno, véase "Apreciación norteamericana...", en *El Mercurio*, Santiago, 8 de enero de 1978, p. 3.

[838] "Intervención norteamericana", en *Ercilla*, Nº 2239, Santiago, 28 de junio de 1978, pp. 8-10; "Reflexiones sobre un editorial del Washington Post", en *Chile América*, Nº 46/47, Roma, Settembre/Ottobre de 1978, pp. 43-45; "Relaciones Chile-EE.UU.", en *El Mercurio*, Santiago, 27 de mayo de 1979, pp. C4-5; "La no solución del caso Letelier...", en *Cosas*, Nº 99, Santiago, 17 de julio de 1980, pp. 24-25.

[839] Schoultz, *Human..., op. cit*., p. 116; Muñoz, *Las relaciones..., op. cit*., pp. 201-203; Sater, *op. cit*., pp. 192-195; Sigmund, *The United..., op. cit*., pp. 111-118. Sobre la adquisición de armamento en Alemania y Francia: Augusto Varas, *Los militares en el poder: Régimen y gobierno militar en Chile 1973-1986*, p. 115. En septiembre de 1977, Augusto Pinochet fue recibido por Jimmy Carter en el marco de una asamblea de la OEA: "S.E. en Washington", en *El Mercurio*, edición internacional, 4-10 de septiembre de 1977, p. 3.

[840] "Política de EE.UU. hacia América Latina", en *El Mercurio*, Santiago, 12 de octubre de 1978, p. A3; "Examen de relaciones", en *El Mercurio*, edición internacional, 17-23 de junio de 1979, p. 3. La distinción entre regímenes "autoritarios" y "totalitarios" fue acuñada por el cientista político James Theberge, quien fuera embajador en Santiago durante el gobierno de Ronald Reagan.

[841] "Presidente Pinochet felicitó a Reagan", en *El Mercurio*, edición internacional, 6-12 de noviembre de 1980, p. 1; "Asunción del presidente Reagan", en *El Mercurio*, Santiago, 23 de enero de 1981, p. A3; "Nueva actitud de EE.UU.", en *La Segunda*, Santiago, 28 de febrero de 1981, p. A3; "Diplomacia silenciosa a media voz", en *La Segunda*, Santiago, 24 de julio de 1983, p. D5. Véase la crítica de la oposición chilena a la política de Ronald Reagan, en Andrés Domínguez y Gustavo Rayo, "Respuesta al informe Reagan", pp. 1-7.

una "diplomacia silenciosa" hacia Chile y, en diciembre de 1981, hizo levantar las medidas de castigo impuestas al país. De ahí en adelante el gobierno estadounidense rechazó las resoluciones de las Naciones Unidas en contra del régimen de Augusto Pinochet[842].

El fin de diversas dictaduras militares en América Latina, los problemas económicos de Chile –a los cuales el gobierno militar reaccionó endureciendo los procedimientos contra sus opositores–, la continuación del juicio por el caso Letelier y la preocupación por una segunda Nicaragua llevaron, a partir de 1983, a un paulatino cambio en la postura de Estados Unidos, por lo que la presión sobre Augusto Pinochet volvió a aumentar[843]. Ya a principios de 1985, el dictador chileno se expresó molesto sobre la política estadounidense. Su molestia creció aún más cuando, a mediados del 1985, llegó como nuevo embajador en Santiago Harry G. Barnes, quien mantenía estrechos contactos con la oposición. Un año más tarde el gobierno estadounidense volvió a apoyar una resolución contra Chile[844]. El año 1986 había comenzado con la visita del senador Edward Kennedy a Santiago, cargada de simbolismos y altamente controvertida. Si bien fue recibido en medio de protestas de seguidores de Augusto Pinochet, aprovechó su corta estadía para estrechar contactos con la oposición[845]. Durante la segunda mitad de ese año pareció que el péndulo volvía a oscilar, pues Augusto Pinochet utilizó un fallido atentado en su contra, y el descubrimiento de un arsenal de armas, provenientes del bloque del Este, para invocar el riesgo comunista y lograr así disminuir la presión desde Washington. La visita del senador republicano Jesse Helms, quien se expresó

[842] "La 'enmienda Kennedy'", en *La Nación*, Santiago, 16 de diciembre de 1981, p. 3A; "Levantamiento de prohibición", en *El Mercurio*, Santiago, 17 de diciembre de 1981, p. A3. Sobre la ONU: Mark Ensalaco, *Chile Under Pinochet: Recovering the Truth*, pp. 164-168; Muñoz & Portales, *op. cit.*, pp. 55-57.

[843] Sigmund, *The United..., op. cit.*, pp. 142-148; Muñoz & Portales, *op. cit.*, pp. 59-87. Sobre Orlando Letelier: "Washington no olvida este crimen", en *Apsi*, Nº 123, Santiago, 2 de agosto de 1983, p. 7. Por cierto, inicialmente el cambio fue sólo gradual: Martha Lyn Doggett, "Washington's not-so-quiet diplomacy", p. 29.

[844] Constable & Valenzuela, *op. cit.*, pp. 290-291; Sigmund, *op. cit.*, p. 164. Sobre el cambio de embajador: "Mr. Barnes el embajador", en *Qué Pasa*, Nº 771, Santiago, 23 de enero de 1986, pp. 34-39; "Se va James Theberge", en *Apsi*, número especial, Santiago, 29 de julio de 1985, p. 55. Sobre la molestia de Augusto Pinochet, véase "¡Se enojó Pinochet!", en *Apsi*, Nº 175, Santiago, 6 de abril de 1986, pp. 12-13; Augusto Pinochet, *Mensaje presidencial, 11 septiembre 1985 - 11 septiembre 1986*, p. XXIII.

[845] La visita de nombre Kennedy descrita por la prensa afín al gobierno: "Visita ingrata", en *La Nación*, Santiago, 14 de enero de 1986, p. 3; "Visita de Kennedy", en *La Segunda*, Santiago, 9 de enero de 1986, p. 8; "Manifestaciones al arribo del senador Kennedy", en *El Mercurio*, edición internacional, 11-17 de enero de 1986, p. 1; "El día más largo", en *Cosas*, Nº 243, Santiago, enero de 1986, pp. 4-5; "Después de Kennedy", en *Qué Pasa*, Nº 771, Santiago, 23 de enero de 1986, p. 7. Desde el punto de vista de la oposición: "La irrupción de Kennedy", en *Hoy*, Nº 444, Santiago, 20 de enero de 1986, pp. 6-9; "Manifestaciones hostiles", en *Cauce*, Nº 58, Santiago, 1986, pp. 8-9; "El impacto de Kennedy", en *Análisis*, Nº 126, Santiago, enero de 1986, pp. 3-6.

en términos francamente positivos sobre el régimen de Augusto Pinochet, generó un contrapeso a Edward Kennedy[846].

En todo caso, se trataba sólo de una corta fase de tregua, pues ya al año siguiente volvieron a incrementarse las tensiones entre el régimen de Augusto Pinochet y Estados Unidos frente el escenario de una distensión en la política mundial. Mientras tanto, representantes de los dos mayores partidos políticos estadounidenses expresaban su deseo de que terminase luego la dictadura en Chile[847]. A fines del año anterior y en plena preparación del plebiscito de octubre de 1988, para decidir respecto de la continuación de la dictadura, el gobierno de Ronald Reagan dejó inequívocamente clara su postura otorgando dineros a la oposición democrática y estableciendo sanciones de política comercial hacia Chile por el desprecio a los derechos laborales de los trabajadores[848]. Durante el año 1988, Estados Unidos tuvo dudas justificadas con respecto a la posibilidad de fraude en la votación, por lo que su gobierno aumentó la presión contribuyendo así al triunfo de la opción No[849].

Las relaciones políticas entre ambas naciones pasaron por diferentes fases entre 1933 y 1989, influenciadas considerablemente por las evoluciones de la política interna de ambos países. Hasta 1969, a pesar de todas las crisis y contradicciones, se mantuvieron dentro de los márgenes de una coincidencia básica de intereses. Chile se percibía a sí mismo como un sólido elemento integrante del mundo occidental, al punto que, a principios del decenio 1960, se convirtió en modelo de la Alianza para el Progreso. Con el comienzo del gobierno de la UP dejo de existir ese consenso básico entre ambos Estados. En los años transcurridos entre 1970 y 1973 se vivió la crisis más profunda en la historia de las relaciones chileno-estadounidenses. Con el golpe de Estado de 1973 pareció inicialmente que la situación se calmaba. Sin embargo, a raíz de las violaciones a los derechos humanos, por parte del régimen militar, se originaron nuevos conflictos con Estados Unidos, los que llegaron a su punto culminante durante el gobierno de Jimmy Carter y volvieron a agudizarse hacia fines de la década de 1980, tras una corta pausa al principio del mandato de Ronald Reagan.

[846] Sigmund, *The United..., op. cit.*, pp. 155-157; "Chile y EE.UU.", *La Nación*, Santiago, 25 de noviembre de 1986, p. 3. Sobre Jesse Helms: "La visita del senador Helms", en *La Nación*, Santiago, 18 de julio de 1986, p. 3.

[847] "Parlamentarios de los dos partidos", en *La Época*, Santiago, 3 de septiembre de 1987, p. 9.

[848] "Las presiones del Tío Sam", en *Qué Pasa*, Nº 873, Santiago, enero de 1988, pp. 15-17; "Barnes...", en *La Época*, Santiago, 29 de diciembre de 1987, p. 10; "De las palabras a los hechos", en *Cauce*, Nº 140, Santiago, diciembre de 1987, pp. 18-19; "Malestar del gobierno chileno", en *El Mercurio*, Santiago, 2 de enero de 1988, p. A3.

[849] Sigmund, *The United..., op. cit.*, pp. 167-188; Constable & Valenzuela, *op. cit.*, pp. 304 and 308; Sater, *op. cit.*, pp. 199-209. Véanse, además, los comentarios en *El Mercurio* luego del plebiscito: "Cambio de actitud", en *El Mercurio*, edición internacional, 27 de octubre a 2 de noviembre de 1988, p. 3. Para un panorama sobre el decenio 1990, véase José A. Morandé Lavín, "Relaciones internacionales entre Chile y Estados Unidos", pp. 323-337.

Al llegar el "siglo americano", en un principio parecían haberse modificado poco los encuentros con los yanquis, salvo que Estados Unidos había perdido el encanto de la novedad. Tal como había sucedido en su fase temprana, las décadas de mediados del siglo xx también estuvieron marcadas por la sensación de crisis y desarrollo de las relaciones económicas y políticas con Estados Unidos. La percepción de las diferencias entre Chile y Estados Unidos siguió siendo un factor fundamental en las imágenes chilenas de los yanquis. El carácter de modelo positivo que había desempeñado un papel importante en la ensayística temprana, fue relegado durante un largo tiempo a un segundo plano. En su lugar, se reconoció la antítesis rico-pobre, que desplazó a la de idealismo-materialismo y la consiguiente dependencia, como causa del fracaso chileno por la búsqueda del desarrollo. De un modo esencialmente más radical que durante la fase temprana, esta divergencia se reflejó sucesivamente en las relaciones tanto políticas como económicas. La predominancia de Estados Unidos, luego de que Europa prácticamente desapareciera de escena, se les hizo dolorosamente patente a los chilenos en vista de los fracasados empeños por un desarrollo sostenido. El intento de liberarse de esa dependencia tuvo su punto culminante en la UP, sin embargo, fue revertido durante la dictadura militar sin que por ello pudieran resolverse los antagonismos. El núcleo de estos cambios de rumbo era la diferente apreciación de los encuentros con los yanquis, y en definitiva, de la norteamericanización. A continuación se analiza en detalle cómo evolucionó ésta bajo condiciones modificadas, para lo cual se presentan, en primer lugar, los nuevos y viejos canales de encuentros.

## ¿Se acortan las distancias? Los contactos se vuelven más intensos

*"Nunca en el pasado hubo entre las dos América una experiencia semejante de contacto colectivo. No puede ser transitoria y sin consecuencias duraderas una novedad de tal magnitud. Lo que se está formando en esa nueva frontera puede ser el estilo de vida dominante para una gran parte del continente, Norte y Sur, dentro de una generación"*[850].

Benjamín Subercaseaux expresó, en 1942, que Estados Unidos había perdido el encanto de lo enteramente novedoso ante los ojos de los chilenos como consecuencia de los múltiples encuentros producidos en el marco de la norteamericanización. Era un ejemplo temprano de la percepción de que los contactos entre ambos países se estaban intensificando, impresión que había comenzado hacia 1910 y que alcanzó un primer apogeo durante la década de 1920. Cuando en 1981 *El Sur* publicó el clarividente relato de viaje de Arturo Uslar Pietri, cuya cita encabeza este capítulo, en lugares como Miami esa in-

[850] Arturo Uslar Pietri, "La frontera de Miami", p. 3.

tensificación había alcanzado tales dimensiones, que el novelista podía hablar de una nueva "frontera", la que tendría efectos decisivos sobre los futuros estilos de vida en las Américas[851]. Por cierto, a esa altura había aumentado enormemente la cantidad de contactos a raíz del incremento del tráfago de viajes, ya sea turísticos o de trabajo, y del crecimiento de la cobertura sobre ambos países en los medios de comunicación. El alcance de este proceso se aprecia en la relevancia política que adquirió la comunicación entre Chile y Estados Unidos durante las décadas 1970 y 1980. A continuación se esboza el desarrollo de la infraestructura de los encuentros durante ese período.

### *Viajes a Estados Unidos: cuando viajar se convirtió en algo normal*

Una vez superada la crisis económica mundial, y hasta 1970, aumentaron de forma continua los viajes de chilenos a Estados Unidos. Gracias al movimiento panamericanista y a la consiguiente fundación de numerosas instituciones interamericanas, se multiplicaron las posibilidades de estadías de estudios y de investigación en este país. La activa política exterior desarrollada por Washington en el ámbito de la cultura, a partir de 1938, fue otro elemento que contribuyó. El intercambio también se intensificó en otros planos como el militar. A raíz del estallido de la Segunda Guerra Mundial, Europa había vuelto a perder su posición de polo de atracción para los viajeros chilenos, condición que había recuperado con esfuerzo a partir de 1918. Aunque los destinos se diversificaron nuevamente tras el fin de la guerra, la preferencia se mantuvo como consecuencia del estrecho intercambio comercial con el vecino del norte. Así, de forma similar a lo que ocurrió en los años 1918 y 1919, a partir de 1945 se reinició el envío de numerosas misiones oficiales hacia allá con el fin de atraer créditos estatales y privados. Por otra parte, los viajes de oficiales chilenos se institucionalizaron, especialmente tras la entrada en vigencia en 1952 del acuerdo de cooperación militar entre ambos países. A esto se sumaron los contactos directos, a nivel de gobierno, que aumentaron fuertemente a partir de la década 1950[852].

Sin embargo, cuando la UP llegó al poder en 1970, en Estados Unidos se cerraron muchas de las puertas que habían estado abiertas para los visitantes chilenos, especialmente para los oficiales. Dado que desde entonces la diplomacia chilena se orientó hacia el bloque del Este y hacia Cuba, los viajes también adquirieron nuevos rumbos. A pesar de este fuerte cambio, y dadas las numerosas líneas de conflicto, siempre seguía siendo necesario realizar consultas directas y así, el presidente Salvador Allende debió ir a fines de 1972 a Nueva York para pronunciar su célebre discurso ante las Naciones Unidas. Tras el golpe de Estado de 1973, numerosos refugiados políticos recibieron

[851] Sobre la mixtura étnica en Arturo Uslar Pietri, véase Karl Kohut, „Historischer Roman und nationale Identität: *Las lanzas coloradas* von Arturo Uslar Pietri", p. 190.

[852] Moran, *op. cit.,* p. 65; Dávila, *We of..., op. cit.,* p. 172; Reid, *op. cit*., p.138.

asilo en el País del Norte, entre ellos antiguos funcionarios de gobierno como el ex ministro de Relaciones Exteriores, Clodomiro Almeida, y el ex ministro de Justicia, Orlando Letelier[853].

Para la Junta Militar, desde un comienzo centro de atención de protestas internacionales, fue de suma importancia intensificar los contactos con su principal aliado. A causa de las críticas hacia Augusto Pinochet, el gobierno estadounidense no tuvo especial interés en recibir visitas de chilenos de alto rango, a pesar de que inicialmente su posición hacia el nuevo gobierno había sido positiva. Aún así, muy luego fueron enviadas misiones con técnicos y expertos en finanzas con la instrucción de captar la ayuda para reconstruir la economía chilena[854]. Ya en febrero de 1974 viajó el ministro de Economía, Fernando Léniz, para participar en negociaciones financieras. A partir de entonces, las visitas ministeriales volvieron a ser habituales. Entre 1985 y 1986 llamaron especialmente la atención de los medios los viajes del joven ministro de Hacienda, Hernán Büchi, para conversar con los acreedores internacionales. El punto culminante, sin embargo, fue el viaje de Augusto Pinochet a Washington, en 1977, en el marco de la Asamblea de la OEA para la firma del nuevo tratado del canal de Panamá, visita que se efectuó a pesar de las fuertes tensiones que se vivían en las relaciones con el gobierno de Jimmy Carter[855].

Junto a estas visitas oficiales que se realizaban para negociar temas políticos, los cuales se analizan más adelante en detalle, se intensificó también el intercambio académico. Éste había comenzado hacia 1910 con los primeros estudiantes de intercambio chilenos. Con el desarrollo de programas de becas patrocinados por el gobierno estadounidense y por las grandes fundaciones privadas –entre otras, las fundaciones Rockefeller y Guggenheim– aumentó fuertemente el número de estudiantes chilenos en este país. Además, hubo contactos directos entre universidades, los que permitieron, por ejemplo, la entrada en vigor del convenio de intercambio de 1955 entre las facultades de Economía del University of Chicago y de la Universidad Católica de Chile. Por sus efectos posteriores, éste fue especialmente importante. Ya en 1959, trescientos de un total de cuatrocientos cincuenta becarios en el extranjero decidieron ir a Estados Unidos. Esta cifra aumentó a raíz de los nuevos programas que se desarrollaron en el marco de la Alianza para el Progreso. En Santiago se fundó una asociación de egresados que se preocupaba de los contactos posteriores. Estos programas de estudios eran complementados por

[853] "Un hogar 'imperialista'", en *Análisis*, Nº 77, Santiago, 1984, pp. 44-45. A diferencia de países europeos como Suecia, Estados Unidos acogió sólo a pocos refugiados. Véase Constable & Valenzuela, *op. cit.*, p. 336.

[854] Ministerio de Economía, decreto 84, Santiago, 18 de febrero de 1974, AN Siglo XX, Ministerio de Economía. CORFO a MdE, 14 dd enero de 1974.

[855] "Cargado de créditos", en *La Tercera*, Santiago, 8 de febrero de 1974, p. 2; "Invitan a parlamentarios y periodistas", *El Mwrcurio*, edición internacional, 3-9 de noviembre de 1975, p. 5; "General Pinochet en Washington", en *El Mercurio*, Santiago, 6 de septiembre de 1977, p. 1. Sobre Hernán Büchi: "La gira de Büchi", en *El Mercurio*, Santiago, 3 de junio de 1986, p. B1.

el Foreign Leader Program del gobierno estadounidense que llevaba en viajes de estudio a periodistas, parlamentarios, académicos y profesores chilenos. Tal como el conjunto de las políticas que abarcaba la Alianza para el Progreso, el intercambio cultural buscaba impedir el avance del PC en Chile. Por ello la CIA apoyó intencionadamente a organizaciones estudiantiles anticomunistas y proveyó con becas de estudio a la nueva generación del PDC[856].

Tras el comienzo del gobierno de la UP parecieron vanas las esperanzas que se habían puesto en el intercambio estudiantil como medio para alcanzar el entendimiento entre los pueblos y para contener el comunismo. Aun así, los programas de intercambio prosiguieron. Si bien luego del golpe de Estado el intercambio se detuvo, la Junta Militar –preocupada por obtener prestigio internacional– desarrolló muy pronto diversas iniciativas en ese campo. Apoyada por el *boom* económico de fines del decenio 1970, la ODEPLAN lanzó un programa independiente de becas, gracias al cual creció fuertemente el número de chilenos que estudiaban en el extranjero. Se llegó a la celebración de numerosos convenios de cooperación entre universidades estadounidenses y chilenas. En 1979, con ocasión del aniversario número 135 de la Universidad de Chile –que había paralizado por un tiempo sus actividades a inicios del gobierno militar–, ésta se esforzó, otra vez, por obtener recursos de la Fundación Rockefeller. Convenios especiales en el área de la educación de adultos, tales como el suscrito entre la National Educational Association y el Colegio de Profesores de Chile o las becas Eisenhower para líderes, complementaron aquellas ofertas. Así, en la década de 1980 el número de estudiantes chilenos en Estados Unidos siguió creciendo[857].

Por otra parte, para el grupo de nuevos ricos que se desarrolló al alero de Augusto Pinochet, muy pronto se convirtió en un asunto prometedor enviar, por cuenta propia, a sus hijos a estudiar a universidades estadounidenses. El número de éstos superó notoriamente al de los becados[858]. En su conocida apología al régimen de Augusto Pinochet, Joaquín Lavín resaltó en 1988 –poco antes del plebiscito respecto de la prolongación de la duración del mandato del generalísimo– el hecho de que en Chile existía una cifra récord de egresados de universidades estadounidenses. Era ésta una forma de delinear la imagen de un Chile abierto al mundo y moderno, supuestamente generado a partir de 1973[859]. De hecho, algunos de esos graduados gozaban de gran prestigio

[856] Wolpin, *op. cit.*, pp. 79-86; Reid, *op. cit.*, p. 141. Sobre los egresados: "Del porqué el chileno es malo para el inglés", en *La Segunda*, Santiago, 18 de agosto de 1986, pp. 14-15; Instituto Chileno-Norteamericano de Cultura, *Cincuentenario, 1938-1988*, p. 32.

[857] "Cooperación entre las universidades de Nueva York y de Concepción", *El Mercurio*, Santiago, 25 de septiembre de 1978, p. C1; "Convenio pueblo a pueblo", en *El Cronista*, Santiago, 16 de abril de 1979, p. 3; "Universidades extranjeras", *El Mercurio*, Santiago, 21 de julio de 1979, p. B3; Domingo Godoy Matte, "Beca Eisenhower", p. 3.

[858] "Cómo postular a las universidades norteamericanas", en *El Mercurio*, Santiago, 20 de enero de 1980, p. D9.

[859] Joaquín Lavín, *Chile: A Quiet Revolution*, pp. 23 and 87.

debido a que desempeñaban destacadas funciones como economistas. Uno de éstos fue Hernán Büchi, egresado de Columbia. Las becas para estudiar en Estados Unidos eran fuertemente apetecidas a fines de la década de 1970, pues ofrecían la posibilidad de alejarse por un tiempo de la estrechez del Chile gobernado por un régimen autoritario. Por otro lado, terminar con éxito los estudios abría muchas puertas. Por supuesto también había voces críticas que cuestionaban, tal como la revista opositora *Cauce,* el valor de los estudios en algunas universidades estadounidenses (véase ilustración).

Junto al intercambio académico, a partir del decenio 1950 se desarrolló también un activo intercambio estudiantil entre Chile y Estados Unidos. A través de la organización Youth for Understanding, un creciente número de alumnos chilenos hizo largas permanencias en Estados Unidos, donde vivían en casas de familias anfitrionas. En 1962, Chile se convirtió en sede del organismo para el cono Sur. Claro que hacia fines de esa década, las críticas desde la izquierda se multiplicaron por la idea de que esas estadías en, Estados Unidos, promovían la indoctrinación del *American way of life*, lo que llevaría a una crisis de identidad y a la despolitización de la juventud. Aun así, el programa de Youth for Understanding se mantuvo durante la UP. Bajo Augusto Pinochet, volvió a gozar de apoyo público[860].

Claro que los chilenos que viajaban no eran mayoritariamente diplomáticos ni estudiantes, ni tampoco alumnos de intercambio, sino turistas. El hecho de que esos viajes hayan perdido el carácter de "interplanetarios" se debía, sobre todo, a que las condiciones de viaje habían mejorado sustancialmente gracias a la aparición del tráfico aéreo moderno, y a que los volvió más asequibles. Sobre la base de esta evolución pudo desarrollarse un moderno y masivo turismo entre Chile y Estados Unidos. Con su ingre-

Medios de oposición criticaron el estudio en Estados Unidos como un dudoso símbolo de estatus de "cultura" para arribistas. FUENTE: De la Barra, sin título, en *Cauce*, vol. 1, Nº 4, Santiago, 1983/84, p. 29.

[860] "La vida en EE.UU.", en *El Sur*, Concepción, 28 de junio de 1971, p. 11; "Propicia intercambio de jóvenes", en *La Segunda*, Santiago, 11 de julio de 1975, p. 17; "En enero parten estudiantes", en *La Segunda*, Santiago, 29 de diciembre de 1977, p. 15; "Youth for Understanding", en *Juventud*, Nº 11, Santiago, enero de 1978, pp. 16-17. Sobre las críticas: "Becas a USA", en *Punto Final*, Nº 88, Santiago, septiembre de 1969, pp. 14-15.

so a la Segunda Guerra Mundial había asumido, por así decirlo, la soberanía de los aires en América Latina, tras eliminar la competencia europea. Así, el gobierno chileno debió sustituir la flota de LAN por máquinas estadounidenses, ya que dejaron de llegar suministros europeos. En los vuelos internacionales siguió desarrollándose la colaboración con PANAGRA. La creación durante la década de 1950 de dos pequeñas aerolíneas chilenas que ofrecían vuelos hacia Miami y Nueva York, vía La Habana, representó el primer desafío al monopolio de PANAGRA. Con precios cerca de un 40% más bajos que los de ésta, movilizaron entre 1957 y 1959 una primera ola de turistas chilenos. Ese mismo año, sin embargo, debieron suspender los vuelos económicos, pues tras la Revolución Cubana ya no fue posible utilizar esa escala. Entretanto, LAN había reaccionado al desafío e instauró vuelos hacia Miami a partir de 1958. También se intensificó la oferta por parte de líneas aéreas estadounidenses. Hacia fines de la década de 1960, LAN aumentó considerablemente el número de vuelos y acortó los tiempos de vuelo gracias a la adquisición del moderno Boeing 707[861].

Durante la UP hubo numerosos problemas para el tráfico aéreo chileno hacia Estados Unidos. Por ejemplo, a causa de los conflictos por las expropiaciones de las empresas cupríferas, en 1972 la sucursal de LAN en Nueva York fue confiscada por un corto tiempo. Poco después, el gobierno de Salvador Allende planificó reconvertir la flota de la línea aérea a jets soviéticos. La prensa de izquierda enfrentó a LAN y le reprochó practicar imperialismo cultural a través de sus exóticos anuncios publicitarios con los que buscaba atraer pasajeros con la promesa del descubrimiento de la "salvaje Sudamérica". LAN se consolidó tras el golpe de Estado, y en 1977 abrió una ruta *non-stop* hacia Miami. Posteriormente, la oferta de vuelos hacia Estados Unidos se desarrolló, aun más, de la mano de compañías chilenas, estadounidenses y europeas que volaban con el moderno y amplio Douglas DC-10[862]. La ampliación de la oferta de vuelos era expresión de una creciente demanda, que, a su vez, era alimentada por una animada campaña publicitaria que en ese período desarrollaron las líneas aéreas en la prensa chilena. A causa de la diversidad de la oferta, bajaron los precios. Fortalecidos financieramente por el *boom* económico de fines del decenio 1970 y principios del de 1980, cada vez más chilenos pudieron permitirse un viaje de vacaciones a Miami, destino preferido dentro de Estados Unidos[863].

Basada sobre la estadística del turismo chileno, el cuadro siguiente entrega una imagen de la cantidad de turistas chilenos que viajaron a este país a partir

[861] Ronald Edward George Davies, *Airlines of Latin America since 1919*, pp. 529-535.

[862] Davies, *op. cit*., pp. 536-541; "The savages of South America: LAN-Chile", en *Punto Final*, Nº 135, Santiago, julio de 1971, p. 13.

[863] "Turistas chilenos", en *Las Últimas Noticias*, suplemento *Septimodía*, Santiago, 22 de noviembre de 1981, p. 19. Véase también las ofertas especiales de PanAm en 1983: "Tarifas VUSA", en *Cosas*, Nº 179, Santiago, 18 de agosto de 1983, p. 34.

de 1974. Lamentablemente la estadística no permite afirmar cuántos de esos viajeros lo hicieron efectivamente por turismo, si bien en la década de 1970 fueron registrados los grupos de ocupaciones de quienes viajaban. Ante todo se trataba de gente de negocios y empleados, aunque también de dueñas de casa y estudiantes. Luego de un estancamiento –o un retroceso– entre 1974 y 1975, a partir del año siguiente la cifra aumentó en forma permanente, al punto de que en 1979 se produjo una verdadera explosión de viajes. Desde ese año, Miami fue –tras Buenos Aires– el segundo destino extranjero en importancia para los chilenos. Pero en el decenio 1980, el desarrollo económico fue estremecido por varias crisis económicas antes de que lograra ganar impulso a fines de esa década. Se sumaron otros destinos como, por ejemplo, Los Angeles, Houston, Washington D.C. y San Francisco. En 1989 el 12,2% de los viajes de los chilenos al extranjero era hacia Estados Unidos, con lo cual ocupó el segundo lugar detrás de Argentina (55,1%). Sin embargo, en relación con el total de la población, quienes podían permitirse un viaje al extranjero eran todavía escasos[864].

*Cuadro Nº 2*
PASAJEROS ENTRE CHILE Y ESTADOS UNIDOS, 1974-1989

| Año | Chilenos hacia *Estados Unidos* | Turistas estadounidenses a Chile |
|---|---|---|
| 1974 | 13.212 | sin datos |
| 1975 | 12.273 | 22.261 |
| 1976 | 16.029 | 24.049 |
| 1977 | 20.978 | 28.409 |
| 1978 | 24.501 | 29.477 |
| 1979 | 36.398 | 30.879 |
| 1980 | sin datos | 34.196 |
| 1981 | sin datos | 37.869 |
| 1982 | sin datos | 32.571 |
| 1983 | 36.445 | 33.039 |
| 1984 | 42.407 | 30.186 |
| 1985 | 39.442 | 34.733 |
| 1986 | 43.646 | 49.438 |
| 1987 | 47.088 | 40.841 |
| 1988 | 66.948 | 51.780 |
| 1989 | 68.000 | 55.000 |

FUENTES: Dirección de Estadística y Censos, *Turismo*; SERNATUR, *Turismo: análisis y estadísticas*; Instituto Nacional de Estadísticas, *Anuario de Turismo.*

[864] "Estadística del turismo chileno, 1989-2001". Véase también "Intenciones de viaje", en *Índice Gallup*, Santiago, julio de 1982, p. 26.

Tal como ya había sucedido antes de la crisis económica mundial, las experiencias de los turistas en Estados Unidos fueron diversas. Con frecuencia se leían relatos que describían los problemas en los controles de inmigración en los aeropuertos –especialmente en los de Miami– que afectaban de modo particular a los latinoamericanos, quienes los percibían como degradantes[865]. Chilenos de viaje, como la periodista Silvia Pinto, opinaban que la escrupulosidad y las demoras intencionadas en los controles a los latinoamericanos se debían a prejuicios racistas: "Los latinos somos para ellos una constante amenaza. No en vano estamos muy por debajo de los negros en su especial escala de valores"[866]. Durante 1975, temporalmente, ni siquiera fueron entregadas visas para los chilenos, ni aun para estudiantes ni militares. Pero, tal como se informaba, muchos chilenos no se dejaban intimidar por estas situaciones. De hecho, ese mismo año, de los cerca de cinco mil chilenos que vivían en Miami, sólo unos mil doscientos lo hacían en forma legal[867].

Una vez rebasada la valla del aeropuerto, en general a los chilenos los esperaba Miami, el paraíso del consumo. Ya a fines de la década de 1970 la cantidad de turistas chilenos había aumentado a casi seis mil por año. Empresas turísticas como la Empresa Sudamericana de Turismo contribuyeron de manera importante a este crecimiento ofreciendo paquetes turísticos asequibles para los chilenos, especialmente durante el verano del hemisferio Norte. Con el creciente número de turistas, aumentaron también los relatos en los medios chilenos sobre las visitas a esa ciudad. En ellos se acentuaban el tamaño y confort de los hoteles, a los que en Chile no se estaba acostumbrado[868]. Viajes más extensos eran todavía poco frecuentes, pues eran caros. Recién durante la década de 1980 los turistas chilenos descubrieron otras zonas de ese país, a menudo en casas rodantes arrendadas. Si en un comienzo prácticamente sólo se encontraban relatos que mostraban el "choque del sobre-desarrollo" en la moderna "torre de Babel" y que recordaban lejanamente a las descripciones de la década de 1920 marcadas por el asombro, con el tiempo se impuso la sobriedad en el modo de ver y de describir las atracciones que ofrecían las diversas regiones de Estados Unidos[869]. Así, un visitante constató en 1979:

> "Subamos por la famosa Quinta Avenida y comprobemos inmediatamente que estamos en otro mundo... No obstante la gente que vemos en las

[865] "Migraciones: El terror de los Latinoamericanos", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 15 de octubre de 1978, p. 11.

[866] Silvia Pinto, "En todas partes se cuecen habas", p. 2.

[867] "EE.UU.", en *La Segunda*, Santiago, 28 de mayo de 1975, p. 6.

[868] "Miami", en *Hoy*, Nº 109, Santiago, 23 de agosto de 1979, pp. 87-91; "¡Oye, puchas que es grande Miami!", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 11 de marzo de 1983, p. 39.

[869] "Estados Unidos desde una casa rodante", en *Qué Pasa*, Nº 278, Santiago, 14 de agosto de 1976, p. 30. Véase también "Fue hace dos siglos", en *Hoy*, Nº 225, Santiago, 11 de noviembre de 1981, pp. 50-51.

calles es tal como la que vemos todos los días en Santiago, Valparaíso, Concepción o Antofagasta..."[870].

Durante la segunda y tercera décadas del siglo XX habían sido muy populares los relatos sobre las condiciones de estudio y de vida, el país y las personas. A pesar del enorme crecimiento del número de estudiantes en intercambio, de emigrantes y de turistas, durante los decenios 1970 y 1980 las experiencias de los chilenos en Estados Unidos siguieron siendo consideradas interesantes. Así lo muestran las frecuentes entrevistas a quienes volvían y que publicaban con regularidad los medios chilenos. Especial relevancia tenían los reportajes sobre chilenos destacados en el extranjero que aparecían dentro del programa de televisión de don Francisco (Mario Kreutzberger)[871]. En sintonía con el estilo de su *show*, don Francisco destacaba especialmente los aspectos más aventurados de esas historias. Los relatos sobre chilenos en este país cumplían ciertas funciones en la prensa sensasionalista también. Por una parte, servían para otorgar seguridad en sí mismos a los chilenos, especialmente cuando conservaban su "chilenidad" en el extranjero. Los logros que obtenía una vanguardia –aunque ésta fuese pequeña– en el vasto país del norte se convertían en una fuente de autoafirmación colectiva para un pueblo que se definía frecuentemente como habitantes de un pequeño país apartado del acontecer del mundo[872].

Los relatos de los medios mostraban que el abanico de los chilenos que viajaban a Estados Unidos se había diferenciado. Personas pertenecientes a todas las clases sociales, desde el portero hasta el celebrado director de Hollywood, podían ganarse allí la vida. Fracaso y éxito seguían estando uno muy cerca del otro. Se sumaban los exiliados políticos, cuyas experiencias hasta fines de la dictadura fueron rara vez tema para la opinión pública chilena. En las décadas de 1970 y 1980, ejerció una fuerte atracción sobre estudiantes y jóvenes que buscaban un mejor destino. Las experiencias allá vividas siguieron siendo algo extraordinario, algo que excedía a la biografía individual. Aun así, en Chile el País del Norte ya no suscitaba el embriagador entusiasmo de la etapa temprana de la norteamericanización. Finalmente, a raíz del surgimiento del turismo masivo entre ambos países, los viajes se convirtieron, hasta cierto punto, en algo normal, aunque restringidos a integrantes de las clases media y alta.

[870] José Pavez Orellana, "Una visión panorámica de los EE.UU.", p. 18.

[871] "Un chileno no puede quedar feo", en *La Tercera*, Santiago, 11 de mayo de 1980, p. 3.

[872] "Núñez", en *Ercilla*, Nº 2000, Santiago, diciembre, 1973, p. 41; "Artesanía chilota en Nueva York", en *Qué Pasa*, Nº 153, Santiago, 13 de mayo de 1974, p. 60; "En una ciudad de espías", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 16 de octubre de 1978, p. 8; "¿Ciudad maldita o iluminada?", en *Qué Pasa*, Nº 662, Santiago, 15 de diciembre de 1983, p. 22; "Un chileno en Houston", en *Hoy*, Nº 344, Santiago, 22 de febrero de 1984, p. 61; "Músico chileno triunfa en EE.UU.", en *La Nación*, Santiago, 24 de abril de 1984, p. 37; "Un recuento del éxito", en *La Época*, Santiago, 10 de marzo de 1988, p. 26.

*Invasores o colaboradores:*
*los yanquis en Chile*

Paralelamente al crecimiento del número de chilenos que iban a Estados Unidos, tras la Segunda Guerra Mundial, aumentó también la cifra de yanquis que venían a Chile. Cadenas hoteleras como Intercontinental, se adaptaron rápidamente a esto e inauguraron grandes hoteles en Santiago y en otras ciudades[873]. Estos hoteles no sólo estaban dirigidos al negocio hotelero sino que alojaban un gran número de misiones oficiales de militares, de expertos tanto en educación como en economía, académicos, técnicos, colaboradores de los Peace Corps y funcionarios gubernamentales, todos los cuales viajaron a Chile a prestar su colaboración, especialmente, mientras operó la Alianza para el Progreso. Por otra parte, llegaron cada vez más estudiantes y escolares con becas, ya fuera de la fundación Fulbright o de Youth for Understandig. También se establecieron alianzas entre ciudades y en 1963 se selló un acuerdo de cooperación entre Chile y el estado de California[874]. Desde que Salvador Allende llegó al poder estos visitantes fueron observados, cada vez, con mayor escepticismo y rechazo. En el Chile de la UP se tomó muy en serio la acusación de Fidel Castro, de que en América Latina todos los estadounidenses –ya fueran activistas del Peace Corps o simples turistas– eran agentes de la CIA en misiones de espionaje. Hubo sí una excepción significativa: la visita de la comunista Angela Davis, en 1972, aprovechada por el PC chileno para proclamar la hermandad de los "mejores" elementos de ambos pueblos en la lucha contra el imperialismo[875].

Condicionados por las protestas internacionales en contra del golpe militar, luego de 1973 los gobiernos de Richard Nixon y de Gerald Ford evitaron tener contactos con los nuevos gobernantes chilenos que trascendieran ante la opinión pública. Recién en mayo de 1976 volvió a viajar a Santiago un funcionario gubernamental de alto rango: William E. Simon, Secretario del Tesoro[876]. Posteriormente hubo visitas diplomáticas regulares. Se trataba, claro, principalmente de funcionarios ministeriales encargados de las relaciones interamericanas; en cambio, los políticos más destacados rara vez viajaron a Chile. Las muy publicitadas y breves visitas de Henry Kissinger, en junio de 1976, y de la "tía Jeane" Kirkpatrick, en agosto de 1981, fueron excepciones. Sin embargo, además de los funcionarios ministeriales, hubo congresistas y periodistas que viajaron en forma creciente para informarse en terreno sobre la situación en Chile. La visita de Edward Kennedy en enero de 1986 fue, sin duda, la que mayor revuelo

[873] "Nueva alternativa en turismo nacional", en *La Nación*, Santiago, 23 de diciembre de 1984, p. 36; "Inversión de Holiday Inn", en *La Segunda*, Santiago, 13 de junio de 1989, p. 10.

[874] Wolpin, *op. cit.,* pp. 79-81; Michaels, *op. cit*., p. 87.

[875] "Angela Davis y la otra Norteamérica", en *El Siglo,* Santiago, 12 de octubre de 1972, p. 4; "Estudiantes norteamericanos", en *El Mercurio*, Santiago, 20 de julio de 1970, p. 30. Sobre Castro: "El turismo yanqui", en *Última Hora*, Santiago, 15 de noviembre de 1972, p. 8.

[876] "Primera visita ministerial", en *Qué Pasa*, Nº 264, Santiago, mayo de 1976, p. 32; "Visita de Simon", en *El Mercurio*, Santiago, 9 de mayo de 1976, p. 3.

produjo[877]. También las visitas de ejecutivos y economistas generaban interés, pues bajo Augusto Pinochet el país se estaba convirtiendo en modelo del neoliberalismo. Ya en marzo de 1975 causó sensación la visita de dos representantes de ese modelo, Milton Friedman y Arnold Harberger. Durante los próximos años, les siguieron innumerables delegaciones del sector privado[878].

Durante la UP y los primeros años tras el golpe militar, se redujo fuertemente la cantidad de estudiantes estadounidenses en Chile. Esto también sucedió con los turistas, quienes hasta mediados de la década de 1970 solían evitar viajar a Chile. Para aumentar el ingreso de divisas, pero también como una forma de mejorar la imagen del régimen militar, la oficina de turismo planificó un mes después del golpe una campaña publicitaria[879]. Con este fin fue creado, en 1975, SERNATUR, cuyas actividades se orientaron especialmente hacia Argentina y Estados Unidos. Éste colaboraba con otros ministerios, con el sector del turismo y con las líneas aéreas[880]. Tal como muestra el cuadro Nº 2, a partir de 1975 se produjo un lento, aunque persistente repunte del turismo, interrumpido brevemente por la crisis económica chilena de principios del decenio 1980, repunte que se aceleró a partir de mediados de esa década. Este crecimiento tuvo efectos positivos en la economía chilena, pues los ingresos de divisas provenientes del negocio del turismo aumentaron notoriamente entre 1984 y 1988. Los estadounidenses contribuyeron por sobre la media, pues durante sus estadías en Chile gastaban, en promedio, considerablemente más que los argentinos y europeos. Aun así, la suma total de divisas provenientes de turistas estadounidenses estaba por debajo de la de argentinos y europeos, ya que se trataba de un grupo más pequeño[881].

A pesar de este positivo desarrollo, afloraban, una y otra vez, críticas. Durante el encuentro anual de escritores y periodistas del sector turístico realizado en Chile en 1981, se criticó el hecho de que Chile todavía era muy

[877] Dentro de los numerosos relatos, véase "Visita de Kissinger", en *La Tercera*, Santiago, 8 de junio de 1976, p. 3; "Entre relaciones y amistad", en *Hoy*, Nº 12, Santiago, 17 de agosto de 1977, p. 9; "Nos vamos de Chile...", en *El Mercurio*, Santiago, 8 de enero de 1978, p. 33; "La visita de la Tía Jeane", en *Hoy,* Nº 212, Santiago, 12 de agosto de 1981, pp. 7-10; "¿Por qué nos visitan tanto …?" *Qué Pasa*, Nº 730, Santiago, 1985, pp. 12-15; "Desinterés de elite...", en *La Segunda*, Santiago, 4 de febrero de 1985, p. 3.

[878] Como ejemplo de las muchas visitas, véase además: "En Chile: Misión comercial de EE.UU.", en *El Mercurio*, Santiago, 13 de septiembre de 1977, p. 27.

[879] Dirección de Turismo a Ministerio de Economía, oficio Nº 771, Santiago, 26 de octubre de 1973, en AN Siglo XX, Ministerio de Economía.

[880] "Turistas extranjeros vendrán", en *El Mercurio*, Santiago, 8 de diciembre de 1977, p. 31; "Nueva alternativa en turismo", en *La Nación*, Santiago, 23 de diciembre de 1984, p. 36; "Turismo en Chile", en *El Mercurio*, Santiago, 28 de noviembre de 1985, p. A3. En 1979 el ministerio de Relaciones Exteriores publicó por primera vez la revista *Chile Ahora*. La embajada de Chile también se involucró en las medidas de promoción: "Divulgación turística de Chile en EE.UU.", en *El Mercurio*, Santiago, 30 de noviembre de 1980, p. C2.

[881] La participación de los turistas dentro del número de estadounidenses que ingresaron al país entre 1974 y 1989, representó en general cerca del 90%.

poco conocido, es decir, tanto la promoción pública como la privada habrían fallado. Por ello se debatió en torno a un diseño que permitiera la cooperación latinoamericana en el sector turístico[882]. Hubo, por otro lado, chilenos que desaprobaban la cantidad de turistas estadounidenses que llegaban al país, no por pequeña, sino porque la consideraban excesiva. Seguían vivos los estereotipos de los turistas que recorrían frenéticamente el país en busca de sorpresas exóticas, para quienes los chilenos no eran más que salvajes disfrazados. La siguiente ilustración, aparecida en 1971 en la revista de historietas *La Firme,* entrega una impresión de ello[883].

El estereotipo del turista estadounidense despistado seguía presente y fue utilizado frecuentemente en caricaturas e historietas como la que se muestra. FUENTE: Hervi, "El día del huevo", en *La Firme*, Nº 18, Santiago, agosto de 1971, p. 1.

[882] "Chile es prácticamente desconocido", en *El Sur*, Concepción, 4 de marzo de 1981, p. 14; "Turismo en América Latina", en *El Sur*, Concepción, 15 de julio de 1987, p. 3.

[883] Reid, *op. cit.,* p. 137; Benjamín Subercaseaux, *Retorno..., op. cit*., p. 155; "Norteamericanos", en *El Mercurio, Revista del Domingo*, Santiago, 6 de julio de 1976, p. 7.

El estereotipo del turista yanqui ignorante fue muy persistente en Chile, en parte porque en comparación con la fase temprana durante ese período hubo más chilenos que entraron en contacto con aquellos estadounidenses que llegaban temporalmente al país comisionados, por ejemplo, con fines misionales o en el marco de proyectos de cooperación para el desarrollo. Chile se había convertido en semillero del movimiento pentecostal en América Latina. La agrupación se escindió en 1933, pues se le reprochó al envejecido Willis Hoover que como "gringo" ya no era capaz de dirigir el movimiento, el cual, entretanto, se había chilenizado. Hasta la década de 1980 nacieron más de cien tendencias, entre las cuales la más grande era la Iglesia Metodista Pentecostal, seguida por la Iglesia Evangélica Pentecostal, que en realidad correspondía a la iglesia original, pero renombrada. Recién desde 1967 se desarrolló nuevamente un trabajo conjunto entre los movimientos cristianos, gracias a los acuerdos que consiguieron sus instituciones matrices, trabajo que se concentró en misiones callejeras con canto y música[884].

A estas alturas, varias organizaciones protestantes provenientes de Estados Unidos se habían difundido en Chile. En 1930 se establecieron los Testigos de Jehová y diez años más tarde los Bautistas. En 1956, los Mormones iniciaron su labor en Chile. En 1961 éste era el país hispanoamericano con mayor porcentaje de cristianos pentecostales quienes, en 1989, registraron una afluencia creciente. A pesar de su independencia formal respecto de Estados Unidos, continuaban dependiendo fuertemente de sus donaciones y de su ayuda en los aspectos organizativos. Chile seguía siendo especialmente interesante para las iglesias matrices, lo que se puede deducir tanto del encuentro de la comisión mundial de los Testigos de Jehová realizado en Santiago el año 1967, como de las visitas de los predicadores Rex Humbard y Jimmy Swaggart en 1981 y 1987, respectivamente. Aquello que unía a los grupos menores –y que atraía gran afluencia desde las clases bajas chilenas– eran la creencia en milagros, el misticismo y la orientación antimarxista. Una parte del pentecostalismo chileno aplaudió el golpe militar y apoyó públicamente a Augusto Pinochet. Éste, en contrapartida, participó en la inauguración de la catedral en la calle Jotabeche, asistió allí regularmente al *Te Deum* celebrado para las fiestas nacionales y recibió a Jimmy Swaggart en audiencia privada[885].

La Iglesia Católica percibió que el crecimiento del movimiento pentecostal era un peligro. El apoyo económico dio la impresión de que se trataba

[884] Hoover, *op. cit.*, pp. 240-241; Rasmussen y Tabbert, *op. cit.*, tomo 2, pp. 71-78.

[885] Renato Poblete y Carmen Galilea, *Movimiento pentecostal e Iglesia Católica en medios populares*, pp. 4-16. Sobre la expansión del pentecostalismo en Chile, véase Jean-Pierre Bastian, "Protestantism in Latin America", p. 339; Christiano German, „Zur politischen Rolle protestantischer Sekten in Lateinamerika", pp. 184-209; Christiano German, *Politik und Kirche in Lateinamerika: Zur Rolle der Bischofskonferenzen im Demokratisierungsprozeß Brasiliens und Chiles*, pp. 177-180; Hans-Jürgen Prien, „Protestantische Kirchen und Bewegungen im gesellschaftlichen Umbruch Lateinamerikas", pp. 153-176. Sobre la posición ante Augusto Pinochet, véase Rasmussen y Tabbert, *op. cit.*, tomo 1, p. 156; Hoover, *op. cit.*, p. 249.

de una forma de penetración estadounidense, aun cuando esta opinión ya no se expresaba en forma tan clara como durante la etapa temprana de la norteamericanización. En Chile recién comenzaba a repercutir la reorientación del catolicismo, inducida por el Concilio Vaticano II, la que se expresaba en actividades más vigorosas para combatir la pobreza. En este proceso representó un papel importante la ayuda que entregaron organizaciones católicas de Estados Unidos, tales como Catholic Welfare Conference o Catholics for Latin America. Tanto sacerdotes como religiosos llegaron en gran número al país, donde se dedicaron junto con el Church World Service –protestante-reformista– a la distribución de ayuda material y al desarrollo de proyectos junto a los pobres. A partir de 1968, la división de la Iglesia Católica chilena en un ala de izquierda –simpatizante de la UP– y otra reformista se reflejó también en la postura de los misioneros estadounidenses. Algunos se pronunciaron a favor de Salvador Allende mediante cartas abiertas a su propio gobierno, mientras que otros aplaudieron, un años más tarde, el golpe militar. Durante el decenio 1980, cuando la Iglesia Católica de Chile ya se había transformado en el más importante cobijo para los grupos a opositores de Augusto Pinochet, hubo católicos estadounidenses que le prestaron a ésta un importante apoyo moral y financiero[886].

Junto a las iglesias, a partir del decenio 1960 el gobierno estadounidense reforzó su participación activa en la ayuda para el desarrollo en Chile en el marco de la Alianza para el Progreso. Por una parte, desarrolló programas de fomento tanto de salud, educación como de tecnología y, por otra, envió expertos hacia Chile. A partir de 1961 llegaron al país voluntarios del recientemente creado Peace Corps, los que alcanzaron a cuatrocientos cuarenta y dos en 1967. Sin embargo, a raíz de las complicaciones políticas esta cifra disminuyó. En coordinación con el Instituto de Educación Rural, los colaboradores del Peace Corps fueron enviados principalmente a regiones campesinas –y entre éstas, a zonas mapuche–, de modo que allí también se produjeron encuentros directos[887].

Junto a ellos, y en estrecha relación con la AID, actuaron numerosas ONG –CARE, Foundation for International Child Health, Meals for Millions Foundation y League of Women Voters, entre otras–, de modo que fue posible que surgiera la impresión de que se estaba produciendo una invasión de organizaciones de ayuda estadounidenses[888]. Como ya se ha dicho, estas

[886] Wolpin, *op. cit*., pp. 84-85. Sobre la división de la Iglesia Católica chilena, véase Enrique Dussel, "From the Second Vatican Council to the Present Day"; Enrique Dussel, *The Church in Latin America*, p. 158. Respecto de la posición de los misioneros estadounidenses, véase "Misioneros norteamericanos", en *Mensaje*, Nº 20, Santiago, 1971, pp. 374-375; "Relaciones Chile-USA", en *El Sur*, Concepción, 14 de julio de 1971, p. 1. Sobre la defensa del golpe de Estado: "La verdad del Padre Brown", en *El Dia*, La Serena, 17 de abril de 1975, p. 3. Sobre la década de 1980: "Obispo de Chicago", en *Las Últimas Noticias,* Santiago, 24 de noviembre de 1986, p. 6.

[887] Pike, *Chile..., op. cit*., p. 301; Wolpin, *op. cit*., pp. 82-84.

[888] Wolpin, *op. cit*., p. 86.

organizaciones encontraron rechazo durante la UP, lo cual redujo los aportes de ayuda para el desarrollo. Luego del golpe de Estado, cuando los dineros volvieron a fluir, la ayuda para el desarrollo se dirigió en buena parte al apoyo de proyectos opositores, tales como el de la Vicaría de la Solidaridad. Con el proceso de apertura del régimen aumentó nuevamente el número de ONG que operaban en Chile como, por ejemplo, ARCA Foundation y la Washington Office for Latin America. Gracias a sus vínculos internacionales, cumplieron una importante función de observación del proceso de transición. Ciertamente, a causa de la presencia de gran cantidad de organizaciones y de la escasez de coordinación entre éstas, se produjeron también problemas[889].

En el ámbito de la cultura, entendida en su sentido más amplio, también siguieron presentes en Chile diversas organizaciones que tenían su origen en el área angloamericana. La Asociación de Guías y Scouts de Chile se había constituido en un cuerpo firme y contribuyó, mediante múltiples actividades, a reforzar la conciencia del ambiente. A raíz de una serie de desarrollos complejos dentro de la cultura juvenil, los exploradores fueron perdiendo su posición de vanguardia. A la rama chilena de YMCA le sucedió algo similar; sin embargo, gracias al apoyo económico de su organización hermana en Estados Unidos fue posible mantenerla en pie. Los rotarios constituían en las décadas 1970 y 1980 una organización bien posicionada, que llamaba la atención por sus obras de caridad. Pero, a pesar de que ya tenía una tradición de décadas en Chile, en la percepción pública mantenía un cierto aroma estadounidense[890].

Desde fines de la década de 1930 ingresaron nuevos actores en las relaciones culturales entre ambas naciones. El departamento de Estado había establecido una nueva división encargada, entre otras cosas, de fomentar institutos culturales binacionales. Uno de los primeros centros de este tipo en América Latina fue el Instituto Chileno-Norteamericano de Cultura, fundado en 1938 en Santiago. No sólo se financiaba con subvenciones gubernamentales sino que, desde un comienzo, realizó cursos de idiomas muy concurridos. A lo largo de las décadas siguientes, y como una forma de responder a una creciente demanda, aumentó su oferta de cursos especiales orientados a distintas profesiones.

[889] "Construcción de casas baratas", en *El Mercurio*, Santiago, 28 de febrero de 1977, p. 3; y "La Interamerican Foundation", en *El Mercurio*, Santiago, 25 de enero de 1978, p. 24. Véase también "Entidad gubernamental", en *El Mercurio*, Santiago, 26 de septiembre de 1976, p. 7. Sobre las ONG durante el decenio 1980, véase "Una cuestión de imagen", en *El Mercurio*, edición internacional, 13-19 de noviembre de 1986, p. 3; Francisco Vío Grossi, "Desde la burocracia de los proyectos hacia el florecimiento de la vida"; Francisco Vío Grossi (ed.), *Primero la gente: ONG, estado y cooperación internacional en el Tercer Mundo*, pp. 32-35.

[890] "Scouts, una lección de vida", en *Las Últimas Noticias*, suplemento *Yo, Mujer*, Santiago, 8 de diciembre de 1982, p. 38; Wolpin, *op. cit.*, p. 280; "EL YMCA en Concepción", en *El Sur*, Concepción, 15 de julio de 1977, p. 7; "Los 74 años del Rotary Internacional", en *El Sur*, Concepción, 23 de febrero de 1979, p. 3. Sobre las percepciones de estas instituciones, véase, entre otros, "YMCA", en *Ritmo*, Nº 320, Santiago, 19 de octubre de 1971, pp. 12-15.

En 1981, registraba más de diez mil alumnos matriculados al año en cursos de idiomas. Sus instalaciones también fueron utilizadas como foro para controvertidos debates sobre las relaciones entre ambos países[891]. En 1981 y 1986 hubo conflictos internos detonados por la negativa por parte de la dirección de acoger la exigencia del sindicato de aumento de las remuneraciones. En ambas ocasiones se llegó a huelgas y, como consecuencia de éstas, al despido de funcionarios y a protestas frente a las puertas del instituto. La prensa afín al régimen cubrió detalladamente los conflictos bajo la consigna "el instituto de EE.UU. predica pero no practica libertades". Ésta era una vuelta de mano a las críticas norteamericanas al plan laboral que restringía los derechos de los trabajadores chilenos[892].

En otros ámbitos también hubo conflictos que podían atribuirse a protestas en contra de la opresión de los derechos humanos que realizaba el régimen. Así, la Ford Foundation, que tal como otras grandes instituciones norteamericanas había colaborado en el decenio 1960 con múltiples programas para organizar la investigación científica chilena, disolvió su representación en Chile. Aun así, continuó promoviendo determinados proyectos y benefició a mucho científicos despedidos por el régimen, quienes pudieron crear centros de investigación[893]. En otros ámbitos, unos años después del golpe, se reinició la cooperación tecnológica. Por ejemplo, CONICYT y el National Technical Information Service del Departamento de Comercio suscribieron un acuerdo de intercambio de información tecnológica[894]. Por su parte, la NASA trabajó junto con científicos de la Universidad de Chile e instaló en el país a fines de la década 1970 una estación de observación[895].

Con todo, tanto la cooperación para el desarrollo como las relaciones culturales entre Estados Unidos y Chile se normalizaron lentamente a lo largo del decenio 1980, claro que sin alcanzar la intensidad que habían tenido durante la década de 1960. Tampoco volvió a llegar otra vez la misma cantidad de agentes de ayuda para el desarrollo. La mayoría de los "gringos" llegaba al país como turistas. Si se les miraba con sospecha como invasores o se les acogía como portadores de divisas, dependía del punto de vista del observador.

[891] Véanse las publicaciones del propio instituto: *Instituto Chileno-Norteamericano de Cultura, 1938-1958*; Instituto Chileno-Norteamericano de Cultura, *40 años, 1938-1978*; Instituto Chileno-Norteamericano de Cultura, *Cincuentenario, 1938-1988*; Instituto Chileno-Norteamericano de Cultura, *Memorias anuales*; "Diálogo sobre sindicalismo", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 12 de mayo de 1979, p. 43. Sobre el papel del gobierno estadounidense: Reid, *op. cit*., p. 145.

[892] "Instituto de EE.UU. predica pero no practica libertades", en *La Segunda*, Santiago, 10 de marzo de 1980, p. 3; "Por tiempo indefinido", en *La Segunda*, Santiago, 14 de marzo de 1980, p. 2; "Huelga de instituto gringo", en *La Cuarta*, Santiago, 2 de septiembre de 1986, p. 9.

[893] Véase The Ford Foundation, *Annual Report*; Constable & Valenzuela, *op. cit*., pp. 252-253.

[894] "Tecnología para Chile", en *El Sur*, Concepción, 7 de marzo de 1975, p. 5.

[895] "Apoyo desde Chile", en *El Mercurio*, Santiago, 9 de diciembre de 1978, p. A1; "Chile ya no puede quedar atrás", en *El Sur*, suplemento *Dominical*, Concepción, 17 de octubre de 1982, p. I.

Encuestas realizadas en Santiago, a principios de la década de 1980, por la filial chilena del Instituto Gallup mostraron que entre las noticias internacionales, los santiaguinos recordaban principalmente aquellos acontecimientos relacionados con Estados Unidos. Así, el atentado contra Ronald Reagan y el lanzamiento del Columbia, en junio de 1981, estaban más fuertemente fijados en el recuerdo cercano colectivo que el atentado al Papa o los conflictos limítrofes entre Chile y Argentina. Esta fuerte presencia de Estados Unidos en la conciencia de los chilenos era, en gran medida, responsabilidad de los medios de masas modernos, que se convirtieron, mucho más que durante la etapa temprana de la norteamericanización, en mediadores y en parte integrante de los encuentros con el yanqui.

El clásico relato de viajes tipo ensayo que tanto había contribuido, entre 1910 y 1930, a formar las imágenes, y que siguió siendo popular hasta entrado el decenio 1940, fue quedando, cada vez más, en un segundo plano para ser reemplazado por estudios de las Ciencias Sociales, los que tenían por destinatarios a las elites con formación académica[896]. En contraste, otro sondeo realizado por Gallup en 1981, arrojó que más del 97% de los capitalinos veía habitualmente televisión, un 86% escuchaba radio en forma regular, 84% acostumbraba leer el diario y que, al menos el 65,5%, tomaba con frecuencia una revista[897]. La prensa se había diferenciado fuertemente. En forma paralela a los progresos en la alfabetización y junto a la "gran prensa" establecida, durante la década de 1930 aumentaron los tabloides. En las décadas de 1950 y 1960 aparecieron muchos diarios que, por lo general, fueron de corta vida. Sin embargo, la cantidad de títulos publicados en todo Chile seguía siendo baja. Hacia 1970 se había configurado un panorama de prensa controlado por unos pocos grupos influyentes. El grupo El Mercurio/Lord Cochrane, incluida la agencia de publicidad Andes Advertizing, perteneciente a la familia Edwards, claramente lideraba el mercado. Con *El Mercurio* publicaba el diario que ostenta, hasta la actualidad, el papel de ser uno de los líderes de opinión de Chile. Sumado a sus dos vástagos, *La Segunda* y *Las Últimas Noticias* y una serie de diarios de provincia, alcanzaba una amplia difusión en todo el país. *El Mercurio* era dominante tanto en el campo de las noticias internacionales como en utilización de fotografías e historietas, las que, en general, provenían de Estados Unidos. Incluso tenía una edición internacional. En la década 1960 desarrolló una orientación decididamente anticomunista y neoliberal, y estu-

[896] La imagen de Estados Unidos del destacado intelectual de oposición José J. Brunner, *Un espejo..., op. cit.*, pp. 191-192, estuvo fuertemente influenciada por el crítico relato de viaje de Jean Baudrillard, escrito en 1986. Los paralelos de la influencia de textos europeos del deenio 1920, tales como el de André Siegfried, son evidentes.

[897] "Hechos que impactan", en *Índice Gallup*, Santiago, junio de 1981, pp. 16-17; "Medios de comunicación",en *Índice Gallup*, Santiago, septiembre de 1981, p. 20.

vo estrechamente vinculado a los intereses estadounidenses. Durante la UP fue el medio que lideró la propaganda de la derecha en contra del gobierno. Después del golpe militar, tanto el diario como su dueño, Agustín Edwards, fueron claramente identificados con el nuevo régimen al cual fueron fieles, a excepción de algunas opiniones críticas. La posición del diario respecto de Estados Unidos dependió, por lo tanto, de las fluctuaciones en las relaciones entre ambos países[898].

Junto a *El Mercurio,* existía hasta 1973 una amplia oferta de periódicos. *La Tercera,* el diario de mayor tiraje*,* tenía una orientación política y visión de Estados Unidos similar a la de *El Mercurio,* por lo que pudo seguir trabajando tras el golpe de Estado. Inicialmente, *La Prensa* –de tendencia demócratacristiana, que había comprado *El Diario Ilustrado* en 1970– también fue autorizada para seguir apareciendo, pero fue suprimida en 1974. En cambio, los periódicos afines a Salvador Allende –*Clarín, Puro Chile, La Nación, Última Hora* y *El Siglo,* los cuales habían mantenido hasta 1973 en mayor o menor medida una posición crítica hacia Estados Unidos– fueron directamente afectados por las medidas de censura del régimen militar[899]. Durante éste, las agresiones en contra de la prensa se hicieron habituales. Si bien con la promulgación de la Constitución de 1980 se restableció formalmente la libertad de prensa, tanto las leyes y sus reglamentos, como la aplicación de estados de excepción, la restringieron inmediatamente.

Hasta la década de 1980, los únicos periódicos de circulación nacional eran *El Mercurio*, *La Tercera* y *El Cronista.* Este diario oficialista recuperó el nombre *La Nación* en 1980. En el caso de todos ellos, se trataba de diarios con una presentación moderna que, tal como en muchos países, contenían en gran parte de su superficie anuncios publicitarios con los cuales se financiaban. A pesar de que *La Tercera* expresó su crítica sobre ciertos aspectos del régimen de gobierno, recién con el nacimiento de *La Época* en 1987 apareció un verdadero diario de oposición. Este diario sacó provecho de la postura protransición del gobierno estadounidense durante la última fase del gobierno de Augusto Pinochet, a pesar de que en su cobertura noticiosa mantuvo una distancia crítica hacia Estados Unidos[900].

[898] Juan Ríos Muñoz, *Die Macht der Presse in Chile: Kommunikationsgeschichtliche Relevanz der Pressekampagne der Zeitung ‚El Mercurio' zum Sturz der Regierung Allendes, 1970-1973*, pp. 59-153; Claudio Durán, *op. cit*., pp. 25-87.

899 Guillermo Sunkel, "Introducción: La investigación sobre la prensa en Chile", pp. 12-13; Armand Mattelart *et al.*, *Los medios de comunicación de masas: La ideología de la prensa liberal en Chile*, pp. 43-51; Diego Portales C., *Poder económico y libertad de expresión: La industria de la comunicación chilena en la democracia y el autoritarismo*, pp. 78 y 117; Guillermo Sunkel, *Razón y pasión en la prensa popular: Un estudio sobre cultura popular, cultura de masas y cultura política*, pp. 92-116. Tras la prohibición de que circulara la prensa de izquierda chilena, fueron revistas publicadas en el exilio como *CyC* las que se convirtieron en portavoces de la crítica al régimen.

[900] Portales C., *op. cit*., p. 136. Sobre la competencia entre los dos mayores diarios, véase "Mercurio vs. Tercera", en *Qué Pasa*, Nº 517, Santiago, 5 de marzo de 1981, p. 10; Arturo Navarro,

Las revistas chilenas, tal como sucedió con los diarios hasta el golpe militar, habían estado marcadas por profundas diferencias ideológicas, las que cayeron a fines de 1973 violentamente bajo el rasero. Con verdadero odio se enfrentaban publicaciones de izquierda –como *Punto Final* y *Chile Hoy*– y de derecha, entre éstas *Qué Pasa, PEC: Política, Economía, Cultura* y *Sepa.* Tal como sucedía con los periódicos, las revistas de izquierda competían en expresiones antinorteamericanas[901]. El mercado de las revistas ilustradas y de las revistas especializadas estaba dividido entre dos grandes editoriales: Lord Cochrane, perteneciente a la familia Edwards, publicaba revistas femeninas de gran circulación como *Paula* y *Vanidades Continental,* las revistas juveniles *Ritmo* y *El Musiquero* y la edición chilena de *Reader's Digest;* por su parte, el grupo Zig-Zag, controlado por algunos bancos, publicaba la revista política *Ercilla,* la revista ilustrada *Vea*, la revista femenina *Eva* y la popular revista de historietas *Condorito.* Tras la llegada al poder de la UP, el Estado compró Zig-Zag y la convirtió en la Editorial Quimantú, para desarrollar una nueva política cultural socialista[902].

Después del golpe militar fueron clausuradas numerosas revistas políticas. También hubo varias revistas de derecha que, poco a poco, fueron cerrando. Muy pocas sobrevivieron en forma permanente a un panorama periodístico dominado por la censura. Entre éstas estaban los semanarios políticos *Qué Pasa* y *Ercilla,* que se convirtieron en líderes del mercado y que contribuían a la crítica a Estados Unidos. Por su parte, el gobierno intentó influir sobre la opinión pública mediante publicaciones propias como, por ejemplo, la revista femenina *Amiga,* editada por la Secretaría General de la Mujer[903]. En un comienzo sólo siguió existiendo como voz crítica al gobierno la revista *Mensaje,* editada por los jesuitas. En 1977 fue autorizada la circulación de la primera revista de oposición: *Hoy.* Cercana al PDC, había surgido de la subdivisión de *Ercilla.* Más adelante, y en gran parte debido a la presión internacional, aparecieron otros medios opositores tales como: *Apsi, Análisis* y *Cauce.* Ciertamente, sobre ellas se mantuvo la estricta censura estatal. La posición que las revistas políticas tuvieron hacia Estados Unidos estaba fuertemente influenciada por la política estadounidense sobre los derechos humanos y los efectos de ésta sobre Chile[904].

---

*El sistema de prensa en Chile bajo el gobierno militar, 1973-1984*, pp. 11-20. Sobre la publicidad, véase Ríos Muñoz, *op. cit*., pp. 14-15.

[901] Sobre este tema, véase especialmente Patricio Dooner, *Periodismo y política: la prensa de derecha e izquierda, 1970-1973.*

[902] Carlos Catalán *et al*., *Transformaciones del sistema cultural chileno entre 1920-1973*, pp. 27-28.

[903] Jose J. Brunner *et al*., *Chile..., op. cit*., pp. 133-137; Portales C., *op. cit*., pp. 175-176. Sobre *Qué Pasa,* véase Carlos Ruiz, *Transformaciones en el discurso de la prensa: un estudio de caso - la revista* Qué Pasa *1971-1982.* Sobre los medios gubernamentales, véase Giselle Munizaga, *La mujer, el vecino y el deportista en los micromedios de gobierno.*

[904] Navarro, *op. cit*., pp. 25-52; Luis Torres, "Revistas periodísticas: estrategias de comunicación y coyuntura", pp. 151-184. Sobre *Hoy*, véase "La historia de Hoy", en *Hoy*, Nº 1, Santiago, 1 de junio de 1977, pp. 15-17; Constable & Valenzuela, *op. cit*., pp. 154-155.

Las condiciones del nicho ocupado por las revistas también se modificaron, pues, a raíz del ascenso de la televisión –fenómeno que se analiza más adelante–, las ventas bajaron ostensiblemente. Sin embargo, como las mujeres representaban el mayor porcentaje de lectoría, las revistas femeninas y de modas como *Paula* y *Vanidades* continuaron mostrando tirajes elevados. Aun así, hubo revistas que debieron cerrar, como en 1974 *Eva*, la más antigua de este tipo de publicaciones; en cambio, durante la década de 1980 también surgieron varias nuevas como, por ejemplo, *Carola*. El mercado de la prensa del corazón lo dominaba la, ya antigua, revista *Vea*, hasta que la creación de *Cosas* introdujo un competidor exitoso, que conseguía frecuentes entrevistas con integrantes del gobierno. En 1988, año en que nació *Caras*, apareció dentro de este mercado otro importante actor. Surgieron numerosas revistas radiales, televisivas, juveniles y culturales, segmento que mostraba una gran rotación[905]. Lo que caracterizaba a todas estas publicaciones era la estrecha cobertura de moda, de casos humanos y de personajes conocidos de Estados Unidos. Revistas como *Cosas* utilizaban enviados especiales y convenios de exclusividad para incluir relatos y, especialmente, fotografías del *jet set* de Nueva York y de Miami. Un papel cada vez más importante dentro de las revistas juveniles lo ocupaban reportajes sobre las nuevas tendencias en el negocio internacional de la música popular. Para las revistas chilenas, la mejor referencia parecía ser la obtención de algún reconocimiento en Estados Unidos. Así, por ejemplo, en 1982 el nuevo suplemento femenino *Yo, Mujer* de *Las Ultimas Noticias* se vanagloriaba de tener entre sus suscriptoras a Jane Fonda y a Raquel Welch. Si bien no se trataba más que de un truco publicitario, muestra un deseo real[906].

Pero no sólo como consecuencia de la cobertura existía una estrecha relación con Estados Unidos sino, también, debido a las relaciones de propiedad. En el caso, tanto de las revistas femeninas *Vanidades* y *Selecciones de Reader's Digest,* como de las especializadas *Buenhogar*, *Harper's Bazaar* y *Mecánica Popular* se trataban de las versiones en español de conocidas revistas estadounidenses. Las primeras dos habían establecido su sede en Chile, desde donde modificaban sus contenidos de acuerdo con los requerimientos del mercado latinoamericano. Sin embargo, una importante proporción de sus pautas seguía referida a Estados Unidos. La impresión y distribución de las revistas era realizada por editoriales con creciente presencia transnacional, como las editoriales chilenas Antártica y Lord Cochrane. Esta última editaba, entre otras, las populares revistas de Disney *Disneyland, Pato Donald* y *Tío Rico*. Imprimía *Playboy* –a pesar de que en Chile estaba prohibida– para exportarla a Argentina. A través de Antártica se importaban *Newsweek* y *Time*. La transnacionalización del negocio

[905] Valerio Fuenzalida, *Estudios sobre la televisión chilena*, p. 31. Sobre los hábitos de lectura: "Hábitos de lectura", en *Índice Gallup*, Santiago, noviembre de 1982, p. 6.

[906] "Yo, mujer se publica en EE.UU.", en *Las Últimas Noticias*, suplemento *Yo, Mujer*, Santiago, 28 de diciembre de 1982, p. 3.

podía apreciarse también en el hecho de que productos como *Condorito* fueron editados desde el decenio 1980 en Miami[907].

Tal como mostró la encuesta Gallup ya citada, la radio alcanzaba a muchísimos más chilenos que los diarios y revistas; especialmente en el caso de las clases bajas. La radiodifusión, nacida a principios de la década de 1920, se impuso fuertemente como medio a partir del decenio 1940 y contribuyó a paliar los inconvenientes derivados de la escasa alfabetización para incluir dentro del mercado nacional a sectores marginados de la sociedad. Gracias a la novedosa tecnología de los transistores creció fuertemente el número de aparatos de radio en el país entre 1958 y 1973. Después del golpe militar fueron levantadas algunas barreras arancelarias, así, los precios bajaron y la cantidad de artefactos volvió a duplicarse hacia 1985[908]. Tal como ya había sucedido en la etapa temprana, Chile siguió el modelo de radiodifusión comercial con regulación estatal. De esta manera, la publicidad se convirtió en la principal fuente de financiamiento y eran las filiales de agencias publicitarias estadounidenses las que contribuían con la mayoría de los negocios. En medio de una fuerte competencia, lograron consolidarse algunas cadenas de radios que cubrían todo el país y que eran sostenidas por empresas. Un ejemplo era radio Minería, de propiedad de las empresas mineras. En el marco de la Alianza para el Progreso, la USIA lanzó discretamente, dentro de los programas radiales chilenos, los así llamados *packaged programs*, que consistían en conversaciones y comentarios políticos en español. Tal como en la prensa escrita, dentro de la radiodifusión imperaba una profunda polarización política, la cual se agudizó durante el gobierno de la UP. Las radios de oposición trabajaban junto con empresas como Pan American Broadcasting Co. Bajo Augusto Pinochet fueron clausuradas todas aquellas radioemisoras que habían apoyado a Salvador Allende. Las demás estaban sometidas a una estricta censura. En lo sucesivo se agudizó la competencia debido a la masificación de la televisión. Con ello, los programas de entretención de alto *rating* que transmitían una gran proporción de música popular, desplazaron otros contenidos[909].

Durante las décadas 1970 y 1980, el principal medio fue la televisión la que, debido a su sobresaliente importancia, se analiza en forma separada en otra parte. En total, el volumen de las telecomunicaciones internacionales presentes en Chile creció fuertemente durante esas dos décadas. Tal como enfatizaba

[907] Navarro, *op. cit.*, pp. 82-87; Mattelart *et al.*, *Los medios ..., op. cit.*, p. 62; Lavín, *A Quiet..., op. cit.*, p. 119. Sobre *Reader's Digest*, véase, además, Reid, *op. cit.*, p. 149.

[908] José J. Brunner *et al.*, *Chile..., op. cit.*, pp. 126-128; Catalán *et al.*, *Transformaciones..., op. cit.*, pp. 9-10; Astrid Delgado Rühl, „Massenmedien in Chile", p. 55.

[909] Lasagni *et al.*, *op. cit.*, *passim*; Edy Kaufman, *Crisis..., op. cit.*, p. 95. Sobre las relaciones de propiedad, véase Portales, *op. cit.*, pp. 63 y 177; Ríos Muñoz, *op. cit.*, p. 13. Desde fines de la guerra también se recibía en Chile la emisora propagandística Voice of America: Fermandois, *Chile y el mundo, op. cit.,* p. 255; "La voz de América se renueva", en *La Segunda*, Santiago, 10 de septiembre de 1982, p. 7. Sobre el papel de la USIA en el decenio 1960: Wolpin, *op. cit.*, p. 74.

permanentemente el régimen militar, no sólo creció la cantidad de vuelos desde y hacia Chile sino, también, el número de llamadas telefónicas internacionales, de estaciones y aparatos de televisión, de computadores y el volumen del tráfico internacional de correo. Junto a ello se iniciaba el desarrollo de los nuevos medios electrónicos, los que hallaron aplicación en programas internacionales de investigación y en el ámbito privado. El sistema de telecomunicaciones internacionales que lentamente se estaba creando en Chile estaba orientado hacia Estados Unidos, tal como sucedía también con la economía del país[910].

Una consecuencia de este desarrollo fue la creciente importancia que adquirió el inglés como idioma. En la moderna era de la información, que en Chile comenzó en la década de 1980, la frase publicitaria del Instituto Chileno-Norteamericano –"Más útil que nunca: Inglés"– tuvo más adherentes que las imágenes de antaño que lo presentaban como "vehículo del imperialismo cultural"[911]. El inglés se hizo cada vez más relevante durante el *boom* económico de fines de la década de 1970. De hecho, tener conocimientos de inglés era requisito para obtener alguno de los bien remunerados puestos de trabajo dentro de las empresas multinacionales. Con la incorporación de la computación a fines de la década de 1980, esta tendencia se acentuó aún más. Por consiguiente, el instituto cultural estadounidense vivió un verdadero auge en la demanda. En paralelo surgieron numerosos institutos de idiomas y varias revistas entregaron como regalos publicitarios cintas de audio con cursos de inglés[912]. Los críticos culturales observaron con cierto malestar los efectos de este *boom* del inglés sobre el castellano. Neologismos ingleses como '*hobby*', '*marketing*', '*rating*', '*sex appeal*', '*office-boy*' o '*week end*' desplazaron rápidamente a sus equivalentes en español. Se agregaron palabras de moda provenientes de la economía, tales como '*yuppie*' y '*corrupie*'. Algunos críticos expresaron su preocupación ante el peligro del "spanglish" e hicieron comparaciones con la situación francesa. Sin embargo, había otro riesgo de "contaminación e hibridación" del lenguaje, proveniente de la mezcla de idiomas producida por la hispanización de Estados Unidos. Ciertamente, este proceso también ofrecía una oportunidad, pues mostraba cuán apto era el español como lenguaje universal[913].

[910] "La magia de comunicarse", en *Qué Pasa*, Nº 554, Santiago, 26 de noviembre de 1981, pp. 24-33. Sobre la visión del régimen acerca de cómo fue el desarrollo: ODEPLAN, *Chile: modernización, 1973-1987*, pp. 76-83.

[911] "Más útil que nunca: Inglés", en *El Mercurio*, Santiago, 22 de septiembre de 1974, p. 25; Armand Mattelart y Héctor Schmucler, *América latina en la encrucijada telemática*, p. 85.

[912] "El idioma", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 30 de diciembre de 1980, p. 2; "Del porqué el chileno es malo para el inglés", en *La Segunda*, Santiago, 18 de agosto de 1986, pp. 14-15; Lavín, *A Quiet..., op. cit.*,, pp. 88-89.

[913] "El arte de extranjerizar", en *El Sur,* suplemento *Dominical*, Concepción, 31 de diciembre de 1972, p. 4; Emilio Lorenzo, "Neologismos en inglés", p. 9. Sobre el "spanglish", véase "París en cartelera de verano", en *El Mercurio*, Santiago, 17 de julio de 1977, p. 49. Sobre el de Estados Unidos: "El español en USA", en *La Tercera*, Santiago, 6 de febrero de 1978, p. 3; "El castellano en EE.UU.", en *El Sur*, Concepción, 15 de septiembre de 1980, p. 3. Un comentario satírico res-

Para mantenerse al tanto del tráfico de noticias internacionales era indispensable tener al menos conocimientos básicos de inglés, pues para su cobertura internacional, tal como sucedía desde antes de la Segunda Guerra Mundial, todos los medios chilenos seguían dependiendo de las informaciones que entregaban las agencias de noticias estadounidenses. Por una parte, entre los 1940 y 1970 se había originado una larga tradición de labor de propaganda por parte de instituciones gubernamentales norteamericanas como la USIA, que en 1966 afirmó que cerca del 10% de los textos impresos en la prensa chilena provenían directa o indirectamente de sus plumas[914]. Por otro lado, los medios chilenos seguían recibiendo las noticias internacionales principalmente de AP y de UPI, agencia esta última que controlaba sola entre el 40% y 50% del mercado. En cambio, AP tenía un contrato de exclusividad con *El Mercurio*, que obtenía comentarios del *Observer News Service* y del *Christian Science Monitor News Service*. Salvador Allende intentó impedir esta dependencia cerrando las oficinas de UPI y potenciando la presencia de una agencia alternativa, la cubana Prensa Latina. Sin embargo, fue sólo una corta interrupción, anulada por el golpe de Estado. En los siguientes años, AP desahució el contrato con *El Mercurio* pudiendo asegurarse una mayor proporción del mercado noticioso. Las agencias no sólo proporcionaban textos sino, también, material gráfico que rápidamente encontró espacio para ser publicado a color en la prensa chilena. Durante la década 1980 aumentó, aún más, la velocidad de transmisión de las noticias gracias a las nuevas tecnologías[915].

No todos veían esta evolución de la misma manera que Joaquín Lavín, esto es, como una prueba más del positivo camino que Chile había iniciado hacia un futuro moderno. Igual que antes, había muchas voces críticas –y la crítica, a diferencia de lo que sucedía en otros ámbitos, no era desaprobada– que consideraban grave, ya sea depender de los servicios de noticias estadounidenses o el avance del idioma inglés. En sus comentarios sobre la situación de la prensa en Estados Unidos acentuaban los aspectos negativos, como que el periodismo sensacionalista garantizaba el éxito de publicaciones de dudosa calidad, tales como *USA Today*. Esto fue interpretado como una señal del poder del mayor mercado interno del mundo, que contribuía a que sus medios dominaran mundialmente y, en definitiva, sólo difundieran noticias que interesaran a los lectores estadounidenses. De estas condiciones se desprendía la gran influencia de los periodistas, la que los chilenos llegaron a sentir crecientemente desde la década de 1970[916].

---

pecto de la utilidad del inglés en caso de expulsión, puede verse en Lucho Fuenzalida, "Aprenda inglés", p. 3.

[914] Wolpin, *op. cit.*, pp. 75-79; Jensen, *op. cit.*, p. 204.

[915] Portales C., *op. cit.*, pp. 146-152; Lavín, *A Quiet..., op. cit.*, p. 23.

[916] "Dependencia informativa", en *La Tercera*, Santiago, 14 de diciembre de 1977, p. 3; "Pugna mundial informativa", en *Análisis*, Nº 37, Santiago, 1981, pp. 46-47; José M. Navasal, "La noticia y su mercado", p. A3; Mary Helen Spooner, "El fenómeno USA Today", p. 7.

Estados Unidos estaba presente en Chile gracias a los medios de comunicación. Esta presencia tuvo consecuencias que sobrepasaron con creces lo vivido durante la fase temprana de la norteamericanización, pues los medios de masas alcanzaban ahora a gran parte de la población chilena. Por ello fue posible que los acontecimientos ocurridos en este país quedaran más firmemente en la memoria que importantes procesos de política interna. Sin embargo, los chilenos no eran sólo receptores pasivos. Ya fuera en la hibridación del idioma, en la transnacionalización de ciertas editoriales o en el encuentro crítico con los estadounidenses, perseguían activamente metas propias. Esto se ve claramente en los esfuerzos por mejorar la imagen de Chile en Estados Unidos.

### *David contra Goliat: intentos iniciales para una cosmética de imagen*

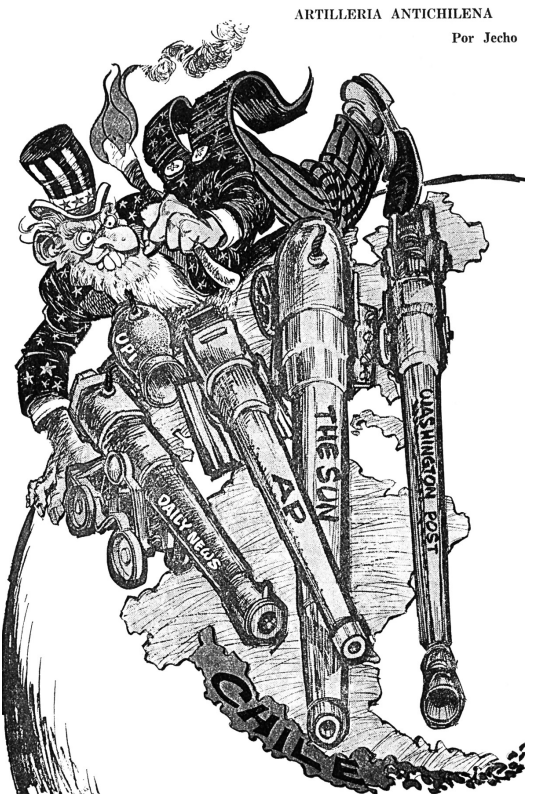
Durante el gobierno de Salvador Allende ya existía preocupación por el hecho de que las agencias de noticias aparentemente divulgaban una imagen negativa de Chile no sólo dentro de Estados Unidos sino, también, hacia el resto del mundo occidental. La ilustración de la página siguiente muestra que la izquierda chilena tenía la impresión que la prensa de todo el mundo era de tendencia antichilena. El gobierno vislumbraba que quien manejaba los hilos era la SIP, con sede en Nueva York, la cual colaboraba estrechamente con *El Mercurio*. Trabajaba en asociación con UPI, que había sido expulsada de Chile. Por ello, Salvador Allende propuso en febrero de 1971, durante el día de la prensa, una contraofensiva, la así llamada "operación verdad", que consistía en llevar a un grupo de periodistas extranjeros a una gira para presentarles la situación del país[917]. En vista del desarrollo económico posterior, ofrecimientos de este tipo tuvieron poca repercusión, al menos en la prensa occidental. En general, el Chile de la UP siguió siendo presentado como un país gobernado por una minoría marxista caótica, que, al igual como sucedía en los países del bloque del Este, oprimía a la mayoría de la población[918].

Después del golpe, los diarios, canales de televisión y radioemisoras leales al régimen recogieron la acusación sobre la, supuestamente, tendenciosa cobertura sobre Chile en los medios. Muy luego –especialmente cuando aparecieron los reportajes de periodismo de denuncia de Jack Anderson, quien reveló el papel subversivo que habían representado la CIA y la ITT durante la UP, y otras publicaciones que criticaban la sangrienta persecución a los disidentes, que realizaron militares chilenos durante y después del golpe, comenzaron a

[917] "Operación verdad", en *Puro Chile*, reproducido en González y Fontaine, *op. cit.*, p. 67; "El Mercurio oculta...", en *El Siglo*, Santiago, 21 de septiembre de 1971, p. 2; "Aves de mala ralea", en *La Nación*, Santiago, 15 de marzo de 1972, p. 3. Sobre el conflicto con la SIP, véase "Intercambio de cartas relativas a la libertad de prensa en Chile", reproducido en Víctor Farías (ed.), *La izquierda chilena (1969-1973): documentos para el estudio de su línea estratégica*, tomo 2, pp. 1267-1268.

[918] Maria T. Moraes, *The U.S. press and Chile: All the news that's fit to print*, pp. 24-47.

hablar de la existencia de una campaña de desinformación respecto de Chile[919]. Un análisis detallado de la prensa de 1976 mostró que prominentes diarios como el *New York Times* y el *Washington Post* dedicaron un espacio desproporcionadamente alto a informaciones sobre Chile en comparación con los reportajes dedicados a Cuba. El gobierno de Augusto Pinochet atribuyó esto a que en Estados Unidos dominaban los periodistas de izquierda infiltrados por organizaciones marxistas, y a la consecuente "contaminación informativa"[920]. Los periodistas afines al gobierno por otro lado apuntaban a la influencia que tenían exiliados de alto rango como Orlando Letelier, quienes hacían un trabajo de lobby contra el régimen de Augusto Pinochet junto a académicos liberales de izquierda. Incluso conocidos grupos musicales folclóricos en el exilio como Quilapayún e Inti Illimani eran vistos en este mismo sentido[921].



Los adherentes al gobierno de Salvador Allende percibían las críticas de la prensa extranjera derechamente como ataques belicosos contra el pequeño Chile. FUENTE: Jecho, "Artillería antichilena", en *Punto Final*, Nº 119, Santiago, diciembre de 1970.

Esta situación, pensaban los simpatizantes del gobierno, debía ser modificada a

[919] "La suerte del pueblo chileno", en *El Mercurio*, Santiago, 24 de julio de 1979, p. A3.

[920] "Parcialidad en la prensa estadounidense", en *La Nación*, Santiago, 10 de diciembre de 1986, p. 3. Sobre el número de artículos referidos a Chile y Cuba: "Verdadera máquina publicitaria contra Chile", en *El Sur*, Concepción, 3 de enero de 1978, p. 9; "La prensa norteamericana y la imagen de Chile", en *El Mercurio*, Santiago, 11 de enero de 1978, p. A5. Véase, además, "La imagen chilena en EE.UU.", en *El Mercurio*, Santiago, 24 de marzo de 1974, p. 38; Silvia Pinto, *op. cit*., p. 2.

[921] "Chile, ¿necesita 'imagen'?", en *Qué Pasa*, Nº 196, Santiago, 16 de febrero de 1975, pp. 10-13; "Ignorancia sincronizada", en *Qué Pasa,* Nº 129, Santiago, 12 de octubre de 1973, pp. 32-35; "Cantantes del odio", en *El Mercurio*, Santiago, 27 de marzo de 1975, p. 3; "Coalición chilena", en *La Segunda*, Santiago, 29 de mayo de 1975, p. 7. Sobre el papel de académicos como James Petras y Richard Fagen, véase "La presencia yanqui en Chile", en *Qué Pasa*, Nº 271, Santiago, julio de 1976, pp. 30-33.

toda costa. Por ello, a sólo un mes del golpe, la oficina de turismo colocó funcionarios en el extranjero con una tarea clara: "exteriorizar cuál es la nueva imagen de Chile, que ha sido distorsionada por la prensa extranjera"[922]. Un poco más tarde, se contrató una oficina de relaciones públicas estadounidenses y se comenzaron a publicar revistas en inglés como *Chile Today* y *The Voice of Chile*; sin embargo, este temprano activismo dio pocos frutos. Ya en 1974, la agencia rescindió el contrato con el gobierno de Chile por temor a que se dañara su propia imagen[923]. Una encuesta realizada por Gallup a principios de 1975, arrojó que el 60% de los entrevistados opinaba que los chilenos habrían vivido mejor bajo la UP que como lo hacían en ese momento gobernados por la junta militar. En cambio, otro sondeo de Gallup, efectuado una semanas más tarde en Chile, mostró que la mayoría de los encuestados estaba muy conforme con el nuevo gobierno. Se pensó que este resultado debía ser dado a conocer en Estados Unidos, pues creían que allí faltaban noticias imparciales sobre el nuevo Chile. Visitantes proclives al nuevo régimen, como el senador Jesse Helms, reafirmaban este diagnóstico[924].

Los observadores chilenos atribuían particular importancia a la influencia que ejercía la prensa, pues según ellos seguía teniendo un papel central en la mediación de la información hacia Estados Unidos. No obstante, la prensa sólo mostraba interés en las noticias sensacionalistas sobre los crímenes del gobierno. Periodistas chilenos –como Paz Alegría de *La Segunda*– registraban regularmente los supuestos errores de los periódicos estadounidenses en relación con la cobertura informativa sobre Chile[925]. Por consiguiente, parecía aún más trascendente establecer contactos directos influyentes. Una de las primeras oportunidades la ofreció el Congreso Panamericano de Municipios realizado a fines de 1975, en el cual políticos comunales se expresaron positivamente sobre el nuevo Chile. Tal como muestra la caricatura de *Barreta News* (véase ilustración página siguiente), la breve visita de Henry Kissinger en junio de 1976 fue celebrada como un triunfo contra la difamación dirigida, supuestamente, por Moscú. Cuando Augusto Pinochet logró un año más tarde viajar a Washington y ser recibido allá por el presidente Jimmy Carter, pareció que se había restablecido un cierto grado de normalidad[926]. Sin embargo,

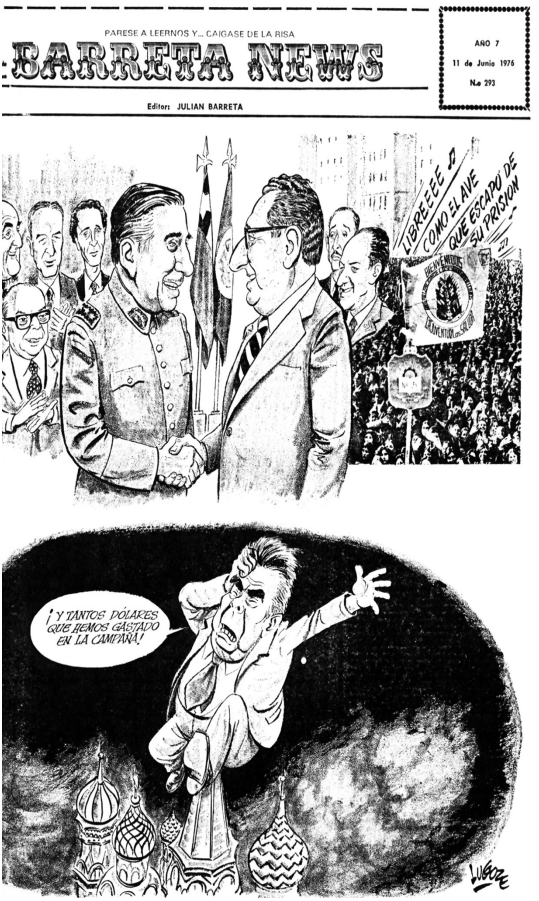
[922] Dirección de Turismo a MdE, oficio Nº 771, Santiago, 26 de octubre de 1973, en AN Siglo XX, MdE.

[923] Schoultz, *Human..., op. cit.*, p. 53; "The Voice of Chile", en *El Mercurio*, Santiago, 4 de abril de 1975, p. 18.

[924] Sobre la encuesta en Estados Unidos: Sater, *Chile... op. cit.*, p. 190. Referente a la encuesta en Chile: "La encuesta Gallup sobre Chile", en *El Mercurio*, Santiago, 30 de abril de 1975, p. 3; José M. Navasal, "Chile visto desde Washington", p. 3; "Mejora imagen de Chile", en *La Tercera*, Santiago, 4 de julio de 1975, p. 3. En relación con Jesse Helms: "Chile necesita que su verdad se conozca", en *El Mercurio*, Santiago, 11 de julio de 1976, p. 29.

[925] "Realidad chilena", *La Segunda*, Santiago, 9 de diciembre de 1975, p. 5. Sobre la relevancia de la prensa, véase Manuel Bianchi, "La prensa americana de hoy", p. 3.

[926] Sobre el Congreso de Municipios: "Verdad de Chile", *La Tercera*, Santiago, 27 de noviembre de 1975, p. 3. En relación con Henry Kissinger: "Henry Kissinger", en *El Mercurio*, Santiago, 7 de




La visita de Kissinger fue celebrada como un triunfo en la campaña de imagen de Pinochet. FUENTE: "Night and Day", en *La Segunda*, suplemento *Barreta Newsi,* Nº 7, Santiago, 11 de junio de 1976, p. 19.

mirándolo bien, ese viaje no podía ocultar que el prestigio de Chile había caído a cero luego del asesinato de Orlando Letelier en septiembre de 1976. Cuando a fines de 1977 las investigaciones del FBI confirmaron las sospechas de la participación de la DINA y luego el gobierno de Chile negó la extradición de los responsables, la cosmética de imagen resultó evidentemente infructuosa.

Aun así, no se abandonaron del todo los esfuerzos. Durante el año 1978 fue reorganizada la planta de funcionarios del ministerio de Relaciones Exteriores responsable de esa función. Fueron contratados periodistas estadounidenses para proseguir con las actividades propagandísticas, junto con el Consejo Chileno-Norteamericano/ American-Chilean Council, entidad leal al régimen. Y se discutió seriamente la posibilidad de colaborar con la secta coreana Moon, fuertemente anticomunista. Sin embargo, recién hacia fines de esa década volvieron a mejorar las condiciones que permitirían influir positivamente sobre la imagen de Chile, en el sentido deseado por el régimen[927].

junio de 1976, p. 3; "Visita de Kissinger", *La Tercera*, Santiago, 8 de junio de 1976, p. 3; "Good bye Mr. Kissinger", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 11 de junio de 1976, p. 3. Respecto de Augusto Pinochet: "S.E. en Washington", en *El Mercurio*, edición internacional, 4-10 de septiembre de 1977, p. 3.

[927] "En busca de una nueva imagen de Chile", en *El Sur*, Concepción, 10 de enero de 1978, p. 5; "Chile y su imagen", en *Amiga*, Nº 64, Santiago, mayo de 1981, pp. 16-17. Sobre el Consejo Chileno-Norteamericano, véase un artículo crítico de una revista de oposición: "Cómo se 'trabajó' la imagen", en *Análisis*, Nº 30, Santiago, agosto de 1981, pp. 4-11. Sobre la secta Moon, que consideraba a Augusto Pinochet un personaje luminoso: "Transmitiremos verdad chilena", en

En este proceso, el positivo desarrollo económico fue un factor importante. Hacia fines de la década de 1970, luego de superada la crisis económica, Chile ganó rápidamente la fama de modelo de Estado neoliberal. Las visitas que realizaron, a partir de 1975, prominentes economistas estadounidenses parecían confirmarlo[928]. Los comentaristas de *El Mercurio* expresaron varias veces su esperanza de que buenas relaciones económicas se convirtiesen en la base de una mejoría general de la imagen de Chile. Estas expectativas eran reforzadas por los comentarios positivos sobre el país, la estabilidad de la situación política y especialmente por la política económica abierta a los inversionistas, que regularmente destacaban los ejecutivos luego de sus viajes a Chile[929]. Para no dejar nada al azar, en 1979 fue creado PROCHILE, con sede en Nueva York, cuya misión era ocuparse de promover a Chile. La Cámara de Comercio Norteamericana con sede en Santiago, a la que pertenecían todas las empresas activas en Chile, desarrollaba actividades similares estadounidenses [930].

Los inicios de reformas a principios de la década de 1980, especialmente la prometida transición hacia una democracia controlada establecida en la nueva Constitución de 1980, aumentaron las esperanzas de que la imagen de Chile podría efectivamente mejorar. Pero el ambiente volvió a nublarse por la reacción internacional ante el fraude electoral durante el plebiscito para aprobar la Constitución[931]. Así, finalmente fue el cambio de gobierno en Estados Unidos lo que permitió una mejora, si bien de corta duración. Análogamente a lo que ocurrió en el mundo de los negocios, el régimen militar chileno encontró muy luego defensores entre los intelectuales conservadores como, por ejemplo, James Theberge. En el marco de la política de distensión frente a los regímenes "autoritarios" en general, y a Chile en particular, tras la llegada de Ronald Reagan al poder, pareció que la imagen de Chile me-

---

*La Segunda*, Santiago, 8 de junio de 1980, p. 22; "El New York Times y el reverendo Moon", en *Qué Pasa*, Nº 534, Santiago, 2 de julio de 1981, pp. 7-9.

[928] "Visitas extranjeras a Chile", en *El Mercurio*, edición internacional, 20-26 de noviembre de 1977, p. 3.

[929] "Misiones comerciales", en *El Mercurio*, Santiago, 8 de agosto de 1977, p. 3; "Misión de expertos", en *El Mercurio*, Santiago, 25 de enero de 1978, p. 25. Sobre los comentarios de los ejecutivos, véanse los siguientes ejemplos: "Chile retorna a la normalidad", en *Qué Pasa*, Nº 368, Santiago, 4 de mayo de 1978, p. 23; "Chile goza de sólida estabilidad política", en *El Mercurio*, Santiago, 26 de septiembre de 1979, p. A5; "Un buen nombre", en *La Segunda*, Santiago, 6 de octubre de 1979, p. 3; "La visita de David Rockefeller", en *Estrategia*, Nº 93, Santiago, octubre de 1980, p. 3; "Una opinión diferente", en *La Nación*, Santiago, 29 de julio de 1982, p. 3; "Diario de EE.UU. reconoce grandes logros de Pinochet", en *La Nación*, Santiago, 15 de junio de 1987, p. 8.

[930] Sobre PROCHILE: "Comercio con EE.UU.", en *El Mercurio*, Santiago, 15 de enero de 1979, p. A3; "En buen pie relaciones comerciales con EE.UU.", en *Estrategia*, Nº 52, Santiago, marzo de 1980, p. 2. Sobre la Cámara de Comercio: "Positivos comentarios de la economía chilena", en *Estrategia*, Nº 118, Santiago, diciembre de 1981, p. 7; "¿Qué piensan los empresarios de EE.UU.?", en *El Mercurio*, Santiago, 16 de octubre de 1986, p. B2.

[931] "Contacto con opinión extranjera", en *El Mercurio*, Santiago, 14 de septiembre de 1980, p. A3; "Imagen de Chile", en *La Tercera*, Santiago, 4 de octubre de 1980, p. 3; Carlos Goñi, "Chile: la nueva imagen", p. 45.

joró decisivamente. La prensa chilena recurría ahora a las visitas de Estado de estadounidenses prominentes, en especial la de Jeane Kirkpatrick, como prueba de esa mejoría[932].

Cuando en 1983 se volvió a poner término a la fase de distensión de las relaciones entre ambos países y resurgen las críticas al régimen militar, la prensa chilena demandó nuevamente un mayor trabajo de relaciones públicas dentro de Estados Unidos[933]. Fue el propio *New York Times* el que dio pie a esto al preguntar provocativamente, luego de la invasión estadounidense a Grenada, en 1983, por qué Estados Unidos no intervenía también de inmediato en Chile debido a las violaciones a los derechos humanos. Estos dichos causaron enorme indignación en Chile[934]. Un tiempo antes un comentarista de *La Segunda,* frente a la cancelación de una conferencia, con participantes de alto rango en la Universidad de California, sobre la situación económica de Chile por presiones de grupos de izquierda dentro de la misma universidad, había afirmado con frustración:

> "Afuera se sigue trabajando para mantener la imagen torpe y falsa de un país inexistente, de un paria internacional cuyo 'caso' no puede ser materia de debate civilizado porque se le ha relegado a la zona del oprobio"[935].

Posteriormente, se profundizó la percepción de que existía una campaña dirigida en contra del pequeño Chile, supuestamente basada, tanto en una desinformación de inspiración comunista como en la difamación que realizaban exiliados chilenos, campaña que profitaba de la ignorancia de los estadounidenses y del mal manejo del gobierno chileno en sus relaciones públicas. Cuanto más aumentaban las protestas callejeras en contra del régimen de Augusto Pinochet entre 1983 y 1986, más fuertes se volvían las críticas públicas que hacían los visitantes provenientes, quienes buscaban establecer contacto con la oposición. La visita de Edward Kennedy fue sólo la culminación de un proceso que, en opinión de los partidarios del régimen, era sumamente desagradable[936].

[932] Sobre James Theberge, véase acápite "La solidaridad entre los "subamericanos": críticas al intervencionismo". Paul Sigmund, Frederick M. Nunn y Ernest Lafever también fueron alabados como ejemplos positivos: "Opinión ilustrada", en *El Mercurio*, Santiago, 13 de agosto de 1974, p. 3; "Régimen militar", en *El Mercurio*, Santiago, 5 de septiembre de 1978, p. C3. En relación con las visitas: "Misiones de acercamiento", en *El Mercurio*, Santiago, 11 de enero de 1982, p. A3; "Rescatando la amistad", en *Ercilla*, Nº 2402, Santiago, 12 de agosto de 1981, pp. 8-10.

[933] "Chile y EE.UU.", en *El Mercurio*, edición internacional, 5-11 de noviembre de 1983, p. 3.

[934] "Relaciones Chile-EE.UU.", en *La Segunda*, Santiago, 3 de noviembre de 1983, p. 6.

[935] "Universidad de California", en *La Segunda*, Santiago, 3 de enero de 1983, p. 3. Véase, además, "Las dificultades del diálogo", en *La Segunda*, Santiago, 4 de enero de 1983, p. 6.

[936] "Hacia un mayor acercamiento", en *Ercilla*, Nº 2562, Santiago, 5 de septiembre de 1984, p. 50; "Desinterés de elite de política exterior", en *La Segunda*, Santiago, 4 de febrero de 1985, p. 3; "Intercambios con Washington", en *El Mercurio,* edición internacional, 13-19 de noviembre de 1986, p. 3. Sobre las críticas que realizaban visitas: "Asuntos internos", en *La Nación*, Santiago, 4 de noviembre de 1983, p. 5; "Vuelta a las andanzas", en *Ercilla*, Nº 2519, Santiago, 9 de noviembre

Ni siquiera acentuar el éxito económico del país lograba equilibrar la imagen, pues incluso el *Economist* clasificó en 1987 a Chile en la categoría de los países de "riesgo muy alto". Aun así, durante los preparativos del plebiscito de 1988 el gobierno movilizó, otra vez, todas sus reservas para mejorar su prestigio[937]. Sin embargo, a esas alturas la imagen de Chile se había diferenciado de tal manera, que los estadounidenses distinguían claramente el gobierno dictatorial de Augusto Pinochet, por una parte, de la oposición democrática. Las simpatías de la mayoría de ellos estaban, sin duda, con la oposición.

Los encuentros con el yanqui mediatizados por los medios de comunicación eran efectivos en ambos sentidos. Así lo muestran las reacciones de disgusto de muchos chilenos frente a la cobertura informativa sobre su país. Ya no se trataba sólo, como en la fase temprana de la norteamericanización, de un interés en la valoración positiva de Chile por parte de Estados Unidos, la potencia mundial. Ahora las imágenes de Chile allá habían adquirido gran relevancia política y económica. Los límites entre política interna y exterior se iban desdibujando visiblemente. La UP, y especialmente el gobierno militar, se esforzaron por colocar estas imágenes bajo una luz favorable y desarrollaron activas campañas de cosmética de imagen. En este esfuerzo, y en eso coincidían los partidarios del gobierno, Chile era un David luchando contra un encandilado Goliat[938]. Pero a este David se le negó la victoria.

La observación hecha en 1942 por Benjamín Subercaseaux adquirió, a lo largo del siglo XX, cada vez mayor relevancia. Efectivamente, la antigua admiración por el "país del futuro" disminuyó a raíz del crecimiento exponencial de los contactos. Estados Unidos, que parecía otro planeta del cual los viajeros volvían francamente conmovidos, y sobre el cual cada relato era acogido con avidez, había perdido el carácter impactante de lo nuevo. El hecho de que se mantuviera como polo dominante en las relaciones internacionales de Chile, otorgó a esos contactos un sello especial. En todo caso, a lo largo del siglo XX aumentó la heterogeneidad de los encuentros en razón de su intensificación. Si acaso a raíz de la "contracción de las distancias" entre Chile y Estados Unidos, como consecuencia del desarrollo de la tecnología aeronáutica y del turismo masivo

---

de 1983, pp. 8-10; "Cómo ven realmente a Chile", en *Hoy*, Nº 334, Santiago, 14 de diciembre de 1983, pp. 21-23; "¿Por qué nos visitan tanto...?", en *Qué Pasa*, Nº 730, Santiago, 1985, pp. 12-15. Las expresiones positivas de políticos republicanos como Toby Roth y Jesse Helms cambiaban muy poco la impresión general: "Cordial reunión con Toby Roth", en *La Tercera*, Santiago, 11 de enero de 1986, p. 4; "Gringo Toby", en *La Cuarta*, Santiago, 11 de enero de 1986, p. 6; "Senador Jesse Helms", en *Ercilla*, Nº 2659, Santiago, 16 de julio de 1986, pp. 12-13.

[937] "Polémica por ranking de riesgo", en *El Mercurio*, Santiago, 8 de enero de 1987, p. B10. Poco después, un positivo *ranking* de *Business Week* dejó respirar con un poco de alivio a los partidarios del gobierno: "Amplio reportaje", en *El Mercurio*, Santiago, 15 de enero de 1987, p. B10. Sobre la campaña de imagen de Chile de 1988, véase, por ejemplo, "Delegación chilena en EE.UU.", en *La Segunda*, Santiago, 15 de septiembre de 1988, p. 3.

[938] "David y Goliat en Nueva York", en *Qué Pasa*, Nº 197, Santiago, 23 de febrero de 1975, p. 13.

que de ahí se derivó, disminuyeron también las distancias en las mentes, parece discutible en vista de las campañas de propaganda. En el siguiente capítulo se presentan algunos de los factores que contribuyeron a mantener esas distancias.

## Superpotencia y decadencia: imágenes críticas de Estados Unidos

> "...bárbaros de radical incultura, intelectualmente limitados, ingenuos, prepotentes, excelentes deportistas, grandes bebedores de leche y de whisky..."[939]

Durante las tres primeras décadas del siglo XX se configuraron en Chile innumerables imágenes y estereotipos sobre Estados Unidos. En ese proceso fue notoria la tendencia a utilizar superlativos, tendencia que determinó todo el debate intelectual de los chilenos sobre ese país. Riqueza, desarrollo y productividad por un lado; estandarización, masificación e injusticia por el "otro", eran algunas de las imágenes que preestructuraron la percepción del "otro" americano. Tal como muestra la cita escogida como encabezado de este capítulo, todavía en la década de 1970 las imágenes cotidianas sobre el yanqui incluían ideas como "radical incultura", "limitación intelectual", "ingenuidad", "prepotencia" y "excelencia deportiva". El correlato real seguía siendo secundario, pues las percepciones estaban condicionadas por su aplicabilidad a la propia situación. En vista del enorme aumento del flujo de información que se produjo a lo largo del siglo XX, cabe preguntarse si acaso esas imágenes se modificaron y cómo lo hicieron. Repitiendo la metáfora utilizada más atrás, se busca averiguar si durante los años 1970 y 1980 el caleidoscopio se amplió hacia nuevas formas y colores, las cuales se tornaron determinantes para los encuentros chilenos con el yanqui durante ese período.

### *Triunfalismo y desconcierto: problemas con el poder*

Tal como en la etapa temprana de la norteamericanización, después de 1970 se mantuvo la tendencia hacia la exageración en las imágenes del yanqui. Como consecuencia del desarrollo, tanto económico como político, durante y después de la Segunda Guerra Mundial, y de las discusiones sobre el propio desarrollo, Estados Unidos se convirtió más que nunca en el polo opuesto. Este contraste se reflejó en las percepciones, pues junto con el acento que seguía poniéndose sobre los aspectos más potentes de la civilización estadounidense, comenzó a aparecer, en forma regular, una dimensión crítica. En la evaluación de estas

[939] "La presencia yanqui en Chile", en *Qué Pasa*, Nº 271, Santiago, julio de 1976, p. 32.

percepciones se producían a menudo grandes diferencias, las que dependían de la postura ideológica de los diversos observadores. Aun así, existían sorprendentes semejanzas entre los elementos que articulaban esas imágenes contrapuestas. Por lo demás, seguían persistiendo ciertas estructuras básicas que habían tomado forma durante la etapa temprana.

Así como durante esa fase los artículos especiales que la prensa chilena dedicaba al Día de la Independencia de Estados Unidos eran una importante fuente para el reservorio de imágenes, en su lugar fueron apareciendo las coberturas especiales para ocasiones especiales. Por ejemplo, al analizar ya sea una década, algún aniversario o una conmemoración. También aparecían grandes reportajes y comentarios de actualidad a raíz de sucesos ocurridos en este país calificados de históricos, ya fuesen éstos una elección presidencial o el desastre de la nave espacial Challenger. Lo central en ellos era la idea del incomparable poder del vecino del norte y de su riqueza, reconocidos por igual, tanto por comentaristas de izquierda como de derecha. Este factor había adquirido un papel tan central en las imágenes que ni siquiera necesitaba ser remarcado, salvo en épocas de crisis, cuando surgían dudas respecto, por lo tanto, volvía a repetirse. Así, por ejemplo, un artículo de *El Mercurio* puntualizó tras la renuncia de Richard Nixon en 1974: "EE.UU. es el país más poderoso de nuestro siglo, el más rico que haya conocido la historia, el que ha poseído mayor influencia internacional"[940]. A raíz de esta influencia internacional, era percibido como una superpotencia a la que después de 1970, sin embargo, ya nadie le atribuía el frescor juvenil ni la plenitud de energías en comparación con la vieja Europa como lo que había sido usual en las fases tempranas. Estados Unidos ya había arribado. Parecía que en este sentido se había cumplido la predicción de Henry Luce respecto del "siglo americano". Para los chilenos era un importante punto de referencia en todos los aspectos sociales relevantes, al cual no podían sustraerse al contemplar la configuración de su propio futuro como nación. Con cierta ironía algunos observaban que, en su afán por alcanzar récords, Estados Unidos sólo permitía para sí mismo los superlativos. Y al compararse con la realidad chilena, opinaban que, ciertamente, había que constatar que su país "es un gigante y nosotros liliputienses"[941].

En 1976, la celebración de los doscientos años de Estados Unidos ofreció a la prensa chilena –en ese momento fuertemente censurada– la posibilidad de condensar esos pensamientos y asociarlos con reflexiones más amplias. Desarrollo científico, productividad económica, bienestar material generalizado y

[940] "La renuncia de Richard Nixon", en *El Mercurio*, Santiago, 9 de agosto de 1974, p. 3. Expresiones similares ante la pueden verse en Víctor Alba, "Nueva York en bancarrota",p. 3; José M. Navasal, "La diplomacia...", pp. 34-35.

[941] "Chile está en venta", en *La Segunda*, Santiago, 1 de julio en 1980, p. 23. Véase otros comentarios de valor informativo, "El modelo de los EE.UU.", en *El Sur*, Concepción, 4 de julio de 1977, p. 9; Chico Durán, "Lo que les falta a los gringos", p. 3; "La amistad de Estados Unidos", en *La Segunda*, Santiago, 28 de diciembre de 1987, p. 4.

estabilidad política eran hechos conocidos, que no requerían ser destacados y que podían mitificarse. Claro que en vista de la historia de Estados Unidos sí se llamaba la atención hacia la vertiginosa velocidad de su desarrollo. Y a la prensa, afín al régimen militar, le importaba destacar la relevancia de factores tales como la libertad para autorrealizarse y el papel de la Constitución como garante, tanto de la democracia como del bienestar material. En un sistema bipolar, era representado como potencia líder del "mundo libre", al cual Chile, tras el experimento de la UP, quería volver a pertenecer sin restricciones[942].

La evidente contradicción entre los ideales estadounidenses y el gobierno militar chileno no entraba en el debate. Sólo se expresaba, veladamente, cuando los comentaristas realizaban sus periódicas críticas hacia Estados Unidos. Estas apuntaban especialmente a ciertos desarrollos de política interna, seguidos con gran interés desde Chile. En términos sociales, la pregunta era si este país lograría resolver dentro del corto plazo la contradicción básica entre promesa de igualdad y la opresión de los afroamericanos. Políticamente, se apuntaba a la decadencia moral que había quedado claramente en evidencia con el caso Watergate. También en la economía, a raíz de la crisis energética, quedaron al descubierto muchos problemas aparentemente difíciles de resolver. Así lo resumió *El Mercurio*:

> "El afán de obtener mayores ganancias se traduce en una explotación exagerada de la naturaleza, el ansia de poder corrompe a algunos gobernantes y compromete al país en aventuras inconvenientes, el dinamismo social se convierte en exagerado inconformismo, el individualismo sin freno deriva en criminalidad"[943].

La acentuación de uno u otro aspecto del fenómeno dependía esencialmente de las constelaciones de la política interna chilena. Así, a principios de la década de 1970, una parte de la prensa destacó fuertemente el escenario de crisis que vivía el país del Norte. Esto quedó patente cuando la revista *Ercilla*, en ningún caso antiestadounidense, realizó un análisis retrospectivo sobre la década de 1960. Aquello que destacaba en su reportaje, como marcador para esos diez años, estaba referido mayoritariamente a Estados Unidos o a fenómenos que se habían expandido desde allí hacia el resto del mundo. En el artículo ocupaban un lugar central los asesinatos políticos; la rebelión de los jóvenes, de las mujeres y de las minorías; corrupción en la política; el quiebre con las

[942] Arturo Uslar Pietri, "Los dos siglos de EE.UU.", p. 5; "Atenea y el bicentenario", en *Atenea*, Nº 433, Concepción, 1976, p. 5; "En el bicentenario", en *El Sur*, Concepción, 4 de julio de 1976, p. 3.

[943] "Bicentenario de EE.UU.", en *El Mercurio*, Santiago, 4 de julio de 1976, p. 3. Véase también "Fin de fiestas", en *El Mercurio*, Santiago, 4 de agosto de 1976, p. 3; "Bicentenario de EE.UU.", en *Mensaje*, Nº 25, Santiago, 1976, pp. 266-269; Cristián Huneeus, "Rumores de Nueva York", pp. 281-288.

convenciones y de los conceptos morales; y de la creciente radicalización de la polarización política. Como causa de la decadencia de las fortalezas, tradicionalmente, asociadas a Estados Unidos, aparecía la conducción de la guerra de Vietnam. En esta línea de crítica destacaban los medios cercanos a la UP, los que, siguiendo tendencias internacionales en boga, contribuyeron en gran medida a hacer tambalear la imagen de superpotencia superior de este país[944].

Tras el golpe militar de 1973 siguieron acentuándose los aspectos negativos de las imágenes yanquis. Ciertamente esto se debía más a la crítica de la potencia debido a las violaciones de los derechos humanos del régimen de Augusto Pinochet, que a una contraposición entre formas de ver el mundo. La prensa afín al gobierno militar podía recurrir a un puñado de elementos de la imagen cuyo origen se remontaba a principios del siglo XX. El materialismo –y el consiguiente menosprecio de las relaciones interpersonales– se mantuvo como uno de los blancos favoritos de las críticas. El apagón y la ola de saqueos que se produjeron en Nueva York en julio de 1977, por ejemplo, parecieron demostrar que la línea divisoria entre civilización y barbarie era cada vez más frágil[945]. Lo preocupante era que este fenómeno se hacía cada vez más perceptible también en Chile. Basadas sobre diagnósticos de ese tipo, se presentaron como imprescindibles las medidas que implementó el régimen de Augusto Pinochet para fortalecer los conceptos morales tradicionales[946].

En opinión de aquellos observadores críticos que determinaban fuertemente las imágenes acerca de Estados Unidos, el materialismo había llevado a un estado de cosas que muchos calificaban de "hiperdesarrollo" o simplemente como decadencia. Según los partidarios del régimen militar, durante el decenio 1970 el país tendió a perder su posición privilegiada en el mundo y a convertirse en un gigante impotente como consecuencia de la infiltración "marxista" y de los consiguientes problemas internos[947]. Los otrora triunfantes yanquis se mostraban perplejos frente a los múltiples retos. Críticos conservadores utilizaban argumentos que recordaban a los de la década de 1910, como el "instinto de autodestrucción" de la civilización occidental, la que todavía parecía estar corporizada por Estados Unidos[948]. Según esas voces, las viejas

[944] "Década del 60", en *Ercilla*, Nº 1803, Santiago, 1970, pp. 28-31. Véase, además, Carlos Naudón, "El mito del aislacionismo norteamericano", p. 465; Simón Blanco, "La caída", p. 2.

[945] "EE.UU. visto por jóvenes chilenos", en *Qué Pasa*, Nº 343, Santiago, 17 de noviembre de 1977, pp. 44-45; "Nueva York a oscuras", en *El Sur*, Concepción, 20 de julio de 1977, p. 5.

[946] "Contra el materialismo", en *El Mercurio*, edición internacional, (7-13 de julio de 1975, p. 3; "Un mundo materialista", en *El Sur*, Concepción, 18 de marzo de 1981, p. 2.

[947] "El gigante impotente", en *El Mercurio*, Santiago, 13 de marzo de 1975, p. 17.

[948] "Del Ford, el cárter...", en *La Segunda*, Santiago, 5 de noviembre de 1976), p. 3. Carlos Naudón, "EE.UU.", p. 215, describió el "doloroso camino desde el triunfalismo hasta su actual perplejidad". Véase, además, "Un motivo de reflexión para EE.UU.", en *El Mercurio*, Santiago, 3 de septiembre de 1974, p. 2; "La década contradictoria", en *La Tercera*, Santiago, 29 de diciembre de 1979, p. 14; "Los sorprendentes años '70", en *Estrategia*, Nº 68, Santiago, 1980, p. 5; "¿Está en decadencia la 'ingeniosidad yanqui'?", *El Cronista*, Santiago, 28 de enero de 1980, p. 5.

virtudes yanquis, como la riqueza de su inventiva y la moral puritana del trabajo, estaban en retirada a raíz de la pérdida de temple de los estadounidenses, ahora autocomplacientes y ahítos. En ningún otro momento se mostró esto tan claramente como durante la crisis energética de 1973.

La crisis del petróleo, desencadenada en octubre de ese año, evidenció al mundo, por primera vez, los límites de la sociedad de consumo y de crecimiento. Ciertamente, como hacían ver observadores preclaros, también había norteamericanos que pensaban en una transformación radical de los estilos de vida. Un comentarista del periódico oficial *El Cronista* afirmó en 1980, con cierto grado de alegría por el mal ajeno, que: "con la crisis energética, el norteamericano comienza a comprender que ya no es el rey del mundo"[949]. Parecía urgente un cambio de mentalidad a causa de la escasez energética, la que repercutía globalmente y se manifestaba en Chile en el aumento de los precios. Por primera vez los chilenos atribuyeron explícitamente este fenómeno al consumo excesivo en el vecino del Norte. La mayoría de los críticos estaba de acuerdo en que era muy poco probable una modificación de mentalidad fundamental que tendiese al ahorro energético, pues a los yanquis los caracterizaban una verdadera adicción al despilfarro y una mentalidad de lo desechable. En general los comentaristas valoraban muy poco la capacidad de aprendizaje de los estadounidenses, pues pensaban que la doctrina del consumo ilimitado y el deseo de una vida de opulencia propios de ese pueblo lo impedía[950].

Retrospectivamente, la década de 1970 –tras Vietnam, el caso Watergate, la crisis del petróleo, los asesinatos masivos en Guayana y el desastre de Irán– fueron en Estados Unidos una "década del desencanto", incluso para los observadores más benévolos[951]. Sin embargo, hacia 1980 había germinado un vuelco en el estado de ánimo que colocó nuevamente en primer plano elementos que habían permanecido completamente ocultos. Tal como se podía esperar, los simpatizantes del régimen chileno vieron en el neoconservadurismo y su adalid, el presidente Ronald Reagan, la causa de esta transformación que estaba haciendo resurgir la autoestima estadounidense[952]. La medida que mostraba esto era el restablecimiento de la posición de poder y de bienestar. A los ojos de la prensa conservadora chilena el nuevo Presidente hacía justicia a ambos aspectos. Lo presentaba como estereotipo del *self-made man* quien, sobre la base de un "sano" conservantismo, había insuflado nuevo empuje a su país[953].

[949] Cristián Bustos, "Nueva York", p. 54.

[950] "EE.UU. y la cuestión energética", en *El Mercurio*, Santiago, 8 de agosto de 1974, p. 3; Arturo Uslar Pietri, "Del Gran Gatsby a Franklin", p. 5; José M. Navasal, "Paradojas de EE.UU.", p. 3; Eduardo Schijman, "Nueva crisis energética en los EE.UU.", p. 3. Sobre los efectos mundiales de la manía del derroche: José M. Navasal, "EE.UU. y el petróleo", p. A3.

[951] José M. Navasal, "La década del desencanto", p. 3.

[952] "Los neoconservadores estadounidenses", en *La Nación*, Santiago, 12 de junio de 1980, p. 8A; "Reagan y sus objetivos", en *Estrategia*, Nº 316, Santiago, 1984, p. 3.

[953] "Le película de su vida", en *El Mercurio*, Santiago, 11 de noviembre de 1984, p. D2; Moisés Silva Triviño, "Los EE.UU. y la excelencia", p. 3.

La oposición chilena, activa desde el decenio 1980, miraba la situación de otra manera. En sus comentarios reflejaba los elementos que había acentuado la prensa extraoficial durante la década precedente. Así, hablaba de la frágil base del nuevo *boom* que vivía Estados Unidos y llamaba la atención sobre su enorme déficit presupuestario. La arrogancia, que los yanquis exhibían, más abiertamente, tras la confianza recuperada, y el consiguiente paternalismo, dirigido especialmente hacia sus vecinos más pobres del sur, parecían intolerables. Según algunos comentaristas opositores, Ronald Reagan, el otrora actor, era la personificación de esa soberbia. Hacia 1980, un pensador crítico como Marco Antonio de la Parra opinaba que luego de su "revolución neoconservadora", Estados Unidos había llegado al fin de las utopías y que ya no tenía fuerzas para realizar reforma alguna[954].

Durante el siglo XX, la idea de Estados Unidos como el país de lo superlativo tomó cuerpo como algo evidente. Y si en la etapa temprana de la norteamericanización la definición de lo superlativo había resultado del todo heterogénea, a partir de la década de 1960 esta tendencia aumentó por la creciente crítica hacia el desarrollo externo e interno de ese país. Tanto los ataques como los elogios reflejaban los conflictos del sistema político chileno. A fines de la década de 1980, la antigua representación del yanqui como soberano triunfante del mundo había sido sacudida de tal modo que en su lugar se instaló, más bien, la imagen de gigante confundido, imagen que subsistió en la fase de recuperación bajo la presidencia de Ronald Reagan.

### *Las raíces del mal: una mentalidad en transformación*

Si a principios del siglo XX los chilenos se preguntaban acerca del secreto del aparentemente imparable éxito de Estados Unidos, como consecuencia de la nueva percepción de crisis también debieron explorar las causas de los problemas del gran vecino del Norte. La interrogante que surgía era si acaso se había modificado sustancialmente la mentalidad de los yanquis o si, en cambio, habían adquirido mayor relevancia ciertos elementos existentes desde un comienzo. Había buenos argumentos para ambos modelos explicativos.

Al analizar los relatos de las experiencias escritas por jóvenes chilenos al volver de Estados Unidos, como los reportajes publicados para los aniversarios de ese país, llama la atención cuán consolidados estaban en Chile algunos de los estereotipos sobre el yanqui vigentes internacionalmente y corrientes desde la década de 1940. Ya en su momento Carlos Dávila había comprendido el "idealismo práctico" –esto es, la capacidad de solucionar problemas prácticos sin abandonar el idealismo– como la quintaesencia del "americanismo".

[954] Marco Antonio de la Parra, "Un chileno en la corte de Reagan", p. 26. Véase, además, "Complicaciones", en *Hoy*, Nº 202, Santiago, 3 de junio de 1981, pp. 60-62; Maximiano Errázuriz, "La democracia del Tío Sam", p. 3; "El gobierno de Reagan", en *La Época*, Santiago, 23 de enero de 1989, p. 6.

Este pragmatismo era destacado en forma permanente y contrastado con las carencias chilenas[955]. Esto también valía para el individualismo, característica presentada como típicamente estadounidense. Según numerosos observadores, si bien ésta posibilitaba un constante fortalecimiento de la sociedad, también causaba retrocesos. Asimismo, al comparar este aspecto entre chilenos y estadounidenses aparecían dolorosamente patentes las debilidades de la primera. Experimentos sicológicos arrojaron como resultado que la juventud chilena se comportaba de manera considerablemente más conformista y que en general rehuía los conflictos[956].

Sin embargo, en opinión de los críticos chilenos la presión por adaptarse socialmente, que reflejaban estos resultados, tenía algunos aspectos positivos, pues el individualismo exagerado llevaba a la soledad del hombre[957]. Pensaban que éste causaba fenómenos absurdos, tales como ridículas modas en el vestir, controvertidas teorías como las de Marshall McLuhan o los matrimonios homosexuales que se celebraban en Los Angeles, y que los columnistas conservadores presentaban permanentemente como elementos típicos de una degeneración del *american way of life*. Estos fenómenos no sólo provocaban asombro por la excentricidad de los estadounidenses sino que, también, eran considerados señales de la disminución de la vitalidad de la sociedad estadounidense en su totalidad[958].

A esto se contraponía la cada vez más frecuente observación acerca de la eficiencia económica y del éxito del mundo de los negocios. Tal como se analizará en detalle en el siguiente capítulo, en Chile siguió siendo inequívocamente el principal símbolo de la economía moderna. Según los observadores chilenos, fueron los archimillonarios ejecutivos estadounidenses quienes establecieron estándares de validez global[959]. Según los comentaristas estos logros tenían un alto precio, pues se basaban en un fervor por el trabajo que no sólo limitaba únicamente con la explotación de sí mismos sino que no retrocedía ante la explotación inescrupulosa de los demás[960].

[955] Dávila G., *We of.., op. cit*., pp. 124-125; Godoy Matte, *op. cit*., p. 3; "Pragmatismo americano", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 22 de junio de 1984, p. 3.

[956] "El sueño americano", en *El Mercurio*, suplemento *Cultural*, Santiago, 18 de julio de 1976, p. 47; Pablo Huneeus, "Conformismo", p. 5. Sobre la admiración hacia los solitarios, véase, además, "Henry Kissinger", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 31 de marzo de 1975, p. 6; Nicolás Velasco del Campo, *El país de Kennedy*, p. 15.

[957] "La constante soledad", en *Qué Pasa*, Nº 173, Santiago, agosto de 1974, pp. 62-63.

[958] "El amor siempre triunfa", en *Punto Final*, Nº 127, Santiago, marzo de 1971, p. 23; "La preocupación gringa", en *La Tercera*, Santiago, 27 de octubre de 1980, p. 3; Dávila G., *We of..., op. cit*., p. 139. Sobre Marshall McLuhan: Rafael Otano, "McLuhan, un contemporáneo del futuro", pp. 491-498.

[959] "Los millonarios de EE.UU.", en *Estrategia*, Nº 517, Santiago, 1988, p. 24. Con esta idea concordaban los críticos más agudos: Eduardo Labarca Goddard, *Chile invadido: Reportaje a la intromisión extranjera*, p. 19.

[960] "La vida en EE.UU.", en *El Sur*, Concepción, 28 de junio de 1971, p. 11; Chico Durán, "La invasión gringa", p. 3.

Esto se reflejaba en otra esfera: la del progreso tecnológico y de la ciencia, basado sobre el aparentemente inquebrantable espíritu de investigación y la capacidad de innovación yanquis. Desde la llegada del hombre a la Luna en 1969, la visión chilena era que en este ámbito Estados Unidos había vuelto a ser el líder incontrarrestable. Justamente la navegación aeroespacial fue considerada durante las dos siguientes décadas como el emblema estadounidenses[961]. Toda la humanidad parecía sacar provecho de los actos heroicos de sus científicos e ingenieros; en Chile se sintieron sus positivos efectos, cuando la NASA construyó una estación de rastreo en Peldehue y colaboró con instituciones de investigación[962]. Claro que esta cooperación se basaba sobre condiciones desiguales. A partir de la Segunda Guerra Mundial, en Chile ya había quejas por la emigración de promisorios científicos hacia Estados Unidos, que ofrecía mejores condiciones para la investigación y elevados sueldos. Esta "fuga de cerebros" aumentó la distancia con el Tercer Mundo. Con ello, a éste le quedaba denegado el acceso directo a la tecnología moderna[963]. Sin embargo, también Estados Unidos mostraba traspiés, como la catástrofe del transbordador espacial Challenger, en enero de 1986, y que hizo insostenible la idea de que la superioridad tecnológica era irrebatible. Tras el accidente, el optimismo en el progreso –otro de los elementos básicos de las imágenes de Estados Unidos– pareció afectado en forma definitiva[964].

Hubo intensas discusiones en torno a los aspectos negativos del progreso tecnológico, por ejemplo, en el terreno de la ingeniería genética, un área de investigación nueva. En este caso Estados Unidos también vivió con anticipación desarrollos que necesariamente repercutirían en el largo plazo en Chile[965]. Al contrario de lo que sucedió en la etapa temprana de la norteamericanización, tanto las bases del sistema capitalista como sus síntomas –racionalización y maquinismo– dejaron de ser cuestionados, especialmente tras del golpe militar de 1973. Desde luego, los efectos de la dependencia del hombre hacia la máquina, muchas veces descritos como esclavización, fueron apareciendo de a poco en el centro de la discusión. Esto iba acompañado de un ritmo de vida que en Chile se hacía crecientemente perceptible como factor de *stress*, combatido en parte con prácticas esotéricas de sanación. Según observadores

[961] "Diez años de la era espacial", en *El Mercurio*, suplemento *Noticia Semanal*, Santiago, 8 de octubre de 1967, p. 3; "Apolo 7, Etapa del viaje a la luna", en *El Mercurio*, edición internacional, 14-20 de octubre de 1968; "¡Urgente!", en *El Mercurio*, Santiago, 24 de noviembre de 1985, p. D7. En Chile hasta el proyecto SDI fue enteramente admirado: "La guerra del espacio", en *Apsi*, Nº 151, Santiago, 28 de agosto de 1984, p. 55; "La guerra espacial", en *Qué Pasa*, Nº 753, Santiago, 12 de septiembre de 1985, pp. 36-39; "Muy calleuque...", en *La Cuarta*, Santiago, 4 de enero de 1988, p. 8.

[962] "Más entusiasmados que los astronautas", en *La Segunda*, Santiago, 11 de julio de 1975, p. 7; "Tecnología norteamericana", en *Qué Pasa*, Nº 283, Santiago, 7 de septiembre de 1976, p. 27.

[963] "Los colonizados del progreso", en *Ercilla*, Nº 1781, Santiago, 1969, pp. 53-59; "La lucha tecnológica", en *Cauce*, Nº 154, Santiago, 14 de abril de 1988, pp. 22-23.

[964] "Descarnado debate", *La S*, Santiago, 29 de enero de 1986, p. 3; "Significación de vuelos espaciales", en *El Sur*, Concepción, 30 de enero de 1986, p. 3; O. Somonel, "La tragedia...", p. 33.

[965] "Huxley", en *La Nación*, Santiago, 7 de junio de 1987, p. 2.

chilenos, este desarrollo afectaba negativamente las relaciones interpersonales, y era Estados Unidos el lugar donde estaba más avanzado. Así, a la imagen de éste se agregaron elementos nuevos como falta de humanidad, pobreza de sentimientos y problemas de comunicación[966]. En 1981, un comentarista de *El Sur* se preguntaba qué le llamaría la atención a un científico que hubiese muerto hacia 1900 y que resucitase. Y concluyó que, en primer término, el egoísmo hedonista y la carencia de ideas morales claras[967].

Justamente esta ausencia de moralidad parecía contradictoria con la percepción del idealismo, del inquebrantable optimismo y del puritanismo propios de los yanquis[968]. Según los chilenos, entre ellos estas notables virtudes seguían unidas a una conciencia misionaria difícil de tolerar y que, para algunos, era más cercana al mesianismo o al sentimiento de ser los elegidos[969]. Esto se relacionaba estrechamente con el fortalecimiento de tendencias fundamentalistas dentro del protestantismo en Estados Unidos, fenómeno observado con gran interés en Chile. El fundamentalismo alimentó, durante la década de 1980, el estereotipo de la hipocresía puritana, imagen que adquirió gran relevancia política en el marco del problema de los derechos humanos[970].

Si en el decenio 1920 el proceso contra John Thomas Scopes, el profesor de Biología, causó perplejidad, durante la década 1980 ese papel lo ocuparon los telepredicadores y misioneros fundamentalistas. Eran muchos, no sólo los católicos convencidos y los críticos de los medios, quienes sentían repulsión por la comercialización de la religión que hacían esos predicadores, en su mayoría pentecostales[971]. El interés chileno en estos fenómenos derivaba

[966] Miguel Budnik, "Mi experiencia en USA", p. 5; "El Nueva York que yo vi y viví", en *Las Últimas Noticias*, suplemento *Revista del Sábado*, Santiago, 9 de octubre de 1976; "EE.UU. visto por jóvenes chilenos", en *Qué Pasa*, Nº 343, Santiago, 11 de noviembre de 1977, pp. 44-45; "El triunfo del robot", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 26 de noviembre de 1980, p. 7; Augusto Pescador, "Tiempos modernos", p. 3; y "La verdad sobre el stress", en *Qué Pasa*, Nº 469, Santiago, 10 de abril de 1980, pp. 34-37. Sobre la oferta esotérica en Chile: "Crecimiento personal", en *La Tercera*, Santiago, 22 de diciembre de 12.1986, p. 3.

[967] Augusto Pescador, "Cambios humanos", p. 3.

[968] Velasco del Campo, *op. cit*., p. 10; Marco Antonio de la Parra, "An american family", p. 27. Algunos opinaban que era posible encontrar en Estados Unidos "una excesiva fe en la bondad del hombre": "Frustración del idealismo norteamericano", en *El Mercurio*, edición internacional, 9 de junio de 1968, p. 3.

[969] Naudón, "EE.UU.", *op. cit*., p. 212; "¿Qué hacen los yanquis en Chile?", en *Qué Pasa*, Nº 345, Santiago, 3 de noviembre de 1977, pp. 36-43; "Un rumbo diferente", en *Qué Pasa*, Nº 516, Santiago, 26 de febrero de 1981, p. 5; "Reagan y el destino", en *La Nación*, Santiago, 13 de noviembre de 1984, p. 3.

[970] José M. Navasal, "Vida pública y privada", p. A3; "EE.UU., el predicador", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 13 de febrero de 1988, p. 8. Sobre la instrumentalización del estereotipo:: "¿Cómo están los derechos humanos en Norteamérica?", en *El Norte Americano*, New York, 27 de marzo de 1987, p. 3.

[971] "El predicador", en *La Nación*, Santiago, 16 de enero de 1987, p. 4; "Dios os ama y yo también", en *Apsi*, Nº 198, Santiago, 27 de abril de 1987), p. 30; Pablo Huneeus, *¿Qué te pasó Pablo?*,

especialmente del auge del movimiento cristiano pentecostal y de las visitas al país de los predicadores más conocidos. Muchos observadores chilenos percibían como una amenaza el rechazo de estos movimientos hacia el catolicismo y el ecumenismo, así como sus fuertes vínculos con sus matrices en Estados Unidos. En cambio, los partidarios del régimen de Augusto Pinochet miraban con simpatía su fuerte anticomunismo, la moral conservadora que propiciaban y su sentido de la autoridad. La prensa opositora afirmaba que tanto el gobierno militar como el estadounidense apoyaban secretamente las sectas pentecostales para resguardar del influjo del comunismo a sus clientes provenientes de las clases bajas[972].

La visita de Jimmy Swaggart en enero de 1987, cuyo programa era transmitido diariamente en su versión castellana por un canal de la televisión chilena, desencadenó un acalorado debate. Sus seguidores lo recibieron con una ola de entusiasmo. Invitado por el Consejo de Pastores Pentecostales, habló en tres actos en el Estadio Nacional –acondicionado con gran despliegue tecnológico para la ocasión–, cada vez ante un público de cerca de cuarenta mil personas. Recibido por Augusto Pinochet en audiencia privada, alabó el régimen desatando la ovación frenética de su público. No sólo la oposición atacó el acontecimiento como un mero espectáculo mediático[973]. Un año más tarde esos críticos pudieron sentirse confirmados, cuando fueron dados a conocer los escándalos por sus aventuras extramaritales. La revelación formaba parte de la "guerra de los predicadores" que remeció al movimiento fundamentalista. Ni siquiera la efectista confesión pública televisada de Jimmy Swaggart logró impedir que se profundizara la percepción de una doble moral (véase ilustración página siguiente)[974].

Su visita y el escándalo en torno a su vida privada, motivaron en Chile varios esfuerzos por analizar y delimitar el fenómeno del pentecostalismo fundamentalista. Como razones para la fuerte afluencia que generaba se vislumbraban especialmente factores emocionales. Un sacerdote católico que observaba el fenómeno hacía tiempo, nombró justamente el carácter estadounidense de estas sectas como la base de su atractivo entre las clases bajas chilenas:

---

pp. 12-33. Con especial ahínco fueron criticados los mormones, percibidos inequívocamente como una secta estadounidense: "Los mormones...", en *Punto Final*, Nº 275, Santiago, enero de 1973, pp. 8-9.

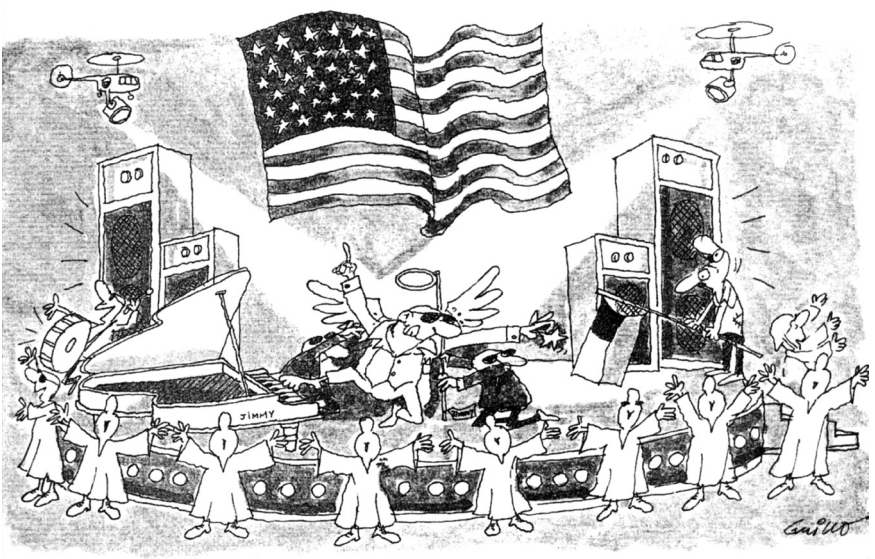
[972] "Ante 10 mil personas habló Rex Humbard", en *El Sur*, Concepción, 4 de marzo de 1981, p. 5; "Adventistas", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 4 de junio de 1984, p. 4; "El otro boom", en *Qué Pasa*, Nº 828, Santiago, 19 de febrero de 1987, p. 37. Sobre las opiniones de la oposición: "Pastor descarriado", en *Hoy*, Nº 554, Santiago, 29 de febrero de 1988, p. 35.

[973] "Demos un aplauso al Señor", en *El Mercurio*, Santiago, 18 de enero de 1987, p. D3.

[974] "Swaggart cayó", en *La Tercera*, Santiago, 23 de febrero de 1988, p. 4; "Líderes religiosos", en *La Tercera*, Santiago, 25 de febrero de 1988, p. 9; "Swaggart en la encrucijada", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 28 de febrero de 1988, p. 6. El movimiento pentecostal chileno reaccionó consternado ante el escándalo y desde entonces evitó invitar a predicadores extranjeros.

"las jovencitas los encuentran muy atractivos y los muchachos ven en ellos una forma de contactarse con norteamericanos e incluso poder viajar a ese país"[975].

Desde su encuentro en Cuenca en noviembre de 1986, las iglesias tradicionalmente activas en América Latina procuraron, entre otras cosas y mediante campañas de educación, impedir una mayor expansión del pentecostalismo.




Jimmy Swaggart en Chile. Según los críticos chilenos, la visita a Chile del telepredicador Jimmy Swaggart no era más que un típico show estadounidense. Sin embargo, tuvo un enorme éxito entre su público chileno. FUENTE: *Apsi,* Nº 190, Santiago, 12 de enero de 1987, p. 62.

También llamaron, varias veces, la atención sobre el hecho de que los mormones captaban a sus fieles mediante donaciones económicas[976]. El elemento que más cuestionaban era la extrañeza de las sectas que amenazaba a la auténtica religión chilena, léase el catolicismo. Un comentarista del diario oficial *La Nación,* y a pesar de todas sus preferencias ideológicas, debió reconocer que, finalmente, los telepredicadores eran cuerpos extraños:

"El catolicismo es nuestra religión... Ha sido nuestra cultura, pues nos ha moldeado y con él hemos mamado todas nuestras cualidades, incluso

[975] "Salvación al estilo americano", en *Apsi*, Nº 245, Santiago, 28 de marzo de 1988, pp. 33-35.
[976] "Las misiones protestantes", en *Mensaje*, Nº 364, Santiago, noviembre de 1987, pp. 498-501; "Mormones...", en *El Mercurio*, Santiago, 4 de agosto de 1982, p. C3; "Por qué me hice mormón", en *Qué Pasa*, Nº 595, Santiago, 2 de septiembre 1982, pp. 27-29.

aquellas que, desgajadas del tronco, son enarboladas como si hubiesen surgido por generación espontánea. Por ello, el catolicismo define nuestra normalidad: lo demás nos es ajeno, por lo cual será siempre postizo y enajenante; por muchas cualidades que a primera vista presente o que realmente tenga"[977].

Hipocresía era sólo uno de los elementos negativos que marcaron la imagen que tenían numerosos observadores chilenos sobre la mentalidad de los estadounidenses. A ésta se sumaban varias características que a primera vista parecían positivas, tales como pasión por el trabajo, eficiencia, pragmatismo, idealismo y religiosidad. En vista de los desarrollos en Estados Unidos –que solían afectar directamente a Chile, tal como el caso del fundamentalismo–, estas particularidades a nivel de percepciones muchas veces se trocaban en sus negativos. Así, la representación de la pasión por el trabajo podía convertirse en autodestrucción; eficiencia y pragmatismo podían transformarse en desprecio por el hombre; e idealismo y religiosidad, en fanatismo. Los elementos básicos de estas imágenes ya habían estado presentes en la etapa temprana de la norteamericanización, sin embargo, tanto su recurrencia como su valoración se modificaron considerablemente.

*La sociedad enferma de Estados Unidos*

La aparente transformación de los valores estadounidenses originalmente admirables en su opuesto también era observada por los chilenos en un ámbito especialmente sensible, esto es, dentro del sistema político y social. Contribuyendo a consolidar determinados componentes de imagen. Para Chile, durante el siglo XX la democracia estadounidense no había perdido su carácter de modelo fundamental. Por el contrario, la creciente ampliación de la participación política a partir de la década de 1930 hizo que aumentaran, aún más, las confrontaciones con el modelo de sociedad de masas. Sin embargo, su evaluación, ya sea positiva o negativa, dependía estrechamente de cómo fuesen valorados los problemas sociales existentes en Estados Unidos.

Bajo las condiciones que impusieron respectivamente la UP y el gobierno militar, el concepto de libertad adquirió un significado central dentro de cualquier discusión política. Ya durante la UP la oposición conservadora y la liberal deploraron la supuesta amenaza a los derechos democráticos elementales –por ejemplo, en el campo de la libertad de prensa– haciendo referencia a los ideales estadounidenses, a los cuales les atribuían validez universal. En cambio, los medios de comunicación de izquierda objetaban que, de aquel ideal original –y a raíz de la crisis moral del capitalismo–, en Estados Unidos

[977] "El predicador", en *La Nación*, Santiago, 16 de enero de 1987, p. 4.

ya no quedaba nada[978]. No obstante, a partir de 1973 la prensa convertida, en ese momento, en opositora y que, al igual que *El Mercurio* había sobresalido de manera especial en este debate, no protestó cuando a la censurada opinión pública le fueron restringidas sus libertades básicas. La libertad ya no podía ser exigida sin el riesgo de represalias. Por ello, el distanciamiento simbólico a través de la confrontación con el concepto de libertad del vecino del norte, adquirió relevancia adicional, pues sólo así podían encontrar expresión las opiniones de oposición. Por ejemplo, un valiente estudiante chileno se atrevió, ya durante la elecciones de 1976, a pronunciarse a favor del candidato demócrata Jimmy Carter en una encuesta callejera, pues confiaba que con él volvería la libertad a América Latina[979]. Cuando la censura en Chile fue disminuyendo por etapas a partir de la década de 1980 y la Estatua de la Libertad neoyorquina celebraba su centenario en 1986, ésta recuperó su relevancia especial como símbolo visual inequívoco de que a la larga el deseo de libertad es indomable. En 1988 ya era posible que Marco Antonio de la Parra se declarase abiertamente, en el diario de oposición *La Época,* como un "simpatizante" convencido de la idea norteamericana de la libertad del que piensa diferente (véase ilustración en página siguiente)[980].

Ciertamente, Marco A. de la Parra llamaba la atención también hacia otra interpretación del concepto de libertad, que de igual modo provenía de Estados Unidos y que, en su opinión, sin embargo, pervertía la idea de libertad, pues con la frase libertad de elección sólo aludía a las necesidades de la economía y de la sociedad de consumo:

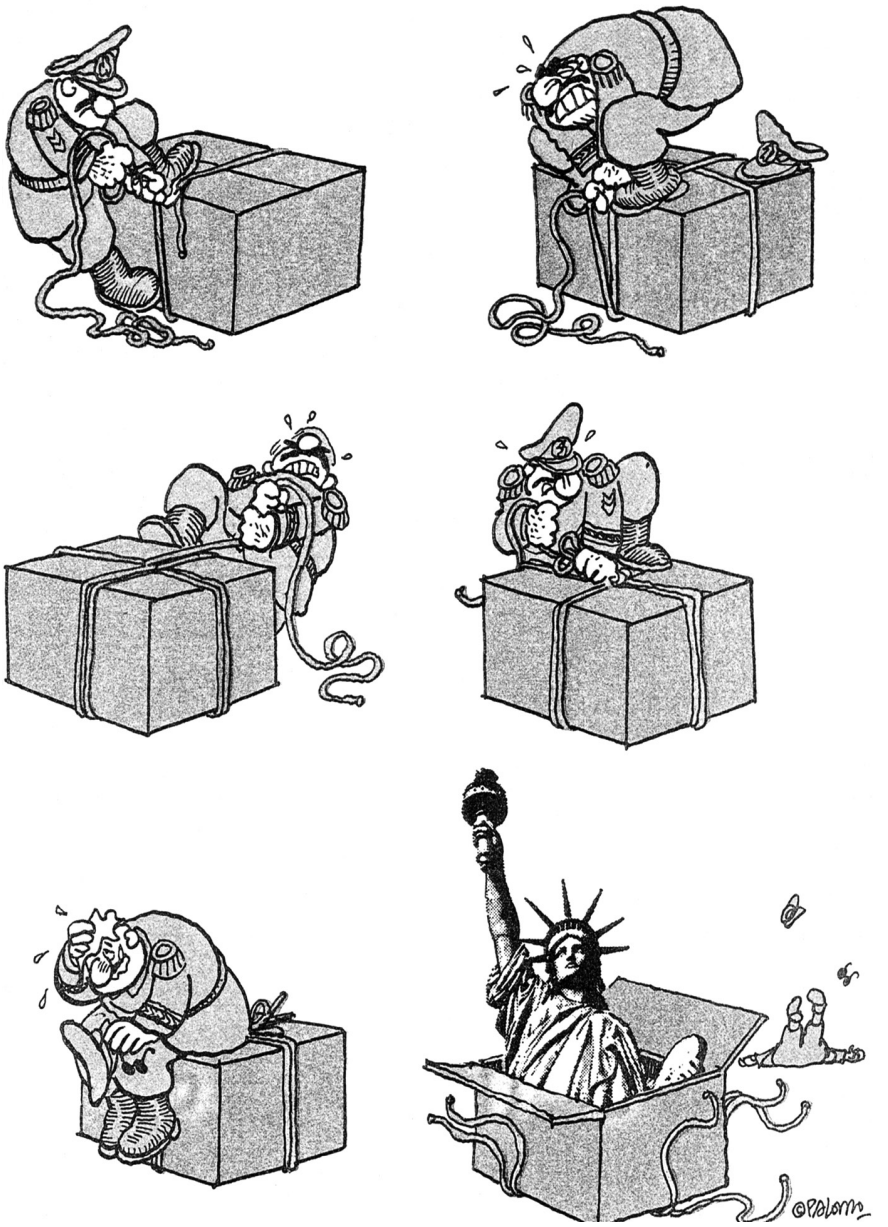
> "Lo vemos en nuestro país. Se confunde esta liberalidad de todo deseo con libertad real. La libertad para elegir con la esclavitud del consumidor frente a la falsa información publicitaria. La libre empresa con una sociedad libre. El modelo viene del norte y les ha hecho daño. Un daño moral, una anestesia del deseo, un decaimiento de todas aquellas funciones que consisten justamente en trabajar con la energía que parte de la función del deseo para transformarlo en un hecho"[981].

[978] "Los documentos del Pentágono", en *Punto Final*, Nº 140, Santiago, octubre de 1971, pp. 10-11; "La dama de bronce", en *Punto Final*, Nº 138, Santiago, agosto de 1971, p. 15; "El mito del aislacionismo", en *Mensaje*, Nº 19, Santiago, 1970, p. 466. Sobre la mirada de la oposición véase, por ejemplo, "Elecciones 'primarias'", en *Tribuna*, Nº 221, Santiago, 1 de diciembre de 1971, p. 4.

[979] "G. Ford es el candidato de los chilenos", en *La Segunda*, Santiago, 2 de noviembre de 1976, p. 3.

[980] Marco Antonio de la Parra, "¡Hasta la próxima EE.UU.!", p. 27; "Miss Libertad", en *Hoy*, Nº 468, Santiago, 7 de julio de 1986, pp. 50-51. Sobre la utilización de representaciones por parte de la oposición, véase, además, *Bicicleta*, Nº 7, Santiago, abril de 1986, p. 2. Véase también el proyecto de la videísta Catalina Parra realizado en el Times Square en el New York: "Donde la libertad...", en *Apsi*, Nº 206, Santiago, 29 de junio de 1987, p. 49.

[981] Marco Antonio de la Parra, "El imperio del deseo", p. 27.



En realidad, los seguidores del régimen de Augusto Pinochet prefirieron esta

El tesón de la libertad. Para la oposición chilena la Estatua de la Libertad fue un importante símbolo en su lucha por recuperar la democracia. En esta ilustración se libera de las ataduras de los militares. FUENTE: "La copia feliz", en *Análisis*, Nº 206 , Santiago, 6 de julio de 1987, p. 45.

interpretación del concepto de libertad. En el ámbito político los reformistas neoliberales sostenían una idea limitada de ésta. Un reportaje de marzo de 1985 en *Qué Pasa,* revista semanal proclive al régimen, puntualizó este pensamiento. La tesis central del artículo era la necesidad de una división absoluta de los conceptos democracia y libertad. En opinión de *Qué Pasa,* mientras la democracia de masas podía llevar a la desindividualización y masificación –por lo que se hacía necesario un gobierno autoritario–, libertad debía entenderse específicamente como la libertad del individuo y reducirse al ámbito socioeconómico. Apelando al pensamiento neoliberal europeo promovía la idea de que, en caso de duda, el verdadero liberal debía preferir las restricciones de una dictadura militar a modo de no quedar sometido al "terror de la mayoría", es decir, de las democracias de masas (véase ilustración en página siguiente)[982].

Rafael Valdivieso llevó esta tesis al extremo cuando formuló, en *La Segunda,* que en Chile una democracia al estilo estadounidense era definitivamente impracticable, pues los sustratos históricos y culturales eran esencialmente diferentes a los del Norte. Así lo habrían mostrado los fracasos de los decenios 1960 y 1970. Por ello, reivindicó para Chile una "democracia integral" especial que evitase los excesos:

> "Queremos una democracia integral, con libertad política y libertad económica, y, por cierto, sin excesos incompatibles con nuestros usos y costumbres; sin llegar al extremo de legitimar, pongamos por caso, el aborto, la pornografía o la homosexualidad"[983].

Diversas voces de oposición le objetaron que el incuestionable éxito histórico de Estados Unidos se basase sobre la feliz combinación de libertad económica y democracia política. Para los críticos del régimen militar, observar el sistema político estadounidense adquirió, cada vez, más importancia a lo largo de la década de 1980.

A Jorge Edwards la campaña electoral de 1980 le despertó recuerdos:

> "Para un chileno que no sólo conoció la época de los plebiscitos sino también la de las elecciones, es decir, para un chileno de edad madura, testigo de nuestra prehistoria política, la campaña electoral norteamericana es sorprendente y también... instructiva"[984].

Esos paralelos fueron expresados más abiertamente hacia fines del régimen, pues entonces existía una creciente libertad de expresión. Así, por ejemplo,

[982] "La democracia ¿contra la libertad?", en *Qué Pasa*, Nº 727, Santiago, 14 de marzo de 1985, pp. 12-14. Véase también "La renuncia de Hart", en *La Nación*, Santiago, 12 de mayo de 1987, p. 8.

[983] Rafael Valdivieso A., "Entre los EE.UU. y la URSS", p. 4.

[984] Jorge Edwards, "Las elecciones norteamericanas", p. 3. Véase también Silva Triviño, *op. cit*., p. 3.

*Pero también la libertad necesita protección.*

El régimen también utilizó el símbolo de la Estatua de la Libertad para propagar la idea de una "democracia protegida". FUENTE: "La democracia ¿contra la libertad?", en *Qué Pasa,* Nº 727, Santiago, 14 de marzo de 1985, p. 12.

en marzo de 1988, a raíz de las primarias, *La Época* acentuó la competencia de las opiniones políticas y apuntó: "Así era Chile, con sus propias características por supuesto, hasta hace menos de un par de décadas"[985].

El énfasis que ponía la prensa de oposición sobre las ventajas del sistema político de Estados Unidos tenía por finalidad destacar los aspectos positivos de una democracia pluralista, desacreditados por los adherentes del régimen, haciendo referencias a la caótica situación vivida durante la UP. Había voces opositoras que afirmaban que un sistema democrático garantizaba, por ejemplo, la moral política y que prevenía el abuso de poder y la corrupción de los poderosos, fenómenos presentes en Chile, tal como hacía ver la revelación del escándalo financiero de 1983 en el que habían participado familiares de Pinochet[986], lo que parecía garantizar el bienestar general[987]. Claro que paulatinamente la democracia estadounidense recibió no sólo el respeto de la oposición chilena sino, también, el de algunos sectores afines al régimen, especialmente cuando llegaba al poder un presidente "poderoso" y conservador –con lo cual quedaba implícito que era complaciente con el gobierno–, como Ronald Reagan, en 1981[988]. Sin embargo, las conmociones que emergían en forma recurrente dentro del sistema político estadounidense, entre 1970 y 1988 hacían que ambas líneas de argumentación fuesen susceptibles de crítica.

A principios de la década de 1970 fue la prensa leal a la UP la que denunció la supuesta degeneración de la política interna estadounidense como síntoma de la decadencia del capitalismo. El escándalo Watergate fue esgrimido, a partir de 1973, como demostración de ello. Pablo Neruda aprovechó la ocasión para llamar la atención sobre la estrecha relación que este caso tenía con la escandalosa política externa de Estados Unidos, especialmente aquélla hacia América Latina[989]. Durante el régimen militar el caso también fue utilizado como demostración –claro que con otro trasfondo político– de los defectos inherentes a la democracia y, tal como en la discusión acerca del concepto de la libertad, se promovió una limitación de los derechos individuales para favorecer la seguridad del Estado. En parte, la prensa leal al régimen defendió

[985] "Elecciones primarias", en *La Época*, Santiago, 7 de marzo de 1988, p. 6. Véase también "Elecciones en EE.UU.", en *Cauce*, Nº 147, Santiago, 25 de febrero de 1988, pp. 26-27.

[986] "Ministro Escobar", en *Cauce*, Nº 13, Santiago, 1983, pp. 4-5. En este contexto se produjo una gran cobertura sobre figuras simbólicas como John F. Kennedy y Martin Luther King: Jorge Edwards, "La muerte de John Kennedy", p. 7; "Todos quieren ser como él", en *Caras*, Santiago, 16 de noviembre de 1988, pp. 52-55; "Los ideales de Martin Luther King", en *La Época*, Santiago, 4 de abril de 1988, p. 2.

[987] Los observadores chilenos solían acentuar fuertemente esta relación: Benjamín Subercaseaux, *Retorno..., op. cit.*, p. 177; Dávila G, *We of..., op. cit.*, p. 178; Velasco del Campo, *op. cit.*, p. 17.

[988] "Internacional", en *Índice Gallup*, Santiago, diciembre de 1980, p. 22; "Hechos que impactan", en *Índice Gallup*, Santiago, abril de 1981, pp. 18-19; "Reagan pasará a la historia", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 2 de noviembre de 1988, p. 8.

[989] Mariano Rovigo, "Watergate", p. 4; Pablo Neruda, "Watergate, ¿de qué escándalo me hablan?", p. 1.

al presidente Richard Nixon de la crítica internacional enfatizando que con su dimisión había mostrado la grandeza que Salvador Allende había olvidado un año antes. Después de la tormenta, comentaba por ejemplo *Las Últimas Noticias,* Estados Unidos podía confiar en la fuerza purificadora del sistema[990].

En general, el caso Watergate desató una discusión en torno a las carencias del sistema político, dentro de la cual volvieron a aparecer argumentos que provenían de la etapa temprana de norteamericanización. El reproche a la plutocracia y la crítica al excesivo poder de la figura del Presidente, por ejemplo, representaron nuevamente un papel central; claro que dados los nuevos contextos fueron complementados con el concepto de "complejo militar-industrial"[991]. La apatía de los votantes motivó numerosos comentarios de chilenos tanto adherentes como opositores al régimen de Augusto Pinochet. La indolencia hacía dudar de un sistema que aparentemente dependía del trabajo de grupos de influencia política y de una perfecta presencia mediática, mientras que el ciudadano común se destacaba por ser inculto e ignorante del acontecer mundial[992]. Así, en un artículo reproducido en *Apsi,* el escritor mexicano Carlos Fuentes llamaba la atención sobre el hecho que, en términos porcentuales, Ronald Reagan había logrado captar menos votantes en 1980 que en su momento Salvador Allende, a quien el gobierno de Richard Nixon le había negado legitimidad política[993]. La misma revista planteó unos años más tarde una pregunta retórica ("¿Querría usted a Reagan como presidente de Chile?") y desarrolló la idea de que el presidente estadounidense podía gobernar gracias a la escasa participación electoral y a pesar de que sólo había votado por él cerca del 30% de los estadounidenses. Una abstención electoral elevada en el caso del inminente plebiscito que se realizaría en Chile, decía el comentario de *Apsi,* podría llevar a un resultado similar y ayudar a Augusto Pinochet a conseguir el triunfo[994].

[990] "Era el hombre más poderoso", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 11 de agosto de 1974, pp. 2-3. Véase también Anita Arroyo, "La encrucijada de Watergate", p. 5; "La renuncia de Nixon", en *El Mercurio*, Santiago, 9 de agosto de 1974, p. 3; "Allende y Nixon", en *El Sur*, Concepción, 14 de agosto de 1974, p. 5; Paz Alegría, "Grandeza que le faltó a Allende", p. 2; Eduardo Schijman, "La turbulencia política en EE.UU.", p. 3. El comentario que más lejos llegó fue el de *El Mercurio,* un año tras el caso Watergate: "¿Es posible gobernar con la democracia?", en *El Mercurio*, Santiago, 20 de septiembre de 1975, p. 2.

[991] Alberto Sepúlveda Almarza, "Tratando de entender a Carter", p. 61; José M. Navasal, "¿El hombre más poderoso?",, p. A3; "¿Hay que ser mulitmillonario?", *La Nación*, suplemento *Para Todos*, Santiago, 2 de agosto de 1984, p. 10.

[992] "50a elección presidencial", en *Cauce*, Nº 30, Santiago, 1984, p. 26; "Productos publicitarios", en *Qué Pasa*, Nº 718, Santiago, 10 de enero de 1985, pp. 38-40; "El modelo desfigurado", en *La Nación*, Santiago, 8 de mayo de 1987, p. 2; "El pueblo de los EE.UU.", en *La Nación,* Santiago, 3 de septiembre de 1987, p. 2.

[993] Carlos Fuentes, "Reagan", p. 23. Véase también "¿Porqué Ted Kennedy?", en *El Mercurio*, Santiago, 18 de septiembre de 1979, p. A3; "Proceso norteamericano", en *La Nación*, Santiago, 8 de noviembre de 1984, p. 3; Parra, "Un chileno...", *op.cit*., p. 26.

[994] "¿Querría usted a Reagan como Presidente de Chile?", en *Apsi*, Nº 206, Santiago, 22 de junio de 1987, p. 15.

En vista de los escándalos y de la abstención electoral, en Chile algunos se preguntaban acerca de las causas de la apatía política. Desde las dos fuerzas políticas, oposición y seguidores, muchos chilenos llegaron a la conclusión de que el origen estaba en que la sociedad estaba enferma. A partir del movimiento por los derechos civiles, las manifestaciones contra la guerra de Vietnam y las protestas juveniles, se profundizó también en Chile la imagen internacional de Estados Unidos como una comunidad agresiva[995]. Durante el gobierno de Salvador Allende, los medios de comunicación de izquierda no dejaron pasar ninguna noticia sensacionalista que les permitiera enfatizar la violencia que existía en este país, pues, al igual que los escándalos políticos, mostraba la decadencia del capitalismo tardío[996]. También la entonces prensa de oposición, que luego sería afín al régimen de Augusto Pinochet, prestó gran atención a estos temas. Acentuaba especialmente la decadencia de la moral y de las costumbres deducible, por ejemplo, del incremento de la homosexualidad mostrada sin tapujos y del aumento de la drogadicción en todas las capas sociales[997]. Los chilenos podían leer en informes que publicaba Gallup-Chile que entre los estadounidenses, especialmente en las grandes urbes modernas, habían crecido enormemente la sensación de inseguridad y el temor a la criminalidad[998].

Tras el golpe de Estado, la profusa cobertura sobre la violencia y criminalidad se prestó para hacer ver al público chileno los excesos de un, supuestamente, mal entendido liberalismo. Esta estrategia ya había sido utilizada exitosamente, durante la UP, como un mecanismo de desestabilización. Así, cada vez que en Chile se informaba sobre los crímenes al "estilo de Chicago" o sobre los *hippies* y su adicción a las drogas, aparecía la advertencia sobre el proverbial "estado de cosas norteamericano"[999]. El gobierno complementaba

[995] "Reflexiones sobre la violencia en EE.UU.", en *Punto Final*, Nº 58, Santiago, julio de 1968, pp. 14-15. En ningún otro lugar quedó esta idea tan clara como en la novela de Fernando Alegría *Amerika, Amerikka, Amerikkka*, pp. 23-24.

[996] "Manson y Cía.", en *El Siglo*, Santiago, 1 de abril de 1971, p. 2; "¡Oh, los parques nacionales!", *Punto Final*, Nº 154, Santiago, marzo de 1972, p. 19; "Con la droga al cuello", en *El Siglo*, Santiago, 18 de febrero de 1972, p. 2; "De frente y de perfil", en *Última Hora*, Santiago, 27 de mayo de 1972, p. 5.

[997] "Industria del crimen", en *Ercilla*, Nº 1792, Santiago, 1969, pp. 61-63; "La mafia en EE.UU.", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 12 de febrero de 1972, p. 7; "El Nueva York que yo vi y vivi", en *Las Últimas Noticias*, *Revista del Sábado*, Santiago, 9 de octubre de 1976. "La homosexualidad", *en La Nación*, Santiago, 8 de marzo de 1980, p. 9A. Bustos, *op. cit*., p. 54; "¿Qué son los gay?", en *El Sur*, Concepción, 5 de octubre de 1982, p. 3; "Atlantic City", en *Qué Pasa*, Nº 725, Santiago, 28 de febrero de 1985, p. 21.

[998] "Miscelánea", en *Índice Gallup*, Santiago, mayo de 1981, pp. 21-22; "Criminalidad", en *La Nación*, Santiago, 13 de febrero de 1981, p. 3A. Sobre la problemática de las ciudades: "La metrópolis detenida", en *Ercilla*, Nº 1885, Santiago, 1971, pp. 39-42; "La paralización total", en *Ercilla*, Nº 1849, Santiago, 1970, p. 21.

[999] "Al estilo Chicago", en *Ercilla*, Nº 1792, Santiago, 1969, p. 15; "Hippies...", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 9 de febrero de 1972, p. 2.

esto con alusiones a su implacable proceder contra todo tipo de delincuencia y acentuaba la diferencia que existía con las democracias:

> "Las sociedades modernas occidentales han ido perdiendo paulatinamente el sentido de la sanción y del respeto a las normas sociales, que son inseparables"[1000].

Violencia y criminalidad eran sólo uno de los lados de los elementos negativos de la imagen de Estados Unidos que se repetían con frecuencia entre 1970 y 1989. Unida a ellos aparecía también la crítica a las injusticias sociales. La persistencia de la pobreza en una sociedad de sobreabundancia como ésta parecía especialmente grave. La izquierda chilena atribuía esto a la carencia de una fuerte representación de los intereses de los pobres, por ejemplo, a través de la sindicalización[1001]. Sólo el movimiento comunista conducido por Angela Davies prometía, en opinión de sus compañeros de partido chilenos, posibilidades de mejoría. La propia Angela Davies, encarcelada algunos meses entre, 1969 y 1970, bajo el cargo de asesinato, fue glorificada como figura simbólica, tal como cuarenta y cinco años antes Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti. Los comunistas chilenos participaron activamente en la campaña internacional para solidarizar con la liberación de Angela Davies, y la invitaron a Chile en 1972. Los comentarios de la prensa de izquierda y de la de derecha en torno a su visita no podían ser más divergentes. Eso sí, coincidían en que al contemplar Estados Unidos era necesario diferenciar entre dos Américas. De esta manera, este aspecto de la percepción también reflejaba las realidades chilenas[1002].

Asimismo, la idea de la existencia de "dos Américas" representó un importante papel en la crítica al racismo, que seguía determinando las imágenes chilenas del yanqui. La discriminación de las minorías étnicas, especialmente compuestas por latinos y afroamericanos, era vista como un problema central. Tanto la prensa de izquierda como la de derecha informaban recurrentemente, sobre el resurgimiento del KKK y de otras agrupaciones racistas, y acerca de la discriminación sistemática presente en ese país. En vista de que, supuestamente, en Chile no había racismo, este fenómeno parecía especialmente repulsivo[1003].

[1000] "Pena de muerte", en *El Mercurio*, Santiago, 2 de septiembre de 1977, p. 3.

[1001] "Curitas no opinan", en *La Cuarta*, Santiago, 13 de noviembre de 1984, p. 9; "Desamparados", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 15 de febrero de 1988, p. 8; "En EE.UU.", en *La Segunda*, Santiago, 20 de abril de 1978, p. 23.

[1002] "Angela Davis", en *El Siglo*, Santiago, 18 de noviembre de 1970, p. 4; "La gente contenta en los EE.UU.", en *Punto Final*, Nº 141, Santiago, octubre de 1971, p. 15; "Angela Davis y la otra norteamérica", en *El Siglo*, Santiago, 12 de octubre de 1972, p. 4. Para la perspectiva de la derecha, véase "La absolución de Angela Davis", en *El Mercurio*, Santiago, 9 de junio de 1972, p. 3; "Angela Davis y el sistema de justicia", en *Tribuna*, Santiago, 9 de octubre de 1972, p. 5; "El Angel de la Davies", en *La Prensa*, Santiago, 14 de octubre de 1972, p. 3.

[1003] Juan Ramón Silva, "¿Tienen prejuicios raciales los chilenos?", p. 2; "Perspectiva de una norteamericana en Chile", en *La Época*, Santiago, 2 de septiembre de 1987, p. 7.

De nuevo la cobertura fue instrumentalizada con fines de política interna, pues la izquierda, por una parte, podía asociar la crítica al racismo con sus ataques contra el imperialismo y la derecha, por otra, pudo rechazar, más tarde, los reproches por violaciones de los derechos humanos, enrostrando los hechos de violencia por motivos raciales que allá ocurrían[1004].

Las crónicas sobre los crecientes índices de suicidios, especialmente entre los jóvenes, y respecto del incremento de las enfermedades mentales, se percibían como otro aspecto de la decadencia social de Estados Unidos[1005]. Según esos relatos, el peligro de contagio que emanaba de estas nuevas enfermedades de la civilización, parecían ser una amenaza especialmente grave para Chile. Y que esto no sólo debía entenderse en un sentido figurado, como en el caso de las enfermedades síquicas, lo muestran las discusiones en torno al SIDA, enfermedad diagnosticada por primera vez en Chile en 1984. Durante la segunda mitad de la década de 1980, cuando los casos declarados aumentaron rápidamente, se inició la investigación sobre las causas. Estados Unidos fue identificado inequívocamente como centro y origen de la enfermedad. Los críticos acentuaban que la revolución sexual y sus efectos colaterales, como pornografía y perversiones, habían alcanzado allí la dimensión más amenazante. A fin de cuentas, había sido la industria pornográfica estadounidense la que había dado a conocer en Chile ofertas tales como: sexo por teléfono y revistas pornográficas. Y ésta era la que controlaba el mercado, aun cuando eran empresas chilenas subcontratistas –incluida la editorial Lord Cochrane perteneciente al imperio Edwards– las que profitaban fuertemente de ello. Un retorno a la moral sexual tradicional parecía el único medio para impedir la propagación de una enfermedad a la que muchos en Chile tenían pánico[1006].

[1004] Sobre la izquierda: "El problema negro en los EE.UU.", en *Punto Final*, Nº 35, Santiago, agosto de 1967, pp. 1-11; "En la América Blanca", en *Punto Final*, Nº 47, Santiago, febrero de 1968, pp. 34-35; "Las garras de la furia negra", en *Ercilla*, Nº 1814, Santiago, 1970, pp. 39-42; "Yanquis tienen su propio Vietnam", en *Clarín*, Santiago, 14 de septiembre de 1971, p. 9; "El racismo norteamericano", en *Última Hora*, Santiago, 2 de septiembre de 1972, p. 5. Sobre la derecha: "¡Vivan los derechos humanos!", en *La Tercera*, Santiago, 20 de mayo de 1980, p. 3; "Nuevos disturbios raciales", en *El Mercurio*, Santiago, 17 de julio de 1980, p. A11; "Entre el estrangulador y el KKK", en *Qué Pasa*, Nº 521, Santiago 2 de abril de 1981, p. 41; "Renace el Ku Klux Klan", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 19 de febrero de 1984, p. 2; "Racismo en Norteamérica", en *La Nación*, Santiago, 28 de enero de 1987, p. 3; "Derechos humanos en EE.UU.", en *La Segunda*, Santiago, 9 de marzo de 1987, p. 7.

[1005] "¿Y los locos de EE.UU.?", en *La Nación*, Santiago, 8 de noviembre de 1983, p. 2; "Hastío juvenil", en *La Nación*, Santiago, 22 de diciembre de 1984, p. 2.

[1006] "La pornografía", en *El Sur*, suplemento *Gaceta del Sur*, Concepción, 30 de octubre de 1988, pp. 2-3; "Educación y fidelidad", en *El Sur*, Concepción, 19 de marzo de 1989, p. 3. Sobre la percepción como centro del SIDA: "Pánico entre los famosos", en *La Segunda* , Santiago, 3 de septiembre de 1985, p. 15; "Burt Reynolds", en *La Segunda* , Santiago, 12 de septiembre de 1985, p. 14. Sobre el trato a enfermos de SIDA en Chile, véase "Temor al SIDA", en *La Segunda*, Santiago, 3 de septiembre de 1985, p. 14; "La voz del pueblo", en *La Cuarta*, Santiago, 10 de agosto de 1987, p. 24; "Yo tuve Sida", en *Paula*, Nº 512, Santiago, octubre de 1987, pp. 23-25; "Cómo enfrentar al Sida", en *El Sur*, Concepción, 20 de octubre de 1988, p. 3.

¿Acaso Estados Unidos era a los ojos de los chilenos ciertamente "la más primitiva de las sociedades", tal como rezaba la aseveración de Jean Baudrillard muy repetida en Chile a partir del decenio 1980?[1007] ¿O seguía siendo el ejemplo luminoso de libertad, cuya luz brillaba en el rincón más apartado de América? En vista de los escándalos políticos, de la violencia, de la injusticia social y del racismo podía surgir entre muchos observadores la impresión de que se trataba de una sociedad enferma. Más aún, a raíz de la epidemia de SIDA, percibida como consecuencia de la decadencia moral, parecía que los peligros provenientes del vecino del Norte podían afectar más directamente que nunca a Chile en el marco de un mundo cada vez más entrelazado.

Ni el temor al SIDA, ni los comentarios acerca del cambio social y político, o la tendencia a los superlativos para describir la riqueza y poder estadounidenses eran apropiados para aumentar el contenido de realidad de las imágenes de Estados Unidos. Cuando un comentarista chileno utilizó las siguientes palabras para describir la experiencia de un grupo de estudiantes de intercambio:

> –"...junto a los valores de un país superdesarrollado, conviven con problemas como las drogas, la pornografía, el amor por el dinero, el racismo..., que son el pan de cada día"–

ese pan de cada día del que hablaba era un producto chileno, pues estaba compuesto principalmente de percepciones alimentadas de afirmaciones aparecidas en los medios dirigidas a comentar las condiciones de la política interna chilena[1008]. Así, podían persistir prácticamente sin análisis elementos de imagen de la etapa temprana de la norteamericanización tales como la riqueza legendaria de Estados Unidos, el fanatismo por el trabajo, la bajeza moral y la hipocresía, sin que se agregasen más que unos pocos elementos nuevos como su adicción al derroche y excentricidad. Si en la etapa temprana habían sobresalido algunos tonos oscuros en el caleidoscopio de las imágenes, ahora esos elementos se habían acoplado en una imagen de conjunto marcada justamente por los tonos más oscuros. La crítica se había convertido en parte integral de las imágenes. En el marco de la nueva globalización sería casi imposible hablar de las "imágenes del yanqui". Por una parte, la creciente abundancia de información había producido un mayor grado de diferenciación entre el Estado como un todo, sus representantes y las personas que vivían en Estados Unidos. Por otra, ya no era posible atribuir inequívocamente a muchos de los componentes de las imágenes, sino que éstos parecían ser, más bien, parte de una modernidad globalizada. De este modo, se reconocía que

[1007] Alfonso Calderón, "La más primitiva de las sociedades", p. 49.

[1008] "EE.UU. visto por jóvenes chilenos", en *Qué Pasa*, Nº 343, Santiago, 11 de noviembre de 1977, p. 44.

también los estadounidenses estaban siendo afectados por los procesos de transformación de la modernización, a los que los propios chilenos estarían sujetos en un futuro no muy lejano.

# NUEVAS FORMAS DE ENCUENTRO: CONSUMO, IMPERIALISMO Y SOCIEDAD DE MASAS

*"Adiós altiplano y favelas, adiós bananeros y villas miserias,*
*adiós mineros de Oruro y llaneros de Venezuela.*
*El roto chileno parte hacia la zona del bienestar*
*y de la futura riqueza"*[1009]

## Bienvenidos a la era del consumo: inversiones, mercancías y publicidad

Durante las primeras tres décadas del siglo XX los chilenos percibían que los enclaves mineros eran los espacios más estrechos de encuentro con los yanquis en el país. Sin embargo, esa impresión cambió considerablemente tras la nacionalización de las empresas de la Gran Minería en 1971. Luego del golpe de Estado de 1973 ya no eran los inversionistas quienes llamaban la atención, sino los productos que comercializaban y que se encontraban a la venta en forma masiva. Fredy Cancino se refería a este proceso cuando publicó en 1988 las provocativas frases que encabezan este capítulo en la revista de oposición *Cauce* y que formaban parte de un comentario extremadamente irónico sobre *Chile, la revolución silenciosa*, el libro publicado un año antes por Joaquín Lavín y que había causado furor en círculos leales al régimen[1010]. Joaquín Lavín, en ese entonces editor de *El Mercurio*, ante los inminentes cambios de política interna presentó a Chile como un país de las maravillas del consumo, que había logrado alcanzar en cortísimo tiempo a los países industrializados y cuyos habitantes podían comprar los productos más modernos en gigantescos paraísos comerciales. En contraposición, Fredy Cancino destacaba en su reseña que sólo en la capital la mitad de la población seguía viviendo bajo la línea de la pobreza y que, en el mejor de los casos, sólo podía participar del consumo como observador pasivo de las vitrinas. ¿Sobre qué se basaban esas interpretaciones –diametralmente opuestas, pero relevantes para la política interna– respecto de la significación del consumo en el Chile de la dictadura militar, y qué papel representó en su construcción el proceso de encuentro que implicaba la norteamericanización?

[1009] Fredy Cancino, "Más sobre la América morena", p. 19.

[1010] De aquí en adelante se citará el texto en inglés de Joaquín Lavín publicado ese mismo año, *A Quiet Revolution.* Tomó prestado el título del influyente estudio sobre el cambio valórico del sociólogo Ronald Inglehart, *A Silent Revolution*, 1977.

Luego de la Segunda Guerra Mundial, la idea de Estados Unidos como un país de riquezas y bienestar inmensos siguió gravitando dentro de las imágenes chilenas de esa nación. Uno de los objetivos de las estrategias de desarrollo chilenas después de 1945 fue la de alcanzar también en Chile, al menos en parte, su singular desarrollo. Hacía tiempo que la rica América del Norte ya no era sólo la anhelada meta del desarrollo sino el ejemplo del camino para lograrla. Una vez superados, la crisis económica mundial y los agitados tiempos de la Segunda Guerra Mundial, la inversión de capitales estadounidenses retomó su liderazgo y actividad en el país, luego vivió un profundo corte durante la UP entre los años 1970 y 1973, escenario revertido radicalmente por el régimen militar. A continuación, se analizará cómo cambió entre 1970 y 1989 la posición respecto del capital extranjero, ya que esas inversiones debían crear las bases de la sociedad de consumo chilena.

Hacia fines de la década de 1920, y en forma especial durante la década siguiente, las empresas extranjeras presentes en Chile atrajeron sobre sí la ira popular. De hecho, la estrategia de industrialización mediante sustitución de importaciones que alcanzó su punto culminante en 1939 con la creación de la estatal CORFO, fue una reacción a esa indignación. Aun así, nunca se acallaron las voces que apelaban a la importancia del capital extranjero para continuar con el "desarrollo hacia adentro". A esta evidencia no quisieron ni pudieron cerrarse los gobiernos del Frente Popular. Por ello, se esforzaron por conseguir créditos del Eximbank. Luego del fin de la guerra, esta posición fundamental no se alteró. De esta manera, en 1950 el representante del gremio de los industriales, la SOFOFA, demandó la apertura al capital extranjero, puesto que las reservas de capital disponibles en Chile eran escasas. La CEPAL apoyó esta petición, pues los economistas opinaban que el capital extranjero aportaría aquellas divisas que permitirían equilibrar el déficit comercial, complementaría el capital interno mediante el ingreso de bienes de capital y materias primas, destinados a la industrialización, y encargados de traer al país las más modernas tecnologías y estrategias gerenciales. Tres años más tarde fue promulgada la primera ley chilena para la promoción de inversiones extranjeras[1011].

A lo largo del decenio 1960 fue crecientemente criticada la postura favorable al capital extranjero debido a que no llegaban los anhelados éxitos en el desarrollo. Si ya en la década de 1920 los comunistas chilenos habían atacado intensamente la libre actuación del capital extranjero en Chile, en el marco de la teoría de la dependencia estos ataques fueron afinados. El argumento era que la estrategia de cooperación con inversionistas extranjeros orientada según modelos de desarrollo había servido únicamente a los intereses de esos

[1011] Walter Müller Hess, "La industria chilena en la primera mitad del siglo XX", p. 211; Bohan & Pomeranz, *op. cit.*, pp. 9-10; CEPAL, *op. cit.*, pp. 75-123.

inversionistas. En particular, los cientistas sociales Orlando Caputo y Roberto Pizarro criticaron los supuestos básicos de la CEPAL cuando afirmaron que el capital extranjero sería la causa del déficit de la balanza comercial, que le quitaba capital al país por la vía del retiro de ganancias y que se hacía pagar muy cara la transferencia tecnológica. En consecuencia, las inversiones extranjeras no sólo no aportaban al desarrollo nacional, sino que eran perjudiciales, por lo que había que impedirlas[1012]. Los demócratacristianos chilenos, liderados por Eduardo Frei Montalva, defendían una opinión similar. Sin embargo, tras asumir el gobierno en 1964 desarrollaron una política esencialmente favorable hacia los inversionistas para obtener ayuda económica de la Alianza para el Progreso[1013]. Bajo el régimen de la UP los ataques al capital extranjero se convirtieron en elemento central de la crítica antiimperialista y en la base de las medidas de nacionalización. Cuán potente fue esa posición eso se puede apreciar en *El Mercurio,* de clara tendencia liberal, cuando llamó la atención en 1970 sobre la ambigüedad de las inversiones extranjeras:

> "Sería tan ingenuo pretender que la penetración del capital extranjero es por completo inofensiva para los anhelos de independencia de un país, como creer que sin aporte foráneo las colectividades subdesarrolladas podrán alcanzar un ritmo acelerado de desenvolvimiento"[1014].

Tras el golpe militar, esta posición diferenciada frente a los inversionistas extranjeros pasó muy luego a la historia. Uno de los reproches centrales de las nuevas autoridades hacia la UP fue justamente que el gobierno de Salvador Allende había enviado a Chile al sacrificio, y que al romper con el capital extranjero habría llevado al país hacia el caos económico[1015]. Según el pensamiento neoliberal, que pronto determinaría la política nacional, el capital extranjero debía representar un papel decisivo para superar la crisis. En cambio, el Estado debía suprimir sus funciones de conducción y abrir la economía chilena mediante, por ejemplo, el derribamiento de barreras proteccionistas[1016]. La exigencia era acabar con los temores hacia los, alguna vez, demonizados consorcios internacionales en pos del desarrollo económico. Casi como una letanía, hasta el fin del gobierno militar volvían a repetirse las virtudes del capital extranjero para el desarrollo de América Latina en general y el de Chile en particular[1017]. *El Mercurio* resumió en 1975 en forma significativa este pensamiento:

[1012] Orlando Caputo y Roberto Pizarro, *Desarrollismo y capital extranjero: las nuevas formas del imperialismo en Chile*, pp. 9-10. Véase, además, Swansborough, *op. cit*., pp. 60-61.

[1013] Michaels, *op. cit*., p. 84.

[1014] "Límites a la inversión extranjera", *en El Mercurio*, edición internacional, 26 de octubre-1 de noviembre de 1970, p. 3.

[1015] "Inversiones Extranjeras", en *El Sur*, Concepción, 30 de marzo de 1975, p. 7.

[1016] Thomas F. O'Brien, *The Century..., op. cit*., p. 139.

[1017] "Las empresas multinacionales", en *El Sur*, Concepción, 2 de junio de 1976, p. 5.

"Nuestros países no deben tardar en convertirse en beneficiarios de los continuos adelantos del mundo industrial, y para esto es indispensable que los esfuerzos de sus nacionales se asocien a los de empresas extranjeras"[1018].

Debido a la creciente transnacionalización, a lo largo de la década de 1980 los convencidos económicos nacionalistas aceptaron con mayor facilidad la presencia de capitales extranjeros. Amplios sectores de la oposición democrática llegaron a la convicción de que ya no podían prescindir de éste, aunque pidieron que el Estado tuviese mayores mecanismos de control[1019].

En el marco de su campaña de imagen, ya en el decenio 1970 el gobierno desarrolló numerosas actividades para atraer nuevamente a Chile inversionistas extranjeros[1020]. En un comienzo la Junta de Gobierno envió subsecretarios y ministros como Jorge Cauas a centros financieros del norte, donde lograron negociar exitosamente nuevos créditos. Recibió con gran interés a industriales estadounidenses. La promulgación del decreto ley Nº 600 de 1974 fue un hecho determinante, pues suprimió cualquier tipo de discriminación hacia el capital extranjero frente a los inversionistas locales[1021]. Consecuente con esta política, Chile se retiró del Pacto Andino en 1976, fundado siete años antes, pues las disposiciones que restringían la actividad de empresas extranjeras dentro de los estados miembros –especialmente en lo tocante a la transferencia de ganancias– entraban en conflicto con esa política. En este contexto, cuando la prensa leal al régimen explicó este paso aludió especialmente a la necesidad de la cooperación con el capital extranjero para lograr éxitos en el desarrollo del país[1022].

El régimen creó, durante la segunda mitad de la década de 1970, zonas francas con industrias de valor agregado tanto en el extremo norte del país como en el sur. Los productos que allí se fabricaban –baratos gracias a los bajos sueldos de la mano de obra y a las restricciones de los derechos laborales– eran reexportados tanto a países vecinos como a industrializados. La idea era

[1018] "Grupo Andino e inversión extranjera", en *El Mercurio*, Santiago, 27 de septiembre de 1975, p. 3.

[1019] "Los privatizaciones", en *La Época*, Santiago, 23 de febrero de 1989, p. 7. Sobre la aceptación del capital extranjero, véase "El poder privado", en *Hoy*, Nº 219, Santiago, 30 de septiembre de 1981, p. 27; "Cómo atraer el capital foráneo", en *Estrategia*, Nº 399, Santiago, 15 de septiembre de 1986, pp. 17-18.

[1020] "Combatiendo la imagen irreal de Chile", en *El Mercurio*, Santiago, 6. de diciembre de 1974, p. 3.

[1021] "Cargado de créditos", en *La Tercera*, Santiago, 8 de febrero de 1974, p. 2; "Crédito del BID", en *La Tercera*, Santiago, 7 de noviembre de 1975, p. 3. Sobre el decreto ley Nº 600: Zabala, *op. cit*., p. 224; "Llegan las inversiones extranjeras", en *El Mercurio*, Santiago, 7 de diciembre de 1974, p. 3. Véase, además, Ludwig Spielmann, *Staatsinterventionismus oder ökonomischer Liberalismus? Wirtschaftliche Entwicklungsstrategien in Chile - von der Weltwirtschaftskrise bis Pinochet*, pp. 169-170.

[1022] "Capital extranjero", en *El Mercurio*, Santiago, 20 de junio de 1976, p. 3; "Con los brazos abiertos", en *Ercilla*, Nº 2173, 23 de marzo de 1977, pp. 13-14; Heraldo Muñoz, "Chile's External Relations under the Military Government", p. 307.

imitar el milagro de exportación de los países asiáticos. En este empeño, las empresas estadounidenses fueron superadas claramente por los inversionistas japoneses[1023]. Para lograr el fomento de las exportaciones, a partir de 1979 la agencia gubernamental PROCHILE comenzó su trabajo directo en Nueva York bajo el lema "Un país se vende como un producto de la Coca-Cola". También estableció contactos entre inversionistas estadounidenses interesados en Chile y productores chilenos[1024]. Durante la década de 1980, especialmente tras la crisis de 1982/83, se intensificaron las actividades de promoción destinadas a estimular la inversión. Así, en 1983 se dispuso, por ejemplo, una mayor liberalización en la legislación minera y se cerró un acuerdo con la Overseas Private Insurance Corporation, que protegía a los inversionistas ante posibles riesgos políticos. El Estatuto de la Inversión Extranjera o decreto ley Nº 600 fue modificado en esa dirección en 1985, de manera que a los nuevos inversionistas se les protegía por veinte años ante alzas de impuestos y se les aseguraban facilidades para la transferencia de utilidades[1025].

El éxito parecía darle la razón al régimen. La prensa afín celebró la aprobación de nuevos créditos en 1974 y 1975 como un logro del nuevo gobierno en su lucha contra la supuesta campaña de desinformación[1026]. Cuando los créditos cesaron durante el gobierno de Jimmy Carter, pareció importante reabrir en Chile aquellas grandes empresas que habían huido de la UP. Así, por ejemplo, el regreso a fines de 1976 del primer banco extranjero, el First National City Bank, renombrado luego como Citibank, se consideró una muestra de confianza en el futuro de Chile. Las nuevas inversiones, especialmente las de la empresa más grande en el ámbito mundial, Exxon, fueron recibidas con júbilo. Fueron justamente las empresas activas en Chile las que representaron un importante papel al influir sobre determinados sectores de la opinión pública estadounidense. Ciertamente, la imagen de Chile como un lugar seguro y estable para invertir, que en comparación con otros estados latinoamericanos resultaba positiva, obtuvo rápidamente difusión dentro de la prensa económica estadounidense (véase ilustración en página siguiente)[1027].

[1023] "Zona Franca de Iquique", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 26 de junio de 1986, p. 3; "Evolución económica de la Zona Franca", en *Revista Zona Franca*, Nº 78, Iquique, mayo de 1989, p. 12; Armand Mattelart y Héctor Schmucler, *op. cit*., pp. 42-51. Sobre la imitación del sudeste asiático: Patricio Meller, "El difícil problema", pp. 85-86.

[1024] "Chile está en venta", en *La Segunda*, Santiago, 1 de julio de 1980, p. 23.

[1025] "Foro de inversionistas", en *El Sur*, Concepción, 13 de octubre de 1982, p. 3; "Inversión y asesoría", en *La Tercera*, Santiago, 25 de septiembre de 1983, p. 3; "¿Era de la inversión extranjera?", en *La Tercera*, Santiago, 13 de enero de 1985, p. 3; "La gira de Büchi", en *El Mercurio*, Santiago, 3 de junio de 1986, p. B1. Una buena síntesis de las medidas se encuentra en: "Privatización e inversión extranjera", en *Mensaje*, Nº 368, Santiago, mayo de 1988, p. 149.

[1026] "Chile en el timing", en *Qué Pasa*, Nº 248, Santiago, enero de 1975, p. 20; "Balance de Inversión", en *El Mercurio*, Santiago, 29 de septiembre de 1975, p. 3.

[1027] "Demostración de confianza", en *El Mercurio*, Santiago, 24 de diciembre de 1975, p. 3. Sobre Exxon: "Significado de una inversión", en *El Mercurio*, Santiago, 29 de diciembre de 1977,

En vista de los problemas de la campaña de imagen, atribuibles a la persistencia de las violaciones de los derechos humanos por parte del régimen, la prensa pro gobierno calló el hecho de que aquella descripción de la imagen de Chile en el extranjero reflejaba sólo una parte de la realidad. Por el contrario, en 1980 el riesgo que corría el prestigio de Chile entre los inversionistas pudo ser utilizado como argumento para promover el voto favorable en el plebiscito sobre la nueva Constitución, convocado ese año por Augusto Pinochet[1028]. El Sí a la Constitución también fue calificado como demostración del aparente cambio radical de mentalidad de los chilenos en relación con la actividad de los inversionistas extranjeros dentro del país. Una encuesta Gallup realizada en 1981 parecía corroborar esta transformación, pues cerca del 51% de los encuestados aplaudía esa actividad, mientras que sólo el 12% la rechazaba[1029]. La positiva valoración de los inversionistas extranjeros como garantes del futuro desarrollo del país fue alimentada por las descripciones de sus actividades que realizaban los medios afines al régimen, esforzados por desarticular el temor a los consorcios internacionales y hacia los grandes bancos[1030].

Ya en 1976, el régimen se vanagloriaba del regreso de los inversionistas extranjeros. Aquí el "capitalismo internacional" solicita asilo en Chile, el "único país que le inspira confianza". FUENTE: "Contundente respuesta", en *El Mercurio*, Santiago, 30 de septiembre de 1976, p. 9.

Como ya se ha indicado, desde fines de la Segunda Guerra Mundial las actividades se

p. 3. Sobre la internacional: "Interés por Chile", en *Qué Pasa*, Nº 434, Santiago, 9 de agosto de 1979, pp. 34-37; "Chile es uno de los países más seguros", *La Segunda*, Santiago, 13 de octubre de 1979, p. 2; "Inversiones extranjeras", en *La Tercera*, Santiago, 24 de agosto de 1985, p. 3; e "Inversión extranjera", en *El Mercurio*, Santiago, 18 de enero de 1986, p. B1. El gerente de General Motors en Chile defendió al régimen ante las críticas de Edward Kennedy: "Confianza en Chile", en *La Tercera*, Santiago, 16 de noviembre de 1975, p. 3.

[1028] "Un 'no' mayoritario", en *El Mercurio*, Santiago, 9 de septiembre de 1980, p. C3.

[1029] "Inversión de empresas extranjeras", en *Índice Gallup*, Santiago, julio de 1981, p. 8.

[1030] "La leyenda negra de las multinacionales" y "Crece la banca extranjera", en *Qué Pasa*, Nº 587, Santiago, 8 de julio de 1982, pp. 27-30.

habían desplazado a la elaboración final de artículos que antes se importaban como productos no terminados, creando gran cantidad de puestos de trabajo en la industria. Empresas como American Express Bank, establecida en Chile por primera vez en 1980, acentuaban la elevada proporción de personal chileno que contrataban, el que en el caso de American Express alcanzaba al 100% e incluía miembros del directorio. Mediante nuevas estrategias de dirección empresarial, que formaban parte de la *corporate identity*, las gerencias intentaron generar nuevos vínculos con sus colaboradores chilenos. La sucursal chilena de Coca-Cola se mostró especialmente innovadora en este proceso[1031]. Tal como ya había sucedido en el etapa temprana de la norteamericanización, la mitificación de los ejecutivos yanquis como de sus métodos representó un papel muy importante. Capacidad de sacar las cosas adelante y orientación al éxito dentro de la libre competencia, pero también el sentido de responsabilidad social de conocidos hombres de negocios estadounidenses como Lee Iacocca (Chrysler) y Steven Jobs (Apple), o de gerentes de filiales menos conocidos como, por ejemplo, Wayne Sandvig (ITT/Fundación Chile), tenían en Chile numerosos admiradores e imitadores[1032].

Ya durante la década de 1960 hubo industriales chilenos, entre éstos el empresario textil Juan Yarur, que encargaron a empresas consultoras estadounidenses la modernización y racionalización de sus negocios. Otros empresarios como Agustín Edwards, dueño de empresas periodísticas y editoriales, además de vicepresidente de Pepsi Cola Chile, no sólo tenían asientos dentro de los directorios de filiales estadounidenses sino que, también, invirtieron en este país[1033]. Durante el *boom* económico que vivió el régimen militar se desarrolló un nuevo tipo de ejecutivo chileno, de marcado sello estadounidense: el *yuppie*. El conocido humorista Coco Legrand lo inmortalizó en la figura del Cuesco Cabrera, un gerente muy joven y exitoso, con altos ingresos y que obtuvo un MBA en una universidad de Estados Unidos, y que seguía todas las modas que venían de allá, que entremezclaba su lenguaje con expresiones en inglés como 'terrific' o 'cashual' (sic), que practicaba deportes elitistas como tenis y squash, que utilizaba las más modernas tecnologías de la comunicación y que se hacía llamar por el anglicismo "ejecutivo" en vez de "jefe"[1034]. Aquello que

[1031] "American Express", en *Estrategia*, Nº 419, suplemento *Mercado de Capitales*, Santiago, 2 de febrero de 1987, p. 6; "Editorial", en *Revista Area Andina Coca-Cola*, Nº 1, Santiago, junio de 1988, p. 2. Véase, además, "Citibank", en *Estrategia*, Nº 387, 23 de junio de 1986, p. 9.

[1032] "La guerra silenciosa de Nueva York", en *Qué Pasa*, Nº 510, Santiago, 15 de enero de 1981, p. 31; "Competir es nuestro lema", en *El Mercurio*, Santiago, 16 de junio de 1986, p. B1; "Los empresarios 'estrellas'", en *El Mercurio*, Santiago, 8 de julio de 1987, p. B1; "Los 25 ejecutivos", en *Estrategia*, Nº 445, Santiago, 27 de julio de 1987, p. 16; "Calidad empresarial", en *Revista Zona Franca*, Nº 80, Iquique, julio de 1989, p. 3; "Wayne Sandvig", *La Segunda*, Santiago, 6 de abril de 1984, p. 12.

[1033] Peter Winn, *Weavers of Revolution: The Yarur Workers and Chile's Road to Socialism*, pp. 22-23. Sobre Agustín Edwards: Selser, *Salvador..., op. cit.*, p. 38.

[1034] "Los hombres...", en *Qué Pasa*, Nº 321, Santiago, junio de 1977, pp. 36-42; "El Cuesco Cabrera", en *Cosas*, Nº 87, Santiago, 31 de enero de 1980, pp. 74-75; "Ejecutivos", en *El Mercurio*,

diferenciaba al nuevo tipo de empresario chileno respecto del anterior era su inclinación hacia el negocio bursátil de alto riesgo, su orientación internacional y su apertura hacia los innovadores métodos comerciales difundidos en el decenio 1980 bajo el concepto de *lean management*. Joaquín Lavín y otros periodistas mencionaban como los representantes más sobresalientes de la nueva elite empresarial a personalidades tales como Javier Vial y Eliodoro Matte Larraín –cabezas de los principales *trusts* del país–, Andrés Navarro –el "Bill Gates" chileno y fundador de la empresa informática SONDA–, Sebastián Piñera –director de Citicorp-Chile y de Apple Chile– o Rafael Aldunate, representante de PROCHILE en Nueva York. Esa nueva elite construyó una plataforma de influencia propia al crear la Asociación de Empresarios Jóvenes[1035].

Durante el *boom* de 1977 a 1980, estos nuevos empresarios fueron muy respetados dentro de la sociedad chilena. Muchos de ellos llevaban un estilo de vida extravagante y asistían, con frecuencia, como invitados a programas de entrevistas de televisión. Sus métodos de negocios se basaban estrechamente en las prácticas estadounidenses. Así, eficiencia, productividad, mejoramiento de la calidad, reducción de costos, transnacionalización y especialmente competencia libre e inclemente eran las palabras claves de la nueva orientación de la conducta en los negocios del Chile de esos años. También se implementaron algunos conceptos de gestión presentes en las tendencias internacionales para bajar costos y aumentar ganancias, entre aquellos *outsourcing*, jerarquías planas y *marketing*. Esto llevó, por una parte, a la quiebra de muchas empresas y, por otra, a que mejorase la calidad de la oferta, tal como enfatizaban las voces afines al régimen. Algunas empresas chilenas lograron convertirse en exportadoras. El así llamado "capitalismo popular" mediante la salida a la Bolsa de muchas empresas, permitió la participación accionaria de los empleados en las empresas y generó nuevas estructuras de propiedad. El supuesto era que trabajadores y empleados aprenderían a identificarse con sus empresas y a asumir mayores responsabilidades. Tal como ya había sucedido en la etapa temprana de la norteamericanización, la valoración positiva por parte de Estados Unidos fue utilizada como signo inequívoco de calidad. En su libro, Joaquín Lavín destacó varias veces el hecho de que las grandes empresas de este países buscaban establecer *joint ventures* con socios chilenos[1036].

---

Santiago, 12 de enero de 1986, p. A3; "Los Yuppies", en *Carola,* Nº 135, Santiago, 13 de noviembre de 1987, pp. 40-41. Sobre el papel del deporte como parte de la nueva imagen ideal de la vida moderna, véase "Los extremistas del cuerpo", en *Qué Pasa,* Nº 540, Santiago, 13 de agosto de 1981, p. 23.

[1035] Lavín, *A Quiet..., op. cit*., pp. 114-115; "Sebastián Piñera", en *Informática*, vol. 10, Nº 5, Santiago, mayo de 1988, p. 9. Sobre Rafael Aldunate: "Chile está en venta", en *La Segunda*, Santiago, 1 de julio de 1980, p. 23. Sobre la Asociación: "Jóvenes empresarios", en *El Mercurio*, Santiago, 27 de octubre de 1986, p. A3.

[1036] "Cómo gastan su plata los chilenos", en *Qué Pasa*, Nº 498, Santiago, 23 de octubre de 1980, pp. 30-39; Lavín, *A Quiet..., op. cit*. Joaquín Lavín aludía entre los exportadores especialmente a

Parecía como si en el transcurso de muy poco tiempo el régimen militar había logrado transformar la posición de la mayoría de los chilenos hacia el capital extranjero desde el rechazo hacia una aprobación, en parte, francamente entusiasta. Este capital fue atraído nuevamente con éxito a partir de mediados de la década de 1970, sobre la base de una legislación marcadamente amistosa hacia los inversionistas. En especial las empresas retomaron rápidamente el papel de ejemplo de los modernos métodos. Los *yuppies* chilenos no tenían nada que envidiarles a sus ejemplos neoyorquinos. De esta manera, Estados Unidos volvió a convertirse en importante punto de referencia para el proyecto de modernización.

*La "revolución del consumo"*

En opinión de los medios afines al régimen, previo a la crisis de 1982/83 el proyecto de modernización empresarial al estilo de la economía de mercado contaba con la aprobación de toda la sociedad chilena. Según ellos, sin embargo, lo determinante para generar este consenso había sido el aumento del consumo de masas que acompañaba los cambios ocurridos dentro del empresariado, y no tanto la fama de los Cuescos Cabrera. Más que los *yuppies* chilenos, lo que entusiasmaba a Joaquín Lavín y a sus correligionarios era la novedosa disponibilidad de innumerables nuevos bienes de consumo en el mercado chileno.

Este era el contexto en el que *El Mercurio* ilustraba a sus lectores en 1980 sobre las bases de la economía neoliberal y del consumo, según la cual el incremento del consumo era manifestación del mejoramiento general del nivel de vida:

> "Todo el esfuerzo productivo, de trabajo, ahorro e inversión, tiene por objeto el mejoramiento del nivel de vida de las personas mediante un consumo creciente de los bienes y servicios existentes en el mundo moderno"[1037].

La comparación entre las estadísticas de consumo de bienes de los decenios 1980 y 1960 parecía confirmar esta filosofía (cuadro Nº 3). En efecto, especialmente durante el apogeo del *boom* económico entre los años 1977 y 1980, llegó a los hogares de Chile una ola de productos importados[1038].

---

SONDA, que suministraba programas computacionales a Estados Unidos. Véase, además, "Cómo Chile aprendió a exportar", en *Qué Pasa*, Nº 332, Santiago, 1 de septiembre de 1977, p. 37; "Las 'multinacionales' chilenas", en *El Mercurio*, Santiago, 14 de junio de 1987, p. D5.

[1037] "Consumo y bienestar", en *El Mercurio*, Santiago, 26 de enero de 1980, p. A3. Sobre la libertad de elección véase, además, Hanni de Fischer, "Consumismo y consumerismo", p. 5.

[1038] Véase, además, "Cómo gastan su plata los chilenos", en *Qué Pasa*, Nº 498, Santiago, 23 de octubre de 1980, pp. 30-39.

*Cuadro Nº 3*
DISPONIBILIDAD DOMÉSTICA DE BIENES DURABLES
(1965 Y 1981)

| Artículo | 1965 Total | 1965 Habitantes por artículo | 1981 Total | 1981 Habitantes por artículo |
|---|---|---|---|---|
| Refrigeradores | 116.000 | 117 | 149.000 | 58 |
| Máquinas de lavar | 31.798 | 268 | 194.000 | 67 |
| Radios | 81.000 | 113 | 960.000 | 10 |
| Autos | 9.054 | 123 | 100.134 | 21 |

FUENTE: Friedmann, *op. cit.*, p. 106.

Durante la etapa temprana de la norteamericanización, el automóvil había sido el producto estadounidense por antonomasia. En Chile se extendió en muy corto tiempo; sin embargo, este desarrollo se desaceleró notoriamente tras la Segunda Guerra Mundial. El mercado automotor chileno se restringía a una pequeña capa, pues los precios eran comparativamente elevados, tanto los de los autos de empresas extranjeras armados en Chile como los de los importados. A pesar de la ofensiva de *marketing* desplegada durante el decenio 1960, en 1970 Chile ocupaba el sexto lugar en América Latina[1039]. El número de automóviles autorizados a entrar al país aumentó rápidamente entre 1976 y 1981. Desde luego no se trataba únicamente de marcas estadounidenses. Si bien General Motors siguió liderando en el segmento de los vehículos utilitarios, Chevrolet, Ford y Dodge representaron un papel secundario en el de los automóviles como efecto de la competencia europea y más tarde de la japonesa. Pero después de la "invasión sobre ruedas", el número de autos *per capita* era mucho más bajo que el promedio estadounidense[1040]. Una encuesta de Gallup de 1975 mostró que entre los primeros lugares de las aspiraciones de consumo de los chilenos aparecía el automóvil seguido de televisores, radios, productos de la electrónica de entretenimiento, electrodomésticos, cosméticos y otros artículos de lujo[1041]. También aquí se registraron enormes tasas de crecimiento, al punto que *Las Últimas Noticias* pudo publicar en forma regular el suplemento *Boom Electrónico* para ofrecer orientación dentro de un mercado crecientemente inabarcable. Tal como con los automóviles, no sólo había

[1039] Jenkins, *op. cit.*, pp. 103-104 and 110-112; Bohan & Pomeranz, *op. cit.*, p. 201.

[1040] Lavín, *A Quiet..., op. cit.*, p. 37; Javier Martínez y Ernesto Tironi, *Las clases sociales en Chile: Cambio y estratificación 1970-1980*, p. 75; "Invasión sobre ruedas", en *Qué Pasa*, Nº 449, Santiago, 29 de noviembre de 1979, pp. 40-45; "Las marcas vendidas", en *El Mercurio*, Santiago, 23 de enero de 1986, p. B1. Sobre los estándares estadounidenses: "Interesa mercado chileno", en *El Mercurio*, Santiago, 17 de diciembre de 1980, p. B2.

[1041] "Qué piensan los chilenos", en *El Mercurio*, Santiago, 13 de abril de 1975, p. 35.

marcas estadounidenses. No obstante, Estados Unidos siguió siendo el más importante punto de referencia para evaluar el grado de desarrollo chileno[1042].

Si bien se había acabado el dominio de las marcas estadounidenses en los bienes de consumo durables, como consecuencia de la diversidad de proveedores que durante las décadas de 1970 y 1980 llegaban de Europa y de Asia, ellos mantuvieron su posición de pioneros. Hubo productos percibidos como típicamente estadounidenses que tuvieron efectos duraderos sobre, por ejemplo, los hábitos alimenticios de chilenos. Por una parte, aumentó el consumo de productos lácteos y de cereales. Desde mediados de la década de 1970 se impuso en Chile el concepto de los restaurantes que ofrecían *fastfood*. Tanto, que a mediados de la década siguiente ya se hablaba entre los jóvenes de una "hamburguesamanía". El elevado consumo de alcohol de los chilenos se redujo en beneficio de las bebidas de fantasía, un claro triunfo de Coca-Cola. La empresa operaba exitosamente en el país desde 1943 y su competencia Pepsi-Cola desde 1958; y ambas desarrollaron el mercado chileno como centro del área surandina. A pesar del enorme trabajo publicitario que realizó Pepsi, Coca-Cola mantuvo el liderazgo del mercado de las bebidas, con una participación cercana al 75%. Más allá de las celebraciones escenificadas a raíz de su centenario en 1986, las noticias relacionadas con la Coca-Cola tuvieron siempre una fuerte resonancia en Chile, pues era considerada uno de los símbolos nacionales de Estados Unidos[1043].

Las nuevas modas en el vestir también dictaron tendencia. Desde 1955 se importaban *jeans* estadounidenses. Dado el éxito entre la juventud comenzaron a ser fabricados desde 1960 en Chile. Sin embargo, en esa época se combinaron frecuentemente con ponchos como signo de un vuelco hacia la herencia autóctona, movimiento asociado a resentimientos antiestadounidenses[1044]. El giro hacia el autoritarismo, en todo caso, no disminuyó la popularidad de los *jeans*. A principios del decenio 1980, se vivió el *boom* de los *jeans* de diseñador, el cual llegó muy pronto también a Chile. Tal como en otras latitudes, al *yuppie* chileno le gustaba vestirse con ese tipo de pantalones, que combinaba con chaquetas y zapatillas de marcas estadounidenses[1045].

[1042] Lavín, *A Quiet..., op. cit*., p. 37; Manuel Délano y Hugo Traslaviña, *La herencia de los Chicaco boys,* p. 62; "Millones de chilenos", en *La Tercera*, Santiago, 8 de febrero de 1978, p. 5; "La gran tentación", en *Qué Pasa*, Nº 755, Santiago, 27 de septiembre de 1979, pp. 40-45; "Creciente importación", en *El Mercurio*, Santiago, 12 de enero de 1982, p. B1.

[1043] "Pepsi vs. Coca-Cola", en *Hoy*, Nº 220, Santiago, 7 de octubre de 1981, pp. 48-51; "Pepsi-Cola en Chile", en *Estrategia*, Nº 471, Santiago, 1 de febrero de 1988, p. 9; Bohan & Pomeranz, *op. cit*., p. 125; "Ese líquido", en *Caras*, Nº 10, Santiago, 7 de septiembre de 1988, pp. 76-79. Sobre el aniversario: "La pócima de Pemberton", en *Hoy*, Nº 461, Santiago, 19 de mayo de 1986, p. 51. Sobre la comida rápida: "La hamburguesa", en *Paula*, Nº 335, Santiago, noviembre de 1980, pp. 58-61. Las grandes cadenas estadounidenses de *fastfood* llegaron a Chile recién después de 1990.

[1044] Entrevista con Eduardo Araya, Valparaíso, 2 de abril de 2002.

[1045] Lavín, *A Quiet..., op. cit*., p. 35; "Nuevo boom del jeans", en *La Nación*, Santiago, 24 de noviembre de 1980, p. 8A; Constable & Valenzuela, *op. cit*., p. 269; "Los jeans a través del tiempo", en *La Nación*, suplemento *Super Onda*, Santiago, 21 de julio de 1980, p. 9.

Las ofertas provenientes de Estados Unidos no sólo marcaron la vida diaria de los chilenos en el ámbito de los bienes de consumo y de la vestimenta sino que los productos provenientes de allá o aquéllos desarrollados en ese país, también, causaron gran revuelo dentro de los lugares de trabajo. Luego del golpe de Estado, los medios chilenos observaron con gran interés los cambios tecnológicos que se producían en el vecino del norte. *El Mercurio* declaró en 1974 al computador como símbolo de la nueva modernidad[1046]. A los viajeros chilenos les llamaba la atención la aparente familiaridad de los yanquis con ese aparato. En 1987 causó sorpresa saber que el 70% de los puestos de trabajo en Estados Unidos estaba relacionado con la economía de la informática. Claro que rara vez se hacía notar que la competencia japonesa ganaba fuertemente terreno dentro del mercado estadounidenses[1047]. El País del Norte seguía siendo considerado el líder del nuevo sector de las tecnologías de la información.

El gobierno chileno había buscado, en la década de 1960, la cooperación estadounidense en el área informática. IBM estaba presente en el país desde 1929 con una pequeña representación, convertida en 1960 en sociedad anónima chilena. Al año siguiente instaló el primer computador en la Universidad de Chile. Luego, la empresa colaboró estrechamente con universidades chilenas e instituciones estatales como la empresa estatal ECOM, creada en 1968[1048]. Bajo el régimen militar se ensanchó esa cooperación. Por una parte, CONICYT, como institución encargada del fomento de la investigación, selló acuerdos en este sentido con socios en Estados Unidos. En el ámbito universitario, IBM invirtió en el desarrollo de carreras de la informática y estimuló las pasantías de académicos. En contrapartida, las universidades chilenas adquirieron computadores de esa marca[1049]. Especial importancia tuvo el acuerdo de cooperación entre el régimen de Augusto Pinochet y la ITT, como parte de las negociaciones de compensación por las pérdidas de esa empresa tras su nacionalización. A fines de 1974, ambas partes convinieron aportar cada una veinticinco millones de dólares para crear un centro para el fomento de la transferencia de las modernas tecnologías en Chile, la Fundación Chile. Bajo la dirección de un gerente de ITT, el centro debería apoyar especialmente el uso de la computación en Chile e impulsar innovaciones en todas las áreas empresariales[1050].

[1046] "El computador", en *El Mercurio*, Santiago, 26 de diciembre de 1974, p. 3.

[1047] "Estados Unidos desde una casa rodante", en *Qué Pasa*, Nº 278, Santiago, 14 de agosto de 1976, pp. 30-33; "Historia de diez años", en *Informática*, año 3, Nº 8, Santiago, diciembre de 1981, p. 2; "Un idiota veloz", en *Qué Pasa*, Nº 663, Santiago, 15 de diciembre de 1983, pp. 25-30; "Economía de información mundial", en *El Mercurio*, Santiago, 30 de enero de 1987, p. A2; "A la conquista", en *Estrategia*, Nº 227, suplemento *Revista de la computación*, Santiago, 24 de mayo de 1982, s.p.

[1048] "La computación en 1980", en *Qué Pasa*, Nº 476, Santiago, 29 de mayo de 1980, p. 38; Mattelart y Schmucler, *op. cit.*, pp. 103-104.

[1049] "Imperativa modernización universitaria", en *El Mercurio*, Santiago, 18 de agosto de 1974, p. 35.

[1050] "Importante centro de investigación en Chile", en *El Mercurio*, Santiago, 24 de diciembre de 1974, p. 19; "Vital aporte tecnológico", en *El Mercurio*, Santiago, 28 de diciembre de 1974, p. 3;

Basados sobre estos esfuerzos de cooperación, a partir de 1975 los entusiastas del consumo opinaban que en Chile podría generarse una "revolución de los computadores"[1051]. Tal como en otros campos, en éste la reducción arancelaria fue un importante impulso inicial. Tras el descenso de los precios de los computadores importados –luego se sumaron otras marcas a IBM–, nacieron numerosas empresas como, por ejemplo, la ya nombrada SONDA. Los productores chilenos de *softwares* solían trabajar en estrecha relación con socios estadounidenses y proveían a grandes empresas industriales como a bancos[1052]. Durante la década de 1970 se establecieron en Chile varias grandes empresas tales como Texas Instruments. Se realizaron las primeras conexiones que permitieron intercambiar información entre el INTEC –dependiente de CORFO– y una base de datos de California, ampliadas posteriormente gracias a la cooperación de la NASA y el Ministerio de Agricultura estadounidenses. Por otra parte, a partir de 1980, varios de los bancos activos en Chile se incorporaron a la SWIFT. De esta manera, el país había llegado a la era de la información profetizada por Marshall McLuhan. Algunos comentaristas veían en esto una nueva revolución industrial que abría posibilidades insospechadas, pero que también implicaba riesgos[1053].

Si en 1979 los chilenos opinaban que aún estaban muy lejos de la vanguardia computacional, durante la década siguiente se aceleró el ritmo de la transferencia tecnológica. El país alcanzó muy luego la delantera en el contexto latinoamericano[1054]. Esto se reflejó en que la prensa explicaba periódicamente a sus lectores las ventajas de la computación, en que algunos colegios habilitaron salas de computación y, en que el gobierno afinó, con la asesoría de IBM, una legislación que protegiese la economía de la información, entre otras cosas[1055]. Cuando en 1982 la revista femenina *Amiga* se preguntaba si alguna vez los computadores podrían conquistar los hogares de los chilenos, la respuesta se la dio el *boom* de los computadores Atari, en el cual niños y

---

"Acuerdo con ITT", en *La Tercera*, Santiago, 29 de diciembre de 1974, p. 9; "Wayne Sandvig", *La Segunda*, Santiago, 6 de abril de 1984, p. 12.

[1051] "La revolución de los computadores", en *La Tercera*, Santiago, 27 de julio de 1975, p. 3.

[1052] Jorge Laplace, "Computación, palabra del siglo", *El Cronista* , pp. 20-21; Lavín, *A Quiet..., op. cit*., p. 138.

[1053] "Banco de Datos de Intec", en *El Mercurio*, suplemento *Informe Económico*, Santiago, 3 de diciembre de 1977, p. 17; "La computación en 1980", en *Qué Pasa*, Nº 476, Santiago, 29 de mayo de 1980, p. 38; "La era de las informaciones", en *El Sur*, Concepción, 23 de noviembre de 1979, p. 3; "La era de la informática", en *El Sur*, Concepción, 22 de abril de 1983, p. 3; Rafael Valdivieso, "La nueva revolución industrial", p. 6;y Mattelart y Schmucler, *op. cit*., pp. 103-107.

[1054] "Las computadoras", en *Qué Pasa*, Nº 424, Santiago, 7 de junio de 1979, p. 36; Mattelart y Schmucler, *op. cit*., pp. 63-66.

[1055] "Computadora", en *El Mercurio*, Santiago, 6 de enero de 1980, p. C1; "La computadora", en *El Mercurio* , suplemento *El Mundo del Niño*, Santiago, 10 de noviembre de 1984, pp. 6-7; "La revolución de la computadora personal", en *El Mercurio*, Santiago, 9 de marzo de 1985; "Jorge Aliaga de IBM", en *Informática*, año 3, Nº 8, Santiago, marzo de 1988, pp. 21-26.

adolescentes representaron un papel clave como principales usuarios. Luego de superada la crisis económica aumentó rápidamente la comercialización de los minicomputadores, incentivada por la difusión en provincias de ordenadores para usos didácticos. Tiendas como la estadounidense Computerland comenzaron a ofrecer productos que se caracterizaban por su vida efímera y porque perdían rápidamente valor. La revista especializada *Informática,* familiarizaba a sus lectores con los términos técnicos fundamentales de la nueva tecnología. Para ello, nuevamente tener conocimientos del idioma inglés se convertía en "varita mágica". Cuando Apple se instaló en Chile a fines de la década de 1980, parecía que en el país ya nada se interponía a la "sociedad de las computadoras"[1056].

La tecnología computacional era sólo una de las redes que comunicaba a Chile con el mundo exterior, aunque la más espectacular. El hecho de que esos mismos años las telecomunicaciones vivieran un fuerte proceso de modernización encajaba plenamente con la imagen de una sociedad de consumo moderna. Joaquín Lavín recalcó que entre 1970 y 1987 aumentaron con fuerza tanto las conexiones telefónicas como los llamados de larga distancia. Empresas como ITT dominaban el mercado de las conexiones internacionales. Creció enormemente el uso tanto de teléfonos móviles como de aparatos de fax y telex. En la zona franca de Iquique, tecnológicamente muy avanzada, se instaló el *e-mail,* lo que redujo el costo de secretarias. A pesar de que en el decenio 1980 el número de teléfonos modernos existentes en Chile aún estaba notoriamente bajo el promedio latinoamericano, dentro de la "sociedad de las computadoras" parecía vislumbrarse una nueva "cultura telefónica"[1057].

La utilización de potentes eslóganes como "sociedad de las computadoras" y "cultura telefónica", que hacía Joaquín Lavín y quienes opinaban como él, formaba parte del proceso de profesionalización de los métodos publicitarios. El capital invertido en publicidad en Chile, entre 1975 y 1981, creció de veintisiete millones a trescientos cincuenta y ocho millones de dólares[1058]. Ya antes de 1970, toda una generación de encargados de relaciones públicas chilenos había sido marcada por su experiencia en la Agencia Americana y por el trabajo para grandes consorcios multinacionales como Gillette y Coca-Cola. Luego de la Segunda Guerra Mundial, las principales agencias de publicidad

[1056] "¿Realidad o ficción?", en *Amiga*, Nº 72, Santiago, enero de 1982, p. 46; "¿Hacia la sociedad de computadoras?", en *El Mercurio*, Santiago, 10 de marzo de 1985, p. B1; "Microsoft llega", en *Informática,* año 10, Nº 3, Santiago, marzo de 1988, p. 4; Lavín, *A Quiet..., op. cit*., p. 91; "Computerland", en *Estrategia*, Nº 409, Santiago, 9 de diciembre de 1986, p. 12.

[1057] Lavín, *A Quiet..., op. cit*., pp. 143-144; "Reúnase con él...", en *Ercilla,* Nº 1771, Santiago, 1969; "Cultura telefónica", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 14 de junio de 1977, p. 5. Para comparar, véase Mattelart y Schmucler, *op. cit*., p. 76; "Desarrollo telefónico", en *La Tercera*, Santiago, 29 de julio de 1984, p. 1.

[1058] Martínez y Tironi, *op. cit*., p. 121. Véase, además, Juan Carlos Altamirano, *Así, así se mueve Don Francisco: un estudio sobre Sábados Gigantes y la televisión*, p. 119.

como: J. Walter Thompson, CCC McCann Erickson y Kenyon & Eckhardt se instalaron en Chile, formaron expertos chilenos y ocuparon posiciones de liderazgo en el mercado. En un principio utilizaban los medios impresos clásicos para sus campañas publicitarias. Los caballos de batalla fueron algunas de las más populares revistas –por ejemplo, *Vanidades Continental,* más tarde *Cosas* o *Vea*– de los grandes diarios, que a partir de la década de 1980 incluyeron frecuentemente anuncios publicitarios a página completa y a color. En ese período la prensa desplazó a la radio al tercer lugar entre los medios utilizados por la publicidad, siendo que durante los decenios 1950 y 1960 había sido el principal soporte publicitario. Recién en 1982 la televisión ocupó el liderazgo, ventaja que aumentó en los siguientes años. Ya en 1984, más de la mitad del presupuesto destinado a publicidad en Chile fue invertido en la televisión[1059].

Era una tendencia iniciada en Estados Unidos y que Chile siguió. Lo mismo sucedió con los métodos publicitarios aplicados. La cobertura a espectaculares campañas publicitarias desarrolladas en el vecino del norte se intensificó durante esos años. La "guerra de las colas" llamó especialmente la atención desde que en ella entraron estrellas del pop, como Michael Jackson. Así, se impuso en Chile la convicción de que en Estados Unidos era posible vender cualquier cosa, desde una bebida de fantasía hasta al propio presidente[1060]. Las grandes marcas estadounidenses trasladaron también a Chile sus campos de batalla. Según un representante de J. Walter Thompson, Chile era un terreno ideal para ello, pues no existían restricciones legales para la publicidad[1061]. En la década de 1970 la agencia McCann Erickson, contratada por Coca-Cola, en cooperación con el programa de televisión Sábados Gigantes inició populares concursos y acciones masivas, en los que el premio mayor era una compra gratis en algún supermercado que el ganador podía elegir libremente. Fue justamente la "guerra publicitaria" con su competencia Pepsi-Cola –cuya campaña la realizaba J. Walter Thompson– la que unos años más tarde derivó en la primera prohibición de publicidad comparativa en Chile[1062]. En último

[1059] "¿Es conveniente un socio extranjero?", en *Estrategia*, Nº 60, Santiago, abril de 1980, p. 6. El mejor estudio sobre el papel de la publicidad en la prensa chilena es Portales C., *op.cit*., pp. 66-68, 86-101 y 138-142. Véase, además, Alan Wells, *Picture Tube Imperialism: The Impact of U.S. Television on Latin America*, pp. 127-130; y Secretaría de Comunicación y Cultura, *Tendencias y desarrollo de los medios de comunicación en Chile, 1991-1993*, p. 29. Sobre la radio: Lasagni, *op. cit*., pp. 126-129.

[1060] "La guerra silenciosa de Nueva York", en *Qué Pasa*, Nº 510, Santiago, 15 de enero de 1981, p. 31; "Productos publicitarios", en *Qué Pasa*, Nº 718, Santiago, 10 de enero de 1985, pp. 38-40; "Michael Jackson", en *La Segunda*, Santiago, 5 de abril de 1984, p. 21; "Más años de sabor", en *La Tercera*, suplemento *Buen Domingo*, Santiago, 4 de agosto de 1985, p. 3.

[1061] "La opresión en colores", en *Análisis*, Nº 88, Santiago, 1984, pp. 58-60.

[1062] "Compre gratis", en *La Tercera*, Santiago, 12 de julio de 1975, p. 10; "Todogratis con Coca-Cola", en *Verónica*, Nº 19, Santiago, 25 de noviembre de 1985. Sobre la "guerra publicitaria": "Resolución sobre aviso", en *La Tercera*, Santiago, 19 de octubre de 1984, p. 8; "Guerras publicitarias", *Hoy*, Nº 398, Santiago, 4 de marzo de 1985, pp. 51-52; "Se multiplican...", en *La Época*, Santiago, 25 de diciembre de 1988, p. 28.

término, sin embargo, esa misma prohibición trajo consigo los efectos publicitarios buscados, pues ambas marcas estaban entre los productos con mayor índice de recordación en Chile, tal como informaron los institutos de estudios de mercado Gallup y Testmerc[1063]. En realidad, el hecho de que durante la década de 1980 filiales de instituciones estadounidenses realizaran, periódicamente, estudios de mercado sobre hábitos de consumo de los chilenos se consideró en sí mismo un signo de creciente modernidad[1064].

Los chilenos aprendieron con rapidez las reglas básicas de las relaciones públicas gracias a su trabajo dentro de filiales estadounidenses. Así, fundaron agencias propias, escribieron manuales de *marketing* para el mercado chileno y realizaron ambiciosas campañas en las que empleaban elementos dirigidos conscientemente a mostrar el prestigio social y la autoestima que otorgaba el consumo. Para ello utilizaron principalmente imágenes[1065]. Al igual que en Estados Unidos, la utilización de regalos publicitarios como, por ejemplo, libros a cambio de suscribirse a alguna revista, fue una estrategia exitosa. Los participantes eran reclutados sobre todo entre la nueva capa empresarial de los *yuppies*, pues en el negocio publicitario se buscaba juventud. El gobierno desplegó en esta área vastas actividades para el plebiscito constitucional, criticadas por la oposición por ser enormemente caras[1066]. También hubo cineastas que durante el régimen militar prácticamente no podían dedicarse a su oficio, pero realizaron creativos *spots* televisivos, algunos de los cuales fueron exportados. Para ellos fueron de gran utilidad las experiencias estadounidenses[1067].

No sólo experiencias prácticas ayudaban a obtener éxito publicitario sino, también, la utilización ya sea de marcas estadounidenses o de alusiones al carácter de ciertos artículos[1068]. Por ejemplo, la aseguradora Cooperativa Vitalicia promovía su fondo mutuo con la promesa de elevados réditos, pero también apelando a invertir en el desarrollo del país para lo que apuntó directamente al exitoso modelo estadounidense que ya tenía doscientos años y que, supuestamente, se debía a ese tipo de colocaciones. Coca-Cola Co. mostraba en sus

[1063] "Prestigio de Marcas", en *Índice Gallup*, Santiago, octubre de 1981, pp. 19-25; "Donde se abastecen", en *Índice Gallup*, Santiago, marzo/abril de 1983, p. 19-25; "Las marcas más recordadas", en *Estrategia*, Nº 386, Santiago, junio de 1986, p. 14.

[1064] "Los nuevos hábitos de los chilenos", en *Qué Pasa*, Nº 440, Santiago, 20 de septiembre de 1979, pp. 10-11; Cornelio González, "El auge de las encuestas", p. D1.

[1065] Fredy Cancino, "Publicidad", p. 37.

[1066] Lavín, *A Quiet..., op. cit*., p. 25; y el manual de relaciones públicas.: Alberto Israel, *Estrategia y acción en publicidad*, pp. 57-60. Sobre las críticas: "Lo que gasta el gobierno", *Análisis*, Nº 93, Santiago, noviembre 1984, p. 16.

[1067] "El festival", en *Ercilla*, Nº 2263, Santiago, 13 de diciembre de 1978, p. 47; Cancino, "Publicidad", *op. cit*., p. 37. Sobre los regalos publicitarios: José Joaquín Brunner y Carlos Catalán, *Industria y mercado culturales*, p. 36; "Los regalos en serie", en *La Época*, Santiago, 20 de marzo de 1988, p. 25.

[1068] "El arte de extranjerizar", en *El Sur, suplemento Dominical* , Concepción, (31 de diciembre de 1972), p. 4.

carteles a jóvenes típicamente estadounidenses. Promocionaba así la venta de sus productos, mediante la asociación a valores tales como juventud y libertad[1069]. La valoración que se daba al carácter estadounidense de un artículo como atributo publicitario puede apreciarse claramente en la campaña de los *jeans* Wrangler. En ésta se retrataba a Charles Bronson como 100% yanqui y a los productos como "auténticamente" estadounidenses (véase ilustración). La oposición política pudo promover, eficazmente, la democracia adaptó el eslogan de Pepsi-Cola. Así, "The Pepsi Challenge: Deje que su sabor decida" se convirtió en "The democratic challenge: Deje que el elector decida"[1070].

En Chile se promovieron productos "auténticamente" estadounidenses ("desde el hilo hasta los botones") mediante agresivas campañas publicitarias. Fuente: "Recuerde Jeans Wrangler", en *La Tercera*, Santiago, 19 de junio de 1976, p. 13.

Para aumentar el número de potenciales compradores y así optimizar las ganancias de las medidas publicitarias, fueron implementados nuevos tipos de créditos de consumo y condiciones especiales. En Chile, las tarjetas de crédito fueron prácticamente desconocidas hasta 1978, en parte como consecuencia de limitaciones legales. Pero algunos también lo atribuían a que los chilenos carecían de ciertos rasgos característicos de las "razas de origen sajón"[1071]. Sin embargo, un año después fueron emitidas, con éxito arrollador, las primeras tarjetas Diner's Club. En 1987 ya estaban presentes los otros grandes proveedores: Visa, Mastercard, Magna y American Express. Para lograrlo, las empresas cooperaron estrechamente con bancos arraigados hacía tiempo –en especial Citibank–, pero también con socios chilenos como

[1069] "EE.UU. en la actualidad", en *El Mercurio*, Santiago, 8 de agosto de 1974, p. 21; "Coca-Cola da más chispa", en *Hoy*, Nº 43, Santiago, marzo 1978.

[1070] "The democratic challenge", en *La Tercera*, Santiago, 16 de octubre de 1984, p. 2.

[1071] "¿Cash o never never?", en *Qué Pasa*, Nº 385, Santiago, 31 de agosto de 1978, pp. 20-21. Véase, además, "Tarjetas de crédito", en *La Segunda*, Santiago, 8 de abril de 1978, p. 7.

la Financiera Atlas. Grandes tiendas como Falabella, Almacenes París y Ripley introdujeron, junto a la tradicional compra a plazo, tarjetas de crédito propias, sistemas de canje de puntos y *leasing*. El éxito fue tal que ya en 1984 cerca del 42% de las familias de Santiago había contratado créditos de consumo[1072].

Para los chilenos, los nuevos centros comerciales, que en esa época se edificaron principalmente en los sectores acomodados de Santiago, ejercieron un fuerte atractivo de compra, pues de alguna manera llevaban a casa algo del encanto de los *malls* de Miami, el paraíso del consumo[1073]. Este desarrollo comenzó en 1975 tras la apertura de los primeros autoservicios, los que se expandieron muy luego como cadenas de supermercados. Al mismo tiempo, se construyeron los primeros centros comerciales que por su peculiar forma fueron bautizados como caracoles[1074]. Un nuevo capítulo se inició con la inauguración del Parque Arauco, inserto en la rica comuna de Las Condes, recibía mensualmente más de un millón de visitantes. Era un centro comercial al estilo estadounidense con estacionamiento propio, ciento cuarenta locales comerciales, cines y buses de acercamiento. Simultáneamente se instalaron sucursales de grandes tiendas por departamento, como Sears y Roebuck & Co. Además, se establecieron liquidadoras que ofrecían artículos baratos traídos de Estados Unidos –frecuentemente de segunda mano–, accesibles para las clases bajas[1075].

Los nuevos centros comerciales estimularon el consumo de todos los grupos sociales utilizando métodos nuevos. Aumentaron considerablemente la gama de productos y mejoraron la atención al cliente. Para ello, buscaron la cooperación y experiencia de socios estadounidenses, como Supermercados Almac con Sears. De esta manera, como promovía una revista publicitaria gubernamental, Chile se estaba convirtiendo en un moderno paraíso comercial, en el que comprar era una experiencia de veinticuatro horas, y que nada tenía que envidiarle a Estados Unidos en el placer del consumo[1076]. Cuando Joaquín Lavín describía esta evolución mostraba abiertamente su entusiasmo:

[1072] Martínez y Tironi, *op. cit*., p. 137; "El mercado de las tarjetas", en *Estrategia*, Nº 445, Santiago, julio de 1987, p. 21. Sobre las grandes tiendas: "Diners Club Chile", en *Qué Pasa*, Nº 460, Santiago, febrero de 1980, pp. 42-43; "Costos y beneficios", en *El Mercurio*, Santiago, 28 de julio de 1979, p. D5; "Leasing", en *Paula*, Nº 312, Santiago, diciembre de 1979; "Otra alternativa de crédito", en *Qué Pasa*, Nº 423, Santiago, mayo de 1979, p. 37.

[1073] "Miami", *Hoy*, Nº 109, Santiago, 23 de agosto de 1979, pp. 87-91.

[1074] "La leyenda negra de las multinacionales", en *Qué Pasa*, Nº 587, Santiago, julio de 1982, pp. 27-29.

1075 "Sears...", en *El Mercurio*, Santiago, 21 de septiembre de 1978, p. A6; Lavín, *A Quiet..., op. cit*., p. 42. Para estimular el consumo interno se utilizó la idea de Tupperware: "Tupperware", en *El Sur*, suplemento *Gaceta del Bío Bío*, Concepción, 9 de mayo de 1982, p. 10.

[1076] "De compras en Santiago", en *Chile Ahora*, Nº 67, Santiago, octubre de 1988, pp. 18-19; "Tentación organizada", en *Las Últimas Noticias*, suplemento *Mundo del Domingo*, Santiago, 3 de junio de 1984, pp. 14-15; Lavín, *A Quiet..., op. cit*., pp. 25-27, 132. Sin embargo, la cooperación entre Sears y Almac terminó en un conflicto: "Indemnización piden socios chilenos", en *La Segunda*, Santiago, 29 de noviembre de 1983, p. 11.

"Today you may see all the family, couples with their children going for an outing to the supermarket, on weekends, especially in the afternoons. Probably they will be received by a band to entertain the little ones, who may also play on the electrical machines or shake hands with Mickey Mouse, Donald Duck or other characters who walk between the aisles. Meanwhile, the husband can taste liquors, potato chips and several other products offered by smiling hostesses at the tasting stands"[1077].

Como Joaquín Lavín hacía notar con orgullo, el cambio del comportamiento en el consumo era manifestación de que la aceleración y la reestructuración de la vida moderna también se imponían en Chile[1078]. Atribuía este desarrollo, ante todo, a las políticas del régimen militar, en particular a la reducción de los aranceles con el consiguiente descenso de los precios, a la liberalización del horario de cierre del comercio y al desmantelamiento del proteccionismo contra las importaciones[1079]. Sobre esta base había podido desarrollarse en el país una nueva forma de pensar el consumo, supuestamente fundado en la libertad de elección de los consumidores. Según los expertos en *marketing*, al comparar al estadounidense –experto a la hora de consumir– con el chileno de fines de la década de 1970, a éste todavía le faltaba "mentalidad consumista". Claro que el manual de *marketing* favorito de esos años hacía ver que los chilenos aprendían rápidamente, que eran innovadores, que tendían a probar todos los productos nuevos a la moda –sólo por "modernos"– y que valoraban los elementos de prestigio y estatus asociados al consumo[1080].

La mayor parte de los nuevos consumidores pertenecía a la clase media, sector que crecía como consecuencia de la progresiva urbanización. Sin embargo, durante el régimen militar sufrió una transformación estructural, pues sus integrantes dejaron de trabajar, mayoritariamente, dentro de la administración pública y se trasladaron al sector privado. Esta "privatización de la clase media" con frecuencia iba acompañada de un aumento de los ingresos, de una mayor expresión del pensamiento consumista y de una fijación en símbolos de estatus tales como: televisores, refrigeradores y automóviles[1081]. Voces a favor del régimen acentuaban que la "revolución del consumo" no se restringía sólo a la clase media, sino que las más bajas también participaban de ella. De hecho, tanto la

[1077] Lavín, *A Quiet..., op. cit.*, p. 132. Véase, además, "Un lanzamiento...", en *Qué Pasa*, Nº 712, Santiago, noviembre de 1984.

[1078] Lavín, *A Quiet..., op. cit.*, pp. 15-16.

[1079] *Op. cit.*, p. 36; xx Ffrench-Davis, *op. cit.*, p. 59; "Importadores calculan", en *La Segunda*, Santiago, 30 de diciembre de 1987, p. 3. Sobre los televisores a color: "Se rompe otro tabú", en *La Segunda*, Santiago, 18 de abril de 1978, p. 3. Sobre la hora de cierre del comercio: "Concurrencia masiva", en *El Mercurio*, Santiago, 22 de diciembre de 1980, p. C1.

[1080] Israel, *op. cit.*, pp. 57-60; "Nueva mentalidad", en *El Mercurio*, Santiago, 6 de diciembre de 1977, p. 3.

[1081] Martínez y Tironi, *op. cit.*, pp. 117-118. "Status", en *Qué Pasa*, Nº 665, Santiago, enero de 1984, p. 21.

radio como más tarde la televisión generaron posibilidades de participación en el acontecer del mercado, aunque en general sólo de manera pasiva[1082].

Desde el punto de vista de un observador neoliberal como Joaquín Lavín, la transformación de los hábitos de consumo en Chile, en el período 1977-1989, debía parecer revolucionaria, a pesar del paréntesis por la crisis de los años 1982 y 1983. Según los chilenos, en muy corto tiempo se había desarrollado entre ellos un pensamiento consumista que podía satisfacerse gracias a que el gobierno había adoptado numerosas medidas para liberalizar el sistema económico. El aporte estadounidense a este desarrollo fue central, aunque esto no siempre se mencionaba. Junto a sus mercancías, los yanquis suministraban también sus modelos publicitarios y de comercialización hasta los centros comerciales con un ratón Mickey para la entretención de los transeúntes.

*El "caballo de Troya" del régimen*

Las descripciones de Joaquín Lavín, en todo caso, fueron refutadas por algunos. Su tesis de una transformación valórica que pasó desde la obstinada ideologización y dolarización política de principios del decenio 1970 hacia la positiva orientación al consumo de la década de 1980, era susceptible de crítica. Tras la relajación de la censura fue posible que cientistas sociales que trabajaban en institutos de investigación independientes pudiesen contradecirla más abiertamente. Pero no sólo los investigadores sino, también, el consumidor medio desconfiaban de muchos aspectos de la sociedad de consumo. El fenómeno de la norteamericanización mostró aquí una segunda cara, la del efecto de distanciamiento.

El nuevo paraíso chileno del consumo se basaba finalmente sobre la actuación del capital extranjero en Chile, eficazmente seducido por el gobierno de Augusto Pinochet. Cuando la prensa cubría en forma positiva el regreso de ese capital, en general evitaba mencionar que los consorcios estadounidenses ya solían crear muy pocos puestos de trabajo, pues estaban orientados hacia la exportación, y utilizaban intensamente la tecnología. Los pocos chilenos que lograban un empleo en alguna de esas empresas debían lidiar con empleadores poco dispuestos a negociar. Los despidos masivos en Goodyear tras la huelga de 1979, mostraron claramente esta nueva disposición[1083]. Inversiones de ese tipo, sumadas a la liberalización del mercado, destruyeron numerosas empresas chilenas y detonaron un desempleo masivo. El *dumping* de las importaciones fue visto por los empresarios tradicionales como un serio riesgo a la industria nacional. De hecho, las discusiones en torno al tema dividieron a los partidarios del régimen militar[1084]. Los críticos hacían notar que el capital extranjero –ya

[1082] "La revolución del consumo", en *Qué Pasa*, Nº 514, Santiago, febrero de 1981, p. 19.

[1083] "Multinacionales", en *Hoy*, Nº 181, Santiago, 7 de enero de 1981, pp. 27-28.

[1084] "Privatización e inversión extranjera", en *Mensaje*, Nº 368, Santiago, mayo de 1988, p. 149. Sobre la competencia: "El bullente mundo", en *Vea*, Nº 1873, Santiago, junio de 1975; "La

no sólo estadounidense sino, también, multinacional– desplazó después de la crisis económica de 1982/1983 a los quebrados grupos económicos chilenos y, a través de los programas de renegociación de la deuda internacional, se adueñó de importantes empresas industriales y de servicios a precios de liquidación[1085]. Tras la crisis económica se hizo patente que tampoco la "revolución de los computadores" había impulsado el desarrollo en Chile o en América Latina. Según los críticos había sucedido lo contrario, pues la brecha tecnológica, respecto del mundo, industrializado había aumentado[1086].

La experiencia de la crisis redujo también el brillo de los *yuppies* chilenos, pues habían sido personajes quienes habían precipitado la crisis del decenio 1980, convirtiéndose en responsables de la pérdida de muchos puestos de trabajo y de valores invertidos en acciones. Si antes Coco Legrand no había ahorrado en burlas hacia esos "Cuescos Cabreras", después de 1983 el término *yuppie* se convirtió en un concepto peyorativo, utilizado por la oposición en su lucha política contra el joven y prometedor ministro de Augusto Pinochet, Hernán Büchi[1087].

La crítica a los *yuppies* chilenos estaba unida a la crítica al pensamiento consumista en sí mismo, y para ello podía recurrirse a imágenes estereotipadas de Estados Unidos. La ironía de los ataques en contra de los hábitos de consumo de los yanquis alcanzó su punto culminante durante la UP, cuando parecía imponerse el rechazo del antes tan glorificado *American way of life*. La crítica era especialmente fácil allí donde fue posible dejar en evidencia la asociación sentimentalista entre consumo masivo y patriotismo como, por ejemplo, la promoción de Coca-Cola, la que, según muchos críticos, representaba a Estados Unidos[1088]. En 1971 la revista de caricaturas *Topaze*, dirigió su satírica agudeza hacia la omnipresencia de las marcas de productos estadounidenses, las que habrían abusado de la llegada del hombre a la Luna para sus fines publicitarios (véase ilustración página siguiente).

Tras el golpe militar, el rechazo a la "filosofía Coca-Cola" –definida como mera satisfacción de impulsos a través del consumo sin pretensiones intelectua-

---

avalancha de las importaciones", en *Qué Pasa*, Nº 327, Santiago, julio de 1977, p. 63; Rolf Lüders, "'Dumping' simplemente", p. 3; "Los sueños de un hogar", en *Hoy*, Nº 99, Santiago, 18 de abril de 1979, pp. 53-54, "La leyenda negra de las multinacionales", en *Qué Pasa*, Nº 587, Santiago, julio de 1982, pp. 27-29.

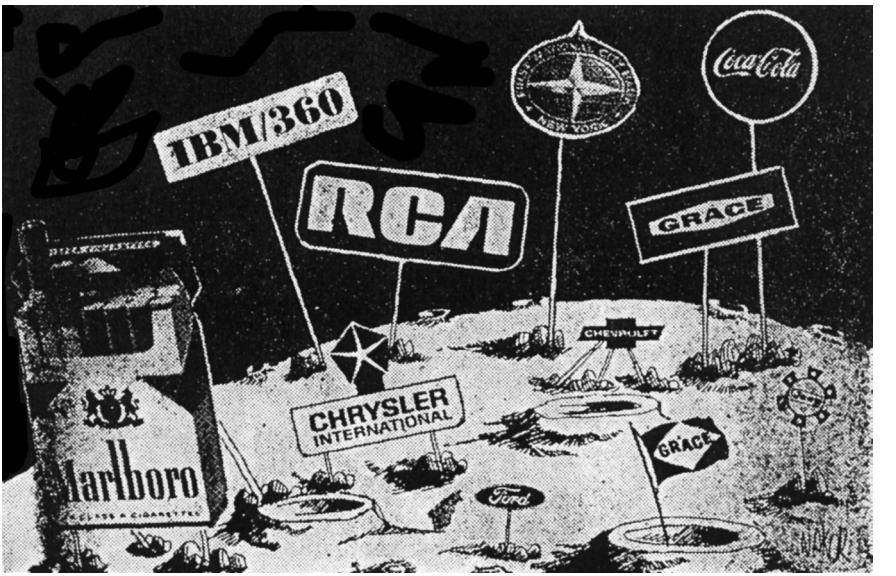
[1085] Rozas y Marín, *1988..., op. cit.*, pp. 8-39. Debido al problema de la vuelta a la democracia y a pesar de lograr estabilizarse tras la crisis, una parte del mercado financiero internacional siguió considerando a Chile un país altamente riesgoso. "Inversiones Extranjeras", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 2 de mayo de 1987, p. 2.

[1086] "Crece la brecha tecnológica", en *Análisis*, Nº 150, Santiago, julio de 1986, p. 27.

[1087] "El 'Goofus Bird'", en *La Época*, Santiago, 19 de septiembre de 1989, p. 7. Hernán Büchi no provenía de la nueva elite empresarial, sino que era un funcionario de carrera. Véase, además, "La caída del rey de los yuppies", en *Cauce*, Nº 148, Santiago, marzo de 1988, pp. 24-25.

[1088] "Desayuno de los campeones", en *Punto Final*, Nº 128, Santiago, abril de 1971, p. 15; "La causa que refresca", en *Punto Final*, Nº 152, Santiago, febrero de 1972, p. 19. La revista de orientación socialista *Punto Final* mantuvo una columna permanente titulada "The American way".

les– también fue parte central de la crítica conservadora a Estados Unidos[1089]. La decadencia de un sistema percibido como capitalismo explotador orientado exclusivamente hacia el lucro, en el que todo tenía su precio, era aterradora. El crítico cultural Marco Antonio de la Parra escribió en 1988 que "everything is available in USA, but nothing is free". Simultáneamente se refería al "imperio del deseo vuelto loco, la posibilidad de tener todo, absolutamente todo, a su alcance"[1090]. Esta absoluta disponibilidad de bienes de consumo llevaba, según los críticos, a la comercialización tanto de objetos profanos como sagrados. Los escándalos protagonizados por telepredicadores o la instalación de un servicio telefónico de confesiones parecían demostrar que en Estados Unidos la religión era un objeto comercializable[1091]. En aras del consumo de masas se perdía la individualidad. En su lugar aparecía la estandarización tanto de las mercancías como de los compradores, quienes parecían un "desfile de hormigas" cuando entraban a los templos del consumo de Miami, utilizando las palabras de Arturo Uslar Pietri[1092]. En opinión de numerosos observadores




La colonización de la Luna. Ni siquiera en la Luna era posible detener la expansión de la sociedad de consumo. FUENTE: "La conquista de la luna y 'Topaze'", en *Topaze*, Nº 1971, Santiago, 21 de agosto de 1970.

[1089] "Filosofía Coca-Cola", en *El Sur*, Concepción, 3 de noviembre de 1979, p. 3.

[1090] Parra, "El imperio...", *op. cit*., p. 27.

[1091] "Empresa yanqui", en *La Cuarta*, Santiago, 3 de abril de 1989, p. 7. Véase, además, "Adán en bancarrota", en *Punto Final*, Nº 140, Santiago, octubre de 1971, p. 15.

[1092] Uslar Pietri, "La frontera...", *op. cit*., p. 3. Véase, además, Patricio Bañados, "Los rudos cowboys", p. 11. Sobre la crítica al consumo de los intelectuales chilenos, véase Iván Jaksic, *Academic Rebels in Chile: The Role of Philosophy in Higher Education and Politics*, pp. 168 y 179.

chilenos, los yanquis habían llegado a una situación de extrema dependencia del consumo. Así, un comentarista conservador del diario *El Sur* escribió en 1977, a raíz del apagón de Nueva York:

> "Esto nos da una lección a los americanos del Sur. No confiemos mucho en el poder de Norteamérica. No confiemos mucho en los artificios pirotécnicos de las cosas materiales de su civilización de consumo. En un momento dado pueden paralizarse los instrumentos con que ellos cuentan para dominarnos y todo se habrá terminado. Hay que tener la fuerza en el espíritu y no en la corriente eléctrica"[1093].

Sin embargo, en Chile este y otros gritos de advertencia fueron desoídos, tal como muestra el crecimiento de la sociedad de consumo en el país. Este desarrollo todavía era entendido y criticado a principios del decenio 1970 como norteamericanización en el sentido clásico de incuestionada transmisión y adquisición de estilos de vida y de modelos de pensamiento estadounidenses. En sintonía con la crítica al imperialismo, esta transmisión se atribuía, por una parte, al carácter fundamentalmente expansivo e imperialista del sistema económico estadounidense y, por otra, a la apertura y vulnerabilidad de la sociedad receptora. La idea de una inundación de ésta por el consumo, y con ello por el *American way of life* permaneció como una importante asociación en el discurso de la norteamericanización. Fue evocada, por ejemplo, por el intelectual de la izquierda liberal José Joaquín Brunner cuando atacó las estrategias de penetración a través del consumo. Para hacerlo recurrió a una expresión del mejicano Carlos Monsiváis, esa "inacabable corriente de productos que sacian, inventan y modifican las necesidades"[1094].

En la década de 1980 no sólo destacados intelectuales opinaban que esta penetración amenazaba la independencia nacional de los países del tercer mundo, como Chile. Muchos chilenos patriotas consideraron una afrenta el que Coca-Cola inscribiera la marca Colo-Colo para impedir que el equipo de fútbol lanzase al mercado una bebida con ese nombre. Con ironía advertían que Colo-Colo había sido un toqui mapuche, por lo tanto, completamente chileno. También hubo numerosas cartas de lectores, que clamaban por la independencia nacional, en las que se lamentaban porque algunas tiendas utilizaban dólares americanos para publicar sus precios, en vez del peso[1095].

Teniendo en consideración el desarrollo histórico de la crítica a la civilización con orientación antiestadounidense, no sorprende que ésta proviniese frecuentemente desde la vereda conservadora. La Junta Militar había sido parte de esta tradición cuando realizó su declaración de principios en 1974, en

[1093] "Nueva York a oscuras", en *El Sur*, Concepción, 20 de julio de 1977, p. 5.

[1094] Monsiváis, *op. cit.*, p. 75. Citado en José J. Brunner, *Un espejo..., op. cit.*, pp. 216-217.

[1095] Lucho Fuenzalida, "La Coca-Cola dueña de Colo Colo", p. 2; "¿Estamos en EE.UU.?", en *El Cronista*, Santiago, 9 de abril de 1979, p. 6.

la que se manifestó expresamente en contra de la atmósfera materialista de la "así llamada sociedad de consumo" occidental[1096]. En esa acusación resonaba el temor ante la pérdida de los valores morales. La misma preocupación movió, unos pocos años más tarde, a la oposición a Augusto Pinochet, cuando el gobierno ejecutó un viraje hacia una política de consumo ilimitado. Por ejemplo, la revista católica *Mensaje* criticó periódicamente la utilización abusiva de conceptos como libertad, amor y seguridad dentro de la publicidad, la que se adaptaba así a los estándares estadounidenses y que llevaba a un consumo ilimitado a cambio de la pérdida de la confianza y humanidad[1097]. La mayoría de quienes se lamentaban de la nueva orientación de la sociedad chilena hacia el consumo eran voces de exiliados. Pero también entre los partidarios del régimen había crecido durante el auge del *boom* un escepticismo respecto del pensamiento consumista desenfrenado. Cuando *El Mercurio* publicó en 1979 los resultados de un simposio sobre el tema, las opiniones ya eran heterogéneas. Pocos años más tarde, en medio de la crisis económica, un comentarista de *Las Últimas Noticias* exigía una "revolución de los consumidores" que pusiese nuevamente al hombre en el centro y que dejara de someterlo a la economía[1098].

Críticos de izquierda y de derecha veían, asimismo, que el moderno pensamiento consumista estadounidense tenía graves secuelas como la insaciabilidad y atontamiento de la población, los que también se propagaban por Chile:

> "No existen límites con una tarjeta de crédito: gran invención del Imperio del Deseo. Tenga ahora, pague alguna vez si quiere. No aguarde, no piense, no espere. Posea, ahora"[1099].

El caricaturista de la revista *Ercilla*, de tendencia moderadamente crítica, vertió esa misma posición en una caricatura muy significativa (véase ilustración en página siguiente). Los medios de oposición llamaban permanentemente la atención sobre el hecho de que era difícil movilizar a consumidores felices hacia acciones políticas, pues por una parte estaban embotados y, por otra, en vez de estar movidos por un compromiso social, lo estaban por la preocupación

[1096] *Declaración de Principios del Gobierno de Chile*, p. 2. Véase, además, Mario Góngora, *op. cit*., p. 261.

[1097] Fernando Barraza, "Los resortes del consumismo", p. 62; "Crisis en la civilización", *Mensaje*, Nº 24, Santiago, 1975, pp. 12-15; Raymond Colle, "El 'ruido' publicitario", pp. 73-78.

[1098] Jaime Celedón, "Revolución y consumo", p. 5. Sobre los debates en *El Mercurio*: "¿Estamos presos...?", en *El Mercurio*, Santiago, 23 de septiembre de 1979, p. D4. Véase, además, "En el reino del consumismo", en *Chile América*, Nº 56/57, Roma, Agosto/Settembre 1979, pp. 12-13; "Consumismo", en *Bicicleta*, Nº 15, Santiago, septiembre de 1981, pp. 27-29; "La cultura del narcisismo", en *Hoy*, Nº , Santiago, mayo de 1987, pp. 61-62. De vez en cuando había quienes advertían sobre los efectos ecológicos del consumo ilimitado: "¡Consuma, destruya: Pagarán sus hijos!", en *Análisis*, Nº 34, Santiago, septiembre de 1981, pp. 16-22.

[1099] Parra, "El imperio...", *op. cit*., p. 27. Véase, además, "¡Generación de analfabetos!", en *El Sur*, Concepción, 23 de julio de 1976, p. 5.

de cómo pagar la próxima cuota del crédito. En este sentido, el pensamiento consumista –considerado una importación estadounidense– resultó ser un "caballo de Troya" del régimen de Augusto Pinochet[1100].

La insaciabilidad de la sociedad de consumo se convirtió durante la década de 1980 en un tema relevante entre los críticos al gobierno. FUENTE: "La última página", en *Ercilla*, Nº 2394, Santiago 17 de junio de 1981, p. 74.

[1100] "Consumismo, caballo de Troya del régimen", en *Análisis*, Nº 32, Santiago, marzo de 1981, pp. 26-29.

El enorme endeudamiento *per capita* y las dependencias que esto acarreaba, eran mostrados como consecuencias negativas de la sociedad de consumo[1101]. Sin embargo, los críticos también podían exhibir los evidentes límites que tenía el consumo en Chile, pues tras la fachada de la sobreabundancia se escondía otra realidad, esto es, la de la reducción de la capacidad de consumo de los hogares más pobres e incluso de los de clase media. Es más, el número de chilenos que vivían en la miseria aumentó durante los años del *boom,* a raíz de las políticas económicas y sociales. Esto no cambiaba por el hecho de que en los barrios marginales hubiera mayor cantidad de televisores y de radios –en general compradas a plazo– o de que sus habitantes fuesen, durante los fines de semana, de excursión a centros comerciales techados y calefaccionados. En realidad, sólo los grupos de mayores ingresos disfrutaron del milagro del consumo sin restricciones. Éste aumentó, todavía más, la brecha entre ricos y pobres. Y la polarización social se hizo evidente en la creciente segregación de las ciudades[1102].

Frente a los ojos de los críticos chilenos se estaba desarrollando la transformación hacia una sociedad de consumo. Mientras tanto ellos mismos, ya fueran conservadores u opositores, observaban con precisión sus efectos y alzaban la voz para advertir sobre las consecuencias negativas. En su opinión, éstas eran muchas, pues las inversiones extranjeras, que habían permitido el *boom*, se hacían a costa de las empresas chilenas y subían la cesantía. Simultáneamente impulsaban un cambio valórico que parecía llevar derecho al capitalismo despiadado y al atontamiento y masificación de una gran parte de la población, tal como mostraba el ejemplo de Estados Unidos. Según la oposición, los ideólogos del régimen habían ejecutado conscientemente este desarrollo como una forma de desviar la atención sobre los reales problemas del país.

Los argumentos de los críticos eran variados y se basaban sobre la premisa de que junto con el pensamiento consumista se había importado a Chile un desarrollo nuevo y ajeno. Éste no sólo no solucionaba los problemas del país sino que los ahondaba, pues los escondía tras el hermoso reflejo de un paraíso de las compras. Tanto los críticos de los más diversos colores políticos como los promotores de la nueva sociedad de consumo coincidían en que ésta provenía de Estados Unidos. Por eso parecía tan amenazadora para unos o tan promisoria para los otros, pues la experiencia había mostrado que durante el "siglo norteamericano" los arrolladores cambios iniciados en el vecino del norte

[1101] "Eso que llaman", en *Hoy*, Nº 99, Santiago, abril de 1979, p. 23; Meller, *Un siglo..., op. cit.*, p. 197.

[1102] Eugenio Tironi, *Los silencios de la revolución: Chile - La otra cara de la modernización*, p. 30. El texto de Eugenio Tironi era una réplica directa a Joaquín Lavín. "Secretos del consumismo", en *Hoy*, Nº 154, Santiago, 2 de abril de 1980, pp. 23-25; "Pablo Huneeus, sociólogo", en *Cosas*, Nº 79, Santiago, octubre de 1979, p. 24; "Importación de 'suntuarios'", en *La Tercera*, Santiago, 23 de diciembre de 1979, p. 26. Sobre los cálculos de la pobreza en Chile, véase Friedmann, *op. cit.,* pp. 100-101.

no se circunscribían a Estados Unidos, sino que eran una ventana al futuro. El ascenso del consumo de masas en Chile significaba un paso en dirección a ese futuro, parte integral y central del proceso de norteamericanización de fines del siglo XX. Pero al compararlos con la etapa temprana, los yanquis se habían transformado internamente. A fines de la década de 1980 ya no eran tan fácilmente reconocibles como en la década de 1920, cuando el debate en torno a los enclaves estadounidenses se desenvolvió desde una apreciación totalmente positiva hacia un radical rechazo, que marcaría hasta principios de 1970 el discurso sobre la norteamericanización. Claro que hasta 1968 esto no implicó efecto alguno sobre las actividades de los yanquis en Chile. Tras el golpe militar se desató una postura abierta y acogedora del capital, las inversiones y especialmente los productos extranjeros y el consumo que implicaban, revelando así una posición cimentada en un desarrollo histórico de cerca de cincuenta años. Sin embargo, dentro de la sociedad chilena persistía todavía bastante escepticismo.

## Desequilibrio esencial: el nuevo discurso acerca del imperialismo

*"...el desequilibrio de potencial entre ambas naciones*
*determinaba... una dependencia injusta. Es lo que en su tiempo*
*se encuadró en el concepto de la acción imperialista...*
*El término de este estado de cosas culminó con la nacionalización del cobre...*
*Pero el desequilibrio se mantuvo, primero en los desniveles del intercambio comercial,*
*luego en las condiciones onerosas del endeudamiento...*
*más adelante en el entorpecimiento de los préstamos para el desarrollo*
*y últimamente en un proteccionismo creciente...*
*Todo esto al margen de los permanentes intentos de sectores*
*políticos de EE.UU. por imponer sanciones económicas a nuestro país*
*[y de] las interferencias repetidas...en asuntos internos de Chile"*[1103].

En Chile, tanto la crítica al consumo como a los métodos empresariales estadounidenses hundían sus raíces en la crítica al imperialismo, instalada a principios del siglo XX. Ésta había vivido un primer esplendor durante la crisis económica de 1929 y se profundizó especialmente durante la década de 1960, en vista del fracaso de las promesas de desarrollo. De ella derivó entonces el antiimperialismo que entre 1970 y 1989 se constituyó en elemento central de la norteamericanización, ya que en Chile, a más tardar desde principios del decenio 1930, el antiimperialismo se había identificado con la penetración estadounidense, es decir, con la expansión comercial e intervención política.

[1103] "Notas diplomáticas entre Chile y EE.UU.", en *El Sur,* Concepción, 24 de julio de 1987, p. 3.

Durante la UP, este clásico discurso antiimperialista, marcado ideológicamente por la izquierda, alcanzó su clímax. Sin embargo, la cita que encabeza este capítulo –aparecida en 1987 en el diario *El Sur,* un medio que no se podría calificar de izquierda– muestra que tras el golpe de Estado de 1973 seguía existiendo la impresión de que entre los dos países perduraba un desequilibrio esencial, y que de éste derivaban injusticias que perpetuaban una condición imperialista. Aun así, aquellos elementos que confirmaban en Chile la idea de imperialismo sufrieron modificaciones radicales entre el momento en el que la UP asumió el poder y el fin del régimen militar.

*Monopolios y cómplices: la penetración económica*

Pablo Neruda planteó su propia interpretación sobre la historia de Chile y de América Latina en el *Canto General*, su gran poemario publicado en 1950. Puso en un primer plano la violenta conquista y represión que realizaron extranjeros y colaboradores nativos. En poemas como "La Standard Oil Co.", "La Anaconda Cooper [sic] Mining Co." y "La United Fruit Co." no dejó dudas respecto de la nacionalidad de los explotadores del siglo XX[1104]. Así, la poesía de Pablo Neruda, el discurso sobre desarrollo y dependencia, vigente hasta 1969, además de las experiencias reales de muchos chilenos –desde las numerosas huelgas en los enclaves mineros hasta conflictos internacionales percibidos como humillaciones–, fomentaron dicha noción y favorecieron la radicalización de la política interna[1105]. A continuación, se analiza la culminación de las ideas clásicas de penetración estadounidense en el ámbito de la economía, junto a la instrumentalización de estas ideas por parte de un nuevo discurso sobre el imperialismo económico desarrollado por el régimen militar.

A fines de la década de 1960, cuando aparecieron los estudios sobre la dependencia del desarrollo de América Latina escritos por los cientistas sociales André Gunder Frank, Fernando Hernique Cardoso y Enzo Faletto, quienes trabajaban en Chile en ese momento, prevalecía la teoría de la dependencia como paradigma de los debates en torno al desarrollo. Aunque cada uno otorgó diferente peso al papel de las influencias extranjeras en la historia de Chile, los tres pensaban que esas influencias eran una de las causas principales del subdesarrollo del país, considerado por muchos como caso ejemplar de dependencia[1106]. Los consorcios transnacionales, que seguían definiendo el importante sector minero chileno, se ubicaron en el centro del interés. Las cuentas basadas sobre cálculos de científicos estadounidenses críticos del

[1104] Neruda, *Canto..., op. cit.* Véase especialmente los poemas de la Vª sección, "La arena traicionada".

[1105] Klubock, *op. cit.*, pp. 254-279; Thomas F. O'Brien, *The Century..., op. cit.*, p. 124.

[1106] Véase André Gunder Frank, *Capitalism and Underdevelopment in Latin America: Historical Studies of Chile and Brazil*, pp. 1-120; Jorge Castañeda, *Utopia Unarmed: The Latin American Left after the Cold War*, pp. 290-291; Rinke, „Die chilenische...", *op. cit.*, pp. 200-204.

sistema, mostraban que durante la década de 1960 en Chile las utilidades de empresas como Anaconda y Kennecott fueron casi tres veces mayores que en las demás regiones donde tenían inversiones. La conclusión parecía evidente: si esas minas hubiesen estado en manos chilenas, entonces las ganancias habrían sido reinvertidas, barcos chilenos habrían transportado el cobre, intermediarios chilenos habrían organizado las ventas y las maquinarias requeridas para la explotación de los minerales habrían sido construidas en Chile[1107]. Los críticos acentuaban que los directores de los consorcios transnacionales manejaban, las riendas del poder en Estados Unidos. De hecho, personalidades como Roebuck Charles A. Meyer, miembro del directorio de Sears, o el magnate y delegado especial de Richard Nixon, Nelson A. Rockefeller, tenían gran influencia sobre la política hacia América Latina[1108].

Políticos chilenos de diferentes tendencias manifestaron, a fines de la década de 1960, su oposición hacia esas estructuras de dominación. Los demócrata-cristianos, desde 1964 en el gobierno con Eduardo Frei Montalva, mantuvieron inicialmente esta postura; sin embargo, por consideraciones económicas rechazaron un quiebre con Estados Unidos, pues temían que Chile se convirtiese en una segunda Cuba y cayese en manos del imperialismo soviético, es decir, de la sartén al fuego[1109]. Por su parte, la izquierda completa, desde los comunistas pasando por los socialistas hasta el MIR, estaba de acuerdo respecto del carácter dañino de los consorcios estadounidenses y quería expulsarlos del país. Los comunistas advirtieron en su programa político de 1969 que existía una contradicción básica entre el imperialismo yanqui y la nación chilena. Por su parte, Carlos Altamirano, secretario general del PS y representante del ala más de izquierda de ese partido, habló del "fracaso absoluto" del gobierno de Eduardo Frei Montalva en su intento por alcanzar una mayor independencia económica para el país: "El débil desarrollo industrial chileno es el desarrollo yanqui en Chile"[1110]. Pero no había unidad de criterios acerca de cómo evaluar y tratar a la burguesía nacional, la que, en opinión de la izquierda, estaba estrechamente vinculada al capital internacional.

El Programa Básico de Gobierno de la UP de diciembre de 1969 zanjó momentáneamente estas discrepancias en vista de la proximidad de las elecciones. Describía con claridad la visión de esa coalición sobre las actividades de los consorcios estadounidenses en Chile:

[1107] Zeitlin & Ratcliff, *op. cit*., pp. 305-307.

[1108] "Frutos de una gira trunca", en *Ercilla*, Nº 1799, Santiago, 1969, p. 25. Las críticas se dirigieron especialmente contra el así llamado informe Rockefeller: Nelson A. Rockefeller, *The Rockefeller Report on the Americas: The Official Report of a United States Presidential Mission for the Western Hemisphere.* Véase también Wells, *op. cit.,* pp. 132-133.

[1109] Véase el documento programático de Patricio Aylwin Azócar, elegido más adelante Presidente, *Camino propio: lo que Chile espera de la democracia cristiana*, pp. 33-34.

[1110] "Chile al borde de un colapso", 9 de diciembre de 1969, reproducido en Farías, *op. cit*., tomo 1, p. 191. Sobre la postura del MIR: "El MIR y el resultado electoral", 13 de octubre de 1970, en Farías, *op. cit*., tomo 1, pp. 442-443. Respecto de los comunistas: Riquelme, *Visión..., op. cit*., p. 54.

> "Los monopolios norteamericanos, con la complicidad de los gobiernos burgueses, han logrado apoderarse de casi todo nuestro cobre, hierro y salitre. Controlan el comercio exterior y dictan la política económica por intermedio del Fondo Monetario Internacional y otros organismos"[1111].

Estados Unidos necesitaba materias primas baratas para mantener su elevado nivel de vida. Por lo tanto, según esa interpretación, la riqueza y poder de unos dependía de la pobreza y dependencia de otros. Este problema básico debería ser remediado en forma definitiva con la construcción del socialismo. En su primer discurso, en la noche misma de las elecciones, un victorioso Salvador Allende proclamó que derrotaría definitivamente la explotación imperialista[1112]. Este anuncio se hizo realidad muy luego con la implantación de medidas de nacionalización de sectores completos de la economía. Como dichas disposiciones estaban enfocadas, preferentemente, en contra de los consorcios estadounidenses, era imposible que no se generase una sensación de antinorteamericanismo. Clodomiro Almeyda, ministro de Relaciones Exteriores, hizo hincapié en la diferencia entre antinorteamericanismo y antiimperialismo, y acentuó que este último no se dirigía en contra del pueblo de Estados Unidos, sino que sólo buscaba romper la dependencia económica, palpable también en la política y en la cultura[1113].

Expresiones de este tipo no se circunscribieron a los círculos de gobierno o a la clase política. Tal como muestran entrevistas realizadas a testigos de la época, integrantes de las más diversas clases sociales exigían, en ese entonces, una reducción de la presencia de los intereses estadounidenses en el país. Hubo representantes de la clase empresarial en esa posición. Esta postura crítica se reflejaba también en los medios de comunicación. La prensa de izquierda reproducía la opinión dominante dentro de la UP, pero podía expresarse con mayor libertad que los políticos, más atados a los usos de la diplomacia. En el extremo, el tabloide *Clarín* calficaba a los estadounidenses –quienes estaban supuestamente robando a Chile–, como "gringos ladrones" e "hijos de perra"[1114]. Pero medios moderados como *Ercilla* compartían la crítica fundamental, aquélla que decía que se apoderaban, año a año, de gran parte de la economía chilena, que desestabilizaban políticamente al país y que corroían la soberanía nacional al obtener el control sobre quienes gobernaban. Hacia 1970 ya nadie tomaba en serio la tesis de la ayuda para el desarrollo por medio

[1111] Unidad Popular, "Programa Básico de Gobierno (1969)", tomo 1, p. 115.

[1112] Salvador Allende, "Discurso en la madrugada del 5 de septiembre de 1970", tomo 1, p. 372. Véase, además, "De cómo el yanqui nos 'necesita'", en *El Siglo*, Santiago, 10 de noviembre de 1972, p. 2; Fermandois, *Chile y el mundo...*, *op. cit.*, pp. 44-45.

[1113] Federico Gil y Charles Parrish, "Socialist Chile and the United Status", p. 32. Véase, además, Sergio Bitar, "La corporación multinacional", p. 87; Fortín, "Principled...", *op. cit*., p. 228.

[1114] "Chile no les aguantará pelos en el lomo", en *Clarín*, Santiago, 11 de febrero de 1972, p. 8; "Hijos de perra siguen robándonos el cobre", en *Clarín*, Santiago, 18 de octubre de 1972, p. 8.

de inversiones en el extranjero. Simplemente era considerada una pantalla para el imperialismo[1115].

Pero no sólo se denunciaron las formas directas de penetración económica sino que, también, las actividades de supuestos agentes, bien camuflados, de los consorcios que causaron revuelo. La prensa de izquierda identificó entre éstos, por ejemplo, a los misioneros mormones y a los colaboradores que habían llegado al país en el marco de las actividades de la Alianza para el Progreso. Precisamente la ayuda para el progreso y las demás formas de cooperación tanto económica como tecnológica, comenzaron a ser interpretadas como estrategias de profundización de la dependencia. Por consiguiente, al "imperialismo estadounidense" le interesaba mantener la dependencia de Chile y de otros países del Tercer Mundo respecto del conocimiento. El intercambio estudiantil fue así apreciado como un simple "robo de cerebros" que formaba estudiantes en las universidades del Norte de acuerdo a intereses nacionales Una vez de vuelta en sus países de origen podrían servir como solícitos instrumentos transmisores de los intereses estadounidenses[1116].

Por otra parte, la crítica al consumo tuvo sus raíces en el discurso antiimperialista de fines del decenio 1960 y principios del de 1970. Bienes de consumo de importancia simbólica, por estar asociados al *American way of life*, tales como la Coca-Cola, fueron interpretados por los críticos como agentes del imperialismo. Un artículo aparecido en 1970 en la revista jesuita *Mensaje* afirmaba que no sólo el sistema económico estadounidense sino, también, los valores éticos derivados de su mentalidad consumista eran una amenaza:

> "...tanto los valores éticos como el sistema económico norteamericano son expansivos y requieren que las otras sociedades estén potencialmente abiertas a su penetración y adopten los rasgos fundamentales de su estilo de vida. Sus intereses se identifican con su sociedad del consumo cuya dilatación es parte de su esencia"[1117].

La revista de izquierda *Chile Hoy* resumió acertadamente esta idea en 1972: "La presencia de los consorcios transnacionales ha logrado penetrar de tal manera en la vida diaria latinoamericana, que resulta normal"[1118]. Esta aparente normalidad, según la izquierda, debía ser combatida mediante una acción solidaria de todo el pueblo chileno[1119].

[1115] "Multinacionales", en *Ercilla*, Nº 1953, Santiago, diciembre de 1972, pp. 57-59; "Allende le contó la firme", en *El Siglo*, Santiago, 1 de noviembre de 1971, p. 1; "¿Por qué invierte EE.UU.?", en *Chile Hoy*, Nº 3, Santiago, 1972/73, p. 27; Carlos Naudón, "Las relaciones interamericanas", p. 3. En Heraldo Muñoz, "Las empresas transnacionales...", pp. 504-512 se encuentra una crítica que sintetiza las demás.

[1116] Andrés Escobar, "Robo de cerebros", p. 3. Véase, además, Caputo y Pizarro, *op. cit.*, p. 107; "El gran negocio", en *El Siglo*, Santiago, 24 de noviembre de 1971, p. 12.

[1117] Naudón, "El mito...", *op. cit.*, p. 467.

[1118] "Kennecott, ITT", en *Chile Hoy*, Nº 16, Santiago, 1972, p. 13.

[1119] Jorge Modinger, "Las cartas marcadas", p. 15.

La UP se valió de todos los medios para movilizar al pueblo y para difundir la postura antiimperialista dentro de todas las clases sociales. En la escena musical participaron en esta campaña grupos y cantantes como Inti Illimani y Víctor Jara. Entre 1970 y 1973, la editorial estatal Quimantú publicó en varios números de su revista de cómics *La Firme* tiras que ilustraban las actividades de los consorcios transnacionales en Chile y los efectos sobre la vida diaria del pueblo. Para graficar la historia de la dependencia del país respecto del extranjero a un público poco interesado en complejas circunstancias socioeconómicas, los dibujantes de la editorial utilizaron figuras que en parte se apoyaban en el popular héroe de historietas Superman. En la ilustración de la página siguiente "Supervisor", un ser dotado de superpoderes, asume el papel de protector de los consorcios. Luego de transformarse en "Super Cauro", un pequeño niño chileno proveniente de las clases populares lo enfrenta valientemente, no se deja seducir por una propuesta de corrupción y lo desafía a un combate[1120]. La batalla decisiva se revela como una maniobra distractiva, en la que el pequeño "Super Cauro" sale perdiendo.

Tras esta pequeña historia había un mensaje accesible a un público amplio que decía que el "pequeño" pueblo chileno, si bien era astuto y valiente, estaba en una situación muy compleja frente al "enorme gigante" del capital extranjero[1121]. Esto fue especialmente válido al conocerse las actividades de ITT en Chile. En cada uno de los ejemplos, aparecían junto al capital extranjero las llamadas "elites colaboracionistas"–acusados por Pablo Neruda en su famoso poema "Los abogados del dólar"– a las que se asignaba un papel clave y que fueron estigmatizadas por la izquierda como "socias del imperialismo". La revelación de la estrecha interdependencia que existía entre empresas chilenas y consorcios extranjeros se convirtió en tema central de la prensa de izquierda. Por otra parte, cualquier crítica a la política económica de la UP era refutada con la alusión a que la dependencia de ciertos sectores de la burguesía hacia el capital extranjero era "antipatriota". Sin embargo, dentro de la misma izquierda no existía acuerdo respecto de cómo definir esos sectores de la burguesía[1122].

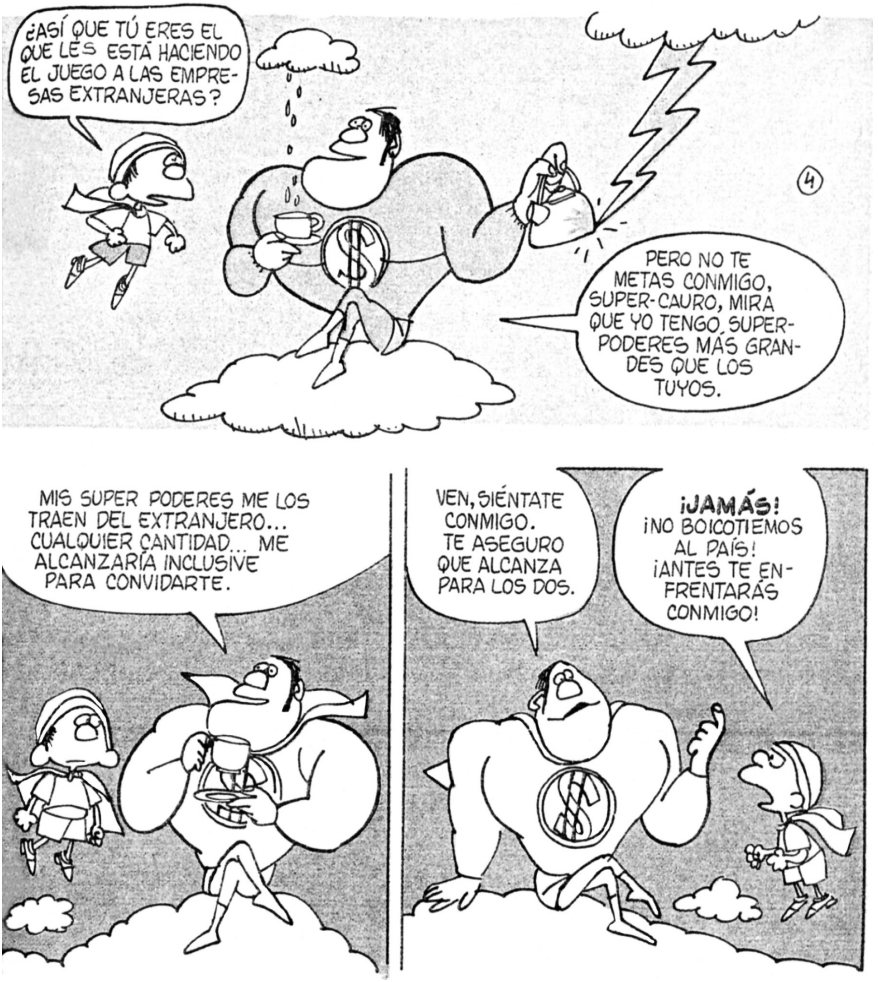
La crítica general a la penetración económica de los consorcios y a sus "cómplices" chilenos fue rechazada enérgicamente, tanto por la prensa demócratacristiana como por la de derecha. No obstante, durante el gobierno de la UP se expandieron aquellas áreas de conflicto relacionadas con la nacio-

[1120] Véanse otros números en los que la intención didáctica es aún más evidente: "Un mal negocio", en *La Firme*, Nº 26, Santiago, octubre de 1971; "Dependencia e imperialismo", en *La Firme*, Nº 48, Santiago, agosto de 1972. Como destaca David Kunzle, "Chile's *La Firme* versus ITT", pp. 119-133, en realidad, el Estado llegaba a través de *La Firme* sólo a un público de extracción obrera y de clase media que ya era de izquierda.

[1121] "Ese enorme gigante", en *Punto Final,* Nº 155, Santiago, abril de 1972, pp. 6-7.

[1122] "Itinerario de la penetración", en *Chile Hoy*, Nº 34, Santiago, 1972/73, p. 13; Pablo Neruda, "Los abogados del dólar", p. 325; "El Mercurio o la antipatria", en *El Siglo*, Santiago, 4 de octubre de 1971, p. 2.

nalización de la Gran Minería. Las reacciones del gobierno, de la CIA y de los consorcios estadounidenses –por ejemplo, la denegación de créditos del Eximbank– fueron crecientemente percibidas y atacadas como un bloqueo económico injustificado[1123]. Y, si bien los demócratacristianos las criticaron, también fueron difamados como parte de esa burguesía vasalla del imperialismo.




"Super-Cauro" en combate con los consorcios. Mediante revistas de historietas, la editorial estatal Quimantú se esforzó por divulgar dentro del pueblo el conocimiento y la conciencia sobre la dependencia. FUENTE: "Con la horma de su zapato", en *La Firme*, Nº 21, Santiago, septiembre de 1971, p. 11.

[1123] "Presiones inaceptables", en *La Prensa*, Santiago, 2 de marzo de 1971, p. 3; "Un increíble error político", en *La Prensa*, ciudad, 16 de agosto de 1971, p. 3.

Asimismo, hubo críticas, a veces irónicas, hacia la intransigencia de los antiimperialistas. El cómico Manolo González se hizo elegir jocosamente como "quinto candidato". En alusión al exagerado antinorteamericanismo y al afán nacionalizador de la izquierda, prometió a "cada 'roto' una mina y un gringo pa' que la trabaje"[1124]. Luego del golpe militar, las burlas se convirtieron en sarcasmo. Aunque desde entonces muchas de las medidas antiimperialistas impulsadas por la UP fueron ya sea desactivadas o anuladas, la desaprobación hacia el antinorteamericanismo fue de corta duración, pues muy luego volvieron a aparecer formas de dependencia, en parte atribuibles a la política económica de Washington. Estas merecieron nuevamente el reproche de imperialismo, teñido en Chile siempre con tonos de antinorteamericanismo.

Los problemas no eran nuevos. A fines de 1970, y con independencia de la asunción de Salvador Allende, *El Mercurio* hizo notar el inminente peligro por las medidas proteccionistas vigentes en Estados Unidos. La nueva política de Richard Nixon, instaurada a partir de agosto de 1971, confirmó los peores temores, pues subían un 10% los aranceles de importación, y en la misma proporción, bajaba la ayuda para el desarrollo[1125]. Sin embargo, ante los anuncios de bloqueo esas otras noticias permanecieron por un tiempo en segundo plano. Bajo el gobierno militar, la crítica al proteccionismo se convirtió en el elemento central de las transformadas acusaciones de imperialismo. El trasfondo de esto estaba en la reacción frente el positivo desarrollo de las exportaciones chilenas de cobre a Estados Unidos, pues cuando en 1978 el precio del metal rojo alcanzó un nuevo punto bajo, los productores en ese país exigieron protección estatal y la ITC apoyó esa petición. Sin embargo, el presidente Jimmy Carter vetó las medidas proteccionistas luego de que instituciones como el Banco Interamericano de Desarrollo advirtiesen respecto de los efectos negativos que éstas tendrían sobre los países latinoamericanos[1126].

Tras una breve recuperación del precio del dólar entre 1979 y 1981, la situación se agudizó a tal punto por la baja del mismo en 1983/84, que en Estados Unidos resurgió el clamor por medidas proteccionistas frente a las importaciones baratas provenientes de Chile. Para resguardar la apariencia del dogma de la economía liberal, se pretendió no recurrir a obstáculos por la vía de las tarifas arancelarias. En cambio, se discutió la posibilidad de reducir los créditos a aquellos países que aumentasen su producción de cobre a pesar de la caída de su precio. Esta propuesta iba dirigida exclusivamente en contra de

[1124] "Un gringo pa' que trabaje", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 22 de noviembre de 1988, p. 9.

[1125] "Amenazas de proteccionismo...", en *El Mercurio*, Santiago, 24 de noviembre de 1970, p. 3; Fortín, "Principled...", *op. cit.*, p. 223; Swansborough, *op. cit.*, pp. 150-152.

[1126] "¿Protección al cobre en EE.UU.?", en *El Mercurio*, Santiago, 31 de marzo de 1978, p. 3; "Proteccionismo comercial", en *El Mercurio*, Santiago, 26 de septiembre de 1979, p. A3; Isabel Marshall, *Reestructuración y reubicación en la industria internacional del cobre: el conflicto entre Chile y Estados Unidos*, pp. 31-78.

Chile y de la estatal CODELCO[1127]. Era un traje a medida. Para el gobierno chileno, los problemas en el desarrollo del mercado de cobre llegaron en un momento absolutamente inoportuno, pues seguían pendientes las negociaciones por la deuda externa tras la crisis de 1982/83. Un posible cierre del mercado estadounidense representaba un serio peligro para el saneamiento económico del país y, en vista del aumento de las protestas ciudadanas, también para la continuidad del régimen.

Por ello, la contraestrategia estuvo dirigida en dos direcciones. Por una parte, y con el fin de oponerse eficientemente a las medidas proteccionistas, buscó aliados en Estados Unidos dentro de aquellas ramas industriales altamente consumidoras de cobre, como, por ejemplo, la industria automotriz y la eléctrica. Se realizó una ofensiva diplomática dentro de la OEA y de la organización que agrupaba a los países productores de cobre[1128]. Por otro lado, fomentó el resurgimiento de los viejos resentimientos antiimperialistas. Sin excepción, los medios afines al régimen presentaron la legislación como un atentado al libre comercio y ejemplo de la carencia de moral de Estados Unidos en sus relaciones internacionales[1129]. Tal como muestra la ilustración de la página siguiente, esto iba acompañado de una presentación de sí mismo como un país tercermundista pequeño y débil, desestimado por el engreído Tío Sam. Especialmente condenable parecía que algunos consorcios activos en Chile –como Phelps Dodge, Anaconda y Kennecott– también hubiesen apoyado la demanda por medidas proteccionistas. En más de una ocasión se recurrió a la imagen –vigente entre opositores al régimen– de las transnacionales visualizadas como aves rapaces inescrupulosas y se habló de represalias contra las inversiones estadounidenses en Chile[1130]. En la lucha entre *lobbies* en Estados Unidos, finalmente triunfó la postura antiproteccionista. Por su parte, y en vista de que ponía en riesgo la solvencia económica de Chile, el presidente Ronald Reagan vetó, en septiembre 1984, el proyecto de ley. Esta problemática, bajo el prisma del *new protectionism* de Estados Unidos, siguió siendo virulenta en Chile durante la segunda mitad de la década de 1980. En

[1127] "Fallo desfavorable", en *Estrategia*, Nº 282, Santiago, junio de 1984, pp. 3 y 11; "Fallo de la ITC", en *La Segunda*, Santiago, 15 de junio de 1984, p. 10; "Exportaciones de cobre", en *El Mercurio*, Santiago, 16 de junio de 1984, p. A3.

[1128] "Apoyo al cobre chileno", en *El Mercurio*, Santiago, 1 de abril de 1984, p. A3; "Problemas del cobre", en *El Mercurio*, Santiago, 17 de junio de 1984, p. A3; Iván Valenzuela, "Exportaciones de cobre", pp. 316-319; Muñoz, *Las relaciones..., op. cit.*, p. 213.

[1129] "Y... son de cobre", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 16 de junio de 1984, p. 3. Véase, además, Arturo Frei, "La moral en las relaciones internacionales", p. 3.

[1130] "Sindicatos denuncian", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 26 de junio de 1984, p. 13; "Problemas del cobre", en *La Tercera*, Santiago, 29 de junio de 1984, p. 3. Sobre las represalias: "Eventuales limitaciones", en *El Sur*, Concepción, 29 de enero de 1984, p. 3; "Cobre chileno", en *Cosas*, Nº 204, Santiago, julio de 1984, p. 3. En relación con el papel de la oposición en los ataques a las transnacionales véase, por ejemplo: "Riqueza y libertad de expresión", en *Análisis*, 3 20 , Santiago, 1980, pp. 53-57.

vista de la retórica del libre comercio, el estereotipo de la hipocresía estadounidense volvía a ganar terreno[1131].

Chile como víctima del proteccionismo. El pobre y pequeño Chile con barras de cobre en posición solícita es rechazado por el soberbio Tío Sam. FUENTE: "¿Se cierran los mercados para el cobre chileno?", en *El Mercurio*, Santiago, 15 de junio de 1984, p. B1.

[1131] "Triunfo del cobre", en *La Nación*, Santiago, 8 de septiembre de 1984, p. 3; "La decisión de Reagan", en *Estrategia*, Nº 294, Santiago, agosto de 1984, p. 3; Marshall, *op. cit*., p. 83. Desde 1986 las exportaciones frutícolas chilenas se vieron afectadas en reiteradas ocasiones por interpretaciones restrictivas de las disposiciones sanitarias: "Restricciones a exportaciones", en *El Mercurio*, Santiago, 27 de abril de 1986, p. A3; "Fruta chilena en EE.UU.", en *El Mercurio*, edición internacional, 2-8 de julio de 1987, p. 3; "La guerra proteccionista", en *Apsi*, Nº 268, Santiago, septiembre de 1988, pp. 29-31; "EE.UU. y América Latina", en *La Época*, Santiago, 16 de noviembre de 1988, p. 6. También fueron responsabilizadas de ello las "actividades subversivas antipatriotas" de la oposición chilena: "Boicot en EE.UU.", en *El Mercurio*, Santiago, 27 de marzo de 1989, p. A3.

La facilidad con que podían despertarse los reflejos antiimperialistas a fines del decenio 1980 muestra que los esfuerzos realizados durante la segunda mitad del siglo xx, para popularizar la idea de la penetración económica por los capitales yanquis fueron fructíferos. Esta percepción –apoyada sobre la evolución real de las inversiones estadounidenses en el país– penetró profundamente dentro el mundo conceptual de los chilenos desde la publicación del *Canto General* de Pablo Neruda en 1950. El discurso alcanzó su punto culminante durante la UP, cuando las opiniones divergentes eran consideradas "antipatriotas" y "antinacionales". En cierto sentido, el otorgamiento del Premio Nobel a Pablo Neruda, en 1971, fue un signo de reconocimiento internacional de ese pensamiento. La idea de la intervención y la intromisión ilegítimas en los asuntos internos de Chile, unida a los reproches hacia las actividades de los consorcios transnacionales, también pudo ser instrumentalizada con fines de política interna por el gobierno de Augusto Pinochet. Y eso no sólo en el ámbito de la política económica.

### *Conspiraciones antichilenas: política y antiimperialismo*

En 1968, con el telón de fondo de una creciente radicalización y polarización expresada en un atentado explosivo al consulado de Estados Unidos, el publicista comunista, Eduardo Labarca, publicó un reportaje sobre las influencias estadounidenses en el país con el llamativo título "Chile invadido". Aparte de los aspectos económicos analizados más atrás, enumeraba una larga serie de escándalos que habían removido a Chile durante la década de 1960. Según él, el apoyo al PDC en las elecciones de 1964, las actividades del DESAL, del jesuita belga Roger Vekemans, la cooperación entre el gobierno de Eduardo Frei M. y Washington en las políticas de control de la natalidad, los supuestos esfuerzos de división de los movimientos obrero y estudiantil, mediante la creación de organizaciones paralelas, tanto de derecha como de izquierda extremas, las actividades del Peace Corps, el intento de espionaje del así llamado "proyecto Camelot", camuflado de cooperación científica, el adoctrinamiento de militares y los manejos de la CIA, no eran más que enclaves que Estados Unidos había construido para controlar en cualquier momento los destinos del país. Profetizaba, además, en caso de que un gobierno de izquierda llegase al poder en Chile, aquella nación no dudaría en intervenir[1132]. Si bien Eduardo Labarca tuvo contradictores respecto de varios puntos, la tesis de una penetración en todos los ámbitos era compartida por otros periodistas de investigación y por críticos moderados[1133]. Parecía que Estados Unidos había

[1132] Eduardo Labarca Goddard, *Chile invadido: reportaje a la intromisión extranjera*, p. 271. Sobre el "proyecto-Camelot" véase, Irving Louis Horowitz, "The Rise and Fall of Project Camelot", pp. 3-44.

[1133] Uribe, *op. cit.*, pp. 25-30; Raymond Aron, *La república imperial: los Estados Unidos en el mundo, 1945-1972.*

abandonado su antiguo papel de árbitro todopoderoso, pero siempre lejano, de la política exterior chilena en favor de una activa ingerencia en la política interior de Chile.

Entre los partidos que formaban la UP existía un amplio consenso respecto de su oposición a Estados Unidos. De hecho, el Programa Básico de Gobierno demandaba una nueva orientación de la política exterior hacia ese país, y de una revisión de todos los tratados vigentes entre ambos Estados[1134]. Esta postura se reflejó rápidamente en un fuerte deterioro de las relaciones bilaterales. La supresión del trabajo conjunto de los colaboradores estadounidenses para el desarrollo, y con los instructores militares, corrió en forma paralela a la ostentosa cooperación con figuras antiestadounidenses como Fidel Castro[1135]. A fines de 1971 había aumentado fuertemente la presión de los opositores, y la UP usó cada ocasión que se le presentaba para responsabilizar de ello a la intervención y a la CIA. Cuando Richard Nixon declaró que no contaba con que el gobierno de Salvador Allende fuese largo, se oyó un grito de indignación tanto del ministro de relaciones exteriores como de Pablo Neruda, en ese momento embajador en París[1136]. Salvador Allende anunció el 1 de marzo de 1971 que mantendría una colaboración tan buena con Estados Unidos como la que, según un comunicado de prensa de Richard Nixon, planeaba tener el gobierno estadounidense con Chile; pero el tiempo mostraría que más que una declaración amistosa ésta había sido una amenaza[1137]. Entre 1970 y 1971 hubo permanentes especulaciones sobre la colaboración que habría existido entre la CIA y la oposición durante la campaña electoral. La siguiente ilustración muestra que los medios de comunicación de izquierda no tenían duda al respecto[1138]. En marzo de 1972, las revelaciones de Jack Anderson publicadas en el *Washington Post* confirmaron las sospechas.

En el marco de una situación política interna cada vez más amenazante, las noticias sobre el complot de la CIA y de la ITT para evitar la elección de Salvador Allende en 1970 eran un arma muy útil en la lucha con la oposición y para dar explicaciones sobre la miseria económica[1139]. Como parte de una

[1134] Fermandois, *Chile y el mundo*..., *op. cit.*, p. 259.

[1135] "El fracaso de las misiones militares", en *El Siglo*, Santiago, 24 de octubre de 1971, p. 2; "Las FF.AA.", en *Chile Hoy*, Nº 65, Santiago, 1973, p. 20. Véase, además, Kissinger, *op. cit.*, p. 680.

[1136] MRE, "Declaración sobre palabras de Richard Nixon" y "La agresión exterior", en *El Siglo*, Santiago, 4 de diciembre de 1971, ambas reproducidas en Farías, *op. cit.*, tomo 3, pp. 1386 y 1391-1392; Manuel Cabieses, "Ráfagas políticas", p. 3; "A la ofensiva", en *El Siglo*, Santiago, 8 de diciembre de 1971, p. 2; "Inaceptables opiniones del embajador", en *La Prensa*, Santiago, 31 de diciembre de 1971, p. 3; "Ataque a Frei de Embajador Neruda", en *El Mercurio*, edición internacional, 27 de diciembre de 1971 - 2 de enero de 1972, p. 4.

[1137] "Allende responde a Nixon", en *Última Hora*, Santiago, 1 de marzo de 1971, p. 3.

[1138] Véase la historia de portada la revista *Punto Final,* "EE.UU. amenaza", Nº 124, Santiago, 16 de febrero de 1971, pp. 2-3, que mostraba a Richard Nixon con casco militar bajo el título "¡Alerta chilenos!".

[1139] Sobel, *op. cit.*, pp. 323-324; "En Washington está la cosa", en *Última Hora*, Santiago, 21 de marzo de 1972), p. 5; "Plan Chile", en *El Siglo*, Santiago, 22 de marzo de 1972, p. 1.

campaña mediática concertada, Canal 7 y *Clarín* divulgaron prontamente una entrevista exclusiva con Jack Anderson[1140]. Por otra parte, el gobierno hizo traducir de inmediato los documentos y declaró en la introducción de la edición oficial que éstos revelaban:

La pesadilla del "Tío Rico". Un frustrado "Tío Rico", encarnación del nuevo Tío Sam, llora por el fracaso de los sobornos en los que había invertido desde la oposición. Su última esperanza, es decir, un triunfo electoral, no se había cumplido. El resto de la historia se representa como una utopía de los simpatizantes más radicales de la UP. FUENTE: "Tío Rico palgato", en *Punto Final*, Nº 128, Santiago, abril de 1971, p. 5.

[1140] "La ITT...", en *El Siglo*, Santiago, 2 de abril de 1972, reproducido en González y Fontaine, *op. cit.*, tomo 1, p. 332.

> "un testimonio sobre la penetración económica y política de los países dependientes de parte de las empresas imperialistas más grandes y los gobiernos con los que se relacionaban".

Enseguida continuaba:

> "para el Gobierno de Chile constituye un deber patriótico poner en conocimiento del país la información contenida en estos documentos. Todos los ciudadanos deben analizar y meditar la extraordinaria gravedad que los hechos en ellos descritos entrañan para la independencia, soberanía y autodeterminación de nuestro país"[1141].

El antinorteamericanismo desencadenado por esa publicación fue utilizado por los adherentes de la UP en contra de sus opositores políticos, estigmatizados como marionetas de la CIA[1142]. El ex presidente Eduardo Frei Montalva se convirtió en principal blanco de las críticas que apuntaban especialmente a que había vendido el país a los yanquis. La ilustración de la página siguiente lo muestra manchado con billetes de dólar dentro del "templo de la democracia cristiana", adornado con el símbolo del codicioso buitre estadounidense y las banderas de los consorcios de esa misma nacionalidad[1143].

Ante acusaciones de ese tipo, los intentos de la oposición por defenderse eran infructuosos. Un ejemplo fue el discurso televisado de Eduardo Frei M. del 10 de abril, en el cual juzgaba con mucha claridad la intervención del País del Norte y negaba las acusaciones en contra de su partido y de él mismo. *El Mercurio*, uno de los principales acusados junto a Eduardo Frei Montalva, optó por publicar los expedientes sin comentarios, pues en ellos no aparecía una imputación directa en su contra. Eran intentos por trasladar los cargos únicamente hacia los estadounidenses[1144].

La indignación antiestadounidense se había convertido en una especie de deber nacional. De hecho, el gobierno presentó en mayo de 1972 la naciona-

[1141] *Los documentos secretos de la ITT: Chile*, p. 15. Véase, además, "El enemigo en la casa", en *Última Hora*, Santiago, 3 de abril de 1972, p. 5.

[1142] "La CIA y sus marionetas", en *Chile Hoy*, Nº 7, Santiago, 1972, p. 3. Véase, además, Dooner, *op. cit*., pp. 162-163.

[1143] "Frei es peón de Washington", en *Clarín*, Santiago, 3 de abril de 1973, p. 9; Dooner, *op. cit*., p. 137; Riquelme, *Visión..., op. cit*., pp. 67-69.

[1144] "Avento la intriga..." en *El Mercurio*, Santiago, 11 de abril de 1972), reproducido en González y Fontaine, *op. cit*., tomo 1, pp. 347-355. Véase, además, "Ingerencias extranjeras", en *El Mercurio*, Santiago, 1 de abril de 1972, p. 3; "Los papeles confidenciales de la ITT", en *El Mercurio*, Santiago, 3 y 4 de abril de 1972, reproducido en González y Fontaine, *op. cit.,* tomo 2, pp. 1071-1101; "¡Investigación completa!", en *La Prensa*, Santiago, 4 de abril de 1972, p. 1. En un primer momento, *La Segunda* intentó ridiculizar las acusaciones: "Hansel y Grethel serían agentes de la CIA", en *La Segunda*, Santiago, 30 de marzo de 1972, p. 10. El semanario *PEC,* en cambio, tomó la ofensiva y aplaudió las actividades en contra de Salvador Allende: "Documentos ITT", en *PEC*, Nº 448, Santiago, 7 de abril de 1972, p. 3.

lización de la telefónica, perteneciente al consorcio ITT, como una respuesta a las maquinaciones de la propia empresa. Incluso el PDC votó a favor de la ley. Durante los meses siguientes no cesó el interés por el tema, pues llegaban permanentemente nuevas informaciones desde Estados Unidos, y los medios de comunicación cercanos a la UP continuaron con la campaña de prensa[1145].

El ex presidente Eduardo Frei M. y la CIA. Tras la revelación de la colaboración de la CIA con el ex presidente Frei durante la campaña electoral, éste se convirtió en uno de los blancos favoritos de los caricaturistas de izquierda. FUENTE: Jecho, "El 'templo' de la 'democracia'".

[1145] "Expropriation of ITT's Possessions", en *La Prensa*, Santiago, 2 de mayo de 1972, p. 3; Fortín, "Principled...", *op. cit.*, p. 228; *La Firme* publicó un clásico cómic de agentes basado sobre la verdadera historia de la ITT-CIA: "En el filo de la Navaja", en *La Firme*, Nº 42, Santiago, junio de 1972.

El 4 de diciembre de 1972, el presidente Salvador Allende tuvo la oportunidad de inculpar con fuertes palabras a ITT en su discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, celebrado con entusiasmo por la izquierda chilena:

> "Yo acuso ante la conciencia del mundo a la ITT, de pretender provocar en mi Patria una guerra civil. Esto es lo que calificamos de acción imperialista"[1146].

El éxito mediático de su discurso, no obstante, no pudo desviar la atención sobre el hecho que se agudizaba la crisis política interna del país. Ésta llegó a su punto culminante en octubre de 1972 con el paro de los camioneros, que paralizó la economía. La izquierda nuevamente culpó de ello a un complot dirigido desde Estados Unidos. Aunque la incorporación de los militares al gobierno dio un breve respiro a la situación política interna, la presión internacional creció cuando este país exigió respetar el pago de las indemnizaciones compensatorias por la expropiación de empresas, demanda que mantuvo durante las negociaciones multilaterales sobre la deuda externa chilena. En vista de estas circunstancias, la lucha contra el "león imperialista" era cada vez más compleja. Cuando en marzo de 1973 se dieron a conocer los resultados de la comisión investigadora del Senado, que confirmaban las sospechas más aventuradas, las voces más radicales exigieron dar inicio al "camino cubano" hacia el socialismo antes de que fuese demasiado tarde. A partir de julio de ese año surgieron rumores que decían que la derecha chilena estaba preparando un golpe militar junto con aliados estadounidenses. Tras el golpe de Estado de septiembre de 1973, chilenos en el exilio repitieron que oficinas de Washington participado directamente en él[1147].

Para el régimen militar era importante distanciarse del juicio de ser un amanuense de Estados Unidos, pues los militares habían tomado el poder justamente con la pretensión de una renovación nacionalista de Chile. Mientras que las imputaciones que hizo la UP a la oposición de derecha no habían encontrado gran eco en la población, la crítica antiestadounidense por la intromisión en los asuntos de política interna chilena sí, y no sólo entre partidarios de la izquierda. La junta de gobierno conocía esas disposiciones de ánimo (por

[1146] Salvador Allende, "Discurso en la Asamblea General de las Naciones Unidas (4 de diciembre de 1972", tomo 2, p. 1205; "Discurso de Allende", en *El Siglo*, Santiago, 5 de diciembre de 1972, reproducido en González y Fontaine, *op. cit.*, tomo 1, pp. 551-553; "Allende ante las Naciones Unidas", en *El Siglo*, Santiago, 4 de diciembre de 1972, p. 2. Sobre la relevancia (*Bedeutung*) del discurso, véase, además, Sigmund, *The Overthrow..., op. cit.*, p. 192; Fermandois, *Chile y el mundo..., op. cit.*, pp. 263-266.

[1147] Theotino dos Santos, "El león imperialista", p. 4; Fortín, "Principled...", *op. cit.*, p. 228. Sobre la evaluación del paro, véase "Ante el desafío del fascismo", en *Última Hora*, Santiago, 13 de octubre de 1972), p. 3. Sobre las suposiciones respecto de planes de un golpe de Estado: "Esto piden Frei y CIA", en *Puro Chile*, Santiago, 8 de julio de 1973, p. 745.

lo demás, muchos militares compartían la postura crítica. Como una forma de aprovechar en su beneficio el discurso antiimperialista, utilizó una estrategia doble. Por una parte, facilitó que los militares, leales a su postura anticomunista, canalizaran su crítica antiimperialista hacia la Unión Soviética y al comunismo internacional. Así, pues, adoptando los métodos utilizados previamente por *El Mercurio* durante el gobierno de la UP, como una verdadera letanía prevenía permanentemente de la amenaza comunista[1148]. Por otra parte, los medios afines al régimen solían condenar a Estados Unidos por su presunta debilidad, la cual veían tanto en la retirada de Vietnam como en el escándalo Watergate. Resonaba ahí el nuevo estereotipo del gigante débil sobre pies de barro[1149]. Y éste se mantuvo por varios años, tal como muestran las drásticas expresiones utilizadas por Augusto Pinochet en marzo de 1985, en una conversación con integrantes del Congreso estadounidense:

> "Estados Unidos ganó la II Guerra Mundial, pero perdió la mitad de Europa. ...Perdieron la mitad de Corea. Perdieron en Vietnam, perdieron en Cuba. Perdieron en Nicaragua y perderán en El Salvador, si no tienen más cuidado. ¿Qué tipo de aliados son ustedes?"[1150].

Esta declaración reflejaba la molestia que causaba la supuesta intromisión en la política interna chilena, intrusión que había adquirido un signo radicalmente diferente a la vivida durante la UP y que se convirtió en el nuevo núcleo de la crítica en contra del imperialismo.

El régimen militar también interpretó las críticas desde Estados Unidos a las violaciones a los derechos humanos y diversas medidas diplomáticas de Washington como una ilegítima intervención en el más puro estilo imperialista. Achacaban éstas a los liberales –sobre todo a Edward Kennedy–, a quienes tildaban de "tontos útiles" del comunismo internacional[1151]. La utilización del conocido lenguaje antiimperialista fue una de las formas utilizadas para atacarlos y también para despertar emociones en el público. En especial durante el gobierno de Jimmy Carter se habló de una "política intervensionista del 'big stick'", que despreciaba tanto la soberanía como la "dignidad nacional" de Chile y que favorecía al comunismo internacional[1152]. Según adherentes al régimen

[1148] Dooner, *op. cit*., pp. 83-84; Fernando Ossandón, "El Mercurio y la represión, 1973-1978", pp. 123-124.

[1149] "Mundo feliz", en *El Mercurio*, Santiago, 5 de agosto de 1974, p. 21.

[1150] Augusto Pinochet Ugarte, *Camino recorrido: memorias de un soldado*, tomo 3, parte 1, p. 235.

[1151] "Otro 'tonto útil' ataca a Chile", en *Tribuna*, Santiago, 5 de octubre de 1973, p. 5.

[1152] "¿Por qué ahora la presión?", en *El Mercurio,* edición internacional, 18-24 de enero de 1976, p. 3. Véase, además, "Kissinger y la defensa de la dignidad nacional", en *El Mercurio*, Santiago, 1 de abril de 1975, p. 3; "Policía del mundo", en *El Mercurio*, Santiago, 23 de septiembre de 1977, p. 3; "Legislando para el mundo", en *El Mercurio*, Santiago, 4 de agosto de 1978, p. A3. El debate se agudizó a raíz de las medidas que Estados Unidos tomó como consecuencia del caso Letelier:

militar, la vocación por proteger los derechos humanos era una hipocresía. Criticaban que las medidas sólo estaban dirigidas en contra de Chile, mientras que los sucesos en Cuba, prácticamente no eran tenidos en cuenta. Hacia fines de la era Carter, esta forma de argumentar tuvo numerosos seguidores dentro de Estados Unidos[1153]. Al presentarse a sí mismo, el régimen mostraba a Chile como un país que, siendo un firme integrante del Occidente anticomunista, que aceptaba el papel de liderazgo de Estados Unidos en esta materia, miraba de manera diferente que éste el asunto de los derechos humanos, pues entre "sajones y latinos" había diferencias culturales insalvables[1154].

Los estadounidenses, sin embargo, no parecían dispuestos a un entendimiento. Así, no faltaron llamados a la unidad nacional en contra del imperialismo y del paternalismo yanquis. Hubo reiteradas manifestaciones de solidaridad con la política exterior de Augusto Pinochet, comandadas desde el gobierno y centradas justamente en la lucha contra intervenciones imperialistas[1155]. Asociado a esto hubo quienes exigían una postura más independiente de Chile en el contexto internacional, como Pablo Rodríguez, dirigente máximo de Patria y Libertad, movimiento de extrema derecha:

> "...tras las ampulosas declaraciones de profesión de fe humanista se esconde una actitud imperialista que nadie está dispuesto a aceptar, porque cercena nuestra independencia y derecho a autodeterminarnos. Es hora de que los chilenos tomemos conciencia de esto y rechacemos con energía ejemplar cualquier nueva tentativa de manejar desde fuera el proceso político interno"[1156].

Uno de los elementos que configuraban esta nueva crítica al imperialismo era la redefinición del concepto "colaboradores nacionales". Entre éstos se

---

"Pablo Rodríguez", en *Cosas*, Nº 39, Santiago, 30 de marzo de 1978, pp. 12-13; "Otra época", en *El Mercurio*, Santiago, 17 de octubre de 1979, p. A3; "Atentado a la soberanía chilena", *El Cronista*, Santiago, 1 de diciembre de 1979, p. 7.

[1153] "Colaboración internacional...", en *El Mercurio*, edición internacional, 26 de junio - 2 de julio de 1977, p. 3; "Política de derechos humanos", en *El Mercurio*, edición internacional, 10-18 de diciembre de 1978, p. 3; "Carter y la fórmula Coca-Cola", en *Qué Pasa*, Nº 331, Santiago, 25 de agosto de 1977, pp. 6-10; Jeffrey B. Garner, "La administración Carter y América Latina", pp. 9-15. Sobre la comparación con Cuba: "La no intervención", en *La Tercera*, Santiago, 8 de febrero de 1978, p. 3; "Otra vez el doble standard", en *Qué Pasa*, Nº 451, Santiago, 6 de diciembre de 1979, p. 7. Se recurrió al ex embajador James D. Theberge como principal testigo para este razonamiento: *Reflexiones de un diplomático: Estados Unidos y América Latina*.

[1154] "Relaciones con los EE.UU.", en *La Tercera*, Santiago, 3 de noviembre de 1983, p. 3; "Política norteamericana en América latina", en *La Segunda*, Santiago, 18 de febrero de 1985, p. 6; "Los visitadores", en *La Nación*, Santiago, 21 de julio de 1986, p. 7.

[1155] "Sí", en *El Sur*, Concepción, 3 de enero de 1978, p. 9.

[1156] Rodríguez, "¡Bien, embajador Korry!", p. 3. Véase, además, "Chile no necesita ayuda", en *El Sur*, Concepción, 23 de septiembre de 1976, p. 1; "Cosas de gringos", en *La Tercera*, Santiago, 10 de diciembre de 1979, p. 3.

contaba, sin excepción, a todos los críticos chilenos al régimen militar, tanto dentro como fuera del país. El grito de guerra "¡La oposición juega la carta del intervencionismo!" y la imputación de su servilismo frente a Estados Unidos fueron justificaciones para represalias contra opositores: "A esos chilenos malamente americanizados, la izquierda los llamaba 'pongos'; ahora, parece, los 'pongos' están en la izquierda"[1157]. Pero no sólo la izquierda tradicional, sino también el PDC fue considerado parte de los nuevos "antipatriotas". El ex presidente Eduardo Frei Montalva recibió, nuevamente, críticas violentas[1158]. Éstas adquirieron una relevancia política enorme afines de la década de 1980 en el marco del proceso de redemocratización. Un importante punto de cristalización lo constituyó la visita de Edward Kennedy, considerado por los simpatizantes del régimen como una figura simbólica del imperialismo antichileno y por la oposición, en cambio, como portador de la esperanza de democratización y protector de los derechos humanos. Nuevos partidos de derecha –la UDI y Avanzada Nacional–, y la gubernamental Secretaría de la Juventud, aprovecharon su visita en enero de 1986 para manifestarse en contra del intervencionismo y para difamar no sólo a Edward Kennedy sino, también, a sus presuntos colaboradores chilenos, tal como lo grafica la ilustración siguiente[1159].

Dentro de esta atmósfera revuelta los análisis objetivos, como el foro organizado por la revista *Alternativa* entre representantes de la derecha y de la oposición, eran la excepción. Bajo el título "Intervención de Estados Unidos en la política chilena", el temario permitía camuflar hábilmente el verdadero interés tras el debate, esto es, discutir en torno al futuro político de Chile. En la tertulia, políticos de oposición como René Abeliuk y Luis Maira defendieron la postura de Estados Unidos en nombre de la universalidad de los derechos humanos; en cambio, Andrés Allamand tuvo una posición nacionalista y rechazó esta política basándose en el Derecho Internacional y la soberanía nacional de Chile[1160]. Sin embargo, en 1987, cuando Washington dispuso sanciones económicas al régimen de Augusto Pinochet y comenzó a apoyar

[1157] "Hay un Carter en nuestro futuro", en *Qué Pasa*, Nº 290, Santiago, noviembre de 1976, p. 5. Véase, además, "El plan va a la guerra", en *Ercilla*, Nº 2296, Santiago, agosto de 1979, pp. 8-9.

[1158] "¿Por qué ahora la presión?", en *El Mercurio*, edición internacional, 18-24 de enero de 1976, p. 3; Jaime Guzmán, "¿Chilenos?", en *Ercilla*, Nº 2262, Santiago, 6 de diciembre 1978, p. 10; "Nuestro compromiso", en *El Cronista*, Santiago, 28 de julio de 1979, p. 5.

[1159] "Visita ingrata", en *La Nación*, Santiago, 14 de enero 1986, p. 3; "Manifestaciones al arribo del senador Kennedy", en *El Mercurio*, edición internacional, 11-17 de enero de 1986, p. 1; "Gobierno es ajeno...", en *La Tercera*, Santiago, 17 de enero de 1986, p. 5; "El día más largo", en *Cosas*, Nº 243, Santiago, 23 de enero de 1986, pp. 4-5; "Después de Kennedy", en *Qué Pasa*, Nº 772, Santiago, 23 de enero de 1986, p. 7. Sobre la apreciación hecha por la oposición: "La irrupción de Kennedy", en *Hoy*, Nº 444, Santiago, 20 de enero 1986, pp. 6-9; "Manifestaciones hostiles", en *Cauce*, Nº 58, Santiago, febrero de 1986, pp. 8-9.

[1160] "Intervención de EE.UU. en la política chilena", en *Alternativa*, Nº 1, Santiago, abril de 1986, pp. 23-38.

económicamente a la oposición, ya no había espacio para debates objetivos. Las discusiones se agudizaron. El *yankee go home* se convirtió en consigna de los partidarios del gobierno. Se hicieron paralelos explícitos entre la situación de 1970 y la de entonces, y se comparó la política estadounidense respecto de la oposición con el complot de la CIA y la ITT. El régimen presentó la campaña electoral previa al plebiscito como una elección entre independencia nacional –cuyo garante era Augusto Pinochet– y tutela estadounidense, favorecida por un eventual triunfo de la oposición[1161].

Aun así, durante la dictadura militar la oposición no tuvo siempre una posición positiva hacia la política estadounidense. Cada vez que se conocían nuevas revelaciones de la participación de Estados Unidos en el proceso

La inserción pagada del Frente Femenino de Avanzada Nacional en el diario popular *La Cuarta* era un ataque a los así llamados colaboradores chilenos del intervencionismo estadounidense. FUENTE: "¿Quienes se tomaron de la mano con este enemigo de Chile?", en *La Cuarta*, Santiago, 15 de enero de 1986, p. 7.

[1161] "Sanciones económicas", en *La Segunda*, Santiago, 11 de marzo de 1987, p. 4; Hernán Leigh, "Yanki go home", p. 6; Hernán Felipe Errázuriz, "Desinformación", p. 2; "¿Quién gobierna en EE.UU.?", en *La Nación*, Santiago, 20 de noviembre de 1987, p. 4; "Declaración norteamericana sobre Chile", en *La Segunda*, Santiago, 18 de diciembre de 1987, p. 8; "Dólares para una oposición", en *La Nación*, Santiago, 30 de diciembre de 1987, p. 2; "Relaciones Chile-EE.UU.", en *Estrategia*, Nº 469, Santiago, 1988, p. 3; "Siete Días...", en *La Nación*, Santiago, 3 de enero de 1988, p. 3.

de desestabilización y derrocamiento de Salvador Allende, los adversarios del régimen se quejaban[1162]. La clásica crítica de la izquierda en contra del imperialismo también fue revivida para combatir al régimen militar con sus propias armas. El enfrentamiento giró en torno al destino de Isla de Pascua y su utilización por parte de las fuerzas armadas estadounidenses. Entre 1966 y 1970 la prensa de izquierda ya había utilizado este argumento para criticar al gobierno demócratacristiano. Sin embargo, cuando en 1985, y a raíz del proyecto de ampliación del aeropuerto Mataveri, se filtró la noticia sobre un plan de venta de la isla a Washington en el marco de su programa espacial, la oposición movilizó a la opinión pública utilizando el estereotipo del yanqui imperialista y de sus colaboradores chilenos. De esta forma, organizaciones juveniles afines al Partido Socialista y a la Democracia Cristiana fundaron el Comité Juvenil de la Soberanía Nacional, que exigió un referendo sobre la cuestión y causó gran revuelo con el lema *hands off of Easter Island*. El régimen se sintió arrinconado, y desmintió los planes de venta[1163]. Recién cuando, durante la segunda mitad de la década de 1980, quedó claro que el gobierno de Ronald Reagan había tomado partido por la oposición chilena, los adversarios del régimen de Augusto Pinochet asumieron en conjunto una postura proestadounidense. Después de 1986, la prensa opositora se atrevió a defender las sanciones en contra de Chile como medidas necesarias para la lucha a favor de los derechos humanos. Desenmascaró el uso interesado de la crítica al imperialismo en contra de los estadounidenses y acusó de esta actitud a su adversario político interno, es decir, al régimen de Augusto Pinochet[1164].

[1162] José Miguel Insulza, "Los derechos humanos en la política exterior norteamericana", pp. 102-104; "Desestabilización de Allende",en *Apsi*, Nº 100, Santiago, junio de 1981, p. 9; "La huella de Kissinger en Chile", en *Apsi*, Nº 126, Santiago, septiembre de 1983, pp. 15-19; "Los documentos de la ITT", en *Análisis*, número especial, Santiago, 29 de enero de 1987, pp. 34-35; "La verdad...", en *Cauce*, Nº 149, Santiago, marzo de 1988, pp. 4-5; "La ayuda extranjera", en *Apsi*, Nº 233, Santiago, enero de 1988, p. 15. La publicación del ex embajador Nathaniel Davis, *The Two Last Years of Allende*, causó gran expectación: Jorge Edwards, "Así fue la intervención", p. 21.

[1163] "La penetración yanqui en la Isla de Pascua", en *Punto Final*, Nº 68, Santiago, noviembre de 1968, pp. 16-18; "Yanquis trataron de convertir Isla de Pascua en un prostíbulo", en *Punto Final*, Nº 119, Santiago, diciembre de 1970, pp. 23-25; "Manos fuera de Pascua", en *Cauce*, Nº 34, Santiago, 1985, p. 15; Radomiro Tomic, "Pascua y el patriotismo", p. A2; "Un proyecto y un debate nacional", en *Cosas*, Nº 227, Santiago, 13 de junio de 1985, pp. 3-4. Sobre el desmentido: "NASA y la Isla de Pascua", en *La Segunda*, Santiago, 16 de junio de 1985, p. 2; "Hubo malentendido", en *El Mercurio*, Santiago, 20 de junio de 1985, p. C1; "Tozudos tremendistas", en *La Nación*, Santiago, 25 de junio de 1985, p. 3. El debate rebrotó en 1987: "Mataveri marca hito importante", en *La Nación*, Santiago, 18 de agosto de 1987, p. 8; "Base en Isla de Pascua", en *Análisis*, Nº 191, Santiago, 7 de septiembre de 1987, p. 63. Sobre el viejo discurso imperialista en la poesía, véase Claudio Giaconi, "Tres poemas neoyorkinos", pp. 10-11.

[1164] "Protesta de satisfechos", en *Hoy*, Nº 444, Santiago, enero de 1986, p. 23; "EE.UU. exhorta a la apertura democrática", en *La Época*, Santiago, 2 de octubre de 1987, p. 6; "Golpe a golpe tras la zanahoria", en *Apsi*, Nº 233, Santiago, enero de 1988, pp. 28-29; "El informe norteamericano", en *La Época*, Santiago, 15 de febrero 1988, p. 6.

Tal como había sucedido en el debate sobre la penetración económica, la crítica a Estados Unidos por el imperialismo político se reveló como un argumento extremadamente maleable, aunque también muy eficiente, en la lucha política interna, pues permitía movilizar con facilidad emociones colectivas cimentadas a lo largo de décadas. Ya fuera que el régimen militar intentase justificar su "camino propio" en el campo de los derechos humanos, o que la oposición apelase al orgullo nacional, cuando se temió la venta de la Isla de Pascua, como siempre, estaba disponible la imagen, más o menos real, del todopoderoso yanqui.

### *La solidaridad entre los "subamericanos": crítica al intervencionismo*

Tal como en la fase temprana de la norteamericanización, el discurso chileno sobre el imperialismo conservó, durante la segunda mitad del siglo XX, una dimensión latinoamericana. Ya se explicó que el debate sobre el desarrollo establecía un estrecho nexo causal entre imperialismo y subdesarrollo. Desde la década de 1950, este último se entendió cada vez menos como la "cuestión social" de países en concreto, sino como un problema fundamental del tercer mundo, del cual gran parte de los chilenos sentía que formaba parte.

Cuando Pablo Neruda escribió los poemas del *Canto General* su intención fue escribir sobre un ciclo de la historia de Chile, pero durante el proceso la obra se amplió temáticamente y se instaló como voz de toda América Latina. La UP, por su parte, asumió esto mismo como una tarea. Aprovechó para ello del creciente antinorteamericanismo manifestado, entre otras cosas, en el movimiento de protesta internacional contra la guerra de Vietnam. En Chile participaron de éste los partidos de izquierda, incluyendo el ala más de izquierda de la Democracia Cristiana. En sarcásticas caricaturas aparecía la tradicional imagen del yanqui ávido de sangre pisándole los talones a Theodore Roosevelt. En todo caso, las protestas que hicieron en Chile ciudadanos estadounidenses en contra de la política de su país hacia Vietnam, ayudó a que los medios de comunicación de izquierda pudiesen mostrar las diferencias entre el gobierno y el pueblo de Estados Unidos[1165].

Chile se alzó durante la UP como uno de los centros desde donde se enunció la crítica internacional al imperialismo, dirigida contra el supuesto afán estadounidense de dominio mundial. Por ejemplo, entre septiembre y

[1165] "Moratoria", en *Ercilla*, Nº 1796, Santiago, noviembre de 1969, pp. 14-16; "Todo el mundo condena la agresión yanqui a vietnam", en *El Siglo*, Santiago, 25 de noviembre de 1970, p. 3; "Indochina y Norteamérica", en *Última Hora*, Santiago, 19 de marzo de 1971, p. 5; "El héroe", en *Punto Final*, Nº 129, Santiago, abril de 1971, p. 15; "Guerra 'made in USA'", en *Ercilla*, Nº 1875, Santiago, junio de 1971, p. 29; "Los criminales bombardeos yanquis", en *El Siglo*, Santiago, 19 de abril de 1972, p. 1. Sobre el movimiento chileno en contra de la guerra de Vietnam, véase Michaels, *op. cit*., p. 90.

octubre de 1971 se llevó a cabo en Santiago el Primer Congreso de Juventudes Americanas en solidaridad con Vietnam, con la participación de representantes de todos los países de América. En el centro del debate estuvieron las "injustas ...guerras" que Estados Unidos iniciaba en todo el mundo, derivadas del pensamiento racista de los políticos de ese país:

> "Los intereses hegemónicos de USA se basan en la conciencia de que tienen un derecho natural para someter a su autoridad el mundo de las que ellos suponen 'razas inferiores'"[1166].

La Tercera Conferencia Mundial de Desarrollo y Comercio de las Naciones Unidas, UNCTAD III, que sesionó en Santiago, entre abril y mayo de 1971, dio al gobierno de la UP una oportunidad para probar su papel de liderazgo dentro del movimiento del tercer mundo. Ésta fue aun mejor que la que del "Grupo de los 77", dentro del cual Chile tenía una participación destacada. Sin nombrar explícitamente a Estados Unidos, el presidente Salvador Allende atacó en el discurso inaugural las injustas estructuras del sistema económico mundial, que condenaban a la mayoría de la humanidad a la pobreza, mientras una minoría gozaba de las riquezas. Al mismo tiempo llamó a la solidaridad entre los países en vías de desarrollo y calificó la "vía chilena al socialismo" como ejemplar[1167].

La UP complementaba su activo papel en el ámbito global con la crítica específica a la política de Washington hacia América Latina. La fundación de la CEPAL en Santiago, el año 1948, ya había significado que Chile se convirtiese en el epicentro del pensamiento crítico latinoamericano en torno al desarrollo. En Chile, tras la revolución cubana, esta crítica adquirió un fuerte sello antiestadounidense. El fallido intento de invasión de Bahía Cochinos en 1961 provocó manifestaciones solidarias de varios sectores políticos, así como asaltos contra instalaciones estadounidenses en el país. Durante la campaña electoral de 1964, el PDC también se sirvió del clima procubano. Por su parte, el presidente Eduardo Frei M. vio en la solidaridad latinoamericana un importante contrapeso a la dominación estadounidense en las Américas. En definitiva, su gobierno no pudo sustraerse al nacionalismo antiimperialista, anticolonialista y anticapitalista –del cual Cuba era el ejemplo y el Che Guevara el ícono–, a pesar de la estrecha relación que tenía con Estados Unidos en el marco de la Alianza para el Progreso[1168].

[1166] "Angela pelea", en *El Siglo*, Santiago, 20 de marzo de 1971, p. 2. Véase, además, "La juventud acusa al imperialismo", en *El Siglo*, Santiago, 2 de septiembre y 3 de octubre de 1971, pp. 4 y 14; "El imperio norteamericano", en *La Nación*, Santiago, 23 de diciembre de 1970, p. 4; "Decadente trayectoria norteamericana", en *El Siglo*, Santiago, 2 de noviembre de 1971, p. 2.

[1167] Salvador Allende, "Discurso de inauguración UNCTAD III , 13 de abril de 1972", tomo 3, pp. 2135-2152; "Solemne inauguración", en *El Mercurio*, edición internacional, 14 de abril de 1972, p. 1; Fortín, "Principled...", *op. cit*., p. 226.

[1168] Kay, *op. cit*., pp. 10-13; Fermandois, "Chile y la 'Cuestión...'", *op. cit.,* pp. 166-168; Wolpin, *op. cit*., p. 219; además de Muñoz & Portales, *op. cit*., pp. 32-37. Luego de la invasión a República

Esta postura alcanzó su punto culminante en 1969 con la frustración por el fracaso de la Alianza para el Progreso. En ese momento el recién electo presidente Richard Nixon dio por oficialmente terminada la política de alianzas y anunció una nueva relación con América Latina, bajo el lema de la nueva cooperación. La misión asignada a su embajador extraordinario Nelson Rockefeller evidenció los límites que tenía esa nueva forma de relacionarse. Países latinoamericanos como Chile rechazaban con fuerza la posibilidad de que continuase el paternalismo. De hecho, el Consenso de Viña del Mar reflejaba esta atmósfera, pues reprochaba en bloque la explotación de América Latina y le exigía cambios radicales, especialmente en la política económica. La creación del Pacto Andino con la finalidad de obtener la integración regional para liberarse de la dependencia hacia el país del norte, fue una expresión concreta de aquella nueva política[1169].

La UP pudo empalmar sin dificultades su crítica al panamericanismo con la política de sus antecesores demócratacristianos. En su Programa Básico de Gobierno de 1969 ya aparecía un pasaje que atacaba a la OEA como órgano del imperialismo[1170]. Luego del triunfo electoral, la coalición pensó que el lugar de Chile estaba junto a Cuba como segunda piedra angular en el camino para alcanzar un nuevo sistema regional de los "subamericanos", definido por su oposición a Estados Unidos. De esta manera, el antinorteamericanismo y las alabanzas a Cuba se convirtieron en elementos centrales de la política exterior de la UP hacia sus vecinos latinoamericanos. En dos ocasiones los representantes de Chile ante la Asamblea General de la OEA propusieron la creación de un pacto latinoamericano independiente. Sin embargo, no lograron imponer esta idea[1171]. La prensa de izquierda, y también la demócratacristiana, acentuaba permanentemente el carácter imperialista del sistema interamericano y celebraba cualquier expresión de resistencia. La Declaración de Quito de la

---

Dominicana en 1965, en Chile volvieron a repetirse los disturbios: Sigmund, *The United..., op. cit.*, p. 28; Sater, *op. cit.*, pp. 147-154.

[1169] "Nixon y América Latina", en *El Mercurio*, edición internacional, 14-20 de abril de 1969, p. 3; "Misión frustrada", en *El Mercurio*, edición internacional, 26 de mayo-1 de junio de 1969, p. 3; "Significado de la carta de Viña del Mar", en *El Mercurio*, edición internacional, 9-15 de junio de 1969, p. 3; "El informe Rockefeller", en *El Mercurio*, edición internacional, 8-14 de septiembre de 1969, p. 3; Gabriel Valdés, *Conciencia latinoamericana y realidad internacional*, pp. 225-233; Fermandois, *Chile y el mundo..., op. cit.*, p. 32. Ya en 1967 el entonces senador Salvador Allende calificó a la Alianza para el Progreso como "nacida muerta": Juan Ligero y Juvencio Negrete (eds.), *La consecuencia de un líder: Allende*, p. 158.

[1170] Fermandois, *Chile y el mundo..., op. cit.*, p. 259; "¿Porqué fracasó la Alianza?", en *La Nación*, Santiago, 26 de enero de 1971, p. 4; "Alianza para el progreso", en *El Mercurio*, Santiago, 1 de febrero de 1971, p. 19; "Fin de la Alianza para el progreso", en *El Mercurio*, Santiago, 20 de septiembre de 1971, p. 19.

[1171] Hernán Villegas, "Nosotros, los Sub Americanos", p. 3. Véase, además, Luis Corvalán, "Informe al pleno del comité central del Partido Comunista, 26 de noviembre de 1970", tomo 1, pp. 493-494. Sobre la postura respecto de Cuba: "Saludo a Fidel Castro", en *Clarín*, 10 de noviembre de 1971, reproducido en González y Fontaine, *op. cit.*, tomo 1, p. 218.

CEPAL de abril de 1973 fue considerada el punto culminante de esta política, pues defendía la idea de que sólo se alcanzarían cambios estructurales si se realizaban cambios reales en contra de los intereses estadounidenses[1172].

Pocos meses más tarde, el golpe de Estado pareció anunciar un giro radical en la postura chilena hacia la política latinoamericana de Estados Unidos, pues los anteriores aliados, como Cuba, condenaron profundamente a los militares. Efectivamente, en 1976 críticos literarios afines al régimen, aplaudieron el ensayo *Del buen salvaje al buen revolucionario,* de Carlos Rangel, como un importante aporte para terminar con el complejo de inferioridad latinoamericano hacia el gran vecino del Norte. En una reseña sobre el libro aparecida en *El Sur* decía:

> "La tesis de que América Latina debe su infortunio a Estados Unidos es hoy día tan popular y universalmente aceptada como la creencia en Dios y el diablo lo era hace 500 años. Y cualquier desviación de la ortodoxia es hoy, como lo era entonces respecto de Dios y el diablo, considerada como una odiosa herejía"[1173].

Según los críticos, esta ortodoxia debía ser destruida para no volver a sucumbir ante el "imperialismo de la tontería" que llevaba a los pueblos de América Latina a buscar chivos expiatorios por su subdesarrollo en vez de poner en práctica aquellas medidas dolorosas, aunque sanadoras –es decir, neoliberales– necesarias para salir del círculo vicioso de la pobreza[1174].

A pesar de estos juicios, no se produjo un alejamiento total respecto de la crítica al imperialismo. Por una parte, la presencia estadounidense en la región seguía siendo una hipoteca innegable; por otra, la crítica al intervencionismo podía servir como respuesta a los ataques estadounidenses a raíz del problema de los derechos humanos. Por ello, el afán hegemónico característico de la política exterior estadounidense siguió siendo criticado con tanta vehemencia como las injusticias estructurales del sistema económico mundial que se hicieron palpables de forma llamativa durante la crisis por endeudamiento de los años 1982/83[1175].

[1172] Carlos Naudón, "Chile, EE.UU. y el sistema interamericano", en *Mensaje*, Nº 20, Santiago, 1971, pp. 67-69; "El nacionalismo popular", en *La Prensa*, Santiago, 23 de junio de 1972, p. 18; "Diplomacia", en *Ercilla*, Nº 1918, Santiago, abril de 1972, pp. 59-60; "Origen del resentimiento", en *La Nación*, Santiago, 1 de febrero de 1973, p. 3; "La declaración de Quito", en *Última Hora*, Santiago, 2 de abril de 1973, p. 7; Rafael Vargas, "Nixon y las relaciones", p. 3.

[1173] Antonio Ornes, "Las causas de nuestra tragedia", en *El Sur*, Concepción, 3 de septiembre de 1976, p. 5.

[1174] "El imperialismo más peligroso", en *El Sur*, Concepción, 2 de julio de 1976, p. 5; Rangel, *op. cit*., p. 121. Durante la década de 1980 se sumaron opositores del régimen a la crítica de la autocompasión de los latinoamericanos ante la superioridad de Estados Unidos: Cancino, "Más sobre...", *op. cit*., p. 19.

[1175] "El mundo en crisis", en *El Mercurio*, Santiago, 9 de diciembre de 1974, p. 23; "Contorno internacional", en *El Mercurio*, Santiago, 11 de diciembre de 1977, p. 3; "Tercer decenio de desarrollo", en *El Sur*, Concepción, 15 de septiembre de 1980, p. 3; "Política norteamericana en

Al momento de evaluar la política latinoamericana de Washington volvieron a escucharse quejas por su comportamiento imperialista, aunque debilitadas. Tal como sucedía bajo la UP, la hegemonía de Estados Unidos dentro del sistema interamericano fue un punto importante de las críticas, especialmente porque, según Augusto Pinochet, ese predominio ya no le correspondía en vista de la creciente debilidad de Washington y de su claro desinterés en la región[1176]. Particularmente insoportables eran el supuesto paternalismo y el unilateralismo desplegado por el gobierno de Jimmy Carter en relación con el problema de los derechos humanos, lo que llevó al almirante José Toribio Merino, integrante de la junta de gobierno, a afirmar que Estados Unidos siempre había tratado a la "América morena" como una colonia[1177]. Finalmente, también fue criticada la instrumentalización de América Latina por parte del gobierno de Ronald Reagan, que la usó como juguete del conflicto este-oeste[1178].

Dentro de este conflicto global, Centroamérica ocupó un importante papel, seguido con interés por la opinión pública chilena. Esto dio pie a diversas declaraciones sobre el carácter de la política exterior estadounidense. No sólo la oposición chilena, de por sí crítica a Ronald Reagan, condenó la militarización de la política externa hacia Centroamérica, sino que la gran mayoría vio en ese país al principal causante de la complicada situación, pues había apoyado por mucho tiempo a los dictadores en esa zona. Si bien los medios del gobierno admitían que la región representaba para Estados Unidos un área de especial interés y que el avance del comunismo debía ser combatido con todos los medios disponibles, en vista de la situación de Chile exigían se considerase la soberanía nacional de los países afectados. Por ello, el apoyo a los Contras en Nicaragua fue criticado como una medida atrasada y la invasión de la pequeña Granada pareció incomprensible. Para la oposición, ambos sucesos equivalían a una comprobación de que el imperialismo seguía siendo el principal obstáculo para el desarrollo de América Latina[1179]. Tanto los opositores como

---

América Latina", en *La Segunda*, Santiago, 18 de febrero de 1985, p. 6; "En la búsqueda de la hegemonía mundial", en *Análisis*, Nº 136, Santiago, 1 de abril de 1986, p. 39.

[1176] "Kissinger y el descontento regional", en *El Mercurio*, edición internacional, 24-30 de septiembre de 1975, p. 3; "EE.UU. y América Latina", en *El Mercurio*, Santiago, 12 de marzo de 1975, p. 3; "Duras críticas", en *La Segunda*, Santiago, 3 de marzo de 1980, p. 4; "La América sumergida", en *La Nación*, Santiago, 26 de abril de 1988, p. 4.

[1177] Cancino, "Más sobre...", *op. cit.*, p. 19; "Intromisión extranjera", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 17 de mayo de 1987, p. 8.

[1178] "Una difícil sociedad", en *Ercilla*, Nº 2131, Santiago, 2 de junio de 1976, p. 30; "La verdadera misión", en *El Sur*, Concepción, 5 de mayo de 1982, p. 3; "Los estados desunidos de Iberoamérica", en *El Mercurio*, Santiago, 29 de marzo de 1989, p. A2.

[1179] "EE.UU. y Centroamérica", en *El Sur*, Concepción, 10 de marzo de 1980, p. 3; "La tragedia de El Salvador", en *El Sur*, suplemento *Dominical*, Concepción, 15 de marzo de 1981, p. 1; Antonio Cavalla Rojas, "La estrategia militar de EE.UU.", p. 63; Juan Gabriel Valdés, "Centro América", p. 12; "El imperio contraataca", en *Cauce*, Nº 4, Santiago, diciembre de 1983, pp. 16-17; Juan Ramón Silva, "EE.UU. y la URSS", p. 2. Sobre Granada: Gabriel García Márquez, "¿Qué

los partidarios del régimen de Augusto Pinochet recibieron con esperanza la iniciativa del Grupo Contadora, que a partir de 1983 buscó zanjar el conflicto de Nicaragua, pues pensaban que un plan de paz sin la participación de Estados Unidos prometía una mayor independencia para toda América Latina. Sin embargo, recién después de que terminó el gobierno de Ronald Reagan se vislumbró el fin de la guerra en Nicaragua. La solución latinoamericana apoyada por los chilenos se había demostrado nuevamente impracticable. Asimismo, en relación con la "guerra contra las drogas", un tema nuevo en la agenda, pareció que sería necesario convivir con la política unilateral[1180].

En opinión de numerosos chilenos de diversas corrientes políticas, el afán de los estadounidenses por dominar el mundo quedaba demostrado de manera especialmente dolorosa con la política que desarrollaban en su propio patio trasero. Si bien la valoración estuvo marcada, en un comienzo, por el llamado a una valiente resistencia contra el poderoso contrincante, comentarios posteriores reflejaron la sensación de impotencia ante la incapacidad de los Estados latinoamericanos de constituirse en una potencia alternativa contra el vecino del norte. La exigencia a Estados Unidos de deponer por fin su política de intervención injustificada en América Latina siguió existiendo tanto bajo la UP como bajo el régimen militar. Ciertamente hubo considerables diferencias de opinión respecto de qué intervenciones resultaban justificadas y cuáles no.

Dentro de la crítica chilena al imperialismo siguió siendo fundamental la idea de que existían diferencias esenciales entre Estados Unidos y América Latina, perceptibles en todo momento por las desigualdades económicas y políticas entre ambas partes del continente. El término 'yanqui', utilizado con frecuencia en este contexto, designaba una extrañeza absoluta, que parecía amenazante ya fuera por la superioridad del otro o porque ciertos grupos de interés la presentaban como una amenaza para justificar sus propias actividades. Ese encuentro con el otro –el estadounidense imperialista–, cargado de conflictos, fue utilizado tanto por la UP como por el régimen militar como una demostración de que sus respectivos adversarios políticos internos tenían una postura "antipatriota" y "antinacional". Así, los cómplices chilenos en el complot CIA-ITT de 1970, y también la oposición democrática a Augusto Pinochet apoyada por Washington, fueron criminalizados y marginados. Los gobiernos pudieron utilizar en ambos casos mecanismos que habían surgido

---

pasó finalmente en Granada?", pp. 4-8. Sobre Grupo Contadora: Alvaro Rojas, "Primeros pasos de independencia real", p. 58.

[1180] "Nicaragua no es Chile", en *El Mercurio*, Santiago, 10 de marzo de 1980, p. A3; "Francisco Navarro Fiallos", en *Cosas*, Nº 145, Santiago, 22 de abril de 1982, pp. 30-31; "Kissinger otra vez", en *Apsi*, Nº 123, Santiago, agosto de 1983, p. 3; "Golpe a la diplomacia de los EE.UU.", en *Análisis*, Nº 188, Santiago, agosto de 1987, p. 59; "EE.UU., Chile y Nicaragua", en *Apsi*, Nº 182, Santiago, junio de 1986, p. 1. Sobre la guerra contra las drogas: "EE.UU. y la droga", en *La Nación*, Santiago, 23 de febrero de 1988, p. 3; "El laberinto del narcotráfico", *Cauce*, Nº 143, Santiago, 3 de marzo de 1988, pp. 26-27; "América Latina y EE.UU.", en *La Época*, Santiago, 21 de febrero de 1989, p. 6.

entre 1898 y 1929, y que habían alcanzado un primer clímax durante la crisis económica mundial. A raíz de las actividades estadounidenses en Chile, en el decenio 1960 se cristalizó la idea de que se estaba produciendo una penetración en todos los ámbitos. El rechazo a ésta entre 1970 y 1973 se convirtió en uno de los rasgos esenciales de la política chilena durante la UP. La idea fundamental de defensa contra las influencias estadounidenses en Chile siguió vigente también tras el golpe militar. Aunque en realidad entonces por "intromisión indeseada" se entendió, en primer término, la crítica a la violación de los derechos humanos del régimen de Augusto Pinochet. Sin embargo, no se acallaron aquellas voces que llamaban la atención sobre la dependencia política y económica, cada vez más notoria en el ámbito cultural debido al desarrollo de la sociedad de consumo.

## Amenaza y fecundación: cultura de masas y nación

*"Eso que hoy se llama la globalización de la cultura es, en gran parte, la extensión de los modelos norteamericanos de vida, deportes y usos, a todos los continentes... Desde Francia a India y desde Uruguay hasta El Cairo, los jóvenes siguen modelos norteamericanos.... que los hace vestir de 'blue-jeans', cantar canciones de rock and roll, alimentarse de 'hamburguesas' y Coca-Cola, seguir las tiras cómicas y repetir los modelos, muy comercializados, que la imaginería popular del vasto país proyecta sobre toda la humanidad. Ha sido un caso de penetración sin precedentes"*[1181].

La variante chilena del discurso antiimperialista tuvo su apogeo durante la UP. Fue una variante efectiva porque, no sólo incluyó factores económicos y políticos sino, también, contenía elementos culturales. Así, la "cultura" adquirió una función importante a la hora de interpretar los encuentros con el yanqui. Simultáneamente, el sistema cultural chileno había evolucionado de forma sustancial durante el primer tercio del siglo XX a raíz de sus propios desencuentros con la cultura de masas, la cual era vista, ante todo, como un producto estadounidense. La idea de cultura previamente vigente –definida por una oligarquía marcada por influencias europeas– era la de la "alta cultura" dominante, la que no aceptaba desviaciones. Sin embargo, experimentó una fuerte amplificación debido a la inclusión y construcción del folclor nacional, y por la creciente presencia de la cultura de masas. Esta transformación, que se profundizó aún más durante las siguientes décadas, era parte y signo de un proceso de democratización dentro del cual lo "popular" –la "masa"– iba perdiendo paulatinamente connotaciones negativas. Asimismo, podía atribuirse, en último término, al descubrimiento de que grandes capas

[1181] Uslar Pietri, "Los dos...", *op. cit.*, p. 5.

de la población eran potenciales consumidores de productos culturales. En Chile, tanto la estrecha relación entre consumo y cultura de masas como la interpretación de que el consumo propio de la cultura de masas era efecto de una norteamericanización en sentido tradicional, despertaron fuertes debates relacionados con las relaciones políticas de poder. A continuación, se abordan esas polémicas en torno al concepto de cultura de masas. Enseguida, y sobre esa base, se discuten las políticas culturales tanto de la UP como del gobierno de Augusto Pinochet, en términos de la controversia sobre la cultura de masas y la permanente búsqueda de una cultura nacional propia.

### *Conceptos de cultura: entre esencialismo y heterogeneidad*

A pesar del retroceso que experimentó durante la crisis económica mundial el proyecto de modernización, éste seguía presente en el horizonte de quienes tomaban las decisiones políticas en Chile. En particular los gobiernos del Frente Popular, dentro de los cuales los reformistas provenientes de la clase media volvieron a representar un papel central, aspiraban a cambios culturales para acelerar la anhelada democratización fundada sobre bases capitalistas. Las reformas educacionales permitieron integrar a la cultura y al mercado nacional a grupos de la población hasta entonces marginados. En forma paralela, entre 1933 y 1969 se profundizó notablemente la revolución de los medios de comunicación iniciada en la década de 1920, la cual implicaba elementos transnacionales debido a su fuerte sello estadounidense. Más que nunca se planteó la cuestión de cómo interpretar esos procesos de cambio. ¿Los productos transados por la industria cultural transnacional eran acaso "cultura"? ¿Era posible encontrar una respuesta autóctona frente a la evidente invasión de esos productos? ¿Qué papel debía representar la "masa" dentro del proyecto de cultura nacional?

A partir de mediados de la década de 1960 las respuestas a estas preguntas parecían ser más urgentes. Las reformas sociales y económicas del gobierno de Eduardo Frei M. tuvieron fuertes repercusiones sobre el sector cultural. Así lo muestran fenómenos tales como: la creciente importancia que adquirió la educación, la reforma a la enseñanza superior, la expansión de la industria cultural inducida por la televisión y el rol social más activo que asumió la Inglesia Católica tras el Concilio Vaticano II. Los estilos de vida y la vida cotidiana de todos los chilenos se modificaron, pues tanto los habitantes rurales como los de los barrios pobres de las ciudades sacaron provecho de la política reformista estatal y del nuevo entusiasmo de actores no gubernamentales, entre éstos las organizaciones estadounidenses de voluntarios[1182]. Con ello se hacía necesaria una reformulación del proyecto nacional. Los nuevos medios descubrieron a

[1182] Brunner *et al.*, *op. cit.*, pp. 43-47 y *Un espejo..., op. cit.*, p. 51.

la masa –es decir, a las clases populares– como fuente de una cultura "desde abajo" y como destinataria de una política cultural nacional, lo que hizo que el país experimentara un cambio estructural de su público[1183].

La percepción de este cambio cultural no fue evaluada de forma unánime. En particular la nueva cultura de masas había sido fuertemente criticada. En la década de 1960 se dio en América Latina un desarrollo particular en cuanto a la recepción de la semiótica de Umberto Eco, que se relaciona con la acogida que tuvo aquí la crítica a la industria cultural de la Escuela de Frankfurt y Theodor Adorno –centrada en el poder de manipulación y estandarización de la misma–, así como la de Walter Benjamin. Umberto Eco postulaba que la cultura de masas, en contraste con la alta cultura, se distinguía por un metalenguaje accesible para todos e impuesto a la masa por quienes detentaban el poder. Con estos planteamientos se buscaba establecer los límites entre cultura de masas, folclore y alta cultura, y comprender la importancia y el significado de la tecnificación y comercialización de la cultura. Todas las teorías se caracterizaban por su escepticismo frente a los fenómenos de masas, atribuible en último término a la experiencia del nacionalsocialismo y a los efectos de la propaganda masiva. Traducidas a la actualidad, estas reservas se orientaron hacia el poder de comercialización y producción masiva de cultura. En un doble sentido, la cultura de masas siguió siendo entendida como genuinamente estadounidense: por un parte, como producto de los consorcios capitalistas y, por otra, en cuanto a sus contenidos, como encarnación de la cultura de este país. Debido a su dinámica expansiva y, al contrario del folclore, la cultura de masas parecía poner en riesgo conceptos culturales tradicionales[1184].

De creerle al teórico de los medios masivos de comunicación Marshall McLuhan, esta dinámica expansiva conducía directo a la "aldea global", lo que planteaba nuevos y múltiples problemas[1185]. En un rechazo explícito de estas ideas, como también de las clásicas teorías de la difusión y modernización se construyó la segunda y, a la larga más importante, línea de pensamiento crítico latinoamericano respecto de la cultura de masas: la escuela del imperialismo cultural. Santiago fue el lugar donde nació este potente planteamiento. Los críticos del imperialismo cultural en América Latina alimentaban sus tesis en una fuente marxista y reproducían críticamente los debates que tenían lugar en Europa occidental, discusiones que llamaron mundialmente la atención una vez que se trasladaron a la ONU y a la UNESCO. Y esto, en gran parte, porque recibieron importantes impulsos de personas e instituciones europeas. En Chile, el sociólogo belga Armand Mattelart, profesor de la Universidad Católica de Santiago durante la década de 1960, se convirtió en la principal

[1183] Catalán *et al.*, *op. cit.*, p. 32.

[1184] Umberto Eco, *Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas*; Strinati, *op. cit.*, pp. 3-12.

[1185] Sobre la recepción de McLuhan en Chile, véase, por ejemplo, las necrologías de José M. Navasal, "Marshall Mcluhan", pp. 41-42; Augusto Pescador, "McLuhan y los especialistas", p. 3.

figura de ese debate, sobretodo por la amplia recepción que su obra tuvo en otros lugares[1186].

En cuanto a los contenidos, los críticos del imperialismo cultural se apoyaron, fuertemente, en la teoría de la dependencia. Veían el imperialismo cultural como correlato del imperialismo económico y político. Sus críticas enfatizaban el uso del poder, por parte de la industria cultural, mediante la radio, televisión, fotonovelas, cómics, música, prensa y publicidad. Tal como hacía la economía política de inspiración marxista, la crítica al imperialismo cultural partía de la premisa de que el mundo estaba dividido en un centro capitalista y una periferia dependiente y explotada. En el plano cultural, esta visión implicaba que los centros imponían a los países periféricos la cultura de masas comercial en función del pensamiento consumista capitalista. Especialmente peligrosa parecía la transferencia de actitudes, comportamientos y estilos de vida, con el aparente fin de alcanzar homogeneización, desmovilización política y de generar un consenso hegemónico. El peligro de esto, afirmó Armand Mattelart en una entrevista, era que traía consigo la pérdida de la cultura nacional, sobre todo del folclore y del arte popular. Según él, la industria cultural imperialista despojaba a los países subdesarrollados de su cultura, tal como el imperialismo económico les arrebataba sus materias primas. En numerosos estudios realizados junto a discípulos chilenos –especialmente Ariel Dorfman, conocido más tarde como escritor– confirmó el entrelazamiento que existía entre los consorcios industriales chilenos, los transnacionales y su poder mediático[1187].

Particularmente amenazante parecía la dinámica expansiva inherente al imperialismo cultural, nacida de la convicción arraigada en éste respecto a la universalidad de sus conceptos valóricos. El planteamiento era que los medios de comunicación transnacionales promocionaban, permanentemente, la sociedad de consumo de sello occidental, con lo cual horadaban las culturas y naciones en los estados periféricos latinoamericanos. Según esos estudios, los consorcios lograban adecuar sus mensajes al mercado y a los receptores chilenos con la cooperación de las "elites colaboracionistas" en el país, y debido a la dependencia material de los medios de comunicación masivos chilenos, expresada en inversiones directas y ventas de licencias[1188]. Así llegaban hasta los receptores los groseros mensajes de la cultura de masas y del consumo, los cuales no daban espacio a diferenciaciones culturales ni a la creatividad. De esto se desprendía el segundo plano de la dependencia: según la crítica al imperialismo cultural, la cultura de masas tenía una fuerte carga ideológica, pues representaba valores burgueses inauténticos e inadecuados para las clases

[1186] Sobre el contexto, véase Tomlinson, *op. cit.*, pp. 1-33.

[1187] Véase, por ejemplo, Mattelart *et al.*, *Los medios..., op. cit.*, pp. 52-72; Armand Mattelart, "Notas al margen del imperialismo cultural", pp. 7-28; Arturo Torrecilla, "Cultural Imperialism, Mass Media, and Class Struggle: An Interview with Armand Mattelart", pp. 69-79.

[1188] Osvaldo Sunkel, *Capitalismo transnacional y desintegración nacional en América Latina*, p. 81; Armand Mattelart, "Estructura del poder informativo", p. 52.

bajas, disfrazados de imagen ideal de modernidad y dirigidos a asegurar el *statu quo* social. Ante la mirada crítica, sustancia era reemplazada por apariencia: los medios fomentaban la evasión hacia un mundo de apariencias como un mecanismo para huir de los problemas reales. La meta era la supresión de la "memoria social" de las clases bajas, y redirigiéndola hacia nuevos mensajes ideológicos y de consumo[1189].

El secretario general del PS, Carlos Altamirano, acuñó el concepto de "violación de conciencia" para referirse a ese tipo de falsificaciones. Durante la Asamblea Nacional de Trabajadores de la Cultura, realizada en septiembre de 1971, explicó las demandas que resultaban del reconocimiento de esta situación. Habló de la necesidad del trabajo cultural con la masa del pueblo para aguzar la conciencia "revolucionaria" en la lucha contra la "seudocultura comercial", de manera de modificar la realidad. En su concepto, la cultura no era un ornamento, sino un componente elemental de la vida del pueblo[1190]. Su discurso estaba ciertamente dentro del contexto del gobierno de la UP. Éste había incorporado ya en su programa de campaña las tesis de la crítica al imperialismo cultural anunciado, que quería luchar "por los valores culturales contra la colonización cultural" para la formación de "una nueva cultura y un nuevo hombre"[1191]. A la luz del discurso antiimperialista, parece innecesario destacar que se trataba de la lucha contra la colonización por parte de Estados Unidos. Los esfuerzos del gobierno de Salvador Allende en el campo cultural se dirigían hacia la creación de una cultura chilena auténtica e independiente dentro de una América Latina progresista –léase socialista–, para lo cual, sin embargo, también se sirvió de los recursos de la odiada cultura de masas. El debate en torno a ésta fue politizado en una dimensión, hasta entonces, desconocida, lo cual contribuyó a la polarización ideológica en general y, en definitiva, a la imposibilidad de construir para las masas de pobres una cultura chilena unitaria que reemplazase la cultura de masas explotadora[1192].

Así como lo hizo la UP, el régimen militar también tuvo una comprensión monolítica de la cultura, aunque esencialmente diferente a la de su antecesor. En muchos aspectos las discusiones iniciales en torno a la cultura significaron un retroceso. Primeramente se impusieron los nacionalistas radicales, quienes contemplaban la cultura chilena y la nación como una esencia inmutable, orgánicamente desarrollada y basada sobre un catolicismo tradicional. En 1984 el diario gubernamental *La Nación* definió esta cultura como "un modelo cultural

[1189] Mattelart, "Estructura...", *op. cit*., pp. 71-73; Juan Carlos Altamirano, *Así..., op. cit*., p. 26.

[1190] Carlos Altamirano, "Debemos ser capaces de crear una nueva cultura", p. 12. Véase, además, Alfredo Riquelme, *El debate ideológico acerca de la comunicación de masas en Chile, 1958-1973*, p. 67; Fermandois, *Chile y el mundo..., op. cit*., pp. 257-259.

[1191] "Programa básico de gobierno de la Unidad Popular", reproducido en González y Fontaine, *op. cit*., tomo 2, pp. 958-959.

[1192] Brunner *et al.*, *op. cit*., pp. 43-47 y Catalán *et al.*, *op. cit*., pp. 34-38.

profundamente enraizado en nuestro ser nacional"[1193]. Según los partidarios del régimen, este modelo cultural había sido degradado por la extrema izquierda, y debía ser rehabilitado en toda su grandeza. Así, la cultura adquirió una posición central dentro de un discurso nacionalista que propagaba la necesidad de refundar la nación chilena.

A partir de la extrema polarización del panorama político, el concepto de cultura se desarrolló, nuevamente, como un medio de exclusión en dos sentidos. Por una parte, la cultura volvió a comprenderse de una manera extremadamente selectiva y elitista, que la reducía a la llamada "alta cultura", lo que negaba a las clases populares la capacidad de producirla y portarla. Según esta visión, el folclore, para ser considerado cultura, debía ser descubierto en su "forma original" y "depurado" por las elites. Pensadores conservadores como el historiador Mario Góngora, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Chile, deploraban hacía tiempo la pérdida del respeto hacia la tradición y las elites, como también la creciente influencia del materialismo e igualitarismo. Ahora eran escuchados. Por otro lado, dentro de esa "alta cultura" también se producía selección según parámetros ideológicos. Como cultura debía entenderse sólo aquello que se presentaba como "apolítico" –es decir, como afín al régimen– y que glorificaba el pasado de Chile. En cambio, aquellas expresiones artísticas y culturales vanguardistas o críticas fueron rechazadas[1194].

En realidad, durante el régimen militar cristalizaron conceptos de cultura radicalmente diferentes. Junto a los tradicionalistas, y en contraposición con ellos, creció al alero de la nueva orientación neoliberal la aceptación de una noción de cultura que respondía a orientaciones del mercado y que seguía las premisas de la industria cultural. Según esta visión, las expresiones culturales equivalían a productos que se comercializaban según las reglas de la oferta y la demanda y que adquirían progresivamente la categoría de símbolos de estatus. Por ello, la producción y comercialización de cultura debía profesionalizarse y orientarse según los deseos de los consumidores. Con esto no sólo se valorizaba la cultura de masas sino que ésta perdía ese gustillo negativo que tenía para los tradicionalistas, y antes, para la izquierda más radical. Claro que ya no era el Estado el que debía asumir su difusión, sino los grandes consorcios de medios de comunicación. Gracias a la masificación de las tecnologías de la comunicación, en particular la radio y la televisión, estos consorcios pudieron aprovechar las crecientes posibilidades de consumir bienes culturales que adquiría la gran masa, lo que permitió que creciera la demanda por dichos

[1193] "Política cultural", en *La Nación*, Santiago, 20 de diciembre de 1984), p. 3.

[1194] Carlos Catalán y Giselle Munizaga, *Políticas culturales estatales bajo el autoritarismo en Chile*, pp. 10-19; Anne Bravo, *El Mercurio: un discurso sobre la cultura, 1958-1980*, p. 39; Kenneth Aman, "Introduction", pp. 14-15. Sobre Mario Góngora: "Cultura chilena", en *Qué Pasa*, Nº 329, Santiago, agosto de 1977, pp. 44-45; Mario Góngora, *Civilización de masas y esperanza y otros ensayos*, pp. 97-105.

bienes en todas las capas sociales[1195]. Tal como José Joaquín Brunner constató retrospectivamente en 1988, esta nueva concepción de cultura autosustentada habría sido muy criticada diez años antes y vista como un pensamiento típicamente estadounidense. En ese momento, y a pesar de los críticos, había logrado imponerse[1196]. Sin embargo, no todos los simpatizantes del régimen se sentían satisfechos con esta evolución. De hecho, un comentarista de *El Mercurio* lamentaba la contradicción insoluble que forzaba, también, a la "verdadera" y "alta" cultura a echar mano de los mecanismos de la industria cultural para ser tomada en cuenta y para sobrevivir[1197]. De esta manera, durante y dentro del régimen militar, siguió vigente la crítica básica a la cultura de masas.

Por otra parte, la creciente oposición democrática asumió en la década de 1980 una postura crítica hacia el concepto de cultura predominante dentro del régimen. Siguiendo las teorías de la crítica del imperialismo cultural, la cultura de masas era vista como un consumo barato y como uno de los instrumentos centrales que utilizó la dictadura para estabilizar el sistema y manipular la atención de las masas. La contradicción entre el mundo de apariencias proyectado por la cultura de masas y la miseria real de los grupos empobrecidos de la población era vista por la oposición como un verdadero problema. Ésta lamentaba la pérdida de creatividad que manifestaba la comercialización de los productos culturales y, también, la deshumanización que producía la cultura de las máquinas[1198]. Una caricatura aparecida en *La Bicicleta,* principal revista cultural de oposición de esa época, resumió elocuentemente la crítica básica hacia la instrumentalización de la cultura que hacían los gobernantes y el capital bajo el régimen militar (véase ilustración en página siguiente).

A su vez, la oposición comprendía que la cultura era una plataforma para la resistencia, pues el espíritu de rebelión seguía presente a pesar de las persecuciones del régimen[1199]. Es decir, la idea de una cultura de la resistencia era completamente tributaria de la crítica al imperialismo cultural. Este concepto de cultura, esgrimido por la oposición, convirtió la idea de un regreso a la autenticidad en una de sus demandas centrales. El sociólogo Jorge Gissi hizo notar que, en definitiva, América Latina era un continente sin nombre propio y sin identidad, cuya autonegación se podía ver, por ejemplo, en el uso lin-

[1195] Brunner *et al.*, *op. cit.*, pp. 66-71; Brunner y Catalán, *op. cit.*, pp. 13-14; Giselle Munizaga, "El sistema comunicativo chileno y los legados de la dictadura", pp. 97-99; Arturo Uslar Pietri, "Best Sellers", p. 27.

[1196] José J. Brunner, *Un espejo..., op. cit.*, p. 312.

[1197] Bravo, *op. cit.*, p. 48.

[1198] José Joaquín Brunner, "Mercado y cultura autoritaria", pp. 44-47; Jorge Edwards, "Cultura popular y justicia", p. 7; Enrique Lihn, "El seudo arte de la seudo cultura", pp. 38-39; "Futuro cultural", en *El Sur*, Concepción, 10 de enero de 1984, p. 3; Ferdinand Poswick, "¿Qué humanismo para la cultura", pp. 23-29.

[1199] Carlos Altamirano, "La generación de los 60, pp. 38-39; Friederike Steiner, *Kultureller Wandel in Chile von 1969-1993*, pp. 49-85.

güístico del término 'americano', utilizado por muchos latinoamericanos para referirse sólo a los yanquis. Según él, esto era signo de una progresiva desculturización, producto de la situación de dependencia económica y cultural, las cuales se potenciaban mutuamente. En este contexto, la auténtica cultura no podía sobrevivir, pues no había lugar para ella en las proyecciones de la industria cultural multinacional. Esta oficiaba de vehículo para valores tales como: de la fama, culto a las estrellas, éxito individual y movilidad social[1200].

El concepto de cultura de la resistencia, desarrollado por la oposición, tampoco se había desprendido de la idea de que una cultura "correcta y auténtica" –monolítica– estaba siendo sacrificada por el régimen militar en el altar del mercado. Recién durante la década de 1980 se modificó esta posición fundamental, tras la aparición de nuevas teorías culturales en América Latina. Ya en 1982, el teórico cultural argentino Néstor García Canclini, en su exilio en México, abogaba por una mejor comprensión de lo popular y de la cultura de masas. Atribuía a los consumidores el poder de construir dentro del sistema un sentido capaz de contradecir, en parte, aquello que proponía la poderosa industria cultural. Pensaba que la pérdida de sentido de, por ejemplo, formas de expresión tradicionales de la cultura popular podía ser reemplazada por la construcción de nuevos sentidos resignificados en

La visión crítica sobre la cultura del autoritarismo. Los críticos veían en la política cultural de Augusto Pinochet una manipulación, de tipo mercantil, del público por parte de los gobernantes y del capital. FUENTE: "Cultura", en *La Bicicleta*, Nº 7, Santiago, julio/agosto de 1980, p. 46.

[1200] Jorge Gissi, *Identidad, 'carácter social' y cultura latinoamericana.* Véase, además, Fidel Sepúlveda, "Una reflexión",, p. 12; Juan Carlos Altamirano, *Así..., op. cit*., p. 33; "Latinoamérica y la cultura", *en Cauce*, Nº 148, Santiago, 3 de marzo de 1988, pp. 30-31. Armand Mattelart siguió involucrado en el debate desde el extranjero, véase Mattelart y Schmucler, *op. cit*., pp. 20-21.

nuevos contextos. De manera similar, el colombiano Jesús Martín Barbero, estudioso de los medios de comunicación, acentuó el carácter de mediación inherente a la cultura de masas y medios, así como la participación activa de los receptores. El filósofo chileno Félix Schwartzmann enunció otro importante elemento, al discutir los efectos culturales del desvanecimiento de las rígidas fronteras, producto del creciente entrelazamiento del mundo, y afirmar que las repercusiones de esto sobre la construcción de conceptos culturales nacionales no necesariamente eran negativas. En Chile se produjo una amplia discusión en torno a la idea del escritor venezolano Arturo Uslar Pietri respecto del "mestizaje cultural", capaz de asimilar fácilmente la cultura de masas transnacional como un nuevo elemento[1201].

La crítica a la idea de receptor pasivo de la cultura de masas –esto es, una masa carente de cualquier posibilidad de influir sobre el producto que se le ofrecía– anunciaba un cambio de paradigma en el debate en torno al concepto de cultura. Si bien los receptores no podían controlar los medios, sí eran quienes le otorgaban a los mensajes un sentido social y cultural. Es decir, participaban activamente del proceso cultural de asignación de sentido dentro del sistema de la cultura de masas como sujetos independientes y poseedores de intereses legítimos. A partir de mediados de la década de 1980 el centro de investigaciones de oposición CENECA, Centro de Indagación y Expresión Cultural y Artística, asumió un papel central en esta reorientación. Hasta ese momento había observado los desarrollos culturales durante la dictadura desde la perspectiva de la crítica tradicional al imperialismo cultural. En 1985, en un orientador estudio de CENECA, Bernardo Subercaseaux apuntó hacia el reconocimiento de la heterogeneidad de la "cultura popular" y hacia la eliminación de la estricta división entre una cultura popular "buena" y una cultura de masas de los consorcios transnacionales "mala". Según Bernardo Subercaseaux, luego de reconocer el potencial de la industria cultural, había que investigar cómo funcionaba[1202].

Hacia fines del decenio 1980, José Joaquín Brunner expuso en forma madura el nuevo pensamiento chileno sobre el concepto de cultura. Afirmó que cultura debía entenderse como un proceso de producción y comunicación, dentro del cual el público masivo participaba activamente. El campo cultural era autónomo y estaba conformado por subsecciones, organizadas en una compleja división del trabajo y al mismo tiempo compitiendo entre ellas por la hegemonía. En comparación con otros campos, el cultural era de gran interés, pues los medios de comunicación adquirían creciente importancia en áreas

[1201] Néstor García Canclini, *Las culturas populares en el capitalismo*; Martín-Barbero, *op. cit.*. Sobre el contexto, véase Rowe & Schelling, *op. cit.*, p. 107; Felix Schwartzmann, "Cultura nacional y mundialidad"; Arturo Uslar Pietri, "El mestizaje creador", pp. 271-295.

[1202] Bernardo Subercaseaux, *Sobre cultura popular*, p. 11. Véase, además, Paulina Gutiérrez y Giselle Munizaga, *Radio y cultura popular de masas*, p. 19.

como, por ejemplo, la política. Con la apertura de la cultura aparecieron nuevas posibilidades de participación, se nivelaron las expresiones de "alta cultura" y de "cultura de masas", así como también aquéllas de la esfera privada y la pública. Paralelamente se disolvió el tradicional concepto esencialista de cultura nacional, sea que se buscara en las altas cumbres o en las profundidades del alma popular. Esta constatación revelaba oportunidades, pero también riesgos, pues el acelerado desplazamiento de modas e ídolos, la banalización y trivialización de la creatividad, y de la pérdida de valores tradicionales eran verdaderos problemas. José J. Brunner agregaba a éstos la homogeneización internacional de la cultura y el consiguiente aplanamiento de las diferencias culturales. Sin embargo, al mismo tiempo comprendía que por el hecho de que los receptores tenían un papel más activo, se trataba en realidad de un proceso de apropiación[1203].

Al contrario de muchos otros críticos culturales latinoamericanos, José J. Brunner habló abiertamente de norteamericanización. Y quería que ésta fuese entendida en parte como un proceso de homogeneización. Bernardo Subercaseaux concordaba con él en el sentido de que en América Latina la apropiación cultural nunca había significado sólo imitación de lo de afuera, tampoco en el caso de las influencias provenientes de Estados Unidos. De hecho, la globalización económica y de las comunicaciones hacían que fuese un fenómeno cada vez más relevante[1204]. Lo abierta que era esta situación podía apreciarse en que, a fines de esa década, este país le parecía a los observadores chilenos cada vez más como un país heterogéneo étnica y culturalmente[1205]. Y aquellos chilenos que habían viajado a Miami podían confirmarlo.

En Chile, este concepto de cultura –representado especialmente por José J. Brunner y Bernardo Subercaseaux– que marcaba nuevos caminos hacia el futuro, no se impuso ampliamente sino hacia fines de la década 1980. Todavía era demasiado poderosa la noción de que la "mundialización" era una amenaza que hacía imposible la búsqueda de algo propio, de "lo chileno" y "lo latinoamericano". Detrás de esto se ocultaba la idea de culturas monolíticas que se oponían de manera, más o menos, irreconciliable entre sí, o que luchaban entre ellas, o que se agrupaban en constelaciones jerarquizadas. En concreto, según la mayoría de los observadores esto significaba que la moderna cultura de masas y la identidad chilena representaban dos entidades claramente distinguibles. Seguían diferenciando entre una cultura de masas de connotación negativa y otra cultura de connotaciones positivas, la que podía ser popular o de elite, según sus preferencias ideológicas. Estas ideas estaban en la base de los enfoques que arrancaban de la crítica contra el imperialismo cultural

[1203] José J. Brunner, *Un espejo..., op. cit.* y Brunner *et al.*, *op. cit.*, pp. 24-47.

[1204] Bernardo Subercaseaux, "La apropiación cultural", pp. 32-35; Cristián Fernández Cox, "Modernidad apropiada", pp. 11-16.

[1205] José J. Brunner, *Un espejo..., op. cit.*, p. 200; Uslar Pietri, "La frontera...", *op. cit.*, p. 3.

derivado de la teoría de la dependencia, pero también de los conceptos elitistas de cultura de la derecha tradicionalista bajo el régimen de Augusto Pinochet.

### *La lucha contra el imperialismo cultural bajo la UP*

Las ideas fundamentales de esencialismo y contradicción en relación con la cultura de masas marcaron, entre 1970 y 1973, los planteamientos de la política cultural estatal de la UP, la que podía conectarse sin solución de continuidad con los procesos de fermentación de la década anterior e intensificarlos. Esta política contemplaba diversos planos y se concentraba en la promoción cultural de las clases bajas, conforme a las demandas de Carlos Altamirano. Otro de sus elementos centrales era la lucha activa contra el imperialismo cultural, lo que no era otra cosa que la lucha contra las influencias estadounidenses. La juventud fue vislumbrada como un importante grupo objetivo, pues parecía especialmente propensa a ese tipo de influencias. A continuación, se analiza cómo la política cultural de la UP se empeñó por expulsar a la cultura de masas de su propio terreno, esto es el de la entretención,

Junto al proletariado, en el Chile del decenio 1960 la juventud fue percibida como actor determinante para producir un cambio social revolucionario. En particular, la utilización de la violencia por parte de los estudiantes, cuyo punto culminante fue la toma de la Casa Central de la Universidad de Chile en 1968, hizo pensar a la izquierda socialista que la juventud tenía un potencial radical para la lucha contra la lógica egoísta del capitalismo. En el análisis de la izquierda esto, sumado a una mayor autoconciencia adquirida desde el gobierno de Eduardo Frei Montalva, convertía a los jóvenes en un "cuarto poder"[1206]. Tal como era de esperarse, las protestas juveniles despertaron en los círculos conservadores temores. Los militares, por ejemplo, que se preparaban para enfrentar desórdenes internos, las incluyeron, ya a partir de 1963, dentro de los posibles escenarios de crisis. Tras analizar la prensa, Armand Mattelart constató que los medios "burgueses" reaccionaron a esa amenaza con un lenguaje que describía a la juventud como inexperta, irresponsable, dependiente y subordinada. Según esto, cualquier planteamiento que propusiera cambios debía entenderse como forma de rebelión contra la autoridad paterna en el ámbito familiar y contra la autoridad de las elites dirigentes en el plano estatal[1207].

Los resultados de un estudio empírico aplicado por Armand Mattelart a un gran número de jóvenes, sin embargo, frenaron el optimismo de la izquierda revolucionaria y permitieron respirar aliviadas a las voces moderadas y con-

[1206] José Miguel Celedón, "El poder joven", pp. 23-33; "¡Somos el cuarto poder!", en *Eva*, Nº 1403, Santiago, abril de 1972, pp. 47-51.

[1207] Armand Mattelart, "La mitología de la juventud...", pp. 77-178.

servadoras. La investigación arrojó que eran fundamentalmente los estudiantes universitarios masculinos quienes se mostraban dispuestos a quebrar con los conceptos valóricos convencionales tocantes a la religión, sexualidad y moda, mientras que la gran mayoría seguía adhiriendo a éstos. Sólo una pequeña vanguardia había desarrollado una conciencia crítica frente a los medios de comunicación masivos y a la cultura de masas, rechazándolos. En cambio, la mayoría –según Armand Mattelart en un grado alarmante– acogía gustosa los mensajes de la industria y deducía de éstos comportamientos y valores propios. En su opinión era asombroso el hecho de que tantos jóvenes nombrasen espontáneamente a Estados Unidos ante la pregunta sobre ejemplos y modelos de desarrollo extranjeros. Con ello parecía confirmarse la hipótesis de Armand Mattelart respecto de la infiltración de unos receptores pasivos, la que sólo podía contrarrestarse con la elevación del nivel educacional de la gran masa y con la agudización de su sentido crítico[1208]. La prensa "burguesa" extrajo del estudio conclusiones totalmente diferentes, aunque igualmente críticas de la cultura de masas. La revista *Ercilla*, por ejemplo, calificó el fenómeno de las protestas juveniles como típico producto de las influencias de la música rock y de las actitudes de rebeldía de la juventud de ese país. Acentuaba que en Chile, en todo caso, junto a esos rebeldes existía una gran mayoría de jóvenes "normales"[1209].

Sin embargo, muchos chilenos se fascinaron con la postura rebelde de la juventud estadounidense. El estudio de Armand Mattelart confirmaba que la juventud "colérica" –la rebeldía supuestamente desmotivada y apolítica– era una moda entre los jóvenes chilenos, que extraía sus ejemplos de películas y música popular. La prensa publicaba regularmente reportajes sobre la vida y milagros de los hippies. Woodstock causó gran revuelo, pues el festival de música parecía convocar una nueva revolución cultural en el epicentro de la cultura de masas[1210]. Los sucesos en el norte eran de gran interés, puesto que tuvieron buena cantidad de imitadores entre la juventud chilena y una cobertura, mediática sensacionalista, enfatizaba el aspecto de la revolución sexual asociado a los hippies. La prensa conservadora de oposición informó frecuentemente, durante la UP, sobre los aparentes excesos y orgías de los hippies chilenos, cuyo aumento parecía deberse al abandono general y a la anarquía que se vivía bajo el gobierno de izquierda[1211].

[1208] Armand y Michèle Mattelart, *Juventud chilena: rebeldía y conformismo.*

[1209] "Los nuevos jóvenes", en *Ercilla*, Nº 1893, Santiago, octubre de1971, pp. 67-69.

[1210] Mattelart, *Juventud..., op. cit.*, pp. 112-113; "Hippies y cubismo", en *El Sur*, Concepción, 4 de junio de 1971, p. 3; "Los niños de Thoreau", en *Ercilla*, Nº 1785, Santiago, agosto de 1969; "Revolución cultural", en *Ercilla*, Nº 1830, Santiago, julio de 1970, pp. 74-76.

[1211] "Hippies invaden Olmué", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 25 de febrero de 1972, p. 20; "Desbaratada orgía", en *La Segunda*, Santiago, 22 de septiembre de 1972, p. 2. Sobre los aspectos sexuales, véase, por ejemplo, "Las alegres naturalistas de USA", en *Ercilla*, Nº 1789, Santiago, septiembre de 1969, p. 57.

El problema de los hippies se mostró claramente en el aumento del abuso de las drogas. A partir de 1967, la policía chilena registró un drástico crecimiento del consumo entre los jóvenes, especialmente de marihuana. Los reportajes sobre hippies drogadictos que atacaban a ciudadanos honestos se acumulaban. Los paralelos con Estados Unidos estaban a la mano. Si bien allí el 'hippismo' parecía, en cierta medida, lógico como una vía de escapismo de las exigencias de la sociedad de consumo, y como un giro hacia la naturaleza, para los observadores no tenía sentido en un país en desarrollo como Chile. La única explicación parecía estar en la curiosidad y en la sed de imitación de la juventud chilena, que no quería ir a la zaga de sus modelos estadounidenses. Sobre esto *Ercilla* dijo lo siguiente: "Chile es en estos momentos el discípulo más aventajado en América Latina de las costumbres norteamericanas"[1212]. Según la oposición, el problema de la droga era otro elemento de la crisis de la cual sólo era responsable el gobierno socialista.

No es que los adherentes de la UP consideraran necesario discutir seriamente la crítica conservadora, la que despachaban como mera propaganda burguesa, pero sí coincidían en criticar a los hippies, a quienes consideraban un típico fenómeno de la cultura de masas. La comercialización de Woodstock les confirmó su denuncia de la absoluta mercantilización de la vida en Estados Unidos. Los hippies chilenos les parecían una imitación ciega de una moda y derechamente peligrosos por su posición apolítica. Enfatizaban que la juventud debía emplear toda su fuerza para lograr la transformación revolucionaria de la sociedad en vez de abalanzarse al mundo de apariencias del consumo de drogas y de la cultura de masas. Es decir, la izquierda tampoco dio señales de comprender los problemas de la juventud chilena, claramente evidenciados por el movimiento hippie. Al igual que los conservadores, consideró el fenómeno como algo extraño y no chileno[1213].

A partir de la crítica a los frutos de la cultura de masas en Chile, tales como el hippismo, la UP derivó algunas medidas concretas. Para empezar, redujo al mínimo el intercambio cultural oficial con Estados Unidos, muy activo a principios de la década de 1960. En contraposición, buscó orientar su actividad cultural hacia América Latina mediante la fundación de instituciones

[1212] "Marihuana", en *Ercilla*, Nº 1866, Santiago, marzo de 1971, p. 20. Véase, además, "La fuga maldita", en *Ercilla*, Nº 1843, Santiago, mayo de 1970; "Adolescentes", en *Paula*, Nº 90, Santiago, junio de 1971, pp. 86-129; "Vida, pasión y muerte", en *Eva*, Nº 1449, Santiago, mayo de 1973, pp. 39-43; "Ex lolo cuenta su vida", en *Las Últimas Noticias*, suplemento *Mundo del Domingo*, Santiago, 3 de junio de 1984, p. 3. Representes del régimen militar afirmaron más tarde que Chile se habría convertido durante la UP en el principal exportador de coca hacia Estados Unidos: "La guerra de la coca", en *Las Últimas Noticias*, suplemento *Mundo del Domingo*, Santiago, 10 de junio de 1984, p. 9. Armando Roa planteó la hipótesis de que frecuentemente los jóvenes eran tentados por homosexuales mayores al primer consumo de droga: "La marihuana", en *Paula*, Nº 136, Santiago, marzo de 1973, pp. 72-75.

[1213] "Hippies", en *El Siglo*, Santiago, 11 de febrero de 1971, p. 2.

tales como el Instituto de Arte Latinoamericano. Para los partidarios de la crítica al imperialismo cultural, el intercambio estudiantil correspondía a otro elemento más de infiltración y adoctrinamiento de las futuras elites[1214]. A esto se agregó una nueva y agresiva orientación de la política hacia los medios de comunicación, reconocidos como el principal elemento de influencia sobre las masas, en especial sobre la juventud. Los teóricos de la UP analizaron, en detalle, los medios de comunicación masiva chilenos. Los informes fueron desilusionantes debido al elevado grado de concentración que mostraron, a la presencia de mecanismos de control oligopólicos y a la dependencia de los consorcios de medios comunicación[1215].

Aun así, el gobierno se esforzó por obtener el control de una parte de los medios para lograr un cambio cultural fundamental y para crear al "hombre nuevo"[1216]. Con este fin, la UP introdujo leyes que buscaban proteger la cultura. Por ejemplo, elevó los aranceles de importación de discos para defender la industria musical nacional, también pudo influir sobre los contenidos de parte de la prensa, Televisión Nacional, Chilefilms –empresa cinematográfica creada por la misma UP– y en la editorial Quimantú. Especialmente esta última, nacida tras la compra de la antigua editorial Zig-Zag, fue considerada como abanderada de la política cultural de la UP. A través del concepto de los así llamados "minilibros" consiguió sacar al mercado alrededor de cinco millones de libros baratos en cortísimo tiempo. En cuanto a su contenido, se trataba de una combinación de textos triviales y exigentes. Entre éstos, algunos clásicos como: Mark Twain, Edgar Allan Poe, Ernest Hemingway y Herman Melville. El éxito de público de esta medida pedagógica popular le dio la razón a los editores, quienes ampliaron sus actividades hacia la literatura infantil y juvenil[1217].

Este paso albergaba grandes esperanzas, ya que justamente los niños y los jóvenes parecían ser receptores fáciles de seducir por los mensajes de consumo de la industria cultural. En este contexto, el género del cómic parecía especialmente problemático, pues por su difusión mundial las historietas alcanzaban muchísimos más lectores y marcaban tanto la conciencia como la imagen del ser humano en forma más decisiva y sobre un mayor número de personas, que

[1214] Maurice Bazin, "La 'ciencia pura', instrumento del imperialismo cultural", pp. 74-88; Gregorio Fresenius y Jorge Vergara, "La agencia informativa norteamericana y sus boinas verdes de papel", pp. 11-82.

[1215] Mario Insunza, "La contrarevolución en los medios de comunicación de masas", pp. 34-37; Riquelme, *El debate..., op. cit*., pp. 8-29; Mattelart, "Estructura...", *op. cit*., p. 43.

[1216] Riquelme, *El debate..., op. cit*., pp. 58-72. Los debates sobre la estatización de los medios tuvieron amplios efectos políticos hasta el golpe militar. Sin embargo, no pueden ser analizados en este espacio.

[1217] Manuel Alcides Jofré, *Publicaciones infantiles y revistas de historietas en Chile, 1895-1973*, p. 64; "La revolución en la cultura", en *Puro Chile*, Santiago, 4 de mayo de 1972, reproducido en González y Fontaine, *op. cit*., tomo 1, p. 381; Bernardo Subercaseaux, *La industria editorial y el libro en Chile, 1930-1984*, pp. 41-61. Véase, además, Steiner, *op. cit*., pp. 33-34), aunque en realidad no analiza la retórica de la UP.

todos los demás medios de texto. La visualización de los contenidos, de fácil comprensión para niños y analfabetos, explicaba esta capacidad[1218]. Justamente la popularidad de los cómics en Chile fue una gran preocupación, ya que ese mercado lo dominaban las producciones estadounidenses y empresas distribuidoras con presencia mundial. Según análisis periodísticos, en 1972 cerca del 87% de todas las tiras cómicas impresas en los diarios chilenos eran de procedencia extranjera. Sólo los periódicos socialistas y comunistas se daban el lujo de incluir historietas chilenas. Más notorio era el dominio de la oferta extranjera en el caso de las revistas de historietas. El mercado estaba inundado por las diversas revistas del consorcio Disney, tales como *Disneylandia*, *Tío Rico*, *Fantasías* y *Tribilín*[1219].

Durante la UP, la crítica contra el dominio estadounidense en el campo de las historietas fue extremadamente fructífera. El estudio conjunto de Armand Mattelart y Ariel Dorfman, *Para leer al pato Donald* (1971), se convirtió en *best seller* mundial gracias a sus numerosas traducciones. En cierto modo fue la biblia de la crítica contra el imperialismo cultural. En este clásico de la crítica cultural los autores analizaron los que en su opinión eran los elementos centrales de esa historieta tales como: indoctrinamiento con valores, estilos de vida y mensajes de consumo capitalistas y de la creación de un mundo de ilusión y la perpetuación de estereotipos coloniales[1220]. Según Ariel Dorfman y Armand Mattelart, el Pato Donald era sólo la punta del iceberg de los mensajes estadounidenses en formato de historieta. Ariel Dorfman estudió las tiras cómicas de súper héroes al estilo *Superman* y también las de *western*, e investigó ciertos conceptos transportados por esos medios. Entre éstos, el paternalismo, el pensamiento regido por una jerarquía ordenada por criterios materialistas, el racismo y el individualismo extremo. Comprobó que todos los géneros ensalzaban el *American way of life* y que adjudicaban a los estadounidenses una superioridad y supremacía, casi natural, respecto de todas las otras formas de civilización[1221].

[1218] Jofré, *La historieta..., op. cit*., pp. 2-25; Margarita Jaramillo, „Comics, Massenmedien und kulturelle Kommunikation in Lateinamerika", pp. 7-28; Alphons Silbermann & Holger D.Dyroff (eds.), *Comics and Visual Culture.*

[1219] Portales C., *op. cit*., pp. 108-112; Jofré, *Publicaciones..., op. cit*., pp. 25-35; Mattelart, "Estructura...", *op. cit*., p. 63; "Investigación...", en *Chile Hoy*, Nº 8, Santiago, 1972/73, p. 22. En especial la serie "Lo chamullo" de *La Última Hora* elaboraba tiras con alusiones directas a la vida de las clases bajas chilenas. Estudios sobre la historia del cómic en América Latina todavía son escasos. Un ejemplo es Anne Rubenstein, *Bad Language, Naked Ladies, and Other Threats to the Nation: A Political History of Comic Books in Mexico.*

[1220] Dorfman y Mattelart, *op. cit*.. Sobre la recepción en Chile: "Pato Donald", en *Chile Hoy,* Nº 11, Santiago, 1972/73, p. 19. Véase, además, Jofré, *La historieta..., op. cit*., p. 6; Ariel Dorfman, "Inocencia y neocolonialismo", pp. 223-253; Ariel Dorfman, "Niveles de la dominación cultural en América Latina: Algunos problemas, criterios y perspectivas", pp. 54-89; Luisa Ulibarri, *Caricaturas de ayer y de hoy.*

[1221] Ariel Dorfman y Manuel Jofré, *Superman y sus amigos del alma*, pp. 5-79; Jofré, *Publicaciones..., op. cit*., pp. 47-60; "Superman cumple 50 años", en *Análisis*, Nº 189, Santiago, 10 de agosto de 1987, p. 31.

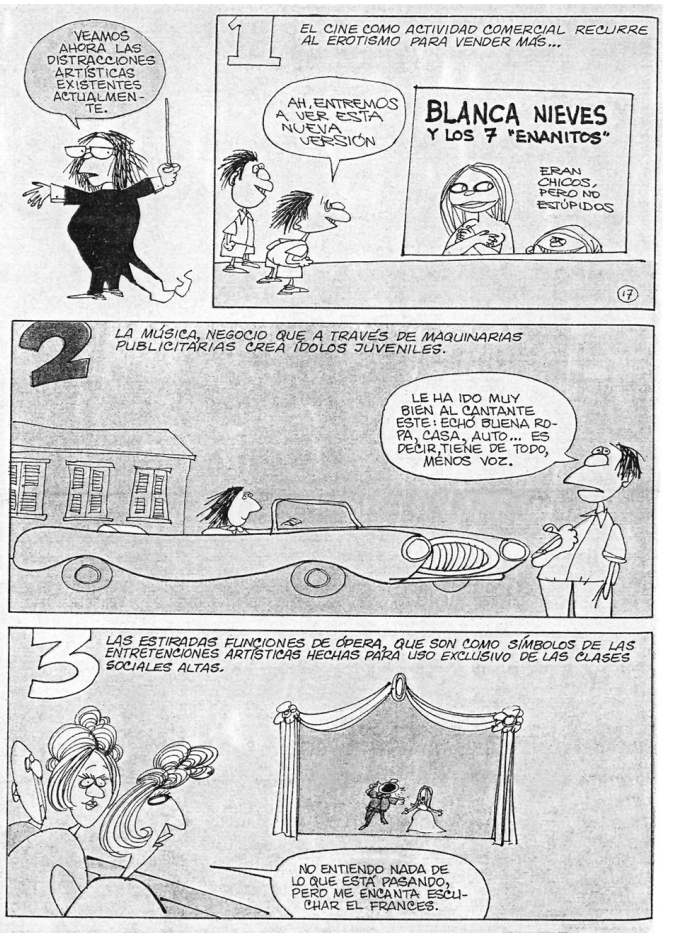
La demoledora crítica ideológica, sin embargo, no pudo cambiar el hecho de que las historietas siguieran gozando de gran popularidad justamente entre las clases bajas, que eran la clientela política de la UP. Los encargados de la política cultural del gobierno desarrollaron diversas estrategias para combatir la supremacía de sus consorcios de comunicaciones. Para empezar, empleados de Quimantú realizaron encuestas entre trabajadores para establecer sus preferencias en el terreno de los cómics. A partir de los resultados obtenidos, la editorial desarrolló una estrategia doble que respetaba el formato y técnica propios del cómic para proporcionar nuevos contenidos y valores. Editó historietas con una decidida intencionalidad didáctica, en las que el contexto era la actualidad chilena. Entre éstas estaban las revistas de historietas *Cabro Chico* y *La Firme*. Ambas ironizaban sobre el género de superhéroes y le contraponían "super héroes" chilenos –más débiles, pero también más honestos– como, por ejemplo, el cándido "Super Cauro"[1222]. *La Firme*, en la que colaboraban los conocidos caricaturistas Hervi, Pepe Huinca y Alberto Vivanco, publicaba periódicamente ediciones especiales sobre temas de actualidad. Varios fueron dedicados a la reforma agraria, a la teoría de la dependencia, a las tareas de las organizaciones populares y al analfabetismo, entre otros. Eran contextualizados en "Lo Chamullo, un barrio como el suyo" y sus personajes representaban a una familia chilena promedio perteneciente a la clase baja.

El número de enero de 1972 de *La Firme,* por ejemplo, explicaba los mecanismos del imperialismo cultural: como siempre, María escucha junto a sus vecinas de Lo Chamullo una radionovela sentimental hasta que su marido Venancio llega del trabajo. Venancio se siente mal, por lo que la familia decide ponerle remedio haciendo deporte. El 'jefe de hogar' encarga un manual para la práctica deportiva adecuada. A raíz de su fe ciega en la autoridad del manual, Venancio descubre tarde, luego de haber desintegrado el taxi de su cuñado, que por equivocación había recibido un manual de reparación de automóviles. Frustrado decide rendirse, pero su mujer lo lleva a la "Junta de Pobladores" –una organización vecinal establecida por la UP– en la que justamente estaba en tabla el tema "dependencia cultural". El presidente explica a los presentes, mediante ejemplos, que la comercialización del deporte y de la cultura sólo sirven al sistema capitalista (véase ilustración en página siguiente). Inspiradas por la charla, las mujeres desarrollan actividades creativas, mientras que a los hombres hay que convencerlos de que abandonen su actividad recreativa favorita, esto es, el consumo de alcohol en el bar del vecindario.

Además de estas creaciones propias, Quimantú publicaba varias historietas extranjeras, cuyas licencias adquirió con la compra de Zig-Zag. En revistas como *Agente Silencio-Marouf* (más tarde llamada *Dimensión Cero)* transformó radicalmente los contenidos para desmitificar al superhéroe individual y

[1222] Jofré, *La historieta..., op.cit*., p. 37; Jofré, *Publicaciones..., op. cit*., pp. 61-70; Allen Woll, "The Comic Book in a Socialist Society", pp. 1039-1045; Kunzle, *op. cit*., pp. 119-121.

desarrollar temas de crítica social en contextos chilenos. Para ello realizó un proceso gradual de modificación, pues la idea era conservar su público lector original. El ejemplo más conocido fue la transformación del héroe de historietas de western *El Jinete Fantasma* en un héroe social que luchaba a favor de los derechos de los pobres y explotados. La figura ganó independencia a lo largo del tiempo, hasta que en 1972 la revista fue rebautizada como *El Manque*. El originalmente típico héroe de western se había convertido en un héroe rebelde proveniente del ambiente de los campesinos chilenos. Algo




Los mecanismos del imperialismo cultural en el cómic. Mediante revistas de historietas como *La Firme,* la editorial estatal Quimantú quería agudizar la conciencia crítica de sus lectores tanto frente a la mercantilizada cultura de masas como ante la cultura sofisticada de las elites. FUENTE: "Lo Chamullo", en *La Firme*, Nº 32, Santiago, enero de 1972.

similar ocurrió con el super héroe blanco Mizamba de la revista *El Intocable,* que tenía su centro de acción en África. Fue desplazado por el "guerrillero Manuel Rodríguez", convertido en protagonista de *El Guerrillero*, historieta que relataba las aventuras del héroe de la Independencia, glorificado como un luchador por la justicia social[1223].

El éxito de esta utilización de los cómics por parte de la UP fue limitado. Dentro de la izquierda ortodoxa existía un rechazo básico hacia ese género "capitalista"[1224]. Encuestas y talleres con trabajadores agrarios y obreros industriales mostraron que, por ejemplo, *El Manque* generaba poco interés, pues estaba demasiado determinado por la política. Los trabajadores preferían historias humorísticas, llenas de acción y protagonizadas por super héroes, por sobre la crítica social. Así, los dibujantes y caricaturistas de Quimantú debieron tomar nota de que las tiras cómicas que aparecían en la prensa conservadora y en las revistas Disney, con tirajes de millones de ejemplares semanales, tenían más lectores que sus propias producciones[1225].

Una problemática similar se dio en el ámbito de la música popular. La influencia musical estadounidense se había manifestado en Chile ya en la década de 1920 con el jazz y el foxtrot. Del mismo modo se difundió por el país la moda mundial del *rock and roll*. Superestrellas estadounidenses como Chuck Berry, Bill Haley y Elvis Presley tuvieron sus imitadores en la Nueva Ola chilena, popularizados por revistas juveniles y programas especializados de radio y televisión. La Nueva Ola copió no sólo a las estrellas sino que, también, los conceptos de *discjockey* e *hitparade*[1226]. Según los críticos del imperialismo cultural, la dependencia y falta de autenticidad de esta música se mostraba, entre otras cosas, en el hecho de que era comercializada por las grandes casas discográficas. A pesar de que reconocían plenamente la calidad de la obra de los representantes del rock progresivo como Country Joe McDonald, quien visitó Chile en 1970, esto no compensaba la sensación de amenaza que les causaba la música popular comercial. Cuando en 1970 ese género se apoderó del folclore con el hit "El Cóndor pasa", cantado en inglés, según los críticos se había llegado al límite de lo tolerable[1227].

Justamente la música folclórica fue vista como aquélla que debía convertirse en contrapeso a la música popular. A partir del movimiento folclórico de las

[1223] Jofré, *Publicaciones..., op. cit*., pp. 85-100; Dorfman y Jofré, *op. cit*., pp. 129-187.

[1224] Jorge Coloma, "La historieta, veneno en cuadritos", pp. 69-76; Marcel Garcés, "La industria de los ídolos", pp. 69-76.

[1225] Jofré, *Publicaciones..., op. cit*., pp. 61-64 y 107-113.

[1226] Juan Pablo González, "Vertientes...", *op. cit*., pp. 40-41; Lasagni, *op. cit*., p. 17; Carlos Catalán *et al.*, *op. cit*., p. 24.

[1227] "Discjockey, yes", en *El Siglo*, Santiago, 20 de octubre de 1970, p. 4; "Los discos extranjeros", en *Ritmo*, Santiago, 16 de mayo de 1972, p. 46; Valerio Fuenzalida (ed.), *La producción de música popular en Chile*, p. 103. Sobre el rock progresivo: "Canciones y anarquía", en *Ercilla*, Nº 1843, Santiago, septiembre de 1970, pp. 72-73.

décadas de 1920 y 1930 se había desarrollado el estilo musical de la tonada chilena. Interpretada por músicos vestidos de huasos, al igual que la música popular, encontró un espacio de difusión en la radio y en la televisión[1228]. Para los críticos culturales de la UP, sin embargo, esta música folclórica comercial no era más que una variante de la infiltración cultural imperialista. Por ello, exigían un regreso a la 'verdadera' música chilena, aquélla de los pobres y marginados. La producción discográfica chilena creció fuertemente entre 1970 y 1973 con el apoyo del gobierno. Además de los clásicos boleros, rancheras y cumbias musicalizados con nuevas letras, los géneros que recibieron mayor atención fueron el rock progresivo, con letras en español, y especialmente el folclore revolucionario y las canciones de protesta política. Intérpretes como Ángel Parra y Víctor Jara, Inti-Illimani y Quilapayún se hicieron conocidos fuera de Chile durante esos años, y dieron a conocer el Chile socialista en todo el mundo. En cuanto a sus contenidos, esta orientación musical era tributaria del realismo socialista y criticaba el imperialismo cultural tal como aparece en el ciclo de canciones "El sueño americano", de Patricio Manns[1229].

La UP tuvo un contendor poderoso en su lucha contra el imperialismo cultural, combate que tenía su origen en la crítica teórica. La industria de la cultura de masas no se dejaba desplazar fácilmente, a pesar de los esfuerzos desplegados, por ejemplo, en los cómics o en la música popular. En la práctica, el tono pedagógico y el alto grado de ideologización de la producción cultural oficial fueron bien recibidos sólo por los adherentes convencidos de la UP pertenecientes a las capas educadas, mientras que la mayor parte de la población seguía prefiriendo la distracción liviana y fácil que le ofrecía la cultura de masas. Por su parte, las clases altas rechazaban la política cultural socialista como un intento de infiltración comunista particularmente peligroso. El constructo definido por la izquierda como auténtica cultura nacional no logró imponerse ante estas resistencias.

### *Entre tradición y mercado: cultura de masas bajo Augusto Pinochet*

En su crítica hacia la UP, la oposición invocó, una y otra vez, las medidas del gobierno sobre política cultural e informativa, las que a su juicio ponían en entredicho el derecho a la libertad de expresión. Como parecía que llevaban directo hacia una dictadura comunista, la oposición exigió la "despolitización" de la cultura. El gobierno militar tomó en cuenta esta exigencia, pero de una

[1228] Juan Pablo González, "Vertientes...", *op. cit.*, pp. 13-28. La música folclórica chilena se nutrió de numerosas fuentes latinoamericanas.

[1229] *Op. cit.*, p. 12; Catalán *et al.*, *op. cit.*, p. 44; y Steiner, *op. cit.*, p. 188. Sobre el rock progresivo véase David Yañez, "El rock chileno", pp. 28-31. En 1970 los músicos de rock chilenos imitaron en el festival al aire libre de Piedra Roja al gran ejemplo de Woodstock.

manera radical. Tal como el concepto teórico de cultura, la política cultural concreta del régimen entre los años 1973 y 1989 mostró un alto grado de contradicción interna. En lo que sigue, se discuten los diversos y, hasta cierto punto, altamente contrapuestos planteamientos de cultura y sus límites, así como la cultura de oposición gestada lentamente durante la década de 1980, a la sombra de la dictadura, en su confrontación con la cultura de masas

Las medidas de represión de los militares tras el golpe de 1973 se dirigieron con especial dureza contra conocidos símbolos de la política cultural socialista, en el entendimiento de que la cultura era esencialmente más vulnerable a la infiltración marxista que la economía y la sociedad[1230]. El asesinato de Víctor Jara, del y el exilio y la detención de numerosos artistas, fueron los primeros pasos de una política de destrucción sistemática de la escena cultural de izquierda, política que causó revuelo internacional. Para ello se utilizaron todas las posibles arbitrariedades estatales, tales como una estricta censura sobre los medios de comunicación y todos los productos culturales, clausura de organizaciones culturales de la UP, destrucción de obras de arte "degeneradas", incineración de libros y copias sonoras y actos terroristas[1231]. Como consecuencia, la vida cultural se paralizó: el número de libros publicados en Chile se redujo en más de un 50%, entre 1974 y 1979, la cifra de grabaciones de discos fonográficos disminuyó, entre 1972 y 1980, desde casi seis millones trescientos a sólo un millón[1232].

Además de la destrucción de células comunistas, supuestamente, subversivas, al régimen le interesaba combatir la decadencia de los valores morales. Ésta era la misma pretensión de los críticos culturales conservadores. Augusto Pinochet confesó públicamente que era partidario de una nueva cultura chilena basada sobre patriotismo, orden, temor de Dios y respeto, capaz de equilibrar armónicamente los contrastes sociales. La Junta de Gobierno se vanaglorió muy luego de haber erradicado con toda fuerza el tráfico de drogas y la pornografía. Los conciertos de rock, supuestos semilleros del mal, fueron prohibidos[1233]. Por otra parte, los partidarios conservadores del régimen demandaron de éste un

[1230] Así puede verse, por ejemplo, en la retrospectiva "Fortalecer la cultura", en *Las Últimas Noticias,* Santiago, 30 de abril de 1985, p. 2.

[1231] La persecución está documentada en detalle en Brunner *et al.*, *op. cit.*, pp. 47-63; Rodrigo Torres, "Música en el Chile autoritario, 1973-1990", pp. 197-202; Ariel Dorfman, "Tres años de resistencia cultural", pp. 6-11; Ariel Dorfman, "La cultura como resistencia", pp. 125-136; Steiner, *op. cit.*, pp. 37-46; Héctor Escárate, "El rock chileno", p. 146; Abelandia Rodríguez, "El papel de los medios masivos en la política cultural de la junta militar chileno", pp. 15-54. La editorial Quimantú fue renombrada como Editorial Gabriela Mistral y más tarde vendida a privados. Jofré, *La historieta..., op. cit.*, p. 48.

[1232] Brunner *et al.*, *op. cit.*, pp. 137-142.

[1233] *Declaración de Principios..., op. cit.*, p. 21; "Los padrinos políticos", en *Ercilla*, Nº 1987, Santiago, 1973, pp. 11-12; "La guerra de la coca", en *Las Últimas Noticias* suplemento *Mundo del Domingo,* Santiago, 10 de junio de 1984, p. 9. Sobre la postura de Augusto Pinochet respecto de la moral, véase Constable & Valenzuela, *op. cit.*, pp. 159-160; Raquel Correa y Elizabeth Subercaseaux, *Ego sum*, p. 67.

activo rechazo de las influencias de la cultura de masas. Pedían, por ejemplo, que se dictasen leyes que limitaran la presencia de música extranjera en los programas de radio. El peligro de norteamericanización lo veían reflejado en una preocupante disolución del español chileno, especialmente entre la juventud[1234]. Chile parecía estar bajo la amenaza de una invasión de estilos de vida foráneos:

> "Chile, como los demás países en vías de desarrollo, ha sido infiltrado por estilos de vida totalmente ajenos. Por eso es imprescindible, si se aspira a evitarlo, fortalecer decididamente las manifestaciones artísticas, la literatura, la artesanía, la educación y hasta la investigación científica para independizarnos de tecnologías foráneas..."[1235].

El régimen reaccionó a estas demandas fundando nuevas organizaciones culturales tales como la Secretaría Nacional de la Mujer. Entre otras tareas, ésta debía organizar eventos culturales "auténticamente" chilenos y nacionalistas, dentro de los cuales la música folclórica comercial, y el deporte volvieron a tener un importante papel como promotores de la salud y de la disciplina[1236]. Se creó la Secretaría Nacional de la Juventud. En opinión de la prensa oficial, el nuevo ideal autoritario de juventud logró imponerse rápidamente en Chile. Y años más tarde fue presentado en Estados Unidos como precursor del giro conservador de la juventud de ese país[1237].

El proyecto de una política cultural nacionalista fracasó en el largo plazo debido a su carencia de atractivo para la gran masa del público y a las contradicciones que presentaba con la lógica neoliberal, cuyas ideas fundamentales se hacían cada vez más visibles no sólo en la economía sino en otros ámbitos

[1234] "Cultura popular", en *La Nación*, Santiago, 6 de septiembre de 1980), p. 8A. Véase, además, Yolanda Montecinos, "Para estimular los valores chilenos", p. 28; "Generación", en *La Tercera*, Santiago, 20 de diciembre de 1976, p. 3. Sobre la crítica al lenguaje: Bravo, *op. cit*., p. 57. Para la legislación radial: "Impacta", en *Qué Pasa*, Nº 215, Santiago, 2 de junio de 1975, p. 57.

[1235] "En torno a la cultura", en *El Sur*, Concepción, 27 de julio de 1977, p. 3. Véase, además, Ana Helfant, "Cultura nacional", p. A3.

[1236] "Quincheros", en *Las Últimas Noticias,* Santiago, 24 de mayo de 1987, p. 54; Juan Pablo González, "Música popular chilena", pp. 158-161. Sobre el deporte: Munizaga, *La mujer..., op. cit*., pp. 12-16.

[1237] Catalán y Munizaga, *op. cit*., p. 28; "Chile y su folklore", en *La Tercera*, suplemento *Icarito*, Santiago, 3 de septiembre de 1974, p. 11; "Cultura chilena", en *Qué Pasa*, Nº 329, Santiago, 11 de agosto de 1977, pp. 44-45; "Estímulos a la cultura", en *El Mercurio*, Santiago, 5 de diciembre de 1985, p. A3; "Juventud chilena", en *El Mercurio*, Santiago, 23 de abril de 1975, p. 4; "Misión ante la juventud", en *El Sur*, Concepción, 9 de marzo de 1974, p. 5. Sobre el giro en Estados Unidos: "Así miran los norteamericanos...", en *El Mercurio*, Santiago, 6 de enero de 1980, p. D8; "La juventud de EE.UU.", en *El Mercurio*, Santiago, 18 de marzo de 1985, p. A2. Entre las medidas en el campo de las políticas dirigidas a la juventud se contaba el corte de pelo forzado y público de hombres con pelo largo: Constable & Valenzuela, *op. cit.,* p. 98.

de la vida social. En Chile, con el desarrollo de la sociedad de consumo y la proliferación de equipos de radio y televisión en los barrios más pobres, los mensajes de la industria cultural se hicieron accesibles, cada vez, a más personas. En cambio, la aceptación de libros y de otros medios impresos bajaba permanentemente[1238]. Dentro de los planteamientos culturales del régimen se impuso una transformación definida por la División de Cultura del Ministerio de Educación como un esfuerzo por desarrollar una cultura para todos, la cual se alejaba intencionadamente de la pretensión elitista de la alta cultura. Sin embargo, como consecuencia de esa reorientación, también, se redujeron los fomentos estatales a la cultura y se derogaron las exenciones tributarias. Conforme a las ideas neoliberales, la cultura era un producto como cualquier otro, que no debía ser subsidiado por el Estado, sino costeado privadamente. Conceptos como patrocinio de la cultura y *marketing* cultural detonaron fuertes debates, en los que Estados Unidos estaba en la mira. En particular, la vida cultural de la megaciudad de Nueva York, que seguía siendo inspiradora para los artistas chilenos, adoptó la función de modelo[1239]. Desde entonces el éxito de la "cultura" se medía según la lógica del mercado, a partir de resultados de sondeos, cuotas y ventas. Según esos parámetros, la cultura de masas de sello estadounidense era imbatible. A los ojos de los políticos culturales neoliberales, la idea adoptada por la revista *Ercilla* en orden a regalar a los nuevos suscriptores un libro como presente publicitario, fue considerada un positivo ejemplo de ese nuevo enfoque. Mientras ampliaba su clientela, fomentaba la difusión del libro[1240].

Bajo estas nuevas condiciones, la cultura de masas pudo consolidar su posición en Chile, y ampliarla. Las producciones estadounidenses volvieron a dominar, sin contrapeso, el mercado de las historietas. Sólo *Condorito,* una publicación chilena apolítica, pudo mantenerse frente al predominio de los consorcios de medios de comunicación transnacionales, a los cuales se sumó en la década de 1980 la editorial mexicana Novaro. Sin embargo, distribuía

[1238] Brunner *et al.*, *op. cit.*, pp. 64-84 y 195-197; José J. Brunner, *Un espejo..., op. cit.*, pp. 70-101; Catalán y Munizaga, *op. cit.*, pp. 20-22. Sobre el desarrollo de la sociedad de consumo véanse en este libro: "Bienvenidos a la era del consumo: inversiones, mercancías y publicidad; y sobre la modernización neoliberal: "El 'credo' de la modernización: noeliberalismo en lo económico y en lo social".

[1239] "El arte en dólares", en *La Tercera*, suplemento *Buen Domingo*, Santiago, 11 de diciembre de 1977, p. 12; "Cultura", en *Qué Pasa*, Nº 419, Santiago, 26 de abril de 1979, pp. 59-60; "Marketing a la cultura", en *El Mercurio*, Santiago, 20 de enero de 1980, p. D7; "En busca de Occidente", en *La Nación*, Santiago, 22 de marzo de 1981, p. 3A; "Cultura: auge, pro y contra", en *La Nación*, Santiago, 9 de junio de 1982, p. 11B. Posturas críticas frente a la reorientación: José J. Brunner, "Mercado...", *op. cit.*, p. 47. Sobre Nueva York: "¿Ciudad maldita o iluminada?", en *Qué Pasa*, Nº 662, Santiago, 15 de diciembre de 1983, p. 22; Arturo Fontaine Talavera, *Nueva York*; "Nueva Cork", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 19 de junio de 1976, p. 5; José Donoso, "La obsesión", p. E1; "Nueva York", en *Qué Pasa*, Nº 793, Santiago, diciembre de 1986, p. 21.

[1240] Bernardo Subercaseaux, "Una reactivación de signo ambiguo",pp. 29-35.

básicamente historietas estadounidenses traducidas al español[1241]. Durante la década de 1980, el consorcio Disney profesionalizó su ofensiva de *marketing*. La fascinación por las figuras de Disney era tan grande que, a pesar de las advertencias que Ariel Dorfman y Armand Mattelart escribieron años antes, la idea de construir en Chile un parque de diversiones en el estilo del Disneyland de Florida –frecuentado por un creciente número de chilenos– tuvo partidarios. El "Far West Town", inaugurado en 1969 en el acomodado barrio de Las Condes, en Santiago, para que los visitantes pudiesen experimentar en vivo las aventuras de *cowboys* e indios, fue un precursor. Cuando en 1977 Fantasilandia abrió sus puertas, pudo exhibir un elevado número de visitantes[1242].

Así como los productos estadounidenses pudieron reconquistar rápidamente el mercado chileno de historietas, sucedió lo mismo con la música ligera tras la ola de represión contra los cantautores y la música rock. Estudios estadísticos mostraron que durante la década de 1980 cerca del 80% de la música transmitida por los medios de comunicación chilenos y aquélla comercializada en forma de grabaciones, correspondía justamente a ese género. De ese alto porcentaje, según los estudios, el 90% provenía del extranjero y en gran parte desde Estados Unidos, aunque ciertamente había intérpretes de pop latino e hispano como José Luis Rodríguez y Julio Iglesias que gozaban de gran popularidad[1243]. El pop llegaba al mercado chileno sin grandes atrasos, detonando aquí los fenómenos mundiales de fanatismo, culto a las estrellas e imitación. Junto con la música arribaron nuevos bailes como el *breakdance*, con numerosos imitadores entre niños y jóvenes. A pesar de que muchas sátiras se inspiraron en el culto a las estrellas, los expertos acentuaban la importancia emocional y social de la música popular, y su gran impacto sobre la juventud. Las subculturas juveniles ya no sólo se desarrollaban en determinados medios sociales y políticos sino que estaban estrechamente ligadas a las tendencias de la cultura popular. La revista femenina *Paula* elaboró una tipología de los hombres jóvenes en Chile, que incluía "trashers" (los *heavy metal freak* de pelo largo), "cuicos" (*yuppies* conscientes de la moda y de las marcas) y "New Wave" (románticos y esotéricos), entre otros. Por su parte el *hippismo* era comercializable como estilo de un movimiento nostálgico[1244].

[1241] Jofré, *La historieta..., op. cit*., pp. 48-61; Manuel Alcides Jofré, "Historia de una desaparición", p. 27; "¡Monstruos, go home!", en *Hoy*, Nº 302, Santiago, 4 de mayo de 1983, p. 41 y "Pepo", en *Qué Pasa*, Nº 348, Santiago, 22 de diciembre de 1977, pp. 24-27.

[1242] "El Far West Town", en *Vea*, Santiago, 5 de junio de 1975, pp. 22-23; "Fantasilandia", en *Ercilla*, Nº 2219, Santiago, febrero de 1978, pp. 32-33; "Fantasilandia made in Chile", en *Qué Pasa*, Nº 349, Santiago, 29 de septiembre de 1977, p. 71; "El lugar más feliz...", en *Juventud*, Nº 16, Santiago, junio de 1978; "Walt Disney World", en *Carola*, Nº 129, Santiago, agosto de 1987, pp. 29-32.

[1243] Valerio Fuenzalida, *La producción..., op. cit*., pp. 6-8; Valerio Fuenzalida, *La industria fonográfica en Chile*, p. 20.

[1244] "Cuatro tipos", en *Paula*, Nº 514, Santiago, noviembre de 1987), pp. 30-40; "¿New Wave en Chile?", en *Qué Pasa*, Nº 769, Santiago, 2 de enero de 1986, p. 15; "Flores también en Chile",

El éxito de la música popular estadounidenses se debía en gran medida a los esfuerzos de la industria musical multinacional, muy activa en Chile. Junto a la promoción en los medios escritos, la televisión se volvió más importante ya que transmitía espectáculos musicales y vídeos de música popular[1245]. Los chilenos pudieron vivir la nueva música y los bailes en las discotecas, lugares que ganaron adeptos lentamente tras el levantamiento del toque de queda nocturno. Este desarrollo reflejó la confrontación con los estilos de vida estadounidenses. Así se aprecia en un artículo sobre la inauguración de la disco Hollywood, comparada con la neoyorquina Studio 54, en el que el autor terminaba su crónica con la pregunta: "¿En qué país estamos?"[1246].

El Festival de Viña del Mar, fundado en 1959, ganó creciente importancia dentro del negocio de la música popular y en la industria turística chilena, por ser un espectáculo musical en vivo. Junto a estrellas provenientes de Estados Unidos, Inglaterra y España, músicos chilenos y latinoamericanos –entre éstos, también grupos folclóricos comerciales y cantautores como Fernando Ubiergo– tenían la oportunidad de presentarse en vivo ante un enorme público. Partidarios del régimen mostraban el festival como un positivo evento de cultura popular, en el que la juventud chilena podía disfrutar con su música sin histeria colectiva. Los comentaristas acentuaban que ese festival demostraba que el gusto por el rock y el pop no tenían por qué identificarse con drogadicción ni con violencia[1247]. En comentarios de este tipo resonaba aquella clasificación que diferenciaba una cultura popular "buena", por ser apolítica, de otra "mala", por ser rebelde.

Pero justamente el Festival de Viña se convirtió en piedra de tope. Como siempre, la crítica tradicional calificaba la música popular como seudoarte sin mayor pretensión[1248]. Pero también daba pie para que críticos de la cultura de masas, afines y contrarios al régimen, retomaran el problema de la "desnacionalización" de la música. Reclamaron reiteradamente, pues consideraban que

---

en *Carola*, Nº 139, Santiago, febrero de 1988, pp. 24-29. Véase, además, "Los nuevos ídolos", en *Ercilla*, Nº 2110, Santiago, 10 de septiembre de 1975, pp. 56-57; "A lo Travolta", en *El Mercurio*, Santiago, 13 de enero de 1979, p. A3; "Michael Jackson", en *El Sur*, suplemento *Gaceta del Bío Bío*, Concepción, 17 de junio de 1984, pp. 8-10; "Los ídolos", en *El Mercurio*, Santiago, 22 de junio de 1984, p. 3; "La música popular", en *El Mercurio*, Santiago, 10 de marzo de 1985, p. C13. Sobre los bailes: Yolanda Montecinos, "Danza popular", pp. 8-9.

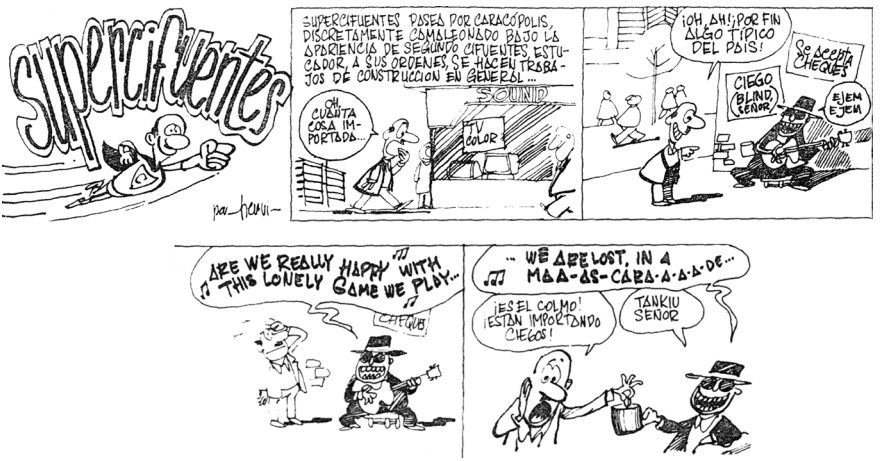
[1245] Valerio Fuenzalida, *La producción..., op. cit*., p. 113; "Música con ojos", en *Apsi*, Nº 203, Santiago, 18 de mayo de 1987, p. 49.

[1246] "¿Super onda?", en *Qué Pasa*, Nº 425, Santiago, junio de 1979, p. 9. Véase, además, "El nuevo Santiago", en *Qué Pasa*, Nº 370, Santiago, mayo de 1978, p. 32.

[1247] "Los cantautores", en *La Tercera*, Santiago, 17 de febrero de 1978, p. 3; "Festival de Viña", en *El Cronista*, Santiago, 6 de febrero de 1980, p. 7. Véase, además, "Festival de Viña", en *Chile Ahora*, Nº 28, Santiago, diciembre de 1984, pp. 22-23; "El rock", en *Paula*, Nº 444, Santiago, 22 de enero de 1985, pp. 22-25.

[1248] Rodrigo Torres, "Músic...", *op. cit.,* p. 203. Los críticos al régimen también lo veían de esa manera: Lihn, *op. cit*., pp. 38-39.

los intérpretes chilenos sólo eran figuras secundarias dentro del gran espectáculo y que la música nacional –definida de las maneras más diversas– tenía escasísimas perspectivas de éxito y ningún espacio de producción dentro de la industria musical comercial, dado el predominio de las composiciones anglo[1249]. Hervi, caricaturista de oposición, expresó esta percepción en una historieta aparecida en 1980: "Supercifuentes", una nueva parodia del "Superman". Mientras el personaje camina por las calles de "Consumopolis" como una persona normal se asombra por la gran cantidad de productos importados. Luego ve a un músico callejero ciego y se alegra por esta figura "típica", pero cuando comienza a cantar una canción popular estadounidense, Supercifuentes reacciona indignado (véase ilustración).




Supercifuentes y la música popular. La invasión de la cultura de masas estadounidense en el Chile de Pinochet parecía no tener límites. FUENTE: Hervi, "Supercifuentes".

La caricatura de Hervi era un signo del inicio de una década en la que las fuerzas opositoras al régimen fueron encontrando progresivamente formas de expresión cultural propias. En un principio éstas fueron la única vía para manifestar su protesta contra la dictadura. Si bien la oposición era sostenida por diversos grupos y se alimentaba de diferentes fuentes, aquí sólo se analizan brevemente, aquellos elementos que expresaron su protesta en diálogo con las influencias estadounidenses y dentro de los medios de comunicación de la cultura popular[1250]. En primer lugar, y no sin motivo, se consideran

[1249] "Para tener éxito hay que cantar en inglés", en *El Mercurio*, Santiago, 26 de diciembre de 1974, p. 25; "Hacia la identidad", en *Ercilla*, Nº 2357, Santiago, 30 de septiembre de 1981, pp. 39-40; "¿Dónde nace el rock?" en *La Segunda*, Santiago, 3 de marzo de 1987, p. 24; Valerio Fuenzalida, *La producción..., op. cit*., p. 9.

[1250] Sobre otras formas de expresión de la cultura de la resistencia, como literatura, muralismo y arpilleras, véase Steiner, *op. cit*.

algunos elementos de la cultura juvenil, pues la juventud formaba parte de los perdedores de la modernización, a raíz de su elevado grado de cesantía y marginalización. Durante el decenio 1980, la desesperanza de amplios sectores de la juventud se expresó de variadas formas. Por ejemplo, en el aumento de la drogadicción, del alcoholismo y de los delitos con violencia, ante lo cual la dictadura reaccionó con represalias. Precisamente para la juventud de las zonas marginales de las grandes ciudades, los "barrios bravos", los que algunos llamaban el nuevo "lejano Oeste", se hizo palpable el problema de la segregación social. Para ese grupo, el Chile moderno con su Metro y edificios comerciales era visible, pero inalcanzable[1251].

La incipiente oposición democrática recogió la frustración de una gran porción de los jóvenes como argumento para su crítica a la política cultural neoliberal de la dictadura. Esa sensación se expresó principalmente a través de la música. Especialmente activos fueron los cantautores del así llamado "canto nuevo" –gestado a partir de 1977/78 en el *underground*–, ligados al movimiento de la canción de protesta. La canción "Sobre la cultura" (1983) del grupo Los Zunchos, por ejemplo, terminaba con el siguiente verso: "Ya no quiero que me expliquen eso que llaman cultura. Ser culto resulta caro"[1252]. Los cantautores recogieron conscientemente elementos del folclore, entendieron su propia música como una vuelta al patrimonio musical auténticamente chileno y se percibieron a sí mismos como un movimiento de reacción frente a la música popular comercial[1253].

Pero dentro de la música rock la "era de la despolitización" y de las composiciones "políticamente asépticas", tan criticadas por los críticos de oposición de fines de la década de 1970, también llegó a su fin[1254]. Nuevos estilos provenientes de Estados Unidos e Inglaterra como el *heavy metal*, *punk*, y el *new wave* entregaron válvulas de escape a la protesta juvenil. En forma paralela a la intensificación de las protestas callejeras, organizadas por la oposición, surgieron bandas que utilizaban textos comprometidos políticamente, como Los Pinochet Boys y Los Prisioneros. Muy luego fueron subsumidos bajo el concepto de "nuevo pop". A pesar de las frecuentes prohibiciones para actuar y de otras medidas de censura, las nuevas bandas aprovecharon, a favor de su popularidad, la lenta apertura de los medios de comunicación chilenos.

[1251] Tironi, *Los silencios..., op. cit.*, pp. 22-58; Pedro Lira, "La esperanza acorralada", p. 25. Sobre el Santiago moderno: Enrique Lafourcade, "Adiós...", p. 6. Sobre el problema de la droga: "La droga maldita", en *La Nación*, suplemento *Fin de Semana*, Santiago, 29 de noviembre de 1980, p. 7; "La drogadicción", en *La Tercera*, Santiago, 8 de noviembre de 1987, p. 3; "La juventud", en *El Sur*, Concepción, 19 de octubre de 1988, p. 3.

[1252] "Los Zunchos", en *Bicicleta*, Nº 34, suplemento especial, Santiago, 1983, p. 28.

[1253] Escárate, *op. cit.*, p. 149; "El nuevo canto", en *Análisis*, Nº 42, Santiago, enero de 1982, pp. 4-9; Fernando Paulsen, "El nuevo canto", pp. 4-9; Nancy E. Morris, "Canto porque es necesario cantar: The New Song Movement in Chile", pp. 122-136.

[1254] Fredy Cancino, "Cuando rock rima con libertad", p. 47.

Rápidamente se convirtieron en íconos de la juventud, precisamente porque no deseaban que su música fuera percibida sólo como un canal de agitación política[1255].

Esto fue válido especialmente para Los Prisioneros. El grupo fundado en 1983 alcanzó muy pronto el estatus de banda de culto. Con su primer disco *La Voz de los 80* (1984), Los Prisioneros escribieron parte de la historia de la música chilena y también el manifiesto e himno de la generación joven. En la canción del mismo nombre, declararon muertos a los movimientos *hippie* y *punk*, debido a su comercialización. En lugar de éstos, querían convertirse ellos "en la voz de los 80". Seguros de sí mismos, llamaron a un cambio radical: "Sangre latina necesita el mundo: roja, furiosa y adolescente"[1256]. De manera similar a los cantautores, utilizaron canciones como "Latinoamérica es un pueblo al sur de Estados Unidos" para declararse en contra del régimen, del pensamiento consumista y del imperialismo. También para darle la espalda a la oligarquía, y redescubrir y valorar el pueblo chileno. Pero al mismo tiempo se veían a sí mismos como una banda comercial de rock, cuya música estaba marcada por influencias provenientes del área angloamericana. El contrato que firmaron en 1985 con EMI Odeón les trajo el éxito comercial esperado, sustentado en gran parte en su conquista del mercado latino en Estados Unidos a través de la cadena MTV[1257].

Al expresar públicamente su postura contra la dictadura de Augusto Pinochet, contribuyeron a la movilización de los votantes jóvenes en el plebiscito de octubre de 1988. Pero también astros del rock y del pop internacionalmente conocidos, tales como Peter Gabriel, Sting y Tracy Chapman declararon ese año su solidaridad con la oposición chilena y organizaron conciertos benéficos de gran impacto. La banda de rock Mr. Mister provocó un escándalo durante el Festival de Viña del Mar al manifestar su apoyo a la libertad cultural en Chile, por lo que fue expulsada del país[1258]. La izquierda ortodoxa, que

[1255] Rodrigo Torres, *op,. cit*., pp. 210-213; Escárate, *op. cit*., pp. 146-148; Rigoberto Díaz, "Metafísica", p. 3; "El 'new wave' chileno", en *Análisis*, Nº 130, Santiago, enero de 1986, pp. 26-27; "El fenómeno musical", en *Ercilla*, Nº 2690, Santiago, febrero de 1987, pp. 12-13; "Música con ojos", en *Apsi*, Nº 203, Santiago, 18 de mayo de 1987, p. 49. Sobre el *thrash-metal* chileno, véase "El monstruo", en *Cauce*, Nº 164, Santiago, 20 de junio de 1988, p. 35.

[1256] Los Prisioneros, "La voz de los ochenta".

[1257] "Los Prisioneros", en *Hoy*, Nº 480, Santiago, octubre de 1986, p. 41; "Los Prisioneros", en *La Época*, Santiago, 4 de abril de 1988, p. 28; "Salen a la pelea", en *La Cuarta*, Santiago, 7 de abril de 1989, p. 19; Paulo Hidalgo, "La juventud...", p. 9; "Hoy repiten los videos", en *La Época,* Santiago, 28 de octubre de 1988, p. 22.

[1258] "Un día el rock", en *Cauce*, Nº 223, Santiago, 17 de octubre de 1988, pp. 42-43; "Bruce Springsteen", en *La Época*, Santiago, 16 de octubre de 1988, p. 33; "Adiós al Festival", en *Las Últimas Noticias*, suplemento *La Gaviota*, Santiago, 24 de febrero de 1988, p. 9; "Autoridades", en *La Época*, Santiago, 25 de febrero de 1988, p. 13. Joan Baez participó en conciertos solidarios en Chile ya en 1981: "Joan Baez", en *Ercilla*, Nº 2392, Santiago, 27 de mayo de 1981, pp. 34-37; "Joan Baez", en *Apsi*, Nº 89, Santiago, 2 de junio de 1981, p. 2.

tradicionalmente había rechazado la música rock y popular como productos industriales del imperialismo cultural, debió reconocer el potencial de movilización y protesta de esa música. Así lo señaló retrospectivamente el crítico musical Fredy Cancino en 1988:

> "Deja más la marca una canción de los Rolling Stones o de Aretha Franklin que un artículo del *Time* o un discurso de Galeano. Porque el lenguaje del rock es la identificación de una generación que ha aprendido a expresar en él sus propias exigencias y emociones... Únase esas cualidades con la natural generosidad de los jóvenes, y se tendrá una energía libertaria más fuerte que la energía reaccionaria de Rambo o que la aparente alegría mediocre que nos propina diariamente la TV del régimen"[1259].

Así, la aparentemente fácil superación de las fronteras nacionales que lograba la música popular ya no representaba sólo una amenaza, sino también una oportunidad. El problema de la definición de lo auténtico, de la "música nacional", parecía redundante en vista de los desarrollos que vivía el negocio musical internacional, aun cuando para algunos críticos culturales –fueran de izquierda o derecha– lo auténtico seguiría siendo un índice de calidad determinante. A los músicos, sobre todo del campo del rock y del pop, les importaban poco estas definiciones. En cierto modo se convirtieron en la vanguardia de una forma nueva e híbrida de cultura popular, que teóricos como José J. Brunner se empeñaban en comprender. Atrapado en las contradicciones entre las demandas tradicionalistas y elitistas por una parte, y el neoliberalismo cultural por otra, paradójicamente fue el propio régimen de Augusto Pinochet el que allanó el camino a estos desarrollos al retirar al Estado de la vida cultural.

La cultura de masas se convirtió, a lo largo del siglo XX, en el principal medio de norteamericanización. Debido a la difusión de la electrónica del entretenimiento participaron de ella todas las capas sociales, de modo que pudieron tener la experiencia de contacto con aquello que se consideraba como estadounidense. Durante las dos décadas analizadas en este capítulo, las reacciones a este proceso fueron ambivalentes. La UP lo estigmatizó como imperialismo cultural y lo combatió con recursos estatales. Bajo el régimen militar se mantuvo básicamente la misma postura frente a la cultura popular, aunque por causas diametralmente opuestas. La cultura de masas fue definida como lo amenazante y ajeno, a lo cual debía contraponerse lo propio y auténtico. Pero así como no fue posible aprehender con claridad la cultura de la masa, mucho menos combatirla, tampoco se logró construir ni imponer un modelo de cultura nacional capaz de lograr consenso. Ni siquiera lo logró el aparato represivo del régimen militar. Tras el giro neoliberal, no obstante, esto dejó de parecer imprescindible, puesto que la cultura de masas ayudaba

[1259] Cancino, "Cuando...", *op. cit.*, p. 47.

a la implantación del modelo de modernización. Sin embargo, cuando las consecuencias negativas de este modelo se hicieron claramente reconocibles, los partidarios del régimen debieron contemplar, impotentes, cómo la cultura de masas desplegaba su potencial subversivo. Estos desarrollos ayudaron finalmente al surgimiento de un nuevo paradigma respecto de la comprensión de la cultura, que, si bien no era compartido por todos, allanó el camino a una nueva forma de entender los procesos asociados a la norteamericanización.

## La revolución visual: cine y televisión, entre comercio y cultura

*"La televisión es... el gran medio de internacionalización del imaginario de nuestras sociedades. O, mejor, si se desea ser más concreto, de norteamericanización de ese imaginario. Modelos de vida, de comportamiento, de valores, de vestimenta, de entretención, de justicia, de velocidad, de urbanización, casi todo nos viene a través de los símbolos del norte. Igual que los ídolos, la música, las matrices ideológicos, el conocimiento científico, las tecnologías y hasta una proporción de los dólares que necesitamos para adquirir ese universo, nuestra cultura moderna"*[1260].

En ningún otro ámbito fue tan intenso el encuentro con la cultura de masas como en el cine y en la televisión. Durante el período estudiado, esta última logró imponerse globalmente, con lo cual permitió que una cantidad creciente de imágenes provenientes de y sobre Estados Unidos fuese accesible en forma casi ininterrumpida prácticamente en todo el globo. En vista de los cambios en las costumbres y en los estilos de vida de los chilenos, en sus hábitos de consumo y valores –transformaciones atribuidas a la influencia ejercida por las imágenes, especialmente aquellas transmitidas por la televisión–, los observadores críticos podían hablar fácilmente de una revolución visual. El cine y la televisión actuaban como una lupa que intensificaba los debates en torno a conceptos como comercialización, consumo, cultura de masas y modernización. Los temas que se abordan a continuación, cuestionan hasta qué punto estos cambios socioculturales tienen relación, o no, con los encuentros con Estados Unidos y cómo influyeron en concreto en el desarrollo del cine y la televisión en Chile. Para comenzar, el análisis se centrará en el auge de la televisión en Chile y en los desarrollos tecnológicos, luego sobre los contenidos y programas estadounidenses adoptados en Chile y su interpretación y crítica en el país. Finalmente, se plantea la pregunta respecto de las orientaciones que se dedujeron para el cine y la televisión a partir de esas interpretaciones.

[1260] José J. Brunner, *Un espejo..., op. cit.*, pp. 145-146.

## *El auge de la televisión y el papel de Estados Unidos*

Si bien en Chile la expansión de la televisión comenzó comparativamente tarde, una vez iniciada –tal como sucedió en el resto de los países latinoamericanos– fue rápida e imparable. Su difusión estaba estrechamente vinculada a los progresos técnicos y de contenidos que experimentaba ese nuevo medio de comunicación en los países industrializados, adelantos que contribuyeron a su despegue en el ámbito internacional. ¿Cómo se estructuró el desarrollo de la televisión en Chile y cuántas personas recibieron sus mensajes? ¿Fueron su organización y estructura jurídica una mera copia de los modelos estadounidenses y europeo? ¿Cómo incidieron los desarrollos tecnológicos posteriores sobre la televisión chilena?

A partir de 1950 se realizaron, en la Universidad Católica de Chile, investigaciones en torno a la nueva tecnología de la televisión dirigidas por el profesor Julio del Río, quien era, asimismo, representante de RCA Víctor en Chile, por lo tanto, desde un comienzo fueron las filiales chilenas de la industria cultural las que proporcionaron tanto equipamiento como conocimiento. Más adelante se intensificó la colaboración tecnológica gracias al intercambio académico con instituciones de educación superior. La cooperación era de gran interés para la contraparte chilena, a causa de los avances en el área de la navegación espacial, de la tecnología satelital y por los desarrollos de la televisión en colores. En agosto de 1968 se realizó la primera transmisión satelital de imágenes en colores al país a través de Entel y desde la embajada chilena en Washington[1261].

En ese momento ya había concluido la fase de consolidación de la televisión chilena. Durante la década de 1950 hubo diversas ofertas de concesión por parte de empresas proveedoras de televisión y de empresas privadas, sin embargo, fueron rechazadas debido a la política de proteccionismo cultural de la segunda administración de Carlos Ibáñez. De hecho, la primera legislación relativa a la televisión, promulgada en 1958, reflejó esta actitud. Al año siguiente se establecieron los primeros canales de televisión en Chile. A diferencia de lo que sucedía en el resto de los países de la región, los canales chilenos eran operados por las grandes universidades: Universidad de Chile (Canal 9), Universidad Católica (canales 2 y 13) y Universidad Católica de Valparaíso (Canal 4). El que el Estado encomendara a las universidades la organización de los canales de televisión y que las privilegiara jurídicamente, fue una decisión consciente, exigida en forma especial por la Iglesia Católica para preservar la "dignidad espiritual" de los chilenos frente a la televisión comercial que se había impuesto, en la mayoría de los países vecinos, siguien-

[1261] "La credibilidad", en *Ercilla*, Nº 2590, Santiago, febrero de 1985, pp. 22-23; *40 años de Canal 13*, p. 15.

do el modelo estadounidense[1262]. Por otro lado, los canales universitarios no podían prescindir de la colaboración de expertos, quienes venían directamente de Estados Unidos o habían acumulado experiencia allí, pues era considerado, lisa y llanamente, el país de origen de la televisión moderna. En Chile se destacaba permanentemente el importante papel económico, social y cultural de ese nuevo medio dentro de Estados Unidos y su poder, que era inequívoco en el ámbito político[1263].

Recién cuando en 1962, a raíz de los elevados aranceles de importación, Motorola inició la producción de aparatos de televisión en Chile, se elevó –aunque de forma lenta– el número de espectadores en el país. Simultáneamente se escuchaba el llamado a autorizar la participación de proveedores privados –especialmente por parte de radioemisoras que querían ingresar al negocio–, pues los canales universitarios aún tenían graves problemas derivados fundamentalmente de la escasez de financiamiento. La exigencia de un autofinanciamiento junto a la prohibición de realizar publicidad demostró ser desde el comienzo inviable. En realidad, para lograr ofrecer algún programa, los canales recurrían casi siempre a series estadounidenses baratas. Estas eran financiadas mediante la así llamada publicidad "indirecta" ("payola") de auspiciadores como Motorola o Coca-Cola. El Estado toleraba esta elusión de la prohibición de publicidad, cuyo desarrollo y organización fueron asumidos por agencias de publicidad dado que los canales no podían aparecer oficialmente involucrados. Mediante esta actitud flexible pudo mantenerse en pie el monopolio televisivo de las universidades[1264].

Junto con la llegada del PDC al gobierno en 1964, aumentó la importancia de la televisión en Chile. Debido a que los demócratacristianos deseaban utilizar este nuevo medio de comunicación como un instrumento para su proyecto de modernización tecnológica y social, buscaron el apoyo que brindaba la Alianza para el Progreso. La televisión debía realizar de mejor manera el apoyo a la integración nacional mediante la creación de estaciones en las provincias. A su vez, debía abandonar su carácter elitista y ofrecer programas de entretenimiento y educativos dirigidos a la gran masa. Por ello, el PDC exigió también la colaboración entre los canales de televisión y la industria[1265].

Así, a partir de 1965 comenzó una primera fase de expansión para la televisión chilena, la que se manifestó tanto en el creciente número de receptores como en la ampliación del área de las transmisiones televisivas. Entre 1965 y 1970 aumentó fuertemente el número de aparatos de televisión. Tanto, que había trabajadores que vivían en los barrios pobres de las grandes ciudades

[1262] María de la Luz Hurtado, *Historia de la televisión chilena entre 1959 y 1973*, pp. 35 y 20-23, 86; Catalán *et al.*, *op. cit.*, p. 21.

[1263] José M. Navasal, "Lucha por la TV", p. A3; "Teleaudiencia...", en *La Tercera*, Santiago, 8 de julio de 1984, p. 10; "Una audiencia millonaria", en *Hoy*, Nº 453, Santiago, marzo de 1986, p. 41.

[1264] Hurtado, *op. cit.*, pp. 42-78; Valerio Fuenzalida, *Estudios..., op. cit.*, p. 16.

[1265] Hurtado, *op. cit.*, pp. 164-167 y 268-284.

dispuestos a asumir el enorme costo que implicaba adquirir un televisor[1266]. Los otros tipos de oferta de entretenimiento y los demás medios de comunicación resintieron fuertemente este desarrollo. En especial el cine, que perdió una gran parte de su clientela habitual a favor de la televisión. Entre 1965 y 1982, el número de espectadores en las salas de cine se redujo un 80%. Al mismo tiempo, la nueva Ley de Televisión de octubre de 1970 fortaleció la posición jurídica de la televisión al mantener el monopolio tanto de las universidades como del canal estatal TVN, y al crear el Consejo Nacional de Televisión. La ley contempló por primera vez la autorización de publicidad, aunque con estrictas restricciones de horario. Sin embargo, los canales volvieron a eludir en forma inmediata esas limitaciones. Con ello, la televisión se impuso en Chile, ya en 1970, en forma definitiva como el principal medio visual. En realidad, se convirtió en el principal medio en general[1267].

Bajo el régimen militar se produjo otro aumento explosivo de televisores y de la audiencia, especialmente entre 1975 y 1980, tal como muestra el cuadro Nº 4. Esto se debió fundamentalmente a la mayor disponibilidad de créditos de consumo, la caída de los precios de los aparatos tras la eliminación de las barreras a la importación y la imposición del toque de queda nocturno. El crecimiento siguió siendo elevado, de manera que en 1990 ya había un aparato cada cinco chilenos. Dentro de América Latina, Chile ocupó el primer lugar en la tasa de televidentes. También la cantidad de horas de emisiones aumentó en forma continua, alcanzando cifras que colocaron a Chile dentro del grupo de los diez países con mayor extensión en sus transmisiones. Los programas eran emitidos por cinco canales, sin que por mucho tiempo se modificara la estructura básica, compuesta por varias estaciones universitarias y una estatal[1268]. Éstas se financiaban a través de ingresos por publicidad. Luego de que en agosto de 1977 fueron suprimidas las restricciones que permitían emitir cierta cantidad de minutos de publicidad cada hora –limitaciones que ciertamente eran sólo teóricas–, aumentó en forma continua la duración de las emisiones comerciales. Las inversiones en publicidad televisiva aumentaron explosivamente entre 1975 y 1982, y subieron desde siete millones cien mil dólares a ciento cincuenta y siete millones trescientos mil. Con una participación del 55% de las inversiones publicitarias, la televisión se había convertido por lejos en el principal medio publicitario en Chile[1269].

[1266] Valerio Fuenzalida, *Estudios..., op. cit*., p. 28. Sobre la expansión de la televisión entre los trabajadores, véase Michèle Mattelart y Mabel Piccini, "La televisión y los sectores populares", p. 9.

[1267] Mario Urzua, "Nuevos desafíos para la televisión chilena", pp. 68-69; Valerio Fuenzalida, *Estudios..., op. cit*., pp. 29-35; Bernardo Subercaseaux, *Sobre..., op. cit*., p. 15.

[1268] Brunner *et al*., *op. cit*., pp. 121-123; Augusto Góngora, *La tele-visión del mundo popular*, p. 47; Brunner y Catalán, *op. cit*., pp. 13-19; *40 años..., op. cit*. pp. 89 y 106.

[1269] Sobre la participación publicitaria: Valerio Fuenzalida, *Estudios..., op. cit*., pp. 61 y 177; Juan Carlos Altamirano, *Así..., op. cit.,* p. 39; Manuel Alcides Jofré, *Presencia de la producción estadounidense en la programación televisiva chilena*, p. 7.

*Cuadro Nº 4*
NÚMERO DE TELEVISORES Y TASA DE TELEVIDENTES EN CHILE, 1960-1990

| | 1960 | 1965 | 1970 | 1975 | 1980 | 1985 | 1986 | 1990 |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Receptores[a] | 0,5 | 50 | 500 | 700 | 1.225 | 1.750 | 2.000 | 2.700 |
| Televidentes[b] | 0,06 | 6 | 53 | 68 | 110 | 144 | 164 | 205 |

[a] miles de artículos; [b] cada mil habitantes

FUENTE: Delgado Rühl, *op. cit.*, p. 88.

La elevada oferta reflejaba la alta demanda. Según una encuesta realizada en Santiago en mayo de 1987, el 91,3% de los encuestados afirmó que en el último tiempo había visto televisión en forma regular, con lo que superaba a todas las demás ocupaciones de tiempo libre y, en términos de consumo, aventajaba con mucho a otros medios tales como cine, periódicos y libros. Las mujeres y los niños eran los principales consumidores de televisión. Ya en 1985 había estimaciones según las cuales los niños chilenos veían cerca de mil cuatrocientas horas anuales de televisión, mientras que asistían sólo a mil doscientas horas de clases. Más aún, la televisión había dejado de ser un artículo de lujo. Más del 71% de los hogares chilenos tenía en 1987, al menos, un aparato en blanco y negro, y el 59%, uno en colores. Sólo era superada por el número de radios. La televisión se había tornado, para todos los grupos etarios, no sólo en el principal medio informativo sino en el más importante a la hora de organizar el tiempo libre[1270].

Los progresos técnicos de la televisión que provenían de Estados Unidos, acompañaron y profundizaron esos desarrollos. Gracias a la tecnología satelital, TVN pudo ofrecer desde 1974 una programación con la actualidad noticiosa de todo el mundo. Durante la década de 1980 fueron habituales en Chile las transmisiones en vivo y, a partir de 1989, quienes disponían de una antena especial podían recibir la señal de cincuenta cuatro canales internacionales a través de Intelsat y Panamsat. Luego de que en 1978 se suspendiera la prohibición a la importación de televisores en colores, esa nueva tecnología se impuso rápidamente. Tras prolongados debates, el régimen recurrió a la norma estadounidense NTSC, pues era más económica que las europeas PAL y SECAM, además de que ofrecía mejores posibilidades para continuar utilizando los televisores en blanco y negro[1271]. Unos pocos años más tarde llegaron al país

[1270] Brunner *et al.*, *op. cit.*, pp. 195-197; "12 años", en *Análisis*, Nº 118, Santiago, 5 de noviembre de 1985, pp. 18-19; Brunner y Catalán, *op. cit.*, p. 45. Véase, además, las periódicas encuestas realizadas por Gallup: "Televisión y cine", en *Índice Gallup*, Santiago, enero de 1981, p. 12.

[1271] "Wayne Sandvig", en *La S*, Santiago, 6 de abril de 1984, p. 12; *40 años...*, *op. cit.*, p. 107; Augusto Góngora, *op. cit.*, p. 45. Sobre las discusiones en torno a la televisión en colores:

los primeros aparatos de vídeo, provocando un auge de los "cines en casa", que significó nuevas pérdidas para el verdadero cine. Para Joaquín Lavín, y otros partidarios del gobierno, la posibilidad de que los chilenos pudiesen presenciar en vivo acontecimientos tales como los Juegos Olímpicos, el Mundial de Fútbol o la entrega de los premios Oscar, y grabarlos en videos, era demostración del creciente cosmopolitanismo del país y de su acelerada modernización[1272].

Dado que los nuevos desarrollos llegaban a Chile en intervalos cada vez menores, la explosión de la televisión por cable a partir de 1983 generó grandes expectativas. Si bien el diario *El Mercurio* entró tempranamente en el negocio junto a su filial Intercom, recién en 1987 fue posible ofrecer en forma regular el servicio de televisión pagada[1273]. El fundamento para esta ruptura del monopolio estatal y universitario se encontraba en la Constitución de 1980, la cual por principio también concedía el derecho de fundación y operación a los privados. El artículo correspondiente había nacido a partir de un controvertido debate en torno a la privatización de la televisión. Los modernizadores neoliberales exigían con firmeza este cambio, apelando a la necesidad de elevar la productividad del sector económico de la televisión. De todos modos, el grado de comercialización del sector ya era muy elevado debido a que el porcentaje de financiamiento proveniente de la publicidad alcanzaba el 90%. Por otra parte, la función del Consejo Nacional de Televisión había sido progresivamente socavada. Sin embargo, la idea encontró resistencias dentro del régimen y especialmente por parte del propio Augusto Pinochet, pues no quería perder el control sobre el principal medio de propaganda. En definitiva, el nuevo artículo fue una fórmula de acuerdo que reconocía formalmente la posición de privilegio del Estado y de las universidades. La admisión de proveedores privados debía ser regulada por la ley, por lo que se conservaron, al menos teóricamente, las funciones estatales de regulación y control. En la práctica, las leyes interpretativas le abrieron las puertas, de par en par, a la televisión privada. Desde entonces, inversionistas extranjeros pudieron participar de la propiedad de las empresas proveedoras privadas chilenas. Cuando la televisión privada se impuso plenamente en Chile, los grandes consorcios de medios de comunicación estadounidenses como Disney y Warner ya tenían una participación preponderante[1274].

---

"Remezón", en *La Segunda*, Santiago, 19 de abril de 1978, p. 34; "Ventajoso para América Latina", en *La Tercera*, Santiago, 24 de septiembre de 1978, p. 3.

[1272] "Los misterios del satélite", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 23 de junio de 1976, p. 25; "El color y el video", en *El Cronista*, Santiago, 31 de diciembre de 1979, p. 31; José M. Navasal, "Vía satélite", p. A3; Lavín, *A Quiet..., op. cit.*, p. 19. Sobre el video: Brunner y Catalán, *op. cit.*, p. 54; "El 'show' portátil", en *Hoy*, Nº 280, Santiago, noviembre de 1982, p. 31.

[1273] "Aún hay que esperar", en *Qué Pasa*, Nº 618, Santiago, febrero de 1983, p. 12; Lavín, *A Quiet..., op. cit.*, p. 89; Brunner *et al.*, *op. cit.*, p. 132; Valerio Fuenzalida, "La TV chilena ante la década del 80", pp. 57-65.

[1274] "Televiendo", en *Qué Pasa*, Nº 663, Santiago, diciembre de 1984, p. 34; Valerio Fuenzalida, *Estudios..., op. cit.*, pp. 17 y 166-175; Brunner *et al.*, *op. cit.*, pp. 121-123; *40 años..., op. cit.*, p. 62.

El explosivo *boom* vivido por la televisión chilena, entre 1965 y 1989, que integró a chilenos de todas las clases sociales y regiones al mercado nacional, estaba estrechamente ligado a impulsos provenientes de Estados Unidos. Tanto los satélites como los televisores en colores y las normas para el vídeo fueron adoptados desde el norte. Los desarrollos estructurales propios de la forma de organización de la televisión chilena con un régimen estatal-universitario muestran, sin embargo, que había claramente espacio para caminos propios, a pesar de la completa dependencia tecnológica. Recién con el giro neoliberal, que preparó el camino a la privatización, fue posible que se impusiera plenamente aquello que se percibía frecuentemente como una norteamericanización sin contrapeso de la televisión y que incluía tanto a la televisión por cable como a la televisión pagada.

### *Las influencias estadounidenses y sus críticos*

Al examinarlos con más detalle, los caminos propios del sector televisivo chileno fueron más acotados de lo que hace suponer la existencia de veinte años del monopolio estatal-universitario. En términos de contenido, el nuevo medio estaba fuertemente marcado por las influencias de Estados Unidos, y no sólo por el ya mencionado elevado grado de comercialización. ¿Cómo eran esas influencias y qué espacio ocupaban dentro de la oferta programática? ¿Qué reacciones provocaban? Para ordenar los contenidos de la televisión chilena de la décadas de 1970 y 1980 en su continuidad histórica, es necesario mirar previamente el desarrollo del cine hollywoodense en Chile entre 1934 y 1989.

Hollywood mantuvo su atractivo en Chile durante la crisis económica mundial, a pesar del extendido antinorteamericanismo que ésta provocó. Es más, dentro del sector del entretenimiento la fábrica de sueños siguió consolidando su dominio entre las décadas de 1940 y 1960. En términos comerciales, esto se debía a que poseía el control de la distribución a través de consorcios transnacionales como Warner, United Artists y Twentieth Century Fox, a los que se unió la mexicana Pelmex[1275]. Estos consorcios traían a Chile películas exitosas, subtituladas al castellano o sincronizadas. Éstas dominaron claramente el mercado antes y después de la reanudación de las producciones europeas, pues casi no tenían competencia[1276]. Así, en Chile también se estrenaron los éxitos de taquilla mundial como las setenteras *Love Story* (1971) y *Saturday Night Fever* (1978) o el exitosísimo *Rambo*. Los estrenos incluían todos los gé-

[1275] Rafael Otano, "El vuelco del cine", p. 590; Catalán *et al.*, *op. cit.*, p. 26.

[1276] Ramón de la Serna, "Elogio del film americano", pp. 381-385; Catalán *et al.*, *op. cit.*, p. 13; "Una visión de lo que es la vida humana", en *El Sur*, Concepción, 12 de mayo de 1982, p. 3. Sobre la competencia cinematográfica europea posterior a la Segunda Guerra Mundial, véase "La flor y la nata", en *Hoy*, Nº 483, Santiago, diciembre de 1986, p. 57.

neros, desde historias de amor, ciencia ficción y películas de catástrofes hasta *Westerns* que desataban oleadas de entusiasmo[1277]. El que Hollywood siempre consiguiera despertar emociones se debía, principalmente, al hecho de que el culto a las estrellas se había intensificado en forma continua siguiendo pautas que se habían estandarizado internacionalmente desde su nacimiento en la década de 1920. Sus elementos básicos seguían siendo el lujo, la belleza, el erotismo, el misterio y el escándalo que rodeaban a las estrellas. A esto se agregó la creciente profesionalización de la elaboración que de él hacían los medios de comunicación en los diversos países. A partir del decenio de 1950, en Chile ya no pasaba desapercibida la oferta de fotografías y chismografía dentro de la prensa amarilla[1278].

La televisión fue determinante para la extensión del culto a las estrellas, pues lo profundizó con repeticiones de películas, shows, programas magazinescos y transmisiones en vivo. También hizo que con el tiempo fuese menos necesario ir al cine para ver a las estrellas. Todo ello era consecuencia de que la televisión chilena definía sus contenidos a partir de aquellos elementos que habían dado buenos resultados en Estados Unidos. Importaba desde allá material, aunque no siempre se tratara de películas producidas en Hollywood. Desde los inicios de la televisión chilena en la década de 1960, sus contactos con Estados Unidos fueron más allá de lo tecnológico, lo que permitió que hubiera diversas formas de influencia en los contenidos. En el marco de la Alianza por el Progreso su embajada, la CIA y la USIA utilizaron la televisión chilena para el desarrollo de la propaganda anticomunista, por ejemplo, proporcionando en forma gratuita documentales y servicios noticiosos en apariencia neutros[1279]. Durante la primera etapa del *boom* de la televisión iniciado en 1965 los programas más exitosos fueron las típicas seriales comerciales en versión hispanizada. Los niños disfrutaban especialmente con *El gran circo* y con *El show del oso Yogui*. Por su parte, las seriales familiares *Es mamá quien manda* y *Maverick* se convirtieron en grandes éxitos, y, dentro de la programación nocturna, *Bonanza* y *Los intocables*[1280].

Durante el régimen militar, aumentó el número de series de entretenimiento, las cuales determinaron fuertemente el contenido de la programación

[1277] "Los éxitos", en *Ercilla*, Nº 1858, Santiago, febrero de 1971, p. 58; "Love Story", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 3 de julio de 1971, p. 3. Sobre John Travolta: "Contagio en Chile", en *Qué Pasa*, Nº 384, Santiago, 10 de agosto de 1978, pp. 52-54; "El virus Travolta", en *Ercilla*, Nº 2225, Santiago, 14 de junio de 1978, p. 41; "Travolta encabeza", en *Cosas*, Nº 44, Santiago, 22 de junio de 1978, pp. 16-17.

[1278] "¡James Dean está vivo!", en *Ritmo*, Nº 419, Santiago, agosto de 1973, pp. 2-3; "Los estudios Universal", en *Paula*, Nº 273, Santiago, junio de 1978, p. 52; "Los supersexys de Hollywood...", en *Tú*, Nº 5, Santiago, noviembre de 1981, pp. 52-55; "Marilyn Monroe", en *Carola*, Nº 4, Santiago, 19 de abril de 1982, pp. 29-32; "Sylvester Stallone", en *Vea*, Nº 2319, Santiago, 16 de enero de 1984, pp. 17-23.

[1279] Hurtado, *op. cit.*, pp. 107-112; King, *Magical..., op. cit.*, p. 170; Wells, *op. cit.*, pp. 94-100.

[1280] Hurtado, *op. cit.*, p. 183. *40 años..., op. cit.*, p. 127.

televisiva chilena. Las cadenas de televisión adquirían casi siempre los derechos para transmitir series y largometrajes estadounidenses dentro de paquetes baratos, por lo que en general tenían un contenido que era mayormente de baja calidad[1281]. Las populares series animadas predominaban en la programación matinal y en las tardes. Con el estreno en 1973 de *Plaza Sésamo* llegó a Chile, por primera vez, un programa infantil con pretensiones educativas. Diariamente se transmitía una gran variedad de programas muy heterogéneos, incluso el show del telepredicador Jimmy Swaggart[1282]. Durante la década de 1970, las mundialmente famosas series *Hawai 5-0, Cannon* y *Kung-Fu* se turnaban a las nueve y media de la noche el favor del público chileno en el mejor horario después de los noticieros[1283]. La década siguiente, las series *Dallas* y *Dinastía* alcanzaron grados de popularidad hasta entonces desconocidos y causaron furor especialmente en la clase media gracias a su exitosa mezcla de erotismo e intrigas (véase ilustración de la página siguiente). Los directores de los canales de televisión estaban orgullosos de poder ofrecer ambas series al público chileno[1284].

Estudiosos de los medios calcularon que la presencia de programas provenientes de Estados Unidos alcanzó en 1976 un *peak* con el 84% del total de las transmisiones de la televisión chilena. En las áreas de seriales y largometrajes dominaban a tal punto, que representaban el 100%. Si bien, a raíz de los desarrollos posteriores estas cifras se redujeron por causas que se analizan a partir de la página 452, en 1982 la participación de programas estadounidenses dentro del tiempo total de transmisiones era del 48,1%[1285]. Desde luego, las filiales chilenas de los grandes consorcios sabían que no todo lo que tenía éxito en este país cuajaba en Chile. Los estudios de mercado mostraban que existían grandes fluctuaciones y diferencias en las preferencias de las diversas clases sociales, resultados que ayudaban a dirigir en forma sistematizada la oferta[1286].

[1281] "Lo que se paga", en *La Segunda*, Santiago, 20 de febrero de 1985, p. 14.

[1282] "Series para todo el mundo", en *Qué Pasa*, Nº 858, Santiago, septiembre de 1987, p. 46; Valerio Fuenzalida, *Estudios..., op. cit.*, p. 59. Sobre Jimmy Swaggart: "Pastor descarriado", en *Hoy*, Nº 554, Santiago, febrero de 1988, p. 35.

[1283] "Kung-Fu", en *Ritmo*, Nº 454, Santiago, mayo de 1974, p. 65; "Plago de peticiones a la TV", en *El Mercurio*, Santiago, 12 de marzo de 1975, p. 31. Un estudio detallado sobre cada programa, en Jofré, *Presencia..., op. cit.*, p. 127.

[1284] "Medio año de TV", en *Vea*, Nº 2297, Santiago, 4 de agosto de 1983, pp. 8-9; "El imperio de los sentidos", en *Cosas*, Nº 154, Santiago, 18 de agosto de 1983, p. 35; "¡Escándalo en Dallas", en *Verónica*, Nº 6, Santiago, 7 de julio de 1984, pp. 14-17; "Folletines", en *Hoy*, Nº 526, Santiago, agosto de 1987, pp. 35-37. Inicialmente la crítica chilena había augurado poco éxito a *Dallas*: "Dallas", en *Qué Pasa*, Nº 478, Santiago, junio de 1980, p. 62; "Contigo, sexo y cebolla", en *Hoy*, Nº 181, Santiago, 31 de diciembre de 1980, pp. 44-45.

[1285] Portales C., *op. cit.*, p. 158; Valerio Fuenzalida, *Estudios..., op. cit.*, p. 54; Jofré, *Presencia..., op. cit.*, p. 4.

[1286] "Alf en dibujos", en *La Época*, Santiago, 9 de marzo de 1988, p. 27; Augusto Góngora, *op. cit.*, pp. 96-100.

La irradiación mundial de la serial *Dallas* tampoco se detuvo ante Chile. Este comentario irónico del aviso comercial de TVN jugaba con el aura de intrigas e infamia que fundaban el éxito mundial de la serial. Fuente: "J.R. le Dallas buenas noches", *en La S, Santiago,* (6 de junio de 1984), p. 13.

En opinión de los partidarios neoliberales del régimen de Augusto Pinochet –y al mismo tiempo entusiastas de la televisión– estos desarrollos debían acogerse sin reservas, pues consideraban que este nuevo medio era muy valioso para las políticas sociales y familiares. Para ellos, el nivel de televisores encendidos era un índice infalible de calidad y signo del interés de una determinada producción, además de ser garantía de éxito económico. Asimismo, la publicidad televisiva fue celebrada como muestra de una sociedad libre que disponía de múltiples ofertas de bienes de consumo. Críticos culturales y de televisión como, Yolanda Montesinos, destacaban que la televisión chilena había alcanzado nivel mundial gracias a la amplia oferta de programas extranjeros. Quienes viajaban por negocios al extranjero podían comprobar en los hoteles de Nueva York, París o de Hong-Kong que los programas de televisión en otros países no ofrecían más que los chilenos[1287].

[1287] "Nueva etapa", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 2 de octubre de 1976, p. 30; "El mundo en su pantalla", en *Ercilla*, Nº 2503, Santiago, 20 de julio de 1983, p. 21; Yolanda Montecinos, "Dos

Estas apreciaciones fueron rechazadas por algunos. De hecho, la televisión chilena tuvo críticos desde un comienzo. El principal reproche era el de su desnacionalización, juicio reafirmado por un estudio de la UNESCO sobre el consumo televisivo en América Latina a principios de la década de 1980, según el cual la televisión chilena no era más que un "reciclador de programas extra-regionales de proveniencia norteamericana"[1288]. Si bien el estudio constituía un producto tardío de la crítica al imperialismo cultural, también hubo voces simpatizantes del régimen militar que adhirieron a sus conclusiones. Un comentarista del diario *El Sur,* por ejemplo, declaró con frustración en 1975 que "Martí, Darío, Bolívar, Miranda, Bello y los demás existen, aunque Woody Allen no los recuerde a la hora de filmar una película"[1289]. A medida que aumentaba el grado de influencia transnacional sobre la industria cultural chilena, mayores eran las lamentaciones por la pérdida de impronta nacional, es decir, de "deschilenización" dentro de la televisión, proceso afianzado, entre otras cosas, mediante la utilización de términos técnicos como 'raiting' (sic) o 'zapping'. El documental de 1984 *El Charles Bronson chileno (idénticamente iguales),* de Carlos Flores, era una incisiva parodia del afán de imitación que acompañaba ese proceso[1290].

Los críticos consideraban que ese anhelo era intolerable dado que apuntaba a copiar el exitoso modelo de cultura de masas. Sin embargo, esto era blanco de críticas debido a causas analizadas previamente en capítulos anteriores. Justamente las bases jurídicas que regían la televisión chilena, y que habían sido creadas en función de la voluntad de quienes fundaron las entidades televisivas, pretendía evitar que éstas adoptasen los formatos de la televisión comercial para garantizar así las pretensiones de formación cultural que se le atribuían a ese medio. En esto había representado un importante papel el estereotipo del yanqui inculto, que los programas de televisión estadounidenses parecían reflejar fidedignamente. Así lo declaró, por ejemplo, el director de Canal 13, Eduardo Tironi Arce:

> "La TV en EE.UU. estaba destinada a los niveles medios de cultura y, para satisfacer esos gustos, la publicidad buscaba afanosamente todas las formas

películas", en *La Nación*, Santiago, 9 de julio de 1984, p. 38; "Fantasía y cine", en *Verónica*, Nº 11, Santiago, 15 de diciembre de 1984, p. 19; "La televisión chilena", en *TV-Grama*, Nº 9, Santiago, 5 de diciembre de 1986, p. 1; Neville Blanc, "La galaxia Marconi", p. 8. Con ciertas limitaciones, Armando Roa se sumó a los elogios de la televisión: *La cultura y los medios de comunicación*, p. 78. Véase, además, las periódicas encuestas que aparecen en el *Índice Gallup.*

[1288] Citado en Octavio Getino, *Cine y televisión en América Latina: producción y mercados*, p. 200.

[1289] "Europa, América y otros mitos", en *El Sur*, Concepción, 14 de octubre de 1975, p. 5. Véase, además, "Hablemos de televisión", en *El Sur*, Concepción, 14 de marzo de 1975, p. 5.

[1290] Portales C., *op. cit.*, p. 168; "¿Cuánto vale el show?", en *Mensaje*, Nº 329, Santiago, junio de 1984, pp. 268-269; Jacqueline Mouesca, *Cine chileno veinte años, 1970-1990*, p. 44. Sobre los anglicismos, *40 años..., op. cit.*, pp. 111 y 113.

de atraer a los espectadores en una competencia frenética, sin importarle jamás la calidad artística, pero sí aquello que apasione más a las grandes masas, lo que desgraciadamente es mediocre"[1291].

Sin embargo, como consecuencia de problemas financieros, los responsables se dieron rápidamente cuenta de que no era posible evitar completamente el sistema estadounidenses, sino que era necesario encontrar una solución de término medio para no marcar a las emisoras con la fama de ser aburridos canales didácticos y con ello espantar a los telespectadores, tendencia que parecía reconocerse, en parte, en el desarrollo de la televisión europea. Así, los canales chilenos se encontraron ante un dilema que produjo cada vez mayores críticas, pues la distancia entre la pretensión educativa del medio y la carencia de programación cultural crecía constantemente[1292].

La escasez de "cultura", es decir, de alta cultura elitista y la orientación guiada, exclusivamente, por el gusto de las masas provocó reproches colmados de pesimismo cultural que planteaban la deshumanización a través de la televisión. Por ejemplo, periódicamente había críticos afines al régimen que expresaban sus reparos fundamentales por la soledad y el cambio en los comportamientos que causaba el consumo de televisión, los que llevaban al "suicidio cultural", como opinó el conocido sicoanalista Armando Roa[1293]. En especial, criticaban la supuesta amoralidad de los programas estadounidenses. Permanentemente se producían discusiones respecto de los efectos de la "exaltación" de la violencia, del consumo de drogas y de la pornografía que transmitían esos programas, considerados típicamente estadounidenses, porque reflejaban supuestamente la realidad dura de ese país. No sólo la crítica cultural muestra que esos contenidos eran considerados problemáticos sino, también, encuestas aplicadas a telespectadores de todas las clases sociales. La Iglesia Católica chilena adoptó en varias ocasiones el tono crítico hacia los medios de comunicación que había tenido la Conferencia Episcopal de Puebla que reunió en 1979 a los obispos de América Latina[1294].

[1291] Citado en Hurtado, *op. cit*., p. 96.

[1292] Hurtado, *op. cit*., pp. 57-59; Wells, *op. cit*., p. 94; "La TV norteamericana", en *Las Últimas Noticias*, suplemento *Candilejas*, Santiago, 21 de diciembre de 1977, p. 2; "El poder", en *Qué Pasa,* Nº 477, Santiago, 29 de mayo de 1980, pp. 10-13; "Programas de opinión", en *Mensaje*, Nº 327, Santiago, marzo-abril de 1984, p. 134; "¿La telecultura?", en *Qué Pasa*, Nº 826, Santiago, 1987, pp. 25-26.

[1293] Armando Roa, "La cultura y los medios de comunicación", p. 111. Véase, además, "La televisión chilena", en *El Sur*, Concepción, 11 de diciembre de 1977, p. 1; "El hombre esclavo de la tecnología", en *El Sur*, Concepción, 8 de agosto de 1981, p. 3; "La TV", en *La Nación*, Santiago, 23 de junio de 1983, p. 10B; "Fortalecer la cultura", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 30 de abril de 1985, p. 2.

[1294] Anita Arroyo, "La glorificación de la violencia", p. 5; "Violencia", en *El Mercurio*, Santiago, 29 de abril de 1975, p. 3; *40 años..., op. cit*., p. 44; Ignacio Ramonet, "El filme catástrofe", pp. 137-146; "Amor", en *La Segunda*, Santiago, 26 de febrero de 1985, p. 14; "La chucoca", en *La Cuarta*,

Los críticos pensaban que aquellos contenidos cuestionables se relacionaban directamente con la comercialización de la televisión. Por ello, sus ataques se dirigieron, también, en contra de la creciente presencia publicitaria, la que sobrepasaba con creces los parámetros legales. Durante la década de 1980 se criticó, especialmente, el *marketing* televisivo dirigido al público infantil y juvenil[1295]. Según los críticos de televisión, dentro del público televisivo los niños y jóvenes eran un grupo especialmente expuesto, pues supuestamente imitaban lo que veían sin reserva, lo que podía tener graves efectos sicológicos. En vista del rápido aumento del consumo de televisión de ese grupo y de la procedencia casi exclusiva desde Estados Unidos de los programas dirigidos a él, se desarrolló un debate de muchos años sobre el problema del consumo televisivo en la niñez y adolescencia en el que se involucraron sicólogos y estudiosos de los medios, entre otros. Como parecía casi imposible reorientar los contenidos de los programas debido al predominio de los proveedores extranjeros –a los que sumaron crecientemente productores japoneses– y, por el contrario, series más inofensivas como *La abeja maya* cedían su lugar a series animadas de acción como *He-Man*, sólo quedaba la opción de recomendar a los padres que controlaran el consumo televisivo de sus hijos[1296]. Según muchos partidarios del gobierno, justamente la forma en que se desarrollaba la televisión dirigida a niños y jóvenes era un argumento a favor de la limitación de la libertad de prensa.

Obviamente, la oposición evaluaba la situación de manera muy diferente. Si bien compartía, en principio, los planteamientos de los críticos conservadores de televisión, tales como las quejas contra la desnacionalización, la escasez de cultura y la amoralidad, unía estos aspectos a su crítica fundamental al régimen: había sido justamente éste el que había permitido que surgiera esa televisión. Ya durante el decenio 1960 la izquierda había estigmatizado a la televisión determinándola como el medio más peligroso para la penetración de la sociedad

---

Santiago, 3 de septiembre de 1986, p. 23. Sobre el papel de la Iglesia, véase la controversia en torno al programa "Sabor Latino" y por la transmisión en TVN del video "Like a prayer" de Madonna: "Shows y publicidad", en *Mensaje*, Nº 306, Santiago, enero-febrero de 1982, pp. 66-67; "Sinsabores", en *La Tercera*, Santiago, 31 de mayo de 1987, p. 6; "Polémica", en *La Cuarta*, Santiago, 21 de abril de 1989, p. 11. Sobre las encuestas a televidentes: Augusto Góngora, *op. cit*., p. 52.

[1295] "Algo sobre publicidad en TV", en *El Mercurio*, Santiago, 11 de junio de 1976, p. 3; Augusto Góngora, *op. cit*., p. 59. Sobre el grupo objetivo infantil: "Heidi y Barbie", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 7 de diciembre de 1977, p. 3; "ET y el consumismo", en *El Sur*, Concepción, 17 de abril de 1983, p. 3; "Empresas extranjeras", en *El Mercurio*, Santiago, 7 de junio de 1987, p. B1; "El boom", en *La Segunda*, Santiago, 11 de diciembre de 1987, p. 41.

[1296] "Droga en nuestro living", en *La Segunda*, Santiago, 25 de junio de 1979, p. 13; Hernán Montenegro, *TV: ¿comunicación o contaminación?*; Pablo Huneeus, *La cultura huachaca o el aporte de la televisión*; "Terror para niños", en *Qué Pasa*, Nº 525, Santiago, 7 de mayo de 1981, p. 23; Radoslav Ivelic, "Televisión infantil", pp. 55-64; Manuel Alcides Jofré y Carmen Bunster, *Programación infantil y dibujos animados en la TV chilena*, p. 12; "Detrás de la pantalla", en *Qué Pasa* , Nº 795, Santiago, 3 de julio de 1986, p. 15.

de masas, pues, a diferencia del cine, trasladaba los mensajes de consumo directamente a la esfera privada de las personas. En el contexto de la crítica al imperialismo cultural de principios de la década de 1970, criticaba el poder de la televisión sobre todo porque producía una "falsa conciencia", supuestamente controlada por capitalistas extranjeros y por la burguesía nacional. El programa infantil *Plaza Sésamo,* producido exclusivamente para el público latinoamericano con el auspicio de empresas como Xerox, fue considerado ejemplo de ello. En opinión de Armand Mattelart no era más que un infame proyecto para sondear los mercados en América Latina[1297]. Caricaturas como la de Hervi del año 1971 (véase ilustración), muestran la presencia del concepto de la fuerza corruptora de las seriales de televisión comerciales.

Según numerosos críticos culturales, seriales de televisión estadounidenses como "Ironside" propiciaban una "falsa conciencia" en los telespectadores. Fuente: Hervi, "Sucede...", p. 97.

Tras el golpe militar, los críticos del régimen consideraron que la televisión era un instrumento perfecto para la dictadura, que propagaba los mensajes de consumo de la cultura de masas en forma pura, enfatizando unilateralmente el entretenimiento. Los ataques generales en contra de la cultura de masas y de consumo se concentraban, como con una lupa, en la crítica destructiva en contra de la televisión leal al régimen. La promesa de consumo ilimitado que hizo Augusto Pinochet, según la cual cada chileno debería poseer muy luego un televisor en colores, fue percibida por la oposición como una amenaza en dos sentidos: estudios sociales mostraban que, por una parte, ese nuevo medio debilitaba la capacidad crítica de los telespectadores, y, por otra, el creciente consumo de televisión hacía más difícil movilizarlos políticamente.

[1297] "El control yanqui de la televisión", en *Punto Final*, Santiago, septiembre de 1969, pp. 16-18; "Tarzán", en *El Siglo*, Santiago, 7 de agosto de 1971, p. 2; "Sesame Street", en *Chile Hoy*, Nº 43, Santiago, 1972/73, p. 7; Armand Mattelart, "El imperialismo en busca de la contrarrevolución cultural", pp. 146-223; "USIS en Vietnam", en *Comunicación y Cultura*, Nº 3, Buenos Aires-México, 1974, pp. 11-82; Riquelme, *El debate..., op. cit*., pp. 29-38.

La banalización de la televisión bajo Augusto Pinochet, la ejemplificaron en la reducción de la "programación cultural", y aumentando transmisiones tales como el Festival de Viña del Mar y de las celebraciones de Fiestas Patrias. Según esta crítica, los efectos de esta banalización podían leerse en la postura apolítica de gran parte de los niños y jóvenes principalmente de clase media, quienes emulaban ciegamente los fenómenos de moda y los ideales comerciales presentados en las películas estadounidenses[1298]. El efecto de los programas infantiles fue juzgado mucho más negativamente, desde la perspectiva de la crítica al imperialismo cultural, que lo que ya había hecho la crítica conservadora. Un estudio de CENECA sobre las películas de dibujos animados en Chile afirmaba que:

> "Los dibujos animados llegan a ser... el mayor estímulo socializador extraformal que reciben los niños, y, como provienen y constituyen los dibujos animados una cultura transnacional, el niño mismo se transnacionaliza, al ser remitido al espacio de producción y emisión del programa, es decir, a Estados Unidos, en la mayoría de los casos..."[1299].

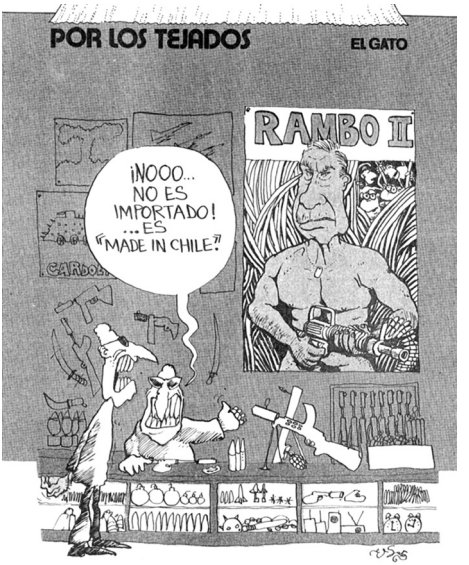
A decir verdad, en la medida que la censura no lo impedía, la oposición también utilizó el mundo "transnacionalizado" de imágenes presente en las películas y en la televisión estadounidense para expresar su propia crítica. Cuando "El gato" (Juan Carter) dibujante de la revista opositora *Cauce,* presentó en una caricatura aparecida en 1985 a Augusto Pinochet como el héroe de acción Rambo, estaba instrumentalizando un simbolismo universalmente comprensible que provenía del cine (véase ilustración página siguiente). La gran mayoría del público apolítico chileno consideró que la película *Rambo* era "súper entretenida", tal como se desprende del éxito de taquilla. Sin embargo, para los críticos culturales opositores era un típico producto atontador de la cultura de masas estadounidenses, que podía servir como ejemplo realista y como alegoría de la brutalidad del dictador chileno, pues hacía abiertamente gala de la disposición a utilizar la violencia en contra de una amenaza comunista ficticia[1300].

La ingeniosa reelaboración de símbolos cinematográficos que realizó la oposición, permite observar que ésta reconocía y apreciaba cada vez más las posibilidades que ofrecía la televisión en un sentido tanto político como estéti-

[1298] "Travolta", en *La Bicicleta*, Nº 3, Santiago, abril-mayo de 1979, pp. 46-49; "Cantos de la sirena", en *Bicicleta*, Nº 8, Santiago, noviembre/diciembre de 1980, pp. 21-24; "La televisión", en *Mensaje*, Nº 317, Santiago, marzo-abril de 1983, p. 143; "La franja comercial", en *Apsi*, Nº 199, Santiago, mayo de 1987, p. 45. Sobre el tema juventud y televisión véase, además, la canción "Mentalidad televisiva" (1983) de Los Prisioneros. Sobre la crítica dentro de las clases sociales bajas: Augusto Góngora, *op. cit*., pp. 82-100; Brunner *et al.*, *op. cit*, pp. 197-201.

[1299] Jofré y Bunster, *op. cit*., pp. 54-55.

[1300] "Entre Rambos y galaxias", en *Análisis*, Nº 132, Santiago, 11 de marzo de 1986, pp. 32-33; "Rambo III", en *La Tercera*, Santiago, 7 de julio de 1988, p. 31.




El simbolismo universal de las películas estadounidenses también fue utilizado por la oposición. FUENTE: El gato, "Por los tejados", en *Cauce*, Nº 48, Santiago, noviembre de 1985, p. 35.

co. En términos políticos acentuaba que el medio poseía un importante potencial crítico, por ejemplo, al debatir acerca de la postura de estrellas de Hollywood en contra de la política exterior de Ronald Reagan en Centroamérica y sobre la función de control democrático de la televisión, o cuando aceptaba manifestaciones de solidaridad de actores tales como Christopher Reeve. La televisión acrecentó su relevancia política para la oposición como un medio para alcanzar metas; de hecho, su triunfo en el plebiscito fue, en gran medida, resultado de una original campaña televisiva[1301]. En términos estéticos, se impuso crecientemente la percepción de que no era procedente juzgar *per se* el valor de entretención de los programas de televisión como hacía por ortodoxia la crítica al imperialismo cultural, pues el receptor chileno se apropiaba en forma autónoma de la oferta programática[1302]. Así lo expresó José J. Brunner en 1988:

> "La internacionalización de la modernidad en las periferias dependientes homogeniza símbolos y consumos, pero no elimina la radical heterogeneidad de las *recepciones*. Dallas, de seguro, significa algo distinto en el hogar de un profesor universitario, en la casa del campesino de Mulchén y en la población La Victoria. Lo mismo vale para cualquiera importación simbólica, para cualquier consumo"[1303].

El reconocimiento de estas relaciones había demorado largo tiempo. Y esto no era sorprendente en vista de la dependencia de la industria televisiva

[1301] "Artistas de Hollywood", en *La Tercera*, suplemento *Buen Domingo*, Santiago, 21 de octubre de 1984, p. 15; James E. Fletcher, "El experimento democrático norteamericano y la televisión comercial", pp. 143-150.

[1302] Valerio Fuenzalida, "Orientación social y participación en la TV chilena", pp. 50-51; Juan Carlos Altamirano, "Desafíos de la programación televisiva democrática", pp. 170-191; Augusto Góngora, *op. cit.*, pp. 100-101.

[1303] José J. Brunner, *Un espejo..., op. cit.*, p. 146. Este autor anticipaba los resultados de las investigaciones sobre la recepción más actuales: Tamar Liebes y Elihu Katz, *The Export of Meaning: Cross-Cultural Readings of Dallas.*

y cinematográfica chilena hacia las producciones estadounidenses. Era una dependencia abrumadora y en algunas áreas derechamente monopólica como, por ejemplo, en la programación infantil y en las seriales nocturnas. En efecto, especialmente durante el régimen militar los chilenos pudieron ver casi todo aquello que ofrecía la industria televisiva y cinematográfica transnacional. La crítica no tardó en llegar y reflejaba en sus contenidos aquellos argumentos que se esgrimían en general desde los más diversos sectores en contra de la cultura de masas. Sin duda, no hubo otro medio que provocara más críticas que la televisión con su irresistible atracción.

### *El desarrollo de la producción televisiva y cinematográfica chilena*

La preocupación por la influencia estadounidense en el cine y la televisión no se restringió al ámbito teórico. Tal como había sucedido durante la etapa temprana del cine, las películas provenientes de Estados Unidos pusieron en movimiento numerosos desarrollos dentro de la producción chilena, nutriéndolos en un diálogo constante. A continuación, se delinea la dinámica de este proceso que se desarrolló entre los polos del rechazo y la imitación. Se analizarán en detalle las diferencias cualitativas de las políticas y de la producción cinematográfica y televisiva reconocibles tanto durante la UP como en el gobierno militar. Para comprender esos desarrollos, es necesario realizar un breve análisis de sus antecedentes previos.

Debido a la fuerte atracción que ejercía el cine en Chile, tras una interrupción de cinco años en la producción cinematográfica a causa de la crisis económica de 1929, hubo un nuevo intento por organizar una industria cinematográfica nacional durante la década de 1940. La empresa Chile Films debía realizar, con patrocinio estatal, películas melodramáticas y románticas exportables en el así llamado "pequeño Hollywood". Para lograrlo, directores chilenos como René Olivares (*Barrio Azul*, 1941) o Jorge Délano (*Hollywood es así,* 1944) recurrieron a ejemplos ya probados en películas estadounidenses. No obstante, el esperado éxito de exportación no llegó. Así, cuando hacia fines de esa década los subsidios estatales fueron suspendidos, la empresa se desplomó. Durante el siguiente decenio, la producción cinematográfica chilena retrocedió nuevamente a un nivel mínimo[1304].

El cine chileno revivió recién durante la década de 1960 a raíz del nacimiento del cine político en América Latina, el así llamado "tercer cine". Festivales de cine, como el de Viña del Mar, reunieron en más de una ocasión en el país a la vanguardia cinematográfica latinoamericana. Integrantes de una nueva generación de talentosos directores tales como: Raúl Ruiz, Miguel

[1304] López Navarro, *op. cit*., pp. 42-43 y 67-69; Rinke, „Bildräume...", *op. cit*., pp. 75-76; Jacqueline Mouesca y Carlos Orellana, *Cine y memoria del siglo xx*, pp. 130-206.

Littín y Helvio Soto realizaron sus primeras cintas hacia fines de esa década. La derivación hacia temas chilenos y hacia mensajes de crítica social era parte de un alejamiento consciente del hasta entonces dominante Hollywood. Si alguien, como lo hizo Álvaro Covacevich en su aventura hippie, *New Love* (1968), se ocupó siquiera de Estados Unidos, lo hizo a partir de un distanciamiento irónico y utilizando a Chile como escenario para la acción. El mayor éxito de taquilla de esos años fue *El chacal de Nahueltoro* de Littín (1969), una película que se ocupó justamente de la miseria social[1305].

Casi al mismo tiempo que la creación cinematográfica chilena alcanzaba su punto culminante, a partir de 1967 comenzó un declive continuo del número de espectadores, tendencia que a largo plazo perjudicó fuertemente al cine[1306]. La causa tras este desarrollo aparentemente paradójico era el auge de la televisión. Tal como ya se analizó, debido a la insuficiente oferta latinoamericana y a la escasa dotación financiera, la creación de programas propios fue un proceso lento que generalmente se restringía al ámbito de los noticieros y de la cultura. En un principio, el Canal 9 de la Universidad de Chile se tomó en serio su misión cultural. Pero como su competidor, el Canal 13 de la Universidad Católica, incluyó desde un comienzo programación de entretenimiento, programas de origen estadounidense y la transmisión del Campeonato Mundial de Fútbol de 1962 realizado en Chile, Canal 9 debió bajar sus estándares para lograr mantener suficientes ingresos vía publicidad[1307].

Los directivos de la televisión chilena, sin embargo, siguieron procurando mantener espacios para emisiones culturales con alguna conexión con la realidad de Chile. Bajo el gobierno reformista demócratacristiano, en el poder desde 1964, la televisión fue vista, aún más decididamente, como instrumento de integración nacional, por lo que sus contenidos fueron orientados en este sentido. Esto generó nuevamente un dilema. Para que la televisión fuese más accesible a una masa más amplia, debía aumentarse su valor de entretención, lo que en esa época sólo era posible si se utilizaban programas estadounidenses. De esta forma, la participación de programas provenientes de Estados Unidos dentro de los canales líderes fue creciente y, mayoritariamente, estaba suscrita al sector de entretenimiento[1308]. Por otra parte, el medio debía cumplir con una función explícita de integración nacional. Para lograrlo, fueron introducidos los primeros shows en vivo, los que imitaban modelos estadounidenses. En 1963, Canal 13 transmitió por primera vez *Sábados Gigantes*, show de variedades y concursos, que se convirtió rápidamente en el programa más exitoso de la televisión chilena[1309].

[1305] King, *Magical..., op.cit*., pp. 66-72; Rinke, „Bildräume...“, *op. cit*., pp. 76-78; Mouesca, *Cine chileno..., op. cit*., pp. 26-28. Sobre *New Love* véase López Navarro, *op. cit*., pp. 137-139.

[1306] Catalán *et al*., *op. cit*., p. 26.

[1307] *40 años..., op. cit*., p. 22; Hurtado, *op. cit*., pp. 64-113; Catalán *et al*., *op. cit*., p. 22.

[1308] Mattelart *et al*., *Los medios..., op. cit*., p. 60; Hurtado, *op. cit*., pp. 183 y 200.

[1309] Hurtado, *op. cit*., pp. 184 y 263; *40 años..., op. cit*., p. 13.

La profesionalización de los programas de entretención fue opacada por la creciente politización de los canales de televisión, perceptible ya durante las protestas estudiantiles de los años 1966 a 1968. Así, se hicieron cada vez más potentes las demandas para que dentro de la televisión se produjera un alejamiento de la alta cultura elitista y de la cultura de masas, y una orientación hacia la auténtica cultura del pueblo chileno. Armand Mattelart y otros representantes de la tesis del imperialismo cultural criticaron el carácter dependiente del cine y la televisión en Chile. Consideraban que la introducción de las producciones de los grandes consorcios de medios de comunicación, todos con representantes directos en el país, no era más que un creciente despilfarro de recursos[1310].

El triunfo de la UP permitió un vuelco radical. De hecho, en el marco de su nueva política, la izquierda desarrolló algunos planteamientos para el cine que se reflejaron en la refundación de Chile Films. A pesar de los grandes problemas económicos, bajo la dirección de Miguel Littín esa empresa estatal produjo numerosos documentales propagandísticos y noticieros semanales, y actuó como distribuidora. A raíz de las controversias económicas con Estados Unidos, en un comienzo la importación de películas desde ese país fue fuertemente obstaculizada por el Banco Central chileno mediante la restricción de divisas. Cuando en junio de 1971 la Motion Pictures Export Association reaccionó boicoteando la exportación de películas hacia Chile, la industria cinematográfica chilena fue nacionalizada. Para compensar la merma, Chile Films importó producciones provenientes de países del bloque del Este y de Cuba. Por supuesto que esta oferta se encontró con el rechazo de los opositores al régimen. Muchos propietarios de salas de cine se negaron a exhibir los tendenciosos noticieros semanales y los largometrajes en el estilo del realismo socialista. La prensa de oposición criticaba la nueva dependencia intelectual y cultural hacia el comunismo. Chile Films aceptó el reto, compró salas de cine y llevó sus propios programas hasta los barrios pobres de pueblos y ciudades con presentaciones itinerantes[1311].

Los esfuerzos por desarrollar una política cultural de laUP tampoco se detuvieron frente a la televisión. El ministro de Relaciones Exteriores Clodomiro Almeyda anunció a fines de 1970 en el "Primer Seminario Latinoamericano de Televisión" una mayor orientación hacia contenidos chilenos para sacar pleno partido de todas las posibilidades culturales que ofrecía la televisión.

[1310] Mattelart *et al.*, *Los medios..., op. cit.*, pp. 60-61; Hurtado, *op. cit.*, pp. 211-261.

[1311] "Importación de películas", en *Ercilla*, Nº 1920, Santiago, abril de 1972, pp. 14-15. Sobre la posición de laUP: "El salario del cine", en *Chile Hoy*, Nº 2, Santiago, julio de 1972, p. 20. Sobre la perspectiva de la oposición: "Hacia el control", en *El Mercurio*, edición internacional, 14-20 de mayo de 1973, p. 3; "El imperio", en *Qué Pasa*, Nº 117, Santiago, julio de 1973, p. 33. Véase, además, Rinke, „Bildräume...", *op. cit.*, pp. 78-80; Catalán *et al.*, *op. cit.*, p. 48; Ríos Muñoz, *op. cit.*, pp. 42-43.

A pesar de que el nuevo gobierno había debido adherir explícitamente a la protección de la independencia y de la libertad de expresión, en los medios de comunicación, en la ley de televisión de octubre de 1970 –negociación que le impuso el PDC como condición para poder asumir el poder–, utilizó a la televisión como instrumento central en su lucha por la opinión pública y en sus esfuerzos para crear al "hombre nuevo" socialista[1312].

El gobierno tenía la posibilidad de influir especialmente sobre Canal 7, la señal estatal y el Canal 9, de propiedad de la Universidad de Chile, en los que la izquierda era determinante. Ambos alcanzaron en 1973 cerca del 40% de la audiencia, mientras que Canal 13, de la Universidad Católica y en el que dominaban fuerzas de oposición, el 60% restante[1313]. Particularmente Canal 9 estaba empeñado en entregar una programación auténticamente chilena y en ofrecer programas culturalmente exigentes con pretensiones de ilustración política. En cambio, redujo fuertemente el porcentaje de programas extranjeros. Además de los problemas prácticos que significó la implementación de este plan, Canal 9 no logró imponerse con su oferta. Los programas de entretención de Canal 13, que seguían descansando sobre contenidos de origen estadounidense, resultaban claramente más atractivos. Como antes, las mayores audiencias en el ámbito nacional durante esos años las alcanzaron seriales como: *El gran Chaparral* (84%), *Bonanza* (76%) y *Combate* (74%), todas ellas emitidas por Canal 13[1314].

La Junta Militar conocía el valor propagandístico de los medios de comunicación y, por ello, fue prioritario su control. La cartelera cinematográfica y todos los canales de televisión fueron subordinados a las nuevas autoridades mediante diversos decretos y a través de la toma de posesión de la administración universitaria. Allanaron Chile Films, destruyeron gran parte de sus archivos fílmicos y establecieron inmediatamente una fuerte censura. Esta fue institucionalizada en el CCC, con representantes del poder judicial, de Carabineros, del Ministerio de Educación y del Consejo de Rectores. A partir de septiembre de 1973 ya había sido prohibida la emisión de películas con contenidos pornográficos y aquéllos que exaltaban la violencia, al igual que aquéllas que hacían "proselitismo político"[1315]. La producción cinematográfica chilena sucumbió casi totalmente durante los primeros años de la dictadura debido a las medidas de la censura, pero también por la detención y el exilio

[1312] Hurtado, *op. cit*., pp. 293-296.

[1313] Ríos Muñoz, *op. cit*., pp. 40-41; "Rol moral y cultural", en *El Mercurio*, edición internacional, 16-22 de noviembre de 1970, p. 3.

[1314] Sobre los contenidos de la programación de las emisoras durante la UP, véase Hurtado, *op. cit*., pp. 253, 289, 323 y 329; *40 años..., op. cit*., p. 127.

[1315] "Premios y atrasos", en *Qué Pasa*, Nº 272, Santiago, 10 de marzo de 1976, pp. 28-29; y Catalán y Munizaga, *op. cit*., p. 31. La censura fue reorganizada en 1979: "Los dueños", en *Análisis*, Nº 24, Santiago, junio de 1980, pp. 19-21; "La censura", en *Ercilla*, Nº 2406, Santiago, 9 de septiembre de 1981, pp. 36-38; "El disfraz de la censura", en *Cauce*, Nº 79, Santiago, mayo de 1986, pp. 34-35.

de gran parte de los realizadores. Mientras que las realizaciones de los chilenos en el exilio y las producciones estadounidenses críticas –por ejemplo, *Missing* (Costa Gavras, 1982), cuyo tema giraba en torno al golpe de Estado, y *Salvador* (Oliver Stone, 1986), que criticaba la política en América Central– no llegaban a ser exhibidas, los dos primeros criterios de censura fueron aplicados con menor rigurosidad. Por otra parte, el cine perdió importancia debido al toque de queda nocturno. El número de salas se redujo de trescientas veinticuatro a ciento ochenta y cuatro a lo largo de una década, y la cantidad de espectadores disminuyó en forma constante hasta 1986, cuando comenzó a repuntar levemente gracias a la aplicación de diversas medidas publicitarias[1316].

La televisión, en cambio, adquirió cada vez más importancia durante el régimen militar, pues era fácil de controlar debido a que en ese sector trabajaban muy pocas personas. Condicionada por las normas de la censura, reorientó su programación hacia la entretención, desplazando fuertemente los programas culturales, y reflejó en su cobertura noticiosa política únicamente los puntos de vista del régimen. La tendencia hacia una modernización y privatización neoliberal, así como la consiguiente comercialización, favoreció la importación de programas y *spots* publicitarios extranjeros, cuyo contenido ideológico era únicamente de mensajes de consumo[1317]. La escasez de programas nacionales con valor educativo o con pretensión cultural daba, periódicamente, margen a la oposición para formular críticas. El abandono de una cobertura informativa imparcial y actual sobre política, y de la emisión de series dentro de los mejores horarios de transmisión, fueron atacados permanentemente antes y durante el plebiscito de 1988 y la campaña electoral de 1989[1318].

Ciertamente, en un comienzo el porcentaje que representaban las producciones nacionales en el total de la programación televisiva, excluidos los noticieros y las transmisiones deportivas, fue francamente reducido. Recién durante la segunda mitad de la década de 1980 aumentó de forma notoria[1319]. En realidad, tenían gran relevancia pese a representar un porcentaje reducido al interior de la programación. Esto era válido especialmente para los programas en vivo y las telenovelas, término que designa las típicas seriales melodramáticas para la familia, realizadas con gran éxito principalmente en México y Venezuela, y exportadas a otros países. Durante la década de 1970, siguiendo un modelo ya probado, se realizaron las primeras producciones

[1316] Mouesca, *Cine chileno..., op. cit.*, pp. 40-81; King, *Magical..., op. cit.*, p. 179. Sobre la prohibición de películas, véase Constable & Valenzuela, *op. cit.*, p. 159; "Hablemos de Missing", en *Apsi*, Nº 108, Santiago, 22 de junio de 1982, pp. 8-9; "El temor", en *Apsi*, Nº 245, 28 de marzo de 1988, p. 51. Sobre el desarrollo del cine: *Anuario de cultura y medios de comunicación.*

[1317] "El ocaso de los brujos", en *Ercilla*, Nº 2345, Santiago, 9 de julio de 1980, pp. 33-39; "Televisión privada en Chile", en *La Tercera*, Santiago, 28 de febrero de 1988, p. 2.

[1318] Constable & Valenzuela, *op. cit.*, p. 309; Jofré, *Presencia..., op. cit.*, p. 13.

[1319] Portales C., *op. cit.*, p. 159; Valerio Fuenzalida, *Estudios..., op. cit.*, p. 55. Sobre el aumento del número de producciones en el Canal 13 a partir de 1985, véase *40 años..., op. cit.*, p. 62.

chilenas de este género, sin embargo, inicialmente no desataron mucho entusiasmo. Recién *La madrastra,* cuyo primer capítulo fue emitido por Canal 13 en abril de 1981, logró ser un éxito. Especialmente popular entre las clases bajas, frecuentemente fue el pretexto para comprar televisores[1320]. A pesar de que las opiniones sobre el valor de la serie eran disímiles, todos los críticos acentuaron el hecho de que *La madrastra* era un producto chileno, que con el tiempo se convirtió en un éxito de exportación. Para el telespectador promedio, el criterio determinante a la hora de calificar esta telenovela era la comparación con exitosas series estadounidenses. En una encuesta, por ejemplo, una trabajadora agrícola opinó lo siguiente: "En mi opinión, creo que ésta es la primera vez que actores nacionales se han destacado a un nivel americano"[1321].

Los chilenos se encontraban con ese "nivel americano" en primer término en *Sábados Gigantes,* el programa en vivo que tuvo los mayores niveles de audiencia, los que en ocasiones alcanzaron el 89%. Su presentador, Mario Kreutzberger, Don Francisco, se había entusiasmado e inspirado en los programas de concursos estadounidenses. En varios viajes a ese país estudió meticulosamente sus contenidos y técnicas[1322]. Así, elaboró *Sábados Gigantes* –complementado en 1978 con el programa nocturno *Noche de Gigantes*– según el modelo del presentador Tony Curdsen, fiel al show de variedades, que unía glamour, entrevistas, números musicales o de comedia y concursos con algunos elementos informativos supuestamente serios, orientados a los efectos melodramáticos. Pero lo determinante era el culto a la personalidad de Don Francisco, quien, según una encuesta de Gallup de 1987, era el hombre más conocido en Chile junto a Augusto Pinochet. Mario Kreutzberger mismo fomentaba este culto, construyendo el mito del hombre incansable que había ascendido desde condiciones de pobreza, y evitando también cualquier clase de expresión política durante la fase de transición de fines del decenio 1980, lo cual le valió varias críticas por parte de la oposición[1323].

Pero Don Francisco había conseguido modificar de manera ingeniosa los diversos estímulos y ejemplos estadounidenses para el contexto chileno,

[1320] "Un 'no'...", en *Amiga*, Nº 32, Santiago, septiembre de 1978, pp. 10-12; "¿Melodrama?", en *Mensaje*, Nº 299, Santiago, junio de 1981, p. 283; Yolanda Montecinos, "Telenovelas nacionales", p. 11B; "Su majestad la teleserie", en *Apsi*, Nº 117, Santiago, 31 de agosto de 1982, pp. 9-10; "Al rescate", en *Análisis*, Nº 56, Santiago, mayo de 1983, pp. 53-55; Brunner *et al.*, *op. cit.*, p. 148; *40 años..., op. cit.*, p. 119; Augusto Góngora, *op. cit.*, pp. 45-46.

[1321] "¿Cree usted...?", en *Qué Pasa*, Nº 536, Santiago, 16 de julio de 1981, p. 3. Véase, además, "Campos", en *La Cuarta*, Santiago, 25 de abril de 1989, p. 14.

[1322] Mario Kreutzberger, *¿Quién soy? Telebiografía de Mario Kreutzberger*, p. 13. Sobre los índices de audiencia: "Radiografía", en *Hoy*, Nº 360, Santiago, 5 de junio de 1985, p. 35; "Los campeones", en *Vea*, Nº 2511, Santiago, septiembre de 1987, p. 16; "Las batallas", en *TV-Grama*, Nº 89, Santiago, julio de 1988, pp. 5-9; Augusto Góngora, *op. cit.*, p. 36.

[1323] "Mario Kreutzberger", en *Hoy*, Nº 538, Santiago, 11 de noviembre de 1987, pp. 46-49; Juan Carlos Altamirano, *Así..., op. cit.,* p. 16. Sobre *Noche de Gigantes,* véase "La noche gigante", en *La Segunda*, Santiago, 10 de diciembre de 1977, p. 24; *40 años..., op. cit.*, p. 108.

de modo que su afirmación de que no copiaba, sino que adaptaba, estaba plenamente justificada[1324]. El paquidérmico show de *Sábados Gigantes*, que podía durar más de seis horas, ofrecía igualmente entretención para adultos y para niños. Tanto los reportajes de los viajes de Mario Kreutzberger, como la sección "La película extranjera" abrían una ventana al mundo desde la visión de la clase media chilena. A través de conversaciones en vivo con chilenos de todas las clases sociales que participaban de los concursos, como también de reportajes sobre las más diversas partes del país, Don Francisco le daba una nota típicamente chilena a su show. En las así llamadas "Campañas de bien social" se describía, por lo general a través de casos particulares, problemas sociales sin por ello hacer una crítica al régimen. Esas campañas servían, en todo caso, para activar campañas de donativos de alcance nacional, las que producían un elevado grado de identificación nacional. Estas acciones fueron institucionalizadas en la *Teletón*, una especie de vástago de *Sábados Gigantes*. La idea de este maratónico espectáculo, que podía durar más de un día, fue tomada por Don Francisco de un ejemplo estadounidense, de las campañas solidarias para discapacitados realizadas por el cómico Jerry Lewis[1325].

*Sábados Gigantes* utilizó, asimismo, en detalle modelos de comercialización provenientes de Estados Unidos. Así, Don Francisco aparecía desde un comienzo como presentador de las frases publicitarias e, incluso, incentiva al público del estudio a hacer un coro de los jingles. Diversas marcas entregaban premios para los concursos. Logró que algunos bloques del programa tuviesen auspiciadores especiales. A raíz de los enormes índices de audiencia y de la fuerza de convicción del propio Don Francisco, quien sabía cómo venderle al público los mensajes de consumo con un sentido de complicidad, aparecer como auspiciador dentro del programa era altamente codiciado. Mario Kreutzberger se convirtió en un hombre rico gracias a la comercialización de su show. Tal como afirmaban coincidentemente críticos de televisión tanto de izquierda como de derecha, en términos comerciales, *Sábados Gigantes* estaba a la altura de los programas nocturnos más exitosos de Estados Unidos, los superaba debido a su posición monopólica dentro del mercado chileno[1326].

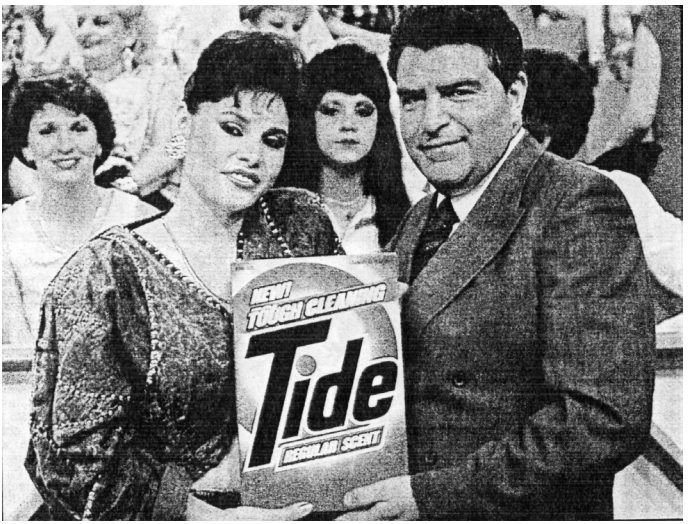
A decir verdad, *Sábados Gigantes* era un producto tan "norteamericanizado", que hacia fines de la década de 1980 pareció adecuado para el creciente mercado latino de Estados Unidos. A partir de enero de 1987, el show fue producido y emitido en Miami con un título levemente modificado –*Sábado Gigante*–. La versión chilena, que siguió efectuándose, se nutría ahora en gran parte de los elementos producidos en Florida. En poquísimo tiempo batió todos

[1324] "Un sábado para el mundo", en *Vea*, Nº 2378, Santiago, marzo de 1986, p. 5.

[1325] "La Teletón chilena", en *Cosas*, Nº 162, Santiago, 2 de diciembre de 1982, p. 19; "27 horas de unión y solidaridad", en *El Mercurio*, suplemento *Wikén*, Santiago, 6 de diciembre de 1985, pp. 4-5; Juan Carlos Altamirano, *Así..., op. cit.,* pp. 45-53; Kreutzberger, *op. cit*., p. 227.

[1326] Juan Carlos Altamirano, *Así.., op. cit*., p. 40 y 127-129.

los récords. A los pocos meses, Mario Kreutzberger recibió el segundo lugar en los premios Emmy de Florida convirtiéndose en superestrella internacional de la escena latina-estadounidense, de Colombia y México, países donde también se veía el programa. En vista del enorme éxito de *Sábado Gigante*, también en Estados Unidos se transformó en un medio publicitario muy solicitado (véase ilustración). La revista *Carola* hablaba con bastantes fundamentos de Mario Kreutzberger como un "Bolívar del siglo XX"[1327].




El programa "típicamente chileno" *Sábados Gigantes* recibió el éxito definitivo en Estados Unidos. FUENTE: "Don Francisco en Miami", en *Vea*, Nº 2352, Santiago, febrero de 1988, p. 23.

Los comentaristas chilenos estaban orgullosos del éxito de Don Francisco. El hecho de que un producto que, en su opinión, era "típicamente chileno" se impusiera en el país de origen de la televisión de entretenimiento parecía confirmar la impresión de la vasta modernización de Chile de la que se vanagloriaba permanentemente el régimen militar[1328]. Desde el punto de vista de los críticos culturales el fenómeno del "sábadogigantismo" no era sorprendente, pues reflejaba fielmente las tendencias niveladoras de la cultura televisiva globalizada[1329]. Hacia fines de la década de 1980 también se impuso dentro

[1327] "¿Es Ud. el Bolívar del siglo XX?", en *Carola*, Nº 152, Santiago, agosto de 1988, pp. 21-25. Véase, además, "Tocando el cielo", en *TV-Grama*, Nº 2, Santiago, 5 de diciembre de 1986, p. 2; "Gigante en América", en *Vea*, Nº 2497, Santiago, 25 de junio de 1987, p. 9; "Don Francisco", en *Hoy*, Nº 568, Santiago, 13 de junio de 1988, p. 45; "Don Francisco", en *Caras*, Nº 7, Santiago, 13 de julio de 1988, pp. 13-15. Sobre la publicidad: Toño Freire, "Gente de show", p. 4; "Mario Kreutzberger", en *La Época*, Santiago, 29 de marzo de 1989, p. 19.

[1328] "Zaperoco", en *Paula*, Nº 503, Santiago, julio de 1987, p. 28.

[1329] "25 años", en *Mensaje*, Nº 366, Santiago, enero-febrero de 1988, p. 54-55.

de la oposición la idea de que era necesario un acomodo con las tendencias globalizadoras de los medios de comunicación, claramente visibles en fenómenos tales como el éxito americano de *Sábados Gigantes* y la introducción de la televisión vía satélite. Como vanguardia de esas tendencias y como el principal medio de comunicación masiva de este tiempo, la televisión podía representar un papel positivo en ese proceso. Así lo había mostrado la experiencia del proceso de transición[1330].

En definitiva, *Sábados Gigantes* era tan exitoso porque el programa evadía una clasificación nacional. Era un producto híbrido entre las influencias estadounidenses de la cultura de masas y el Chile despolitizado del régimen militar. Por ello, en términos globales el programa de Don Francisco era el ejemplo palpable del diálogo entre la producción cinematográfica y televisiva chilena con el vecino del norte, el cual proporcionaba estímulos, imágenes, estructuras comerciales y lenguaje simbólico, de los que Chile luego se apropiaba y que eran transformados en el país. Este diálogo ya había marcado las producciones chilenas durante la UP, cuando la política cultural estatal quiso seguir un camino propio de la mano de algunos talentosos directores de cine. A pesar de que el régimen militar se alejó radicalmente de esta senda, la cultura de masas, que se evidenciaba con mayor nitidez en el medio televisivo, llegó a desarrollar una dinámica propia.

Si la televisión era realmente el "gran medio" de la norteamericanización no sólo de los chilenos sino de los latinoamericanos en general, como afirmó José J. Brunner en la cita que encabeza este capítulo, entonces era un proceso dinámico que portaba, dentro de sí, los elementos del intercambio y de la desintegración de las fronteras. Este nuevo medio sólo había podido surgir en Chile como subproducto de los desarrollos tecnológicos y estructurales producidos en el Norte. Desde un comienzo los chilenos a cargo de la industria televisiva dirigieron sus miradas hacia allá, tal como ya había sucedido en la fase del cine mudo. Esta dependencia básica de la televisión siguió presente a pesar de que durante el régimen militar, y especialmente durante la UP, fue duramente criticada a raíz del carácter penetrante del nuevo medio. La televisión es un ejemplo de cómo fracasaron los intentos por construir culturas "auténticamente" nacionales como contramodelos ante el poder de la cultura de masas. El golpe militar no fue la única causa de este fracaso. Sin embargo, favoreció la creación de una sociedad de consumo globalizante estrechamente relacionada con el auge de la televisión. En las pantallas de los televisores chilenos se reflejaba el cambio sociocultural, el que iba acompañado de la modernización del país. Éste es el tema que nos ocupará a continuación.

[1330] Jorge Edwards, "Las interconexiones", p. A3; "TV vía satélite", en *La Época,* Santiago, 4 de febrero de 1989, p. 8.

# NACIONALISMO Y POLÍTICA DE MODERNIZACIÓN NEOLIBERAL

*"Como nación, Chile es una unidad compacta.*
*...Entre sus playas, bosques, desiertos y montañas se albergan*
*distintos tipos humanos, con costumbres, culturas y quehaceres*
*diferenciados por las singularidades telúricas de cada región.*
*Sin embargo, todos ellos conforman un solo pueblo, enlazado*
*por sus raíces históricas, por una misma lengua, por una idiosincrasia*
*coherente, por un mismo impulso vital para enfrentar los desafíos*
*y por la clara conciencia de un destino común"*[1331].

## Caminos hacia la "grandeza nacional": nacionalismos en la economía y en la sociedad

La idea de unidad nacional en la diversidad, tal como aparece definida en la cita que encabeza el capítulo y que apareció en 1979 en la lujosa revista *Chile Ahora,* publicada por el Ministerio de Relaciones Exteriores durante el régimen militar, se había ido consolidando durante el siglo XX a partir de la primera ola nacionalista de 1910 y 1931. Con el incremento de la participación política y de las reformas educacionales que hundían sus raíces en un período temprano, amplios sectores de todas las clases sociales internalizaron el credo y los ritos del nacionalismo chileno, de manera que los opositores al régimen pudieron adherir, en lo fundamental, a esa declaración, según la cual todos los chilenos, a pesar de todas sus diferencias, compartían un "destino común". Destino que debía entenderse como un concepto basado en experiencias históricas comunes y del que se derivaban ciertas expectativas que culminaban en la idea de alcanzar una futura "grandeza nacional". Qué era lo que había tras esa idea y cuáles eran los caminos que llevaban hacia allá, fueron aspectos fuertemente debatidos por la sociedad chilena entre 1970 y 1989. Las discusiones en torno a este asunto provocaron situaciones similares a una guerra civil y un cruento gobierno militar. Las diferentes interpretaciones del concepto "grandeza nacional" tenían en común, sin embargo, el importante papel que en ellas ocupaban los encuentros con Estados Unidos. Dentro de los diversos discursos nacionalistas presentes en Chile, el País del Norte continuó siendo contraparte y modelo. Sin embargo, su grado de importancia experimentó fuertes fluctuaciones, las que reflejaban cambios en el contexto nacional e internacional. La confrontación

[1331] "Carta Editorial", en *Chile Ahora*, Nº 1, Santiago, enero de 1979, p. 1.

de los nacionalismos de ambos países se desarrolló en un tenso campo de anuncios retóricos y de definiciones de política económica. ¿Qué elementos definieron los debates en torno a la esencia de la nación? ¿Quiénes eran los "nacionalistas"? ¿Cuáles fueron las políticas económicas que propusieron esos diferentes "nacionalismos"? ¿Qué consecuencias tuvieron esas políticas sobre el proceso de encuentro?

### *Nacionalismo y sus variantes de derecha y de izquierda*

El estudio sobre los discursos antiimperialistas mostró que a Estados Unidos le correspondió una importancia central en el proceso de diferenciación de Chile respecto de su entorno y en la solidaridad del país con los otros Estados de América Latina. En este contexto, los yanquis servían como símbolo de lo absolutamente "ajeno". En el interés de Chile era preciso combatir su penetración económica, cultural, política e ideológica. Pero, ¿qué era la "nación"? ¿Cómo se definía a "Chile" en el contexto de esta gran y permanente confrontación? ¿Qué representaba "lo propio", aquello que debía oponerse a lo "ajeno" estadounidense? Las diferentes agrupaciones políticas tuvieron respuestas muy diversas a estas interrogantes. ¿Quiénes fueron los exponentes de esos esfuerzos para producir las diversas definiciones?

En la fase de transición, entre 1933 y 1969, aumentaron las diferencias entre los diversos nacionalismos y sus representantes. El nacionalismo desarrollista populista creció en forma constante desde 1910, tanto que tras la Segunda Guerra Mundial se convirtió en un factor relevante de identificación nacional–, tuvo un primer fruto político hacia fines de la década de 1930 en los gobiernos del Frente Popular, una coalición de centro izquierda. Fue un tipo de nacionalismo que se concretó en la política económica de sustitución de importaciones. Pero, también, en la ritualización de los mitos nacionales en los más diversos contextos, tales como fiestas conmemorativas –en particular durante septiembre, el "mes de la patria"–, construcción de monumentos, organización de eventos culturales y en la reorientación de los contenidos educacionales. Posteriormente, tanto la Democracia Cristiana como la izquierda entroncaron en la herencia de ese nacionalismo desarrollista. El gobierno demócratacristiano situó conscientemente su proyecto de reforma social, de "revolución en libertad", dentro de esa tradición. Sin embargo, dado que para llevarlo a cabo requería la ayuda económica proveniente de Estados Unidos, quedó expuesto a la acusación de estar traicionando el proyecto nacionalista en favor de intereses extranjeros. Y la izquierda efectivamente la utilizó en contra del presidente Eduardo Frei Montalva. Por otra parte, como en otros lugares, también en Chile surgieron en los años de crisis de la década de 1930 movimientos xenofóbicos y seudofascistas, aunque no lograron arraigo en el largo plazo. Por su parte, el Ejército –retirado de la vida política tras una

serie de fracasos durante y después del gobierno de Carlos Ibáñez–, ganó nuevamente influencia como depositario y defensor público de una variante del nacionalismo asociada a ideas antidemocráticas y anticomunistas. Más allá de esto, en 1966 fue fundado el Partido Nacional, que aglutinó diversos sectores de derecha[1332].

En vista de la preponderancia que había alcanzado Estados Unidos en Chile, a raíz de la Alianza para el Progreso, el marcar los límites con el vecino del Norte se convirtió en un elemento importante para todos los discursos nacionalistas de la década de 1960. Hacia fines de esa década esta conciencia quedó de manifiesto en la colaboración latinoamericana para aplicar medidas nacionalizadoras. La crítica que se hizo a las inversiones extranjeras, se tradujo –entre otros– en el marco del Pacto Andino con las medidas tomadas para la limitación de instalaciones nuevas empresas extranjeras en sectores económicos claves: bancos, medios de comunicación masivos e industria pesada. El Consenso de Viña del Mar de 1969, realizado sin la presencia de Estados Unidos, se orientó explícitamente en contra de su proteccionismo y se concibió, a sí mismo, como una alternativa de regreso a la unidad y la identidad latinoamericanas. La nueva confianza en sí misma que mostraba América Latina podía entroncar en la idea expuesta por Joaquín Edwards, en la década de 1920, sobre un "nacionalismo continental", sólo que esta vez parecía más factible que nunca la posibilidad de realizar la unidad regional sobre la base de un nacionalismo latinoamericano. En este escenario, *El Mercurio* le adjudicó al nacionalismo una fuerza positiva, capaz de transformar la sociedad[1333].

El amplio consenso social respecto de la necesidad de autoafirmación nacional en solidaridad con los demás Estados latinoamericanos, y con todo el Tercer Mundo, había sido una de las condiciones previas para el triunfo electoral de la UP en 1970. Por ello, Salvador Allende pudo evocar ya en su primer discurso en la noche de las elecciones la retórica arielista al refirirse a "nuestro pueblo-continente". Al contrario de lo que pensaban demócratacristianos y la burguesía, tanto liberal como conservadora, representados por *El Mercurio,* para la izquierda el verdadero nacionalismo encarnaba parte de ese

[1332] Eduardo Devés Valdés, "El pensamiento nacionalista en América Latina y la reivindicación de la identidad económica, 1925-1945", pp. 55-75; Jeffrey M. Puryear, *Thinking Politics: Intellectuals and Democracy in Chile, 1973-1988*, pp. 30-31; Wilhelm Hofmeister, *Chile: Option für die Demokratie: Die christlich-demokratische Partei (PDC) und die politische Entwicklung in Chile 1964-1994.* Sobre los movimientos chilenos xenófobos y seudofascistas, véase, McGee Deutsch, *op. cit.*; Michael Riekenberg, „Weiße Garden, Bürgerkriegsparteien, Traditionalisten? Zum Problem ‚faschistischer' Bewegungen in Chile, Argentinien und Mexiko, 1919-1941", pp. 989-1007. Sobre los militares: Stefan Rinke, „Eine Pickelhaube macht noch keinen Preußen: Preußisch-deutsche Militärberater, ‚Militärethos' und Modernisierung in Chile, 1886-1973". Sobre el PN: Mark Ensalaco, *op. cit.,* p. 17.

[1333] Edgardo Garrido Merino, "Nacionalismo e ideas foráneas", p. 6. Véase, además, "Suspenden inversión en el grupo andino", en *El Mercurio*, Santiago, 1 de abril de 1971, p. 29; "La solidaridad frente a EE.UU.", en *La Prensa*, Santiago, 18 de octubre de 1971, p. 3; Sigmund, *The United..., op. cit*., pp. 37-38; Jensen, *op. cit*., pp. 469-470.

despertar del socialismo, que según Salvador Allende había arribado[1334]. La variante socialista del nacionalismo tomaba al "pueblo" como medio y como punto de partida de sus esfuerzos para "refundar" la nación[1335]. Chile era el "pueblo", y, de acuerdo con la interpretación socialista, el "pueblo" lo conformaban principalmente aquellos elementos de las clases media y baja que poseían una conciencia "correcta", caracterizada por su carácter antioligárquico y antiimperialista. Como una forma de promover esta conciencia se fue ampliando el panteón de los héroes nacionales hacia los pobres y los explotados, entre los cuales se incluyó expresamente a los pueblos originarios, tal como se aprecia con claridad en la poesía de Pablo Neruda. La UP se concibió, a sí misma, como el órgano ejecutor de la voluntad del pueblo para alcanzar la perfección de la grandeza nacional mediante la lucha contra la injusticia social y la miseria, y por medio de la promoción del desarrollo económico[1336].

Siguiendo su credo, de la teoría de la dependencia, la izquierda podría concretar esta misión recién cuando se hubiese disipado la situación de dependencia hacia el extranjero, la cual era, según Salvador Allende, la "raíz de nuestro subdesarrollo". Y no sólo en Chile sino en toda América Latina[1337]. La UP utilizó a los próceres de la Independencia como Bernardo O'Higgins y Manuel Rodríguez, además del presidente José Manuel Blamaceda y el líder sindicalista Luis Emilio Recabarren, como ejemplos de la heroica lucha contra la opresión extranjera. Sin embargo, recalcaba que todos ellos habían fracasado en sus intentos por alcanzar la independencia económica. A partir de sus medidas económicas, las cuales se analizan en detalle más adelante, la UP se percibió como aquélla que coronaría esa lucha, y transfiguró a los héroes del pasado en aquellos "con quienes vencemos"[1338].

Según la derecha, en cambio, el camino trazado por la UP no conducía hacia el triunfo, sino al abismo. También afirmaba ser la representante del verdadero nacionalismo y luchaba por conseguir la hegemonía cultural, la que se manifestaba con mayor claridad en la definición del proyecto nacional. Por esa razón un comentario de *El Mercurio,* publicado en 1972, calificaba la política

[1334] Allende, "Discurso en la madrugada...", *op. cit.*, tomo 1, p. 373. Sobre el consenso nacionalista véase, por ejemplo, la autobiografía de Ariel Dorfman, *Heading South, Looking North: A Bilingual Journey*, pp. 103-104.

[1335] Así lo expuso en junio de 1970 el nuevo rector de la Universidad Católica, Fernando Castillo Velasco, *Orientaciones y programa para la Reforma*, p. 10.

[1336] Stefan Rinke, „Grenze' in Lateinamerika: Mapuche in Chile zwischen Mythos und Verleugnung", pp. 111-130. Véase especialmente los poemas de la parte VIII –"La tierra se llama Juan"– del *Canto General* de Pablo Neruda.

[1337] Salvador Allende, citado en Fermandois, *Chile y el mundo..., op. cit.,* p. 407. Véase, además, Carlos Naudón, "Chile, EE.UU. y el sistema interamericano", p. 69; Meller, *Un siglo..., op. cit.*, p. 47.

[1338] Sobre la utilización de la historia, véase retrospectivamente al fundador de la Izquierda Cristiana Luis Maira, *Chile: Autoritarismo, democracia y movimiento popular*, pp. 23-25 y 37. Véase, además, Fermandois, *Chile y el mundo..., op. cit.*, p. 51; Sigmund, *The Overthrow..., op. cit.*, p. 130; Swansborough, *op. cit.*, pp. 27-28.

económica de la UP como antinacional, pues conducía hacia el caos y hacia la dependencia del extranjero marxista, amenazando con ello los intereses esenciales de la nación[1339]. Grupos de derecha más o menos radicales –tales como el gremialismo, el PN o el movimiento de ultraderecha Patria y Libertad– reivindicaron entre 1970 y 1973 la protección de la nación mediante boicots o actos terroristas contra el gobierno, apoyados indudablemente por la CIA[1340].

El golpe militar de 1973 pareció hacer realidad todos los deseos de los nacionalistas de derecha. Por ello el PN consideró que su existencia ya no se justificaba y decidió autodisolverse. De hecho, los militares legitimaron la misma noche del golpe su intervención en política y la cruenta persecución a los partidarios de la UP con la acusación de que el gobierno había "destruido la unidad nacional"[1341]. Posteriormente, la junta, influenciada por dirigentes gremialistas como Jaime Guzmán, afinó su ambición de convertirse en la salvadora nacional y la protectora de la seguridad nacional en su declaración de principios de marzo de 1974. Esta variante del nacionalismo unía elementos defensivos propios del antimarxismo y del antiliberalismo con elementos ofensivos extraídos del tradicionalismo, de la fe en el principio de autoridad y de la idea de la solidaridad nacional como remedios en contra de las injusticias y de la lucha de clases. Estos principios quedaron plasmados en la Constitución de 1980, impuesta por los militares al país. El concepto de nacionalismo de éstos incluía ingredientes geopolíticos y xenofóbicos más o menos explícitos. En opinión de los militares, tras la decadencia causada durante la UP por los políticos profesionales era necesario realizar un renacimiento nacional a través del disciplinamiento del pueblo, la eliminación de la democracia representativa y la liberación de las influencias extranjeras. El restablecimiento del orden, mediante el uso de la violencia, debía preceder al progreso económico y a la justicia social. Para alcanzar el ideal de la completa unidad nacional dentro del marco de un sistema político autoritario, se requería un adoctrinamiento planificado de la población a través de la propaganda, a la que la retórica nacionalista parecía adaptarse estupendamente[1342].

Punto crucial y eje de la idea de nación de los militares eran la imagen de una nación compacta e inmutable, de una esencia orgánica derechamente metafísica con intereses objetivos propios, que estaban por encima de los intereses de los individuos y de los grupos sociales. La principal tarea del Estado

[1339] "El estado de la economía y la seguridad nacional", en *El Mercurio,* Santiago, 4 de noviembre de 1972, reproducido en González y Fontaine, *op. cit*., tomo 1, p. 519.

[1340] Sigmund, *The United..., op. cit*., p. 70; Jensen, *op. cit*., pp. 296-297.

[1341] Bando Nº 5 del 11 de septiembre de 1973, citado en Brian Loveman & Thomas Davies (eds.), *The Politics of Antipolitics: The Military in Latin America*, p. 181.

[1342] *Declaración de Principios..., op. cit*., pp. 10-12; "Chile en el exterior", en *La Tercera*, Santiago, 29 de septiembre de 1973, p. 14; Brian Loveman, "Antipolitics in Chile, 1973-1994", p. 270; Giselle Munizaga, *El discurso público de Pinochet: un análisis semiológico*, pp. 43-54; Pilar Vergara, *Auge y caída del neoliberalismo en Chile*, pp. 103-104; Werz, *op. cit*., pp. 122-141. Sobre la indoctrinación propagandística, véase Munizaga, *La mujer..., op. cit*., p. 31.

autoritario y de su instrumento –las Fuerzas Armadas– consistía en proteger esos intereses e imponerlos frente a cualquier resistencia. Por consiguiente, nacionalismo era un concepto inclusivo y apolítico *per se*. Todos los chilenos de "buena voluntad" formaban parte de la nación y podían convertirse en guardianes de los "auténticos" valores chilenos –apego al principio de autoridad, esfuerzo, honestidad y patriotismo– y de la "chilenidad", siempre y cuando aceptasen la "nueva mentalidad"[1343]. Junto con esto, el régimen transfiguraba a Chile en un caso excepcional y en faro de integridad moral para el resto del mundo. Así lo hizo, por ejemplo, durante la conmemoración del primer aniversario del golpe del 11 de septiembre. En este sentido, el nacionalismo de los militares tenía un carácter mesiánico. Tal como probaba el creciente número de dictaduras militares en América Latina, parecía que la "vía chilena" de diferenciación respecto del gran vecino del norte podía hacer escuela[1344].

Simultáneamente, y de forma similar a como lo hizo antes la UP, el régimen militar invocó raíces históricas y figuras heroicas, aunque puestas ahora en relación con el nuevo nacionalismo. La grandeza histórica de la nación, así afirmaba la doctrina oficial, se había perdido a causa de la "politiquería" y debía ser recuperada. La nación era celebrada en numerosas ceremonias de conmemoración de los actos heroicos del Ejército chileno –entre éstas también la revalorización de la ceremonia de la bandera–, realizadas a lo largo de todo el año en los establecimientos escolares[1345]. Junto a los héroes de la historia araucana y del movimiento independentista, fue colocado Diego Portales, hombre de Estado conservador de la primera mitad del siglo XIX, cuyo gobierno autoritario habría preservado a Chile de la anarquía que sí afectó a los países vecinos. A los ojos de los militares, los ejemplos de Diego Portales y del coronel Carlos Ibáñez mostraban que se debía preferir la autocracia por sobre la democracia. La prensa afín al régimen retrataba a Augusto Pinochet como su sucesor legítimo y al mismo tiempo como alguien que comprendía la voz del pueblo chileno[1346].

[1343] "Hacia el chileno con 'nueva mentalidad'", en *Qué Pasa*, Nº 202, Santiago, marzo de 1975, p. 18.

[1344] "El tibio sol del septiembre", en *Chile Ahora*, Nº 21, Santiago, septiembre de 1981, p. 8; "El nacionalismo", en *La Nación*, Santiago, 10 de julio de 1983, p. 3ª; "Chile, país distinto", en *La Nación*, Santiago, 14 de marzo de 1988, p. 2; Munizaga, *El discurso..., op. cit., passim*; Larraín, *Identidad..., op. cit.*, pp. 154-158. Sobre la dimensión latinoamericana: "¿Una nueva organización latinoamericana?", en *El Mercurio*, Santiago, 14 de diciembre de 1974, p. 19; Patricio Bañados, "La tina americana", p. 5.

[1345] "En el Día de la Bandera", en *El Sur*, Concepción, 9 de julio de 1976, p. 5; Constable & Valenzuela, *op. cit.*, p. 259. Sobre la idea de la "restauración" de la grandeza nacional, véase "¡Qué tanto!", en *La Nación*, Santiago, 25 de noviembre de 1986, p. 7; Munizaga, *El discurso..., op. cit.*, p. 43.

[1346] "Monumento al General Ibáñez", en *Ercilla*, Nº 2010, Santiago, 1973, p. 9; "Entre la historia y la leyenda", en *Ercilla*, Nº 2205, Santiago, noviembre de 1977, p. 25; "Portales", en *La Nación*, Santiago, 6 de junio de 1980, p. 9A; Pinochet Ugarte, *Camino..., op. cit.*, tomo 2, p. 223; Mario Sznaijder, "Who is a Chilean? The Mapuche, the Huaso and the Roto as the Basic Symbols of Chilean Collective Identity", pp. 199-216. Sobre la representación de Augusto Pinochet

Con ello, Augusto Pinochet se convirtió en figura simbólica de la presunta congruencia entre los intereses de la nación y los de los militares. Según la versión militar de la historia de Chile, el Ejército antecedió a la nación chilena y fue semilla del Estado. Sólo aquél, presuntamente superior en lo moral a todas las instancias civiles, podía garantizar la grandeza y seguridad nacionales. Por eso poseía el poder de definición respecto de los enemigos internos y externos de la nación. Estos últimos eran, en primer término, los comunistas. En segundo, tanto la cultura de masas y de consumo, supuestamente ajena a lo chileno, como la doctrina de los derechos humanos de sello estadounidense[1347] constituían una amenaza. De un modo similar a lo ocurrido durante la UP, este pensamiento culminó en la idea de un tercer camino independiente hacia la nación. Este razonamiento fue fundamental para legitimar el golpe de Estado:

> "Las Fuerzas Armadas y de Orden en cumplimiento de su deber esencial de resguardar la soberanía de la Nación y los valores superiores y permanentes de la chilenidad a justo y legítimo requerimiento de aquella asumieron el 11/IX/1973, la conducción de la República con el fin de preservar la identidad histórico-cultural de la Patria y de reconstruir su grandeza espiritual y material"[1348].

Cuando parecía que el gobierno se distanciaba cada vez más de su credo nacionalista original, como consecuencia del rumbo de las reformas neoliberales de fines de la década de 1970, resurgieron voces radicales que se veían a sí mismas como guardianes de la doctrina pura. A lo largo del decenio 1980 revivieron y fueron fundados diversos movimientos y partidos de derecha, pasando por el gremialismo y la UDI, hasta agrupaciones extremistas como Avanzada Nacional, los que se sentían tributarios del nacionalismo y deseaban hacer valer su influencia sobre la política[1349]. La extrema derecha rechazó la Constitución autoritaria de 1980, ya que ésta establecía el retorno paulatino a la odiada democracia representativa. Como fundamento para este rechazo total, apelaba al fuerte carácter extranjero del poder legislativo que como institución podía ser adecuado para Estados Unidos, pero no para Chile. La derecha radical percibió la presión extranjera, en orden a restablecer la democracia y a

---

véase especialmente las caricaturas en *La Nación*. Sobre la idea del Estado "portaliano" véase Friedmann, *op. cit*., p. 14.

[1347] "Marxismo o nacionalismo", en *La Patria*, Concepción, 17 de julio de 1973, p. 20; "Unidad y solidaridad", en *El Sur*, Concepción, 11 de diciembre de 1973, p. 3; Pinochet Ugarte, *Camino..., op. cit*., tomo 1, p. 277; Friedmann, *op. cit*., pp. 50-53; Larraín, *Identidad..., op. cit*., pp. 145-148; Corlazzoli, *op. cit*., p. 81.

[1348] "Acta institucional" del régimen, citada por Corlazzoli, *op. cit*., p. 81.

[1349] "Crítica nacionalista", en *La Segunda*, Santiago, 6 de septiembre de 1978, p. 6; "El desplazamiento", en *La Segunda*, Santiago, 13 de julio de 1988, p. 10; Ensalaco, *op. cit*., pp. 17-19; Constable & Valenzuela, *op. cit*., pp. 287-289. Los reformistas neoliberales también recurrieron al nacionalismo: Pilar Vergara, *op. cit.,* p. 156.

respetar los derechos humanos, como una confirmación de su propia postura. Chile, argumentaba, había demostrado varias veces, a lo largo de su historia, que era capaz de sostener exitosamente su singularidad mediante su valor, incluso frente a adversarios tan poderosos como Estados Unidos[1350].

Los opositores al régimen, en cambio, pensaban que el retorno a la democracia era el camino que respondía de mejor manera a la tradición de Chile. También ellos difundieron una variante del nacionalismo. Sin embargo, según ésta, la política del gobierno militar era antinacional, porque había dividido internamente la nación y había vendido las riquezas económicas del país al extranjero. Así, la oposición también partía de la base de una visión monolítica de la nación. Eran pocas las voces que exhortaban a proponer la nación como un proyecto para alcanzar acuerdos entre visiones diversas y contrapuestas sobre historia e identidad. Nuevamente fue José Joaquín Brunner quien cuestionó las visiones tradicionales sobre la nación: "Chile no tiene una sola identidad. No hay algo así como un 'ser nacional', una imagen arquetípica de 'lo chileno', una figura de lo nacional"[1351].

El abandono total y explícito del pensamiento basado sobre las categorías del nacionalismo, tal como lo proponía José J. Brunner, no era practicable en Chile entre los años 1970 y 1989, dadas las condiciones de su desarrollo. Ni siquiera a la oposición le parecía oportuno. La retórica nacionalista, cuya variante moderna había surgido durante el primer tercio del siglo XX como reacción a problemas internos y a la dependencia extranjera, siguió desarrollándose como argumento central para la legitimación de todos los proyectos políticos. Los nacionalismos, de izquierda y de derecha, "triunfaban" en nombre de Bernardo O'Higgins y de Caupolicán, aunque para ello extrajesen conclusiones opuestas sobre política interna a partir de los ejemplos históricos. En cambio, al calificar al enemigo externo mostraban diferencias más sutiles. Si el nacionalismo de la UP había estado inseparablemente unido al antiimperialismo y al antinorteamericanismo, la variante del régimen militar se dirigió, ante todo, contra el comunismo, a pesar de que dentro del proyecto nacionalista de las Fuerzas Armadas, Estados Unidos cumplía el papel de imagen antagónica. A continuación, nos centraremos en el análisis de cómo estas dos diferentes visiones se trasladaron a la acción política.

*Nacionalismo económico y antinorteamericanismo: la UP*

Entre 1970 y 1989 se intentó implementar el nacionalismo en forma concreta, básicamente a través de medidas económicas. En vista del diagnóstico unánime sobre el subdesarrollo de la nación y de la consiguiente dependencia hacia el

[1350] Así lo afirmó el político nacionalista Carlos Cruz-Coke, "Mr. Jones al acecho", p. 4. Véase, además, Carlos Ruiz, *Transformaciones..., op. cit.*, p. 22.

[1351] José J. Brunner, *Un espejo..., op. cit.*, pp. 59-61.

extranjero, no parecía que hubiese otro ámbito político en el que la necesidad de actuar fuera tan evidente. Tampoco había otro sector como el económico sobre el cual existiese un acuerdo tan general entre los observadores en cuanto a la distancia que lo separaba de la "grandeza nacional", más aún cuando se le atribuía indiscutidamente un papel clave como motor del desarrollo del país. Desde principios del siglo XX se habían ensayado en Chile diversos modelos para resolver los problemas económicos. Todos éstos habían fracasado. Ni siquiera la Alianza para el Progreso, iniciada con tantas esperanzas, había logrado satisfacer sus expectativas. Crecía así la convicción de que sólo una liberación radical de la dependencia extranjera, mediante la nacionalización de los recursos naturales y de los medios de producción, podía preparar el camino hacia un futuro mejor. ¿Qué significado tuvieron los encuentros con Estados Unidos en este contexto?

El nacionalismo económico chileno mantuvo su virulencia tras la superación de la crisis económica mundial. Las medidas adoptadas bajo Carlos Ibáñez y aquéllas intensificadas tras su derrocamiento, conformaron hasta fines de la Segunda Guerra Mundial las bases de una política de industrialización orientada hacia la sustitución de las importaciones. Esta política culminó en 1939 con la creación de la estatal CORFO, la cual controló hasta 1954 cerca del 30% de los bienes de inversión en Chile. Esto originó profundos problemas para los intereses extranjeros en muchas áreas, los que en más de una oportunidad derivaron abiertamente en conflictos. Por otra parte, numerosas regulaciones legales y el aumento tributario limitaron, cada vez más, las posibilidades de desarrollo de las empresas extranjeras en Chile[1352]. Sin embargo, la anhelada independencia económica basada sobre un sector industrial viable no lograba realizarse debido a los conocidos problemas de exceso de burocracia, a la ausencia de estabilidad en las decisiones políticas y a la corrupción. Así, el desarrollo chileno continuó estrechamente entrelazado con el sistema económico mundial. La suerte que corrieran las exportaciones –ciertamente muy favorable durante la Segunda Guerra Mundial– siguió siendo la base de la economía chilena[1353]. Las reticencias hacia este sector, principalmente hacia los inversionistas, se profundizaron con la controvertida fijación del precio del cobre durante la Guerra de Corea durante la década de 1950. En esos años se afianzó la crítica de que los consorcios de la Gran Minería obtenían ganancias excesivas en Chile y de que presionaban artificialmente la baja los precios internacionales, por tener intereses propios en Estados Unidos en la producción de bienes manufacturados que contenían cobre[1354].

[1352] Fermandois, *Abismo..., op. cit.*, pp. 159-162; Monteón, *Chile and..., op. cit.*, pp. 150-154; Behrens, *op. cit.*, pp. 16-17; Meller, *Un siglo..., op. cit.*, pp. 58-59; Bohan & Pomeranz, *op. cit.*, pp. 10 and 24; Fermandois, "La larga...", *op. cit.,* p. 292.

[1353] Meller, *Un siglo..., op. cit.*, p. 54. Sobre los comunistas chilenos: Moran, *op. cit.*, p. 64.

[1354] Stefan de Vylder, *Allende's Chile: The Political Economy of the Rise and Fall of the Unidad Popular*, p. 120; Fermandois, "La larga...", *op. cit.,* pp. 295-299; George M. Ingram, *Expropriation*

El margen de acción para aplicar medidas para contrarrestarlo era muy limitado. El presidente Gabriel González Videla implementó en 1952 un monopolio estatal de venta, sin embargo, éste fracasó a los pocos años. Durante el segundo mandato de Carlos Ibáñez (1952-1958), a partir de 1955 llegó el turno de una política que incorporaba nuevamente la idea de una cooperación más estrecha con los consorcios estadounidenses. Se llamó "Nuevo Trato", a imitación del "New Deal" de Theodore Roosevelt. No obstante, este camino tampoco aumentó la eficiencia ni los niveles de producción del sector cuprífero. Todo lo contrario: la visión chilena sobre estos esfuerzos de cooperación era que habían sido un completo fracaso, lo que en opinión de importantes colaboradores de la CEPAL, como Aníbal Pinto, confirmaba las tesis de la teoría de la dependencia[1355]. Todavía bajo la influencia de la Revolución Cubana, al igual que en el resto de América Latina, en Chile aumentaron las voces que exigían la nacionalización de los principales recursos del país. Washington reaccionó, por una parte, con gestos amenazadores y, por otra, con la Alianza para el Progreso. Con sus pretensiones de reforma social, ésta disgustó a los conservadores chilenos al tiempo que defraudó las expectativas de la izquierda. Todos los sectores consideraban que las empresas estadounidenses que operaban en el sector minero contribuían demasiado poco al desarrollo –es decir, a la industrialización– del país[1356].

La creciente vehemencia de las demandas nacionalistas colocó tanto a los consorcios cupríferos como a otros inversionistas estadounidenses bajo una presión creciente. Tal como había sucedido durante la década de 1920, las empresas reaccionaron a las amenazas intensificando su trabajo de relaciones públicas y mejorando sus ofertas sociales. Anaconda, Braden, Grace y ESSO donaron grandes sumas a organizaciones humanitarias para sus actividades en Chile, como CARE y CARITAS. Y les ofrecieron a sus ejecutivos remuneraciones comparativamente elevadas y en dólares, dineros que podían ser transferidos a cuentas en el extranjero. Para acentuar el carácter nacional de sus empresas, reclutaban ejecutivos chilenos. En general, pagaban a sus trabajadores sueldos por sobre el promedio, y mejoraron substancialmente el estándar de las viviendas que les proporcionaban. Escuelas de buena calidad y becas de estudio en Estados Unidos para los hijos del personal eran parte de los beneficios que ofrecían[1357]. Por ello, entre los trabajadores chilenos los enclaves mineros eran uno de los lugares de trabajo predilectos. No obstante,

---

*of U.S. Property in South America: Nationalization of Oil and Copper Companies in Peru, Bolivia, and Chile*, pp. 245-253.

[1355] Pinto Santa Cruz, *op. cit.*; Moran, *op. cit.*, pp. 25-41 and 180-197.

[1356] Fermandois, "Chile y la 'cuestión...", *op. cit.,* p. 145; Sigmund, *The United..., op. cit*, p. 58; Meller, *Un siglo..., op. cit.*, p. 34; Philip O'Brien, "La Alianza para el Progreso y los préstamos por programa a Chile", pp. 461-489.

[1357] Wolpin, *op. cit.,* p. 67. Sobre el reclutamiento de los ejecutivos chilenos, véase Zweig, *op. cit.*, pp. 418-419.

esto no cambió el hecho de que la gran mayoría de la población exigiera la nacionalización del cobre.

Los demócratacristianos evaluaron este estado de ánimo al anunciar la "chilenización" del cobre y con ello ganaron las elecciones de 1964. La nueva política contemplaba la adquisición paulatina de las cupríferas, de común acuerdo con los consorcios y el gobierno estadounidenses. El presidente Eduardo Frei Montalva deseaba financiar con ello sus reformas social y agraria. Para los inversionistas la chilenización era aceptable, porque con ella no solamente recibían buenos precios por la venta de sus participaciones en la propiedad y en la administración de las empresas sino amplias garantías como, por ejemplo, rebajas impositivas. A cambio, las empresas norteamericanas prometieron al gobierno de Eduardo Frei Montalva aumentar la producción e invertir nuevos capitales para la ampliación y modernización de las explotaciones mineras. De esta manera, el Estado de Chile adquirió en 1967 el 51% de la participación de Braden –filial de Kennecott– en El Teniente y dos años más tarde, tras una larga negociación, el 51% de la participación de Anaconda en Chuquicamata y El Salvador. De un modo similar procedió en el ámbito de las controvertidas empresas estadounidenses proveedoras de servicios públicos. El Estado adquirió grandes paquetes accionarios de Chilectra –filial de la American & Foreign Power Co.– y de la Compañía de Teléfonos de Chile, perteneciente a la ITT, empresas que se comprometieron, a cambio, a ampliar y mejorar sus servicios. Paralelamente fue regulada la paulatina adjudicación de nuevos paquetes accionarios, de modo que el Estado pudiese adquirir, en el largo plazo, la propiedad de estas empresas de servicios[1358].

Para la izquierda, esta "nacionalización pactada" avanzaba demasiado lento y no iba suficientemente lejos. Comunistas y socialistas la calificaron como una maniobra engañosa que buscaba confundir al pueblo y a la nación, por lo que amenazaron con una huelga general. Los esfuerzos de Eduardo Frei Montalva fueron ridiculizados a través de caricaturas que alcanzaron amplia difusión (véase ilustración en página siguiente).

Los conservadores también criticaron la chilenización. Argumentaban que con ella el gobierno de Eduardo Frei Montalva entregaba a las empresas garantías de propiedad más amplias que a los propietarios chilenos afectados por la reforma agraria. Así, ambos sectores políticos coincidían al apuntar el hecho de que los consorcios cupríferos bajaban artificialmente los precios del cobre a pesar de la gran demanda causada por la Guerra de Vietnam, tal como había sucedido durante la Guerra de Corea. Sectores de la DC opositores a Eduardo Frei M., recogieron esta crítica. Reclamaban que, a raíz de los acuerdos con las empresas, Chile estaría forzado a adquirir nuevos préstamos internacionales, con lo cual volvería a colocarse en una situación de dependencia, y

[1358] Mario Góngora, *Ensayo..., op. cit.*, p. 251; Michaels, *op. cit.*, pp. 84-86; Muñoz & Portales, *op. cit.*, pp. 32-37; Sigmund, *The Overthrow..., op. cit.*, pp. 33-37.

a estar supeditado a la buena voluntad de los yanquis respecto de cosas como, por ejemplo, la implementación de los anunciados programas de inversión[1359].

Si bien la izquierda socialista compartía el punto de vista de los demócratacristianos en cuanto a que el Estado debía asumir el liderazgo de la economía, dio un paso más allá al ambicionar como objetivo la estatización de los sectores claves de la economía. El cobre representaba un papel central como fuente real de dinero, pero también como símbolo. Esto fue evidente durante la campaña electoral de 1970, cuando la UP logró recoger votos más allá de su electorado tradicional gracias al acento que puso en el antiimperialismo y utilizando frases como la "liberación de Chile de los yanquis". Salvador Allende y sus partidarios establecieron hábilmente una relación entre el subdesarrollo del país, la pobreza del pueblo y el control de las riquezas mineras por parte de los consorcios[1360].

Para la izquierda, la "nacionalización pactada" de los consorcios impulsada por Eduardo Frei Montalva era ridícula. FUENTE: Jecho, "La risa que me da...", p. 15.

El triunfo electoral de la UP allanó el camino para una solución radical al problema de la nacionalización del cobre, por vía legal, y con ello, según el periódico del partido comunista *El Siglo*, para un "nuevo Chile"[1361]. Ya a fines de 1970 fue presentado un proyecto de reforma constitucional, aprobado unánimemente por el Congreso el 11 de julio de 1971. Con la nacionalización fueron declarados nulos todos los contratos y concesiones con las empresas. Las inversiones de la Gran Minería debían ser amortizadas mediante bonos a treinta años con tasa de interés fija. Al valor de tasación, sin embargo, se le debía rebajar el monto de las "utilidades excesivas". Según la definición de Salvador Allende, eran "excesivas" todas aquellas utilidades superiores al 12%,

[1359] "El fraude", en *Punto Final*, Nº 83, Santiago, 83 septiembre de 1969, pp. 8-9; Moran, *op. cit*., pp. 139-147; Sigmund, *Multinationals.., op. cit*., pp. 139-142; Fermandois, *Chile y el mundo..., op. cit*., pp. 402-405; Fermandois, "La larga...", *op. cit*., p. 304; Alexander, *op. cit.,* pp. 100-103.

[1360] Salvador Allende *et al*., *La vía chilena al socialismo.*

[1361] "Ahora, a realizar un Chile nuevo", en *El Siglo*, Santiago, 4 de noviembre de 1970, p. 4. Véase, además, "Nacionalizaremos el cobre", en *El Siglo*, Santiago, 9 de febrero de 1971, p. 1.

obtenidas luego del "Nuevo Trato" de 1955 mediante el aprovechamiento de las injustas estructuras del sistema económico mundial. De ahí resultó que las dos empresas que lideraban la Gran Minería, Anaconda y Kennecott, no podían hacer valer ninguna de sus pretensiones de compensación. Por el contrario, le debían dinero al Estado chileno[1362].

La nacionalización desató en Chile gran entusiasmo. La prensa de izquierda celebró la medida como un acontecimiento histórico, como "nuestra segunda y definitiva independencia", que habría originado un nuevo espíritu de comunidad nacional[1363]. El día de la nacionalización fue declarado como "el día de la dignidad nacional"[1364]. No sólo la izquierda sino, también, gran parte del mundo liberal y conservador valoró positivamente ese paso. El principal dignatario de la Iglesia Católica chilena, el cardenal Raúl Silva Henríquez, dio expresión a un concepto consensual cuando defendió las pretensiones chilenas sobre el cobre y cuando exhortó a Estados Unidos a conformarse con el procedimiento elegido[1365]. Representaciones gráficas de la época muestran claramente que en la percepción de gran parte de la población la medida fue vista como el triunfo heroico del pequeño Chile sobre el poderoso Tío Sam (véase ilustración en página siguiente). Salvador Allende comprendió este clima y se empeñó en aprovecharlo a favor de otras medidas reformistas. En su discurso del 11 de julio demandó que se concluyese la reforma agraria y que la antigua oligarquía, estrechamente entrelazada con los capitales, fuese despojada totalmente de su poder[1366].

En efecto, la UP aprovechó el entusiasmo detonado por la nacionalización del cobre para estatizar otras empresas activas en Chile. El hierro y el salitre fueron nacionalizados rápidamente mediante adquisiciones. La toma de posesión de la banca extranjera tampoco presentó mayores problemas y, dado el tradicional resentimiento hacia esas instituciones, también fue muy bien recibida. Por otra parte, el gobierno acordó pacíficamente con numerosas empresas estadounidenses de las áreas del entretenimiento, textil e informática el traspaso de sus inversiones. Compró la mayor parte de las acciones de la

[1362] Allende, "Decreto sobre...", *op. cit.*, tomo 2, pp. 1007-1011; Eduardo Novoa, *La nacionalización del cobre: comentarios y documentos*; Meller, *Un siglo..., op. cit.*, pp. 139-141; Sigmund, *Multinationals..., op. cit.*, pp. 149-161; Carlos Fortin, "Nationalization of Copper in Chile and Its International Repercussions", pp. 183-220.

[1363] "Chile no debe indemnizar", en *Punto Final*, Nº 140, Santiago, octubre de 1971, pp. 13-14. Véase, además, "Acontecimiento histórico", en González y Fontaine, *op. cit.*, tomo 1, p. 48.

[1364] "El sueldo de Chile", en *El Sur*, Concepción, 11 de julio de 1971, p. 7.

[1365] "La iglesia católica y la nacionalización", en *Última Hora*, Santiago, 28 de octubre de 1971, p. 5. Véase, además, "El cobre", en *Mensaje*, Nº 20, Santiago, 1971, pp. 519-525. Sobre la derecha: "Lo del cobre", en *La Segunda*, Santiago, 19 de octubre de 1971, p. 3; Fermandois, "La larga...", *op. cit.*, p. 311.

[1366] Salvador Allende, "Discurso con ocasión de la nacionalización del cobre", tomo 2, pp. 983-997; senador Luis Valente Rossi, "El cobre", pp. 412-431. Véase, además, Régis Debray/Salvador Allende, *Der chilenische Weg*, p. 91.

filial chilena de Coca-Cola, operación en la que se dio especial valor al derecho de seguir usando el mismo nombre de la marca[1367].

Claro que no todos los procesos de nacionalización se llevaron a cabo sin problemas. En aquellos casos en los que los directivos de las empresas negaron la aprobación, Salvador Allende se acogió a algunos decretos de emergencia dictados por Carlos Dávila durante la república socialista que le

La pelea del siglo. Para la izquierda, la nacionalización fue un gran triunfo conseguido por el protector del pueblo, Salvador Allende, en conjunto con su poderosa izquierda en contra del temido Tío Sam, quien había luchado echando mano a todos sus trucos. FUENTE: Zaratustra, "La pelea del siglo", p. 9.

[1367] Vylder, *Allende's..., op. cit.*, pp. 132-133; Horacio Aránguiz Donoso, "Notas para el estudio de los bancos extranjeros en Chile, 1889-1971", pp. 19-68; "Coca Cola", en *Qué Pasa*, Nº 63, Santiago, julio de 1972, p. 43; Alberto Martínez, "The Industrial Sector: Areas of Social and Mixed Property in Chile", pp. 235-236.

permitían al gobierno hacerse cargo, en épocas de crisis, de aquellas empresas ineficientes o incapaces de zanjar problemas laborales irresolubles[1368]. Estos decretos fueron empleados de manera flexible según los contextos. En mayo de 1971 la filial chilena de Ford fue una de las afectadas tras rechazar la oferta de compartir la dirección de la empresa con representantes de la estatal CORFO. Ford había despedido empleados y cerrado la industria. Luego de esto, una parte del personal se hizo cargo, en forma arbitraria, de la empresa. Cuando el gobierno la intervino, adujo entre sus argumentos que la compañía estaba dañando la soberanía nacional[1369]. El caso más notorio de la utilización de los decretos fue el de la nacionalización de la empresa telefónica Chitelco. En 1970, ITT poseía todavía el 70% de la participación en esa empresa. No estuvo dispuesta a renunciar a este porcentaje a pesar de una larga negociación de varios meses con representantes gubernamentales sobre un acuerdo de indemnización. En consecuencia, Chitelco fue intervenida en septiembre de 1971. Aun así, las negociaciones sobre la indemnización se prolongaron hasta marzo de 1972. Recién cuando se conoció el complot de la CIA y de la ITT, el gobierno dio por finalizadas las deliberaciones con la empresa. La medida fue acogida ampliamente por la opinión pública chilena, consciente gracias a diversas fuentes de la importancia de las telecomunicaciones y de la necesidad de su nacionalización. Entre otras, gracias a revistas de historietas (véase ilustración página siguiente)[1370].

Según una nómina del departamento de Estado elaborada en 1973, en total treinta y cinco empresas fueron afectadas de una u otra forma por las medidas de nacionalización[1371]. Sin embargo, la toma de control de empresas estadounidenses y de otros países no solucionó todos los problemas. Por ejemplo, la revista de oposición *Ercilla* hizo notar que la nacionalización de Ford y la consecuente suspensión del suministro de repuestos no sólo ponía en riesgo los cerca de seiscientos puestos de trabajo de la fábrica sino la existencia de numerosas empresas contratistas y sus casi mil ochocientos empleados. En el sector cuprífero faltaba *know-how*, pues tanto los expertos estadounidenses como numerosos profesionales y técnicos chilenos emigraron, dado que sus remuneraciones fueron cambiadas al devaluado escudo chileno. El intento por compensar esta pérdida, mediante la contratación de expertos soviéticos, no tuvo éxito. No se produjo el anhelado incremento de la producción, los sueldos reales se redujeron y los sindicatos mineros dominados por activistas

[1368] Alexander, *op. cit.*, pp. 150-156; Sigmund, *The United..., op. cit.*, pp. 58-59.

[1369] Para comprender la postura del gobierno: "La Ford...", en *La Nación*, Santiago, 29 de mayo de 1971, p. 3. Véase, además, Vylder, *Allende's..., op. cit.*, p. 140; Jenkins, *op. cit.*, pp. 199-200.

[1370] "La expropiación de la ITT", en *Puro Chile*, Santiago, 5 de mayo de 1972, en González y Fontaine, *op. cit.*, tomo 1, pp. 383-384; Sobel, *op. cit.*, pp. 320-340; Vylder, *Allende's..., op. cit.*, p. 160.

[1371] U.S. Congress. House, Committee on Foreign Affairs, *op. cit.*, pp. 116-117. La lista también incluía bajo el título "expropiaciones" aquellas empresas adquiridas por el gobierno. Véase Jensen, *op. cit.*, pp. 291-292.

demócratacristianos realizaron fuertes movimientos huelguísticos que contribuyeron a desestabilizar aún más la situación. En vista de la agudización de la crisis económica y de los problemas de abastecimiento, la crítica hacia la UP aumentó y derivó en manifestaciones masivas[1372].

La nacionalización de la ITT. Historietas publicadas por la editorial estatal Quimantú explicaban la necesidad de nacionalizar la telefonía. FUENTE: "Las comunicaciones", en *La Firme*, Nº 33, Santiago, febrero de 1972.

[1372] "El divorcio...", en *Ercilla*, Nº 1872, Santiago, 1971, p. 13; Vylder, *Allende's..., op. cit*., p. 116.

Como reacción ante la creciente presión, los líderes políticos de la izquierda utilizaron la retórica nacionalista para difamar como traidores de la nación a sus adversarios políticos. Por ejemplo, cuando el presidente del PS, Carlos Altamirano, comparó la política del gobierno demócratacristiano con la nacionalización de julio 1971, hablaba de que éste había sido un "gobierno yanqui" que había permitido el "saqueo" de Chile[1373]. Con ese tipo de acusaciones la UP lograba movilizar, una y otra vez, a sus adherentes para que realizaran contramanifestaciones y para avivar las hostilidades. En su último número –aparecido el mismo día del golpe–, *El Siglo* hizo correr el rumor de que la oposición estaba planeando la inmediata devolución del cobre a sus antiguos dueños, tal como habría anunciado *El Mercurio,* su portavoz[1374]. Las denuncias de traición a la nación se vinculaban con la posición asumida en torno a la nacionalización. A fines del gobierno de la UP, con un clima político enardecido, seguían siendo una poderosa arma simbólica.

El nacionalismo económico de la UP no sólo ocasionó numerosos problemas a nivel de política interna sino, también, de relaciones internacionales. La agudización de las acusaciones en contra de la oposición era consecuencia sobre todo porque muchas empresas rechazaron tajantemente las intervenciones, y su actitud confrontacional fue determinante para agravar la situación de Chile. Las gerencias de las empresas afectadas –agrupadas en una asociación de intereses bajo la dirección de la ITT– apoyaron desde un principio con recursos económicos tanto a la oposición chilena como a sus medios de comunicación. De ahí que las imputaciones de la izquierda no eran infundadas. Por otra parte, empresas como Kennecott y Anaconda optaron por el camino judicial para defenderse e impugnaron la admisibilidad de la nacionalización ante tribunales estadounidenses, europeos y ante el Tribunal del Cobre instaurado por Salvador Allende. Si bien en Chile tenían pocas perspectivas de lograr algo, en 1972 obtuvieron éxitos parciales en el ámbito internacional, tales como la retención de los embarques de cobre chileno en puertos extranjeros. Según el gobierno chileno, las maquinaciones de las empresas, las que podía presumirse que contaban con el apoyo de Washington, llevaron a un "bloqueo invisible" que paralizó a la nación y que, por ello, justificaba medidas en contra[1375].

La moratoria de la deuda de noviembre de 1971 y una postura inflexible frente al problema de las indemnizaciones fueron presentadas a la opinión pública chilena como contramedidas. La euforia y la retórica marcial en torno a la nacionalización dejaban, sin embargo, escaso margen de negociación con

[1373] Fermandois, *Chile y el mundo..., op. cit.*, pp. 413-414. Véase, además, "El cobre", en *El Siglo*, Santiago, 25 de abril de 1971, p. 2.

[1374] "Devolver el cobre a los yanquis", en *El Siglo*, Santiago, 11 de septiembre de 1973, p. 12.

[1375] Alberto Martínez, *op. cit.*, pp. 235-236; Sigmund, *The United..., op. cit.*, pp. 59-60. Sobre las asociaciones de intereses y los procesos judiciales: Fermandois, *Chile y el mundo..., op. cit.*, pp. 339 y 416-418; Fortin, "Principled...", *op. cit.*, p. 228. Sobre el juicio al papel del gobierno: "Detrás de la Kennecott", en *Punto Final*, Nº 173, Santiago, diciembre de 1972, pp. 12-14.

los intereses estadounidenses. La UP se presentó desde un principio como heroica: protectora de la integridad nacional contra la poderosa amenaza proveniente de Estados Unidos, país que habría logrado organizar a todo el mundo occidental en una alianza contra el pequeño Chile. Por esto, dentro del gobierno, la izquierda más radicalizada rechazó de plano las negociaciones con el "facismo imperialista yanqui"[1376]. Sin embargo, Salvador Allende, quien aspiraba a que se atenuase el boicot crediticio, en un principio estuvo interesado en sostener conversaciones directas. La presión ejercida por los socialistas más radicales dentro de la coalición de gobierno, quienes miraban cualquier forma de transacción como una traición "poco varonil" a la gloriosa nacionalización, hizo rechazar una propuesta de acuerdo que contemplaba el pago a las empresas de una compensación muy reducida[1377]. A medida que la situación económica se tornaba más compleja, la retórica antiestadounidense se volvía más histérica. Una parte de la prensa de izquierda hablaba de la verdadera guerra de los yanquis contra el pueblo chileno, la cual habría alcanzado su expresión más clara en el bloqueo del cobre[1378].

Todavía bajo la impresión de la euforia por las leyes de nacionalización de 1971 –aprobadas por los partidos de oposición– una parte de la derecha política, en especial el Partido Nacional, rechazó categóricamente el pago de compensaciones[1379]. No obstante, esta postura cambió con el tiempo. A pesar de las acusaciones de traición a la patria que hacía la izquierda, entre 1972 y 1973, *El Mercurio* apuntó permanentemente hacia la necesidad de negociar, para restablecer la confiabilidad crediticia del país en nombre de la cordura económica. Así, la oposición también invocaba el interés nacional cuando expresaba sus exigencias; claro que, a diferencia de la UP, en adelante opinó que, en aras de ese interés, servía más un acuerdo con Estados Unidos. Entre 1972 y 1973, el discurso nacionalista de la derecha y de la Democracia Cristiana dejó de ver a los yanquis como los "otros no chilenos" que debían ser combatidos con todos los medios. Ese lugar lo ocuparon el comunismo internacional, sus representantes cubanos y soviéticos, y el gobierno de la UP[1380].

La implementación concreta de acciones económicas en el ámbito internacional debía afectar necesariamente los intereses del gran vecino del norte, debido a la real preponderancia de los inversionistas en áreas claves de la economía chilena. Y en realidad, amplios sectores de la población opinaban

[1376] "Chile no debe indemnizar", en *Punto Final*, Nº 140, Santiago, octubre de 1971, p. 13.

[1377] Maira, *Chile..., op. cit.*, pp. 30-36; Moran, *op. cit.*, pp. 148-151.

[1378] "Unidad patriótica", en *El Siglo*, Santiago, 15 de octubre de 1971, p. 2; Armando Zegri, "Nacionalización del cobre", p. 3. Sobre la retórica bélica: "Nixon declarará la guerra", en *Última Hora*, Santiago, 31 de marzo de 1973, p. 4; "La Kennecott empezó la guerra", en *Chile Hoy*, Nº 14, Santiago, 1972, p. 5.

[1379] "PN", en *El Mercurio*, Santiago, 17 de agosto de 1971, p. 17.

[1380] "Chile y el crédito externo", en *El Mercurio*, Santiago, 26 de octubre de 1972, p. 3; "Negociaciones con EE.UU.", en *La Prensa*, Santiago, 1 de abril de 1973, p. 3.

que debía ser así, ya que la influencia estadounidense hería el orgullo nacional de muchos chilenos. De esta forma, en Chile, nacionalismo económico y antinorteamericanismo permanecieron estrechamente unidos. Esto en ningún caso constituía una excepción dentro del contexto latinoamericano del decenio 1960, aunque claramente bajo la UP las medidas en contra del "capital" se radicalizaron en forma sistemática. El gobierno declaró abiertamente que adhería a la política económica, subliminalmente antinorteamericana, de sus antecesores y adjudicó a Estados Unidos el papel de principal adversario, cuyo poder y capacidad de influencia era necesario limitar. Más allá de esto, el nacionalismo económico dirigido contra los inversionistas era el primer paso de la "vía chilena hacia el socialismo", es decir, de la estatización amplia de sectores centrales de la economía. Los "afuerinos" yanquis eran, en este sentido, víctimas propicias y podían servir de ejemplo. Llevada por la ola de entusiasmo nacionalista, desencadenada por la estatización del cobre, la UP esperaba despertar el apoyo de una mayoría ciudadana a los siguientes pasos que debía dar. Sin embargo, la capacidad de sustentación del antinorteamericanismo, movilizado por el gobierno, se topó muy pronto con sus propios límites, pues una cosa era celebrar la nacionalización del cobre, pero otra muy diferente asumir en la vida diaria los rigores económicos en pos de una utopía socialista.

### *"Nacionalismo auténtico" y "vendepatria": el régimen militar*

En su discurso del 11 de septiembre de 1974, con ocasión del primer aniversario del golpe militar, el dictador Augusto Pinochet llamó a la Junta Militar un "gobierno auténticamente nacional"[1381]. Esta reivindicación de la verdadera doctrina del nacionalismo tuvo una acogida tan poco unánime como la que habían tenido las pretensiones de la UP. La diferencia estaba en que en ese momento no se podían expresar abiertamente las visiones discrepantes. Sólo los partidarios de la UP enviados al exilio podían atreverse a contradecir la interpretación de Augusto Pinochet, y lo hicieron en múltiples publicaciones. Opinaban que el régimen era todo lo contrario de un gobierno auténticamente nacional, que era un "vendepatria". Así lo manifestaron a la opinión pública mundial, por ejemplo, durante la Copa Mundial de Fútbol de 1974, realizada en Alemania, desplegando carteles que decían, "¡Chile sí, Junta no!"[1382]. En vista de la profunda polarización del panorama político chileno tras la brutal persecución y asesinato de los disidentes luego del golpe, estas visiones diametralmente opuestas no eran sorprendentes. ¿Cuál de las dos visiones era más

[1381] Citado en "La desesperada demanda", en *Chile América*, Nº 3, Roma, noviembre/diciembre de 1974, p. 8.

[1382] *Ibid.*

cercana a la verdad? ¿Acaso el régimen efectivamente estaba encaminado hacia el renacer nacional, como habían definido los mismos militares? Ciertamente no había duda de esto en lo que concernía a la supresión del Congreso y al "disciplinamiento" de la población. Pero, ¿mantendría el régimen su promesa de cumplir la meta autoimpuesta de la liberación de Chile de las influencias extranjeras?

Desde un comienzo el gobierno dejó claro que se había propuesto un quiebre radical con el pasado inmediato. Aquello que *El Mercurio* calificó retrospectivamente como un nacionalismo mal entendido por los gobiernos chilenos desde la década de 1960 –esto es, una postura xenofóbica en términos político-económicos–, debía cambiar de raíz[1383]. Cómo y en qué dirección debía ser impulsado el desarrollo económico del país, eran aspectos que en 1974 ni siquiera los miembros de la junta tenían claro. A diferencia de sus antecesores, sin embargo, en un principio el régimen no tuvo que discutir con una oposición capaz de imputarle un actuar antinacional. La dictadura podía decretar tranquilamente medidas impopulares para asegurar la persistencia de sus bases de poder[1384]. El primer golpe de timón en la política económica fue la normalización de las relaciones internacionales de Chile y, como condición previa para ésta, la solución al problema pendiente sobre las compensaciones. Sin embargo, como la nacionalización del cobre también había sido recibida con entusiasmo por seguidores del régimen militar, era impensable restablecer completamente el *statu quo* previo. Por ello, se diferenciaron aquellas medidas nacionalizadoras "legales" –entre las cuales se contaron las ventas consensuadas y otras actuaciones ajustadas a la Constitución– de las "ilegales", como intervenciones y expropiaciones, entre otras. Las empresas adquiridas por el Estado a través de mecanismos "ilegales" debían ser restituidas a sus dueños originales. En cambio, aquéllas que caían dentro de la primera categoría, tales como la Gran Minería y la industria siderúrgica, permanecieron bajo propiedad del Estado, aunque éste se comprometió a pagar indemnizaciones razonables[1385].

Las negociaciones con las empresas fueron retomadas sin dilación en 1973/74 y concretadas rápidamente. El acuerdo supuso compensaciones por una suma total de US$376.700.000, de los cuales cerca del 20% debían pagarse en forma inmediata y el resto a plazo durante los próximos años. Tal como muestra el cuadro siguiente, durante los primeros años las empresas de la Gran Minería fueron las que recibieron los pagos compensatorios más

[1383] "Importancia de inversión extranjera", en *El Mercurio*, Santiago, 19 de diciembre de 1985, p. A3.

[1384] En vista de la polarización y del inmediato rebrote de la oposición cuando las condiciones lo permitieron, es muy dudoso que el régimen haya podido establecer efectivamente "un sentimiento de identidad colectiva" como afirma Sznaijder, "Who is...", *op. cit.*, p. 201. Pienso, en cambio, que en vez de "sentimiento", se debiera hablar de apariencia de identidad colectiva.

[1385] Sigmund, *Multinationals..., op. cit.*, pp. 170-171.

elevados. Para la ITT, luego de haber caído en descrédito a raíz del incidente con la CIA, se dispuso en diciembre de 1973 una elevada compensación de más de ciento veinticinco millones de dólares que debía ser pagada en el plazo de diez años[1386]. Pero dado que la ITT ya había reclamado el pago de seguros contratados en caso de pérdidas de sus inversiones en Chile, y como éstos deberían ser reembolsados en caso de recibir algún tipo de indemnización, decidió destinar la compensación a un artificio que le permitiera recuperar su prestigio en Chile. En 1975 creó junto con el Estado chileno la Fundación Chile, que, si bien era dirigida por ejecutivos de la ITT, con el tiempo formó a una creciente cantidad de ingenieros chilenos. La fundación fue concebida como un organismo para el traspaso tecnológico, que debía desarrollar investigaciones propias e introducir nuevas áreas productivas destinadas a allanar el camino para que país alcanzara la independencia tecnológica de los países industrializados. Hasta 1985, Fundación Chile creó diversas empresas filiales de derecho privado que introdujeron métodos innovadores, por ejemplo, en la industria del salmón y en el cultivo de ostras[1387].

*Cuadro Nº 5*
PAGOS COMPENSATORIOS CHILENOS
A EMPRESAS ESTADOUNIDENSES 1974-1975
(en millones de dólares)

| *Empresa* | *Monto* |
|---|---|
| Anaconda | 168 |
| Braden Copper Co. | 54 |
| Cerro Corporation | 15 |
| OPIC | 8 |
| ITT | 85 |
| Otras | 87 |
| Total | 417 |

FUENTE: "Deuda de Chile con EE.UU.", en *Ercilla*, Nº 2173, Santiago, 23 de marzo de 1977, p. 24.

Si se considera el elevado grado de emocionalidad que habían producido las medidas nacionalizadoras, queda claro que sólo una dictadura que previamente hubiese amordazado cualquier expresión opositora, podía llevar adelante un pago de indemnizaciones tan vasto. La prensa afín al régimen, encabezada por *El Mercurio*, celebró las compensaciones como el paso correcto

[1386] Zabala, *op. cit.*, pp. 238-239. Sobre la ITT: Muñoz & Portales, *op. cit.*, p. 50.

[1387] "Wayne Sandvig", en *La Segunda*, Santiago, 6 de abril de 1984, p. 12; "Posibles cambios administrativos", en *La Segunda*, Santiago, 28 de febrero de 1985, p. 4; "La sombra de la ITT", en *Cauce*, Nº 163, Santiago, 16 de mayo de 1988, p. 8.

hacia el saneamiento económico. Según el periódico, éste sólo se alcanzaría con el capital extranjero, y no en contra de éste. La modernización neoliberal, la cual se analiza en el capítulo siguiente, diversificó el origen del capital extranjero. La primacía de los consorcios se redujo a un nivel considerado más tolerable por los partidarios del régimen. Sin embargo, fueron justamente los reformistas neoliberales del gobierno quienes reclamaron que no se hubiesen revertido completamente las estatizaciones. Desde la perspectiva neoliberal, empresas estatales grandes y poco ágiles, como CODELCO, y las que se hallaban en manos de la CORFO dañaban más a la nación que lo que la beneficiaban. Sin embargo, los militares pusieron a los reformistas un límite, pues no estaban dispuestos a sacrificar capital simbólico. El gobierno pensaba que especialmente la Gran Minería debía permanecer estatal, aunque no necesariamente los yacimientos nuevos[1388].

Inicialmente, durante los primeros años tras el golpe, la crítica hacia la política del régimen proinversionistas sólo surgió entre los chilenos exiliados en el extranjero –cuya voz apenas se oía en Chile– y en la revista jesuita *Mensaje*[1389]. La crítica hacia la "política de la venta nacional" del régimen militar, estigmatizada como antinacional, se intensificó recién a partir de 1976, luego de que fueran autorizados algunos medios de oposición. La oposición sabía que al repetir conceptos como "extranjerización" o "desnacionalización" despertaba siempre emociones nacionalistas y tocaba con ello un punto débil del régimen[1390]. Los opositores celebraron en 1981 con satisfacción el décimo "día de la dignidad nacional" y aprovecharon la ocasión para insistir sobre las carencias nacionalistas del régimen de Augusto Pinochet. Según ellos, la nueva política económica demostraba claramente que la variante de los militares se trataba de un "nacionalismo sin nación", es más, de un voluntario y complaciente sometimiento a los intereses de Estados Unidos[1391].

La mejor prueba de esta tesis la configuraban los efectos negativos sobre la industria chilena causados por la política de apertura económica neoliberal. Sin protección, los productores nacionales no podían seguir el ritmo de la competencia extranjera, estadounidense en la mayoría de los casos. Importaciones baratas y representaciones extranjeras directas llevaron a muchas empresas chilenas a la quiebra y destruyeron puestos de trabajo. Un ejemplo de esto fue

[1388] "Acuerdo", en *El Mercurio*, Santiago, 29 de octubre de 1974, p. 3; "El poder privado", en *Hoy*, Nº 219, Santiago, septiembre de 1981, p. 27; Constable & Valenzuela, *op. cit*., p. 189; Sigmund, *The United..., op. cit*., p. 122.

[1389] "La desesperada demanda", en *Chile América*, Nº 3, Roma, noviembre/diciembre de 1974, p. 8; "Nacionalismo", en *Mensaje*, Nº 26, Santiago, 1977, p. 34.

[1390] "Quienes son los vendepatria", en *Cauce*, Nº 114, Santiago, julio de 1987, p. 35; "La extranjerización de la economía chilena", en *Cauce*, Nº 115, Santiago, agosto de 1987, p. 21.

[1391] "Nacionalismo sin nación", en *Hoy*, Nº 220, Santiago, 30 de septiembre de 1981, p. 10. Véase, además, "Cobre chileno", en *Apsi*, Nº 88, Santiago, 14 de julio de 1981, p. 11; "A Chile se le leyó...", *en Análisis*, Nº 90, Santiago, octubre de 1984, p. 17.

la producción de aparatos de televisión que había sido nacionalizada durante la UP. Ésta había logrado desarrollarse a paso cansino, a pesar de la existencia de aranceles proteccionistas, pero tras la drástica reducción entre 1975 y 1978 de los derechos de internación de 120% a 10%, proveedores extranjeros no tuvieron problemas para desplazar del mercado a la Industria de Radio y Televisión S.A. Pero como los consumidores se veían favorecidos por el bajo precio de los aparatos importados, el argumento de la "venta nacional" tuvo escasa acogida dentro de la gran masa de la población[1392].

En un área tan sensible como la de las materias primas, la situación fue diferente. Durante los primeros diez años del régimen militar, la mayor parte de las inversiones extranjeras fueron destinadas al sector minero, lo que, según voces críticas, deshacía sigilosamente la nacionalización. Para la oposición, la compra, por parte de la Fluor Corporation St. Joe, del yacimiento de oro y plata El Indio, en 1977, era un buen ejemplo de los procedimientos de desnacionalización. Como CODELCO ya había realizado exploraciones en El Indio, los estadounidenses debieron invertir solamente pequeñas sumas para hacerse de las valiosas materias primas que luego exportaban directamente, sin mayor elaboración. Los críticos hacían ver que la autorización para exportar materias primas, sin elaboración, estaba impidiendo la transferencia tecnológica. Así, la comparación con los enclaves mineros estaba a la mano, y éstos, a juicio de la oposición, salían mejor parados ya que, al menos, habían creado puestos de trabajo. También señalaban que sólo se ejecutaba, efectivamente, una fracción de las sumas autorizadas para inversiones[1393].

A raíz de la crisis económica de 1982-1983 aumentó la tendencia a vender los yacimientos a inversionistas extranjeros y con ello, también, el número de críticos que prevenían ante la creación de una "Gran Minería privada del cobre"[1394]. Mientras se realizaban las negociaciones para dictar una ley minera aún más favorable a los intereses extranjeros, se creó el Comité Nacional de Defensa del Cobre, liderado por el conocido demócratacristiano Radomiro Tomic. En un discurso pronunciado ante un público masivo en el teatro Caupolicán, alabó tanto la chilenización de Eduardo Frei Montalva como la nacionalización de Salvador Allende, dándoles la misma connotación histórica, cosechando una atronadora ovación[1395].

La crisis de 1982-1983 le proporcionó a la oposición numerosos argumentos para su lucha contra el régimen, dentro de los cuales las acusaciones de tipo nacionalista y las referencias a la dependencia de Augusto Pinochet del

[1392] Oppenheim, *op. cit*., p. 145.

[1393] "Un negocio...", en *Apsi*, Nº 165, Santiago, noviembre de 1985, pp. 25-27; Rozas y Marín, *1988..,, op. cit*., p. 191.

[1394] Patricio Rozas, "A propósito de la Escondida", pp. 36-37.

[1395] "Por qué rechazamos la Ley Minera", en *Análisis*, Nº 69, Santiago, enero de 1983, pp. 3-6; "Defendamos el cobre", en *Análisis*, Nº 70, Santiago, enero de 1983, p. 13.

capital financiero extranjero, representaban un papel central. Cuando, tras el irresponsable endeudamiento de la década de 1970, la crisis de la deuda latinoamericana de 1982 hizo tambalear la estructura financiera internacional y forzó tanto a Chile como a varios países de la región a declararse insolventes, se despertaron en todas partes los recuerdos de la crisis de 1930. No sin razón, partidarios y detractores del régimen buscaron las causas de la crisis en la nueva política económica estadounidense, la que junto al alza del precio del petróleo de 1979, había desatado la recesión económica. El proteccionismo profundizó hasta mediados de la década de 1980 el descontento y la presión estadounidense para aplicar férreos programas de ahorro, impuestos a los gobiernos de la región como condición para el endeudamiento tanto por los organismos financieros internacionales como por la banca privada. En Chile, las medidas de emergencia, tras el derrumbe del sistema bancario, condujeron a la disminución del producto nacional bruto en más de un 21%, a la caída tanto de los ingresos reales como de la producción industrial, y al aumento del desempleo a niveles de más de 30% en 1982[1396].

Los partidarios del régimen y la oposición sacaron conclusiones notoriamente diferentes sobre el desarrollo de la crisis de la deuda externa. La prensa afín al gobierno recurrió a la comparación con la crisis del decenio 1930 para tranquilizar a sus lectores y para acentuar la estabilidad del modelo económico chileno impuesto por Augusto Pinochet. Asimismo, fue importante en términos simbólicos, pues un dictador militar –Carlos Ibáñez– había caído a raíz de una circunstancia similar cincuenta años antes[1397]. La base del poder de Augusto Pinochet dependía fuertemente del bienestar económico y de la marcha de la revolución del consumo. Los críticos, en cambio, también apuntaron en numerosas ocasiones hacia el ejemplo de Carlos Ibáñez, pero interpretaron la recesión mundial como un signo del declive del orden neoliberal y de los sueños de consumo[1398]. En mayo de 1983, la Confederación de Trabajadores del Cobre llamó por primera vez, en forma exitosa, a una protesta nacional en contra de la política económica del régimen. Apareció el lamento antinacionalista, pues decían que la política de Augusto Pinochet se orientaba únicamente por los intereses de los acreedores extranjeros. El gobierno de Ronald Reagan, que de todos modos ya estaba en la línea de fuego por su postura condescendiente hacia el dictador, también fue blanco de críticas en términos económicos, pues se mantenía aferrado incondicionalmente a las recetas neoliberales. En todo

[1396] Sobre los contextos latinoamericanos, véase: Walter Eberlei, *Wege aus der Schuldenkrise: Perspektiven und Optionen für die Großschuldner Lateinamerikas*. Sobre las causas de la crisis y sus efectos en Chile, Aníbal Pinto, "Razones y sinrazones de la recesión", pp. 43-48; Meller, *Un siglo..., op. cit*., pp. 198-211.

[1397] "¿La historia se repite?", en *Qué Pasa*, Nº 595, Santiago, septiembre de 1982, pp. 32-34.

[1398] "La caída del general Ibáñez", en *Apsi*, Nº 87, Santiago 30 de junio de 1981, p. 13; "El modelo desnudo", en *Cauce*, Nº 54, Santiago, julio de 1984, p. 2; Carlos Naudón, "El proyecto consumista", p. 23; "Cayó el tirano", en *Análisis*, Nº 88, Santiago, diciembre de 1984, pp. 30-31.

caso, las protestas no tuvieron un carácter predominantemente antiyanqui, como sí lo habían tenido las de 1931-1932[1399].

Al igual que durante el primer tercio del siglo XX, los críticos esgrimieron argumentos extraídos del nacionalismo económico, adquiriendo una dimensión continental. Así como otros, el economista de oposición Alejandro Foxley destacaba que toda América Latina estaba cayendo cada vez más en la trampa del endeudamiento, mientras que los países industrializados cerraban de modo progresivo y de forma hermética sus mercados a los productos exportados desde la región. En este contexto, adscripciones de deudas unilaterales como aquéllas establecidas por el FMI, fueron rechazadas como una forma de neocolonialismo[1400]. Fidel Castro convocó a mediados de 1985 a una cumbre en La Habana. Participaron en ella representantes de numerosos países y de los más diversos colores políticos, convirtiéndose en una excelente oportunidad para que los críticos pudieran expresar su protesta de forma eficaz en los medios. Sin embargo, la exigencia radical de negarse a las obligaciones de pagos internacionales, cuyo fundamento estaría en la deuda histórica de los países industrializados hacia el tercer mundo, era imposible de poner en práctica. Los medios leales al régimen reconocían la importancia de la demostración de solidaridad latinoamericana frente a los acreedores internacionales. Los estados industrializados, y en primer lugar Estados Unidos, dependían en cierto modo de América Latina. Así, por su propia conveniencia, debía interesarles sobremanera la estabilidad económica y política de la región, si no querían ver cómo ésta derivaba hacia el campo comunista, tal como había sucedido ya con Nicaragua[1401].

Aunque partidarios y opositores al régimen coincidían en gran medida en su crítica al sistema económico y financiero mundial, dedujeron conclusiones muy diferentes a partir de esa realidad. La izquierda criticaba principalmente la aceleración de la "venta nacional" a raíz de la conversión de la deuda en acciones de industrias chilenas. En sus superventas *El mapa de extrema riqueza 10 años después* (1989) y *La historia oculta del régimen militar* (1989), los periodistas Gustavo Marín, Patricio Rozas y Ascanio Cavallo revelaron que numerosas personas cercanas al régimen sacaron provecho personal de esas operaciones financieras[1402]. Pero

[1399] Sobre las protestas: Puryear, *op. cit.*, pp. 76-77.

[1400] Alejandro Foxley, "Vuelve el problema de la deuda", p. A2; "Los deudores se rebelan", en *La Época*, Santiago, 27 de septiembre de 1987, p. 1; "Un neocolonialismo", en *La Época*, Santiago, 16 de septiembre de 1989, p. 6.

[1401] "América Latina", en *Apsi*, Nº 159, Santiago, agosto de 1985, p. 55; "Nuevos ajustes", en *Análisis*, Nº 120, Santiago, diciembre de 1985, pp. 14-15. Sobre la postura de la prensa afín al régimen, véase "Deuda externa", en *La Tercera*, Santiago, 27 de julio de 1984, p. 3; "A quién favorece la deuda", en *La Tercera*, Santiago, 15 de octubre de 1984, p. 3; "EE.UU., el gigante egoísta", en *Qué Pasa*, Nº 718, Santiago, enero de 1985, pp. 29-31; "Deuda externa", en *El Sur*, Concepción, 28 de enero de 1986, p. 3; "Jugar con fuego", en *El Sur*, Concepción, 12 de marzo de 1989, p. IV.

[1402] "Chile 'for sale'", en *Análisis*, Nº 168, Santiago, 10 de marzo de 1987, p. 21; "Quiénes son los vendepatria", en *Cauce*, Nº 114, Santiago, 13 de julio de 1987, p. 35; Marín y Rozas, *1988..., op. cit.*, p. 252; Ascanio Cavallo *et al.*, *Chile, 1973-1988: La historia oculta del régimen militar*, pp. 354-398.

entre los partidarios del régimen se escucharon durante la crisis reparos hacia la política económica neoliberal. El líder de la derecha radical, Pablo Rodríguez, pidió a gritos que se volvieran a considerar los intereses de la nación[1403]. Si bien la apertura en favor del capital extranjero durante el *boom* había sido tolerable, durante la crisis los industriales –hasta el momento el apoyo más seguro del régimen– afectados por ésta rechazaron la falta de cuidado de los intereses nacionales. Esa protesta fue organizada por Orlando Sáenz, ex presidente de la SOFOFA. La revista de economía *Estrategia* también se lamentó durante el punto culminante de la crisis:

> "El país... contrariamente a los augurios de los genios de Chicago, ha vuelto a una gran dependencia del exterior y... hoy le rezamos el 'Padre Nuestro' al Presidente Reagan para conseguir los créditos para trigo para poder disponer del pan de cada día"[1404].

En medio de esta tensa situación, Augusto Pinochet se esforzaba por reducir los daños a su imagen nacionalista. Para ello cambió a sus asesores económicos, encarceló a algunos conocidos especuladores y criticó la política de Estados Unidos, país al cual le imputó la responsabilidad principal por la profundidad que había alcanzado la crisis. Por su parte, el periódico oficial *La Nación* recalcó, en varias ocasiones, que no estaba contemplada la venta de la Gran Minería como medida para superar la crisis. Tal como había ocurrido durante la crisis de 1929, se organizó una "Campaña del Producto Chileno", de la cual ya se hablaba desde 1977 como consecuencia de la avalancha de bienes de consumo provenientes del extranjero[1405]. Finalmente, no fue necesario realizar cambios fundamentales a la política económica del país, pues la recesión finalizó en forma rápida, en gran medida, gracias al favorable desarrollo del precio del cobre.

Aún así, apenas se daba la oportunidad, la oposición reiteraba la crítica a la política económica filoextranjera del régimen. En su opinión ésta favorecía, fundamentalmente, a los inversionistas y estaba conduciendo al país hacia una situación de extrema dependencia[1406]. El año 1988, el mismo del plebiscito sobre la continuidad del régimen de Augusto Pinochet, fue testigo

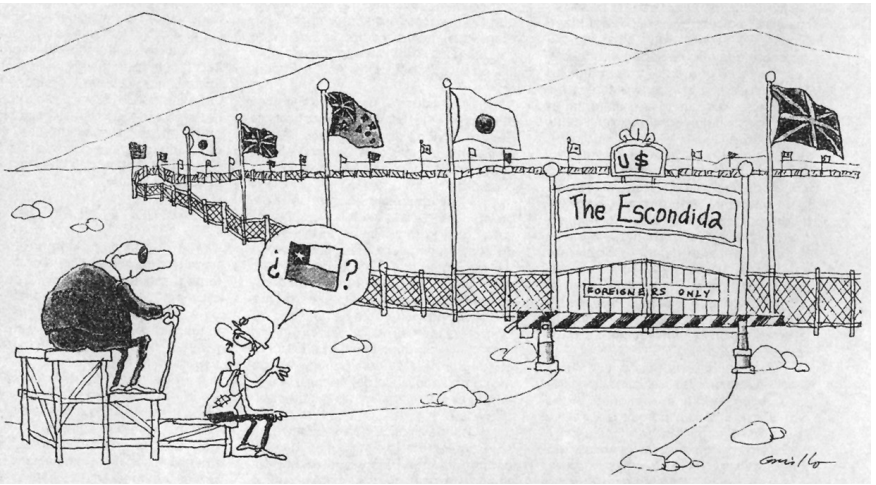
[1403] Pablo Rodríguez, "Pilares del nacionalismo", p. 13. Véase, además, "El nacionalismo", en *Qué Pasa*, Nº 498, Santiago, 30 de octubre de 1980, pp. 8-9. Sobre el rechazo dentro de la derecha, condicionado por la crisis, véase "Godoy Matte insiste", en *La Tercera*, Santiago, 3 de noviembre de 1983, p. 5.

[1404] "Chile protestando", en *Estrategia*, Santiago, 27 de junio de 1983, p. 6.

[1405] "Cobre", en *La Nación*, Santiago, 29 de marzo de 1981, p. 3A; Sigmund, *The United..., op. cit*., pp. 140-141. Sobre la campaña, véase "Si es chileno", en *El Sur*, Concepción, 13 de diciembre de 1977, p. 5; "Consumidores", en *La Tercera*, Santiago, 23 de junio de 1984, p. 8.

[1406] "La impecable lógica", en *Análisis*, Nº 158, Santiago, enero de 1987, p. 21; "¿Se repite la crisis?", en *Hoy*, Nº 534, Santiago, octubre de 1987, p. 35.

de la culminación de la retórica de los adversarios del régimen con motivo de la concesión de la mina de cobre La Escondida a un consorcio internacional. La revista política *Cauce* declaró combativamente: "El proyecto 'La Escondida' representa la mayor expropiación al patrimonio nacional materializada durante el actual régimen"[1407]. También hubo representaciones gráficas que fomentaron, conscientemente, las animosidades al recordar los viejos tiempos de los enclaves, los que parecían próximos, como consecuencia de los vastos privilegios entregados al consorcio (véase ilustración). La idea de la liquidación de la "herencia nacional" de las riquezas mineras continuaba cargada emocionalmente y podía ser empleada para movilizar grandes grupos sociales.




La desnacionalización del cobre realizada por el régimen de Augusto Pinochet. La crítica a la concesión para la mina de cobre La Escondida despertó los recuerdos de los viejos tiempos de los enclaves. FUENTE: "Los riesgos de la dominación extranjera", en *Apsi*, Nº 245, Santiago, 28 de marzo de 1988, pp. 25-27.

El ejemplo de La Escondida y la experiencia de dieciséis años de dictadura mostraban que había estado plenamente justificado el escepticismo inicial de los chilenos en el exilio frente al "auténtico nacionalismo" del régimen militar invocado por Augusto Pinochet, ya que ese nacionalismo no había cumplido plenamente con erradicar las influencias extranjeras, tal como había anunciado la junta en un comienzo. Por el contrario, el régimen militar regularizó las reivindicaciones de indemnización a satisfacción de los acreedores y sobre esta base atrajo al país capitales más cuantiosos que aquéllos que habían llegado durante décadas, y éstos provenían principalmente de Estados Unidos.

[1407] "Los riesgos de la dominación extranjera", en *Apsi*, Nº 245, Santiago, 28 de marzo de 1988, p. 25. Véase, además, "Así se entrega el cobre chileno", en *Cauce*, Nº 170, Santiago, 22 de agosto de 1988, p. 6.

Esto creó las bases para la revolución del consumo y, mientras ésta funcionó, prácticamente dejó de percibirse esa crítica nacionalista. Recién cuando el sistema económico de la dictadura reveló sus debilidades, pasó nuevamente a primer plano la retórica nacionalista y pudo ser utilizada como arma en la lucha a favor de una corrección del rumbo tanto por partidarios desilusionados como por la oposición y, finalmente, para conseguir un cambio de régimen.

Los debates desarrollados entre 1970 y 1989 en torno a la esencia de la nación estuvieron marcados por la polarización política e ideológica del país. El poder del discurso nacionalista quedó de manifiesto en el hecho de que en definitiva todas las agrupaciones políticas pretendieron ser "nacionalistas" o, al menos, instrumentalizaban argumentos nacionalistas en el momento oportuno. Era ése el terreno en el que perduraban las mayores similitudes entre las agrupaciones, pues todas invocaban el rechazo a las influencias extranjeras en Chile, esto es, de los inversionistas. A primera vista, la UP cumplió a cabalidad con esta pretensión mediante la nacionalización. El amplio consenso social y el entusiasmo que esta medida concitó en un inicio, puso de relieve que existía un fuerte arraigo popular del antinorteamericanismo. Sin embargo, los estadounidenses fueron sólo objetos de experimentación para aquella meta más amplia de la estatización de todas las ramas de la economía, para cuya implementación el gobierno de izquierda había avivado las emociones nacionalistas. La unánime alegría, a raíz de la nacionalización, terminó cuando comenzó a dirigirse contra empresas chilenas, mostrando los límites del poder de acción del antinorteamericanismo. Una transformación similar, sólo que de signo contrario, sucedió más tarde durante el régimen militar. En contradicción con su retórica nacionalista combativa, Augusto Pinochet abrió el país, de una forma más amplia que nunca, a los inversionistas extranjeros. Sin embargo, cuando el *boom* terminó a raíz de la crisis de la deuda externa, el régimen ofreció a la crítica nacionalista varios flancos abiertos. Para las heterogéneas corrientes que existían dentro de la oposición democrática, la retórica nacionalista con elementos antinorteamericanos se desarrolló a partir de 1983 como un verdadero factor de unidad, que dio buenos resultados hacia fines de la década de 1980 durante el clímax de la lucha por el regreso de la democracia. Pero a pesar de la instrumentalización durante la confrontación con la dictadura, en definitiva los detractores del régimen también reconocieron que en lo fundamental las inversiones estadounidenses eran bienvenidas, pues en principio ya nadie ponía en duda la economía de libre mercado, como sí había ocurrido tanto durante la crisis económica como antes y durante la UP. En este sentido, el empuje modernizador se había decantado en forma eficaz durante la dictadura militar. Con ello, los encuentros con el yanqui adquirieron un nuevo carácter, el que será analizado en el próximo capítulo.

## El "credo" de la modernización: neoliberalismo en lo económico y en lo social

*"Creo en Dios Dólar todopoderoso,*
*creador del cielo y de la tierra.*
*Creo en Milton Friedman, su único hijo,*
*nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia*
*de la Universidad de Chicago.*
*Nació de la Santa Feria Mercantil, padeció*
*bajo el poder de Poncio Popular,*
*fue expropiado, muerto y sepultado.*
*Descendió a los infiernos del socialismo.*
*Al tercer año resucitó entre los vivos, subió*
*el once a los cielos y está sentado a la derecha del poder...*
*Creo en la aparición de los desaparecidos*
*y en la Junta eterna, Amén"*[1408].

"La Junta de Gobierno... aspira a abrir una nueva era en nuestra historia patria"[1409]. Así comenzó el discurso político oficial de principios de 1974 expresando una pretensión por generar una completa reforma de la sociedad chilena. La Junta dejó claro que no se concebía como un órgano transitorio, sino como una alternativa independiente y de largo plazo para los proyectos de reforma que hasta aquí habían fracasado, tanto en las agendas demócratacristianas como en las socialistas. Sin embargo, ¿cuáles serían los pilares de esa reforma? Argumentos tales como el ya analizado nacionalismo, la defensa de la seguridad nacional y el antimarxismo miraban hacia el pasado y eran defensivos, y no alcanzaban a cumplir ambiciones tan elevadas. La dictadura militar pretendía modernizar al país desde sus cimientos, recordando el ideario del régimen de Carlos Ibáñez. Los militares descubrieron así el neoliberalismo –cuyo "credo" ironizó tan expresivamente Pablo Huneeus en la cita que encabeza este capítulo– como constructo adecuado para sus objetivos. El proyecto de modernización de signo neoliberal constituiría el segundo pilar del régimen autoritario, con el cual se buscaba legitimar y ocultar los aspectos negativos de la política del gobierno como la represión violenta de cualquier tipo de oposición y la anulación del Poder Legislativo. ¿Qué ideas nutrían este proyecto y cuáles eran sus componentes? Frente a sus efectos, percibidos como inherentes a la creación de una sociedad de consumo , muchos chilenos percibieron la política de modernización como una expresión de la norteamericanización en su sentido clásico. ¿Qué papel representó el proceso de encuentro en este contexto y qué repercusiones tuvieron las medidas de modernización neoliberal en los nuevos encuentros con los yanquis?

[1408] Pablo Huneeus, "Credo del nuevo economista", p. 24.
[1409] *Declaración de principios..., op. cit.*, p. 1.

## *Tecnocracia y antipolítica: ideas neoliberales y dictadura*

Tanto la UP como la dictadura militar persiguieron proyectos revolucionarios de transformación social, basados sobre una crítica fundamental al sistema político tradicional. Ambos supusieron que sobre la base de cambios económicos profundos allanarían el camino hacia una reforma total de la sociedad chilena y de la mentalidad de la población. La UP buscó la respuesta a los problemas urgentes y a la situación de dependencia del país en la construcción de un Estado intervencionista en todos los ámbitos del quehacer nacional. Las medidas de nacionalización de recursos económicos representaron un primer paso en esa dirección. Ese intento condujo, por diversas razones, hacia el caos económico. El régimen militar quería, y debía, mantenerse lo más alejado posible de ese desorden, por lo que se consagró a un neoliberalismo económico radical, lo que a primera vista parecía contradictorio con la política represiva y el autoritarismo político de la dictadura. ¿Cómo se resolvió esta contradicción? ¿De dónde provenía esa orientación absolutamente extraordinaria y revolucionaria, para una dictadura militar latinoamericana en 1973?

Para hacer que el 11 de septiembre de 1973 fuese claramente reconocible como el "inicio de la modernidad" en Chile, era necesario un quiebre histórico que iba más allá de la mera destrucción de la UP y el asesinato o persecución de sus partidarios[1410]. Las ideas para lograrlo fueron aportadas por determinadas corrientes de pensamiento con las cuales algunos militares chilenos de alto grado habían tenido contacto durante sus estadías de perfeccionamiento e instrucción en Estados Unidos. Friedrich von Hayek –filósofo austriaco, docente de la Universidad de Chicago y futuro ganador del Premio Nobel de economía (1974)– se convirtió en una fuente especialmente importante. En su temprano estudio *The Road to Serfdom* (1944) atacó el Estado de bienestar, pues éste estimulaba la formación de grupos de interés organizados, amenazando con ello a la genuina democracia. Según él, sólo una sociedad regulada por las leyes del libre mercado permitiría hacer frente al desafío de las dictaduras totalitarias. Por ello opinaba que el Estado debía marginarse lo más posible de la economía y la sociedad. En estudios posteriores, especialmente en *The Constitution of Liberty* (1960), afinó su idea sobre la necesidad de proteger la "sociedad libre" mediante un "gobierno fuerte", restringiendo la noción de "libertad" únicamente a la esfera económica[1411].

[1410] "Modernismo criollo", en *La Época*, Santiago, 8 de marzo de 1989, p. 7. Véase, además, Genaro Arriagada, *El pensamiento político de los militares.*

[1411] Luis Maira, "Nota preliminar sobre la influencia (creciente) del pensamiento de la nueva derecha norteamericana en América Latina", p. 1923. Sobre Friedrich von Hayek, véase Juan Gabriel Valdés, *Pinochet's Economists: The Chicago School in Chile*, p. 31; Meller, *Un siglo..., op. cit.*, pp. 278-284; Patricio Silva, "Technocrats...", *op. cit.*, p. 395; Varas, *op. cit.*, p. 70.

Otro factor importante para la constitución de la ideología de la justificación del autoritarismo chileno, aparte de las ideas fundamentales de Friedrich von Hayek, fue el auge del pensamiento neoconservador dentro de Estados Unidos. Este pensamiento se cristalizó en revistas como *The Public Interest* y en *Think Tanks* como Rand Corporation o el Hoover Institution. En vista de la tensa situación política en Estados Unidos, destacados representantes de esa heterogénea corriente –entre éstos el editor de la *Public Interest,* Irving Kristol; los publicistas y cientistas sociales Daniel Bell, Samuel Huntington, Jeane Kirkpatrick; o el economista Milton Friedman, docente en Chicago y de gran influencia en Chile–, diagnosticaron una profunda crisis en Estados Unidos y la atribuyeron a la pérdida de autoridad política en la sociedad. Esta crisis también habría llevado al menoscabo de la autoridad del gobierno en el plano internacional, situación que calificaban de peligrosa en vista de la amenaza del comunismo. Las causas de esta crisis generalizada las buscaron principalmente en factores culturales, esto es, en la pérdida de los valores y de la moral, y su reemplazo por la nueva cultura de la irresponsabilidad, la cual se manifestaba principalmente en la "clase parasitaria" de los intelectuales de izquierda. Uno de sus efectos fueron, en esta visión, las "excesivas" exigencias que se le hicieron al Estado incrementadas rápidamente tras la Segunda Guerra Mundial en el marco de lo que Samuel Huntington calificó como el *welfare shift*. Por ello, los pensadores neoconservadores reclamaban el regreso hacia los auténticos valores culturales, principalmente el patriotismo, y también procedimientos implacables contra políticos calificados como antinorteamericanos. El Estado debía circunscribirse a sus funciones básicas, esto es, la protección de la propiedad privada y del individuo, la defensa de la paz interior, la garantía de la estabilidad de la moneda y la creación de condiciones que garantizasen el funcionamiento de la economía de libre mercado. Según ellos, la política vigente generaba inevitablemente un estatismo autodestructivo de tendencia colectivista, que inhabilitaba al individuo y destruía la libertad[1412].

En vista de la dominancia de la *new left* y de los retos que imponían tanto el movimiento por los derechos civiles, la guerra de Vietnam como la derrota del senador republicano Barry Goldwater en las elecciones de 1964, el pensamiento neoconservador permaneció en la oposición. Aun así, actuó más allá de las fronteras de Estados Unidos, impulsando corrientes de pensamiento similares, especialmente en América Latina. La derecha tradicional en Chile se mantuvo a la defensiva, reacción generalizada en numerosos países de la región después de la Revolución Cubana. La situación de crisis condujo a una reformulación organizacional. En términos ideológicos, la reorientación de sectores de la derecha se realizó lentamente y con poca presencia mediática. Por cierto que durante la década de 1960 surgió una "nueva derecha chilena", tal como lo constató Juan Pablo Letelier; sin embargo, sus actividades se man-

[1412] Jerome L. Himmelstein, *To the Right: The Transformation of American Conservatism.*

tuvieron en un inicio sólo dentro del terreno académico y especialmente en el de las ciencias económicas. Más adelante, el neoconservadurismo ejercería su influencia sobre la orientación ideológica del régimen militar a través de este canal[1413].

Las bases para esto fueron construidas por el programa de intercambio estudiantil para posgrados creado durante el decenio 1950 entre la Facultad de Economía de la Universidad de Chicago y la Universidad Católica de Chile. La parte chilena pretendía organizar una facultad de economía independiente –dirigida por los posgraduados formados en Chicago–, con el objetivo de establecer un contrapeso a la única institución comparable existente, entonces, en el país, es decir, la Universidad de Chile, orientada fuertemente hacia el Cepalismo. La Universidad de Chicago fue una elección consciente, pues contaba con profesores como Friederich von Hayek, Milton Friedman y Arnold Harberger, bastiones del monetarismo y del neoconservadurismo. Numerosos economistas chilenos se formaron en Chicago a partir de 1955 y tuvieron como tutores a Milton Friedman y Arnold Harberger. Este último dirigía, junto a sus actividades científicas, el programa para América Latina. Entre los egresados que regresaron a Chile con sus grados ya sea de magíster o de doctorado, se contaban Sergio de Castro, Pablo Barahona, Álvaro Bardón, Rolf Lüders, Sergio de la Cuadra, José Piñera, Joaquín Lavín y Miguel Kast. Todos ellos ocuparon cargos ministeriales bajo Augusto Pinochet o posiciones claves tanto en la dirección de la política económica como en el campo del periodismo. A raíz de su fuerte identidad corporativa y sus sentimientos de superioridad, fueron rápidamente apodados como los "Chicago boys" y más adelante simplemente como los "Chicagos", término que se deslizó en el lenguaje cotidiano chileno y que, dependiendo de la orientación y de la situación social de las personas, despertaba asociaciones positivas o negativas[1414].

Una vez de vuelta en Chile, esos jóvenes economistas asumieron inicialmente la docencia en la Facultad de Economía de la Universidad Católica –de la cual Sergio de Castro fue elegido decano en 1965–, revolucionando allí, conscientemente, la formación profesional en contraposición con las ideas de la CEPAL. Sin embargo, dentro de la universidad, y en medio del clima de

[1413] Juan Pablo Letelier, *Un proceso global con incidencia local: El neoconservadurismo norteamericano en América Latino, el caso de Chile*, pp. 57-77; Carlos Ruiz, "Tendencias del pensamiento de la derecha chilena", pp. 19-40; Norbert Lechner, *El proyecto neoconservador y la democracia*, pp. I-II.

[1414] La historia de los Chicago boys ha sido descrita de diversas maneras. Véase especialmente Juan Gabriel Valdés, *Pinochet's..., op. cit.*; Délano y Traslaviña, *op. cit.*; Imbusch, *op. cit.*, pp. 276-286. Sobre sus comienzos, Ángel Soto Gamboa, "Orígenes del modelo económico chileno", pp. 135-172. Una lista con los nombres y los cargos de los egresados se encuentra en Patrcio Silva, "Technocrats...", *op. cit.*, p. 391. En contraste, y principalmente para conocer detalles de la vida cotidiana de los estudiantes y de sus estrechos vínculos con Arnold Harberger, la muy poco crítica, aunque a la vez muy interesante descripción que hizo el ex director de *El Mercurio* Arturo Fontaine Aldunate en *Los economistas y el presidente Pinochet*).

reforma, los Chicago boys no representaban una tendencia indiscutida. En muchos sitios fueron rechazados, pues sus visiones eran consideradas dogmáticas y esotéricas, y contradecían la doctrina social católica. Luego de que se implementó la reforma universitaria tras las revueltas estudiantiles de 1967 –las que sintomáticamente no tuvieron eco dentro de la Facultad de Economía–, Sergio de Castro renunció a su cargo. Más tarde trabajó en los periódicos del consorcio de los Edwards con el fin de crear un ambiente en contra de los gobiernos de Eduardo Frei M. y Salvador Allende. Sergio de Castro y otros neoliberales divulgaban sus opiniones, principalmente, a través de la recién establecida "Página económica" de *El Mercurio.* Los neoconservadores encontraron un poderoso promotor en Agustín Edwards, pues como empresario actuaba en el ámbito internacional y estaba especialmente bien dispuesto hacia las nuevas ideas económicas. Ya en 1968 fundaron gracias al apoyo de Edwards su propio *Think Tank,* el CESEC y desde 1970 participaron activamente en la formulación de las bases económicas del programa de gobierno de Jorge Alessandri, el candidato presidencial conservador[1415].

Pese a todos estos esfuerzos, los Chicago boys no lograban adquirir aún una posición dominante en la derecha, dentro de la cual seguían compitiendo elementos tradicionalistas y neoconservadores. El gremialismo, enraizado profundamente en el tradicionalismo hispanófilo, representaba un papel importante. Fomentaba el corporativismo estatal –según el ejemplo del fascismo italiano– y reclutaba a sus integrantes mayoritariamente entre círculos empresariales. Los gremialistas, aglutinados en la COPROCO, creada en 1935, rechazaban tanto el parlamentarismo liberal de corte estadounidense como el comunismo. Sus portavoces, el sacerdote Osvaldo Lira y el historiador Jaime Eyzaguirre, reclamaron durante décadas que el Estado interviniese con un sentido de conducción, recurriendo a expertos apolíticos. Con ello, el gremialismo se convirtió en la raíz del pensamiento tecnocrático en Chile[1416]. Como consecuencia de la percepción de que existía una crisis aguda y de que ésta se agravaba durante la UP, gremialistas y neoconservadores se fueron acercando. Aun así, entre ellos seguía latente un potencial de conflictos derivado de las diferentes concepciones del papel que correspondía al Estado.

El elemento determinante para el éxito que obtendrían más adelante los Chicago boys fue su sentido misional basado en las enseñanzas monetarias de Milton Friedman y desarrollado durante sus años de estudio. Para ellos, la ciencia económica era una ciencia dura, superior a las demás ciencias sociales

[1415] Juan Gabriel Valdés, *Pinochet's..., op. cit.*, p. 226; Soto, *op. cit.*, pp. 157-169; Délano y Traslaviña, *op. cit.*, pp. 23-27.

[1416] Detlef Nolte, „Zur Strategie konterrevolutionärer Eliten: Die Politik der chilenischen Unternehmerverbände während der Regierungszeit von Salvador Allende", p. 505; Friedmann, *op. cit.*, pp. 14-15; Imbusch, *op. cit.*, pp. 216-255; Pilar Vergara, *op. cit.*, pp. 58-60; Carlos Ruiz, *Transformaciones...*, *op. cit.,* pp. 43-50.

y, especialmente, al cepalismo marcado por el keynesianismo. Bien aplicada, podría resolver los problemas económicos y sociales de Chile. Según esos jóvenes economistas, sus ideas de reforma neoliberales eran la única opción. La "teoría económica moderna" era una doctrina y con ella querían crear un modelo alternativo al de los políticos profesionales –racional, neutral y pragmático–, a quienes responsabilizaban de la precaria situación del país. Para ellos, la aplicación correcta de sus ideas significaba confiar absolutamente en el poder de regulación del libre mercado y en la necesidad de eliminar el Estado de bienestar. Privatización y libre competencia debían convertirse en los principios básicos para todos, tanto para los grandes consorcios como para los individuos. La retórica reformista contenía la idea de revolucionar las estructuras socioeconómicas del país mediante una intervención casi quirúrgica, necesaria y dolorosa. Para el éxito de esta misión era necesario posponer la democracia y libertades individuales consideradas, más bien, como lujos superfluos y molestos para un país en desarrollo como Chile, que debía resolver antes que todo el problema de la pobreza. Los Chicago boys exigían el retorno al concepto de libertad de Friederich von Hayek para poder combatir el "despotismo democrático" y la "dictadura del igualitarismo" (Arturo Fontaine). Sólo una vez establecida una completa libertad económica, sería posible pensar en el regreso de la democracia y, con ello, de la libertad política. Según ellos, imponer sus conceptos de reforma "científicamente" fundados, los cuales denominaron "proyecto Chile", justificaba recurrir a la violencia en caso necesario[1417].

Los Chicago boys eran conscientes de que la situación ideal para poner en práctica sus ideas se traducía en alguna variante de la "democracia protegida", es decir, bajo un régimen autoritario. Por ello, al igual que los empresarios que los respaldaban, celebraron unánimemente el golpe militar de 1973. El extremo dogmatismo de los Chicago boys se complementaba bien con el pensamiento del Ejército y con la pretensión de Augusto Pinochet de renovar de raíz la sociedad chilena eliminando la democracia representativa, a la que consideraban junto al marxismo como la causa fundamental de todos los problemas[1418]. Para los militares resultaban sumamente atractivos los elementos apolíticos y

[1417] Para los fundamentos del pensamiento neoliberal Arturo Fontaine A., "Más allá del Leviatán", pp. 123-141. Véase, además, una autodescripción de la misión en "Los Chicago Boys", en *Qué Pasa*, Nº 214, Santiago, mayo de 1975, pp. 32-33; "Modelo y moral", en *El Mercurio*, Santiago, 23 de noviembre de 1980, p. 3; José Piñera, "Perspectiva", p. 3; José Piñera, *Camino nuevo*. Una visión crítica en: Pilar Vergara, *op. cit*., pp. 90-99; Stefan de Vylder, "Chile 1973-1987: Los vaivenes de un modelo"; Oppenheim, *op. cit*., pp. 140-141. Sobre el 'Proyecto Chile' Soto, *op. cit*., pp. 151-152.

[1418] Eugenio Tironi, *Autoritarismo, modernización y marginalidad: el caso de Chile, 1973-1989*, p. 132; Tomás Moulian, *La forja de ilusiones: El sistema de partidos, 1932-1973*, pp. 296-300. Oscar Godoy, "Algunas claves de la transición política en Chile", p. 144, habla acertadamente de una "alianza militar-tecnocrática".

tecnocráticos que parecían ofrecer los Chicago boys en su discurso para resolver tanto los problemas como los conflictos. Aunque en realidad, la práctica de una modernidad tecnocrática había tenido su origen en la ampliación de la administración pública implementada a raíz de la reforma agraria por el gobierno de Eduardo Frei Montalva y de las nacionalizaciones y estatizaciones del gobierno de Salvador Allende; fue desde aquí que se reorientó hacia una variante nueva de modernidad tecnocrática basada en la estructura de ideas neoliberales, con una versión que, si bien era implementada por el Estado, combatía al mismo tiempo el estatismo[1419]. A la larga, el neoliberalismo podría imponerse también sobre el gremialismo, el que, si bien había redactado en 1974 la declaración de principios de la junta, hacia fines de la década de 1970 ya había abandonado su apego al corporativismo. El triunfo de los Chicago boys –quienes a lo largo de la década de 1970 asumieron cargos claves tanto en los ministerios económicos como en los sociales e, irónicamente, en la oficina estatal de planificación, ODEPLAN– quedó reflejado en forma especial en la Constitución de 1980, a la que se incorporaron sus ideas básicas esenciales. La denominación oficial de "Constitución de la libertad" fue una reverencia al neoliberalismo, pues se apoyaba sobre el título de la obra clave de Friederich von Hayek, *The Constitution of Liberty*[1420].

De manera similar a lo que sucedió con sus predecesores, el éxito de los Chicago boys se basaba, en buena parte, en sus competencias comunicacionales. Mantenían intensos contactos con los principales representantes de los medios oficiales que colaboraban con la censura. Los economistas neoliberales lograron tener influencia sobre el cuerpo económico de *El Mercurio* y sobre las revistas políticas *Qué Pasa* y *Ercilla*. Divulgaron a través de estas publicaciones las enseñanzas de Milton Friedman y de Friederich von Hayek. Estaban especialmente interesados en transmitirles una historia de éxitos a las clases media y alta, que eran las que mayor provecho sacaban del nuevo modelo económico. Como una manera de profundizar su influjo sobre el régimen y sobre los intelectuales chilenos, crearon en 1980 el Centro de Estudios Públicos, un *think tank* que tuvo como presidente honorario al propio Friederich von Hayek. Conocidos Chicago boys como Jorge Cauas, Arturo Fontaine y Pablo Barahona fueron sus directores. Publicaba, y sigue publicando, la influyente revista *Estudios Públicos*, que incluía, entre otros artículos, traducciones al castellano de aportes de pensadores neoconservadores como Jeane Kirkpatrick, Samuel Huntington y Michael Novak. Mediante la cooperación con instituciones como el American Enterprise Institute, el Centro de Estudios Públicos se

[1419] Patricio Silva, "Technocrats...", *op. cit*., pp. 386 and 388.

[1420] José Piñera, "Tecnología y libertad", p. 3; Gustavo Cuevas Farren (ed.), *Política: Chile 1973-1983: enfoques para un decenio*. Véase, además, Imbusch, *op. cit*., pp. 96-101. Sobre la reorientación del gremialismo, véase Pilar Vergara, *op. cit*., pp. 168-173. Patricio Silva se refiere al contexto en el que fue creada la nueva Constitución, "Technocrats...", *op. cit*., p. 396.

mantuvo estrechamente ligado a los últimos desarrollos en Estados Unidos. En la competencia por el liderazgo de opinión dentro de la derecha chilena, éste logró imponerse frente a la antigua Corporación de Estudios Contemporáneos, al grupo Nueva Democracia –que fue absorbido en 1983 por la recientemente creada UDI– y a la Corporación de Estudios Nacionales, institución de tendencia extrema, dirigida por Lucía Pinochet, hija del dictador[1421].

En Chile, el neoliberalismo sacó provecho de varios desarrollos paralelos que entraron en simbiosis a partir de 1973. La crisis de la derecha tradicional favoreció el surgimiento de un grupo de jóvenes economistas, quienes adquirieron un fuerte sello en la Universidad de Chicago y compartían una fe doctrinaria en el monetarismo. Su discurso de liberalización radical de la economía chilena cayó en terreno fértil, pues inicialmente la Junta Militar había estado desorientada respecto de la política económica que debía adoptar. En definitiva, resultó de ahí una tecnocratización de la toma de decisiones en el ámbito socioeconómico que se ajustaba a la intención antipolítica de los gobernantes y a su pretensión de realizar una transformación fundamental de la sociedad chilena. El régimen logró encontrar una justificación para recurrir a un sistema de pensamiento capaz de guiarlo por el camino correcto hacia la modernización. Este pensamiento no podía ni quería desconocer su origen estadounidense. "Chicago" para Chile se convirtió en sinónimo de la economía de libre mercado. Ciertamente, no estuvo libre de críticas, y éstas provinieron desde un sector que, también, se alimentaba de fuentes estadounidenses. Pero antes de analizar este fenómeno en detalle, es necesario estudiar cómo se aplicó concretamente en Chile el pensamiento neoliberal.

*Construcción y crisis del "milagro económico"*

En julio de 1981 Milton Friedman dio una entrevista a la revista *Hoy* en una de sus numerosas estadías en Chile. Allí comparó la situación chilena con el desarrollo de la República Federal de Alemania durante la década de 1950 y habló de un "milagro económico": "El país está en pleno boom. Lo que se observa ahí es comparable al milagro económico de la Alemania de postguerra"[1422]. En efecto, internacionalmente Chile era reconocido en ese momento como un ejemplo del neoliberalismo y los Chicago boys, como magos. Sin embargo, unos pocos meses después de la visita de Milton Friedman se desencadenó en el país una crisis económica profunda comparable con la de 1931. Y, aunque el modelo fue objeto de críticas, en definitiva no fue abandonado. ¿Pero cómo se llegó a considerar a Chile representante del "milagro económico" neoliberal

[1421] Letelier, *op. cit.*; Pilar Vergara, *op. cit.*, pp. 173-175. El Centro de Estudios Públicos mantuvo distancia crítica hacia el régimen y a fines del decenio 1980 se convirtió en el foro de discusión entre partidarios del régimen y la oposición. Puryear, *op. cit.*, p. 91.

[1422] Milton Friedman, citado en Moulian, *Chile..., op. cit.*, p. 281.

y por qué cayó en esa crisis? ¿Cómo fue superada y qué consecuencias tuvo para el desarrollo económico del país?

Con el trabajo de Edwin Kemmerer en América Latina, se inició en la región la tradición de las misiones económicas y financieras, cuyo fin era exportar la forma capitalista de modernidad. En un comienzo éstas se plantearon en contra del nacionalsocialismo y luego, del comunismo. Los inicios de la ayuda técnica y del envío de académicos en ciencias económicas a partir de la Segunda Guerra Mundial tenían su origen en las ideas fundamentales de la exportación y de la mantención del sistema de libre mercado. Desde fines de la década de 1950 se consideró que esto era aún más importante, cuando el cepalismo y la radicalización de la teoría de la dependencia parecían amenazar cada vez más aquellas ideas fundamentales[1423]. Durante su segundo período presidencial y tras el fracaso de la política económica del Nuevo Trato, Carlos Ibáñez invitó nuevamente asesores financieros al país. A la prestigiosa empresa Klein & Saks le encomendó desarrollar propuestas para combatir los crecientes índices de inflación. Planteó medidas como la rebaja del gasto público, que fueron aplicadas con muy poco entusiasmo y que a la larga fueron políticamente inviables, pues, aunque redujeron la inflación, también hicieron aumentar el desempleo y profundizaron el estancamiento de la economía. Tal como había sucedido previamente con la misión Kemmerer, las protestas apuntaron en contra de los asesores. Finalmente, las reformas fueron anuladas en 1958. Sin embargo, las ideas implícitas en el sentido de que el país abandonase el modelo de desarrollo dirigido por el Estado encontraron muchos partidarios en los círculos empresariales chilenos y dentro de la prensa liberal, principalmente en *El Mercurio*. Es decir, se trataba de una idea conocida, pero cuando el modelo estatista de la UP llevó a la economía a un callejón sin salida, adquirió mayor autoridad en el ropaje de los Chicago boys[1424].

Los Chicago boys, apoyados, entre otros, por la SOFOFA, que a su vez mantenía buenos contactos con la CIA, aprovecharon el tiempo en que fueron oposición, entre los años 1970 y 1973, para formular indicaciones que podían ser aplicadas como política económica de un gobierno antimarxista. Cuando las Fuerzas Armadas dieron el golpe de Estado en septiembre de 1973, los Chicago boys hicieron circular en sectores decisivos un manuscrito apodado "el ladrillo", que ya alcanzaba unas quinientas páginas. En vista de las condiciones económicas con más de 900% de inflación y con sobre seiscientas empresas fiscales que anualmente generaban un déficit de alrededor de seiscientos millones de dólares, los militares se mostraron agradecidos de esa iniciativa. Los Chicago boys no sólo eran ideológicamente atractivos para los militares sino que ofrecían contactos de vital importancia con potenciales inversionistas

[1423] Juan Gabriel Valdés, *Pinochet's..., op. cit.*, pp. 81-96.

[1424] Sofía Correa, "Algunos antecedentes históricos del proyecto neoliberal en Chile, 1955-1958", pp. 106-146; Soto, *op. cit.*, p. 150.

y con organismos financieros internacionales. Aparte de eso, eran valorados como expertos serios. Había razones para que el régimen, sobre todo ante las protestas en el ámbito mundial en contra de sus medidas represivas, considerara esos factores como elementos particularmente valiosos[1425].

Aun así, el gobierno se decidió inicialmente –y hasta 1975– por una política económica de cambio gradual que respetaba las reivindicaciones tanto de la clientela gremialista como de los empresarios conservadores por mantener un Estado fuerte y por proteger a los productores chilenos. De esta manera, mantuvo el intervencionismo estatal, pero con un sello diferente al anterior. Medidas tales como: la eliminación del control estatal de los precios y la devaluación del escudo fueron enérgicamente rechazadas, pues con el aumento de los precios disminuían los ingresos reales. En 1974 el régimen profundizó las medidas, pues redujo drásticamente el gasto estatal y eliminó los aranceles proteccionistas. Sin embargo, la meta de reducir el déficit fiscal costaba cara, ya que las medidas hicieron que la inflación se mantuviera elevada y que aumentaran los índices de desempleo y la situación económica del país siguió agravándose debido a factores externos como el alza del precio del petróleo y la reducción de los ingresos provenientes de las exportaciones del cobre[1426].

Ante este panorama, en 1975 los Chicago boys lograron imponer sus ideas. A fines del año anterior, durante la visita de Arnold Harberger, habían elaborado un paquete de medidas a aplicar. Milton Friedman instó, con urgencia, a Augusto Pinochet durante sus entrevistas, realizadas en marzo de 1975, a que adoptase esas propuestas. Su visita fue cubierta en forma exhaustiva por los medios de comunicación pertenecientes al consorcio de Agustín Edwards y contribuyó a aumentar las exigencias por un cambio de rumbo[1427]. Estas demandas se concretaron en abril de ese año con la llegada de Sergio de Castro al gobierno como ministro de Economía, quien puso inmediatamente en puestos claves a Pablo Baraona y Álvaro Bardón, sus hombres de confianza. Protegidos por la dictadura que sofocaba las críticas hacia la política económica, los Chicago boys pudieron poner en práctica sus ideas sin restricciones. Aplicaron un tratamiento de *shock* que contemplaba reducir tanto el gasto público como las inversiones estatales, la desregulación del sistema bancario,

[1425] Para conocer la mirada de la principal cabeza de los Chicago boys, véase Sergio de Castro, *El ladrillo: bases de la política económica del gobierno militar chileno.* Además, Constable & Valenzuela, *op. cit.*, pp. 167-171; Eduardo Silva, *The State and Capital in Chile: Business Elites, Technocrats, and Market Economics*, pp. 73-75; Cavallo *et al.*, *op. cit.*, pp. 82-89.

[1426] Pilar Vergara, *op. cit.*, pp. 28-36; Délano y Traslaviña, *op. cit.*, pp. 27-31.

[1427] "Economista Arnold Harberger", en *El Mercurio*, Santiago, 14 de julio de 1974, p. 3; Milton Friedman, *Milton Friedman en Chile: bases para un desarrollo económico*, pp. 23-26; "Arnold Harberger y Milton Friedman", en *El Mercurio*, Santiago, 23 de marzo de 1975, p. 29; "Dificultades de origen chileno", en *El Mercurio*, Santiago, 25 de marzo de 1975, p. 3; "Charla de Milton Friedman", en *El Mercurio*, Santiago, 13 de abril de 1975, p. 34; "Langoni, Harberger, Friedman", en *Qué Pasa*, Nº 206, Santiago, abril de 1975, p. 16.

una nueva disminución de los aranceles, la privatización de empresas fiscales y la apertura del país a los inversionistas extranjeros, tomando, para ello, decisiones claves como, por ejemplo, la de retirarse del Pacto Andino. En el corto plazo, las consecuencias de estas medidas fueron devastadoras: una rápida caída del Producto Nacional Bruto, de la producción industrial y del poder adquisitivo y de un nuevo repunte del desempleo. Aun así, los Chicago boys pudieron seguir aplicando sus medidas. En el largo plazo, sus logros les darían la razón, pues la economía chilena se estabilizó .

Los economistas neoliberales consiguieron atraer capitales extranjeros al país y recomponer la capacidad crediticia de Chile, basándose en una férrea austeridad fiscal. Se logró reducir de forma continua el déficit presupuestario y el de la balanza comercial del país mediante, por ejemplo, privatizaciones y eliminación de subsidios. Por otra parte, se renegoció la deuda externa. Así, se alcanzaron resultados positivos como el descenso de la inflación, el aumento de las exportaciones y de la producción industrial. También se creó una agroindustria orientada a la exportación. Estos desarrollos, de signo positivo, estuvieron acompañados de la revolución del consumo y del nacimiento de un empresariado moderno, orientado al logro. En total, la economía chilena alcanzó un crecimiento del 32% a lo largo de cuatro años[1428]. Estimulada por esos éxitos, la prensa liberal exigió que se continuase con el proceso privatizador. Sin embargo, en este punto los Chicago boys, y habiendo sobrepasado, según algunos militares, varias veces lo socialmente tolerable, se toparon por primera vez con los límites de lo que el régimen era capaz de soportar, tal como mostraría el caso de CODELCO[1429]. En enero de 1978, Sergio de Castro anunció orgulloso que había sido puesto en práctica un "nuevo orden económico". También introdujo un tipo de cambio fijo con la moneda estadounidense, considerado como símbolo del éxito económico del país[1430].

En la coyuntura no sólo la prensa partidaria del régimen divulgó una imagen de Chile como caso modelo, por su éxito económico, en medio de una fase de recesión mundial. En la prensa económica internacional también alcanzó gran difusión la idea de Chile como el país del "milagro económico". Tras una visita en 1977, Friederich von Hayek propuso a Chile como ejemplo a imitar por los países en vías de desarrollo. Ese mismo año, Sergio de Castro fue ovacionado de pie por la flor y nata de los economistas y empresarios europeos en un simposio económico europeo-latinoamericano. Poco después, Arnold Harberger dirigió diversas misiones estadounidenses para que conociesen el país modelo. El banquero David Rockefeller quedó tan impresionado con las experiencias que vivió durante su viaje en 1980, que le sugirió al entonces candidato presidencial republicano Ronald Reagan estudiar con detención el

[1428] Constable & Valenzuela, *op. cit*., p. 172.
[1429] "La modernización", en *El Mercurio*, edición internacional, 9-15 de octubre de 1977, p. 3.
[1430] Juan Gabriel Valdés, *Pinochet's..., op. cit*., p. 24.

"milagro" chileno. Los organismos económicos internacionales como el Banco Mundial y el FMI también evaluaron positivamente los logros del neoliberalismo en Chile, aunque sin considerar que las condiciones necesarias para aplicarlo habían sido forjadas bajo una dictadura militar[1431].

Por el contrario, el régimen podía distraer a la cíclica crítica internacional sobre el problema de los derechos humanos, respaldándose en los éxitos de su política económica. Recurría a las visitas de extranjeros y sus comentarios positivos para demostrar que el rumbo neoliberal era el apropiado. En este sentido, se creó un verdadero culto en torno a las figuras de Friedercih von Hayek y de Milton Friedman, visitas frecuentes en Chile. La prensa proclive al régimen interpretó el hecho de que ambos obtuviesen el premio Nobel –en 1974 y 1976, respectivamente– como una confirmación del modelo chileno. A su vez, calificó las críticas a Milton Friedman, en Estados Unidos, por sus estrechos lazos con Chile como una "persecución" malintencionada y como una demostración de la infiltración comunista en las elites intelectuales. Con ello, fue elevado a la categoría de apóstol y de mártir de la auténtica idea de libertad[1432].

La credibilidad de esta idea dependía evidentemente de su éxito económico. Cuando éste dejó de estar garantizado, también la idea del "modelo chileno" entró en crisis. La ola de quiebras a partir de mayo de 1981, como consecuencia de operaciones de especulación, llevó a una profunda crisis financiera y al pánico en los mercados. Aun así, y a pesar de la creciente crítica interna, los Chicago boys cercanos al ministro de Hacienda Sergio de Castro se aferraron dogmáticamente al tipo de cambio fijo. Milton Friedman los reafirmó en su decisión, pues durante una nueva visita a Chile a fines de ese año les aconsejó mantener el curso vigente y confiar en los mecanismos propios del mercado[1433]. Cuando, a pesar de todas las esperanzas del equipo económico, la

[1431] "Hayek", en *El Mercurio*, Santiago, 13 de noviembre de 1977, p. 1; "Aplausos a la política chilena", en *El Sur*, Concepción, 25 de diciembre de 1977, p. 5; "Misión de expertos", en *El Mercurio*, Santiago, 25 de enero de 1978, p. 25; Alvaro Bardón, "El éxito", p. A4; "La receta chilena", en *El Mercurio*, Santiago, 22 de enero de 1980, p. A3; "Chile en América Latina", en *La Nación*, Santiago, 4 de junio de 1980, p. 8ª; "La economía chilena", en *La Tercera*, Santiago, 21 de octubre de 1980, p. 3; "Confianza en Chile", en *Ercilla*, Nº 2363, Santiago, noviembre de 1980, pp. 23-24.

[1432] "Chile en vías de repetir milagro económico", en *El Mercurio*, Santiago, 12 de noviembre de 1978, p. 5. Sobre el culto a Milton Friedman y Friederich von Hayek, véase "El profesor Friedman", en *El Mercurio*, Santiago, 15 de octubre de 1976, p. 10; "Friedman", en *Qué Pasa*, Nº 287, Santiago, octubre de 1976, p. 9; "La influencia de Friedman", en *El Mercurio*, Santiago, 23 de febrero de 1977, p. 26; "Los prejuicios", en *Ercilla*, Nº 2376, Santiago, 28 de enero de 1981, p. 24; Peter T. Maiken, "Milton Friedman: defensor del mercado libre", pp. 9-11; "Derecho, legislación y libertad", en *La Nación*, Santiago, 13 de julio de 1980, p. 9A. Véase, además, el número especial en homenaje a Friederich von Hayek en *Estudios Públicos*, Nº 50, Santiago, 1993. Sobre la controversias a raíz de la crítica a Milton Friedman: "Hostilizan a M. Friedman", en *La Tercera*, Santiago, 3 de enero de 1976, p. 13; "Atacan a Friedman", en *La Tercera*, Santiago, 23 de diciembre de 1977, p. 5.

[1433] "No vengo a aconsejar", en *Ercilla*, Nº 2417, Santiago, noviembre de 1981, p. 21. Véase, además, "Hitos del modelo", en *Hoy*, Nº 198, Santiago, mayo de 1981, p. 42.

crisis siguió agudizándose, debido a la gigantesca deuda contraída durante la época del *boom* y la presión externa e interna aumentó, buscaron una solución radical. En 1982 fue devaluado el peso y Sergio de Castro fue reemplazado como ministro en un cambio de gabinete[1434].

Sin embargo, ese extremo cambio de rumbo en la política económica no produjo la esperada recuperación. El régimen debió hacerse cargo de varios bancos y empresas financieras para evitar el colapso total del sistema bancario. El Estado absorbió numerosas empresas haciendo uso de las leyes de intervención que habían sido promulgadas bajo el gobierno de Salvador Allende. Por la presión de los acreedores internacionales, se hizo cargo de las obligaciones de esas compañías, las que en definitiva fueron cargadas a los contribuyentes chilenos. Los cientistas políticos Pamela Constable y Arturo Valenzuela describieron concisamente esta situación: "During the boom, Chile's economic gains had been privatized; now, in the crunch, the country's losses were socialized"[1435]. Si bien la fase de transición de los años 1982/83 fue organizada por Chicago boys como el biministro Rolf Lüders, las protestas y huelgas masivas detonadas a partir de mayo de 1983 y el descubrimiento de que varios de los economistas jóvenes habían estado involucrados en escándalos financieros, produjeron que Augusto Pinochet tomase un rotundo cambio de posición respecto de ellos. En 1984 debieron partir los últimos economistas neoliberales que permanecían en el gobierno, tras lo cual, según muchos comentaristas, el país volvía a respirar aliviado[1436].

¿Cómo pudieron caer tan rápidamente en desgracia quienes hacía poco eran considerados verdaderos héroes? ¿Qué sucedió para que se convirtieran en los chivos expiatorios de todos aquellos desarrollos fallidos? Los Chicago boys habían desafiado a críticos de las más diversas procedencias mucho antes de que estallara la crisis. Especialmente duras habían sido las críticas de los empresarios chilenos que veían en la liberalización del mercado un riesgo para su propia existencia. Por ello recurrieron a argumentos nacionalistas. Los pequeños y medianos empresarios –quienes habían participado activamente en la campaña de desestabilización de la UP y que conformaban uno de los soportes del régimen militar–, y los sindicatos gobiernistas, se sentían como los perdedores de la política neoliberal. Así, el grito, "¡vade retro, Chicagos!", se oía más fuerte[1437]. Cuando muchos de ellos quebraron, esa cólera se dirigió contra los modernizadores de la escuela de Chicago, a quienes les imputaron

[1434] Marín y Rozas, *Los grupos..., op. cit.*, pp. 42-47; Imbusch, *op. cit.*, pp. 305-336. Sobre la presión externa: "Banca extranjera", en *La Segunda*, Santiago, 18 de enero de 1983, p. 3. El ganador del premio Nobel de 1981, James Tobin, aconsejó la devaluación del peso: "La devaluación", en *Estrategia*, Nº 178, Santiago, junio de 1982, p. 7.

[1435] Constable & Valenzuela, *op. cit.*, p. 197.

[1436] "Chicago, el día después", en *Apsi*, Nº 142, Santiago, abril de 1984, p. 13; "¿El fin de los Chicago Boys?", en *Qué Pasa*, Nº 681, Santiago, 26 de abril de 1984, p. 35.

[1437] "¡Vade retro, Chicagos!", en *Estrategia*, Nº 235, Santiago, 1983, p. 4.

el mayor número de fracasos empresariales, cesantía y endeudamiento en la historia de Chile. Incluso los medios de comunicación de Agustín Edwards tomaron distancia de ellos[1438].

Un importante foco de críticas fue el carácter foráneo del modelo económico importado desde Estados Unidos. Las críticas "develaban" las diferencias incompatibles. Ya en 1974 Orlando Sáenz había advertido que Chile no era comparable con este país y que no era posible aplicar la política neoliberal sin una adaptación previa al contexto chileno[1439]. Casi diez años más tarde, en plena crisis, la extrema derecha calificó a los Chicago boys como traidores de la patria y de las fuerzas armadas que se habían dejado seducir por recetas extranjeras[1440]. Analizando los factores culturales que habían llevado al estallido de la gran crisis, un comentarista de *El Sur* señaló que ciertamente los reformistas neoliberales habían estudiado en forma profunda las enseñanzas de los monetaristas, pero que al aplicarlas a Chile no mostraron sensibilidad y se enceguecieron por el mito de la superioridad y universalidad de las teorías científicas desarrolladas en el hemisferio Norte, sin tomar en cuenta la profundidad de las diferencias económicas y sin la capacidad para comprender los contextos:

> "La actual crisis chilena, además de ser económica, tiene raíces de carácter sociocultural, destacándose en ellas nuestra sobrevaloración intelectual al querer explicar los problemas con elementos y conceptos válidos y comprensibles para pueblos con mentalidad anglosajona y de países altamente industrializados"[1441].

La oposición también acentuaba que el país carecía de "mentalidad anglosajona"; sin embargo, lo hacía para atacar las bases del gobierno militar. Le enrostraba a la dictadura haber deshumanizado y dividido a la sociedad chilena mediante la promoción de un clima de frialdad y de falta de fraternidad. El culpable de esto habría sido el "discurso ideológico inspirado en la modernidad y en el pretendido progreso, que representaría un *American way of*

[1438] Jaime Celedón, *op. cit*., p. 5. Sobre la postura de los medios periodísticos de Agustín Edwards: "Logros y fracasos", en *Qué Pasa*, Nº 650, Santiago, septiembre de 1983, pp. 34-35. Sobre la actitud de los empresarios, véase, además, Imbusch, *op. cit*., pp. 297-304; Guillermo Campero, "Entrepreneurs under the Military Regime", pp. 134-138.

[1439] Orlando Sáenz, "La visita de Mr. Harberger", en *La Tercera*, Santiago, 25 de diciembre de 1974.p. 3.

[1440] Citado en "Los Chicago Boys", en *Apsi*, Nº 127, Santiago, octubre de 1983, p. 11. Por otra parte, revisar la recepción del superventas *Ensayo histórico sobre la noción del estado en Chile* (1981) del prestigioso historiador conservador Mario Góngora, quien lamentó el abandono neoliberal del Estado, opción extraña poco apropiada para Chile.

[1441] "Los factores culturales en la actual crisis chilena", en *El Sur*, suplemento *Dominical*, Concepción, 25 de septiembre de 1983, p. 1.

*life*" adoptado por los Chicago boys[1442]. Había grandes sectores de la sociedad que no lograban participar de ese *way of life*, sino que, por el contrario, se hundían cada vez más en su miseria, ya que el régimen se había olvidado de ellos. El dirigente socialista Sergio Bitar opinó en entrevistas a la prensa opositora desde su exilio en Estados Unidos que el ultraliberalismo era "excesivamente ajeno a la realidad chilena"[1443]. El "padre de los Chicago boys", Julio Chaná, quien fuera profesor de Economía en la Universidad Católica, criticó a raíz de ello la "doctrina Friedman" como escuela, pues en Chile se había ensanchado la brecha entre ricos y pobres, y ésta sólo servía a los exitosos. Ante este escenario, la mitificación de los Chicago boys parecía cínica. El estudio del economista Fernando Dahse *El mapa de la extrema riqueza*, publicado en 1979 en pleno *boom* y que había advertido sobre evoluciones no deseable del modelo, se convirtió en un éxito[1444].

El rechazo a la política económica neoliberal y a los Chicago boys no sólo provino de los empresarios que se sentían perjudicados y de opositores activos. En la gran masa también se advertía la insatisfacción. Una encuesta realizada por Gallup en junio de 1981, es decir, antes del primer *peak* de la crisis, reveló que la economía estaba determinando, como ningún otro tema, los discursos públicos. Mostró que la mayoría de las personas no comprendía el sistema ni la política económica. Los resultados de la encuesta permiten inferir que el régimen había realizado escasos esfuerzos por transmitir a la población la necesidad de medidas que muchas veces eran duras y se había confiado, en cambio, en la fuerza persuasiva de la propia revolución del consumo. La segunda parte de la encuesta arrojó como resultado que, a causa de sus escasos ingresos, muchos se sentían excluidos de esa revolución. El 100% de los entrevistados que pertenecían a sectores con bajas remuneraciones opinaba que el modelo económico neoliberal perjudicaba al país porque aumentaba las desigualdades. Sólo el pequeñísimo número de quienes tenían buenos ingresos consideraba que el modelo era importante para el progreso de Chile[1445]. Así, pues, el culto en torno a los Chicago boys les repercutió negativamente, pues se convirtieron fácilmente en chivos expiatorios. Caricaturas como las reproducidas en la imagen de la página siguiente muestran que ante el mal manejo de la crisis, no sólo los Chicagos desilusionaron a gran parte de los chilenos

[1442] "Chicago en Santiago", en *Mensaje*, Nº 301, Santiago, agosto de 1981, p. 418.

[1443] Citado en Javier Pinedo, "Chile a fines del siglo XX: entre la modernidad, la modernización y la identidad", p. 153.

[1444] Fernando Dahse, *El mapa de la extrema riqueza: los grupos económicos y el proceso de concentración de capitales*. Sobre Julio Chaná: "Hace falta una Teletón", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 26 de diciembre de 1982, p. 13. En relación con los principales puntos de las críticas: "Modernizaciones y libertad", en *Apsi*, Nº 94, Santiago, 10 de febrero de 1982, p. 1; Pedro Felipe Ramírez, "La devaluación del cobre", p. 9; James Petras, "El milagro económico chileno", pp. 146-158.

[1445] "El modelo económico", en *Índice Gallup*, Santiago, junio de 1981, pp. 6-12. Véase, además, "Olvidemos a los Chicago Boys", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 29 de diciembre de 1980, p. 4.

sino, también, los economistas en general, considerados, hasta entonces, como expertos irrebatibles.

La crítica provenía principalmente de una escuela de economistas de oposición surgida a lo largo de la década de 1970. Atacó a los Chicago boys en su propio terreno con argumentos que eran más convincentes mientras más avanzaba la crisis. Marginados debido al ascenso de los Chicago boys, esos economistas, liderados por Alejandro Foxley, fundaron en 1976 la CIEPLAN. Al igual que sus adversarios neoliberales, los colaboradores de CIEPLAN tenían estrechos lazos con fundaciones y universidades estadounidenses, de las cuales recibían apoyo económico. Tanto Alejandro Foxley como los demás investigadores habían obtenido sus títulos en facultades de Economía en Estados Unidos, lo que en el contexto chileno les otorgaba credibilidad. Los economistas de CIEPLAN encontraron un foro para expresar sus ideas dentro de las revistas de oposición *Mensaje* y *Hoy*. Así, a partir de 1978 pudieron generar discusiones en torno a la política económica neoliberal, debates que los medios afines al régimen no pudieron soslayar[1446]. Esos economistas vieron confirmadas sus críticas con la crisis de la deuda y con las equivocadas reacciones de los Chicago boys para intentar enmendarla. Alejandro Foxley publicó en 1982 un libro en el que confrontaba a los economistas neoliberales encargados de la política económica del país y que tuvo gran resonancia[1447].

Durante la crisis de la deuda se modificó drásticamente la actitud hacia quienes hacía poco se alababan como magos de la economía. FUENTE: "Cosas de Rufino", en *Hoy*, Nº 272, Santiago, 13 de octubre de 1982.

Sorprendentemente, luego de las críticas generalizadas hacia los Chicago boys y de su destitución en 1984, no se produjo ningún cambio sustancial en la política económica del régimen de Augusto Pinochet. En abril de ese mismo año, Pablo Baraona previno a quienes cantaban victoria por la caída de los Chicagos. Profetizó que no había otra alterna-

[1446] Patricio Silva, "Technocrats...", *op. cit.*, pp. 402-403; Puryear, *op. cit.*, pp. 1, 51-59.

[1447] Alejandro Foxley, *Latin American Experiments in Neo Conservative Economics*. Véase, además, "La pesada herencia", en *Estrategia*, Nº 277, Santiago, junio de 1984, p. 7.

tiva para Chile que la del rumbo neoliberal[1448]. Los Chicago boys se mantuvieron en actitud de espera. Si bien Luis Escobar Cerda, el nuevo ministro de Hacienda, quien había encabezado la cartera de Economía durante el gobierno de Jorge Alessandri (1958-1964), no formaba parte de la camarilla económica neoliberal, algunos de sus colaboradores más estrechos, como Luis Arturo Fuenzalida Asmussen y Fernando Escobar Cerda, sí provenían de la escuela de Chicago[1449]. Si bien, condicionado por la crisis, el Estado asumió entre 1982 y 1985 nuevamente un gran número de funciones de conducción de la economía nacional, siguió vigente la pretensión de retornar a una política privatizadora. Con el nombramiento de Hernán Büchi como ministro de Hacienda en 1985 volvió al primer plano un hombre que apostaba por las recetas del neoliberalismo, aunque más bien por un pragmatismo que no cayó en el dogmatismo de los Chicagos, pues, como egresado de la Universidad de Columbia, no formaba parte del círculo de Milton Friedman. Hernán Büchi logró reconstruir la confianza de los acreedores internacionales en el país. Así, nuevos créditos del FMI crearon las bases para reiniciar el crecimiento económico, lo que a su vez posibilitó la paulatina retirada del Estado en este campo[1450].

Sustentados en el positivo desarrollo económico que volvía a vivir el país, los empresarios chilenos se embarcaron, a partir de 1986, en una campaña de propaganda –la "batalla de las ideas"– que buscaba evitar los errores del pasado y cimentar el modelo neoliberal dentro de la sociedad en el largo plazo, después de que terminase la dictadura de Augusto Pinochet[1451]. Para la campaña fue determinante el hecho de que los empresarios se presentaron a sí mismos como el motor del desarrollo social y de la modernidad. Hernán Büchi, en la cúspide de su éxito, debía ser el emblema, por lo que la prensa gobiernista creó en torno a él el mito del tecnócrata juvenil, eficiente y exitoso, tal como lo había hecho antes con sus predecesores neoliberales. Tanto Joaquín Lavín como otros editores dentro de los medios pertenecientes a Agustín Edwards lo presentaron como un hombre activo y deportista, símbolo de la figura del político-gerente chileno progresista, que llevaría al país en forma definitiva hacia la modernidad. Profitaban del hecho de que Hernán Büchi efectivamente gozaba del favor de los organismos financieros internacionales y del propio Tío Sam, tal como retrató acertadamente el caricaturista Hervi en 1987 (véase ilustración página siguiente)[1452].

[1448] Pablo Baraona, "Chicago", p. 4. Véase, además, , Hermógenes Pérez de Arce, "Olor a Chicago", p. A3.

[1449] "La historia no contada", en *Hoy*, Nº 372, Santiago, septiembre de 1984, p. 28. Sobre los asesores de Fernando Escobar: "Chicago", en *La Segunda*, Santiago, 9 de abril de 1984, p. 5.

[1450] Tironi, *Autoritarismo..., op. cit*., p. 148; "Privatización", en *El Mercurio*, Santiago, 22 de octubre de 1986, p. A3.

[1451] Campero, *op. cit*., p. 145. Véase, además, ICARE, *La libre empresa y el futuro de Chile.*

[1452] Joaquín Lavín, "La maratón de Büchi", p. D3; Lavín, *A Quiet..., op. cit*., pp. 13-14; "Chile", en *La Nación*, Santiago, 30 de diciembre de 1987, p. IV; Andrés Allamand, "La revolución silenciosa", p. 2. Véase, además, Patricio Silva, "Technocrats...", *op. cit*., p. 398; Campero, *op. cit*., p. 140.

Después de perder el plebiscito que determinó su salida del poder, Augusto Pinochet apoyó a Hernán Büchi como candidato presidencial de la derecha en las elecciones de 1989. Rehabilitó a conocidos Chicago boys como Carlos Cáceres y Pablo Baraona, convocándolos nuevamente al gabinete[1453]. Esta política no dio los resultados esperados, en parte porque la oposición, agrupada en la Concertación por la Democracia, entretanto también había logrado rodearse del aura de seriedad económica y había reemplazado su fijación ideológica inicial por un evidente pragmatismo. En efecto, pues había confirmado su voluntad de mantenerse dentro del curso de la política económica neoliberal.

La izquierda socialista agrupada en la Concertación reconocía la importancia de las inversiones extranjeras, de los mecanismos del mercado y de la eficiencia, y asumió la limitación del papel del Estado como un medio para mantener estables las finanzas públicas. Así, siguiendo la tendencia neoliberal mundial, el nuevo gobierno democrático no abandonaría la idea de modernización basada sobre

Hernán Büchi como alumno neoliberal ejemplar del Tío Sam. A Hernán Büchi, ministro de Hacienda de Augusto Pinochet y candidato presidencial, lo rodeaba hacia fines de la década de 1980 un aura de alumno neoliberal ejemplar. FUENTE: Hervi, sin título, p. 17.

[1453] "La última arremetida", en *La Época*, Santiago, 30 de octubre de 1988, p. 2.

la política económica tecnocrática. Esta "profesión de fe" fue determinante para asegurarse los votos del centro político, al cual el régimen de Augusto Pinochet había profetizado que si ganaba la Concertación, el país sufriría el regreso a los tiempos de la UP. La oposición, a diferencia de la dictadura, prometió que se esforzaría por generar las condiciones para una mayor equidad social[1454].

La Concertación logró imponerse en las elecciones de 1989, en parte por su promesa de adherir en lo medular al modelo económico existente. En 1990, el recién elegido presidente Patricio Aylwin (demócratacristiano) nombró a Alejandro Foxley como ministro de Hacienda. La conservación del crecimiento económico fue una base importante para el Chile de la transición, aun cuando permanentemente se oían voces críticas que recordaban que no se debían olvidar los valores de la solidaridad social y que ésta también formaba parte del proyecto de modernidad. El "milagro económico" de la década de 1970 fue posible porque aplicó un estricto régimen de austeridad fiscal implicando un elevado costo social. Cuando la situación económica mundial se agudizó, los Chicago boys impusieron condiciones más complejas, con un dogmatismo que condujo al país a la crisis más aguda de los últimos cincuenta años. La rápida superación de la crisis a partir de una poderosa intervención estatal en la economía privada y la buena voluntad de los acreedores internacionales, puso en duda la consideración de alternativas diferentes al modelo que ellos pregonaban. En este sentido, los Chicago boys y el grupo de presión de los empresarios proclives a la transnacionalización que los apoyaban lograron su propósito, aunque tras el fin de la dictadura tuviesen que compartir el poder.

### *¿Modernización de la sociedad? Reforma social y educacional*

En la cima del éxito económico y en el marco del inminente plebiscito sobre la Constitución de 1980, Augusto Pinochet anunció un año antes, en el sexto aniversario del golpe militar, un plan con "siete modernizaciones". Mediante una reforma radical de la legislación social, del sistema educacional, del sistema judicial y de la administración del Estado debían traspasarse hacia todas las áreas de la sociedad chilena los fundamentos de aquellos ámbitos que se habían revelado como los factores claves del "milagro económico". La libertad del individuo y el accionar según las reglas del libre mercado en igualdad de condiciones de competencia debían reemplazar al concepto de justicia social garantizada por el Estado[1455]. De-

[1454] Véanse escritos de líderes de la oposición como Alejandro Foxley, *Chile y su futuro: un país posible*; Sergio Bitar, *Chile para todos*; Katherine Hite, *When the Romance Ended: Leaders of the Chilean Left, 1968-1998*, p. 194; Puryear, *op. cit*., pp. 99-134. Además, Joseph Ramos, *Neoconservative Economics in the Southern Cone of Latin America, 1973-1983*, pp. 44-69.

[1455] "Etapa de modernización", en *El Mercurio*, Santiago, 12 de septiembre de 1979, p. 3. Véase, además, "Las siete modernizaciones", en *El Mercurio*, Santiago, 6 de enero de 1980, p. A3; Jaime Guzmán, "El camino político", pp. 13-25.

trás de esto estaba la intención de implementar en Chile lo más ampliamente posible aquello que el ya citado editor de *El Sur* criticó un poco más tarde como "mentalidad anglosajona". ¿Qué destino tuvieron los afanes reformistas en el área social y educacional? ¿Pudo asentarse en el largo plazo el "credo del nuevo economista" dentro de la sociedad chilena? ¿Qué papel representaron en ello los ejemplos estadounidenses?

Entre 1925 y 1972 la proporción del producto nacional bruto, destinada al gasto social, aumentó desde 2,2% a 25%. De ello puede deducirse una progresiva integración social y participación política de la población. Los grupos sociales que más profitaban del Estado de bienestar eran las crecientes clases media y trabajadora urbanas. La UP inició su gobierno con la meta de desmantelar las desigualdades sociales, las cuales no sólo no se habían disipado meditante la industrialización sino que se habían profundizado. Sin embargo, en 1973 saltaban a la vista aquellos problemas creados ya antes de la UP, esto es, falta de viviendas sociales, un sistema educacional y de salud de mala calidad, y un déficit en las reservas de las cajas de pensiones[1456].

En su Declaración de Principios de 1973, la junta prometió que en el ámbito social crearía instituciones modernas y despolitizadas, supuestamente para garantizar la unidad nacional y para promover el bienestar del país. Sin embargo, en opinión del régimen esto era irrealizable si se hacía sobre la base del Estado de bienestar tradicional. Por ejemplo, en declaraciones oficiales Augusto Pinochet se refería constantemente al fracaso de dicho modelo[1457]. En su lugar y en el marco de las "siete modernizaciones", la dictadura quería poner la libertad de elección del consumidor. Las cabezas pensantes tras la así llamada "revolución libertaria" eran los ministros del Trabajo José Piñera y Miguel Kast, ambos Chicago boys, y el ideólogo de los gremialistas, Jaime Guzmán[1458]. Al igual que en el caso de los programas económicos, los reformistas se rigieron por el pensamiento neoconservador, especialmente según la idea de libertad de Friederich von Hayek. Por cierto, Chile, bajo las condiciones que imponía la dictadura militar, sería el primer país en aplicar el nuevo modelo social[1459].

En un principio aplicaron sus ideas principalmente en las áreas de la salud y seguridad social, y de la legislación laboral. De hecho, tras la implementación de la reforma, entre 1980 y 1989, el Estado redujo el gasto social de 17% a 14%. En todas las áreas redujo su acción a las atenciones básicas y a la mitigación de las necesidades sociales extremas. Los principios rectores seguían siendo tanto el ahorro en los gastos como el aumento de la eficiencia, a los que se sumaron

[1456] Thiery, *op. cit.*, pp. 114-116; Meller, *Un siglo..., op. cit.*, p. 92.

[1457] *Declaración de Principios..., op. cit.*, pp. 14-20. Sobre los comentarios de Augusto Pinochet en relación con el Estado de bienestar: "60 páginas sobre Chile", en *La Tercera*, Santiago, 6 de julio de 1988, p. 7. Véase, además, Pilar Vergara, *op. cit.*, p. 216.

[1458] Tironi, *op. cit.*, p. 136.

[1459] Thiery, *op. cit.*, pp. 114-122.

como principios fundamentales la descentralización y la privatización[1460]. Un buen ejemplo de esto fue la conversión del sistema de pensiones en un sistema de fondos privados, las AFP, en manos de bancos privados y de sociedades financieras. Los reformistas recurrieron conscientemente a la comparación con el sistema estadounidense del IRA. No obstante, sus críticos indicaban permanentemente que, por su radicalidad, la práctica chilena había eclipsado el ejemplo de Estados Unidos[1461].

Esto mismo se repitió en el proceso de privatización del sistema de salud con la introducción de las ISAPRES. A pesar de que el sistema público de salud estaba altamente desarrollado en comparación con el contexto latinoamericano, hacia 1970 nadie dudaba de que debía ser reformado. Anticipándose al ambicioso programa de modernización, en 1979 fue disuelto el Servicio Nacional de Salud. A partir de entonces coexistieron dos sistemas de salud independientes entre sí. Por una parte, fueron creadas las ISAPRES, organizadas según el modelo del Blue Cross/Blue Shield, que estaban dirigidas principalmente a las clases media alta y alta, y se regían por los principios del mercado. Como pacientes, los afiliados a las ISAPRES disfrutaban de una atención de salud de mejor calidad y más fuertemente orientada al cliente en comparación a quienes debían atenderse en los ineficientes y burocráticos servicios de salud públicos, los que funcionaban con costos apreciablemente más elevados. Muy luego la prensa económica internacional elogió esas instituciones como la vanguardia del proceso de privatización de los sistemas de salud y recomendó imitarlas[1462]. Por su parte, el sistema público de salud –ahora regionalizado– seguía operando y padeciendo de una crónica carencia presupuestaria. Por ello concentró sus servicios principalmente en la atención de los lactantes –en 1988, sus índices de mortalidad fueron efectivamente reducidos–, mientras que se vio obligado a reducir los privilegios de los adultos mayores y de los enfermos crónicos, como también postergar los hospitales públicos. Sí se conservaron las atenciones básicas a los indigentes. La clase media baja, sin embargo, resintió las nuevas condiciones, pues casi no podía permitirse ingresar a las ISAPRES dados los crecientes índices de desempleo[1463].

[1460] Genaro Arriagada, *Por la razón o la fuerza: Chile bajo Pinochet*, p. 296; Borzutzky, *op. cit.*, pp. 203-240.

[1461] Sigmund, *The United..., op. cit.*, pp. 122-123; Oppenheim, *op. cit.*, pp. 150-151.

[1462] Respecto de la positiva evaluación, véase Lavín, *A Quiet..., op. cit.*, pp. 28 y 150-154; "Experiencia norteamericana", en *Qué Pasa*, Nº 707, Santiago, octubre de 1984, p. 17.

[1463] Sobre los efectos negativos y como respuesta a Joaquín Lavín: Tironi, *Los silencios..., op. cit.*, pp. 36-38. Véase, además, Friedmann, *op. cit.*, pp. 79-85; Imbusch, *op. cit.*, pp. 105-107; Juan Giaconi, "Proyecciones de las reformas introducidas en el sector salud durante el Gobierno de las Fuerzas Armadas", pp. 257-274. Sobre el desarrollo histórico del sistema de salud, véase Verónica Loyola y Marcos Vergara, "Evolución histórica del sistema de salud", pp. 29-52. Sobre los efectos sobre la clase media: Larissa A. Lomnitz & Ana Melnick, *Chile's Middle Class: A Struggle for Survival in the Face of Neoliberalism.*

Tal como había sucedido durante el gobierno de Carlos Ibáñez, la opresión del movimiento obrero –el cual en parte había sido uno de los pilares de la UP– se convirtió en un requisito fundamental para el régimen militar. A diferencia de la liberalización que se produjo en la economía, los trabajadores permanecieron bajo estricto control del Estado, tanto por consideraciones políticas como para reducir la presión de las reivindicaciones salariales sobre las empresas, y para garantizar la estabilidad económica del país. Muy luego tras el golpe, los sindicatos de izquierda fueron disueltos y las elecciones sindicales, prohibidas. Su lugar debían ocuparlo grupos de interés "apolíticos", aunque a decir verdad éstos pudieron ejercer muy poca presión dado el marco de la política neoliberal y debido a la amenaza latente del desempleo. La retórica del régimen militar usaba como argumentos para esta política el hecho de que en el "nuevo Chile" tanto la solidaridad como la "jerarquía natural" de las clases sociales conducirían a la armonía social haciendo superflua la lucha de clases[1464].

Sin embargo, la realidad presionaba a tal punto a los trabajadores que puso en riesgo la existencia de un creciente número de ellos. Así, y aun bajo las condiciones represivas de la dictadura, algunas de las organizaciones obreras toleradas –es decir, aquéllas que por no ser de extrema izquierda no fueron prohibidas por el régimen– organizaron formas de resistencia. Estas agrupaciones buscaron y encontraron el apoyo de la central sindical AFL-CIO. En 1978, un grupo de delegados sindicales estadounidenses hizo llegar a Augusto Pinochet una lista con sus quejas sobre la situación de los trabajadores en Chile. Considerando la campaña de mejoramiento de la imagen internacional del país, la prensa afín al régimen debatió en términos positivos sobre esas propuestas, y apoyó la reorganización del mundo obrero, aunque exigiendo que fuese en términos apolíticos. Pocos meses más tarde fueron autorizadas por el régimen las primeras elecciones sindicales desde 1973. En opinión de los dirigentes sindicales chilenos y de sus aliados estadounidenses, esta medida por sí sola no bastaba, por lo tanto, la Inter-American Labor Organization resolvió en noviembre de ese año llamar a un boicot de los productos chilenos[1465].

Públicamente, Augusto Pinochet expresó su indignación por esas exigencias realizadas desde el extranjero, las que consideró una intromisión en los asuntos internos del país. Por su parte, a las organizaciones obreras chilenas les echó en cara estar traicionando los intereses de Chile y que se comportaban en forma antipatriota[1466]. Sin embargo, tras bambalinas el régimen negoció con el presidente de la AFL-CIO, George Meany, quien luego anunció la

[1464] Jaime Ruiz-Tagle, *Sindicalismo y estado en el régimen militar chileno*, pp. 8-17; Cavallo *et al.*, *op. cit.*, pp. 186-187; Pilar Vergara, *op. cit.*, p. 47.

[1465] "La visita a nuestro país de sindicalistas de EE.UU.", en *El Sur*, Concepción, 26 de mayo de 1978, p. 3; Constable & Valenzuela, *op. cit.*, p. 228; Pilar Vergara, *op. cit.,* p. 154.

[1466] "Una experiencia...", en *Qué Pasa*, Nº 395, Santiago, noviembre de 1978, p. 5.

suspensión del boicot[1467]. Esta decisión se debía a la promesa del régimen de implementar nuevas leyes laborales inspiradas fuertemente en la legislación estadounidense. De hecho, ya en enero el ministro del Trabajo, José Piñera, presentó el "plan laboral" que preveía la legalización de la huelga y ampliaba el derecho de asociación sindical. Simultáneamente, sin embargo, esas leyes reforzaban la posición de negociación de los empleadores, pues limitaban el tiempo y las causales del derecho de huelga, simplificaban los procesos de despido y eliminaban los tribunales laborales[1468]. Cuando este plan fue criticado por organizaciones laborales chilenas y por la OIT, y cuando la AFL-CIO volvió a amenazar con un boicot, tanto el régimen como la prensa afín se mostraron indignados con estas posturas. Defendían la nueva legislación argumentando que era más amplia que la legislación de protección de los derechos laborales estadounidense. Y para garantizar la necesaria flexibilidad que requería el país para su modernización, afirmaban que era imposible ofrecer mayores concesiones a los trabajadores[1469].

En nombre de la modernización, y tras la reforma del sistema de salud y de la legislación laboral, era inminente una reforma del sistema educacional que se sustentase tanto en sus contenidos como en su organización sobre las bases neoliberales de la despolitización y del incremento de la eficiencia siguiendo las leyes del mercado. Desde los debates en torno a las reformas de la década de 1920, el sistema educacional chileno se había desarrollado en un activo diálogo con los modelos estadounidenses. El intercambio de pedagogos y de estudiantes se intensificó una vez terminada la Segunda Guerra Mundial, y hacia 1950 puso fin en forma definitiva al dominio alemán. Los pedagogos chilenos aprendieron de sus nuevos modelos que debían pensar en sus propias fortalezas, y buscar una forma nueva y autóctona de la pedagogía. Gracias al apoyo técnico y económico de Estados Unidos fue posible experimentar en el país con nuevos métodos de enseñanza, crear las bases de un sistema educacional exitoso en términos comparativos con el resto de América Latina, caracterizado por altos índices de matrícula y que aspiraba a lograr un elevado grado de alfabetización[1470].

En el contexto de la Alianza para el Progreso, el clima reformista del decenio 1960 reforzó los esfuerzos por ampliar el sistema educacional y por ensancharlo hacia todas las clases sociales, especialmente dentro del mundo rural. Durante el gobierno de Jorge Alessandri y especialmente durante el de

[1467] "Suspensión del boicot", en *El Mercurio*, Santiago, 17 de enero de 1979, p. A3.

[1468] Paul W. Drake, *Labor Movements and Dictatorships: The Southern Cone in Comparative Perspective*, pp. 131-132; Nolte, *Zwischen..., op. cit.*, pp. 433-442; Thiery, *op. cit.*, pp. 102-107; Imbusch, *op. cit.*, pp. 103-104.

[1469] "La conducta de AFL-CIO", en *El Mercurio*, Santiago, 28 de julio de 1979, p. 3; "El plan va a la guerra", en *Ercilla*, Nº 2296, Santiago, agosto de 1979, pp. 8-9.

[1470] Amanda Labarca, "Influencias...", *op. cit.*, pp. 80-81; Joseph S. Farrell, *The National Unified School in Allende's Chile*, pp. 32-33.

Eduardo Frei Montalva fueron aplicadas reformas educacionales que perseguían democratizar el sistema, inspirándose en modelos estadounidenses para los contenidos y la organización. La reestructuración de los planes de estudio, el mejoramiento de la formación del profesorado y la oferta de becas para estudiantes pobres seguían las propuestas de los pedagogos Benjamín Bloom y Ralph Tyler. La reforma universitaria de 1967 aplicó los criterios del modelo. Gracias a los recursos aportados por instituciones como las fundaciones Rockefeller y Ford, o mediante convenios de cooperación con universidades estadounidenses –como el caso de las de Chicago y Católica de Chile–, las instituciones de educación superior pudieron mejorar, y en algunos casos establecer, por primera vez, programas de investigación y de enseñanza, principalmente en los ámbitos de las Ciencias Naturales y Sociales. Esas ayudas permitieron el surgimiento de importantes centros de investigación, tales como FLACSO. Resultado de todo esto fue un aumento de la calidad de la educación y el incremento del número de estudiantes en todos los niveles educativos, por lo cual las universidades vivieron niveles de expansión por sobre la media[1471].

Sin embargo, esa estrecha cooperación con instituciones estadounidenses, también fue objeto de críticas. La izquierda acusó al gobierno demócratacristiano de seguir ciegamente los modelos educacionales extranjeros, lo que estaría llevando a despreciar las necesidades de los grupos sociales más desfavorecidos. La derecha tampoco ahorraba en críticas, pues consideraba que asumir únicamente los ideales educacionales estadounidenses con sus pretensiones democratizadoras traía consigo la pérdida de valores tradicionales[1472]. Luego del triunfo de la UP, el abandono de las ideas reformistas previas fue acompañado de una polarización de la discusión en torno al problema de las reformas educacionales. La democratización de la educación y su orientación en función de las necesidades de los pobres, eran temas claves de la izquierda. Fiel a la crítica imperante contra el imperialismo cultural, en 1971 apareció un artículo fundamental que exigía alejarse radicalmente de los modelos extranjeros. Como una manera de superar la "colonización espiritual" a través de una respuesta nacionalista, intelectuales de la UP desarrollaron un modelo educativo total, la ENU, basado en el "humanismo socialista" y que debía dirigirse al pueblo, es decir, hacia los más débiles de la sociedad[1473].

Aunque hubo pedagogos democratacristianos que apoyaron la idea de alejarse de los modelos estadounidenses y la búsqueda de una respuesta auténticamente chilena, cuando la UP reivindicó la pretensión de aplicar en los establecimientos privados y confesionales el control estatal asociado a la ENU

[1471] Guillermo Labarca, *Educación y sociedad: Chile 1964-1984*, pp. 25 y 40; *Las transformaciones de la educación bajo el régimen militar*, pp. 20-23; Hofmeister, *op. cit*., pp. 72-75; Puryear, *op. cit*., pp. 10-17.

[1472] Farrell, *op. cit*., pp. 37-38. Sobre la crítica de la derecha: Henry Raymont, "Valores tradicionales y exigencias modernas", p. 29.

[1473] Farrell, *op. cit*., pp. 48-50.

amplios sectores de la población manifestaron su indignado rechazo[1474]. *El Diario Ilustrado,* de tendencia conservadora, echó en cara al gobierno pretender "lavar el cerebro" a los estudiantes para convertirlos en "esclavos espirituales del comunismo"[1475]. Usando los mismos argumentos, los medios escritos y audiovisuales controlados por el consorcio de Agustín Edwards pusieron en marcha una campaña contra el concepto de la ENU. En cierto modo, dentro de la oposición la lucha contra la reforma educacional de la UP se convirtió en factor de integración de las fuerzas heterogéneas. Los militares se sumaron a los críticos y legitimaron, también, por esta vía, el golpe, entre otras cosas, porque querían evitar un sistema educacional sometido a Moscú .

De ahí que la dictadura de Augusto Pinochet reorientó completamente su política educacional. En una primera etapa el régimen controló los contenidos y prácticas escolares, al mismo tiempo que sofocó opiniones discordantes. El nombramiento de rectores e inspectores afines al régimen debía conducir a la despolitización del sistema educacional a la vez que a la revaloración de contenidos educativos tanto técnicos como patrióticos, a través de métodos de aprendizaje autoritarios[1476]. Así, el enorme programa de modernización de principios de la década de 1980 anunciaba medidas tendientes a una reforma más amplia. Fiel a las ideas neoliberales, la educación debía abandonar su carácter de motor democratizador y de gestor de cambios sociales, y limitarse al de transmisora de aquellos contenidos prácticos relevantes para una sociedad de consumo moderna. Debía convertirse en un bien de consumo que ya no estaba libremente disponible para todos los chilenos ni era igual para todos: cada persona podría decidir respecto del tipo de educación que quería recibir. En consecuencia, el papel del Estado se acotó al de garante de una formación mínima entregando a los privados la responsabilidad de generar una oferta educacional más amplia, apostando con ello hacia una mayor calidad y a la formación de nuevas elites tecnocráticas[1477].

La nueva política educacional llevó ciertamente a una mayor diferenciación de ofertas dentro del panorama educativo chileno. De éstas se beneficiaron especialmente los oferentes privados que, gracias a la subvención estatal, surgieron en todos los niveles educacionales. El Estado exoneró numerosos profesores y redujo, a partir de 1982, el presupuesto para la educación. Obtener ayuda económica estatal era posible sólo mediante concursos, en los que los privados solían triunfar debido a que tenían mayor flexibilidad que las instituciones

[1474] Guillermo Labarca, *op. cit.*, pp. 81-95; Sigmund, *The United..., op. cit.*, p. 74. Véase, además, José Joaquín Brunner y Ángel Flisfisch, *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*, pp. 217-230.

[1475] Citado en Farrell, *op. cit.*, p. 55.

[1476] Alfredo Prieto Bafalluy, *La modernización educacional*; Brunner *et al.*, *op. cit.*, p. 105; Daniel C. Levy, "Chilean Universities under the Junta: Regime and Policy", pp. 106-107; Friedmann, *op. cit.*, p. 92.

[1477] Brunner *et al.*, *op. cit.*, pp. 75-80; *Las transformaciones de la educación..., op. cit.*, pp. 41-57.

públicas. Globalmente, las reformas llevaron a una reducción del número de estudiantes y a una mayor selección social en el acceso a la educación, la cual se encareció en forma permanente a lo largo del tiempo. En cambio, la calidad de la educación pública –cuya administración fue entregada a los municipios con toda su fragilidad económica–, fue empeorando progresivamente. Así, a la mayoría de los egresados provenientes de los sectores sociales más pobres se les cerraron las puertas de los estudios superiores[1478].

Los partidarios del régimen acentuaban los efectos positivos de esta política sobre la calidad de la oferta; en cambio, los críticos acusaban que la mayor parte de los chilenos no se beneficiaba de ese incremento de la calidad, pues no podían darse el lujo de acceder a esa onerosa educación. Por ello, la nueva política educacional profundizó aún más las diferencias sociales. Los críticos del sistema llamaban a ver el ejemplo de Estados Unidos, donde habían sido reconocidas hacía tiempo las falencias de un sistema educacional privado similar. Opinaban que los chilenos, en su fervor neoliberal, no debían reproducir sus errores[1479]. La crítica a la privatización del sistema educacional era sólo parte de la crítica más general al neoliberalismo social, que aumentó fuertemente durante la década de 1980. Intelectuales de oposición como Eugenio Tironi deploraban la atomización y la funcionalización de la sociedad que había traído consigo la política de modernización neoliberal del régimen y que, al fin y al cabo, no lograban ser disimuladas por la bella apariencia de éxito de la moderna sociedad de consumo, destacada permanentemente por autores como Joaquín Lavín. Insistían en que las reformas sociales neoliberales podían ser convenientes y aplicables en sociedades marcadas por el protestantismo, ya que éstas respiraban el espíritu del capitalismo. En cambio, en un país como Chile, marcado por el catolicismo, las mismas resultaban extrañas. En las ricas sociedades industrializadas del norte se justificaban, pero en un país como Chile eran erróneas, pues más de la mitad de su población vivía en la pobreza. De ahí que la libertad de elección era una libertad reservada sólo para una minoría privilegiada a costa de la mayoría[1480].

En vista del segundo *boom* de la economía chilena que se inició a mediados de la década de 1980, parecía que el régimen estaba alcanzando la meta de

[1478] Guillermo Labarca, *op. cit.*, p. 100; Daniel Levy, *op. cit.*, p. 103; Lomnitz & Melnick, *op. cit.*, p. 40. Sobre la evolución del presupuesto nacional en educación: Arriagada, *Por la razón..., op. cit.*, p. 295.

[1479] Así puede apreciarse en la crítica realizada por Eduardo Schijman, "Humanismo en EE.UU.", p. A3, a quien, en realidad, le interesaba prevenir principalmente del desdén hacia las Ciencias Sociales. Sobre la crítica en general: "Desafíos tecnológicos", en *Mensaje*, Nº, 376, Santiago, enero de 1989, p. 21; Tironi, *Los silencios..., op. cit.*, pp. 46-48. La visión opuesta puede verse en Lavín, *A Quiet..., op. cit.*, pp. 156-157.

[1480] Fernando Paulsen, "Nosotros, los de entonces", p. 26; Letelier, *op. cit.*, p. 87; Tironi, *Los silencios..., op. cit.*, pp. 17-18. Véase, además, "Joaquín Lavín", en *Caras*, Nº 8, Santiago, julio de 1988, p. 69; Thiery, *op. cit.*, p. 132.

despolitizar de manera permanente la sociedad chilena y, con ello, la de mantenerse en el poder. Sin embargo, las consecuencias negativas de las reformas neoliberales, es decir, la pérdida de la seguridad social, condujeron a que la clase media –la más afectada por esa pérdida– diera forma a la resistencia en contra de la dictadura y apoyara un retorno a la política. La creencia en los supuestos principios de la "mentalidad anglosajona" –como la fe en la fortaleza del individuo y la libre competencia– no pudieron ser impuestos a nivel social en Chile. Recurriendo a conocidos estereotipos, el ejemplo estadounidense servía como modelo negativo de frialdad social. El intento de legitimar la "neoliberalización" de los sistemas sociales y de educación, apelando a la necesidad de realizar la modernización, fracasó. Aun así, el Chile de la transición adoptó los parámetros fundamentales establecidos por las reformas sociales del régimen militar.

Si la frustración de las pretensiones de modernización del régimen de Carlos Ibáñez había dado pie a una ola de nacionalismo y de antinorteamericanismo, después de 1970, en cambio, este proceso se invirtió. El momento culminante y el fracaso del nacionalismo económico radical llevado a cabo por la UP se convirtió en el punto de partida de un programa de modernización impuesto por la fuerza dictatorial y que dejó profundas huellas en la sociedad chilena. Este programa se nutrió de las fuentes del pensamiento neoconservador. Los encargados de realizar las reformas fueron protegidos por el régimen militar y no repararon en la necesidad de tomar en cuenta los costos sociales que implicaban. Si bien hubo partidarios del régimen que formularon algunas críticas a ese radical proceso de modernización neoliberal, parecía que el éxito de la "revolución silenciosa" –reflejado en la creación de la sociedad de consumo– daba la razón a sus defensores y legitimaba los rigores que imponía. Con su programa de reformas, que iba mucho más allá del ámbito económico y que buscaba revolucionar el Estado social completo, los Chicago boys seguían tendencias internacionales, las cuales se revelarían muy pronto como partes integrales de la globalización. El repliegue del Estado; las privatizaciones; la flexibilización, especialización y creciente integración internacional de la producción; la meta del pleno empleo; el crecimiento del sector informal; el ansiado desmantelamiento del Estado de bienestar y la liberalización del mercado del trabajo fueron elementos de una modernidad neoliberal puestos en práctica en Chile bajo el dominio de Augusto Pinochet y antes de que circularan los conceptos del 'reaganomics' y del 'thatcherismo', elementos que se habían mostrado tan convincentes que operaron en el Chile posdictatorial. Aquello que los chilenos entendían como "Chicago" y como una norteamericanización en sentido clásico y unilateral, era en realidad sólo una parte de la modernidad que representaba Estados Unidos. Este modelo quedó crecientemente despojado de su raigambre territorial y tratado, cada vez más, como una idea de alcance global. Pero la experiencia chilena de los años 1988 y 1989 mostró que a la larga el credo de la modernización no podía

prevalecer en un espacio apolítico. La norteamericanización como un proceso que formaba parte de la nueva globalización favorecía no sólo una profunda transformación social como la que experimentó Chile en la décads de 1980 sino que incentivaba el impulso hacia la democracia.

# CONSIDERACIONES FINALES

## La norteamericanización: entre apropiación y distanciamiento

*"Solamente cuando los pueblos vuelven a tomar contacto*
*entre sí se establece el verdadero conocimiento entre el hombre de la calle*
*y aquel otro hombre de la calle que antes se ignoraban...*
*Ocurre, sin embargo, que si antes estábamos separados por conocernos poco,*
*ahora podría acontecer que nos separáramos más por conocernos mucho"*[1481].

*"Tal como en España se encuentra el chileno con su raza,*
*en Estados Unidos reconoce la otra parte de su cultura"*[1482].

La primera de las citas que encabezan estas consideraciones muestra que mientras Benjamín Subercaseaux viajaba por Estados Unidos en 1942, le parecía que los chilenos y los estadounidenses, de todas las clases sociales, habían logrado conocerse tan bien que podían reconocer con mayor claridad aquello que los diferenciaba y, por lo tanto, distanciarse entre sí. Gracias a la dinámica de la norteamericanización, la constatación de ser extraños y la ignorancia mutua habían dado paso a la comprensión de ser diferentes. Hasta la década de 1980 esta visión convivió en Chile simultáneamente con la idea de que existían diferencias fundamentales y esenciales, tal como lo ejemplifica la reacción de Augusto Pinochet frente a las críticas a causa de las violaciones a los derechos humanos: "Nosotros somos distintos a los Estados Unidos. Nosotros somos latinos y ellos anglosajones"[1483]. Cuando el dictador recurría a esos ejemplos para marcar las diferencias –entre otros, decía que mientras la Constitución chilena de 1980 había sido implementada mediante un plebiscito, la estadounidenses había sido impuesta, en 1787, a los ciudadanos–, la oposición hacía comentarios irónicos[1484]. A decir verdad, había intelectuales de oposición, como Marco Antonio de la Parra, autor de la otra cita del encabezado, que reconocían que los encuentros entre los chilenos y los yanquis se habían desarrollado al punto que los chilenos eran capaces de reconocer en Estados Unidos el segundo pie de apoyo de su cultura.

[1481] Subercaseaux, *Retorno..., op. cit.*, pp. 231-232.

[1482] Parra, "Un chileno...", *op. cit.*, p. 26.

[1483] "¡Viva la diferencia!", en *Apsi*, Nº 179, Santiago, marzo de 1986, p. 9.

[1484] La revista de oposición *Apsi* propuso otras diferencias: "Ellos nunca han sido chilenos. Nosotros siempre. ... l presidente de ellos es actor. El de nosotros humorista", *op. cit.*, p. 10.

Como ha mostrado este estudio, determinar cuál de esas percepciones era la "correcta", dependió de las diversas interpretaciones y, por ende, fue un asunto de poder. La construcción y deconstrucción de la alteridad, el distanciamiento –como se ve en los casos de Benjamín Subercaseaux y de Augusto Pinochet– y la apropiación –que muestra de la Marco A. de la Parra– eran elementos centrales de un mismo, y ya secular, proceso de norteamericanización. Los diversos actores que participaban en la disputa en torno a qué era lo apropiado para Chile, o respecto de qué era en realidad lo "chileno", llevaron esa discusión en el plano simbólico de la norteamericanización. Lo que caracterizó este proceso, a lo largo de todo el siglo, fue su dinámica. Ésta llevó, entre otras cosas, a que determinados elementos que inicialmente parecían ajenos, como, por ejemplo, el concepto de modernidad, a la larga fueron "desalienados" o encontraron su espacio dentro de la definición de lo propio a través de un proceso de apropiación y habituación, con lo que fueron perdiendo su significado original como símbolo de Estados Unidos. En cambio, otras características esenciales que en un comienzo habían sido elementos generadores de vínculos –por ejemplo, la tradición democrática– pudieron ser redefinidas paulatinamente como factores que potenciaron la alteridad.

En Chile, la tensión entre ajeno y propio, entre distanciamiento y apropiación, constituyó la estructura básica de la norteamericanización. En este trabajo se ha definido norteamericanización como aquellos procesos de encuentro con el Estados Unidos concreto y con el simbólico, procesos de encuentro descifrados mediante el análisis de las percepciones y de las diversas interpretaciones sobre éstas. Cabe destacar que la norteamericanización no condujo a la homogeneización cultural de Chile ni tampoco a su incorporación dentro de una "cultura superior". Los encuentros con el otro estimularon orientaciones que se modificaban dinámicamente en función de los cambios en los contextos históricos. Esta nueva definición de norteamericanización supera aquel concepto tradicional que la entiende como un proceso de influencia unilateral, visión que formaba parte del discurso histórico de la norteamericanización y que perpetuaba la idea de la existencia de un mundo dicotómico. Dentro del enfoque adoptado en este estudio, tanto las asimetrías como las relaciones de poder políticas y económicas siguen desempeñando un papel relevante, aunque se profundiza más en ellas cuando se intenta responder la pregunta acerca de su significado para los contextos históricos de la sociedad chilena. Mediante la extensión de la historia política de las relaciones internacionales, con la ayuda del enfoque histórico-cultural y con la utilización de métodos y fuentes provenientes de la historia de los símbolos y de las imágenes fue posible una comprensión más profunda de los cambios socioculturales en Chile a lo largo del siglo XX.

Así, en función de la definición de norteamericanización utilizada en este estudio, definición de índole procesal, y orientada hacia las interacciones, ni siquiera se plantearon preguntas tales como si acaso a lo largo del siglo XX los

chilenos fueron "norteamericanizados" y, en caso afirmativo, en qué medida. Lo que se buscó fue definir a los actores que participaron en los procesos transnacionales de norteamericanización y apreciar su importancia. Este trabajo ha mostrado que durante la fase transnacional el discurso de la norteamericanización fue sustentado y transmitido por representantes de la "nueva" clase media urbana de tendencia reformista, nueva en términos de la historia social. Pero también hubo trabajadores y personas pertenecientes a la oligarquía tradicional que tuvieron sus propios encuentros con el yanqui. Todos estos actores transgredieron fronteras reales y simbólicas. Los mediadores frecuentemente, y en forma creciente, adquirieron conocimiento directo sobre Estados Unidos mientras contemplaban personalmente ese país, ya fuera en algún viaje o durante sus estudios. Los contactos se intensificaron en todos los planos a lo largo del siglo XX debido al incremento de los viajes y a la disminución del tiempo tanto de éstos como de la transmisión de las noticias. Los medios de comunicación que transmitían esas informaciones constituyeron el segundo grupo de actores centrales de ese proceso. Diarios, revistas, cine, radio y televisión transportaban en palabras e imágenes los símbolos de la norteamericanización hacia los chilenos. La expansión y disponibilidad de esos medios amplió a lo largo del siglo XX tanto el círculo como la heterogeneidad social de quienes participaban en los debates y especialmente de quienes entraron en contacto con los símbolos de la norteamericanización, pudiendo así encontrarse con el yanqui.

Por otra parte, fue necesario clarificar cómo habían sido las percepciones de esos actores, qué interpretaciones dedujeron de éstas y cómo recurrieron a ellas para orientar diversas acciones o para formular los propósitos para futuras acciones. En general, la investigación logró mostrar que es preciso caracterizar las percepciones de los distintos actores de manera muy diversa, es decir, que es imposible hablar de que hubiese prevalecido *una* "imagen de Estados Unidos", ni siquiera dentro de una determinada clase social. Sin embargo, fue posible reconocer ciertos patrones básicos que aparecían en forma recurrente y que preestructuraban los encuentros, los cuales, a su vez, volvían a modificar los patrones en un proceso interactivo. Tan diversas como las percepciones fueron las interpretaciones. Dependiendo de los contextos históricos, en una misma persona podían coexistir sentimientos de amenaza con otros de entusiasmo por Estados Unidos. Al contemplar el sentido de las acciones que se derivaban de las interpretaciones queda claro cuán fuertemente ideologizable y politizable fue el complejo proceso de la norteamericanización, el cual remeció en varios aspectos las bases fundamentales de la autopercepción nacional. En esto representaba un papel central la delimitación de lo propio –ya fuera del pueblo, de las elites o de la "herencia europea"– respecto del "otro estadounidense", asunto que estuvo siempre presente cuando se trataba de identidad nacional, ya fuera implícita o explícitamente.

En particular, este trabajo mostró que la fase transnacional tiene una importancia enorme para la historia de Chile, relevancia a la que se le ha pres-

tado demasiado poca atención. Esto es válido especialmente para los años posteriores al Centenario y para la larga década de 1920, que concluyó recién con la caída de Carlos Ibáñez en 1931. Durante esta fase, y con profundas transformaciones sociales como telón de fondo, se instalaron significativos desarrollos y cambios estrechamente ligados al proceso de norteamericanización y que sus contemporáneos interpretaron frecuentemente sólo como influencias externas. Para la opinión pública, esto se reflejaba claramente a partir de 1898 en la ofensiva política de expansión en América Latina, la que desató el debate en torno al "peligro yanqui" tanto en Chile como en otros lugares. La percepción de crisis interna hizo que ya a principios del siglo XX Estados Unidos pareciese una amenaza y simultáneamente un posible ejemplo a seguir del camino que conducía al moderno porvenir. Estas percepciones ambivalentes y cargadas de tensión se profundizaron a raíz de la ampliación de las relaciones económicas entre ambos países. Desde el cambio de siglo y fundamentalmente por la retirada de los inversionistas europeos condicionada por la guerra, los inversores estadounidenses expandieron con gran dinamismo su presencia en Chile y obtuvieron el control sobre sectores claves tales como: el de la minería del cobre y el de los servicios públicos. El aumento de las inversiones directas, especialmente en el sector fabril, posibilitó nuevas modalidades en los encuentros chilenos con los yanquis. De manera paralela, se hizo evidente el dominio político de Estados Unidos en las relaciones bilaterales como sucedió, por ejemplo, en el caso del prolongado conflicto limítrofe con Perú. Éste era un asunto difícil de tolerar, pues las elites políticas chilenas deseaban, hacía tiempo, ver a su país como la principal potencia en América Latina.

Las experiencias de relaciones asimétricas y el ambiente de crisis en el país conformaban el contexto del progresivo interés por el vecino del norte. Esto se notaba en el incremento del número de viajeros chilenos hacia Estados Unidos gracias a la diversificación de las posibilidades de transporte que trajo consigo la apertura del canal de Panamá y a las mejoras en la infraestructura del viaje. Ya fuera como integrantes de misiones oficiales, como estudiantes o como turistas, estos viajeros divulgaron sus impresiones, conocimientos y experiencias entre un público chileno siempre creciente. Así, a los ojos de muchos chilenos Estados Unidos adoptaba el carácter del país del futuro –algunos hablaban de experiencias "interplanetarias"–, detonando reacciones muy diversas. Las experiencias de extrañeza no se reducían a la pequeña cantidad de privilegiados que podían darse el lujo de viajar hacia allá. Había dos factores que hicieron que también fueran relevantes para quienes permanecían en el país: por una parte, la presencia de los yanquis que trabajaban o que viajaban por Chile –para algunos una "invasión", para otros catalizadores de reflexiones autocríticas–; y, por otra, el papel central de los medios de comunicación. Eran fundamentalmente medios impresos fuertemente transformados tanto por las innovaciones tecnológicas como por la contratación de servicios de agencias noticiosas y por la adopción de los métodos del trabajo periodístico,

en especial por la creciente utilización de materiales gráficos provenientes de Estados Unidos, entre éstos, los populares cómics.

Relatos de viajes y medios de comunicación no sólo transmitían imágenes sino, también, contribuyeron a modificarlas. Los orígenes de esas imágenes, compuestas de numerosos estereotipos y percepciones en un constante fluir entre 1898 y 1930, se remontan al siglo XIX, aunque se fueron modificando con la intensificación de los encuentros. Imágenes de Estados Unidos como el país de lo superlativo y de la riqueza ilimitada, del yanqui materialista, eficiente y exitoso, motivaron la búsqueda de las causas del éxito, las que parecían hallarse principalmente en el sistema industrial y en la racionalización. Estas imágenes también contenían tanto aspectos positivos como negativos, en especial el de la deshumanización, apreciación reforzada por las percepciones sobre el sistema político y el orden social de Estados Unidos. Por cierto, en Chile el vecino del Norte también era considerado tradicionalmente como modelo de democracia. Sin embargo, con las cambiantes situaciones de la política interna chilena como telón de fondo, durante las primeras décadas del siglo XX se multiplicaron las representaciones de Estados Unidos como una dictadura de masas y del idealismo, como hipocresía a raíz del racismo y la xenofobia. Así, ya antes de la crisis económica mundial el colorido chispeante de las imágenes chilenas de Estados Unidos se habían teñido de tonos oscuros.

Numerosos encuentros se basaron en las relaciones económicas y políticas establecidas entre ambos países, así como en las imágenes del yanqui difundidas por diversos mediadores, todo lo cual se conjugó con posturas previas, que sirvieron de orientación para las consiguientes acciones. Los encuentros se daban en diferentes planos. La zona de contacto más intensa se dio a partir de las inversiones, realizadas entre 1904 y 1932 como consecuencia de su expansión económica en Chile. Dólares y productos estadounidenses ejercían una fuerza de atracción irresistible en la sociedad chilena en plena transformación. Los empréstitos provenientes del norte permitieron realizar proyectos de infraestructura a gran escala y de enorme visibilidad. Las representaciones directas de industrias y empresas comerciales ofrecían bienes modernos, que pudieron ser utilizados gracias a que otras empresas estadounidenses habían electrificado el país. Los enclaves mineros con maquinarias impresionantes y extraordinarios niveles de producción, exacerbaron la impresión de modernidad. Si bien estaban situados en lugares apartados, los medios de comunicación visuales divulgaron ampliamente sus imágenes. En especial dentro de las elites progresistas chilenas despertaban la esperanza de que se difundirían y penetrarían la economía y sociedad chilenas. Sin embargo, eso no se produjo y, en cambio, su imagen quedó aún más ensombrecida por informaciones negativas acerca de las condiciones laborales, la destrucción del ambiente y por el empleo de la coacción que allí se producía. Por ello, los enclaves aparecían como la expresión más directa del abandono de la soberanía nacional y de los intereses de los ciudadanos chilenos en favor de una gestión económica

controlada por extranjeros. No obstante, antes de la crisis económica mundial prevalecía la esperanza de lograr participar, alguna vez, del *American way of life.*

Durante la fase transnacional, aunque en otro contexto, ese estilo de vida provocó temores viscerales, pues era visto como un anticipo de la infiltración pacífica del imperialismo. El discurso acerca del imperialismo, reconocible desde 1898, en el "arielismo", se profundizó con fuerza a partir de la década de 1920. Había buenos motivos para ello, relacionados, por una parte, con la "penetración" económica informal y, por otra, con la prepotencia con que Estados Unidos conducía las relaciones bilaterales y el intervencionismo desplegado en América Latina. Según los observadores chilenos de las más diversas clases sociales, el país era crecientemente víctima de una política que otras naciones de la región ya conocían y temían. Numerosas representaciones gráficas mostraban a Estados Unidos y su símbolo, el Tío Sam, como encarnación del usurpador insaciable. Tal como efectivamente se vería más tarde, esas imágenes permitían movilizar a las masas. Fueron utilizadas especialmente por comunistas y por nacionalistas para su retórica antiimperialista, enriquecida con ataques a los supuestos "colaboradores" chilenos del imperialismo. Se prestaban muy bien para la lucha política interna, aunque ésta fuese reprimida tal como sucedió bajo el régimen de Carlos Ibáñez entre los años 1927 y 1931.

No sólo el discurso sobre el imperialismo, inherente a los encuentros de la norteamericanización, era politizable; también lo fueron los debates en torno al significado de una nueva forma de "cultura", en apariencia originaria de Estados Unidos. Los observadores chilenos pensaban que esa cultura tenía su mayor expresión en Nueva York, símbolo de la modernidad. Además de ser relevante simbólicamente para la variante chilena de la norteamericanización, se convirtió en modelo de los desarrollos de planificación urbana en el país. La fascinación que ejercían sus rascacielos y el deseo de imitarlos alcanzaron los lugares más apartados de Sudamérica. Sus variantes criollas, aunque fuesen más modestas, eran el orgullo de los grupos sociales entusiastas de la modernización, por lo general pertenecientes a las nuevas clases medias urbanas. Esos sectores medios disfrutaban con los nuevos bailes y formas musicales producidos por la industria cultural, especialmente con el jazz, que, transportado por las ondas radiales, penetraba cada vez más los espacios públicos. Adaptaron la nueva música y muy luego presentaron en los salones de baile sus propias interpretaciones de los novedosos ritmos. Sin embargo, este placer tampoco quedó exento de críticas. Los críticos culturales consideraban que tanto el nuevo estilo arquitectónico como los nuevos productos de la industria cultural eran degenerados y decadentes los veían como un ataque a la esencia de la identidad nacional y cultural. La nueva cultura de masas parecía una amenaza, ya que la juventud caía rendida ante su encanto. Para contrarrestarla se fomentó el ejercicio físico. Sin embargo, la norteamericanización era imparable, incluso, en el ámbito del deporte, pues había un nuevo público chileno –masivo y socialmente heterogéneo– que se entusiasmaba con espectáculos como el boxeo

profesional, aun cuando los campeones locales rara vez lograsen derrotar a las estrellas estadounidenses.

Los elementos de los espectáculos masivos y de los eventos culturales, entendidos como mercancías comercialmente utilizables y que perturbaban tanto a los críticos chilenos como para rechazarlos, conformaban el núcleo de otro espacio central de la norteamericanización, esto es, el cine hollywoodense. Éste fue entendido como el instrumento de influencia cultural por antonomasia. En vista de su poder para integrar diversas clases sociales, generaciones y géneros, y de la posición de dominio de sus producciones en el mercado y de la fuerza sugestiva de las imágenes elaboradas según nuevos estándares de belleza y consumo, se le atribuyó con justicia gran importancia dentro del complejo de la norteamericanización. A pesar de todos los ataques que recibía de parte de la crítica cultural tradicional, que le negaba cualquier valor estético al cine, la modernidad del nuevo medio era indiscutible. Tal como admitían también los críticos, el cine se ajustaba a los agitados tiempos. Nuevamente se gatilló la pregunta de si acaso Hollywood enterraría los cimientos de la chilenidad, a lo cual los críticos asintieron al unísono. Como fuere, durante esta fase hubo chilenos entusiastas por el cine que buscaron respuestas independientemente de Hollywood, con las cuales, siguiendo el espíritu de la época, pretendían crear conscientemente un cine "nacional". Aun así, las películas chilenas creadas durante la fase del cine mudo no lograron ser más que una imitación. Sin embargo, esas imitaciones de aventuras románticas triviales y de *westerns* ofrecen una interesante mirada sobre la dinámica de la norteamericanización y permiten reconocer en copias aparentemente malogradas el carácter dialógico de las controversias en torno a las producciones norteamericanas.

Las transformaciones del aspecto urbanístico de las ciudades y la expansión de la cultura de masas, unidas a una serie de cambios sociales, proporcionaron en esa época la impresión de que en Chile se vivía un proceso de modernización, aunque éste fuese muy puntual. Si el país realmente se encaminaba hacia el futuro, las preguntas que surgían eran: ¿cuál debía ser la meta? y ¿qué tipo de modernidad se proponía? A principios del siglo XX, durante la fase transnacional, esta pregunta se respondió con una clara orientación hacia Estados Unidos. El Estado, que se estaba convirtiendo en uno de tipo interventor, se tomó especialmente en serio bajo el mandato modernizador de Carlos Ibañez. Para ello contó con el celo reformista de numerosos representantes de la nueva clase media urbana. Existía, por lo demás, el afán de que las modificaciones de la economía y de la sociedad fuesen conducidas por la pericia de expertos extranjeros, de preferencia estadounidenses y ya no europeos, como ocurría a fines del siglo XIX. Las deficiencias que esos expertos encontraron y denunciaron en Chile, ya fuera en el sistema de salud o en el abuso del alcohol, llevaron a algunos comentaristas chilenos a tratar el tema con una mirada irónica riéndose de sí mismos y de los chilenos en general, lo que nuevamente se reflejó en representaciones gráficas como las caricaturas.

Sin duda, estas imágenes también eran expresiones de las resistencias que encontraban en Chile las propuestas de reforma. Por diferentes motivos hubo grupos de intereses influyentes que rechazaron algunas de las propuestas como, por ejemplo, las que prohibían la prostitución y el abuso del alcohol. Sus argumentos de mayor peso señalaban que eran medidas inadecuadas y "ajenas" al contexto chileno. Las reformas fueron calificadas como "norteamericanas" y por lo mismo esquivadas. Allí donde había consenso respecto de la validez del modelo, como en la reforma educacional, los reformistas aconsejaban implementar adaptaciones que tomasen en consideración las peculiaridades de Chile. Aun así, la impresión de que la modernización sólo sería posible en un diálogo directo con Estados Unidos era algo indiscutido.

La intensificación de los procesos de encuentro generó potenciales conflictos estrechamente ligados al discurso nacionalista. Así lo mostró la aplicación de políticas de modernización social, económica y cultural. Las críticas a las propuestas de reforma incluían reparos hacia los yanquis como tales y hacia ciertos fenómenos derivados de la dominación estadounidense. Teniendo especialmente en cuenta la necesidad de fomentar el desarrollo económico, considerado un aspecto central durante la fase transnacional, los reformistas chilenos, de corte nacionalista, exigieron que al hacerlo se hiciera una clara diferenciación con el "otro" norteamericano, cuyas facetas más amenazadoras se explicitaban en el discurso sobre el imperialismo. Entre estos nacionalistas destacó el régimen de Carlos Ibáñez, durante el cual se aplicaron medidas proteccionistas que provocaron, entre 1927 y 1930, conflictos muy concretos con los inversionistas. Sin embargo, los sentimientos nacionalistas que activó varias veces al hacer públicos esos conflictos se contradecían completamente con la realidad de dependencia de sus proyectos de reforma de los empréstitos en dólares. Cuando la crisis económica mundial destruyó las bases del crecimiento económico chileno, las expectativas nacionalistas alimentadas por Carlos Ibáñez mostraron que eran un obstáculo para su propio régimen. Tras la caída del dictador, comenzó una fase de creciente antinorteamericanismo en una variante popular. Para los efímeros gobiernos de los años 1931/32, el éxito político equivalía a una orientación, en lo posible, decididamente antiestadounidense. Las agresiones xenofóbicas se hicieron cotidianas y mostraban la desilusión por el aparente fracaso de la imagen ideal de la modernidad capitalista emulada por los chilenos. Con ello pasó a primer plano un elemento que, en realidad, había estado presente desde un comienzo en los procesos de encuentro de la norteamericanización.

Este elemento antiestadounidense seguiría siendo un factor central durante las siguientes décadas; no obstante, los contenidos del proceso de norteamericanización de la segunda fase analizada en este trabajo cambiaron considerablemente. Si bien los discursos de la fase transnacional se referían a un "otro" definible en términos nacionales –esto es, Estados Unidos–, desde 1970, y especialmente a partir de 1973, esto se relativizó. Mientras mayor era la

confluencia de la norteamericanización con la globalización, aquélla se transformaba en uno más de los procesos que formaban parte de esa evolución más amplia y se hacía más difícil reconocer o diferenciar el origen nacional de los procesos de transformación. De hecho, éstos fueron percibidos crecientemente como desterritorializados. Sin embargo, los mecanismos de distanciamiento y de apropiación no desaparecieron del todo, lo que se manifestó partiendo por la transformación de los fundamentos. Si bien entre 1933 y 1969 Estados Unidos siguió siendo un punto de referencia para los nuevos rumbos que tomaba el discurso identitario chileno el cual, a su vez, también estaba influenciado por las Ciencias Sociales, éste fue desplazado a un segundo plano porque representaba la cúspide de una oposición insalvable entre el "primer mundo" industrializado y el "tercer mundo". Sobre esta base cristalizó una "identidad desarrollista" fundada en la idea de la existencia de un conflicto de clases internacional. Ésta se manifestaba sobre todo en la hegemonía económica en Chile. En realidad, este dominio había ido perdiendo su carácter monopólico del decenio 1920. Por su parte, el gobierno de la UP intentó una radical, aunque fracasada, reorientación de la economía chilena. Así, durante el régimen militar los estadounidenses dejaron de ser los únicos inversionistas extranjeros en el país, y con frecuencia actuaron dentro de constelaciones multinacionales. Por el contrario, Estados Unidos seguía siendo claramente reconocible en términos políticos, pues durante la segunda mitad del siglo XX, y en los contextos más diversos, fue siempre la contraparte determinante de los gobiernos chilenos.

Otra de las diferencias esenciales entre las dos etapas de la norteamericanización analizadas en este estudio derivaba de la intensificación de los contactos entre ambos países. Éstos alcanzaron dimensiones insospechadas bajo el régimen militar, y se estructuraron de manera cada vez más heterogénea. Para los viajeros, estudiantes y personas en busca de empleo, provenientes de Chile, Estados Unidos continuó siendo el país de las posibilidades ilimitadas y del ascenso social. En el marco del nacimiento del turismo hacia Miami, ese país se convirtió casi en un destino "normal", al menos para los chilenos acomodados, cuyo número creció a lo largo del período estudiado. Lo mismo regía para los "gringos" que visitaban Chile. Si durante la década de 1960 éstos parecieron invadir el país con sus agentes y grupos de ayuda para el desarrollo, tras la interrupción vivida durante la UP y los primeros años del régimen militar se corroboró un fuerte aumento de los turistas estadounidenses. Pero los yanquis seguían tan presentes en los medios de comunicación chilenos que cuando las encuestas Gallup preguntaban acerca de sucesos ocurridos en Estados Unidos y sobre hechos relevantes de la política interna chilena, los primeros mostraban mayores índices de recordatorio. Contrariamente, el interés por Chile en Estados Unidos siguió siendo escaso, aunque también es cierto que en determinados momentos de relevancia política la imagen de Chile adquiría mayor preeminencia, en especial aquéllos relacionados con las

violaciones a los derechos humanos ocurridas durante el régimen militar. Y Augusto Pinochet se esforzaba intensamente por mejorar esa imagen.

El hecho de poder entenderse en sentidofigurado el "acortamiento de las distancias" entre ambos países, producido como consecuencia de la ampliación de las comunicaciones no haya disminuido también las distancias mentales, era un asunto que tenía diversas causas. Uno de los factores determinantes fue la persistencia de los estereotipos originados en su mayoría durante la fase transnacional. Éstos continuaban marcando las percepciones de los chilenos. Así, Estados Unidos siguió siendo considerado el país de lo superlativo, tanto en sentido positivo como negativo. Por otro lado, en vista de que mostró debilidades durante la Guerra Fría, durante la década de 1970 la impresión de su superioridad cambió considerablemente. Tal como en los primeros decenios del siglo XX cuando los observadores chilenos buscaban las causas de su éxito, progresivamente fueron indagando respecto de las raíces del mal. Nuevamente las encontraron en su mentalidad. Elementos tales como fervor por el trabajo, pragmatismo, eficiencia y religiosidad habían sido considerados ya en la fase temprana como "típicamente norteamericanos", pero, según la perspectiva del observador, podían ser calificados también como expresiones del fanatismo y de la inhumanidad. En general, el estudio de las imágenes muestra que las interpretaciones dependían de la posición de quien las hacía. Este rasgo queda claro en los intensos debates en torno al carácter de la democracia estadounidense, discusión que durante la dictadura chilena adquirió un elevado valor simbólico. Debates de ese tipo permiten concluir que las imágenes servían para hacer hincapié sobre las propias debilidades y fortalezas, haciendo comparaciones y contrastes; claro que las definiciones de lo que eran debilidades o fortalezas dependía de cómo estaban configuradas, en ese momento, las relaciones de poder.

A pesar de todos los paralelos que existieron entre ambos períodos analizados, los planos de los encuentros, de los que se componía la norteamericanización, adoptaron nuevas formas a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. En vez de los enclaves mineros que con la nacionalización del cobre de 1971 habían perdido definitivamente su carácter simbólico, la atención se centró en la "revolución del consumo". Sobre la base del éxito del régimen militar en la obtención de capitales extranjeros, empresas y hombres de negocios estadounidenses desarrollaron nuevamente múltiples actividades dentro de Chile y se convirtieron en modelos de modernidad, especialmente para los nuevos *yuppies* chilenos. Fueron las empresas chilenas y extranjeras las que crearon las condiciones para aquello que los chilenos acomodados consideraban más que sólo un aumento en la diversificación en la oferta de productos. En vista del nacimiento de los templos del consumo en Chile, los partidarios neoliberales del régimen militar opinaban que entre 1973 y 1989 el país había dado un gran paso hacia el futuro. Los elementos que daban forma a la "revolución del consumo" provenían de Estados Unidos, aun cuando su origen nacional

ya no se distinguía tan claramente, pues se habían convertido en patrimonio global y porque el tiempo que demoraba su transferencia hacia Chile era cada vez más corto. Los críticos de la nueva orientación hacia el consumo la veían como enfermedad de la modernidad globalizada, dentro de la cual la referencia a la realidad chilena se perdía, pues era una realidad que seguía estando determinada por la pobreza.

Para algunos críticos, la "revolución del consumo" formaba parte del imperialismo, punto de referencia sustancial respecto de la norteamericanización desde 1898. El discurso clásico de izquierda sobre el imperialismo alcanzó su punto culminante, y también su final, durante la UP, sin embargo, la percepción de que existía un desequilibrio esencial respecto de los yanquis –que representaban el "otro" absoluto– y de que éstos representaban una amenaza, continuó siendo altamente politizable. Esto se evidenciaba, por ejemplo, en la perpetuación de la idea de que los estadounidenses estaban realizando una "penetración" económica y política en todos los ámbitos. Esta convicción fue un verdadero dogma político bajo el gobierno de la coalición de izquierda, al punto que si alguien se alejaba de éste, incurría en un acto similar al de traición a la patria. A medida que la crisis política interna se agudizaba bajo el gobierno de la UP, éste buscaba con mayor ímpetu a los culpables –con cierto grado de razón– entre los imperialistas. El antiimperialismo logró ser puesto en marcha y utilizado, también, durante el régimen de Augusto Pinochet, especialmente cuando la política exterior apremiaba para desviar la atención de las violaciones a los derechos humanos. No sólo lo hizo el gobierno sino, también, la oposición democrática tras reorganizarse en la década de 1980. Ésta acusó a la dictadura militar de colaborar con Estados Unidos y se perfiló ante la opinión pública con una postura decididamente antiimperialista. Los encuentros con el imperialismo simbólico siguieron siendo una parte fundamental de las construcciones de alteridad, ya que eran apropiadas para excluir a los supuestos "traidores de la chilenidad", fuesen éstos partidarios de la UP o del régimen militar.

La interpretación de una "traición a la chilenidad" dependía fundamentalmente de lo que se entendía por una cultura chilena auténtica como matriz de la esencia nacional. Sin embargo, en el marco de la nueva globalización, esta noción parecía cada vez más frágil y vulnerable. Si durante las primeras tres décadas del siglo XX la cultura de masas ya había provocado revuelo entre los guardianes de la cultura, su despliegue imparable de la mano de nuevos medios tales como la radio y la televisión, suscitó la evocación y el anuncio de verdaderos escenarios de perdición. La idea de una cultura nacional monolítica que necesitaba ser defendida ante esta embestida, continuó siendo dominante en Chile, aun cuando existiesen notables diferencias respecto de qué se entendía por cultura "auténticamente chilena". Científicos opositores al régimen de Augusto Pinochet redefinieron el concepto de cultura y la concibieron como un proceso que auspiciaba o marcaba nuevos derroteros en el futuro.

Entendían la norteamericanización de una manera diferente a la habitual, sin embargo, en ese momento no tuvo un impacto importante. Por el contrario, en nombre de la cultura chilena se desarrollaron batallas contra la cultura de masas "foránea", y dentro de ellas la juventud, como grupo objetivo, tuvo enorme relevancia, tal como había sucedido durante la etapa temprana de los encuentros con el yanqui. Esta lucha alcanzó su cima creativa durante la UP en la construcción de una nueva cultura popular revolucionaria para los pobres en los cómics, en la música y en el baile. Bajo un signo totalmente diferente, la resistencia prosiguió bajo el régimen militar, puesto que los partidarios del régimen, de raigambre conservadora tradicional, consideraban moralmente condenable la cultura popular. Como esta corriente no ofrecía nada propio, salvo una cultura de elite anticuada y poco atractiva, bajo el signo de la política de modernización neoliberal se impuso una nueva actitud que acogió a la cultura de masas como un producto libre de ideologías y como instrumento de despolitización. Claro que la dinámica subversiva propia de muchas de las manifestaciones de esa cultura popular no pudieron ser mantenidas a raya en la medida que el régimen estimaba prudente. De hecho, la oposición recibió el apoyo de músicos de rock progresistas tanto en Chile como en el extranjero, lo que contribuyó considerablemente a movilizar a la juventud.

La televisión fue considerada como el medio, por excelencia, para la norteamericanización capaz de poner a disposición de un creciente número de chilenos las imágenes propias de ese proceso. Tanto el número de televisores como el tiempo de transmisiones aumentaron de manera vertiginosa a partir de esa década y contribuyeron a la revolución del consumo. Las tecnologías que permitieron la marcha triunfal de la televisión en Chile provenían principalmente de Estados Unidos, país del cual se adoptaron los estándares técnicos. A pesar de haber desarrollado una organización propia, la televisión chilena fue fuertemente dependiente de las importaciones culturales. Principalmente las producciones estadounidenses del sector del entretenimiento fueron las que transportaron los mundos simbólicos desde el norte hacia Chile. Como en la crítica del imperialismo cultural, el desarrollo de la televisión también fue objeto de variadas críticas, que desde una perspectiva nacional apoyaban las producciones nacionales, ya que pretendían reformatear el medio como instrumento de integración nacional. No obstante, las producciones televisivas "nacionales" continuaron apoyándose sobre modelos estadounidenses. El exitoso programa *Sábados Gigantes* –que tras haber sido creado a partir de una idea estadounidense retornó en la década de 1980 al norte como producto de exportación transnacional destinado al creciente mercado del público latinoamericano residente en Estados Unidos– muestra que el proceso de adaptación era dinámico y que dejaba, cada vez más, obsoletas a las "fronteras culturales" nacionales.

La disolución de las fronteras nacionales no fue un fenómeno de fácil aceptación. De hecho, a pesar de que sus conceptos de nacionalismo se dife-

renciaban completamente, tanto la UP como el régimen militar se concebían a sí mismos como tendencias nacionalistas. En el contexto de la solidaridad latinoamericana la izquierda defendía un nacionalismo desarrollista de tipo socialista referido al "pueblo", en cambio, los militares impusieron en su retórica oficial un nacionalismo radicalmente anticomunista, marcado por conceptos morales tradicionales y de carácter mesiánico. A pesar de estas diferencias, cada uno de esos proyectos políticos arrancaba de una definición de nación esencialista, que coincidía, en gran parte, con sus conceptos de cultura. En ambas variantes representaba un papel importante la idea de una "tercera" vía chilena que rebasaba las estructuras bipolares del mundo. Las reivindicaciones de la retórica nacionalista se nutrían de fuentes que habían surgido durante la fase transnacional de la norteamericanización como consecuencia, entre otros, de los encuentros con los yanquis, fuentes que a partir de la década de 1940 se consolidaron con el surgimiento de la democracia de masas. Después de 1970, la búsqueda de la "grandeza nacional" continuó estrechamente relacionada con las interpretaciones sobre la presencia estadounidense en Chile. Estados Unidos representó, bajo el gobierno de la UP, nuevamente el "otro" absoluto, cuya influencia económica debía ser contenida mediante medidas proteccionistas, lo que en el caso de la nacionalización del cobre se logró de manera espectacular. El amplio consenso nacional en torno a esa medida reflejaba que el antinorteamericanismo era un elemento central de los procesos de encuentro desde la crisis económica mundial. Así, podía ser invocado en cualquier momento y lograba conciliar momentáneamente el ambiente político chileno, por muy polarizado que se encontrara. Aun cuando la dictadura de Augusto Pinochet adoptó una política complaciente con los inversionistas, también debió aceptar ese consenso. Por ello, también declaró que la lucha contra la dependencia del extranjero era una de las metas de su proyecto nacionalista. Esta contradicción interna, similar a la del régimen de Carlos Ibáñez, hizo vulnerables a los militares al ataque y brindó a las agrupaciones opositoras un importante elemento integrador que podía ser instrumentalizado extensamente y con gran efecto mediático.

El fomento de las inversiones privadas formaba parte de una política de modernización que, junto al "nacionalismo", representaba el segundo pilar del proyecto del régimen militar: renovar a Chile de raíz. Esta política estaba en afinidad con el pensamiento neoconservador desarrollado. A través de un convenio de intercambio con la Universidad de Chicago, jóvenes economistas chilenos adoptaron e importaron la variante económica de ese pensamiento, es decir, el neoliberalismo. Tras el golpe militar, los así llamados "Chicago boys" ocuparon posiciones centrales dentro del régimen. Apoyados por sus mentores, especialmente por Milton Friedman, determinaron el curso de la política económica y social del país. Sobre la base de un estricto régimen de austeridad, que no rehuía de los elevados costos sociales que implicaba, Chile se convirtió en el "milagro económico" neoliberal, visitado frecuentemente

por Milton Friedman, Friederich von Hayek y Arnold Harberger, profetas del neoliberalismo. Cuando en 1982 el país se hundió en una profunda crisis, también se derrumbó el mito de los "Chicago boys", mas no la fe en la economía de libre mercado, con la que en definitiva la oposición democrática también se sintió comprometida. Esto mismo sucedió con las reformas sociales agrupadas bajo la consigna de las "siete modernizaciones", referidas a los ámbitos de la salud, legislación laboral y educación. El régimen estaba imponiendo los principios de la responsabilidad individual y de la libre competencia en las relaciones sociales, considerados principios fundamentales de la "mentalidad anglosajona". Una parte de la oposición siguió haciendo notar "lo foráneo" de esas ideas que, supuestamente, no se ajustaban al carácter de los chilenos, sin embargo, esta crítica no era sostenible ante el escenario de las tendencias globales de desarrollo, las que –casi como que siguieron el ejemplo chileno– reducían el Estado y privatizaban los servicios otrora estatales.

Los cortes temporales de esta investigación dejan claro que en Chile fueron cruciales los procesos de encuentro de la norteamericanización, pues no sólo influyeron sobre las relaciones internacionales sino, también, y en forma determinante, sobre los desarrollos internos del país. Las transformaciones que sucedían dentro de los encuentros no eran previsibles. Así, la norteamericanización se volvió un discurso con cualidades interdiscursivas, ya que produjo una apertura recíproca y entrelazó los discursos coetáneos sobre modernización, nacionalismo y cultura. La norteamericanización fue también un proceso de búsqueda de sentido y de identidad nacional, especialmente en períodos de crisis, búsqueda que podía ser abordada recurriendo a la propia historia y su apropiación retrospectiva, o mediante la generación de esperanzas en el futuro. En ese contexto, símbolos lingüísticos tales como "Estados Unidos", "yanqui" o "Chicago" representaban el futuro de una modernidad que para Chile todavía era muy lejana, pero que el país se esforzaba permanentemente por alcanzar. Aquí el objeto de discusión no es si acaso las percepciones chilenas sobre Estados Unidos eran equivocadas o correctas. Lo determinante es que, a partir de la interpretación de esas percepciones, fue posible derivar procesos de desarrollo concebibles y que parecían factibles, los cuales a lo largo del siglo XX fueron iniciados en Chile bajo diversas formas, aunque en cada oportunidad se topaban con resistencias dado que actuaban como promesas y también como amenazas.

La idea de amenaza era especialmente evidente en el fosforescente "imperialismo" y en su contraparte, el "antiimperialismo", conceptos y elementos de la norteamericanización que ya eran importantes a principios del siglo XX. Estos elementos eran relevantes porque Chile se convirtió en más de una oportunidad durante esa centuria en foco de la política latinoamericana de Estados Unidos. Las experiencias "con el yanqui en casa" reforzaron la impresión de que existía una amenaza imperialista y la trasladaron desde el plano del debate intelectual al de la vida diaria. El periodismo gráfico –que hizo accesible visualmente para los chilenos de todas las clases sociales la idea del

Tío Sam como un ser codicioso, explotador, paternalista (aunque pensando sólo en su propio beneficio) e hiperpoderoso– favoreció estos procesos. Por ello, en la política cotidiana el antiimperialismo se prestaba estupendamente como elemento de combate, politizado e instrumentalizado continuamente tanto por la izquierda radicalizada como por la extrema derecha. Diferentes grupos –desde los nacionalistas a partir de 1910, pasando por los reformadores pertenecientes a la clase media de las década de 1920 y 1930, hasta los revolucionarios sociales de las décadas de 1960 y 1970– podían recurrir a él para legitimar sus proyectos de reforma.

Los chilenos resentían el imperialismo principalmente en su variante informal de la "infiltración pacífica" por el poderío económico de Estados Unidos. Ahí se originaba un problema fundamental. Por una parte, los enclaves mineros de la fase transnacional y los conglomerados financieros multinacionales de la nueva globalización fueron factores relevantes para la economía chilena. Pero, al mismo tiempo, ponían en duda las bases de la soberanía y de la idiosincrasia nacionales por sus formas de organización y dinámicas de expansión que sobrepasaban las fronteras nacionales. Algunos críticos pensaban que la norteamericanización amenazaba con transformar a los chilenos en "yanquis de segunda clase"[1485]. La percepción e interpretación de esta constelación llevó a plantearse la pregunta básica, esto es, si acaso era oportuno que las acciones se orientasen hacia la imitación o, al menos, en un sentido de cooperación con Estados Unidos, o si, en cambio, era posible y aspirable una delimitación clara. A lo largo del siglo XX, ambas variantes tuvieron partidarios y detractores, quienes frecuentemente expresaron sus opiniones de manera radical, defendiendo evidentes intereses económicos y políticos, pero esgrimiendo argumentos culturales. Durante la etapa temprana, ambas corrientes estuvieron integradas por personas que provenían de diferentes clases sociales y tendencias políticas. Por lo demás, cambiaban fácilmente de posición, de manera que todavía no era posible hablar de que se hubiesen formado a partir de campos antagónicos. Recién a raíz de la traumática experiencia de la crisis económica mundial se conformó un frente con los detractores, que se consolidó hasta que la UP asumió el gobierno. Por el contrario, alrededor de 1970 los partidarios de la cooperación estaban tan a la defensiva, que era prácticamente imposible escuchar argumentos serios contra la nacionalización de los recursos nacionales. Sin embargo, el ejemplo de la dictadura de Augusto Pinochet muestra que –de manera similar a lo que ocurrió cincuenta años antes durante el régimen de Carlos Ibáñez– ciertos aspectos de lo que se percibía como modelo (por ejemplo, las inversiones y las doctrinas económicas) podían ser bienvenidos, mientras que otros (por ejemplo, la cultura de masas y un poder legislativo independiente) fueron rechazados por diversos motivos.

[1485] Mariano Picón-Salas describió este peligro en febrero de 1948 en un artículo aparecido en la prensa. Citado en Lester D. Langley, *America and the Americas*, p. 184.

Tal como en los templos del comercio y del consumo, los grupos que regían el discurso y los estilos de pensamiento dominantes escogían, de entre una amplia oferta, aquellos factores que mejor se adaptaran a sus propias visiones del mundo según sus propios gustos. Quienes "salían a vitrinear", buscaban adquirir símbolos, los que luego eran adaptados al contexto chileno y dotados de un nuevo sentido. El discurso de la norteamericanización decantó tanto en símbolos lingüísticos como en visuales y, a través de éstos, estableció un orden simbólico que posibilitaba tanto el diálogo como la polémica, ya fuera verbal o en la acción. Entre los símbolos lingüísticos se contaban numerosos anglicismos tales como 'knockout', 'sportsman' y 'yuppie'. Eran términos adoptados del lenguaje deportivo y financiero, que apuntaban a la apropiación de cualidades consideradas específicamente estadounidenses tales como eficiencia, individualidad y perseverancia. Cuando se utilizaban para reivindicar determinadas características como propias, entonces el término central 'yanqui? se usaba para demarcar lo "otro". La génesis y evolución de esta expresión, hasta llegar a la del más indeterminado 'gringo', reflejan la profunda transformación que sufrieron los procesos de norteamericanización a lo largo del siglo XX, evolución que fue acompañada de la desterritorialización propia de la globalización. La utilización de esas expresiones, acuñadas originalmente por una pequeña elite de periodistas, ejecutivos y científicos, se emancipó de las premisas de aquellas formas de pensamiento hegemónicas. Este estudio permitió mostrar que los símbolos conceptuales penetraron el lenguaje cotidiano y evolucionaron hasta devenir en expresiones que permitían referirse a actitudes y enfoques sin la necesidad de explicitarlos, y que predeterminaban la percepción de la realidad.

Esto era todavía más evidente en aquellas imágenes que reproducían y, al mismo tiempo, profundizaban la polaridad temor/fascinación. Las imágenes de la fabulosa riqueza y de la inalcanzable modernidad, las que a su vez representaban modelos para las propias oportunidades de desarrollo, se alternaban con imágenes del extranjero amenazador, que ponían en duda la propia independencia y las propias bases de la existencia. Con frecuencia en estas imágenes los encuentros con el yanqui eran transportados derechamente a un mundo simbólico de confrontación o a un combate de boxeo en el que se enfrentaban dos "razas". La desigual distribución del poder hacía que esta disputa pareciese una lucha entre David y Goliat. Pero, a diferencia de lo que sucedía en las representaciones gráficas, en esta lucha de símbolos no había ganadores claros ni perdedores evidentes, pues las ironizaciones hacían que un "knockout" fuera revertido cuando, por ejemplo, el "Super-cauro" ponía a raya a "Superman". En ese plano visual, que iba desde las caricaturas hasta las imágenes de los carteles publicitarios, se realizó un proceso de negociación de alteridad, iniciado hacia 1900 y que duró hasta la década de 1970. Hacia fines de ese corto siglo, prácticamente no se percibió como mecanismo para establecer diferencias, sino que en cierto modo había sido incorporado en el arsenal de lo propio.

Hubo dos desarrollos paralelos que posibilitaron este resultado. Por una parte, el enorme incremento de los viajes y movimientos migratorios entre ambos países que trajeron consigo una nueva permeabilidad de las fronteras, pusieron en contacto mundos diferentes e hicieron que los nuevos estilos de vida fuesen imaginables. Por otra, el surgimiento de los nuevos medios de comunicación visuales garantizó casi desde comienzos del siglo XX la circulación de las imágenes que acercaron las producciones de la industria cultural a un público masivo conformado por mujeres y hombres, viejos y jóvenes, ricos y pobres. Este proceso pudo convertirse en cotidianidad debido a que parecía que se acortaba la distancia espacial y temporal entre ambos países. Si durante la fase transnacional los chilenos percibían a su propio país como el presente –o como el pasado, siguiendo la idea de Joaquín Edwards Bello quien planteó que las clases bajas chilenas vivían todavía en la edad de la piedra–, Estados Unidos era considerado el país del futuro[1486]. Como consecuencia de la nueva globalización el presente iba alcanzando cada vez más al futuro o, tal como comentó el periódico *El Sur* en 1981:

> "El mundo se ha empequeñecido y lo que sucede en una parte del planeta es conocido, casi de inmediato, en los lugares más alejados. El mundo, dice McLuhan, ha resultado una aldea, yo diría, más bien, que ha resultado una torre de Babel, en la que todos están juntos, pero nadie se entiende..."[1487].

En numerosos aspectos –por ejemplo, en la adopción de la tecnología computacional o de las nuevas modas– esto parecía muy positivo; en otros, la mayor cercanía se percibía como inquietante, como ocurrió con el temor a partir de 1984 a raíz del SIDA. Inicialmente Estados Unidos fue un espejo (mágico) que permitía a Chile vislumbrar el futuro, pero luego tuvo que confrontarse con ese porvenir en intervalos cada vez más cortos y sin estar armado para ello.

La génesis de la cultura de masas en Chile, al igual que en otros países de América Latina, trajo consigo un segundo cambio estructural en la opinión pública, antes de que la población chilena estuviese ampliamente alfabetizada y que hubiese sido integrada dentro del mercado cultural. Fue la cultura de masas la que, intermediada por los medios de comunicación, hizo accesibles a todos las imágenes de la modernidad, provenientes en general tanto de Estados Unidos como evaluadas como "típicamente norteamericanas". Por eso mismo, la cultura de masas era tan resistida por los defensores de la alta cultura y por los guardianes de la "herencia autóctona". Esas imágenes planteaban preguntas respecto del carácter de la modernización en Chile, pues transmitían una impresión directa de la sincronía y de lo asincrónico. Así lo describió el sociólogo y politólogo Manuel Antonio Garretón:

[1486] Edwards Bello, *El nacionalismo..., op. cit.*, p. 47.
[1487] "Cambios humanos", en *El Sur*, Concepción, 24 de marzo de 1981, p. 3.

> "...somos a la vez adobe y computadora, techo de paja y televisión a colores, consumo universalizado y diferenciado e indigencia, barricada, bluejeans americanos, indigenismo, cultura rock y derechos humanos, todo a la vez"[1488].

Por consiguiente, la modernización en Chile no debía realizarse persiguiendo únicamente las promesas de la sociedad de consumo ni tampoco mediante la represión de esos aspectos en beneficio de una "autenticidad en la choza", sino por la integración de una realidad heterogénea dentro de la confrontación con *la* modernidad. Y para aquellos chilenos que durante el siglo XX participaron en los procesos de encuentro de la norteamericanización, esta confrontación era básicamente con Estados Unidos.

Hasta más allá del fin de la dictadura de Augusto Pinochet, incluso hasta la actualidad, esas negociaciones fueron controversiales. Para economistas neoliberales como José Piñera, los encuentros permitieron una transformación plenamente lograda. En la década de 1990, declaró en forma retrospectiva que en Chile se había impuesto ampliamente el modelo neoliberal económico y social. Deducía esto de la apertura a la competencia internacional, de las privatizaciones, la eliminación de los monopolios, la flexibilización del mercado laboral y los flamantes índices de crecimiento. Según su positivo análisis del presente, Chile –nuevamente el "país del milagro económico"– se había convertido en la vanguardia del neoliberalismo y, con ello, en una nueva forma de comprender el intercambio económico. Para José Piñera, un Chicago boy que pensaba en contextos globales, una asignación territorial del neoliberalismo debía parecer obsoleta y no lo hizo[1489].

Sin embargo, aquéllos que, a diferencia de José Piñera y de otros representantes de la elite económica chilena, se confrontaban con la otra cara de esa modernización o se planteaban preguntas en torno a la cultura, seguían teniendo la impresión de que las transformaciones eliminaban las diferencias y, por consiguiente, llevaban a la pérdida de identidad[1490]. Desde esta perspectiva, parecía que la otrora esperanzadora "aldea global" se había convertido en una atemorizante torre de Babel, dentro de la cual se producían numerosos contactos y se nivelaban las diferencias, pero sin generar entendimiento. El

[1488] Manuel Antonio Garretón M., *La faz sumergida del iceberg: Estudios sobre la transformación cultural*, p. 23.

[1489] José Piñera, citado en Pinedo, *op. cit.*, pp. 149-150. Véase, además, Rinke, "Transición...", *op. cit.*

[1490] Véase, por ejemplo, "Chilenidad: En búsqueda de una nueva 'alma'", en *Mensaje*, Nº 61, Santiago, septiembre de 1997, p. 27. Para este contexto, véase, además, los debates chilenos de la década de 1990: José Joaquín Brunner, *Bienvenidos a la modernidad*; Bernardo Subercaseaux, *Chile ¿Un país moderno?*; Bernardo Subercaseaux, "Identidad y destino: el caso de Chile", pp. 37-54; Jorge Larraín, *Modernidad: Razón e identidad en América latina*; Alberto Fuguet y Sergio Gómez (eds.), *McOndo*. Estos autores rechazaron recurrir a ideas de identidad esencialistas.

resultado parecía ser una estandarización que permitía alcanzar las metas de mercado de quienes controlaban el poder económico y de quienes presentaban universalmente sus símbolos como ejemplos dignos de imitar. Esta percepción despertaba (y aún despierta) temores respecto de la modernización, miedos que se multiplicaron en ese período debido a las incertidumbres que acompañaban la globalización y que produjeron un malestar generalizado tanto por los excesos de la sociedad de consumo como por los costos sociales que trajo consigo la neoliberalización. En parte, estos temores siguieron siendo localizables y continuaron vinculados a la norteamericanización, pero en cierta medida, también fueron percibidos como una "invasión extraterrestre"[1491]. Una de las razones fundamentales de esto se encontraba en que la producción de significados y de valores ya no ocurría en espacios claramente nacionales, como sí sucedía antes. Lo que antes era el yanqui, actualmente corresponde a la modernidad global, es decir, sigue siendo lo "otro" que enfrenta y que contradice a la propia identidad[1492].

Esta investigación examinó y aclaró la profundidad de la dimensión histórica de esas percepciones junto con sus temores y esperanzas. Aquéllas hunden sus raíces en la idea de la existencia de diferentes velocidades y eras, las cuales para muchos chilenos fueron perceptibles por primera vez a comienzos del siglo XX por la intensificación de las interrelaciones transnacionales. La búsqueda tanto del "alma" chilena como de su sentido y orientación estuvo desde un comienzo en el centro de los procesos de encuentro con el yanqui. Estos encuentros se basaban sobre relaciones que cuestionaban las limitaciones nacionales y que a lo largo de las siguientes décadas evolucionaron parcialmente hasta constituir opiniones públicas transnacionales. La descentralización y desterritorialización que las acompañaba modificó, a lo largo del siglo, la relevancia de la norteamericanización como proceso. Inicialmente, durante la fase transnacional, ocupaba un lugar central, pero luego cambió hasta que en la década e 1990 sólo formaba parte de la nueva globalización, de manera que actualmente sus expresiones se buscan sólo dentro de la cultura de masas. En Chile, los procesos de encuentro de la norteamericanización muestran la interacción entre distanciamiento y apropiación, la cual persistió y por cuya acción han podido sobrevivir la variedad y la diferencia.

[1491] Norbert Lechner, "Nuestros miedos", p. 192. De esta forma escribió también José J. Brunner, *Globalización..., op. cit.*, p. 154: "...está el hecho de la genuina atracción que ejerce la cultura popular norteamericana... Hay algo en toda esa constelación que se conecta vitalmente con los ritmos, los deseos y los miedos de la modernidad".

[1492] José Bengoa, *La comunidad perdida: ensayos sobre identidad y cultura - los desafíos de la modernización en Chile.* Además, Zygmunt Bauman, *Globalization: The Human Consequences*, p. 3.

# FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA


I. Fuentes inéditas

Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, Santiago. Tomos numerados de la correspondencia entre el ministerio y la embajada en Washington.

Archivo Nacional, Santiago.

Asociación de Productores de Salitre: Actas del Directorio Circulares del Directorio Comisión consultativa.

Archivo Nacional, Archivo del Siglo XX, Santiago.

Ministerio de Relaciones Exteriores: Sección Diplomática Correspondencia de la Embajada de Chile en EE.UU.

United States National Archives, Washington D.C.

Record Group 59:General Records of the Department of State.

Record Group 76: Records of Boundary and Claims.

Commissions and Arbitrations.

Tacna Arica Arbitration, 1925-1926

Information Reports.

Record Group 84: Foreign Service Posts.

Chile, Diplomatic Posts (1824-1935).

Record Group 151: General Records of the Bureau of Foreign and Domestic Commerce, Department of Commerce.

Record Group 165: War Department General and Special Staffs.

Military Intelligence Division.

War College Division.

Library of Congress, Washington D.C.

William S. Culbertson Papers

II. Diarios y revistas

*19* , Santiago.

*Aisthesis,* Santiago.

*Alternativa,* Santiago.

*Amiga,* Santiago.

*Anales de la Universidad de Chile,* Santiago.

*Análisis,* Santiago.

*Apsi,* Santiago.

*A.R.S.,* Santiago.

*Atenea: Revista mensual de ciencias, letras y bellas artes,* Concepción.

*Boletín de la Sociedad de Fomento Fabril,* Santiago.

*Boletín Minero de la Sociedad Nacional de Minería,* Santiago.

*Bulletin of the Pan-American Union,* Washington, D.C.

*Cauce,* Santiago.

*Cine Mundial,* New York.

*Claridad,* Santiago.

*Clarín,* Santiago.

*Comunicación y Cultura,* Buenos Aires/México.

*Convergencia,* Santiago.

*Corre Vuela,* Santiago.

*Cosas,* Santiago.

*Cuadernos Americanos,* México.

*Cuadernos de información,* Santiago.

*Cuadernos de la realidad nacional,* Santiago.

*Chile Ahora,* Santiago.

*Chile América,* Roma.

*Chile Hoy,* Santiago.

*Chile Magazine,* Santiago.
*Ecran,* Santiago.
*Educación,* Santiago.
*El Día,* La Serena.
*El Cronista,* Santiago.
*El Diario Ilustrado,* Santiago.
*El Despertar de los Trabajadores,* Iquique.
*El Despertar del Proletariado,* Iquique.
*El Ferrocarril,* Santiago.
*El Industrial,* Antofagasta.
*El Mercurio,* Santiago.
*El Norte Americano,* New York.
*El Obrero,* La Serena.
*El Sol,* Santiago.
*El Sur,* Concepción.
*El Teniente,* Sewell.
*Ercilla,* Santiago.
*Estrategía,* Santiago.
*Eva,* Santiago.
*Gestión,* Santiago.
*Hollywood,* Santiago.
*Hoy,* Santiago, 1931-1952.
*Hoy,* Santiago, 1977-1998.
*Informática,* Santiago.
*Inter-America,* New York.
*Justicia,* Santiago.
*Juventud,* Santiago.
*Kakaraka,* Santiago.
*La Aurora,* Arica.
*La Bicicleta,* Santiago.
*La Cuarta,* Santiago.
*La Discusión,* Chillan.
*La Época,* Santiago.
*La Federación Obrera,* Santiago.
*La Información,* Santiago.
*La Nación,* Santiago.
*La Nueva Democracia,* New York.
*La Opinión,* Santiago.
*La Patria,* Concepción.
*La Película,* Valparaíso.
*La Prensa,* Santiago.
*La Segunda,* Santiago.
*La Semana Cinematográfica,* Santiago.
*La Unión,* Valparaíso.
*Las Ultimas Noticias,* Santiago.
*Los Sports,* Santiago.
*Mensaje,* Santiago.
*Norte y Sur,* Santiago.
*Pacífico Magazine,* Santiago.
*Pan-American Magazine,* Washington.
*PEC,* Santiago.
*Principios,* Santiago.
*Punto Final,* Santiago.
*Qué Pasa,* Santiago.
*Realidad,* Santiago.
*Revista Área Andina Coca Cola,* Santiago.
*Revista Católica,* Santiago.
*Revista Chilena,* Santiago.
*Revista de Bibliografía Chilena.*
*Revista de Educación,* Santiago.
*Revista de Política Internacional,* Santiago.
*Revista Económica,* Santiago.
*Revista Zona Franca,* Iquique.
*Ritmo,* Santiago.
*Sucesos,* Santiago.
*Super Onda,* Santiago.
*Telón,* Santiago.
*Topaze,* Santiago.
*Tribuna,* Santiago.
*TV-Grama,* Santiago.
*Vanidades Continental,* Santiago.
*Vea,* Santiago.
*Verónica,* Santiago.
*Viña del Mar,* Viña del Mar.
*Vigilia,* Santiago.
*Zig-Zag,* Santiago.

III. Artículos


Acevedo Hernández, Antonio, "En la tierra del Dollar", en *Zig-Zag* , Santiago, 21 de enero de 1928.

Acevedo Hernández, Antonio, "Goodrich", en *Los Sports*, Santiago, 17 de julio de 1925.

Aguilera, Francisco, "Miscelánea...", en *Revista de Educación*, Nº 1, Santiago, 1928.

Alba, Víctor, "Nueva York en bancarrota", en *El Sur*, Concepción, 20 de julio 1971.

Alegría, Paz, "Grandeza que le faltó a Allende", en *La Segunda*, Santiago, 21 de agosto de 1974.

Alfonso, José A., "Algunas consideraciones sobre la decadencia chilena", en *Chile Moderno,* Nº 5, Santiago, noviembre 1903.

Almeyda, Clodomiro, "The Foreign Policy of the Unidad Popular Government", in Sandro Sideri (ed.), *Chile 1970-1973: Economic Development and Its International Setting,* The Hague, Nijhoff, 1979.

Altamirano, Carlos, "Debemos ser capaces de crear una nueva cultura", en *El Siglo*, Santiago, 12 de septiembre de 1971.

Altamirano, Carlos, "La generación de los 60", en *Hoy*, Nº 564, Santiago, 16 de mayo de 1988.

Altamirano, Juan Carlos, "Desafíos de la programación televisiva democrática", en Juan Pablo Lira (ed.), *Televisión en Chile: un desafío nacional*, Santiago, CED/CENECA, 1987.

Allamand, Andrés, "La revolución silenciosa", en *La Tercera*, Santiago, 13 de febrero de 1988.

Allende, Salvador, "Decreto sobre la rebaja de indemnización", 29 de julio de 1971, en Victor Farías, (ed.), *La izquierda chilena (1969-1973): documentos para el estudio de su línea estratégica*, Berlín, Wissenschaftlicher Verlag, 2000, 6 tomos.

Allende, Salvador, "Discurso con ocasión de la nacionalización del cobre", 11 de julio de 1971, en Victor Farías (ed.), *La izquierda chilena (1969-1973): documentos para el estudio de su línea estratégica*, Berlín, Wissenschaftlicher Verlag, 2000, 6 tomos.

Allende, Salvador, "Discurso de inauguración UNCTAD III, 13 de abril de 1972", en Victor Farías (ed.), *La izquierda chilena (1969-1973): documentos para el estudio de su línea estratégica*, Berlín, Wissenschaftlicher Verlag, 2000, 6 tomos.

Allende, Salvador, "Discurso en la Asamblea General de las Naciones Unidas (4 de diciembre de 1972", en Miguel González Pino y Arturo Fontaine Talavera (eds.), *Los mil días de Allende*, Santiago, CEP, 1997, 2 tomos.

Allende, Salvador, "Discurso en la madrugada del 5 de septiembre de 1970", en Victor Farías, (ed.), *La izquierda chilena (1969-1973): documentos para el estudio de su línea estratégica*, Berlín, Wissenschaftlicher Verlag, 2000, 6 tomos.

Allende, Salvador, "The Chilean Road to Socialism", in J.Ann Zammit (ed.), *The Chilean Road to Socialism*, Brighton, University of Sussex, 1973.

Aman, Kenneth, Introduction, in Kenneth Aman & Cristián Parker (eds.), *Popular Culture in Chile: Resistance and Survival*, Boulder, Westview, 1991.

Aránguiz Donoso, Horacio, "Notas para el estudio de los bancos extranjeros en Chile, 1889-1971", en *Historia*, Nº 27, Santiago, 1993.

Arias, Juan, "El espíritu latino ante el espíritu sajón", en *Sucesos*, Santiago, 27 de junio de 1929.

Arias Juan, “La guerra entre secos y húmedos”, en *Sucesos*, Santiago, 15 de agosto de 1929.

Arroyo, Anita, “La encrucijada de Watergate”, en *El Sur*, Concepción, 6 de agosto de 1974.

Arroyo, Anita, “La glorificación de la violencia”, en *El Sur*, Concepción, 21 de marzo de 1975.

Ávalos, Carlos G. , “La introducción de capitales americanos en Chile”, en *Pacífico Magazine*, Nº 24, Santiago, diciembre de 1914.

Bañados, Patricio, “La tina americana”, en *Qué Pasa*, Nº438, Santiago, 6 de septiembre de 1979.

Bañados, Patricio, “Los rudos cowboys”, en *La Tercera*, Santiago, 14 de diciembre de 1979.

Baraona, Pablo, “Chicago”, en *La Segunda*, Santiago, 11 de abril de 1984.

Barclay, David E. & Elisabeth Glaser-Schmidt, “Introduction”, in David E. Barclay & Elisabeth Glaser-Schmidt (eds.), *Transatlantic Images and Perceptions: Germany and America since 1776*, New York, Cambridge University Press, 1997.

Barnard, Andrew, “Chilean Communists, Radical Presidents and Chilean Relations with the United States, 1940-1947”, in *Journal of Latin American Studies*. vol. 13, London, 1981.

Bardón, Alvaro, “El éxito”, en *El Mercurio*, Santiago, 6 de enero de 1980.

Barraza, Fernando, “Los resortes del consumismo”, *Mensaje*, Nº 296, Santiago, enero de 1981.

Barrows, David S., “Las universidades norte-americanas”, en *Anales de la Universidad de Chile*, segunda serie, año 6, Nº 2, Santiago, 1928.

Bastian, Jean-Pierre, “Protestantism in Latin America”, in Enrique Dussel (ed.), *The Church in Latin America, 1492-1992*, Maryknoll, Orbis, 1992.

Bazin, Maurice, “La ‘ciencia pura’, instrumento del imperialismo cultural”, en *Comunicación y Cultura*, Nº 1, Santiago, 1973.

Benítez, Fernando, “Hoover”, en *BMSNM,* vol. 40, Santiago, 1928.

Benzecry, Claudio E., “Beatrice Sarlo and Theories of Popular Culture”, in *Journal of Latin American Cultural Studies*, Nº 11, London, 2002.

Bernecker, Walther L. „Lateinamerika zwischen Demokratisierungsversuchen und Autoritarismusvarianten: Zum Beginn der ‚Dritte-Welt-Rhetorik‘“, in Michael Riekenberg *et al.* (eds.). *Kultur-Diskurs: Kontinuität und Wandel der Diskussion um Identitäten in Lateinamerika im 19. und 20. Jahrhundert*, Stuttgart, Heinz, 2001.

Bernedo, Patricio, “Historiografía de las comunicaciones en Chile”, en *Comunicación y Sociedad,* Nº 35, Santiago, 1999.

Bernedo, Patricio, “Inicios de la modernización de la prensa chilena: Agustín Edwards Mac Clure y *El Mercurio* de Santiago en 1900”, en Celia del Palacio Montiel (ed.), *Historia de la prensa en Iberoamérica*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2000.

Bernedo, Patricio, “Prosperidad económica bajo Carlos Ibáñez del Campo 1927-1929”, en *Historia*, Nº 24, Santiago, 1989.

Betteley, Alfredo W. , “La cultura física y los deportes”, en *Chile Magazine*, Nº 14, Santiago, agosto 1922.

Bianchi, Manuel, “La prensa americana de hoy”, en *La Tercera*, Santiago, 2 de junio de 1976.

Bitar, Sergio, “La corporación multinacional”, en *Cuadernos de la realidad*

*nacional*, Nº 9, Santiago, septiembre de 1971.

Blanc, Neville, "La galaxia Marconi", en *La Nación*, Santiago, 21 de noviembre de 1987.

Blanco, Simón, "La caída", en *El Siglo*, Santiago, 10 de julio de 1971.

Blanco Fombona, Rufino, "La americanización del mundo [1902]", en Rufino Blanco Fombona, *Ensayos históricos*, editado por Rafael Ramón Castellanos, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1981.

Blanchard, Claudio, "El diabólico maquinismo de los EE.UU.", en *Hoy,* Nº 26, Santiago, 20 de mayo de 1932.

Blasco Ibáñez, Vicente, "La ciudad que venció a la noche", en *El Mercurio*, Santiago, 29 de julio 1928.

Blasier, Cole S., "Chile: A Communist Battleground", in *Political Science Quarterly*, vol. 65, New York, 1950.

Boonen Rivera, Jorge, "Chuquicamata", en *Pacífico Magazine*, Nº 89, Santiago, junio, 1920.

Borcosque, Carlos, "Los sudamericanos y las 'zetas'", en *La Nación*, Santiago, 4 de enero de 1931.

Borcosque, Carlos, "Siguiendo a la bandera de Chile", en *La Nación*, Santiago, 16 de agosto de 1932.

Borcosque, Carlos F., "Los colegios norteamericanos", en *La Nación,* Santiago, 25 de julio de 1929.

Borcosque, Carlos F., "¡Viva la poca ropa!", en *Zig-Zag,* Santiago, 7 de septiembre de 1929.

Borcosque, Lucy L. de, "La moda en Hollywood", en *Zig-Zag,* Santiago, 29 de diciembre de 1926.

Boschetto-Sandoval, Sandra M., "(En) Gendering Cultural Formations: The Crossings of Amanda Labarca between Chile and the United States", in Ingrid E. Fey & Karen Racine (eds.), *Strange Pilgrimages: Exile Travel, and National Identity in Latin America, 1800-1990s*, Wilmington, Scholarly Resources, 2000.

Bouey, Louis, "El manager de 'El Tani' y el campeón del mundo", en *Los Sports*, Santiago, 2 de octubre de 1925.

Brainerd, Heloise, "Educación vocacional en los EE.UU.", en *BSFF*, año 41, Nº 7, Santiago, 1924.

Breinig, Helmbrecht, "Vorbemerkungen", in Helmbrecht Breinig (ed.), *Interamerikanische Beziehungen: Einfluß-Transfer-Interkulturalität*, Frankfurt a.M., Vervuert, 1990.

Brunner, José Joaquín, "Mercado y cultura autoritaria", en *Bicicleta*, Nº 7, Santiago, julio/agosto de 1980.

Budnik, Miguel, "Mi experiencia en USA", en *Última Hora*, Santiago, 10 de septiembre de 1970.

Bustos, Cristián, "Nueva York", en *El Cronista*, Santiago, 15 de abril de 1980.

Cabieses, Manuel, "Ráfagas políticas", en *Última Hora*, Santiago, 2 de diciembre de 1971.

Cáceres, Gonzalo, "Modernización, transformación y cultura urbana: Santiago de Chile bajo la experiencia autoritaria", en Nuria Tabanera *et al.*, *Las primeras democratizaciones en América Latina: Argentina y Chile, 1880-1930*, Valencia, Tirant lo Blanch, 1997.

Calderón, Alfonso, "La más primitiva de las sociedades", en *Apsi*, Nº 218, Santiago, septiembre de 1987.

Camba, Julio, "El hotel americano", en *Zig-Zag,* Santiago, 22 de agosto de 1931.

Camba, Julio, "Los crímenes de Chicago", en *Zig-Zag,* Santiago, 11 de julio de 1931.

Camba, Julio, "Los viejos y los nuevos ricos", en *El Sur*, Concepción, 30 de julio de 1924.

Camba, Julio, "Sobre el 'football'", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 4 de julio de 1928.

Campero, Guillermo, "Entrepreneurs under the Military Regime", in Paul W. Drake (ed.), *The Struggle for Democracy in Chile, 1982-1990*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1991.

Cancino, Fredy, "Cuando rock rima con libertad", en *Cauce*, Nº 169, Santiago, agosto de 1988.

Cancino, Fredy, "Más sobre la América morena", en *Cauce*, Nº 171, Santiago, 15 de agosto de 1988.

Cancino, Fredy, "Publicidad", en *Cauce*, Nº 161, Santiago, 13 de junio de 1988.

Cascabel, César, "Literatura americana", en *Hollywood*, Nº 55, Santiago, diciembre 1926.

Casella, Alfredo, "La lección del Jazz", en *Hoy*, Nº 25, Santiago, 2 de septiembre de 1932.

Cavalla Rojas, Antonio, "La estrategia militar de EE.UU.", en *Convergencia*, Nº 2, Santiago, mayo/junio de 1981.

Cavieres, Eduardo, "Inversionistas e inversiones extranjeras en Chile, 1860-1930", en Carlos Marichal (coord.), *Las inversiones extranjeras en América Latina, 1850-1930: Nuevos debates y problemas en historia económica comparada,* México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

Cavieres, Eduardo y Jaime Vito, "Chile 1860-1930, Liberalismo y financiamiento del estado: Un problema secular", en *Dimensión histórica de Chile*, Nº 11/12, Santiago, 1995/96.

Celedón, Jaime, "Revolución y consumo", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 4 de agosto de 1983.

Celedón, José Miguel, "El poder joven", en *Occidente*, Nº 208, Santiago, 1969

Céspedes, Mario, "Presentación", en Mario Céspedes (ed.), *Gabriela Mistral en el Repertorio Americano*, San José, Universidad de Costa Rica, 1978.

Claeys Gregory, "Mass Culture and World Culture: On Americanization and the Politics of Cultural Protectionism", in *Diogenes*, vol. 136, Paris, 1986.

Clum, Woodworth, "Meet Mr. Ibáñez", en *La Nación*, Santiago 3 de febrero de 1931.

Coloma, Jorge, "La historieta, veneno en cuadritos", en *Principios*, Nº 129, Santiago, enero/febrero de 1969.

Collarte, Manuel, "Unión aduanera sudamericana", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 1 de julio de 1931.

Colle, Raymond, "El 'ruido' publicitario", en *Aisthesis*, Nº 14, Santiago, 1982.

Collier, Simon y William F. Sater, "Una época clave en Chile (1918-1931): lo que dice la historia y no dice todavía", en *Boletín de Historia y Geografía*, vol. 14, Santiago, 1998.

Conrad, Sebastian, „Doppelte Marginalisierung: Plädoyer für eine transnationale Perspektive auf die deutsche Geschichte", in *GG,* Nº 28, Münich, 2002.

Conrad, Sebastian und Shalini Randeria, „Einleitung: Geteilte Geschichten - Europa in einer postkolonialen Welt", in Sebastian Conrad und Shalini Randeria (eds.), *Jenseits des Eurozentrismus: Transnationale und postkoloniale Ansätze in den Geschichts- und Kulturwissenschaften*, Frankfurt a.M., Campus, 2002.

Coronil, Fernando, "Beyond Occidentalism: Toward Nonimperial Geohistorical Categories", in *Cultural Anthropology,* Nº 11, Malden, Durham, N.C., 1996.

Corvalán, Luis, "Informe al pleno del comité central del Partido Comunista

26 de noviembre de 1970)", en Víctor Farías (ed.), *La izquierda chilena (1969-1973): documentos para el estudio de su línea estratégica*, Berlín, Wissenschaftlicher Verlag, 2000, 6 tomos.

Correa, Sofía, "Algunos antecedentes históricos del proyecto neoliberal en Chile, 1955-1958", en *Opciones*, Nº 6, Santiago, mayo-agosto de 1985.

Correa, Rafael A., "Chile y el fracaso de la ley seca en EE.UU.", en *El Mercurio,* Santiago, 6 de julio de 1921.

Couyoumdjian, Juan Ricardo, "En torno a la neutralidad de Chile durante la primera guerra mundial", en Walter Sanchez y Teresa Pereira (eds.), *Ciento cincuenta años de política exterior chilena,* Santiago, Editorial Universitaria, 1977.

Couyoumdjian, Juan Ricardo, "En torno al protocolo de Washington", en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, Nº 96, Santiago, 1985.

Cruz-Coke, Carlos, "Mr. Jones al acecho", en *La Nación*, Santiago, 26 de octubre de 1987.

Cruz Guzmán, Santiago, "Impresiones de un viajero chileno en Nueva York", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 4 de julio de 1931.

Cruz Ocampo, Luis D. , "Nó más doctrina de Monroe", en *Atenea*, Nº 1, Concepción, 1924.

Cruz Ocampo, Luis D., Reseña a Inman, *Hacia la solidaridad americana*, en *Atenea*, Nº 1, Concepción, 1924.

Cueto, Marcos, "Visions of Science and Development: The Rockefeller Foundation's Latin American Surveys of the 1920s", in Marcos Cueto (ed.), *Missionaries of Science: The Rockefeller Foundation and Latin America*, Bloomington, Indiana University Press, 1994.

Chico Durán, "La invasión gringa", en *La Tercera*, Santiago, 1 de abril de 1980.

Chico Durán, "Lo que les falta a los gringos", en *La Tercera*, Santiago, 4 de abril de 1980.

Délano, Jorge, "La defensa de los empresarios y la cinematografía nacional", en *La Nación*, Santiago, 8 de julio de 1931.

Delgado Rühl, Astrid, „Massenmedien in Chile", in Jürgen Wilke (ed.), *Massenmedien in Lateinamerika*, Frankfurt, Vervuert, 1994, vol. 2: Chile, Costa Rica, Ecuador, Paraguay.

Devés Valdés, Eduardo. "El pensamiento nacionalista en América Latina y la reivindicación de la identidad económica, 1925-1945", en *Historia*, Nº 32, Santiago, 1999.

Díaz, Rigoberto, "Metafísica", en *La Tercera*, Santiago, 25 de enero de 1985.

Díaz Ossa, Samuel, "El predominio de EE.UU.", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 4 de septiembre de 1931.

Dickson, Bruce W. , "Los alumnos extranjeros en las universidades Norteamericanas", en *Hoy* Santiago, 23 de diciembre de 1932.

Doggett, Martha Lyn, "Washington's not-so-quiet diplomacy", in *Report on the Americas*, vol. 22, Nº 2, Washington, 1988.

Domínguez, Andrés y Gustavo Rayo, "Respuesta al informe Reagan", en *Análisis*, Nº 44, Santiago, marzo de 1981.

Donoso, Armando, "Periodismo", en Ernesto Barros Jarpa *et al.* (eds.), *Chile: Geografía económica*, Santiago, Cervantes, 1923.

Donoso, José, "La obsesión", en *El Mercurio*, Santiago, 17 de enero de 1981.

Donoso Rojas, Carlos, "De la Cía. Chilena de Teléfonos Edison a la Cía de Teléfonos de Chile", en *Historia* , vol. 33, Santiago, 2000.

Dorfman, Ariel, "Inocencia y neocolonialismo", en *Cuadernos de la Realidad Nacional*, Nº 8, Santiago, junio de 1971.

Dorfman, Ariel, "La cultura como resistencia", en *Comunicación y Cultura*, Nº 6, Buenos Aires-México D.F., febrero de 1979.

Dorfman, Ariel, "Niveles de la dominación cultural en América Latina: Algunos problemas, criterios y perspectivas", en *Ideologies and Literature*, vol. 2, Nº 6, Minneapolis, 1978.

Dorfman, Ariel, "Tres años de resistencia cultural", en *Plural*, vol. 6, Nº 63, México, 1976.

Douglass, Walter R., "Las pavorosas tragedias de la pobreza entre el oro de Nueva York", en *El Mercurio*, Santiago, 29 de enero de 1928.

Douglass, Walter R., "Los esclavos de la máquina en Nueva York", en *El Mercurio*, Santiago, 17 de julio de 1927.

Douglass, Walter R., "Son los rascacielos de Nueva York...", en *El Mercurio*, 30 de diciembre de 1928.

Dublé Urrutía, Diego, "El monopolio de las informaciones telegráficas en Chile", en *El Mercurio*, Santiago, 28 de agosto de 1928.

Dublé Urrutia, Diego, "El nacionalismo y la reforma", en *El Mercurio*, Santiago, 10 de julio de 1927.

Dussel, Enrique, "From the Second Vatican Council to the Present Day", in Enrique Dussel (ed.), *The Church in Latin America, 1492-1992*, Maryknoll, Orbis, 1992.

Edwards, Agustín, "La política exterior de los EE.UU.", en *ND* , año 4, Nº 7, Nueva York, julio de 1923.

Edwards, Alberto, "Los problemas del cine", en *Pacífico Magazine*, Nº 2, Santiago, febrero de 1913.

Edwards, Jorge, "Así fue la intervención", en *Cauce*, Nº 45, Santiago, 1985.

Edwards, Jorge, "Cultura popular y justicia", en *La Época*, Santiago, 26 de febrero de 1988.

Edwards, Jorge, "La muerte de John Kennedy", en *La Época*, Santiago, 18 de noviembre de 1988.

Edwards, Jorge, "Las elecciones norteamericanas", en *La Tercera*, Santiago, 3 de octubre de 1980.

Edwards, Jorge, "Las interconexiones", en *El Mercurio*, Santiago, 31 de octubre de 1986.

Edwards Bello, Joaquín, "El triunfo de Firpo", en *La Nación*, Santiago, 13 de julio de 1923.

Edwards Bello, Joaquín, "La cueca", en *La Nación*, Santiago, 9 de julio de 1928.

Elizalde, Rafael H., "La grandeza actual y la superioridad futura", en *Revista chilena*, Nº 77, Santiago, julio de 1926.

Embry, W.E., "El comercio chileno con los Estados Unidos", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 4 de julio de 1923.

Emeth, Omer, "Crónica literaria", en *El Mercurio*, Santiago, 16 de mayo de 1929,

Emeth, Omer, "Crónica literaria", en *El Mercurio*, Santiago, 5 de septiembre de 1929.

Emeth, Omer, "¿Quien es el más 'yankee' en los autores norte-americanos?", en *Familia*, Nº 5, Santiago, julio de 1914.

Errázuriz, Augusto, "Cómo se debe dar a conocer Chile", en *El Mercurio*, Santiago, 8 de agosto de 1920.

Errázuriz, Hernán Felipe, "Desinformación", en *La Nación*, Santiago, 17 de noviembre de 1987.

Errázuriz, Maximiano, "La democracia del Tío Sam", en *La Tercera*, Santiago, 21 de febrero de 1978.

Escárate, Héctor, "El rock chileno", en Alvaro Godoy y Juan Pablo González (eds.), *Música popular chilena: 20 años, 1970-1990*, Santiago, Ministerio de Educación, 1995.

Escobar, Andrés, "Robo de cerebros", en *La Nación*, Santiago, 12 de noviembre de 1972.

Escobar Lara, Rafael, "The Monroe Doctrine and the League of Nations", in *Inter-America,* Nº 3, New York, 1920.

Espejo, Ángel C., "La riqueza fabulosa de Chile", en *Sucesos*, Santiago, 26 de agosto de 1926.

Espina, Antonio, "El cinematógrafo", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 18 de mayo de 1926.

Ette, Ottmar, „Rodó, Prospero und die Statue Ariels: Das literarische Projekt einer hispanoamerikanischen Moderne", in José Enrique Rodó, *Ariel*, editado por Ottmar Ette, Mainz, Dieterich, 1994.

Fajnzylber, Fernando, "The External Sector and the Policies of the Unidad Popular Government", in Sandro Sideri (ed.), *Chile 1970-1973: Economic Development and Its International Setting*, The Hague, Nijhoff, 1979.

Fein, Seth, "Everyday Forms of Transnational Collaboration: U.S. Film Propaganda in Cold War Mexico", Joseph Gilbert *et al.* (eds.). *Close Encounters of Empire: Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations*, Durham, Duke University Press, 1998.

Fejos, Paul, "La alternativa...", en *Hoy*, Nº 34, Santiago, 1 de julio de 1932.

Fermandois H., Joaquín, "Chile y la 'Cuestión Cubana,' 1959-1964", en *Historia*, Nº 17, Santiago, 1982.

Fermandois H., Joaquín, "Guerra y hegemonía 1939-1943: un aspecto de las relaciones chileno-norteamericanas", en *Historia*, Nº 23, Santiago, 1988.

Fermandois H., Joaquín, "La larga marcha a la nacionalización: el cobre en Chile, 1945-1971", en *JbLA*, vol. 38, Colonia, 2001.

Fernández Cox, Cristián, "Modernidad apropiada", en *ARS*, Nº 11, Santiago, julio de 1989.

Ffrench-Davis, Ricardo, "Import Liberalization: The Chilean Experience, 1973-1982", in J. Samuel Valenzuela & Arturo Valenzuela (eds.), *Military Rule in Chile: Dictatorship and Oppositions*, Baltimore; Johns Hopkins University Press, 1986.

Figueroa Salas, Jonás, "Las ciudades lineales chilenas, 1910-1930", en *Revista de Indias*, vol. 53, Madrid, 1993.

Fischer, Hanni de, "Consumismo y consumerismo", en *Estrategia*, Nº 96, Santiago, 25 de noviembre de 1980.

Fletcher, James E., "El experimento democrático norteamericano y la televisión comercial", en *Cuadernos de información*, Nº 1, Santiago, 1984.

Fontaine, Juan Andrés, "Los mecanismos de conversión de deuda en Chile", en *Estudios Públicos*, Nº 30, Santiago, 1988.

Fontaine Aldunate, Arturo, "Más allá del Leviatán", en *Estudios Públicos*, Nº 1, Santiago, 1980.

Fortín, Carlos, "Nationalization of Copper in Chile and Its International Repercussions", in Sandro Sideri (ed.), *Chile 1970-1973: Economic Development and Its International Setting*, The Hague, Nijhoff, 1979.

Fortín, Carlos, "Principled Pragmatism in the Face of External Pressure: The Foreign Policy of the Allende Government", in Ronald G. Hellman (ed.), *Latin America: The Search for a New International Role*, New York, Sage, 1975.

Foxley, Alejandro, "Vuelve el problema de la deuda", en *El Mercurio*, Santiago, 8 de enero de 1986.

Frei, Arturo, "La moral en las relaciones internacionales", en *El Sur*, Concepción, 11 de junio de 1984.

Frei, Eduardo, "The Alliance that lost its Way", in *Foreign Affairs*, vol. 45 N° 3, Washington, April 1967.

Freire, Toño, "Gente de show", en *La Tercera*, Santiago, 5 de febrero de 1988.

Fresenius, Gregorio y Jorge Vergara, "La agencia informativa norteamericana y sus boinas verdes de papel", en *Comunicación y Cultura*, Nº 3 , Buenos Aires-México, 1974.

Fritzsche, Carlos H., "Los métodos americanos modernos", en *BMSNM*, Nº 39, Santiago, 1927.

Fuenzalida, Lucho, "Aprenda inglés", en *La Tercera*, Santiago, 2 de septiembre de 1978.

Fuenzalida, Lucho, "La Coca-Cola dueña de Colo Colo", en *La Tercera*, Santiago, 15 de diciembre de 1979.

Fuenzalida, Valerio, "La TV chilena ante la década del 80", en *Estudios Sociales*, Nº 26, Santiago, 1980.

Fuenzalida, Valerio, "Orientación social y participación en la TV chilena", en Juan Pablo Lira (ed.), *Televisión en Chile: un desafío nacional*, Santiago, CED/CENECA, 1987.

Fuenzalida Grandón, Alejandro, "El trabajo y la vida en el mineral El Teniente [parte 1]", en *BMSNM,* vol. 31, Santiago, 1919.

Fuenzalida Grandón, Alejandro, "El trabajo i la vida en el mineral El Teniente [parte 2]", en *BMSNM,* vol. 31, Santiago, 1919.

Fuentes, Carlos, "Reagan", en *Apsi*, Nº 96, Santiago, abril de 1981.

Galdames, Luis, "Algunos aspectos de la educación en Norte América", en *Anales de la Universidad de Chile,* año 3, serie 1, Nº 1, Santiago, 1931.

Gallardo Nieto, Galvarino, "¿La I.W.W.?", en *El Sur*, Concepción, 13 de agosto de 1920.

Gallardo Nieto, Galvarino, "¿También reirá el presidente Harding?", en *El Sur*, Concepción, 6 de septiembre de 1922.

Gandarillas M., Javier, "La inversión de capitales extranjeros...", en *BMSNM*, vol. 47, Santiago, noviembre de 1931.

Garcés, Marcel, "La industria de los ídolos", en *Principios*, Nº 129, Santiago, enero/febrero de 1969.

García, Lautaro, "La muda elocuencia de Chaplin", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 28 de marzo de 1931.

García Hernández, Manuel, "La voz de América", en *Zig-Zag*, Santiago, 5 de febrero de 1927.

García Márquez, Gabriel, "¿Qué pasó finalmente en Granada?", en *Bicicleta*, Nº 50, Santiago, junio de 1984.

García Ordini, Fernando, "El 'affaire Chaplin' mirado desde Europa", en *Atenea*, Nº 2, Concepción, 1927.

Garner, Jeffrey B., "La administración Carter y América Latina", en *Vigilia*, Nº 2, Santiago, junio de 1978.

Garrido Merino, Edgardo, "Nacionalismo e ideas foráneas", en *El Mercurio*, Santiago, 2 de septiembre de 1969.

Gassert, Philipp, „Amerikanismus, Antiamerikanismus, Amerikanisierung: Neue Literatur zur Sozial-, Wirtschafts- und Kulturgeschichte des amerikanischen Einflusses in Deutschland und Europa", in *Archiv für Sozialgeschichte* vol. 39, Bonn, 1999.

Gazmuri Riveros, Cristián, "Notas sobre la influencia del racismo en la obra de Nicolás Palacios, Francisco A. Encina y Alberto Cabero", en *Historia*, Nº 16, Santiago, 1981.

German, Christiano, „Zur politischen Rolle protestantischer Sekten in La-

teinamerika", in *Zs. für Politik*, vol. 2, Münich, 1993.

Gewecke, Frauke, „Ariel versus Caliban? Lateinamerikanische Identitätssuche zwischen regressiver Utopie und emanzipatorischer Rebellion", in *Iberoamericana,* año 7, Nº 2/3, Frankfurt, 1983.

Giaconi, Claudio, "Tres poemas neoyorkinos", en *Bicicleta*, Nº 13, Santiago, junio de 1981.

Giaconi, Juan, "Proyecciones de las reformas introducidas en el sector salud durante el Gobierno de las Fuerzas Armadas", en Ernesto Miranda (ed.). *La salud en Chile: evolución y perspectivas*, Santiago, CEP, 1994.

Gil, Enrique, "De Nueva York al Pacífico", en *El Diario Ilustrado* , Santiago, 19 de julio de 1925.

Gil, Federico & Charles Parrish, "Socialist Chile and the United Status", in *Inter-American Economic Affairs*, vol. 27, Washington, 1973.

Glaser-Schmidt, Lisa, „Währungsreform und Zahlungseinstellung in Chile, 1925-1931: Das Scheitern von Edwin Walter Kemmerers Finanzreform", in Felix Becker *et al.* (eds.), *Iberische Welten*, Köln, Böhlau, 1994.

Glauser, Kalki, "Comercio exterior y cambio estructural, Chile, 1968-1986", en Rigoberto García (ed.), *Economía y política durante el gobierno militar en Chile, 1973-1987*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

Godoy, Oscar, "Algunas claves de la transición política en Chile", en *Estudios Públicos*, Nº 38, Santiago, 1990.

Godoy Matte, Domingo, "Beca Eisenhower", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 24 de febrero de 1984.

Goldberg, Isaac, "As Latin America Sees Us", in *The American Mercury*, vol. 3, New York, 1924.

Goldfrank, Walter, "Fresh Demand: The Consumption of Chilean Produce in the United States", in Gary Gereffi *et al.* (eds.), *Commodity Chains and Global Capitalism,* Westport, Praeger, 1994.

González, Cardenio, "Como ha aumentado su producción industrial EE.UU.", en *La Unión*, Valparaíso, 12 de enero de 1919.

González, Cornelio, "El auge de las encuestas", en *El Mercurio*, Santiago, 1 de junio de 1986.

González, Juan Pablo, "Música popular chilena", en Rebeca León (ed.), *América Latina: continente fabulado*, Santiago, Editoral Universitaria, 1997.

González, Juan Pablo, "Vertientes de la música popular chilena", en Álvaro Godoy y Juan Pablo González (eds.), *Música popular chilena: 20 años, 1970-1990*, Santiago, Ministerio de Educación, 1995.

Goñi, Carlos, "Chile: la nueva imagen", en *Qué Pasa*, Nº 534, Santiago, 2 de julio de 1981.

Guardia, Alexis, "Structural Transformations in Chile's Economy and in its System of External Economic Relations", in Sandro Sideri (ed.), *Chile 1970-1973: Economic Development and Its International Setting*, Den Haag, Nijhoff, 1979.

Guerra, Gregorio, "Frederic Winslow Taylor", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 11 de enero de 1929.

Guerrero Yoacham, Cristián, "Chile y Estados Unidos: Relaciones y problemas, 1812-1916", en Walter Sánchez y Teresa Pereira (eds.), *Cientocincuenta años de política exterior chilena,* Santiago, Editorial Universitaria, 1977.

Guzmán, Jaime, "El camino político", en *Realidad*, Nº 7, Santiago, enero de 1979.

Guzmán, Leonardo, "El doctor Long no debe irse", en *La Nación,* Santiago, 10 de julio de 1926.

Gwynne, Robert N.,"Globalization, Neoliberalism and Economic Change in South America and Mexico", in Robert N. Gwynne & Cristóbal Kay (eds.), *Latin America Transformed: Globalization and Modernity,* London, Arnold, 1999.

Gys, F. de, "En un baile a la moda", en *La Nación*, Santiago, 3 de agosto de 1919.

Helfant, Ana, "Cultura nacional", en *El Mercurio*, Santiago, 21 de noviembre de 1980.

Henríquez Ureña, Pedro, "La cultura y los peligros de la especialidad", en *Revista Chilena*, Nº 64, Santiago, 1921.

Heras, Antonio, "Impresiones frívolas de EE.UU.", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 16 de septiembre de 1930.

Hernández, Florencio, "Estados Unidos: la tierra de las probabilidades", en *Zig-Zag,* Santiago, 5 de noviembre de 1927.

Herrera Valdés, Willy, "Alejandro Venegas y su visión crítica de la educación chilena en las primeras décadas del siglo XX", en *Revista de Historia de la Educación*, Nº 2, Santiago, 1996.

Hervi, "Sucede...", en *Ercilla*, Nº 1854, Santiago, enero de 1971.

Hervi, sin título, en *La Época*, Santiago, 9 de septiembre de 1987.

Hervi, "Supercifuentes", en *Bicicleta*, Nº 3, Santiago, abril/mayo de 1980.

Hidalgo, Paulo, "La juventud...", en *Cauce*, Nº 152, Santiago, 7 de abril de 1988.

Hiriart, Luis, "La palabra que falta", en *La Segunda*, Santiago, 4 de marzo de 1976.

Hoerce, Arthur, "El Jazz-Band y la música de hoy", en *Revista de Educación,* Nº 1, Santiago, 1928.

Hopkins, Anthony, "The History of Globalization - and the Globalization of History?", in Anthony Hopkins (ed.), *Globalization in World History,* London, Pimlico, 2002.

Horowitz, Irving Louis, "The Rise and Fall of Project Camelot", in Irving Louis Horowitz (ed.), *The Rise and Fall of Project Camelot: Studies in the Relationship Between Social Sciences and Practical Politics*, Cambridge, MIT Press, 1974.

Hobsbawm, J. Berkwood, "La organización de la COSACH", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 26 de noviembre de 1931.

Hübner Richardson, Mimí, "El vínculo de la imaginación", en *Hollywood*, Nº 59 , Santiago, abril de 1927.

Hübner Richardson, Mimí, "Hay que ser popular", en *Hollywood*, Nº 60, Santiago, mayo de 1927.

Hughes, Charles E., "Observaciones acerca de la doctrina de Monroe", en *Revista Chilena*, Nº 66, Santiago, 1924.

Huidobro, Vicente, "Las zonas secas y la raza", en *La Nación,* Santiago, 17 de mayo de 1925.

Huneeus, Cristián, "Rumores de Nueva York", en *Mensaje*, Nº 26, Santiago, 1977.

Huneeus, Francisco, "La COSACH y el interés nacional", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 27 de febrero de 1932.

Huneeus, Pablo, "Conformismo", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 28 de agosto de 1983.

Huneeus, Pablo, "Credo del nuevo economista", en "Pablo Huneeus, sociólogo", en *Cosas*, Nº 79, Santiago, octubre de 1979.

Huneeus Gana, Francisco, "La Compañía Chilena de Salitre y los intereses Guggenheim", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 3 de octubre de 1930.

Inostroza, Alfonso, "Nationalization of the Banking System in Chile", in Sandro Sideri (ed.), *Chile 1970-1973: Economic Development and Its International Setting*, The Hague, Nijhoff, 1979.

Insulza, José Miguel, "Los derechos humanos en la política exterior norteamericana", en *Chile América*, Nº 31/32, Santiago, mayo-junio de 1977.

Insunza, Mario, "La contrarrevolución en los medios de comunicación de masas", en *Principios*, Nº 151, Santiago, mayo/junio de 1973.

Irarrázaval Zañartu, Alfredo, "Política norteamericana", en *La Nación*, Santiago, 21 de noviembre de 1930.

Ivelic, Radoslav, "Televisión infantil", en *Aisthesis*, Nº 14, Santiago, 1982.

Jackson, Kenneth T., "The Capital of Capitalism: the New York Metropolitan Region, 1890-1940", in Anthony Sutcliffe (ed.), *Metropolis, 1890-1940*, London, Alexandrine, 1984.

Jameson, Fredric, "Preface", in Fredric Jameson & Masao Miyoshi (eds.), *The Cultures of Globalization*, Durham, Duke University Press, 1998.

Jaramillo, Margarita, „Comics, Massenmedien und kulturelle Kommunikation in Lateinamerika", in Hans Jürgen Kagelmann (ed.), *Comics und Cartoons in Lateinamerika,* München, Profil, 1991.

Jecho, "El 'templo' de la 'democracia'", en *Punto Final*, Nº 185, Santiago, 5 de junio de 1973.

Jecho, "La risa que me da...", en *Punto Final*, Nº 83, Santiago, septiembre de 1969.

Jeismann, Michael, „Was bedeuten Stereotypen für nationale Identität und politisches Handeln", in Jürgen Link und Wulf Wülfing (eds.), *Nationale Mythen und Symbole in der zweiten Hälfte des 19. Jahrhunderts: Strukturen und Funktionen von Konzepten nationaler Identität*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1991.

Jiménez de la Jara, Jorge y Thomas Bossert, "Las reformas del sector Salud en Chile: lecciones de cuatro períodos de reforma", en *Estudios Sociales*, Nº 88, Santiago, 1996.

Jobet, Julio César, "Movimiento social obrero", en Enrique Molina Garmendia (editor), *Desarrollo de Chile en la primera mitad del siglo xx*, Santiago, Universidad de Chile, 1951.

Jofré, Manuel Alcides, "Historia de una desaparición", en *Cauce*, Nº 6, Santiago, diciembre de 1983.

Joseph, Gilbert, "Close Encounters: Toward a New Cultural History of U.S.-Latin American Relations", in Gilbert Joseph *et al.* (eds.). *Close Encounters of Empire: Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations*, Durham, Duke University Press, 1998.

Jurt, Joseph, „Literatur und Identitätsfindung in Lateinamerika: José Enrique Rodó, *Ariel*", in *Romanistische Zeitschrift für Literaturgeschichte,* Nº 8, Heidelberg, 1982.

Kahn, Otto, "El principio humanitario", en *La Información*, Santiago, agosto, 1921.

Kaufman, Burton I., "United States Trade with Latin America: The Wilson Years", in *Journal of American History,* vol. 58, Bloomington, IN, 1971.

Kaufman, Edy, "La política exterior de la Unidad Popular chilena", en *Foro Internacional*, Nº 167, México D.F., 1976.

Keller, Carlos, "El capitalismo primitivo", en *Atenea,* año 1, vol. 1, Concepción, 1925.

Keller R., Carlos, "El cine...", en *Revista de Educación*, Nº 2, Santiago, 1930.

Kemmerer, Edwin W., "Chile returns to the Gold Standard", in *The Journal of Political Economy*, vol. 34, Chicago, 1926.

Klein, Julius, "Economic Rivalries in Latin America", in *Foreign Affairs*, Nº 3, New York, 1924/25.

Klor de Alva, J. Jorge, "The Postcolonization of the (Latin) American Experience: A

Reconsideration of 'Colonialism', 'Postcolonialism', and 'Mestizaje'", in Gyan Prakash (ed.), *After Colonialism: Imperial Histories and Postcolonial Displacements*. Princeton, Princeton University Press, 1995.

Kofas, Jon V., "The Politics of Foreign Debt: The IMF, the World Bank, and U.S. Foreign Policy in Chile, 1946-1952", in *Journal of Developing Areas*, vol. 31, Nº 2, Nashville, 1997.

König, Hans-Joachim, "El intervencionismo norteamericano en Iberoamérica", en Manuel Lucena Salmoral, *Historia de Iberoamérica*, Madrid, Cátedra, 1988, tomo III: Historia Contemporánea.

König, Hans-Joachim, "Inter-American Relations in Historical Perspective", in Roland Hagenbüchle & Josef Raab (eds.), *Negotiations of America's National Identity*, Stauffenburg, Verlag, 2000, volume 2.

König, Hans-Joachim, "Nacionalismo y nación en la historia de Iberoamérica", en Hans-Joachim König *et al.* (eds.), *Estado-nación, comunidad indígena, industria: tres debates al final del milenio*, Ridderkerk, AHILA, 2000.

König, Hans-Joachim und Stefan Rinke, „Einleitung", in Hans-Joachim König und Stefan Rinke (eds.). *Transatlantische Perzeptionen: Lateinamerika-USA-Europa in Geschichte und Gegenwart*. Stuttgart: Heinz, 1998.

König, Hans-Joachim und Stefan Rinke, „Multikulturalität und Multiethnizität: Chancen oder Hemmnisse für lateinamerikanische Gesellschaften im neuen Globalisierungsprozess?", in Waltraud Schreiber (ed.), *Vom Imperium Romanum zum Global Village: „Globalisierungen" im Spiegel der Geschichte*, Neuried, Ars Una, 2000.

Kohut, Karl, „Historischer Roman und nationale Identität: *Las lanzas coloradas* von Arturo Uslar Pietri", in Michael Riekenberg *et al.* (eds.)m *Kultur-Diskurs: Kontinuität und Wandel der Diskussion um Identitäten in Lateinamerika im 19. und 20. Jahrhundert*, Stuttgart, Heinz, 2001.

Korry, Edward M., "Los Estados Unidos en Chile y Chile en los Estados Unidos: una retrospectiva política y económica (1963-1975)", en *Estudios Públicos*, Nº 72, Santiago, 1998.

Krakau, Knud, „Einführende Überlegungen zur Entstehung und Wirkung von Bildern, die sich Nationen von sich und anderen machen", in Knud Krakau und Willi Paul Adams (eds.), *Deutschland und Amerika: Perzeption und historische Realität*, Berlin, Colloquium, 1985.

Kunzle, David, "Chile's *La Firme* versus ITT", in *Latin American Perspectives*, vol. 5, ciudad, 1978.

Labarca, Amanda, "Aspectos de nuestra civilización", en *La Nación*, Santiago, 12 de julio de 1925.

Labarca, Amanda, "Commentary on the U.S.", in Franz M. Joseph (ed.), *As Others See Us: The U.S. Through Foreign Eyes*, Princeton, Princeton University Press, 1959.

Labarca, Amanda, "Conceptos erróneos y dañinos, I y II", en *La Nación,* Santiago, 20 y 21 de abril de 1920.

Labarca, Amanda, "Desde los EE.UU.", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 26 de enero de 1919.

Labarca, Amanda. "Evolución femenina", en Enrique Molina Garmendia (editor), *Desarrollo de Chile en la primera mitad del siglo xx*, Santiago, Universidad de Chile, 1951.

Labarca, Amanda, "Influencias norteamericanas en la educación chilena", en *ND*, año 41, Nº 1, Nueva York, enero de 1961.

Lacoste, Pablo, "Las propuestas de integración económica sudamericana: De Diego Portales a Alfredo Palacios", en *Historia* Nº 32, Santiago, 1999.

Lafourcade, Enrique, "Adiós...", en *El Mercurio,* edición internacional, 24 de septiembre de 1981.

Lahera, Eugenio, "Las empresas transnacionales en la economía chilena", en *Revista de la CEPAL*, Nº 14, Santiago, agosto de 1981.

Landa Z., F., "Nuestro sistema educacional", en *El Mercurio*, Santiago, del 3 al 28 de enero de 1922.

Laplace, Jorge, "Computación, palabra del siglo", en *El Cronista*, Santiago, 1 de abril de 1979.

Latcham, Ricardo A., "Reseña de *Babbitt*", en *Atenea*, Nº 62, Concepción, 1930.

Latcham, Ricardo A., "Reseña de *Carnalavaca*", en *Atenea*, Nº 91, Concepción, 1932.

Lavín, Joaquín, "La maratón de Büchi", en *El Mercurio*, Santiago, 24 de marzo de 1985.

Lechner, Norbert, "Nuestros miedos", en *Perfiles Latinoamericanos*, Nº 13, México DF., diciembre 1998.

Leigh, Hernán, "Yanki go home", en *La Nación*, Santiago, 7 de julio de 1987.

Levy, Daniel C., "Chilean Universities under the Junta: Regime and Policy", in *Latin American Research Review*, vol. 21, Nº 3, Chicago, IL. 1986.

Levy, Edith, "El matador yanqui", en *Zig-Zag*, Santiago, 10 de enero de 1931.

Lihn, Enrique, "El seudo arte de la seudo cultura", en *Cauce*, Nº 8, Santiago, enero de 1984.

Lillo, Baldomero. "El obrero chileno en la pampa salitrera", en Baldomero Lillo, *Obras completas*, Santiago, Nascimento, 1968.

Lira, Pedro, "La esperanza acorralada", en *Apsi*, Nº 205, Santiago, 22 de junio de 1987.

Lombroso, Gina, "El secreto de Nueva York", en *El Sur*, Concepción, 2 de agosto de 1931.

Lorenzo, Emilio, "Neologismos en inglés", en *La Segunda*, Santiago, 22 de abril de 1988.

Loveman, Brian, "Antipolitics in Chile, 1973-1994", in Brian Loveman & Thomas Davies (eds.), *The Politics of Antipolitics: The Military in Latin America*, Wilmington, Scholarly Resources, 1997.

Loyola, Verónica y Marcos Vergara, "Evolución histórica del sistema de salud", en Ernesto Miranda (ed.), *La salud en Chile: evolución y perspectivas*, Santiago, CEP, 1994.

Lüders, Rolf, "'Dumping' simplemente", en *La Tercera*, Santiago, 21 de diciembre de 1977.

Lüders, Rolf, "The Chilean Economy and US-Chilean Relations", in Joseph S. Tulchin (ed.), *From Dictatorship to Democracy: Rebuilding Political Consensus in Chile*, Boulder, Rienner, 1991.

Ludwig, Emil, "Los triunfadores de Yanquilandia", en *El Mercurio*, Santiago, 10 de noviembre de 1929.

MacLaren, Alice Day, "Los Yanquis de la América del Sur", en *El Mercurio*, Santiago, 22 de febrero de 1920.

Mackenna, Alberto, "Uno que ha triunfado en Estados Unidos", en *El Mercurio*, Santiago, 1 de julio de 1928.

Maira, Luis, "Nota preliminar sobre la influencia (creciente) del pensamiento de la nueva derecha norteamericana en América Latina", en *Revista Mexicana de Sociologia*, número especial, México D.F., 1981.

Maier, Charles, "Consigning the Twentieth Century to History: Alternative

Narratives for the Modern Era", in *American Historical Review*, Nº 105, Bloomington, 2000.

Maiken, Peter T., "Milton Friedman: defensor del mercado libre", en *Gestión*, Nº 97, Santiago, febrero de 1982.

Manger, William, "Foreign Investments in the American Republics", in *Bulletin of the Pan-American Union* vol. 65, Washington D.C., october 1931.

Marín Vicuña, Santiago, "La industria del cobre i el mineral de Portrerillos", en *BMSNM* , Nº 32, Santiago, 1920.

Marín Vicuña, Santiago, "La nacionalización de la minería", en *Pacífico Magazine*, Nº 35, Santiago, noviembre de 1915.

Marín Vicuña, Santiago, "Norteamericanización de la América del Sur", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 26 de mayo de 1929.

Martínez, Alberto, "The Industrial Sector: Areas of Social and Mixed Property in Chile", in Sandro Sideri (ed.), *Chile 1970-*1973*: Economic Development and Its International Setting,* The Hague, Nijhoff, 1979.

Martner, Daniel, "Política comercial en Estados Unidos de Norteamérica", en *La Nación*, Santiago, 26 de agosto de 1927.

Mason, J., "Crimen y utilitarismo en los EE.UU.", en *Diario Ilustrado*, Santiago, 21 de diciembre de 1930.

Mattelart, Armand, "El imperialismo en busca de la contrarrevolución cultural", en *Comunicación y Cultura*, Nº 1, Buenos Aires-México, 1973.

Mattelart, Armand, "Estructura del poder informativo", en *Cuadernos de la Realidad Nacional*, Nº 3, Santiago, marzo de 1970.

Mattelart, Armand, "La mitología de la juventud...", en *Cuadernos de la Realidad Nacional*, Nº 3, Santiago, marzo de 1970.

Mattelart, Armand, "Notas al margen del imperialismo cultural", en *Comunicación y Cultura*, Nº 6, Santiago, febrero de 1979.

Mattelart, Michèle y Mabel Piccini, "La televisión y los sectores populares", en *Comunicación y Cultura*, Nº 2, Santiago, 1973.

Mayers G., Cora, "La aplicación del Código Long", en *La Nación,* Santiago, 11 de julio de 1926.

Maza, Lorenzo de la, "Dos años en la Universidad de Michigan", en *Pacífico Magazine*, año 10, Nº 7, Santiago marzo de 1915.

Melfi, Domingo, "Sinclair Lewis", en *El Mercurio*, Santiago, 4 de enero de 1931.

Montecinos, Yolanda, "Danza popular", en *Verónica*, Nº 53, Santiago, 30 de junio de 1984.

Meller, Patricio, "El difícil problema", en *Cauce*, Nº 87, Santiago, 10 de agosto de 1986.

Mergel, Thomas, „Geht es weiterhin voran? Die Modernisierungstheorie auf dem Weg zu einer Theorie der Moderne", in Thomas Mergel und Thomas Welskopp (eds.), *Geschichte zwischen Kultur und Gesellschaft: Beiträge zur Theoriedebatte*, München, Beck, 1997.

Merino Benítez, Arturo, "La concesión a la Pan American Grace Airways", en *El Mercurio*, Santiago, 21 de julio de 1929.

Meza Fuentes, Roberto, "Don Tancredo Pinochet Le-Brun", en *La Opinión*, Santiago, 29 de julio de 1915.

Michaels, Albert L., "The Alliance for Progress and Chile's ‚Revolution in Liberty', 1964-1970", in *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, vol. 18, Miami, 1976.

Middell, Matthias, „Kulturtransfer und Historische Komparatistik-Thesen zu

ihrem Verhältnis“, in *Comparativ,* Nº 10, Leipzig, 2000.

Millán, Augusto, “Contra el gran enemigo”, en *Pacífico Magazine*, Nº 63, Santiago, marzo de 1918.

Miomandre, Francis de, “El crepúsculo”, en *Atenea*, Nº 4, Concepción, 1932.

Mirzoeff, Nicholas, “What is Visual Culture?”, in Nicholas Mirzoeff (ed.), *The Visual Culture Reader*, London, Routledge, 1998.

Mistral, Gabriela, “Información...”, en *El Mercurio,* Santiago, 30 de noviembre de 1930.

Mistral, Gabriela, “La película enemiga”, en *El Mercurio*, Santiago, 6 de junio de 1926.

Mistral, Gabriela, “Sandino”, en Mario Céspedes (ed.), *Gabriela Mistral en el Repertorio Americano*, San José, Universidad de Costa Rica, 1978.

Mistral, Gabriela, “Si Estados Unidos”, en *ND*, año 6, Nº 60, Nueva York, diciembre de 1925.

Mejías Concha, E., “La reciente obra de don Enrique Molina”, en *Las Últimas Noticias,* Santiago, 22 de marzo de 1921.

Modinger, Jorge, “Las cartas marcadas”, en *Chile Hoy*, Nº 15, Santiago, septiembre de 1972.

Molina, Enrique, “Caracteres de los Norte-Americanos”, en *ND* , año 3, Nº 7, Nueva York, julio de 1922.

Molina, Enrique, “Ensayo sobre los sud-americanos”, en Enrique Molina y Leo S. Rowe, *Los democracias americanas y sus deberes*, Santiago, Editorial Universitaria, 1917.

Molina, Enrique, “La doctrina de Monroe y el panamericanismo”, en Enrique Molina, *Por los valores espirituales*, Santiago, Nascimento, 1925.

Monestier, Renato, “Pasado y porvenir”, en *Revista de Educación*, año 1, Nº 3, Santiago,1928/29.

Monsiváis, Carlos, “Penetración cultural y nacionalismo”, en Pablo González Casanova (ed.), *No intervención, autodeterminación y democracia en América Latina,* Mexico, Siglo XXI, 1983.

Mont-Calm, “El costo de las películas cinematográficas”, en *Zig-Zag,* Santiago, 1 de septiembre de 1928.

Mont-Calm, “La cinematografía nacional”, en *Zig-Zag,* Santiago, 1 de enero de 1927.

Mont-Calm, “¿Progresamos?”, en *Zig-Zag,* Santiago, 19 de junio de 1926.

Mont-Calm, “Rascacielos”, en *Zag-Zag,* Santiago, 6 de febrero de 1926.

Montenegro, Ernesto, “Carnegie y la época de los millardarios”, *El Mercurio*, Santiago, 5 de octubre de 1919.

Montenegro, Ernesto, “Desde EE.UU”, en *El Mercurio*, Santiago, 31 de agosto de 1920.

Montenegro, Ernesto, “Dos mil chilenos en Estados Unidos”, en *Zig-Zag,* Nº 1219, Santiago, 2 de junio de 1958.

Montenegro, Ernesto, “El culto del éxito”, en *La Nación*, Santiago, 16 de octubre de 1927.

Montenegro, Ernesto, “¿La gran propaganda?”, en *El Mercurio*, Santiago, 7 de noviembre de 1919.

Montenegro, Ernesto, “La influencia alemana en la película norteamericana”, en *Hollywood*, Nº 57, Santiago, febrero de 1927.

Montenegro, Ernesto, “Los cien mil hijos pródigos del Tío Sam”, en *La Nación*, Santiago, 11 de noviembre de 1927.

Montenegro, Ernesto, “Plenitud”, *La Nación*, Santiago, 9 de octubre de 1927

Montenegro, Ernesto, "Un nuevo profesional, el bootlegger", en *La Nación,* Santiago, 17 de enero de 1928.

Montecinos, Yolanda, "Para estimular los valores chilenos", en *Las Últimas Noticias,* Santiago, 15 de marzo de 1975.

Montecinos, Yolanda, "Telenovelas nacionales", en *La Nación*, Santiago, 28 de mayo de 1982.

Moore F., Luis, "Rascacielo", en *El M*ercurio, Santiago, 5 de febrero de 1928.

Morand, Paul, "El Tío Sam tiene sed y hambre", en *Atenea*, Nº 1, Concepción, 1932.

Morandé Lavín, José A., "Relaciones internacionales entre Chile y Estados Unidos", en *Estudios Internacionales*, Nº 28, ciudad, 1995.

Morris, Nancy E., "Canto porque es necesario cantar: The New Song Movement in Chile", in *Latin America Research Review*, vol. 21, Nº 2, Chicago, 1986.

Morris, Stephen D., "Exploring Mexican Images of the United States", in *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, vol. 16, Nº 1, Riverside, México D.F., 2000.

Mouesca, Jacqueline, "La llegada del cine sonoro a Chile", en *Mapocho*, Nº 36, Santiago, 1994.

Mouesca, Jacqueline, "La revista Ecrán: notas para su historia", en *Mapocho*, Nº 39, Santiago, 1996.

Müller Hess, Walter, "La industria chilena en la primera mitad del siglo XX", en Enrique Molina (ed.), *Desarrollo de Chile en la primera mitad del siglo XX*, Santiago, Universidad de Chile, 1951.

Munizaga, Giselle, "El sistema comunicativo chileno y los legados de la dictadura", en Manuel Antonio Garretón *et al.* (eds.), *Cultura, autoritarismo y redemocratización en Chile*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

Muñoz, Heraldo, "Chile's External Relations under the Military Government", in. Julio Samuel & Arturo Valenzuela (eds.), *Military Rule in Chile: Dictatorship and Oppositions*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1986.

Muñoz, Heraldo, "Las empresas transnacionales...", en *Mensaje*, Nº 24, Santiago, 1975.

Naudón, Carlos, "Chile, EE.UU. y el sistema interamericano", en *Mensaje*, Nº 20, Santiago, 1971.

Naudón, Carlos, "EE.UU.", en *Mensaje*, Nº 24, Santiago, 1975.

Naudón, Carlos, "El mito del aislacionismo norteamericano", en *Mensaje*, Nº 19, Santiago, 1970.

Naudón, Carlos, "El proyecto consumista", en *Cauce*, Nº 10, Santiago, marzo de 1983.

Naudón, Carlos, "Las relaciones interamericanas", en *La Discusión*, Chillán, 22 de septiembre de 1970.

Navasal, José M., "Chile visto desde Washington", en *El Mercurio*, Santiago, 1 de marzo de 1975.

Navasal, José M., "EE.UU. y el petróleo", en *El Mercurio*, Santiago, 3 de julio de 1979.

Navasal, José M., "¿El hombre más poderoso?", en *El Mercurio*, Santiago, 24 de julio de 1979.

Navasal, José M., "La década del desencanto", en *El Mercurio*, Santiago, 30 de diciembre de 1980.

Navasal, José M., "La diplomacia...", en *Qué Pasa*, Nº 271, Santiago, 3 de julio de 1976.

Navasal, José M., "La noticia y su mercado", en *El Mercurio*, Santiago, 10 de diciembre de 1985.

Navasal, José M., "Lucha por la TV", en *El Mercurio*, Santiago, 4 de junio de 1985.

Navasal, José M., "Marshall Mcluhan", en *Atenea*, Nº 441, Concepción, 1980.

Navasal, José M., "Paradojas de EE.UU.", en *El Mercurio*, Santiago, 4 de marzo de 1975.

Navasal, José M., "Vía satélite", en *El Mercurio*, Santiago, 10 de junio de 1986.

Navasal, José M., "Vida pública y privada", en *El Mercurio*, Santiago, 30 de junio de 1987.

Neruda, Pablo "Los abogados del dólar", en Pablo Neruda, *Canto general*, editado por Enrico Mario Santí, Madrid, Cátedra, 1990.

Neruda, Pablo, "Watergate, ¿de qué escándalo me hablan?", en *El Siglo*, Santiago, 8 de julio de 1973.

Niedhart, Gottfried, „Perzeption und Image als Gegenstand der Geschichte der internationalen Beziehungen: Eine Problemskizze", in Bernd Jürgen Wendt (ed.), *Das britische Deutschlandbild im Wandel des 19. und 20. Jahrhundert*, Bochum, Brockmeyer, 1984.

Niedhart, Gottfried, „Selektive Wahrnehmung und politisches Handeln: Internationale Beziehungen im Perzeptionsparadigma", in Wilfried Loth und Jürgen Osterhammel (eds.), *Internationale Geschichte: Themen-Ergebnisse-Aussichten*, München, Oldenbourg, 2000.

Nieto del Río, Félix, "Impresiones de EE.UU.", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 4 de julio de 1923.

Nieto del Río, Félix, "La muerte de 'The New York Herald'", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 10 de abril de 1920.

Nieto del Río, Félix, "Opportunities for American Capital in Chile", in *Pan-American Magazine*, vol. 29, Nº 1, New York, 1919.

Nolte, Detlef, „Zur Strategie konterrevolutionärer Eliten: Die Politik der chilenischen Unternehmerverbändewährend der Regierungszeit von Salvador Allende", in *JbLA*, vol. 22, Hamburg, 1985.

O'Brien, Philip, "La Alianza para el Progreso y los préstamos por programa a Chile", en *Estudios Internacionales*, vol. 2, Santiago, 1969.

O'Brien, Thomas F., "'Rich Beyond the Dreams of Avarice': The Guggenheims in Chile", in *Business History Review*, vol. 63, Boston, 1989.

Ocampos, S., "Chuquicamata", en *Justicia*, Santiago, 12 de mayo de 1925.

Oliver, Juan, "Las cuatro estaciones en Nueva York", en *La Nación*, Santiago, 10 de julio de 1924.

Orlove, Benjamin & Arnold J. Bauer, "Chile in the Belle Epoque: Primitive Producers, Civilized Consumers", in Benjamin Orlove (ed.), *The Allure of the Foreign: Imported Goods in Postcolonial Latin America*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1997.

Ortega, Luis, "El proceso de industrialización en Chile, 1850-1930", en *Historia*, Nº 26, Santiago, 1991.

Ortúzar Vial, Fernando, "El cine debe ser mudo", en *Atenea*, Nº 2, Concepción, 1929.

Ossandón, Carlos y Eduardo Santa Cruz, *Entre las alas y el plomo: la gestación de la prensa moderna en Chile*, Santiago, Lom Ediciones, 2001.

Ossandón, Fernando, "El Mercurio y la represión, 1973-1978", en Fernando Reyes Matta *et al.* (eds.), *Investigación sobre la prensa en Chile, 1974-1984*, Santiago, Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales, 1986.

Osterhammel, Jürgen, „Internationale Geschichte, Globalisierung und die Pluralität der Kulturen", in Jürgen Osterhammel und Wilfried Loth (eds.), *Internationale Geschichte: Themen-Ergebnisse-Aussichten*, München, Oldenbourg, 2000.

Osterhammel, Jürgen, „Transnationale Gesellschaftsgeschichte: Erweiterung oder Alternative“, in *GG* , Nº 27, Göttingen, 2001.

Otano, Rafael, “El vuelco del cine”, en *Mensaje*, Nº 25, Santiago, 1976.

Otano, Rafael, “McLuhan, un contemporáneo del futuro”, en *Mensaje*, Nº 24, Santiago, 1975.

Ouweneel, Arij, “The Germination of Politics Within the Directorio of the Institute of Chilean Engineers, 1910-1927”, en *Historia*, Nº 29, Santiago, 1995/96.

Palacios, Alfredo L., “El alma de Norte-América”, en *ND,* Nº57, New York, septiembre 1925.

Palma, Gabriel, “From an Export-led to an Import-substituting Economy: Chile 1914-1939”, in Rosemary Thorp (ed.), *Latin America in the 1930s: The Role of Periphery in the World Crisis*, Oxford, Macmillan, 1984.

Paratore, G., “Los amos del mundo”, en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 27 de agosto de 1927.

Parra, Marco Antonio de la, “An american family”, en *La Época*, Santiago, 14 de junio de 1988.

Parra, Marco Antonio de la, “El imperio del deseo”, en *La Época*, Santiago, 13 de septiembre de 1988.

Parra, Marco Antonio de la, “¡Hasta la próxima EE.UU.!”, en *La Época*, Santiago, 25 de octubre de 1988.

Parra, Marco Antonio de la, “Un chileno en la corte de Reagan”, en *La Época*, Santiago, 6 de septiembre de 1988.

Paulmann, Johannes, „Internationaler Vergleich und interkultureller Transfer: Zwei Forschungsansätze zur Geschichte des 18. bis 20. Jahrhunderts“, in *HZ*, Nº 267, Frankfurt am Main, 1998.

Paulsen, Fernando, “El nuevo canto”, en *Análisis*, Nº 42, Santiago, enero/febrero de 1982.

Paulsen, Fernando, “Nosotros, los de entonces”, en *Análisis*, Nº 38, Santiago, septiembre de 1981.

Pavez Orellana, José, “Una visión panorámica de los EE.UU.”, en *Occidente*, Nº 267, Santiago, 1976.

Pelambre, Juan, “Bienvenidas la cueca y la canción chilena”, en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 15 de mayo de 1928.

Pérez Canto, Julio, “El segundo congreso”, en *Revista económica*, año 2, Nº 2, Santiago, 1919.

Pérez Canto, Julio, “Nuestros problemas económicos ante el advenimiento de la paz”, en *Revista económica*, año 2, Nº 1, Santiago, 1919.

Pérez de Arce, Hermógenes, “Olor a Chicago”, en *El Mercurio*, Santiago, 7 de septiembre de 1983.

Pérez Domenech, Juan J., “Toledo y la mujer yanqui”, en *El Mercurio*, Santiago, 15 de julio de 1928.

Pernet, Corinne A., “Chilean Feminists, the International Women’s Movement, and Suffrage, 1915-1950”, in *Pacific Historical Review*, vol. 69, Washington D.C., 2000.

Pescador, Augusto, “Cambios humanos”, en *El Sur*, Concepción, 24 de marzo de 1981.

Pescador, Augusto, “McLuhan y los especialistas”, en *El Sur*, Concepción, 15 de marzo de 1981.

Pescador, Augusto, “Tiempos modernos”, en *El Sur*, Concepción, 7 de enero de 1986.

Petras, James & Morris Morley, “On the U.S. and the Overthrow of Allende”, in *Latin American Research Review*, vol. 13, Nº 1, Pittsburg, PA, 1978.

Petras, James, "El milagro económico chileno", en *Nueva Sociedad*, Nº 113, Caracas, 1991.

Picón-Salas, Mariano, "El americanismo de Waldo Frank", en *Revista de Educación,* Nº 1, Santiago, 1928-29.

Pinedo, Javier, "Chile a fines del siglo XX: entre la modernidad, la modernización y la identidad", en *Universum*, Nº 12, Talca, 1997.

Pinochet Le-Brun, Tancredo, "El problema del alcoholismo en Chile", en *ND,* Nº 3, New York, marzo de 1921.

Pinochet Le-Brun Tancredo, "Los contratos de Ford", en *El Mercurio*, Santiago, 29 de junio de 1924.

Pinochet Le-Brun, Tancredo, "¿Quiere Ud. venir a los Estados Unidos?", en *El Mercurio*, Santiago, 24 de febrero de 1924.

Pinochet Le-Brun, Tancredo, "Un nuevo rascacielo el más alto del mundo", en *Zig-Zag*, Santiago, 13 de noviembre de 1926.

Pinochet Le-Brun, Tancredo, "Una empresa norteamericana en Chile", en *ND* Nº 2, New York, febrero de 1921.

Pinto, Aníbal, "Razones y sinrazones de la recesión", en *Chile-América*, Nº 78/79, Roma, 1982.

Pinto, Silvia, "En todas partes se cuecen habas", en *La Tercera*, Santiago, 29 de octubre de 1980.

Piñera, José, "Perspectiva", en *La Tercera*, Santiago, 12 de septiembre de 1983.

Piñera, José, "Tecnología y libertad", en *La Tercera*, Santiago, 12 de agosto de 1985.

Polar, Juan Manuel, "Don Quijote in Yankeeland", en *Inter-America* Nº 4, Washington D.C., 1920/21.

Poswick, Ferdinand, "¿Qué humanismo para la cultura", en *Mensaje*, Nº 376, Santiago, enero/febrero de 1989.

Prien, Hans-Jürgen, „Protestantische Kirchen und Bewegungen im gesellschaftlichen Umbruch Lateinamerikas", in *Ibero-Amerikanisches Archives*, Neue Folge, vol. 20, Berlín, 1994.

"Programa básico de gobierno de la unidad popular", en Miguel González Pino y Arturo Fontaine Talavera (eds.), *Los mil días de Allende,* Santiago, Centro de Estudios Públicos, 1997.

Prutsch, Ursula. „Machtlegitimierung durch kulturelle Inszenierung am Beispiel Brasilien-interamerikanische Perspektiven. Getúlio Vargas, Estado Novo (1937-1945) und die Rolle der USA in Lateinamerika unter Franklin D. Roosevelt", in *Wiener Zeitschrift zur Geschichte der Neuzeit*, Nº 2, Viena, 2002.

Quincy, Carlos, "El resto del mundo ante los yanquis", *El Sur* , Concepción, 26 de febrero de 1923.

Quinteros, Jorge, "Como luchan y triunfan...", en *El Diario Ilustrado,* Santiago, 15 de febrero de 1928.

Racine, Karen, "Nature and Mother: Foreign Residence and the Evolution of Andrés Bello's American Identity, London, 1810-1829", in Karen Recine & Ingrid E. Fey (eds.), *Strange Pilgrimages: Exile, Travel, and National Identity in Latin America, 1800-1990s*, Wilmington, Scholarly Resources, 2000.

Ramírez, Pedro Felipe, "La devaluación del cobre", en *Apsi*, Nº 105, Santiago, agosto de 1981.

Ramonet, Ignacio, "El filme catástrofe", en *Aisthesis*, Nº 6, Santiago, 1979.

Ramos, Juan P., "'Babbitt'", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 18 de enero de 1931.

Raposo, José María, "En los EE.UU.", en *La Nación*, Santiago, 20 de abril de 1924.

Raposo, José María, "En los Estados Unidos de Norteamérica", en *La Nación*, Santiago, 13 de abril de 1924.

Raymont, Henry, "Valores tradicionales y exigencias modernas", en *El Mercurio*, Santiago, 26 de agosto de 1969.

Recabarren, Luis Emilio, "El balance del siglo: ricos y pobres a través de un siglo de vida republicana", en Hernán Godoy Urzúa (ed.), *Estructura social en Chile: estudio, selección de textos y bibliografía*, Santiago, Editorial Universitaria, 1971.

Riekenberg, Michael, „Weiße Garden, Bürgerkriegsparteien, Traditionalisten? Zum Problem ‚faschistischer' Bewegungen in Chile, Argentinien und Mexiko, 1919-1941", in *Zeitschrift für Geschichts Wissenschüft*, vol. 43, Berlin, 1995.

Rincón, Carlos, „Die neuen Kulturtheorien: Vor-Geschichten und Bestandsaufnahmen", in Brigitte Scharlau (ed.), *Lateinamerika denken: Kulturtheoretische Grenzgänge zwischen Moderne und Postmoderne*, Tübingen, Narr, 1994.

Rinke, Stefan, „‚Amerikanismus' und ‚Peligro yanqui:' Aspekte des USA-Bildes in Chile und Deutschland, 1919-1929", in Stefan Rinke und Hans-Joachim König (eds.), *Transatlantische Perzeptionen: Lateinamerika - USA - Europa in Geschichte und Gegenwart*, Stuttgart, Heinz, 1998.

Rinke, Stefan, „Bildräume: Geschichte und Nation im chilenischen Kino des 20. Jahrhunderts", in Michael Riekenberg *et al.* (eds.), *Kultur-Diskurs: Kontinuität und Wandel der Diskussion um Identitäten in Lateinamerika*, Stuttgart, Heinz, 2001.

Rinke, Stefan, „Das Andere Amerika: Alteritätskonstruktionen zwischen den Amerikas im 19. Jahrhundert", in Waltraud Schreiber (ed.), *Kontakte-Konflikte-Kooperation: Der Umgang mit dem Fremden in der Geschichte*, Neuried, Ars Una, 2001.

Rinke, Stefan, „Deutsche Lateinamerikapolitik, 1918-1933: Modernisierungsansätze im Zeichen transnationaler Beziehungen". in *JbLA,* Nº 34, Hamburg, 1997.

Rinke, Stefan, „Die chilenische Salpeterwirtschaft zwischen ausländischem Kapital, wirtschaftlichen Eliten und Staat, 1880-1930", in Thomas Fischer (ed.), *Einheimische Eliten, Staat und ausländische Unternehmen in Lateinamerika in Geschichte und Gegenwart*, Frankfurt am Main, Vervuert, 2001.

Rinke, Stefan, „Eine Pickelhaube macht noch keinen Preußen: Preußisch-deutsche Militärberater, ‚Militärethos' und Modernisierung in Chile, 1886-1973", in Sandra Carreras und Günther Maihold (eds.). *Preußen und Lateinamerika: Im Spannungsfeld von Kommerz, Macht und Kultur*, Münster, Lit, im Druck, 2004.

Rinke, Stefan, "Encountering the New History of Inter-American Relations", en *Notas: Reseñas Iberoamericanas*, Nº 7, vol. 3, Münster, 2000.

Rinke, Stefan, „‚Grenze' in Lateinamerika: Mapuche in Chile zwischen Mythos und Verleugnung", in Stefan Rinke *et al.* (eds.), *Abgrenzen oder Entgrenzen: Zur Produktivität von Grenzen*, Frankfurt; IKO, 2003.

Rinke, Stefan, "Historia y nación en el cine chileno del siglo veinte", en Gabriel Cid y Alejandro San Francisco (eds.), *Nacionalismos e identidad nacional en Chile, siglo XX,* Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2010, 2 vols.

Rinke, Stefan, "Las relaciones germano-chilenas, 1918-1933", en *Historia*, vol. 31, Santiago, 1998.

Rinke, Stefan, "Pan-Americanism Turned Upside Down", in Berndt Ostendorf (ed.). *Transnational America: The Fading of Borders in the Western Hemisphere*, Heidelberg, Winter, 2002.

Rinke, Stefan, "Transición y cultura política en el Chile de los noventa o ¿cómo vivir con el pasado sin convertirse en estatua de sal?", en Karl Kohut y José Morales Saravia (eds.), *Literatura chilena hoy: La difícil transición*, Frankfurt am Main, Vervuert, 2002.

Rinke, Stefan, "Voyeuristic Exoticism or the Multiple Uses of the Image of U.S. Women in Chile", in Hans-Joachim König & Stefan Rinke (eds.), *North Americanization of Latin America? Culture, Gender, and Nation in the Americas,* Stuttgart, Heinz, erscheint voraussichtlich, 2004.

Río, Alá de, "Lo de Chuquicamata", en *Justicia*, Santiago, 8 de mayo de 1925.

Ríos Gallardo, Conrado, "La dignidad nacional impide ir más adelante", en *La Nación*, Santiago, 12 de junio de 1926.

Ríos Gallardo, Conrado, "Pensemos en Londres y olvidemos a Nueva York", en *La Nación*, Santiago, 9 de septiembre de 1926.

Risopatrón Lira, José, "Los juegos olímpicos", en *Pacífico Magazine*, Nº 1, Santiago, 1920.

Roa, Armando, "La cultura y los medios de comunicación", en *Atenea*, Nº 442, Concepción, 1980.

Rock, David, "War and Postwar Intersections: Latin America and the United States", in David Rock (ed.), *Latin America in the 1940s: War and Postwar Transitions*, Los Angeles, University of Los Angeles Press, 1994.

Rodó, José Enrique, "El centenario de Chile", en José Enrique Rodó, *Obras completas,* editado por Emir Rodríguez Monegal, Madrid, Aguilar, 1957.

Rodríguez, Abelandia, "El papel de los medios masivos en la política cultural de la junta militar chileno", en *Comunicación y Cultura*, Nº 4, Buenos Aires-México, 1975.

Rodríguez, Pablo, "¡Bien, embajador Korry!", en *La Tercera*, Santiago, 28 de febrero de 1977.

Rodríguez, Pablo, "Pilares del nacionalismo", en *Qué Pasa*, Nº 544, Santiago, 10 de septiembre de 1981.

Roeck, Bernd, „Visual Turn? Kulturgeschichte und die Bilder", in *GG* , Nº 29, Göttingen, 2003.

Rojas, Alvaro, "Primeros pasos de independencia real", en *Análisis*, Nº 202, Santiago, noviembre de 1987.

Rojas, Manuel, "Reseña: Waldo Frank, *Primer Mensaje a la América Latina*", en *Atenea*, año 7, Nº 1, Concepción, 1930.

Roseberry, William, "Americanization in the Americas", in William Roseberry, *Anthropologies and Histories: Essays in Culture, History, and Political Economy*, New Brunswick, Rutgers, 1989.

Roseberry, William, "Social Fields and Cultural Encounters", in Joseph Gilbert *et al.* (eds.), *Close Encounters of Empire: Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations*, Durham, Duke University Press, 1998.

Rosenberg, Emily S., "Consuming Women: Images of Americanization in the 'American Century'", in *Diplomatic History*, Nº 23, Boulder, CO, 1999.

Rosenberg, Emily S.,"Turning to Culture", in Joseph Gilbert *et al.* (eds.), *Close Encounters of Empire: Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations,* Durham, Duke University Press, 1998.

Ross, Agustín, "El nuevo empréstito", en *La Unión*, Valparaíso, 17 de septiembre 1926.

Rovigo, Mariano, "Watergate", en *El Siglo*, Santiago, 6 de mayo de 1973.

Roxane, "El scoutismo en Chile", en *Zig-Zag*, Santiago, 16 de agosto de 1930.

Roxane, "Un rato de charla con Douglas Fairbanks", en *Zig-Zag,* Santiago, 20 de mayo de 1931.

Rozas, Patricio, "A propósito de la Escondida", en *Análisis*, Nº 46, Santiago, 1981/82.

Rüsen, Jörn, "Was heißt: Sinn der Geschichte?", in Klaus E. Müller und Jörn Rüsen (eds.), *Historische Sinnbildung*, Hamburg, Rowohlt, 1997.

Ruiz, Carlos, "Tendencias ideológicas de la historiografía chilena del siglo XX", en *Escritos de Teoría,* vol. 2, Santiago, 1977.

Ruiz, Carlos, "Tendencias del pensamiento de la derecha chilena", en José Fernando García (ed.), *El discurso de la derecha chilena,* Santiago, CERC, 1992.

Ruiz Bourgeois, Julio, "Desarrollo de la minería chilena en la primera mitad del siglo XX", en Enrique Molina Menadier (editor), *Desarrollo de Chile en la primera mitad del siglo XX*, Santiago, Universidad de Chile, 1951.

Sáenz, Orlando, "La visita de Mr. Harberger", en *La Tercera*, Santiago, 25 de diciembre de 1974.

Salas Edwards, Ricardo, "De Santiago a EE.UU.", en *El Mercurio*, Santiago, 21 de agosto de 1929.

Salas Edwards, Ricardo, "Dos grandes transformaciones de la vida americana", en *El Mercurio*, Santiago, 28 de octubre de 1929.

Salas Marchán, Maximiliano, "La reforma de la enseñanza", en *La Información*, Santiago, enero de 1922.

Salaverría, José M., "Perspectivas cinematográficas", en *La Nación*, Santiago, 15 de noviembre de 1929.

Sánchez, José Manuel, "No construyamos rascacielos", en *El Mercurio*, Santiago, 29 de julio de 1928.

Santos, Theotino dos, "El león imperialista", en *Chile Hoy*, Nº 42, Santiago, 1973.

Scroggs, William O., "The American Investment in Latin America", in *Foreign Affairs,* vol. 10, New York, 1932.

Schelling, Vivian, "Latin America and Other Models of Modernity", in Ton Salman (ed.). *The Legacy of the Disinherited: Popular Culture in Latin America*, Amsterdam, CEDLA, 1996.

Schildt, Axel, „Das Jahrhundert der Massenmedien: Ansichten zu einer künftigen Geschichte der Öffentlichkeit", in *GG,* Nº 27, Göttingen, 2001.

Schijman, Eduardo, "Humanismo en EE. UU.", en *El Mercurio*, Santiago, 1 de septiembre de 1978.

Schijman, Eduardo, "La turbulencia política en EE.UU.", en *El Mercurio*, Santiago, 7 de diciembre de 1974.

Schijman, Eduardo, "Nueva crisis energética en los EE.UU.", en *El Mercurio*, Santiago, 15 de febrero de 1977.

Schmidt, Siegfried J., „Diskurs und Literatursystem: Konstruktivistische Alternativen zu diskurstheoretischen Alternativen", in Jürgen Fohrmann und Harro Müller (eds.), *Diskurstheorien und Literaturwissenschaft*, Frankfurt am Main., Suhrkamp, 1988.

Schwartzmann, Felix, "Cultura nacional y mundialidad", en *Atenea*, Nº 442, Concepción, 1980.

Seidel, Robert N., "American Reformers Abroad: The Kemmerer Missions in South America, 1923-1931", in *Journal of Economic History*, vol. 32, Cambrigde, 1972.

Sepúlveda, Fidel, "Una reflexión", en *La Época*, Santiago, 8 de enero de 1989.

Sepúlveda Almarza, Alberto, "Tratando de entender a Carter", en *Hoy*, Nº 1, Santiago, 1 de junio de 1977.

Serna, Ramón de la, "Elogio del film americano", en *Atenea*, Nº 177, Concepción, marzo de 1940.

Seoane, Manuel A., "Naturaleza económica del imperialismo norteamericano", en *Atenea*, Nº 1, Concepción, 1930.

Siebenmann, Gustav, „Methodisches zur Bildforschung", in Gustav Siebenmann und Hans-Joachim König (eds.), *Das Bild Lateinamerikas im deutschen Sprachraum*, Tübingen, Niemeyer, 1992.

Sierra, Lucas, "El señor Long y la higiene pública", en *La Nación,* Santiago, 16 de julio de 1925.

Sigmund, Paul E., "Response to Petras and Morley", in *Latin American Research Review*, vol. 13, Nº 1, Pittsburg, PA, 1979.

Sigmund, Paul E., "U.S. Policy Towards Chile", in *Latin American Reserch Review*, vol. 11, Nº 3, Pittsburg, PA, 1976.

Silva, Juan Ramón, "EE.UU. y la URSS", en *La Tercera*, Santiago, 20 de enero de 1985.

Silva, Juan Ramón, "¿Tienen prejuicios raciales los chilenos?", en *La T*, Santiago, (20 de agosto de 1985.

Silva, Patricio, "State, Public Technocracy and Politics in Chile, 1927-1941", in *Bulletin of Latin American Research*, vol. 13, London, 1994.

Silva, Patricio, "Technocrats and Politics in Chile: From the Chicago Boys to the CIEPLAN Monks", in *Journal of Latin American Studies*, vol. 23, London, 1991.

Silva Castro, Raúl, "El cine, arte de hoy y para gente de hoy", en *El Mercurio*, Santiago, 11 de diciembre de 1927.

Silva Castro, Raúl, "Los EE.UU. de hoy", *El Mercurio,* Santiago, 4 de julio de 1929.

Silva Cruz, Carlos, "El alma universitaria en los EE.UU.", en *El Diario Ilustrado,* Santiago, 10 de diciembre de 1928.

Silva Cruz, Carlos, "El país del idealismo", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 4 de julio de 1930.

Silva Cruz, Carlos, "Prólogo", en Santiago Marín Vicuña, *Por los Estados Unidos*, Santiago, Nascimento, 1925.

Silva Triviño, Moisés, "Los EE.UU. y la excelencia", en *El Sur*, Concepción, 4 de julio de 1987.

Silva Vildósola, Carlos, "Cine, arte e industria", en *Hollywood*, Nº 54, Santiago, noviembre de 1926.

Solar, Alberto del, "La Doctrina de Monroe y la América Latina [reedición de 1898]", en *La Unión*, Valparaíso, 23 de enero de 1928.

Somonel, O., "La tragedia...", en *Análisis*, Nº 128, Santiago, febrero de 1986.

Soto Gamboa, Ángel, "Orígenes del modelo económico chileno", en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, vol. 163, Santiago, 1997.

Sotomayor, Alberto, "La vida que pasa", en *Sucesos*, Santiago, 16 de marzo de 1922.

Spooner, Mary Helen, "El fenómeno USA Today", en *La Época*, Santiago, 13 de noviembre de 1987.

Stabili, María Rosaria, "Relaciones de producción capitalista: los empresarios norteamericanos en la minería del cobre de Chile, 1905-1918", en *Hisla*, Nº 6, Lima, 1985.

Stern, Steve J., "The Decentered Center and the Expansionist Periphery: The Paradoxes of Foreign-Local Encounter", in Joseph Gilbert *et al.* (eds.), *Close Encounters of Empire: Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations*, Durham, Duke University Press, 1998.

Subercaseaux, Bernardo, "Identidad y destino: el caso de Chile", en Karl Kohut y José Morales Saravia (eds.), *Literatura chilena hoy: la difícil transición*, Frankfurt am Main, Vervuert, 2002.

Subercaseaux, Bernardo, "La apropiación cultural", en *ARS*, Nº 10, Santiago, marzo de 1988.

Subercaseaux, Bernardo,"Una reactivación de signo ambiguo", en Bernardo Subercaseaux (ed.), *El libro en Chile: presente y futuro*, Santiago, CENECA, 1987.

Subercaseaux, Guillermo, "Defendemos la economía nacional", en *BSFF*, Nº 38, Santiago, 921.

Subercaseaux, Guillermo, "La misión Kemmerer", en *La Nación,* Santiago, 15 de octubre de 1925.

Sunkel, Guillermo, "Introducción: la investigación sobre la prensa en Chile", en Fernando Reyes Matta *et al.* (eds.), *Investigación sobre la prensa en Chile, 1974-1984*, Santiago, Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales, 1986.

Sunkel, Osvaldo, "National Development Policy and External Dependence in Latin America", in *Journal of Development Studies*, vol. 6, London, 1969.

Sznaijder, Mario, "Who is a Chilean? The Mapuche, the Huaso and the Roto as the Basic Symbols of Chilean Collective Identity", in Mario Sznaijder & Luis Roniger (eds.), *Constructing Collective Identities and Shaping Public Spheres: Latin American Paths*, Brighton, Sussex Academic Press, 1998.

Tagle Rodríguez, Emilio, "Causas del desarrollo de la producción en los EE.UU.", en *El Mercurio*, Santiago, 7 de julio de 1929.

Tagle Rodríguez, Emilio, "El capital norteamericano y el capital inglés", en *El Mercurio*, Santiago, 18 de noviembre de 1928.

Tagle Rodríguez, Emilio, "El comercio norteamericano y el comercio inglés en Chile", en *El Mercurio*, Santiago, 25 de noviembre de 1928.

Tedeschi, Magnani, "Sinclair Lewis y la vida norteamericana", en *El Diario Ilustrado*, Santiago, 21 de enero de 1923.

Temple, William [Ernesto Barros Jarpa], "La doctrina Monroe", en *La Nación*, Santiago, 9 de marzo de 1920.

Thurner, Mark. "Historicizing 'the Postcolonial' from Nineteenth Century Peru", in *Journal of Historical Sociology,* Nº 9, London, 1996.

Toledo, Norberto, "Estudiantes chilenos en EE.UU.", en *El Mercurio*, Santiago, 15 de octubre de 1927.

Tomic, Radomiro, "Pascua y el patriotismo", en *El Mercurio*, Santiago, 30 de mayo de 1985.

Torrecilla, Arturo, "Cultural Imperialism, Mass Media, and Class Struggle: An Interview with Armand Mattelart", in *Insurgent Sociologist*, vol. 9, Eugen, OR, 1980.

Torres, Luis, "Revistas periodísticas: estrategias de comunicación y coyuntura", en Fernando Reyes Matta *et al.* (eds.), *Investigación sobre la prensa en Chile, 1974-1984*, Santiago, Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales, 1986.

Torres, Rodrigo, "Música en el Chile autoritario, 1973-1990", Manuel Antonio Garretón *et al.* (eds.). *Cultura, autoritarismo y redemocratización en Chile*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

Treml, Manfred, „'Schreckensbilder': Überlegungen zur historischen Bildkunde", in *Gestiche in Wissenschaft und Unterrricht*, Nº 48, Hanover, 1997.

Ugarte, Manuel, "La sombra de Sandino", en *Atenea*, Nº 2, Concepción, 1929.

Ugarte, Manuel, "Manifiesto a la juventud latino-americana", en *Atenea*, año 4, Nº 4, Concepción, 1927.

Unidad Popular, "Programa Básico de Gobierno (1969)", en Victor Farías, (ed.), *La izquierda chilena (1969-1973): documentos para el estudio de su línea*

*estratégica*, Berlín, Wissenschaftlicher Verlag, 2000, 6 tomos.

Urzua, Mario, "Nuevos desafíos para la televisión chilena", en *Cuadernos de información*, Nº 3, Santiago, 1986.

Uslar Pietri, Arturo, "Best Sellers", en *Cauce*, Nº 89, Santiago, 25 de agosto de 1986.

Uslar Pietri, Arturo, "Del Gran Gatsby a Franklin", en *El Sur*, Concepción, 18 de febrero de 1975.

Uslar Pietri, Arturo, "El mestizaje creador", en John Skirius (ed.), *El ensayo hispanoamericano del siglo xx*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

Uslar Pietri, Arturo, "La frontera de Miami", en *El Sur*, Concepción, 25 de agosto de 1981.

Uslar Pietri, Arturo, "Los dos siglos de EE.UU.", en *El Sur*, Concepción, 29 de junio de 1976.

Valdés, Juan Gabriel, "Centro América", en *Apsi*, Nº 125, Santiago, septiembre de 1983.

Valdés, Renato, "La plaga alcohólica", en *La Nación,* Santiago, 6 de junio de 1931.

Valdivieso A., Rafael, "Entre los EE.UU. y la URSS", en *La Segunda*, Santiago, 22 de diciembre de 1987.

Valdivieso, Rafael, "La nueva revolución industrial", en *La Segunda*, Santiago, 13 de septiembre de 1983.

Valente Rossi, Luis, "El cobre", en Chile, Congreso, Cámara de Senadores, *Boletín de sesiones extraordinarias*, Santiago, 10 de octubre de 1972.

Valenzuela, Iván, "Exportaciones de cobre", en *Mensaje*, Nº 330, Santiago, julio de 1984.

Valenzuela, R., "Chuquicamata planta", en *Pacífico Magazine,* Nº 74, Santiago, febrero, 1919.

Vanderlip, Frank A., "Problemas de la paz", en *Revista Económica,* vol. 2, Nº 1, Santiago, 1919.

Vargas, Rafael, "Nixon y las relaciones", en *La Prensa*, Santiago, 16 de abril de 1973.

Vargas Stoller, Alfredo, "Rascacielos", en *Zig-Zag*, Santiago, 6 de marzo de 1926.

Vásquez, David E., "El cine como registro de una sociedad que cambia", en Alfredo Riquelme Segovia (ed.), *Chile: historia y presente. Una visión interdisciplinaria,* Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1996.

Vásquez, Jorge, "Un viaje", en *Pacífico Magazine*, Nº 51, Santiago, febrero 1917.

Vega, Daniel de la, "El arte negro", en *El Mercurio*, Santiago, 14 de octubre de 1929.

Vega, Daniel de la, "Josefina y la propaganda", en *Las Últimas Noticias*, Santiago, 19 de marzo de 1928.

Vega, Daniel de la, "La agonía del Shimmy y del Jazz", en *El Mercurio*, Santiago, 16 de junio de 1924.

Vega, Daniel de la, "Las conquistas de Norteamérica", en *El Mercurio*, Santiago, 26 de mayo de 1928.

Veneros, Diana, "Evolución de la legislación laboral en Chile hasta 1924", en *Dimensión Histórica de Chile*, vol. 2, Santiago, 1985.

Venturino, Pascual, "[Reseña de] Fuenzalida *El trabajo y la vida*", en *Revista Chilena* , Nº 25, Santiago, 1919.

Verdún, Pedro, "El cine cómico", en *Hollywood*, Nº 62, Santiago, julio de 1927.

Vergara Vicuña, Federico, "Los chilenos en el oro de California", en *La Nación*, Santiago, 15 de febrero de 1928.

Vérité, Paul, "Mal conocidos", en *La Nación*, Santiago, 9 de febrero de 1931.

Villegas, Hernán, "Nosotros, los Sub Americanos", en *La Prensa*, 12 de mayo de 1971.

Vío Grossi, Francisco, "Desde la burocracia de los proyectos hacia el floreci-

miento de la vida", en Francisco Vío Grossi (ed.), *Primero la gente: ONG, estado y cooperación internacional en el Tercer Mundo*, Santiago, Consejo de Educación Popular de América Latina y el Caribe, 1989.

Viviani, Guillermo, "¿Cual es la verdadera causa?", en *El Mercurio*, Santiago, 27 de febrero de 1928.

Viviani C., Guillermo, "Los postulados del nacionalismo", en *El Mercurio*, Santiago, 15 de junio de 1927.

Viviani Contreras, Guillermo, "Prólogo", en Enrique Molina y Leo S. Rowe. *Los democracias americanas y sus deberes.* Santiago, Editorial Universitaria, 1917.

Vylder, Stefan de, "Chile 1973-1987: Los vaivenes de un modelo", en Rigoberto García (ed.), *Economía y política durante el gobierno militar en Chile, 1973-1987*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

Walker Linares, Francisco, "Evolución social", en Enrique Molina (ed.), *Desarrollo de Chile en la primera mitad del siglo XX*, Santiago, Universidad de Chile, 1951.

Wells William Charles, "Latin American Trade: A Comparative Survey", in *Bulletin of the Pan-American Union,* vol. 47, Wasihigton, december, 1918.

Werner, Michael und Bénédicte Zimmermann, „Vergleich, Transfer, Verflechtung: Der Ansatz der ‚histoire croisée' und die Herausforderung des Transnationalen", in *GG,* Nº 28, Hamburg, 2002.

Wico, Rubén (verde) Darío, "A Sam (el tío ése...)", en *Topaze* , Santiago, 23 de marzo de 1932.

Wilkins, Mira, "Multinational Oil Companies in South America in the 1920s", in *Business History Review*, vol. 48, Boston, 1974.

Wirz, Albert. "Für eine transnationale Gesellschaftsgeschichte", in *GG*, Nº 27, Hamburg, 2001.

Wolfe, Patrick, "History and Imperialism: A Century of Theory, from Marx to Postcolonialism", in *American Historical Review*, vol. 102, Bloomington, IN, 1997.

Woll, Allen L., "Hollywood's Good Neighbor Policy: The Latin Image in American Films, 1939-1946", in *Journal of Popular Film*, vol. 3, Washington D.C., 1974.

Woll, Allen L.,"The Comic Book in a Socialist Society", in *Journal of Popular Culture*, vol. 9, East Lansing, MI, 1976.

Yañez, David, "El rock chileno", en Valerio Fuenzalida (ed.), *La producción de música popular en Chile*, Santiago, CENECA, 1987.

Yáñez, Eliodoro, "Prólogo", en Enrique Molina y Leo S. Rowe, *Los democracias americanas y sus deberes*, Santiago, Editorial Universitaria, 1917.

Youngman, Elmer H., "Investments in Latin America", in *Pan-American Magazine,* vol. 28, Nº 5, Washington, 1919.

Zabala, Ricardo, "Inversión extranjera directa en Chile", en *Estudios Públicos*, Nº 28, Santiago, 1987.

Zamacois, Miguel, "La locura negra", en *Zig-Zag*, Santiago, 9 de enero de 1926.

Zañartu, Sady, "Vida teatral", en *Zig-Zag*, Santiago, 27 de febrero de 1926.

Zaratustra, "La pelea del siglo", *en Punto Final*, Nº121, Santiago, enero de 1971.

Zárraga, Miguel de, "Desde Nueva York", en *El Mercurio,* Santiago, 12 de agosto de 1922.

Zárraga, Miguel de, "Henry Ford", en *La Nación*, Santiago, 9 de octubre de 1919.

Zegri, Armando, "Beber o no beber", en *La Nación,* Santiago, 5 de julio de 1931.

Zegri, Armando, "El primer torero gringo", en *La Nación*, Santiago, 15 de febrero de 1931.

Zegri, Armando, "Nacionalización del cobre", en *La Nación*, Santiago, 19 de octubre de 1971.

Zegri, Armando, "Un chileno...", en *La Nación*, Santiago, 4 de enero de 1931.

Zegri, Armando, "Rudolph Valentino", en *La Nación*, Santiago, 7 de noviembre de 1926.

Zeitlin, Maurice & Richard E. Ratcliff, "The Concentration of National and Foreign Capital in Chile, 1966", in Arturo & J. Samuel Valenzuela (eds.), *Chile: Politics and Society*, New Brunswick, Transaction, 1976.

Zenteno Anaya, Samuel, "El espíritu de la educación norte-americana", en *Atenea*, Nº 1, Concepción, 1925.

Zouroff, Vera, "Crónicas de Hollywood", en *Zig-Zag,* Santiago, 16 de enero de 1932.

IV. Libros

*40 años de Canal 13*, Santiago, Canal 13, 2001.

Abarca, Florentino, *La decadencia de Chile: causas principales y secundarias*, Valparaíso, De la Cruz, 1904.

Acevedo Caro, José Luis, *Vanguardia protestante: grave peligro para los países latino-americanos*, Valparaíso, San Rafael, 1928.

Acevedo Hernández, Antonio, *La cueca: orígenes, historia y antología*, Santiago, Nascimento, 1953.

Ahumada, Jorge, *En vez de la miseria,* Santiago, Pacífico, 1958.

Aldunate Phillips, Arturo, *Estados Unidos, gran aventura del hombre*, Santiago, Nascimento, 1943.

Albert, Bill, *South America and the First World War,* Cambridge, Cambridge University Press, 1988.

Albrow, Martin, *Abschied vom Nationalstaat: Staat und Gesellschaft im globalen Zeitalter*, Frankfurt a.M., Suhrkamp, 1998.

Alegría, Fernando, *Amerika, Amerikka, Amerikkka: Manifiestos de Vietnam,* Santiago, Editorial Universitaria, 1970.

Alexander, Robert J., *The Tragedy of Chile,* Westport, Greenwood, 1978.

Altamirano, Juan Carlos, *Así, así se mueve Don Francisco: un estudio sobre Sábados Gigantes y la televisión*, Santiago, Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales, 1987.

Alvarez, Alejandro, *The Monroe Doctrine: Its Importance in the International Life of the States of the World*, New York, Oxford University Press, 1924.

Allende, Salvador *et al.*, *La vía chilena al socialismo*, México, Siglo XXI, 1973.

Aman, Kenneth & Cristián Parker (eds.), *Popular Culture in Chile: Resistance and Survival*, Boulder, Westview, 1991.

American Society of Chile, *Americans in Chile*, Valparaíso, Kegan, 1931.

Anderson, Benedict, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, 2ª ed., London, Verso, 1991.

*Anuario de cultura y medios de comunicación*, Santiago, Instituto Nacional de Estadísticas, 1984 y ss.

*Anuario de transporte y comunicaciones.* Santiago, 1983 y ss

Appadurai, Arjun, *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1998.

Araquistaín, Luis, *El peligro yanqui*, Madrid, España, 1921.

Aron, Raymond, *La república imperial: los Estados Unidos en el mundo, 1945-1972*, Buenos Aires, Eme, 1974.

Arriagada, Genaro, *El pensamiento político de los militares*, Santiago, Aconcagua, 1986.

Arriagada, Genaro, *Por la razón o la fuerza: Chile bajo Pinochet*, Santiago, Sudamericana, 1998.

Aylwin Azócar, Patricio, *Camino propio: lo que Chile espera de la democracia cristiana,* Santiago, autoedición, 1968.

Banco Central de Chile, *Indicadores económicos y sociales, 1960-1988,* Santiago, Banco Central de Chile, 1989.

Bañados, Guillermo M., *Chile y los problemas de la post-bellum*, Santiago, Nacional, 1919.

Barclay, David E. & Elisabeth Glaser-Schmidt (eds.), *Transatlantic Images and Perceptions: Germany and America since 1776*, New York, Cambridge University Press, 1997.

Barr-Melej, Patrick, *Reforming Chile: Cultural Politics, Nationalism, and the Rise of the Middle Class*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2001.

Barros Jarpa, Ernesto *et al.* (eds.), *Chile: Geografía económica*, Santiago, Cervantes, 1923.

Barros Van Buren, Mario, *La diplomacia chilena durante la Segunda Guerra Mundial,* Santiago, Arquén, 1998.

Bastian, Jean-Pierre, *Protestantismo y modernidad latinoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

Bauman, Zygmunt, *Globalization: The Human Consequences*, Cambridge, Polity, 1998.

Beck, Ulrich, *Was ist Globalisierung? Irrtümer des Globalismus - Antworten auf Globalisierung*, Frankfurt a.M., Suhrkamp, 1998.

Becker, Felix *et al.* (eds.), *Iberische Welten*, Köln, Böhlau, 1994.

Behrens, Roberto, *Inversión extranjera y empresas transnacionales en la economía de Chile, 1974-1989: el papel del capital extranjero y la estrategia nacional de desarrollo*, Santiago, CEPAL, 1992.

Bengoa, José, *La comunidad perdida: ensayos sobre identidad y cultura-los desafíos de la modernización en Chile*, Santiago, Sur, 1996.

Benítez, Jorge (ed.), *José Martí y Chile,* Santiago, LOM Ediciones, 1995.

Bernecker, Walther L. (ed.), *1898: Su significado para Centroamérica y el Caribe: ¿Cesura, cambio o continuidad?,* Frankfurt a.M., Vervuert, 1998.

Bhaba, Homi, *The Location of Culture*, London, Routledge, 1994.

Bitar, Sergio, *Chile para todos*, Santiago, Planeta, 1988.

Blancpain, Jean Pierre, *Les Allemands au Chili, 1816-1945*, Köln, Böhlau, 1974.

Bohan, Merwin L. & Morton Pomeranz, *Investment in Chile: Basic Information for U.S. Businessmen*, Washington, US Departament of Commerce, 1960.

Bonn, Moritz Julius, *Prosperity,* Madrid, Revista de Occidente, 1931.

Borzutzky, Silvia, *Vital Connections: Politics, Social Security, and Inequality in Chile*, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 2002.

Bravo, Anne, *El Mercurio: un discurso sobre la cultura, 1958-1980*, Santiago, CENECA, 1986.

Breinig, Helmbrecht (ed.), *Interamerikanische Beziehungen: Einfluß-Transfer-Interkulturalität.* Frankfurt am Main, Vervuert, 1990.

Brunner, José Joaquín, *Bienvenidos a la modernidad*, Santiago, Planeta, 1994.

Brunner, José Joaquín, *Globalización cultural y posmodernidad,* Santiago, Fondo de Cultura Económica, 1999.

Brunner, José Joaquín, *Un espejo trizado: ensayos sobre cultura y políticas culturales*, Santiago, FLACSO, 1988.

Brunner, José Joaquín *et al.*, *Chile: transformaciones culturales y modernidad*, Santiago, FLACSO, 1989.

Brunner, José Joaquín y Angel Flisfisch, *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*, Santiago, FLACSO, 1983.

Brunner, José Joaquín y Carlos Catalán, *Industria y mercado culturales en Chile: descripción y cuantificaciones*, Santiago, FLACSO, 1987.

Brunner, Karl, *Santiago de Chile: su estado actual y su futura formación*, Santiago, La Tracción, 1932.

Burns, E. Bradford, *Latin American Cinema: Film and History*, Los Angeles, Univwrsity of California, Latin American Center, 1975.

Cabero, Alberto, *Chile y los chilenos*, Santiago, Nascimento, 1926.

Caputo, Orlando y Roberto Pizarro, *Desarrollismo y capital extranjero: las nuevas formas del imperialismo en Chile*, Santiago, Horizonte, 1970.

Carrera, José Miguel, *Diario de viaje a Estados Unidos de América,* Santiago, Editorial Universitaria, 1996.

Cascabel, César [Raúl Simón], *Broadway*, Santiago, Nascimento, 1927.

Castañeda, Jorge G., *Utopia Unarmed: The Latin American Left after the Cold War*, New York, Vintage, 1994.

Castillo Velasco, Fernando, *Orientaciones y programa para la Reforma*, Santiago, Universidad Católica de Chile, 1970.

Castro, Sergio de, *El ladrillo: bases de la política económica del gobierno militar chileno*, Santiago, CEP, 1992.

Catalán, Carlos *et al.*, *Transformaciones del sistema cultural chileno entre 1920-1973*, Santiago, CENECA, 1987.

Catalán, Carlos y Giselle Munizaga, *Políticas culturales estatales bajo el autoritarismo en Chile*, Santiago, CENECA, 1986.

Cavallo, Ascanio *et al.*, *Chile, 1973-1988: la historia oculta del régimen militar*, Santiago, Antártica, 1989.

CEPAL, *El pensamiento de la CEPAL*, Santiago, Editorial Universitaria, 1969.

Cespedes, Mario (ed.). *Gabriela Mistral en el* Repertorio Americano. San José: Univ. de Costa Rica, 1978.

Cipolla, Arnaldo, *Norte América y los Norteamericanos*, Santiago, Nascimento, 1929.

Clayton, Lawrence A., *Grace: W.R. Grace and Co., the Formative Years, 1850-1930*, Ottawa, IL, Jameson, 1985.

Clifford James, *The Predicament of Culture: Twentieth Century Ethnography, Literature, and Art*, Cambridge MA, Harvard University Press, 1988.

Clifford, James, *Routes: Travel and Translation in the Late Twentieth Century*, Cambridge MA, Harvard University Press, 1997.

Collier, Simon & William F. Sater, *A History of Chile, 1808-1994*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

Conrad, Sebastian und Shalini Randeria (eds.), *Jenseits des Eurozentrismus: Transnationale und postkoloniale Ansätze in den Geschichts- und Kulturwissenschaften*, Frankfurt a.M., Campus, 2002.

Constable, Pamela & Arturo Valenzuela, *A Nation of Enemies: Chile under Pinochet*, New York, Norton, 1991.

*Constitution of the United States of America and Amendments With Historical Introduction in English and Spanish*, New York, Chile-American Association, 1922.

Corlazzoli, Pablo, *Los regímenes militares en América Latina: Estructuración e ideología. Los casos de Brasil, Chile y Uruguay*, Montevideo, Ediciones del Nuevo Mundo, 1987.

Cristi, Renato y Carlos Ruiz, *El pensamiento conservador en Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1991.

Cuevas Farren, Gustavo (ed.), *Política: Chile 1973-1983: enfoques para un decenio*, Santiago, Universidad de Chile, 1983.

Couyoumdjian, Juan Ricardo, *Chile y Gran Bretaña durante la primera guerra mundial y la postguerra, 1914-1921*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1986.

Cuadra, Manuel, *Architektur in Lateinamerika: Die Andenstaaten im 19. und 20. Jahrhundert*, Darmstadt, Häusser, 1991.

Cueto, Marcos (ed.), *Missionaries of Science: The Rockefeller Foundation and Latin America*, Bloomington, Indiana University Press, 1994.

Chile-American Association, *Chile in 1930: A Survey of Economic and Fiscal Conditions and Prospects,* New York, Chile-American Association, 1930.

Chile-American Association, *Chile y los Estados Unidos*, New York, Chile-American Association, 1928.

Chile. *Constitución política de la República de Chile.* Santiago, 1925.

Chile, Congreso, Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones ordinarias.* Santiago, 1900-1932.

Chile, Congreso, Cámara de Diputados, *Boletín de sesiones extraordinarias.* Santiago, 1900-1932.

Chile, Congreso, Cámara de Senadores, *Boletín de sesiones ordinarias.* Santiago, 1900-1932.

Chile, Congreso, Cámara de Senadores, *Boletín de sesiones extraordinarias.* Santiago, 1900-1932.

Chile, Congreso, Senado, *El Presidente Eisenhower en el Congreso de Chile*, Santiago, Zig-Zag, 1960.

Dahse, Fernando, *El mapa de la extrema riqueza: los grupos económicos y el proceso de concentración de capitales,* Santiago, Aconcagua, 1979.

Davies, Ronald Edward George, *Airlines of Latin America since 1919,* London, Putnam, 1984.

Dávila, Carlos G., *North American Imperialism*, New York, Chile-American Association, 1930.

Dávila, Carlos G., *We of the Americas,* Chicago, Ziff-Davies, 1949.

Davis, Nathaniel, *The Two Last Years of Allende*, London, Tauris, 1985.

Debray, Régis/Salvador Allende, *Der chilenische Weg*, Neuwied, Luchterhand, 1972.

*Declaración de Principios del Gobierno de Chile,* Santiago, edición independiente, 1974.

Délano, Jorge, *Yo soy tú*, Santiago, Zig-Zag, 1956.

Délano Manuel y Hugo Traslaviña, *La herencia de los Chicaco boys*, Santiago, Ornitorrinco, 1989.

Delpar, Helen, *The Enormous Vogue of Things Mexican: Cultural Relations between the United States and Mexico, 1920-1935*, Tuscaloosa, University of Alabama Press, 1992.

Demaría, Alfredo, *La higiene pública en EE.UU.,* Santiago, Editorial Universitaria, 1928.

*Desarrollo de Chile en la primera mitad del siglo XX*, Santiago, Universidad de Chile, 1951.

DeShazo, Peter, *Urban Workers and Labor Unions in Chile, 1902-1927*, Madison, Wisconsin University Press, 1983.

Deutsch, Sandra McGee, *Las Derechas: The Extreme Right in Argentina, Brazil, and Chile, 1890-1939,* Stanford, Stanford University Press, 1999.

Deutsche Überseeische Bank, *50 Jahre Deutsche Überseeische Bank. 1886-1936* Berlin, Otto Elsneé, 1936.

Dirección de Estadística y Censos, *Turismo,* Santiago, Dirección de Estadística y Censos, 1975-1980.

Doering-Manteuffel, Anselm, *Wie westlich sind die Deutschen? Amerikanisierung*

*und Westernisierung im 20. Jahrhundert.* Göttingen, Vandenhoek & Ruprecht, 1999.

Dooner, Patricio, *Periodismo y política: la prensa de derecha e izquierda, 1970-1973*, Santiago, Andante, 1989.

Dorfman, Ariel, *Heading South, Looking North: A Bilingual Journey*, New York, FSG, 1998.

Dorfman, Ariel y Armand Mattelart, *Para leer al Pato Donald,* Valparaíso, Editorial Universitarias, 1971.

Dorfman, Ariel y Manuel Jofré, *Superman y sus amigos del alma*, Buenos Aires, Galerna, 1974.

Doty, Roxanne Lynn, *Imperial Encounters: The Politics of Representation in North-South Relations*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1996.

Drake, Paul W., *Labor Movements and Dictatorships: The Southern Cone in Comparative Perspective*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1996.

Drake, Paul W., *Socialism and Populism in Chile, 1932-52*, Urbana, University of Illinois Press, 1978.

Drake, Paul W., *The Money Doctor in the Andes: The Kemmerer Missions, 1923-1933*, Durham, Duke University Press, 1989.

Drake, Paul W. (ed.), *The Struggle for Democracy in Chile, 1982-1990*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1991.

Durán, Claudio, *El Mercurio: Ideología y propaganda, 1954-1994; ensayos de interpretación bi-lógica y psico-histórica*, Santiago, CESOC, 1995, tomo 1: Propaganda de agitación en el período agosto 1972-marzo 1973.

Durán B., Alberto, *El estado libre de El Teniente y la vida obrera de las minas*, Santiago, Editorial Universitaria, 1919.

Durand, Luis, *Presencia de Chile: ensayos*, Santiago, Editorial Universitaria, 1942.

Dussel, Enrique, *De Medellín a Puebla: Una década de sangre y esperanza, 1968-1979,* México, Centro de Estudios ecuménicos, 1979.

Dussel, Enrique (ed.), *The Church in Latin America, 1492-1992*, Maryknoll, Orbis, 1992.

Eberlei, Walter, *Wege aus der Schuldenkrise: Perspektiven und Optionen für die Großschuldner Lateinamerikas*, Bonn, Stiftung Entwicklung und Frieden, 1991.

Eco, Umberto, *Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas,* Barcelona, Lumen, 1968.

Edwards Bello, Joaquín, *El nacionalismo continental: crónicas chilenas*, Madrid, Espasa Calpe, 1925.

Edwards Vives, Alberto, *La fronda aristocrática en Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1997 (1928).

Eliash Díaz, Humberto y Manuel Moreno Guerrero, *Arquitectura y modernidad en Chile, 1925-1965: una realidad multiple*, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1989.

Encina, Francisco, *Historia de Chile desde la prehistoria hasta 1891*, Santiago, Ercilla, 1983-1984 [1940-1952], 20 tomos.

Encina, Francisco, *Nuestra inferioridad económica, sus causas y sus consecuencias*, Santiago, Editorial Universitaria, 1972 (1911).

Ensalaco, Mark, *Chile under Pinochet: Recovering the Truth*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2000.

Espagne, Michel, *Les transferts culturels franco-allemands*, Paris, Presses Université de France, 1999.

Eyzaguirre, Jaime, *Fisonomía histórica de Chile*, México, Fondo de Cultura Económica, 1948.

Fallert, Esteban, *El verdadero cristianismo: dónde está y dónde no está, ó sea los evan-*

*gélicos desenmascarados*, Santiago, Revista Católica, 1906.

Farías, Victor (ed.), *La izquierda chilena (1969-1973): documentos para el estudio de su línea estratégica*, Berlín, Wissenschaftlicher Verlag, 2000, 6 tomos.

Farrell, Joseph S., *The National Unified School in Allende's Chile*, Vancouver, University of British Columbia Press, 1986.

Fermandois H., Joaquín, *Abismo y cimiento: Gustavo Ross y las relaciones entre Chile y Estados Unidos 1932-1938*, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1997.

Fermandois H., Joaquín, *Chile y el mundo 1970-1973: la política exterior del gobierno de la Unidad Popular y el sistema internacional*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1985.

Fey, Ingrid E. & Karen Racine (eds.), *Strange Pilgrimages: Exile, Travel, and National Identity in Latin America, 1800-1990s*, Wilmington, Scholarly Resources, 2000.

Fiebig-von Hase, Ragnhild, *Lateinamerika als Konfliktherd der deutsch-amerikanischen Beziehungen, 1890-1903: Vom Beginn der Panamerikapolitik bis zur Venezuelakrise von 1902/03,* Göttingen, Vandenhoek & Ruprecht, 1986, 2 vols.

Fifer, J. Valerie, *United States Perceptions of Latin America: A 'New West' South of Capricorn?*, Manchester, Manchester University Press, 1991.

Figueroa, Marcial, *Chuquicamata: la tumba del chileno*, Antofagasta, Prat, 1928.

Fischer, Thomas (ed.), *Einheimische Eliten, Staat und ausländische Unternehmen in Lateinamerika in Geschichte und Gegenwart*, Frankfurt a.M., Vervuert, 2001.

Fontaine Aldunate, Arturo, *Los economistas y el presidente Pinochet*, Santiago, Zig-Zag, 1988.

Fontaine Talavera, Arturo, *Nueva York*, Santiago, Editorial Universitaria, 1976.

Fohrmann, Jürgen und Harro Müller (eds.), *Diskurstheorien und Literaturwissenschaft*, Frankfurt a.M., Suhrkamp, 1988.

Foxley, Alejandro, *Chile y su futuro: un país posible*, Santiago, CIEPLAN, 1987.

Foxley, Alejandro, *Latin American Experiments in Neo Conservative Economics*, Berkeley, University of California Press, 1982.

Francis, Michael J., *The Limits of Hegemony: United States Relations with Argentina and Chile During World War II*, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1977.

Frank, André Gunder, *Capitalism and Underdevelopment in Latin America: Historical Studies of Chile and Brazil*, New York, Monthly Review, 1967.

Friedeman, Milton, *Milton Friedman en Chile: bases para un desarrollo económico*, Santiago, Fundación de Estudios Económicos Banco Hipotecario de Chile, 1975.

Friedmann, Reinhard, *Chile unter Pinochet: Das autoritäre Experiment (1973-1990)*, Freiburg, Arnold Bergstraesses Institute, 1990.

Fuenzalida, Valerio, *Estudios sobre la televisión chilena*, 2ª ed., Santiago, Corporación de Promoción Universitaria, 1984.

Fuenzalida, Valerio, *La industria fonográfica en Chile,* Santiago, CENECA, 1985.

Fuenzalida, Valerio, (ed.), *La producción de música popular en Chile*, Santiago, CENECA, 1987.

Fuguet, Alberto y Sergio Gómez (eds.), *McOndo*, Barcelona, Grijalbo, 1996.

Gallardo Nieto, Galvarino, *Neutralidad de Chile ante la guerra europea*, Santiago, Barcelona, 1917.

Gallardo Nieto, Galvarino, *Panamericanismo,* Santiago, Nascimento, 1941.

Garafulic, Andrés, *Carnalavaca: novela de las tierras rojas*, Santiago, Nascimento, 1932.

García, José Fernando (ed.), *El discurso de la derecha chilena*, Santiago, Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea, 1992.

García, Rigoberto (ed.), *Economía y política durante el gobierno militar en Chile, 1973-1987*, Mexiko, FCE, 1989.

García Canclini, Néstor, *Culturas híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo, 1990.

García Canclini, Néstor, *La globalización imaginada,* México, Paidós, 1999.

García Canclini, Nestor, *Las cultura populares en el capitalismo*, México, Nueva Imagen, 1982.

Garretón, Manuel Antonio *et al.* (eds.), *Cultura, autoritarismo y redemocratización en Chile,* México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

Garretón M., Manuel Antonio, *La faz sumergida del iceberg: estudios sobre la transformación cultural*, Santiago, LOM Ediciones, 1993.

Gazmuri Riveros, Cristián, *El "48" chileno: igualitarios, reformistas, radicales, masones y bomberos*, 2ª ed., Santiago, Editorial Universitaria, 1998.

Gazmuri Riveros, Cristián, *Testimonios de una crisis: Chile, 1900-1925,* Santiago, Editoial Universitaria, 1979.

Gazmuri Riveros, Cristián (ed.), *El Chile del centenario: los ensayistas de la crisis*, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2001.

Geertz, Clifford, *Dichte Beschreibung: Beiträge zum Verstehen kultureller Systeme,* Frankfurt a.M., Suhrkamp, 1987.

Geertz, Clifford, *The Interpretation of Cultures*, New York, Basic, 1973.

Gereffi, Gary *et al.* (eds.), *Commodity Chains and Global Capitalism*, Westport, Praeger, 1994.

German, Christiano, *Politik und Kirche in Lateinamerika: Zur Rolle der Bischofskonferenzen im Demokratisierungsprozeß Brasiliens und Chiles,* Frankfurt a.M., Vervuert, 1999.

Getino, Octavio, *Cine y televisión en América Latina: producción y mercados*, Santiago, LOM Ediciones, 1998.

Ghiraldo, Alberto, *Yanquílandia bárbara: la lucha contra el imperialismo*, Madrid, Historia Nueva, 1929.

Giddens, Anthony, *The Consequences of Modernity*, Stanford, Stanford University Press, 1990.

Gilderhus, Mark T., *Pan American Visions: Woodrow Wilson in the Western Hemisphere, 1913-1921*, Tucson, University of Arizona Press, 1986.

Gissi, Jorge, *Identidad, 'carácter social' y cultura latinoamericana,* Santiago, Pontificia Universidad Católica, 1982.

Godoy, Alvaro y Juan Pablo González (eds.). *Música popular chilena: 20 años, 1970-1990.* Santiago: Ministerio de Educación, 1995.

Godoy Urzúa, Hernán, *El carácter chileno.* Santiago, Editorial Universitaria, 1976.

Godoy Urzúa, Hernán, *La cultura chilena: ensayo de síntesis y de interpretación sociologica*, Santiago, Editorial Universitaria, 1983.

Godoy Urzúa, Hernán (ed.), *Estructura social en Chile: estudio, selección de textos y bibliografía*, Santiago, Editorial Universitaria, 1971.

Góngora, Augusto, *La tele-visión del mundo popular*, Santiago, Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales, 1983.

Góngora, Mario, *Civilización de masas y esperanza y otros ensayos,* Santiago, Vivaria, 1987.

Góngora, Mario, *Ensayo histórico sobre la noción del estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Santiago, Editorial Universitaria, 1986.

González Casanova, Pablo (ed.), *No intervención, autodeterminación y democracia en América Latina,* México, Siglo XXI, 1983.

González Pino, Miguel y Arturo Fontaine Talavera (eds.), *Los mil días de Allende*, Santiago, CEP, 1997, 2 tomos.

Guerra, José Guillermo, *La constitución de 1925*, Santiago, Balcells, 1929.

Gutiérrez, Eulogio, *Chuquicamata: tierras rojas*, Santiago, Nascimento, 1926.

Gutiérrez, Eulogio, y Marcial Figueroa, *Chuquicamata: sus grandezas y sus dolores*, Santiago, Cervantes, 1920. Gutiérrez, Paulina y Giselle Munizaga, *Radio y cultura popular de masas*, Santiago, CENECA, 1983.

Gwynne, Robert N. & Cristóbal Kay (eds.), *Latin America Transformed: Globalization and Modernity*, London, Arnold, 1999.

Hagenbüchle, Roland & Josef Raab (eds.), *Negotiations of America's National Identity*; Tübingen, Stauffenburg, 2000.

Haines, Gerald K., *The Americanization of Brazil: A Study of U.S. Cold War Diplomacy in the Third World, 1945-1954*, Wilmington, SR Books, 1989.

Halsey Frederic M. & G. Butler Sherwell, *Investments in Latin America*, tomo 3: *Chile*. Trade Information Bulletin 426. Washington, Government Printing Office, 1926.

Hannerz, Ulf, *Cultural Complexity,* New York, Columbia University Press, 1992.

Harrison, Lawrence E., *The Pan-American Dream: Do Latin America's Cultural Values Discourage True Partnership with the United States and Canada*, New York, BasicBooks, 1997.

Heise González, Julio, *Historia de Chile: El período parlamentario, 1861-1925*, Santiago, Editorial Andrés Bello/Editorial Universitaria, 1974-1982, 2 tomos.

Held, David, *Global Transformations: Politics, Economics, and Culture*, Cambridge, Polity Press, 1999.

Hellman, Ronald G. (ed.), *Latin America: The Search for a New International Role*, New York, Sage, 1975.

Hennebelle, Guy et Alfonso Gumucio Dagron, *Les cinémas de l'Amérique Latine*, Paris, L'Herminier, 1981.

Herlinghaus, Hermann y Monika Walter (eds.), *Posmodernidad en la periferia: Enfoques latinoamericanos de la nueva teoría cultural*, Berlin, Langer, 1994.

Himmelstein, Jerome L., *To the Right: The Transformation of American Conservatism*, Los Angeles, University of California Press, 1990.

Hilton, Sylvia L. & Steve J.S. Ickringgill (eds.), *European Perceptions of the Spanish-American War of 1898*, Frankfurt a.M., Lang, 1999.

*Historia de Iberoamérica*, Madrid, Cátedra, 1988, tomo III: Historia Contemporánea.

Hite, Katherine, *When the Romance Ended: Leaders of the Chilean Left, 1968-1998*, New York, Columbia University Press, 2000.

Hofmeister, Wilhelm, *Chile: Option für die Demokratie: Die christlich-demokratische Partei (PDC) und die politische Entwicklung in Chile 1964-1994*, Paderborn, Schöningh, 1995.

Hoover, Willis C., *History of the Pentecostal Revival in Chile*, Santiago, Eben-Ezer, 2000 (1930).

Hopkins, Anthony (ed.), *Globalization in World History*, London, Pimlico, 2002.

Horowitz, Irving Louis (ed.), *The Rise and Fall of Project Camelot: Studies in the Relationship Between Social Sciences and Practical Politics*, Cambridge, Massachusetts Institute Technology Press, 1974.

Humphreys, Robert A., *Latin America and the Second World War,* London, Athlone, 1981, vol. 1: 1939-1942.

Huneeus, Carlos, *Der Zusammenbruch der Demokratie in Chile: Eine vergleichende Analyse*, Heidelberg, Esprint, 1981.

Huneeus, Pablo, *La cultura huachaca o el aporte de la televisión*, Santiago, Nueva Generación, 1981.

Huneeus, Pablo, *¿Qué te pasó Pablo?,* Santiago, Nueva Generación, 1981.

Hurtado, María de la Luz, *Historia de la televisión chilena entre 1959 y 1973*, Santiago, CENECA, 1989.

ICARE, *La libre empresa y el futuro de Chile,* Santiago, ICARE, 1989.

Ilabarca León, Oscar, *Breve estudio sobre los fundamentos económico-sociales de nuestros empréstitos externos*, Santiago, Universidad de Chile, 1925.

Imbusch, Peter, *Unternehmer und Politik in Chile: Eine Studie zum politischen Verhalten der Unternehmer und ihrer Verbände*, Frankfurt a.M., Vervuert, 1995.

Ingram, George M., *Expropriation of U.S. Property in South America: Nationalization of Oil and Copper Companies in Peru, Bolivia, and Chile*, New York, Praeger, 1974.

Institute of International Education, *Colegiaturas y becas para costear estudios en los Estados Unidos a que pueden optar los estudiantes latinoamericanos*, New York, The Institute, 1930.

Institute of International Education, *Guía del estudiante extranjero en los Estados Unidos*, New York, The Institute, 1927.

*Instituto Chileno-Norteamericano de Cultura. 1938-1958,* Santiago, Instituto, 1958.

Instituto Chileno-Norteamericano de Cultura, *40 años, 1938-1978,* Santiago, Instituto, 1978.

Instituto Chileno-Norteamericano de Cultura, *Cincuentenario, 1938-1988,* Santiago, Instituto, 1988.

Instituto Chileno-Norteamericano de Cultura, *Memorias anuales*, Santiago, Instituto, 1979 y ss.

Instituto Nacional de Estadísticas, *Anuario de turismo*, Santiago, Instituto Nacional de Estadísticas, 1983.

*Inversión extranjera y empresas transnacionales en la economía de Chile, 1974-1989.* Santiago, CEPAL, 1992.

Israel, Alberto, *Estrategia y acción en publicidad,* Santiago, IDB Consultores, 1982.

Iznaga, Diana, *Transculturación en Fernando Ortiz,* La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1989.

Jaksic, Iván, *Academic Rebels in Chile: The Role of Philosophy in Higher Education and Politics*, Albany, State University of New York Press, 1989.

Jameson, Fredric & Masao Miyoshi (eds.), *The Cultures of Globalization*, Durham, Duke University Press, 1998.

Jara Donoso, Eliana, *Cine mudo chileno,* Santiago, Los Héroes, 1994.

Jarausch, Konrad und Hannes Siegrist (eds.), *Amerikanisierung und Sowjetisierung in Deutschland, 1945-1970*, Frankfurt, Campus, 1997.

Jenkins, Rhys O., *Transnational Corporations and the Latin American Automobile Industry*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1987.

Jensen, Poul, *The Garotte: The United States and Chile, 1970-1973*, Aarhus, Aarhus University Press, 1988, 2 vols.

Jofré, Manuel Alcides, *La historieta en Chile en la última década.* Santiago, CENECA, 1983.

Jofré, Manuel Alcides, *Publicaciones infantiles y revistas de historietas en Chile, 1895-1973,* Santiago, CENECA, 1986.

Jofré, Manuel Alcides, *Presencia de la producción estadounidense en la programación televisiva chilena*, Santiago, CENECA, 1987.

Jofré, Manuel Alcides y Carmen Bunster, *Programación infantil y dibujos animados en la TV chilena*, Santiago, CENECA, 1983.

Jorquera, Laura [Aura], *Tierras rojas: recuerdos del mineral de Chuquicamata*, Santiago, Zig-Zag, 1917.

Joseph, Gilbert *et al.* (eds.), *Close Encounters of Empire: Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations,* Durham, Duke University Press, 1998.

Joseph, Franz M. (ed.), *As Others See Us: The U.S. Through Foreign Eyes*, Princeton, PUP, 1959.

Kagelmann, H. Jürgen (ed.), *Comics und Cartoons in Lateinamerika*, München, Profil, 1991.

Kaplan, Marcos, *Estado y sociedad en América Latina*, México, Oasis, 1985.

Kaufman, Edy, *Crisis in Allende's Chile: New Perspectives*, New York, Praeger, 1988.

Kay, Cristóbal, *Latin American Theories of Development and Underdevelopment*, London, Routledge, 1989.

Keller R., Carlos, *La eterna crisis chilena*, Santiago, Nascimento, 1931.

Keller R., Carlos, *Un país al garete: contribución a la seismología social de Chile*, Santiago, Nascimento, 1932.

King, John, *Magical Reels: A History of Cinema in Latin America*, London, Verso, 1990.

King, John *et al.* (eds.), *Mediating Two Worlds: Cinematic Encounters in the Americas*, London, British Film Institute, 1993.

Kirsch, Henry W., *Industrial Development in a Traditional Society: The Conflict between Entrepreneurship and Modernization in Chile,* Gainesville, University Press of Florida, 1977.

Kissinger, Henry, *White House Years*, New York, Little, Brown, 1979.

Klubock, Thomas Miller, *Contested Communities: Class, Gender, and Politics in Chile's El Teniente Copper Mine, 1904-1951*, Durham, Duke University Press, 1998.

König, Hans-Joachim, *Die Entdeckung und Eroberung Amerikas, 1492-1550*, Freiburg, Ploetz, 1992.

König, Hans-Joachim und Stefan Rinke (eds.), *Transatlantische Perzeptionen: Lateinamerika - USA - Europa in Geschichte und Gegenwart*, Stuttgart, Heinz, 1998.

König, Hans-Joachim *et al.* (eds.), *Estado-nación, comunidad indígena, industria: tres debates al final del milenio*, Ridderkerk, AHILA, 2000.

Krakau, Knud und Willi Paul Adams (eds.), *Deutschland und Amerika: Perzeption und historische Realität*, Berlin, Colloquium, 1985.

Krenn, Michael L., *United States Policy toward Economic Nationalism in Latin America, 1917-1929*, Wilmington, Scholarly Resources, 1990.

Kreutzberger, Mario, *¿Quién soy? Telebiografía de Mario Kreutzberger*, Santiago, E.S.S.A., 1987.

Kroes, Rob, *If You've Seen One, You've Seen the Mall: Europeans and American Mass Culture*, Urbana, University of Illinois Press, 1996.

Kusche, Dagmar, *Nationale Identität und Massenmedien in Kolumbien, 1900-1930: Zum Beitrag der Presse im Prozeß nationaler Identitätsbildung*, Stuttgart, Heinz, 2002.

Labarca Hubertson, Amanda, *En tierras extrañas*, Santiago, Editorial Universitaria, 1915.

Labarca, Amanda, *La escuela secundaria en los Estados Unidos*, Santiago, Universo, 1919.

Labarca, Amanda, *Historia de la enseñanza en Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1939.

Labarca, Guillermo, *Educación y sociedad: Chile 1964-1984*, Dordrecht, Foris/CEDLA, 1985.

Labarca Goddard, Eduardo, *Chile invadido: reportaje a la intromisión extranjera*, Santiago, Austral, 1968.

Labarca Hubertson, Amanda, *Actividades femeninas en los Estados Unidos*, Santiago, Editorial Universitaria, 1914.

Langley, Lester D., *America and the Americas: the United States in the Western Hemisphere*, Athens, University of Georgia Press, 1989.

Langley, Lester D., *The Americas in the Age of Revolution, 1750-1850*, New Haven, Yale University Press, 1996.

Larraín, Jorge, *Identidad chilena*, Santiago, LOM Ediciones, 2001.

Larraín, Jorge, *Modernidad: razón e identidad en América Latina*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1996.

Larraín, Jorge, *Theories of Development*, Cambridge, Polity Press, 1989.

*Las transformaciones de la educación bajo el régimen militar*, Santiago, Programa Interdisciplinario de Investigaciones Educacionales, 1984.

Lasagni, María Cristina, *La radio en Chile: historia, modelos, perspectivas*, Santiago, CENECA, 1987.

Latcham, Ricardo A. *Chuquicamata: Estado Yankee*, Santiago, Nascimento, 1926.

Lavín, Joaquín, *Chile: A Quiet Revolution*, Santiago, Zig-Zag, 1988.

Lavrin, Asunción, *Women, Feminism, and Social Change in Argentina, Chile, and Uruguay, 1890-1940*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1995.

Lechner, Norbert, *El proyecto neoconservador y la democracia,* Santiago, FLACSO, 1981.

Lechner, Norbert (ed.), *Estado y política en América Latina*, México, Siglo XXI, 1981.

León, Rebeca (ed.), *América Latina: Continente fabulado*, Santiago, Editorial Universitaria, 1997.

Letelier, Juan Pablo, *Un proceso global con incidencia local: el neoconservadurismo norteamericano en América Latino, el caso de Chile,* Santiago, Instituto de EstudiosTransnacionales, 1985.

Lewis, Cleona, *America's Stake in International Investments*, Washington, The Brookings Institute, 1938.

Lewis, Howard T., *The Motion Picture Industry*, New York, Van Nostrand, 1933.

Liebes, Tamar & Elihu Katz, *The Export of Meaning: Cross-Cultural Readings of Dallas*, New York, Oxford University Press, 1990.

Ligero, Juan y Juvencio Negrete (eds.), *La consecuencia de un líder: Allende*, México, Terranova, 1986.

Lindsay, Onofre, *El problema fundamental: la repoblación de Chile y los estados unidos de Sudamérica,* Santiago, Nascimento, 1925.

Link, Jürgen y Wulf Wülfing (eds.), *Nationale Mythen und Symbole in der zweiten Hälfte des 19. Jahrhunderts: Strukturen und Funktionen von Konzepten nationaler Identität*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1991.

Lira, Juan Pablo (ed.), *Televisión en Chile: un desafío nacional*, Santiago, CED/ CENECA, 1987.

Lomnitz, Larissa A. & Ana Melnick, *Chile's Middle Class: A Struggle for Survival in the Face of Neoliberalism*, Boulder, Rienner, 1991.

Lomnitz, Claudio, *Deep Mexico, Silent Mexico: An Anthropology of Nationalism*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2001.

López Navarro, Julio, *Películas chilenas*, Santiago, La Noria, 1994.

*Los documentos secretos de la ITT: Chile*, Madrid, Fundamentos, 1972.

Los Prisioneros, *La voz de los ochenta,* Santiago, Fusión Producciones, Musikcassette, 1984.

Loth, Wilfried und Jürgen Osterhammel (eds.), *Internationale Geschichte: Themen - Ergebnisse - Aussichte,* München, Oldenbourg, 2000.

Loveman, Brian, *Chile: The Legacy of Hispanic Capitalism*, New York, Oxford University Press, 1979.

Loveman, Brian & Thomas Davies (eds.), *The Politics of Antipolitics: The Military in Latin America*, Wilmington, Scholarly Resources, 1997.

Luce, Henry R., *The American Century*, New York, Farrar & Rinehart, 1941.

*Luces de modernidad: archivo fotográfico Chilectra*, Santiago, ENERSIS, 2001.

Lüdtke, Alf *et al.* (eds.), *Amerikanisierung: Traum und Alptraum im Deutschland des 20. Jahrhunderts*, Stuttgart, Steiner, 1996.

Lütkens, Charlotte, *El estado y la sociedad en Norteamérica*, Madrid, Revista de Occidente, 1931.

Maase, Kaspar, *Grenzenloses Vergnügen: Der Aufstieg der Massenkultur, 1850-1970,* Frankfurt a.M., Fischer, 1997.

Mac-Iver, Enrique, *Discurso sobre la crisis moral de la república*, Santiago, Moderna, 1900.

Macchiavello Varas, Santiago, *El problema de la industria del cobre en Chile y sus proyecciones económicas y sociales*, Santiago, Imprenta Fiscal de la Penitencería, 1923.

Macchiavello Varas, Santiago, *Política económica nacional: antecedentes y directivas,* Santiago, Balcells, 1931, 2 tomos.

Maira, Luis, *Chile: autoritarismo, democracia y movimiento popular*, México, Centro de Investigación y Docencia Económica, 1984.

Mamalakis, Markos & Clark Reynolds, *Essays on the Chilean Economy*, Homewood, Irwin, 1965.

Marín, Germán, *Una historia fantástica y calculada: la CIA en el país de los chilenos*, México, Siglo XXI, 1976.

Marín, Gustavo y Patricio Rozas, *1988: el mapa de extrema riqueza 10 años después*, Santiago, CESOC, 1989.

Marín, Gustavo y Patricio Rozas, *Los grupos transnacionales y la crisis*, Buenos Aires, Nueva América, 1988.

Marín Vicuña, Santiago, *Por los Estados Unidos.* Santiago: Nascimento, 1925.

Marshall, Isabel, *Reestructuración y reubicación en la industria internacional del cobre: el conflicto entre Chile y Estados Unidos*, Santiago, FLACSO, 1985.

Martín-Barbero, Jesús, *De los medios a las mediaciones: Comunicación, cultura y hegemonía,* México, Gili, 1987.

Martínez, Javier y Ernesto Tironi, *Las clases sociales en Chile: cambio y estratificación 1970-1980*, Santiago, Sur, 1985.

Martínez, Marcial, *Obras completas,* Santiago, Nascimento, 1919, 2 vols.

Martner, Daniel, *Economía política*, Santiago, Editorial Universitaria, 1925.

Mattelart, Armand *et al.*, *Los medios de comunicación de masas: La ideología de la prensa liberal en Chile*, 3ª ed., Buenos Aires, El Cid, 1976.

Mattelart, Armand y Héctor Schmucler, *América latina en la encrucijada telemática*, Buenos Aires, Paidós, 1983.

Mattelart, Armand y Michèle, *Juventud chilena: rebeldía y conformismo*, Santiago, Editorial Universitaria, 1970.

May, Lary, *Screening out the Past: The Birth of Mass Culture and the Motion Picture Industry*, Chicago, Chicago University Press, 1984.

McGee Deutsch, Sandra, *Las Derechas: The Extreme Right in Argentina, Brazil, and Chile, 1890-1939*, Stanford, Stanford University Press, 1999.

McKay, George (ed.), *Yankee Go Home (And Take me with U): Americanization and Popular Culture*, Sheffield, Sheffield Academic Press, 1997.

Meller, Patricio, *Un siglo de economía política chilena, 1890-1990*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1998.

Meneses, Emilio, *El factor naval en las relaciones entre Chile y los Estados Unidos, 1881-1951*, Santiago, Hachette, 1989.

Mergel, Thomas und Thomas Welskopp (eds.), *Geschichte zwischen Kultur und Gesellschaft: Beiträge zur Theoriedebatte*; München, Beck, 1997.

Meyer Rusca, Walterio, *Con ojos abiertos sobre las tres Américas: Diario de viaje*, Padre Las Casas, San Francisco, 1946.

Miller, Nicola, *In the Shadow of the State: Intellectuals and the Quest for National Identity in Twentieth-Century Spanish America*, London, Verso, 1999.

Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, *Los capitales en Chile*, Santiago, Universo, 1928.

Miranda, Ernesto (ed.), *La salud en Chile: evolución y perspectivas*, Santiago, CEP, 1994.

Mirzoeff, Nicholas (ed.), *The Visual Culture Reader*, London, Routledge, 1998.

Molina, Enrique, *De California a Harvard: estudio sobre las universidades norteamericanas y algunos problemas nuestros*, Santiago, Universo, 1921.

Molina, Enrique, *Por las dos Américas: notas y reflexiones*, Santiago, Minerva, 1920.

Molina, Enrique, *Por los valores espirituales*, Santiago, Nascimento, 1925.

Molina, Enrique y Leo S. Rowe, *Los democracias americanas y sus deberes*, Santiago, Editorial Universitaria, 1917.

Montenegro, Ernesto, *El hombre que corrompió a Hadleyburgo y otros cuentos norteamericanos,* Santiago, Nascimento, 1933.

Montenegro, Ernesto, *Puritanía: fantasías y crónicas norteamericanas*, Santiago, Nascimento, 1934.

Montenegro, Hernán, *TV: ¿comunicación o contaminación?,* Santiago, Galdoc, 1980.

Monteón, Michael, *Chile and the Great Depression: The Politics of Underdevelopment, 1927-1948*, Tempe, ASU Center for Latin American Studies Press, 1998.

Monteón, Michael, *Chile in the Nitrate Era: The Evolution of Economic Dependence, 1880-1930*, Madison, University of Wisconsin Press, 1982.

Moran, Theodore, *Multinational Corporations and the Politics of Dependence: Copper in Chile*, Princeton, Princeton University Press, 1974.

Morris, James O., *Elites, Intellectuals, and Consensus: A Study of the Social Question and the Industrial Relations System in Chile*, New York, Cornell University Press, 1966.

Mouesca, Jacqueline, *Cine chileno veinte años, 1970-1990*, Santiago, Editorial Universitaria, 1992.

Mouesca, Jacqueline y Carlos Orellana, *Cine y memoria del siglo xx*, Santiago, Lom Edciones, 1998.

Moulian, Tomás, *Chile actual: anatomía de un mito*, Santiago, Lom Ediciones, 1997.

Moulian, Tomás, *La forja de ilusiones: el sistema de partidos, 1932-1973*, Santiago, ARCIS/FLACSO, 1993.

Müller, Klaus E. und Jörn Rüsen (eds.), *Historische Sinnbildung*; Hamburg, Rowohlt, 1997.

Munizaga, Giselle, *El discurso público de Pinochet: un análisis semiológico*, Santiago, CESOC/CENECA, 1988.

Munizaga, Giselle, *La mujer, el vecino y el deportista en los micromedios de gobierno*, Santiago, CENECA, 1983.

Muñoz, Heraldo, *Las relaciones exteriores del gobierno militar chileno*, Santiago, Pensamiento Alternativo, 1985.

Muñoz, Heraldo & Carlos Portales, *Elusive Friendship: A Survey of United States-Chilean Relations*, Boulder, Rienner, 1991.

Navarro, Arturo, *El sistema de prensa en Chile bajo el gobierno militar, 1973-1984*, Santiago, CENECA, 1985.

Neruda, Pablo, *Canto general*, editado por Enrico Mario Santí, Madrid, Cátedra, 1990.

Nohlen, Dieter, *Chile, das sozialistische Experiment*, Hamburg, Hoffmann und Campe, 1973.

Nolte, Detlef, *Zwischen Rebellion und Integration: Gewerkschaften in der chilenischen Politik*, Saarbrücken, Breitenbach, 1986.

Novoa, Eduardo, *La nacionalización del cobre: comentarios y documentos*, Santiago, Quimantú, 1972.

Nugent, Daniel (ed.), *Rural Revolt in Mexico: U.S. Intervention and the Domain of Subaltern Politics*, Durham, Duke University Press, 1998.

O'Brien, Thomas F., *The Century of U.S. Capitalism in Latin America*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1999.

O'Brien, Thomas F., *The Revolutionary Mission: American Enterprise in Latin America, 1900-1945*, New York, Cambridge University Press, 1996.

ODEPLAN, *Chile: modernización, 1973-1987*, Santiago, ODEPLAN, 1988.

Olave, Daniel, *Chile v/s Hollywood*, Santiago, Grijalbo, 1997.

Oppenheim, Lois H., *Politics in Chile: Democracy, Authoritarianism, and the Search for Development*, 2ª ed., Boulder, Westview, 1999.

Orlove, Benjamin (ed.), *The Allure of the Foreign: Imported Goods in Postcolonial Latin America*, Ann Arbor; University of Michigan Press, 1997.

Ortiz, Eduardo, *La Gran Depresión y su impacto en Chile, 1929-1933*, Santiago, Vector, 1982.

Ortiz, Renato, *Mundialização e cultura*, São Paulo, Editorial Brasiliense, 1994.

Orrego Vicuña, Eugenio, *Del nacionalismo en el teatro chileno*, Santiago, Cultura Social, 1927.

Ossa Coo, Carlos, *Historia del cine chileno*, Santiago, Quimantú, 1971.

Ostendorf, Berndt (ed.). *Transnational America: The Fading of Borders in the Western Hemisphere*. Heidelberg: Winter, 2002.

Osterhammel, Jürgen und Niels P. Petersson, *Geschichte der Globalisierung*, München, Beck, 2003.

Ottone, Ernesto, *Hegemonía y crisis de hegemonía en Chile contemporáneo, 1970-1983*, Madrid, LAR, 1984.

Pagni, Andrea, *Post/Koloniale Reisen: Reiseberichte zwischen Frankreich und Argentinien im 19. Jahrhundert*, Tübingen, Stauffenburg, 1999.

Pakkasvirta, Jussi, *¿Un continente, una nación? Intelectuales latinoamericanos, comunidad política y las revistas culturales en Costa Rica y en el Perú, 1919-1930*, Tuusula, Academia Scientiarum Fennica, 1997.

Palacio Montiel, Celia del (ed.), *Historia de la prensa en Iberoamérica*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2000.

Palacios, Nicolás, *Raza chilena. Libro escrito por un chileno y para los chilenos*, 4ª ed., Colchagua, Colchagua, 1988 (1904).

Palmer, Ransford W. (ed.), *U.S.-Caribbean Relations: Their Impact on Peoples and Culture*, Westport, Praeger, 1998.

Park, James William, *Latin American Underdevelopment: A History of Perspectives in the United States, 1870-1965*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1995.

Parrini, Carl P., *Heir to Empire: United States Economic Diplomacy, 1916-1923*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1969.

Paul, Irven, *Un reformador yanqui en Chile: vida y obra de David Trumbull*, Santiago, Iglesia Presbiteriana, 1995.

Pells, Richard H., *Not Like Us: How Europeans Have Loved, Hated, and Transformed American Culture Since World War II*, New York, Basic, 1997.

Pérez Canto, Julio, *Los Estados Unidos y la América Latina: Organización comercial y financiera*, Valparaíso, Edición de la Revista Económica, 1919.

Pérez Jr., Louis A., *The War of 1898: The United States and Cuba in History and Historiography*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1998.

Perkins, Dexter, *A History of the Monroe Doctrine*, 2ª ed., Boston, Little, Brown, 1963.

Petras, James & Morris Morley, *The United States and Chile: Imperialism and the Overthrow of the Allende Government*, New York, Monthly Review, 1975.

Phelps, Dudley M., *Migration of Industry to South America*, New York, McGraw-Hill, 1936.

Picón Salas, Mariano, *Hispano-América, posición crítica*, Santiago, Editorial Universitaria, 1931.

Pike, Fredrick B., *Chile and the United States, 1880-1962: The Emergence of Chile's Social Crisis and the Challenge to United States Diplomacy*, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1963.

Pike, Fredrick B., *The United States and Latin America: Myths and Stereotypes of Civilization and Nature*, Austin, University of Texas Press, 1992.

Pinochet Le-Brun, Tancredo, *El diálogo de las dos Américas,* La Habana, Todamérica, 1918, 4 tomos.

Pinochet Le-Brun, Tancredo, *La conquista de Chile en el siglo xx*, Santiago, Ilustración, 1909.

Pinochet Le-Brun, Tancredo, *Oportunidades en los Estados Unidos para el joven chileno*, Santiago, América, 1918.

Pinochet Le-Brun, Tancredo, *Viaje de esfuerzo,* Santiago, Editorial Universitaria, 1914.

Pinochet Ugarte, Augusto, *Camino recorrido: memorias de un soldado*, Santiago, Instituto Geográfico Militar de Chile, 1990, 3 tomos.

Pinochet Ugarte, Augusto, *Mensaje presidencial,* Santiago, 1974-1989.

Pinochet Ugarte, Augusto, *Mensaje presidencial, 11 septiembre 1985-11 septiembre 1986*, Santiago, 1986.

Pinto Santa Cruz, Aníbal, *Chile: un caso de desarrollo frustrado*, Santiago, Editorial Universitaria, 1959.

Piñera, José, *Camino nuevo*, Santiago, Economía y Sociedad, 1993.

Poblete, Renato y Carmen Galilea, *Movimiento pentecostal e Iglesia Católica en medios populares,* Santiago, Centro Bellarmino, 1984.

Portales C., Diego, *Poder económico y libertad de expresión: La industria de la comunicación chilena en la democracia y el autoritarismo*, México, Nueva Imagen, 1981.

Prakash, Gyan (ed.), *After Colonialism: Imperial Histories and Postcolonial Displacements*, Princeton, Princeton University Press, 1995.

Pratt, Louise, *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation,* London, Routledge, 1992.

Prieto Bafalluy, Alfredo, *La modernización educacional*, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1983.

*Pro-raza: Recopilación ordenada por el Ministro de Guerra*, Santiago, Ministerio de la Guerra, 1923.

Przeworski, Joanne Fox, *The Decline of the Copper Industry in Chile and the Entrance of North American Capital, 1870-1916*, New York, Arno Press, 1980.

Puga Vega, Mariano, *El petróleo chileno,* Santiago, Editorial Andrés Bello, 1964.

Puryear, Jeffrey M., *Thinking Politics: Intellectuals and Democracy in Chile, 1973-1988*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1994.

Rama, Carlos M., *La imagen de los Estados Unidos en la América Latina: de Simón Bolívar a Salvador Allende*, 2ª ed., México, Diana, 1981.

Ramírez Necochea, Hernán, *Historia del imperialismo en Chile*, Santiago, Austral, 1960.

Ramón, Armando de, *Santiago de Chile (1541-1991): historia de una sociedad urbana*, Madrid, MAPFRE, 1992.

Ramos, Joseph, *Neoconservative Economics in the Southern Cone of Latin America, 1973-1983*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1986.

Rangel Guevara, Carlos, *Del buen salvaje al buen revolucionario*, Caracas, Monte Ávila, 1982.

Rasmussen Schick, Alice y Dean Helland Tabbert, *La iglesia pentecostal ayer y hoy*, Santiago, Plan Mundial de Asistencia Misionera en Chile, 1987.

Reid, John T., *Spanish American Images of the United States, 1790-1960*, Gainesville, University Presses of Florida, 1977.

Remmer, Karen, *Party Competition in Argentina and Chile: Political Recruitment and Public Policy, 1890-1930*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1984.

Reyes Matta, Fernando *et al.* (eds.), *Investigación sobre la prensa en Chile, 1974-1984*, Santiago, ILET, 1986.

Riekenberg, Michael *et al.* (eds.), *Kultur-Diskurs: Kontinuität und Wandel der Diskussion um Identitäten in Lateinamerika*, Stuttgart, Heinz, 2001.

Rinke, Stefan *et al.* (eds.), *Abgrenzen oder Entgrenzen: Zur Produktivität von Grenzen*, Frankfurt, IKO, 2003.

Rinke, Stefan, *„Der letzte freie Kontinent": Deutsche Lateinamerikapolitik im Zeichen transnationaler Beziehungen, 1918-1933*, Stuttgart, Heinz, 1996.

Rinke, Stefan, *Cultura de masas, reforma y nacionalismo en Chile, 1910-1931*, Santiago, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Universidad Católica de Valparaíso, Katholische Universitat Eichstätt, 2002.

Rinke, Stefan, *Kleine Geschichte Chiles*, München, Beck, 2007.

Riquelme, Alfredo, *El debate ideológico acerca de la comunicación de masas en Chile, 1958-1973,* Santiago, CENECA, 1984.

Riquelme, Alfredo, *Visión y discurso sobre Estados Unidos en el Partido Comunista chileno, 1945-1973*, Santiago, FLACSO, 1985.

Riquelme, Alfredo (ed.), *Chile: historia y presente. Una visión interdisciplinaria*, Santiago, Pontificia Universidad Católica, 1996.

Rivas Vicuña, Francisco, *Nacionalismo social: ecuaciones del sistema*, Santiago, Nascimento, 1932.

Roa, Armando, *La cultura y los medios de comunicación*, Santiago, Nueva Universidad, 1981.

Rock, David (ed.), *Latin America in the 1940s: War and Postwar Transitions*, Los Angeles, University of Los Angeles Press, 1994.

Rockefeller, Nelson A., *The Rockefeller Report on the Americas: The Official Report of a United States Presidential Mission for the Western Hemisphere*, Chicago, Quadrangle, 1969.

Rodó, José Enrique, *Ariel*, editado por Ottmar Ette, Mainz, Dieterich, 1994.

Rodó, José Enrique, *Ariel*, editado por Belén Castro, Madrid, Cátedra, 2000.

Rodríguez de la Sotta, Héctor, *O capitalismo o comunismo: o vivir como en Estados Unidos o vivir como en Rusia*, Santiago, Editorial Jurídica de Chile, 1952.

Rodríguez Mendoza, Emilio, *Los Estados desunidos de Sudamérica*, Valladolid, Cuesta, 1927.

Romero, Luis-Alberto, *¿Qué hacer con los pobres? Elite y sectores populares en Santiago de Chile, 1840-1895*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997.

Rojas Flores, Jorge, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos*, Santiago, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Colección Sociedad y Cultura, 1993. vol. VI.

Roseberry, William, *Anthropologies and Histories: Essays in Culture, History, and Political Economy*, New Brunswick, Rutgers, 1989.

Rosenberg, Emily S., *Financial Missionaries to the World: The Politics and Culture of Dollar Diplomacy, 1900-1930*, Cambridge, Harvard University Press, 1999.

Rosenberg, Emily S., *Spreading the American Dream: American Economic and Cultural Expansion, 1890-1945*, New York, Hill & Wang, 1982.

Rowe William & Vivian Schelling, *Memory and Modernity: Popular Culture in Latin America*, London, Verso, 1991.

Rubenstein, Anne, *Bad Language, Naked Ladies, and Other Threats to the Nation: A Political History of Comic Books in Mexico*, Durham, Duke University Press, 1998.

Ruf, Werner, *Bilder in der internationalen Politik*, Saarbrücken, Breitenbach, 1973.

Ruiz, Carlos, *Transformaciones en el discurso de la prensa: un estudio de caso-la revista Qué Pasa 1971-1982,* Santiago, CENECA, 1983.

Ruiz-Tagle, Jaime, *Sindicalismo y estado en el régimen militar chileno*, Santiago, Programa de Estudios del Trabajo, 1986.

Salazar, Gabriel y Julio Pinto, *Historia contemporánea de Chile*, Santiago, LOM Ediciones, 1998, tomo 1: Estado, legitimad ciudadanía.

Salazar Gabriel y Julio Pinto, *Historia contemporánea de Chile*, Santiago, LOM Ediciones, 1999, tomo 2: Actores, identidad y movimiento.

Salman, Ton (ed.). *The Legacy of the Disinherited: Popular Culture in Latin America.* Amsterdam: CEDLA, 1996.

Sánchez, Walter y Teresa Pereira (eds.), *Ciento cincuenta años de política exterior chilena,* Santiago, Editorial Universitaria, 1977.

Santelices, Augusto, *Esquema de una situación económica-social de Ibero-América*, Santiago, Nascimento, 1930.

Sarlo, Beatriz, *Una modernidad periférica: Buenos Aires, 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.

Sater, William F., *Chile and the United States: Empires in Conflict*, Athens, University of Georgia Press, 1990.

Secretaría de Comunicación y Cultura, *Tendencias y desarrollo de los medios de comunicación en Chile, 1991-1993,* Santiago, Ministerio Secretaría General de Gobierno, 1994.

SERNATUR, *Turismo: análisis y estadísticas*, Santiago, SERNATUR, 1980-1989.

Serrano Palma, Horacio, *¿Por qué somos pobres?*, Santiago, Editorial Universitaria, 1958.

Schoultz, Lars, *Beneath the United States: A History of U.S. Policy Toward Latin Ame-*

*rica,* Cambridge, Harvard University Press, 1998.

Schoultz, Lars, *Human Rights and United States Policy toward Latin America*, Princeton, Princeton University Press, 1981.

Schreiber, Waltraud (ed.), *Kontakte-Konflikte-Kooperation: Der Umgang mit dem Fremden in der Geschichte,* Neuried, Ars Una, 2001.

Schreiber, Waltraud (ed.), *Vom Imperium Romanum zum Global Village: „Globalisierungen" im Spiegel der Geschichte*, Neuried, Ars Una, 2000.

Selser, Gregorio, *Salvador Allende y Estados Unidos: la CIA y el golpe militar de 1973,* Puebla, Universidad Autónoma, 1987.

Selser, Gregorio, *Una empresa multinacional: la ITT en los Estados Unidos y en Chile*, Buenos Aires, Granica, 1974.

Sharbach, Sarah Ellen, *Stereotypes of Latin America, Press Images and and U.S. Foreign Policy, 1920-1933*, New York, Garland, 1993.

Sideri, Sandro (ed.), *Chile 1970-1973: Economic Development and Its International Setting,* The Hague, Nijhoff, 1979.

Siebenmann, Gustav und Hans-Joachim König (eds.), *Das Bild Lateinamerikas im deutschen Sprachraum*, Tübingen, Niemeyer, 1992.

Siegfried, André, *Les Etats Unis d'aujourd'hui*, Paris, Gallimard, 1927.

Sigmund, Paul E., *Multinationals in Latin America: The Politics of Nationalization*, Madison, University of Wisconsin Press, 1980.

Sigmund, Paul E., *The Overthrow of Allende and the Politics of Chile, 1964-1976*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1977.

Sigmund, Paul E., *The United States and Democracy in Chile*, Baltimore, Johns Hopkins Universty Press, 1993.

Silbermann, Alphons & Hans Dicter Dyroff (eds.), *Comics and Visual Culture*, München, Saur, 1986.

Silva, Eduardo, *The State and Capital in Chile: Business Elites, Technocrats, and Market Economics*, Boulder, Westview, 1996.

Silva Castro, Raúl, *Prensa y periodismo en Chile, 1812-1956*, Santiago, Universidad de Chile, 1958.

Skirius, John (ed.), *El ensayo hispanoamericano del siglo xx.* México, Fondo Cultura Económica, 1981.

Sobel, Robert, *ITT: The Management of Opportunity*, New York, Times, 1982.

Solberg, Carl, *Immigration and Nationalism, Argentina and Chile, 1890-1914*, Austin, University of Texas Press, 1970.

Solveira, Beatriz Rosario, *La Argentina, el ABC y el conflicto entre México y Estados Unidos, 1913-1916*, Córdoba, Centro de Estudios Históricos, 1994.

Spielmann, Ludwig, *Staatsinterventionismus oder ökonomischer Liberalismus? Wirtschaftliche Entwicklungsstrategien in Chile - von der Weltwirtschaftskrise bis Pinochet,* Münster, Lit, 1993.

Stabb, Martin S., *In Quest of Identity: Patterns in the Spanish American Essay of Ideas, 1890-1960*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1967.

Stallings, Barbara, *Banker to the Third World: U.S. Portfolio Investment in Latin America, 1900-1986*, Berkeley, University of California Press, 1987.

Stead, William T., *The Americanization of the World: Or, the Trend of the Twentieth Century*, London, Review of Reviews, 1902.

Steiner, Friederike, *Kultureller Wandel in Chile von 1969-1993*, Münster, Lit, 1998.

Stepan, Nancy Leys, *"The Hour of Eugenics:" Race, Gender, and Nation in Latin*

*America*, Ithaca, Cornell University Press, 1991.

Strinati, Dominic, *An Introduction to Theories of Popular Culture*, London, Routledge, 1995.

Subercaseaux, Benjamín, *Chile o una geografía loca*, Santiago, Ercilla, 1940.

Subercaseaux, Benjamín, *Retorno de U.S.A.*, Santiago, Zig-Zag, 1943.

Subercaseaux, Bernardo, *Chile ¿Un país moderno?,* Santiago, Zeta, 1996.

Subercaseaux, Bernardo, *Fin de siglo: la época de Balmaceda*, Santiago, Aconcagua, 1988.

Subercaseaux, Bernardo, *La industria editorial y el libro en Chile, 1930-1984*, Santiago, CENECA, 1984.

Subercaseaux, Bernardo, *Sobre cultura popular*, Santiago, CENECA, 1985.

Subercaseaux, Bernardo, (ed.), *El libro en Chile: presente y futuro*, Santiago, CENECA, 1987.

Subercaseaux, Guillermo, *Historia de las doctrinas económicas en América y en especial en Chile,* Santiago, Universo, 1924.

Subercaseaux, Guillermo, *Los ideales nacionalistas ante el doctrinarismo de nuestros partidos políticos históricos*, Santiago, Editorial Universitaria, 1918.

Sunkel, Guillermo, *Razón y pasión en la prensa popular: un estudio sobre cultura popular, cultura de masas y cultura política,* Santiago, ILET, 1985.

Sunkel, Osvaldo, *Capitalismo transnacional y desintegración nacional en América Latina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1972.

Sutcliffe, Anthony (ed.), *Metropolis, 1890-1940.* London: Alexandrine, 1984.

Swansborough, Robert H., *The Embattled Colossus: Economic Nationalism and United States Investors in Latin America*, Gainesville, University Presses of Florida, 1976.

Sznaijder, Mario & Luis Roniger (eds.), *Constructing Collective Identities and Shaping Public Spheres: Latin American Paths*, Brighton, Sussex Academic Press, 1998.

Tabanera, Nuria *et al.*, *Las primeras democratizaciones en América Latina: Argentina y Chile, 1880-1930*, Valencia, Tirant lo Blanch, 1997.

The Ford Foundation, *The Ford Foundation Annual Report,* New York, The Ford Foundation, 1970-1989.

Theberge, James D., *Reflexiones de un diplomático: Estados Unidos y América Latina*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1985.

Thibaut, Bernhard, *Präsidentialismus und Demokratie in Lateinamerika: Argentinien, Chile und Uruguay im historischen Vergleich*, Opladen, Leske & Budrich, 1996.

Thiery, Peter, *Transformation in Chile: Institutioneller Wandel, Entwicklung und Demokratie, 1973-1996*, Frankfurt am Main, Vervuert, 2000.

Thompson, Kristin, *Exporting Entertainment: America in the World Film Market, 1907-1934,* London, British Film Institute, 1985.

Tironi, Eugenio, *Autoritarismo, modernización y marginalidad: el caso de Chile, 1973-1989*, Santiago, SUR, 1990.

Tironi, Eugenio, *Los silencios de la revolución: Chile - La otra cara de la modernización*, Santiago, Puerta Abierta, 1988.

Tomlinson, John, *Cultural Imperialism*, Baltimore, Johns Hopkins Universty Press, 1991.

Tomlinson, John, *Cultural Imperialism: A Critical Introduction*, London, Pinter, 1991.

Tulchin, Joseph S. (ed.), *From Dictatorship to Democracy: Rebuilding Political Consensus in Chile,* Boulder, Rienner, 1991.

Tulchin, Joseph S., *The Aftermath of War: World War I and US Policy Toward*

*Latin America*, New York, New York University Press, 1971.

Ugarte, Manuel, *El destino de un continente*, Madrid, Mundo Latino, 1923.

Ugarte, Manuel, *La nación latinoamericana*, editado por Norberto Galasso, Caracas, Biblioteca f, 1978.

Ulibarri, Luisa, *Caricaturas de ayer y de hoy*, Santiago, Quimantú, 1972.

United Nations, Economic Commission for Latin America, *Development Problems in Latin America,* Austin, University of Texas Press, 1970.

United Nations, Department of Economic and Social Affairs, Economic Commission for Latin America, *External Financing in Latin America,* New York, United Nations, 1965.

U.S. Congress, House, Committee on Foreign Affairs, *United States and Chile During the Allende Years, 1970-1973: Hearings Before the Subcommittee on Inter-American Affairs,* Washington, Government Printing Office, 1975.

U.S. Congress, Senate, *Covert Action in Chile, 1963-1973: Staff Report, Dec. 18, 1975*, Washington, Government Printing Office, 1975.

Usabel, Gaizka S. de, *The High Noon of American Films in Latin America*, Ann Arbor, UMI Research Press, 1982.

Uribe, Armando, *The Black Book of American Intervention in Chile,* Boston, Beacon Press, 1975.

Valdés, Gabriel, *Conciencia latinoamericana y realidad internacional*, Santiago, Pacífico, 1970.

Valdés, Juan Gabriel, *Pinochet's Economists: The Chicago School in Chile,* Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

Valdés Cange, Julio (Arturo Venegas), *Sinceridad: Chile íntimo en 1910*, Santiago, Editorial Universitaria, 1910.

Valdivia, Victor de, *El imperio Ibero-Americano: nuestra colonización, nuestro engrandecimiento, nuestra participación en la cultura mundial*, París, Hispanoamericana, 1929.

Valdivieso, Patricio, *Ein Weg zur Sozialreform in Lateinamerika: Die Rezeption der katholischen Soziallehre Europas in Chile, 1880-1920,* Stuttgart, Heinz, 1997.

Valenzuela, Arturo, *The Breakdown of Democratic Regimes: Chile*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1991.

Valenzuela, Julio Samuel, *Military Rule in Chile: Dictatorship and Oppositions*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1986.

Valenzuela, J. Samuel & Arturo (eds.), *Chile: Politics and Society*, New Brunswick, Transaction, 1976.

Varas, Augusto, *Los militares en el poder: régimen y gobierno militar en Chile 1973-1986,* Santiago, Pehuén/FLACSO, 1987.

Vega, Alicia (ed.), *Re-visión del cine chileno,* Santiago, Aconcagua, 1979.

Velasco del Campo, Nicolás, *El país de Kennedy*, Santiago, Lord Cochrane, 1961.

Vergara, Pilar, *Auge y caída del neoliberalismo en Chile*, Santiago, FLACSO, 1985.

Vial Correa, Gonzalo, *Historia de Chile, 1891-1973*, Santiago, Santillana del Pacífico, 1981, 2 vols.

Vial Correa, Gonzalo, *Historia de Chile, 1891-1973: Arturo Alessandri y los golpes militares, 1920-1925*, Santiago, Santillana del Pacífico, 1986.

Vial Solar, Javier, *Tapices nuevos*, Santiago, Nascimento, 1928.

Villalobos, Sergio, *Origen y acenso de la burguesía chilena*, Santiago, Editorial Universitaria, 1987.

Villalobos, Sergio *et al.*, *Historia de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1974.

Vío Grossi, Francisco (ed.), *Primero la gente: ONG, estado y cooperación internacional*

*en el Tercer Mundo*, Santiago, Consejo de Educación de Adultos de América latina, 1989.

Viviani Contreras, Guillermo, *Sociología chilena: estudio de sociología general aplicada a nuestro país*, Santiago, Nascimento, 1926, tomo 1: Expositivo: nuestro problema social.

Vogeli, Bruce R. *El sistema universitario de los Estados Unidos y su posible aplicación en Chile.* Santiago: Universidad Técnica del Estado, 1979.

Vylder, Stefan de, *Allende's Chile: The Political Economy of the Rise and Fall of the Unidad Popular*, Cambridge, Cambridge University Press, 1976.

*Waldo Frank in America Hispana,* New York, Instituto de las Españas, 1930.

Wehler, Hans-Ulrich, *Modernisierungstheorie und Geschichte*, Göttingen, Vandenhoek & Ruprecht, 1975.

Wehling, Peter, *Die Moderne als Sozialmythos: Zur Kritik sozialwissenschaftlicher Modernisierungstheorien*, Frankfurt am Main, Campus, 1992.

Wells, Alan, *Picture Tube Imperialism: The Impact of U.S. Television on Latin America,* Maryknoll, NY, Orbis, 1972.

Wendt, Bernd Jürgen (ed.), *Das britische Deutschlandbild im Wandel des 19. und 20. Jahrhundert*, Bochum, Brockmeyer, 1984.

Werz, Nikolaus, *Das neuere politische und sozialwissenschaftliche Denken in Lateinamerika*, Freiburg, ABI, 1992.

Whitaker, Arthur P., *The United States and the Southern Cone: Argentina, Chile, and Uruguay*, Cambridge, Harvard University Press, 1976.

Wilke, Jürgen (ed.), *Massenmedien in Lateinamerika,* Frankfurt, Vervuert, 1994, Buch 2: Chile, Costa Rica, Ecuador, Paraguay.

Wilkie James W. (ed.), *Statistical Abstracts of Latin America,* Los Angeles, University of California, 1995.

Wilkins, Mira, *The Emergence of Multinational Business: American Business Abroad from the Colonial Era to 1914,* Cambridge, Harvard University Press, 1970.

Wilkins, Mira, *The Maturing of Multinational Business: American Business Abroad from 1914 to 1970*, Cambridge, Harvard University Press, 1974.

Wilkins, Mira & Frank Ernest Hill, *American Business Abroad: Ford on Six Continents*, Detroit, Wayne State University Press, 1964.

Wilson, Joe F., *The United States, Chile and Peru in the Tacna and Arica Plebiscite*, Lanham, University Press of America, 1979.

Winn, Peter, *Weavers of Revolution: The Yarur Workers and Chile's Road to Socialism*, New York, Oxford University Press, 1986.

Wolpin, Miles D., *Cuban Foreign Policy and Chilean Politics*, Lexington, Lexington Books, 1972.

Yáñez, Eliodoro, *En viaje: apuntes para ayuda-memoria*, 2ª ed., Santiago, Minerva, 1921.

Yáñez, Eliodoro, *La sociedad de las naciones latino-americanas*, Santiago, Nascimento, 1919.

Yopo H., Boris, *El Partido Radical y Estados Unidos, 1933-1946*, Santiago, FLACSO, 1984.

Young, Robert J.C., *Postcolonialism: An Historical Introduction,* Oxford, Blackwell, 2001.

Zammit, J. Ann (ed.), *The Chilean Road to Socialism*, Brighton, University of Sussex, 1973.

Zweig, Phillip L., *Wriston: Walter Wriston, Citibank, and the Rise and Fall of American Financial Supremacy*, New York, Crown, 1995.

IV. Tesis

Burbach, Roger J., *The Chilean Industrial Bourgeoisie and Foreign Capital,*

*1920-1970*, Doctor of Philosophy Dissertation, Bloomington, Indiana University, 1975.

Houseman, Philip J., *Chilean Nationalism, 1920-1951*, Doctor of Philosophy Dissertation, Stanford, Stanford University, 1961.

Hutchison, Elizabeth Q., *Working Women of Santiago: Gender and Social Transformation in Urban Chile, 1887-1927*, Doctor of Philosophy Dissertation, Berkeley, University of California at Berkeley, 1995.

Moraes, Maria T., *The U.S. press and Chile: All the news that's fit to print*, Doctor of Philosophy Dissertation, Washington D.C., American University 1975.

Paul, Catherine M., *Amanda Labarca H.: Educator to the Women of Chile*, Doctor of Philosophy Dissertation, New York, New York University, 1967.

Ríos Muñoz, Juan, *Die Macht der Presse in Chile: Kommunikationsgeschichtliche Relevanz der Pressekampagne der Zeitung, ‚El Mercurio' zum Sturz der Regierung Allendes, 1970-1973*, Doctor of Philosophy Dissertation, Münster 1984.

Seidel, Robert N., *Progressive Pan-Americanism: Development and United States Policy Toward South America, 1906-1931,* Doctor of Philosophy Dissertation, Ithaca, Cornell University, 1973.

Vasey, Ruth, *Diplomatic Representations: Mediations Between Hollywood and Its Global Audiences, 1922-1939*, Doctor of Philosophy Dissertation, Exeter, Univerdity of Exeter, 1990.

Zunz, Olivier, *Why the American Century?,* Chicago, University of Chicago Press, 1998.

V. Páginas web

CIA, Notes on Meeting with the President on Chile, 15 september 1970), in www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB8/nsaebb8.htm, recuperado el 15 de abril de 2002.

"Chile and the United States: Declassified Documents Relating to the Military Coup, Sept. 11, 1973". www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB8/nsaebb8.htm (recuperado el 21 de septiembre de 2001.

Departament of State, Memorandum for Henry Kissinger on Chile, 4 december 1970, in www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB8/nsaebb8.htm, recuperado el 14 de febrero de 2003

Department of Defense, U.S. Milgroup, Situation Report # 2, 1 October 1973, in www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB8/nsaebb8.htm, recuperado el 15 de abril de 2002.

"Estadística del turismo chileno, 1989-2001", en www.sernatur.cl/estadísticas/resumen1 htm, recuperado el 7 de marzo de 2002.

National Security Council, National Security Division, Memorandum 93, Policy Towards Chile, 9 november 1970, in www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB8/nsaebb8.htm, recuperado el ?9 de noviembre de 2001

VI. Audio

Los Prisioneros, "La voz de los ochenta", en Los Prisioneros, *La voz de los ochenta*, Santiago, Fusión Producciones, cassette, 1984.

EDICIONES
DE LA
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

CENTRO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA

TÍTULOS PUBLICADOS
1990-2013

*A 90 años de los sucesos de la escuela Santa María de Iquique* (Santiago, 1998, 351 págs.).

Adler Lomnitz, Larissa, *Lo formal y lo informal en las sociedades contemporáneas* (Santiago, 2008, 404 págs.).

*Álbum de Isidora Zegers de Huneeus*, con estudio de Josefina de la Maza, edición en conmemoración del bicentenario de la Biblioteca Nacional de Chile (Santiago, 2013).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, tomo I, 347 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, tomo II, 371 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, tomo III, 387 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, tomo IV, 377 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, tomo V, 412 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2001, tomo VI, 346 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2001, tomo VII, 416 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2002, tomo VIII, 453 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2002, tomo IX, 446 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2002, tomo X, 462 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2003, tomo XI, 501 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2005, tomo XII, 479 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2005, tomo XIII, 605 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2005, tomo XIV, 462 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2005, tomo XV, 448 págs.).

Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, tomo XVI, 271 págs.).

Bascuñán E., Carlos, Magdalena Eichholz C. y Fernando Hartwig I., *Naufragios en el océano Pacífico sur* (Santiago, 2003, 866 págs).

Bascuñán E., Carlos, Magdalena Eichholz C. y Fernando Hartwig I., *Naufragios en el océano Pacífico sur*, 2ª edición (Santiago, 2011, tomo I, 838 págs.).

Bascuñán E., Carlos, Magdalena Eichholz C. y Fernando Hartwig I., *Naufragios en el océano Pacífico sur* (Santiago, 2011, tomo II, 940 págs.).

Bauer, Arnold, *Chile y algo más. Estudios de historia latinoamericana* (Santiago, 2004, 228 págs.).

Blest Gana, Alberto, *Durante la Reconquista. Novela histórica* (Santiago, 2009, 926 págs.).

Bianchi, Soledad, *La memoria: modelo para armar* (Santiago, 1995, 275 págs.).

Biblioteca de la Fundamentos de la Construcción de Chile, cien volúmenes en línea: www. bibliotecafundamentos.cl (Santiago, 2007-2013).

Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, *La época de Balmaceda. Conferencias* (Santiago, 1992, 123 págs.).

Contreras, Lidia, *Historia de las ideas ortográficas en Chile* (Santiago, 1993, 416 págs.).

Cornejo C., Tomás, *Manuela Orellana, la criminal. Género, cultura y sociedad en el Chile del siglo XVIII* (Santiago, 2006, 172 págs.).

Darwin, Charles, *Observaciones geológicas en América del sur*, traducción de María Teresa Escobar Budge (Santiago, 2012, 464 págs.).

Del Alcàzar Garrido, Joan, *Chile en la pantalla. Cine para escribir y para enseñar la historia (19870-1998)* (Santiago, 2013, 212 págs.).

Devés Valdés, Eduardo, *Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950). El pensamiento latinoamericano en el siglo xx. Entre la modernización y la identidad* (Santiago y Buenos Aires, 2000, tomo I, 336 págs.).

Devés Valdés, Eduardo, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)* (Santiago y Buenos Aires, 2003, tomo II, 332 págs.).

Devés Valdés, Eduardo, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad. Las discusiones y las figuras del fin de siglo. Los años 90* (Santiago y Buenos Aires, 2004, tomo III, 242 págs.).

Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, *Catálogo de publicaciones, 1999*, edición del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana (Santiago, 1999, 72 págs.).

Donoso, Carlos y Jaime Rosenblitt (editores), *Guerra, región, nación: La confederación Perú-Boliviana. 1836-1839* (Santiago, 2009, 369 págs.).

Ehrmann, Hans, *Retratos* (Santiago, 1995, 163 págs.).

Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. 1891-1924. Chile visto a través de Agustín Ross*, 2ª edición (Santiago, 2000, vol. I, 172 págs.).

Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. Durante la república*, 2ª edición (Santiago, 2000, vol. II, 201 págs.).

Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. En torno de Ricardo Palma*, 2ª edición (Santiago, 2000, vol. III, 143 págs.).

Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. La primera misión de los Estados Unidos de América en Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, vol. IV, 213 págs.).

Fernández Canque, Manuel, *ARICA 1868 un tsunami, un terremoto y un albatros* (Santiago, 2007, 332 págs.).

Fernández Labbé, Marcos, *Bebidas alcohólicas en Chile. Una historia económica de su fomento y expansión, 1870-1930* (Santiago, 2010, 270 págs.).

Fitz Roy, Robert, *Viajes del 'Adventure' y el 'Baegle'. Diarios*, traducción de Armando García González (Santiago, 2013, 584 págs.).

Firz Roy, Robert, *Viajes del 'Adventure' y el 'Beagle'. Apéndice* (Santiago, 2013).

Fondo de Apoyo a la Investigación 1992, *Informes*, Nº 1 (Santiago, julio, 1993).

Fondo de Apoyo a la Investigación 1993, *Informes*, Nº 2 (Santiago, agosto, 1994).

Fondo de Apoyo a la Investigación 1994, *Informes*, Nº 3 (Santiago, diciembre, 1995).

Fondo de Apoyo a la Investigación 1995, *Informes*, Nº 4 (Santiago, diciembre, 1996).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 1998, *Informes*, Nº 1 (Santiago, diciembre, 1999).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 1999, *Informes*, Nº 2 (Santiago, diciembre, 2000).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2000, *Informes*, Nº 3 (Santiago, diciembre, 2001).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2001, *Informes*, Nº 4 (Santiago, diciembre, 2002).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2002, *Informes*, Nº 5 (Santiago, diciembre, 2003).

Fondo de Apoyo a la Investigación 2003, *Informes*, N° 6 (Santiago, diciembre, 2004).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2004, *Informes*, N° 7 (Santiago, diciembre, 2005).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2005, *Informes*, N° 8 (Santiago, diciembre, 2006).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2006, *Informes*, N° 9 (Santiago, diciembre, 2007).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2007, *Informes*, N° 10 (Santiago, diciembre, 2008).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2008, *Informes*, N° 11 (Santiago, diciembre, 2009).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2009, *Informes*, N° 12 (Santiago, diciembre, 2010).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2010, *Informes*, N° 13 (Santiago, diciembre, 2011).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2011, *Informes*, N° 14 (Santiago, diciembre, 2012).

Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2012, *Informes*, N° 15 (Santiago, diciembre, 2013).

Gazmuri, Cristián, *La persistencia de la memoria. Reflexiones de un civil sobre la dictadura* (Santiago, 2000, 156 págs.).

Gazmuri, Cristián, *Tres hombres, tres obras. Vicuña Mackenna, Barros Arana y Edwards Vives* (Santiago, 2004, 163 págs.).

Gazmuri, Cristián, *La historiografía chilena (1842-1970)* (Santiago, 2006, tomo I, 444 págs.).

Gay, Claudio, *Atlas de la historia física y política de Chile* (Santiago, 2004, tomo primero, 250 págs.).

Gay, Claudio, *Atlas de la historia física y política de Chile* (Santiago, 2004, tomo segundo, 154 págs.).

González Miranda, Sergio, *Hombres y mujeres de la pampa. Tarapacá en el ciclo de expansión del salitre*, 2ª edición (Santiago, 2002, 474 págs.).

González V., Carlos, Hugo Rosati A. y Francisco Sánchez C., *Guamán Poma. Testigo del mundo andino* (Santiago, 2003, 619 págs.).

Guerrero Jiménez, Bernardo (editor), *Retrato hablado de las ciudades chilenas* (Santiago, 2002, 309 págs.).

Herrera Rodríguez, Susana, *El aborto inducido. ¿Víctimas o victimarias?* (Santiago, 2004, 154 págs.).

Humboldt, Alexander von, *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo* (Santiago, 2011, 964 págs.).

Hutchison, Elizabeth Q., *Labores propias de su sexo. Género, políticas y trabajo en Chile urbano 1990-1930*, traducción de Jacqueline Garreaud Spencer (Santiago, 2006, 322 págs.).

Jaksic, Fabián M., Pablo Camus, Sergio A. Castro, *Ecología y Ciencias Naturales. Historia del conocimiento del patrimonio biológico de Chile* (Santiago, 2012, 228 págs.).

León, Leonardo, *Los señores de la cordillera y las pampas: los pehuenches de Malalhue, 1770-1800*, 2ª edición (Santiago, 2005, 355 págs.).

Lizama, Patricio, *Notas de artes de Jean Emar* (Santiago, Ril Editores-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2003).

Lizama Silva, Gladys (coordinadora), *Modernidad y modernización en América Latina. México y Chile, siglos XVIII al XX* (Santiago-Guadalajara, 2002, 349 págs.).

Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *Las suaves cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1814-1932* (Santiago, 1999, 338 págs.).

Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *Las ardientes cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1932-1994* (Santiago, 2000, 601 págs.).

Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *El espejismo de la reconciliación política. Chile 1990-2002* (Santiago, 2002, 482 págs.).

Martínez C, José Luis, *Gente de la tierra de guerra. Los lipes en las tradiciones andinas y el imaginario colonial* (Lima, 2011, 420 págs.).

Mazzei de Grazia, Leonardo, *La red familiar de los Urrejola de Concepción en el siglo XIX* (Santiago, 2004, 193 págs.).

Medina, José Toribio, *Biblioteca chilena de traductores*, 2ª edición, corregida y aumentada con estudio preliminar de Gertrudis Payàs, con la colaboración de Claudia Tirado (Santiago, 2007, 448 págs.).

Mistral, Gabriela, *Lagar II* (Santiago, 1991, 172 págs.).

Mistral, Gabriela, *Lagar II,* primera reimpresión (Santiago, 1992, 172 págs.).

Mitre, Antonio, *El dilema del centauro. Ensayos de teoría de la historia y pensamiento latinoamericano* (Santiago, 2002, 141 págs.).

Moraga, Pablo, *Estaciones ferroviarias de Chile. Imágenes y recuerdos* (Santiago, 2001, 180 págs.).

Morales, José Ricardo, *Estilo y paleografía de los documentos chilenos siglos XVI y XVII* (Santiago, 1994, 117 págs.).

Muñoz Delaunoy, Ignacio y Luis Osandón Millavil (comps.), *La didáctica de la Historia y la formación de ciudadanos en el mundo actual* (Santiago, 2013, 456 págs.).

Muratori, Ludovico Antonio, *El cristianismo feliz en las misiones de los padres de la Compañía de Jesús en Paraguay*, traducción, introducción y notas Francisco Borghesi S. (Santiago, 1999, 469 págs.).

Mussy, Luis de, *Cáceres* (Santiago, 2005, 589 págs.).

Oña, Pedro de, *El Ignacio de Cantabria, edición crítica de Mario Ferreccio P. y Mario Rodríguez* (Santiago, 1992, 441 págs.).

Pinto Rodríguez, Jorge, *La formación del Estado, la nación y el pueblo mapuche. De la inclusión a la exclusión*, 2ª edición (Santiago, 2003, 320 págs.).

Piwonka Figueroa, Gonzalo, *Orígenes de la libertad de prensa en Chile: 1823-1830* (Santiago, 2000, 178 págs.).

Plath, Oreste, *Olografías. Libro para ver y creer* (Santiago, 1994, 156 págs.).

Rengifo S., Francisca, *Vida conyugal, maltrato y abandono. El divorcio eclesiástico en Chile, 1850-1890* (Santiago, 2012, 340 págs.).

Retamal Ávila, Julio y Sergio Villalobos R., *Bibliografía histórica chilena. Revistas chilenas 1843-1978* (Santiago, 1993, 363 págs.).

Rinke, Stefan, *Cultura de masas, reforma y nacionalismo en Chile, 1930-1931* (Santiago, 2002, 174 págs.).

Rosenblitt, Jaime (editor), *Las revoluciones americanas y la formación de los Estados Nacionales* (Santiago, 2013, 404 págs.).

Rubio, Patricia, *Gabriela Mistral ante la crítica: bibliografía anotada* (Santiago, 1995, 437 págs.).

Sagredo Baeza, Rafael (editor), *Ciencia y mundo. Orden republicano, arte y nación en América* (Santiago, 2010, 342 págs.).

Sagredo Baeza, Rafael, *La gira del Presidente Balmaceda al norte. El inicio del "crudo y riguroso invierno de un quinquenio (verano de 1889)"* (Santiago, 2001, 206 págs.).

Sagredo Baeza, Rafael y José Ignacio González Leiva, *La Expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español* (Santiago, 2004, 944 págs.).

Salinas C., Maximiliano, Micaela Navarrete A., *Para amar a quien yo quiero. Canciones femeninas de la tradición oral chilena recogidas por Rodolfo Lenz* (Santiago, 2012, 220 págs.).

Salinas, Maximiliano, Tomás Cornejo y Catalina Saldaña, *¿Quiénes fueron los vencedores? Elite, pueblo y prensa humorística de la Guerra Civil de 1891* (Santiago, 2005, 240 págs.).

Scarpa, Roque Esteban, *Las cenizas de las sombras*, estudio preliminar y selección de Juan Antonio Massone (Santiago, 1992, 179 págs.).

Sepúlveda Llanos, Fidel, *El cuento tradicional chileno. Estudio estético y antropológico. Antología esencial* (Santiago, 2012, 522 págs.).

Stabili, María Rosaria, *El sentimiento aristocrático. Elites chilenas frente al espejo (1860-1960)* (Santiago, 2003, 571 págs.).

*Tesis Bicentenario 2004* (Santiago, 2005, vol. I, 443 págs.).

*Tesis Bicentenario 2005* (Santiago, 2006, vol. II, 392 págs.).

Tinsman, Heidi, *La tierra para el que la trabaja. Género, sexualidad y movimientos campesinos en la Reforma Agraria chilena* (Santiago, 2009, 338 págs.).

Toro, Graciela, *Bajo el signo de los aromas. Apuntes de viaje a India y Paquistán* (Santiago, 1995, 163 págs.).

Urbina Carrasco, Mª Ximena, *La frontera de arriba en Chile colonial* (Santiago, 2009, 354 págs.).

Uribe, Verónica (editora), *Imágenes de Santiago del nuevo extremo* (Santiago, 2002, 95 págs.).

Valle, Juvencio, *Pajarería chilena* (Santiago, 1995, 75 págs.).

Vico, Mauricio, *El afiche político en Chile, 1970-2013* (Santiago, 2013, 185 págs.).

Vicuña, Manuel, *Hombres de palabras. Oradores, tribunos y predicadores* (Santiago, 2003, 162 págs.).

Vicuña, Manuel, *Voces de ultratumba. Historia del espiritismo en Chile* (Santiago, 2006, 196 págs.).

Villalobos, Sergio y Rafael Sagredo, *Los Estancos en Chile* (Santiago, 2004, 163 págs.).

Virgilio Maron, Publio, *Eneida*, traducción castellana de Egidio Poblete (Santiago, 1994, 425 págs.).

Whipple, Pablo, *La gente decente de Lima y su resistencia al orden republicano* (Lima, 2013, 220 págs.).

*Y se va la primera... conversaciones sobre la cueca. Las cuecas de la Lira Popular*, compilación Micaela Navarrete A. y Karen Donoso F. (Santiago, 2010, 318 págs.).

*Colección Fuentes para el Estudio de la Colonia*

Vol. I *Fray Francisco Xavier Ramírez, Coronicón sacro-imperial de Chile*, transcripción y estudio preliminar de Jaime Valenzuela Márquez (Santiago, 1994, 280 págs.).

Vol. II *Epistolario de don Nicolás de la Cruz y Bahamonde. Primer conde de Maule*, prólogo, revisión y notas de Sergio Martínez Baeza (Santiago, 1994, 300 págs.).

Vol. III *Archivo de protocolos notariales de Santiago de Chile. 1559 y 1564-1566,* compilación y transcripción paleográfica de Álvaro Jara H. y Rolando Mellafe R., introducción de Álvaro Jara H. (Santiago, 1995-1996, dos tomos, 800 págs.).

Vol. IV *Taki Onqoy: de la enfermedad del canto a la epidemia*, estudio preliminar de Luis Millones (Santiago, 2007, 404 págs.).

*Colección Fuentes para la Historia de la República*

Vol. I *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 351 págs.).

Vol. II *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 385 págs.).

Vol. III *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1992, 250 págs.).

Vol. IV *Cartas de Ignacio Santa María a su hija Elisa*, recopilación de Ximena Cruzat A. y Ana Tironi (Santiago, 1991, 156 págs.).

Vol. V *Escritos del padre Fernando Vives*, recopilación de Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 524 págs.).

Vol. VI *Ensayistas proteccionistas del siglo XIX*, recopilación de Sergio Villalobos R. y Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 315 págs.).

Vol. VII *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T. (Santiago, 1995, 577 págs.).

Vol. VII *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T. (Santiago, primera reimpresión, 1997, 577 págs.).

Vol. VIII *Sistema carcelario en Chile. Visiones, realidades y proyectos (1816-1916)*, compilación y estudio preliminar de Marco Antonio León L. (Santiago, 1996, 303 págs.).

Vol. IX *"... I el silencio comenzó a reinar". Documentos para la historia de la instrucción primaria*, investigador Mario Monsalve Bórquez (Santiago, 1998, 290 págs.).

Vol. X *Poemario popular de Tarapacá 1889-1910*, recopilación e introducción, Sergio González, M. Angélica Illanes y Luis Moulián (Santiago, 1998, 458 págs.).

Vol. XI *Crónicas políticas de Wilfredo Mayorga. Del "Cielito Lindo" a la Patria Joven*, recopilación de Rafael Sagredo Baeza (Santiago, 1998, 684 págs.).

Vol. XII *Francisco de Miranda, Diario de viaje a Estados Unidos, 1783-1784*, estudio preliminar y edición crítica de Sara Almarza Costa (Santiago, 1998, 185 págs.).

Vol. XIII *Etnografía mapuche del siglo XIX*, Iván Inostroza Córdova (Santiago, 1998, 139 págs.).

Vol. XIV *Manuel Montt y Domingo F. Sarmiento. Epistolario 1833-1888*, estudio, selección y notas Sergio Vergara Quiroz (Santiago, 1999, 227 págs.).

Vol. XV *Viajeros rusos al sur del mundo*, compilación, estudios introductorios y notas de Carmen Norambuena y Olga Ulianova (Santiago, 2000, 742 págs.).

Vol. XVI *Epistolario de Pedro Aguirre Cerda (1938-1941)*, recopilación y notas Leonidas Aguirre Silva (Santiago, 2001, 198 págs.).

Vol. XVII *Leyes de reconciliación en Chile: Amnistías, indultos y reparaciones 1819-1999*, recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2001, 332 págs.).

Vol. XVIII *Cartas a Manuel Montt: un registro para la historia social y política de Chile. (1836-1869)*, estudio preliminar Marco Antonio León León y Horacio Aránguiz Donoso (Santiago, 2001, 466 págs.).

Vol. XIX *Arquitectura política y seguridad interior del Estado. Chile 1811-1990*, recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2002, 528 págs.).

Vol. XX *Una flor que renace: autobiografía de una dirigente mapuche, Rosa Isolde Reuque Paillalef*, edición y presentación de Florencia E. Mallon (Santiago, 2003, 320 págs.).

Vol. XXI *Cartas desde la Casa de Orates*, Angélica Lavín, editora, prólogo Manuel Vicuña (Santiago, 2003, 105 págs.).

Vol. XXII *Acusación constitucional contra el último ministerio del Presidente de la República don José Manuel Balmaceda. 1891-1893*, recopilación de Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2003, 536 págs.).

Vol. XXIII *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991*, editores Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (Santiago, 2005, tomo 1: Komintern y Chile 1922-1931, 463 págs.).

Vol. XXIV *Memorias de Jorge Beauchef*, biografía y estudio preliminar Patrick Puigmal (Santiago, 2005, 278 págs.).

Vol. XXV *Epistolario de Rolando Mellafe Rojas*, selección y notas María Teresa González F. (Santiago, 2005, 409 págs.).

Vol. XXVI *Pampa escrita. Cartas y fragmentos del desierto salitrero,* selección y estudio preliminar Sergio González Miranda (Santiago, 2006, 1.054 págs.).

Vol. XXVII *Los actos de la dictadura. Comisión investigadora, 1931*, recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2006, 778 págs.).

Vol. XXVIII *Epistolario de Miguel Gallo Goyenechea 1837-1869*, selección y notas Pilar Álamos Concha (Santiago, 2007, 810 págs.).

Vol. XXIX *100 voces rompen el silencio. Testimonios de ex presas y presos políticos de la dictadura militar en Chile (1973-1990)*, compiladoras Wally Kunstman Torres y Victoria Torres Ávila (Santiago, 2008, 730 págs.).

Vol. XXX *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991*, editores Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (Santiago, 2009, tomo 2: Komintern y Chile 1931-1935, 482 págs.).

Vol. XXXI *El Mercurio Chileno*, recopilación y estudio Gabriel Cid (Santiago, 2009, 622 págs.).

Vol. XXXII *Escritos políticos de Martín Palma*, recopilación, estudios Sergio Villalobos R. y Ana María Stuven V. (Santiago, 2009, 422 págs.).

Vol. XXXIII *Eugenio Matte Hurtado. Textos políticos y discursos parlamentarios*, compilación, estudio introductorio y notas Raimundo Meneghello M., prólogo Santiago Aránguiz P. (Santiago, 2010, 372 págs.).

Vol. XXXIV *Pablo Neruda-Claudio Véliz, Correspondencia en el camino al Premio Nobel, 1963-1970*, selección, estudio preliminar y notas Abraham Quezada Vergara (Santiago, 2011, 182 págs.).

Vol. XXXV *Epistolario de Alberto Blest Gana*, recopilación y transcripción dirigidas por José Miguel Barros Franco (Santiago, 2011, tomo I, 804 págs., tomo II, 1.010 págs.).

Vol. XXXVI *Diccionario de los militares napoleónicos durante la Independencia. Argentina, Chile y Perú*, compilación e investigación Patrick Puigmal (Santiago, 2013, 340 págs.).

*Colección Sociedad y Cultura*

Vol. I Jaime Valenzuela Márquez, *Bandidaje rural en Chile central. Curicó, 1850-1900* (Santiago, 1991, 160 págs.).

Vol. II Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *La Milicia Republicana. Los civiles en armas. 1932-1936* (Santiago, 1992, 132 págs.).

Vol. III Micaela Navarrete, *Balmaceda en la poesía popular 1886-1896* (Santiago, 1993, 126 págs.).

Vol. IV Andrea Ruiz-Esquide F., *Los indios amigos en la frontera araucana* (Santiago, 1993, 116 págs.).

Vol. V Paula de Dios Crispi, *Inmigrar en Chile: estudio de una cadena migratoria hispana* (Santiago, 1993, 172 págs.).

Vol. VI Jorge Rojas Flores, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)* (Santiago, 1993, 190 págs.).

Vol. VII Ricardo Nazer Ahumada, *José Tomás Urmeneta. Un empresario del siglo XIX* (Santiago, 1994, 289 págs.).

Vol. VIII Álvaro Góngora Escobedo, *La prostitución en Santiago (1813-1930). Visión de las elites* (Santiago, 1994, 259 págs.).

Vol. IX Luis Carlos Parentini Gayani, *Introducción a la etnohistoria mapuche* (Santiago, 1996, 136 págs.).

Vol. X Jorge Rojas Flores, *Los niños cristaleros: trabajo infantil en la industria. Chile, 1880-1950* (Santiago, 1996, 136 págs.).

Vol. XI Josefina Rossetti Gallardo, *Sexualidad adolescente: Un desafío para la sociedad chilena* (Santiago, 1997, 301 págs.).

Vol. XII Marco Antonio León León, *Sepultura sagrada, tumba profana. Los espacios de la muerte en Santiago de Chile, 1883-1932* (Santiago, 1997, 282 págs.).

Vol. XIII Sergio Grez Toso, *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)* (Santiago, 1998, 831 págs.).

Vol. XIV Ian Thomson y Dietrich Angerstein, *Historia del ferrocarril en Chile* (Santiago, 1997, 279 págs.).

Vol. XIV Ian Thomson y Dietrich Angerstein, *Historia del ferrocarril en Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 312 págs.).

Vol. XV Larissa Adler Lomnitz y Ana Melnick, *Neoliberalismo y clase media. El caso de los profesores de Chile* (Santiago, 1998, 165 págs.).

Vol. XVI Marcello Carmagnani, *Desarrollo industrial y subdesarrollo económico. El caso chileno (1860-1920)*, traducción de Silvia Hernández (Santiago, 1998, 241 págs.).

Vol. XVII Alejandra Araya Espinoza, *Ociosos, vagabundos y malentretenidos en Chile colonial* (Santiago, 1999, 174 págs.).

Vol. XVIII Leonardo León, *Apogeo y ocaso del toqui Francisco Ayllapangui de Malleco, Chile* (Santiago, 1999, 282 págs.).

Vol. XIX Gonzalo Piwonka Figueroa, *Las aguas de Santiago de Chile 1541-1999. Desafío y respuesta. Sino e imprevisión* (Santiago, 1999, tomo I: "Los primeros doscientos años. 1541-1741", 480 págs.).

Vol. XX Pablo Lacoste, *El Ferrocarril Trasandino. Un siglo de transporte, ideas y política en el sur de América* (Santiago, 2000, 459 págs.).

Vol. XXI Fernando Purcell Torretti, *Diversiones y juegos populares. Formas de sociabilidad y crítica social Colchagua, 1850-1880* (Santiago, 2000, 148 págs.).

Vol. XXII María Loreto Egaña Baraona, *La educación primaria popular en el siglo XIX en Chile. Una práctica de política estatal* (Santiago, 2000, 256 págs.).

Vol. XXIII Carmen Gloria Bravo Quezada, *La flor del desierto. El mineral de Caracoles y su impacto en la economía chilena* (Santiago, 2000, 150 págs.).

Vol. XXIV Marcello Carmagnani, *Los mecanismos de la vida económica en una sociedad colonial: Chile 1860-1830*, traducción de Sergio Grez T., Leonora Reyes J. y Jaime Riera (Santiago, 2001, 416 págs.).

Vol. XXV Claudia Darrigrandi Navarro, *Dramaturgia y género en el Chile de los sesenta* (Santiago, 2001, 191 págs.).

Vol. XXVI Rafael Sagredo Baeza, *Vapor al norte, tren al sur. El viaje presidencial como práctica política en Chile. Siglo XIX* (Santiago y México D.F., 2001, 564 págs.).

Vol. XXVII Jaime Valenzuela Márquez, *Las liturgias del poder. Celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile colonial (1609-1709)* (Santiago, 2001, 492 págs.).

Vol. XXVIII Cristián Guerrero Lira, *La contrarrevolución de la Independencia* (Santiago, 2002, 330 págs.).

Vol. XXIX José Carlos Rovira, *José Toribio Medina y su fundación literaria y bibliográfica del mundo colonial americano* (Santiago, 2002, 145 págs.).

Vol. XXX Emma de Ramón, *Obra y fe. La catedral de Santiago. 1541-1769* (Santiago, 2002, 202 págs.).

Vol. XXXI Sergio González Miranda, *Chilenizando a Tunupa. La escuela pública en el Tarapacá andino, 1880-1990* (Santiago, 2002, 292 págs.).

Vol. XXXII Nicolás Cruz, *El surgimiento de la educación secundaria pública en Chile (El Plan de Estudios Humanista, 1843-1876)* (Santiago, 2002, 238 págs.).

Vol. XXXIII Marcos Fernández Labbé, *Prisión común, imaginario social e identidad. Chile, 1870-1920* (Santiago, 2003, 245 págs.).

Vol. XXXIV Juan Carlos Yáñez Andrade, *Estado, consenso y crisis social. El espacio público en Chile 1900-1920* (Santiago, 2003, 236 págs.).

Vol. XXXV Diego Lin Chou, *Chile y China: inmigración y relaciones bilaterales (1845-1970)* (Santiago, 2003, 569 págs.).

Vol. XXXVI Rodrigo Hidalgo Dattwyler, *La vivienda social en Chile y la construcción del espacio urbano en el Santiago del siglo XX* (Santiago, 2004, 492 págs.).

Vol. XXXVII René Millar, *La inquisición en Lima. Signos de su decadencia 1726-1750* (Santiago, 2005, 183 págs.).

Vol. XXXVIII Luis Ortega Martínez, *Chile en ruta al capitalismo. Cambio, euforia y depresión 1850-1880* (Santiago, 2005, 496 págs.).

Vol. XXXIX Asunción Lavrin, *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay 1890-1940*, traducción de María Teresa Escobar Budge (Santiago, 2005, 528 págs.).

Vol. XL Pablo Camus Gayán, *Ambiente, bosques y gestión forestal en Chile 1541-2005* (Santiago, 2006, 374 págs.).

Vol. XLI Raffaele Nocera, *Chile y la guerra, 1933-1943*, traducción de Doina Dragutescu (Santiago, 2006, 244 págs.).

Vol. XLII Carlos Sanhueza Cerda, *Chilenos en Alemania y alemanes en Chile. Viaje y nación en el siglo XIX* (Santiago, 2006, 270 págs.).

Vol. XLIII Roberto Santana Ulloa, *Agricultura chilena en el siglo xx: contextos, actores y espacios agrícolas* (Santiago, 2006, 338 págs.).

Vol. XLIV David Home Valenzuela, *Los huérfanos de la Guerra del Pacífico: el 'Asilo de la Patria'* (Santiago, 2006, 164 págs.).

Vol. XLV María Soledad Zárate C., *Dar a luz en Chile, siglo XIX. De la "ciencia de hembra" a la ciencia obstétrica* (Santiago, 2007, 548 págs.).

Vol. XLVI Peter DeShazo, *Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile: 1902-1927* (Santiago, 2007, 390 págs.).

Vol. XLVII Margaret Power, *La mujer de derecha: el poder femenino y la lucha contra Salvador Allende, 1964-1973*, traducción de María Teresa Escobar (Santiago, 2008, 318 págs.).

Vol. XLVIII Mauricio F. Rojas Gómez, *Las voces de la justicia. Delito y sociedad en Concepción (1820-1875). Atentados sexuales, pendencias, bigamia, amancebamiento e injurias* (Santiago, 2008, 286 págs.).

Vol. XLIX Alfredo Riquelme Segovia, *Rojo atardecer. El comunismo chileno entre dictadura y democracia* (Santiago, 2009, 342 págs.).

Vol. L Consuelo Figueroa Garavagno, *Revelación del subsole. Las mujeres en la sociedad minera del carbón 1900-1930* (Santiago, 2009, 152 págs.).

Vol. LI Macarena Ponce de León Atria, *Gobernar la pobreza. Prácticas de caridad y beneficencia en la ciudad de Santiago, 1830-1890* (Santiago, 2011, 378 págs.).

Vol. LII Leonardo León Solís, *Ni patriotas ni realistas. El bajo pueblo durante la Independencia de Chile, 1810-1822* (Santiago, 2011, 816 págs.).

Vol. LIII Verónica Undurraga Schüler, *Los rostros del honor. Normas culturales y estrategias de promoción social en Chile colonial, siglo XVIII* (Santiago, 2012, 428 págs.).

Vol. LIV Jaime Rosenblitt B., *Marginalidad geográfica, centralidad política: la región de Tacna-Arica y su comercio* (Santiago, 2013, 336 págs.).

Vol. LV Pablo rubio Apiolaza, *Los civiles de Pinochet. La derecha en el régimen militar chileno, 1983-1990* (Santiago, 2013, 346 págs.).

Vol. LVI Stefan Rinke, *Encuentro con el yanqui: norteamericanización y cambio sociocultural en Chile 1998-1990* (Santiago, 2013, 586 págs.).

*Colección Escritores de Chile*

Vol. I *Alone y los Premios Nacionales de Literatura*, recopilación y selección de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1992, 338 págs.).

Vol. II *Jean Emar. Escritos de arte. 1923-1925*, recopilación e introducción de Patricio Lizama (Santiago, 1992, 170 págs.).

Vol. III *Vicente Huidobro. Textos inéditos y dispersos*, recopilación, selección e introducción de José Alberto de la Fuente (Santiago, 1993, 254 págs.).

Vol. IV *Domingo Melfi. Páginas escogidas* (Santiago, 1993, 128 págs.).

Vol. V *Alone y la crítica de cine*, recopilación y prólogo de Alfonso Calderón S. (Santiago, 1993, 204 págs.).

Vol. VI *Martín Cerda. Ideas sobre el ensayo*, recopilación y selección de Alfonso Calderón S. y Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1993, 268 págs.).

Vol. VII *Alberto Rojas Jiménez. Se paseaba por el alba*, recopilación y selección de Oreste Plath, coinvestigadores Juan Camilo Lorca y Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1994, 284 págs.).

Vol. VIII *Juan Emar, Umbral*, nota preliminar, Pedro Lastra; biografía para una obra, Pablo Brodsky (Santiago, 1995-1996, cinco tomos, c + 4.134 págs.).

Vol. IX *Martín Cerda. Palabras sobre palabras*, recopilación de Alfonso Calderón S. y Pedro Pablo Zegers B., prólogo de Alfonso Calderón S. (Santiago, 1997, 143 págs.).

Vol. X *Eduardo Anguita. Páginas de la memoria*, prólogo de Alfonso Calderón S. y recopilación de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 2000, 98 págs.).

Vol. XI *Ricardo Latcham. Varia lección*, selección y nota preliminar de Pedro Lastra y Alfonso Calderón S., recopilación de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 2000, 326 págs.).

Vol. XII *Cristián Huneeus. Artículos de prensa (1969-1985)*, recopilación y edición Daniela Huneeus y Manuel Vicuña, prólogo de Roberto Merino (Santiago, 2001, 151 págs.).

Vol. XIII *Rosamel del Valle. Crónicas de New York*, recopilación de Pedro Pablo Zegers B., prólogo de Leonardo Sanhueza (Santiago, 2002, 212 págs.).

Vol. XIV *Romeo Murga. Obra reunida*, recopilación, prólogo y notas de Santiago Aránguiz Pinto (Santiago, 2003, 280 págs.).

*Colección de Antropología*

Vol. I Mauricio Massone, Donald Jackson y Alfredo Prieto, *Perspectivas arqueológicas de los Selk'nam* (Santiago, 1993, 170 págs.).

Vol. II Rubén Stehberg, *Instalaciones incaicas en el norte y centro semiárido de Chile* (Santiago, 1995, 225 págs.).

Vol. III Mauricio Massone y Roxana Seguel (compiladores), *Patrimonio arqueológico en áreas silvestres protegidas* (Santiago, 1994, 176 págs.).

Vol. IV Daniel Quiroz y Marco Sánchez (compiladores), *La isla de las palabras rotas* (Santiago, 1997, 257 págs.).

Vol. V José Luis Martínez, *Pueblos del chañar y el algarrobo* (Santiago, 1998, 220 págs.).

Vol. VI Rubén Stehberg, *Arqueología histórica antártica. Participación de aborígenes sudamericanos en las actividades de cacería en los mares subantárticos durante el siglo XIX* (Santiago, 2003, 202 págs.).

Vol. VII Mauricio Massone, *Los cazadores después del hielo* (Santiago, 2004, 174 págs.).

Vol. VIII Victoria Castro, *De ídolos a santos. Evangelización y religión andina en los Andes del sur* (Santiago, 2009, 620 págs.).

*Colección Imágenes del Patrimonio*

Vol I. Rodrigo Sánchez R. y Mauricio Massone M., *La Cultura Aconcagua* (Santiago, 1995, 64 págs.).

*Colección de Documentos del Folklore*

Vol. I *Aunque no soy literaria. Rosa Araneda en la poesía popular del siglo XIX*, compilación y estudio Micaela Navarrete A. (Santiago, 1998, 302 págs.).

Vol. II *Por historia y travesura. La Lira Popular del poeta Juan Bautista Peralta*, compilación y estudio Micaela Navarrete A. y Tomás Cornejo C. (Santiago, 2006, 302 págs.).

Vol. III *Los diablos son los mortales. La obra del poeta popular Daniel Meneses*, compilación y estudios Micaela Navarrete A. y Daniel Palma A. (Santiago, 2008, 726 págs.).

Vol. IV *Si a tanta altura te subes. "Contrapunto" entre los poetas populares Nicasio García y Adolfo Reyes*, compilación y estudios Micaela Navarrete A. y Karen Donoso F. (Santiago, 2011, 530 págs.).

*Colección Ensayos y Estudios*

Vol. I Bárbara de Vos Eyzaguirre, *El surgimiento del paradigma industrializador en Chile (1875-1900)* (Santiago, 1999, 107 págs.).

Vol. II Marco Antonio León León, *La cultura de la muerte en Chiloé* (Santiago, 1999, 122 págs.).

Vol. III Clara Zapata Tarrés, *Las voces del desierto: la reformulación de las identidades de los aymaras en el norte de Chile* (Santiago, 2001, 168 págs.).

Vol. IV Donald Jackson S., *Los instrumentos líticos de los primeros cazadores de Tierra del Fuego 1875-1900* (Santiago, 2002, 100 págs.).

Vol. V Bernard Lavalle y Francine Agard-Lavalle, *Del Garona al Mapocho: emigrantes, comerciantes y viajeros de Burdeos a Chile. (1830-1870)* (Santiago, 2005, 125 págs.).

Vol. VI Jorge Rojas Flores, *Los boy scouts en Chile: 1909-1953* (Santiago, 2006, 188 págs.).

Vol. VII Germán Colmenares, *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX* (Santiago, 2006, 117 págs.).

Vol. VIII Marcello Carmagnani, *El salariado minero en Chile colonial su desarrollo en una sociedad provincial: el Norte Chico 1690-1800* (Santiago, 2006, 124 págs.).

Vol. IX Horacio Zapater, *América Latina. Ensayos de Etnohistoria* (Santiago, 2007, 232 págs.).

Se terminó de imprimir esta primera edición,
de quinientos ejemplares, en el mes de noviembre de 2013
en Salesianos Impresores S.A.
Santiago de Chile